

**ANÁLISIS CRÍTICO-JURÍDICO DEL PROCESO
A LA ORDEN DEL TEMPLE, 1309-1312
(PROLEGÓMENOS, DISOLUCIÓN Y
REPERCUSIONES POSTERIORES)**

TESIS DOCTORAL

Autor:

José Eugenio Domínguez Alarcón

Licenciado en Derecho

Directores:

Dr. Manuel Juan Peláez Albendea

Dra. Patricia Zambrana Moral

Málaga, 2015

ÁREA: HISTORIA DEL DERECHO Y DE LAS INSTITUCIONES

DEPARTAMENTO: DERECHO PRIVADO ESPECIAL

FACULTAD DE DERECHO



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

*pcurator hui' minifterii pui guli
tare p̄fumat. nec nimis longa a
ta f; m̄furata ip̄fis ueritib;: fed
q̄m̄tate fuis fr̄ib; tribuat. Accip
noua uetera femp reddant in p̄le
da in camera ul' ubi fr̄ cui' e' min*

AUTOR: José Eugenio Domínguez Alarcón

 <http://orcid.org/0000-0003-2475-749X>

EDITA: Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode>

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.

Esta Tesis Doctoral está depositada en el Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga (RIUMA): riuma.uma.es

Manuel Juan Peláez Albendea, catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga y **Patricia Zambrana Moral**, profesora titular de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga,

CERTIFICAN

Que el licenciado en Derecho **D. José Eugenio Domínguez Alarcón** ha elaborado bajo nuestra dirección, el trabajo de investigación que lleva por título

«ANÁLISIS CRÍTICO-JURÍDICO DEL PROCESO A LA ORDEN DEL TEMPLO, 1309-1312 (PROLEGÓMENOS, DISOLUCIÓN Y REPERCUSIONES POSTERIORES)»

que será presentado como tesis doctoral para su defensa ante el tribunal que se señale al efecto.

Dicho trabajo se ha realizado en el área de Historia del Derecho y de las Instituciones, departamento de Derecho Privado Especial, de la Universidad de Málaga

En consecuencia y a tenor de las disposiciones vigentes, AUTORIZAMOS la presentación de este trabajo como tesis doctoral.

Málaga, quince de septiembre de dos mil quince.



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

ÁREA DE HISTORIA DEL DERECHO Y DE LAS INSTITUCIONES
DEPARTAMENTO DE DERECHO PRIVADO ESPECIAL

ANÁLISIS CRÍTICO-JURÍDICO DEL PROCE-
SO A LA ORDEN DEL TEMPLE, 1309-1312
(PROLEGÓMENOS, DISOLUCIÓN Y REPER-
CUSIONES POSTERIORES).

Tesis doctoral

que presenta el Licenciado en Derecho,

Don José Eugenio Domínguez Alarcón

bajo la dirección de los profesores,

Doctor don Manuel Juan Peláez Albendea y

Doctora doña Patricia Zambrana Moral

Málaga, 2015

ÍNDICE.

ÍNDICE.	III
AGRADECIMIENTOS	XI
RESUMEN	XIII
ABSTRACT	XIV
INTRODUCCIÓN: ESTADO DE LA CUESTIÓN.	1
CAPÍTULO I: FUNDACIÓN DE LA ORDEN.	5
1.1 Contexto histórico.	5
1.1.1 Marco geo-político.....	5
1.1.2 Iglesia-Papado-Cristiandad.	8
1.1.3 Filosofía y Teología.	9
1.1.4 Educación, arte y cultura.	10
1.1.5 Las cruzadas.	10
1.1.6 Sociedad.....	11
1.2 Nacimiento de la orden del Temple.	13
1.3 Hugo de Paganis, primer maestro.	25
1.4 Del concilio de Nablusa al concilio de Troyes.	26
1.5 La Regla.	36
1.6 Expansión de la Orden.	37
1.7 Análisis crítico-jurídico de la fundación de la Orden.	49
1.7.1 Análisis del origen de las órdenes militares.....	49
1.7.2 Análisis de la fundación de la orden del Temple.	60
1.7.3 Análisis de la iniciativa.	65
1.7.4 Análisis del primer asentamiento.	66
1.7.5 Análisis del número inicial de hermanos.	67
1.7.6 Análisis de la persona del fundador: Hugo de Paganis.	69
1.7.7 Análisis de la Regla.....	77
1.7.7.1 Análisis de la Regla de Edimburgo.	87

1.7.7.2 Análisis de los estatutos jerárquicos.....	94
1.7.7.3 Análisis del procedimiento de elección del maestro.	98
1.7.7.4 Análisis de las faltas y sanciones.....	99
1.7.7.5 Análisis de la vida conventual.	102
1.7.7.6 Análisis de las asambleas capitulares.	106
1.7.7.7 Análisis del procedimiento de recepción en la Orden.	108

CAPITULO 2: EL PROCESO Y LA DISOLUCIÓN.....111

2.1 Los actores.....	111
2.1.1 Felipe IV.	111
2.1.2 Clemente V.	112
2.2 La Francia de Felipe IV.	113
2.2.1 Introducción.....	113
2.2.2 La corona.	114
2.2.3 Los estamentos o estados y las clases sociales.....	114
2.2.3.1 La nobleza.	115
2.2.3.2 El clero.	116
2.2.3.3 El tercer estado.	118
2.2.4 El crecimiento del dominio real.	119
2.2.5 El poder legislativo.....	120
2.2.6 Los estados generales.....	121
2.2.7 La Administración.	122
2.2.8 Administración financiera.....	124
2.2.9 Actuaciones contra los judíos y los lombardos.....	127
2.2.10 Las fluctuaciones monetarias.	127
2.2.11 Política exterior.....	128
2.2.12 La Justicia.	130
2.2.12.1 La Primera Instancia.....	131
2.2.12.2 La Segunda Instancia.....	131
2.2.12.3 El parlamento: la tercera Instancia.	132
2.2.13 La Justicia eclesiástica.....	133
2.2.14 La Inquisición.	134
2.2.14.1 Orígenes.....	135
2.2.14.2 Delitos perseguibles.....	136
2.2.14.3 Normativa inquisitorial.....	137
2.2.14.4 Procedimiento.....	138
2.2.14.4.1 Formación y sustanciación de las causas.	140
2.2.14.4.2 Los Testigos.	142
2.2.14.4.3 Interrogatorio del procesado.	143
2.2.14.4.4 La defensa.	144
2.2.14.4.5 La <i>vexatio</i> o prisión preventiva.	144
2.2.14.4.6 La tortura.....	145
2.2.14.4.7 La rebeldía.....	146
2.2.14.4.8 La sentencia.....	147

2.2.14.4.9 Modos de impugnación.....	149
2.2.14.4.10 Penas.....	149
2.2.14.4.11 La abjuración.....	150
2.2.14.4.12 Efectos económicos de la condena.....	152
2.3 Prolegómenos de la orden detención.....	153
2.3.1 Relaciones de la Iglesia con Felipe IV y con los templarios.....	153
2.3.1.1 Relaciones de la Iglesia con Felipe IV.....	153
2.3.1.1.1 Pontificado de Bonifacio VIII: el enfrentamiento.....	153
2.3.1.1.2 Pontificado de Benedicto XI: el perdón.....	156
2.3.1.1.3 Pontificado de Clemente V: la colaboración.....	157
2.3.1.2 Relaciones del Temple con el papado.....	157
2.3.2 La elección de Clemente V.....	158
2.3.3 Intentos de fusión de las órdenes militares.....	160
2.3.4 La elección de Jacques de Molay.....	162
2.3.5 Convocatoria de los maestros de las órdenes militares.....	162
2.3.6 Los rumores y la denuncia.....	164
2.3.7 Jacques de Molay y sus acompañantes en Francia.....	166
2.3.7.1 Préstamo templario a Felipe IV.....	166
2.3.7.2 Fusión de las órdenes militares.....	168
2.3.8 Conferencia de Poitiers.....	172
2.4 La detención y encarcelamiento.....	174
2.4.1 La orden de detención.....	174
2.4.2 La detención.....	181
2.5 Actuaciones tras la detención.....	182
2.5.1 Primer interrogatorio.....	182
2.5.1.1 Interrogatorios ante el gran inquisidor.....	184
2.5.1.2 Interrogatorio de Jacques de Molay.....	187
2.5.1.3 Presiones sobre los detenidos: torturas y amenazas.....	189
2.5.2 Acusaciones presentadas en el auto de fe de París.....	191
2.5.3 Reacción de Clemente V.....	192
2.5.4 Segundo interrogatorio a Jacques de Molay.....	195
2.5.5 Panfletos a favor del rey.....	196
2.5.6 Consulta a la Universidad de París.....	197
2.5.7 Estados Generales de 1308.....	200
2.5.8 Panfletos y libelos contra Clemente V.....	201
2.5.9 Reunión del papa y el rey en Poitiers.....	202
2.5.10 Acuerdos de Poitiers.....	204
2.5.11 Comparecencia ante Clemente V.....	207
2.5.12 Bula <i>Subit assidue</i>	207
2.5.13 Otras bulas del mes de julio.....	208
2.5.14 Bulas del mes de agosto.....	208
2.5.14.1 Bula <i>Regnans in coelis</i>	209
2.5.14.2 Bula <i>Faciens misericordiam</i>	211
2.5.14.3 Bula <i>Ad omnium fere notitiam</i>	213

2.5.15	Declaraciones en Chinon ante la comisión de cardenales.....	214
2.5.15.1	Constitución de la comisión de cardenales en Chinon.	214
2.5.15.2	Acta de Chinon: Tercer interrogatorio de Jacques de Molay.....	215
2.5.16	Lista de cargos.	220
2.5.17	Nuevo intento de fusión de las órdenes militares.	221
2.6	Juicios contra los Templarios como personas.....	222
2.6.1	Actuaciones previas.	222
2.6.2	Celebración de los diferentes concilios provinciales.	225
2.6.3	Concilio de Sens.	225
2.6.4	Concilio de Rávena y otros procesos seguidos en Italia.	228
2.6.5	Concilios en los reinos de la Península Ibérica.	228
2.6.6	Concilio de Londres y otros celebrados en las Islas Británicas.	230
2.6.7	Concilios de Alemania.....	231
2.6.8	Arrestos y juicio en Chipre.....	231
2.6.9	Concilio de Provenza.....	232
2.7	Proceso contra la Orden.	233
2.7.1	Constitución de la comisión papal de investigación.	233
2.7.2	Primera fase de la instrucción.	234
2.7.2.1	Constitución de la comisión y primera sesión.	234
2.7.2.2	Cuarto interrogatorio a Jacques de Molay.....	236
2.7.2.3	Interrogatorios del veintisiete de noviembre de 1309.	237
2.7.2.4	Quinto interrogatorio del maestro.	239
2.7.3	Segunda fase de la instrucción.	241
2.7.3.1	Sexto interrogatorio del maestro.....	243
2.7.3.2	Lista de acusaciones contra la Orden.....	243
2.7.3.3	Nombramiento de abogados defensores.	244
2.7.3.4	Visita notarial a los detenidos.....	245
2.7.3.5	Continuación de la instrucción.....	252
2.7.3.6	Conflicto de jurisdicción provocado por el arzobispo de Sens.	257
2.7.3.7	Últimas sesiones de la segunda fase.....	260
2.7.4	Bula <i>Alma Mater</i> , nueva fecha para el concilio de Vienne.	261
2.7.5	Tercera fase de la instrucción.....	262
2.7.6	Paréntesis hasta el concilio de Vienne.....	264
2.8	Concilio de Vienne.	265
2.9	Análisis crítico-jurídico de la disolución y sus prolegómenos.	278
2.9.1	Análisis de los prolegómenos.	278
2.9.1.1	Análisis de la elección de Clemente V.....	278
2.9.1.2	Análisis de la elección del maestro Jacques de Molay.....	281
2.9.2	Análisis de la detención.	284
2.9.2.1	Análisis de la <i>diffamatio</i>	284
2.9.2.2	Análisis crítico de la orden real de detención.	290
2.9.2.2.1	Análisis de las causas.....	293
2.9.2.2.2	Análisis de los móviles.....	297

2.9.2.2.3	Análisis de la orden papal de detención.	303
2.9.3	Análisis crítico de las actuaciones tras las detenciones.	304
2.9.3.1	Análisis de los primeros interrogatorios.	304
2.9.3.2	Análisis de la utilización de la tortura.	309
2.9.3.3	Análisis del pensamiento cristiano sobre la tortura.	312
2.9.3.3.1	En la antigüedad.	312
2.9.3.3.2	En la Edad Media.	313
2.9.3.3.3	Siglo XVII: Advenimiento de la Tolerancia.	314
2.9.3.3.4	Doctrina reciente de la Iglesia.	315
2.9.4	Análisis crítico de las acusaciones.	318
2.9.4.1	Análisis del primer grupo de acusaciones: Negación de Dios, Jesucristo, la Virgen María y los Santos y desprecio de la Cruz.	320
2.9.4.2	Análisis del segundo grupo de acusaciones: adoración al demonio, idolatría y brujería.	325
2.9.4.3	Análisis del tercer grupo de acusaciones: desprecio de los Sacramentos y omisión de las palabras de la consagración en la misa.	329
2.9.4.4	Análisis del cuarto grupo de acusaciones: confesión y absolución de los pecados por los dignatarios de la Orden.	331
2.9.4.5	Análisis del quinto grupo de acusaciones: besos obscenos y vicios contra natura.	336
2.9.4.6	Análisis del sexto grupo de acusaciones: acumulación de bienes por medios ilícitos y no utilización de los mismos de manera adecuada.	338
2.9.4.7	Análisis del séptimo grupo de acusaciones: secretismo de las reuniones y capítulos.	340
2.9.4.8	Análisis recapitulativo de las acusaciones.	342
2.9.5	Análisis del interrogatorio de Chinon y de la absolución del maestro y los dirigentes interrogados.	343
2.9.6	Análisis crítico del proceso contra la Orden.	346
2.9.6.1	Características del procedimiento y de la comisión papal.	346
2.9.6.2	Análisis de la instrucción.	348
2.9.6.3	Análisis de las irregularidades procesales.	368
2.9.6.4	Análisis de los interrogatorios al maestro.	379
2.9.7	Análisis crítico de los procesos inquisitoriales llevados a cabo en diferentes países contra los templarios como personas.	381
2.9.7.1	Francia.	382
2.9.7.2	Islas Británicas.	385
2.9.7.3	Península Ibérica.	386
2.9.7.5	Sicilia.	387
2.9.7.6	Nápoles.	387
2.9.7.7	Italia.	388
2.9.7.8	Estados Pontificios.	388
2.9.7.9	Alemania.	388
2.9.7.10	Chipre.	389
2.9.8	Análisis crítico del acto formal de la supresión de la Orden.	389
2.9.8.1	Decisión papal <i>versus</i> sentencia judicial.	389
2.9.8.2	Análisis de la bula <i>Vox in excelso</i> .	392
2.9.8.3	Análisis del sobreseimiento o pendencia del proceso.	394

2.9.8.4 Análisis de la fórmula de la Provisión Apostólica.....	396
2.9.8.4.1 La suprema potestad papal.....	396
2.9.8.4.2 Los actos pontificios.....	398
2.9.8.4.3 Actos conciliares.....	400
2.9.8.4.4 El <i>modus provisionis</i>	400
2.9.9 Análisis final.....	402

CAPÍTULO 3: LAS REPERCUSIONES POSTERIORES.407

3.1 Efectos y consecuencias de la abolición.407

3.2 Efectos inmediatos de la disolución sobre los caballeros templarios.408

3.2.1 Continuación de los procesos.....	410
3.2.2 Juicio contra los dignatarios y muerte del maestre y del comendador de Normandía.....	412
3.2.3 Situación de los templarios tras la abolición.....	415

3.3 Liquidación del patrimonio templario.416

3.3.1 Incorporación de los bienes templarios a la orden del Hospital.....	417
3.3.1.1 La orden del Hospital de san Juan de Jerusalén.....	420

3.4 La sucesión ideológica de la Orden.421

3.4.1 La sucesión por la orden de Montesa.....	422
3.4.1.1 Fundación de la orden.....	422
3.4.1.2 Maestres.....	426
3.4.1.3 Regla.....	428
3.4.1.4 Hábitos e insignias.....	429
3.4.2 La sucesión por la orden de Cristo (Portugal).....	430
3.4.2.1 La fundación de la orden.....	430
3.4.2.2 Maestres.....	432
3.4.2.3 La Regla.....	435
3.4.2.4 Hábitos e insignias.....	435
3.4.2.5 Imperial orden de Cristo de Brasil.....	436
3.4.3 La sucesión por la pontificia orden de Cristo.....	436

3.5 La continuidad.437

3.5.1 La continuidad escocesa.....	440
3.5.1.1 Primera época: período de unión con los hospitalarios.....	443
3.5.1.2 Segunda época: período especulativo.....	446
3.5.1.3 Tercera Época: período masónico de la orden.....	449
3.5.1.3.1 Antecedentes.....	449
3.5.1.3.2 El maestrazgo de Alexander Deuchar y sucesores.....	452
3.5.2 La continuidad francesa.....	455
3.5.2.1 Los inicios.....	455
3.5.2.2 La sucesión de Fabré-Palaprat.....	466
3.5.3 Orden alemana de la «Estricta Observancia Templaria».....	469

3.6 Análisis crítico de las repercusiones.....	472
3.6.1 Evolución del concepto de orden religioso-militar.	472
3.6.2 Análisis crítico de los efectos inmediatos.	474
3.6.2.1 Análisis de la condena de los dirigentes y de la muerte en la hoguera de Jacques de Molay y Godofredo de Charnei.....	474
3.6.2.2 Análisis de la situación de los caballeros.	476
3.6.3 Análisis de la liquidación del patrimonio templario.	477
3.6.4 Análisis de la sucesión.	482
3.6.5 Análisis crítico de la continuidad	486
3.6.5.1 Análisis de la continuidad en Escocia.....	486
3.6.5.1.1 Análisis de la continuidad en la primera época: amalgamada orden de templarios y sanjuanistas.....	486
3.6.5.1.2 Análisis de la continuidad en la segunda época.....	488
3.6.5.2 Análisis de la continuidad a través de la orden del Temple de Fabr� Palaprat.	506
3.6.5.3 Análisis de la continuidad alemana a través de la E. O. T.	513
 CONCLUSIONES.....	 515
 CONCLUSIONES AL PRIMER CAPÍTULO.....	 515
 CONCLUSIONES AL SEGUNDO CAPÍTULO	 516
 CONCLUSIONES AL TERCER CAPÍTULO.	 524
 BIBLIOGRAFÍA	 533
BIBLIOGRAFÍA	535
 APÉNDICES.....	 565
APÉNDICE N� 1.- Orden de detención de Felipe IV.....	567
APÉNDICE N� 2.- Comisión del gran Inquisidor de Francia.	571
APÉNDICE N� 3.- Carta de Eduardo II de Inglaterra.	573
APÉNDICE N� 4.- Lista de cargos según la crónica de Saint Denis.	574
APÉNDICE N� 5.- Primeros interrogatorios.....	576
APÉNDICE N� 6.- Carta del papa de 27/10/1307.	580
APÉNDICE N� 7.- Bula « <i>Pastoralis praeminentiae</i> ».	582
APÉNDICE N� 8.- Bula « <i>Regiae magnitudinis</i> ».	584
APÉNDICE N� 9.- Consulta a los maestros de la universidad de París.	585
APÉNDICE N� 10.- Respuesta de los maestros-teólogos.	587
APÉNDICE N� 11.- Convocatoria de los Estados Generales.	589
APÉNDICE N� 12.- Discurso de Guillermo de Plaisians en Poitiers.	591
APÉNDICE N� 13.- Acuerdos de Poitiers entre Clemente V y Felipe IV.....	595
APÉNDICE N� 14.- Bula « <i>Subit Assidue</i> ».	596
APÉNDICE N� 15.- Carta de Clemente V de 9/07/1308.	599
APÉNDICE N� 16.- Carta de Clemente V de 11/07/1308.	600

APÉNDICE Nº 17.- Carta de Clemente V de 12/07/1308.	601
APÉNDICE Nº 18.- Otra carta de Clemente V de 12/07/1308.....	602
APÉNDICE Nº 19.- Custodio de los bienes requisados.....	603
APÉNDICE Nº 20.- Bula « <i>Regnans in coeli</i> ».....	604
APÉNDICE Nº 21.- Bula « <i>Faciens misericordiam</i> ».....	610
APÉNDICE Nº 22.- Bula « <i>Ad omnium fere notitiam</i> ».....	614
APÉNDICE Nº 23.- Cargos contra la Orden.	616
APÉNDICE Nº 24.- Acta de Chinon.	621
APÉNDICE Nº 25.- Bula « <i>Quidam vestrum</i> ».....	628
APÉNDICE Nº 26.- Instrucciones del Obispo de París.	629
APÉNDICE Nº 27.- Carta de Clemente V de 20/08/1308.	631
APÉNDICE Nº 28.- Sesión de 22/11/1309 de la comisión papal.	632
APÉNDICE Nº 29.- Interrogatorio al maestro por la comisión papal.	633
APÉNDICE Nº 30.- Sesión de la comisión papal de 27/11/1309.	635
APÉNDICE Nº 31.- Segundo interrogatorio al maestro por la comisión papal..	639
APÉNDICE Nº 32.- Sesión de la comisión papal de 14/02/1310.	641
APÉNDICE Nº 33.- Último interrogatorio al maestro por la comisión papal....	642
APÉNDICE Nº 34.- Sesión de la comisión papal de 28/03/1310.	643
APÉNDICE Nº 35.- Intervención de Pedro de Bolonia de 31/03/1310.....	645
APÉNDICE Nº 36.- Intervención de fray Reinaldo de Pruino de 1/04/1310.	648
APÉNDICE Nº 37.- Intervención de fray Joan de Monreal de 3/04/1310.	650
APÉNDICE Nº 38.- Intervención de 7/04/1310 de los defensores.	655
APÉNDICE Nº 39.- Bula « <i>Alma mater</i> ».....	660
APÉNDICE Nº 40.- Propuesta de 23/04/1310 de los abogados defensores.	661
APÉNDICE Nº 41.- Moción urgente presentada por los abogados defensores.	664
APÉNDICE Nº 42.- Bula « <i>Vox in excelso</i> ».....	666
APÉNDICE Nº 43.- Bula « <i>Ad providam Christi vicarii</i> ».....	672
APÉNDICE Nº 44.- Bula « <i>Considerantes dudum</i> ».....	676
APÉNDICE Nº 45.- Regla del Temple.....	678
APÉNDICE Nº 46.- Bula « <i>Omne Datum Optimun</i> ».....	691
APÉNDICE Nº 47.- Bula « <i>Ad Extirpanda</i> ».....	694
APÉNDICE Nº 48.- Breve « <i>Multum ad excitandos</i> »	701
APÉNDICE Nº 49.- Copia de una cédula real emitida por Jaime IV de Escocia .	705
APÉNDICE Nº 50.- Copia de una cédula real de la reina María de Escocia.	707
APÉNDICE Nº 51.- Discurso de Andrew Ramsay.....	711
APÉNDICE Nº 52.- Alfabeto templario.....	715
APÉNDICE Nº 53.- Título de transmisión de Larmenius.....	717
APÉNDICE Nº 54.- Copias de emails.....	720
APÉNDICE Nº 55.- Memoria presentada por el maestro sobre la unión de las órdenes militares jerosolimitanas.....	722
APÉNDICE Nº 56.- Regla de Edimburgo.....	725

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero tener un recuerdo agradecido y emocionado para mis padres, a cuyo amor y sacrificio personal debo mi afán de superación y mi interés por el estudio. A ellos dedico esta tesis.

Mi agradecimiento para los profesores, el doctor don Manuel Juan Peláez Albendea y la doctora doña Patricia Zambrana Moral, bajo cuya dirección se ha efectuado este trabajo, por la confianza depositada en mí y por su constante apoyo y asesoramiento en todos los aspectos de la investigación y elaboración de esta tesis de doctorado.

Asimismo, mi agradecimiento a mi esposa Guadalupe, por su inestimable ayuda en la ardua tarea de la corrección gramatical y estilística y a D. Gonzalo de Porras y Rodríguez de León que tuvo a bien proporcionarme una copia del acta de Chinon, cuando ya había dejado de estar colgada de la web oficial del Vaticano.

También mi reconocimiento a Monsieur Ghislain Brunel, comisario científico de la exposición sobre «*L'affaire des Templiers, du procès au Myth*», que tuvo lugar en los Archivos Nacionales de Francia en París entre el dos de marzo y el dieciséis de mayo de 2011, por haberme recibido en su despacho de la capital francesa, a la que me desplazé con el único objeto de visitar la exposición y entrevistarme con él, y por la valiosa información que me proporcionó. Hago extensible mi reconocimiento a Mme. Monique Hermite, coordinadora general de la misma exposición, por sus utilísimos consejos.

Mi agradecimiento a James McGrath que me puso sobre la pista de la décima Regla del Temple, posiblemente la más antigua de las que se conservan hoy en día, que se encuentra camuflada en un libro sobre órdenes de caballería en la Biblioteca Nacional de Escocia (Edimburgo).

Mi reconocimiento al doctor D. Cristóbal Macías, profesor titular de Filología Latina de la Universidad de Málaga, por su inestimable ayuda en la traducción e interpretación de un documento medieval emitido por el rey Jaime IV de Escocia.

Especial mención en este apartado de agradecimientos merece mi hijo Alfonso-Carlos, Licenciado en Filología Clásica, por su valiosa colaboración en la traducción de los textos latinos.

A todos, repito, muchas gracias.

RESUMEN

El proceso contra la orden del Temple ha sido calificado por algunos autores como el juicio más conocido de la Edad Media y uno de los más famosos y escandalosos de la historia de la Humanidad, junto a otros procesos célebres, como el llevado a cabo en Atenas contra Sócrates en el siglo cuarto A.C. y el celebrado en Galilea contra Jesús de Nazaret en el siglo primero. Además, es el proceso más antiguo de cuya instrucción existe una detallada documentación.

En esta obra no sólo se hace un concienzudo estudio del proceso ordenado por Clemente V contra la orden del Temple, sino que se analizan las causas reales y las ficticias, la orden de detención indiscriminada emitida por Felipe IV, con la colaboración necesaria del gran inquisidor de Francia, los artículos de cargo formulados por el papa y las presiones y tormentos a los que se sometió a los caballeros por orden del papa y del gran inquisidor. También se realiza un análisis de los procesos contra las personas de los templarios llevados a cabo en los diferentes países de la Cristiandad donde estaba implantada la Orden, análisis que pone de manifiesto las declaraciones exculpatorias expresadas por los templarios en los países en los que no fueron sometidos a tortura.

La obra se completa con un capítulo en el que se analizan las motivaciones que dieron lugar al nacimiento de la Orden en el primer cuarto del siglo XII, y a la aprobación de la Regla, circunstancia que es aprovechada para llevar a cabo un análisis de la Regla de Edimburgo, sacada a la luz por nosotros de su letargo en las estanterías de la Biblioteca Nacional de Escocia y otro capítulo dedicado al análisis de las repercusiones posteriores a la disolución, haciendo un especial hincapié en el juicio de los dignatarios, la situación de los templarios, así como un estudio de la sucesión y continuidad de la Orden.

Por último se incluye un capítulo de conclusiones con las más relevantes que, a nuestro juicio, se ponen de manifiesto tras el análisis crítico-jurídico de cada capítulo.

ABSTRACT

The trial against the order of the Temple has been described by scholars as one of the most well known of the medieval times and famous and scandalous in human history, together with other well known processes, as the trial against Socrates in Athens during the fourth century B.C. and that of Jesus of Nazareth in Galilee in the first century. Not only that but it is the most ancient trial of which detailed documentation exists.

In this work we present not only a conscientious study of the process ordered by Clemente V against the order of the Temple, but an analysis of the false and real causes for it, the indiscriminant detention orders emitted by Phillip IV together with the grand inquisitor of France, the charges formulated by the Pope and the pressure and torment the Templar bore. We also add the analysis of the trials against the Templar monks held across the Christian world and the exposure of the exculpatory statements of the brothers in the countries where they were not submitted to torture.

This work is completed with a chapter dedicated to the motives during the first quarter of the XII century for the creation of the Templar order and the study of the Rule approved by the council of Troyes, with a special emphasis on the analysis of the Rule of Edinburgh, brought forth by us after centuries of lethargic rest within the shelves of Scotland's National Library, as well as a special chapter dedicated to the repercussions of the dissolution of the Order, the trials of its dignitaries and the succession and current state of the Order.

Finally we present a chapter that holds an analysis of conclusive statements of the highest relevance manifested at the end of each chapter.

INTRODUCCIÓN: Estado de la cuestión.

Cuando hace unos años -bastantes- cayó en mis manos el primer libro sobre la orden del Temple¹, despertó en mí el interés por un tema que, hasta entonces, me era totalmente desconocido pero que, con el tiempo, se ha convertido en una *quasi* obsesión. Tras aquel primer libro, no demasiado bueno por cierto, leído con creciente interés, vino otro, y después vinieron muchos más. Al principio lo leía todo, indiscriminadamente. Con el tiempo me he vuelto selectivo y hoy sólo leo las obras que vienen avaladas por su autoría y, en contadas ocasiones, las que cuentan con buena crítica o me son aconsejadas por amigos y conocidos que participan de mi afición, o quizás sería mejor decir, debilidad.

Es mucho, muchísimo, lo que se ha publicado y cada día se publica, sobre el Temple y los templarios. Su misteriosa fundación, su exitoso crecimiento en los escasos dos siglos de existencia, la crueldad de su desaparición, la piedad y el poder militar, político y económico de sus monjes guerreros, ha hecho correr tantos ríos de tinta que no siempre es fácil distinguir el oro de la paja, la ficción de la historia. Para los novatos en este campo la elección no suele ser fácil. No faltan los reclamos publicitarios, unos mejores y otros peores intencionados. Los que llaman a la lectura desde las librerías y los que aconsejan la lectura desde las pantallas de los ordenadores. A través de la publicidad, los potenciales lectores reciben información, sugerencias, orientación y, también, hay que decirlo, la manipulación encubierta o descarada del producto que ofrecen. Producto que a veces se presenta como obra rigurosa con la realidad histórica, y en verdad lo es, y otras, haciendo gala de esta misma rigurosidad histórica, no pasa de ser, en el mejor de los casos, un mero intento historicista de algún aficionado o, lo que es peor, una obra intencionadamente embaucadora y manipulada.

El proceso contra la orden del Temple ha sido calificado por algunos autores² como el juicio más conocido de la Edad Media y uno de los más famosos y escandalosos de la historia de la Humanidad, y colocado junto a otros procesos célebres, como el llevado a cabo en Atenas contra Sócrates (siglo IV A. C.) y el celebrado en Galilea contra Jesús de Nazaret (hacia el año 33 de nuestra era³). Ade-

¹ A lo largo de este trabajo frecuentemente nos referiremos a la misma simplemente como la «Orden».

² Carlos Barquero Goñi, «El proceso contra los templarios en Europa y sus repercusiones en la Península Ibérica (1307-1314)», *Clio y Crimen*, nº 6, Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, 2009, pp. 294-343 y Jules Michelet, *Le procès des Templiers*, T. I, Imprimerie Royale, París, 1861, p. IV.

³ Aunque la fecha es cuestionada, se sabe que tuvo que ser entre el año 26 y 36 d. C., período en que

más, como indica Jules Michelet, es el proceso más antiguo de cuya instrucción existe una detallada documentación⁴.

La temática templaria tiene la ventaja (¿virtud?) de que, entre la multitud de autores que la han tratado, los hay que son excelentes historiadores, aunque en algunos se manifieste una clarísima tendencia a favor o contraria a la Orden, que en modo alguno, tratan de ocultar. Tal sucede, por ejemplo con dos autores profusamente citados en este trabajo, como son Pierre Dupuy (1582-1651), conocido apologista de Felipe IV y, por lo tanto, anti templario acérrimo, y con el padre Claude M. Lejeune autor de una historia crítica y encomiástica sobre la Orden.

La tesis está estructurada en tres capítulos y unas conclusiones finales. Cada uno de los capítulos se corresponde con uno de tres periodos concretos de la Orden: la fundación, la disolución y la posteridad. Dichos periodos tienen una duración desigual, pues la fundación comprende los primeros años de la Orden, es decir desde el acuerdo de creación hasta el tiempo inmediatamente posterior al concilio de Troyes (1128). La disolución abarca desde los prolegómenos de la orden de detención de los templarios (viernes trece de octubre de 1307) hasta la promulgación de la bula de abolición de la Orden (dieciocho de marzo de 1312). Y las repercusiones de la disolución se extienden desde este suceso hasta nuestros días, si bien su exposición y análisis lo extendemos hasta la mediación del siglo XX.

Conscientemente hemos prescindido de realizar un análisis de los años de vida regular de la Orden por nuestro convencimiento de que son muchas las obras, tanto actuales como de siglos pasados, que han tratado con profundidad el tema, algunas incluso con desapasionamiento y desde posiciones neutras. A ellas nos remitimos para un estudio en profundidad de esta etapa de la orden templaria.

El primer capítulo trata sobre los orígenes de la Orden y si bien es cierto que a algunos pudiera parecer extraño su inclusión en una obra que, en principio, debiera circunscribirse a los últimos tiempos de la misma, nos hemos decidido a incluirlo, además de porque una interpretación no laxa de la palabra «prolegómeno»⁵ que aparece en el título así lo permite, porque al profundizar en el estudio del proceso han caído en nuestras manos no pocas obras en las que se ponen de manifiesto las más variadas dudas sobre la pureza y santidad de los fines y objetivos que inspiraron la fundación, lo que nos ha llevado a investigar, a partir de los documentos y crónicas que nos han llegado, la realidad histórica de la creación del instituto religioso-militar y del espíritu de profunda religiosidad cristiana que la inspiró. Por ello, en la redacción de este capítulo hemos utilizado como referencia, los

gobernó Galilea el romano Poncio Pilato, habiendo sido fijado el día de la muerte de Jesús en el viernes 3 de abril del año 33 por los investigadores, Jefferson Williams del *Supersonic Geophysical* y Markus Schwab y Achim Brauer del *Deutsches Geoforschungszentrum*, tras una investigación de los sedimentos dejados por el terremoto al que hace referencia el capítulo 27 del Evangelio de san Mateo. (Williams, Jefferson B., Markus J Schwab and A. Brauer «An early first-century earthquake in the Dead Sea» en *International Geology Review*, Volume 54, Issue 10, 2012, pp. 1219-1228).

⁴ Jules Michelet, *Le procès des Templiers*, T. I, p. IV.

⁵ Prolegómeno, (del griego προλεγομενα, preámbulos): 1. m. Tratado que se pone al principio de una obra o escrito, para establecer los fundamentos generales de la materia que se ha de tratar después. U. m. en pl.

textos de las crónicas de los autores más cercanos en el tiempo, tales como Guillaume de Tiro, Michael el Sirio, Walter Map, Jacobo de Vitry, Ernoul, Bernard el Tesorero y las investigaciones y recopilaciones de autores modernos, como Michel Lami y Alain Demurger y, por supuesto, la inestimable aportación de Henry Curzon con su traducción al francés moderno de la Regla del Temple y la recopilación documental, llevada a cabo a principios del siglo XX, por el francés marqués André de Albon.

En el segundo capítulo se estudia el proceso a la Orden como institución y sus preparativos y antecedentes, y hemos utilizado como obras de referencia las de autores que recogen documentos inéditos referentes a la persecución y procesamiento de los templarios, tales como el mencionado Pierre Dupuy y Étienne Baluze, Jules Michelet, Georges Lizerand, Edgard Boutaric y Henry Finke, completado con las magníficas aportaciones a la historia del Temple realizadas en el siglo XVIII por autores como Claude Lejeune y Pedro Rodríguez Campomanes, en el siglo XIX por Louis Lavocat, y Philippe Grouvelle y ya en el siglo XX por Henry Ch. Lea, Adrea Beck, Ivan Gobry, Simonetta Cerrini, Bárbara Frale y, sobre todo, las recientes, completísimas y documentadas obras de los profesores Hellen Nicholson, Alain Demurger y Malcolm Barber. Aunque en este trabajo se estudia el proceso contra la Orden como persona jurídica dentro de la Iglesia y no los procesos paralelos a los que se vieron sometidos sus miembros en todos los países de la Cristiandad, hemos incluido una breve referencia a éstos con objeto de realizar una comparación entre los mismos y, especialmente, con los juicios llevados a cabo contra los templarios en Francia y sus zonas de influencia.

En el tercer capítulo se analizan las repercusiones de la disolución papal, tanto las mediatas, en el siglo XIV, referidas a los efectos de tal decisión pontificia sobre los bienes y las personas de los templarios, como las más remotas hasta el siglo XX, referida a la sucesión o continuidad de la orden abolida. Concretamente hemos fijado el final de nuestro estudio en la mediación de la centuria pasada porque a partir de la II Guerra Mundial no es difícil seguir el rastro de las organizaciones que en el siglo XIX reclamaban para sí la herencia templaria y, sobre todo, porque a partir de esta fecha tiene lugar la división y subdivisión hasta límites inverosímiles de las tales entidades, lo que unido a la aparición de numerosas nuevas asociaciones que se autoproclaman sucesoras ideológicas del primitivo Temple, introduciría en este trabajo una complejidad que consideramos innecesaria a los efectos de plasmar la posible continuidad o sucesión como parte de las repercusiones. Para ello nos hemos apoyado en la obra de excelentes autores, tales como Laurent Dailliez, quizás el más prolífico escritor sobre el Temple de todos los tiempos, Delaville Le Roulx, Hipólito Samper, Fabiano Fernandes, Jerónimo Román, Robert L. Cooper, James Burnes, Karem Ralls, Michael Baigent, Richard Leigh, René Le Forestier y, en caso del Temple escocés, James Maidment y su magnífica recopilación documental en la obra *Templaria*, con una cortísima edición de veinticinco ejemplares, de los cuales hemos tenido la ocasión de consultar el que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Escocia en Edimburgo.

La estructura de cada capítulo es la misma y comprende unos epígrafes en los que se recogen los hechos y circunstancias históricos, que consideramos más

importantes, del período de vida de la Orden que abarca y un epígrafe final con un análisis crítico de los aspectos más sobresalientes de dicho período, desarrollado en diferentes sub-epígrafes. Este análisis, realizado con una perspectiva jurídico-histórica, constituye nuestra aportación al estudio de los inicios y la fase final de la vida de la Orden, el proceso judicial al que se vio sometida, sus prolegómenos y las repercusiones posteriores.

Por último se incluye un capítulo de conclusiones con las más relevantes que, a nuestro juicio, se ponen de manifiesto tras el análisis crítico-jurídico de cada capítulo.

Por supuesto los autores mencionados no son los únicos que hemos consultado. Sólo son los que consideramos que tienen un mayor peso en este trabajo. En el desarrollo del mismo se irán citando otras fuentes que hemos manejado. También consideramos necesario recalcar que, a las obras que en esta tesis se citan, han de añadirse otras muchas que se han publicado sobre esta temática. Alguna de indudable excelente factura que, posiblemente, debiera haber sido consultada. Si no ha sido así sólo es achacable a la torpeza o ignorancia del autor y a un deseo de no hacer demasiado prolijo un trabajo que, en definitiva, no es de historia, sino que utiliza un hecho histórico para someterlo a la crítica jurídica, utilizando como referencia la legislación positiva aplicable de la época y, a partir de tal confrontación, sacar las conclusiones que procedan.

La mayor parte de los documentos utilizados están en latín, francés, catalán antiguo o en la lengua de Ox. En todos los casos, salvo que expresamente se diga otra cosa, la traducción es nuestra por lo que los posibles errores o imperfecciones sólo a nosotros son achacables. Los textos en catalán antiguo y occitano, dado nuestro desconocimiento de tales lenguas y que, suponemos, en su mayor parte son comprensibles para los castellano-parlantes, los hemos transcrito tal como aparecen en las obras de referencia, respetando incluso las faltas de ortografía y gramaticales que en los mismos se pudieran contener respecto a los criterios modernos de edición científica de dichos documentos⁶. De la misma manera hemos actuado, aunque por diferentes razones, con los textos en romance o castellano antiguo.

Aunque todos los documentos consultados han sido publicados y se reseñan en la bibliografía, hemos optado por incluir los que consideramos más importantes, o de más difícil localización, en unos Apéndices finales en los que se transcriben cincuenta y cinco de ellos en sus idiomas originales, si bien hemos de aclarar que tales transcripciones no muestran en algunos casos una fiabilidad absoluta, entre otras cosas, por no serlo la edición de los mismos o por errores introducidos en el proceso de reproducción.

⁶ Es por ello que, en el caso de los textos catalanes, es posible que no se adapten a los criterios de publicación del *Institut d'Estudis Catalans* y a lo que viene siendo habitual desde la normalización al respecto de 1914 y la que marca el propio Institut en su *Diccionari de la Lengua Catalana*, Barcelona-Palma-Valencia, 1995, 1908 páginas.

CAPÍTULO I: Fundación de la Orden.

1.1 Contexto histórico.

1.1.1 Marco geo-político.

El inicio de la historia de la orden del Temple hay que ubicarlo dentro de lo que se ha dado en llamar «Plena Edad Media»⁷, período que comprende desde el siglo XI al XIII, lapso cuyo origen y final estuvieron marcados por dos hechos históricos de indudable trascendencia para Europa: las cruzadas y la peste negra.

El cambio de milenio supuso para Europa, el paso de un período de oscuridad y estancamiento cultural a una etapa de crecimiento demográfico, cultural, espiritual y artístico desconocido hasta entonces, distinguido por la vitalidad religiosa, pero que, desafortunadamente, no se vio acompañado en el terreno social. Este tiempo de la historia (llamado por algunos «época clásica de la Cristiandad medieval»⁸), estuvo caracterizado por la consolidación de las urbes y la extensión de los espacios urbanizados, el renacimiento intelectual y la expansión militar. La llegada del nuevo milenio trajo también consigo cierta estabilidad política y el final de las últimas invasiones «bárbaras», con la breve excepción de la invasión de los mongoles en el Este.

Al tiempo que en los países nórdicos se asentaban los reinos cristianos y empezaba a cuajar la identidad escandinava, los vikingos, cuyas incursiones de saqueo se habían extendido por las Islas Británicas, Francia e, incluso, por los países mediterráneos del Sur, al final del siglo X entraron en declive. En el centro de Europa los magiares cesaron su expansión y consolidaron un reino cristiano. Las

⁷ La denominación de Edad Media está referida a su situación de «medianera» entre la Edad Antigua y la Edad Moderna, y comprende la Alta Edad Media, desde el 476 al 1084, la Plena Edad Media, desde el 1084 a 1212 y la Baja Edad Media desde 1212 a 1453, para Europa en general, a 1492 para Castilla y León y a 1479 para Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca. Con respecto a Francia la Alta Edad Media comprende desde el 476 al 987, la Plena Edad Media ocupa desde el 987 al 1285 y la Baja Edad Media desde 1285 al 1453.

⁸ José Orlandis, *Historia de la Iglesia*, Ediciones Rialp, Madrid, 2001, p. 86.

fronteras tradicionales del imperio Franco se extendieron hasta más allá del río Elba, consiguiendo triplicar la superficie de lo que hasta entonces había sido la Germania, llegando hasta el mar Báltico.

En la Península Ibérica, que había sido ocupada por los moros del norte de África en el 711, continuó la reconquista del territorio por parte de los reyes cristianos. En la época de la fundación de la Orden los mahometanos sólo ocupaban en el Sur y en Levante una fracción de lo que habían sido sus posesiones. En el resto se asentaban los reinos de Castilla, León, Aragón y Navarra y los condados de Galicia y Portugal.

Desde 1109 reinaba en Castilla y León doña Urraca, hija mayor de Alfonso VI de León, la cual, para cumplir la condición impuesta por las Cortes de Toledo, dado que era viuda de Enrique de Borgoña, había tenido que contraer matrimonio el mismo año con el rey Alfonso I de Aragón (llamado el Batallador) del que las continuas desavenencias la habían llevado a separarse en 1115, tras haber proclamado a su hijo Don Alfonso rey de Galicia (1111) el cual la sucedió a su muerte, producida en 1126, como Alfonso VII, al que se llamó el Emperador⁹.

En Aragón continuó reinando hasta su muerte en 1134, el que fuera esposo de Doña Urraca, Don Alfonso, llamado el Batallador, que, además, era también rey de Pamplona. A su muerte fue sucedido por Ramiro II, apodado «el Monge», esposo de su única hija Petronila¹⁰.

El condado de Portugal, que comprendía las tierras entre los ríos Miño y Duero, fue cedido en 1095 por el rey Alfonso VI a su hija Teresa de León al contraer matrimonio con Enrique de Borgoña. A partir de la muerte de éste, en 1112, doña Teresa gobernó Portugal en nombre de su hijo Alfonso, adoptando el título de reina¹¹.

En Bizancio, en 1118, ascendió al trono Juan II Comneno, (1087-1143), considerado un hombre recto, inteligente y prudente, cuyo reinado se caracterizó por los continuos enfrentamientos con reinos de Oriente (Antioquía, Edesa y Trípoli) y de la Europa continental (Hungría, Serbia y en los Balcanes). Murió como consecuencia de las heridas mortales sufridas en un accidente de caza cuando estaba a punto de emprender la conquista de Palestina¹².

Tras la conquista de Jerusalén por los componentes de la I cruzada, en Palestina se estableció un reino independiente cuyo primer titular fue Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, que adoptó el título de «*advocatus Sancti Sepulchri*»¹³

⁹ Luis Suarez Fernández, *Historia de España antigua y media*, volumen 1, Ediciones Rialp, Madrid, 1976, pp. 533-555.

¹⁰ Luis Suarez Fernández, *Historia de España antigua y media*, volumen 1, pp. 533-555.

¹¹ Antonio Henrique Rodrigo de Oliveira Marques, *History of Portugal*, Columbia University Press, New York, 1972, pp. 54-57.

¹² Georges Ostrogorsky, *Historia del Estado Bizantino*, Akal/Universitaria, Madrid, 1984, pp. 370-372.

¹³ Defensor del Santo Sepulcro.

y se negó a llevar corona de rey «donde Cristo la había llevado de espinas»¹⁴. A su muerte en 1100 fue sucedido, ya con el título de rey, por su hermano Balduino I, que extendió las fronteras del reino, conquistando los puertos de Acre (1104), Beirut (1110) y Sidón (1111), sometiendo al mismo tiempo a su soberanía a otros Estados cruzados: el condado de Edesa (fundado por él), el principado de Antioquía, y más tarde, el condado de Trípoli. Todo su reinado se vio envuelto en guerras continuas con los musulmanes, tanto los fatimíes de Egipto al oeste, a los que aplastó en Ramala y en otros lugares al sudoeste del reino, como los musulmanes de Damasco y Mosul, en el noreste. A su muerte, ocurrida en 1118, fue elegido para sucederle Balduino de Bourq, a la sazón conde de Edesa, que adoptó el nombre de Balduino II, cuya intervención en la fundación de la orden del Temple fue trascendental. Los colonos de la región recibieron el apelativo genérico de «francos», por referencia a los primeros cruzados, que en su mayor parte procedían de las regiones de Europa occidental ocupadas por los francos. Esta denominación se hizo extensiva posteriormente a todos los peregrinos europeos¹⁵.

A partir de la conquista de Jerusalén, la peregrinaciones a los Santos Lugares tuvieron un fuerte incremento. Los peregrinos solían emprender sus viajes en primavera y conforme la travesía por mar se hizo más segura, esta vía de llegada a Tierra Santa fue ganando adeptos en detrimento del camino terrestre, mucho más largo y por ello más expuesto. Los puntos de partida más habituales estaban situados en el Sur de Francia, en la costa italiana, en Sicilia, Creta, Rodas o Chipre y tras un viaje de varias semanas, de isla en isla, como se había hecho durante siglos, la última singladura era desde Chipre a Acre, Tiro, Beirut o Jaffa en la costa continental. El camino hacia Jerusalén partía desde Jaffa, por lo que los que no llegaban a esta ciudad tenían que trasladarse a ella por los caminos de la costa. Desde Jaffa, por una calzada interior, en pocas jornadas llegaban al Monte del Gozo o Montegaudio¹⁶, así llamado por ser el primer lugar desde el cual los peregrinos divisaban Jerusalén¹⁷.

Los peregrinos llegaban a Jerusalén con el tiempo justo para conmemorar la Pascua que se celebraba con gran pompa en la iglesia del Santo Sepulcro, y tras visitar los demás lugares santos y, eventualmente, tomar parte en alguna campaña militar, zarpaban de nuevo, rumbo a los puntos de partida, a final del verano o principios de otoño, antes de la época de tormentas¹⁸.

¹⁴ Jacques Paul Migne, *Patrologiae cursus completus, (Patrologia Latina)*, Tomo CLV, Ed., 1844-1855, p. 378. La *Patrologiae cursus completus, (Patrologia Latina)*, es una colección de textos cristianos del Medioevo y de la Antigüedad que recoge los escritos de los padres de la Iglesia y otros autores eclesiásticos en 217 volúmenes, publicada por Jacques-Paul Migne entre 1844 y 1855.

¹⁵ Helen J. Nicholson, *Los templarios, una nueva historia*, Crítica, Barcelona, 2006, p. 34.

¹⁶ *Mont Joie o Mons Gaudii*, en donde se estableció a mediados del siglo XII la única orden española que tuvo su sede en Tierra Santa, la de Nuestra Señora de Montegaudio, fundada por el conde leonés don Rodrigo Álvarez. (A. J. Forey, «The Order of Mountjoy», *Speculum*, Medieval Academy of America, Vol. 46, nº 2, Apr. 1971, p. 250-266).

¹⁷ Alan J. Forey, «The Order of Mountjoy», p. 253.

¹⁸ M. H. Chevalier, *Histoire du Moyene Age*, Imprimerie et Librairie Classique, París, 1850, pp 468-469.

1.1.2 Iglesia-Papado-Cristiandad.

En el año 1054 tuvo lugar la separación formal de las iglesias de Oriente y Occidente tras la excomunión recíproca que se lanzaron el papa León IX y el patriarca Miguel I, principalmente debido a las diferencias surgidas entre ambos acerca de la autoridad papal sobre los cuatro patriarcas orientales¹⁹.

En Occidente, continuó la costumbre de intromisión de la autoridad civil en asuntos eclesiásticos, verdaderos abusos de poder que llevaron a reyes y señores incluso a intervenir, más o menos abiertamente, en la elección de los papas. En los albores del milenio, la Iglesia tuvo que hacer frente a tres graves problemas que afectaban al clero²⁰:

- El nicolaísmo, o inobservancia del celibato por algunos clérigos²¹;
- La simonía, o compraventa de bienes espirituales²²;
- La investidura laica de oficios eclesiásticos por parte de reyes, emperadores, señores o patronos de iglesias²³.

A estos tres problemas había que añadir la aparición de nuevas herejías, de las cuales la Iglesia de Occidente se había visto libre desde el final del arrianismo, de las cuales, quizás, la más importante fue la de los cátaros o albigenses²⁴.

Una de las características de la época son los esfuerzos cada vez más intensos del papado por mantener la independencia de la Iglesia, esfuerzos en los que hay que insertar el hecho de que por primera vez se celebraron, en la Europa occidental²⁵, concilios generales o ecuménicos que hasta entonces sólo habían tenido lugar en Oriente. Todos estos concilios, a diferencia de los anteriores, fueron presididos por el papa y se ocuparon principalmente de asuntos disciplinarios y cuestiones internas y no de cuestiones teológicas, salvo el concilio de Letrán III convocado para hacer frente a la herejía cátara. Para atajar la simonía, la investidura laica y el nicolaísmo, se convocó el I concilio de Letrán el cual se celebró en 1123²⁶.

En el siglo XI floreció la vida religiosa monacal de la que, si bien el germen

¹⁹ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, Imprenta de Pablo Riera, Barcelona, 1863, p. 314.

²⁰ José Orlandis, *Historia de la Iglesia*, p. 83.

²¹ La expresión procede del papa Nicolás II que en 1059 prohibió el casamiento de presbíteros y religiosos en general y Ordenó que los que ya estaban casado repudiasen a sus esposas. (Para mayor información, consultar Martin Careaga, *El cautiverio de babilónico de la Iglesia*, eBook, 1994.

²² León IX convocó concilios y mandó redactar reglamentos para extirpar la simonía (Víctor Postel, *Historia de la Iglesia*, p. 322).

²³ El «problema de las investiduras» enfrentó a Gregorio VII con el emperador Enrique IV (José Orlandis Rovira, *La Iglesia Antigua y medieval*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003, pp. 289-292).

²⁴ Para más información sobre la herejía cátara: René Weis, *The Yellow Cross, the history of the last Cathars (1290-1329)*, Viking-Penguin Group, Londres, 2000.

²⁵ Cuatro en Roma, dos en Lyon y uno en Vienne.

²⁶ Henry Joseph Schroeder, *Disciplinary Decrees of the General Councils: Text, Translation and Commentary*, B. Herder, St. Louis, 1937, pp. 177-194.

había sido la abadía de Cluny con san Benito²⁷, su máxima expresión se alcanzó por la orden del Cister, de la que su más preclaro exponente fue san Bernardo de Claraval, doctor de la Iglesia²⁸, sin olvidar a san Bruno y la fundación de los car-tujos²⁹.

La influencia de san Bernardo en los asuntos de la Iglesia fue esencial. A los veinticuatro años fue elegido abad de Claraval y fue tal su prestigio que era llama-do, para recabar su consejo, desde los rincones más lejanos. Contribuyó a la re-forma del clero, invitó a los obispos a la pobreza y al cuidado de los pobres y fun-dó sesenta y seis abadías. Puso fin al cisma de Anacleto³⁰. Predicó la santidad del matrimonio y se esforzó en cristianizar la sociedad feudal atacando el lujo de los nobles y, como veremos, tuvo una intervención decisiva en la creación de la orden del Temple. Su mayor fracaso, aunque no sea achacable sólo a él, fue la predica-ción de la II Cruzada en la que los cristianos sufrieron una gran derrota en 1148³¹.

En la primera centuria del milenio se produjo el nacimiento de los canóni-gos reglares de san Agustín que practicaban la «vida canónica» consistente esen-cialmente en comer juntos y dormir bajo el mismo techo siguiendo la regla del santo de Hipona. Al mismo tiempo, tuvo lugar un desarrollo importante, sobre to-do a partir del siglo XII, de las órdenes religiosas de frailes, especialmente francis-canos (frailes mendicantes) y dominicos (frailes predicadores), reivindicatorias de la pobreza evangélica como virtud fundamental de la vida religiosa³².

1.1.3 Filosofía y Teología.

Durante la Edad Media alta se produjo un fuerte impulso de la Teología y la Filosofía, con un gusto desmesurado por los filósofos griegos que fueron releídos

²⁷ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, pp. 248-251.

²⁸ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, pp. 347-349.

²⁹ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, pp. 317-324.

³⁰ Anacleto II, cardenal Pietro Pierleoni, (? - 1138), aunque considerado antipapa por la Iglesia Católica, fue elegido para el solio pontificio por una mayoría de los miembros del colegio cardenalicio, lo cuales a la muerte de Honorio II se reunieron en cónclave y levaron a cabo la votación en la que fue elegido Pietro Pierleoni adoptando el nombre de Anacleto. Mientras, la minoría delegó la elección en una comisión de ocho cardenales que eligió el cardenal Papareshi que, bajo amenaza de excomunión, aceptó el cargo, adoptando el nombre de Inocencio II, fijando su residencia en Pisa ya que Anacleto continuó en la posesión pacífica de la basílica de san Pedro hasta su muerte en 1138 en que se puso fin al cisma gracias a la intervención de Bernardo de Claraval que convenció a todos sus partidarios de pasarse al bando de Inocencio. (Bernardino Llorca, Ricardo García Villoslada y Juan María Laboa, *Historia de la Iglesia Católica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1988, pp. 426-429).

³¹ Thomas Merton, *san Bernardo el último de los Padres*, Ed. Patmos, Madrid, 1956, p. 32.

³² Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, p. 323.

y reinterpretados, especialmente Aristóteles, a través de las traducciones de Toledo y Sicilia.

A mediados del siglo XI nació la Teología Escolástica con el propósito de formular una visión unitaria del conocimiento natural y el sobrenatural transmitido por la Revelación. Los escolásticos utilizaron la razón como herramienta indispensable para el estudio de la teología, la filosofía y la dialéctica, pero siempre subordinada a la fe. Aunque fuertemente influenciada por el pensamiento filosófico griego, y en menor medida el latino, también admitió en su seno, otras corrientes filosóficas, como la judaica y la árabe.

Nombres carismáticos de la Escolástica son san Anselmo, san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino³³.

1.1.4 Educación, arte y cultura.

La educación, en su amplio sentido, que hasta entonces había estado relegada a las escriptorias de los monasterios, se expandió hacia las ciudades, especialmente las *scholas* anejas a las catedrales y las universidades que por ese tiempo se crearon por toda Europa: Bolonia, París, Oxford, Salamanca,..., etc.

En el arte hizo su aparición el gótico que, si bien al principio convivió con el románico, acabó por imponerse, siendo el estilo adoptado en la construcción de las altísimas catedrales de la época³⁴.

1.1.5 Las cruzadas.

Las cruzadas fueron campañas militares, que tuvieron lugar principalmente en Tierra Santa y otros lugares de Europa, durante la Edad Media, con una motivación religiosa. Las más importantes fueron las que se libraron en Palestina con el fin de conquistar y mantener el control de los cristianos sobre los lugares en los que vivió Jesucristo, si bien también tuvieron esta consideración las campañas militares llevadas a cabo en la Península Ibérica para reconquistar las zonas que habían sido arrebatadas por los musulmanes, en el oriente europeo, para someter a los pueblos paganos y aun las que se libraron en países cristianos con el fin de erradicar doctrinas, creencias y sectas que ponían en peligro la unidad monolítica del catolicismo, tales como las emprendidas contra cátaros, husitas y valdenses.

La denominación de cruzada proviene de la cruz que recortada en tela, ge-

³³ Nos remitimos a la multitud de obras sobre el tema. Entre otras, Rafael Ramón Guerrero, *Historia de la Filosofía Medieval*, Ediciones Akal, Madrid, 2002.

³⁴ La palabra «gótico» (derivada de godo) fue acuñada por los humanistas italianos del renacimiento para calificar peyorativamente al arte de los godos, pueblo que había atacado y destruido la cultura romana, aunque en realidad no tienen nada que ver con los pueblos bárbaros, visigodos u ostrogodos, por lo que son muchos los intentos que han tenido lugar para sustituirla, pero todos han fracasado.

neralmente roja, que sobre las ropas usaron los que participaron en ellas y que recibían del papa, o de su legado especial, tras hacer voto solemne, llamado de cruzada. A partir de ese momento los cruzados eran considerados soldados de la Iglesia, recibiendo el perdón de los pecados del pasado mediante la llamada indulgencia, en contraposición con la absolución que se consideraba estaba reservada a Dios. La primera cruzada tuvo lugar en 1095, fue predicada por Urbano II y fue seguida por cristianos de toda la Cristiandad, pero principalmente procedentes de Francia y del Sacro Imperio Romano Germánico³⁵.

Según Helen Nicholson, los cruzados reclamaban Jerusalén para la Cristianidad, no sólo porque era el lugar donde Jesús había vivido, muerto y resucitado, sino porque también se sentían herederos del Imperio Romano³⁶.

Para frenar la invasión de los turcos se organizaron la segunda y tercera cruzada. La primera de ellas, dirigida por el rey Luis VII de Francia y el emperador Conrado III, contó con la implicación personal de san Bernardo y fue un fracaso total con las graves consecuencias de la pérdida del principado de Antioquía y lo que restaba del condado de Edesa³⁷, todo lo cual produjo una fuerte consternación en el mundo cristiano. La tercera (1189-1192) fue comandada por Federico Barbarroja, Felipe II Augusto de Francia y Enrique II de Inglaterra, que fue sustituido a su muerte por su hijo Ricardo [Corazón de León]. A pesar de haber sido la más universal de todas las cruzadas, fue también un fracaso ya que no se logró recuperar Jerusalén que era el objetivo primordial³⁸.

1.1.6 Sociedad.

Las viviendas utilizadas por la gran mayoría de la población, solían ser pobres, incluso miserables. Además, eran sencillas y carecían de divisiones, lo que obligaba a hacer todas las actividades de la vida diaria en la misma habitación que, casi siempre, era compartida con animales. Las casas, sobre todo en los lugares fríos, se ventilaban poco, pues las ventanas, si las tenían, no se abrían para evitar las pérdidas de calor. Las humedades eran usuales, pues el suelo consistía en tierra simplemente allanada que, a lo sumo, se cubría de paja que se cambiaba de tarde en tarde, lo que, con el calor de la lumbre y el humo, pues, a modo de chimenea sólo solía haber un agujero en el techo, se convertía en un excelente caldo de cultivo de las enfermedades. Era habitual que todos los miembros de la unidad familiar durmieran juntos en jergones simplemente extendidos en el suelo, lo que tenía

³⁵ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, pp. 334-340.

³⁶ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 34.

³⁷ El único éxito que hay que apuntar en su haber es la conquista de Lisboa a los moros por un contingente marítimo de los cruzados.

³⁸ Víctor Postel, *Historia de la Iglesia: desde nuestro Señor Jesucristo hasta el Pontificado de Pio IX*, pp. 356-364.

la ventaja de evitar pérdidas de calor, pero también el grave inconveniente de impedir la intimidad. Todas estas condiciones, unidas a la suciedad y a la ausencia total de higiene corporal, favorecían el contagio de enfermedades y la difusión de epidemias.

La suciedad y la falta de higiene corporal eran inherentes a la gente del Medioevo, y no solamente entre la gente del campo o las clases bajas, sino en todos los lugares y estamentos. La gente no se lavaba, pues el baño era considerado perjudicial, limitándose su toma a una o dos veces al año. La ropa no se limpiaba, o se hacía muy de tarde en tarde, por lo que eran un magnífico hospedaje de parásitos (piojos, pulgas, chinches,...), lo que llevó a que la desparasitación manual fuera no solo una actividad habitual sino un pasatiempo que se practicaba en sociedad. La basura y desechos, incluidos los excrementos humanos y animales, eran echados a la calle sin ningún miramiento, con lo cual, en las épocas secas, se convertían en verdaderos estercoleros. La alimentación era pobre y constituida casi exclusivamente por raíces y cereales, lo cual, unido a la mencionada falta de higiene, hacía que la mortalidad, principalmente la infantil, fuera muy alta³⁹.

A pesar de todo ello, se produjo una explosión demográfica de un nivel desconocido hasta entonces, se incrementaron las tierras de cultivo y surgieron nuevas ciudades por la transformación de las pequeñas aldeas.

La sociedad medieval se caracterizó por una clara jerarquía de las clases sociales, las cuales marcaban desde el nacimiento la vida de hombres y mujeres, adoptando forma de pirámide en cuya cúspide se encontraba el rey como máxima autoridad, representante de los poderes terrenales y divinos. Se dividía en tres estamentos⁴⁰: nobleza (*bellatores*); clero (*oratores*); pueblo llano (*laboratores*).

Las mujeres estaban generalmente consideradas inferiores a los hombres y carentes de los derechos más elementales, por lo que muchas elegían la vida religiosa como medio de sustraerse del sometimiento a los hombres (padre, hermanos, maridos). Los hombres, sobre todos los de la clase más baja, no lo tenían mucho mejor, pues su único horizonte en la vida era trabajar y producir para su señor. Sus derechos eran poco más que los de los esclavos, pues carecían de libertad incluso para desplazarse de lugar. La única manera de salir de su entorno social era la vida conventual o clerical.

Finalmente, como culminación del ideal de la caballería cristiana, fusionando el monacato con las armas, surgieron las órdenes militares, una figura característica de la Edad Media europea.

³⁹ Ángel Vaca Lorenzo, «Orígenes del servicio de limpieza de la ciudad de Salamanca», en *Espacios de poder y formas sociales en la Edad Media*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2007, pp. 227-231.

⁴⁰ Giles Constable, *Three Studies in Medieval Religious and Social Thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 180.

1.2 Nacimiento de la orden del Temple.

La ola de espiritualidad que se extendió por Europa en los siglos XI y XII explica que las primeras órdenes puramente militares nacieran allí donde la religión y civilización cristianas estaban más expuestas a los embates del Islán: Jerusalén y la Península Ibérica. En la primera tuvo su origen la orden de caballeros del Temple, que es el objeto de esta tesis, y en la segunda la cofradía de Belchite⁴¹ y la orden de Montreal⁴². Con el tiempo, estas dos se fusionaron y, finalmente, terminaron unidas al Temple una vez que éste se extendió por Aragón y Castilla. Al respecto de esta coincidencia cronológica en la creación de las tres instituciones, Alain Demurger⁴³ resalta el hecho de que el modelo de tales «caballerías» existía ya en Europa antes de las experiencias de Tierra Santa y España y señala como ejemplo las *milites sancti Petri*⁴⁴, cuerpo de hombres armados al servicio de la Santa Sede, creado por el papa Gregorio VII⁴⁵.

Hoy por hoy no existen datos ciertos sobre la génesis de la orden del Temple que nos permitan realizar afirmaciones sobre la misma fuera de toda duda, dado que la Orden, en sus comienzos, no fue del interés de los cronistas de la época. Los primeros relatos históricos son de la segunda mitad del siglo XII, por lo que sus autores son puestos en tela de juicio por algunos que les achacan que, al no ser coetáneos de los hechos que relatan, sus noticias sobre los mismos son de segunda o tercera mano y por lo tanto han de ser tomadas con toda clase de reservas. Ello no obstante, contamos con suficientes «hechos probados» e «indicios», a través del contraste de fuentes, que nos permiten establecer con suficiente precisión la historia de la Orden, para lo cual, siguiendo el *iter* de muchos autores modernos que han estudiado la fundación de la Orden, nos remontaremos a los orígenes del reino de Jerusalén.

El quince de julio de 1099, tras un terrible asedio en el que la población islámica fue objeto de una feroz matanza por parte de bandas de cruzados, Godofredo de Bouillon tomó por fin la ciudad de Jerusalén, siendo elegido soberano del nuevo reino, adoptando el título de «*Sancti Sepulchri advocatus*»⁴⁶ en lugar del de rey ya que «se negó a llevar una corona de oro sobre la cabeza donde Cristo la ha-

⁴¹ José Ángel Lema Pueyo, «La lucha por la frontera: los cofrades de Belchite», *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Trea, Gijón, 2008, pp. 171-174.

⁴² Pascual Crespo Vicente, «La Militia Christi de Monreal y el origen de las órdenes militares en España», *Xiloca: revista del Centro de Estudios del Jiloca*, nº 35, 2007, pp. 203-230.

⁴³ Alain Demurger es catedrático emérito de Historia en la universidad de París I. Ha centrado sus investigaciones sobre el poder real a finales de la Edad Media y en los templarios sobre los que ha escrito varias obras. Será citado con frecuencia en esta tesis.

⁴⁴ Alain Demurger, «Belchite, le Temple et Montjoie», en Malcolm Barber et al, *Knighthoods of Christ, Essays on the History of the Crusades and the Knights Templar*, Ashgate Publishing Co, Hampshire, 1988, pp. 123-136.

⁴⁵ Jonatham Simon Riley-Smith, *The First Crusade and the idea of Crusading*, The Athlone Press, London, 1995, p. 6.

⁴⁶ Abogado defensor del Santo Sepulcro.

bía llevado de espinas para la salvación de los hombres»⁴⁷. En su corto reinado de apenas un año, Godofredo tuvo no sólo que implantar las bases del nuevo reino, con duros enfrentamientos con el patriarca Dagoberto de Pisa, sino que, además, se vio obligado a hacer frente a los ataques de los fatimitas egipcios, a los que derrotó en la batalla de Ascalon en agosto de 1099.

Al morir Godofredo el dieciocho de julio de 1100 fue elegido rey su hermano Balduino, cuyo principal problema fue la escasez de hombres para defender las fronteras y los caminos y proteger a los peregrinos, ya que la gran mayoría de los caballeros que habían tomado parte en la I Cruzada habían vuelto a Europa⁴⁸.

La noticia de la conquista de los Santos Lugares se extendió rápidamente por Europa dando lugar a un incremento notable del flujo de peregrinos, algunos de los cuales se unieron a los caballeros cristianos que habían participado en la cruzada y que, en vez de volver a Europa, permanecieron en Tierra Santa para colaborar en la protección del Santo Sepulcro y para defender a los peregrinos que eran atacados en los caminos por bandidos que los despojaban de sus parcas pertenencias e, incluso, herían, esclavizaban o mataban⁴⁹, lo que les llevó a agruparse en hermandades o cofradías bajo el mando de aquéllos que más se habían distinguido en la lucha contra los sarracenos.

Algunos estudiosos e investigadores, en un afán por buscar un origen más antiguo a la orden del Temple, remontan su fundación hasta Godofredo de Bouillon en base a las crónicas escritas por el cronista «oficial» de la I Cruzada, Alberto de Aix, el cual hace alusiones, en varios pasajes de las mismas, a un grupo de incondicionales de Godofredo, la mayoría gente de Lotaringia, que vinieron con él, grupo al que unas veces se refiere como «*Domus Duci*», otras como «*Clientele Godofrey*» y las más como «*Domus Christi*»⁵⁰. Autores tales como Sandy Hamblett, Tahir Waite y Albert McKey se refieren a este grupo de incondicionales, surgido en torno al año 1100, y dicen que, si bien permanecieron en la sombra, estuvieron muy activos en la elección de Godofredo primero y después en la de su hermano Balduino, como reyes de Jerusalén. Sandy Hamblett llega a afirmar que «hay pruebas demoledoras que indican que la fundación de los caballeros templarios fue instigada por Godofredo de Bouillon y su asociación del Santo Sepulcro»⁵¹, ahora bien, lo que esta autora denomina «pruebas demoledoras» no dejan

⁴⁷ Guillermo de Tiro, «Historia rerum in partibus transmarinis gestarum», IX, 1-2, 5, en Jean Paul Migne, *Patrologiae Cursus completus (Patrologia Latina)*, Tomo CCI, Jean Paul Migne, París, 1844-1855, p. 378.

⁴⁸ Helen Nicholson (*Los templarios. Una nueva historia*, p. 31) cita al cronista Foucher de Chartres, el cual, como miembro de la primera generación de colonos que se estableció en Tierra Santa, escribió que en 1100 sola quedaron 300 caballeros y 300 soldados en las proximidades de Jerusalén.

⁴⁹ Vignati Peralta, *El enigma de los templarios*, Libroexpres, Barcelona, 1988, p. 35.

⁵⁰ Aunque la mayoría de los miembros de este grupo permanecen en el anonimato, los nombres de algunos de sus componentes aparecen en la crónica de Albert d'Aix: Badouin de Boulogne, Cono de Montaigu, Rainald de Toul, Meter Dampierre, Warner de Grez, Godofredo de Esche y Badouin de Bourq [Albert d'Aix, <<http://thelatinlibrary.com/albertofaix.html>>].

⁵¹ Sandy Hamblett, «Los caballeros templarios de Godofredo de Bouillon, el monte Sión y los esenios», en Oddvar Olsen *et alii*, *El Secreto del Temple*, Cofás, Madrid, 2007, p. 35.

de ser meras conjeturas, por lo que al no hacer referencia a hecho concreto o documento alguno, no nos detendremos en su análisis y simplemente lo dejamos señalado como una aportación más al tema.

Hay datos suficientes para asegurar que en la segunda década del siglo XII existía en Tierra Santa una «*militia Christi*»⁵² formada por caballeros francos mínimamente organizados. Varios autores, entre los que figuran la profesora Helen Nicholson y el profesor Malcolm Barber, recogen en sus obras la referencia a una carta que Ivo, obispo de Chartres⁵³, escribió en 1114 o 1115 a Hugo de Champaña reprendiéndole por haber abandonado a su esposa y encuadrarse en lo que llama «milicias de Cristo» y «caballería evangélica»⁵⁴. Por su parte, Alain Demurger, haciéndose eco de una crónica de Alberto de Aix, señala que en 1101 el patriarca de Jerusalén contrató, entre los cruzados que residían en Jerusalén, a treinta caballeros a sueldo para la defensa del Santo Sepulcro, de la misma manera que «había caballeros al servicio de san Pedro en Roma»⁵⁵ y reitera en otro lugar que «en la órbita del Santo Sepulcro se hallaba gente armada, que constituía una especie de cofradía de laicos, o de orden tercera, asociada a los canónigos», aclarando que el cometido de estos caballeros era la salvaguarda de la iglesia homónima y de los edificios y terrenos anejos. Continúa diciendo que no se trataba de una orden y que los caballeros estaban bajo la tutela de los canónigos y del prior de los mismos y que «es probable que entre ellos se reclutaran a los primeros templarios»⁵⁶.

Asimismo, de la Crónica de Ernoul, de la que más adelante se transcribe un fragmento, se deduce claramente que los que fundaron la *Militia Templi* salieron de las filas de los *milites Sancti Sepulcri*, reiterándose en la misma obra que los tales caballeros «obedecían a los priores del Sepulcro»⁵⁷. En base a este mismo texto de Ernoul, en la parte que dice que una vez que se independizaron tales caballe-

⁵² Según dicen Angeliki E. Laiou y Roy P. Mottahedeh (*The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Dumbarton Oaks, Washington, 2001, p. 35) *Milites Christi* o *Milites Dei* era la denominación que recibían los cruzados en oposición a sus enemigos que eran los «infieles, bárbaros o paganos».

⁵³ San Ivo de Chartres, (c. 1040 – 1116), nacido en Beauvais, fue un reputado canonista y obispo de la ciudad de Chartres. Se distinguió por la condena de la simonía y por su activa intervención en el conflicto que enfrentó a la Santa Sede con el Sacro Imperio en la «Querrela de las Investiduras». (Para mayor información sobre su vida y obra véase Christof Rolker, *Canon Law and the Letters of Ivo de Chartres*, Press, Nueva York, 2009; Andrieu-Guitancourt, P., *Introduction sommaire à l'étude du droit en général et du droit canonique contemporain en particulier*, Sirey, París, 1961, pp. 10, 638, 656, 677, 719, 720, 722, 723, 724, 726, 727, 728, 732, 736, 737, 740, 741, 742, 1279 y 1280 ; Paul Fournier y Gabriel Lebras, *Histoire des collections canoniques en Occident depuis les fausses Décrétales jusqu'au Décret de Gratien*, París, 1932, pp. 55-114 ; de los mismos autores «Collections italiannes où l'on discerne l'influence d'Yves de Chartres», pp. 222-226 y «Les collections cisalpinnes ayant subi l'influence d'Yves», pp. 265-313).

⁵⁴ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 37.

⁵⁵ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 40.

⁵⁶ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 40.

⁵⁷ Louis de Mas Latrie, *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Tresorier*, Ed. SHF, J. Renouard, París, 1871, p. 8.

ros, «el Hospital los echó del Templo y les concedió las sobras y la enseña»⁵⁸, Demurger concluye que estos caballeros, vinculados al Santo Sepulcro y al Hospital, fueron los que fundaron la nueva caballería del Temple y que entre ellos «se hallaba muy probablemente Hugo de Paganis, señor de Montigny (Champaña)»⁵⁹.

Del tenor literal de los textos que hemos citado, se colige la existencia de una relación entre los fundadores de la milicia del Temple con el Santo Sepulcro y el Hospital y que dicha relación fue de dependencia y subordinación. Lo que a ciencia cierta no podemos afirmar es si todos tenían esa doble relación o si unos la tenían con el Hospital y otros con el Santo Sepulcro. En cualquier caso, lo que sí podemos asegurar es que estaban bajo la regla de san Agustín, que era la que imperaba en ambos institutos. A este respecto resulta esclarecedora la afirmación que hace Rodríguez Campomanes en sus «Dissertaciones» donde dice:

«En Jerusalén había varios Templos, à más de la Iglesia Patriarchal, de distinguido nombre: uno, era el del Santo Sepulcro, con su prelado, que le gobernaba con título de prior, con jurisdicción omnimoda quasi episcopal, uso de Anillo, Mitra, y Baculo, y demás insignias, inmediatamente sujeto al patriarca de Jerusalèn: tenía un Capitulo compuesto de doce Canonigos, instituidos luego que los Católicos tomaron à Jerusalèm; y esta Comunidad fuè muy respetada, y copiosas las rentas que la liberalidad Cristiana les asignò, ... fueron vulgarmente llamados Canonigos del Santo Sepulcro, que en aquel tiempo fueron Reglares de S. Agustin.

Avia otra Comunidad no menos respetable en el Templo de Salomón, compuesta desde su fundación de canónigos Reglares de san Agustin, y un abad Reglar, que los gobernaba, y por estar asistiendo en sus funciones Canonicas, y Eclesiasticas dentro del mismo Templo de Salomón, les dieron comúnmente el nombre de Canonigos del Templo, y su abad se llamaba abad del Templo, que en nuestro antiguo Español es el abad del Temple. Produxo sin dificultad la ignorancia de estas noticias error, creyendo algunos tal vez, que el gran maestre de la Caballería del Temple ultramarino se intitulase abad del Temple; pues varios instrumentos antiguos estan persuadiendo haver sido los dos oficios totalmente distintos... pues este [el abad] con sus Monges hacian continua, y perenne mansión en el Templo, alabando al Señor, baxo de la Regla de san Agustin, que desde su fundacion profesaron: ...

Es de advertir también, para remover toda duda, que la religión de san Juan de Jerusalén, que oy llamamos de Malta... tuvo su origen poco después

⁵⁸ Las relivias o *reliefs*, a propósito de las cuales, la escritora italiana Simonetta Cerrini, que presentó en 1998 una tesis doctoral titulada «Una experiencia nueva en el seno de la Cristiandad medieval: la Orden de los templarios (1120-1314). Estudio y ediciones de las reglas latinas y francesas», se hace eco de ello y cuenta que el derecho a las sobras les fue concedido a los templarios, antes incluso de la fundación de la Orden, cuando ejercían la vigilancia y custodia de los caminos que llevaban a Jerusalén, especialmente el entonces conocido como «Desfiladero de los Peregrinos» y posteriormente como «Desfiladero de Chateau Pelerin», lo conservaron hasta bastante tiempo después de su creación. Este derecho a las *relivias* o sobras fue mantenido hasta tiempos del maestre Garin de Montaigu (1207-1228) en que fue comprado por éste a su hermano Pierre de Montaigu, a la sazón maestre del Temple, a cambio de un caballo. (Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 2008, p. 83).

⁵⁹ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 40.

que la de los templarios, aunque hay Autores que se la dàn antes; pero “quidquid fit”, lo que no admite duda es, que su aprobación fuè posterior mucho en tiempo à la de los templarios, y sus individuos profesaron la Regla de san Agustin»⁶⁰.

En lo tocante a la existencia de una iglesia en el antiguo Templo de Salomón y de una comunidad de religiosos bajo la dirección de un abad o prior, hemos podido constatar la veracidad de las afirmaciones del Letrado Rodríguez Campomanes consultando la *Patrologiæ, Cursus completus* y la *Regesta Regni Iherosolymitani*⁶¹, dedicadas al reino de Jerusalén, en las que hemos encontrado diversos documentos que las confirman. Así, en un documento emitido por el rey Balduino II en el año 1120, aparece como aceptante el patriarca Gormondo de Picquigny (1119-1128)⁶² y como confirmantes:

*Bernardus, episcopus Nazarenus, Acardus, prior Templi Domini, Girardus, prior (S.) Sepulchri, Paganus, cancellarius regis, Eustachius Grane-rius, Willelmus de Buris, Balduinus de Ramis, Manasses de Caiphaz, Bal-duinus de S. Abraham, Radulphus de Fontenellis, Wido de Miliaco, Ulricus, vicecomes Neapolitanus, Hugo de Joppe, filius Hugonis de Puteolo, nondum miles...*⁶³

Además de este documento, en el que el superior del Templo del Señor aparece ostentando el título de prior, hemos encontrado otros muchos en que aparece confirmando un tal Gaufridus, *Templi Domini Abatis*. Sea cual fuere el título del superior, lo importante a nuestros efectos es la existencia en el Templo de Salomón de una comunidad de canónigos bajo la regla de san Agustín.

Son escasos los testimonios escritos que han llegado a nosotros sobre la fecha de fundación de la Orden, buena prueba de lo poco que representaba para sus coetáneos. En un escrito fechado entre 1120 y 1130, el monje Orderico Vitalis⁶⁴ escribe sobre la incorporación en 1120 a los caballeros templarios, a los que se refiere como *venerandis milites*⁶⁵, del conde francés Fulco V de Anjou⁶⁶ que, ade-

⁶⁰ Pedro Rodríguez Campomanes, *Disertaciones Históricas sobre el Orden de Caballería de los templarios*, Pérez de Soto, Madrid, 1747, p. 190.

⁶¹ La *Regesta Regni Iherosolymitani* es una colección de más de novecientos documentos procedentes de la cancillería del reino de Jerusalén recopilados por Gustav Reinold Röhrich (1842-1905) en el último cuarto del siglo XIX.

⁶² Gormondo, Garmond, Germond, Guarmond o Waremond, (? -1128), obispo de Picquigny.

⁶³ Gustav Reinhold Röhrich, *Regesta Regni Hierosolymitani (MXCVII-MCCXCI)*, Libreria Academica Wagneriana, Innsbruck, 1893, p. 20.

⁶⁴ Monje del monasterio normando de Saint Evroul que vivió entre 1075 y 1141.

⁶⁵ Caballeros admirables.

⁶⁶ Foulques d'Anjou nació en Angers hacia 1100. En 1109 sucedió a su padre como conde de Anjou. En torno a 1120 peregrinó a Tierra Santa donde conoció los comienzos de la orden del Temple por la cual se sintió atraído. Fue rey de Jerusalén desde 1133 hasta 1143 en que murió en un accidente de caza. (François-René Chateaubriand y Gaspar y Roig, *Los mártires o el triunfo de la religión cristiana*, Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1852, p. 103).⁶⁷ *Hugoni militi Christi, et magistro Militiæ Chisti, Bernardus Clarae-Vallis solo nomine abbas, bonnum certamen certare*, (S. Bernardo, Abatis primi Carae-Vallensis, *Opera Omnia*, Vol. Primum, Bibliothecae clero universae, París, 1859, p. 921).

más, continuó contribuyendo hasta su muerte, acaecida en 1143, con treinta libras angevinas anuales al sostenimiento de la Orden. La referencia a 1120 es un claro indicio de que en ese año la Orden ya había sido creada. Lo mismo se puede decir de una carta de san Bernardo de Claraval a Hugo de Paganis (de la que más tarde hablaremos con más extensión) dirigida a «mi muy apreciado Hugo, caballero de Cristo y maestre de los caballeros de Cristo»⁶⁷, escrita a principios de la década siguiente, en la que, si bien no data la fundación de la Orden, si es una buena evidencia de la existencia de la misma en la fecha en que fue escrita.

Por los mismos años, hacia 1135 o 1137, escribía Simón de Saint Bertin⁶⁸:

«Mientras él [Godofredo] reinaba magníficamente, algunos [caballeros cruzados] habían decidido no volver a las sombras del mundo después de sufrir tales peligros por amor de Dios. Por consejo de los príncipes del ejército de Dios, se comprometieron a servir al Templo de Dios bajo esta regla: ellos renunciarían al mundo, donarían sus bienes personales, se liberarían al objeto de alcanzar la pureza y llevarían una vida en común, vistiendo hábitos pobres, haciendo uso de las armas sólo para defender la tierra contra los ataques de los paganos insurgentes cuando la necesidad lo exigiera»⁶⁹.

En este texto, cuyo relato comienza en 1099 con la toma de Jerusalén, se ocupa de las actividades inmediatas de los cruzados y de la entronización de Godofredo como Defensor del Santo Sepulcro. Recalca el autor el carácter voluntario, la renuncia al mundo y a los bienes materiales y el compromiso de hacer uso de las armas en caso necesario. Además, sugiere que la obligación adquirida por los caballeros cruzados de servir a Dios en su Templo, con sometimiento a una regla, fue insinuada por los príncipes cristianos, seguramente con la aquiescencia de Godofredo.

Parece lógico pensar que la idea de la fundación de la caballería del Temple no fuera repentina y que su gestación ocupara varios años del primer cuarto del siglo XII. Helen Nicholson recoge tres escritos de autores religiosos en los que la fundación de la Orden se fija en tiempos de Godofredo⁷⁰. Estos son: Anselmo, obispo de Havelburg, que la vincula al papa Urbano II; Otón, obispo de Freising que la une a la querella de las Investiduras; y Ricardo de Poitou, monje de la abadía de Cluny, que la fija en el mismo año del fallecimiento del abad Hugo de Cluny, o sea en 1109.

Así decía en 1145 Anselmo, obispo de Havelburg⁷¹:

⁶⁷ *Hugoni militi Christi, et magistro Militiae Chisti, Bernardus Clarae-Vallis solo nomine abbas, bonnum certamen certere*, (S. Bernardo, Abatis primi Carae-Vallensis, *Opera Omnia*, Vol. Primum, Bibliothecae clero universae, París, 1859, p. 921).

⁶⁸ Simón de san Bertin fue un abad de la abadía de este nombre que murió en 1148. Anteriormente había sido abad de la abadía de Auchy en el Norte de Francia. Es autor, entre otras, de una obra titulada *Anales*.

⁶⁹ Simon de Saint Bertin, «Gesta abbatum Sancti Bertini Sithensium», *Monumenta Germaniae Historica*, vol. 13, p. 649, (Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 41).

⁷⁰ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 44.

⁷¹ Anselmo (c. 1100 – c. 1158) eclesiástico y político alemán, obispo de Havelburg y posteriormente de Ravena y Milán. Entre sus obras están, *De ordine canonicorum regularium*, *Apologeticum pro*

«Una cierta institución religiosa nueva se fundó en Jerusalén, la ciudad de Dios. Unos laicos, hombres religiosos, se han congregado allí y apartándose de la ropa superflua y costosa, se han dispuesto a defender el glorioso Sépulcro del Señor contra las incursiones de los sarracenos [...] el papa Urbano confirmó la forma de vida de estos hombres y sometió al parecer de muchos obispos que todo aquél que se pusiera en esta sociedad con la esperanza de vida eterna, y perseverara en ella fielmente, debía tener la remisión de todos los pecados. Confirmó que éstos no tienen menos mérito que cualquiera de los monjes o canónigos, se llaman a sí mismos los caballeros del Temple. Después de haber dejado su propiedad, viven una vida común y luchan bajo [un voto de] obediencia a un maestro»⁷².

La importancia de esta carta radica en que el «papa Urbano» al que se refiere no puede ser otro que Urbano II que había muerto en 1099 en Roma, de aquí que el obispo Anselmo haga la fundación de la Orden coetánea con la Primera Cruzada, lo cual parece enteramente un *lapsus* o, incluso, un error de Anselmo al confundir a Gelasio II con Urbano II. En cualquier caso, dado que constituye una aportación histórica a la fundación de la Orden, dejamos constancia de la misma sin realizar un análisis más profundo ya que no es ese el objeto de esta tesis.

Escasamente cincuenta años más tarde de la fundación, el historiador Guillermo de Tiro⁷³ escribió su obra *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, que, a pesar de la brevedad de la referencia a la creación de la Orden, es en la que se basan directa o indirectamente la mayoría de los investigadores y autores que han estudiado la creación del Temple. En esta obra, el libro duodécimo trata de la «historia de los hechos acaecidos en las regiones de ultramar, desde los tiempos de los sucesores de Mahoma hasta el año del Señor de 1184», y en él, el capítulo VII está dedicado a la fundación de la «orden militar del Temple Jerosolimitano» el cual, por su indudable valor documental y por cuanto supone un resumen de los inicios de la historia de la Orden en Tierra Santa, es transcrito a continuación en su traducción al español, incluyendo en el texto las acotaciones que al mismo realiza Malcolm Barber⁷⁴ y otras que hemos añadido nosotros:

ordine canonicorum regularium, y los tres *Dialogi Antikeimenon*, en la *Patrología Latina*. (Friedrich Wilhelm Bautz, *Anselm Bischof von Havelberg*, Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexikon, Band 1, Bautz, Hamm 1975, pp. 184-185).

⁷² Anselm de Havelberg, *Dialogues*, Vol. I, traducción, notas y apéndices de Gaston Salet, colección «Sources Chrétiennes», n° 118, Éditions du Cerf, París, 1966, pp. 98-101.

⁷³ En el tema del Temple, la obra de Guillermo de Tiro (Siria, c. 1130-? 1185) ha sido desde siempre considerada por los investigadores y estudiosos como la fuente más fiable de información, a pesar de ser y estar escrita en forma de crónica. Fue un eclesiástico e historiador de las cruzadas, de origen francés. Fue canciller del rey Balduino IV de Jerusalén, canónigo y, posteriormente, arzobispo de Tiro 1175. Además del latín y griego, tenía conocimientos del árabe. Es autor de la más importante crónica del Oriente latino del s. XII, la *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* 1095-1184, relato de la actuación de los latinos en el Próximo Oriente, a cuyo capítulo XII hacemos referencia. (Para mayor información sobre Guillermo de Tiro ver Peter W Edbury, *William of Tyre: Historian of the Latin East*, Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge, 1990).

⁷⁴ Malcolm Barber es un profesor e investigador británico, especializado en la historia del Temple y en la Edad Media. Además ha escrito sobre Felipe IV de Francia y sobre los cátaros. Fue hasta su jubilación profesor de Historia Medieval en la universidad de Reading (Inglaterra). Su obra será tenida muy en cuenta en esta tesis.

«En este mismo año [1118], algunos hombres nobles con rango de caballeros, hombres religiosos, dedicados a Dios y temerosos de Él, obligados a sí mismos al servicio de Cristo en las manos del señor patriarca [Gormondo de Picquigny, patriarca de Jerusalén entre 1118 y 1128]. Prometieron vivir a perpetuidad como canónigos reglares, sin posesiones, con sujeción a los votos de castidad y obediencia. Sus principales líderes fueron el venerable Hugo de Paganis y Godofredo de Saint-Omer. Como no tenían ninguna iglesia ni ningún domicilio fijo, el rey [Balduino II, rey de Jerusalén de 1118 a 1131], les dio por un tiempo un lugar de habitación en el ala Sur del palacio [Templo de Salomón, posteriormente mezquita de Al-Aqsa], cerca del Templo del Señor [mezquita de la Roca]. Los canónigos del Templo del Señor les dieron, bajo ciertas condiciones, un rincón cerca del palacio que ellos poseían, que estos caballeros utilizaron como campo de entrenamiento. El señor rey y sus nobles y también el señor patriarca y los prebostes de la iglesia les hicieron donaciones de sus dominios, unos por un tiempo limitado y otros de forma permanente al objeto de que los caballeros tuvieran alimentos y ropa. El deber principal que les fue impuesto por el señor patriarca y los demás obispos para la remisión de los pecados, era el de proteger los caminos y rutas de los ataques de ladrones y bandidos. Así lo hicieron sobre todo con el fin de salvaguardar los peregrinos.

Durante nueve años después de su fundación, los caballeros vistieron ropa secular usando las mismas prendas que la gente, para la salvación de sus almas. En el noveno año [de su fundación] se celebró en Francia, en Troyes, un concilio [concilio de Troyes de 1129] en el que los señores Arzobispos de Reims y de Sens [Reginaldo de Martigny, arzobispo de Reims de 1124 a 1138 y Enrique Sanglier, arzobispo de Sens de 1121 a 1142] y sus sufragáneos estuvieron presentes, así como el obispo de Albano [Mateo de Remois, cardinal-obispo de Albano], que fue el legado de la Sede Apostólica, y los abades de Citeaux [Esteban Harding abad de 1109 a 1134], Clairvaux [Bernardo de Claraval abad de 1115 a 1153], Pontigny [Hugo de Vitry], y muchos otros. Este concilio, por mandato del señor papa Honorio [Honorio II papa desde 1124 a 1130] y del señor Esteban, patriarca de Jerusalén [Esteban de Chartres, patriarca de 1128 a 1130], estableció una regla para los caballeros y les asignó un hábito blanco»⁷⁵.

Si bien el texto transcrito no nos dice la fecha de fundación de la Orden, sino que emplea la fórmula, muy utilizada en textos históricos de la antigüedad, de «En este mismo año...», podemos deducir la fecha a la que se refiere Guillermo de Tiro de otros pasajes de la misma obra. Así, en el capítulo IV del mismo libro, refiriéndose a la coronación del Balduino II, dice el autor:

«Fue ungido y también coronado el segundo día del mes de abril en el año de la Encarnación del Señor de 1118, presidiendo la Iglesia de Roma el señor papa Gelasio segundo...»⁷⁶.

⁷⁵ Guillermo de Tiro, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Libro XII, capítulo VII, *Ordo militiae Templi Hierosolymis instituitur*, en: <<http://www.thelatinlibrary.com/williamtyre/7.html>>.

⁷⁶ *Coronatum autem et consecratus est, anno ab Incarnatione Domini MCXVII, mense Aprili, secunda die mensis; praesidente Romanae Ecclesiae domino Gelasio papa secundo...*

Los siguientes capítulos, V, VI y VII comienzan con la mencionada frase de estilo «En este mismo año...»⁷⁷, luego podemos deducir que la fundación «oficial» de la Orden, según este autor, tuvo lugar en día y mes indeterminados del año 1118, pero en todo caso posterior al dos de abril fecha de coronación del papa Gelasio II.

Pero esta conclusión choca frontalmente con un párrafo de la misma crónica en la que Guillermo de Tiro dice que «en el noveno año [de su fundación] se celebró en Francia, en Troyes, un concilio [que] estableció una regla para los caballeros y les asignó un hábito blanco», reiterando en el siguiente párrafo que «aunque los caballeros ya se había establecido desde hacía nueve años, todavía seguían siendo sólo nueve...». De estas dos frases, puestas en relación con la del inicio del capítulo VII transcrito, se deduce un craso error, sea en la fijación inicial de la fecha de fundación, sea en los nueve años que según él transcurrieron entre la fundación y la celebración del concilio de Troyes, ya que si el concilio de Troyes inició sus sesiones en enero de 1129, ello quiere decir que la Orden se habría fundado en 1120, es decir, dos años más tarde de lo que inicialmente habíamos fijado. Así pues, según la Crónica de Guillermo de Tiro, podemos establecer una horquilla de dos años como fecha probable de fundación de la Orden: la que va de 1118 a 1120.

Miguel el Sirio, que fue patriarca de Antioquia entre 1166 y 1199, coincide más o menos en cuanto a la fecha con Guillermo de Tiro y menciona que:

«A principios del reinado de Balduino II⁷⁸ vino de Roma un caballero franco para rezar en Jerusalén. Este caballero y los treinta caballeros que lo acompañaban, habían hecho voto de no volver a su país y de hacerse monjes y terminar su vida en Jerusalén, tras un período de tres años sirviendo al rey en la guerra. Pasados los tres años, el rey y sus barones, en vista de lo bien que habían cumplido, les aconsejaron que continuaran sirviendo en la milicia en lugar de hacerse monjes y trabajar exclusivamente en la salvación de sus almas. Este hombre, cuyo nombre es Hug[o] de Pain, aceptó el consejo y los treinta hombres que le acompañaban se alegraron y se unieron a él. El rey les dio para vivir la Casa de Salomón y algunas aldeas para subsistir. También el patriarca les donó algunas aldeas de la Iglesia y les impuso una regla de vida monástica consistente en no tomar mujer, no bañarse y no tener posesiones personales sino tenerlo todo en común. Comenzaron a ilustrarse y su reputación se expandió por todos los países, al punto que príncipes, reyes, grandes señores y personas humildes vinieron y se unieron a ellos en esta fraternidad espiritual y todos los nuevos miembros, al ingresar, hacían donación a la comunidad de todo cuanto poseían, ya se tratara de villas, tierras o torres, los cuales se multiplicaron y desarrollaron, no solo en Palestina sino en todas partes, principalmente en Italia y Roma»⁷⁹.

A continuación, El Sirio hace una detallada descripción de la regla de la Or-

⁷⁷ *Eoden anno...*

⁷⁸ Por otros autores sabemos que Balduino II fue coronado el 14 de abril de 1118.

⁷⁹ *Chronique de Michel Le Syrien. Patriarche Jacobite d'Antioche 1166-99*, Ed. Jean Baptiste Chabot, vol. 3, Ernest Leroux, París, 1899, p. 201.

den y termina haciendo referencia a la investidura de nuevos caballeros, a la imposición de la cruz y a la emisión de los votos. En definitiva, su relato coincide bastante con el de Guillermo de Tiro, salvo en el número de caballeros que acompañaron a Hugo de Paganis que los fija en treinta en vez de en nueve, cantidad que curiosamente coincide con el número de caballeros que, según Alberto de Aix, contrató en 1101 el patriarca para servir en el Santo Sepulcro, de la cual se hace eco Demurger según hemos indicado más arriba.

De aproximadamente la misma época es un texto del cronista inglés Walter Map, que tiene una visión diferente. Así, en un apartado de su obra titulado «Del origen de los templarios», dice:

«Un caballero, llamado Pagano Paganus, de un lugar de Borgoña llamado igual, vino a Jerusalén como peregrino. Cuando se enteró de que los cristianos eran constantemente atacados por los paganos cuando llevaban sus caballos a beber en un abrevadero, no lejos de las puertas de Jerusalén, y que muchos cristianos eran asesinados en estas emboscadas, tuvo piedad de ellos y con celo y justicia intentó protegerles en la medida en que le fuera posible. Frecuentemente acudió en su ayuda desde escondites bien elegidos y mató a muchos enemigos. Y sufriendo, dado que estaban vigilando, ninguno pudo ignorar sus ataques, y los atraparon al abandonar el abrevadero. En cambio, Pagano, que no era fuerte ni fácil de vencer, pidió humildemente auxilio al Señor, y se apropió de una gran casa dentro del recinto del templo del Señor,...»⁸⁰.

Tal como dice Shara Newman⁸¹, este autor ve al fundador de la Orden como una especie de llanero solitario que finalmente aceptó la colaboración de otros caballeros que se le unieron en esta tarea. Añade esta autora que es poco probable que si un solo hombre hubiere llevado a cabo tales acciones, como las que cuenta Walter Map, viviera lo suficiente para llegar a constituir una orden.

Tampoco Jacobo de Vitry⁸² en su *Historia Orientales seu Hierosolymitana*, escrita a principios del siglo XIII, nos aclara nada en cuanto a la fecha exacta de fundación de la Orden, como era de esperar, dado que su obra, en el capítulo que trata de este tema, está basada en la del arzobispo de Tiro o, incluso, «copiado palabra por palabra», como dice Antonio Galera García⁸³. En opinión de este autor, la única aportación de Jacobo de Vitry a la historia del Temple es la inclusión en

⁸⁰ Walter Map, *De nugis curialium/Courtiers Trifles*, traduction by Frederick Tupper and Marbury Bladen Ogle, Londres Chatto & Windus, Londres, 1924, p. 33, (Shara Newman, *The real history behind the Templars*, Berkley Publishing Group, New York, 2007, p. 4).

⁸¹ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, Berkley Publishing Group, New York, 2007, p. 4.

⁸² Jacobo de Vitry (c. 1160-1240) prelado e historiador francés, elegido obispo por el clero de san Juan de Acre. Estuvo presente en el sitio de Damietta en 1218 donde fue el culpable de varios desastres debido a su fogosa oratoria. En 1229, fue nombrado cardenal, obispo de Túsculo, legado papal en Francia y en Alemania y obispo de Jerusalén. Su obra principal, que dejó inacabada, es *Historia Orientales sive Hierosolymitana et Occidentales* (Remi Ceillier, *Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques*, Vol. XIII, Louis Vivès, París, 1863, pp. 537-38).

⁸³ Antonio Galera Gracia, *La verdadera historia de la Orden del Templo de Jerusalén*, Ed. Edaf, Madrid, 2007, p. 24.

su libro de los siete nombres que faltan en la obra de Guillermo de Tiro, con lo que la lista completa de los nueve fundadores es como sigue:

- Hugo de Paganis.
- Godofredo de Saint-Omer.
- Godofredo Visto (o Bisol).
- Payen de Mont-Didier.
- André de Montbard (a veces citado como Hugo de Montbard)⁸⁴.
- Archibaldo de Saint-Amand.
- Hugo Rigaud.
- Gondemaro⁸⁵.
- Rolando (o Rossal).

Por su indudable interés transcribimos a continuación la traducción de parte del texto de la obra de Vitry en el que se refiere a la fundación de la Orden:

«Algunos caballeros amantes y devotos de Dios renunciaron al mundo y se consagraron a Cristo mediante una profesión de fe y votos solemnes, pronunciados ante el patriarca de Jerusalén, se comprometieron a defender los peregrinos contra estos bandidos y ladrones, a proteger las vías públicas, a luchar por el rey soberano y a vivir como los canónigos regulares en la obediencia, en la castidad y sin propiedades. Los principales entre ellos, fueron dos hombres verdaderos amigos de Dios, Hugues de Pains, y Godofredo de Saint-Aldémar. Al principio no eran más que nueve los que tomaron una resolución tan santa. Durante nueve años sirvieron como seculares vistiendo las ropas que les daban los fieles. El rey, los caballeros y el señor patriarca, llenos de compasión por estos nobles hombres, que habían abandonado todo por Cristo, los sostuvieron con sus propios recursos y les concedieron, por la salud de sus almas, algunas donaciones y propiedades. Como no tenían aún una residencia fija ni una iglesia que les perteneciera, el señor rey les cedió temporalmente una pequeña vivienda en una parte de su palacio, cerca del templo del Señor. El abad y los canónigos del mismo templo les donaron también, para sus necesidades, el lugar que ellos poseían al lado del palacio del rey. Y como tuvieron desde entonces sus viviendas cerca del templo del Señor, fueron llamados hermanos caballeros del Temple. Cuando llevaban nueve años de profesión de fe y santa pobreza, viviendo en esta casa, todos en común y como un solo hombre, el año de gracia de 1128, recibieron una regla, de acuerdo con las órdenes del señor papa Honorio y del señor Esteban, patriarca de Jerusalén, y se les adjudicó un hábito blanco sin ninguna cruz. Esta decisión fue adoptada en el concilio de Troya, villa de Champagne, bajo la presi-

⁸⁴ Este cofundador era tío de san Bernardo, hermano de su madre Alepa, y sobre él algunos autores ciernen algunas dudas, porque le dan una edad de unos dieciséis años en 1120. Lami fija la fecha de su nacimiento en 1095, luego su edad sería de 25 años en la fecha de fundación de la Orden. (Michel Lami, *La otra historia de los templarios*, p. 36).

⁸⁵ La identidad de Gondemaro al día de hoy permanece siendo una incógnita. Alexandre Ferreira lo identifica con el portugués Arnaldo da Rocha y dedica todo un apéndice de su obra, el segundo, a justificar su aseveración (Alexandre Ferreira, *Memorias e Noticias Historicas da Celebre Ordem Militar dos templarios na Palestina*, Tomo II, Da Silva Impressor, Lisboa, 1735, pp. 749-760). Lami también dice que pudiera ser de origen portugués (Michel Lami, *La otra historia de los templarios*, p. 36).

dencia del señor obispo de Albano, legado de la Sede apostólica,...»⁸⁶.

Otro texto medieval que recoge la fundación de la orden del Temple es La Crónica de Ernoul⁸⁷ escrita a final del siglo XII y compilada por Bernardo el Tesorero hacia 1232. En ella se dice:

«Quiero contarles sobre los templarios y la forma en que fueron creados. Cuando los cristianos conquistaron Jerusalén, muchos caballeros se dedicaron al templo del Santo Sepulcro, y más tarde muchos de todas las partes se dedicaron también a lo mismo. Y obedecían a los priores del Sepulcro. Los que así hicieron eran buenos caballeros y se consultaron entre sí y dijeron: «Hemos dejado nuestras tierras y nuestros seres queridos y hemos venido aquí para restaurar y honrar la ley de Dios. Nos detuvimos aquí para comer, beber y gastar dinero, sin hacer nada más. Ni siquiera se realiza ninguna acción de armas a pesar de la necesidad que este país tiene de eso. Obedecemos a un sacerdote y estamos aquí sin combatir. Tomemos una decisión y elijamos maestro a uno de nosotros para que, con el permiso de nuestro prior, nos dirija en la batalla cuando sea necesario. Por ese momento Balduino [II] era el rey. Así que llegaron a él y le dijeron: «Señor, por Dios, aconsejanos. Hemos decidido hacer a uno de nosotros maestro que nos guíe en la batalla para ayudar al país». El rey se interesó mucho y les contestó que de buen grado accedería a su petición y les daría su ayuda. Acto seguido, el rey convocó a consejo al patriarca, a los arzobispos, a los obispos y a los príncipes de tierra [santa] para escuchar sus opiniones. Se reunieron en concilio y decidieron lo que había que hacer. Y vino el rey a ellos y les dio tierras y castillos y pueblos. Y el rey y sus consejeros lograron persuadir al prior del Sepulcro para que los dispensara de la obediencia a él y los dejara partir. Y cambiaron la insignia del hábito del Sepulcro de la que aún conservan una parte. La insignia del Sepulcro es una cruz roja con dos travesaños (igual que la que llevan los del Hospital) y la del Temple es también roja con una cruz de un solo travesaño. El Hospital los echó del Templo y les concedió las sobras y la enseña que ellos llaman *bauçant*.

Ahora les diré por qué se llaman templarios. Cuando dejaron el Sepulcro no tenían donde quedarse y el rey, que tenía tres lujosas residencias en la ciudad de Jerusalén: una arriba en la Torre de David, una abajo frente a la Torre de David, y la tercera frente al Templo, allí donde se hicieron ofrendas al Señor. Esta residencia se llama el Temple de Salomón y es la más lujosa. Ellos le pidieron al rey que les prestara esa residencia hasta que pudieran construir otra. El rey les dio esa, a la que llaman el Temple de Salomón, de donde tomaron el nombre de templarios, con la condición de que se quedaran allí. En ese lugar comió el rey cuando llevó la corona de Jerusalén. Luego

⁸⁶ Jacobo Vitriaco, *Historia Orientales seu Hierosolymitana*, Ex Officina Typographica Balthazario Belleri, 1597, cap. 65, p. 115.

⁸⁷ De Ernoul se sabe poco y este poco está basado en lo que dice de sí mismo en su crónica de la batalla de Nazaret en la que refiere que era escudero del noble Balian d'Ibelin, a quien acompañó en 1187 en una embajada enviada por Guy de Lusignan, rey de Jerusalén de 1186 a 1192 (título meramente honorario desde el 4 de julio de 1187 en que Saladino venció a los ejércitos cristianos en la batalla de los Cuernos de Hattin) ante el conde Raimundo III de Trípoli. Su *Chronique*, de la que no se conserva ningún ejemplar, abarca hasta 1220 y fue continuada por otros autores. Está considerado una fuente creíble, en especial su relato de la batalla de los Cuernos de Hattin.

construyeron al lado una casa hermosa y lujosa, que los sarracenos destruyeron cuando conquistaron la ciudad, de modo que si el rey quería tener la suya, ellos pudieran quedarse allí»⁸⁸.

Quizás, por la certeza que por su origen inspira, el más concluyente de todos los textos, con respecto a la fecha de su fundación, sea la propia Regla de la Orden, que le fue otorgada en el concilio de Troyes, celebrado el veintitrés enero de 1129, en cuyo prólogo se puede leer:

«Finalmente, nosotros, con toda alegría y piedad fraternal, y a ruegos del maestre Hugo, en quien la sobredicha Milicia tuvo principio, por la gracia del Espíritu Santo, reunidos en Troyes, procedentes de diversas Provincias ultramontanas, en la fiesta de san Hilario⁸⁹, año de la Encarnación del Señor 1128, y noveno desde el principio de la dicha Milicia,...»⁹⁰.

Este texto, sobre el que tendremos ocasión de volver más adelante, es claro al fijar la fundación de la Orden en el año «noveno», en la fiesta de san Hilario del «año de la Encarnación del Señor» 1128, por lo que dicha fecha quedaría fijada en el 1119.

Recapitemos, a modo de resumen, con todos los datos que tenemos, lo que podría ser la historia de los inicios de la fundación de la Orden: En Jerusalén, en la segunda década del siglo XII, un grupo de caballeros laicos que estaban al servicio de los canónigos del Santo Sepulcro (y posiblemente también del Hospital de san Juan), a los que estaban ligados por medio de votos perpetuos, acuerdan constituir una organización estable para lo cual acuden al rey con su propuesta y piden su asesoramiento. El rey lo consulta con sus consejeros más allegados y con el patriarca, y les propone fundar una *militia* en la que los caballeros, además de sus deberes militares, estuvieran sujetos a los tres votos monásticos clásicos: pobreza, obediencia y castidad. Los caballeros aceptan y entre 1118 y 1120 constituyen una *militia Christi* de carácter estable y permanente, precisión ésta sumamente importante para distinguirla de las *militias Christi* de carácter temporal creadas expresamente para las cruzadas.

Dado lo controvertido del tema de la fecha fundación, volveremos a él en el último epígrafe de este capítulo dedicado al análisis crítico jurídico de la creación, implantación y reconocimiento de la Orden.

1.3 Hugo de Paganis, primer maestre.

Como hemos visto en el epígrafe anterior, hay dos constantes que se repiten en la mayoría de los textos históricos que han tratado la fundación de la Orden: la

⁸⁸ Louis de Mas Latrie, *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Tresorier*, pp. 6-9.

⁸⁹ 13 de enero.

⁹⁰ Pedro Rodríguez Campomanes, *Disertaciones Históricas del Orden y Caballería de los templarios*, p. 166.

ocupación de un local en el templo de Salomón y la figura de Hugo de Paganis como fundador, sobre el que la mayoría de los autores están de acuerdo en que se trataba de un caballero de la baja nobleza europea. Guillermo de Tiro se refiere a él como Hugo de Paganis. Miguel el Sirio como Hug[o] de Pain. Walter Map como Pagano Paganis. Jacques de Vitry como Hugue de Pains. Además otros textos históricos la dan diferentes patronímicos, tales como de Paens, Paenz, o Paez, al parecer todos ellos traducciones de la palabra latina *paganus* al proto-francés de los siglos XII y XIII.

Desde diversos sectores se han propuesto las más peregrinas ideas sobre la significación del patronímico Paganis, todas ellas bien estructuradas y con base documental, por lo que, unido al hecho de que la fecha de su defunción también ha suscitado una cierta polémica, estimamos justificado dedicar un apartado del último epígrafe de este capítulo a realizar un análisis exhaustivo de las diferentes propuestas y de los hechos que consideramos más importantes en la vida del maestre.

1.4 Del concilio de Naplusa al concilio de Troyes.

La Historia de los primeros tiempos de la Orden, tras su fundación, está en la más completa oscuridad, siendo muy pocos los documentos que hacen referencia a la misma. Según recogen varios historiadores⁹¹, en estos primeros años de su vida, la Orden se acogió a la regla de san Agustín, tal como los canónigos reglares del Santo Sepulcro y los hospitalarios de san Juan, y tomaron los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el patriarca de Jerusalén. Prueba de la poca relevancia que tuvo la Orden en sus comienzos es el silencio que guarda en su obra el historiador Fulco de Chartres que vivió en Jerusalén en estos años y hasta 1127⁹².

Ya hemos mencionado anteriormente un escrito fechado entre 1120 y 1130, en el que el monje Orderico Vitalis escribe sobre la vinculación en 1120, a los caballeros templarios, del conde francés Fulco V de Anjou⁹³ y a su compromiso de donación anual de treinta libras angevinas para sostenimiento de la Orden, compromiso que cumplió hasta su muerte acaecida en 1143. De las muchas donaciones que recibió la Orden a lo largo de su existencia, ésta es la primera que está docu-

⁹¹ Entre otros, J. M. Upton-War, *The rules of the Templars, the French text of the Rule of the Order*, Woodbridge, Eng, Boydell and Brewer, 1992, p. 1.

⁹² Judith M. Upton-Ward, *The rules of the Templars, the French text of the Rule of the Order*, p. 2.

⁹³ Fulco V (1090-1143), era hijo del conde Fulco IV de Anjou y Bertrade de Monfort. En 1120, siendo ya conde de Anjou desde la muerte de su padre en 1109, peregrinó a Jerusalén donde entró en contacto con los miembros de la recién creada Orden del Temple. En 1127 recibió a Hugo de Paganis que, en nombre rey Balduino II de Jerusalén, le propuso el casamiento con su hija Melisenda, boda que se celebró el 2 de junio de 1129. A la muerte de Balduino II, ambos esposos se convirtieron en reyes de Jerusalén hasta 1136 en que el partido de la reina dio un golpe de estado y se hizo con el gobierno. Su hijo Godofredo casó con Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, matrimonio que dio origen a la dinastía Plantagenet. Falleció en 1143. (René Grousset, *La epopeya de las cruzadas*, Madrid, Ediciones Palabra, pp. 119-150).

mentada.

Según se recoge en un documento de julio de 1124, obrante en el Cartulario de Albon con el ordinal II, en 1120 Guillermo de Marsella hizo donación a *omnium militum Templi Salomonis*⁹⁴ de una iglesia en la costa de lo que hoy es el mediodía francés, donación que por este diploma, cuyo original se encuentra en el *Cartulaire de Saint Victor* de Marsella, folios 574 y 575, fue devuelta por los templarios por no poderla mantener⁹⁵.

La profesora Shara Newman dice que tan solo hay evidencia de la existencia de la Orden en «unos pocos documentos de Jerusalén y Antioquia»⁹⁶ los cuales no se refieren en sentido estricto a la Orden sino que son títulos en los que Hugo de Paganis, u otro miembro de la misma, actúan de testigos. Así, en el mencionado título de 1123 en el que Hugo de Paganis aparece confirmando una escritura de donación del patriarca Gormondo de Jerusalén a la abadía de Santa María de Josaphat, como «*Hugonis de Peans*»⁹⁷. El hecho de que aparezca al final de la lista de testigos y que no haya mención alguna a la *Militia Templi* es señal de lo poco que ésta representaba aún. De 1125 hay dos documentos, uno otorgado por Bernardo, obispo de Nazaret, y firmado por Roberti, *miles Templi*⁹⁸ y otro, recogido por la doctora Newman en su obra, en el que por primera vez aparece la firma de Hugo de Paganis en un documento como «maestre de los caballeros templarios» lo que la lleva a suponer que entre 1124 y 1125 tuvo lugar la elección de Hugo como maestre de la Orden, pues de haberlo sido con anterioridad figuraría con tal título en los documentos⁹⁹.

En 1125 tuvo lugar un acontecimiento importante para la Orden: Hugo, conde de Champaña¹⁰⁰, amigo y protector del maestre, que había abdicado a favor de su sobrino, viajó a Jerusalén e ingresó en la Orden, desilusionando con ello a san Bernardo¹⁰¹ que le había animado a ingresar en el Cister¹⁰². En una carta que le

⁹⁴ Prueba de que en esa época la Orden ya era conocida en Europa.

⁹⁵ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, p. 1.

⁹⁶ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 9.

⁹⁷ Henry François de Laborde, *Chartes de Terre Sainte provenant de l'abbaye de N. D. de Josaphat*, fascículo 19, editado por Écoles françaises d'Athènes et de Rome, París, 1880, p. 38.

⁹⁸ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, p. 2.

⁹⁹ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 13.

¹⁰⁰ Era ya un hombre mayor que había sufrido un tremendo desengaño familiar y personal, ya que estaba seguro de que su esposa lo había engañado con otro hombre y que el hijo que había engendrado no era suyo, por lo que tomó la drástica decisión de repudiarla, por adúltera, y desheredar al hijo que consideraba ilegítimo. Cedió la corona condal a su sobrino Teobaldo y marchó a Jerusalén donde vivió hasta el final de sus días. Ya en la Ciudad Santa se encontró con su antiguo vasallo, Hugo de Paganis, que pugnaba, sin demasiado éxito hasta entonces, por sacar adelante la nueva orden. (Henry Arbois de Jubainville *et alii*, *Histoire de ducs et des comtes de Champagne, Tome II*, Librairie Aug. Durand, París, 1860, pp. 135-140).

¹⁰¹ Bernardo de Claraval (1090 – 1153) fue el primer abad de la abadía cisterciense de Claraval que él fundó, además de otros sesenta y tres monasterios (más otros ciento sesenta que se agregaron). Ocupó un lugar destacado en la Iglesia, de la que está considerado doctor. Fue consejero de papas, reyes, príncipes y obispos. Tomó parte en los importantes conflictos doctrinales de su época y se implicó en la predicación de la segunda Cruzada (que resultó un fracaso), en la «Querella de las

escribió por esta fecha, san Bernardo se lamentaba de la decisión del conde de viajar tan lejos para dedicar su vida a Dios y profesar los votos monásticos en la nueva orden, y aunque fuera un designio de la Divina Providencia, asegura el santo abad, él lo echaría de menos. Algunos autores han visto en la incorporación del conde Hugo a la Orden el aldabonazo que ésta necesitaba para salir del estancamiento en que se encontraba pues, en contra de lo insinuado por otros autores, los miembros fundadores eran de sangre noble pero segundones y sin recursos¹⁰³.

Hacia 1126, según nos dice Dupuy¹⁰⁴, el rey Balduino, conocedor de la relación del abad de Claraval con distintos miembros de la Orden, le escribió una carta¹⁰⁵ solicitándole su intervención ante la Santa Sede para la confirmación de la Orden, carta que fue llevada en mano por dos de los fundadores: Gundemaro y Andrés de Montbard¹⁰⁶. Dado que no hay documentación alguna al respecto, es de

Investiduras» y en la fundación de la orden del Temple. Fue canonizado en 1173 por Alejandro III. (Para más información sobre la biografía de san Bernardo de Claraval: Adriaan H. Bredero, *Bernard of Clairvaux: Between Cult and History*, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1996; y Thomas Merton, *san Bernardo, el ultimo de los Padres*, Patmos, Madrid, 1956).

¹⁰² La relación del conde Hugo con san Bernardo era estrecha y venía de antiguo. El monasterio de Claraval, del que san Bernardo era abad, había sido una donación del conde a la orden del Cister. (Henry Arbois de Jubainville *et alii*, *Histoire de ducs et des comtes de Champagne*, p. 137).

¹⁰³ «Si por la causa de Dios has pasado de conde a simple soldado y de rico a pobre, te felicito con todo mi corazón y me conformo a la mayor gloria de Dios, porque sé que este cambio viene directamente del Altísimo. Por lo demás, te confieso que no puedo aceptar aún con resignación estar privado, por un misterioso designio de Dios, de tu amable presencia, de modo que no pueda volver a verte, a ti con quien me hubiera gustado pasar mi vida entera, si hubiera sido posible. ¿Podré acaso olvidar nuestra primera amistad y los beneficios que tan generosamente acumulaste sobre nuestra casa? ¡Ruego a Dios cuyo amor te ha inspirado tantos detalles hacia nosotros, que tampoco se olvide jamás de ti! Por mi parte, conservaré un agradecimiento eterno del cual me gustaría poderte dar pruebas. ¡Qué gustosamente hubiera vivido contigo, y con qué empeño hubiera satisfecho las necesidades de tu cuerpo y de tu alma! Pero dado que no es posible, sólo me queda asegurarte que, a pesar de tu alejamiento, nunca estarás ausente de mi espíritu en medio de mis oraciones» (José de Almonacid, *Cartas del Glorioso padre y doctor de la Iglesia san Bernardo*, p. 238, en José Luis Corral, *Breve historia de la Orden del Temple*, Edhasa, Barcelona, 2006, pp. 18-28).

¹⁰⁴ Algunos historiadores creen que esta carta, aunque fue firmada por Balduino, fue escrita por Hugo de Champaña, (Ver Judith M. Upton-Ward, *The rules of the Templars, the French text of the Rule of the Order*, p. 3).

¹⁰⁵ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem*, Pierre Foppens, Bruselas, p. 85.

¹⁰⁶ «Balduino, por la misericordia de Jesucristo rey de los Jerosolimitanos, príncipe de Antioquia, al venerable padre Bernardo, en el Reino de los Galos, digno de toda reverencia, abad del monasterio de Claraval, con toda nuestra deferencia. Los hermanos templarios, a los que Dios inspiró la defensa de esta provincia y protegió de manera milagrosa, desean obtener la confirmación apostólica y una norma de vida. Para ello, os hemos enviado a Andrés y Gundemaro, ilustres por sus hazañas bélicas y por la nobleza de su sangre, para que obtengan del Pontífice la aprobación de su Orden y se esfuercen en conseguir subsidios y ayudas contra los enemigos de la fe, que están coaligados para suplantarnos y terminar con nuestro reino. Sin que se nos oculte el valor de su intercesión tanto ante Dios como ante su vicario y los demás príncipes ortodoxos de Europa, confiamos a vuestra prudencia esta doble misión cuyo éxito nos será gratísimo. Dad una Constitución a los templarios de manera que no se alejen del fragor y los tumultos de las batallas y que continúen siendo útiles a los príncipes cristianos. Actúad, pues, de manera que podamos ver pronto la feliz resolución de este asunto. Rogad a Dios por nosotros» (André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, p. 1).

suponer que estos dos caballeros se pusieron inmediatamente en camino hacia Europa. Tampoco hay datos fidedignos sobre la fecha de su vuelta, por lo que se puede pensar o que volvieron inmediatamente¹⁰⁷, una vez cumplido el recado, o que se quedaron en Europa a la espera del maestre, aunque esta segunda posibilidad nos parece poco probable dado que no aparecen en la nómina de los asistentes al concilio de Troyes..

En 1127 el maestre Hugo, acompañado de cinco de los fundadores, Godofredo de Saint-Omer, Paganis de Montdidier, Archibaldo de Saint-Amand, Godofredo Bisol y Rolando emprendieron un viaje a Europa para reclutar nuevos miembros y captar donaciones para el mantenimiento de las personas y equipos. Llama la atención que, si hacemos caso al número total de miembros que asigna Guillermo de Tiro a la Orden, en el supuesto que Andrés y Gundemaro no hubieran vuelto, habrían quedado en Jerusalén sólo Hugo de Rigaud y Hugo de Champaña, número a todas luces insuficiente para cumplir la misión que se habían impuesto y que les había sido encomendada. Shara Newman llama también la atención sobre el hecho de que el conde Hugo no viajara con esta misión y que los acompañantes del maestre eran naturales de varias partes de Francia, pues Godofredo era de Picardía y Rolando de Borgoña¹⁰⁸.

Aunque no está documentado, la mayoría de los autores opinan que probablemente pasaran por Roma en el camino hacia Troyes y que visitaran al papa Honorio, lo que parece lógico si se tiene en cuenta que una de las razones del viaje era la obtención de una regla por parte del pontífice. En Troyes fueron recibidos y agasajados por Teobaldo, el nuevo conde y también es posible que Hugo aprovechara para ver a su familia. Tampoco está documentado, pero en el improbable caso de que los hermanos Andrés y Gundemaro, se hubiesen quedado en Europa, es de suponer que se encontraran con ellos y que les informaran de las gestiones realizadas. También cabe pensar que se encontraran con el abad de Claraval y hablaran de la regla que le había pedido el rey Balduino para la Orden, pues no hay que olvidar que el principal avalista del viaje a Europa de los templarios era el rey Balduino y esto debía saberlo Bernardo. Cerrini¹⁰⁹ sugiere que «seguramente ambos hombres, Hugues y Bernardo, se reunieron en varias oportunidades»¹¹⁰. Con anterioridad a la entrevista, la opinión de Bernardo sobre Tierra Santa era clara: la verdadera Jerusalén estaba en el interior de los monasterios. Buena prueba de ello es no solo la carta que le dirigió en 1125 al conde de Champaña sino la que dirigió

¹⁰⁷ Quizás con la respuesta de Bernardo de Claraval.

¹⁰⁸ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 36.

¹⁰⁹ Simonetta Cerrini Chiavari (1964) es una historiadora medievalista italiana especializada en la historia de la espiritualidad en el Medioevo y en historia de los caballeros templarios. Licenciada en la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, defendió su tesis doctoral en 1998 en la universidad de París IV-Sorbona sobre la regla y la espiritualidad de los caballeros de la orden del Temple, tema en el que está considerada una autoridad de primer orden. Ha impartido clases en varias universidades francesas y en la Escuela de post-doctorado de la Pontificia Università Antonianum de Roma (http://www.progettogeum.org/.../bibliografia_essenziale.d...).

¹¹⁰ Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, p. 100.

a Esteban de Chartres¹¹¹ al comunicarle éste su intención de peregrinar a Jerusalén, en la que le dice que tal decisión tan solo puede provenir del diablo¹¹². Habida cuenta del cambio de actitud que se manifiesta en su epístola, conocida como «Loa a la nueva caballería», parece evidente que en ello tuvo mucho que ver la entrevista con el maestro Hugo, a quien la misiva iba dirigida, como mandaban los rígidos cánones de la época: «Tan convencido estaba de que en el Temple se fundían ideas aparentemente opuestas e irreconciliables hasta entonces que afirmó sin dudar que los templarios eran nada más y nada menos que el brazo armado del Salvador e invitó a todos los caballeros cristianos a unirse al Temple, para, sin dejar de practicar su principal actividad y su modo de vida, la caballería, poder salvar sus almas»¹¹³. La carta, que consta de encabezamiento y trece capítulos, de los que solamente los cinco primeros están dedicados a la Orden, comienza así:

«Bernardo, abad de Claraval, pero sólo de nombre, a Hugo, caballero de Jesucristo y maestro de la milicia de Cristo: que pueda librar una buena batalla.

Me pediste una, dos y hasta tres veces, si no me engaño, querido Hugo, que escribiera un sermón exhortatorio para ti y tus caballeros. Como no me era permitido servirme de la lanza contra los insultos de los enemigos, deseaste, al menos, que blandiese mi lengua y mi ingenio contra ellos, asegurándome que te proporcionaría una no pequeña ayuda si animaba con mi pluma a los que no podía animar por el ejercicio de las armas. Tardé un poco en responder, no porque tuviese poco respeto hacia el encargo que me habías hecho, sino por el temor a que me acusasen de precipitación y ligereza si emprendía, con mi impericia acostumbrada, lo que otro más ilustrado que yo podría cumplir con mayor éxito, y que no debía entrometerme en un asunto de tanto interés y tan vital, para que al final saliese algo mucho menos provechoso. Pero después de esperar en vano tanto tiempo, resuelvo hacer lo que pueda, temiendo crean que me falta voluntad más que incapacidad: el lector juzgará si tengo éxito o no en la empresa. Si lo que he escrito no agrada o no es suficiente para alguien, no tiene importancia, pues, en el ámbito de mi conocimiento, hice lo que pude para satisfacer tus deseos»¹¹⁴.

Queda claro, después de leer esta introducción, que Bernardo escribe la carta a solicitud del maestro Hugo que, probablemente, ante la renuencia del abad a escribirla, tiene que insistirle hasta tres veces, muestra evidente de la importancia que la misma tenía para el maestro y para la vida futura de la Orden, cuyos miembros por las mismas fechas estaban sumidos en un mar de dudas y confusiones relacionadas con la verdadera naturaleza de la institución, militar o religiosa, lo que llevó probablemente al propio Hugo a escribir él mismo otra carta bajo un seudón-

¹¹¹ Esteban de La Ferté, o de Chartres, fue patriarca de Jerusalén desde 1128 hasta su muerte en 1130, (Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 62).

¹¹² Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, p. 101.

¹¹³ José Luis Corral, *Breve historia de la Orden del Temple*, p. 27.

¹¹⁴ Carlos Pereira Martínez, san Bernardo, *de laude novae militiae ad milites templi*. (<http://www.institutodemr.es/articulos/tercera/SAN&_32_BERNARDO&_32_DE&_32_LAUDE.pdf>).

nimo como veremos más adelante.

A este primer capítulo o prólogo, le sigue un segundo, con el título de «Elogio de la Nueva Milicia», un tercero que trata «De la Milicia Seglar», un cuarto «De los Soldados de Cristo» y un quinto «Del modo de vivir de los Soldados de Cristo». Comienza haciendo hincapié en que nos encontramos ante una situación antes nunca vista: «Nunca se conoció nada igual: el combate contra los hombres de carne y hueso, y contra las fuerzas del mal... Que una misma persona se ciña la espada, con valentía, y destaque por la nobleza de su lucha espiritual, debemos admirarlo como algo totalmente insólito». A continuación hace una valoración de la muerte por Cristo: «Si son felices los que mueren en el Señor, ¿no lo serán mucho más los que mueren por el Señor?», y razona ampliamente lo que es y conlleva el morir y el matar por Cristo recalcando que en esto «no tiene significación criminal alguna y en cambio supone una gran gloria. Además se consigue dos fines: muriendo, sirven a Cristo, y matando, el propio Cristo se les entrega como premio». Sobre el uso de las espadas, dice que Jesús «nunca condenó el uso de las armas», y concluye expresando que lo que no está prohibido está permitido y para justificarlo incluye en el capítulo III una serie de citas del Nuevo y Antiguo Testamento que confirman su pensamiento. Continúa exponiendo lo que, a su entender, debe ser el ideal de la vida de los templarios, de donde se colige que, si bien la carta va dirigida a Hugo de Paganis, su verdadero destinatario es todo el que tenga acceso a la misma. Sigue diciendo que los templarios observan una rígida disciplina «tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, se visten con lo que les dan y no buscan comida ni vestidos por otros medios. Viven en comunidad, sobrios y alegres, sin mujeres ni hijos. No juegan al ajedrez ni a los dados; aborrecen la caza tanto como a los bufones, los magos y los juglares. Se tonsuran el cabello, se bañan raramente, descuidan su peinado, van cubiertos de polvo, negros por el sol que los abrasa». Respecto a su actitud ante la guerra y la lucha afirma que «anhelan la victoria, no la gloria; quieren ser más temidos que admirados; perfectamente organizados para la batalla, esperan la victoria del poder del Dios de los Ejércitos. Son más mansos que los corderos y más feroces que los leones porque saben compaginar la mansedumbre del monje con el carácter intrépido del soldado». Sobre su forma de vida, de la que, evidentemente, habla de oídas, pues nunca estuvo en Tierra Santa, dice que «viven en otro Templo, muy diferente del templo lujoso de Salomón» y que por las paredes sólo hay escudos y por todas partes «bridas, monturas y lanzas» y añade que «han echado violentamente fuera de los Santos Lugares toda la inmundicia de la infidelidad satánica y ahora se entregan noche y día a ocupaciones provechosas». Pero quizás lo más sorprendente sea la afirmación que hace sobre el origen de los caballeros que han profesado como templarios: «Son muy pocos los que antes no habían sido unos malvados e impíos: ladrones y sacrílegos, homicidas, perjurios y adúlteros, de aquí que su nueva vida dé lugar a la doble satisfacción que se produce: para los de su entorno, porque parten hacia Tierra Santa, y para los templarios porque los necesitan; para los unos, porque los defenderán, para los otros, porque se los quitan de encima. En su patria pierden con satisfacción a los más crueles devastadores; en Jerusalén acogen con gozo a unos fieles defensores». Los últimos capítulos en realidad se dedican más que a otra cosa a

glosar los Santos Lugares, lo que resulta interesante desde un punto de vista turístico pero sin aportar nada sobre la conducta o forma de vida de los templarios. Como todo el escrito, el final es laudatorio y reflejo de lo que sobre los templarios pensaba el santo doctor de la Iglesia: «Estos son los hombres valientes que el Señor ha elegido desde, de un confín del mundo a otro, entre los más valerosos de Israel para hacer de ellos sus ministros y confiarles la guardia del lecho del verdadero Salomón, es decir la guardia del Santo Sepulcro, como a centinelas fieles y vigilantes, armados de la espada y hábiles en el manejo de las armas».

Todo hace pensar que el maestre Hugo llevaba cartas de presentación del rey Balduino a los soberanos de los lugares por donde tenía planeado pasar y muy especialmente una dirigida al conde Fulco V de Anjou a quien, además, tenía la misión de convencer para que contrajera matrimonio con la hija de Balduino, misión de suma importancia ya que al carecer éste de hijos varones, si aceptaba habría de ser coronado rey de Jerusalén. Una vez en Anjou¹¹⁵, el maestre intervino, a solicitud de Fulco, como mediador en una disputa de éste con los monjes de Marmotear y es posible que asistiera a la boda de Godofredo, primogénito del conde con Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra y viuda de Enrique V de Alemania¹¹⁶.

En la *Crónica Anglo-Sajona* se puede leer que el grupo encabezado por Hugo de Paganis visitó al rey Enrique de Inglaterra en su corte de Normandía antes de embarcar hacia Inglaterra y que este rey les hizo cuantiosas donaciones en dinero (oro y plata) y que después los envió a Inglaterra donde fue recibido por los nobles que así mismo les hicieron cuantiosas donaciones. Desde aquí fueron a Escocia, donde fueron agasajados por el rey David I que también les hizo grandes ofrendas en terrenos y también en oro y plata, y «convocó a la gente a que fueran con él a Jerusalén y fueron tantos los que respondieron como no lo habían hecho nunca antes»¹¹⁷. Antes de volver a Troyes, sobre mediados de septiembre, aún hicieron una parada en Flandes, donde visitaron al conde de Alsacia y Flandes, Thierry I, el cual reunió una asamblea de nobles, con la presencia de la jerarquía eclesiástica, en la que confirmó las donaciones realizadas por su predecesor, Guillermo Clito. Los documentos recogen que, además del maestre Hugo, estaban presentes Godofredo de Saint-Omer, Paganis de Montdidier y «otros hermanos» referencia que algunos autores han interpretado como hecha a los nuevos miembros reclutados en el viaje¹¹⁸.

De esta época se conservan dos cartas que en cierto modo ponen de manifiesto alguna desavenencia en ciertos sectores de la Iglesia y el desaliento entre los propios miembros de la Orden que habían quedado en Tierra Santa. La primera es una carta que le dirige el prior de la gran Cartuja al maestre Hugo, cuya fecha no

¹¹⁵ Alain Demurger en la página 52 de su obra *Auge y Caída de los templarios* hace referencia a que varios autores, siguiendo en eso a Víctor Carrière, fechan erróneamente la visita de Hugo a Anjou en la primavera de 1129.

¹¹⁶ Boda que daría origen a la dinastía de los Plantagenet.

¹¹⁷ Benjamín Thorpe, *Rerum britannicarum medii aevi scriptores, the anglo saxon chronique*, Longman, Green, Longman and Roberts, Londres, 1861, p. 225.

¹¹⁸ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc, n° VII, p. 5.

consta, en la que le critica y le recomienda que más valiera que su dedicación la dirigieran a nosotros mismos, «los cristianos de Europa», antes de lanzarse a aventuras externas, clara referencia a la lucha contra los infieles musulmanes¹¹⁹.

La otra carta, de la que solo existe una copia¹²⁰, redactada para consumo interno, está escrita por un tal «*Hugo Peccator*» o Hugo Pecador, seudónimo bajo el cual se pensaba que estaba Hugo de san Víctor¹²¹ pero modernamente se cree que corresponde al mismísimo Hugo de Paganis¹²². Las razones que se aducen, para atribuirle esta misiva, conocida como *Christi Militibus*¹²³, son: que el estilo es demasiado sencillo e impropio de un teólogo de la altura de san Víctor; que está dirigida «a los caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén», sin ninguna mención a su maestro, cosa impensable en la Edad Media; y que la misma fue encontrada con copias de la carta de Bernardo «*De Laude*» y copias de la Regla¹²⁴. Pero sobre todo, hay una explicación de peso en atribuirle esta carta a Hugo de Paganis y no a Hugo de san Víctor y es que mientras que no hay prueba de una relación entre éste y la Orden sí hay una explicación para la carta si ésta es atribuida a Hugo de Paganis y es que, después de un tan largo e incierto viaje, al llegar a Europa Hugo dirigiera la carta a los hermanos que habían quedado en Jerusalén. Además, el contenido de la carta se explica si se considera al maestro como su autor, dado los puntos de contacto de la misma con la Regla, suponiéndose que la carta recoge parte

¹¹⁹ «A Hugo, maestro de la santa milicia, y a todos los que son conducidos por sus pareceres, los hermanos de la Cartuja, sus servidores y amigos, desean plena victoria sobre los enemigos espirituales y corporales de la religión cristiana y la paz por Cristo Nuestro Señor. Como ni a vuestro regreso ni a vuestra marcha hemos podido disfrutar del placer de conversar de viva voz, nos ha parecido bien dirigiros al menos algunas palabras por carta... Es en vano que ataquemos a los enemigos de fuera si antes no vencemos a los de dentro..., purifiquemos nuestras almas de los vicios primero y a continuación purguemos la tierra de los bárbaros que la manchan.... Si proponemos esas reflexiones, hermanos, es porque hemos oído decir que algunos de vosotros estáis trastornados y confundidos por algunas gentes de pocos conocimientos, como si la profesión por la que habéis consagrado vuestras vidas a llevar armas contra el enemigo de la fe y de la paz para la defensa de los cristianos, como si vuestra profesión, digo, fuera ilícita o perniciosa, dicho de otra forma, como si ella constituyese un pecado o impedimento de un gran progreso» (Pierre Girard-Augry, *Aux origines de l'Ordre du Temple*, Ed. Pardès, Nantes, 1992, en José Luis Corral, *Breve historia de la Orden del Temple*, Edhasa, Barcelona, 2006, p. 25).

¹²⁰ Forma parte de un manuscrito de la *Regula Templi* que se encuentra en la Biblioteca Municipal de Nîmes, nº 37. Ha sido estudiada por varios autores, entre los que están, Jean Leclercq, *Recueil d'études Sur saint Bernard et ses écrits*, vol. IV. *Un document Sur le debut des Templiers y Simonetta Cerrini, La revolución de los templarios*.

¹²¹ Hugo de san Víctor (c. 1096 - 1141). Fue un reputado teólogo escolástico de la Edad Media. Se educó en los agustinos de Hamersleben en su Sajonia natal. Hacia 1115 (1118 según otros) ingresó en la abadía de Saint-Victor de París, que había fundado Guillermo de Champeaux, en la que llegó a ser prior en 1133, cargo en el que permaneció hasta su muerte en 1141. (Más información sobre Hugo de san Víctor en: Paul Rorem, *Hugh of Saint Victor*, Oxford University Press, Oxford, 2009; y Dominique Poirel, *Hugues de Saint-Victor*, Initiations au Moyen Age, Cerf, Paris, 1998).

¹²² Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, p. 48.

¹²³ Primeras dos palabras de la carta que comienza: *Christi militibus in Templo Jehrosolimitano religiosa conversatione studium sue devotionis sanctificantibus, Hugo peccator pugnare et vincere et coronari in Christo Jesu, Domino nostro*.

¹²⁴ Jean Leclercq, *Recueil d'études Sur saint Bernard et ses écrits*, vol. II, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1966, pp. 87-98.

de la exposición sobre la Orden que Hugo hizo posteriormente en su intervención en el concilio de Troyes. La carta, que ocupa varios folios, comienza con una exhortación de carácter general y con cita de las Escrituras para hacerles comprender mejor su papel en el seno de la Iglesia. A continuación se enfrenta con las objeciones que desde el exterior se le hace a la Orden, empezando por las ocupaciones militares, aparentemente ilícitas desde el punto de vista de algunos, que son justificadas por Hugo haciendo hincapié en las razones religiosas y espirituales que animan tales ocupaciones. Seguidamente, Hugo hace referencia a la tentación de sublimación o espiritualidad en la que pueden incurrir algunos hermanos, y les recuerda que ni el hábito ni el lugar son elementos constitutivos de la religiosidad del cristiano. Más adelante hace alusión a la tensión entre los deberes militares y los deberes monacales, a los que Hugo responde diciendo que incluso los ascetas y los monjes contemplativos necesitan vestirse y alimentarse y que alguien les ha de proporcionar el vestido y los alimentos, lo que se hace extensivo a su carácter militar, de lo cual se aprovecha el demonio para sugerir a los soldados que no son sus hermanos sino sus servidores. Termina Hugo insistiendo en la importancia de su labor como soldados¹²⁵.

El grupo llegó a Troyes justo a tiempo para estar presente en la solemne apertura del concilio el trece de enero del «año de la Encarnación» de 1128 y lo ocurrido en el mismo se conoce por el Prólogo de la regla, escrita por un notario, del que sólo se sabe que se llamaba Juan Miguel, que asistió al concilio. La traducción de dicho prólogo, a partir de la copia publicada por Henry Curzon, contrastada con la copia existente en la Biblioteca Nacional de Escocia¹²⁶, dice:

«1. Nos dirigimos, en primer lugar a todos aquellos quienes con lucidez rechazan su propia voluntad y desean de todo corazón, servir a su rey soberano como caballero; llevar con supremo afán, y permanentemente, la muy noble armadura de la obediencia. Y por tanto, nosotros les invitamos, a seguir a los escogidos por Dios, en virtud de su sutil misericordia, de entre la masa de perdición y a los dispuestos, en virtud de su misericordia, para defender a la Santa Iglesia, lo que vosotros anheláis abrazar por siempre.

2. Pero sobre todas las cosas, quien quiera ser un caballero de Cristo, escogiendo las sagradas ordenes en su profesión de fe, debe unir a la sencilla diligencia una firme perseverancia, que tan valiosa y sagrada es, y se revela tan noble, que si se mantiene impoluta para siempre, merecerá acompañar a los mártires que dieron sus almas por Cristo Jesús. En esta [nueva] orden religiosa ha florecido y se reverdece la orden de caballería. La caballería, a pesar del amor por la justicia que constituye su deber, no cumplió con ellos, defendiendo a los pobres, viudas, huérfanos e iglesias, sino que se aprestaron a destruir, despojar y matar. Dios que actúa conforme a nosotros y nuestro salvador Cristo Jesús, ha enviado a sus partidarios desde la ciudad Santa de Jerusalén a los cuarteles de Francia y Borgoña, para nuestra salvación y muestra de la verdadera fe, pues no cesan de ofrecer sus vidas por Dios, en devoto sacrifi-

¹²⁵ Jean Leclercq, *Recueil d'études Sur saint Bernard et ses écrits*, vol. II, pp. 93-94.

¹²⁶ Esta copia de la Regla Latina (la décima que ve la luz) fue descubierta por nosotros en el curso de nuestra investigación sobre la continuidad del Temple en Escocia.

cio.

3. Es por ello que nosotros, en completo gozo y fraternidad, a requerimiento del maestre Hugo de Paganis, fundador de la mencionada orden caballería, con la gracia del Espíritu Santo, nos reunimos en Troyes, entre varias provincias de más allá de las montañas, en la fiesta de san Hilario, en el año de la encarnación de Cristo Jesús de 1128, en el noveno año tras la fundación de la orden de caballería antes mencionada. En Capítulo general hemos oído de labios del citado maestre, hermano Hugo de Paganis, el relato de sus comienzos y, de acuerdo con las limitaciones de nuestro entendimiento, hemos alabado lo que nos pareció correcto y beneficioso, y hemos rechazado lo que nos pareció erróneo.

4. Y todo lo que ha acontecido en este concilio no puede ser contado ni recontado; y para que no sea tenido en cuenta con sabia prudencia, no con ligereza, lo hemos dejado a discreción de ambos, nuestro honorable padre el señor Honorio y el noble patriarca de Jerusalén, Esteban, quien conoce los problemas de Oriente y de los Pobres Caballeros de Cristo, lo cual hemos aprobado por unanimidad en el concilio general. Aunque un gran número de los padres religiosos reunidos en capítulo aprobó la veracidad de nuestras palabras, no debemos silenciar los verdaderos pronunciamientos y juicios que emitieron.

5. Por lo tanto yo, Juan Miguel, a quien se ha encomendado y confiado [este] tan divino oficio, por la gracia de Dios, he servido de humilde escribano del presente documento por orden del concilio y del venerable padre Bernardo, abad de Claraval. Los nombres de los Padres que asistieron al concilio:

6. Primero fue Mateo, [cardenal] obispo de Albano, por la gracia de Dios, legado de la santa Iglesia de Roma; Renaud, arzobispo de Reims; Henri, arzobispo de Sens; y sus clérigos: Jocelin, obispo de Soissons; el obispo de París; el obispo de Troyes; el obispo de Orléans; el obispo de Auxerre; el obispo de Meaux; el obispo de Chalons; el obispo de Laon; el obispo de Beauvais; el abad de Vézelay, quien posteriormente fue arzobispo de Lyon y legado de la Iglesia de Roma; el abad de Cîteaux; el abad de Pontigny; el abad de Trois-Fontaines; el abad de Saint Denis de Reims; el abad de St-Étienne de Dijon; el abad de Molesmes; al mencionado Bernardo, abad de Clairvaux: cuyas palabras el anteriormente citado alabó francamente. También estuvieron presentes el maestro Aubri de Reims; el maestro Fulcher y varios otros que sería aburrido mencionar. Y de otros que no se han mencionado, es importante dejar dicho, que son amantes de la verdad: [entre] ellos están, el conde Theobald; el conde de Nevers; André de Baudemant. Estuvieron en el concilio y actuaron de tal proceder, con perfecto y cuidadoso estudio seleccionando lo correcto y desechando lo que no les parecía justo.

7. Y también estaba presente el Hermano Hugo de Paganis, maestre de la Caballería, con algunos de los hermanos que le acompañaron. Estos eran Hermano Roland, Hermano Godefroy, y Hermano Geoffroi Bisot, Hermano Payen de Montdidier, Hermano Archambaut de Saint-Amand. El propio maestre Hugo con sus seguidores antedichos, expusieron las costumbres y observancias de sus humildes comienzos y uno de ellos dijo: *Ego principium qui et loquor vobis*, que significa: “Yo, quien os habla a vosotros, soy el principio”, todo ello según lo recuerdo.

8. Agradó al concilio general que las deliberaciones se hicieran allí y, tras un examen detallado de las Sagradas Escrituras, con la sabiduría de mi señor Honorio, papa de la Santa Iglesia de Roma y del patriarca de Jerusalén y en conformidad con el capítulo. Juntos, y de acuerdo con los Pobres Caballeros de Cristo del Templo que está en Jerusalén, se debe poner todo por escrito para que no sea olvidado y cuidadosamente guardado de tal forma, que para una vida de observancia se puedan referir a su creador; comparación más dulce que la miel en paridad con Dios; cuya piedad parece óleo, y nos permite ir hacia Él a quien deseamos servir. *Per infinita seculorum secula. Amen*¹²⁷.

El concilio de Troyes no solo supuso la confirmación eclesiástica de la orden del Templo, sino el respaldo y legitimación por parte de toda la comunidad cristiana y sobre todo la aprobación de una regla que no solo regulara la vida interna de la Orden sino que, además, dejara claro que el compromiso personal y permanente de los caballeros del Templo con Cristo y su Iglesia.

1.5 La Regla.

La primera noticia que se tiene de la Regla, tras los luctuosos sucesos de principios del siglo XIV, data de 1610 y se trata de un manuscrito encontrado en la abadía de san Víctor en Francia, el cual se conserva hoy en día en la Biblioteca Nacional de Francia (París). La traducción del latín al francés de la época fue realizada por el historiador y decano de la Facultad de Anvers, Aubert de Mere. Posteriormente, en el siglo XIX Henri de Curzon fue el primero que llevó a cabo un estudio sistemático de la Regla en base a los únicos tres manuscritos de que ya en ese momento se disponía, los de París, Roma y Dijon. Este último, que desapareció en 1985, se ha datado en principios del siglo XIII y contiene exclusivamente la Regla Primitiva y los Estatutos jerárquicos. Los otros dos están fechados a finales del XIII o principios del XIV y contienen los cinco documentos señalados. Todos están escritos en el francés medieval conocido como lengua de Ox.

De la Regla, tal como fue aprobada en el concilio de Troyes, no ha llegado a nosotros ningún ejemplar, sin embargo, se estima por los especialistas en diplomática que las copias existentes de los siglos XII y XIII responden con bastante exactitud a lo que la asamblea de obispos aprobó. Está escrita en latín y consta de setenta y dos artículos¹²⁸. Fue revisada y modificada posteriormente al concilio, se

¹²⁷ Johannes Miquaelensis, «Regula Pauperum Commilitonum Christi Templique Salomonici», M. S. en *Pièces relatives à diverses cérémonies et à l'héraldique, siècles XII à XVII*, National Library of Scotland, anterior a 1156 [Apéndice N° 55] y Henry Curzon, *La règle du Temple*, Librairie Renouard, París, 1886, pp. 10-20. [Apéndice N° 43]. La traducción es nuestra a partir de los textos de estas dos obras y de la traducción de Judith Upton-Ward, *The Rule of the Templars*, The Boydell Press, Woodbridge, 1992.

¹²⁸ Dependiendo de la versión, pues varían entre sesenta y ocho y setenta y seis artículos. Upton-Ward dice que la considerable extensión de la regla se debe a que está basada en lo que había sido práctica en la Orden desde sus comienzos.

dice que por el patriarca de Jerusalén, Esteban de La Ferté, sucesor de Gormondo de Picquigny, que le añadió veinticuatro artículos y modificó otros doce¹²⁹, cosa que algunos autores han puesto en duda ya que este patriarca tuvo poco tiempo para tal menester, pues murió en 1130. En tiempo del maestre Robert de Craon fue traducida a francés vulgar de la época, suprimiendo los capítulos referentes al noviciado e incluyendo la posibilidad de admitir caballeros excomulgados, con el previo arrepentimiento y la autorización del obispo.

Alain Demurger establece tres fases en la elaboración de la Regla¹³⁰:

1. Una primera, en la que no había regla escrita y en la que lo fundamental eran los votos de pobreza, castidad y obediencia, caracterizándose ésta en una fuerte dependencia del patriarca jerosolimitano y en elementos disciplinarios (comidas en común, carne tres veces por semana, vestimenta igual para todos, deberes de cada uno,... etc.) y obligaciones religiosas similares a los de los canónigos regulares del Santo Sepulcro que se regían por la regla de san Agustín.
2. Una segunda, que sería la derivada del concilio de Troyes en el que se estableció la primera reglamentación escrita con la regulación de todo lo necesario para la vida de la Orden, dando prioridad a lo religioso. Se introdujeron elementos nuevos en la regulación, tales como la admisión de nuevos miembros, prohibición de admitir niños, normativa sancionadora y por último se acentuó el carácter religioso de la Orden. Está fuertemente inspirada en la regla del Cister escrita por san Benito.
3. Una tercera, en la que el patriarca de Jerusalén, tras realizar una revisión de la Regla, añadió veinticuatro artículos y dio una nueva redacción a una docena con la intención, según Demurger, de poner de manifiesto su dominio sobre la Orden¹³¹.

En el último epígrafe realizaremos un análisis pormenorizado de la regla y los estatutos jerárquicos.

1.6 Expansión de la Orden.

En el mismo instante en que el maestre Hugo, acompañado de los cinco hermanos fundadores, puso el pie en Europa, la Orden empezó a crecer. El grupo se dividió y mientras el maestre se fue a Anjou, Normandía, Inglaterra y Escocia, Godofredo de Saint-Omer se dirigió a Flandes y Pagano de Montdidier marchó a Picardía. A éstos hay que añadir, Hugo Rigaud, que no sabemos cómo en esos momentos se encontraba en Europa, que se encargó de la Provenza y el Languedoc

¹²⁹ Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 63.

¹³⁰ Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 61.

¹³¹ Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 63.

y un templario de nuevo cuño, Ramon Bernardo, fue encargado de la Península Ibérica. A la vista de los resultados, se puede considerar que el viaje fue un éxito total, pues no solo se consiguió una regla, y con ella la confirmación de la Orden, sino gran número de adeptos y muchísimas donaciones de la más variada naturaleza: tierras, casas, castillos, granjas, pastos, puentes, caminos, etc.

La primera donación, consistente en una granja, la efectuó el conde Teobaldo de Champagne. A la donación de sus propias tierras que hizo Hugo de Paganis, se unieron pronto las de Godofredo de Saint-Omer de la casa que poseía en Pirex (Flandes) y Pagano de Montdidier de su señorío en Fontaine. Y a éstas hay que añadir otras muchas. Tanto de nobles y grandes señores como de pequeños terratenientes, pues todos deseaban contribuir con parte de lo que tenían a la magna empresa emprendida por los templarios. A este respecto dice Lamy que «los que no se comprometieron en las filas de la Orden se sintieron a menudo obligados a hacer donaciones a fin de participar en el impulso»¹³².

Una de las primeras adquisiciones de la Orden tuvo lugar antes del concilio de Troyes, el veintinueve de marzo de 1128¹³³ en Portugal, y consistió en el castillo de Soure, cerca de Coimbra, donado por la reina Teresa¹³⁴. Si bien todo parece indicar que esta donación no se debió tanto a la labor propagandística de los templarios como al celo y devoción del gallego don Fernando Pérez de Traba¹³⁵, a quien la reina, a la sazón viuda de Enrique de Borgoña, estaba unida sentimentalmente, el cual había peregrinado a principios de la década a Jerusalén, donde había entrado en contacto con los primeros caballeros templarios.

En 1128, el hermano Hugo Rigaud, que se encontraba en Tolosa, recibió para el Temple a Pedro Bernard y su esposa Borella, que se «entregaron a sí mismos y todo cuanto poseían al Temple» con ciertas provisiones para el caso de tener hijos [varones] en el futuro¹³⁶. Durante su estancia en Provenza y Languedoc Rigaud recibió para la Orden numerosas donaciones, que incluían tierras, viñedos y dere-

¹³² Michel Lami, *La otra historia de los templarios*, p. 86.

¹³³ Si bien algunos autores modernos como Michel Lamy, en la página 152 de la obra citada, fijan la fecha en 1129, dado que el año de la Encarnación tenía su comienzo el 25 de marzo la fecha de 1128, que figura en el título de donación, ha de ser mantenida.

¹³⁴ Teresa de León (1080 -1130), infanta de León y condesa de Portugal. Era hija ilegítima de Alfonso VI de León. Fue esposa de Enrique de Borgoña y madre del primer rey de Portugal, don Alfonso I. Hacia 1095 el rey Alfonso VI de León cedió al matrimonio el condado de Portugal. Al enviudar se unió al noble gallego Fernando Pérez de Traba, que estaba casado, lo que originó que los nobles portugueses y su propio hijo se pusieran en contra de ella. Durante la minoría de Alfonso Enríques, gobernó el reino en nombre de su hijo adoptando el título de reina, lo que dio lugar al enfrentamiento de ambos, siendo las fuerzas de Teresa derrotadas en la batalla de san Mamede en 1128. Falleció el 11 de noviembre de 1130. De su unión con Pérez de Traba nacieron dos hijas, una de ellas, Sancha, fue madre de don Rodrigo Álvarez, fundador de la Orden de Montegaudio, única Orden de origen español que tuvo su sede maestral en Jerusalén. (José María Canal Sánchez-Pagín, «El conde don Rodrigo Álvarez de Sarria, fundador de la Orden militar de Monte Gaudio», *Compostellanum*, Vol. 28, Archidiócesis de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1983, pp. 395-396).

¹³⁵ Volvió por segunda vez a Jerusalén hacia 1150, poco antes de su muerte.

¹³⁶ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc. n° XVIII, p. 12.

chos e, incluso, una camisa y pantalones y su mejor manto después de su muerte realizado por parte de una aldeana¹³⁷. En los títulos de estas donaciones Rigaud aparece unas veces simplemente con su nombre, sin más, otras como *fratris societatis Templi Salomonis*, y las más como *domni Hugonis Rigauldi*. En alguna de ellas figura, además, *como procurator militum*.

Shara Newman dice en su obra que pronto la nueva orden tuvo que enfrentar un problema importante cual era la falta de medios para mantener y administrar tal cúmulo de donaciones, pues, a diferencia de otras órdenes religiosas, los templarios carecían de la organización e infraestructura necesarias para ello, ya que la mayor parte de las donaciones no lo eran en forma de dinero sino en bienes muebles e inmuebles todos los cuales (campos, casas, caballos, barricas de vino, ropa usada e, incluso, siervos) eran bien recibidos¹³⁸. A pesar del voto de pobreza, los papas dejaron siempre claro a través de sus bulas, que el atesoramiento de riquezas por parte de la Orden estaba plenamente justificado dado que constituía el medio de contribución de la Cristiandad a las cruzadas¹³⁹.

Un problema añadido era que la efectividad de muchas de las donaciones quedaba diferida hasta la ocurrencia de un evento cierto pero variable en el tiempo, como podía ser la recogida de una cosecha o la muerte del donante, por lo que pronto se puso de manifiesto la necesidad de contar con establecimientos, que actuaran a modo de sucursales, que se hicieran cargo de las donaciones, las administraran y dirigieran a la sede maestra en Tierra Santa los productos y ganancias. La misma autora sugiere que para resolver este problema los templarios adoptaron el modelo puesto en práctica desde principios del siglo XII por los hospitalarios, los cuales, según Helen Nicholson, crearon, tanto en el Sur de Francia como en la Península Ibérica, «centros administrativos» que actuaban a modo de sucursales¹⁴⁰, situadas en sitios estratégicos para la gestión de sus donaciones y, siguiendo el modelo organizativo de estos, hicieron agrupaciones según las lenguas.

En las líneas que siguen hacemos una breve descripción de la expansión del Temple en aquellos países en los que tuvo una mayor implantación.

Francia.

La primera de todas las donaciones que recibió la Orden en Europa tuvo lugar, como ya se ha dicho, en Marsella, en 1120. Se trató de una iglesia donada por Guillermo de Marsella a *omnium militum Templi Salomonis*¹⁴¹ que en 1124 fue devuelta por los templarios por no poderla mantener¹⁴². Tras esta donación hubo que esperar hasta que la Orden fue aprobada en el concilio de Troyes para que nuevas donaciones vinieran a incrementar el patrimonio del Temple.

¹³⁷ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc. n° XXXIII, p. 25.

¹³⁸ Shara Newman, *The Real History Behind the Templars*, p. 41

¹³⁹ Centros de estudios del románico, *Los monjes soldados, los templarios y otras órdenes militares*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1997, p. 42.

¹⁴⁰ Helen J. Nicholson, *The Knights Hospitaller*, Boydell & Brewer, Rochester, 2001, pp. 8-9.

¹⁴¹ A todos los caballeros del Templo de Salomón.

¹⁴² André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, p. 1.

Entre 1128 y 1136 Hugo Rigaud realizó una activísima labor en el Sur de Francia y en el nordeste de España, dando lugar a una floreciente implantación de encomiendas. Aunque la donación fue la figura jurídica más utilizada, no fue la única pues también se llevaron a cabo contratos de compraventa y de permutas o trueques. En estos primeros tiempos en el Sur de Francia una familia sobresalió en su ayuda al Temple, los Trencavel del Languedoc, lo que, dada su posición en la región, hizo que el ejemplo cundiera con otras muchas familias, como las familias de Canet y de Barbaira que donaron a la Orden el castillo de Douzens, que llegó a ser la mayor encomienda de la Ocitania. Incluso dos miembros de esta última familia se comprometieron a integrarse en la Orden en el futuro y, si así no lo hacían, se obligaban a pagar una cantidad importante de dinero¹⁴³. En el Languedoc, cuenta Michel Lamy¹⁴⁴, se convocó una reunión en la catedral de Tolosa para dar a conocer la Orden entre los feligreses, lo que supuso para la misma la colecta de una cuantiosa suma y, además, numerosas donaciones de tierras. Alain Demurger cita un total de dieciséis donaciones entre 1129 y 1134¹⁴⁵. A partir de 1136 el nombre de Hugo Rigaud no vuelve a aparecer en ningún título lo que, habida cuenta de la actividad desarrollada en los años inmediatamente anteriores, permite suponer su muerte.

Pero no solo en el Sur creció la Orden, sino en todas partes. En el Norte, en la Picardía y en Flandes, fueron muchos los que siguieron el ejemplo de Godofredo de Saint-Omer, y en pocos días se fundaron, además de la de Saint-Omer, las encomiendas de Ypres, Cassel y Bas-Warneton y otras muchas más. Por su parte, Guillermo Clito cedió a la Orden los impuestos que gravaban las herencias.

El cartulario del marqués de Albon permite confeccionar un mapa de lo que llegó a ser la Francia templaria bastante aproximado a lo que seguramente fue la realidad. Mestre da la siguiente distribución de las propiedades templarias: la Isla de Francia llegó a tener un centenar de encomiendas, que unidas a las de Normandía, Borgoña, la Picardía y la Champaña sumaron más de trescientas cincuenta. La Provenza tuvo ocho encomiendas, la Aquitania seis, y el Rosellón un total de ciento veinticinco. La lista se cierra con la Alvernia y el Lemosín para las cuales calcula cincuenta encomiendas. Refiere el mismo autor que las encomiendas en Francia llegaron a ser unas setecientas, agrupando cada una la media de una docena de dependencias, más las casas y los campos y a veces pueblos enteros¹⁴⁶.

En el Rosellón, entonces territorio aragonés, donde ya se había formado la encomienda de Masdéu, continuaron las donaciones, siendo de destacar las diversas casas dadas por el conde Godofredo en 1149, 1153 y 1155. También hubo donaciones en Perpiñán donde el vizconde de Fonallet hizo varias en 1141 y 1142.

Península Ibérica.

¹⁴³ Shara Newman, *The Real History Behind the Templars*, p. 43.

¹⁴⁴ Michel Lamy, *La otra historia de los templarios*, Ediciones MR, Madrid, 2002, p. 90.

¹⁴⁵ Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 54.

¹⁴⁶ José Mestre, *Los templarios*, Edicions 62, Barcelona, 1999, p. 142.

El caso de la Península Ibérica es singular en Europa ya que, por la lucha que en ella se sostenía contra los invasores islámicos, hacía que fuera considerada en una posición similar a la de Tierra Santa. Por ello no es de extrañar que muchas de las primeras donaciones recibidas por los templarios provinieran de Aragón, Navarra, Castilla o Portugal. Precisamente de este reino es la ya citada temprana donación de la reina Teresa de Portugal, e Infanta de León, del Castillo de Soure en 1128, probablemente con la intención de que éstos lo mantuvieran personalmente y le proporcionaran hombres para las batallas contra los moros¹⁴⁷. En estos primeros años de la Orden, los que van desde 1129 a 1136 según el cartulario de Albon tuvieron lugar 36 donaciones, de las que treinta corresponden a España y seis a Portugal. Algunas de ellas merecen una especial mención.

Tal es el caso, por ejemplo, de la realizada por el conde Ramón Berenguer III de Barcelona quien en 1130, probablemente influido por fray Rigaud, decidió hacerse templario aportando el castillo de Grañena de gran importancia estratégica¹⁴⁸. A su muerte, fue enterrado con el hábito templario.

Pero quizás, el caso más insólito de todos fue el del rey de Aragón, Alfonso I (1073-1134) que al no tener herederos directos, pues carecía de hijos y su único hermano era monje, decidió hacer testamento a favor de las tres órdenes jerosolimitanas: Temple, Santo Sepulcro y sanjuanistas, lo que llevó a cabo el treinta y uno de octubre de 1131 en Bayona¹⁴⁹. Dice así un párrafo del testamento:

«... por ello, para después de mi muerte, dejo como heredero y sucesor mío al Santo Sepulcro del Señor que está en Jerusalén y a los que allí lo guardan y vigilan y sirven a Dios, y al Hospital de los pobres que también está en Jerusalén, y al Temple del Señor con los caballeros que están allí para defender el buen nombre de la Cristiandad. A estas tres órdenes concedo todo mi Reino, el imperio y el gobierno [...] añadido también a la caballería del Temple mi caballo con todas mis armas... De este modo, todo mi Reino, como arriba queda dicho y toda mi tierra, todo cuanto tengo y me ha sido legado por mis antecesores y cuanto yo mismo he adquirido o adquiriera en el futuro con el auxilio de Dios, [...] todo lo doy y concedo al Sepulcro de Cristo, al Hospital de los pobres y al Temple del Señor, para que lo tengan y posean por terceras en justas e iguales partes [...] Todo lo antedicho lo hago y ordeno hacer por las almas de mi padre y de mi madre y en remisión de mis pecados y para merecer tener un sitio en la vida eterna»¹⁵⁰.

Este testamento fue ratificado por otro de 1134 en el que, además, se introdujeron algunas mandas y legados específicos a monasterios, iglesias y conventos. El hecho, sin parangón en la historia, ha hecho correr chorros de tintas ofreciéndose por los historiadores las más peregrinas explicaciones, de las cuales, qui-

¹⁴⁷ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 47.

¹⁴⁸ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc. N° XXXIII de 14 de julio de 110, p. 25.

¹⁴⁹ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc. n° XL de 31 de octubre de 1131, p. 31

¹⁵⁰ Antonio Galera Gracia, *La verdadera historia de la Orden del Templo de Jerusalén a la luz de la documentación histórica*, p. 92.

zás la más coherente sea la que ofrece la escritora Elena Lourie¹⁵¹ que lo justifica en la necesidad de contar con expertos defensores en la frontera con los moros y, sobre todo, en el temor de que el reino fuera reclamado a su muerte por su hijastro Alfonso VII de Castilla (1126-1157) el cual, pensaba, no sería capaz de ponerse en contra del papa que en definitiva era el soberano de las tres órdenes herederas. El tiempo vino a darle la razón y, a su muerte, Alfonso de Castilla y León ocupó Zaragoza, por lo que el papa tuvo que emplearse a fondo para lograr que se retirase. El testamento fue anulado por la cortes aragonesas y, una vez obtenida de Roma la dispensa de sus votos, Ramiro, el hermano monje de Alfonso el Batallador, fue elegido rey y casado con Inés de Poitou, noble viuda francesa que había demostrado su fertilidad y con la cual tuvo una hija a la que llamaron Petronila, que fue prometida en matrimonio a Ramón Berenguer IV, que ya era bastante mayor, que se encargó de la administración del reino, con lo que Ramiro pudo retirarse de nuevo a su monasterio¹⁵². Siendo ya administrador o regente del reino de Aragón, Ramón Berenguer inició el trato con las tres órdenes con objeto de llegar a un acuerdo útil para todos. Con el Santo Sepulcro y el Hospital no hubo demasiados problemas y el trato se cerró en 1141 pero con el Temple las cosas no fueron tan fáciles y hubo que esperar hasta 1143, cuando el sucesor del maestre Hugo de Paganis, el maestre Roberto de Craon, firmó en Gerona el llamado ajustamiento¹⁵³ con unas concesiones a la Orden más que apetitosas. A cambio de la renuncia a sus derechos pasaron a su manos los castillos de Monzón, Montgay, Chalamera, Beberá y Remolinos, además de la exención de impuestos y tasas y diversas posesiones y el derecho a una décima parte de las rentas que el rey percibía de los musulmanes, un quinto de las tierras que en el futuro se conquistaren con su participación, y un compromiso del rey a *ulterius pacem non facturum cum Mauris, nisi vestre consilio*¹⁵⁴. Para Alain Demurger, este texto evidencia la entrada del Temple en la obra de la Reconquista española¹⁵⁵. En este mismo sentido, Helen Nicholson observa que es evidente que en los primeros años de la década de 1140 la orden del Tem-

¹⁵¹ Elena Lourie, «The Confraternity of Belchite, the Ribat and the Temple», en *Viator*, nº 13, Turnhout, 1982, pp. 159-176.

¹⁵² Ana Isabel Lapeña Paúl, siguiendo la opinión de un amplio sector de la historiografía actual, en monografía realizada en 2008 sobre Ramiro II, interpreta que el matrimonio entre Ramón Berenguer IV y Petronila se celebró en 1150 según los términos del *casamiento en casa*, una figura del derecho consuetudinario del Alto Aragón, según la cual, por este contrato de esponsales el marido se adscribe a la familia de la esposa, que es la que transmite la pertenencia al grupo familiar y la herencia, quedando el marido sometido formalmente a su suegro o «señor mayor» de la casa. De este modo Ramón Berenguer desde 1137 se convirtió en un miembro más de la Casa de Aragón y, consecuentemente, a partir de entonces la dinastía reinante empleó la denominación «de Aragón» extinguiéndose la denominación condal «de Barcelona». Esta teoría ha sido cuestionada por el profesor Serrano Daura con el argumento de que esta institución de derecho aragonés es posterior al siglo XIV y por lo tanto no existía en el siglo XII. (Ana Isabel la Peña Paúl, *Ramiro II de Aragón: el rey monje (1134-1137)*, Ediciones Trea, Gijón, 2008, p.197; Josep Serrano Daura, *La donació de Ramir II d'Aragó a Ramón Berenguer IV de Barcelona de 1137 y la institució "casamiento en casa"*, Estudis històrics i documents dels arxius i protocols, Barcelona, 1997, pp. 7-9).

¹⁵³ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc. Nº CCCIV, p. 204.

¹⁵⁴ No hacer en el futuro convenios de paz sin vuestro consejo.

¹⁵⁵ Alain Demurger, *Auge y Caída*, p. 56

ple se había hecho con suficientes propiedades tanto en Occidente como en Oriente y había reclutado los soldados necesarios para poder emprender operaciones militares en dos frentes: Tierra Santa y la Península Ibérica¹⁵⁶.

Mucho antes de este acuerdo, en 1131 Guillermo Ramon y su mujer donaron un alodio¹⁵⁷; en 1132, Armengol VI de Urgel donó a la Orden el castillo de Barberá¹⁵⁸, pero fue rechazado por los templarios debido al gran trabajo que tenían en Tierra Santa; en 1133 Ramón Pedós cedió ciertos derechos y bienes que tenía en Sant Sadurní de les Planes, Sant Julià de Viatorta y Folgueroles; en 1134 Armando de Soler donó una casa de campo en Sant Hipolit y Pedro Arnaldo una casa de campo en Santa Perpetua de Monguda y Ramón Aldavert de Viva y su esposa una casa de campo en la parroquia de Sant Sadurní¹⁵⁹.

Las donaciones en la Península Ibérica, a diferencia de las recibidas en otros lugares de Europa, que estaban constituidas por dinero o propiedades productivas cuyo objetivo era proporcionar soporte a los templarios de Tierra Santa, fueron a menudo castillos y fortificaciones en la frontera con los territorios de los moros y, a veces, incluso la promesa de donación de los situados en tierras aún ocupadas por los mismos. Resalta Shara Newman que en los reinos ibéricos los gobernantes esperaban que los templarios «combatirían a los sarracenos en las mismas fronteras de sus reinos y no allende los mares»¹⁶⁰ y así, en la ya mencionada donación del castillo de Grañena por Ramón Berenguer III, se dice expresamente «*castrum, nomine Granyena, in mea marchia contra Sarracenos*»¹⁶¹, lo que al año siguiente dejó de tener valor alguno ya que Aragón dejó de tener frontera con los moros.

En Barcelona, en 1134, Ramón Masanet y su hijo, donaron una casa y torres; en 1138 el verguer de la ciudad, Ramón Berenguer, cedió a la Orden los derechos sobre un taller junto al castillo viejo. En los años siguientes continuaron las donaciones.

Por su especial relevancia y por la relación con la genealogía de Hugo de Paganis que algunos reivindican, a la que haremos referencia en el último epígrafe de este capítulo, citamos la donación realizada en 1170 por Galcerán de Pinós, su mujer y sus hijos, consistente en todas las montañas y campos entre Bagà, Salades, Tuixent y Sant Llorenç dels Morunys y protección a los caballeros desde la villa de Solsona hasta el collado de la Perxa¹⁶².

Mestre se hace eco de una frase de Miret i Sanz en la que dice que «es imposible mencionar todos los testamentos de los señores catalanes» y hace refe-

¹⁵⁶ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 140.

¹⁵⁷ El alodio es definido por la RAE como heredad, patrimonio o bien alodial, lo que quiere decir que el propietario tiene el dominio pleno libre de cargas y servidumbres, en contraposición al vasallo cuyo feudo pertenece a un señor.

¹⁵⁸ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Doc, n° XLVII, p. 36.

¹⁵⁹ Datos sacados de la citada obra de Helen Nicholson, *Los templarios*, p. 156

¹⁶⁰ Shara Newman, *The Real History Behind the Templars*, p. 47

¹⁶¹ Castillo, de nombre Grañena, en la frontera con los sarracenos.

¹⁶² Datos extraídos de la citada obra de Helen Nicholson, *Los templarios*, p. 156.

rencia a las importantes cesiones en castillos, tierras, censos, diezmos, molinos, hornos, rentas, caballos, armas, etc., que dicho autor recoge en una larga lista, sobresaliendo en ella, el castillo de Colliure que se utilizó como base para el tráfico marítimo con Tierra Santa¹⁶³.

Entre las encomiendas catalanas, la mayor parte creadas en la segunda mitad del siglo XII, hay que citar: Palau-Barcelona, Gardeny, Tortosa (posteriormente permutadas con Jaime II por Benicarló, Vinaroz, Ares y Coves de Vinromá), Miravet, Corbins, Berbens, Puig-reg, Barberá, Ascó, Granyena, el Rourell, Aiguaviva, la Joncosa de Gelida, Selma, Horta de Sant Joan y Masdéu en el Rosellón. Otros castillos y lugares recibidos fueron los de Gadesa, Corbera, Algars, Barea, el Pinell y Rasquera. A estas le siguieron en el siglo XIII Vallfogona de Rincorb y Castelló d'Empúries y las surgidas de las conquistas a los moros, Palma de Mallorca, Burriana, Valencia y Peñíscola, Torres de Segre y Espluga de Francolí. La implantación catalana de los templarios se completó con Horta. Además, en Mallorca los templarios recibieron por su participación en la conquista, trescientas sesenta y cinco casas, cincuenta y cuatro talleres y ciento veintidós alquerías¹⁶⁴. Por la misma causa, en el reino de Valencia recibieron la torre Alibufat, las atarazanas de Denia y la alquería de Montcada. También recibieron numerosas casas y tierras en Murcia, entre ellas el antiguo alcázar musulmán que transforman en la iglesia de Santa María de Gracia¹⁶⁵.

En Aragón fueron también numerosas las donaciones que recibió la Orden. En 1144 una señora, llamada doña Teresa, donó un molino en Zaragoza. En el mismo año, la Vizcondesa Talesa, viuda de Bearn, donó heredades en Zaragoza y Sobradriel y Sancho López y su mujer varias casas en Zaragoza. En 1145 un grupo de particulares cedieron parte de su heredad en Alfoceya. En 1146 el conde Ramón Berenguer IV hizo donación de todos los siervos sarracenos que tenía en sus propiedades y en 1151 los castillos y villas de Ambel y Alberich¹⁶⁶. En 1196 Alfonso II de Aragón decidió la supresión de la orden de Montegaudio y su anexión a la del Temple con todas las propiedades y encomiendas que la misma tenía en los reinos de Aragón y Valencia. Una de las primeras encomiendas aragonesas fue la de Zaragoza en 1162, pero anterior a ella fue la de Huesca que aparece datada en 1148. Otras fueron las de Novillas, Ambel, Mirambel, Encinacorba, Aniesa, la Zayda, Novella, Orrios y Alfambra¹⁶⁷.

En Navarra las primeras donaciones son muy tempranas y, según Jesús Mestre, tuvieron lugar en Tudela en 1137, principalmente en viñedos. Menciona este autor también las encomiendas de Puente la Reina, Alberín y Ribaforada. Achaca el autor la desventaja en este reino de los templarios frente a los hospitalarios al hecho de que la dependencia de las encomiendas navarras del maestre pro-

¹⁶³ José Mestre, *Los templarios*, p. 158.

¹⁶⁴ José Mestre, *Los templarios*, p. 159.

¹⁶⁵ José Mestre, *Los templarios*, p. 161.

¹⁶⁶ José Mestre, *Los templarios*, p. 166.

¹⁶⁷ José Mestre, *Los templarios*, p. 169.

vincial que radicaba en Aragón¹⁶⁸.

En Portugal, a la donación del castillo de Soure por la reina Teresa, siguieron las de Ega, Radin, los castillos de Leiria, Pombal, Panela de Veira, Castelo Branco,... etc. La primera participación de los templarios en una acción militar tuvo lugar en 1144. En 1145 la Orden recibió el castillo de Longroiva y el arzobispo de Braga les donó el hospital de dicha ciudad. En 1147 tuvieron una efectiva participación en la toma de Santarem a los moros, por lo que recibieron varias iglesias en dicha ciudad y el castillo de Cera cerca de Tomar. En 1170, Alfonso Henriquez les hizo donación de unas tierras situadas al otro lado del Tajo y además les prometió un tercio de todas las que se consiguiera arrebatar a los moros. Además, este monarca se calificaba así mismo como «hermano de vuestra fraternidad» lo que podría ser indicativo de una cierta asociación con la Orden. El hijo de este rey, Sancho I, donó gran cantidad de tierras a la Orden y utilizó el castillo de Tomar como lugar seguro para la guarda del tesoro real. Se conoce la existencia de un maestre provincial desde 1143, cargo que fue ocupado por Hugo de Montoire. La principal encomienda portuguesa se ubicó en Tomar, donación del rey Alfonso Henriquez, el cual hizo también posible la creación de encomiendas en Egítania (hoy Idanha) y Açafa. Otras encomiendas fueron las de Evora y las de Monsaraz. Pero no todo fue un jardín de rosas. Los templarios se metieron en la política interna portuguesa y les costó caro. En la rebelión que en 1146 protagonizaron los nobles y eclesiásticos contra Sancho II, los templarios apoyaron a éste debido a su amistad desde la niñez con el maestre provincial de Portugal, fray Martin Martins, con lo que al abdicar Sancho en favor de su hermano Alfonso, conde de Boulogne, hizo que éste tomara represalias contra la Orden a la que se requisaron diversas propiedades, además de retirarle el favor real¹⁶⁹.

En Castilla-León los templarios tuvieron una implantación mucho menor que en el resto de los territorios hispánicos, lo que es achacado al auge de las órdenes autóctonas¹⁷⁰ que fueron favorecidas por los reyes en detrimento de los templarios. Esta actitud de los soberanos castellano-leoneses es vista por Helen Nicholson como una posibilidad de controlar la elección de los maestros y como un aseguramiento de que no prescindirían de contingentes importantes para enviarlos a Tierra Santa, como hicieron en 1158 los templarios al abandonar el castillo de Calatrava. Pero las órdenes locales tenían un inconveniente y éste era que habían de repartir los escasos recursos disponibles, razón por la cual en el concilio de Lyon de 1274 se propuso unificarlas todas, lo que no prosperó debido a la oposición frontal de los príncipes españoles¹⁷¹. Todo ello dio lugar, en opinión de Jesús Mestre, a que la expansión del Temple en Castilla-León se viera profundamente afectada, a pesar de que continuaron llevando a cabo su tarea, pero abandonando el

¹⁶⁸ José Mestre, *Los templarios*, p. 170.

¹⁶⁹ Helen Nicholson, *Los templarios*, pp. 133-134.

¹⁷⁰ Entre ellas, la de Cáceres o la Espada (que posteriormente sería la de Santiago), de Trujillo, de Monfrang o Montegaudio separada en 1196 de la del mismo nombre de Aragón y unida definitivamente a la de Calatrava en 1222, san Julián de Pereiro, Alcántara y Calatrava.

¹⁷¹ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 145.

carácter conquistador y dedicándose más al trabajo de las encomiendas, en la explotación agrícola y ganadera¹⁷² de las que existían varias en Tierra de Campos (Mayorga, Ceinos, Villalpando, Villárdiga, san Pedro de Latace y Villarsiga) la más antigua de las cuales, la de Ceinos, existía desde 1168. También en Zamora había encomiendas en Tábara, Benavente, Carbajales de Alba y Zamora. En Valladolid encontramos además, la de Medina del Campo. En Salamanca hay dos: Salamanca y Ciudad Rodrigo. En León estaba Ponferrada, que además de encomienda era castillo y guarnición. Hay noticias también de la existencia de encomiendas en Miraflores, Maderuelo y Sepúlveda. En Toledo había cuatro: Juncos, Cebolla, Montalbán y Villalba. En Galicia había seis encomiendas, las de Faro, Amoeiro, Coya, san Fiz do Ermo, Cabal y Neira de los Cabaleiros, más otra en tierras que hoy son de León: Villaplamaz. Hubo también encomiendas en Alcanadre (la Rioja), Caravaca (Murcia) y casas en Sevilla y Córdoba. Por último en tierras extremeñas había cuatro: Capilla, Alconétar, Valencia de Velasco y el castillo fortaleza de Jerez de los Caballeros¹⁷³.

Italia.

En la Península Italiana la expansión de los templarios fue mucho más lenta que en Francia o la Península Ibérica, probablemente debido a la fragmentación de país, razón que también explica que el Temple no alcanzara nunca la potencia que tuvo en otros reinos. La presencia del Temple en Italia estuvo estrechamente vinculada a las líneas marítimas que unían los puertos italianos con la costa de Egipto, Siria y Turquía. La más antigua presencia verificada de los templarios en Italia se sitúa a mediados del siglo XII en los puertos del Adriático, los cuales fueron puntos de embarque de peregrinos y cruzados, amén de mercaderías y provisiones, hacia Tierra Santa¹⁷⁴.

La presencia en Piamonte, aunque escasa, está documentada por asentamientos en iglesias y fortificaciones: en Turín la iglesia de Sta. Margarita del Templo cerca del actual Valentino, la mansión o retiro de san Severo, unida con Sta. Margarita y traspasada a los hospitalarios, después que la Orden fuera disuelta y la abadía con hospital de san Giacomo de Stura al noroeste de Turín; en Chieri, san Leonardo; en Ivrea, san Nazario con bienes en Bollengo y Burolo; en san Giorgio Canavese, Santa María, hoy san Giacomo; en Susa, Santa María con bienes en san Giorgio y Villar Focchiardo; en Villastellone, Sant Martino della Gorra y, en zona de san Bartolomeo, una fortaleza y una iglesia; en Moncalieri, parece, el Castillo della Rotta y se les atribuye la construcción (1146) de un puente de piedra sobre el Po, hoy día desaparecido. Todas las provincias del Piamonte tuvieron asentamientos templarios. En Vercielle se encuentra un documento comprobante

¹⁷² José Mestre, *Los templarios*, p. 172.

¹⁷³ José Mestre, *Los templarios*, pp. 173-174.

¹⁷⁴ Laureà Pagarolas Sabaté, «Las primeras órdenes militares», Fundación Santa María la Real, Centro de Estudios del Románico, *Los monjes soldados, los templarios y otras órdenes militares*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1997, pp. 31-56.

de la propiedad de los templarios, fechado del dieciocho de junio de 1179, del refugio para peregrinos de san Giacomo d'Albaretto.

Islas Británicas.

Aunque como hemos visto Hugo de Paganis fue recibido en Inglaterra por Enrique I, que le colmó de regalos, fue su sobrino y sucesor Esteban, casado con Matilda, sobrina de Godofredo de Bouillon y de Balduino I, quien hizo la primera donación de tierras en Inglaterra. Newman opina que había una cierta predisposición en Enrique y Matilda para ayudar de la forma que mejor pudieran en la defensa de Tierra Santa¹⁷⁵. La primera donación fue hecha por Matilda en memoria de su padre, Eustaquio, conde de Boulogne. Por su parte, Esteban confirmó las donaciones de sus vasallos e, incluso, hizo él mismo algunas donaciones. También hace referencia en su obra a la existencia de un censo de todas las propiedades templarias realizado por la Orden en 1185. El documento, que ha llegado hasta nosotros, muestra que las propiedades de los templarios en la isla eran en todo similares a las de otras comunidades religiosas y estaban compuestas de campos de labor, rebaños de ovejas, diezmos eclesiásticos y rentas inmobiliarias. Señala también que en Bristol el gremio de tejedores utilizaba como capilla la Iglesia del Temple¹⁷⁶.

Si bien está contrastada la existencia de templarios en Inglaterra desde 1135, el primer maestre provincial conocido es de 1140 y fue Hugo de Argenteuil. La sede de la Orden estaba en Londres, en Holborn Bars en el nordeste de la City, y comprendía un edificio destinado a casa habitación, una iglesia de planta circular y un cementerio, todo ello rodeado de huertos y jardines con árboles frutales y circundado de un foso. A Hugo le sucedió en el cargo de maestre provincial Ostot de Saint-Omer, probablemente hermano del fundador Godofredo y a Ostot le sucedió el anglonormando Ricardo de Hasting, pero ambos siguieron colaborando durante más de veinte años hasta que Ostot se fue a Tierra Santa. En 1185 Ricardo siguió los pasos de Ostot y se marchó a Tierra Santa donde probablemente murió en la batalla de los Cuernos de Hattin. A Ricardo se debe el auge del Temple en Inglaterra, ya que fue él quien compró el terreno junto al río Támesis en el que se construyó la que, con el tiempo, se convirtió en la sede central de la Orden en Inglaterra.

En Irlanda los templarios se establecieron, tras la conquista de la isla por Enrique II, y sus principales propiedades estaban situadas mayormente en el Este. En la crónica anglo-sajona se dice que las tierras irlandesas de los templarios fueron las terceras de mayor valor de la Orden y que tenían unas ganancias de mil cuatrocientas libras anuales las cuales provenían en su mayor parte de las rentas y de la cría de caballos para las necesidades de la Orden en Tierra Santa¹⁷⁷. El maestre provincial de los templarios en Irlanda era un supervisor de la hacienda local que muchas veces tenía que actuar de mediador entre los nativos y los ingleses.

¹⁷⁵ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 46.

¹⁷⁶ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, doc. n° CXXIII, p. 86.

¹⁷⁷ Evelyn Lord, *The Knights Templar in Britain*, Pearson Education Ltd, Harlow, 2002, p. 141.

Como se ha dicho más arriba, el maestre Hugo de Paganis en su viaje a Europa fue recibido y agasajado por el rey David I de Escocia¹⁷⁸ que le hizo diversas donaciones y, entre las mismas, los diezmos eclesiásticos de Renfrewshire¹⁷⁹. El centro de la Orden en Escocia estuvo en Ballantrodach, a unas diez millas al Sur de Edimburgo. Según dice Evelyn Lord, todas las donaciones de tierras en Escocia provinieron de familias normandas y no se encuentra entre los templarios de Escocia ningún nombre de origen escocés siendo todos normandos, si bien, aclara, que en los archivos del Temple en Inglaterra sí aparecen algunos designados como *scot* o *scotho* que pudieran ser de origen escocés. No era una comunidad rica, proviniendo sus mayores ingresos de la crianza de ovejas y de un molino. Señala la misma autora las siguientes posesiones principales de los templarios en Escocia: Ballantrodach, Maryculter, East Feston, Peffer, Swaston, Glasgow *tenement*, Kik Liston/Temple, Callander Saltworks y Gullaness¹⁸⁰.

Organizativamente la Orden en Escocia dependió del maestre provincial de Londres y su cargo máximo unas veces era llamado preceptor y otras, maestre, siendo todos los que hoy conocemos ingleses y la mayoría de ellos de ascendencia normanda.

En el tiempo de máxima expansión en las Islas Británicas, el número total de encomiendas, sumando las de Inglaterra, Irlanda y Escocia pueden estimarse en trescientas.

Alemania y Polonia

A diferencia de Oriente y de la Península Ibérica, donde los templarios hacían la guerra a los musulmanes, en la Europa del Este, los enemigos eran los paganos. Los territorios de Polonia, Prusia, Bohemia, Moravia, Lituania y Livonia, formado principalmente por tierras salvajes entre la Rusia ortodoxa y la Europa católica, estaba ocupado mayoritariamente por tribus paganas que se resistían al avance del cristianismo impulsado por los papas y sostenido por los príncipes germanos que, con el apoyo de los obispos, veían en ello una forma de agrandar sus posesiones terrestres.

Tras la desaparición en 1238 de la orden de Dobrin, reconocida oficialmente por la Santa Sede con la denominación de orden de los Caballeros Prusianos de

¹⁷⁸ David I de Escocia (c. 1083 – 1153), fue el hijo menor de Máel Coluim Mc Donnchada y santa Margarita de Escocia. En 1093, tras la infancia en Escocia, se exiló en la corte de Enrique I de Inglaterra hasta 1124 en que volvió a Escocia debido al fallecimiento de su hermano, a cuyo hijo disputó el trono escocés hasta 1134 en que lo venció por las armas. Durante su reinado tuvieron lugar importantes cambios en Escocia, tales como la introducción del feudalismo, a través de la inmigración de caballeros normandos, y la fundación de burgos y monasterios. Es venerado como santo de la Iglesia Católica, siendo su fiesta el veinticuatro de mayo. (Para más información consultar: Richard Oram, *David the King who made Scotland*, Tempus, Stroud, 2004)

¹⁷⁹ Geoffrey Wallis Stewart Barrow, *The charters of David I, the written acts of David I King of Scots, 1124-53, and of his Son Henry, Earl of Northumberland, 1139-52*, The Boydell Press, Woodbridge, 1999, p. 164.

¹⁸⁰ Evelyn Lord, *The Knights Templar in Britain*, Pearson Education Ltd., Harlow, 2002, p. 186.

Cristo, los templarios fueron invitados a establecerse en Europa Oriental, siéndoles concedidas varias poblaciones en las orillas del río Bug y las fortalezas de Lukov. A lo largo del siglo la presencia templaria se hizo cada vez más importante, llegando a contar con catorce establecimientos y dos fortalezas.

En Polonia los templarios no estuvieron activos hasta el siglo XIII, en que el príncipe Henryk Brodaty de Silesia les hizo diversas donaciones. Con el tiempo, la Orden llegó a tener doce encomiendas con unos efectivos totales de alrededor de los ciento cincuenta o doscientos caballeros¹⁸¹.

Hungría y Croacia.

Según refiere Shara Newman las primeras encomiendas se instalaron en Croacia poco años después de la II Cruzada, si bien no se sabe cómo llegaron templarios. Piensa esta autora que es posible que el maestre provincial de Francia, Everard Barres, que acompañó a Luis VII, viera la necesidad de proteger a los peregrinos que tomaban la ruta de Croacia hacia Tierra Santa. En 1169 el papa entregó a los templarios el antiguo monasterio de los benedictinos de Vrana con la única condición de dar albergue a los legados papales que pasaran por allí. También el obispo de Zagreb, Prodanus, dio algunas propiedades en Zagreb y en las cercanías. En 1217 Andrés II se fue a la cruzada y en vez de llevar a los templarios con él los dejó a cargo del reino, el cual fue gobernado por Portius de Cruce, maestre provincial, desde la encomienda de Vrana. Aunque resulta obvia la existencia de templarios originarios de Hungría y Croacia, la mayoría de los comendadores fueron franceses o italianos¹⁸².

1.7 Análisis crítico-jurídico de la fundación de la Orden.

1.7.1 Análisis del origen de las órdenes militares.

Para comprender el surgimiento de la orden del Temple, y de todas las órdenes religioso-militares, hay que situarse en el contexto de principios del segundo milenio, con la predicación y el desarrollo de la I Cruzada en Oriente Medio y el inicio de lo que se ha dado en llamar la segunda etapa de la Reconquista en la Península Ibérica.

La evolución en el pensamiento cristiano respecto de la guerra y la muerte del enemigo, aún en acciones en defensa propia, fue lenta y no siempre bien acep-

¹⁸¹ Shara Newman, *The Real History Behind the Templars*, p. 43.

¹⁸² Shara Newman, *The Real History Behind the Templars*, p. 44.

tada por todos. La primitiva posición de rechazo total de la violencia en los primeros siglos del Cristianismo, además de por razones obvias¹⁸³, en base al cumplimiento a rajatabla del quinto de los antiguos mandamientos bíblicos¹⁸⁴ y del principal de los mandamientos de la nueva doctrina predicada por Jesús de Nazaret («amar al prójimo como a uno mismo»)¹⁸⁵, sufre un drástico cambio a partir de la victoria de Constantino sobre Magencio en la batalla del puente Milvio, atribuida al uso por aquél de la cruz como estandarte¹⁸⁶, y del subsiguiente Edicto de Milán (*Edictum Mediolanense*) o Edicto de la Tolerancia¹⁸⁷, de 313, que declaró la libertad religiosa en todo el Imperio con una referencia especial a los cristianos. Este cambio radical en las leyes civiles tuvo su manifestación inmediata en los cánones de la Iglesia y, fiel reflejo de esta incipiente colaboración con el estado, fue que, sólo un año más tarde, en el concilio de Arlés del año 314, se decretó la excomunión de todos los que rehusaran cumplir el servicio militar y que en el año 325, en el concilio de Nicea, se dictaran medidas punitivas para evitar la desertión de soldados¹⁸⁸.

Bien pronto prestigiosos pensadores cristianos, como san Agustín de Hipona (siglo IV)¹⁸⁹ y san Isidoro de Sevilla (siglo V)¹⁹⁰, introdujeron el concepto de guerra justa aunque limitada a los casos de defensa propia.

Aún habría de transcurrir otros tres siglos hasta que en el 853, el papa León IV (847-855), al ver amenazada Roma, prometiera la salvación eterna al que muriera en la batalla en defensa de la ciudad contra los sarracenos, lo que reiteró pos-

¹⁸³ Persecuciones y matanzas de los cristianos por parte de las autoridades de Roma.

¹⁸⁴ «No matarás».

¹⁸⁵ Jesús afirma: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:27); «Y el segundo es semejante a él: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39).

¹⁸⁶ Se cuenta que en una visión o sueño Constantino recibió el mensaje de *In hoc signus vincit* (con este signo vencerás), utilizó la cruz como estandarte y venció en la batalla.

¹⁸⁷ El Edicto de Milán, o *Edictum Mediolanense*, fue promulgado en Milán en el año 313.

En él se estableció la libertad religiosa en todo el imperio romano «a los cristianos y todos los demás», poniendo fin a las persecuciones contra diferentes grupos religiosos, particularmente los cristianos. Fue acordado por los emperadores Constantino (el Grande), emperador de Occidente, y por Licinio, emperador de Oriente. (José Orlandis, *La conversión de Europa al cristianismo*, Ediciones Rialp, Madrid, 1988, p. 19.

¹⁸⁸ Manuel Fuertes de Gilbert y Rojo, *La Nobleza Corporativa en España: Nueve Siglos de Entidades Nobiliarias*, Ediciones Hidalguía, Madrid, 2007, pp. 16-17.

¹⁸⁹ «Es justa una guerra cuyo fin es establecer la paz y la justicia, y no lo será una cuyo motor sea la codicia o el deseo de dominación; una vez conseguido el objetivo, además, la guerra debe cesar. La guerra es un mal en sí, pero necesario. La guerra es consecuencia del pecado pero también su remedio. Defensa de la patria y de las leyes, recuperación de bienes arrebatados injustamente, y reparación de las injurias» (Agustín de Hipona, *Ciudad de Dios*, 1,3; 19,12). «Suelen llamarse justas las guerras, que tienen por objeto vengar injurias, cuando se trata de castigar a una nación o ciudad, que o no ha querido castigar una acción mala cometida por los suyos, o devolver lo que se ha quitado injustamente» (Agustín de Hipona, *Qq. sup. Jos.* q. 16).

¹⁹⁰ «La guerra justa es la que se hace por edicto para recobrar cosas que han sido arrebatadas o rechazar a enemigos» (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, c. 18).

teriormente Nicolás I (858 a 867) al permitir a los peregrinos y penitentes el uso de las armas contra los paganos¹⁹¹.

A principios del segundo milenio ya era constatable un cambio profundo en la motivación de guerra justa y la limitación de la misma a los casos de propia defensa, dio paso a la permisividad como tal de la guerra ofensiva, siempre que fuera en defensa de la fe. Con ello se estaban poniendo los cimientos para un nuevo concepto, el de guerra santa, que predicaría Alejandro II contra los infieles musulmanes en dos ocasiones: en 1061 en la conquista de Sicilia por los Normandos y en 1064 con ocasión de la batalla de Barbastro en el contexto de la Reconquista española, ofreciendo, en ambos casos, una indulgencia a los participantes. Pocos años más tarde, en 1074, el papa Gregorio VII lanzó un llamamiento a los *milites Christi* (soldados de Cristo) para que fuesen en ayuda del Imperio bizantino. Finalmente, Urbano II en 1095, con su famoso discurso en el concilio de Clermont, provocó un estallido de fervor religioso en toda Europa, tanto en el pueblo llano como en la pequeña nobleza, al predicar la guerra santa para la recuperación de los Santos Lugares, que se materializó en la I Cruzada.

Como hemos visto en epígrafes anteriores de este capítulo, tras la conquista de los santos lugares y la formación del Reino de Jerusalén, Godofredo de Buillon decidió la constitución de un cuerpo de élite, formado por caballeros francos, para la defensa del Santo Sepulcro y de sus canónigos, a los cuales puso bajo las órdenes del prior del templo. Tales caballeros, laicos, estaban organizados bajo la regla de san Agustín y residían en dependencias del Hospital de san Juan. Pasados unos años, nueve de ellos, liderados por Hugo de Paganis y Godofredo de Saint-Omer, decidieron hacerse religiosos sin dejar su condición de *milites*, pero como estaban ligados por voto con el prior del Santo Sepulcro, fueron a hablar con el patriarca y con el rey a quienes propusieron su proyecto. Tanto a uno como a otro les entusiasmó la idea y consiguieron del dicho prior que les liberara de sus votos, con la bendición de Gormondo de Picquigny, a la sazón patriarca de Jerusalén (1119-1128).

Si bien las órdenes jerosolimitanas (Sepulcro, Temple y Hospital) fueron las primeras órdenes religioso-militares, el origen de tales instituciones no está en Tierra Santa sino en el corazón de la Europa medieval, en las hermandades y confraternidades laicas de caballeros surgidas por toda la Cristiandad para defender caminos, iglesias, monasterios y haciendas de los ataques de bandidos e infieles. Si bien la religiosidad era común a todas ellas, estas primeras organizaciones de guerreros no pueden ser consideradas, en sentido estricto, como órdenes religiosas, ya que esta denominación está reservada para las que contaron con el beneplácito, aprobación y control de la Iglesia.

Las expresiones «orden militar», «orden de caballería» o, simplemente, «caballería» son utilizadas en este trabajo indistintamente y de manera sinónima pues tal era el sentido de dichas expresiones en la época medieval.

La palabra «orden» tiene multitud de significados, pero el que más se ade-

¹⁹¹ Epígrafe 1.7.1.

cua a nuestros propósitos es uno de los que ofrece el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua en el que es definida como «instituto religioso aprobado por el papa y cuyos individuos viven bajo las reglas establecidas por su fundador o por sus reformadores, y emiten votos solemnes»¹⁹². El mismo diccionario define «orden de caballería» como «dignidad, título de honor que se daba a los hombres nobles o a los esforzados que prometían vivir justa y honestamente, y defender con las armas la religión, al rey, la patria y a los agraviados y menesterosos»¹⁹³.

Dado que estas definiciones son incompletas, ya que nada dicen del carácter o condición de las personas que constituyen una orden militar, hemos de acudir a obras especializadas y, entre las muchas que tratan el tema, hemos elegido las más antiguas que hemos encontrado por entender que al ser más cercanas en el tiempo a la existencia de estas organizaciones su percepción de las mismas es más próxima a la realidad. Así en una de ellas, «De las órdenes militares», escrita en el siglo XVII por Andrés Mendo, única de las tres escrita en el español propio de la época, en el comienzo del capítulo primero, titulado «Del fin que tuvo la institución de las órdenes militares», del libro primero de su obra, dice este autor:

*«Dispuso la providencia diuina, que finalmente quedasse España libre de la Morisma, y como en todos tiempos ha cuydado, que para vencer à los enemigos de la Iglesia saliesen à luz doctores, Escritores, y Maestros, y se fundasen Religiones Sagradas, que con sus plumas, sermones, disputas, y ejemplos de virtud los conueciessen, assi mirando à su España tan cercada de enemigos, previno el remedio para sujetarlos. Mas como para conseguir victorias en la guerra, no son medios las plumas, y disputas, ni basta el retiro de los Religiosos, armò Milicias Religiosas para que las armas fuesen pertrechadas con letras, y ayudadas con la oracion, y virtudes fuesen mas poderosas, para ganar triunfos de tan poderosos contrarios. Para este fin se instituyeron en España las Ordenes Militares y fueron aprobadas de los Sumos Pontífices, y favorecidas con muchos privilegios; porque militasen contra los enemigos de la fe, y de la Iglesia, y juntamente con ejercicios de virtudes procurasen el provecho de sus almas, y conquistasen con armas la tierra: con virtudes el Cielo»*¹⁹⁴.

La referencia a España que hace Andrés Mendo en esta cita, no la priva de valor, por cuanto que puede hacerse extensiva a toda la Cristiandad.

Quizás la mejor definición de orden militar, a pesar del tiempo transcurrido, es la que hace Adrien Schoonebeek al comienzo de su obra en la que dice:

«Algunos, considerando que la religión es un lazo que une todos los estados, juzgaron adecuado constituir una sociedad o hermandad con varios caballeros bajo el mismo techo, dándoles un cuerpo de reglas eclesiásticas como normas de conducta, que después han pasado de mano en mano a sus sucesores».

¹⁹² RAE, Diccionario de la Lengua española, XXII edición, Madrid.

¹⁹³ RAE, Diccionario de la Lengua española, XXII edición, Madrid.

¹⁹⁴ Andrés Mendo, *De las Órdenes Militares, sus principios, gobierno, obligaciones, y de todos los casos morales que pertenecen a los cavalleros, y religiosas de las mismas ordenes*, Impr. de Juan García Infançon, Madrid, 1681, pp. 1-2.

res, por la que se obligaban a vivir juntos, a defender a la religión, a la corona, al príncipe y a sus vecinos y a todas las personas, incluidos los Eclesiásticos, de toda clase de violencia»¹⁹⁵.

Añade este mismo autor que los papas «tenían la costumbre de poner su sello para indicar que habían sido aprobadas por ellos»¹⁹⁶. De hecho, ninguna orden era considerada como tal si no contaba con la aprobación de sus reglas por parte de la Iglesia¹⁹⁷, la cual tenía también un importante papel en la ceremonia de iniciación o investidura de los caballeros.

Debido a su doble condición, religiosa y civil, además del beneplácito eclesiástico, las órdenes militares habían de contar con la aprobación de los príncipes y señores, que eran quienes detentaban la soberanía, para los cuales constituían poderosas armas de defensa y expansión, por lo que eran sumamente estimadas. A este respecto traemos a colación lo escrito en 1609 por el Padre Le Mire:

«El honor de la Caballería es tan estimado por los príncipes soberanos que ellos mismos reciben el orden de la Caballería en sus personas o en la de sus hijos»¹⁹⁸.

Si bien el uso de la caballería como formación militar de hombres a caballo se remonta a 3000 años a. C., el origen remoto de las agrupaciones de caballeros¹⁹⁹ hay que fijarlo en Germania en época de la república romana. En tiempos de Alejandro Magno fue empleada por el ejército griego y el macedonio, en unión de la falange, como formación cerrada, lo que les permitió la conquista del Imperio Persa.

La caballería medieval como cuerpo, según afirma Maurice Keen, «surgió en Francia, pero tomó forma en un contexto europeo»²⁰⁰. Según este autor, en sus inicios, la caballería surgió ligada a la nobleza y a la guerra, si bien complementada con una alta dosis de religiosidad, factor éste que en una segunda etapa pasó a ocupar un lugar destacado²⁰¹. Buena parte de este acercamiento del pensamiento cristiano al pensamiento caballeresco hay que achacárselo a Urbano II y a su lla-

¹⁹⁵ Adrien Schoonebeek, *Histoire des tous les Ordres Militaires et de Chevalerie*, Desbordes, Sceperus et Brunel, Amsterdam, 1699. Prefacio, p. 38.

¹⁹⁶ Adrien Schoonebeek, *Histoire des tous les Ordres*, p. 38.

¹⁹⁷ A pesar de todo existieron algunas ordenes laicas, como la de la Terraza, fundada en torno a 1040 en Nájera por el rey García Sánchez, o la de san Jorge de Hungría, creada por el rey Carlos I en 1326. Aunque sus miembros eran todos de confesión cristiana, sería más correcto llamarlas hermandades o fraternidades ya que la palabra orden tiene una connotación eminentemente religiosa. Si bien al principio estas asociaciones laicas eran completamente independientes de las órdenes militares, en la Edad Moderna, las que no habían desaparecido, terminaron fusionadas con ellas. A este efecto se puede consultar Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos y demás órdenes militares en la Edad Media. Siglos XI a XVI*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2005, pp. 14 y 339.

¹⁹⁸ Aubert Le Mire, *Origin des Chevaliers et des Ordres Militaires*, David Martens, Bruselas, 1609, p. 1.

¹⁹⁹ En el sentido de «hombres a caballo».

²⁰⁰ Maurice Hugh Keen, *La Caballería*, Ed. Ariel, Barcelona, 2008, p. 65.

²⁰¹ Maurice Hugh Keen, *La Caballería*, p. 69.

mamiento a la guerra contra el infiel produciéndose un punto de inflexión en la tensión histórica entre el ideal pacifista cristiano y la tradición de raíces bíblicas que nos presentaba a Yahvé como el Dios de las batallas. Con Urbano II se pasó de imponer una penitencia por cada enemigo muerto en el campo de batalla a una indulgencia plenaria (indulgencia de cruzada) por tomar las armas contra los ocupantes de los Santos Lugares²⁰².

Pero el verdadero cambio de doctrina en la Iglesia, se había producido en el año 853 con León IV cuando, al ver amenazada Roma, prometió que «al que muera en esta batalla no le será negado el reino de los cielos porque el Todopoderoso sabrá que murió por la verdad de nuestra fe, por la salvación de la patria y en defensa de la Cristiandad», lo que se reiteró posteriormente por Nicolás I al permitir a los peregrinos y penitentes el uso de las armas contra los paganos²⁰³. Años más tarde, cuando ya habían tenido lugar las dos primeras cruzadas, otro papa, Gregorio VII, que fue proclamado santo, «llegó incluso a bendecir el servicio de los caballeros que ofrecieran su aportación armada en defensa de la Iglesia»²⁰⁴.

En la antigua Roma la palabra *ordo* tenía una significación de clase social y existían dos diferentes, la senatorial y la ecuestre, cada una con funciones (*dignitas*) diferentes y con mínimos de capitales específicos para ser considerado integrante de ellas y así, en tiempos del emperador Augusto (31 a. C. – 14 d. C.), para la *ordo senatorius* se exigía un capital de un millón de sestercios y para la pertenecía a la *ordo equester* la exigencia era de cuatrocientos mil sestercios²⁰⁵.

La palabra *chevalier*, de la que deriva directamente la española «caballero», apareció en Francia en el siglo XI como una acepción de la latina *miles* que había evolucionado a ésta desde su significado original de soldado²⁰⁶ o militar o, en general, hombre de armas, en perjuicio de la más ajustada, en latín clásico, de *eques*, lo que dio lugar a una verdadera confusión terminológica o polisemia de la que en 1421, en la respuesta del obispo de Burgos a una cuestión sobre el *De Re Militari*, planteada por el marqués de Santillana, aquél se hacía eco y decía²⁰⁷:

«E este nombre de cavallero, que en latín “miles” se llama, quien bien

²⁰² En este aspecto resulta interesante la obra de François Chatelet *Historia de las Ideologías*, Ed. Akal, Madrid, 2008.

²⁰³ Barbara Frale, *Los templarios*, Alianza editorial, Madrid, 2008, p. 50.

²⁰⁴ En su discurso de clausura del concilio de Clermont, entre otras cosas, dijo Urbano II: Todos los que mueran por el camino, ya sea por tierra o por mar, o en batalla contra los infieles, recibirán de inmediato el perdón de sus pecados. Esto lo otorgo en virtud de la potestad que por el mismo Dios me ha sido concedida.... (Ergun Mehmet Caner y Emir Fethi Caner, *Yijad cristiana: Una mirada a las cruzadas hechas en nombre de Cristo*, Editorial Portavoz, Grand Rapids, 2005, p. 253).

²⁰⁵ Pedro López Barja de Quiroga y Francisco Javier Lomas Salmonte, *Historia de Roma*, Ediciones Akal, Madrid, 2004, p. 332.

²⁰⁶ Literalmente «soldado de infantería».

²⁰⁷ Nos referimos a la cuestión planteada por don Íñigo López de Mendoza, conde del Real de Manzanares, marqués de Santillana, en carta enviada el 15 de enero de 1444, a don Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, que le respondió mediante escrito de 17 de marzo del mismo año (Carlos Alvar, *Traducción y adaptación cultural*, Donaire y Lafarga Editores, Servicio de Publicaciones de la universidad de Oviedo, 1991, p. 309).

lo catare fallará que ansi en los libros commo en el común uso de nuestro fable le traemos de gran tiempo acá equivocado, entendiéndole de diversas maneras. Más si queremos adaptar la manera antigua de escribir algúnt tanto a lo que oy en la fabla traemos, de tres maneras podríamos entender el vocablo “miles”, que por cavallero solemos romanear. La primera es muy larga, entendiéndole por todos los deputados a guerrear; y segúnd ésta, non le romañearíamos cavallero, mas yo le llamaría combatiente... La otra significación es espeçial, diciendo “miles” al de cavallo, que más propiamente en latín se diría “eques” y segúnd ésta en nuestro romançe, non diríamos cavallero, mas omme de armas... combatientes a cavallo... La terçera es particular, entendiendo “mile” por cavallero armado por el rey, o por otro que armarle pueda; y ésta es su propia y estrecha significación»²⁰⁸.

Sobre este mismo tema, más recientemente Demurger, en su obra «Caballeros de Cristo: templarios, teutónicos y demás órdenes militares en la Edad Media», ha dicho:

«A lo largo de la Edad Media, la caballería se convirtió en el arma principal de los ejércitos, y el caballero en el modelo de combatiente. A éste se le llamaba “miles” (“milites” en el plural). Pero esa palabra, a la vez que conservaba el sentido técnico del que combate a caballo, cobró un sentido ético y pasó a designar a la elite de los combatientes a caballo... pero no por ello se puede definir esas órdenes como de caballería. Empezaron siendo órdenes religiosas, como Cluny, como Citeaux (además todas las órdenes españolas, con excepción de la de Santiago, estaban afiliadas a Citeaux) pero se trataba de órdenes religiosas cuya primera destinataria era -aunque no exclusivamente, claro está- la caballería y que respondían a exigencias religiosas»²⁰⁹.

De las tres clases funcionales en que estaba dividida la sociedad de la época, *oratores* (religiosos e intelectuales), *bellatores* (militares) y *laboratores* (agricultores y artesanos), los caballeros se ubicaban en la segunda de ellas que, en definitiva, era la que tenía el poder ya que poseía la fuerza²¹⁰.

Así pues, lo primero que podemos decir de las órdenes militares es que fueron una creación propia del mundo cristiano del Medievo, formadas por hombres religiosos que empuñaron las armas en defensa de la fe cristiana y de los oprimidos. Eran, por así decirlo, una mezcla de monjes y guerreros, con la particularidad de que estas condiciones confluían en cada uno de sus componentes o, dicho de otra forma, eran guerreros que hacían votos religiosos propios de las órdenes monásticas²¹¹ de las que heredaron precisamente el nombre de «orden».

Mucho se ha discutido si el modelo constitutivo de las órdenes militares respondía más al de milicia, al de monacato, o al de hermandad hospitalaria, sin

²⁰⁸ Ángel Gómez Moreno, «La Questión del marqués de Santillana a don Alfonso de Cartagena», *El Crotalón, Anuario de Filología Española*, nº 2, Madrid, 1985, p. 353.

²⁰⁹ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo. templarios, hospitalarios, teutónicos y demás órdenes militares en la Edad Media*, p. 13.

²¹⁰ Manuel Fuertes de Gilbert Rojo, *La Nobleza corporativa en España: nueve siglos de entidades nobiliarias*, Ediciones Hidalguía, Madrid, 2007, pp. 19-49.

²¹¹ Principalmente las de san Agustín y san Benito.

que al día de hoy el asunto sea pacífico. Incluso hay autores, como Alain Demurger y José Luis Corral²¹², que encuentran ciertas similitudes con el *ribat*²¹³ de los musulmanes con quienes los cristianos de Al-Andalus llevaban más de tres siglos en contacto, alternando las épocas de paz y de guerra²¹⁴. Otros, como Alan Forey, por el contrario, rechazan con vehemencia esta relación²¹⁵. Incluso hay un tercer grupo de historiadores, no menos prominentes, que sólo lo consideran una posibilidad²¹⁶.

La estructura organizativa de todas las órdenes era similar y respondían al siguiente esquema: el órgano máximo de la orden era el capítulo general, al cual correspondía las decisiones más importantes; en la cúspide de la misma se encontraba el maestre²¹⁷, maestre general o gran maestre, que era la autoridad personal máxima, con funciones similares a la de los abades y señores feudales, auxiliado de un pequeño número de altos dignatarios. Por debajo del maestre general, en cada país estaban los que en unas órdenes se llamaban maestros provinciales y en otras priores; por último, en el escalón más bajo de la estructura, se encontraban los bailíos, preceptores y comendadores, responsables, generalmente, de una unidad militar o productiva (castillo, granja, molino, huerta,...etc.). En la base se encontraban los *milites* a caballo o caballeros, que eran reclutados entre la nobleza, los escuderos y sargentos provenientes del pueblo llano, los auxiliares que eran ejercientes de los diferentes oficios y los capellanes que pertenecían al estamento eclesiástico.

Las órdenes militares llegaron a ser verdaderos estados dentro de los estados, reproduciendo en su seno las estructuras de la sociedad civil, lo que ha llevado a muchos medievalistas e investigadores a realizar estudios sobre las mismas a fin de analizar las condiciones que fueron necesarias para que surgieran.

Las casas, templos y haciendas de las órdenes militares gozaban de los mismos privilegios y beneficios que los de la Iglesia, en cuyo organigrama ocupaban un lugar especial ya que dependían directamente de la Santa Sede, estando por lo tanto exentas o, dicho de otro modo, sustraídas de la autoridad de los obispos.

Los miembros de las órdenes militares solían usar hábitos específicos que los distinguía de los legos y de los miembros de otras órdenes. Común a todas las órdenes militares era el uso de una cruz, cosida, pintada o estampada, sobre el há-

²¹² José Luis Corral es Profesor Titular de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza.

²¹³ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, pp. 36-37 y «L'origine des ordres militaires». <http://www.clio.fr/BIBLIOTHEQUE/l_origine_des_ordres_religieux_militaires.asp8>; José Luis Corral, *Breve historia de la Orden del Temple*, Edhasa, Barcelona, 2006, p. 23.

²¹⁴ Juan G. Atienza, *El Legado templario*, Swing, Barcelona, 2007, p. 52.

²¹⁵ Alan Forey, «The Emergence of the Military Orders in the Twelfth Century», en *Journal of Ecclesiastical History*, vol. 36, Cambridge University Press, Cambridge, (1985), pp. 175-195.

²¹⁶ Thomas F. Click, *From Muslim Fortress to Christian Castle: Social and Cultural Change in Medieval Spain*, Manchester University Press, Manchester, 1995, pp. 150-176.

²¹⁷ Definido como título eclesial conferido a aquél que debe instruir al pueblo, según Charles du Fresne du Cange et alii, *Glossarium mediae et Infimae latinitatis*, Leopold Favre Editeur, Niort, 1883, col. 168a.

bito y/o sobre el manto, cruz que por su color y/o forma característica era el signo distintivo de cada una de ellas.

Las órdenes militares, a cambio de sus servicios o de manera graciosa, recibieron importantísimos emolumentos y prebendas, en forma de recompensas dinerarias o en especie, siendo las más importantes las donaciones de tierras, que le llevaron a acumular un enorme patrimonio, en muchos casos, incluso, por encima del de los reyes y señores, de los cuales algunas llegaron a ser banqueros y financiadores de sus campañas.

Para la mayoría de los autores, el origen cercano de las órdenes militares se encuentra estrechamente ligado al inicio de las cruzadas a finales del siglo XI, cuyo objeto fue recuperar Tierra Santa de las manos de los infieles²¹⁸, según lo expresado por el papa Urbano II en su homilía de clausura del concilio de Clermont en la que hizo mención a las persecuciones de los cristianos de Oriente y conjuró a los cristianos de Occidente a cesar en sus luchas fratricidas, a unirse para combatir a los infieles y a liberar a los hermanos de Oriente y a los Santos Lugares, que habían sido tomados por los turcos, llamada que fue acogida con gran entusiasmo por los asistentes²¹⁹ y que tuvo un efecto tan general como inesperado, por lo que algún autor ha dicho:

«La increíble conmoción que produce el llamamiento del papa Urbano marca una profunda huella en la historia: Europa acaba de descubrir su conciencia colectiva»²²⁰.

El resurgimiento de una gran religiosidad, junto al llamamiento del papa Urbano, dio un gran impulso al movimiento monástico en Europa, dando lugar a que tanto solteros como casados abandonaran sus familias y haciendas para seguir una vida litúrgica similar a las de los monjes, pero fuera de monasterios y abadías. De esta convivencia entre monjes y laicos, surgió pronto una figura, la de los «legos», religiosos que se ponían bajo la regla de una orden pero que al no ser clérigos eran considerados inferiores. Otra figura de esta época, vinculada a las órdenes militares, fue la de los oblatos (ofrecidos), constituida por laicos que se ponían al servicio de una determinada orden en calidad de trabajadores o sirvientes, unas veces de forma vitalicia y otras por tiempo determinado, pero sin llegar a profesar como religiosos²²¹.

Junto a esta visión, exclusivamente religiosa, del origen de las órdenes militares, numerosos autores esgrimen razones sociales y económicas²²². Así, según

²¹⁸ En este trabajo la palabra infiel es usada en el sentido de persona *que no profesa la fe considerada como verdadera* desde el punto de vista de un cristiano, de acuerdo con la definición de la palabra que ofrece el diccionario de la RAE.

²¹⁹ La escritora Barbara Frale nos dice (*Los templarios*, p. 22) que «Urbano II se vio obligado a interrumpir muchas veces el discurso porque el pueblo, que gritaba “Dios lo quiere”, lo hacía inaudible... hubo que contener el entusiasmo de la gente que quería hacer voto de cruzada».

²²⁰ Vignati Peralta, *El enigma de los templarios*, Libroexpres, Barcelona, 1988, p. 26.

²²¹ Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*. Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 2008, p. 86.

²²² «Se puede encontrar en la sociedad occidental de los siglos XI y XII las razones para el desarrollo de las órdenes militares-religiosas: el crecimiento económico, acompañado de la creación de

Helen Nicholson²²³, las órdenes militares se convirtieron en algo habitual en el siglo XI en Europa occidental y estaban formadas por guerreros de cierto estatus social, lo suficientemente ricos como para poder pagarse un caballo y todo el equipamiento militar completo. Añade la misma autora que los caballeros se juntaban en grupos, llamados hermandades o confraternidades, cuyos objetivos era la consecución de un fin común que podía ser militar o religioso indistintamente. En determinados casos estos grupos podían buscar la aprobación y bendición de la Iglesia y en otros no, dependiendo del fin²²⁴.

Los historiadores consideran que la primera de las órdenes militares que se creó fue la de caballeros del Santo Sepulcro, fundada por Godofredo de Bouillon²²⁵, duque de la Baja Lorena, que al mando de un grupo de caballeros participó en la Primera Cruzada y rescató Jerusalén de los musulmanes en el año 1099, encontrando en la Iglesia del Santo Sepulcro un grupo de canónigos ortodoxos, a los que expulsó por cismáticos, los sustituyó por canónigos latinos regidos por la regla de san Agustín²²⁶ y gobernados por su patriarca, el obispo de Jerusalén. Pero dado que éstos, por su condición de religiosos, tenían vedado, bajo pena de excomunión, matar a otro hombre con las armas, aunque fuera un musulmán o en legítima

estructuras ancestrales; la jerarquización, incluyendo en la clase de los amos, a los señores, los cuales, para afirmar el control sobre el campesinado, utilizan a los caballeros de su familia o tribu. Son expertos en la lucha a caballo, que pronto van a subir en la escala social y cuya ética pronto conquistará a las clases dominantes. Por último, está la Iglesia, la Iglesia de la reforma gregoriana. Una reforma no sólo dirigida a corregir los abusos y deficiencias del clero, sino también para organizar y controlar toda la sociedad cristiana. La Iglesia abre sus puertas a los bellatores y a su vanguardia agresiva, es decir la caballería. Se trata de hacer una Iglesia libre e independiente de los laicos, pero al mismo tiempo asignarles una tarea compatible con su estilo de vida y con su condición de combatiente y conforme a los intereses de la Cristiandad, de la Iglesia y del papado que la dirige. Se trata de cristianizar a la violencia y de ofrecer un camino de salvación a quienes la utilizan» (Alain Demurger, *L'origine des ordres militaires*, <[http://www.clio.fr /BIBLIOTHEQUE/l_origine_des_ordres_religieux_militaires.asp](http://www.clio.fr/BIBLIOTHEQUE/l_origine_des_ordres_religieux_militaires.asp)>)

²²³ Helen J. Nicholson es catedrática de Historia en la Universidad de Cardiff, especializada en las órdenes militares. Es miembro de la Sociedad para el Estudio de las cruzadas y el Oriente Latino, la Sociedad Arturiana y la Sociedad de Historia Eclesiástica.

²²⁴ Helen Nicholson, *Los templarios*, p. 38.

²²⁵ Aunque hay quienes remontan los orígenes de la orden del Santo Sepulcro a Santa Elena, madre de emperador Constantino «el Grande», instaurador del Cristianismo en el Imperio Romano en el año 313, quien llevada por su devoción a Cristo viajó a Jerusalén en busca de la ubicación de la sepultura en que fue enterrado y, una vez localizada, mandó que se levantara un templo suntuoso, en conmemoración de su Resurrección, el cual fue construido alrededor de la piedra del Gólgota y del santo Sepulcro. Seguidamente estableció allí un cabildo de canónigos, llamados así por el «canon» o regla por el que Santa Elena había organizado la subsistencia y deberes de aquellos religiosos. Éstos estaban ayudados por varios hermanos seglares para la custodia y conservación del templo y sus dependencias, a los que dio por insignia una cruz formada por las cinco cruces rojas en recuerdo de las cinco llagas de Nuestro Señor. (Abate Mislin, *Tierra Santa, peregrinación a Jerusalén*, Imprenta Pons, Barcelona, 1852, p. 399).

²²⁶ Según dice Simonetta Cerrini «en el siglo XII nacieron varias comunidades canónicas reformadas, llamadas reglares porque usaban la regla de san Agustín. La diferencia fundamental entre los monjes y los canónigos era que los monjes no tenían obligaciones con nadie, salvo consigo mismos, mientras que los canónigos respondían ante Dios por todo el pueblo» (Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, Editorial el Ateneo, Buenos Aires, 2008, p. 79).

defensa, era necesario establecer una milicia permanente, formada por caballeros seglares escogidos, que protegiera al Santo Sepulcro y sus canónigos, por lo que creó una comunidad de laicos dedicados a este menester, eligiendo a tal efecto de entre sus huestes, a un reducido número de caballeros para asistir a los canónigos en la custodia de los Santos Lugares. Estos fueron los primeros caballeros del Santo Sepulcro, que más tarde serían reconocidos por la Iglesia como «comunidad de religiosos laicos»²²⁷. El documento más antiguo conocido de la orden data del año 1103 y en él Balduino I, hermano menor de Godofredo de Bouillon, facultaba al patriarca Latino de Jerusalén para nombrar nuevos caballeros. A este mismo monarca se debe también la primera regla de la orden. Si bien este cuerpo de laicos ha sido generalmente considerado como la primera de las órdenes militares, resulta difícil encajarlo dentro del concepto que hemos visto de orden militar, dada la exclusividad de su fin que nunca dejó de ser el de defender la iglesia del Santo Sepulcro y asistir y proteger a los canónigos, lo que les llevó a ser denominados como «sacristanes armados»²²⁸.

Pocos años más tarde se constituyó una segunda orden, la de los caballeros hospitalarios de san Juan, respecto a la cual, nos dice Demurger²²⁹, que cerca del Santo Sepulcro, había un hospital, fundado en el año 1070 por los comerciantes de Amalfi, para alojamiento y atención a los peregrinos²³⁰. Así pues, alrededor del Santo Sepulcro tenían lugar tres funciones primordiales: primeramente la función espiritual, ejercida por los canónigos, la función hospitalaria realizada en el hospital civil y la defensa militar encomendada a los caballeros seglares. Pronto, éstos fueron agrupados en un instituto de caridad que recibió el nombre de orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, que era la denominación del hospital desde su creación. La orden, con un cometido exclusivamente de asistencia hospitalaria, fue reconocida, mediante la bula *Geraudo institutori ac praeposito Hierosolimitani Xenodochii*²³¹, por el papa Pascual II en 1113²³², recibiendo sus miembros el tratamiento de fray. Gracias a los recursos acumulados, el maestre Raymond de Provenza (1120-60) adquirió terrenos cerca de la iglesia del Santo Sepulcro en los que hizo construir edificios verdaderamente hospitalarios, en el sentido moderno de la palabra. Así pues, muchos autores consideran que los hospitalarios de Jerusalén nacieron con Raymond de Provenza que, además, es el autor de la primera regla en

²²⁷ En el año 1118 el papa Pascual II aprobó la orden de Frates del Santo Sepulcro. Más tarde, en 1122, el papa Calixto II les confirmó los estatutos, mediante la bula *Gerardo priori et eius, fratibus in Ecclesia Sancti Sepulchri*.

²²⁸ Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, Lugartenencia de España Occidental, Capítulo Noble de Castilla y León, (<http://www.ordencaballeriasantosepulcrojerusalen.es/historia_parte2.html>).

²²⁹ Alain Demurger, *L'origine des ordres militaires*.

²³⁰ Antes de las cruzadas ya hubo otros establecimientos similares en Jerusalén llamados *hospitia* o *xenodochia*.

²³¹ Esta bula ha dado pábulo para que por algunos autores se afirme que la creación de esta orden se debe a un tal *Gerald* ya que la bula está dirigida a él y que no tiene nada que ver con el hospital de los mercaderes de Amalfi.

²³² Bertrand Galimard Flavigny, *Histoire de l'Ordre de Malte*, Perrin, París, 2006, p. 329.

la que se regula su conducta como religiosos y enfermeros, sin mención alguna a la condición militar, y estableciendo que el hospital había de mantener permanentemente, y por su cuenta, a cinco médicos y tres cirujanos. Pronto se puso de manifiesto la necesidad de contar con una unidad de defensa y seguridad, por lo que, al igual que había hecho anteriormente la iglesia del Santo Sepulcro, para la defensa del hospital, de los enfermos y de los monjes y personal sanitario, hacia 1130 se contrataron los servicios de caballeros seculares que formaron una unidad militar, añadiendo a partir de esta fecha a su condición hospitalaria un carácter militar.

España también participó de esa corriente religioso-militar con varias instituciones de carácter laico. La primera de ellas, la orden de la Terraza²³³, considerada la primera orden exclusivamente militar que existió en el mundo, fue fundada en Nájera por el rey don García en 1040 para defender el honor de Nuestra Señora²³⁴. Otras fueron la Cofradía de Belchite y la *militia Christi* de Montreal, ambas fundadas por Alfonso I de Aragón. La primera de ellas se creó en una gran asamblea de altos dignatarios eclesiásticos y laicos celebrada en 1122, a la que asistió el legado papal, con el objeto defender la frontera meridional del reino, someter a los sarracenos, propulsar la Reconquista y consolidar las tierras arrebatadas a los ocupantes islámicos. Se les concedió a sus integrantes indulgencias similares a las que disfrutaron los cruzados de la I Cruzada, además de otras indulgencias y beneficios espirituales menores para quienes hicieran donaciones a favor de la orden. Pero la mayor de las ganancias materiales era que el botín ganado a los moros, bienes muebles y tierras, pasaba a pertenecer a los cofrades como exclusiva propiedad en su totalidad, es decir sin la deducción del quinto real, un impuesto a favor del rey por el cual todas las ganancias obtenidas en la guerra estaban gravadas con el veinte por ciento. La orden militar de Montreal, tomando como modelo la *militia Christi Hierosolimitana*, se creó en 1124, también ante una gran asamblea de altos dignatarios, recibiendo una zona de influencia en el área del Jiloca y Teruel. Fue integrada en la orden del Temple en la concordia de Gerona, firmada el 27 de noviembre de 1143 por Ramón Berenguer IV con la iglesia y la orden del Temple, posteriormente ratificada por bula del papa Eugenio III de treinta de marzo de 1150, que supuso la entrada de la orden del Temple en España²³⁵.

1.7.2 Análisis de la fundación de la orden del Temple.

Los textos referentes a la fundación de la Orden, que se han citado, fueron todos escritos bastante más tarde de la época a que se refieren, por lo que la información que ofrecen ha de ser tomada con las pertinentes cautelas al ser de segunda

²³³ También llamada de la Jarra, de la Azucena o del Lirio.

²³⁴ Juan G. Atienza, *El legado templario*, MC Produccio Editorial, Barcelona, 2007, p. 55.

²³⁵ Pascual Crespo Vicente, *La Militia Christi de Montreal y el origen de las órdenes militares en España*, <http://www.xiloca.com/data/Bases%20datos/Xiloca/X_35_203_28.pdf>; copia del documento de la Concordia puede verse en «Aragón es así» (<<http://www.aragonesa.si.com/historia/militia/documento6.php>>).

o tercera mano²³⁶. Del concilio de Troyes no se conserva nada. Incluso el original de la regla se ha perdido y hoy tan sólo se dispone de unas pocas copias las cuales tienen algunas significativas diferencias entre sí.

Guillermo de Tiro, el primer autor que trató con cierta profundidad la creación de la Orden, escribió su crónica hacia 1170, es decir cuando ya habían transcurrido cincuenta años de los hechos que narra. Con un estilo sencillo y directo, impregnado de un cierto anti-templarismo, derivado sin duda de su condición de arzobispo que le hacía estar en contra de las exenciones otorgadas por los papas a la Orden, este autor describe la dureza y la dedicación sin límites a la tarea encomendada, haciendo hincapié en la pobreza, sencillez, humildad y devoción de sus miembros, extraordinaria incluso para la época. De Tiro, a pesar de las lagunas e incorrecciones, es la principal fuente sobre los orígenes de la Orden y de sus aguas han bebido y siguen bebiendo los investigadores e historiadores que se han acercado al tema del Temple con cierta rigurosidad.

A partir de los nueve años de antigüedad de la Orden, que se dice en el prólogo de la Regla aprobada por el concilio de Troyes en 1128, hemos fijado el año de fundación en 1119, pero sobre esta fecha hay algunos autores²³⁷ que, haciéndose eco de una investigación de Rudolf Hiestand²³⁸, en la que documenta los itinerarios de los principales eclesiásticos presentes en el concilio de Troyes, opinan que, dado que el año de la Encarnación²³⁹, en el estilo Florentino, comienza el veinticinco de marzo, el catorce de enero del año de la Encarnación de 1128 corresponde al catorce de enero del año siguiente según el calendario gregoriano, o sea, 1129 del año del Señor. Luego aplicando este calendario a los nueve años que se expresan en el prólogo de la regla, deducen que la Orden fue fundada en 1120. Ahora bien, en la página 11 del Cartulario del marqués de Albon figura un documento, con el ordinal XVI, firmado por el conde Teodorico de Flandes el trece de septiembre de 1128 *anno ab incarnato Dei filio... anno IX ab institutione comilitonum Xpiste Templique Salomonis*, por lo que procediendo de la misma manera, o sea retrocediendo nueve años a partir de septiembre de 1128, resulta que el año de constitución de la Orden fue en 1119.

²³⁶ Por ejemplo, la obra de Guillermo de Tiro, base y fuente de muchas de las obras de autores posteriores, que es la más temprana, fue escrita en la década de los setenta del siglo XII, es decir, más de cincuenta años más tarde de la fundación de la Orden.

²³⁷ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, Hospitalarios, teutónicos*, p. 43.

²³⁸ Rudolf Hiestand, «Kardinalbischof Mathäus von Albano, das Konzil von Troyes und die Entstehung des Templesorden», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, Vol. 99-100, W. Kohlamer, Stuttgart, 1988, p. 99.

²³⁹ Es uno de los estilos para datar documentos. En el más generalizado de todos, el de la era Cristiana *Anno Domini*, establecido en el siglo VI por el monje Dionisio el Exiguo, el año primero coincide con el 754 de la fundación de Roma, fijando el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre de dicho año. En el estilo de la Encarnación o Anunciación, *Anno Incarnationi Domini*, el inicio del año se fija en el día que se conmemora la Encarnación o anunciación del Ángel a María, el 25 de marzo; en este estilo, hay dos subestilos el Florentino, en el que el período entre el uno de enero y el 25 de marzo corresponde al año siguiente, y el Pisano, en el que dicho período se corresponde con el año gregoriano. (Felix san Vicente et alii, *Ideolex: Estudios de Lexicografía e ideología*, Polimetrica, Milano, 2011, pp. 390-392).

Sea como fuere, lo que sí que podemos considerar cierto es que hasta avanzada la tercera década del siglo XII no parece que en Europa hubiera noticias de la fundación de la Orden, lo que por otro lado no resulta extraño, dada la dificultad de las comunicaciones en la época y la poca importancia que, a nivel global europeo, tenía la puesta en marcha de una pequeña comunidad de nueve frailes, por mucho que el hecho tuviera lugar en Tierra Santa.

Con respecto a la fecha exacta de fundación de la Orden no nos queda sino decir que no son pocos los autores (entre otros Helen Nicholson, Shara Newman y Simonetta Cerrini) que hoy en día creen que ésta tuvo lugar el veintitrés de enero de 1120 con ocasión del concilio de Naplusa, convocado por el rey Balduino y el patriarca Gormondo y que reunió a lo más florido de la nobleza y de la jerarquía eclesiástica para tratar de las plagas de ratas y langostas que habían asolado Tierra Santa en los cuatro últimos años, así como de los repetidos ataques de los sarracenos en los estados del reino, todo lo cual se consideraba que era debido a los pecados de la gente, lo que era un asunto que había que abordar si se quería que el nuevo reino prosperase. La doctora Cerrine opina que «por razones cronológicas se puede identificar la reunión mencionada por Miguel el Sirio con ese concilio, convocado en Naplusa de Samaria»²⁴⁰. Nosotros nos mostramos de acuerdo con esta idea de Simonetta Cerrini y añadimos que también de la crónica del arzobispo de Tiro se desprende lo mismo, pues hace mención a que «el deber principal que les fue impuesto por el señor patriarca y los demás obispos para la remisión de los pecados, era el de proteger los caminos y rutas de los ataques de ladrones y bandidos» y la única ocasión que por aquellas fechas sabemos que estuvieron juntos «el señor patriarca y los demás obispos» fue en Naplusa entre el dieciséis y el veintitrés de enero de 1120, que se corresponde con el 1119 según la cronología de la Encarnación. Además, parece lógico pensar que el rey y el patriarca aprovecharan la ocasión para someter al conocimiento de los reunidos el proyecto de creación de la Orden²⁴¹, si bien de manera oficiosa ya que en las actas del concilio no se recoge mención alguna a la nueva *militia*, aunque algunos autores²⁴² han querido ver²⁴³ en el canon 20 de los aprobados por el concilio²⁴⁴ el levantamiento de lo que podría ser un obstáculo para la existencia de monjes-guerreros y es el permiso que en el

²⁴⁰ Simonetta Cerrini, *La Revolución de los templarios*, p. 93.

²⁴¹ Simonetta Cerrini, *La Revolución de los templarios*, pp. 86-87.

²⁴² Rudolf Hiestand, «Kardinalbischof Mattäus von Albano, das Konzil von Troyes und die Entstehung des Templerordens», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, pp.317-319; Malcolm Barber, *New Knighthood. A History of the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 6-9; Lawrence G. Duggan, *Armsbearing and the Clergy in the History and Canon Law of Western Christianity*, The Boydell Press, Woodbridge, 2013, pp. 102-105.

²⁴³ Opinión que compartimos.

²⁴⁴ «*Si Clericus causa defensionis arma detulerit, culpa non teneatur. Si autem militia aut alicujus curialitatis causa coronam dimiserit, uque ad praedictum terminum Ecclesiae id confessus coronam reddat, & deinceps secundum Patriarchae Praeceptum se habeat. Si autem amplius celaverit, pro Regis et Patriarche consilio se contineat*» (Christianum Lupum, *Adephesinum Concilium Variorum Patrum Epistolae: ex manuscripto Cassinensis Bibliothecae Codice Desumptae*, Baptistam Albrithum Q. Hieron. et Sebastianum Coleti, Venecia, 1720, pp. 389-392).

mismo se da para que clérigos y religiosos pudieran portar armas y hacer uso de ellas, algo inaudito en los anales de la Iglesia que hasta entonces había prohibido taxativamente a los religiosos, bajo pena de excomunión, no sólo el uso sino la mera posesión de armas, a pesar de que, como hemos visto, en las postrimerías del primer milenio se produjo un punto de inflexión en esta doctrina secular sobre la guerra y como diversos papas pronunciaron bendiciones y concedieron indulgencias a los que tomaban las armas en defensa de la fe y para proteger a los peregrinos y lugares de culto²⁴⁵. Pero el hecho es que en estos casos, como resalta Frale²⁴⁶, «no se trataba de monjes sino de laicos que habían empleado siempre el instrumento de la guerra y lo seguirían haciendo en cualquier caso»²⁴⁷.

Parece también lógico que éste fuera el momento elegido por Balduino II para recabar del prior del Santo Sepulcro, o de su superior inmediato, el patriarca de Jerusalén, ambos presentes en la asamblea conciliar, el levantamiento de los votos que, a perpetuidad, unían a los caballeros fundadores de la nueva milicia con los canónigos del Santo Sepulcro.

La decisión del concilio de Nablusa de permitir la posesión y uso de las armas a los religiosos y clérigos, de capital importancia para el nacimiento de las órdenes religioso-militares, fue posteriormente ratificada en la Regla de la orden del Temple aprobada en el concilio de Troyes²⁴⁸ y ensalzada por Bernardo de Claraval a través de la carta dirigida a Hugo de Paganis, conocida como «Loa a la nueva caballería»²⁴⁹, lo que supuso el espaldarazo en la aceptación generalizada en el seno de la Iglesia, gracias al prestigio personal del santo cisterciense.

La confirmación de la Orden, y la aprobación de la Regla por el concilio de Troyes, es el final del periodo que hemos dado en llamar de fundación de la orden del Temple, cuyo nacimiento supuso para los cristianos una nueva y sorprendente vía hacia la santidad a través de la guerra santa. Hasta el momento de la aparición del Temple, primera de las órdenes militares en sentido estricto, los que deseaban

²⁴⁵ Lawrence Duggan relaciona el levantamiento de la prohibición a los religiosos para portar armas con varios hechos que tuvieron lugar el año anterior al de celebración del concilio de Nablusa. Estos son: el ataque de los bandidos, alrededor de la Pascua, a un grupo de unos setecientos peregrinos de los que unos trescientos fueron muertos y sesenta capturados y la matanza del príncipe Rogelio de Antioquía y su ejército el 27 de junio, lo que dejó sin defensa a la ciudad, dando lugar a que el patriarca Bernardo de Valence (1100-1135) ordenara a clérigos, monjes y laicos tomar las armas y defender las murallas de la ciudad (Lawrence G. Duggan, *Armsbearing and the Clergy in the History and Canon Law of Western Christianity*, The Boydell Press, Woodbridge, 2013, pp. 102-103).

²⁴⁶ Barbara Frale, nació en Viterbo el 24 de febrero de 1970 en cuya universidad estudió la licenciatura de Conservación de Bienes Culturales. En 1996 consiguió el diploma de postgrado en Paleografía, especializándose en Diplomática y Archivística en la escuela del Archivo Secreto Vaticano y en 1998 en Paleografía griega. En el año 2000 obtuvo el doctorado y desde 2001 presta servicios en el Archivo Secreto Vaticano. Obras de suyas sobre los Templarios son: *L'ultima battaglia dei Templarii. Dal codice ombra d'obbedienza militare alla costruzione del processo per eresia*, Roma, Edizioni Viella, 2001 y *I Templari*, Ed. Il Mulino, Bolonia, 2004. (Datos de su web en Facebook).

²⁴⁷ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 51.

²⁴⁸ «Regula Pauperum Commilitonum Christi Templique Salomonici».

²⁴⁹ Epígrafe 1.4.

escoger el camino de la oración y santidad, clase de los *oratores*, tan sólo podían elegir el sacerdocio o el monacato. La orden del Temple primero, y posteriormente las demás órdenes militares que se crearon a su imagen y semejanza, abrió una nueva vía para seguir a Cristo y alcanzar la santidad del Evangelio²⁵⁰ y al mismo tiempo permanecer en la clase de los guerreros o *bellatores*. Pero no se contentaron con ello los monjes guerreros, sino que también incorporaron a su regla el *ora et labora* de la de san Benito²⁵¹. Con ello consiguieron unificar en un mismo grupo las características de los tres estamentos de la época: *bellatores* (los que guerrear), *oratores* (los que rezan) y *laboratores* (los que trabajan).

Los templarios, como todos los miembros de las órdenes religiosas, vivían agrupados en casas y, como aquéllos, profesaban los tres votos monacales: pobreza, obediencia y castidad. La organización y actividad de la Orden en Europa estuvo siempre supeditada a las necesidades de la institución en Tierra Santa a la que se enviaban las donaciones y los productos que se obtenían de la actividad normal de sus encomiendas, con una sola excepción, la de la Península Ibérica, en la que los templarios hispanos y lusitanos estaban involucrados en la lucha contra los musulmanes²⁵².

Toda la vida del templario estaba regida por la Regla²⁵³, que en cierto sentido puede ser considerada como un manual religioso-militar. Así en diversos apartados se regulan la organización jerárquica, el comportamiento en las batallas, el orden de marcha y la disposición de los campamentos. También las actividades diarias, de cuando no estaban en campaña, estaban perfectamente descritas: los rezos, la liturgia de las horas²⁵⁴, la confesión, la eucaristía, los ayunos y también otras actividades más prosaicas, tales como: las comidas, el sueño, la enfermedad, las relaciones con personas ajenas a la Orden,... etc. Asimismo recoge la regla una detallada lista de faltas y las sanciones que corresponden a cada una de ellas.

Así pues, no insistiremos en este extremo y, a partir de los documentos y medios que contamos, daremos por buena la horquilla de 1118 a 1120 como fecha de creación, o dicho de manera más apropiada, de puesta en marcha de la Orden, que al parecer es la mayoritaria, aunque con las reservas mencionadas y sobre todo decantándonos por el año 1119 (y dentro de él, la fecha del veintitrés de enero en que se celebró el concilio de Nablusa) que es el que se desprende de nuestra propia investigación.

²⁵⁰ «Jesús lo miró con amor y añadió: Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme». (Marcos 10, 21); «Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna» (Mateos 19, 29).

²⁵¹ No hay que olvidar que el inspirador de la Regla del Temple fue san Bernardo que, como cisterciense, era seguidor de la primitiva Regla de san Benito.

²⁵² Aunque en los reinos ibéricos, al igual que el resto de Europa, a medida que la Reconquista avanzaba, los templarios iban abandonando su función bélica y constituyendo explotaciones agropecuarias.

²⁵³ Incluye la Regla latina, los estatutos jerárquicos y los estatutos conventuales.

²⁵⁴ Laudes · Tercia · Sexta · Nona · Vísperas · Completas.

1.7.3 Análisis de la iniciativa.

Se plantea a veces la cuestión de quien tuvo la iniciativa en la fundación de la Orden, que es algo en lo que las crónicas de los diferentes autores no están de acuerdo. Así, en el antes mencionado texto de Guillermo de Tiro, vemos que «el deber principal que les fue impuesto por el señor patriarca y los demás obispos para la remisión de los pecados, era el de proteger los caminos y rutas de los ataques de ladrones y bandidos», de donde parece desprenderse que la iniciativa fundacional fue del prelado. Carlos Ayala²⁵⁵ dice que «la función militar, por tanto, sería el resultado de la imposición de los eclesiásticos jerosolimitanos y no tanto el deseo de los nuevos religiosos que la recibían en concepto de penitencia»²⁵⁶. Las versiones que ofrecen Jacobo de Vitry y Bernardo el Tesorero son bien distintas, y atribuyen la iniciativa a los caballeros, de los cuales dice el primero que «se comprometieron a defender los peregrinos contra estos bandidos y ladrones, a proteger las vías públicas, a luchar por el rey soberano y a vivir como los canónigos regulares en la obediencia, en la castidad y sin propiedades» y en la crónica del segundo se cuenta que se dirigieron al rey, que entonces era Balduino II, y le dijeron: «Sire, hemos decidido hacer a uno de nosotros un maestre que nos guíe en la batalla para ayudar al país»²⁵⁷.

Estimamos más ajustada a la realidad estas dos últimas versiones, dado que las mismas no sólo no excluyen la de Guillermo de Tiro sino que las aclara y complementa. Además, es impensable que los caballeros se hubieran avenido a un cambio tan drástico de su estatus si la iniciativa no hubiera partido de ellos. Sea como fuere, y con independencia de quien o quienes partiera la iniciativa, lo importante es subrayar los hechos anteriores y los subsiguientes y estos son:

- Los caballeros decidieron constituirse en comunidad o fraternidad religiosa y elevaron su propuesta al rey y al patriarca.
- Hicieron profesión de fe, pronunciando los tres votos monásticos, ante el patriarca de Jerusalén.
- La actividad primordial que les fue encomendada por el patriarca no fue religiosa sino militar: la seguridad de los caminos, la guarda de los albergues y refugios y la protección de los peregrinos.
- Se pusieron al servicio y bajo la protección del rey de Jerusalén.

El resultado fue totalmente novedoso: Había nacido la primera orden militar de la Cristiandad.

²⁵⁵ Carlos Ayala Martínez es profesor titular de Historia Medieval de la Universidad Autónoma de Madrid.

²⁵⁶ Carlos Ayala Martínez, *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media siglos XII-XIV*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 25.

²⁵⁷ Todos los textos entrecomillados de los autores que se citan, excepto el de Carlos Ayala, figuran en referencias ya recogidas anteriormente.

1.7.4 Análisis del primer asentamiento.

Puestos los cimientos de la nueva organización, surgió inmediatamente el problema de donde ubicarla, puesto que habían de desalojar las dependencias que hasta entonces ocupaban, probablemente en locales del Hospital, situados junto al Santo Sepulcro, pues Bernardo el Tesorero claramente nos dice en su *Chronique d'Ernoult et Bernard le Tresorier*²⁵⁸ que «el Hospital los echó»²⁵⁹. De todos los textos que hemos citado, seleccionamos las siguientes referencias a la vivienda de los miembros de la nueva *Militia*:

- Este mismo autor [Bernardo el Tesorero] nos dice que el rey tenía muchas residencias en Jerusalén y que les cedió una que se llamaba Templo de Salomón.
- Jacobo de Vitry reitera la misma idea y comenta que el señor rey les cedió temporalmente una pequeña vivienda en una parte de su palacio, cerca del templo del Señor y que desde entonces fueron llamados hermanos caballeros del Temple.
- También Miguel el Sirio se refiere a este episodio y dice que el rey les dio para vivir la casa de Salomón y algunas aldeas para subsistir.
- Pero quizás el más expresivo de todos sea el párrafo que Guillermo de Tiro dedica al tema diciendo que como no tenían ninguna iglesia ni ningún domicilio fijo, el rey les dio por un tiempo un lugar de habitación en el ala Sur del palacio [Templo de Salomón], cerca del Templo del Señor [Mezquita de Al-Acsa] y que los canónigos del Templo del Señor les dieron, bajo ciertas condiciones, un rincón cerca del palacio que ellos poseían que estos caballeros utilizaron como campo de entrenamiento y «debido a que tienen una sede en el palacio real junto al templo del Señor, como hemos dicho antes, se les llama los Hermanos de la Milicia del Temple»²⁶⁰.

Mucho se ha dicho sobre las razones que llevaron a Balduino a cederles el uso de un lugar tan emblemático como era el Templo de Salomón, pero al no tener datos fidedignos que avalen ninguna de las propuestas no nos aventuraremos por los caminos, siempre fáciles, de la especulación. Lo único cierto es que el sitio en el que habitaron y que usaron como campo de entrenamiento y del que a partir de entonces fueron sus guardianes, era un lugar sagrado desde la más remota antigüedad en el que había estado el Templo de Salomón²⁶¹ y posteriormente estaría la

²⁵⁸ Louis de Mas Latrie, *Chronique d'Ernoult et Bernard le Tresorier*, p. 8.

²⁵⁹ *Et si jeta li Ospitaus le Temple et si li dona son relief et l'enseigne c'on apele l'enseigne del Bauçant.*

²⁶⁰ Guillermo de Tiro, *Historia Rerum in Partibus Transmarinis Gestarum*, en: <<http://www.the-latinlibrary.com/williamtyre/7.html>>.

²⁶¹ El Templo de Jerusalén, el principal santuario del pueblo de Israel, estaba situado en una gran planicie en el monte Moira donde en la actualidad se ubican la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa (Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, pp. 58-60).

mezquita de La Roca²⁶² y ésta es la razón por la que a partir de entonces los miembros de la orden fueron conocidos como Hermanos o Caballeros de la Milicia del Temple o simplemente templarios.

1.7.5 Análisis del número inicial de hermanos.

A muchos historiadores les ha llamado la atención el hecho de que Balduino II concediera un espacio tan enorme a tan sólo nueve caballeros y que durante los primeros años de existencia del Temple fueran pocos los nuevos miembros de la Orden. Estas dos circunstancias han dado pábulo a un sinfín de especulaciones sobre la actividad real a la que se dedicaron los templarios en sus comienzos. Los documentos históricos que han llegado hasta nosotros no hacen referencia alguna a la actividad de la Orden en estos primeros tiempos desde su fundación, por lo que no es posible saber si cumplía o no las funciones para las que había sido creada, es decir, la custodia de los caminos y la protección de los peregrinos. De todas maneras, tampoco nos ha llegado ningún documento en sentido contrario.

Algunos autores, sin base fáctica alguna, hacen elucubraciones sobre la actividad de los templarios en estos años y sugieren que bien hubieran podido dedicarse a la búsqueda de documentos antiguos o del llamado tesoro del Templo, que habría quedado enterrado cuando el mismo fue derruido por las tropas romanas al mando de Tito en el año setenta de nuestra era. Lo más probable es que se dedicaran a limpiar y desescombrar los locales que, por los avatares de las guerras y del tiempo transcurrido, debían de estar en estado de ruina y llenos de escombros. Como hemos apuntado, hoy día no hay dato alguno que avale estas conjeturas, por lo que simplemente las mencionamos como algo que forma parte de leyenda tejida alrededor de los templarios.

También hay muchos autores que, con una lectura excesivamente rigorista de las crónicas antiguas, se hacen eco y ponen un exagerado énfasis en el hecho, de que el número de miembros de la Orden, en sus primeros nueve años de existencia, se mantuvieran en nueve y sacan de ello conclusiones sin base factual alguna, rayanas en lo mágico o exotérico²⁶³. Guillermo de Tiro, se refiere a ello en la continuación del texto que hemos insertado anteriormente y dice que aunque los caballeros llevaban establecidos desde hacía nueve años, todavía seguían siendo sólo nueve en tiempos del papa Eugenio [Eugenio III, papa de 1145 a 1153] en

²⁶² La gran explanada de La Roca o de las Mezquitas se ubica en el ángulo Sureste del recinto amurallado del Jerusalén medieval, formando un cuadrilátero irregular de unos 800 metros de lado, unas 64 hectáreas de superficie. El espacio de la explanada del Templo era enorme; ocupaba una quinta parte de la ciudad, en un rectángulo casi perfecto de 440 por 275 metros. En ese amplio recinto, además de la mezquita de al-Aqsa, situada en el lado Sur, se levantaba la mezquita de la Roca, (también conocida como de Omar), llamada así porque para los musulmanes la roca que ocupaba el centro de la mezquita había sido el lugar desde el que su profeta Mahoma había ascendido al cielo. (Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, pp. 58-60).

²⁶³ Por la reiteración en el número nueve, tres veces tres, múltiplo de tres, la Trinidad: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

que empezaron a colocar cruces de paño rojo sobre sus mantos y que hacia 1170 ya eran cerca de 300 los caballeros e innumerables los demás hermanos y que tenían inmensas posesiones en Tierra Santa y en el extranjero²⁶⁴. Otros autores, como Jacobo de Vitry, inciden en que los primeros templarios fueron nueve y que durante nueve años el número permaneció invariable, pero la crónica de este autor, como ya hemos apuntado, es casi copia literal de la de Guillermo de Tiro.

Algunos han querido ver en esta reiteración del número nueve un simbolismo numerológico en base a la cita de Salomón «Pero tú todo lo dispusiste con medida, número y peso»²⁶⁵ y subrayan que el número nueve, que simboliza a la Trinidad, es tres veces tres (tres al cuadrado) es decir la imagen multiplicada de la Trinidad. También, según el abad benedictino Rábano Mauro (c. 780-856)²⁶⁶, el nueve representa místicamente la Pasión del Señor, pues el propio Jesús en la hora nona, habiendo dado un fuerte clamor, expiró. También en el texto bíblico de la Sabiduría se lee que nueve son las categorías de los ángeles: ángeles, arcanos, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines²⁶⁷. Hay, pues, un significado simbólico inserto en los textos de dichos cronistas, simbolismo que va más allá de la simple información cuantitativa suministrada por los autores, para los que, pese a su natural antipatía por la independencia de las órde-

²⁶⁴ «Aunque los caballeros ya se habían establecido desde hacía nueve años, todavía seguían siendo sólo nueve. A partir de este momento en adelante su número comenzó a crecer y sus posesiones comenzaron a multiplicarse. Más tarde, en tiempo del papa Eugenio [Eugenio III, papa de 1145 a 1153], se dice que tanto los caballeros como sus sirvientes más humildes, llamados Sargentos, comenzaron a colocar cruces de paño rojo sobre sus mantos, así como para distinguirse de los demás. Ahora han crecido tanto que hoy hay en esta Orden [Guillermo de Tiro estaba escribiendo entre 1170 y 1174] cerca de 300 caballeros que visten mantos blancos, además de los hermanos, que son casi innumerables. Se dice que tienen inmensas posesiones, tanto aquí como en el extranjero, de tal manera que en la actualidad no hay una provincia en el mundo cristiano que no haya concedido a los hermanos antes mencionados una parte de sus bienes. Se dice hoy que su riqueza es igual a los tesoros de los reyes. Debido a que tienen una sede en el palacio real junto al templo del Señor, como hemos dicho antes, se les llama los Hermanos de la Milicia del Templo. A pesar de que mantuvieron su establecimiento honorablemente durante mucho tiempo y cumplieron su vocación con la prudencia suficiente, más tarde, debido a la pérdida de la humildad (que es conocida como la salvaguarda de todas las virtudes y que, al encontrarse en el lugar más bajo, no puede caer), se sustrajeron a la autoridad del patriarca de Jerusalén, gracias al cual se fundó su Orden y se recibieron las primeras donaciones y le negaron la obediencia que le habían prestado sus predecesores. También han quitado los diezmos y primicias de las iglesias de Dios, han perturbado sus posesiones, y se han hecho sumamente incómodos». (Guillermo de Tiro, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Libro XII, capítulo VII, en: <<http://www.thelatinlibrary.com/williamtyre/7.html>>).

²⁶⁵ Sap. XI-20.

²⁶⁶ Rábano Mauro (Maguncia ca. 780, Renania 856) nació en Fulda. Estudió en la abadía benedictina de su ciudad natal y luego en la Escuela de Tours. En el 822 fue nombrado abad de Fulda, cargo en el que estuvo veinte años. Fue consejero de Ludovico Pío, de Lotario y de Luis el Germánico. Fue arzobispo de Maguncia desde el año 847 hasta su muerte. Comentarista de casi todos los libros de las Sagradas Escrituras, poeta, autor de un diccionario bilingüe sobre las partes del cuerpo e introductor de las Artes Gramaticales en Alemania (Más información sobre Rábano Mauro: Paolo Rosano, *Sensi letterali e sensi figurati nel "De Rerum naturis di Rábano Mauro"*, Caosfera Edizioni, Vicenza, 2011).

²⁶⁷ Jean Lauand, *Rábano Mauro e o Significado Místico dos Números*. (<http://www.hermbis.com.br/LivrosVirtuais/LVRabanoMauroeoSignificadoMisticodosNumeros.htm>).

nes frente a los poderes eclesiásticos, veían en la fundación de la Orden un mensaje divino del que los protagonistas eran los nueve caballeros fundadores, miembros de una nueva milicia de Dios integrada por los Caballeros de Cristo, a la que se referirá poco después Bernardo de Claraval como «hombres valientes, elegidos del Señor»²⁶⁸.

En cualquier caso, las afirmaciones de Guillermo de Tiro no han de ser tomadas al pie de la letra, pues, al fin y al cabo, se trata de una crónica, escrita hacia 1170 con ánimo historicista por alguien que no era historiador. El propio autor se desdice reiteradamente a lo largo de su obra, en la cual «da al menos hasta quince nombres de caballeros hasta el año 1125»²⁶⁹ que para Miguel el Sirio en 1127²⁷⁰, pasan a ser treinta.

Sin ir más lejos, en el cartulario de la orden del Temple del marqués d'Albon se recogen los nombres de dos hermanos, Roberto y Henrico, que en los albores de la Orden, años 1123 y 1124, actuaron en su nombre en las escrituras de sendas donaciones, recogidas por dicho autor en su obra con los numerales III y IV²⁷¹. Además, no es lógico pensar que seis de los nueve hermanos fundadores viajaran a Europa y que sólo quedara en Jerusalén Hugo de Champagne y otros tres hermanos para realizar todas las labores que la Orden tenía encomendadas, como dice Demurger, añadiendo que, en todo caso, dicho número de nueve de hermanos sólo incluye a los caballeros, dejando al margen los sargentos y los subalternos²⁷², concluyendo que los templarios debían ser mucho más de nueve y que el viaje de Hugo de Paganis a occidente en 1127 fue, además de para reclutar nuevos miembros, a causa de una crisis de crecimiento y una crisis de identidad²⁷³.

1.7.6 Análisis de la persona del fundador: Hugo de Paganis.

De Hugo, fundador de la Orden, junto con otros ocho caballeros, lo único que nos dice el cronista Guillermo de Tiro en su obra, escrita hacia 1170, es que su patronímico era Paganis. El anónimo traductor de la crónica del de Tiro, cincuenta años más tarde, lo tradujo como Paiens y añadió de *lez Troies*, es decir, cerca de Troyes, en la Champaña, una pequeña población, que hoy cuenta con menos de mil habitantes. Este añadido aclaratorio para el mayor especialista existente sobre Hugo de Paganis, Thierre Leory, «es fundamental pues muestra que cien años más tarde de la fundación de la confraternidad de los Pobres Caballeros de Cristo, los

²⁶⁸ Bernardo de Claraval, *Loa a la Nueva Milicia*.

²⁶⁹ José Luis Corral, *Breve historia de la Orden del Temple*, nota 39, p. 129.

²⁷⁰ *Chronique de Michel Le Syrien. Patriarche Jacobite d'Antioche 1166-99*, Ed. J. B. Chabot, vol. 3, Ernest Laroux, París, 1899-1924, p. 201 y ss.

²⁷¹ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, pp. 3-4.

²⁷² Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 38.

²⁷³ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, pp. 38-39.

occidentales había guardado en su memoria quien había sido el primer maestro de los templarios»²⁷⁴.

No se sabe a ciencia cierta la fecha de su nacimiento, pero se cree que fue alrededor de 1070, ya que en un documento, datado entre 1085 y 1090, aparece como Hugo de Pedano, señor de Montigny²⁷⁵, confirmando una donación efectuada por el conde Hugo de Champaña a la abadía de Molesme y para actuar de testigo era preciso ser mayor de dieciséis años. Su presencia confirmando múltiples documentos en los que el conde de Champaña era parte ha sido señalada por algunos autores como prueba de su pertenencia al círculo más cercano al conde, que no hay que olvidar en aquel momento era el señor soberano de un amplio territorio.

De acuerdo con Demurger, «Hugo estaba casado y mantenía una estrecha relación con la familia de los condes de Champaña y con la de Montbard, familia de la madre de san Bernardo. Se fue de cruzada con el conde Hugo de Champaña en 1104 y volvieron hacia 1110. Ambos regresaron en 1114, él [Hugo de Paganis] para quedarse»²⁷⁶. Shara Newman dice que aparece en otros documentos emitidos por el mismo conde, lo que es buena prueba de una relación bastante estrecha y que el último diploma en el que confirma en la Champaña es de 1113, prueba evidente de su ausencia, quizás porque había partido para Tierra Santa²⁷⁷. En esos títulos en los que actúa de testigo aparece como Hugo de Peanz o Hugo de Pedans, lo que ha hecho que algunos dudaran de si se trataba de la misma persona, cosa que para la mayoría de los autores no presenta duda alguna. La siguiente vez que aparece su nombre es ya en Jerusalén en 1120 actuando de testigo en una donación del rey Balduino a los hospitalarios, lo que viene a confirmar la presencia de Paganis en Jerusalén en esa fecha.

Se sabe que Hugo de Paganis estaba casado con una dama de la nobleza de la que lo único que se conoce es que se llamaba Isabel. Y también que el hijo de ambos, Thibaud, se hizo monje y en 1139 llegó a ser abad del monasterio de *La Colombe* por un documento que obra en dicho monasterio²⁷⁸. Cuando Hugo de Champaña volvió de Jerusalén, tras el viaje emprendido en 1114, Hugo de Paganis se quedó en Tierra Santa lo que hace suponer que su mujer Isabel había fallecido o había ingresado en un convento, pues si no hubiera sido imposible a Hugo profesar con los votos religiosos²⁷⁹. Algunos autores²⁸⁰, dando pábulo a un rumor absoluta-

²⁷⁴ Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, Ed. de la Maison du Boulanger, Troyes, 2001, p. 54.

²⁷⁵ Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, p. 194.

²⁷⁶ Alain Demurger, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 41.

²⁷⁷ Shara Newman, *The real history behind the Templars*, p. 13

²⁷⁸ «Thibaud de Pahens, filius Hugonis primi magistri temple Jerosolymitani», citado en Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, p. 95.

²⁷⁹ Aunque la Iglesia permitía a los esposos ingresar en conventos con la condición de que lo hicieran los dos, pero al no constar el ingreso de ella en ningún convento, algunos autores suponen que había muerto.

²⁸⁰ Edvar Olsen y Lynn Piknett, *El Secreto del Temple*, Ed. EDAF, Madrid, 2007, p. 188; Michael

mente gratuito, se hacen eco de una posible unión posterior de Hugo de Paganis con Catherine Saint-Clair, de los Sinclair de Escocia, lo cual, por mucho que se escriba y repita, no deja de ser una presumible falsedad sin base documental alguna.

De acuerdo con lo que afirma Guillermo de Tiro, Hugo de Paganis, junto con Godofredo de san Amaro o Saint-Omer, natural de Picardía, fueron los cofundadores de la Orden de la que Hugo fue su primer maestro, por elección de los miembros fundadores, lo que pudo ser debido a sus dotes naturales de liderazgo o a sus contactos con los poderes instituidos de la época.

Entre los escritos más antiguos, en los que aparece su nombre relacionado con el Temple, está un título de 1123 en el que Hugo de Paganis aparece confirmando una escritura de donación del patriarca Gormondo de Jerusalén a la abadía de Santa María de Josaphat, en la que figura como «*Hugonis de Peans*», pero su inclusión al final, entre los laicos, permite suponer no sólo que en este año aún no era maestro, sino que ni siquiera le era reconocido un carácter religioso²⁸¹. En las actas del concilio de Troyes de 1128 con la Regla de la Orden, en sus versiones latinas, datadas en el siglo XII, figura como «*magistri Hugonis*» o «*magister miliciae Hugo*»²⁸². En la versión francesa de la misma, y en los manuscritos de Baltimore y Dijon, aparece como «*maistre Hugue de Païns*» y como «*maistre Hugue de Paens*» en las copias de París y Roma. Esta diferencia también existe en los diferentes textos históricos que hemos visto en el epígrafe anterior. El párrafo completo de la versión latina del Prólogo de la Regla se dice:

«... *Nos ergo cum omni gratulatione ac fraterna pietate precibusque magistri Hugonis, in quo predicta milicia sumpsit exordium, exordium, cum Spiritu sancto intimante ex diversis ultra montanæ provinciæ mansionibus, in sollempnitate Sancti Hylarii, anno M C XX VIII ab incarnato Dei filio, ab inchoatione predictæ miliciæ nono, ad Trecas, Deo duce, in unum convenimus. Et modum et observantiam equestris ordinis per singular capitula ex ore ipsius predicti magistri Hugonis audire...*»²⁸³.

Mientras que la versión francesa del mismo párrafo, bastante posterior en el tiempo, es:

«... *Adonques nos, a toute joie et a toute fraternité, par les prôieres de maistre Hugues de Paens, (o Païens) sour le quel la devant dite chevalerie*

Michael Baigent, Richard Leigh & Henry Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, Jonathan Cape, Londres, 1982.

²⁸¹ Henry François de Laborde, *Chartes de Terre Sainte provenant de l'abbaye de N. D. de Josaphat*, fascículo 19, p. 38.

²⁸² Johannes Michaelensis, *Regule pauperum commilitonum Christi Templique Salomomonici*, [APÉNDICE N° 56]; Henri Curzon, *La Règle du Temple*, pp. 13 y 19.

²⁸³ «Finalmente, nosotros, con toda la afección y piedad fraternal, a ruegos del maestro Hugo, en quien la sobredicha Milicia tuvo principio por la gracia del Espíritu Santo, estando juntos, en Troyes diversas provincias ultramontanas, en la fiesta de san Hilario, en el año de la Encarnación del Hijo de Dios de 1128, y noveno del principio de dicha Milicia, merecimos oír de la boca del mismo maestro Hugo, el modo y observancia de esta Orden militar, capítulo por capítulo». Henry Curzon, *La règle du Temple*, Librairie Renoir, París, 1886, pp. 13-14).

prist commencement par la grâce dou saint Esprit, asemblâmes a Troyes des dyverses provinces d'outre les mons, a la feste de mon seigneur Saint Ylaire II, en l'an de l'Incarnation Jhesu Crist M et C et XXVIII, au novisme an dou commencement de l'avandite chevalerie. Et la manière et l'establissement de l'orde de la chevalerie oymes par comun chapistre de la bouche dou devant dit maistre frère Hugue de Paens (o Païens); ...»²⁸⁴.

Esta inserción en el texto francés del patronímico de Paens o Païens ha dado lugar a una viva polémica, no exenta en muchos casos de aviesas especulaciones, que acusan al traductor francés de chauvinismo, ponen en duda el origen champañés del maestre Hugo y proponen los más diversos lugares como nacimiento del mismo.

Entre las propuestas más o menos fundadas que se han hecho, figura el origen napolitano del maestre Hugo, defendida por Pierre Dupuy, en su «Historia de la orden militar de los templarios», escrita en 1751:

«Hugo de Paganis, también dicho Payens, era de una familia originaria del Reino de Nápoles: pero había nacido alrededor de Troyes, en Champaña. En 1118 se asoció con Godofredo de san Omer y siete otros caballeros para fundar la Orden de la Milicia del Temple... Se encontraba también en el concilio de Troyes en el que la orden fue aprobada por el papa Honorio II»²⁸⁵.

Sin embargo, este reputado historiador no documenta su afirmación, por lo que hemos de descartarla.

Laurent Dailliez, probablemente el investigador más prolífico de toda la historia en asuntos relacionados con el Temple²⁸⁶, afirmó el origen provenzal de Hugo, en base a un documento conservado en el archivo municipal de Carpentas en el que es mencionado como natural de Viviers, en Ardèche y que su padre tenía por sobrenombre «el Moro de la Gardille». Gérard de Sède incide en este origen provenzal de Hugo y menciona como fuente un artículo escrito por un tal Esquieu, titulado «*Les Templiers de Cahors*» y publicado en el *Bulletin de la Société Littéraire, Scientifique et Artistique du Lot* en 1898, en el que sostiene la existencia de una partida de nacimiento según la cual Hugo habría nacido en 1070 en el castillo de Mahun, en la comuna de Saint-Symphonien de Mahun, siendo su padre efectivamente el llamado «Moro de Gardeville», natural de Langogne (Lozère), cerca de las fuentes del río Aller²⁸⁷. Ninguno de los dos autores, sin embargo, ofrece explicación alguna de cómo se produce la vinculación del maestre, si hubiera nacido en Langogne, con el conde de Champaña que vivía en Troyes, distando ambas ciudades entre sí más de quinientos kilómetros. Aunque, por otro lado, por la fecha de la

²⁸⁴ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 13-14.

²⁸⁵ Pierre Dupuy, *Histoire de la Condamnation des Templiers*, Libr. François Foppens, Bruselas, 1713, p. 2, nota 2.

²⁸⁶ La doctora Cerrine menciona en la página 43 de la obra citada que la biblioteca y ficheros de Dailliez se conservan en Pont Saint-Esprit, cerca de Nîmes, en más de cincuenta baúles que aún están sin catalogar.

²⁸⁷ Géraud María de la Sede, *Les Templiers sont parmi nous ou l'enigme de Gisors*, Ed.R. Julliard, París, 1962, p. 135.

partida de nacimiento, 1070 podría tratarse perfectamente de Hugo de Paganis.

Quizás la más fundamentada de todas las propuestas heterodoxas sobre el origen del maestre Hugo sea la que realiza Justo A. Navarro en un interesante ensayo, titulado «Historia de los orígenes de la Caballería del Temple», que en nada se ve desmerecido por llegar a conclusiones que no compartimos, pero que por su rigurosidad son la base de las líneas que siguen. Navarro dice que su propuesta se basa en varios documentos obrantes en la Biblioteca Nacional de Madrid y que sobre la pista de los mismos le puso las investigaciones de autores anteriores, como García Atencia y, sobre todo, Bereriatua Olarra que en 1957 publicó un libro titulado «La orden de los templarios», en el que defiende el origen catalán del fundador, basándose, según dice, en un manuscrito anónimo del siglo XVIII, titulado «Relación Histórica de los condes de Ribagorza»²⁸⁸ en el que, se indica que el primer maestre del Temple fue un caballero catalán del nobilísimo linaje de los Pinós, natural de la villa de Bagá, que tuvo por nombre Hugo de Pinós o Hugo de Bagá. El trabajo de Navarro se fundamenta básicamente en tres documentos:

Documento nº 1²⁸⁹, Genealogía y descendencia de la Casa de Pinós. Dirigida a la Excelentísima Doña Isabel Margarita de Ixar (Híjar), duquesa de Belxít (Belchite). Bernardo Galcerán de Pinós, 4 noviembre, 1620. Sobre este documento, don Luis de Salazar y Castro, comendador de Zurita, Procurador General de la orden de Calatrava, Alguacil Mayor de la Inquisición del reino de Toledo, Cronista Mayor de las Indias y bibliotecario del rey Carlos II, en su «Biblioteca Genealógica española» (BNM ms-18121), como él mismo afirma, «escrita de su puño en Madrid a 14 de julio de 1702», en la página 20 del mismo manuscrito, hablando de don Pedro (IIIº) Galcerán de Pinós y en la nota 3, al pie de página, dice de él:

«Fue su hermano, o hijo, Hugo de Bagá, por error llamado de Paganis, dicho así por haber nacido en Bagá, el primer maestre de los templarios. Y según los años de la fundación de la religión antes ha de ser hermano o hijo que no tío. Porque la conquista de la Tierra Santa fue el año de 1192 [sic, por 1092] y el pasado Hugo fue el año de 1095. O se ha de dar que hubo más de un Hugo en la Casa de Pinós».

Documento nº 2²⁹⁰, sin título, datado en 1638, cuyo autor es Gaspar Galcerán de Pinós y Castro, conde de Guimeran (sic), viceconde (sic) de Ebol y de Alquer Foradat. En la Tabla y sumario II, número XIII, escribe:

«Pedro III Galcerán de Pinós, casó con Berenguela de Moncada, año 1092. Fue almirante primero de Cataluña. Estuvo en la conquista de la Tierra Santa y truxo el glorioso recuerdo de la Cruz...».

Y en las advertencias particulares de la Segunda Tabla (genealógica) dice el mismo autor:

Pedro IIIº Galcerán de Pinós tuvo dos hijos: a Galcerán Galcerán que le sucedió en las Varonías y a Hugo que con su hermano mayor se halló en la

²⁸⁸ Biblioteca Nacional de Madrid, signatura 7377.

²⁸⁹ Biblioteca Nacional de Madrid, ms-3085.

²⁹⁰ Biblioteca Nacional de Madrid, ms-3054.

conquista de la Tierra Santa, que fue el primer maestre de la Sagrada Milicia del Temple, llamado Hugo de Bagá por haber nacido en aquella Villa y no de Paga o Paganís, como leen otros, corrompidamente».

Documento nº 3²⁹¹, manuscrito anónimo del siglo XVIII que lleva por título: Relación histórica de los condes de Ribagorza. Vida de cuatro maestros del Temple y de san Juan, de la ilustrísima familia de Pinós y de la razón de la inscripción griega de la cruz de Vagá que son de la armada que ganó Tierra Santa. Quizá el más extenso en cuanto al tema que nos ocupa, pues recoge los anteriores documentos además de otros que no conocemos por no haber llegado hasta nosotros y parece hacer una síntesis de todos ellos. El documento hace una introducción a las razones que llevaron a la convocatoria de la Primera Cruzada y en el folio 87-R, al final, se puede leer:

«Entre dichos príncipes y señores que acudieron de España fueron los condes de Rosellón y Cerdaña y Guillén de Canete, en compañía de los cuales pasaron don Galcerán de Pinós y don Hugo de Pinós, hijos de don Pedro Galcerán de Pinós y de doña Berenguela de Moncada. Era don Pedro Almirante de Cataluña y el primero que tomó tierra en las islas de Mallorca en su conquista. (87-v) Confinaban sus estados con los de los condes de Cerdaña y esta razón de vecindad y otra mayor... aficionaría a estos caballeros a acompañar en viaje tan pío al conde».

En el mismo documento, habla seguidamente de la conquista de Jerusalén y de cómo nacieron los templarios y por qué se les llamaba así, para seguir con esto:

«A esta religión dieron principio Hugo de Pinós o Bagá y Jofre de Adimaro con otros siete compañeros que, dedicándose al servicio de Dios bajo el más concreto de defender a los peregrinos... hicieron profesión en manos del patriarca de Jerusalén, prometiendo perpetua castidad, obediencia y pobreza. Dióles habitación Balduino, rey de Jerusalén, en su palacio junto al templo de Salomón. Vivían de limosna y vestían con lo que otros dejaban, hasta que en el concilio que se celebró en la ciudad de Campaña, presidiendo el obispo de Albano, legado del papa Honorio Segundo, les fue mandado guardar la regla que les compuso el Padre san Bernardo, el cual les señaló hábito propio, que fue un manto blanco, anchuroso, grande y muy autorizado, sobre el que en tiempo del (88-R) papa Eugenio tercero, cosieron una Cruz de paño rojo en la forma que se sigue que es la misma que hoy traen los canónigos del Sepulcro de la ciudad de Calatayud, [...]. Llamóse Hugo, dejando el apellido de Pinós, de Bagá o Baganis, no de Paganis como algunos corrompidamente quieren, buscando a ese nombre misterios excusados, de la Villa de Bagá, cabeza de las baronías de sus padres, donde él había nacido. Ora esto lo hiciese en honra de su patria, ora llevado de la religiosa humildad que se practica en las más reformadas religiones de dejar los honrosos apellidos de sus padres y tomar el de sus tierras patrias [...] Esta vereda emprendió el segundo hermano Hugo de Pinós de la jornada de Jerusalén [...] y como dejándole en la ciudad de Jerusalén hubiese de volver don Galcerán Galcerán de Pinós, su hermano, mayor de la casa de sus padres, no quiso el maestre que el hermano se fuese con las manos vacías: antes cedió aquél Guión Santo de la Cruz, que había

²⁹¹ Biblioteca Nacional de Madrid, ms-7377.

quedado depositado en la Iglesia y casa de los templarios, acabada la jornada...».

Esta propuesta ha sido recogida en su obra por Michel Lamy²⁹² en la que dice:

«Para algunos su nombre real habría sido Hugo de Pinos y habría que buscar su origen en España, en Bagá, en la provincia de Barcelona, lo cual estaría documentado por un manuscrito del siglo XVIII conservado en la Biblioteca nacional de Madrid»²⁹³.

El problema principal que existe para aceptar la propuesta del Hugo de Baganis catalán es que todos los documentos esgrimidos por quienes defienden esta tesis datan del siglo XVII por lo que cabría pensar que alguien de la familia Pinós queriendo dar más lumbreira o relevancia a su nombre o, simplemente, fundándose en leyendas familiares transmitidas oralmente, añadiera la historia del origen en algún acta anterior. Además, en el testamento de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona y Provenza, otorgado el 8 de julio de 1131²⁹⁴, poco tiempo antes de su muerte, aparece como testigo Galcerán de Pinós y estimamos que si el hermano de éste, Hugo de Pinós, hubiera sido realmente el fundador del Temple, su firma ocuparía un lugar de honor y, además, se haría referencia a tal lazo familiar en el propio testamento ya que precisamente el Temple era uno de los herederos.

Todas las discusiones en torno al origen del primer maestro de la Orden deben considerarse hoy en día superadas a partir de la seria y concienzuda investigación llevada a cabo por Thierry Leory, cuyos resultados ha presentado como Memoria de un Master en 2007 en la Universidad de Reims. Respeto a la grafía de Payns (Paganis), dice este autor, que ha encontrado hasta cincuenta y cuatro formas diferentes en sólo sesenta y cinco documentos, todas referentes a esta misma localidad de Payns de Champaña. Unas son debidas a inversión de letras, otras a reemplazos de tipos (s por z o c por t) y las más a ignorancia de los escribas o de los copistas. Algunas de acepciones recogidas por él son: Paganis, Pagano, Peniaco, Penniaci, Penniacum, Pedao, Pedannus, Pedannis, Pedano, Pedans, Pedaneis, Pedanz, Peancio, Peantio, Peantium, Peanz, Paenz, Paienz, Paiens, Paanz, Paianis, Painis, Paen, Panes, Paien, Paiens, Pains, Païen, Païens,..., etc. Y lo que es más importante, la mayoría en documentos que nada tienen que ver con Hugo de Paganis, por lo tanto deja fuera de toda duda el origen champañés del primer maestro y fundador de la orden del Temple²⁹⁵. Desde nuestro punto de vista, el origen champañés de Hugo de Paganis es la que mejor explica, por no decir la única, la rela-

²⁹² Catedrático de la Universidad de Burdeos. Escritor e historiador francés, Michel Lamy es conocido por sus biografías de Julio Verne y Juana de Arco, así como por su labor de investigación sobre la orden Templaria.

²⁹³ Michel Lamy, *Les Templiers, ces grands seigneurs aux blancs manteaux*, Editions Aubersons, Burdeos, 1994, pp. 29-30.

²⁹⁴ Documento n° XXXIX del Cartulario del marqués de Albon, cuyo original se encuentra en los Archivos de la corona de Aragón Barcelona, Ram. Bereng., N° 316.

²⁹⁵ Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 81-142.

ción con el conde Hugo de Champaña y con san Bernardo, así como que el concilio que aprobó la Regla de la Orden se celebrara en Troyes, capital de la región, situada a doce kilómetros de Payns.

Sobre la biografía del maestre, Leroy dice que, aunque no hay registro alguno en el que conste el nacimiento, lo puede establecer en las cercanías de 1070 y que era nieto de otro Hugo de Payns, señor de Montigny e hijo de Gautier de Montigny. Aunque su relación con Payns le venía de familia²⁹⁶, es el primero que, a partir de 1113, aparece con el título de señor en los documentos, por lo que se supone que fue un reconocimiento del conde de Champaña por sus méritos. Leroy²⁹⁷ afirma de él que seguramente, como era usual entre los jóvenes de la nobleza, recibió una formación en el manejo de las armas y, además, debido a su paso por la abadía de Molesme, se formó como clérigo. Añade que la razón de haber abandonado la vida consagrada fue la prematura muerte de su hermano mayor Geoffroy, razón por la cual tuvo que hacerse cargo de la hacienda familiar. Según este autor, estuvo casado en primera nupcias con Emeline de Touillon²⁹⁸, con la que tuvo una hija llamada Odeline²⁹⁹. Hacia 1107 se casó en segundas nupcias con Elisabeth de Chappes³⁰⁰ con la que tuvo al menos cuatro hijos: Guy Bordel³⁰¹, Thibaud³⁰², Gibuin³⁰³ y Herbert el Eremita³⁰⁴.

Respecto a la desaparición del maestre, Therry Leroy, siguiendo las teorías de otros autores antes que él³⁰⁵, afirma que la muerte se produjo el veinticuatro de

²⁹⁶ De hecho Payns era una heredad de su abuelo Hugo.

²⁹⁷ Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 161-162.

²⁹⁸ Pariente de Bernardo de Clairvaux.

²⁹⁹ Nacida hacia 1090, se casó hacia 1110 con el caballero Lhéry d'Ervy (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 141-142).

³⁰⁰ Si bien por imperativo del derecho canónico de la época tuvo que entrar en un monasterio al constituirse la Orden del Temple, única posibilidad admisible para los casados, tuvo que dejarlo después de la muerte del maestre, pues aparece confirmando en tres documentos de 1170, señal de que aún estaba viva. (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, La naissance des Temples*, Thebookedition, 2011, pp. 115-119).

³⁰¹ Sucedió a su padre en el señorío de Payns. Alrededor de 1128, probablemente aprovechando la presencia de Hugo en Francia para asistir al concilio de Troyes, se casó con Isabelle de Saint-Sepulcre. Al igual que su hermano Thibau, partió a la II cruzada en 1147 en la que se supone que murió pues no se le vuelve a mencionar. (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 128-134).

³⁰² Fue abad del monasterio de Sainte Colombe de Sens de 1139 a 1146 fecha en la que se fue a Tierra Santa para participar en la II cruzada, en la que no llegó a tomar parte dado que murió antes en algún lugar de Asia menor. (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 122-127).

³⁰³ Aparece en los documentos como vizconde, título que bien podría habersele otorgado con carácter honorífico en memoria de su padre o bien podría ser de carácter hereditario por vía materna en la que habían tres vizcondados (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 137-139).

³⁰⁴ Aparece confirmando en varios títulos de donación. No se sabe más de él (Thierry Leroy, *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, pp. 140-141).

³⁰⁵ Henry Curzon, *La Règle du Temple*, pp. 13-14.

mayo de 1136, fecha en la que es recordado en el Obituario de la Encomienda de Reims según consta en la publicación que del mismo realizara Emile Barthelemy en París en 1882. Ahora bien, en la copia del obituario que figura en la obra de Malcolm Barber «*The Templars. Selected Sources*»³⁰⁶ si bien aparece el veinticuatro de mayo como la onomástica de la muerte, no aparece el año en que esta se produjo, por lo que a falta de una información fehaciente tendremos que acudir al cartulario del marqués de Albon para ver si la podemos fijar con más precisión. En este repertorio de documentos del medievo referentes al Temple, se recogen varios documentos firmados por Hugo de Paganis, generalmente como Hugo de Pagano o Paganis, el último de los cuales está datado el año 1130.

Hay también un documento del veinticinco de marzo del año 1133 (o catorce de abril de 1134), catalogado bajo la signatura LIX (página 42), que recoge la concesión del obispo Jocelin de Soissons de un derecho de sepultura a los templarios en su diócesis, dirigido a «*Hugoni, Magistro Militum Templi*», pero al final, entre los firmantes del documento, aparece un *Gaufridi magistri*, año 1133 de la Encarnación del Señor³⁰⁷. Quien sea este Gaufridus lo desconocemos puesto que el documento no nos ofrece más datos, y además el nombre de Godofredo o Gaufridi era bastante común en la época, pero puestos a especular podemos conjeturar que podría referirse a Godofredo de Saint-Omer, cofundador de la Orden, que bien pudiera estar ejerciendo como maestre provincial o, incluso, como maestre interino por enfermedad del maestre Hugo. También queda abierta la vía de la elucubración sobre la posibilidad de que viendo el maestre próxima su muerte enviara a uno de sus más íntimos colaboradores, por más señas natural de la zona³⁰⁸, a negociar la concesión del derecho de enterramiento con el obispo de Soissons, con quien seguramente había tenido la ocasión de intimar en el concilio de Troyes. En el siguiente documento dirigido al maestre del Temple ya no aparece su nombre sino el de Roberto [de Craon] *ejusdem milicie magistro*³⁰⁹, por lo que resulta evidente que en la fecha de su emisión Hugo de Paganis ya había fallecido. Este documento está datado entre el dieciséis de junio de 1138 y quince de junio de 1139, por lo que hay que concluir que la muerte del maestre se produjo el veinticuatro de mayo de cualquier año entre el 1133 y el 1139, horquilla que aunque amplia no tenemos hoy por hoy elementos suficientes para acotarla.

1.7.7 Análisis de la Regla.

El Temple, como orden, sólo reconocía un soberano, el romano pontífice, en

³⁰⁶ Malcolm Barber, *The Templars. Selected Sources*, Manchester University Press, Manchester, 2002, pp. 134-160.

³⁰⁷ *Signum Gaufridi, magistri. Actum est hoc MCXXXIII Dominice incarnationis anno.* (André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre Temple*, Librairie Ancienne, Honoré Champion, Éditeur, Paris, 1913, p. 42).

³⁰⁸ Soissons se encuentra en la Picardía región de la que era oriundo Godofredo de Saint-Omer.

³⁰⁹ «maestre de tal milicia [la del Temple]».

su calidad de vicario de Cristo, lo que a la postre fue su perdición ya que reyes y señores pusieron en tela de juicio su fidelidad en caso de conflicto con el papado, como sucedió en el litigio de Felipe IV con Bonifacio VIII. Incluso la jerarquía eclesiástica era renuente con esta exención de que gozaban los templarios, por tener que soportar en las diócesis la existencia de organizaciones de la Iglesia que no controlaban.

En el aspecto organizativo el Temple era una verdadera república parlamentaria³¹⁰, de base electiva, con la salvedad de que la elección del maestre lo era de por vida. La autoridad residía en la voluntad del convento y no en la del maestre, como se pone de manifiesto en el artículo 98 *in fine* de los estatutos jerárquicos, en el que se dice que «todos los hermanos del Temple deben obedecer al maestre y el maestre debe obedecer a su convento»³¹¹. La intervención de la asamblea conventual era necesaria para todos los actos de importancia, tales como declarar la guerra, acordar treguas, y firmar la paz³¹². Tampoco le era permitido al maestre, sin el concurso del convento, enajenar o hacer donaciones de las propiedades de la Orden³¹³. Incluso le estaba expresamente vedado que tuviera la llave del tesoro³¹⁴ de la cual era depositario el comendador del reino de Jerusalén en su calidad de tesorero³¹⁵.

Si bien la palabra regla en sentido gramatical, o incluso legal si se quiere, debe ser entendida como estatuto o norma fundamental que rige una colectividad, lo que se conoce como Regla de la orden del Temple no es una obra homogénea pues en realidad es un compendio que contiene documentos diferentes en los que se recogen normas heterogéneas aprobadas y añadidas en distintas épocas a lo largo de más de un siglo. Está compuesta por la Regla Primitiva y los *retraits*³¹⁶, parte de los cuales, según Cerrini, fueron añadidos en 1139³¹⁷ y otros en distintas épocas hasta 1257, la mayoría posiblemente en la época del maestre Bertrand de Blanquefort (1156-1169). La Regla presentada en el concilio de Troyes, en contra de lo que muchos autores defienden, no fue redactada por san Bernardo, el cual se limitó a darle un retoque final que fue aceptado por aclamación de los padres conciliares³¹⁸. La autoría, de acuerdo con Lavocat, corresponde al patriarca de Jerusa-

³¹⁰ Lavocat dice que «El Temple estaba organizado como una república aristocrática» (Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, , Librairie E. Plon et Cie, Paris, 1888, p. 103).

³¹¹ «Trestous les frères dou Temple doivent estre obediente au Maistre, et li Maistres si doit estre obedient a son covent» (Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. XIV^o).

³¹² Artículo 85.

³¹³ Artículo 85.

³¹⁴ Artículo 81.

³¹⁵ Artículo 89.

³¹⁶ Si bien el significado de la palabra es «retrato» en el sentido de descripción, en este contexto la utilizaremos como regla.

³¹⁷ Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, p. 211.

³¹⁸ «*cujus sententiam prescripti libera voce collaudaban*» (H. Curzon, *La Règle du Temple*, p. 18).

lén y a Hugo de Paganis³¹⁹ que fue quien la presentó y defendió en el concilio. Una vez debatida por los asistentes, «seleccionando lo correcto y desechando lo que no les parecía justo»³²⁰, se encargó a san Bernardo su redacción final para lo cual se valió del notario Johannes Michaelensis para plasmarla en pergamino³²¹.

Los *retraits* comprenden todos los documentos que se han añadido posteriormente, tales como los Estatutos Jerárquicos, la elección del maestre, las faltas, la vida conventual, la manera de celebrarse los capítulos, las sanciones y la recepción en la Orden. Debido a que los textos fueron redactados en diferentes épocas y por diferentes personas, sin tener en cuenta los anteriores, contienen innumerables reiteraciones.

Al contrario de lo que sucede hoy en día que, jerárquicamente, el reglamento es inferior a la ley (estatuto), en la Edad Media se dotaba a las órdenes de una regla corta que posteriormente era desarrollada en estatutos que regulaban aspectos específicos. La regla tenía que ser aprobada siempre por una autoridad eclesiástica (obispo o concilio) y confirmada por el papa. Esto equivalía a un reconocimiento de la orden³²².

En el contexto en el que aquí se utiliza, la palabra regla significa norma jurídica y en referencia específica a una orden religiosa la regla alude a la ley o conjunto de normas jurídicas que la rigen, dictada por la autoridad religiosa³²³. En el Código de Derecho Canónico actual la norma que rige la convivencia de una comunidad se denomina «código fundamental» o «constituciones», cuando se refieren a la regulación de los institutos de vida consagrada (u órdenes en la acepción tradicional)³²⁴ y su aprobación está reservada a la Santa Sede, mientras que reciben el nombre de «estatutos» cuando se refieren a la regulación de las asociaciones de fieles³²⁵ cuya aprobación puede ser llevada a cabo por los obispos. Los *retraits*, palabra de origen francés, en desuso hoy con la significación con que es utilizada en la Regla, pueden definirse como normas reglamentarias de desarrollo.

En el análisis de la Regla seguimos la versión publicada por Curzon en 1886, la cual está basada en las copias de los siglos XIII y XIV conservadas en Roma, París y Dijon y con el complemento de la Regla Latina encontrada en la biblioteca de la abadía de San Víctor. Posteriormente han aparecido otros manuscritos, cinco escritos en latín y uno en catalán, que son recogidos en la obra de la doctora Cerrini. Se trata del manuscrito de Nîmes, del siglo XII, que contiene exclusi-

³¹⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 11.

³²⁰ «*quod eis videbatur absurdum vituperantes, in concilio sic assistebant*» (Curzon, *La Règle du Temple*, p. 18).

³²¹ «*Ego Iohannes Michaelensis presentis pagine, jussu concilii ac venerabilis abbatis Glarevallis B[ernardi], cui creditum ac debitum hoc erat, humilis scribe esse divina gralia merui*» (Curzon, *La Règle du Temple*, pp. 15-16)

³²² Alain Demurger, *Auge y Caída de los templarios*, p. 92.

³²³ Obispo, concilio o papa.

³²⁴ Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, Librería Editrice Vaticana, Vaticano, 1997, 573.

³²⁵ Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 298.

vamente la *Regula Templi* y una copia de la carta *De Laude* de san Bernardo; el manuscrito de Londres, de la segunda mitad del siglo XII, que además de la Regla, añade una genealogía de los reyes ingleses, un calendario y varias crónicas; el manuscrito de Praga, de la segunda mitad del siglo XII, descubierto por Cerrini, que comprende exclusivamente la Regla; el manuscrito de Múnich, de la segunda mitad del siglo XII, que contiene, además de la Regla, las fiestas y los *retraits*; el manuscrito de Baltimore, que al igual que el anterior contiene la Regla, los *retraits* y la relación de fiestas; el manuscrito de Brujas, fechado en la segunda mitad del siglo XII, que, además de la Regla, contiene la carta *De Laude* de san Bernardo, varias cartas y un ensayo sobre simonía; y el manuscrito de Barcelona, escrito en catalán, probablemente del siglo XIII, que contiene una versión incompleta de la Regla y los *retraits*³²⁶. Por último, el décimo manuscrito, el que hemos llamado manuscrito de Edimburgo, que contiene exclusivamente la regla tal como fue aprobada en el concilio de Troyes.

El pequeño número de copias de la Regla que existen se explica por lo caro que resultaban en la Edad Media los utensilios de escritura, especialmente el pergamino, por la prohibición a los hermanos de poseer copias de la Regla³²⁷, por la restricción que la propia Orden impuso a la confección de copias, especialmente en lo concerniente a los *retraits* y, sobre todo, por la destrucción a la que fueron sometidos los documentos del Temple con ocasión de los procesos del siglo XIV.

Creemos que nunca existieron muchas copias de la Regla pues en la edad media eran pocos los que sabían leer y escribir y, además, como hemos dicho, los materiales de escritura eran caros. Pero sí es de suponer que cada casa o encomienda del Temple de cierta importancia tuviera un ejemplar de la Regla y de los *retraits*. Por razones que desconocemos todas las copias que poseían los templarios fueron destruidas o hechas desaparecer, y tanta fue la eficacia en dicha labor que los inquisidores no hallaron ninguna copia pese al ahínco en encontrarlas que sin duda pusieron³²⁸. Las pocas copias que han llegado hasta nosotros han pasado muchos años escondidas en las estanterías de los monasterios o hábilmente camufladas, como sucedió con la de Londres y la de Edimburgo, junto con otros documentos intrascendentes en libros encuadernados con títulos que nada tenían que ver con su verdadero contenido.

Según Henri Curzón, el texto latino de la Regla adopta como modelo la Regla de san Benito³²⁹. Otros, como Campomanes, dicen que el autor es san Bernardo y, por lo tanto, según él, la Regla está inspirada en la de la orden del Cister. Aún hay otros, como Dugdale, que opinan que «su regla es la de los canónigos regulares de san Agustín»³³⁰. Para Martínez Díez, es lógico que en un primer momento el

³²⁶ Simonetta Cerrini, *La Revolución de los templarios*.

³²⁷ «Nul frère doit tenir retrais ne règle, se ne les tient par le congié dou couvent...Le couvent establit que nus frère ne les tenist, nul frère se il ne fust bailli, tel qu'il le peust tenir por l'office de la baillie».

³²⁸ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. vi

³²⁹ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xj.

³³⁰ William Dugdale, *Monasticon Anglicanum*, T. VI, Parte 2, Harding and Lepard, Londres, 1830, pp.812-813.

patriarca jerosolimitano atribuyera a la Orden la misma regla que regía en los recién creados canónigos del Santo Sepulcro, es decir la regla de San Agustín. Esta confusión es explicada por Curzón aludiendo a la analogía entre las reglas de las diferentes organizaciones religiosas implantadas en Jerusalén³³¹.

Así pues, nuestra opinión es que la Regla que Hugo de Paganis, y los cinco templarios que le acompañaron, presentaron y defendieron en el concilio de Troyes estaba basada en la de San Agustín³³², si bien con las adaptaciones impuestas por práctica de nueve años y que ésta fue la regla que san Bernardo tomó como base para redactar la definitivamente aprobada por el concilio la cual cuenta con evidentes influencias cistercienses introducidas por el santo abad de Claraval. Maillard de Chambure establece los siguientes períodos distintivos en la aplicación de la Regla:

- Hasta 1128: regla de san Agustín otorgada por el patriarca de Jerusalén.
- El concilio de Troyes revisó la regla y añadió nuevos preceptos, encargando a san Bernardo su confección final.
- Johannes Michaelensis fue el encargado de la redacción final. El resultado fue la primitiva Regla Latina de setenta y dos artículos del manuscrito encontrado en la abadía de san Víctor.
- Esta regla primitiva fue completada con los *retraits* y los estatutos jerárquicos³³³.

En todo caso, por encima de cualquier otra consideración religiosa, histórica o literaria, hemos de afirmar que la Regla es un código, es decir un instrumento legislativo de cumplimiento obligatorio. Como bien dice Curzon, «si hay algo que prueba la Regla es una cosa, que la orden del Temple estuvo regida hasta el último de sus días por normas irreprochables, verdaderamente monásticas e, incluso, extremadamente severas»³³⁴.

En conclusión, la Regla, la jerarquía y la obediencia absoluta eran la piedra angular en la vida de la Orden³³⁵ y tal era la importancia que los actos de desobediencia estaban castigados con la mayor de las penas: la expulsión de la Orden³³⁶.

Al leer la Regla lo primero que sorprende es que si bien el título inicial que le da el escribano es el de «Regla de los Pobres Compañeros de Armas de Cristo y del Templo de Salomón» (*Regula Pauperum Commilitonum Christi Templique*

³³¹ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xj.

³³² Para demostrar esta afirmación, Maillard de Chambure recoge en su obra varios artículos de la regla templaria que son similares a la agustiniana (Maillard de Chambure, C. H., *Règle et Statuts secrets des Templiers, précédés de l'Histoire de l'Établissement, de la destruction et de la continuation moderne de l'Ordre du Temple*, Brockus et Avernarius Libraires, Paris, 1840, pp. 47-48).

³³³ Maillard de Chambure, C. H., *Règle et Statuts secrets des Templiers, précédés de l'Histoire de l'Établissement, de la destruction et de la continuation moderne de l'Ordre du Temple*, pp. 52-54.

³³⁴ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. civ

³³⁵ Artículo 39 y ss.

³³⁶ Artículo 587 de los estatutos jerárquicos.

Slomonici), una vez escrito el prólogo³³⁷, al inicio del texto normativo propiamente dicho, lo cambia y dice «Aquí comienza la Regla de los Pobres Compañeros de Armas de la Santa Ciudad (*Regula Pauperum Commilitonum Sanctae Civitatis*)», cambio sustancial, cuyo fundamento desconocemos, pero que así leído y sin más información podría indicar que se refiere a distintas instituciones, pues mientras que la primera claramente señala el carácter religioso de la nueva hermandad, la segunda bien podría indicar que la norma está destinada a regular la convivencia de una milicia cívica ciudadana.

Gracias al prólogo que, a manera de acta, escribiera Johannes Michaelensis es posible reconstruir a *grosso modo* las sesiones del concilio y saber el papel que cada uno tuvo en él. El autor, tras un inicio dedicado a los caballeros templarios, en el que no nos dice nada sobre el transcurso de la asamblea conciliar, destaca ante todo la figura de Hugo de Paganis a quien eleva a la categoría de protagonista de las primeras escenas. No en vano era el fundador de la Orden y el que la había dirigido en los últimos nueve años. Del acta se desprende que Hugo hizo una detallada exposición de la Regla que proponía, «capítulo por capítulo» en palabras del escribano, que probablemente era la que ya se estaba observando en Jerusalén autorizada por el patriarca, y seguramente se extendió en detalles y explicaciones en respuesta a preguntas que le pudieron formular los padres conciliares. Aunque son muchos los autores que han adjudicado al abad san Bernardo su autoría, probablemente basados en la carta que le escribiera el rey Balduino, transcrita más arriba, lo más probable es que él se limitara a darle algunos retoques para mejor adaptarla a la propia regla cisterciense, pues en el proyecto de regla, leído por Hugo a los asistentes al concilio, se contienen pasajes que es seguro que se le escapaban al santo abad. Detalles tales como el largo de la barba o el número de baños anuales y otros muchos de esta naturaleza hacen pensar que fueran los que ya estaban en vigor en Jerusalén desde la creación de la Orden. También es posible, y así lo creen algunos autores, que en la redacción del proyecto final interviniera alguna persona letrada y nadie mejor para ello que el propio patriarca de Jerusalén, Gormondo de Picquigny. Es más, el mismo prólogo recoge una autorización abierta al papa y al patriarca de Jerusalén³³⁸ para completarla o modificarla en lo que estimaren necesario. De aquí que, la Regla, en su redacción final, no pueda ser atribuida a nadie en particular y mucho menos a Juan Michaelensis que, como él mismo dice, se limitó a ser el escritor, redactor o copista del acta conciliar que, en principio, parece que debía haber redactado y escrito el abad de Claraval. Como bien afirma la doctora Cerrini, «la Regla del Temple no tiene un solo autor, sino varios: todos los que participaron en el concilio de Troyes desempeñaron un papel de mayor o menor importancia en el establecimiento de la regla primitiva de la Orden»³³⁹.

Aunque aparece citado en el acta y se dice que sus palabras en el concilio fueron elogiadas profusamente, algún historiador ha dudado de la presencia en el

³³⁷ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xiv, Artículos 1 a 8, ambos incluidos.

³³⁸ El nuevo patriarca era Esteban de La Ferté debido al fallecimiento en 1128 de Gormondo de Picquigny.

³³⁹ Simonetta Cerrini, *La revolución de los templarios*, p. 22

concilio de Bernardo de Claraval, que es tenuta por segura por la mayoría de autores que han escrito sobre él. El mismo Bernardo alude, en una carta escrita antes del concilio al cardenal Mateo, obispo de Albano, legado pontificio y presidente del concilio, a las causas de su tardía incorporación a las sesiones conciliares. Dicen así los primeros párrafos de la carta:

«Estuvo de verdad para obedecer el coraçon mio muy prompto, pero no lo estuvo el cuerpo. Apretado de una calentura ardiente, y aguda, y con los suores la carne enflaquecida, no pudo el espíritu prestar la obediencia. Quise, pues, pero a las alas de la voluntad puso el estorvo la referida ocasión....

Ahora pues (o bien se enojen, o bien se quieten) por el divino juicio ha sido dispuesto el que yo, aunque quiera, no pueda ponerme en camino... Con todo eso vos (y à vos digo Padre) avreis conocido, que estoy dispuesto, y no estoy turbado, para cumplir vuestros preceptos. De vuestra indulgencia, y piedad sera el perdonarme, donde viereis que fuera necesario el perdon»³⁴⁰.

A la vista de esta carta y del acta del concilio antes transcrita, parece que si bien san Bernardo no estuvo presente en el sesión inaugural del mismo, y posiblemente tampoco en las primeras jornadas, se incorporó tan pronto como le fue posible e incluso parece razonable suponer su intervención en favor de la Orden.

Los primeros artículos³⁴¹ están dedicados a las obligaciones religiosas de los freires, entre las que señala la de asistir a los maitines y al resto de los oficios «según la ley canónica y la costumbre de los maestros de la Ciudad Santa de Jerusalén»³⁴², en la que es conocido la costumbre que imperaba era la regla de san Agustín y, es un hecho aceptado, que la nueva regla estaba inspirada en la del Cister. Inmediatamente se regula la excepción a la regla general, «si cualquier hermano es enviado por el trabajo de la casa...y no puede oír el oficio divino, deberá decir en lugar de maitines trece padrenuestros, siete cada hora y nueve por las vísperas»³⁴³.

A continuación regula la forma en que deben ser recibidos los hermanos estableciendo que les sea leída la Regla (imperativo que rápidamente cayó en deshuso) y si le complace y él complace al maestre y a los hermanos, sea admitido³⁴⁴, pero si estuviere excomulgado, la admisión será condicional hasta que se reciba la absolución del obispo³⁴⁵ y salvo que, sea admitido, no se permitirá la compañía con excomulgados³⁴⁶. Seguidamente la norma desaconseja la admisión de menores para evitar que al ser mayores se arrepientan³⁴⁷.

Se regula la forma de estar en la capilla, disponiendo que tanto las oraciones

³⁴⁰ José de Almonacid, *Cartas del Glorioso padre y doctor de la Iglesia san Bernardo*, p. 179.

³⁴¹ Las expresiones artículo, capítulo y otras similares, deben entenderse en su sentido modern como partes en las que se dividen los escritos (RAE).

³⁴² Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xiv, Artículo 1.

³⁴³ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xiv, Artículo 2.

³⁴⁴ *La règle du Temple*, Artículo 3.

³⁴⁵ *La règle du Temple*, Artículo 4.

³⁴⁶ *La règle du Temple*, Artículo 5.

³⁴⁷ *La règle du Temple*, Artículo 6.

como los cánticos se hagan sentados³⁴⁸, añadiendo que al final los hermanos se pondrán de pie, excepto los enfermos que solo inclinarán la cabeza y que se hará igual cuando se cante el *Te Deum*³⁴⁹.

Sobre algo tan primordial, no solo para los miembros de la Orden sino para la sociedad en general, como es la vestimenta de los hermanos, se establece que tanto en invierno como en verano lleven capas blancas (análogamente a como vestían los cistercienses, de donde se deduce que la autoría de esta disposición es de san Bernardo), símbolo de la castidad, sin riquezas y sin ningún símbolo externo de vanidad³⁵⁰, y que a nadie que no sea hermano le esté permitido llevar capa de este color³⁵¹. Al que contradiga este mandato se le debe dar la peor vestimenta disponible³⁵². Los artículos anteriores se complementan con otro en el que se permite, debido al calor en Tierra Santa, que desde Pascua hasta los Santos se le dé, a quien lo solicite, una camisa de lino³⁵³. De los zapatos se dice que se prohíben los puntiagudos y con cordones de lazo, porque son cosa de paganos. Se añade que ni el pelo ni el hábito serán demasiado largos³⁵⁴.

Sobre la ropa de cama se ordena que todos tengan al menos un colchón, un almohadón y una manta y aquél a quien falte la manta pueda utilizar un tapiz o alfombra siempre que sea de pelo fino. Añade la Regla que dormirán siempre vestidos con camisa y pantalón y la luz encendida³⁵⁵.

La comida se efectuará en el refectorio, todos juntos y en silencio³⁵⁶ y escuchando la lectura de las sagradas Escrituras³⁵⁷. Debido a la escasez de pucheros, comerán por parejas, utilizando el mismo recipiente y comiendo uno mientras el otro mira³⁵⁸. La carne estará limitada a tres veces por semana, excepto en Navidad, Todos los Santos, la Asunción y la festividad de los doce Apóstoles³⁵⁹. Los días que no coman carne, comerán legumbres y vegetales con pan³⁶⁰. Los viernes desde Todos los Santos hasta Pascua se hará abstinencia, excepto los mismos días que los mencionados anteriormente³⁶¹. Siempre, después de cada comida o cena, se dará las gracias a Dios³⁶². A la puesta del sol, antes de la oración, el que quiera podrá

³⁴⁸ *La règle du Temple*, Artículo 7.

³⁴⁹ *La règle du Temple*, Artículo 8.

³⁵⁰ *La règle du Temple*, Artículo 10.

³⁵¹ *La règle du Temple*, Artículo 9.

³⁵² *La règle du Temple*, Artículo 11.

³⁵³ *La règle du Temple*, Artículo 12.

³⁵⁴ *La règle du Temple*, Artículo 14.

³⁵⁵ *La règle du Temple*, Artículo 13.

³⁵⁶ *La règle du Temple*, Artículo 15.

³⁵⁷ *La règle du Temple*, Artículo 16.

³⁵⁸ *La règle du Temple*, Artículo 17.

³⁵⁹ *La règle du Temple*, Artículo 18.

³⁶⁰ *La règle du Temple*, Artículo 19.

³⁶¹ *La règle du Temple*, Artículo 20.

³⁶² *La règle du Temple*, Artículo 21.

merendar moderadamente³⁶³.

A la salida del capítulo se deberá mantener el silencio, salvo emergencia y si alguno necesita hablar con el escudero lo hará en voz baja³⁶⁴, prohibiéndose las palabras vanas y las risas y quien desobedezca esta orden deberá rezar un pater-nóster³⁶⁵.

Lo hermanos que estén enfermos y no puedan levantarse para maitines, podrán permanecer acostados con el permiso del maestro o de quien haga su oficio, rezando en su lugar trece padrenuestros³⁶⁶. Los menos enfermos cuidarán de los enfermos y ninguno deberá observar excesiva abstinencia³⁶⁷.

El maestro podrá entregar el caballo y la armadura de un hermano a otro y aquél habrá de contentarse³⁶⁸. El maestro podrá discrecionalmente pedir consejo a algún hermano o reunir al capítulo para tal fin³⁶⁹.

Los hermanos que viajen o hayan de pernoctar fuera de la casa se comportarán debidamente y procurarán que la luz quede encendida³⁷⁰. Cada hermano procurará no enojar a otro³⁷¹. Todos obedecerán al maestro o a aquél en quien haya delegado su autoridad³⁷². Ninguno saldrá por la noche sin el permiso del maestro, excepto si es al Santo Sepulcro o a otro lugar de oración³⁷³. Las salidas de la casa se hará por parejas y ningún hermano deberá luchar o descansar por decisión propia sino siguiendo las órdenes del maestro³⁷⁴. Ningún hermano podrá intercambiar con otro cosa alguna, salvo si es de escaso o nulo valor³⁷⁵. Sin permiso del maestro ningún hermano tendrá bolsa o monedero que se pueda cerrar, ni cartas de parientes³⁷⁶, ni podrá aceptar regalos de seglares y si fuese carne o producto perecedero lo entregará al maestro o al encargado de avituallamiento³⁷⁷.

Si un hermano cometiere pecado venial de palabra lo someterá a juicio del maestro y si la falta fuere muy seria se le castigará a comer y estar solo³⁷⁸. El hermano que pecando de orgullo desee promocionarse será castigado y si no quiere

³⁶³ *La règle du Temple*, Artículo 22.

³⁶⁴ *La règle du Temple*, Artículo 23.

³⁶⁵ *La règle du Temple*, Artículo 24.

³⁶⁶ *La règle du Temple*, Artículo 25.

³⁶⁷ *La règle du Temple*, Artículo 26.

³⁶⁸ *La règle du Temple*, Artículo 27.

³⁶⁹ *La règle du Temple*, Artículo 28.

³⁷⁰ *La règle du Temple*, Artículo 29.

³⁷¹ *La règle du Temple*, Artículo 30.

³⁷² *La règle du Temple*, Artículo 31.

³⁷³ *La règle du Temple*, Artículo 32.

³⁷⁴ *La règle du Temple*, Artículo 33.

³⁷⁵ *La règle du Temple*, Artículo 34.

³⁷⁶ *La règle du Temple*, Artículo 35.

³⁷⁷ *La règle du Temple*, Artículo 36.

³⁷⁸ *La règle du Temple*, Artículo 37.

enmendarse será separado del resto³⁷⁹. El maestro, que tendrá a mano su bastón, se ocupará de ello³⁸⁰.

Si un hermano sabe de otro que murmura le reprenderá en privado y si no hace caso se hará acompañar de otro hermano y, si sigue sin obedecer, lo expondrá en el capítulo³⁸¹. Se prohíbe hacer gala ante los hermanos de las acciones propias en la vida secular y hablar de las relaciones que mantuvo con mujeres inmorales y quien lo oiga deberá silenciarlo o abandonar el lugar³⁸².

Ningún hermano pedirá a otro su caballo o armadura y si los que posee no son aptos para el servicio deberá acudir al maestro³⁸³. Cada hermano tendrá no más de tres caballos y un escudero al que se abstendrá de pegarle por las faltas que cometa, si sirve en la casa por caridad³⁸⁴. Se prohíbe el uso de oro o plata en bridas, estribos o espuelas y si le son regalados los pondrá a disposición del maestro³⁸⁵. Ningún hermano tendrá funda para la lanza o para el escudo porque es perjudicial³⁸⁶. Ningún hermano deberá guardar comida ni tener bolsa para tal menester³⁸⁷.

Se prohíbe la caza de aves con aves, la matanza de animales con lanzas o arcos y la captura de bestias salvajes³⁸⁸, «salvo si se trata de leones»³⁸⁹.

Los caballeros del Temple pueden matar a los enemigos de la Cruz sin pecar y pueden poseer tierras y mantenerlas y villanos y campos³⁹⁰. Los que vivan en comunidad pueden recibir diezmos para la Orden³⁹¹. Si alguien solicita el arbitrio de un caballero en un pleito éste lo podrá dar siempre con la aquiescencia de la otra parte³⁹².

Los hermanos ancianos y enfermos deberán ser atendidos en sus necesidades y, en consecuencia, se ordena al enfermero que los provea de carnes, viandas y los manjares que sean necesarios para su mejoría, según las posibilidades de la casa³⁹³. Los hermanos que estén convalecientes serán tratados con dulzura y cariño³⁹⁴. Cuando un hermano fallezca se oficiará una misa por su alma y los herma-

³⁷⁹ *La règle du Temple*, Artículo 38

³⁸⁰ *La règle du Temple*, Artículo 39.

³⁸¹ *La règle du Temple*, Artículo 40.

³⁸² *La règle du Temple*, Artículo 41.

³⁸³ *La règle du Temple*, Artículo 42.

³⁸⁴ *La règle du Temple*, Artículo 43.

³⁸⁵ *La règle du Temple*, Artículo 44.

³⁸⁶ *La règle du Temple*, Artículo 45.

³⁸⁷ *La règle du Temple*, Artículo 46.

³⁸⁸ *La règle du Temple*, Artículo 47.

³⁸⁹ *La règle du Temple*, Artículo 48.

³⁹⁰ *La règle du Temple*, Artículo 49.

³⁹¹ *La règle du Temple*, Artículo 50.

³⁹² *La règle du Temple*, Artículo 51.

³⁹³ *La règle du Temple*, Artículo 52.

³⁹⁴ *La règle du Temple*, Artículo 53.

nos rezarán cien padrenuestros durante los siete días siguientes y además un mendigo será alimentado durante cuarenta días en memoria del fallecido³⁹⁵. Todos estarán preparados para ofrecer su vida por los demás como el propio Cristo dio su cuerpo³⁹⁶.

Se entregará ropa y comida a capellanes y clérigos y cualquier otra cosa que el maestre autorice³⁹⁷. Si durante su estancia en la casa falleciese un hermano seglar, un mendigo será alimentado durante siete días por la salvación de su alma³⁹⁸. Todo caballero seglar que se una temporalmente a la milicia deberá aportar un caballo y armas adecuados para la tarea, todo lo cual será evaluado, dejando constancia escrita para que cuando termine su servicio voluntario le sea devuelta la mitad³⁹⁹. Los escuderos y sargentos que se incorporen a la Orden para cumplir una promesa por tiempo determinado serán bien recibidos⁴⁰⁰. Los escuderos y sargentos vestirán hábitos negros y, si no se pudiesen encontrar, los que haya en el lugar siempre que no sean blancos⁴⁰¹. Los hombres casados pueden ser admitidos en la Orden con la condición de llevar una vida honesta y que al morir dejen a la misma una parte de sus propiedades y lo que hayan obtenido tras el ingreso⁴⁰². Para que la castidad no se vea comprometida, las mujeres no serán admitidas en la casa⁴⁰³. Todos los hermanos se abstendrán de besar a una mujer, «sea viuda, niña, madre, hermana, tía u otro parentesco»⁴⁰⁴. Así mismo «se prohíbe que los hermanos lleven niños a la pila bautismal»⁴⁰⁵. «Todos estos mandatos que se han mencionado y escrito aquí, en esta Regla actual, están sujetos a la discreción y juicio del maestre»⁴⁰⁶. Terminamos este epígrafe con una cita de Curzon respecto a la Regla, en relación con las acusaciones de que fueron objeto los Templarios al ser perseguidos en el siglo XIV, a cuyo respecto dice:

«Nada en la Regla confirma o autoriza estas acusaciones; por el contrario en ella se refleja una disciplina severa y fuertemente implantada».⁴⁰⁷

1.7.7.1 Análisis de la Regla de Edimburgo.

A nosotros nos ha cabido la suerte de «descubrir» una copia de la Regla,

³⁹⁵ *La règle du Temple*, Artículo 54.

³⁹⁶ *La règle du Temple*, Artículo 55.

³⁹⁷ *La règle du Temple*, Artículo 56.

³⁹⁸ *La règle du Temple*, Artículo 57.

³⁹⁹ *La règle du Temple*, Artículo 58.

⁴⁰⁰ *La règle du Temple*, Artículo 59.

⁴⁰¹ *La règle du Temple*, Artículo 60.

⁴⁰² *La règle du Temple*, Artículo 61.

⁴⁰³ *La règle du Temple*, Artículo 62.

⁴⁰⁴ *La règle du Temple*, Artículo 63.

⁴⁰⁵ *La règle du Temple*, Artículo 64.

⁴⁰⁶ *La règle du Temple*, Artículo 65.

⁴⁰⁷ Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. xv.

inédita hasta ahora, la décima aparecida tras la disolución de la Orden, en la Biblioteca Nacional de Escocia, en Edimburgo, cuando investigábamos algunos documentos buscando datos sobre la posible continuidad de la Orden en Escocia tras la disolución. Se trata de un manuscrito de veinte folios de pergamino, reseñado con la referencia MS 32.6.9 de la biblioteca, escritos en latín, por ambas caras, datados según algún autor, con anterioridad a 1156⁴⁰⁸, encuadernados junto con otros catorce documentos variados, bajo el título genérico de «*Pièces relatives à diverses cérémonies et à l'héraldique, siècles XII à XVII*» («Piezas relativas a diversas ceremonias y a la heráldica, siglos XVI a XVII»). El pergamino sobre el que está escrito es bastante más obscuro, grueso y duro al tacto que el del resto de los documentos con los que está encuadernada, por lo que todo hace indicar que quien encargó la encuadernación del libro pretendiera la ocultación de la Regla templaria junto con otros documentos de contenido intrascendente, opinión ésta que se ve reafirmada por el hecho de que el documento inmediatamente anterior, de un solo folio, únicamente contiene un título, «Estatutos de la Orden de la Jarretera», y el escudo de armas de Eduardo VI (1537-1553), como si quisiera advertir que los folios que siguen se refieren a esta orden y no a la del Temple. Si bien la impresión del escudo de armas de este monarca⁴⁰⁹ podría ser indicativa de que la fecha de encuadernación de la Regla es el siglo XVI, la referencia en el título al siglo XVII hace que nos decantemos por éste como fecha más probable.

Hemos entrecomillado la palabra «descubrir» porque aunque el documento como tal era conocido por diversos autores que lo mencionan, entre otros la doctora Karem Ralls⁴¹⁰, ninguno de ellos llegó a captar la importancia del mismo, al que le asignaron un ámbito meramente local, como si se trataran de los estatutos particulares de la Orden en Escocia, y llegando a confundir a Johannes Michaelensis, escribano de la Regla, con el cardenal Mateo, del título de Albano⁴¹¹ o *albanensis*, legado papal en el concilio de Troyes, al que esta autora atribuye ser natural o residente en Escocia (cuyo nombre antiguo era «Alba»)⁴¹². También los autores de *The Temple and the Lodge*, Michael Baigent y Richard Leigh, hacen mención, en la página 169 de su obra, a una copia de la regla, de la que dicen que la «han visto

⁴⁰⁸ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, Arcade Publishing, New York, 2011, p. 169.

⁴⁰⁹ Aunque fue su padre Enrique VIII el que rompió las relaciones con la Iglesia romana, está considerado el primer monarca anglicano de la Historia.

⁴¹⁰ Karem Ralls es doctora en Historia Medieval por la Universidad de Edimburgo (Escocia). Además de en esta Universidad, la doctora Ralls ha impartido docencia en Oxford y Berkeley. Está especializada en el Temple escocés.

⁴¹¹ Albano es una de las siete sedes suburbicarias de la diócesis de Roma, en la región eclesiástica de Lacio. Hasta 1966 el título de obispo de Albano o *albanensis* iba unido al cardenalato. La catedral de Albano fue mandada construir por el emperador Constantino (Alberto Galieti, *Contributi alla storia della diocesi suburbicaria di Albano Laziale*, Tip. Poliglotta Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1948, pp. 92-112).

⁴¹² «This Rule bears the title *Regula Pauperum Commilitonum Christi Templique Salomonici*, and was written by Johannes Michaelensis, who describes himself as a resident of Albanensis. “Alba”, of course, was the earlier name for what is now called Scotland» (Karem Ralls, *The Templars and the Grail*, Wheaton, The Theosophical Publishing House, Adyar, 2003, p. 113).

y tenido en sus manos»⁴¹³, pero no dan mayor importancia relativa a su hallazgo, ni lo describen, ni dicen donde se encuentra, pero de ser cierta la datación que ellos le otorgan, y en el caso de que se refieran a la Regla edimburguesa, la verdadera importancia del «descubrimiento» radicaría no ya en ser la décima copia localizada hasta el momento sino en que sería la copia existente más antigua de la Regla de las que se conservan. En el Apéndice N° 56 se ofrece una fotocopia de esta Regla, que hemos llamado de Edimburgo al igual que ocurre con el resto de reglas conocidas que fueron apeladas por el lugar en que aparecieron.

De acuerdo con la numeración de los folios de la obra que, escritos a mano con caracteres arábigos⁴¹⁴, figuran en la parte superior derecha del anverso de cada uno de ellos, la Regla ocupa los folios números 18 al 37 del volumen, todos ellos escritos por ambas caras con veintidós líneas, excepto el reverso del último que tiene solo seis, en los que los diferentes capítulos⁴¹⁵ están transcritos sin numerar, unos a continuación del otro, siendo la única señal del inicio del nuevo capítulo, aparte del título, la letra capitular del comienzo, de tamaño considerablemente mayor y ornamentada en colores dorado, azul y rojo. Al igual que han hecho otros autores que han estudiado la Regla, nosotros, para facilitar la exposición y estudio, hemos numerado los capítulos siguiendo el orden en que aparecen escritos⁴¹⁶.

Antes de seguir queremos hacer una puntualización sobre el copista, cuya formación en latín nos parece pobre, pues, aunque no tenemos conocimientos de paleografía latina, hemos detectado muchas faltas de ortografía, independientemente de la profusión de abreviaturas que hacen sumamente difícil para un neófito la comprensión y análisis del documento.

Siguiendo la pauta antes marcada de contar los capítulos por las letras capitulares de su inicio, se puede afirmar que la Regla de Edimburgo consta de una introducción con dos capítulos y un cuerpo con sesenta y siete capítulos⁴¹⁷, diferencia, respecto de los setenta y dos capítulos de las otras copias encontradas, debida a que cinco apartados de la Regla Latina de referencia, están completamente incluidos en otros capítulos de la Regla edimburguesa⁴¹⁸.

La Regla que hemos tomado como referencia es la primera *Règle* que se encontró tras la abolición de la Orden, descubierta en 1610 en la Biblioteca de la abadía de *Saint-Victor*, hoy día conservada en la Biblioteca Nacional de Francia⁴¹⁹,

⁴¹³ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 169.

⁴¹⁴ Probablemente en el momento de la encuadernación.

⁴¹⁵ Si bien sería más correcto hablar de artículos, hemos preferido mantener la denominación de capítulos (*caput*) que es la que le da el escribano Johannes Michaelensis y la que desde siempre la han dado los autores que han estudiado la Regla.

⁴¹⁶ Ver Apéndice n° 56.

⁴¹⁷ Si bien sería más correcto hablar de artículos, hemos preferido mantener la denominación de capítulos (*caput*) que es la que le da el escribano Johannes Michaelensis y la que desde siempre la han dado los autores que han estudiado la Regla.

⁴¹⁸ Tal ocurre con el II, incluido en el I; el III y el IV, incluidos en el II; y el XXXIII, el XXXIV y el XXXV que forman el XXX.

⁴¹⁹ Henri Curzon, *La règle du Temple*, p. 11.

publicada solo cuatro años más tarde en la obra *Chronicon Ordinis Cisterciensis*⁴²⁰, primera vez, por lo tanto en que fue imprimida. Como elemento de comparación hemos utilizado la *Regle Française* recogida en la obra de Henri Curzón el cual toma como base las copias encontradas en Roma, París y Dijon⁴²¹. La introducción consta de dos capítulos, el título del primero de los cuales literalmente reza «*Incipit prologus regule militis Christi*» («Comienzo del prólogo de la regla de los caballeros de Cristo»), a diferencia del más elaborado de otras reglas cuyo título es «*Incipit prologus Regule pauperum comilitonum Christi Templique Salomonici*» («Comienza el prólogo de la Regla de los pobres compañeros de armas de Cristo y del temple de Salomón»)⁴²² y también diferente del lacónico «*Prologus*» que figura en la Regla encontrada en Saint-Victor, transcrita en el *Chronicon*⁴²³.

El prólogo recoge los antecedentes explicativos del concilio y dos datos muy importantes, cuales son la fecha de celebración del concilio y los años transcurridos desde la fundación de la Orden: «...*in sollemnitate sancti Hilarii anno MCXXVIII ab incarnato Dei filio, ab inchoatione predictae militiae, IX...*» («... en la fiesta de San Hilario, año 1128 de la Encarnación del Hijo de Dios, noveno año de la implantación de la predicha caballería,...»). Tras este primer capítulo hay un segundo con el título «*Nomina patrum querat in consilio*» («Nombre de los padres que estuvieron en el concilio») que recoge una lista no exhaustiva de los asistentes, empezando por «*Primum quidem residet M[attaueus] albanensis episcopus, Dei gratia sancte aeclesiae Romane legatus*» («El primero el obispo de Albano, M[ateo] por la gracia de Dios legado de la santa Iglesia de Roma»).

La introducción termina con la frase «*Explicit prologus. Incipit capitula*» («Termina el prólogo. Empiezan los capítulos»), tras la cual hay un índice en el que en sesenta y siete líneas aparecen setenta títulos, a razón de un título por línea, excepto las líneas 60, 63 y 67 que contienen dos títulos, diferencia importante con los títulos de los capítulos que aparecen en el cuerpo de la Regla que sólo son sesenta y siete.

Inmediatamente después de la última línea del índice hay escrita una frase que dice: «*Incipit regula pauperum commilitonum Christi*» («Comienzo de la regla de los pobres compañeros de armas de Cristo»), diferencia importante con el comienzo de la regla de *Saint-Victor* que hemos reseñado en el epígrafe anterior, iniciándose seguidamente el desarrollo de la Regla en sesenta y ocho capítulos. En el cuadro que sigue se expone la correspondencia entre los capítulos de la Regla de Edimburgo, la Regla de San Victor y la Regla Francesa (París/Roma/Dijon), construido por nosotros tomando como referencia la comparativa de Curzon en su obra sobre la Regla del Temple⁴²⁴.

⁴²⁰ Alberto Miraño, *Chronicon Ordinis Cisterciensis*, Sumptibus Bernardi Gualtheri, Coloniae Agripinae, 1614.

⁴²¹ Henri Curzon, *La règle du Temple*, p. i.

⁴²² Henri Curzon, *La règle du Temple*, p. 11.

⁴²³ Miraño, A.14, *Chronicon Ordinis Cisterciensis*, p. 43.

⁴²⁴ Henri Curzon, *Règle du Temple*, p. 351.

CUADRO Nº 1: CORRESPONDENCIA DE LAS REGLAS DE EDIMBURGO, SAN VÍCTOR Y FRANCESA (PARÍS/ROMA/DIJON).		
EDIMBURGO	SAINT VICTOR	FRANCESA P/R/D
I	I II	IX
II	III IV	LXII LXIV
III	V	LXV
IV	VI	LXIII
V	VII	XV
VI	VIII	XXIII
VII	IX	XXIV
VIII	X	XXVI
IX	XI	XXV
X	XII	XXVII
XI	XIII	XXVIII
XII	XIV	XXIX
XIII	XV	XXIX
XIV	XVI	XXX
XV	XVII	XXXI XXXII
XVI	XVIII	XXXIII
XVII	XIX	XXXIV
XVIII	XX	XVII
XIX	XXI	LXVII
XX	XXII	XVII
XXI	XXIII	XVIII
XXII	XXIV	XIX
XXIII	XXV	XIX
XXIV	XXVI	XVIII
XXV	XVII	XVIII
XXVI	XVIII	XXI

XXVII	XXIX	XXII
XXVIII	XXX XXXI	LI
XXIX	XXXII	LXVI
XXX	XXXIII XXXIV XXXV	XXXIX XL XLI
XXXI	XXXVI	L
XXXII	XXXVII	LII
XXXIII	XXXVIII	LIII
XXXIV	XXXIX	XXXV
XXXV	XLIV	LIV
XXXVI	XLV	XLII
XXXVII	XLIII	XLIV
XXXVIII	XL	XLIII
XXXIX	XLI	XLIII
XL	XLII	XLIX
XLI	XLVI	LV
XLII	XLVII	LV
XLIII	XLVIII	LVI
XLIV	XLIX	LIX
XLV	L	LIX
XLVI	LI	LVII
XLVII	LII	LXI
XLVIII	LIII	LXI
XLIX	LIV	XXXVIII
L	LV	LXIX
LI	LVI	LXX
LII	LVII	XIII
LIII	LVIII	XI
LIV	LIX	XXXVI
LV	LX	XV
LVI	LXI	LXVII
LVII	LXII	XIV
LVIII	LXIII	LX

LIX	LXIV	XXXVII XII
LX	LXV	LXXI
LXI	LXVI	LVIII
LXII	LXVII	XLV
LXIII	LXVIII	XLVI XLVII
LXIV	LXIX	XX
LXV	LXX	XXI
LXVI	LXXI	XLVIII
LXVII	LXII	LXXI

Tras la última palabra del último capítulo, sin solución de continuidad, está escrita la frase: «*Explicit regula pauperum commilitonum Christi hec est fratrum templi salomonis*» («Fin de la regla de los pobres caballeros de Cristo que son los hermanos del Templo de Salomón»).

Poniendo en relación los títulos del índice con los de los capítulos se pone en evidencia una notable diferencia entre ellos cuya razón no se nos ocurre cuál pueda ser, aparte de la ignorancia del copista. Para facilitar el análisis de esta particularidad hemos confeccionado el siguiente cuadro en el que en la columna de la izquierda hemos transcrito los títulos de los capítulos del índice y en la de la derecha hemos colocado los títulos de los capítulos correspondientes tal como están escritos en el cuerpo de la Regla. El primer capítulo constituye una singularidad ya que el capítulo como tal carece de título pero sí tiene a su inicio una letra capitular, por lo que, siguiendo el criterio que nos hemos marcado, a efectos de confección del cuadro, lo hemos considerado como un capítulo.

CUADRO N° 2					
TÍTULOS DEL ÍNDICE EN RELACIÓN CON LOS CAPÍTULOS DE LA REGLA DE EDIMBURGO					
ÍNDICE	REGLA	ÍNDICE	REGLA	ÍNDICE	REGLA
I	I(1)	XXIV	XXII	XLVIII	XLIV
II	I(2)	XXV	XXIV	XLIX	XLV
III	II(1)	XXVI	XXV	L	XLVI
IV	III	XXVII	XXVI	LI	XLVII
V	IV	XXVIII	XXVII	LII	XLVIII
VI	II(2)	XXIX	XXVIII(1)	LIII	XLIX
VII	V	XXX	XXIX	LIV	L

VIII	VI	XXXI	XXVIII(2)	LV	LI
IX	VII	XXXII	XXX(1)	LVI	LII
X	VIII	XXXIII	XXXI	LVII	LIII
XI	IX	XXXIV	XXXII	LVIII	LIV
XII	X	XXXV	XXXIII	LIX	LV
XIII	XI	XXXVI	XXXIV		LVI
XIV	XII	XXXVII	XXXV	LX	LVII
XV	XIII	XXXVIII	XXXVI	LXI	LVIII
XVI	XIV	XXXIX	XXXVII	LXII	LIX
XVII	XV	XL	XXXVIII	LXIII	LX
XVIII	XVI	XLI	XXXIX	LXIV	LXI
XIX	XVII	XLII	XL	LXV	LXII
XX	XVIII	XLIII	XXX(2)	LXVI	LXIII
XXI	XIX	XLIV	XXX(3)	LXVII	LXIV
XXII	XX	XLV	XLI	LXVIII	LXV
	XXI	XLVI	XLII	LXIX	LXVI
XXIII	XXIII	XLVII	XLIII	LXX	LXVII

En el cuadro se puede ver que hay un capítulo que no tiene título, pero sí letra capitular inicial, el I (1); dos grupos de dos capítulos, el XX- XXI, y el LV- LVII que cuentan con uno solo en el índice (el XXII y el LIX, respectivamente); y varios capítulos de la Regla de referencia (San Víctor) que no tienen título en la Regla de Edimburgo, el I (2), el II (2), el XXX (2), el XXX (3) y el XXXVII (2) por estar incluidos en otros capítulos, particularidad que hemos señalado añadiendo un número árabe entre paréntesis al correspondiente ordinal de esta última. Hay un capítulo de la Regla, el LVI, que no tiene su correspondiente en el índice.

1.7.7.2 Análisis de los estatutos jerárquicos⁴²⁵.

Hasta el año 1129 la Orden carecía de estructura y organización interna alguna. El único cargo que existía era el de maestro. Pero a partir del concilio de Troyes se puso en marcha la organización de la Orden, no solo porque así lo decía la Regla sino, sobre todo, por la necesidad derivada de la constitución de encomiendas a lo largo y ancho de toda la Cristiandad como consecuencia de las múltiples donaciones que recibieron.

Los estatutos jerárquicos se recogen en los capítulos 77 a 197 de la Regla Francesa y comienza por los *retraits* del maestro. Aunque muchos autores lo lla-

⁴²⁵ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 75-141.

man gran maestre, en realidad tal título, a diferencia de otras órdenes militares⁴²⁶, no existió nunca, oficialmente, en la orden del Temple, aunque extraoficialmente el uso de tal denominación, o de otras similares, se hizo costumbre como forma de distinguirlo de los maestros provinciales⁴²⁷. Si bien habitualmente era elegido para el cargo un caballero de larga trayectoria militar y en puestos de responsabilidad en la Orden, en ciertos momentos intervinieron reyes y papas en la elección, presionando para colocar a sus pupilos.

En los estatutos jerárquicos se regulan las funciones del maestre⁴²⁸, el senescal⁴²⁹, el mariscal⁴³⁰, el comendador del reino de Jerusalén⁴³¹, el comendador de la

⁴²⁶ En la orden del Hospital de san Juan a partir del siglo XV se le llama gran maestre.

⁴²⁷ En algunas actas de los diferentes procesos a que se sometió a los templarios en los diversos países se hace referencia al maestre denominándolo *Magnus Magister*, *Magister Major* o *Magister Generalis*. Ver, entre otras, el acta del segundo interrogatorio ante la comisión papal que se recoge en el Apéndice nº 31.

⁴²⁸ El maestre era el superior de la Orden, con dependencia directa del papa y con prerrogativas en muchos casos de príncipe soberano en lo militar y de abad en lo religioso, pero con competencias reales muy limitadas, pues para todo lo verdaderamente importante tenía que contar con la aprobación del capítulo. A partir de la promulgación de la bula *Omne Datum Optimum* en 1139, en la que se le reconoce la dignidad de prelado, solo debía obediencia al papa. El maestre tenía a su servicio un equipo compuesto por dos caballeros, que tenían asignada la labor de lo que hoy serían ayudantes de campo, un asistente personal, un sargento, un herrador, un amanuense, un traductor y un turcople. Colocaba su tienda junto a la que actuaba de capilla. Tenía asignados cuatro caballos y hasta cuatro mulas como bestias de carga. Tanto las unas como los otros recibían una ración extra de cebada con respecto a los otros animales. Entre sus obligaciones figuraba la de velar por el cumplimiento de las sanciones y si éstas consistían en estar postrado en el suelo el castigado no podía levantarse hasta no ser ayudado por él. También le correspondía solo a él, o al hermano en quien delegara, conceder o denegar permiso para derramar sangre, correr caballos, bañarse y celebrar justas y torneos. En señal de humildad, debía sentar a su mesa a cinco pobres cada día en la casa donde estuviera comiendo y el Jueves Santo tenía que lavar los pies a trece pobres. La descripción de sus funciones termina con la frase: «Todos los hermanos del Temple deben obedecer al maestre y el maestre debe obedecer al convento». (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 75-86).

⁴²⁹ El senescal era el segundo cargo en importancia. Actuaba como lugarteniente del maestre al cual sustituía cuando éste estaba ausente. Para su servicio disponía de un caballero, dos escuderos, un sargento, dos infantes, un diácono, un turcople y un amanuense sarraceno. Tenía asignados cuatro caballos y un palafrén para cargar el equipo. Era el portador de la *bauçant* o estandarte del Temple y usaba el mismo sello que el maestre. Su tienda de campaña, similar a la del maestre, se colocaba junto a la de éste en las cercanías de la capilla. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 86-88).

⁴³⁰ El mariscal, cuya función era eminentemente military, disponía para su ayuda de dos escuderos, un sargento y un turcople. Se le asignaban cuatro caballos, un caballo turcomano y un rocín sin castrar. Cuando estaba en campaña, residía en un pabellón con cuatro faldones y tres postes y una tienda para sus escuderos y su equipo. Todas las armas del Temple eran de su competencia, tanto las compradas como las ganadas en botín de guerra, excepto las ballestas y las armas turcas. En las batallas actuaba de planificador o estratega y se encargaba de dar las órdenes directas de combate, no pudiendo ser sustituido en esta función salvo que se encontrara enfermo o impedido. Una vez que el mariscal daba el grito de guerra, los comandantes debían reunir a sus tropas y acudir a formar junto al mariscal, bajo cuyo mando debían permanecer en tanto durara la contienda. Como experto militar, era el encargado de comprar los caballos de batalla y de asignarlos e inspeccionarlos. De él dependía el aprovisionamiento de acero para forjar armas y de alambre para fabricar cotas de malla. Si lo estimaba conveniente, podía nombrar a un vice-mariscal, que era un sargento encargado de dirigir a los artesanos. También le correspondía la designación del abanderado, el cual disponía de dos caballos y de un escudero que era el que materialmente sostenía el estandarte. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 88-94).

ciudad de Jerusalén⁴³², los comendadores de Trípoli y Antioquía⁴³³, el pañero⁴³⁴, los comendadores provinciales y de las casas⁴³⁵, los comendadores de los caballe-

⁴³¹ El comendador del reino de Jerusalén, contaba con un equipo formado por dos escuderos, un sargento, un diácono (que supiera escribir), un turcople, un amanuense sarraceno y dos infantes. Además tenía asignados cuatro caballos, un palafrén, un pabellón como el del mariscal y una tienda para sus ayudantes. Su función principal era la de ejercer como preceptor y tesorero supremo de la Orden, recepcionar las propiedades y ser guardián del tesoro. Estaba autorizado a comprar las bestias de carga, camellos incluidos, necesarios para poder desarrollar su trabajo. Recibía todos los tributos, impuestos y rentas que ingresaban la Orden, así como los beneficios procedentes del botín de guerra. También era el encargado de la flota y del astillero que la Orden tenía en san Juan de Acre. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 94-100).

⁴³² El comendador de la ciudad de Jerusalén disponía de un equipo integrado por dos escuderos, un sargento con dos bestias, un amanuense sarraceno con una bestia y un turcople con una bestia. Tenía asignados cuatro caballos y otro extra ocasionalmente, que podía sustituir por un caballo turcomano o un rocín. Fuera de la casa contaba con una tienda redonda y un estandarte *bauçant*, bajo el cual debían cabalgar todos los caballeros que se encontraran en Jerusalén. Su principal misión era organizar las escoltas que protegían a los peregrinos en el trayecto de Jerusalén hasta el río Jordán, para lo cual tenía diez hermanos a sus órdenes. Tenía pleno derecho sobre el botín de guerra ganado más allá del río Jordán, del cual podía quedarse la mitad y repartir el resto. El cargo desapareció en 1187 tras la toma de Jerusalén por Saladino. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 100-102).

⁴³³ Los comendadores de Trípoli y Antioquía disponían como ayudantes de un caballero, un sargento, un diácono, un turcople, un amanuense sarraceno y un infante. Tenían derecho a cuatro caballos, un palafrén, una tienda redonda y un estandarte. Ejercían las funciones del maestre en su nombre en los territorios bajo su mando. Estaban obligados a proporcionar a las fortalezas bajo su jurisdicción todo lo necesario para su mantenimiento, realizar inspecciones en las mismas, controlar los tesoros de cada lugar y disponer que estuvieran listas y preparadas las guarniciones. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 102-105).

⁴³⁴ El pañero, o encargado de la ropería, tenía asignados dos escuderos y un encargado de las bestias de carga; además, disponía de cuatro caballos, un pabellón como el del mariscal, una tienda para sus ayudantes y otra para los sastres, y varias bestias de carga para portar sus pertenencias y el equipo de los sastres. Era el encargado de toda la ropa de la Orden, lo que incluía los hábitos y la ropa de cama de todos, salvo las mantas de lana. Cuando llegaban ropas de Europa las inspeccionaba, hacía los correspondientes lotes y los repartía entre los hermanos. Supervisaba la uniformidad y si alguno no iba correctamente vestido podía darle órdenes y corregirle. Su cargo era considerado el tercero en la jerarquía de la Orden, sólo precedido por el maestre y el senescal. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 105-106).

⁴³⁵ Los comendadores provinciales eran los responsables de la Orden que se encontraban al frente de cada una de las grandes provincias en las que ésta estaba organizada territorialmente. A veces era llamado maestre provincial, dado que ejercía las funciones del maestre en el territorio de su jurisdicción. Era elegido por el capítulo provincial, pero, a diferencia del maestre, que era elegido de por vida, ejercía el cargo por cuatro años, aunque podía prorrogarse. Era ayudado por un lugarteniente o vice-comendador, al que se denominaba compañero, y un capellán que hacía las veces de escribano. Los comendadores de las casas (encomiendas) eran los jefes de la Orden en cada casa, hacienda o convento de la misma. A veces recibía el nombre de maestre de encomienda o preceptor. Disponía de dos escuderos y de cuatro caballos, o en cualquier caso siempre un caballo más que el resto de los caballeros de la encomienda. Sus atribuciones estaban sujetas a las directrices emanadas del capítulo general y a lo que ordenara el maestre, a quien debían pedir permiso para cualquier decisión extraordinaria, aunque estaba facultado para entregar a los hermanos del convento un besante (moneda bizantina de oro o plata), una sobreveste, una camisa, una copa, una piel de oveja y un paño de lino. No podía construir edificios nuevos sin autorización, pero sí reconstruir o reparar los ya existentes. Cada escuadrón de diez caballeros tenía a un comendador o comandante al frente. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 106-109).

ros⁴³⁶ y los caballeros y sargentos.

Los caballeros y sargentos eran los verdaderos hermanos o freires de la Orden. Tanto los sargentos como los caballeros estaban exentos de realizar trabajos manuales, pero podían ser castigados a ejercer tareas de los artesanos o de los siervos. Los caballeros eran reclutados entre los miembros de la aristocracia europea y debían demostrar su pureza de sangre y la nobleza de su linaje, además de ser hijos legítimos. Su número dentro de la Orden fue variable y osciló a lo largo de los dos siglos de existencia, desde los nueve fundadores a un número en torno a los mil en la época de mayor presencia en Tierra Santa. Eran los únicos que podían llevar la capa y sobreveste completamente blanca con la cruz roja sobre el lado izquierdo, y para sus funciones disponían de tres caballos y un escudero, e incluso un cuarto caballo y un segundo escudero si lo autorizaba el maestre.

Había caballeros de tres clases:

1. Permanentes: eran los que habían profesado con los tres votos⁴³⁷. Eran los verdaderos monjes-soldados;
2. Temporales: eran los que se comprometían con la Orden por un tiempo determinado en las mismas condiciones que los caballeros permanentes, pero una vez cumplido el compromiso regresaba a su vida anterior. Esta noción de servicio temporal, extraña al monacato cristiano, es vista como una influencia del *ribat* musulmán y generalmente era debida a una promesa, al celo religioso o al afán de aventuras;
3. De la orden tercera: caballeros que deseaban servir en el Temple pero en el mundo. Podían seguir casados, si ya lo estaban, pero en ese caso debían dormir fuera del convento. Tal fue el caso, entre otros, de Fulques de Anjou, García Ramírez o Sancho VI de Navarra.

Los sargentos ingresaban por los mismos cauces que los caballeros, pero se diferenciaban de éstos por su condición social ya que eran individuos de condición no nobiliaria. Vestían hábito con capa y sobreveste de color negro, a veces marrón si no se disponía del color negro, pero nunca blanco, con una cruz roja delante y otra detrás, y disponían del mismo equipo que los caballeros, salvo el número de caballos (sólo se les asignaba uno) y no disponían ni de tienda ni de caldero propio. Sólo cinco sargentos podían poseer dos caballos: el vicemariscal, el abanderado, el cocinero, el herrero y el comandante del astillero de Acre, que además tenían también un escudero. Uno de los sargentos era denominado gonfalonero⁴³⁸ y se encargaba de mandar a los escuderos.

Siguen a continuación una serie de artículos en los que se regula cómo se debe acampar, cómo se debe marchar con la tropa, como deben ir los hermanos en

⁴³⁶ Los comendadores de los caballeros, bajo la dependencia de los comendadores de la tierra, allí donde no había mariscal con las funciones de dar permisos de ausencia y para bañarse a los hermanos y también para hacer galopar a los caballos. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. 109).

⁴³⁷ Obediencia, pobreza y castidad.

⁴³⁸ Abanderado.

escuadrón y cómo debe el mariscal asir el gonfalon⁴³⁹ para la carga.

En los artículos finales de este capítulo se regulan las funciones del turcople⁴⁴⁰, el vicemariscal⁴⁴¹, el gonfalonero⁴⁴², los escuderos⁴⁴³, los artesanos y siervos⁴⁴⁴ y, finalmente, los capellanes⁴⁴⁵.

1.7.7.3 Análisis del procedimiento de elección del maestre⁴⁴⁶.

La Regla habla de la elección del «*Maistre dou Temple*» y en ningún sitio se refiere al superior de la Orden como gran maestre o maestre general, títulos tardíos que, en todo caso, nunca fueron reconocidos por la Santa Sede, pero que devinieron en costumbre para diferenciarlo de los maestros provinciales.

Una vez elegido y habiendo tomado posesión del puesto, el maestre permanecía al frente de la Orden hasta su muerte. El procedimiento de elección de cada nuevo maestre estaba perfectamente definido en la Regla⁴⁴⁷. Así, cuando el maestre fallecía era sustituido de manera provisional por el mariscal, que se encargaba de organizar los funerales y de convocar a capítulo general extraordinario a los miembros que tenían derecho a participar en la asamblea.

Los funerales eran sencillos pero llenos de una gran religiosidad; se encendía un gran número de velas, honor que estaba reservado exclusivamente a los maestros, y era enterrado con toda solemnidad. Durante los siete días siguientes los hermanos rezaban doscientos padrenuestros, ayunaban a pan y agua durante tres viernes y cien pobres eran alimentados en la comida y la cena.

Acabados los funerales y convocado el capítulo, éste debía reunirse, si era posible en Jerusalén⁴⁴⁸, en un día fijado por el mariscal y el comendador del reino de Jerusalén. A partir de ese momento era el comendador quien se encargaba de la

⁴³⁹ Estandarte o bandera terminada en una o dos puntas.

⁴⁴⁰ El turcople o *turcopolier* era el hermano que estaba al mando de los turcoples, mercenarios que integraban las tropas auxiliares contratadas para reforzar los efectivos en Tierra Santa. La mayoría procedían de Turquía, de donde deriva el nombre. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 127-129).

⁴⁴¹ El vice-mariscal era un sargento que estaba a las órdenes de mariscal y que ejercía sus funciones sobre los sirvientes de los oficios y, cuando no había gonfalonero también sobre los escuderos. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 129-132).

⁴⁴² El gonfalonero tenía el mando sobre los escuderos y la responsabilidad del estandarte o *bauçant*. Cuando la tropa marchaba en formación él debía ir delante del estandarte que era portado por un escudero. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 132-133).

⁴⁴³ Los escuderos o *armigers* eran los ayudantes de los caballeros, y se encargaban de mantener su equipo militar y de asistirles en el combate. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. 54).

⁴⁴⁴ Los artesanos y siervos eran los *freires* de los *mestiers* u oficios, que realizaban actividades auxiliares tales como panadería, forja, establo, construcción, vestidos... Estaban exentos de realizar actividades militares. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, p. 187).

⁴⁴⁵ Los capellanes eran sacerdotes que no combatían y se dedicaban a los servicios religiosos, además de actuar como notarios y escribanos. (Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 164-169).

⁴⁴⁶ Henry Curzon, *La règle du Temple*, 142-152.

⁴⁴⁷ En los artículos 198 a 223.

⁴⁴⁸ Lo que no fue posible a partir de 1187, tras la pérdida de la Ciudad Santa.

custodia del sello del maestre.

El día previsto para la elección, al amanecer, los electores, que la Regla sugiere que sean dos o tres «hermanos ilustres» por cada casa, después de asistir a los maitines, acudían a la sala capitular. Una vez reunidos, el comendador del reino de Jerusalén tomaba la palabra y proponía la elección de un «comendador de la elección», que debería recaer en un hermano que, a ser posible, «hablara todas las lenguas, amara la paz y la concordia y no alentara las discrepancias». Elegido el comendador de la elección, él mismo nombraba a otro hermano para que le ayudara. Ambos pasaban la noche rezando y sin hablar, salvo que tuvieran que comentar alguna cosa con respecto al proceso electivo. El día transcurría entre una misa dedicada al Espíritu Santo para implorar su gracia, oraciones y rezos en la capilla. Acto seguido el comendador del reino se reunía con el comendador de la elección y el hermano elegido por éste y les exhortaba para que eligiesen a otros dos hermanos con lo que ya eran cuatro. Hecho esto, los cuatro escogían a dos más, con lo que ya eran seis; los seis a otros dos, con lo ya sumaban ocho; los ocho elegían a dos más con lo que se llegaba a diez, y los diez elegían a otros dos, con lo que el número de electores ya era de doce. Por fin, los doce elegían al último elector, que tenía que ser capellán y ocupar así el lugar simbólico de Jesucristo en la Última Cena.

De los doce electores más el capellán, ocho tenían que ser caballeros y cuatro sargentos. Además debían ser de distintas nacionalidades para evitar que una de ellas monopolizara el cargo.

Concluida la elección de los electores, estos se retiraban de la sala del capítulo y se reunían en otra estancia empezando entonces, con absoluto secreto, el proceso de elección del nuevo maestre mediante la admisión de las propuestas nominales iniciales que cada uno de los trece fuera realizando. Si no se ponían de acuerdo, el comendador de la elección lo ponía en conocimiento del capítulo los cuales rezaban implorando la intercesión del Espíritu Santo. La sesión de la comisión electora continuaba hasta la elección del nuevo maestre.

Una vez que el maestre había sido elegido, el comendador de la elección comunicaba su nombre al capítulo y solicitaba su asentimiento, tras lo cual, si estaba presente, el maestre juraba su cargo. En caso contrario se enviaba una delegación para comunicarle el nombramiento. Una vez que aceptaba el cargo, era conducido a la capilla, se arrodillaba ante el altar y se ofrecía un *Te Deum* de acción de gracias.

1.7.7.4 Análisis de las faltas y sanciones⁴⁴⁹.

Al comportamiento, las faltas y las sanciones están dedicados dos apartados de los *retraits*⁴⁵⁰.

⁴⁴⁹ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 153-164 y 285-336.

⁴⁵⁰ Por un lado los artículos 224 a 278 en los que se trata de las faltas y por otro los artículos 416 a 542 que trata de las sanciones.

Los templarios, además de los votos de pobreza, castidad y obediencia, juraban, con ocasión de su investidura, contribuir a la conquista y a la defensa de la presencia cristiana en Tierra Santa, dando su vida para ello si fuera necesario y, por este motivo, desde el principio, la Regla impuso una conducta extremadamente disciplinada y férrea al objeto de conseguir un grupo humano cohesionado y comprometido con los votos e ideales que habían jurado mantener y defender.

La norma básica, al igual que en los conventos religiosos, era el silencio siempre que fuera posible, sobre todo dentro de la casa. En los casos en que le era preciso hablar, el templario debía hacerlo sin gritos ni aspavientos, en voz baja y dirigiéndose a su interlocutor de manera comedida. Tanto durante los oficios, como al salir de los mismos, estaba prohibido hablar, salvo causa mayor, especialmente en las oraciones nocturnas. Estaban estrictamente prohibidas las charlas ociosas y aquéllas que pudieran derivar en situaciones jocosas o de regocijo por causa de asuntos triviales y mundanos. En su conducta debían procurar siempre la cortesía y la elegancia, incluso a la hora de dar órdenes, que se solían impartir con expresiones tales como «gentil y dulce hermano».

Pero este buen trato entre los hermanos no estaba reñido con el fin superior que era la Orden y así, si un templario tenía conocimiento de la comisión de una falta por otro hermano estaba obligado a denunciarlo de inmediato. El templario se debía a su labor, y por tanto tenía que estar siempre preparado para lo que sus superiores les demandaran y por ello les estaba prohibido salir del convento sin permiso, salvo para ir a rezar ante el Sepulcro del Señor o a otros lugares de culto en la Ciudad Santa, pero siempre debían hacerlo en pareja, norma que, lógicamente sólo era de aplicación a los freires que se encontraban en Jerusalén.

Estaban obligados a evitar la envidia, la calumnia, el rumor y el despecho y a no despreciar a nadie. Tenían prohibido realizar cualquier tipo de manifestación y sus virtudes máspreciadas habían de ser la prudencia, la fortaleza y la templanza. El excesivo protagonismo era mal visto pues se suponía que todo lo que hacían estaba destinado a mayor gloria de Dios y de la Orden. Así pues, el individuo no importaba nada, la Orden lo era todo y todo era de la Orden. A ninguno le estaba permitido poseer nada, aunque fuera de ínfimo valor y tan era así, que incluso tenían prohibido dedicar dinero al rescate de cautivos, por lo que si un templario era apresado en batalla, el único destino que podía esperar era tratar de escapar, morir ejecutado o pudrirse en prisión de por vida o mientras durase la condena.

Para los templarios la castidad era no solo un voto al que se habían obligado voluntariamente de por vida, sino que, además, consideraban que su energía mental y física procedía de ella, por lo que les estaba absolutamente prohibido todo acto que pudiera tener una connotación sexual, incluso abrazar o tocar a una mujer, aunque fuera una familiar pues, se decía, que era peligroso tan sólo mirarlas de frente a los ojos.

El incumplimiento de las normas o el no seguir los preceptos contenidos en la Regla era castigado con la imposición de penas que se clasificaban en dos apartados, pero cuyo contenido real era el mismo: la expulsión y/o la pérdida del hábi-

to. La única diferencia entre ambos castigos era la duración: permanente en el primero y temporal en el segundo. Para pequeñas faltas, como por ejemplo tener descuidado el equipo, los castigos consistían en dormir en el suelo, ser privado de alguna comida, realizar tareas reservadas a los siervos o ser sometido a cilicios o a azotes.

Las faltas más graves eran castigadas con la expulsión, lo cual implicaba la salida de la Orden para siempre, en tanto que las faltas leves o menos graves eran sancionadas con castigos corporales, no participar en las actividades diarias de la Orden, trabajos denigrantes, prisión o la pérdida temporal del hábito dependiendo de la gravedad de la falta. Se podía castigar desde un día sin hábito hasta un año. La sanción podía ir acompañada de castigo corporal. Las faltas que conllevaban la aplicación de estos castigos eran las siguientes:

- Desobedecer.
- Poner la mano encima y/o golpear a un hermano.
- Golpear a un cristiano o a una cristiana.
- Tener contacto con una mujer.
- Acusar a un hermano en falso.
- Autoacusarse para obtener un permiso.
- Cambiarse a otra orden, o amenazar con hacerlo, sin autorización.
- Amenazar con irse con los sarracenos.
- Bajar el estandarte para golpear.
- Cargar sin permiso siendo el portador del estandarte.
- Cargar sin permiso (salvo si se viera a un cristiano en peligro de muerte).
- Negar el pan y el agua a un hermano.
- Entregar el hábito a alguien a quien no se debe.
- Aceptar un donativo de quien desea apoyo para ingresar en la Orden.
- Abrir una carta, sellada sin permiso.
- Forzar un cerrojo sin permiso.
- Dar limosna sin permiso.
- Prestar cualquier pertenencia de la Orden sin permiso.
- Prestar el caballo a otro hermano sin permiso.
- Mezclar las pertenencias de un señor con las del Temple.
- Declarar que pertenecían al Temple unas tierras siendo falso.
- Matar, herir o perder a un esclavo por error propio.
- Matar, herir o perder a un caballo por error propio.
- Cazar.
- Probar las armas y el equipo si se derivaba de ello algún mal.
- Entregar un animal del aprisco sin permiso.
- Edificar una casa sin permiso del maestro o del comendador de la zona.
- Causar a sabiendas o por error una pérdida de cuatro dineros o más.
- Atravesar la puerta del convento con intención de irse y luego regresar arrepentido.
- Dormir dos noches fuera del convento.
- Devolver el hábito o tirarlo por ira.
- Coger el hábito que otro ha tirado y ponérselo al cuello.

La expulsión era la sanción más grave y se aplicaba sólo a los actos más infamantes. Era impuesta por el capítulo, ante el cual debía acudir el inculcado vestido sólo con sus pantalones y una cuerda alrededor del cuello y cumplir penitencia por un año y un día. Las faltas castigadas con la expulsión eran las siguientes:

Simonía: haber entrado en la Orden ganándose a un hermano mediante la compra.

Revelación: contar a un hermano que no estuvo presente, o a cualquier otra persona, lo deliberado en una sesión del capítulo.

Asesinar a un cristiano o a una cristiana.

Robar.

Salir de un castillo o casa fortificada por un lugar que no fuera la puerta señalada.

Conspirar.

Marcharse con los sarracenos.

Cometer un acto de herejía.

Abandonar el estandarte y huir por miedo a los musulmanes.

Sodomía.

A pesar de todas estas prohibiciones y limitaciones, los templarios tenían permitidos algunos juegos y diversiones como medio para escapar de la rutina cotidiana. Así, podían realizar pequeñas apuestas con otros de sus hermanos, siempre que no mediara dinero, como podía ser con flechas sin punta, clavijas inservibles, cuerdas gastadas, etc. En cuanto a los juegos, sólo estaba permitido jugar a las tablas, al llamado marelles o rayuela, practicado sobre un tablero con fichas, y al desconocido *forbot*, pero estaban expresamente prohibidos el ajedrez o los dados.

1.7.7.5 Análisis de la vida conventual⁴⁵¹.

Se dedica este capítulo homónimo de la Regla, a describir las normas que rigen la rutina diaria en las casas⁴⁵², indicando ya la primera frase cual es el deber primordial del templario y, en definitiva, el objetivo de la Orden: «Cada hermano del Temple debe saber que ante todo está obligado a servir a Dios». Como en todas las órdenes religiosas, el ritmo diario de los templarios era monótono y reiterativo, salvo cuando estaban en campaña o preparándose para la batalla. Es curioso que la Regla, que de manera tan minuciosa reglamenta la vida religiosa de los templarios, no haga mención alguna al entrenamiento o preparación para el combate, por lo que hemos de suponer que todo el tiempo que no estaban dedicados a la oración éste era el menester en que se ocupaban. Todo cuanto hacían estaba reglamentado y escrito en las normas de comportamiento: dormir, rezar, comer, vestir, hablar,..., todo estaba regulado.

Una jornada habitual en cualquier encomienda comenzaba con el rezo de maitines en la madrugada. Al sonar la campana el templario tenía que levantarse

⁴⁵¹ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 170-215.

⁴⁵² Se recoge en los artículos 279 a 385

cubrirse con la capa y acudir con el resto de hermanos a la capilla a rezar veintiséis padrenuestros. Sólo los enfermos, o los que hubieran trabajado en algún servicio especial el día anterior, tenían permiso para quedarse en la cama. En la capilla, durante las oraciones, permanecían siempre en pie, para dominar así el cuerpo, aunque la Regla admite que se podían sentar tras oír el salmo *Venite* para levantarse después del *Gloria Patri*. Finalizado el oficio, se dirigía a los establos y allí inspeccionaba los caballos y su equipo, y si algo no estaba bien debía dejarlo en perfectas condiciones con la ayuda de su escudero. Una vez finalizada esta tarea regresaba a la cama para seguir durmiendo, dado que aún era de noche.

A la hora prima, al amanecer, sonaba de nuevo la campana, y tenía que levantarse de inmediato y acudir a la capilla para asistir a la misa y al segundo oficio religioso del día. Finalizado éste, acudía de nuevo a revisar su armadura y el resto del equipo. A lo largo de la mañana tenía que asistir a dos nuevos oficios religiosos, los de las horas tercia y sexta, y rezar hasta sesenta padrenuestros, treinta por los vivos y treinta para librar a los muertos de las penas del Purgatorio.

A mediodía se comía en dos turnos señalados con toques de campana. El primero para los caballeros y el segundo para los sargentos. Salvo causa mayor, nadie podía faltar en el refectorio. Una vez en el comedor esperaba hasta la llegada del capellán para bendecir la mesa y dirigir la oración del padrenuestro. En la mesa siempre había pan, agua y vino. Mientras comían en silencio y sin hacer ruido, un hermano leía las Sagradas Escrituras en voz alta. Nadie estaba autorizado a levantarse de la mesa mientras comía salvo por causa de guerra, por enfermedad súbita o porque se hubiera prendido fuego en alguna dependencia. Acabada la comida, acudía a la capilla en compañía de todos los hermanos y se rezaba un padrenuestro para dar gracias a Dios.

A media tarde disponía de unas horas de asueto, durante las cuales podía hacer aquello «que le instruya Nuestro Señor», pero tenía que permanecer localizado en todo momento.

A la hora nona, al atardecer, repicaba de nuevo la campana y a su sonido debían acudir a la capilla para escuchar el oficio religioso correspondiente a esa hora y rezar trece padrenuestros. El oficio se repetía a la hora de vísperas ya puesto el sol, pero rezando dieciocho padrenuestros. Terminado el oficio de vísperas, se llamaba para la cena, que discurría de manera similar a la comida.

El día terminaba con la llamada al oficio de completas, de noche, para asistir a la capilla, aunque antes, el que lo deseara podía reunirse con los hermanos para beber vino, rebajado con agua, pero sin cometer excesos. Terminado el oficio y la oración de la hora de completas, acudía a inspeccionar su caballo y su equipo antes de irse a dormir previo rezo de un padrenuestro. Una lámpara tenía que permanecer siempre encendida para iluminar el dormitorio, al igual que ocurría en los monasterios cistercienses, sin duda para evitar cualquier tentación de carácter homosexual. Dormía con la camisa, las calzas o pantalón bien atado, dejando la capa o el manto convenientemente colgado.

Rezar, revisar y reparar el equipo y comer, y siempre en silencio, era cuanto hacía a lo largo del día un templario, incluidos los domingos, que tan solo se dife-

renciaban en la celebración del capítulo. Sin lugar para la diversión, el ocio o la risa. Incluso las conversaciones agradables, o que indujeran a la diversión, estaban mal vistas. Ni siquiera podían practicar la caza, salvo la del león. Como ya se ha dicho, sólo le estaba permitido jugar a tablas, a la rayuela y al *forbot*. Las cartas de familiares y amigos eran leídas públicamente. Jamás se mostraban desnudos y debían llevar barba y el pelo corto con una gran tonsura como la de los monjes.

Toda la vida de la Orden giraba alrededor de las festividades religiosas conmemorándose de manera especial la Navidad, Pentecostés y Todos los Santos, destacando además, otras fiestas como las de san Juan Bautista, san Juan Evangelista, san Miguel Arcángel, san Bartolomé, san Julián y sobre todo María, la madre de Jesús.

El ingreso tenía lugar cuando el caballero alcanzaba la mayoría de edad pues se consideraba que antes de esa edad la voluntad no estaba formada y que, además, carecía de la fuerza física necesaria para manejar las armas. Acostumbraban a permanecer en Tierra Santa tomando parte en las batallas contra los musulmanes y en las patrullas de escolta a los peregrinos.

Cuando por la edad, las heridas o las enfermedades disminuía la capacidad física, solían regresar a Europa para terminar plácidamente sus días en alguna de las muchas encomiendas de que disponía la Orden. Al morir eran enterrados sin ninguna celebración especial, salvo el rezo de cien padrenuestros por su alma, por los compañeros de la casa, en algunos de los cementerios de que disponía la Orden o en alguna iglesia que les hubiera concedido tal merced, como hizo Jocelin, obispo de Soissons⁴⁵³.

Tal como ocurre con las órdenes monásticas, lo referente a las comidas estaba perfectamente regulado en la Regla, siendo la frugalidad y la moderación la norma que la regía. La dieta era equilibrada y variada, pues comían carne tres veces a la semana, además de pescado, verduras y legumbres, que podían ser sustituidos si se consideraba que estaban crudos o estropeados.

El ayuno era una excepción limitada a unos cuantos viernes, debido a la condición de monjes-soldados que tenían que estar convenientemente alimentados para no desfallecer en la lucha contra el enemigo.

Los enfermos recibían una dieta especial, pues podían comer carne todos los días salvo los viernes. Al ingresar, cada templario recibía un ajuar de mesa consistente en una escudilla, dos copas de boca ancha y una cuchara.

Las comidas eran siempre en común, en el refectorio de la casa y en presencia de todos los hermanos, aunque por turnos separados: primero los caballeros y luego los sargentos.

Comían en silencio mientras escuchaban las Sagradas Escrituras leídas por un clérigo o un caballero desde un púlpito. El maestro, o el comendador en su ca-

⁴⁵³ André d'Albon, *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Honore Champion Éditeur, París, 1913. En el documento del 25 de marzo del año 1133, catalogado bajo la signatura XLIX página 42, recoge la concesión del obispo Jocelin de Soissons de un derecho de sepultura a los templarios.

so, ocupaba el lugar de honor y los más ancianos se sentaban en primer lugar en torno a unas mesas cubiertas con manteles blancos. El silencio, sólo podía ser alterado en caso de extrema necesidad y siguiendo reglas perfectamente definidas. Tras la comida daban gracias a Dios y nadie podía levantarse de la mesa antes de que lo hicieran o dieran permiso el maestre o el comendador.

En los primeros años de la Orden los hermanos comían de dos en dos de la misma escudilla, compartiéndola, pero esa práctica se modificó con el tiempo. Cada hermano tenía una copa para el vino, que se servía en raciones iguales para todos.

El vestido en las órdenes religiosas constituye una señal de identidad hacia el exterior por lo que todas ponen gran ahínco en su regulación. En los primeros años de la Orden, entre 1119 y 1129, los hermanos no portaron ningún hábito específico, sino que vistieron con las «ropas seglares» que recibían como limosna. No era posible, pues distinguir a un templario de cualquier otro laico que estuviera en Tierra Santa en aquellos años, pero a partir del concilio de Troyes, la Regla fijó un estricto equipamiento que cada caballero o sargento debía cumplir si no querían ser severamente castigados.

Todo el equipo que necesitaba un templario, según la Regla, tenía que ser sencillo y austero. Los hábitos, las armaduras y demás enseres de batalla, eran proporcionados por la Orden, tanto si se trataba de los hábitos de diario como de las armaduras y demás equipamiento militar. Estaba estrictamente prohibido cualquier tipo de adorno que supusiera el menor indicio de lujo, como por ejemplo repujados de plata o de un efecto similar. Incluso los zapatos habían de ser sencillos y no llevar ni cordones ni estar rematados en punta.

A cada hermano se le proporcionaban dos camisas (una de lino para el verano), dos pares de calzas, dos calzones, un sayón corto, una pelliza, una capa, dos mantos (uno de invierno, forrado de piel de oveja, nunca con pieles preciosas y otro de verano), una túnica, un cinturón ancho de cuero, dos bonetes (uno de algodón y otro de fieltro), y un ajuar accesorio compuesto por una servilleta, una toalla de aseo, un jergón, dos sábanas, una manta de estameña ligera, una manta gruesa de lana de invierno (blanca, negra o a rayas), un caldero, un cuenco para la cebada del caballo y tres pares de alforjas. Caballeros y sargentos utilizaban hábitos con colores diferentes, pero dentro de cada una de estas dos categorías no había distinción entre sus miembros.

Los caballeros vestían un hábito y capa o manto blancos, de inspiración cisterciense y en señal de absoluta pureza y castidad, con el único distintivo de la cruz roja estampada o cosida sobre el hombro izquierdo, privilegio otorgado por el papa Eugenio III en 1147.

Los sargentos portaban un hábito y un manto de color negro o, si no se disponía de este color, marrón o pardo, con la misma cruz roja..

Los vestidos y los elementos del ajuar no eran un regalo, sino una cesión en depósito que el usuario no podía modificar de ninguna manera, salvo permiso del comendador, así como tampoco podía utilizar otras ropas que no fueran las proporcionadas por el hermano pañero.

Los últimos artículos de este capítulo están dedicados a regular las funciones y vida en la Orden de los hermanos capellanes, en todo similar a la del resto de los hermanos, incluso en lo referente a la disciplina, con la única excepción de que no podían tomar parte en las batallas. A ellos se destinaba, después del maestre, la mejor vestimenta de que se disponía. Su función principal consistía en oficiar la misa y los servicios religiosos, asistir espiritualmente a los hermanos, oírles en confesión⁴⁵⁴ y darles la absolución, con las siguientes excepciones que estaban reservadas al Papa o prelado ordinario de la diócesis:

- Si mataba a un hombre o mujer cristianos.
- Si atacaba a cualquier miembro de otra orden religiosa.
- Si, siendo sacerdote, mataba a alguien.
- Si ingresaba en la Orden mediante simonía.

1.7.7.6 Análisis de las asambleas capitulares⁴⁵⁵.

En el apartado de la Regla que trata de los capítulos y su forma de celebración⁴⁵⁶, contra lo que pudiera parecer, solamente se refiere a los capítulos de confesión pública de las faltas y a su castigo sin la más mínima mención a cualquier otro asunto.

La palabra capítulo puede y debe ser interpretada como reunión o asamblea, de aquí que haya que distinguir estos capítulos, dedicados exclusivamente a temas disciplinarios, de las reuniones o capítulos generales en los que se trataban el resto de los temas para los que la Regla exigía el acuerdo del capítulo, tales como la recepción de un nuevo hermano, tierras y disponer o tomar un castillo en campaña, para enviar a hermanos a ultramar, en fin, para «para cosas importantes»⁴⁵⁷.

Dado que la Regla no recoge ninguna norma específica para los capítulos generales, es de suponer que la rutina de su celebración fuera la misma que la que es descrita en este apartado.

Ordena la Regla que conforme vayan entrando los hermanos en la habitación en la que se celebre el capítulo cada uno se persigne y que, antes de sentarse rece un padrenuestro y que, una vez que estén todos o la mayor parte, el que presida, generalmente el maestre, se dirija a ellos y les diga: «Buenos hermanos, poned pie y rezad a Nuestro Señor para que él transmita hoy su gracia sobre nosotros». Acto seguido el capellán, si estaba presente, debía pronunciar su sermón.

A continuación el que presidía tenía que hacer su discurso lo mejor que podía, y una vez comenzado el discurso ningún hermano podía levantarse sin permiso, salvo si era para sentarse más adelante.

⁴⁵⁴ Dice el artículo 269: *Les Frères chaplain doivent oyr le confession des Frères; ne nul Frère ne se doit confesser a autre part fors que a lui, par que il puisse avoir le Frère chaplain sans congié.*

⁴⁵⁵ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 216-284.

⁴⁵⁶ Artículos 386 a 415

⁴⁵⁷ Ultramar para los que estaban en Europa era Tierra Santa mientras que para los que estaban en Tierra Santa era Europa.

Una vez terminado el discurso de apertura, cada hermano que creía que había cometido una falta se tenía que poner de pie, adelantarse y hacer cuantas genuflexiones creía oportuno diciendo: «Buen señor, doy las gracias a Dios, a Nuestra Señora, a vos y a los hermanos por escuchar estas faltas que he cometido». A continuación debía relatar las faltas, sin mentir por vergüenza o por miedo al castigo. Hecho esto el hermano debía abandonar el capítulo y trasladarse a un lugar desde el que no podía escuchar lo que se trataba dentro. Una vez que cada uno de los presentes había dado su parecer, se le permitía de nuevo la entrada y se le comunicaba la decisión del capítulo. Todos los hermanos que creían haber cometido una o más faltas estaban obligados a actuar de la misma manera, pero la penitencia era única.

En el capítulo todos habían de permanecer en silencio, salvo cuando les tocaba el turno de hablar, y ninguno podía ausentarse sin permiso.

Ningún hermano debía corregir a otro delante de una persona extraña al Temple. Cuando un hermano sabía que otro hermano había cometido una falta, lo debía denunciar en el siguiente capítulo, pero, aconsejaba la Regla, que antes de entrar en la sala debía de recordárselo al hermano para que fuera él el que se auto-inculpara y solicitara ser corregido. Sólo si no lo hacía así, tenía que levantarse y hacer su acusación y el hermano acusado, debía levantarse y confesar ante toda la asamblea porque a nadie estaba permitido mentir. Pero a su vez, si sabía que el otro había mentido o había cometido alguna falta, podía, mientras estaba de pie, acusarle ante los hermanos. Los hermanos que eran cogidos en mentiras o falsedades eran severamente castigados.

Ningún hermano podía ser castigado por un seglar o por hermanos de otra orden, pero si uno de éstos venía al maestro y hacía una acusación sincera contra un hermano, el maestro o quien le sustituía debía tratar el tema en el siguiente capítulo y castigar al hermano si así procediere.

En razón a su ámbito, había tres tipos de capítulos:

1. El de la encomienda, casa o convento, que se reunía los domingos de cada semana en la sala capitular, más las vísperas de Navidad, Pascua y Pentecostés. Se exceptuaban los domingos que fueran vísperas de estas fiestas. Además de las cuestiones disciplinarias que se han visto anteriormente, era de su incumbencia la admisión de nuevos miembros y los acuerdos económicos importantes, así como actuar de órgano consultivo del comendador y de las instancias superiores.
2. El capítulo provincial, que reunía a todos los comendadores de la provincia o reino y principales cargos provinciales y que dirimía los asuntos que afectaban a la provincia. Era presidido por la máxima autoridad presente (maestre provincial, preceptor provincial o comendador provincial).
3. El capítulo general, principal órgano de gobierno de la Orden, que era presidido por el maestro. Estaba integrado por los principales cargos y por los comendadores provinciales. La reunión tenía lugar en la sede maestral de la Orden, por lo que, mientras ésta estuvo en Jerusalén, se

reunía en el Templo de Salomón. Posteriormente lo hizo en Acre y Chipre.

1.7.7.7 Análisis del procedimiento de recepción en la Orden.

Es objeto de esta materia el último capítulo de la Regla Francesa⁴⁵⁸. Para poder ingresar en el Templo era necesario haber cumplido los dieciocho años de edad, estando rigurosamente prohibido acoger a menores de esta edad. Cuando se trataba de jóvenes, estos eran presentados en la encomienda más próxima a su domicilio por sus propios padres. Tras la admisión de la solicitud, el postulante era sometido a un período de prueba de duración variable⁴⁵⁹, período que no siempre se cumplía debido, sobre todo, a la necesidad de combatientes para las batallas.

Cuando el responsable de los novicios estimaba que estaba formado como templario, lo exponía en el capítulo y solicitaba el parecer del resto de los hermanos y si no había objeciones, el aspirante era conducido a una habitación cercana a la sala capitular en la que era asistido por dos hombres de mérito, o tres de los más ancianos, que le preguntaban si deseaba ingresar en el Templo y ser siervo y esclavo de la Orden para siempre, y si el postulante contestaba de manera afirmativa, le explicaban que debería abandonarlo todo y los muchos sufrimientos que habría de soportar en adelante. Si contestaba que estaba dispuesto, le sometían al siguiente interrogatorio para constatar que cumplía los requisitos:

- Si tenía esposa o prometida.
- Si había hecho voto de promesa en alguna otra orden.
- Si tenía alguna deuda con un seglar que no pudiera pagar.
- Si estaba sano de cuerpo y no padecía enfermedades secretas.
- Si era siervo de algún hombre.
- Si tenía órdenes sacerdotales.
- Si estaba excomulgado.

Si la respuesta a todas estas preguntas era negativa el postulante era conducido hasta la sala capitular, a presencia del maestre o de quien hiciera sus veces, y era presentado por los padrinos que declaraban que, tras haberlo sometido a interrogatorio, no encontraban obstáculo alguno que impidiera el ingreso en la Orden.

Tras ello el maestre⁴⁶⁰, se dirigía a los presentes y les preguntaba si alguno conocía algún motivo por el que el postulante no debía ingresar en la Orden y si nadie presentaba traba alguna, se dirigía al aspirante y le preguntaba si deseaba ser siervo y esclavo de la Orden para siempre y si respondía que sí le advertía que debería obedecer cuanto se le ordenase y de que en ningún caso se tendrían en cuenta sus deseos y apetencias, sino todo lo contrario, que sería enviado a servir a donde no desease, que sería despertado cuando estuviera durmiendo y que le ordenarían irse a dormir cuando estuviera despierto. Tras el asentimiento del postulante, el

⁴⁵⁸ Henry Curzon, *La règle du Temple*, pp. 337-350.

⁴⁵⁹ A menudo, por necesidad de hombres para Tierra Santa, se obviaba el período de postulación.

⁴⁶⁰ O el que hacía sus veces.

oficiante volvía a preguntar a los presentes si tenían alguna objeción que hacer al ingreso y si no se presentaba ninguna, se rezaba un padrenuestro, tras lo cual el maestre, o comendador en su caso, le volvía a preguntar si cumplía los requisitos y si asentía le prevenía de los siguientes castigos que le serían impuestos:

- Si se demostraba que tenía mujer, sería despojado del hábito, encarcelado y sometido a la vergüenza y el escarnio público.
- Si se probaba que había estado en otra orden, sería expulsado y devuelto a ella.
- Si se sabía que tenía deudas, sería expulsado y entregado al acreedor.
- Si se llegaba a conocer que estaba enfermo podría ser expulsado.
- Si llegara a conocerse que había pagado a alguien para entrar en la Orden sería acusado de simonía y expulsado.
- Si llegara a conocimiento de la Orden que era siervo y no libre, sería devuelto a su señor.
- Si alegaba ser caballero, se le podía preguntar si su padre era caballero y si era hijo legítimo.

Cumplida esta fase, el postulante había de pronunciar los tres votos monásticos: pobreza, obediencia y castidad y además tenía que jurar cumplir las costumbres y tradiciones de la Orden, ayudar a conquistar y mantener Jerusalén y a no infringir herida a ningún cristiano y a continuación tenía que hacer la profesión de fe, según la siguiente fórmula:

«Yo, N, estoy dispuesto a servir a la regla de los caballeros de Cristo y de su caballería y prometo servirla con la ayuda de Dios por la recompensa de la vida eterna, de tal manera que a partir de este día no permitiré que mi cuello quede libre del yugo de la regla; y para que esta petición de mi profesión pueda ser firmemente observada para siempre, entrego este documento escrito en presencia de los hermanos, y con mi mano lo pongo al pie del altar que está consagrado en honor de Dios Todopoderoso y de la bendita Virgen María y de todos los santos. Y de ahora en adelante prometo obediencia a Dios y a esta casa, y vivir sin propiedades, y mantener la castidad según el precepto de Nuestro Señor el papa, y observar firmemente la forma de vida de los hermanos de la casa de los caballeros de Cristo».

Tras esto, continuaba la ceremonia con la imposición de los hábitos y el maestre le colocaba sobre los hombros la capa con la cruz roja distintiva de la Orden y el capellán rezaba en voz alta el salmo 132 en la parte que dice «Mirad que bueno y agradable es habitar todos juntos», a continuación invocaba al Espíritu Santo y todos juntos rezaban un padrenuestro.

El último rito de la ceremonia lo constituía el beso en la boca que el oficiante daba al ya nuevo caballero simbolizando la figura de los contratos de vasallaje, mientras que la campana de la capilla estaba repicando.

Una vez ingresado, antes de dar por terminada la ceremonia, se le enumeraban las obligaciones a las que estaría sujeto de por vida:

- No golpear jamás a ningún cristiano, ni tirarle del pelo, ni patearlo.
- No jurar ni por Dios, ni por la Virgen, ni por los santos.
- No usar los servicios de una mujer, salvo por enfermedad y con permiso,

- ni besar jamás a una mujer, aunque fuera la propia madre o la hermana.
- No dirigirse a ningún hombre con insultos ni con palabras malsonantes.
- Dormir siempre en camisa, con los pantalones y calzones ceñidos con un cinturón pequeño, y no usar otra ropa que la que le proporcionase el hermano pañero.
- Ir a la mesa del comedor sólo cuando sonara la campana y esperar a la bendición antes de empezar a comer.
- Acudir a la capilla en acción de gracias una vez hubiere comido. Levantarse para rezar los maitines y rezar todas las oraciones estipuladas cada día.

CAPITULO 2: El proceso y la disolución.

2.1 Los actores.

2.1.1 Felipe IV.

Fue hijo de Felipe III y de su primera esposa Isabel de Aragón, nació en Fontainebleau y ascendió al trono francés en 1285, a la edad de diecisiete años, si bien, por su matrimonio con Juana de Navarra, desde 1284 ya era rey de Navarra y conde de Champaña.

Tuvo siete hijos, de los cuales tres (Luis X, Felipe V y Carlos IV) llegaron a ser reyes de Francia. Su hija Isabel fue reina consorte de Inglaterra y su hija Margarita estuvo prometida al rey Fernando IV de Aragón, pero el matrimonio se frustró debido a su muerte prematura. Otros dos hijos, Blanca y Roberto murieron siendo niños.

En su infancia fue amigo de Bertrand de Got, futuro papa Clemente V, relación que, a decir de algunos, tuvo cierta influencia en la última etapa de su reinado⁴⁶¹.

Si bien las crónicas lo tachan de piadoso, como su abuelo san Luis (canonizado a su instancia) su gobierno fue cruel y caracterizado por los constantes enfrentamientos con la Santa Sede, especialmente con el papa Bonifacio VIII, lo que sugiere una alta dosis de hipocresía en sus actos⁴⁶².

Se rodeó de un grupo de consejeros, llamados legistas por su conocimiento de las leyes, a los que encomendó la transformación de la monarquía feudal en una monarquía absoluta al estilo de la monarquía de los emperadores latinos y que, aunque no inspiraron, sí justificaron sus políticas.

En política fortaleció el centralismo y limitó de manera notable el poder de la nobleza y, si bien en lo referente a la administración introdujo indudables mejo-

⁴⁶¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 79.

⁴⁶² George Weber, *Compendio de Historia Universal*, T. I, p. 265.

ras, su reinado está considerado como uno de los más conflictivos, tanto en el ámbito externo como en el interno. En aquél, debido a sus enfrentamientos con Aragón, Inglaterra y Flandes y a las desavenencias con la Santa Sede. En éste, debido a su nefasta política económica que le llevó a continuas devaluaciones y revalorizaciones que dieron lugar a levantamientos populares, alguno de los cuales llegó incluso a poner en peligro su vida.

De gran repercusión en toda Europa fue la persecución a que sometió a la orden del Temple hasta conseguir del papa su supresión, persecución que, según dicen algunos autores, estuvo motivada por móviles económicos, al igual que la expulsión de los judíos y los lombardos que habían tenido lugar con anterioridad.

El veintinueve de noviembre de 1314, en Fontainebleau, murió Felipe el Hermoso a consecuencia de un accidente de caza, siendo enterrado en la abadía de Saint-Denis (cerca de París)⁴⁶³.

2.1.2 Clemente V.

De nombre Bertrand de Got, nació hacia 1264 en Villandraut, en Gascuña, actual territorio de la Gironda. Estudió Artes en Toulouse y Derecho Canónico en Bolonia y Orléans. Tras ser ordenado sacerdote fue sucesivamente canónigo de Burdeos, vicario general de Lyon, capellán del papa Bonifacio VIII, obispo de Comminges y arzobispo de Burdeos.

Fue elegido papa el 5 de junio, en el largo cónclave de once meses, por las disputas entre las facciones italiana y francesa del colegio cardenalicio, celebrado en Perugia tras la muerte de Benedicto XI. Aunque fue requerido para que se presentara en Roma, dado que al no ser cardenal no había asistido al cónclave, él eligió la ciudad de Lyon para su coronación, la cual tuvo lugar el 14 de noviembre de 1305 en presencia del rey de Felipe IV, adoptando el nombre de Clemente.

La debilidad de su carácter hizo que durante todo su pontificado estuviera sujeto a los caprichos y deseos de Felipe IV, lo que se pone de manifiesto En muchos de sus actos, como fue el nombramiento de nueve cardenales franceses al poco tiempo de acceder al pontificado, la anulación de la bula *Clericis laicos* de Bonifacio VIII, contraria a los intereses de la corona francesa⁴⁶⁴ y la persecución de los templarios también instigada por Felipe IV.

Además de éstos, otros aspectos importantes de su pontificado fueron la

⁴⁶³ Louis-Philippe de Ségur, *Histoire des règnes de Philippe III, dit le Hardi, et de Philippe IV, dit le Bel*, Alexis Eymery, Librairie-Éditeur, Paris, 1824, pp. 58-171.

⁴⁶⁴ Esta bula fue promulgada el 18 de agosto de 1296 por Bonifacio VIII y en ella se prohibía a los miembros del clero el pago de toda tasa e impuesto sin el permiso previo de la Santa Sede y amenazaba con la excomunión a los príncipes y señores que los exigieran (Francois Mathieu, *El poder temporal de los papas: justificado por la historia. Estudio sobre el origen, ejercicio e influencia de la soberanía pontifical*, Imprenta y Librería de don Eusebio Aguado, Madrid, 1865, p. 22)

compilación de los cánones y la promulgación de las llamadas «Decretales Clementinas» y el traslado en 1309 de la sede pontificia a Aviñón, que si bien al principio tuvo carácter provisional, se prolongó hasta 1377, en que Gregorio VII dispuso la vuelta a Roma.

Hito importante de su pontificado fue la implantación de la Iglesia Católica en China con la creación del arzobispado de Pekín y siete sedes episcopales sufragáneas de éste.

Hay quien atribuye algunas de las decisiones de Clemente V a la discrasia, enfermedad que arrastro durante muchos años⁴⁶⁵

Falleció el veinte de abril de 1314 en Roquemaure (Laguedoc), poco tiempo antes que el otro gran protagonista de su pontificado, el rey francés Felipe IV⁴⁶⁶.

2.2 La Francia de Felipe IV.

2.2.1 Introducción.

«En todas las cosas y en todos los tiempos se debe evitar confundir hecho con derecho: esta distinción es sobre todo necesaria cuando uno se ocupa de la historia en la Edad Media, que es la época en la que la fuerza ejercía un imperio casi soberano y en la que el abuso, cuando podía conseguir una larga existencia, se erigía en derecho»⁴⁶⁷. Esta frase, con la que Edgard Boutaric⁴⁶⁸ comienza el capítulo primero de su obra, *La France sous Philippe le Bel*, nos da pie para bucear en las instituciones francesas en la Baja Edad Media, tiempo en el que tuvieron lugar los hechos que se refieren en esta tesis, en los cuales el protagonismo de Francia y su rey fue absoluto, con la necesaria réplica del papado como institución y del soberano pontífice como su cabeza. En los primeros epígrafes de este capítulo utilizaremos profusamente como referencia la obra de este autor, reputado por su rigurosidad y por sus profundos conocimientos de la Francia medieval.

⁴⁶⁵ C. Wenk, *Clemens V und Heinrich VII*, Halle, 1982.

⁴⁶⁶ Datos biográficos obtenidos de: Sophia Menache, *Clement V*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998. Sobre Clemente V ver también: Valdini, P., Durand, J.-P., Échappé, O., y Vernay, J., *Droit Canonique*, París, 1999, 2ª ed. p. 11; Andrieu-Guitancourt, P., *Introduction sommaire à l'étude du droit en général et du droit canonique contemporain en particulier*, Sirey, París, 1961. pp. 585, 589, 770, 776, 788, 793, 794, 795, 798, 801 y 805.

⁴⁶⁷ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, Henri Plon, Libraire-éditeur, París, 1861, p. 1.

⁴⁶⁸ Edgard Boutaric (1829-1877), fue profesional de la Paleografía y la Diplomática (1841), funcionario de los Archivos Nacionales, donde alcanzó el rango de jefe de la sección administrativa. También fue profesor de Instrucción política, administrativa y judicial de Francia en la *École de chartes*. (Bibliothèque Nationale de France <http://data.bnf.fr/12368468/edgard_boutaric/>).

2.2.2 La corona.

A partir del siglo XI la corona representó una idea abstracta, vaga y mal definida que hoy podríamos encajar en términos tales como nacionalidad o patria. Estaba en la cima de la pirámide feudal y como tal, la superioridad real era admitida por todos: nobles, clérigos y pueblo llano. Los derechos de la corona no estaban recogidos en ninguna ley escrita y se consideraba que su poder dimanaba de Dios y como tal ejercía un señorío absoluto sobre todos y sólo a Él respondía. Esta ausencia de regulación en la legislación positiva constituía, precisamente, la fuerza de la corona.

Tampoco los derechos políticos de los nobles ni del pueblo llano habían sido objeto de reglamentación positiva, sólo los privilegios del clero estaban sancionados por bulas pontificias que tenían fuerza de ley en toda la Cristiandad. Esta situación daba lugar a continuos abusos de poder, ya que a las actuaciones arbitrarias no se les podía oponer otra cosa que los usos y costumbres⁴⁶⁹.

Al acceder al trono Felipe IV se encontró con una difícil alternativa: librarse de todos los obstáculos que podían impedir a la corona llegar a convertirse en una monarquía absoluta o acceder a una alianza de la nobleza con alguno de los otros estamentos y permitirle una cierta participación en los asuntos públicos, debilitando con ello la posición que habían alcanzado sus antecesores, principalmente Felipe-Augusto y san Luis, que acrecentaron notablemente el poder real con la ayuda inestimable del tercer estado y del clero, dando lugar con ello a un fuerte debilitamiento del sistema feudal.

En palabras de Boutaric, el fortalecimiento de la corona, conseguido por Felipe el Hermoso, «puede constatarse por dos series de hechos diferentes: por un lado, el progreso material, que se manifiesta en la expansión geográfica de los dominios y por otro, el progreso moral, que se patentiza en la extensión del poder legislativo. Las vicisitudes del poder legislativo son, en efecto, una excelente escala para medir el progreso de la autoridad real, pues el derecho de hacer las leyes es la más alta prerrogativa de la soberanía»⁴⁷⁰.

2.2.3 Los estamentos o estados y las clases sociales.

Como en el resto de la Europa de entonces, en Francia la sociedad se dividía en tres estamentos, estratos o estados, definidos por un estilo de vida común o análoga función social⁴⁷¹: nobleza, clero y pueblo llano. La diferencia entre los dos primeros estamentos, (nobleza y clero) y el tercer estamento, tercer estado o estado

⁴⁶⁹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 2.

⁴⁷⁰ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 4.

⁴⁷¹ Los estamentos son grupos sociales formados por individuos poseedores de una condición social jurídica similar y que disfrutaban todos de los mismos privilegios.

llano (equivalente al pueblo llano o común de Castilla) estaba en la situación de privilegio de que gozaban, que ponía en evidencia la condición desigual de las personas, tanto jurídica como socialmente. Los estamentos fueron una forma de estratificación de la sociedad, más amplia que la de clases sociales que, aunque en algunas ocasiones puede coincidir con éstas, no es lo corriente, constituyendo más bien una agrupación amplia en la que tienen cabida varias clases sociales⁴⁷².

A los mencionados estamentos había que añadir una clase social, los siervos, los cuales, como pago por la ocupación de la tierra, debían entregar a su señor parte de su propia cosecha y de los frutos que producían. Estaban sujetos, además, a muchas otras obligaciones e impuestos. Carecían de independencia fuera de los límites de predio que ocupaban y si se vendían, o transferían las tierras por cualquier otro título, ellos también entraban en el lote. En contraprestación, recibían protección frente a los ataques de otros señores o de malhechores. Desde el punto de vista representativo, no contaban⁴⁷³.

2.2.3.1 La nobleza.

Aunque pueda parecer paradójico, el adversario más temible de la corona, en la Francia de la Alta Edad Media, era la nobleza, pero su mucho poder se vio frenado por el clero y el tercer estado, que hicieron causa común con la corona debido a los continuos ataques, perjuicios y abusos que sufrieron por parte de aquéllos. Ésta por su parte introdujo cada vez más fuertes limitaciones en los derechos de la nobleza. Se perdieron sus poderes administrativos; se establecieron tribunales de justicia para entender en segunda instancia los fallos de los nobles; se prohibieron las guerras internas entre vasallos; se posibilitó el acceso a la nobleza de miembros del estamento común. En suma, se atacaron los signos de soberanía que detentaban⁴⁷⁴.

Los grandes vasallos se vieron obligados a reconocer la superioridad de la corona y a permitir que sus sentencias, o las sentencias emanadas de sus tribunales, fueran casadas por el parlamento. El derecho a portar armas fue suprimido y las luchas con derramamiento de sangre fueron consideradas como un atentado a la seguridad general y como tal castigado por el rey, el cual, con la excusa de hacer leyes de policía, atacó los cimientos del feudalismo. Así nacieron los «casos reales» o casos sometidos a la autoridad de los representantes del rey, los cuales en tiempo de Felipe IV se incrementaron notablemente en detrimento de la competencia de los señores feudales. En los asuntos civiles sucedió otro tanto y los burgueses reales, junto con las instituciones comunales y las iglesias escaparon a la jurisdicción señorial⁴⁷⁵.

Hasta Felipe III la nobleza había sido un coto cerrado en el que era imposi-

⁴⁷² Bernardo Beerdichewski, *Antropología social, introducción*, pp. 251-253.

⁴⁷³ Bernardo Beerdichewski, *Antropología social, introducción*, pp. 169-170.

⁴⁷⁴ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 43.

⁴⁷⁵ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 44.

ble entrar, pero este rey, al ennoblecer a su orfebre, inauguró una larga serie de otorgamientos de títulos de nobleza a plebeyos. Felipe IV hizo un gran uso de esta figura y, entre otros, ennobleció a los plebeyos de su entorno, los cuales fueron llamados despectivamente *Chevaliers ès lois*⁴⁷⁶ por la nobleza de la espada, en contraposición de los caballeros portadores de armas, denominación que con el tiempo perdió el carácter despectivo. A pesar de ello, el parlamento, en una de las pocas decisiones que tomó contra el rey, declaró a los plebeyos inhábiles para ser armados caballeros en el sentido militar de la expresión⁴⁷⁷.

En tiempos de Felipe IV concurrieron en la corona tres títulos de par de Francia⁴⁷⁸, por lo que al objeto de restablecer su número, nombró pares a los titulares de las casas de Bretaña, Anjou y Artois. Tradicionalmente el derecho más importante anejo a la dignidad de par era que solo podían ser juzgados por sus iguales.

Felipe IV no cesó durante todo su reinado de proferir fuertes ataques a la nobleza en un intento de restringir sus privilegios, pero no obstante, continuaron siendo un bastión del reino, probablemente el más importante, ya que de ella salían los cuadros militares que comandaban el Ejército, y precisamente las guerras y las confrontaciones militares fueron algunos de los elementos que distinguieron su reinado⁴⁷⁹.

2.2.3.2 El clero.

Globalmente considerado, este estamento era rico y potente, además de importante en número, ya que el sacerdocio era prácticamente la única oportunidad que se le ofrecía a los plebeyos de subir en el escalafón social, por lo que eran muchos los que abrazaban el camino del servicio a la Iglesia guiados por esta motivación. Para Beerdichewski, el estamento constituido por el clero estaba integrado por dos clases sociales diferentes y, a veces, con intereses antagónicos, pues por un lado estaba el alto clero, formado por miembros de la aristocracia y, por otro, el bajo clero, integrado principalmente por burgueses⁴⁸⁰.

En defensa de sus muchos privilegios tuvieron frecuentes enfrentamientos con la corona y con el papado, si bien de índole diversa según se tratara de clérigos regulares o clérigos seculares⁴⁸¹, pues éstos al estar sometidos por el voto de obe-

⁴⁷⁶ Que podríamos traducir como «caballeros por ley» o caballeros honorarios.

⁴⁷⁷ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 55-56.

⁴⁷⁸ En un principio había doce pares, seis eclesiásticos y seis laicos. La dignidad de par de Francia estaba unida a un título de nobleza o de la Iglesia (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 58).

⁴⁷⁹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 43-63.

⁴⁸⁰ Bernardo Beerdichewski, *Antropología social*, introducción, p. 252.

⁴⁸¹ Clérigo secular es el que vive en el «siglo», a diferencia del regular que es el que vive apartado del siglo (según una «regla») y se liga con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad (Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22.^a ed. 2001, consultado en <http://www.rae.es/rae.html>).

diencia a superiores generales, a menudo extranjeros, no podían ser considerados como integrantes del clero francés. Parte sobresaliente de este cuerpo fueron los monjes cistercienses, extendidos por todo el Centro y el Norte de Francia, y los dominicos que contaron con la predilección de muchos reyes. Por su parte, el clero secular, aunque obediente a la Santa Sede, conservó siempre una cierta independencia compatible con la fe católica, independencia de la que los obispos eran los principales promotores.

Desde el final del siglo X los obispos hicieron causa común con la corona, alianza de la que ambas instituciones obtuvieron beneficios. Por un lado, los prelados aportaron al gobierno real su experiencia y las reglas de una sana administración y por otro proporcionaron hombres preparados y fieles. A cambio recibieron de la corona protección frente a los señores feudales y contra las exigencias de Roma.

Las relaciones con la Iglesia fueron generalmente fluidas y estaban perfectamente reguladas. Existían dos regalías a favor del rey: la temporal y la espiritual. Por la primera el rey adquiría la posesión de los bienes de las sedes vacantes, las cuales eran administradas por la corona, de la misma manera que el resto de los dominios reales, hasta que el nuevo titular era confirmado por Roma, en el caso de los obispos, o por el ordinario en caso de los abades. Mediante la segunda, se reconocía al rey el derecho a intervenir en los nombramientos de los cargos superiores en el seno de la institución eclesial, principalmente obispos y abades, los cuales estaban sometidos a la previa autorización del rey bajo pena de nulidad, pero la falta de ésta era convalidable mediante el pago dinerario o en especie⁴⁸².

En los siglos anteriores, las causas entre la Iglesia y los señores habían sido juzgadas por delegados papales, pero a partir de la mitad del siglo XIII estas causas fueron conocidas por el parlamento con la aquiescencia de la Iglesia ya que en el parlamento se sentaban un buen número de dignatarios eclesiásticos. Felipe IV corroboró esta competencia del parlamento y acordó que los prelados podían concurrir ante esta institución personalmente o representados mediante procurador, tanto en los casos en que fueran actores como en los que eran demandados.

La piedad de los fieles y la entrada en las órdenes religiosas de personas ricas aumentaron considerablemente las posesiones de la Iglesia. Cuando una propiedad inmobiliaria pasaba a manos de una iglesia tenía que recabar la autorización del señor del feudo en el que estaba situada, autorización que a menudo era concedida a cambio de dinero, y si no lo conseguía, el titular tenía que desprenderse de ella en el plazo de un año y un día. Esta tierra que pasaba a manos de una iglesia dejaba de reportar beneficios al noble titular del señorío, por lo que se consideraba que pasaba a estar muerta.

El derecho de asilo, que en tiempos pasados había sido el recurso más utili-

⁴⁸² Boutaric recoge en su obra dos casos plenamente documentados. Uno ocurrido en 1286 en la ciudad de Clermont en la que su cabildo se vio obligado a pagar mil libras tornesas por haber elegido un obispo sin las formalidades previstas y el sucedido en 1294 en Chalons, cuyo obispo se comprometió a pagar una multa para ser efectiva su elección en la que no había intervenido el rey. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 64-65).

zado contra la opresión, había sufrido fuertes restricciones debido al abuso que se había hecho de él. En muchos lugares, a pesar de la prohibición papal, el clero daba asilo en las iglesias a los deudores que en ellas se refugiaban para burlar a los acreedores. Los laicos que ayudaban a estos deudores en su búsqueda de la impunidad fueron perseguidos judicialmente y cuando entraban en juego intereses del rey se llegaba, en ciertos casos, a permitir la entrada en sagrado de los perseguidores para atrapar al culpable.

En lo que respecta a la justicia, la Iglesia, en tanto que titular de feudos, actuaba como cualquier otro señor feudal y contaba con vasallos y arrendatarios. Pero sobre todo era titular de una jurisdicción propia que le pertenecía como institución, jurisdicción que era espiritual y temporal y que era ejercida por los obispos, a la que dedicamos un epígrafe posterior⁴⁸³.

2.2.3.3 El tercer estado.

El tercer estado estaba constituido por una coalición de clases, que incluía la burguesía, la pequeña burguesía y el campesinado. La comuna, cuyo carácter distintivo, en palabras de Boutaric, «era el aislamiento»⁴⁸⁴, fue a partir del siglo XII la expresión de la emancipación, de la independencia armada y revolucionaria de los grandes feudos frente al centralismo monárquico. Consultando la relación de ciudades y villas que enviaron representantes a la asamblea de los estados generales de 1308 se puede observar que bajo el título de «comunidades» hay una multitud de localidades cuya erección en comunas había sido confirmada en el siglo XII por títulos reales. Durante el reinado de Felipe IV no se concedió ninguna «carta de comuna» y solamente unas pocas fueron confirmadas.

El parlamento persiguió con saña a las comunas, pero su trato era diferente según se tratara de ciudades bajo dominio del rey o de ciudades situadas en feudos señoriales, pues mientras que las primeras eran suprimidas, las segundas solamente eran castigadas, situación que cambió de manera importante desde el final del siglo XIII en que el rey se erigió en protector de todas las comunas, incluso de las más pequeñas y de las situadas en terrenos de los grandes feudos. Este hecho fue una de las causas del desarrollo que tuvo la centralización administrativa. Incluso se prescribió que los alcaldes fueran una vez al año a París a rendir cuentas ante los comisarios reales designados para tal fin. También estaba prescrito que al dejar el cargo rindieran cuentas de su gestión ante su sucesor.

Boutaric atribuye el mal estado de las finanzas de las comunas a Felipe IV, debido a sus exigencias desmesuradas de contribuciones, a las fuertes sanciones impuestas por el parlamento por infracción de las ordenanzas y a la extorsión de los comisarios reales⁴⁸⁵. Este estado de cosas llegó a tal punto que las comunas, asfixiadas por las deudas, conscientes de su quiebra económica, abandonaron todos

⁴⁸³ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 64-87.

⁴⁸⁴ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 148.

⁴⁸⁵ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 132.

sus bienes y privilegios, incluso los referentes a su título de comuna.

Los habitantes de las comunas sólo encontraban protección dentro de los límites de la misma, quedando sin defensa, y expuestos a la persecución de los señores, fuera del recinto de las villas. Aquéllos que se establecían en una tierra sujeta a servidumbre, perdían su libertad, pues el estado de siervo se adquiría por prescripción, en el transcurso de un año y un día.

A final del siglo XIII frente a la libertad comunal, que era mayoritariamente local, se propició por la corona la de la burguesía real que tenía carácter personal y se mantenía aunque se cambiara de domicilio después de adquirida. Esto hizo que muchos habitantes de las comunas situadas en feudos señoriales trasladaran su residencia a comunas situadas en dominios del rey, pues esta condición les protegía frente a los ataques y los abusos de los señores, lo que hizo que, tras la airada queja de los nobles al rey, éste promulgara una ordenanza regulando el derecho de la burguesía y la forma de adquirirlo⁴⁸⁶. Sólo los hombres libres podían ser burgueses y se era burgués mientras no se renunciara solemnemente a la burguesía.

El burgués real era el hombre libre por excelencia, siguiéndole su condición de libre en los feudos de los señores o entre la gente sometida a esclavitud. Era la condición del *civis romanus* trasladado a la Edad Media.

Felipe IV, siguiendo el ejemplo de algunos de sus antecesores⁴⁸⁷, liberó a los siervos de sus dominios los cuales, a partir de la liberación, disfrutaron de todos los derechos al igual que los hombres nacidos libres. Pero esta manumisión no fue un gesto magnánimo del rey, ya que los manumitidos debieron pagar un censo anual. El ejemplo fue seguido pronto por los señores que emanciparon en masa a sus siervos, siendo mucho menos frecuentes las emancipaciones singulares. Pero tales manumisiones solo eran válidas una vez refrendadas por el rey, previo pago de los correspondientes derechos. De aquí que no podamos atribuir estas manumisiones a un sentimiento cristiano de compasión, piedad o de equidad, pues las mismas fueron ocasionadas por la necesidad de dinero⁴⁸⁸.

2.2.4 El crecimiento del dominio real.

El crecimiento de los dominios reales en tiempos de Felipe IV fue muy importante debido principalmente a las dotes aportadas por las tres mujeres con las que estuvo casado y a las numerosas adquisiciones, permutas e incautaciones que llevó a cabo. Entre las primeras, cabe destacar la incorporación al reino galo de

⁴⁸⁶ Para adquirir la condición de burgués, bastaba con que el interesado compareciera ante el alcalde y le expresara su deseo en tal sentido ante dos testigos. A partir de ese momento era admitido en el burgo a condición de que en el plazo de un año y un día adquiriera una casa de valor superior a tres libras parisinas. Tras lo cual prometía fidelidad al rey y a la villa y recibía un justificante que debía mostrar a su antiguo señor. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 152).

⁴⁸⁷ Principalmente Luis X.

⁴⁸⁸ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 147-162.

Navarra, Champaña, Brie y Bar por su matrimonio con la reina Juana, si bien hay que puntualizar que él nunca ejerció de manera directa el poder en Navarra y que a la muerte de su esposa cedió el reino a su hijo Luis. En 1291 firmó un tratado con Otón, conde de Borgoña, por el cual éste cedía al monarca todo el Franco-Condado, del que su hija Juana, que posteriormente casó con Felipe⁴⁸⁹, apodado el Largo, era heredera, a cambio de una renta vitalicia, si bien continuó como vasallo del Emperador. Además, entre 1302 y 1308 compró varios condados y señoríos. También adquirió el dominio sobre bienes eclesiásticos en todas las provincias mediante acuerdo con los clérigos a cambio de protección, de rentas o de exenciones tributarias.

Al final solo quedó fuera de su control las posesiones inglesas en el continente y el condado de Flandes en el Norte, con cuyos soberanos estuvo en conflicto durante la mayor parte de su reinado, lo que se considera por los historiadores como los prolegómenos de la guerra de los 100 años⁴⁹⁰.

2.2.5 El poder legislativo.

A finales del siglo XIII, el poder legislativo -autoridad de la que emanaban las leyes- era ejercido por la corona sin contestación alguna, pero con cierta mesura y bajo ciertas condiciones⁴⁹¹. En el sistema feudal, la soberanía de la corona era compartida dentro de cada feudo con el señor natural del mismo, el cual ejercía funciones soberanas dentro de él, dictando bandos y ordenanzas sin necesidad de permiso del rey. En este sentido, soberanía se identificaba con superioridad, siendo el rey el soberano por encima de todos. En tiempos del rey Felipe IV la expresión soberanía era ya utilizada con la significación que hoy tiene y así se recoge en una ordenanza del ducado de Bretaña en la que la corona se reservaba el conocimiento de «las apelaciones por defecto de derecho, falso juicio u otros casos que pertenezcan a nuestra soberanía»⁴⁹².

A este efecto hay que tener en cuenta que en el rey concurrían dos cualidades: una, la que le correspondía como monarca; y otra, la que le concernía como señor en los feudos de su titularidad. Cada una de tales cualidades estaba dotada de un poder legislativo diferente. Mediante el que le correspondía como monarca o «guarda general del reino», podía promulgar leyes generales, o *établissements*, que tenían que ser obligatoriamente observadas por todos, para cuya aprobación debía de contar con el beneplácito de los barones o señores feudales y del alto clero, lo que hasta el reinado de san Luis, fue a menudo soslayado o manipulado por los reyes, que se limitaban a consultar a personas de su entorno o de su confianza. A partir de este rey, la situación sufrió un cambio profundo al instituirse un verdade-

⁴⁸⁹ Cuarto de los hijos de Felipe IV y segundo de los varones. Reinó como Felipe V.

⁴⁹⁰ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 4-10.

⁴⁹¹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 12.

⁴⁹² Ordenanza de febrero de 1296. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 12).

ro consejo o parlamento, formado por nobles y alto clero escogidos y nombrados por el rey, al cual éste transfirió el poder legislativo, poder que en realidad no ejerció hasta el reinado de Felipe IV y esto aún dentro de ciertos límites.

Este rey acometió una profunda transformación de lo público, distribuyendo en tres cuerpos diferentes las competencias y facultades administrativas, legislativas y judiciales que hasta entonces había detentado de manera personal. El parlamento con funciones judiciales, la cámara de cuentas con la competencia de controlar los impuestos y su utilización y el consejo con atribuciones para preparar leyes y reglamentos administrativos. El poder legislativo residía, pues, en el consejo, formado por personas de la confianza del rey. La emisión de moneda y la regulación del cambio quedó en la esfera de la corona, derecho del que Felipe IV usó y abusó, algunas veces de manera escandalosa.

El reinado de Felipe IV estuvo marcado por la promulgación de multitud de ordenanzas debido a las continuas guerras en las que el reino se vio involucrado. En 1311, mediante una ordenanza dirigida a todos los nobles y barones, prohibió los duelos y el uso de las armas, sin someterlo a deliberación del consejo, invocando su derecho de rey y la plenitud de su autoridad real, proclamando con ello el principio de soberanía del que tan a menudo hicieron uso sus herederos para llevar a cabo su voluntad.

El clero continuó con la administración y gobierno que le eran propios, sumándose los laicos en los órganos colegiados (concilios provinciales).

El pueblo, por su parte, también tenía una participación activa en los asuntos de estado desde los tiempos de Felipe Augusto, siendo numerosos los casos en que fueron consultados los representantes de las principales villas. Así, por ejemplo, los representantes reales no podían adoptar decisión alguna relativa a la administración de las villas sin consultar previamente a los *prud'hommes*⁴⁹³ teniendo los seis establecidos en París la alta misión de custodiar el sello del estado⁴⁹⁴.

2.2.6 Los estados generales.

A pesar de las contradicciones que hay entre algunos autores contemporáneos⁴⁹⁵, Felipe IV fue el primer rey que convocó formalmente los estados generales, institución similar a las cortes generales de Castilla, compuestas por tres estamentos, nobleza, clero y burguesía o tercer estado, pero lo que se conoce sobre los mismos es poco, ya que se ignora el modo de designación de sus miembros, la

⁴⁹³ Hombres prudentes o justos encargados de administrar justicia en primera instancia.

⁴⁹⁴ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 11-18.

⁴⁹⁵ Según dice Boutaric en su obra, mientras algunos como Sismondi, autor de *Histoire des Français*, niegan la existencia de tal institución, otros como el conde Beugnot en su *Chronologie des États Généraux*, publicado en el *Annuaire de la Société de l'histoire de France 1840*, la afirma con toda rotundidad, decantándose por esta postura en razón a los documentos aportados. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 19-20).

forma de convocatoria y la manera y el resultado de las deliberaciones.

Boutaric es de la opinión que la razón que llevó a Felipe IV a convocar los *États Generaux* fue dar una respuesta unánime, y hasta entonces insólita, del pueblo francés a la bula *Ausculat fidei* del papa Bonifacio VIII, en la que proclamaba la supremacía de la Santa Sede. A tal efecto, envió cartas a los nobles, a las iglesias y a las villas y ciudades, en las que expresaba su deseo de deliberar con todos, sobre asuntos que interesaban al rey, al reino, a las iglesias y a todos y cada uno de los franceses. En la asamblea que tuvo lugar el diez de abril de 1302 en la Catedral de *Nôtre-Dame*, se leyó una versión de la bula que comenzaba diciendo «*Apprends que tu Nous es soumis au spirituel et au temporel*»⁴⁹⁶, texto que fue vivamente negado por los representantes del papa poniendo de manifiesto la falsedad del mismo, pero que a pesar de todo, sirvió de excusa al rey para dar un discurso a los presentes henchido de nacionalismo en el que, tras una referencia a sus ancestros y al buen gobierno de los mismos, bajo la única dependencia de Dios, afirmó que estaba dispuesto a sacrificar sus bienes, e incluso su vida, para conservar intacta la independencia del reino. Tras la asamblea, los representantes de cada estado se reunieron con sus iguales y mostraron su adhesión a la corona, adhesión de suma importancia para hacer frente no sólo a las diferencias con la Santa Sede, sino a los enfrentamientos que se mantenían con Inglaterra, Aragón y, sobre todo, con Flandes que tuvo un recrudecimiento importante en ese mismo año, lo que nos hace pensar que el monarca utilizó la inoportuna bula de Bonifacio VIII, el más débil de sus oponentes en el terreno de lo temporal, para lanzar una campaña de concienciación patriótica, como han hecho muchos líderes a lo largo de la historia.

A la vista de los buenos resultados obtenidos en esta primera celebración de los *États Généraux*, del que la corona salió francamente reforzada, durante el reinado de Felipe IV los estados generales fueron convocados en cuatro ocasiones:

- En 1302 para proceder a la acusación de usurpación y ocupación ilegítima de la silla de san Pedro por parte de Bonifacio VIII y requerir la celebración de un concilio ecuménico que pusiera fin a tal hecho.
- En 1308 en Tours para oír las acusaciones vertidas contra los templarios y de las acciones tomadas contra ellos.
- En 1312 en Lyon al objeto de consultar al cuerpo de representantes sobre la vía de condena de los templarios.
- En 1314 en París para hacer frente a los gastos ocasionados por una nueva guerra con Flandes⁴⁹⁷.

2.2.7 La Administración.

Hasta mediados del siglo XIII el poder central estuvo confiado a un pequeño

⁴⁹⁶ «Has de saber que estás sometido a Nos tanto en lo espiritual como en lo temporal».

⁴⁹⁷ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel, Livre deuxième*, pp. 19-42.

número de personas. El rey gobernaba asistido por un consejo revestido de funciones políticas, judiciales, administrativas y financieras. A Felipe IV se le debe un primer intento de racionalización y organización de la administración pública constituyendo, como ya se ha dicho, tres cuerpos: el parlamento, la cámara de cuentas y el consejo. Sin embargo hubo que esperar aún un tiempo para determinar la organización de estos cuerpos y su composición, lo que no ocurrió con las materias que le estaban atribuidas que sí estuvieron claras desde un principio:

- Parlamento: asuntos judiciales.
- Cámara de cuentas: finanzas.
- Consejo: todo lo demás.

Los asuntos administrativos corrientes, tales como las concesiones de cartas de gracia, los privilegios y las confirmaciones de títulos, eran tratados en el consejo, cuya composición era variable y de diferente extracción. Por un lado estaban los miembros de la familia real y algunos nobles allegados al rey. Por otro lado, los consejeros a título de oficio, elegidos todos entre miembros del clero. Y por último estaban los consejeros laicos, llamados caballeros del rey o *chevaliers de l'hôtel*, que compartían con los clérigos la alta dirección de las principales ramas de la administración, pero con un poder inferior al de los consejeros de oficio. Tales eran el gran senescal, el canciller, el camarero, el condestable y el botellero.

El canciller era el encargado de la custodia del gran sello real que hacía figurar en las cartas reales y con él se solían sellar todos los documentos solemnes. Cuando el cargo estaba vacante, se hacía figurar el hecho en los documentos con la expresión *vacante chancellerie*. Boutaric dice que el cargo de canciller estuvo vacante durante todo el reinado de Felipe IV y que la custodia del sello real estaba atribuida a un *garde du sceau*⁴⁹⁸, añadiendo que, habida cuenta de que el título de canciller era vitalicio y de gran consideración (inmediatamente detrás del rey) y la personalidad del monarca, el hecho debe considerarse normal⁴⁹⁹. A pesar de todo, el puesto de *garde du sceau* estuvo siempre reservado a personas a las que el rey quería mostrar su aprecio y en las que confiaba plenamente, por lo que, si bien ocasionalmente estuvo ocupado por clérigos de altura (como el arzobispo de Narbona), los enfrentamientos con la Iglesia hicieron que se le confiara a personas menos escrupulosas como Guillaume de Nogaret⁵⁰⁰ o Pierre de Flotte⁵⁰¹.

⁴⁹⁸ Guarda del sello.

⁴⁹⁹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 166.

⁵⁰⁰ Guillermo de Nogaret, (c. 1260 - 1313). Fue profesor de Derecho en Montpellier y juez en Beaucaire. En 1295 entró al servicio de Felipe IV (el Hermoso) cuya política contra el papa Bonifacio VIII y los templarios dirigió. Fue excomulgado formalmente por Benedicto XI por el secuestro y agresión de su antecesor, el papa Bonifacio VIII, en el llamado Atentado de Anagni. Tuvo un papel decisivo en el proceso a los templarios ya que fue el ministro que se ocupó de acusarlos y que procedió a su detención en París. Nogaret, estuvo bajo la excomunión formal de la Iglesia desde el principio hasta el fin de los procesos y no hay constancia de que nunca le fuera levantada. (Jacques Krynen, «Nogaret, Guillaume de», en *Dictionnaire historique des juristes français*, XII^e-XX^e siècle, París, 2007, p. 592 a-b).

⁵⁰¹ Pierre de Flotte, nacido hacia la mitad del siglo XIII, fue un canciller de Francia y uno de los legistas más conocido de Felipe IV. Fue el primer laico en ocupar la presidencia del consejo. Murió

Por otro lado, se creó un colegio de notarios o funcionarios de la cancillería, de tal manera que todas las cartas que se expedían eran contrasignadas por uno de ellos, lo que posibilitó la existencia de un registro de todos los actos administrativos a partir de Felipe-Augusto. Por su parte, Felipe IV estableció la obligatoriedad de dejar en los archivos copia escrita de los documentos más importantes, lo que pone en evidencia el alto nivel que había alcanzado la administración.

La administración provincial estaba atribuida a dos grados de funcionarios: en el rango más alto se encontraban los bailíos (que en el Sur eran llamados senescales) cargos ocupados hasta Felipe IV por miembros de la nobleza. Sin embargo, a partir de este rey los bailiazgos estuvieron a menudo ocupados por plebeyos, mientras que los senescales se continuaron reclutando entre los caballeros. Eran nombrados por el consejo ante el cual prestaban juramento y tomaban posesión de sus cargos.

Por debajo de los bailíos y senescales estaban los sargentos, que gozaban de inviolabilidad y que eran los ejecutores de las órdenes de aquéllos. Utilizaban como distintivo de su cargo un bastón adornado con la flor de lis. Su número era fijo en cada demarcación y eran nombrados y destituidos por los bailíos y los senescales.

La ordenanza de 1303 para la reforma del reino, estableció reglas comunes para todos los oficios reales y así se decía que nadie podía ser bailío, senescal, preboste o juez en su región de origen. Ningún bailío podía tener bajo sus órdenes, en calidad de jueces o prebostes, a sus parientes, aliados o dependientes. Tenían que jurar obedecer a la Inquisición, no aceptar regalos, no entrar en los monasterios sin necesidad y no casarse ni casar a sus hijos en su bailiazgo sin el permiso del rey o de su lugarteniente⁵⁰².

2.2.8 Administración financiera.

No se conoce reglamento alguno de la época de Felipe IV que regulara los ingresos ordinarios y extraordinarios ni los principios a los que respondía el reparto de los gastos. Hay que esperar hasta su hijo, Felipe el Largo, para que se promulgara un reglamento sobre el tesoro, dentro de una ordenanza sobre la organización del *hôtel*⁵⁰³, si bien es conveniente tener en cuenta, como afirma Boutaric, que «un determinado documento no reproduce necesariamente lo que sucedía inmediatamente ante»⁵⁰⁴ y que de «la existencia de una determinada institución en

en julio de 1302 en la batalla de Courtrai. (Louis Moreri, Desaint et Saillant, *Le grand dictionnaire historique ou le mélange curieux de l'histoire sacrée et profane*, T. V, París, 1759, p. 202).

⁵⁰² Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, Livre septième, pp. 163-178.

⁵⁰³ Palacio o Casa Real.

⁵⁰⁴ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 223.

tal año no se debe concluir su existencia algunos años después»⁵⁰⁵.

La administración de las finanzas del reino era en todo similar a la de cualquiera de los grandes feudos. En cada bailiazgo, el bailío era a la vez recaudador, pagador y contable y su modo de actuar era muy simple: recibía los ingresos, pagaba los gastos de su bailiazgo y el sobrante lo enviaba a París, donde era ingresado en el tesoro para ser aplicado a las necesidades del rey y del estado. Rendían cuentas tres veces al año regidas por fiestas religiosas: Ascensión, san Miguel y la Candelaria⁵⁰⁶.

No existía un verdadero sistema financiero. La única regla que se seguía era: una vez surgida la necesidad, lograr el dinero de la manera más rápida posible. A efectos financieros, Francia estaba dividida en cinco circunscripciones, cada una de ellas con regulaciones diferentes, procedentes de cuando eran feudos señoriales. En el reinado de Felipe el Hermoso se instituyó la figura del oficial encargado de las finanzas, nombrado por el gobierno central pero bajo la supervisión de bailío. En algunas regiones estas tareas eran realizadas por tesoreros dependientes de la cámara de cuentas o, incluso, por contables⁵⁰⁷.

Tradicionalmente el tesoro real era depositado en las dependencias del Temple en París y el tesorero real en muchas ocasiones fue el del Temple, pero en tiempos de Felipe IV hubo una separación en dos tesoros: el del Temple, en el que se guardaba el tesoro real; y uno nuevo en el Louvre que guardaba el tesoro del estado. Esta división era más bien nominal que real pues en el Temple muchas veces se seguía depositando las recaudaciones de algunos impuestos extraordinarios y se seguían pagando gastos reconocidos de antaño⁵⁰⁸.

Toda la contabilidad del estado, la de los bailiazgos, la de los tesoreros, la de los recaudadores de impuestos extraordinarios,... etc., estaba sometida al control y supervisión de la cámara de cuentas, cuerpo establecido de manera diferenciada del consejo por Felipe IV, cuyas reuniones tenían lugar coincidiendo con las principales fiestas. Su sede estuvo primeramente en la casa del Temple si bien pronto fue trasladada al palacio de la *Cité*. Las funciones de la cámara eran administrativas y judiciales.

La relación de los ingresos, en la forma en que aparecen en los registros de los bailíos es: *domaine, fiefs, amendes, bois, recettes diverses y dettes*. Existían impuestos sobre todas las operaciones, actividades y circunstancias que se puedan imaginar: tala de bosques, caza, pesca, actividades artesanales, la molienda, la sal, compra-ventas, sucesiones (bastardos y gente de fuera del feudo),... etc. Con carácter general, solamente las donaciones a la Iglesia estaban exentas⁵⁰⁹.

De los impuestos extraordinarios, el más importante era el de la defensa del

⁵⁰⁵ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 223.

⁵⁰⁶ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 225.

⁵⁰⁷ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 224.

⁵⁰⁸ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 228-229.

⁵⁰⁹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 242.

reino, generalizado en toda Francia en tiempos de Felipe IV. Entre tales impuestos se pueden citar: el de conmemoración de la armadura de los caballeros; gastos debidos a la guerra con Aragón; la *maltôte* o impuesto sobre el consumo; el del fuego por cada hoguera que se encendía; gastos debidos a la guerra con Inglaterra; los debidos a la guerra con Flandes. La tasa de estos impuestos era variable, yendo del uno por ciento en el caso de la contribución sobre el consumo, a una escala en el caso de los gravámenes sobre la propiedad. Pero el más común era el llamado la *cinquantième* consistente en el dos por ciento de la base gravada. Por ejemplo, para financiar la guerra contra Flandes se impuso con carácter general, una *cinquantième* a todo el que tuviera un capital superior a cien libras en inmuebles o quinientas en muebles, aunque por razones o circunstancias personales estos límites podían variar. Por una ordenanza de 1303 se prescribía la sujeción a este impuesto de los nobles con más de cincuenta libras de renta o su reclutamiento obligatorio. En el caso de los plebeyos este límite se estableció en cien libras. Como todas estas medidas fueron insuficientes, se instituyó que en el año 1304 todos los prelados y señores proporcionaran al ejército un hombre por cada quinientas libras de renta en tierras y las ciudades una aportación similar proporcional a su importancia, sobre la base de seis sargentos por cada cien casas. Este impuesto, unido a la depreciación de la moneda, acabó por arruinar completamente a Francia⁵¹⁰.

Se piensa generalmente que la Iglesia estaba exenta de pagar impuestos, lo cual es absolutamente contrario a la realidad. En este sentido hay que hacer una distinción entre los bienes de la Iglesia como institución y los de los clérigos, cuya fortuna personal estaba sujeta a los impuestos estatales y comunales lo mismo que la de los laicos. Por otra parte los bienes de la Iglesia o beneficios eclesiásticos estaban sometidos a contribuciones, denominadas *decimes*, que consistían en el diez por ciento de los ingresos, en un principio destinados a las cruzadas, pero en 1284 se hizo extensivo a la financiación de la guerra contra Aragón que fue considerada cruzada por la Iglesia. Finalizada la guerra, el papa pidió al rey que el dinero sobrante fuera empleado en una expedición a Tierra Santa, pero Felipe IV lejos de hacer caso a esta petición papal, contestó que no sólo no había sobrado nada sino que era la Santa Sede la que estaba en deuda con él por una fuerte suma de dinero.

Nuevas imposiciones con ocasión de las guerras con Inglaterra y con Flandes vinieron a enturbiar las relaciones con el papado, pero al final se saldaron con la autorización recíproca en 1297 para gravar al clero con una doble décima por parte del rey y una décima simple por parte del papa. Estas continuas imposiciones terminaron por arruinar a la Iglesia gala, pero de nada le sirvieron sus protestas ya que en 1303 nuevas imposiciones de *decimes* fueron acordadas y recaudadas, ya fuera a cambio de nuevos privilegios o mediante amenazas. De todos los establecimientos eclesiásticos solo las leproserías y los hospitales quedaron exentos⁵¹¹.

⁵¹⁰ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 263-267.

⁵¹¹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 223-276.

2.2.9 Actuaciones contra los judíos y los lombardos.

En 1306, al objeto de llenar el tesoro real, que de nuevo se encontraba vacío, Felipe IV promulgó una ordenanza por la que los judíos de todo el reino fueron arrestados, sus bienes confiscados y posteriormente expulsados de Francia con la prohibición de volver bajo pena de muerte. Muchos murieron en el camino a consecuencia de la fatiga, la miseria o los ataques de los bandidos, a pesar de que solo se les había permitido llevar el dinero estrictamente necesario para llegar hasta los límites del país⁵¹². Fleury⁵¹³, en el relato que hace de este suceso, dice que el rey los hizo detener a todos el 22 de julio de 1306, fiesta de María Magdalena, y que la orden fue transmitida tan secretamente que no se apercibieron, con lo que se les pudo confiscar casi todos los bienes. Añade este autor que la ejecución de la expulsión se llevó a cabo en los meses de agosto y septiembre y que solamente se salvaron de ella los pocos que accedieron a ser bautizados⁵¹⁴.

Esta medida en la Edad Media, lo mismo que en otros países como Alemania, España o Inglaterra, era muy popular, ya que la gente les reprochaba crímenes tales como el envenenamiento de los pozos o el robo de niños para educarlos en la religión judaica o para utilizar su sangre en medicamentos.

De parecida manera se actuó contra los comerciantes lombardos cuya persecución se inició en 1291 con su arresto y con la imposición de fortísimas sumas para su liberación. En 1303 se les dobló los impuestos sin otra razón que sus fondos eran necesarios para financiar la guerra contra Flandes. Finalmente, los que aún quedaban en el país, fueron obligados a volver a sus tierras de origen⁵¹⁵.

La confiscación de los bienes de los judíos y de los lombardos produjo pingües beneficios a la corona y a los señores en cuyos feudos estaban radicados⁵¹⁶.

2.2.10 Las fluctuaciones monetarias.

El reinado de Felipe IV se distinguió por muchas cosas y una de ellas es, in-

⁵¹² Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 302.

⁵¹³ Claude Fleury fue un eclesiástico e historiador francés nacido en París en 1640 y muerto en la misma ciudad en 1723. En 1658 fue nombrado abogado del parlamento pero once años más tarde, cambió el mundo de las leyes por el de la teología haciéndose monje cisterciense. Fue miembro de la Academia y preceptor de los príncipes. A principios el siglo XVIII empezó su gran obra, la *Histoire Ecclésiastique*. En 1683 fue designado abad de Loo-Dieu, en la diócesis de Rodez. En 1716 fue nominado confesor del príncipe heredero por el Regente duque de Orleans. (Jacques Krynen, «Claude Fleury», en *Dictionnaire historique des juristes français*, XII^e-XX^e siècle, París, 2007, pp. 333-335).

⁵¹⁴ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, T. XIX (1300-1339), Chez Jean Mariette, París, 1720, p. 108.

⁵¹⁵ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 300-305.

dudablemente, por las continuas fluctuaciones a las que fue sometida la moneda, la primera de las cuales tuvo lugar en 1295, prometiendo el rey por cartas patentes compensar a los que recibían la nueva moneda devaluada y en garantía de esta promesa hipotecó sus bienes y los de la reina. La confusión a que dio lugar originó tal descontento en todo el reino, que en 1303 los prelados ofrecieron a la corona cuatro *decimes* de sus beneficios anuales a cambio de que se comprometiera por sí y por su sucesores a no volver a efectuar cambios en la moneda, salvo en caso de extrema necesidad⁵¹⁷.

El rey aprovechó la confusión producida por la devaluación para privar a los señores del derecho a acuñar moneda del que hasta entonces habían gozado⁵¹⁸. El *gros tournois*⁵¹⁹, que en 1295 tenía un valor de un *sou*, llegó a valer tres en 1305⁵²⁰. Dicho de otra manera, de un valor de 3,95 gramos de plata en 1285, se pasó en 1303 a un valor de 1,35 gramos de plata⁵²¹.

Al año siguiente, 1306, el rey restableció el cambio antiguo e hizo acuñar moneda parisina tan buena como las del reinado de san Luis, pero al mismo tiempo dejó circular la vieja moneda sin reducirla de valor, lo que dio lugar a un gran levantamiento en París que finalmente forzó al rey a la devaluación.

En los años siguientes acudió de nuevo el rey a la devaluación como medida de política económica, hasta 1313 en que tuvo lugar la última. En opinión de De la Torre las implicaciones políticas y económicas de esta política monetaria tuvieron un profundo impacto en el reinado de Felipe IV⁵²².

2.2.11 Política exterior.

La política exterior de Felipe IV estuvo marcada por las guerras con los países vecinos, motivadas por su ambición en aumentar las posesiones de la corona, y los subsiguientes pactos, que solían incluir cláusulas matrimoniales que garantizaran una paz más o menos larga. La sostuvo con Aragón, a la que se puso fin con el tratado de Anagni (1295)⁵²³, firmado por el papa Bonifacio VIII, Jaime II de Ara-

Frederic Schoell y Zach Franz Xavier, *Cours d'histoire des états européens*, Imprimerie royale et chez Duncker et Humblot, Berlin, 1832, p. 201.

⁵¹⁸ En la Francia de los Capetos se había heredado el sistema monetario carolingio, según el cual las monedas eran, la libra, el sous y el denier, siendo este último el único con existencia real.

⁵¹⁹ Moneda de plata creada por san Luis entre 1260 y 1263 con ocasión de su reforma monetaria.

⁵²⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, Editorial Complutense, Madrid, 1999, p. 51.

⁵²¹ Ignacio de la Torre, «The Monetary Fluctuation in Philip's Kingdom of France and Their Relevance to the Arrest of the Templars» en *The Debate on the Trial of the Templars*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, p. 57.

⁵²² Ignacio de la Torre, «The Monetary Fluctuation in Philip's Kingdom of France and Their Relevance to the Arrest of the Templars», p. 57.

⁵²³ El tratado de Anagni o paz de Anagni fue un acuerdo firmado entre el papa Bonifacio VIII y los reyes Jaime II de Aragón, Felipe IV de Francia y Carlos II de Nápoles, por el que se puso fin a los

gón, Felipe IV de Francia y Carlos II de Nápoles, acuerdo que incluyó una cláusula de matrimonio de Jaime II con Blanca de Anjou. Con Inglaterra⁵²⁴, a causa de la invasión de la Guyena⁵²⁵, provincia del sudoeste francés, conflicto cruento y largo hasta que por fin en 1299 se firmó la paz acordando el matrimonio de la princesa Margarita de Francia con el rey Eduardo I de Inglaterra. Con Flandes, a la que ocupó con la excusa del pacto firmado por Gido de Dampierre con Eduardo I de Inglaterra, hasta que un levantamiento popular expulsó a los franceses tras una cruenta batalla en Courtrai (1302) que se conoció como «batalla de las espuelas de oro»⁵²⁶ porque con las espuelas recogidas de los soldados muertos se cubrieron las paredes de la iglesia de Groninga. Los enfrentamientos continuaron hasta 1305 en que se firmó tratado de Athis.

Pero quizás el conflicto más grave de su reinado fue el que le enfrentó al papa Bonifacio VIII debido a la negativa de éste a aceptar el sometimiento del clero francés a una fuerte contribución para sanear las arcas del reino, vacías a raíz de la guerra con Flandes, en contra de la bula *Clericis laicos* (1296) del mismo papa, que prohibía al clero el pago de tributos bajo pena de excomunión, lo que motivó la promulgación de una nueva bula, la conocida como *Unam Sanctam* (1302), en la que se preconiza la supremacía del poder espiritual papal sobre el temporal de los reyes, en la que se llega a afirmar que «fuera de la Iglesia no hay salvación ni remisión de los pecados»⁵²⁷. La contestación del rey fue la reunión de los primeros estados generales de los que hay noticia, en los que consiguió la condena del papa contra el que mandó una fuerza expedicionaria, dirigida por Guillermo Nogaret, que lo hizo prisionero en Anagni (1302) y sometió a viles vejaciones. Liberado Bonifacio, gracias al apoyo popular, al poco tiempo falleció, convirtiéndose Felipe IV en el árbitro de los siguientes cónclaves en los que su influencia fue decisiva.

conflictos surgidos a raíz de la conquista de Sicilia por las tropas aragonesas. Dado que Federico II de Sicilia no había sido parte del tratado, siguió luchando hasta que en 1302 se puso fin al conflicto con un nuevo tratado, conocido como la paz de Caltabellota. (José Hinojosa Montalvo, *Jaime II y el esplendor de la corona de Aragón*, Editorial Nerea, san Sebastián, 2006, pp. 177-180).

⁵²⁴ Los enfrentamientos con Inglaterra tenían su base en que como duques de Guyena, región situada en la Europa continental, los reyes ingleses eran vasallos del rey francés, vasallaje que era mal tolerado por los monarcas ingleses y que no siempre estaban dispuestos a pagar. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 9-10).

⁵²⁵ Región del suroeste francés, perteneciente a la corona inglesa, que limitaba con Gascuña y Navarra y tenía por capital Burdeos. Fue definitivamente incorporada a la corona francesa en 1472.

⁵²⁶ Durante la guerra con Inglaterra, Guido de Dampierre, conde de Flandes y vasallo del rey francés, tomó partido por Eduardo II, lo que fue considerado una afrenta por Felipe IV que emprendió una guerra contra Flandes que se mantuvo con altibajos hasta su muerte. En 1300, las tropas francesas al mando de Carlos de Valois, hermano del rey Felipe IV, atacaron y se apoderaron de todo Flandes que quedó integrado en el reino de Francia, encarcelando a su conde. En la noche del 18 de mayo de 1302 los flamencos se levantaron en armas contra los invasores franceses y los degollaron en lo que se llamó los «Maitines de Brujas», causando más de doscientos muertos. Este hecho tuvo gran repercusión en Francia cuyo ejército se enfrentó a los flamencos en Courtrai, el 11 de julio de 1302, en una batalla que recibió el apelativo de la «batalla de las Espuelas de Oro» en la que fueron derrotados. (Auguste Voisin *et alii*, *Bataille de Courtrai ou des Éperons d'Or*, C. Annot-Braeckman Imprimeur, Gantes, 1840).

⁵²⁷ «*extra quam nec salus est, nec remissio peccatorum*».

Mejores resultados obtuvo en la expansión de las posesiones de la corona hacia el Este, logrando implantar su soberanía sobre el Franco Condado (1301) y la incorporación al reino de las ciudades de Lyon (1312) y Champaña (1314)⁵²⁸.

En 1308, al quedar vacante el trono del Imperio, Felipe retomó el viejo proyecto de hacer elegir a su hermano Carlos de Valois como Emperador, para lo cual dirigió misivas a los principales príncipes alemanes y envió a tres embajadores bien provistos de fondos⁵²⁹ para comprar voluntades. Incluso se manejó la idea de obligar al papa Clemente V a suspender el derecho de los electores alemanes y a nombrarlo directamente⁵³⁰. Fracasó en su iniciativa ya que fue elegido Enrique VII, pero esto no le amilanó y le felicitó calurosamente, promoviendo el inicio de negociaciones para concluir un tratado de amistad y alianza ofensiva y defensiva⁵³¹.

2.2.12 La Justicia.

A fines del siglo XIII existían en Francia tres grados de jurisdicción, lo que suponía que desde el tribunal de primera instancia se podía acceder sucesivamente, mediante apelación, a una segunda instancia y en casación a una tercera. Las fuentes del Derecho eran la costumbre en el Norte y el Derecho Romano en el Sur, si bien, en este caso, con las modificaciones locales introducidas a lo largo de los años⁵³².

En 1303 Felipe IV estableció que los prebostes no podían juzgar las causas que entrañaran penas de multas, siendo atribuidas dichas causas a los bailíos, a los hombres buenos o a los concejales según la costumbre del lugar. En privilegios otorgados a numerosas villas se atribuyó a los bailíos, asistidos por los concejales, la jurisdicción en primera instancia en causas civiles cuya cuantía no fuera superior a sesenta *sous*⁵³³ y competencia en asuntos criminales que no fueran por delitos de muerte, rapto o incendio.

El derecho de apelación, que nació a finales del siglo XII en las provincias

⁵²⁸ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 403-404.

⁵²⁹ Boutaric en su obra fija los fondos destinados a este proyecto en 10.500 libras.

⁵³⁰ El Emperador no adquiriría tal condición hasta ser coronado por el papa ya que se le consideraba rey de Roma.

⁵³¹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 379-414.

⁵³² Era la clásica distinción entre la Francia del Norte, en la que se aplicaba el Derecho de costumbres (*droit coutumier*), que no quiere decir Derecho consuetudinario, sino contenido en diversos textos de colecciones escritas de costumbres locales, y el Midi, donde imperaba el Derecho Común, es decir el Derecho Justiniano elaborado por las Universidades, el Derecho Canónico de la Iglesia Romana y el Derecho Feudal, tanto del norte de Italia, como el Derecho Feudal del Mediterráneo francés. El Derecho del Midi recibía el nombre genérico de *Droit écrit*. (Oscar E. Ochoa, *Derecho Civil I*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2006, pp. 138-139).

⁵³³ Antigua moneda francesa, procedente del *solidus* romano, que designaba la moneda de 5 céntimos de libra.

del *Midi*, estaba extendido por todo el reino, pero no en todas partes estaba sometido a las mismas leyes, pues, como ya se ha dicho, mientras que en el Norte prevalecía la costumbre, en el Sur se aplicaba el Derecho Romano.

La apelación fue utilizada por la corona como arma para intervenir en los asuntos entre los señores y sus vasallos poniendo de manifiesto su superioridad.

Los asuntos relacionados con la Iglesia o con la religión eran competencia exclusiva de la Iglesia la cual contaba con sus propios tribunales y con un Derecho propio, el Canónico, con una rama específica para las causas penales, el Derecho Inquisitorial, que será expuesto en otro epígrafe⁵³⁴.

2.2.12.1 La Primera Instancia.

Aunque en la Edad Media no había reglas absolutas, vamos a hacer referencia a los principios generales, pero con la advertencia de que había numerosas excepciones.

La competencia en primera instancia pertenecía casi exclusivamente a los concejales municipales o bien a los tribunales de *prud'hommes* presididos por el preboste. En las grandes villas y ciudades la competencia era ejercida por el bailío que generalmente nombraba un magistrado que actuaba en su nombre. En las provincias meridionales, donde el Derecho estaba más avanzado debido a la influencia del Derecho Romano, había jueces, nombrados por la corona o por los señores, que ejercían su jurisdicción en circunscripciones denominadas juzgados o judicaturas.

A partir de la compilación jurídica, conocida como *Établissements*⁵³⁵, generalmente atribuida a san Luis, en el siglo trece, se estableció el juicio mediante jurado en toda Francia como norma general, sobre todo en asuntos criminales, si bien las provincias del Norte (Picardía, Flandes y Artois) se mostraban reacias y poco a poco se abandonó en asuntos civiles debido principalmente al desconocimiento que del Derecho tenía la gente común⁵³⁶.

2.2.12.2 La Segunda Instancia.

Los bailíos y los senescales tuvieron atribuido a la vez el conocimiento de causas en primera y en segunda instancia. Tenían que celebrar juicio cada dos meses en las principales localidades de su circunscripción, siempre y cuando no estuvieran bajo el dominio de abadías o señoríos, salvo que la costumbre local indicara lo contrario. Al final de las sesiones celebradas en una localidad tenían que indicar la fecha de la siguiente sesión. Juzgaban asistidos de jueces inferiores.

Las causas en las que estaba involucrado el dominio real eran instruidas por

⁵³⁴ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 179-182.

⁵³⁵ Conjunto o código de leyes basados en una ordenanza de Luis IX, el reglamento de procedimiento ante el preboste de París y la costumbre de diversas regiones (Anjou, Maine, Orleans,...).

⁵³⁶ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 180-186.

procuradores del rey bajo la supervisión de jueces reales.

Mientras que en los bailiazgos del Norte los bailíos administraban la justicia personalmente, los senescales del Sur contaban con jueces adjuntos nombrados por el gobierno central pero se reservaban el conocimiento de las apelaciones presentadas ante ellos. En algunas ciudades, como Tolosa, llegó a existir un tribunal, llamado corte de apelaciones, que resolvía las apelaciones de primer grado⁵³⁷.

2.2.12.3 El parlamento: la tercera Instancia.

El parlamento funcionaba como tribunal de apelación y de casación civil y criminal para los asuntos que concernían al tercer estado y además como tribunal de única instancia para las causas en las que estaban implicados los miembros de la alta nobleza y gente con fuero personal.

El parlamento administraba justicia por delegación del monarca por lo que dictaba las sentencias en nombre del rey del momento. Al representar al rey al más alto nivel, en cuanto a sus prerrogativas judiciales, su jurisdicción se extendía a la totalidad del reino. Era un tribunal soberano, por lo que sus decisiones eran inapelables. El rey podía presidir este tribunal, modificar sus sentencias, interrumpir un procedimiento o llevar un caso ante su consejo. A solicitud de un litigante, presentada por uno de los procuradores, podía anular (*casser* = romper) el dictamen basado en error y enviar el caso ante el tribunal para que éste volviera a dirimir. El parlamento resolvía las apelaciones de las jurisdicciones reales de menor rango (*bailliages, prévôtés*) y de los órganos judiciales.

En la ordenanza de 1303 para la reforma del reino se estableció la sede del parlamento en París y se prescribieron dos sesiones parlamentarias al año, siendo su duración variable entre tres y cuatro meses. La fecha exacta del comienzo de las sesiones se comunicaba a la finalización de la sesión anterior y los días señalados para cada villa eran comunicados por los bailíos a los habitantes con tiempo suficiente para evitar que tuvieran largas esperas. El período de sesiones era fijado en función de los casos previstos para cada circunscripción, no permitiéndose la comparecencia de nadie fuera de los días señalados para cada demarcación.

Cada año los miembros del parlamento eran designados por el rey y eran los únicos que podían tomar partes en las deliberaciones. El parlamento estaba dividido en varias cámaras y cada una contaba con un número suficiente de notarios, nombrados por el canciller o por el guardián del sello real, para levantar las actas de los juicios. Las resoluciones se adoptaban por mayoría de los miembros asistentes.

La cámara de litigios, que luego se llamó la gran cámara, era el corazón del parlamento. Juzgaba las apelaciones contra resoluciones de las jurisdicciones inferiores en los procesos que afectaban a los pares, a los miembros de la casa real, a los parlamentarios y los crímenes de lesa majestad. Estaba integrada por más de

⁵³⁷ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 186-192.

cien magistrados⁵³⁸.

2.2.13 La Justicia eclesiástica.

Durante la Edad Media la Iglesia era titular de una jurisdicción doble: como poseedora de feudos, tenía que administrar justicia a sus vasallos y arrendatarios; pero sobre todo era titular de una jurisdicción propia, a la vez temporal y espiritual, ejercida por los obispos y sus delegados, llamada «Tribunal de la Cristiandad». La competencia de estos tribunales eclesiásticos a la subida al trono de Felipe IV era universal, se ejercía sobre todos, ya fuere a causa de las personas, ya fuere como consecuencia del objeto origen del litigio. En asuntos civiles, este fuero personal era exclusivo en el caso de litigio entre clérigos y en el caso de pleitos entre clérigos y laicos, cuando se trataba de procedimientos en los que el clérigo era la parte actora y de acciones mobiliarias o personales⁵³⁹.

En materia criminal la cuestión aparecía algo más complicada pues era necesario recurrir al Derecho escrito para saber a quién correspondía la competencia. Por Derecho escrito había que entender, además del Derecho Romano, los cánones de los concilios, las decretales y los concordatos celebrados en diferentes épocas y en las diferentes provincias entre el poder civil y la autoridad eclesiástica. En todo caso, los religiosos condenados por los tribunales eclesiásticos, una vez secularizados, era remitidos a los tribunales civiles para ejecutar la pena.

En asuntos civiles, la jurisdicción eclesiástica estaba muy extendida desde que a principios del siglo XIII Inocencio III había proclamado que la Iglesia, como juez de los pecados, tenía el derecho de juzgar todas las acciones humanas, por lo que los obispos pretendían tener competencias para casi todo con el argumento de que en todo delito había un pecado. Los actos relativos al estado civil, dado que eran de carácter religioso, eran de incumbencia exclusiva de la Iglesia. Por la misma razón, los tribunales eclesiásticos conocían con carácter exclusivo de los asuntos relacionados con el matrimonio, como la constitución de la dote y los delitos de adulterio.

En cada obispado y arzobispado, había un oficial mayor encargado de los asuntos judiciales que estaba obligado a realizar visitas periódicas a las parroquias para actuar en los asuntos que se presentaban.

Algunos delitos, como el de usura, eran de fuero mixto o *mixti fori* por lo que los acusados eran sometidos primeramente a la justicia ordinaria y si eran condenados, eran enviados a la jurisdicción eclesiástica para expiar el pecado, siendo los reincidentes condenados con la excomunión, la más dura de las penas infringidas por la Iglesia.

La ejecución de la sentencia, aún en el caso de que la pena fuera de excomunión, siempre era sometida a la jurisdicción civil. Los excomulgados sufrían la in-

⁵³⁸ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 192-197.

⁵³⁹ En 1274 se había declarado contrario a derecho que un laico demandante contra un clérigo fuera sometido a la jurisdicción eclesiástica. (Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, p. 70).

cautación de sus bienes durante el tiempo que duraba la excomunión, la cual podía ser indefinida si no había arrepentimiento. En 1302 Felipe IV derogó una ordenanza de san Luis que establecía duras penas para los que permanecían excomulgados durante más de un año.

Los prelados hicieron frecuente uso de la amenaza con la pena de excomunión frente a decisiones que les eran adversas, de los oficiales reales, pena temible y terrible que no admitía recurso, ya que el superior inmediato del que la dictaba era el papa y la apelación ante él no existía en asuntos civiles.

En los casos en los que no había un fuero especial o una norma de competencia exclusiva, la gente solía acudir voluntariamente a la jurisdicción eclesiástica dado que los procedimientos eclesiásticos eran más simples, más rápidos y menos costosos, motivos suficientes para que fueran preferidos a los tribunales laicos en los que los procesos eran largos y caros.

Una de las principales atribuciones de la jurisdicción eclesiástica era la investigación y castigo de las herejías lo que, desde los tiempos de Gregorio IX⁵⁴⁰, tenían encomendada los dominicos y los franciscanos a través de una institución de nuevo cuño denominada Inquisición⁵⁴¹.

2.2.14 La Inquisición.

La Inquisición (del latín *inquirere* = buscar, indagar) es el nombre del procedimiento especial implantado en el seno de la Iglesia Católica por los papas Lucio III (1181-1185) e Inocencio III (1198-1216) y ratificado por el concilio IV de Letrán (1215), para la persecución y castigo de la herejía⁵⁴². Hasta la aparición de la Inquisición el procedimiento criminal común en los tribunales eclesiásticos era el acusatorio romano en el que el juez no actuaba por su propia iniciativa, sino que debía ser movido por un acusador que era sometido a la pena del talión⁵⁴³ cuando no lograba reunir las pruebas precisas para soportar su acusación. En este sistema

⁵⁴⁰ Gregorio IX (Anagni, hacia 1170 – Roma 1241), fue elegido papa el 19 de marzo de 1227. Tuvo frecuentes enfrentamientos con el emperador Federico II a quien excomulgó. A él se debe el establecimiento en 1231 de la Inquisición mediante la bula *Excommunicamus*. Para mayor información ver: Werner Maeczek, *Papsts und KardinalsKolleg von 1191 bis 1216*, Verlag der Oesterreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena, 1984, pp. 126-133; Valdrini, P., Durand, J.-P., Échappé, O., y Vernay, J., *Droit Canonique*, París, 1999, 2ª ed. pp. 9-10.

⁵⁴¹ Edgard Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pp. 69-73.

⁵⁴² Creencia o doctrina contraria a los dogmas de una religión.

⁵⁴³ La expresión «ley del talión» hace referencia al principio jurídico de justicia retributiva en el que la norma impone un castigo similar al delito cometido. La palabra «talión» deriva de la expresión latina «talio est», que significa igual, por lo que la pena ha de ser no sólo similar sino idéntica al delito. La expresión más conocida de la ley del talión es la de «ojo por ojo, diente por diente» que se recoge en el Éxodo (Ex 10, 24), (Carlos Goñi, Firmado, Dios, Exégesis razonable de la Biblia, Ed. Ariel, Madrid, 2009, p.109).

el asunto criminal se debatía entre dos particulares como un asunto civil. El acusador jugaba el papel del demandante y era el que buscaba y presentaba las pruebas destinadas a convencer al juez y lograr la condena. El sistema acusatorio era largo y complicado y además entrañaba peligros para el acusador si no lograba probar la *accusatio*, por lo que fue abandonado al tiempo que se adoptaba el sistema inquisitorial⁵⁴⁴.

La Inquisición fue a menudo contestada por el pueblo a causa de sus excesos. Así ocurrió en 1301 en que los habitantes de Albi, Cordes y Carcasona hicieron patente su repulsa hacia los dominicos a los que denunciaron ante el rey, el cual, tras escuchar las reclamaciones, estableció que los carceleros de la Inquisición habían de ser escogidos por el obispo o por el senescal, que no se haría ningún arresto sin consentimiento del obispo y que, en caso de desacuerdo, la cuestión había de ser sometida a un colegio eclesiástico. En Albi, incluso, los dominicos fueron expulsados por un plazo de cinco años y la Inquisición suspendida por los comisarios reales⁵⁴⁵.

2.2.14.1 Orígenes.

La Inquisición medieval fue establecida por el papa Lucio III en 1184 a través de la bula *Ad abolendam* con el objetivo específico de acabar con la herejía cátara. Mediante esta bula, se le dio poder a los obispos para indagar, juzgar y castigar a los herejes de sus diócesis, para lo cual establecía un procedimiento de indagación en la búsqueda de los posibles herejes. Esta bula no estableció tribunales especiales para juzgar a los herejes sino que se limitó a sistematizar y perfeccionar lo que desde antiguo ya se venía practicando en toda la Cristiandad. En esta primera etapa (hasta 1230), se la denominó oficialmente «Inquisición episcopal» porque era responsabilidad de los obispos, razón por la cual su grado aplicación era muy diferente de unos lugares a otros.

Al considerar que la Inquisición episcopal había fracasado, en el año de 1231, Gregorio IX decidió instituir un juez extraordinario que, actuando en su nombre, tuviera a su cargo la investigación y juicio de los herejes y a tal efecto publicó la bula *Excommunicamus* en la cual se creó la «Inquisición pontificia», con dependencia directa de su autoridad pero otorgando un papel de protagonistas a las órdenes mendicantes⁵⁴⁶, especialmente los dominicos.

La bula *Ad extirpanda*, promulgada por Inocencio IV en 1252, y confirmada por Alejandro IV en 1259 y por Clemente IV en 1265, consideró a la herejía como un crimen de lesa majestad (*laesa majestas*) que era preciso erradicar, como había

⁵⁴⁴ José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición medieval», en *Clio y Crimen*, nº 2, Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, (2005), pp. 17-52; José Antonio Escudero, *Estudios sobre la Inquisición*, Marcial Pons Editores, Madrid, 2005, pp. 77-175 ; Edward Peters, *Inquisition*, University of California Press, Los Angeles, 1989, pp. 122-155.

⁵⁴⁵ Alfonso Torres de Castilla, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, T. IV, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1865, p. 184.

⁵⁴⁶ Así llamadas por vivir sus miembros de la limosna (*mendicare* = mendigar, pedir limosnas).

hecho el emperador Teodosio el Grande en el siglo IV en relación con los paganos⁵⁴⁷ y autorizó el uso de la tortura como medio legítimo para obtener la confesión de los herejes, a los cuales, si eran declarados culpables, se les confiscaba los bienes los cuales se repartían entre el estado y los propios inquisidores. Esta bula también dispuso la pena de muerte en la hoguera para los relapsos que recaían en la herejía⁵⁴⁸. Esta bula fue seguida de otra, conocida como *Super extirpatione*, mediante la cual se dividió a Europa entre las órdenes mendicantes⁵⁴⁹.

2.2.14.2 Delitos perseguibles.

La Inquisición, tal como fue concebida en un principio, sólo entendía del crimen de herejía que desde siempre comprendió a la apostasía⁵⁵⁰, si bien pronto se incluyó en el tipo la fama de herejía y la mera sospecha. Los demás delitos, en los que no estaba en cuestión la fe, seguían siendo perseguidos por el juez común, aunque pronto los papas pensaron que había ciertos ilícitos en los cuales se podía sospechar que había una herejía latente, y ordenaron su persecución como sospecha de herejía. Estos fueron:

- Las llamadas blasfemias heréticas contra Dios y los santos, indicadoras de error sobre la omnipotencia u otros atributos de la Divinidad.
- El sortilegio y la adivinación, cuando en su ejercicio eran utilizados medios sagrados, como el agua bendita, el aceite de ungir, el santo crisma de confirmación, la hostia consagrada, los vasos y elementos de culto, y cualquier otra cosa que pudiera indicar desprecio de los sacramentos o de la religión y sus ritos.
- La invocación directa de los demonios o ángeles malos en tanto que divinidad contraria a Dios.
- La permanencia pública por más de un año en excomunión sin pretender la absolución ni satisfacer la penitencia impuesta.
- El cisma, que podía ser positivo (cismáticos que creían todos los artículos de fe pero negaban obediencia al Santo Padre) o negativos (cismáticos que negaban algún artículo de fe).
- Colaboración, encubrimiento, receptación y defensa de los herejes, en tanto que por tal hecho se era sospechoso de herejía.
- El impedimento u obstáculo al libre ejercicio de los inquisidores.
- Negación a prestar juramento de expulsión de los herejes de los señores respecto de sus vasallos, en tanto que los hacían sospechosos de complicidad con la herejía.

⁵⁴⁷ Gonzalo Balderas Vega, *Cristianismo, sociedad y cultura en la Edad Media*, Plaza y Valdés, México, 2008, p. 55.

⁵⁴⁸ Étienne Léon de Lamothe-Langon, *Histoire de l'Inquisition en France*, J. G. Dentu, Imprimeur-Libraire, París, 1879, pp. 7-37.

⁵⁴⁹ M. Wallace y M. Hopkins, *Los custodios de la verdad*, Ed. Sirio, Málaga, 2009, pp. 207-209.

⁵⁵⁰ Negar la fe de Jesucristo recibida en el bautismo (Diccionario de la RAE).

- El ejercicio de la abogacía, la notaría pública u otros oficios públicos que favorecieran a los herejes mediante consejo o auxilio.
- La sepultura en sagrado de herejes manifiestos por notoriedad o condena.
- La negación a prestar juramento en causas de fe por cuanto que se veía como un obstáculo al libre ejercicio de los inquisidores.
- La tenencia de libros y folletos escritos prohibidos o considerados heréticos.
- Poligamia y sodomía.
- Apología de sus religiones por los no cristianos (judíos y mahometanos)⁵⁵¹.

2.2.14.3 Normativa inquisitorial.

Las principales normas reguladoras de los tribunales inquisitoriales fueron las bulas:

- *Ad abolenda*, promulgada el cuatro de noviembre de 1184 por Lucio III, con el objetivo de combatir las herejías, principalmente las extendidas por los territorios de la Lombardía. En ella se establece la condena de los herejes y que los reincidentes sean entregados al brazo secular⁵⁵²;
- *Vergentis in senium*, promulgada por Inocencio II en 1199, confirmando las disposiciones de la bula *Ad abolenda* y estableciendo por primera vez la equiparación del delito de herejía con el de lesa majestad⁵⁵³;
- *Excommunicamus*, promulgada por Gregorio IX el de 1231, considerada como el verdadero origen de la Inquisición pontificia. Mediante ella se atribuyó la persecución, juicio y castigo de los herejes a los inquisidores, en detrimento la autoridad y competencia de los obispos, los cuales actuaban como delegados papales⁵⁵⁴.
- *Ad extirpanda*, promulgada el quince de mayo de 1252 por Inocencio IV (ratificada posteriormente por Alejandro IV en 1259 y por Clemente IV en 1265), verdadero código legal compuesto de 38 artículos o normas en los que de manera detallada se establece el procedimiento a seguir⁵⁵⁵. Aunque en principio esta bula era de aplicación restrictiva a los territorios de Lombardía, Romagnola y *Marchia Trevisina*, pronto se extendió su aplicación a toda la Cristiandad⁵⁵⁶.

⁵⁵¹ Juan Antonio Llorente, *Historia Crítica de la Inquisición en España*, Editor Juan Pons, Barcelona, 1870, pp. 69-72.

⁵⁵² Esta bula fue incorporada a las Decretales (José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición medieval», p. 23).

⁵⁵³ Pilar Jiménez Sánchez, *La Inquisición contra los Albigenses en Languedoc (1229-1239)*, Clio y Crimen, nº 2 (2005), p. 61,

⁵⁵⁴ José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición medieval», p. 29.

⁵⁵⁵ Bula *Ad Extirpanda* de Inocencio IV. http://userwww.sfsu.Edu/~draker/history/Ad_Extirpanda.html. [Apéndice Nº 47].

⁵⁵⁶ José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición medieval», p. 39.

La práctica inquisitorial a finales del siglo XIII y principios del XIV se desarrolló de acuerdo con diversos manuales que se elaboraron para tal fin, principalmente las «Actas del Concilio Tarraconense» o «Manual para inquisidores» (*Directorium Inquisitorum*) de Ramon de Penyafort⁵⁵⁷ de 1242, el «Proceso de la inquisición» (*Processus inquisitionis*) de Bernardo de Caux y Jean de Saint Pierre de 1244, la «Práctica de la Inquisición en la depravación herética» (*Practice Inquisitionis Hæreticæ pravitatis*) de Bernardo de Gui de 1321 y el «Manual para inquisidores» (*Directorium Inquisitorum*) de Nicolás Eymerich, aproximadamente de 1370⁵⁵⁸.

2.2.14.4 Procedimiento.

La misión del inquisidor es expuesta de manera escueta en una carta que Gregorio IX dirigió el 11 de octubre de 1231 a Conrado de Marburgo en la que se encuentra condensado todo el procedimiento inquisitorial:

«Cuando lleguéis a una ciudad, convocareis a los preladados, los clérigos y el pueblo y haréis una solemne predicación; después buscareis algunas personas discretas y haréis una inquisición o búsqueda de los herejes y sospechosos. Aquellos que, después del examen, sean declarados culpables o sospechosos de herejía deberán prometer obedecer absolutamente las órdenes de la Iglesia; si no procederéis contra ellos siguiendo lo que hemos recientemente promulgado contra los heréticos»⁵⁵⁹.

⁵⁵⁷ San Ramon de Penyafort (1175-1275). Clérigo, dominico y co-fundador de la orden de la Merced. Estudió derecho en Barcelona y en Bolonia, de cuya universidad llegó a ser profesor. Aunque su labor como adoctrinador de musulmanes y judíos es reconocida, su obra más importante fue la redacción de las *Decretales* de Gregorio IX. Fue canonizado en 1601 por Clemente VIII. Aunque la bibliografía sobre san Ramon de Penyafort es amplísima desde todo punto de vista, solamente hacemos mención a algunas publicaciones en lengua francesa, alemana e italiana, prescindiendo de las aparecidas en lengua castellana y catalana debido a las graves sospechas sobre algunos de estos trabajos por parte del máximo estudioso sobre este autor a finales del siglo XX y principios del XXI. Algunas de tales obras son: L. Rockinger, *Berthold von Regensburg und Raymund von Penyafort in sogenannten Schwabenspiegel*, Múnich, 1877; Daniel Antonin Mortier, *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre de Frères Prêcheurs*, París, I, 1903, pp. 255-285; E. Brem, *Papst Gregor IX bis Beginn seines Pontifikats*, Heidelberg, 1911; A. van Hove, *De Decretalium Gregorii IX origine histórica, utilitate et momento in Ius Pontificum*, XIV (1934), pp. 102-120; Stephan Kuttner, «Zum Entstehungsgeschichte der Summa de casibus poenitentiae des hl. Raymund v. Penyafort» en *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte, Kanonistische Abteilung*, LXX (1953), pp. 419-434; Helmut Boese, *Über die kleine Sammlung gregorianischer Dekretalen des Raymundus de Penyafort*, O. P., en *Archivum Fratrum Praedicatorum*, XLII (1972), pp. 69-80; Andrieu-Guitancourt, P., *Introduction sommaire à l'étude du droit en général et du droit canonique contemporain en particulier*, Sirey, París, 1961, pp. 40, 648, 650, 716, 757, 758, 759, 760, 765, 766, 770, 783, 784, 887 y 1294; Valdrini, P., Durand, J.-P., Échappé, O., y Vernay, J., *Droit Canonique*, París, 1999, 2ª ed. pp. 9-10.

⁵⁵⁸ José Ignacio de la Torre Rodríguez, *Breve historia de la Inquisición*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2014, pp. 71-76; mientras el verdugo se preparaba para ejecutarla Centro Editorial Javeriano, Santafé de Bogotá, 1997, pp. 59-61.

⁵⁵⁹ Citada por José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición medieval», pp. 17-52. Sobre las glosas realizadas a las *Decretales* de Gregorio IX, compiladas por san Ramon de Penyafort ver Johann Friedrich Ritter von Schulte *Beiträge zur Literatur über die Decretalen Gregors IX., Innocenz IV., Gregors X.*, Viena 1871, donde aparecen como comentaristas de las *Decretales*

En todos los países de Occidente existía un supremo inquisidor, nombrado por la Santa Sede y escogido entre los frailes mendicantes, de preferencia un dominico, a quien incumbía la responsabilidad de designar los inquisidores locales y vigilar su celo. El inquisidor era un juez apostólico, en tanto que recibía el poder directamente del papa para juzgar la herejía, y un juez extraordinario, porque actuaba al lado del juez ordinario que era y seguía siendo el obispo. El inquisidor procedía con el obispo, aunque cada uno de los dos podía por sí solo iniciar el proceso, pero los autos de prisión, de tormento y la sentencia definitiva debían ser de los dos y si discordaban se remitían los autos al papa, acompañados de los informes de ambos.

El primero de los manuales que apareció fue el escrito por Ramon de Penyafort hacia 1242, es decir diez años antes de que fuera promulgada la bula *Ad Extirpanda*, y en él trata de dar respuesta a las cuestiones formuladas por inquisidores de la diócesis de Barcelona y Tarragona, utilizando para ello, a lo largo de diez apartados o capítulos, expresiones que, con el tiempo, pasarían a ser propias de la Inquisición, tales como el término de relapso, utilizado para definir a los que recaían en la herejía después de haber abjurado. También definía a los herejes, a los defensores y a los encubridores o fautores. En uno de los capítulos se instruye a los inquisidores sobre la forma más adecuada de llevar a cabo la investigación (o inquisición) de los herejes, disponiendo que en caso de que el descubrimiento tuviera lugar a través de la confesión, el confesor debía enviar información escrita del hecho al obispo –caso raro conocido en que no sólo se permite sino que se obliga al sacerdote a romper el secreto de confesión– y sí, confrontado el presunto hereje, negaba la acusación se le sometía a juicio. En el apartado de las penas, establecía que los sospechosos de herejía debían ser castigados con la excomunión pero reconociéndoles un plazo de un año para probar su inocencia. En este mismo apartado, establecía la relajación o entrega a la autoridad civil –brazo secular es la expresión empleada– de los herejes reincidentes y de los impenitentes. La condena que se establece para los que no se arrepintieran es la prisión perpetua mientras que para los que confesasen la condena podría ir desde una simple penitencia hasta la difamación pública. El manual fija otras formas de castigo, tales como llevar cruces de color diferente al del vestido⁵⁶⁰ o guardar la cuaresma por un periodo de tiempo. Para los convictos, fautores y sospechosos, establecía que en los días festivos debían estar en la iglesia para que los testigos pudieran dar fe de su presencia en el templo. Entre las normas más interesantes que establece el manual –de la que después hará un profuso uso la Inquisición– está la relativa a los cadáveres de los

gregorianas, entre otros Johannes Hispanus de Petesella, Melendus Hispanus, Johannes de Angusellis, Boatinus Mantuanus, Petrus de Sampson, Bernardus Papiensis, etc. El número de comentaristas que hubo en la Edad Moderna de las Decretales gregorianas fue muy abundante. Destacamos en este momento al profesor de la Universidad de Jena, Johannes Münch, y su obra en cuatro tomos publicada en 1602, *In Decretales iuris pontificii commentaria ut nova ita doctissima et utilissima cetera opera...* Enrico da Sussa (fallecido en 1271), cardenal y obispo de Ostia, es autor de una muy reconocida *Lectura in Decretales Gregorii IX*, a la vez que de una *Summa super titulis Decretalium*.

⁵⁶⁰ En esta época aun no se conoce el sambenito.

herejes que hubieran sido inculcados o declarados culpables después de muertos, los cuales debían ser desenterrados y si los restos eran reconocibles, habían de ser quemados⁵⁶¹.

El que fuera inquisidor general de Aragón, Nicolás Eymerich, escribió hacia la mitad del siglo XIV, la obra *Directorio Inquisitorium*, compendio o manual para inquisidores, reeditada en muchas ocasiones -siendo la utilizada por nosotros, la edición realizada en 1821 por J. Marchena⁵⁶²- que, aunque viera la luz unos setenta años después de los hechos a los que se refiere esta tesis, no por ello resulta anacrónica, ya que los procedimientos que describe son los que habían devenido norma por el uso reiterado en los tribunales inquisitoriales de toda la Cristiandad, en el que Eymerich no introdujo nada de su propia cosecha, limitándose a ofrecer un tratado sistemático de la normativa conciliar, pontificia y civil existente, lo que hizo de su *Directorio* un verdadero manual para uso de inquisidores en la Baja Edad Media.

La obra de Eymerich está dividida en tres partes, siendo las dos primeras meras recopilaciones de los principales artículos de la fe de Cristo y de las decretales de los papas, las decisiones de los concilios, y las constituciones de los emperadores acerca de los herejes, los excomulgados, los judíos y los infieles, y la tercera, que es la que aquí tomamos como referencia, y que es la propiamente dedicada a los procedimientos inquisitoriales, se divide en tres secciones: la primera que trata de cómo se ha de iniciar la formación de causas por herejías; la segunda se refiere a la continuación del proceso; y la tercera, alude a su remate. Sirven de apéndice a estas tres partes ciento treinta y una cuestiones que explican y aclaran las reglas dadas por el autor.

En los epígrafes que siguen se recogen en extracto las normas de las distintas fases procedimentales del *Directorio Inquisitorium* a partir de la versión publicada en la red por Torre de Babel Ediciones de la traducción realizada por don Juan Marchena y publicada en 1821 en Montpellier, por la Imprenta de Felix Avignon.

2.2.14.4.1 Formación y sustanciación de las causas⁵⁶³.

En los asuntos de herejía se había de proceder *simpliciter et de plano, sine advocatorum strepitu et figura*, es decir, llanamente, sin argucias de abogado, ni excesivos ritos procesales, evitando florituras y dilaciones inútiles, y no deteniendo la sustanciación ni en los días festivos. No se consideraba necesaria ni admisible, por inútil, la reiteración de testigos y se negaba el trámite de toda apelación

⁵⁶¹ Ana María Splendiani *et alli*, *Cincuenta años de inquisición en el tribunal de Cartagena de Indias*, pp. 59-60.

⁵⁶² Nicolás Eymerich, *Directorium Inquisitorium*, traducida del francés por J. Marchena, Imprenta de Felix Avignon, Montpellier, 1821, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/manual-de-inquisidores.htm>).

⁵⁶³ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo I, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-causas-herejes-cl.htm>).

sin fundamento cuyo sólo objeto fuera el de diferir la sentencia.

Los inquisidores tenían el privilegio de no ajustarse estrictamente a las reglas forenses, por lo que la omisión de algunas formalidades requeridas en Derecho no hacía nulo el proceso, con tal que no se omitiesen requisitos esenciales de la causa.

Al igual que en el Derecho Romano, había tres modos de formar la causa en materia de herejía: por acusación (*accusatio*), por delación (*denunciatio*) y por pesquisa (*ex officio*).

Se formaba causa por acusación (*accusatio*) cuando el delator era parte del proceso y en consecuencia estaba obligado a probar lo que decía, sujetándose a la pena del talión en caso de no conseguir la probanza. Rara vez se seguía este sistema en los tribunales de la Inquisición, por el grave peligro que suponía para el acusador la aplicación de la ley del talión y, sobre todo, porque era largo. Pero si persistía el acusador y formalizaba su acusación por escrito, se le tenía por parte, y entonces no procedía el inquisidor de oficio, sino *ad instantiam partis*.

El segundo sistema era por delación (*denunciatio*) de alguien por exceso de fe, para evitar caer en excomunión o por motivaciones espurias. La delación se hacía de palabra, compareciendo ante el inquisidor o, lo que era más raro, por escrito. En cualquier caso era necesario comparecer ante el inquisidor y, tras jurar por Dios y ante la Cruz decir verdad, era preguntado por las circunstancias de tiempo y lugar, los motivos que para hacer su delación tenía, etc. El inquisidor podía admitir la delación con solo la asistencia de un secretario y sin que estuviera presente ningún testigo. El hecho de que la delación no tuviera viso alguno de ser verdadera era óbice para la cancelación del proceso pues imperaba la máxima de que «lo que no se descubre un día se manifiesta otro». En la sustanciación de la causa por denuncia procedía el inquisidor de oficio y no había parte contraria.

La *inquisitio* o pesquisa (*ex officio*) era el tercer modo de formar causa por herejía. Era el genuino sistema inquisitivo, propio de los tribunales inquisitoriales, y se usaba cuando no había delator ni acusador. Existían dos tipos de pesquisas *ex officio*:

- Una general, que de vez en cuando mandaban hacer los inquisidores en una diócesis o en una provincia, y que era prescrita por el concilio tolosano en los términos siguientes: «En todas las parroquias se nombrarán dos sacerdotes, con dos o tres seglares, que después de juramentarse, harán continuas y rigurosas pesquisas en todas las casas, aposentos, sobrados y sótanos, etc. para cerciorarse de que no hay en ellos herejes escondidos».
- Otra específica, que se hacía cuando llegaba a oídos del inquisidor el rumor o *diffamatio* de que alguien era sospechoso de delitos contra la fe. Entonces el inquisidor indagaba sobre la mala fama o *diffamatio* tomando declaración a testigos preguntándoles si sabían que era hereje, y desde qué fecha y, cuando de las declaraciones resultaban evidencias de la mala fama, se le citaba para que diera cuenta de su fe y explicara la razón de

la mala fama. De esta manera podía también actuar el inquisidor contra uno que no estaba tildado de hereje, pero en tal caso había de actuar con mucha prudencia y sigilo por no perjudicar la honra y el buen nombre de un ciudadano.

El proceso por vía de pesquisa se apoyaba en la *voz populi*, pero tenía que ser corroborado por dos testigos, los cuales habían de ser probos y conocidos. No era necesario que tuvieran la información de primera mano sino que bastaba con que declarasen que habían oído decir a alguien que otro alguien era hereje o sospechoso de herejía.

Fuera cual fuere el sistema de inicio del proceso, una vez puesto en marcha el procedimiento era único.

2.2.14.4.2 Los Testigos⁵⁶⁴.

En los procesos inquisitoriales, tras un primer momento en que se fue bastante restrictivo, se admitía el testimonio de cualquiera, incluidos los excomulgados, los cómplices del acusado, los infames y los reos de un delito cualquiera, siempre y cuando fueran testimonios en contra el acusado, nunca en su favor. También se admitía el testimonio de los infieles y de los judíos, y no sólo para averiguar si el denunciado había incurrido en la infidelidad, o si se había judaizado, sino sobre cualquier extremo que pudiera ser utilizado en su contra. También se admitía la declaración de los testigos falsos⁵⁶⁵ contra el acusado y la declaración de los testigos domésticos, esto es, de su mujer, sus hijos, sus parientes y criados, pero siempre en su cargo, nunca en su abono.

La declaración de testigos, tanto de los que eran requeridos por el inquisidor como de los que se presentaban de *motu proprio*, tenía que hacerse en presencia de un notario o escribano y de uno o dos hombres justos, ante los cuales antes que nada se les hacía prestar juramento de decir verdad. A continuación se le preguntaba si conocía al acusado, desde qué tiempo, si en el pueblo de su residencia estaba reputado por buen o mal cristiano; si estaba mal conceptuado por haber hecho o dicho algo contra la fe; si le había visto o le había oído obrar o hablar contra la fe y cuántas veces; si había testigos; si lo que había dicho o hecho el acusado había sido en chanzas o de veras, etc. Después se le encargaba mantener el más absoluto secreto.

Los nombres de los testigos debían permanecer reservados y de debía poner especial empeño en que no llegaran a conocimiento del acusado, siempre que resultase algún riesgo para los delatores o acusadores, pero cuando tal peligro no existía se podía comunicar al reo los nombres de los que contra él habían declarado. Dado que generalmente se presumía que los delatores y testigos corrían peligro por las represalias, se solía callar sus nombres, por lo que el acusado tenía que sa-

⁵⁶⁴ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo II, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-testigos-c2.htm>).

⁵⁶⁵ Entendiendo por tales los que modificaban una declaración anterior y siempre que fuera en perjuicio del acusado, nunca en su abono.

car por conjeturas quienes eran los que contra él habían declarado, a fin de recusarlos o debilitar su testimonio

Los testigos de los que el inquisidor descubría falsedad en su declaración podían ser sometidos a tormento.

El único motivo legítimo de recusación de testigos era la enemistad capital, entendiéndose por tal a la que se había manifestado atentando contra la vida del procesado, pero si no se había hecho saber al acusado los nombres de los testigos, era misión del inquisidor averiguar por sí mismo si en efecto había enemistad manifiesta con el acusado, pues no sabiendo éste a punto fijo quiénes eran sus acusadores mal podía defenderse, como no fuera de un modo muy vago.

Como regla general no se podía recusar al inquisidor salvo que fuera por enemistad capital manifiesta. En caso de recusación aceptada a trámite por el propio inquisidor, éste nombraba un árbitro, hombre de bien, y el reo a otro y si ambos aceptaban las causas expuestas se daba por hecha la recusación pero si discordaban se nombraba un tercero que era quien finalmente decidía la nulidad o legitimidad de recusación.

2.2.14.4.3 Interrogatorio del procesado.

El acusado era citado personalmente en su domicilio y se le daba un cierto tiempo para comparecer voluntariamente y, si pasado este plazo no comparecía, se requería el auxilio de los oficiales reales. Si no se le encontraba se decretaba su excomunión provisional que al cabo del año pasaba a ser definitiva⁵⁶⁶. Cuando el procesado se presentaba, o era presentado, para declarar, lo primero que se hacía era tomarle juramento, por Dios y sobre la cruz, de decir verdad en cuanto le fuera preguntado, aunque fuera en perjuicio propio. Luego se le requería el nombre, el pueblo donde nació, el de su residencia, si había oído hablar de tal o cual hecho (aquéllos sobre los cuales le acusaban de herejía), si había hablado de ello, qué es lo que había dicho,... etc. También se le interrogaba sobre si sabía por qué estaba preso, si presumía quién le había delatado, quién era su confesor, desde cuándo no se confesaba,... etc. En todo momento, prevenía Eymerich, el inquisidor debía evitar proporcionarle materia para subterfugios por los términos en que explicaba sus respuestas, y para evitar este inconveniente, las preguntas habían de ser vagas y en términos generales, utilizando los mismos artilugios que los herejes para contrarrestar sus tretas, de las que refiere hasta diez diferentes y la manera de combatirlas.

Todas las preguntas y respuestas eran reflejadas en el acta que levantaba el escribiente o notario y al final la firmaban todos los comparecientes.

Las protestas de los reos diciendo que creían en todo lo establecido por la Iglesia no los podía exonerar de herejía ante los inquisidores, pues cuando se trataba de dogmas, que obligaban a todo fiel cristiano a creer con fe explícita, era necesario condenar formalmente todos los errores, porque de otro modo se le consi-

⁵⁶⁶ Malcolm Barber, citando a Bernardo de Gui en *El juicio de los templarios*, p. 26.

deraba hereje y, además, hereje pertinaz u obstinado⁵⁶⁷.

2.2.14.4.4 La defensa⁵⁶⁸.

Si el detenido confesaba el delito, por el cual estaba procesado, la defensa era considerada inútil pues en asunto de herejía la confesión del reo bastaba por sí sola para condenarle, ya que se pensaba que al ser la herejía delito del alma, la mayoría de las veces la única prueba contra ella era la confesión del acusado.

Dado que la defensa era considerada de Derecho Natural, se le dejaba al reo facultad para usar las que fueren legítimas y conformes a Derecho. Las principales eran:

1. La intervención de un abogado a quien pudiera consultar;
2. La recusación de testigos, cuando lograba adivinar quienes eran los que habían declarado contra él;
3. La recusación de uno o varios jueces, y
4. La apelación.

A pesar de que Inocencio III, en su bula *Si adversus vos* de 1205, había prohibido la intervención de abogado⁵⁶⁹, y de que Gregorio IX lo había ratificado en las Decretales, posteriormente fue reconocido el derecho a la defensa jurídica mediante abogado cuando el procesado no era aún convicto ni por declaraciones de testigos ni por otra prueba legal, pero el abogado debía jurar el abandono de la causa tan pronto resultara probada la herejía de su cliente. El abogado había de ser un varón justo, docto y celoso de la fe. Le nombraba el inquisidor y le tomaba juramento de defender al reo conforme a verdad y Derecho, y de guardar inviolable secreto de todo cuanto viere y oyere. Su cometido principal era exhortar a su cliente a declarar verdad y a pedir perdón de su delito si fuere culpable. Le estaba vedado al preso comunicar con el abogado si no era en presencia del inquisidor.

2.2.14.4.5 La *vexatio* o prisión preventiva⁵⁷⁰.

Al acusado que negaba su culpabilidad, a pesar de los testimonios en su contra y aún de los consejos de su abogado, se le aplicaban diversos medios coactivos para obligarle a confesar su culpabilidad.

Uno de estos medios era la prisión preventiva que podía ser decretada por el inquisidor, el cual también tenía la potestad de elegir el modo de llevar a cabo la

⁵⁶⁷ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo III, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-interrogatorio-del-reo-c3.htm>).

⁵⁶⁸ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo IV, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-interrogatorio-del-reo-c4.htm>).

⁵⁶⁹ «Nos prohibimos terminantemente a vosotros, abogados y notarios, que ayudéis a los herejes de cualquier manera, por el consejo o mediante apoyo, así como creer en ellos» (Michael C. Thomsett, *The Inquisition: A History*, McFarland & Company Inc., Jefferson, 2010, p. 31).

⁵⁷⁰ José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición Medieval», p. 38.

detención y la adopción de otras medidas coercitivas, como el tipo de celda (más o menos malsana o incómoda), cargar de cadenas al reo y aplicación de un régimen alimenticio más o menos severo, incluso de mera supervivencia.

En las prisiones de la época había lugares especialmente diseñados, tales como celdas malolientes, bajas y estrechas en las que la movilidad estaba reducida al límite y la incomodidad era máxima, para lograr la reducción de los prisioneros.

2.2.14.4.6 La tortura⁵⁷¹.

La aplicación del tormento tenía como fundamento apremiar al procesado en la confesión de sus delitos.

Los medios de tortura más comunes en los siglos XIII y XIV fueron:

- el caballete, consistía en tensar los miembros del reo mediante cuerdas estando acostado sobre un soporte de forma triangular;
- la cuerda, tormento consistente en elevar hasta la bóveda al torturado con una cuerda amarrada a las manos en las espala (a veces se amarraban los pies) y dejarlo caer de repelente;
- la antorcha inflamada que se colocaba a los pies del reo que estaba colgado y tenía los pies untados de grasa o tocino⁵⁷²

Las reglas que habían de ser observadas para aplicar el tormento eran las siguientes:

1. Al que, negando el hecho principal, variaba en las circunstancias.
2. Al que, teniendo pública fama de hereje, tenía en contra de él al menos un testigo que declaraba que le había visto u oído decir o hacer algo en contra de la fe (se consideraba que el testimonio de un testigo junto con la mala fama del reo, completaba los dos indicios exigidos para fundamentar la probanza, y bastaban para aplicarle el tormento).
3. Aun cuando no habiendo testigo alguno, si a la *diffamatio* de herejía se unían muchos y vehementes indicios también se le debía dar tormento al reo.
4. Cuando, aun no estando reputado de hereje, un solo testigo declaraba que le había oído o visto decir o hacer algo contra la fe, añadiéndose a esta circunstancia uno o muchos indicios vehementes, era suficiente para aplicar el tormento.

Había una excepción y era cuando a la *diffamatio* se añadían malas costumbres en el procesado y cuando el acusado huía, indicio que, junto con su mala fama, bastaba para ordenar el tormento.

Dado que se consideraba que la tortura no era un medio infalible para arran-

⁵⁷¹ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo V, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-interrogatorio-del-reo-c3.htm>).

⁵⁷² José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición Medieval», p. 39.

car la verdad, se prescribía que el tormento sólo se debía mandar después de haber agotado sin resultado todos los demás medios de averiguación la verdad, porque a veces bastaban para lograr la confesión las buenas maneras, la astucia, hacer reflexionar al acusado, las exhortaciones de sujetos bien intencionados, las amenazas y las incomodidades de la cárcel.

Cuando se decidía la aplicación de tormento, mientras el verdugo se preparaba para ejecutarla, el inquisidor y demás individuos que le asistían estaban obligados a continua realizando intentos para persuadir al reo a confesar la verdad, prometiéndole la vida con la condición de hacerlo así, salvo que fuera relapso, en cuyo caso no se le podía prometer nada.

En los casos en que el reo sufría la tortura sin confesar nada, el inquisidor estaba obligado a ponerlo en libertad dictando sentencia en la que expresare que «después de un atento examen de la causa no ha resultado prueba legítima del delito que se le había imputado». Los que confesaban eran tratados como herejes arrepentidos la primera vez, si abjuraban, pero si no lo hacían se les consideraba pertinaces. Los que reincidían en la herejía eran considerados como relapsos.

Sucedía a veces que, por librarse de la tortura, los acusados se fingían locos, por lo que se prescribía que, si se presumía que la locura era fingida, no se debía dejar de darles tormento.

Por último señalar que el fuero de que gozaban los nobles de no ser torturados no era aplicable a los delitos de herejía y que la tortura era aplicada por el Santo Oficio incluso en lugares, como Aragón, en los que no era admitida en los tribunales civiles.

2.2.14.4.7 La rebeldía⁵⁷³.

A veces sucedía que el acusado, al ser citado, se hallaba ausente sin saber que la Inquisición le buscaba. Otras veces, sin embargo, al tener noticias de que era buscado, huía para evitar el proceso.

En el primero de los casos, ausencia de buena fe, el inquisidor estaba obligado a informarse, con el mayor sigilo posible, de si había de volver, en cuyo caso tenía que esperarlo aunque fuera «uno o dos años», procediendo contra él, tan pronto como estaba de vuelta. Si la vuelta no estaba prevista, tenía que citarlo para comparecer personalmente y si no comparecía le excomulgaba, y si permanecía excomulgado más de un año, debía requerir su detención a los jueces temporales del país adonde se hubiere refugiado, si era conocido. Si a pesar de todo no se le podía detener, se le formaba causa en rebeldía, dictando sentencia en su contra y relajándole a la justicia seglar que le quemaba en estatua.

Cuando la ausencia era debida a la huida para librarse de ser procesado se presentaban tres casos distintos:

1. El primero se daba cuando el fugado ya había aceptado los cargos en su

⁵⁷³ Nicolás Eymerich, *Directorio Inquisitoris*, Capítulo VI, (<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-rebeldia-fuga-reo-c6.htm>).

contra mediante confesión o existían testimonios incriminatorios suficientes.

2. El segundo ocurría cuando la huida se producía tras ser citado por el Santo Oficio como sospechoso a consecuencia de una denuncia en su contra.
3. El tercero cuando era colaborador o encubridor de herejes que a su vez eran o habían sido procesados por la Inquisición.

En los tres casos se citaba al acusado a comparecer dentro de un plazo fijo y si no comparecía se le excomulgaba y si permanecía por el tiempo de un año entero excomulgado era condenado como hereje, incurriendo en todas las penas de Derecho, en virtud de la presunción que en materia de herejía siempre obraba en su contra.

Al hereje rebelde que se presentaba el día señalado y mostraba arrepentimiento se le trataba como arrepentido. Si no comparecía, se dictaba sentencia condenatoria y se decretaba la relajación al brazo secular y si luego se le prendía se le trataba como tal sin formarle causa. En todo caso, se le aplicaban las mismas penas que al hereje convicto y, si se le lograba apresar, era castigado según la naturaleza de su delito, esto es, como pertinaz, si se empeñaba en mantener sus errores, o como relapso, si era reincidente.

Si el inquisidor consideraba al hereje rebelde convicto de herejía, se le reputaba como un forajido, enemigo del papa y de los príncipes, por lo que podía ser detenido, robado y muerto por cualquier individuo y en cualquier lugar si ponía resistencia.

2.2.14.4.8 La sentencia⁵⁷⁴.

Al final del proceso se dictaba sentencia en ceremonia pública en la que se recogían las penas. Era el *sermo generalis*, o auto de fe, que a partir de la bula *Excommunicamus* de Gregorio IX de 1236 fue inapelable. La sentencia inquisitorial es definida por Fernández Giménez como «el acto jurisdiccional, decidido por los inquisidores del Santo Oficio, que se pronunciaba a continuación de la fase probatoria, cuya consecuencia era la finalización y resolución del proceso absolviendo o condenando al reo»⁵⁷⁵ y podían ser⁵⁷⁶:

1. Sentencias interlocutorias: eran resoluciones sobre cuestiones incidentales y entre ellas cabe destacar:
 - a. Las sentencias de tormento: resoluciones que imponían la tortura como elemento probatorio para descubrir la verdad de la acusa-

⁵⁷⁴ María del Camino Fernández Jiménez, *La sentencia inquisitorial*, Editorial Complutense, Madrid, 2000, p. 72. (Sobre esta obra se han expresado importantes reservas por parte de Guillermo Hierrezuelo conde en la *Revista de Estudios Históricos-Jurídicos*, Vol. XXIX, Valparaíso, 2007, pp. 550-556).

⁵⁷⁵ María del Camino Fernández Jiménez, *La sentencia inquisitorial*, p. 122.

⁵⁷⁶ María del Camino Fernández Jiménez, *La sentencia inquisitorial*, pp. 93-130.

ción.

- b. Las sentencias de prueba: resoluciones por las que se recibían a prueba el proceso por no aceptar el procesado los hechos imputados. En esencia consistía en someter a testigos y al acusado a un nuevo interrogatorio y a partir de él formular las alegaciones. En estas resoluciones se distinguen dos tipos, las que tenían término y las que no lo tenían, según que el tribunal estableciera o no un plazo preclusivo.
2. Sentencias definitivas: resoluciones que ponían fin al proceso. Podían ser:
- a. Sentencias absolutorias: cuando la acusación no resultaba probada. Si después de un detenido examen no se conseguía probar las imputaciones y no era sospechoso, ni mal afamado, se procedía declarar su absolución como sigue: «En el santo nombre de Dios declaramos que no se os ha probado legítimamente cosa alguna que os haga sospechoso de herejía; por tanto, etc.». La fórmula de absolución no decía que fuera inocente (*caveatur quod non ponatur quod est insons*) sino que no había pruebas bastantes de su delito (*sed quod non fuit probatum legitime contra eum*). El objeto de esta precaución es que si se le formaba nueva causa no pudiera alegar en su defensa la primera absolución. Era máxima general que la sentencia de absolución, en asunto de herejía, nunca debía ser considerada como definitiva.
 - b. Sentencias condenatorias: se dictaban cuando se consideraba probada la acusación. Podían ser:
 - i. Sentencias de reconciliación: el hereje mostraba señales de arrepentimiento, abjuraba de su herejía y solicitaba el perdón y ser readmitido en la comunión de la Iglesia.
 - ii. Sentencias de relajación: quedaba probada la contumacia y persistencia del hereje en el error. El reo era relajado o entregado al brazo civil para llevar a cabo su ejecución. Conllevaba la confiscación de sus bienes.

Sánchez Herrero distingue, además, las sentencias de purgación que se dictaban cuando, a pesar de no quedar probado el hecho de la herejía, si resultaba probado el hecho de la mala fama (*diffamatio*) y se condenaba al procesado a destruir la mala fama mediante la purgación (*purgatio*) canónica y una vez que ésta era llevada a cabo, realizaba la abjuración *ad cautelam* de todas las herejías y se le absolvía de cualesquiera censuras en las que hubiera incurrido⁵⁷⁷. Para llevar a cabo la purgación canónica el procesado debía presentar cierto número de personas, considerados buenos católicos y de buena fama, llamados compurgadores, cuyo número dependía de la gravedad de la sospecha de herejía, los cuales tenían que

⁵⁷⁷ José Sánchez Herrero, «Los orígenes de la Inquisición Medieval», p. 78.

declarar que conocían al reo desde hacía muchos años. El acusado debía jurar por Dios y sobre la Cruz que nunca había profesado ni enseñado, y que no profesaba ni enseñaba, las doctrinas heréticas de las que había sido inculpaado. Los compurgadores debían jurar que había declarado verdad. Esta purgación se practicaba en todos los pueblos donde el acusado había sido difamado y se otorgaba término para que buscara compurgadores, y si no los encontraba en el número y de las circunstancias que se le pedían, quedaba convicto, y condenado como hereje. Por esta misma regla, el que no podía hallar sujetos que le sirvieran de compurgadores, si antes había sido condenado como hereje, debía ser sentenciado y condenado como relapso, y relajado al brazo seglar⁵⁷⁸.

2.2.14.4.9 Modos de impugnación⁵⁷⁹.

En el procedimiento inquisitorial regía el principio de que las sentencias nunca pasaban de cosa juzgada⁵⁸⁰ por lo que era frecuente su revisión, siendo las principales formas de impugnación la apelación y la suplicación similar al actual recurso de reposición.

La *questo appellationis* (querella de apelación) se presentaba ante el propio tribunal apelado que la remitía, junto con los autos, al superior jerárquico que realizaba un examen completo del proceso dictando una nueva sentencia. Debía estar fundamentada en error judicial y la consecuencia jurídica más importante era la suspensión de las actuaciones, incluida la ejecución de la sentencia, por el tribunal apelado.

Las apelaciones contra sentencias interlocutorias tenían que contener tanto la causa por la que se impugnaba como los motivos de la apelación, siendo rechazada toda apelación «vana» o «frívola» entendiéndose por tal las que no estaban fundamentadas y las que sólo pretendían dilatar el proceso. Las apelaciones hasta final del siglo XV fueron resueltas por el papa, pero a partir de entonces la Santa Sede delegó esta competencia en autoridades eclesiásticas nacionales.

2.2.14.4.10 Penas.

El principio de la pena que rige en la Iglesia es que la misma es doble, la espiritual o saludable y la temporal⁵⁸¹.

La pena espiritual por excelencia es la excomunión y la idea fundamental es

⁵⁷⁸ Nicolás Eymerich, *Directorium Inquisitoris*, Cap. VIII, (<<http://www.e-torrede-babel.com/historia/inquisicion/inquisidores-castigos-santo-oficio-c8.htm>>).

⁵⁷⁹ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, pp. 137-140.

⁵⁸⁰ Aunque el Derecho Canónico había recepcionado el instituto de la cosa juzgada a partir del Decreto Graciano (C.2q.6c.39) «en el sistema procesal inquisitorial no existe de hecho el criterio de “cosa juzgada” [...] lo que a todas luces coloca al procesado por la Inquisición ante la posibilidad de ser juzgado y condenado constantemente por los mismos delitos, por las mismas faltas» [Javier Pérez Escohotado, *Antonio de Medrano, alumbrado epicúreo: proceso inquisitorial (Toledo, 1530)*, Editorial Verbum, Madrid, 2003, p. 549].

⁵⁸¹ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, pp. 210, 224, 230.

que se puede levantar mediante el arrepentimiento y la penitencia. Otras penas de este tipo eran el cumplimiento de alguno de los sacramentos, principalmente la eucaristía y la Confesión, una peregrinación, o cargar con una cruz⁵⁸².

La pena temporal podía ser ordinaria o arbitraria. La primera era esencialmente la muerte en la hoguera⁵⁸³ y la segunda cualquier pena diferente a la ordinaria⁵⁸⁴ y podía consistir en cualquier castigo, tales como un suplicio público, una multa o, en los casos más graves, el encarcelamiento y/o las multas y confiscación de propiedades para sufragar los gastos del tribunal⁵⁸⁵.

Las penas más severas que los inquisidores podían imponer era la muerte en la hoguera y la de prisión perpetua, para cuya ejecución el reo era entregado a las autoridades civiles. Pronunciada la sentencia inmediatamente se llevaba a ejecución⁵⁸⁶.

Los pertinaces, que se negaban a abjurar, y los relapsos⁵⁸⁷, eran abandonados al brazo secular para la ejecución de la pena de muerte⁵⁸⁸. En cambio a aquellos que prometían la enmienda, después de haber abjurado de sus errores, se les imponían un castigo menor, como por ejemplo vestir por algún tiempo el sambenito o cumplir una penitencia⁵⁸⁹.

2.2.14.4.11 La abjuración⁵⁹⁰.

Fernández Giménez define la abjuración como «una detestación solemne de la herejía con la intención de pronunciar la verdad católica»⁵⁹¹. Era un acto público y formal y como tal debía ser firmado por el reo, y si no sabía, por el notario, cuyo cumplimiento tenía lugar inmediatamente después de leída la sentencia⁵⁹².

Había tres especies o clases de abjuración:

1. En caso de sospecha leve de herejía se mandaba la abjuración *de levi*.
2. En caso de sospecha grave, la *abjuración de vehementi*.
3. En caso de indicios vehementísimos *ubi quis est suspectus de hæresi violenter*.

⁵⁸² María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, pp. 142, 153, 164, 230

⁵⁸³ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 163.

⁵⁸⁴ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 164.

⁵⁸⁵ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 161.

⁵⁸⁶ Étienne Léon de Lamoignon, *Histoire de l'Inquisition en France*, J. G. Dentu, Imprimeur-Libraire, Paris, 1879, pp. 464-465.

⁵⁸⁷ Reincidente en un pecado del que ya había hecho penitencia, o en una herejía de la que había abjurado. (Real Academia Española, DRAE).

⁵⁸⁸ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 162.

⁵⁸⁹ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia inquisitorial*, p. 185.

⁵⁹⁰ Nicolás mientras el verdugo se preparaba para ejecutarla Eymerich, *Directorium Inquisitoris*, Cap. IX. <<http://www.e-torredabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-abjuracion-c9.htm>>.

⁵⁹¹ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 167.

⁵⁹² María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, p. 168.

La fórmula era la misma en los tres casos, pero los castigos eran muy diferentes, y aún más las consecuencias en caso de reincidencia, ya que en tal caso el reincidente que había abjurado de *levi* no era relajado al brazo seglar, pero sí lo era el que había hecho abjuración de *vehementi*.

El que abjuraba había de leer en voz alta el credo y otros artículos de la fe de Cristo y a continuación debía manifestar las herejías en las que había incurrido pero muchas veces utilizaba términos generales omnicomprendivos de herejías.

En la abjuración de *levi*, los inquisidores, una vez amonestado el reo y advertido sobre los peligros de recaer en nuevas sospechas, le imponían la penitencia que tenían por conveniente.

En caso de grave sospecha, de *vehementi*, era usual castigar al que abjuraba con encierro temporal en prisión, o mandarle estar en la puerta de la Iglesia con una vela encendida mientras se celebraba la misa mayor, o ir en romería a un santuario, pero nunca era condenado a encierro perpetuo, ni a llevar una cruz amarilla en el vestido, que eran penas privativas de los herejes formales.

En el tercer caso, o sea cuando había indicios vehementísimos de herejía, a la abjuración seguían penas graves, y los inquisidores fallaban la sentencia definitiva en estos términos:

«Nos inquisidores, etc.; estando vos legalmente convicto/a de tales y tales culpas, que constituyen vehementísimos indicios de herejía, y habiendo vos seguido el saludable consejo de hacer abjuración, os otorgamos la absolución de la excomunión en que habíais incurrido; más no pudiendo dejar impune el delito que cometisteis contra Su Divina Majestad, para que procedáis en adelante con mayor circunspección, y sea menos severo vuestro castigo en el otro mundo,... os condenamos a llevar encima de vuestro vestido un sambenito; lo segundo a estar en pie a la puerta de la Iglesia con dicho sambenito los días de fiesta, mientras se celebraren los oficios; lo tercero a tantos meses de cárcel».

Notificada que era la sentencia al reo, el inquisidor le decía:

«Carísimo hijo mío: ten paciencia, y no te desesperes, que si dieres muestras de arrepentimiento suavizaremos tu penitencia, pero guárdate de no cumplir con lo que se te manda, porque si tal hicieres serás castigado como hereje pertinaz».

Era costumbre que los inquisidores, por especial delegación del papa, concedieran cuarenta días de indulgencia a cuantos hubieren asistido a la ceremonia, y tres años a los que hubieran participado en algo al castigo de los reos.

Los herejes arrepentidos, relapsos o no, hacían abjuración, pero mientras que éstos eran castigados con cárcel perpetua, los otros reincidentes eran relajados al brazo seglar, aún en el caso de que la herejía fuera distinta, tal como se le había advertido en la ceremonia de su abjuración y absolución.

Cuando a la mala fama de un sujeto se unían graves indicios de herejía, la sentencia incluía la abjuración junto con la purgación canónica, obligando al acusado a que abjurara de toda herejía y si reincidía luego en una, aunque fuera distinta de aquéllas de las que era sospechoso, era castigado como relapso, y relajado al

brazo seglar⁵⁹³.

2.2.14.4.12 Efectos económicos de la condena.

Podía ser de dos tipos: multas y confiscación de bienes.

Eymerich considera que las multas son útiles para la continuidad de la propia Inquisición pues eran aplicadas a las necesidades y sustento de los inquisidores y familiares⁵⁹⁴.

Con respecto a las confiscaciones, dice este mismo autor que mientras que los herejes condenados como tales, cuando se arrepienten antes de la sentencia, no deben perder sus bienes, esto sí ocurre cuando el arrepentimiento tiene lugar después de leída la sentencia, lo que también se aplica en el caso de los pertinaces, relapsos y, en general, en todos los casos en que el condenado es relajado al brazo secular⁵⁹⁵.

Los bienes de los condenados por herejía podían ser incautados incluso después de la muerte del hereje, privando de ellos a sus herederos o, incluso, a los titulares actuales de los mismos si estos habían sido transferidos, fuera cual fuera el título de la adquisición, siempre que el derecho no hubiere prescrito, plazo que para algunos era de cinco años y para otros de cuarenta⁵⁹⁶.

Dice Eymerich que dado que tanto por la ley divina como por la humana los hijos deben ser castigados con las culpas de los padres, no tienen derecho ni siquiera a la legítima, aunque podrán los inquisidores, por gracia especial, dar providencia para el mantenimiento de los hijos de los herejes, sobre todo de los que por su corta edad no puedan valerse por sí mismos.

Al principio de las actuaciones de los tribunales inquisitoriales, los bienes requisados, después de abonados los gastos ocasionados por la prisión y procesamiento, iban a engrosar la hacienda pública del lugar en que se encontraren. Posteriormente Inocencio IV dispuso la división de los bienes incautados entre las partes que intervinieron en el proceso como medio de financiación de los tribunales inquisitoriales.

En Francia el producto de la confiscación se entregaba al rey que destinaba parte de los mismos al pago de los inquisidores y de los guardianes⁵⁹⁷.

⁵⁹³ María del Camino Fernández Giménez, *La Sentencia Inquisitorial*, pp. 167-174.

⁵⁹⁴ Nicolás Eymerich, *Directorium Inquisitoris*, Cap. X, (<<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-castigos-santo-oficio-c8.htm>>).

⁵⁹⁵ Nicolás Eymerich, *Directorium Inquisitoris*, Cap. X, (<<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-castigos-santo-oficio-c8.htm>>).

⁵⁹⁶ Nicolás Eymerich, *Directorium Inquisitoris*, Cap. X, (<<http://www.e-torredebabel.com/historia/inquisicion/inquisidores-castigos-santo-oficio-c8.htm>>).

⁵⁹⁷ Ana María Splendiani *et alli*, *Cincuenta años de inquisición en el tribunal de Cartagena de Indias*, p. 26.

2.3 Prolegómenos de la orden detención.

2.3.1 Relaciones de la Iglesia con Felipe IV y con los templarios.

2.3.1.1 Relaciones de la Iglesia con Felipe IV.

2.3.1.1.1 Pontificado de Bonifacio VIII: el enfrentamiento.

Los primeros años del reinado de Felipe IV estuvieron marcados por sus diferencias con la Santa Sede, principalmente con el papa Bonifacio VIII⁵⁹⁸. El enfrentamiento se inició cuando el rey intentó que los miembros del clero francés tributaran para contribuir a la financiación de los gastos de las guerras con Flandes, Inglaterra y Aragón a lo que respondió el papa promulgando el veinticinco de fe-

⁵⁹⁸ Bonifacio VIII, (Benedetto Gaetani) nació en Anagni, hacia 1235 y falleció en Roma, el 11 de octubre de 1303. Nombrado cardenal por Martín IV, tras la abdicación de Celestino V, fue elegido papa el día de Nochebuena de 1294. Su pontificado se caracterizó por el enfrentamiento con el rey Felipe IV de Francia a quien llegó a excomulgar, junto a sus consejeros, uno de los cuales, Guillermo Nogaret, al frente de un nutrido grupo de mercenarios llevó a cabo su detención en un lamentable suceso conocido como «atentado de Anagni». Consiguió que Jaime II de Aragón y Felipe IV de Francia pusieran fin a la disputa que los había enfrentado desde 1282 y firmasen un tratado que pasó a posteridad como la «Paz de Anagni». Otros hechos significativos de su pontificado fueron el establecimiento, en 1300, del primer año jubilar, la publicación, en 1298, del *Liber sextus*, una recopilación de textos legales eclesiásticos y la fundación en 1303 de la Universidad de *La Sapienza* en Roma. (Thomas Sherrer Ross Boase, *Boniface VIII*, Constable, Londres, 1933). Sobre el *Liber Sextus*, de 3 de marzo de 1298, hacen algunas consideraciones Eduard Eichmann y Klaus Mörsdorf, en *Lehrbuch des Kirchenrechts auf Grund des Codex Iuris Canonici*, vol. 1, Múnich, Paderborn y Viena, 1959, pp. 41-42, indicando al respecto lo siguiente: "*Der Liber Sextus Bonifaz' VIII., am 3.3.1298 als Gesetzbuch publiziert, so gennant, um den Anschluss an die fünf Bücher des Liber extra sichtbar zu machen und weil die Sechszahl in der mittelalterlichen Zahlensymbolik Voll kommenheit bedeutet. Dieses Gesetzbuch ist der technisch vollendetste Teil des Corpus Iuris Canonici*". Ver igualmente la importancia que conceden a la *interpretación* que hizo de este texto nada menos que Dino da Mugello. Franz-Xaver Wernz y Pedro Vidal en el tomo I de su *Ius canonicum*, se hace eco, como no podría ser de otro modo, de la controversia de este papa con el rey Felipe el Hermoso, que se venía arrastrando desde Alejandro III e Inocencio IV con los emperadores germanos. Resulta curioso el resumen que hacen Wernz y Vidal, en el manual más reconocido de Derecho Canónico, del enfrentamiento entre el papa Bonifacio y Felipe IV: «*Quae amicitia inter Sedem Apostolicam et Galliam regnante Philippo Pulchro in apertum dissidium est controversa. Profecto in isto dessidio Bonifacius VIII in suum favorem habuit "veritatem et iustitiam" licet in nonnullis documentis forma minus opportuna usus sit; at Philippus Pulcher armis mendacii et violentiae pugnavit, ideoque mirum non est, quod apparentem quandam vereque tristem reportarit victoriam. Ex illo enim tempore salutifera illa vis et auctoritas, quam Romani Pontifices in civitates et reges nucusque exercuerant, magis magisque imminui coepta est. Bonifacius VIII vero in sua Const. Unam sanctam 18 Nov. 1302 cuius sola clausula finalis continet definitionem dogmaticam, denuo etiam ad futuram rei memoriam sollemniter adumbravit genuinam relationem inter Ecclesiam et civitatem* (Wernz, F. X. y Vidal, P., *Ius Canonicum ad codicis normam exactum*, T. I, Aedes Universitatis Gregorianae, Roma, 1938, p. 40).

brero de 1296, la bula *Clericis laicos* por la que prohibía a los poderes públicos la imposición de contribuciones al clero sin el consentimiento papal y a los eclesiásticos el pago de las mismas. Incluso decretó la excomunión de los eclesiásticos que, ignorando la bula, llegaron a pagar tales tasas e impuestos⁵⁹⁹. Según Lavocat, en esta bula está el origen del odio de Felipe IV hacia Bonifacio VIII, el punto de partida de la enemistad, el origen de sus diferencias y la causa primera de las represalias que el rey ejerció contra el papa, la Iglesia de Roma y, como consecuencia, contra la orden del Temple, súbdito de la Santa Sede⁶⁰⁰. El rey Felipe no sólo hizo caso omiso a la bula, sino que a su vez decretó el bloqueo económico de Roma, publicando a tal efecto varios edictos prohibiendo, tanto a los eclesiásticos como a los laicos, enviar productos, principalmente alimenticios. La situación provocada por el rey francés obligó a Bonifacio VIII a desviar su atención de los conflictos que en aquel momento le enfrentaban con los aragoneses de Sicilia y con los Colonna, y a ceder debido a su penuria económica.

De nuevo en 1297, el rey impuso la décima sobre los ingresos de la Iglesia, pero esta vez los obispos, temiendo una reacción airada del rey, pidieron al papa que la autorizara lo que así hizo Bonifacio VIII⁶⁰¹. Las bulas *Romana mater Ecclesia* (febrero de 1297) y *Etsi de statu* (julio de 1297) evidenciaron el triunfo del rey.

La etapa de colaboración entre Bonifacio y Felipe IV terminó cuando en 1301 el rey hizo detener al obispo de Pamiers, Bernardo de Saisset, con la acusación de que éste, nombrado a la sazón embajador del papa en una causa que le enfrentaba al rey francés, había intentado un levantamiento contra la corona, por lo que, acusado de alta traición, ordenó su encarcelamiento y la apertura de una instrucción sobre los hechos⁶⁰². En la instrucción quedó probado que el obispo Saisset había intentado el levantamiento de varios grandes señores y separar a Pamiers de Francia, por lo que el rey entregó Saisset al legado pontificio, Jacques de Normans, y expulsó a ambos de sus territorios⁶⁰³.

Bonifacio, en una nueva bula, *Ausculda fili* (Escucha hijo), sobre el poder temporal de los reyes, promulgada el cinco de diciembre de 1301, reprochó a Felipe haber hecho caso omiso de la bula *Clericis laicos* sobre los impuestos a los clérigos y por no obedecerle. Además, sentaba la tesis de la superioridad del poder papal sobre el real y contenía párrafos que fueron considerados injuriosos no solo por el rey sino por el gobierno y por el pueblo de Francia⁶⁰⁴.

En Francia, se escenificó la quema pública de la bula a principios de 1302⁶⁰⁵

⁵⁹⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, citando a Alfred Jourdan et alii, *Recueil des anciennes lois*, T. I., Imprimerie Et. Imbert, París, 1822, p. 702.

⁶⁰⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 54.

⁶⁰¹ Pierre Dupuy, *Histoire du différend d'entre le pape Boniface VIII et Philippes le Bel roy de France*, Sebastien et Gabriel Cramoisy, París, 1655, p. 16.

⁶⁰² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 58.

⁶⁰³ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 58.

⁶⁰⁴ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 60.

⁶⁰⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 65.

y en lugar de la *Ausculat Fili* auténtica, circuló una bula falsificada (atribuida a Pierre de Flote), en la que sus líneas más polémicas fueron sustituidas por una cuidadosa frase: «*Scire te volumus quod in spiritualibus et temporalibus nobis subes*» (queremos que sepas que tú eres nuestro súbdito tanto en los asuntos espirituales como en los temporales), provocando con ello una reacción de rechazo al papa y de apoyo al rey, el cual convocó los estados generales a una reunión que tuvo lugar el diez de abril de 1302 en la catedral de *Nôtre-Dame* que consideró la bula como una injerencia intolerable, contraria a la libertad del rey y del reino⁶⁰⁶.

Para definir las relaciones entre la Iglesia y la corona y someter a juicio al rey, el papa convocó a Felipe y al episcopado francés a un concilio a celebrar en Roma, el uno de noviembre de 1302, pero el rey no sólo no asistió sino que prohibió la asistencia al concilio de los prelados franceses. Ello no obstante fueron muchos los prelados que burlaron la vigilancia de los soldados del rey y se presentaron en Roma, entre ellos Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, que salió de la ciudad disfrazado de soldado⁶⁰⁷.

Como consecuencia de las deliberaciones de este concilio, se publicó el dieciocho de noviembre de 1302 la bula *Unam sanctam* en la que se reiteraba la doctrina de un sistema jerárquico con supremacía pontificia, en la misma línea que sus predecesores Gregorio VII, Inocencio III e Inocencio IV. En ella se afirmaba que:

«Existen dos gobiernos, el espiritual y el temporal, y ambos pertenecen a la Iglesia. El uno está en la mano del papa y el otro en la mano de los reyes; pero los reyes no pueden hacer uso de él más que por la Iglesia, según la orden y con el permiso del papa. Si el poder temporal se tuerce, debe ser enderezado por el poder espiritual (...) Así pues, declaramos, decimos, decidimos y pronunciamos que es de absoluta necesidad para salvarse, que toda criatura humana esté sometida al pontífice romano»⁶⁰⁸.

La respuesta de Felipe IV a esta bula no se hizo esperar y el doce de marzo de 1303 convocó una magna asamblea en el Louvre en la que acusó a Bonifacio VIII de herejía y simonía y se acordó su detención y procesamiento. En otra asamblea, que también tuvo lugar en el Louvre, a la que asistieron representantes de las órdenes religiosas y militares -entre ellos Hugo de Pairaud, visitador general de la orden del Temple⁶⁰⁹- se adoptó el acuerdo de trabajar por la convocatoria de un concilio, lo que fue votado por los representantes de las tres órdenes asistentes (Cister, Temple y Hospital) y ratificado en las asambleas provinciales respectivas. Sólo la representación de la orden del Cister se opuso, por lo que fue objeto de las más duras persecuciones e, incluso, del encarcelamiento de los abades de Cluny y Premontré⁶¹⁰.

⁶⁰⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 61.

⁶⁰⁷ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 64.

⁶⁰⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 65.

⁶⁰⁹ El cargo de visitador de la Orden era equivalente al de embajador. En la época del proceso, Hugo de Pairaud era visitador general ante la Santa Sede y ante el rey de Francia.

⁶¹⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 68.

Cuando el papa recibió la noticia de las intenciones de Felipe, preparó una nueva bula de excomunión, la *Supra Petri solio*, pero no tuvo tiempo de promulgarla ya que el siete de septiembre de 1303 tuvo lugar el incidente conocido como «atentado de Anagni», protagonizado por Guillermo Nogaret (enviado por Felipe a Italia con la intención de apresarle) y por Sciarra Colonna, perteneciente a una familia ancestralmente enemistada con la de los Gaetani⁶¹¹, con el apoyo de algunos miembros de la alta burguesía de Anagni y de parte del colegio cardenalicio. Bonifacio VIII, que sabía de la trama urdida por sus enemigos, los esperó sentado en el trono papal, revestido con las vestimentas y los atributos del poder papal, lo que no evitó que los asaltantes, con Guillermo Nogaret a la cabeza, (que habían penetrado por la fuerza en el palacio de Anagni, residencia veraniega del papa) lo hicieran prisionero en una escena vergonzosa en la que Sciarra Colonna no sólo lo amenazó de muerte sino que lo abofeteó, sufriendo, además, todo tipo de vejaciones y agresiones físicas durante tres días, hasta que los habitantes de Anagni se sublevaron y obligaron a sus captores a negociar su salida de la ciudad a cambio de la liberación del papa. Inmediatamente después de estos hechos, Bonifacio se trasladó a Roma, ciudad donde consideraba que estaría mejor defendido y en la que murió un mes más tarde, el once de octubre de 1303⁶¹².

El atentado del que fue objeto el papa Bonifacio en Anagni, supuso para la Iglesia Católica el punto de inflexión en la supremacía del poder papal sobre el temporal. Tras él, la pretensión de la Iglesia Católica de dominar a las emergentes naciones de Europa ya no tendría lugar.

2.3.1.1.2 Pontificado de Benedicto XI: el perdón.

La muerte de Bonifacio VIII puso punto final a los desencuentros de la Iglesia con la corona de Francia, llegando el nuevo papa, Benedicto XI, elegido en 1303, a promulgar una bula, que fue leída solemnemente el veintiocho de junio de 1304 en la catedral de *Nôtre-Dame* de París, por la que se levantaba la excomunión del rey y la de todos los miembros de su familia y gente que lo habían apoyado y les daba la absolución *ab cautelam*.

En el mes de agosto autorizó a Felipe IV a la exacción de la décima a la Iglesia para ayudar a la recuperación financiera del reino y se devolvió a la universidad el derecho a otorgar títulos en Derecho y Teología. Del levantamiento de la excomunión fueron exceptuados Nogaret y los participantes en el atentado de Anagni, cuya excomunión fue confirmada de *integrali excommunicati* por el papa Benedicto, que también relevó del solio cardenalicio a los Colonna⁶¹³.

Murió el siete de julio de 1304, al parecer envenenado, tras sólo ocho meses de pontificado⁶¹⁴.

⁶¹¹ A la que pertenecía el papa Bonifacio VIII.

⁶¹² Josér Orlandis, *El pontificado romano en la historia*, Ediciones Palabra, 2003, pp. 149-150.

⁶¹³ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 77.

⁶¹⁴ Faustino Soriano de Torres y José Antonio García Manzano, *Templarios*, Editorial Visión Net, Madrid, 2005, p. 194.

2.3.1.1.3 Pontificado de Clemente V: la colaboración.

El pontificado de Clemente V estuvo marcado, como veremos, por unas relaciones amistosas y de colaboración entre la Iglesia y la corona de Francia, que se pusieron de manifiesto desde el principio, pues ya en la conferencia que tuvo lugar en Lyon con ocasión de la coronación, el nuevo papa prometió al rey reconsiderar en el momento oportuno las bulas *Unam Sanctam* y *Clericis laicos* y derogar la doctrina de la sumisión del poder temporal al espiritual que las mismas preconizaban. También se habló en esta reunión de la readmisión en el cardenalato de los Colonna y la imposición de las décimas al clero. Por su parte el papa hizo prometer al rey que daría fortaleza y estabilidad a la moneda⁶¹⁵.

Clemente V y Felipe IV basaron su relación en una regla muy simple: el rey le dejaba hacer siempre y cuando el papa se mantuviera en su ámbito. Pero el principio de elección, reconocido desde siempre a la Iglesia, y sancionado legalmente desde los tiempos de san Luis, chocaba con la naturaleza ambiciosa del papa Clemente. Sobre todo le molestaba no poder interferir en las elecciones de los maestros las órdenes religiosas -en especial la del Temple- pues él era jefe supremo de todas ellas⁶¹⁶.

2.3.1.2 Relaciones del Temple con el papado.

Exceptuando el hecho de la participación de Hugo de Pairaud, visitador en Francia de la orden del Temple, en la asamblea multitudinaria del Louvre⁶¹⁷, las relaciones del papa Bonifacio con la orden del Temple fueron inmejorables y se tradujeron en una serie de bulas promulgadas en julio de 1295. En una reconoció a los templarios de Chipre los mismos derechos e inmunidades de que gozaban en Acre. En otra eximió a los miembros de la Orden de presentar sus poderes a los nuncios y legados papales, salvo si eran cardenales. En una tercera se exhortaba a los príncipes y soberanos europeos a proteger a la Orden, a su maestro y a sus miembros. Una cuarta se dirigió a los obispos pidiéndoles que hicieran volver al recto camino a los templarios rebeldes hacia el maestro⁶¹⁸.

Pero además de estas relaciones entre el papado y la Orden, que podríamos llamar «oficiales», existían unas magníficas relaciones personales entre Bonifacio VIII y el Jacques de Molay, que se pusieron de manifiesto en el gran número de regalos que se intercambiaron. Algunos de gran relevancia, como el castillo de Torre Maggiore o la residencia de Anagni donados por el papa a la Orden y las muchas encomiendas templarias cedidas a Juan Fernández, cubiculario del papa o los castros y villas regalados por la Orden a familiares de Bonifacio VIII⁶¹⁹.

⁶¹⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 88.

⁶¹⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 92.

⁶¹⁷ Epígrafe 2.3.1.1.1.

⁶¹⁸ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, Ediciones Robinbook, Barcelona, 2009, p. 117.

⁶¹⁹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 117.

2.3.2 La elección de Clemente V.

Según cuenta Fleury, a la muerte de Benedicto XI, tras un corto pontificado de ocho meses, se reunió el cónclave que habría de elegir al siguiente papa en Perugia, la misma ciudad en la que había muerto el papa Benedicto. Las reuniones del cónclave se alargaron por espacio de once meses (desde el diez de julio de 1304 al cinco de junio de 1305) debido a que el colegio cardenalicio estaba dividido en dos facciones irreductibles: el grupo de los pro-franceses, bajo la dirección de Napoleone Orsini Frangipani, compuesto por seis cardenales; y el grupo de los opuestos a Francia o «bonifacianos» encabezado por los cardenales Mateo Orsini Rosso y Francesco Caetani, seguidos por diez electores. Mientras que los primeros preconizaban un acuerdo con la corona francesa, los segundos se oponían abiertamente y exigían una reparación por el ultraje cometido en Anagni en la persona de Bonifacio VIII por el ministro francés Guillermo de Nogaret.⁶²⁰

Al comienzo del cónclave, los cardenales, en una decisión sin precedentes, decidieron constituirse en poder legislativo de la Iglesia, lo que era y es prerrogativa exclusiva y personal del papa, y, prescindiendo de las precisas y estrictas reglas de la constitución *Ubi periculum*⁶²¹ reguladoras de los cónclaves, prolongaron las sesiones *sine die*. Durante los primeros meses los miembros de cada partido votaron a sus líderes, Matteo Orsini y Napoleone Orsini respectivamente, pero el viejo Matteo Orsini (74 años) enfermó y se vio obligado a retirarse del cónclave, lo que originó la fragmentación de la férrea unidad del partido bonifaciano y que algunos de sus miembros, buscando una solución de consenso, propusieran a Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos.

Aunque con mucha reticencia Napoleone Orsini terminó aceptando la propuesta lo que fue decisivo para que la suma de los disidentes bonifacianos junto a los cardenales del partido pro-francés dieran como resultado la mayoría de dos tercios necesaria para dar la victoria al arzobispo de Burdeos. Por fin, el cinco de junio de 1305, tras once meses de deliberaciones⁶²², Bertrand de Got fue elegido para la silla de san Pedro. Aunque no era cardenal, el arzobispo de Burdeos, ciudad ubicada en la región de Guyena, que pertenecía a la corona inglesa, era el candidato perfecto, pues había tenido excelentes relaciones con Bonifacio VIII, que lo había hecho arzobispo⁶²³ y también tenía relaciones amistosas con Felipe IV que lo consideraba «apasionado y ambicioso, pero con quien sería fácil entenderse»⁶²⁴.

⁶²⁰ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, T. XI, Jean Mariette, París, 1717, p. 89.

⁶²¹ *Ubi periculum* (en caso de peligro) fue una bula promulgada por Gregorio X en la que se estableció el cónclave como método de elección de los papas, tratando de evitar las injerencias externa en las votaciones mediante la limitación del número de sirvientes de cada cardenal que podían penetrar en la sala y la disminución progresiva de los alimentos que les eran servidos (Josep M. Colomer and Lain McLean, «Electing Popes: Approval Balloting and Qualified-Majority Rule», en *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 29, No. 1, 1998, pp. 1-22).

⁶²² Una eternidad si se compara con los diez días que estuvo la sede papal vacante en el caso del Benedicto XI.

⁶²³ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 90.

⁶²⁴ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, Ed. Plo, Nourrit et Cie,

Tan pronto como Felipe IV tuvo noticias de la propuesta de compromiso, se puso en contacto con el aún prelado de Burdeos y le hizo saber que utilizaría toda su influencia para conseguir que fuera elegido papa, episodio que corregido y aumentado es contado por el cronista florentino Giovanni Villani⁶²⁵, contemporáneo de los hechos, mediante una historia bien diferente que, aunque carente de base documental, lo cierto es que siempre ha tenido gran repercusión, por lo que, aunque son también muchos los historiadores que le niegan toda evidencia histórica, vamos a relatarla en la versión que ofrece el padre Claude Lejeune. Dice Villani que habiendo tenido el rey Felipe conocimiento del acuerdo al que habían llegado los cardenales, por información reservada recibida del cardenal Du Prat, jefe de la facción francesa en el cónclave, escribió a Burdeos al arzobispo Bertrand de Got citándole para una fecha determinada en una apartada abadía, cercana a Saint Jean d'Angeli⁶²⁶ y que, una vez reunidos, le dijo: «está en mi poder haceros papa y es para comunicaros esto por lo que os he hecho venir hasta aquí y para que no dudéis de mis palabras os voy a dar a conocer lo que está ocurriendo en Perugia», dicho lo cual le mostró las cartas recibidas y el acuerdo al que habían llegado las dos facciones del cónclave. «Para ser merecedor de ello, continuó el rey, es preciso que me prometáis seis cosas». El ambicioso prelado, lleno de alegría, se arrojó a los pies del rey y le dijo: «Sire, jamás he sido merecedor de tanta gracia de vuestra bondad. Veo bien que queréis darme bien por mal. Yo os prometo que, si tengo la suerte de llegar al pontificado, vos compartiréis conmigo toda la autoridad». El rey lo levantó, lo abrazó y le dijo:

«Lo que tengo que pedir es lo siguiente:

Reconciliarme con la Iglesia y perdonarme todo el mal que haya podido causar contribuyendo en la detención de Bonifacio.

Que levantéis la excomunión y las otras censuras en las que yo y los míos hayamos podido incurrir en este asunto.

Que autoricéis la recaudación de las décimas durante cinco años en todo mi reino, para financiar la guerra contra los flamencos.

Que me prometáis destruir la memoria de Bonifacio VIII.

Que devolváis la dignidad de cardenales a Jacques y Pierre Coloma y que hagáis cardenales a algunos de los míos.

La sexta me la reservo para más adelante porque es un asunto difícil e importante.

El arzobispo juró sobre la eucaristía cumplir todas y cada una de las exigencias sin poner reparos a ninguna de ellas, tras lo cual se separaron»⁶²⁷.

Los cardenales, una vez que conocieron la aceptación de Bertrand de Got,

París, 1888, p. 79, citando a Ludovico Muratori, *Chronicon Fratris Francisci Pippini Bononiensis*, T. IX, Muratori, Ludovico ed. & Argelati, Filippo, ed. Milán, 1726, p. 1014.

⁶²⁵ Cronista florentino muerto en 1348. Fue comerciante, político, diplomático e historiador.

⁶²⁶ Comuna francesa situada en el Suroeste de Francia, en el departamento de Charente Marítimo en la región de Poitou-Charentes.

⁶²⁷ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, T. II, Guillotz, París, 1789, pp. 127-128.

que había recibido la notificación oficial de su elección el veintiuno de julio, le pidieron que se uniera a ellos en Perugia para, posteriormente, viajar a Roma para su coronación con la tiara papal. Sin embargo, el todavía arzobispo de Burdeos, no se avino a esta petición de los cardenales y les ordenó viajar a Lyon, ciudad en la que tendría lugar su coronación el cuatro de noviembre de 1305, fecha en la que Felipe IV de Francia estaría presente. La entronización de Clemente V tuvo lugar efectivamente dicho día en la ciudad de Lyon y en su desarrollo acaecieron diversos incidentes, tales como que durante la procesión pública llevada a cabo, la caída de un muro tiró del caballo a Clemente V, mató al duque de Bretaña e hirió gravemente a Carlos de Valois, hermano del rey y que al día siguiente, en la fiesta en honor del nuevo papa, un hermano de Clemente V murió en una disputa entre sus siervos y los criados del colegio cardenalicio, todo lo cual fue considerado de mal agüero por lo contemporáneos⁶²⁸.

Tras la coronación, entre 1305 y 1309, Clemente V residió en diferentes lugares, principalmente Poitiers, hasta que en 1309 tomó la decisión de trasladar la sede del papado a Avignon.

2.3.3 Intentos de fusión de las órdenes militares.

La pérdida de los Santos Lugares tuvo una gran repercusión en la Europa de finales del siglo XIII y proporcionó a muchos príncipes, obispos y clérigos seculares una justificación para reactivar el proyecto largo tiempo anhelado de la disolución de las órdenes militares que operaban en Tierra Santa y su fusión en una sola, retomando la propuesta lanzada por Felipe IV el Hermoso en 1274, con ocasión de la celebración del concilio de Lyon, en el que había concretado su propuesta de creación de una orden, denominada de los caballeros de Jerusalén, bajo la dependencia directa de la corona francesa, propuesta que contó con la oposición del papa Gregorio X⁶²⁹ y de las dos órdenes principales, templarios y hospitalarios, y de los reyes cristianos de la Península Ibérica, sumidos en plena lucha contra los invasores musulmanes, cuya voz en dicho concilio fue asumida por del rey Jaime I

⁶²⁸ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 96.

⁶²⁹ Gregorio X fue elegido papa en 1271, mientras se encontraba en Tierra Santa como participante de la octava cruzada. Dado que no era ni siquiera sacerdote, fue ordenado como tal el día 19 de marzo de 1272 y consagrado obispo de Roma el 27 de marzo. De su pontificado, destaca la convocatoria del XIV concilio ecuménico, que se celebró en Lyon en 1274, en el que se trató: 1) el fin del cisma de las Iglesias de Oriente; 2) convocatoria de una nueva cruzada; 3) adopción de severas medidas para acabar con los abusos en el seno de la Iglesia; 4) promulgación de la constitución *Ubi periculum maius* con la normativa para el desarrollo de los cónclaves. Apoyó la elección, en 1273, de Rodolfo I de Habsburgo como emperador de Sacro Imperio, con lo que se puso fin a la situación de acefalia en que se encontraba desde 1257. Falleció el 10 de enero de 1276 en la ciudad de Arezzo, en el viaje de retorno a Roma tras la celebración del concilio de Lyon. (Amédée d'Hertaut, *Historia de los papas, desde S. Pedro hasta nuestros días*, T. IV, Imprenta de don Félix Palacios, Madrid, 1843, pp. 141-148).

de Aragón⁶³⁰, el cual se negó enérgicamente a admitir en sus estados una orden militar única, que sería demasiado poderosa⁶³¹, lo que fue años más tarde evocado por el maestre de Molay⁶³² en su pliego de alegaciones a la cuestión formulada por el papa.

A las órdenes militares afincadas en Jerusalén, se les reprochaba altanería, orgullo, arrogancia, avaricia y sobre todo, rivalidad entre ellas. Rivalidad a la que algunos, han llegado a culpar de los fracasos en la guerra contra los infieles⁶³³. Pero aun admitiendo que todas o algunas de estas acusaciones pudieran tener justificación, la crítica fundamental de los detractores de las órdenes militares era la falta de control sobre las mismas de las autoridades civiles, militares y religiosas, consecuencia inmediata de su dependencia directa del papado y, por encima de todo, su riqueza -debida en gran parte a las cuantiosas donaciones y a la exención de impuestos- y el mal uso que, a su juicio, hacían de ella, olvidando que la mayor parte de sus ingresos eran transferidos regularmente a sus dependencias en Oriente para mantenimiento de la presencia en Tierra Santa, la protección de los peregrinos y la financiación de la guerra contra los mahometanos, transferencia de fondos que recibió el apelativo de «responsiones»⁶³⁴.

A la caída de Acre, el papa reinante, Nicolás IV⁶³⁵, promulgó el quince de agosto de 1291 la encíclica *Dura nimis* exhortando a los arzobispos para que mantuvieran reuniones en sus diócesis en las que se tratara la posibilidad de lanzar una nueva cruzada y la unión de los templarios y los hospitalarios y les requería para que hicieran llegar a la sede apostólica el resultado de sus deliberaciones antes del dos de febrero de 1292. Aunque fueron muchos los sínodos que se reunieron y que enviaron a Roma las actas de sus sesiones, ninguna acción pudo tomarse ni respecto de la cruzada ni con referencia a la fusión, ya que Nicolás IV falleció en abril de 1292, si bien es necesario reseñar que la mayoría de las propuestas recibidas coincidían en la necesidad de fusionar las órdenes en una sola que sería puesta bajo el maestrazgo del futuro e hipotético rey de Jerusalén, lo que no pasó de ser bellas e

⁶³⁰ Philippe Josserand, *Église et Pouvoir dans la Péninsule Iberique, les ordres militaires dans le royaume de Castille 1252-1369*, Biblioteca de la Casa de Velázquez, Madrid 2004, p. 47.

⁶³¹ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 233.

⁶³² Jacques Bernard de Molay, nació sobre 1244 en Rahon (Jura) y murió el 18 de marzo de 1314 en París. De familia noble, fue el último maestre de la orden del Temple en la que había ingresado en 1265, en la ciudad de Beaune, Francia. (Alain Demurger y Antonia Levill, *The Last Templar: The Tragedy of Jacques de Molay*, Profile Book Ltd., Londres, 2009).

⁶³³ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 232

⁶³⁴ Alain Demurger, et al, *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos*, p. 145.

⁶³⁵ De nombre Girolamo Masci (Ascoli, 1227 – Roma, 1292), fue el primer papa franciscano de la historia de la Iglesia. Tras la caída de Acre en 1291, retomó la idea de lanzar una nueva cruzada sobre Tierra Santa, pero el poco interés mostrado por las monarquías europeas y las delicadas relaciones entre los reinos de Aragón y Sicilia hicieron que el proyecto no prosperara. Tuvo frecuentes enfrentamientos con el Sacro Imperio. Murió el 4 de abril de 1292 y fue sepultado en la basílica romana de Santa María la Mayor. (Amédée d'Hertaut, *Historia de los papas, desde S. Pedro hasta nuestros días*, T. IV, Imprenta de don Félix Palacios, Madrid, 1843, pp. 161-162).

idílicas propuestas⁶³⁶. Bonifacio VIII estuvo tentado de retomar este viejo proyecto -así lo recoge en su «Memoria» J. de Molay- pero lo abandonó al comprender el peligro que representaba frente a las ambiciones del rey Felipe IV.

Tras estos intentos de fusión de las órdenes militares, Clemente V volvió a interesarse en el tema y decidió en 1306, ya fuera de *motu proprio*, ya presionado por gente de su entorno, o por el mismo rey Felipe, retomar lo y a tal fin convocar, como veremos, a los grandes maestros.

2.3.4 La elección de Jacques de Molay

La fecha de elección del Jacques de Molay como maestro del Temple es objeto de controversia, pues mientras hay autores que la fijan en 1293, como Bárbara Frale⁶³⁷, otros como Malcolm Barber, se inclinan por 1292⁶³⁸. Anthony Luttrell para fijar la fecha se remonta a la muerte del maestro Guillaume de Beaujeu en la batalla de Acre en 1291 y a la posterior elección de Thibaud Gaudin, cuyo fallecimiento fija en el dieciséis de abril de 1292 en base al Obituario de Reims, por lo que llega a la conclusión que Jacques de Molay debe haber sido elegido maestro con posterioridad a esta fecha, si bien no concluye cual pudiera ser ésta⁶³⁹.

Dado que la fecha de elección de Jacques de Molay no es pacífica, volveremos a ella en el epígrafe 2.9.1.2 en el que haremos un análisis de las distintas propuestas.

2.3.5 Convocatoria de los maestros de las órdenes militares.

El final del reino de Jerusalén (San Juan de Acre, 1291 y Arwad, 1302) sólo podía explicarse para muchos cristianos como un castigo por los pecados o vicios colectivos de la Cristiandad, lo que hacía necesario la adopción de profundas reformas para su erradicación. Para el teólogo balear Ramon Llull⁶⁴⁰ la cuestión fue

⁶³⁶ Vid. Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 252

⁶³⁷ Barbara Frale, *La ultima battaglia dei Templari, Dal Codice Ombra d'obbedienza Militare alla Construzione del processo per l'Eresia*, Ed. Viella, Roma, 2001, p. 18.

⁶³⁸ Malcolm Barber, *The New Knighthood, A history of the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 288-387.

⁶³⁹ Anthony Luttrell, «The Election of the Templar Master Jacques de Molay», en *The Debate on the Trial of the Templars*, p. 22.

⁶⁴⁰ Nació en Palma de Mallorca en fecha que no se conoce, pero que debió ser entre 1232 y 1236, y murió en altamar cuando regresaba de Túnez el 29 de junio de 1315. Estuvo casado pero a los 30 años se hizo fraile franciscano y dedicó el resto de su vida a trabajar por la conversión del mundo mahometano. Fundó una escuela para los miembros de su comunidad en Mallorca en la que se estudiaba las culturas árabe y caldea. Hizo varios viajes a Túnez y participó en el concilio de Vienne,

de tal importancia que dedicó muchos años de su vida a estudiarla, elaborando a tal efecto un detallado proyecto para la reconquista de Tierra Santa que plasmó en dos libros escritos en distintas y sucesivas épocas:

- *Quomodo Terra Sancta recuperari potest* (1292). La propuesta principal de esta obra era la fusión de todas las órdenes militares (templarios, hospitalarios, teutónicos y caballeros de las órdenes peninsulares) en una sola orden, que proponía fuera llamada del Espíritu Santo, bajo un maestro que recibiría el título de rey del Santo Sepulcro.
- *Liber de Fine* (1305). Obra dedicada a Clemente V con motivo de su ascensión al pontificado, en la que también sugería la unificación de las órdenes militares bajo un *Rex Bellator*; la expedición hasta Egipto y Jerusalén, por la ruta de Almería, Ceuta y Norte de África, apoyada por la flota y con los almogávares como tropas de choque.

Según dice Rafael Alarcón, Ramon Llull realizó hasta ocho exposiciones de su proyecto ante el papa, reyes y maestros de las órdenes militares, resaltando el viaje que en 1302 realizó a Chipre para entrevistarse con el maestro del Temple y como se vio obligado a permanecer en la isla hasta 1305 debido a un envenenamiento del que se salvó gracias a los cuidados de los médicos templarios⁶⁴¹.

La recuperación de Llull le mantuvo en la isla durante más de un año, tiempo en el cual estableció lazos de amistad con sacerdotes coptos de Etiopía que se había refugiado en Chipre y con los miembros de su comunidad que habían huido de Jerusalén tras su toma por los sarracenos, a los cuales les expuso su proyecto de reconquista de Tierra Santa⁶⁴² lo que lleva a Alarcón Herrera a preguntarse si hay alguna relación entre la recepción por Clemente V de la importante embajada enviada por el rey etíope Wedem Ara'ad, el proyecto de Ramon Llull y la posterior e inmediata convocatoria de los maestros del Temple y de san Juan⁶⁴³.

Aunque con los conocimientos históricos que hoy se tienen no hay manera de dar una respuesta coherente a esta cuestión, Rafael Alarcón piensa que es mucha la coincidencia y que aunque la visita no tuviera una influencia decisiva, cabe pensar con fundamento en que si contribuyó a precipitar los acontecimientos⁶⁴⁴.

El rey Felipe, desde hacía tiempo, albergaba la idea de la fusión de las órdenes militares y la colocación a su frente, como gran maestro, de uno de sus hermanos con el título de rey de Jerusalén, por lo que estando en Lyon para la coronación del papa, celebró una reunión con él, y con varios cardenales, en la que se

terminado el cual volvió a Túnez para continuar misionando. En este trayecto escribió el *Liber de Deo et de mundo* (Libro acerca de Dios y el mundo) y el *Liber de maiore fine intellectus amoris et honoris* (Libro acerca del fin mayor de la inteligencia, el amor y el honor). Ambos están fechados en diciembre de 1315 y fueron sus últimas obras. (Raimundo Llull, *Vida coetánea: seguida del Testamento*, José J. de Olañeta Editor, Mallorca, 1996).

⁶⁴¹ Rafael Alarcón Herrera, *La maldición de los santos templarios*, Ed. Robinbook, Barcelona, 2009. p. 57.

⁶⁴² Rafael Alarcón Herrera, *La maldición de los santos templarios*, p. 58.

⁶⁴³ Rafael Alarcón Herrera, *La maldición de los santos templarios*, p. 58.

⁶⁴⁴ Rafael Alarcón Herrera, *La maldición de los santos templarios*, p. 58.

trató la forma de socorrer a Tierra Santa, los cuales le aconsejaron a Clemente V que convocara a los maestros del Hospital y del Temple a fin de tener una reunión con ellos en Francia⁶⁴⁵. El tenor literal de la carta del papa a los maestros, enviada el seis de junio de 1306 desde Burdeos, es como sigue:

«... Es por ello que hemos resuelto hablar con vos y con el maestro del Temple⁶⁴⁶, dado que vosotros podríais aconsejarme mejor que otros sobre lo que se debe hacer [...] Nos os ordenamos, pues, venir lo más pronto y secretamente que os sea posible y con el mínimo de espera, porque encontrareis en el mar a bastantes de vuestros hermanos. Pero tened cuidado de dejar en el país un buen lugarteniente y caballeros capaces de defenderlo bien; dado que vuestra ausencia no será larga no habrá ningún perjuicio. Traed con vos algunos personajes que por su experiencia, su sagacidad y su fidelidad sean capaces de darnos buenos consejos»⁶⁴⁷.

Fleury cuenta como a la recepción de la misiva papal el maestro del Temple se puso de manera inmediata manos a la obra y partió hacia el puerto de La Rochelle⁶⁴⁸ con dieciocho navíos, sesenta caballeros, y portando con ellos ciento cincuenta mil florines de oro y tal cantidad de plata que se requerían doce caballos para el transporte⁶⁴⁹, mientras que el maestro del Hospital tardó cuatro años en llegar debido a que se entretuvo en el viaje conquistando algunas pequeñas islas y algunos castillos, razón por la cual cuando llegó se disculpó ante el papa⁶⁵⁰.

En los archivos de la corona de Aragón figura una carta, dirigida por el embajador general de Jaime II ante la Santa Sede, en la que le indica a su señor:

«El maestro de la caballería del Temple debe llegar aquí pronto; se le espera así como al maestro de la caballería del Hospital de san Juan de Jerusalén. El papa, según se dice con insistencia, debe ocuparse de la unión de las dos órdenes y espera hacerlo con ellos»⁶⁵¹.

2.3.6 Los rumores y la denuncia.

Afirma el profesor Barber que hacia principios del siglo XIV, había en Francia una predisposición general contra los templarios, pero que es imposible

⁶⁴⁵ La indicación de Francia puede que sea un error de Fleury debido, podría ser, a que los estados papales, en el momento en que escribe su obra, hacía ya tiempo que habían sido incorporados al estado francés.

⁶⁴⁶ La carta que transcribe Fleury es la enviada al maestro del Hospital, pero todo hace suponer que la enviada al maestro del Temple era del mismo tenor.

⁶⁴⁷ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 108.

⁶⁴⁸ Resulta extraño que Fleury fije el puerto de La Rochelle, situado en la costa atlántica, que obligaba a la flota a hacer más largo y peligroso el viaje, pues tenía que cruzar el estrecho de Gibraltar.

⁶⁴⁹ M. Wallace y M. Hopkins, *Los custodios de la verdad*, p. 220.

⁶⁵⁰ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 109.

⁶⁵¹ Archivos de la corona de Aragón, Ap. Gen. N° 128, citado por Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 195.

determinar con exactitud la fuente de algo tan intangible como un rumor⁶⁵². Según la declaración realizada ante la comisión papal el veintisiete de enero de 1311 por Stephanus de Nereaco, dominico de la diócesis de Lyon, cuando se arrestó el trece de octubre de 1307 a los templarios de Lyon, fue detenido un templario de Marsella, cuyo nombre no recordaba, que atribuyó el origen de los rumores sobre la Orden a unos caballeros gascones⁶⁵³, que acusaron a los templarios de herejías y de otros graves vicios⁶⁵⁴.

Sea como fuere, Finke cuenta que, para corroborar las sospechas inducidas por los rumores y por los denunciantes, desde círculos cercanos al rey se utilizaron hasta doce espías que se introdujeron entre los hermanos de la Orden e interrogaron a otros que habían sido expulsados de ella, y que la información obtenida permitió al entorno real conformar una lista de acusaciones contra el Temple⁶⁵⁵ con las que poder presionar al papa y a la Iglesia para obtener la condena de la memoria del Bonifacio VIII y borrar las secuelas del ataque y secuestro del que este papa fue objeto por parte de Guillaume de Nogaret⁶⁵⁶.

Henry Charles Lea⁶⁵⁷, por su parte, dice que los templarios no fueron una excepción a la desmoralización general que cundió en las órdenes monásticas en la Edad Media, agravada en su caso por la obligada inactividad derivada de la pérdida de Tierra Santa y que los miembros expulsados por sus delitos fueron muchos y eran gente que no tenían nada que perder a cambio de algo con lo que aplacar su resentimiento⁶⁵⁸.

También había renegados, perseguidos por haber dejado la Orden de forma ilegal, que si eran detenidos serían encerrados en prisión. Pero sobre todo, había una multitud de delincuentes dispuestos a venderse a cualquier precio. Todos ellos fueron reclutados por Guillermo Nogaret y alojados secretamente en Corbeil a cargo del dominico Guillermo Humbert, inquisidor general del reino. De acuerdo con la normativa inquisitorial, el rumor popular, sin importar su procedencia, era suficiente para el arresto y juicio y, una vez con el proceso en marcha, el resultado era inevitable⁶⁵⁹.

⁶⁵² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 70.

⁶⁵³ No olvidar que Burdeos (Burdeos) está en Gascuña y que Bertrand de Got, en el momento de ser elegido papa, ocupaba la sede arzobispal.

⁶⁵⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, Imprimerie Nationale, París, 1841, p. 454.

⁶⁵⁵ Heinrich Finke, *Papstum und Untergang des Templerordens*, T. II, p. 145.

⁶⁵⁶ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 189.

⁶⁵⁷ Henry Charles Lea (1825 - 1909) fue un historiador estadounidense que nació en Filadelfia, hijo de un editor, a quien se unió en el negocio en 1843. Desde joven se dedicó a la investigación histórica, con una especial entrega a la historia de España, de la Inquisición y de la Iglesia en la Edad Media, por lo que fue muy reconocido y recibió distinciones de las más prestigiosas universidades. (Edward Sculley Bradley, *Henry Charles Lee: A Biography*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1931).

⁶⁵⁸ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 257.

⁶⁵⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 36 y 168.

2.3.7 Jacques de Molay y sus acompañantes en Francia.

Demurger es más preciso que Fleury y establece la partida de Chipre del maestre hacia Francia entre el diez y el veinte de octubre, por lo que estima la llegada al continente hacia mediados de noviembre o, a lo sumo, a principios de diciembre, aunque no a La Rochelle como dice Fleury, sino al puerto de Marsella⁶⁶⁰.

Se sabe que de Molay y su comitiva celebraron la Navidad en la casa del Temple en París⁶⁶¹ pero se desconoce todo sobre su estancia en Francia hasta la reunión con el papa en Poitiers, de la que tampoco se conoce la fecha exacta. Respecto de esta entrevista, dice Demurger que podría haber tenido lugar antes de abril, a fines de junio o en julio o bien, incluso, a comienzos de octubre⁶⁶², pero es claro que ésta última no puede ser pues el papa hace mención a la entrevista con el maestre en su carta al rey de veinticuatro de agosto⁶⁶³.

De acuerdo con información que proporciona el anónimo templario de Tiro⁶⁶⁴, y que recoge Bárbara Frale, ya en Francia, el maestre se reunió con el papa, hacia el mes de marzo, en una convulsa entrevista en la que Clemente V de sope-tón le exigió que le entregara copia de los estatutos que regían en la Orden, de lo que esta autora deduce que debía albergar serias sospechas sobre su normativa interna a la cual pensaba someter a un intenso examen⁶⁶⁵. Añade la misma autora que, de acuerdo con la información proporcionada por otro alto dignatario, presente en la reunión, el papa, prescindiendo de los formalismos de rigor, le requirió una explicación sobre los funestos rumores que culpaban a los templarios del horrendo pecado de la idolatría pero sin hacer alusión alguna al tema de los contactos carnales, dado que él, perteneciente a una familia noble, conocía bien las relaciones entre veteranos y reclutas dentro de la milicia y las pesadas, y a veces crueles, novatadas a que éstos eran sometidos por sus compañeros de armas, razón por la que no las había tomado en consideración. Sin embargo, debieron hacer mucha más mella en su ánimo, las insinuaciones del rey sobre ciertas actividades contrarias a la fe realizadas por los guerreros de Dios⁶⁶⁶.

2.3.7.1 Préstamo templario a Felipe IV.

Como consecuencia de las devaluaciones y de la existencia al mismo tiempo

⁶⁶⁰ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 185.

⁶⁶¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 475; T. II, p. 279.

⁶⁶² Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 195.

⁶⁶³ Epígrafe 2.3.8.

⁶⁶⁴ El templario de Tiro es el nombre de un historiador anónimo del siglo XIV. Es autor de una obra incluida en la *Gestas de los Chipriotas*. Se supone que se trata de un escritor árabe, de nombre Gerard de Montreal, por lo tanto no templario, secretario y amigo del maestre templario W. de Beaujeu. El documento contiene información de primera mano y abarca el período entre 1291 y 1314. (Paul Crawford, «The templar of Tyre», *Part. III of the Deeds of the Cypriots*, Ashgate Publishing Ltd., Hampshire, 2003).

⁶⁶⁵ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 156

⁶⁶⁶ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 156.

de moneda buena y moneda devaluada, en 1306 se produjeron graves disturbios en París, suceso que es relatado por Malcolm Barber, citando al cronista Jean de Saint Victor⁶⁶⁷. Según este autor, los ciudadanos de París, especialmente los pobres y la gente de bajos recursos, al triplicarse los alquileres de las casas en la que vivían en arrendamiento, montaron una conspiración que, en primer lugar, dirigieron contra los propietarios, pero que finalmente fue contra el rey⁶⁶⁸, el cual, huyendo del gentío, se refugió con su corte en la casa del Temple, donde fue sitiado y se impidió la entrada de víveres y demás artículos de primera necesidad, con intención de forzarle a entrevistarse con ellos, cosa que no consiguieron. Al final, tuvo que intervenir la tropa y en la refriega mucha gente perdió la vida, los presuntos responsables del levantamiento fueron capturados y, posteriormente, en enero de 1307, ahorcados⁶⁶⁹.

Sobre este suceso la doctora Frale opina que es posible que en aquellos días, el rey, presionado por sus dificultades financieras y por la amenaza de las turbas con lincharlo, concibiera la íntima convicción de que la inmensa fortuna del Temple provenía de la inversión en provecho propio del tesoro real al tiempo que el país estaba al borde de la quiebra, llegando a la conclusión de que era de justicia que la Orden contribuyera a la resolución de la crisis, por lo que decidió exigir a Jean de Tour, tesorero del Temple -que también era su propio tesorero⁶⁷⁰- un préstamo de 300.000 florines⁶⁷¹, una suma enorme en la época, superior al presupuesto anual de las boyantes repúblicas marinerías italianas⁶⁷². Aclara Bárbara Frale que si bien dicha cantidad podría parecer enorme, es de presumir que probablemente gran parte de ella fuera de terceras personas y que la Orden sólo la tuviera en custodia. El tesorero accedió a la solicitud del rey sin recabar autorización de sus superiores, como estaba regulado, y, lo que es peor, sin exigir ninguna garantía⁶⁷³.

Según el relato del templario de Tiro, recogido por la doctora Frale, Jacques de Molay al llegar a Francia procedió a realizar una revisión general de los libros de contabilidad y descubrió la nefasta operación de préstamo realizada por el tesorero sin la preceptiva autorización, por lo que ordenó su inmediata expulsión del Temple, conducta totalmente acorde con los estatutos, que disponían la expulsión de la Orden por sustracción u ocultamiento de sumas mínimas. Pero el tesorero, tenía la protección del visitador de Francia, Hugo de Pairaud⁶⁷⁴, que, según especu-

⁶⁶⁷ Jean de Saint-Victor, Jean Bouin o Jean de París, fue un canónigo regular y cronista del siglo XIV, autor de un *Memoriale Historiarum* iniciado entre 1307/1311 y concluido antes de 1335. (Jean-Philippe Genêt, *L'historiographie médiévale en Europe*, Ed. du CNRS, París, 1991, p. 301).

⁶⁶⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 51 citando a J. Saint-Victor, *Excerpta et Memoriales Historiarum*, pp. 646 -647.

⁶⁶⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 52.

⁶⁷⁰ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 193.

⁶⁷¹ Otras fuentes, como el Barber y Demurger, elevan la cantidad a 400.000 florines.

⁶⁷² Barbara Frale, *Los templarios*, p. 152.

⁶⁷³ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 152.

⁶⁷⁴ Que había opuesto su propia candidatura al magisterio de la Orden frente a la de Jacques de Molay.

la Frale, podría haber dado su autorización para el préstamo, pues no parece pensable que fray Tour hubiera actuado espontáneamente y sin el conocimiento del mismo. Pairaud acudió al rey para que intercediera ante el maestro, pero al hacer éste caso omiso, el rey acudió ante la única instancia superior al maestro, que podía revocar la su decisión: el papa. Y el papa, como era previsible, se plegó a los deseos del rey y escribió al maestro una carta rehabilitando al hermano Tour y, en previsión de las posibles represalias, ordenando que se mantuviera al hermano Hugo de Pairaud en el puesto de visitador de Francia⁶⁷⁵.

En el relato que de este asunto realizó el templario de Tiro, traducido y transcrito por Demurger, se puede leer:

«El maestro, allá en París y en Francia, preguntó al tesorero del Temple por su cuenta y encontró que éste había entregado al rey de Francia una cantidad del haber, que se dice fue de 400.000 florines de oro, pero no sé si fueron menos. Y se enojó mucho el maestro contra el tesorero y le quitó el hábito⁶⁷⁶. Y lo expulsó de la religión⁶⁷⁷, el cual vino al rey de Francia quien se puso muy furioso de que por su falta le fuera quitado el hábito y mandó a un alto hombre de Francia al maestro, rogándole que por amor a él le devolviera el hábito y que lo que [se] debía a la casa él lo devolvería voluntariamente; [...] Y en cuanto vio el rey que el maestro no quería hacer nada por su ruego, se dirigió al papa rogándole que le mandara al maestro del Temple devolver la túnica del hábito al tesorero; y el dicho tesorero en persona llevó la carta del papa al maestro del Temple, que no hizo nada por el papa, diciendo algunos que arrojó la dicha carta al fuego, que alumbraba en una chimenea»⁶⁷⁸.

Demurger analiza el relato del templario de Tiro y dice que con su actuación el maestro se distanciaba del papa, del rey y del visitador de Francia y que eso era demasiado para un solo hombre. Además, añade que en lo que respecta al mantenimiento de la expulsión de Jean de Tour, no se ajusta a la realidad ya que al llevarse a cabo la detención general de templarios, de la que hablaremos en el siguiente epígrafe, aparece en la relación de detenidos, señal evidente de que había sido readmitido.

En definitiva, en lo que respecta al préstamo y su devolución nunca más se volvió a hablar de él.

2.3.7.2 Fusión de las órdenes militares.

Dice Malcolm Barber que Jacques de Molay llevó a Francia dos memorias que había preparado para cumplir la petición de consejo que le había dirigido el papa: en la primera de ellas se refería a la organización de una nueva cruzada y en ella proponía que los reyes de Occidente proporcionaran quince mil caballeros y

⁶⁷⁵ Barbara Frale, *Los templarios*, pp. 197-199.

⁶⁷⁶ Quitar el hábito = Expulsar.

⁶⁷⁷ religión = Orden.

⁶⁷⁸ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 193, citando al templario de Tiro, pp. 340-343.

cinco mil soldados de infantería y que las ciudades italianas contribuyeran con una flota; la segunda de las memorias estaba referida a la fusión de las órdenes militares y en ella el maestre se mostraba decididamente contrario a la unión y para ello daba una serie de argumentos⁶⁷⁹.

No se sabe a ciencia cierta en qué momento Jacques de Molay entregó a Clemente V las memoria que traía preparadas desde Chipre, sobre la nueva cruzada que pretendía llevar a cabo y sobre la fusión del Temple con la orden Hospitalaria de san Juan, pero todo parece indicar que la presentación tuvo lugar en el primer trimestre de 1307, probablemente en la reunión que ambos mantuvieron en Poitiers. Respecto a la fusión, la memoria presentada por Jacques de Molay al papa contiene diecisiete puntos en los que el maestre va desgranando las razones por las que, a su entender, la unión de ambas órdenes resultaría perjudicial para la causa de la religión cristiana en Tierra Santa. Así, hace mención al escándalo que ocasionaría en la sociedad y a los peligros que entrañaría, físicos y espirituales, para los hombres; a la drástica disminución en limosnas y donaciones que sufriría la nueva orden, de lo que se derivaría una rebaja en el número de pobres y menesterosos a los que se podría atender; a la discordia que se suscitaría entre los hermanos donde se tuviera que cerrar alguna casa, pues todos querrían que fuera la suya la que permaneciera abierta; y, sobre todo, entre los preceptores y los responsables de los servicios (mariscal, comendador, drapero, etc.) pues habría que elegir entre uno del Temple y otro del Hospital; a la disminución de la eficacia de los servicios que prestaría la nueva orden con respecto al que hasta la fecha prestan las dos órdenes separadas, cuya rivalidad, dice que nunca fue óbice para las acciones armadas y la califica de honorable y beneficiosa para los cristianos y dañina para los sarracenos; al auxilio y ayuda que reciben los peregrinos que quedaría reducido a la mitad; al hecho de que al existir la costumbre de ir en las formaciones una orden en vanguardia y la otra en retaguardia, habría que crear una nueva organización para cumplir una de las dos funciones; y, por fin, termina dando un listado de las «comodidades y ventajas» que él ve en la unión, entre las que destaca la disminución de los gastos estructurales y la gran potencia que tendría. En nota al pie se ofrece, por su interés, la traducción del texto completo de la memoria de fusión⁶⁸⁰.

⁶⁷⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 17.

⁶⁸⁰ «Encuesta papal sobre la oportunidad de la fusión de las dos órdenes de los templarios y los hospitalarios.

Respuesta De Jacques de Molay (1306-1307):

Santísimo Padre, a la pregunta que me hacéis relativa a la unión de las órdenes del Temple y del Hospital, yo, maestre del Temple, respondo como sigue:

Por cierto, me acuerdo que cuando el papa Gregorio estaba en el concilio de Lyon con san Luis [dato erróneo pues san Luis murió el 25 de agosto de 1270 y el concilio de Lyon se celebró del 7 de mayo al 17 de julio de 1274] y otros muchos eclesiásticos y seglares, y también el hermano Guillermo de Beaujeu, entonces maestre del Temple y con él muchos otros hermanos de nuestra Orden, de los antiguos; y el hermano Guillermo de Courcelles, de la orden del Hospital de san Juan, junto con otros hermanos de esta orden. Y el dicho papa y san Luis querían tener una opinión de la mencionada unión y su intención era fusionar las órdenes militares religiosas en una sola. A lo que los reyes de España no dieron en absoluto su consentimiento a causa de las tres órdenes religiosas establecida entre ellos. Por ello se decidió que era preferible dejar cada orden en su estado actual. Al mismo

tiempo el papa Nicolás IV, después de la pérdida de Tierra Santa, que tuvo lugar por aquel entonces, porque los romanos y otras naciones se quejaron enérgicamente que no se había enviado socorro suficiente para la defensa de la mencionada Tierra, el papa para pedir disculpas y para demostrar que quería remediar la situación de Tierra Santa, renovó o tomó de nuevo el proyecto de la mencionada unión. Pero finalmente no se hizo nada. A continuación el papa Bonifacio habló de ello en varias ocasiones, pero considerándolo todo, prefirió abandonar enteramente el asunto como podréis conocer de primera [mano] por algunos de los cardenales que vivían en su tiempo.

Primer punto: Santo Padre, con respecto a la unión de otras órdenes es necesario considerar los pro y los contra, el honor y los escándalos que podría ocasionar.

Segundo punto: Me parece, en primer lugar, que no sería honorable unir ahora a órdenes tan antiguas y que, sea en Tierra Santa, sea en otros lugares, lo han hecho tan bien, porque es de temer que lo contrario de lo que han hecho hasta el presente no llegue, porque no se innova nunca, al menos raramente, sin ocasionar grandes peligros.

Tercer punto: Por encima de todo, es preciso temer el peligro en que se pondrían las almas. Y digo esto porque sería actuar de una manera muy hostil y muy dura forzar a un hombre, que voluntariamente se comprometió con un hábito y que hizo una profesión de fe en una orden, a cambiar su vida y sus costumbres o a elegir otra orden si no quiere [unirse a la nueva].

Cuarto punto: Si se fusionaran las órdenes habría otro grave peligro, a causa de las divisiones que separarían a los hombres y podríamos temer que la instigación del diablo diera lugar a que los miembros de ambas órdenes se pelearan entre ellos diciendo: «Nosotros valemos más y lo hacemos mejor». Y muchos peligros podrían derivarse de esta pelea, porque los templarios y los hospitalarios poseen armas. Y si el rumor se expande entre ellos podría dar lugar a un grave escándalo.

Quinto punto: Si se unieran las órdenes sería importante que los templarios dieran mucho o que los hospitalarios fuesen sometidos a restricciones; pues de ello se podría derivar un peligro para las almas, porque son raros, al menos eso creo yo, los que querrían cambiar su vida y sus costumbres habituales.

Sexto punto: Si se unieran las órdenes las limosnas y los beneficios de las dos órdenes disminuirían considerablemente. Pues la orden de los hospitalarios está fundamentada en el alojamiento, pero, además, sus miembros son soldados y dan muchas limosnas. Mientras que la de los templarios fue fundada especialmente para el servicio militar, pero sus miembros, en sus bailiazgos, tres veces por semana hacen a todos los que lo desean una limosna general y dan a los pobres, de manera continuada, una décima parte de todo su pan.

Séptimo punto: En sus conventos se da la suficiente carne a los hermanos para que puedan, con lo que les sobra, satisfacer a dos pobres. De lo que se deduce que si las órdenes fuesen fusionadas solo se podría seguir haciendo tal cosa a uno solo.

Octavo punto: En las villas y en otros lugares en los que las mencionadas órdenes tienen varias casas, si se hiciera la unión, algunas casas serían desahucadas y otras subsistirían y todos querrían que fuera la suya lo que daría lugar al nacimiento de disputas. Y allí donde las dos órdenes tienen varios preceptores habría de quedar uno solo y los otros tendrían que someterse. Lo que daría lugar a que hubiera descontentos y a que la discordia podría nacer fácilmente.

Noveno punto: El convento del Hospital tiene un mariscal, un comendador, un drapero organización que es la misma que la del Temple. Podría ocasionarse grandes rivalidades y conflictos porque cada una de las dos querría mantener su gente en los puestos.

Décimo punto: Si alguno quisiera argumentar que para eliminar la rivalidad que se dice existe entre templarios y hospitalarios se debería hacer la unión, yo respondo que con ello se causaría más daño a Tierra Santa que de la supresión de esta rivalidad y que de ello resultaría una gran ventaja para los sarracenos. Porque siempre se ha procurado el honor y la comodidad de los cristianos y todo lo contrario a los sarracenos, porque cuando los hospitalarios realizaban una expedición armada contra los sarracenos, los templarios no se quedaban quietos y hacían lo mismo o más y recíprocamente.

Undécimo punto: Cuando los templarios hacían un gran transporte de hermanos, caballos y otras bestias a ultramar, los hospitalarios no se quedaban quietos y hacían lo mismo o más. Y esta rivalidad que siempre ha existido y que todavía existe fue en todo tiempo y es aún no menos

honorable y beneficiosa para los cristianos como dañina para los sarracenos.

Duodécimo punto: Cuando una de las dos órdenes tuvo buenos caballeros y hombres reconocidos por sus hechos de armas y por otras buenas acciones, la otra se ha aplicado siempre y con todo su poder a tenerlos mejores. Y como consecuencia de esta rivalidad, cada una de las dos órdenes hicieron sin interrupción tales gastos que las dos sufrieron el peso de grandes deudas. De aquí se sigue, según yo creo, que si las dos órdenes no fueren más que una no se habrían ocupado tanto de ello.

Décimo tercero: Como consecuencia de la rivalidad y de la oposición que ha existido entre ellos, nunca han cesado de llevar a cabo acciones armadas. Incluso, precisamente a causa de esta rivalidad, fueron más importantes y se hicieron mejor.

Décimo cuarto: Un ejemplo de lo que precede sucede con los hermanos predicadores y los hermanos menores que tienen clérigos mejores y más renombrados que si las dos órdenes fueran una sola, porque las dos órdenes se esfuerzan en tener los más excelentes hombres y obtienen ventaja de ellos tanto en la celebración del oficio divino como en el sermón y en la predicación de la palabra de Dios, de manera que de ello resulta una mejora en el honor y una ventaja para el pueblo cristiano.

Décimo quinto: Cuando los reyes, los duques, los condes y otros barones, la gente del pueblo, los peregrinos, todos los que están y los que van a Tierra Santa y cabalgan armados contra los sarracenos, tienen la costumbre que una de las dos órdenes cabalgue en cabeza, lo que se llama vanguardia, mientras que la otra lo hace atrás, en lo que se llama retaguardia, cubriendo y envolviendo a los extranjeros como hace una madre con sus hijos. Y es bueno que sea así porque ellos conocen las costumbres de los sarracenos y que los sarracenos lo saben; Y todo el que haya hecho una cabalgada sin ellos ha tenido que arrepentirse, así que se lo explicaré a Vuestra Santidad cuando tenga la ocasión. Así pues, si unifican las dos órdenes, serán necesarios otros para ir en vanguardia o en retaguardia.

Décimo sexto punto: Los peregrinos del Señor, sean los que sean, grandes o pequeños, que vienen a Tierra Santa, siempre encuentran refresco, consuelo, ayuda y auxilio en cualquiera de las dos órdenes. Y si no hubiera más que una, no habrían encontrado un consuelo tan grande y un socorro tan completo. Y lo digo también para los más modestos sargentos que siempre han encontrado buen refugio sea en una o en otra de las dos órdenes.

Décimo séptimo punto: Sin embargo las comodidades y ventajas que yo reconozco a la unión son las siguientes:

Es notorio que todas las naciones se han acostumbrado a tener una gran devoción a los religiosos; lo que parece haber cambiado por completo pues se encuentran más gente dispuestas a tomar que a dar a los religiosos y casi todo el mundo recibe de ellos los dones con más facilidad que lo hicieron antes. Mucho daño es acusado de manera continua, tanto por los prelados como por otros hombres poderosos o no, clérigos o laicos. Así que si se hace la unión, la nueva orden será tan fuerte y potente que defenderá y podrá defender los derechos contra no importa quién.

Además, yo conozco otra ventaja y es que se harán menos gastos. Pues donde se tienen dos hospicios no será necesario más que uno solo; donde hay dos preceptores o bien dos bailíos, no habrá sino uno, sea en un convento de ultramar, sean en las provincias y en las casas de Europa; y esto sería un gran alivio de gastos.

En todo lo que precede, Santo Padre, se han expuesto las ventajas y los inconvenientes, el honor y la deshonra o los peligros que yo apercibo y que yo reconozco en la dicha unión.

Por otro lado, cada vez que vos queráis escuchar el consejo de nuestro convento y de los hombres honestos de nuestra Orden, establecidos al otro lado del mar, en las provincias y en los bailiazgos, yo los haré reunir e, incluso, si vos lo deseáis, les haré venir a vuestra presencia. Y de esta manera vos podréis escuchar el consejo y el parecer de nuestro convento y de los mencionados hermanos y actuar como mejor le parezca y sea más útil a Vuestra Santidad.

Por otro lado, Santo Padre, me han contado que los religiosos que están sometidos a la obediencia, son más aptos y más útiles a la reconquista y a la custodia de Tierra Santa que otra gente. Esto es cierto y verdadero, porque hacen menos gastos y en las casas en el campo y en el combate son más obedientes. Pero, si vos tenéis la intención de asignar ingresos fijos, anuales y perpetuos, para mantener tantos caballeros y escuderos que se juzguen necesarios yo estimo que sería mejor

Molay, dice Barber, no ofreció soluciones alternativas y únicamente dejó entrever la sensación de una posible vulnerabilidad del Temple⁶⁸¹.

2.3.8 Conferencia de Poitiers.

Con el pretexto de tratar sobre la ayuda a Tierra Santa, en noviembre el papa decidió convocar una conferencia, a cuyo fin envió a París una embajada compuesta por los cardenales Berenguer de Freole y Étienne de Susi, ambos de toda su confianza, con una enigmática carta para el rey, fechada en Pessac, cerca de Burdeos, el cinco de noviembre de 1306, en la que decía:

«Nos os rogamos que a su llegada [de los cardenales], que será en tres semanas aproximadamente, tengáis cerca de Vos a todo vuestro consejo secreto para deliberar de lo que ellos os propondrán: pues son asuntos que no nos permiten que pasemos mucho tiempo de ellos [...]. Los cardenales han recibido el encargo de responder a todo lo que Vos nos habéis mandado relacionado con nuestra entrevista»⁶⁸².

El objeto oficial de la visita era la ayuda a Tierra Santa, así nos lo dice Fleury, pero es evidente que, junto a este objeto «oficial», los cardenales tenían el encargo de tratar otro de la máxima trascendencia para Clemente V, para el rey o para ambos, que no es aclarado, lo cual, prescindiendo de un análisis de las formas⁶⁸³, nos lleva a especular y preguntarnos si los «asuntos» a que se refiere el papa pudieran estar relacionados con los templarios y en tal caso cuál podría ser la índole de los mismos, máxime cuando por los documentos posteriores llegados hasta nosotros sabemos que el asunto del Temple no sólo se trató en la conferencia, sino que fue la razón de ser de la misma.

Los dos cardenales dijeron al rey que el papa desearía que la entrevista entre ambos tuviera lugar a mediados de abril o al comienzo de mayo en Tolosa o Poitiers, a lo que, siempre según Fleury, el rey respondió que por diversas razones no podía ir a Tolosa y proponía la villa de Tours más conveniente que la de Poitiers por las posibilidades mayores de alojamiento que ofrecía, pero el papa prefirió celebrar la reunión en Poitiers y a dicha localidad llegaron ambas comitivas en mayo de 1307, si bien Lejeune afirma que el rey, acompañado de sus tres hijos y del conde de Flandes y un gran número de señores⁶⁸⁴, hizo la entrada en esta ciudad el

asignarlo separadamente a cada una de las dos órdenes, es decir al Temple y al Hospital, antes que unirlos porque todo el mundo se esfuerza en obtener lo máximo incluso más allá de su poder». (Traducción nuestra a partir del texto en francés en: Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, Ed. Les Belles Lettres, París, 1964, pp. 3-15). [Apéndice N° 56].

⁶⁸¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 18.

⁶⁸² Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 109.

⁶⁸³ Es cuando menos curioso, que el papa utilice el verbo «rogar» [*Nous vous prions*] cuando correspondía al rey emprender la acción y el verbo «mandar» en referencia a las que él mismo ha tomado [... *ce que vous nous avez mandez*].

⁶⁸⁴ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, V. II, p. 141.

veintiuno de abril.

Henry C. Lea afirma que en Poitiers el rey Felipe intentó vanamente la condena de la memoria de Bonifacio VIII pero que al ver que no tenía éxito en ello, cambió su estrategia y arremetió con todas sus bazas contra los templarios⁶⁸⁵. Lejeune, por su parte, dice que en Poitiers se trataron muchas cosas, de las cuales se hace eco Fleury en su obra, y, coincidiendo totalmente con éste⁶⁸⁶, para él «el asunto más grande que fue tratado en la conferencia de Poitiers y que fue su principal razón, fue el relativo a los templarios»⁶⁸⁷ y como prueba de ello refiere una carta enviada por el papa al rey el nueve de julio de 1307 en la que le decía que si se llegara a probar la verosimilitud de los crímenes achacados a los templarios sería necesario abolir la Orden entera y que en tal caso él quería que su bienes fuesen empleados en ayuda a Tierra Santa⁶⁸⁸.

Sobre este asunto, el papa y el rey cruzaron frecuentes cartas que figuran en los cartularios y colecciones. Así, hay una carta del papa al rey de fecha nueve de julio en la que le exhorta a que, cuando se proceda contra la Orden, sus bienes queden bajo su protección y custodia «sin permitir que los mismos sean tocados sin nuestra licencia»⁶⁸⁹, reiterando en otra carta de tres días más tarde que «si la orden del Temple fuera disuelta, ilegalizada o eliminada, todos los bienes, réditos y frutos que pertenezcan a la Orden en el momento actual o los que se descubran en el futuro sean dedicados al auxilio de Tierra Santa y no a ningún otro uso»⁶⁹⁰.

Aún incide el papa sobre la misma cuestión pocos días más tarde y en carta del veinticuatro de agosto de 1307, dirigida al rey, le da a entender que se ha trabajado sobre los informes recibidos y le exhorta a mantenerle informado sobre el curso de las actuaciones. En opinión de Lejeune esta carta «no transluce otra cosa que complot»⁶⁹¹. Veamos algunos de sus párrafos:

«Nos cuesta creer lo que se nos ha dicho sobre este asunto, y nos parecía incluso imposible: pero después de haber oído contar de los templarios varias cosas increíbles e inauditas, nos vemos obligados a dudar y a hacer con extremo dolor todo lo que demanda el orden de la justicia. Ahora bien, el maestre de los templarios y varios comendadores de la orden, tanto de vuestro Reino como de otros, habiendo sabido que se atacaba su reputación ante Nos, [ante] Vos y [ante] algunos otros señores temporales, nos han solicitado insistentemente, no sólo una sino varias veces, que nos hagamos informar de la verdad sobre las acusaciones, que ellos pretenden falsas, y que si son inocentes, como claman, les absolvamos, y que si son culpables, que ellos no creen

⁶⁸⁵ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 258.

⁶⁸⁶ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, V. II, p. 141.

⁶⁸⁷ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 127.

⁶⁸⁸ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 129.

⁶⁸⁹ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 99.

⁶⁹⁰ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 100.

⁶⁹¹ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, V. II, p. 143.

que sea el caso, los condenemos. No queriendo, pues, olvidar nada en un asunto en el que se trata de la fe, a la luz de vuestros frecuentes comentarios sobre que no nos tomamos este asunto con la debida seriedad, por la insistencia del dicho maestre y de los templarios y con el consejo de nuestros hermanos, nos proponemos empezar una instrucción de cuidadosa investigación sobre este asunto en los próximos días, en realidad el próximo viernes en la ciudad de Poitiers y proceder en este asunto en todas partes como los dichos hermanos consideren que sea más útil, informando a vuestra majestad lo que hemos decidido en esto y como intentamos actuar sobre lo dicho en el futuro, os exhortamos para que nos hagáis llegar inmediatamente y con todo detalle, por medio de cartas o mensajeros, vuestra opinión sobre lo dicho así como cualquier información que consideréis útil»⁶⁹².

Por estas fechas Lavocat sitúa otro hecho que tuvo una fuerte repercusión en algunos historiadores. Un camarero del papa, llamado fray Guillermo de Cantilupo, antiguo templario, contó a su santidad que, a pesar de lo estricta que eran las reglas a este respecto, él fue admitido en la Orden a la edad de once años por deferencia a su familia. En agradecimiento a su confianza el papa lo hizo cardenal⁶⁹³.

2.4 La detención y encarcelamiento.

2.4.1 La orden de detención.

Hacia final de junio de 1307 el rey partió de Poitiers hacia París con la decisión de acabar con los templarios. Tan solo faltaba ultimar el plan de ataque y para ello contó con unos pocos consejeros íntimos que, según Lavocat, fueron Guillaume de Nogaret, Giles Aisselin, arzobispo de Narbona y Guillermo de París⁶⁹⁴, su confesor y gran inquisidor de Francia⁶⁹⁵.

Las necesidades financieras del rey Felipe eran acuciantes y la parsimonia del papa en iniciar la investigación de los «crímenes» de los templarios, unido al más que probable peligro de que los altos dignatarios de la Orden, con el maestre a la cabeza, decidieran volver a la casa central en Chipre, le hicieron perder la paciencia y acelerar el desencadenamiento de los acontecimientos, probablemente, dice Barber, instigado por los miembros más temperamentales del gobierno, como

⁶⁹² Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 129; Étienne Baluze, *Vitae et paparum*, p. 74. Esta carta es de 1307, aunque Baluze, lo mismo que otros historiadores, tales como Depuy y Fleury, la consideran de 1306, debido a un error que cometen al contar los años, los cuales se deben computar a partir del 14 de noviembre de 1305 fecha de la entronización de Clemente V.

⁶⁹³ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 128.

⁶⁹⁴ Guillermo Humbert.

⁶⁹⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 129.

Guillermo Nogaret⁶⁹⁶.

La cronología de los hechos en el mes de septiembre varía dependiendo del autor que se consulte, por lo que, aunque para nuestro propósito no tenga una importancia capital, nos atendremos al relato que realiza Lavocat que nos parece el más acertado pues se basa en los documentos sin ninguna especulación. El catorce de septiembre de 1307, encontrándose en la abadía de Santa María de Maubuisson, cerca de Pontoise, el rey Felipe escribe una carta-circular, dirigida a los bailíos, senescales, preladados, barones, caballeros y a sus agentes en las provincias, con la orden de arrestar a todos los templarios que se encontraran en sus jurisdicciones, de requisar en su nombre sus bienes muebles e inmuebles y custodiarlos hasta nuevas órdenes⁶⁹⁷. En este documento Felipe se muestra como defensor de la fe católica y de las libertades de la Iglesia y de su texto se deduce que está destinado a sublevar a las masas católicas contra los templarios. El documento también preveía que, tras la detención, los oficiales reales debían requisar los bienes del Temple y hacer un inventario de los mismos. Por su indudable interés en el contexto de este trabajo, en nota al pie se recoge *in extenso* la traducción de la carta-orden de detención⁶⁹⁸.

⁶⁹⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 89.

⁶⁹⁷ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 129.

⁶⁹⁸ Felipe, por la gracia de Dios rey de Francia, a mis amados y fieles [N]..., salud y amor:

«Una cosa amarga, una cosa deplorable, una cosa seguramente horrible en la que pensar, terrible de oír, un crimen detestable, un delito execrable, un acto abominable, una infamia horrorosa, algo totalmente inhumano, incluso más aún, extraño a toda humanidad, gracias a la información recibida de personas dignas de fe, ha golpeado nuestras orejas, no sin ocasionarnos un gran estupor y provocarnos un violento horror; y, pensando en su gravedad, un dolor inmenso se ha extendido en nosotros tanto más cruelmente cuanto que no existe duda alguna en que la enormidad del crimen, desborda hasta llegar a ser una ofensa para la majestad divina, una vergüenza para la humanidad, un pernicioso ejemplo del mal y un escándalo universal. Ciertamente, el espíritu razonable sufre por este exceso de los límites de la naturaleza y sufriendo, está atormentado porque esta gente, olvidando sus principios, no instruida de su condición, ignorante de su dignidad, pródiga de sí y adornada de sentimientos reprobables, no ha comprendido por qué era honrada...

Los caballeros de la orden de la milicia del Temple son lobos escondidos bajo pieles de ovejas y bajo el hábito de la Orden, insultan miserablemente a la religión de nuestra fe, crucifican nuevamente cada día a Nuestro Señor Jesucristo, el Redentor del mundo, y le colman de injurias más graves aún que las que sufrió en la cruz, con ocasión de su entrada en la Orden, cuando hacen su profesión de fe, en que se les presenta su imagen y de manera infeliz y desgraciada, reniegan de él hasta tres veces, y con una crueldad horrible, escupen tres veces sobre su cara, e inmediatamente después se despojan de las vestimentas que llevan en la vida secular y, desnudos, en presencia de quien les recibe o de quien hace sus veces, son besados por dicha persona, conforme a un rito odioso de la Orden, primeramente en la parte donde termina la espina dorsal, segundo en el ombligo y por fin en la boca, para vergüenza de la dignidad humana. Y después de haber realizados actos tan detestables, se comprometen por su voto y sin miedo a ofender la ley humana, a someterse los unos a los otros sin rehusar siempre que fueren requeridos, por efecto del vicio de un horrible espantoso concubinato...

Primeramente habíamos creído que los denunciantes de estos hechos estaban actuando bajo el imperio de la envidia, la ceguera y de la venganza; hemos, pues, aceptado con desconfianza sus declaraciones; pero los delatores y denunciantes se han multiplicado y el escándalo ha tomado consistencia hasta convertirse en presunciones y probabilidades, en argumentos legítimos y de peso, en conjeturas probables de las que han surgido presunciones y sospechas que nos ha llevado a investigar la verdad. Por ello, después de haber hablado de ello con nuestro muy Santo Padre,

El texto se encuentra redactado en un estilo muy retórico, propio de la cancillería de Felipe IV, y en él se hace alusión directa a que los templarios habían cometido un crimen detestable, en concreto, de apostasía, idolatría y homosexualidad y en él se hacen dos afirmaciones de sumo interés:

1. Primero da a entender que el papa estaba de acuerdo con la persecución criminal de los templarios y con la instrucción que se ponía en marcha mediante la carta, pero lo cierto es que la carta de veinticuatro de agosto de Clemente V al rey prueba que no es cierto, que el rey estaba actuando por su propia iniciativa y que el pontífice no había autorizado la persecución de los templarios ni ninguna otra actuación contra la Orden. En opinión de Lavocat, la intención del papa era de reformarlos pura y simplemente, pues en la carta del veinticuatro de agosto le había dicho al rey que «esperaba su nuevas informaciones, fuera a través de cartas o por medio de embajadores».
2. Y segundo, dice que actúa a requerimiento del inquisidor supremo de Francia, lo que le proporciona la coartada necesaria para no infringir la Ley, cosa que él, Guillermo de París, acepta. La orden de detención se acompañaba de unas instrucciones procedimentales emitidas por el jefe de la Inquisición francesa y, según Dupuy, de otras dos cartas del rey, fechadas en Pontoise seis días más tarde, es decir el veinte de septiembre, dirigida igualmente a todos los bailíos, senescales, prelados, barones, ca-

Clemente, por la Divina Providencia pontífice de la muy santa Iglesia romana y universal, después de haberlo hecho con nuestros prelados y nuestros barones y de haber deliberado en nuestro consejo plenario, hemos comenzado a ver cuáles podían ser los medios más eficaces para encontrar claramente la verdad...

Como resultado de ello, Nos, que hemos sido establecidos por el Señor en el puesto de observación de la eminencia real para defender la libertad de la fe de la Iglesia y que deseamos, antes de la satisfacción de todos los deseos de nuestro espíritu, el crecimiento de la fe católica; vista la diligente petición realizada, sobre los datos del rumor público, por nuestro querido hermano en Cristo Guillermo de París, inquisidor de la perversidad herética, nombrado por la autoridad apostólica;... accediendo a los requerimientos de dicho inquisidor que ha apelado a nuestro brazo, y dado que algunos pueden ser culpables y otros inocentes, considerando la extrema gravedad del asunto; teniendo en cuenta que la verdad no puede ser plenamente descubierta de otra manera, ...después de la deliberación plena con nuestros prelados, con los barones de nuestro Reino y con nuestros consejeros, como se ha dicho más arriba, hemos decretado que todos los miembros de la dicha orden en nuestro Reino sean arrestados, sin excepción alguna y que todos sus bienes, muebles e inmuebles, sean requisados, puestos bajo nuestra mano y fielmente conservados...

Por ello os encargamos y os prescribimos rigurosamente en lo que concierne al bailiazgo de ... de ir personalmente, acompañado de uno o dos, y arrestar a todos los hermanos de dicha Orden sin excepción alguna, de retenerlos prisioneros en espera de ser enjuiciados por la Iglesia requisar sus bienes, muebles e inmuebles y retener muy rigurosamente en vuestras manos dichos bienes requisados, sin consumirlos ni destruirlos de ninguna forma, conforme a nuestras órdenes e instrucciones que os hemos enviado bajo nuestra contrafirma, hasta que recibáis de N

os nuevas órdenes.....

Hecho en la abadía de Santa María, cerca de Pontoise, el día de la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, el año del Señor de mil trescientos siete.

(Traducción nuestra del texto francés en: Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, Ed. Les Belles Lettres, París, 1964, p. 17). [Apéndice Nº 1]

balleros y a sus agentes en las provincias, en las que reitera que la orden de detención parte del gran inquisidor, Guillermo de París y que del cumplimiento de la orden responden con todos sus bienes⁶⁹⁹.

El veinticinco de septiembre, se celebró un consejo secreto, con la presencia del rey, en el cual éste informó de las cartas enviadas a las principales autoridades del reino, con la colaboración del gran inquisidor⁷⁰⁰, y se decidió que la fecha para llevar a cabo la detención de los templarios sería el viernes trece de octubre siguiente, utilizar el mismo sistema empleado para sorprender a los judíos y a los banqueros y comerciantes italianos, que se había desarrollado con notable éxito, pero tomando las debidas precauciones ya que en este caso se trataba de gente ducha en el uso de las armas⁷⁰¹. En total desacuerdo con esta decisión, por cuanto que entendía que, dada su condición de eclesiástico, no podía secundar el inicio de una instrucción criminal contra gente de Iglesia, justiciables solo por el papa, que no la había autorizado, Giles Aisselin, arzobispo de Narbona, dimitió como consejero real y guardián del sello, puesto éste en el que fue sustituido por Guillermo de Nogaret. En la fijación de la fecha de este suceso no hay acuerdo entre los autores, pues mientras que Lavocat dice que tuvo lugar el veinticinco de septiembre⁷⁰², Demurger la fija el día veintiséis de septiembre⁷⁰³ del mismo mes.

El veintisiete de septiembre Guillermo de París⁷⁰⁴ escribió a los inquisidores provinciales de Tolosa y Carcasona, y a los priores, superiores y lectores de la orden de los predicadores y les dio a conocer la orden real de detención y las acusaciones contra los templarios⁷⁰⁵.

⁶⁹⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem*, pp. 195 -196.

⁷⁰⁰ Nos encontramos con que por primera vez la monarquía francesa, esgrimiendo la acusación de herejía, utiliza la jurisdicción inquisitorial como un instrumento del estado para atacar a una parte de la propia Iglesia.

⁷⁰¹ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, V. II, p. 147.

⁷⁰² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 131.

⁷⁰³ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 204.

⁷⁰⁴ Barbara Frale dice que tuvo lugar el 22 de septiembre (Barbara Frale, *Los templarios*, p. 208).

⁷⁰⁵ La traducción de la carta del dicho inquisidor, Guillermo de París, es como sigue:

«A los religiosos y venerables hermanos inquisidores de la perversidad herética, diputados de la autoridad de la Sede Apostólica en Tolosa y Carcasona, priores y sub-priores conventuales y lectores de la orden de los Frailes predicadores en el Reino de Francia, y al resto de hermanos.

De G. de París, de la misma orden, capellán del señor papa, confesor del príncipe y excelentísimo señor Felipe, por la gracia de Dios rey de los franceses, inquisidor general de la perversidad herética del Reino de Francia, diputado por la autoridad Apostólica,

Saludos en la fe en Jesucristo.

Hermanos queridísimos, un delito horripilante, un crimen celestial como nunca fue visto por los ojos, ni oído por las orejas, ni llegó al corazón del hombre, una cosa amarga, una cosa deplorable, abominable, un asunto terrible que provoca la ira de Dios sobre los hijos, la tierra se mueve y todas las cosas y elementos están con problemas; se grita el nombre divino, se confunde la belleza de la religión y se desgarran la estabilidad de la fe cristiana.

Hace poco tiempo ha llegado a los oídos de nuestro señor el rey y a los nuestros la noticia de que un

Dupuy recoge en su obra unas instrucciones adjuntas a esta carta, dirigidas a los comisarios (*Mémoires des Chef d'Accusation par luidit Frère Guillaume de Parisius*) en la que se les explicaba el procedimiento que debían seguir, copia de las cuales también se incluyeron junto con la orden de detención enviadas a los senescales y bailíos por el rey, siendo de destacar que en su escrito el gran inquisidor expresamente dice que «*Non intendentes negocium hoc, contra dictum Ordinem, seu contra Fratres ipsius. Ordinis universaliter, sed solum contra singulares personas Regni prædicti*» (No emprendiendo este asunto contra la Orden sino con-

número de hermanos de la orden de caballeros del Temple, si se les puede llamar así, tomando en falso la religión, profesan a escondidas una herejía detestable en la forma que ingresa cada hermano de la citada orden, ceremonia en la que niegan tres veces la Cruz del Señor con la imagen de Nuestro Señor Jesucristo y escupen sobre la cruz y la imagen de Jesucristo. Después, tras ser despojados de las vestiduras, el preceptor, u otra autoridad de la misma orden, que oficia la recepción, le da tres besos, el primero en la parte inferior de su espina dorsal, el segundo en el ombligo, el tercero en la boca, advirtiéndole, acto seguido, que si fuere requerido por algún hermano debe aceptarlo, ya que está obligado a ello por los estatutos, norma anti-natura que es detestada incluso por los brutos animales, pero que es usual entre los dichos hermanos.

Si nos apoyamos en la verdad de lo mencionado, lo que se atribuye a nosotros hermanos, veremos que tales acciones constituyen tanto un crimen como una blasfemia.

Por lo tanto, el mencionado y cristianísimo señor rey, después de haber oído lo que se ha dicho, temeroso por el estupor y el asombro, inflamado por el fuego de la fe, pero sin despreciarlo, sino hablándolo con sus consejeros secretos, y con nuestro santísimo padre y pontífice, primero en Lyon y más tarde en Poitiers, después de escucharlo atentamente, buscó por medio de muchos testigos fidedignos, las posibles excepciones, especialmente en la mayor causa de la fe, todos los cuales fueron recibidos y examinados por nosotros, habiendo quedado demostrado que la ceremonia recepción en la dicha orden, se hace en la forma que se ha expresado más arriba lo que induce a presumir que la recepción de los hermanos en la orden en todo este Reino se efectúa de la misma manera.

Por el mismo señor rey, los reverendos padres arzobispos, obispos, abades, y otros hombres prominentes en asuntos eclesiásticos, especialmente estos congregados, por el mismo señor rey, accediendo a nuestro requerimiento a causa de la fe, y a la petición que le hemos elevado, como tenemos por costumbre hacer en estos asuntos, para que se digne a prestarnos su labor y auxilio, contra las personas individuales de la citada orden sospechosas de este reino. No se debe actuar contra la orden entera, ni contra sus hermanos en general, sino sólo contra las personas particulares del reino antes mencionadas.

Un príncipe religioso, con mente dispuesta, oyendo nuestra solicitud, ha ordenado que en las diferentes partes de su reino dichas personas sospechosas sean detenidas y puesta a disposición de la Iglesia para ser juzgadas destinando para ello a ciertas personas eminentes.

Por lo tanto, nosotros, presentes en las diferentes partes del reino, sin capacidad de actuación en algunos asuntos, e impedidos por la debilidad del cuerpo, os exhortamos en el Señor, que a la recepción de la presente nos ayudéis a causa de la fe, no lentos sino atentos, y elijáis y proporcionéis dos personas religiosas y os pedimos que, de nuestra parte más que de la apostólica, informéis al rey de la verdad, con diligencia, por medio de escritura pública suscrita por notario si conviniere, o suscrita por dos hombres idóneos [...] si se viere que los crímenes son ciertos, por los probos hombres de la orden de los Frailes Menores, y otros religiosos, os ocupéis de iniciar el asunto de manera que no llegue a oídos del pueblo el escándalo de este proceso sino más bien el olor de la buena fama. Las declaraciones de esos testigos en Francia ante vosotros y la gente del rey, sean enviados sin tardanza y con los sellos incluidos al señor rey y a nosotros mismos.

Hecho en Pontisaram, el XXII día de Septiembre del año de Nuestro Señor de 1307».

(Rafael Alarcón Herrera, La maldición de los santos templarios, Ed. Robinbook, Barcelona, 2009., pp. 199-201). [Apéndice N° 2].

tra sus Hermanos. No contra la Orden entera sino contra las personas singulares del reino antedicho)⁷⁰⁶.

La doctora Bárbara Frale afirma que la carta de Guillermo de París prueba bien a las claras que el gran inquisidor no estaba en el meollo de la trama y que sólo tenía la información que el rey le había querido proporcionar a fin de usar su nombre como pantalla en la masiva detención de templarios que ya estaba acordada y que más tarde, cuando se produjo la detención, se daría cuenta de que había sido objeto de una manipulación magistral, pero ya los hechos estaban consumados⁷⁰⁷. Sin embargo, lo cierto es que su nombre, junto con el de Nogaret y el de Giles Aisselin son los únicos que aparecen en los documentos como integrantes del consejo real que preparó la conjura. En nota al pie hemos transcrito la traducción del texto de las instrucciones enviadas por Guillermo de París a los inquisidores de Francia⁷⁰⁸.

⁷⁰⁶ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers*, p. 201.

⁷⁰⁷ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 208.

⁷⁰⁸ «*Tenor vero informationis seu ordonationis talis erat*. Esta es la forma en la que los comisarios realizarán la tarea:

Primeramente, una vez que hayan llegado y revelado la cosa a los senescales y a los bailíos, harán una información reservada sobre todas las casas y se podrá por precaución, si fuere necesario, hacer también una encuesta sobre otras casas religiosas y dejarles creer que se está investigando sobre la exacción de la décima o cualquier otro pretexto.

Seguidamente, el que vaya acompañando al senescal o al bailío el día señalado, temprano, elegirá, según el número de casas y granjas, algunos hombres probos potentes, que estén fuera de toda sospecha, caballeros, concejales, consejeros y se les informará de la tarea bajo juramento y secretamente y que el rey ha sido informado por el papa y por la Iglesia; inmediatamente se les enviará a cada lugar para arrestar a las personas, requisar los bienes y organizar su custodia; y vigilarán que las viñas y las tierras sean cultivadas y sembradas convenientemente y comprometerán la custodia de los bienes a personas honestas y ricas del país con los servidores que se encuentren en las casas y en su presencia, harán el mismo día en cada lugar inventario de los bienes muebles, lo sellarán y se irán, con una fuerza suficiente para que los hermanos y sus servidores no puedan oponer resistencia y tendrán con ellos varios sargentos para hacerse obedecer.

Enseguida aislarán a las personas bajo buena y segura guardia, y harán primero una investigación sobre ellos y a continuación llamarán a los comisarios del inquisidor y examinarán la verdad con todo cuidado, incluso empleando la tortura si fuera necesario; y si confiesan la verdad, pondrán sus posiciones por escrito con la firma de los testigos.

Manera de hacer la investigación:

Se les dirigirán las exhortaciones relativas a los artículos de la fe y se les dirá como el papa y el rey han sido informados por varios testigos fiables, miembros de la Orden, del error y de los vicios contra natura de los que son especialmente culpables en el momento del ingreso y de su profesión y que obtendrán el perdón si confiesan la verdad y vuelven a la fe de la santa Iglesia y que si no lo hacen serán condenados a muerte.

Se les pedirá bajo juramento, con cuidado y paciencia, que declaren como fueron recibidos en el momento de su ingreso en la Orden, que votos y promesas hicieron, y se les interrogará hasta que confiesen la verdad y perseveren en la misma.

Artículos de error de los templarios proporcionados por varios testigos:

Cuando son recibidos primeramente piden el pan y el agua de la Orden y continuación el maestro, o el comendador que lo recibe, lo conduce secretamente a la parte de atrás o a la sacristía o a otro lugar y le muestra la cruz y la figura del señor Jesucristo y le hace renegar por tres veces, es decir de Nuestro Señor Jesucristo, del cual es la figura, [le obliga] por tres veces a escupir sobre la cruz;

De acuerdo con lo acordado en la reunión de Maubuisson, la orden de detención, dirigida a todos los bailíos y senescales de Francia, fue entregada en mano por hombres fieles a la corona, con la advertencia de que debía permanecer cerrada y secreta hasta el alba del día trece de octubre siguiente.

Henry C. Lea, a modo de resumen, dice que, de acuerdo con las instrucciones reales, los templarios detenidos debían ser confinados en solitario y tenían que ser llevados uno a uno ante los inquisidores a fin de que por éstos les fueran leídos los artículos de la acusación. Se les debería prometer el perdón si confesaban la verdad y habrían de ser readmitidos en la comunión de la Iglesia. También se les debía decir que si así no lo hacían serían condenados a muerte. Las confesiones obtenidas de esta manera tenían que ser enviadas al rey tan rápido como fuera posible. Todas las propiedades habían de ser confiscadas e inventariadas⁷⁰⁹. Todo esto era estrictamente legal de acuerdo con las prácticas inquisitoriales⁷¹⁰. Según el mismo autor, los cargos contenidos en la orden de detención contra los templarios fueron cinco:

1. Que en la recepción se les hacía renunciar tres veces de la cruz y escupir sobre ella.
2. Que el preceptor le besaba en la espalda, en el ombligo y en la boca.
3. Que se les decía que la relación entre hermanos estaba admitida en la Regla.
4. Que el cordón que llevaban como símbolo de castidad había sido consagrado frotándolo contra un ídolo en forma de cabeza humana.
5. Que los sacerdotes de la Orden no consagraban la hostia en la misa.

Estos artículos de cargo fueron reelaborados por los colaboradores de Felipe IV a partir de la multitud de confesiones que se obtendrían de los templarios detenidos y con ellos se formularon las listas de acusaciones definitivas que se adjuntaron a las bulas de doce de agosto de 1308 a las que nos referiremos en un epígrafe posterior⁷¹¹.

después le hacen despojarse de la ropa y el que los recibe lo besa en la extremidad de la espina dorsal, por debajo de la cintura, después en el ombligo, después en la boca y le dice que si un hermano de la Orden se quiere acostar con él carnalmente, lo tiene que soportar porque es su deber y él tiene que aguantarlo según el estatuto de la Orden y que por ello, varios hermanos se acuestan unos con otros carnalmente y llevan por encima de la camisa una cadena que el hermano debe llevar sobre él mientras viva; y se dice que estas cadenas han sido colocadas alrededor del cuello de un ídolo con forma de cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza la besan y la adoran en los capítulos provinciales; pero esto no todos lo saben, sino el gran maestro y los antiguos. Además, los sacerdotes de la Orden no consagran el cuerpo de Nuestro Señor; y sobre ello se hará una investigación especial de todos los sacerdotes de la Orden.

Y los comisarios deberán enviar al rey, bajo sus sellos y bajo los sellos de los comisarios del inquisidor, lo más pronto que puedan la copia de la confesión de los que declaren lo dichos errores o principalmente los que renieguen de Nuestro Señor Jesucristo».

(Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers*, pp. 199-201) [Apéndice 2].

⁷⁰⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers*, pp. 18, 19, 86.

⁷¹⁰ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 260.

⁷¹¹ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 263.

2.4.2 La detención.

El secreto total de la orden de detención se mantuvo con éxito hasta el último momento. Una vez que las órdenes secretas fueron conocidas por los bailíos provinciales, éstos hicieron circular las instrucciones de detención a sus subordinados remarcando que el rey hacía arrestar a los templarios siguiendo la petición del papa⁷¹².

Al amanecer del día trece de octubre de 1307, los oficiales reales entraron simultáneamente en todas las encomiendas templarias de Francia y arrestaron a los miembros de la Orden que encontraron en ellas sin ninguna excepción. No hubo ninguna resistencia, debido a que la mayor parte de los establecimientos templarios en Occidente carecían de carácter militar. Casi todos los miembros de la Orden aquí eran servidores, viejos sargentos y capellanes, siendo muy pocos los *milites*.

El éxito de esta verdadera «redada policial» fue absoluto. A pesar de la complejidad de la operación y de las limitaciones de los medios de la época, las detenciones se produjeron de forma sincronizada y con sorpresa absoluta en toda Francia. Sólo un pequeño número de templarios escapó y, entre ellos, únicamente había uno de cierta relevancia, el caballero Gerard de Villiers, preceptor de Francia⁷¹³.

El propio Jacques de Molay, que el día anterior había asistido al entierro de la esposa de Carlos de Valois, hermano del rey, ocupando un lugar de honor⁷¹⁴, fue detenido junto con los caballeros que le habían acompañado desde Chipre y todos los que se encontraban en la Casa del Temple en París. El número total de detenciones en toda Francia es difícil de calcular. Demurger dice que en París los arrestados fueron ciento treinta y ocho y que la comisión pontificia que hizo los interrogatorios de 1309 contó entonces quinientos cuarenta y seis y añade que muy pocos escaparon a la redada, no más de doce según fuentes oficiales⁷¹⁵. Sólo los tesoreros de la Orden, que también lo eran del papa, permanecieron en sus puestos, por respeto precisamente al papa, pues incluso Hugo de Pairaud, visitador de Francia y embajador ante la Santa Sede, fue detenido en Poitiers, ciudad en la que Clemente V tenía establecida su corte⁷¹⁶.

Según dice Lavocat, citando a Depuy, en el mismo instante en que fueron arrestados los templarios, el rey tomó posesión del castillo-palacio del Temple y trasladó a él su vivienda habitual con toda su familia y el tesoro del estado⁷¹⁷ que pasó a constituir una unidad junto con el tesoro de la casa real y el tesoro del Tem-

⁷¹² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 138.

⁷¹³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 65.

⁷¹⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 65.

⁷¹⁵ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 254.

⁷¹⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 103.

⁷¹⁷ Como se ha dicho más arriba, en esta época había dos tesoros reales, uno el de la casa real que se guardaba en el Temple bajo la custodia de los templarios y otro, el estatal, que se guardaba en el Louvre.

ple, golpe de fuerza que, años más tarde, fue calificado por Voltaire como terrible conjura⁷¹⁸.

Esta política de hechos consumados no fue bien acogida en el resto de Europa, cuando el dieciséis de octubre el rey se dirigió a todos los soberanos de Occidente y les informó de las detenciones de templarios llevadas a cabo en su reino y de las causas que las había motivado y les pidió que procedieran de la misma manera en sus estados⁷¹⁹. Incluso con alguno intentó medios más persuasivos, y así, a la corte de su yerno Eduardo II de Inglaterra, envió un embajador especial, Bernard Pele, para convencerlo. No fue capaz y el rey inglés respondió mediante carta del treinta de octubre mostrándose totalmente incrédulo con las acusaciones de Felipe IV, parecer que hizo llegar no sólo al rey de Francia sino a todos los reyes de la Cristiandad y al papa⁷²⁰. También Jaime II de Aragón contestó en el mismo sentido⁷²¹.

Uno de los principales desvelos de Felipe IV fue asegurarse el apoyo de la opinión pública, para lo cual desde el entorno de la corona se organizó una verdadera campaña mediática:

- El día siguiente de la detención, catorce de octubre, se reunió en la catedral de *Nôtre Dame* a todos los maestros de la universidad y canónigos de la catedral y, ante ellos, Nogaret y otros funcionarios hicieron una declaración de las acusaciones «probadas» contra los templarios.
- El domingo quince de octubre, el pueblo de París fue invitado a asistir a una asamblea popular en los jardines del palacio real en la cual dominicos y otros portavoces reales les explicaron su versión de los sucesos.
- El lunes dieciséis de octubre, el rey Felipe dirigió cartas a todos los príncipes de la Cristiandad anunciándoles el descubrimiento de la herejía templaria e instándoles a seguir su ejemplo en defensa de la fe⁷²².

2.5 Actuaciones tras la detención.

2.5.1 Primer interrogatorio.

Tras la detención, ciento treinta y ocho templarios fueron interrogados en menos de un mes en París, donde el dieciocho de octubre empezaron los interrogatorios bajo la dirección del inquisidor general, Guillermo de París, «de la orden de

⁷¹⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 136.

⁷¹⁹ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 208.

⁷²⁰ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre*, p. 53. [Apéndice N° 3].

⁷²¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 71.

⁷²² Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 261.

los predicadores, inquisidor de la depravación herética en el reino de Francia, delegado por la autoridad apostólica en la casa del Temple en París», según reza en el primer acta de interrogatorios de dicho día⁷²³, en la que, así mismo, consta que a los detenidos se les hacía jurar sobre un ejemplar de los Santos Evangelios que dirían *puram, plenam et integram veritatem*⁷²⁴, tanto en lo que les concernía a ellos como a otras personas de la Orden. Tras su confesión, cada hermano juraba de nuevo sobre los Santos Evangelios que su declaración era la expresión de la verdad, que no había disimulado nada ni introducido ninguna falsedad y que había declarado libremente, sin miedo a la tortura ni a ninguna otra causa⁷²⁵.

En pocos días, todos los templarios detenidos en París fueron interrogados por el inquisidor general o por sus comisarios, los cuales incidieron especialmente en tres delitos: herejía/apostasía, idolatría y homosexualidad⁷²⁶, si bien en la crónica de Saint Denis se nos dice que los interrogatorios versaron sobre las cuestiones siguientes:

1. Que no creían firmemente en Dios.
2. Que el nuevo templario, tan pronto como era investido, era llevado a una cámara oscura en la que se le hacía renegar de Dios y escupir sobre la cruz.
3. Que adoraban a un ídolo que era una vieja piel embalsamada sobre la cual depositaban su fe y esperanzas.
4. Que reconocían la traición de que fue objeto el rey san Luis en ultramar.
5. Que habían realizado tratos favorables con el sultán de Babilonia al cual se habían vendido.
6. Que reconocían haber dispuesto del tesoro real a favor de algunos pocos.
7. Que conocieron el pecado de herejía y cohabitaron carnalmente unos con otros.
8. Que cuando un templario moría como idólatra, se le quemaba y se hacía comer sus cenizas a los nuevos templarios.
9. Que algunos portaban una cinta o una correa encantada.
10. Que negaban el bautizo de los niños y la educación en las Sagradas Escrituras.
11. Que cuando nacía un niño, engendrado por un templario en una joven, lo asaban al fuego y con la grasa untaban a un ídolo⁷²⁷.

Entre el diecinueve de octubre y el veinticuatro de noviembre el gran inquisidor y sus asistentes se emplearon a fondo en la obtención de las confesiones de 138 prisioneros y fueron tan eficaces los medios empleados que todos menos tres

⁷²³ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. I, p. 277.

⁷²⁴ Pura, completa e íntegra verdad.

⁷²⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 142.

⁷²⁶ Carlos Barquero Goñi, «El proceso de los templarios en Europa y sus repercusiones en la península Ibérica 1307-1314», *Clio y Crimen*, nº 6, Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, 2009, p. 307.

⁷²⁷ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem*, p. 22. [Apéndice Nº 4].

confesaron algunos de los cargos. Por supuesto no hay evidencia en los registros de cuales fueron tales medios, pero, pero según afirma Lea, los que declaraban siempre procedían de la cámara de tortura y las víctimas fueron obligadas a declarar que su confesión era libre y sin restricciones, sin miedo o fuerza, aunque sabían que si se retractaban serían de nuevo sometidos a tortura o, lo que era peor, quemados como relapsos. El rigor de la aplicación del proceso inquisitorial se pone de manifiesto en las numerosas muertes y suicidios ocasionales, impulsados por la desesperación, de que dan testimonio los registros. Sólo en París, de acuerdo con la declaración de Ponsard de Gisac, perecieron treinta y seis templarios sometidos a tortura. En Sens, dijo Jacques de Saciac, veinticinco habían muerto a causa de los tormentos⁷²⁸.

2.5.1.1 Interrogatorios ante el gran inquisidor⁷²⁹.

Tan solo recogemos en este epígrafe una selección de las deposiciones de unos pocos hermanos que son una muestra bastante representativa del conjunto de la población que constituían todos los templarios de Francia. Malcolm Barber afirma que el proceso, si bien se realizó con la aprobación y bajo la dirección de la Inquisición, estuvo determinado por la voluntad del rey, sobre todo en París, donde el gran inquisidor de Francia asumió personalmente la instrucción⁷³⁰. En la primera semana se llegó a interrogar a treinta siete detenidos, entre los cuales estuvo Jacques de Molay. La doctora Frale dice haber confeccionado en cuatro años de investigación un catálogo con la totalidad de las declaraciones de los templarios a lo largo del proceso y que de esta manera ha sido posible realizar la comparación de las declaraciones de distintos frailes en situaciones idénticas y verificar si se daban fenómenos que se repetían sistemáticamente, o bien, si había dignatarios que actuaban de modo distinto a los demás⁷³¹. Desafortunadamente, en el momento actual Bárbara Frale aún no ha hecho públicos los resultados de la investigación que anuncia.

Uno de los primeros llamados a declarar fue el hermano Rayner de Larchant, el cual reconoció todos los crímenes que sobre los que le preguntaron: renegar de Cristo, escupir sobre la cruz, besos impúdicos y haber incitado a los hermanos a actos condenables, delito sobre el cual ofreció una explicación bastante ingeniosa cual era que en la ceremonia de investidura se cantaba por los presentes el salmo 132 que dice «*O quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*»⁷³² cuya interpretación vulgar se refería a la comunión de sentimientos, sin ninguna alusión a relación homosexual, pero que al hermano Rayner le sirvió, según cuenta Gobry, para salvar la piel y acortar su suplicio⁷³³. Este hermano tam-

⁷²⁸ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 262.

⁷²⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 277-420. [Apéndice N° 5].

⁷³⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 80.

⁷³¹ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 214.

⁷³² ¡Oh que bueno y alegre es que los hermanos habiten juntos!

⁷³³ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, Editions Perrin, París, 1995, p. 77.

bién reconoció haber visto la cabeza del ídolo, a la que llamaban el Salvador, la cual había estado en lugar destacado en doce capítulos de la Orden a los que había asistido. Años más tarde, en 1310, al comparecer ante la comisión papal, el cuatro de febrero de 1310, dijo que todas estas declaraciones las había hecho bajo los efectos de la tortura.

Al día siguiente, el hermano Jean de Tortavilla, tras ser sometido a tortura, cambió su declaración inicial referente a ciertas relaciones carnales con un hermano de nombre Guillermo y las admitió, pero más tarde, ante la comisión pontificia, se retractó igualmente.

Igual ocurrió el veintiuno de octubre con el hermano Guillermo de Giaco, que, a fuerza de ser torturado, declaró besos indecentes, esputos sobre la cruz, haber visto a otro adorar una cabeza y haber tenido relaciones carnales con el maestro. En presencia de la comisión papal el diecisiete de febrero de 1310 se retractó de todo. Evidentemente era intención del gran inquisidor desprestigiar la figura de Jacques de Molay, sin embargo no se atrevió a realizar la confrontación de ambos.

El mismo día fue llevado ante el gran inquisidor, Godofredo de Charney, preceptor de Normandía, el cual reconoció haber negado hasta tres veces de Jesucristo, aunque sólo de palabra no de corazón, que no se acordaba de haber escupido sobre la cruz, que había besado al maestro de ceremonia en el ombligo y que aconsejaba a los hermanos tener relaciones carnales entre ellos mejor que con mujeres.

También este día compareció el templario Pierre de Safet, cocinero de la casa del maestro, y reconoció los esputos sobre la cruz y los besos indecentes y que había sido solicitado para mantener relaciones carnales con un hermano llamado Martín Martini, español de origen, y que no había osado rehusar porque el maestro le había dicho que podía tener tales relaciones. En su comparecencia ante la gran comisión, el veintiocho de noviembre de 1309, confrontado con el maestro, en presencia de Nogaret, no osó repetir estas acusaciones.

El veinticuatro de octubre fue llevado ante el inquisidor el maestro Jacques de Molay, siendo el tenor literal de la declaración el que se ofrece en el epígrafe siguiente.

El mismo día veinticuatro de octubre compareció ante el inquisidor de París el hermano Pierre de Arbleyo que reconoció haber renegado de Cristo, haber sido objeto de besos indecentes y que le habían contado que se permitía la realización de actos impuros entre los hermanos, pero que él nunca había realizado ninguno. Ante la comisión papal el diecinueve de marzo de 1310 hizo la misma confesión.

Este mismo día, el hermano Jean de Elemosina, ante el inquisidor reconoció haber renegado de Cristo, haber escupido pero en la tierra no sobre la cruz y que nunca había tenido relaciones carnales con los hermanos. En su comparecencia ante la comisión pontificia repitió la misma confesión y añadió que no creía que los hermanos poseyeran ídolos.

El veintisiete de octubre Guillermo de París se tomó un descanso y delegó sus funciones inquisitoriales en el prior de los predicadores en París, Guillermo de

Saint Evurce, ante el que compareció el hermano Stephane de Domoni que reconoció los esputos sobre la cruz, los besos obscenos y las actividades promiscuas, pero en su comparecencia ante la comisión papal el dieciséis de febrero de 1310 dijo que había sido sometido a tortura, que no había hecho nada ilícito, que no sabía nada de lo que había pasado en las recepciones de otros hermanos y que no creía que los hermanos hubieran cometido actos inmorales entre sí, ni que hubieran adorado a ningún ídolo.

El siete de noviembre fue llevado a declarar el hermano Pedro de Bolonia⁷³⁴, sacerdote, el cual testificó ante el inquisidor que cuando ingresó en la Orden fue llevado a un lugar aparte y se le hizo renegar de Jesucristo ante una cruz y que se le dijo que podía tener relaciones carnales con los hermanos, pero que él nunca lo había creído y que nunca había cometido un pecado tan horrible y añadió que había visto que varios hermanos habían sido recibidos de la misma manera. Ante la comisión papal se retractó y fue elegido por los hermanos para actuar de defensor.

El día nueve de noviembre se presentó ante el inquisidor a Hugo de Pairaud, visitador de Francia y, preguntado, reconoció haber renegado de Jesucristo, aunque sólo una vez y sólo de palabra y no de corazón, que no había escupido sobre la cruz y que solamente había besado una vez en la boca al que oficiaba la ceremonia. Añadió que varias veces había oficiado la recepción de nuevos hermanos y que en tales ocasiones se hacía besar en la boca, en el ombligo y en la parte baja de la espina dorsal y que a continuación hacía renegar de Jesucristo a los que profesaban, añadiendo que aunque era una orden de su boca, él no lo sentía en el corazón y que lo hacía así porque lo prescribían los estatutos. Preguntado si creía que en todas partes se hacía igual contestó que lo ignoraba, porque los capítulos eran secretos. Pero más tarde rectificó y dijo que había comprendido mal la pregunta y que ahora contestaba que creía que sí⁷³⁵. También dijo que a los que se mostraban muy necesitados de relación carnal les daba permiso para que la tuvieran con otros hermanos. Preguntado sobre el ídolo o «cabeza» dijo que él la había visto y tenido en sus manos en un capítulo celebrado en Montpellier y que todos la habían adorado. Cuando en el mes de agosto compareció ante la comisión papal en Chinon, negó parte de los hechos. Lavocat reseña que Pairaud había sido invitado a cenar por los cardenales que componían la comisión papal tras su interrogatorio y atribuye a la declaración del visitador de Francia un sentimiento de venganza hacia Jacques de Molay con quien había competido por el maestrazgo de la Orden⁷³⁶.

El mismo día nueve de noviembre, ante el inquisidor, el hermano Radulphe de Gysi declaró que había visto el ídolo en siete capítulos presididos por Hugo de Pairaud y que en presencia de la «cabeza» (*caput*) todo el mundo la adoraba pos-

⁷³⁴ Hacemos la salvedad de que en las actas el nombre de este presbítero aparece como Pierre de Bononia, pero lo traducimos como Pedro de Bolonia, que es como lo hacen la casi totalidad de los autores que han tratado el tema, si bien queremos dejar constancia de que no hay ningún indicio de un origen boloñés o que autorice a esta traducción.

⁷³⁵ Lizerand al pie de página dice que esta rectificación parece indicar que se ha ejercido sobre el testigo algún tipo de presión durante la suspensión del interrogatorio.

⁷³⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 151.

trándose en tierra. A la pregunta del inquisidor de por qué era adorada esta «cabeza», contestó que porque los templarios habían renegado de Jesucristo y que en cuanto a él también la había adorado pero no de corazón. En su declaración ante la comisión pontificia el quince de enero de 1309, rectificó de forma importante su declaración, pues dijo que los capítulos solo habían sido dos y que había visto al hermano Hugo de Besançon llevar la «cabeza» en un banco pero que no había visto nada más porque se había ausentado.

Habiendo interrogado a todos los templarios, ciento treinta y ocho, detenidos en París, el veinticuatro de noviembre el gran inquisidor de Francia dio por concluida la instrucción con un éxito casi total para los fines de la corona, pues ciento treinta y cuatro de los templarios interrogados confesaron todos o algunos de los cargos señalados en la orden real de detención⁷³⁷.

Al mismo tiempo, en el resto del territorio francés los arrestados habían comparecido ante los inquisidores respectivos. Al respecto dice Raynouard⁷³⁸, que en el *Trésor de Chartes* existen actas de interrogatorios de varios templarios que, cediendo a las torturas y a las amenazas, hicieron las declaraciones que exigían sus perseguidores, pero que entre ellas no se encuentran las correspondientes a los hermanos que tuvieron la fuerza y el coraje de resistir a los dolores, a las amenazas y a las seducciones, ya sea porque los comisarios se descuidaron al cumplir las órdenes recibidas ya porque no juzgaron conveniente enviar al rey piezas tan poco satisfactorias⁷³⁹.

2.5.1.2 Interrogatorio de Jacques de Molay.

De Molay, como veremos, fue sometido a interrogatorio hasta cinco veces. En opinión de Demurger, fueron interrogatorios conducidos por torturadores, inquisidores para quienes solo había culpables⁷⁴⁰. He aquí la traducción del acta del primero de dichos interrogatorios celebrado el veinticuatro de octubre de 1307:

«En el nombre de Cristo, amen. Sea patente a todos, por este instrumento público, que en el año del Señor de mil trescientos siete, sexta indicción⁷⁴¹, en el mes de octubre, a veinticuatro días de dicho mes, en el segundo año del pontificado del muy santo padre el señor Clemente V, papa por la

⁷³⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 81.

⁷³⁸ François-Juste-Marie Raynouard (Brignoles, 8 de septiembre de 1761, Passy, 27 de octubre de 1836) fue un historiador, filólogo y dramaturgo francés. Estudió en el seminario de Aix-en-Provence y después cursó la carrera de Derecho en esta misma ciudad. En 1791, siendo ya abogado, fue elegido diputado de la Asamblea legislativa y en 1807 miembro de la Academia francesa. (Émile Faguet, *Histoire de la littérature Française depuis le XVII^e siècle jusqu'à nos jours*, Vol. 2, Plon-Nourrit et cie., París, 1901, p. 548).

⁷³⁹ François-Juste-Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives a la condamnation des chevaliers du Temple a la abolition de leur ordre*, Librairie Hachette et Cie., París, 1910, p. 39.

⁷⁴⁰ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 15.

⁷⁴¹ Ciclo temporal de quince años establecido por el emperador Constantino, posiblemente con fines recaudatorios. Para hallar el año indiccional se añaden tres unidades al año en cuestión, el resultado se divide entre quince y el resto indica la indicción correspondiente.

[gracia de la] Divina Providencia, en presencia del religioso y honesto padre Guillermo de París, de la orden de los predicadores, inquisidor de la perversidad herética, enviado ante el Reino de Francia por la autoridad apostólica, en la casa de la milicia del Temple en París, para instruir contra ciertas personas que aquí se encuentran y que han sido acusadas ante él del crimen de herejía, en presencia también de nosotros, notarios públicos, y de los testigos abajo firmantes, comparece en persona el hermano Jacques de Molay, gran maestro de la orden de Caballería del Temple, el cual ha jurado sobre los santos Evangelios, situados ante él y tocados por él, decir sobre sí mismo y sobre los demás, en un proceso relativo a la fe, la verdad pura, simple y completa, e interrogado sobre la época y el modo de su recepción dijo bajo juramento que hace cuarenta y dos años que fue recibido por el hermano Humbert de Pairaud, caballero, en Beaune, en la diócesis de Autun, en presencia del hermano Amaury de la Roche y de varios otros hermanos de cuyos nombres no se acuerda.

También dice bajo juramento que después de que hubiera hecho varias promesas relativas a la observancia de los estatutos de la Orden, le pusieron el manto al cuello. Y el que lo recibió hizo llevar a su presencia una cruz de bronce sobre la cual estaba la imagen de Cristo y le dijo y ordenó que debía renegar de Cristo de quien era la imagen. Y, muy a su pesar, él lo hizo. Y entonces el que lo recibía le ordenó escupir sobre ella, pero él escupió en la tierra. Interrogado sobre cuántas veces él hizo esto, dijo bajo juramento que solo escupió una vez y que de esto se acuerda bien.

Interrogado si cuando hizo el voto de castidad se le dijo que habría de unirse carnalmente a sus hermanos, dijo bajo juramento que no y que no lo había hecho jamás.

Requerido de declarar bajo juramento si los otros hermanos de la mencionada orden son recibidos de esta manera, dijo que creía que no se había hecho con él nada que no se hubiera hecho con los otros y añadió que él personalmente había oficiado en muy pocas ceremonias de recepción. Sin embargo, añadió bajo juramento, que después de haber recibido a aquellos en cuya ceremonia de investidura ofició, ordenó a uno de sus asistentes ir aparte con el recién investido y hacer lo que debía. Dijo también bajo juramento que su intención al obrar así era que fueran recibidos del mismo modo en que él había sido recibido.

Interrogado sobre si había introducido en su declaración alguna falsedad o si la verdad declarada era consecuencia de la violencia o del miedo a la tortura o la prisión o por alguna otra causa, dijo bajo juramento que no; que al contrario, que había dicho la verdad pura por la salud de su alma»⁷⁴².

Esto es todo lo que declaró el maestro. Luego, en los siguientes interrogatorios, ya dirá poco más, además, como dice Demurger, tampoco se le preguntó ninguna otra cosa, ya fuera porque el gran inquisidor quería protegerlo o porque entendiera que con lo que había obtenido, junto con las declaraciones de otros dete-

⁷⁴² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 305-306; Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, p. 36.

nidos, era suficiente para minar el prestigio del Temple y de su maestre⁷⁴³.

Nogaret, perfectamente coordinado con el gran inquisidor, apreció inmediatamente el valor de las declaraciones obtenidas y organizó para el día siguiente, veinticinco de octubre, una audiencia pública en la casa del Temple a la que se invitó a la flor y nata de los intelectuales del momento (clérigos, teólogos y otros miembros de la universidad de París) y a la que fueron conducidos Jacques de Molay y otros dignatarios de la Orden, con objeto de reanudar los interrogatorios, pero el maestre se limitó a ratificar su declaración, en nombre propio y en el de los dirigentes allí presentes, y añadió que aunque la fundación de la Orden fue noble y aprobada por la Santa Sede para luchar contra los enemigos de la fe y socorrer a Tierra Santa, la astucia del enemigo de la raza humana, siempre al acecho de lo que pudiera devorar, les había precipitado hacia una caída de perdición y que todas estas cuestiones habían aflorado gracias al esfuerzo del muy cristiano rey de Francia, y terminó exhortando a todos los demás hermanos a confesarse porque durante mucho tiempo fueron por el mal camino por error⁷⁴⁴.

El objetivo de Nogaret estaba conseguido, ahora ya todos sabían lo que hacían los templarios en sus ceremonias de investidura y ello suponía un escándalo de tan grandes proporciones que no sería fácilmente olvidado por el pueblo⁷⁴⁵. Pero el golpe maestro de Nogaret se produjo cuando consiguió de Jacques de Molay una carta con el sello oficial de la Orden, dirigida a todos los templarios en la que les ordenaba, en virtud del voto de obediencia, reconocer las prácticas escandalosas de la ceremonia de recepción en la Orden⁷⁴⁶.

Demurger especula en que quizás fue al término de la jornada del día 25 de octubre cuando Jacques de Molay, hasta entonces detenido en el Temple, fue trasladado en secreto a Corbeil donde fue recluso⁷⁴⁷.

La confesión de los máximos dirigentes de la Orden, junto a la cantidad de material que habían obtenido del resto de los miembros interrogados, parecía suficiente para justificar la intempestiva orden de detención del trece de octubre, y hacía pensar a los miembros del gobierno francés que el asunto se resolvería rápidamente, quizás antes de la Navidad de 1307⁷⁴⁸.

2.5.1.3 Presiones sobre los detenidos: torturas y amenazas.

Aunque volveremos sobre este tema al realizar la crítica del proceso, queremos recalcar desde este momento un hecho que es histórico y es que la deten-

⁷⁴³ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 214.

⁷⁴⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 89.

⁷⁴⁵ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 214.

⁷⁴⁶ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 215; Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 89. Ambos recogiendo la información de Saint Victor, *Continuación de las crónicas de Nagis*.

⁷⁴⁷ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 215.

⁷⁴⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 96.

ción y juicio contra los templarios fue enteramente inquisitorial como lo pone de manifiesto el alto protagonismo de los inquisidores, sobre todo del gran inquisidor de Francia, Guillermo de París, aunque con una normas procedimentales específicas dadas por él mismo y por el rey.

Como tal proceso inquisitorial la tortura estaba prevista y reiterada en las normas específicas de aplicación escritas por el gran inquisidor: «*Examineront diligemment vérité, at par Jahine si mestier est*»⁷⁴⁹.

Al respecto, Helen Nicholson recoge en su obra el relato de un autor anónimo coetáneo, que recogemos íntegramente en nota al pie, que cuenta una versión de los hechos completamente diferente de la oficial que ha llegado hasta nosotros y, a nuestro parecer, bastante más cercana a la realidad. Dice este autor anónimo que a los detenidos les fueron proferidos graves insultos y amenazas y que se les infligieron varios tipos de tortura, obligándoseles a declarar mentiras absurdas, de las que no tenían ningún conocimiento y que por medio de terribles tormentos fueron obligados a reconocer un catálogo de faltas viles, repugnantes y falaces, que «no pueden ser concebidas por oído humano y que no cabrían en el corazón de una persona»⁷⁵⁰.

⁷⁴⁹ «Se examinará diligentemente la verdad, incluso mediante tortura si fuere menester».

⁷⁵⁰ «Fueron vergonzosa e ignominiosamente encarcelados con una saña feroz, zaheridos con insultos y con las más graves amenazas, y se les infligieron varios tipos de tortura, obligándoseles a morir o a declarar mentiras absurdas de las que no tenían ningún conocimiento, siendo entregados inicuaente a sus enemigos, que por medio de esos tormentos los obligan a reconocer un catálogo de faltas viles, repugnantes y falaces, que no pueden ser concebidas por oído humano y que no cabrían en el corazón de una persona. Pero cuando los hermanos se niegan a declarar esas mentiras, aunque no sepan absolutamente nada de ellas, los tormentos de los esbirros que los presionan a diario los obligan a admitir las mentiras, diciéndoles que deben recitarlas ante los jacobinos [los dominicos encargados de los interrogatorios] y declarar que son ciertas, si quieren conservar la vida y obtener la generosa gracia del rey.

Es más, si no dicen esas cosas, no sólo antes, sino después de ser torturados, permanecen siempre en mazmorras oscuras, sin más que el pan de la aflicción y el agua de la pena, en invierno con un frío lacerante, yaciendo entre suspiros y pesar, en el suelo, sin paja ni mantas. En medio de la noche, para que su terror sea mayor, unas veces uno y otras otro, son llevados de celda en celda. A los que mueren torturados por los investigadores, los entierran en secreto en la cuadra o en el huerto, por temor a que aquellos actos horribles y brutales lleguen a oídos del rey, pues han dicho y dicen a su majestad que los dichos hermanos no confiesan sus crímenes bajo tortura, sino espontáneamente.

Todo aquél que se viene abajo víctima de las torturas y declara las mentiras que los esbirros y los jacobinos quieren que digan, pese a que debería ser castigado por mentir aunque no quisiera hacerlo, es hecho subir a las cámaras en las que es copiosamente provisto de todo lo necesario, para que persevere en sus mentiras. Les advierten constantemente con amenazas, o con palabras duras o halagadoras. Es más, cierto monje -o mejor dicho un endemoniado- recorre incesantemente las cámaras en todo momento, día y noche, tentando a los hermanos y lanzando advertencias de lo que va a ocurrirles. Y si se descubre que alguno se ha arrepentido de las dichas mentiras, lo manda de inmediato otra vez abajo, a soportar las dichas aflicciones y penalidades.

¿Qué más se puede decir? En una palabra, declaro que la lengua humana no puede expresar los castigos, las aflicciones, miserias, los insultos, y todo tipo de crueles torturas que han sufrido los dichos inocentes en el espacio de tres meses desde el de su detención, pues día y noche no han cesado de oírse sollozos y gemidos en las celdas, ni los gritos y el rechinar de dientes durante sus torturas. ¿Qué tiene de extraño que digan lo que quieren sus torturadores, si la verdad mata y las mentiras los libera de la muerte?» (Helen J. Nicholson, *Los templarios*, pp. 309-310).

Demurger afirma con rotundidad:

«Se aplica la tortura a los obstinados, a los que se resisten de una manera u otra. El fragmento de las confesiones de Hugo de Pairaud sugiere su empleo. Todavía aparece más claro en lo que se refiere a Raimbaud de Caron, el preceptor de Chipre. Interrogado en la mañana del 10 de noviembre niega; se suspende el interrogatorio; cuando se reanuda por la tarde confiesa todo lo que quieren que confiese. El preceptor de Douzens, Itier de Rochefort, es torturado de nuevo después de su confesión, porque sus verdugos sospechan que no lo ha dicho todo, en particular, con respecto a la idolatría»⁷⁵¹.

El propio Jacques de Molay fue objeto de las torturas, si hacemos caso al relato de un clérigo aragonés, residente en París, que en una carta escrita a su hermano, residente Mallorca, le decía que llevado el maestro ante el consejo del reino, reunido en la catedral de *Nôtre Dame*, se despojó las vestiduras y mostró a los presentes sus brazos descarnados hasta los huesos y las huellas de la tortura que había sufrido diciendo: «Ved señores cómo se nos ha hecho decir lo que querían»⁷⁵².

Las confesiones realizadas años más tarde por los templarios supervivientes ante la comisión papal, confirmarán las torturas, las cuales, sin embargo, en opinión de Finke, no alcanzaron a Jacques de Molay:

«Es patente que el maestro de la orden no se desdijo de su declaración de culpabilidad durante más de dos meses y que desde el principio había pedido repetidamente que se le torturase para que sus compañeros no llegaran a pensar que era culpable de la ruina de la orden. Se le respondió que había suficientes testigos para declarar en su contra y que no era necesario que se le torturase»⁷⁵³.

2.5.2 Acusaciones presentadas en el auto de fe de París.

El domingo veintidós de octubre, según cuenta Lejeune, tuvo lugar en París un auto de fe público, para lo cual todas las comunidades y parroquias se reunieron en los jardines del Palacio Real en una asamblea pública multitudinaria. Los inquisidores se colocaron en alto sobre un escenario y desde allí leyeron la lista de cargos presentados por el gran inquisidor⁷⁵⁴ y anunciaron las razones por las cuales habían ordenado la detención de todos los templarios del reino. Se les presentó como culpables de apostasía, blasfemia, traición y crimen contra natura. A pesar de la decidida contribución de los ministros de la corona en lograr la formación en el pueblo de un estado de opinión contrario a los templarios, no pudieron impedir que las imputaciones fueran consideradas poco creíbles por ridículas⁷⁵⁵, pues la

⁷⁵¹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 259.

⁷⁵² Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 216.

⁷⁵³ Heinrich Finke, *Papstum und Untergang des Templerordens*, T. II, p. 169.

⁷⁵⁴ Epígrafe 2.4.1.

⁷⁵⁵ Claude Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, V. II, p. 159.

gente consideraba casi imposible que entre tantos sacerdotes y gente de espada que componían la Orden, ninguno después de tanto tiempo no hubiera revelado nada, a su amigo, a su padre o a su confesor, de lo que se dice que en ella sucedía⁷⁵⁶.

2.5.3 Reacción de Clemente V.

El papa se enteró, mientras se encontraba fuera de Poitiers, de la noticia de la detención de los templarios por Felipe IV, actuando bajo la autoridad de Guillermo de París, asunto que se encontraba pendiente de su decisión, por lo que resolvió regresar rápidamente y convocar un consistorio para el lunes siguiente. Para el papa lo que estaba en entredicho era, además de la Orden, su propia autoridad. Además, como dice la doctora Frale, tenía que calibrar cuidadosamente las expresiones de condena para no alarmar a los cardenales partidarios del rey y para dar al soberano la oportunidad de volver sobre sus pasos sin verse obligado a solemnes gestos de excusas⁷⁵⁷, por ello tras varios días de discusión con los cardenales, escribió al rey el veintisiete de octubre de 1307 una carta en la que le transmitía el gran dolor que le había causado su actuación, a sus espaldas, en un asunto para cuyo esclarecimiento siempre había contado con su leal colaboración y, como no era cosa de dejar ninguna prueba escrita, le decía que los cardenales que le llevaban la carta, de la máxima confianza de los dos, eran portadores de un mensaje y estaban a su disposición para aclararle cualquier extremo que fuere necesario⁷⁵⁸.

⁷⁵⁶ Louis Le Gendre, *Nouvelle histoire de France, Depuis le commencement de la monarchie jusques Louis XIII*, Tome II, Claude Robustel, París, 1718, p. 449.

⁷⁵⁷ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 233.

⁷⁵⁸ «Queridísimo hijo, sabemos que lo que caracteriza la celebrada reputación de sabiduría y obediencia de vuestros antepasados es que con la luz más pura y con su celo por la caridad, al igual que algunas brillantes estrellas, educados en la disciplina de la Iglesia, siempre reconocieron que todas las cosas pertenecientes a la fe cristiana residía en la jurisdicción de la sede de Roma, cosa que siempre respetaron hasta el día de hoy...

Pero vos, queridísimo hijo, lamentamos decirlo, habéis puesto vuestras manos sobre las personas y los bienes de los templarios y habéis llegado incluso a encarcelarlos, como si nos estuviéramos al tanto de los acontecimientos. Pero no sólo no han sido liberados, sino que para agravar aún más nuestro dolor, de acuerdo con nuestros informes, habéis ido más lejos y añadido una gran aflicción a los que ya están considerablemente afligidos por su encierro, aflicción que consideramos que es mejor no mencionar por el momento tanto por el bien la Iglesia como por el vuestro, si entendéis lo que queremos decir. Ilustre príncipe, estas acciones nos han ocasionado gran dolor y una sorpresa dolorosa, porque siempre hemos demostrado nuestra mejor disposición hacia vos que todos los obispos de Roma, e incluso la Iglesia de Roma en toda vuestra vida y hemos siempre actuado mirando vuestro honor, en vuestro Reino y en los intereses de vuestro Reino y de toda la Cristiandad alrededor vuestro. Después de que vuestra Serena Majestad fue informado por nuestra carta de nuestro deseo de proceder a descubrir la verdad en este asunto y os pedíamos hacernos llegar lo que llegarais a descubrir en este asunto, habéis acometido las mencionadas acciones contra las dichas personas y sus bienes los cuales están bajo nuestra directa jurisdicción y la de la Iglesia de Roma. Cualquier hombre podría considerar legítimamente como un insulto hacia nuestra persona y hacia la Iglesia de Roma vuestra precipitada acción por lo que, dejando de lado de momento tales acciones asombrosas, para acortar los tiempos hemos comandado a los cardenales Berenguer de los santos Nereo y Acilleo y Estephen de san Ciriaco in Terminis, para explicaros, no deseando de ninguna

El papa envió la carta con una embajada especial, constituida por los cardenales Berenguer de Fréjol (sobrino del papa) y Étienne de Susy (otrora canciller de la corona francesa), con poderes para restablecer la situación y hacer que el rey pusiera a los templarios y sus bienes en manos de estos dos príncipes de la Iglesia. No lo lograron, y tras entregar la carta a algún consejero o ayudante no identificado, se vieron obligados a regresar a Poitiers sin haber podido ni siquiera ver a los prisioneros, lo que ocasionó una auténtica convulsión en el seno del colegio cardenalicio que quedó totalmente dividido entre los que querían la condena de Felipe IV y los que no la tolerarían.

Para Lavocat, esta carta del papa prueba su desconocimiento de la trama puesta en marcha por Felipe IV, el cual hizo caso omiso a la misiva papal y continuó conforme al plan que había establecido⁷⁵⁹.

Tras esta reacción malhumorada con el rey de Francia, que ya no se volverá a repetir, Clemente V preocupado por retomar la iniciativa y devolver a la Iglesia un asunto que era de su incumbencia, promulgó el veintidós de noviembre la bula *Pastoralis praeminentiae* en la que decía que ya en 1305, en Lyon, antes incluso de su coronación, le habían llegado los rumores que acusaban a la Orden de crímenes horribles y prácticas nefandas los cuales se había resistido a creer, pero que, en base a esas historias, el rey de Francia, a instancias del gran inquisidor, había detenido a los templarios de Francia y confiscado sus propiedades para ponerlas a salvo y que en los interrogatorios subsiguientes a los que se habían sometido a los detenidos, entre ellos el maestre de la Orden, fueron confesados crímenes horrendos:

«Después, el mencionado maestre de la citada orden, confesó públicamente y de manera espontánea, ante los maestros en Teología de la universidad de París y otros importantes eclesiásticos, la seducción al pecado, la corrupción de la negación de Cristo en la recepción de los hermanos, introducido por instigación de Satanás, en contra de los fundamentos originales de la orden. Incluso muchos otros hermanos de la citada orden, en lugares diferentes del reino de Francia, han confesado tales abominaciones, mostrando un arrepentimiento sincero y no simulado [...]. También nosotros hemos interrogado personalmente a un hermano de esa misma orden, hombre de gran gene-

manera que vuestra inteligencia permanezca ignorante, que deseamos ardientemente con toda la fuerza limpiar el jardín de la Iglesia tanto como la situación lo requiera de tal manera que no quede ninguna pizca de esta infección que pueda ahora o en el futuro proporcionar materia para renovar esta infección, ¡Dios no lo quiera!.

Y porque, queridísimo hijo, no hay lugar en nosotros para dudar que rápidamente, mejor hoy que mañana, si estuvieran presentes los que tienen que recibir en nuestro nombre las personas y los regalos de vuestra mano, estaréis de acuerdo y los devolveréis a nuestra posesión, hasta el final, al objeto de agilizar los trámites con toda seguridad y con el debido respeto hemos enviado a vuestra alteza a los mencionados cardenales. Sabemos que ellos están muy unidos a vos por lazos de cariño y afecto, lo que no ocasiona en nosotros menos confianza sino que incrementa nuestro amor por ellos. Vos podéis confiar completamente en lo que ellos os digan en este asunto en nuestro nombre y debéis escuchar pacíficamente sus palabras de advertencia y hacer caso de las mismas, por el honor de Dios y de la Iglesia de Roma; haciéndolo así ganaréis la alabanza de Dios y de los hombres... » (Edgard Boutaric, *Clement V, Philippe IV et les Templiers*, p. 34). [Apéndice N° 6].

⁷⁵⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 156.

rosidad y autoridad, por la perversidad citada, el cual, en nuestra presencia, ha confesado espontáneamente y plenamente, haber cometido el delito de la negación de Jesucristo en el momento de ingreso en la orden [...]. A causa de estos hechos, si en el campo donde la orden estaba plantada, que se creía virtuoso y que resplandecía en un espejo de gran sublimidad, se sembrase la semilla diabólica, indudablemente insana, nuestras entrañas sufrirán desarreglos con una gran convulsión [...]. Pero, si las premisas resultan no ser verdaderas y esto se descubre, la turbulencia cesará y, de acuerdo con la voluntad de Dios, se elevará la alegría; por eso proponemos que se investigue el asunto sin dilación [...] y se proceda a la inmediata detención con prudencia, discreción y secreto, de todos los caballeros de la mencionada orden del Temple de Jerusalén allá donde fueren encontrados [...] levantando un inventario de las propiedades»⁷⁶⁰.

Como consecuencia de esta bula, a finales de 1307 y principios de 1308 todos los templarios de la Cristiandad fueron arrestados, excepto los de Chipre que, por mor de la lentitud y dificultad de las comunicaciones, lo fueron en mayo del siguiente año⁷⁶¹.

Clemente optó por la vía diplomática y, aprovechando la circunstancia de que el rey había estado fuera de París, actuó como si la embajada de los cardenales no hubiera tenido lugar y volvió a enviar a París a los mismos legados pero esta vez con la facultad de excomulgar al rey si se les volvía a impedir la entrevista con los templarios⁷⁶². En esta nueva bula, de uno de diciembre, cuyas primeras palabras son *Regiae magnitudinis*, Clemente le decía al rey Felipe:

«... Hemos recibido con alegría las cartas de vuestra alteza real en la que, entre otras cosas nos comunicáis lo que algunas personas de vuestra corte habían escrito sobre nosotros diciendo que habíamos olvidado el asunto de los templarios, tanto en lo referente a las personas como a los bienes. En virtud de letras apostólicas que os serán entregadas por Geoffroi de Plessis, nuestro notario, nos descargamos de este asunto que cargamos sobre vuestra conciencia. Autorizado por esta carta y en virtud de las instrucciones que en ella se contienen, nuestro notario os comunicará la autorización para proceder al arresto de los templarios y a la requisa de sus bienes (...). En el asunto de los templarios, vos habéis tomado la iniciativa para exaltación de la fe y conservación de la libertad de la Iglesia, declarando querer, siguiendo el ejemplo de vuestros predecesores, conservar esta libertad intacta,... pues en este asunto vos sólo buscáis la gloria de Dios y de su bendito nombre, la exaltación de la fe católica, vuestro honor y el de la santa madre Iglesia y, por añadidura, el de Tierra Santa...»⁷⁶³

El domingo anterior a la Navidad de 1307 Felipe IV contestó la carta del papa en los siguientes términos:

«Santo Padre, hemos acogido con cara sonriente [*hilari vultu*] a los car-

⁷⁶⁰ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 221-223. [Apéndice Nº 7].

⁷⁶¹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 209.

⁷⁶² Barbara Frale, *Los templarios*, p. 234.

⁷⁶³ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 112. [Apéndice Nº 8].

denales Berenguer y Étienne que vos nos habéis enviado para tratar del asunto de los templarios, a los que hemos hecho arrestar a requerimiento de los inquisidores, delegados en nuestro reino de la autoridad apostólica. Hemos recibido graciosamente a vuestros enviados, con el corazón contento y feliz [*laeta mente recepimus, hilariter vidimus*] y les hemos escuchado con respeto. Sobre lo que nos decís, en nombre de la Iglesia, referente a los bienes y las personas de los templarios, que pedís sean colocados en vuestras manos, nosotros consentimos que sea hecho así, bajo reserva de nuestros derechos, esperamos no llevar perjuicio alguno a las personas y a los bienes, a reserva de nuestros derechos y los de la Iglesia. Así pues, hemos puesto los templarios en manos de vuestros cardenales, en vuestro nombre y en el nombre de la Iglesia, así como todos sus bienes, donados en su día para las necesidades de Tierra Santa; los haremos guardar y administrar con cuidado para que no sean desviados de su destino ni confundidos con los de nuestro dominio»⁷⁶⁴.

Al regreso, hacia finales de enero, de los legados enviados por el papa a la corte del rey Felipe con la noticia de todo lo acontecido, Clemente V procedió a suspender las facultades de la Inquisición en Francia con el propósito de bloquear todos los procedimientos contra los templarios, entablados en virtud de la orden de Guillermo de París. La posición del pontífice era clarísima, ya que, seguro de la mala fe con que se había conducido el proceso, tomó la decisión de interrogar personalmente a los templarios, por lo que abrogó la competencia que tenían los inquisidores franceses y no la devolvió hasta que el rey no se decidió a dejar a los prisioneros en manos de la Iglesia⁷⁶⁵.

2.5.4 Segundo interrogatorio a Jacques de Molay.

Como se ve en los párrafos de la carta del veinticuatro de diciembre que hemos transcrito, el rey por fin aceptó la entrega de las personas y bienes templarios al papa y accedió a que los legados pontificios se entrevistasen con Jacques de Molay, lo que tuvo lugar el veintisiete de diciembre a puerta cerrada en la basílica de *Nôtre-Dame*⁷⁶⁶.

En esta declaración ante los cardenales, Molay se retractó de las confesiones realizadas anteriormente y denunció que había sido obligado a realizarlas bajo tortura.

Si bien no hay acta en la que se documente la reunión, existen dos documentos de la época, de diferentes autores, conservados en los archivos de la corona de Aragón en los que se relata la entrevista con pocas variaciones. El primero es una carta anónima, de un clérigo residente en París, que escribió a su hermano, que vivía en Mallorca y el segundo es también de un clérigo, que escribió a su hermano, templario de Gardeny (Lleida). Según el primero de los relatos el maestre

⁷⁶⁴ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 113.

⁷⁶⁵ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 237.

⁷⁶⁶ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 215.

habría solicitado declarar ante una gran multitud de fieles reunidos en *Nôtre Dame* y allí se habría despojado de sus vestiduras para que los asistentes vieran las heridas sufridas en las torturas⁷⁶⁷. El segundo de los documentos coincide prácticamente con el anterior.

Aunque hay algunos historiadores que dudan de la veracidad de la historia, que no de la autenticidad de los documentos, la misma está fuera de toda duda como se pone de manifiesto en el primero de los panfletos a los que se hace referencia en el siguiente epígrafe. Malcolm Barber dice que el extremo de la retractación de Jacques de Molay está confirmado⁷⁶⁸ y Bárbara Frale resalta el hecho de que las denuncias tuvieran como efecto inmediato la revocación de los poderes de los inquisidores franceses⁷⁶⁹.

2.5.5 Panfletos a favor del rey.

En un largo y tedioso panfleto de principios del año 1308 suscrito por alguien no identificado, bajo la forma de dictamen, en contestación a una consulta de otro alguien también sin identificar, pero indudablemente del entorno del rey⁷⁷⁰, se ataca al maestro por su retractación del mes de diciembre ante los cardenales enviados por Clemente V y se dan mil y un argumentos para que la misma no fuera tenida en cuenta. En él se contiene un dictamen (curiosamente coincidente con la resolución que cuatro años más tarde podría fin a la Orden), de lo que debía hacer la Iglesia con la Orden⁷⁷¹. Este párrafo de dicho documento, que se recoge por George Lizerand en *Le dossier des affaires des Templiers*⁷⁷², se transcribe traducido en nota al pie, pero aquí queremos dejar constancia de la frase que dice:

⁷⁶⁷ Heinrich Finke, *Papstum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 116-117.

⁷⁶⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 110.

⁷⁶⁹ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 237.

⁷⁷⁰ Si bien Finke atribuye la autoría del documento a Nogaret, Lizerand se inclina por Plaisians. Por el contexto es indudable que el autor es un consumado jurista, por lo que también podría tratarse de Pierre Dubois que fue utilizado en varias ocasiones por el entorno del rey.

⁷⁷¹ Es preciso retener que el documento es de principios de 1308.

⁷⁷² «Sobre la primera cuestión en la que se pregunta como se actuará con el maestro de los Templarios que ha confesado primeramente y de manera pública que era culpable de lo que se la había acusado, que ha dicho posteriormente que había confesado por miedo al sufrimiento,...

La Iglesia no debe proceder contra la Orden entera por vía de juicio sino por vía de provisión (*Ecclesia contra totum ordinem per modum iudicii non habet procedere set per modum provisionis*). En efecto, esta Orden se condena a sí misma por sus errores y por sus depravaciones sin que haga falta recurrir a la condena formal. ¡Qué la Iglesia excluya, pues, el escándalo! ¡Qué se dé prisa en hacerlo!

En efecto el escándalo es tan grande que la Iglesia romana no puede, sin peligro mortal y muy grave para sí y para los otros, diferir más la supresión de esta Orden que escandaliza a toda la Iglesia de Dios. Un retraso, aunque sea corto, determinaría un peligro intolerable. Porque está escrito: si tu ojo te ha escandalizado...». (Georges Lizerand, *Le Dossier de l'Affaire des Templiers*, pp. 71-83).

«La Iglesia no debe proceder contra la Orden entera por vía de juicio sino por vía de provisión».

Este dictamen tuvo que satisfacer sobremanera al rey y le debió haber hecho pensar que la Orden estaba acorralada y que no habría escapatoria para ella.

En otro panfleto, que se titula «Pretendida súplica del pueblo de Francia», que se atribuye a Pierre Dubois⁷⁷³, publicado antes del veintinueve de mayo de 1308, que también recoge Lizerand en su obra, el pueblo del reino de Francia suplicaba «insistentemente y devotamente» al rey que tuviera en cuenta su promesa de conservar la fe católica, y que si el papa no actuaba contra los templarios, que de manera tan evidente y notoria habían confesado actos contrarios a la doctrina de la propia Iglesia, le correspondía a él hacerlo⁷⁷⁴.

2.5.6 Consulta a la Universidad de París.

A finales del invierno o principios de la primavera de 1308, el rey, buscando subterfugios y medios que le pudieran permitir retomar la iniciativa que el papa le había arrebatado, sometió a los maestros en Teología de la universidad de París siete cuestiones:

1. En la primera cuestión planteaba la duda de si, admitiendo que una causa relativa a la fe pertenece a la Iglesia, cuando un príncipe secular, u otras personas que ejercen la justicia, oyen a los herejes y a los cismáticos blasfemar contra Dios y despreciar la fe católica, le estaría permitido actuar sin permiso de la Iglesia o si la autoridad de su poder secular está restringida por el Nuevo Testamento que le impide intervenir si no es a requerimiento de la Iglesia.
2. En segundo lugar, en el asunto concreto de los templarios, preguntaba si puede el príncipe proceder contra ellos, aunque sean miembros de la Iglesia, cuando se ha comprobado que algunos han caído en horribles y abominables herejías. Y añadía, a modo de pregunta: ¿Acaso no deben ser considerados caballeros antes que clérigos?
3. La tercera cuestión era si se podía hacer extensiva a la orden entera las declaraciones auto-inculpatorias, dado que más de cincuenta templarios,

⁷⁷³ Pierre Dubois (C. 1255-1321), se desconoce el lugar y el año exacto de su nacimiento. Cursó estudios de Derecho en París en el tiempo en que enseñaba Santo Tomás de Aquino. Fue abogado de la Corona en asuntos que enfrentaron a Felipe IV con la Santa Sede. Esta considerado el prototipo de los legistas (funcionarios eficientes y oscuros pero leales y eficaces). Si bien se conocen numerosos tratados y memorias de circunstancias (como las que escribió contra Bonifacio VIII y contra los Templarios) de los que es autor, las que se consideran más importantes, aquéllas en las que trata de su visión particular sobre la sociedad política son *De abbreviatione guerrarum* (hacia 1300) y le *De recuperatione Terre Sancte* (hacia 1305-1307). Toda su obra está dirigida a defender la hegemonía de los Capetos sobre el mundo cristiano (Pierre-Anne Forcadet, *Pierre Dubois : un légiste du Temp de Philippe le Bel*, Université de Paris, Paris, 2004).

⁷⁷⁴ Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 97-98.

establecidos en diversas regiones de Francia, y el propio maestre, habían confesado sus errores, o si convendría esperar a que se produjeran confesiones idénticas en otros reinos para condenar a la Orden como tal.

4. En cuarto lugar, preguntaba si había que seguir considerándolos católicos, estando probado que en el momento de la recepción de cada hermano, después de su profesión de fe, era llevado a una dependencia aparte y era forzado a cometer apostasía contra la fe y dado que no existen pruebas y los testigos pudieran estar muertos, si no se les puede arrancar de ninguna otra manera la verdad.
5. En quinto lugar, interrogaba si, en caso de que diez, veinte, treinta o más templarios, no confesaran y negaran los crímenes de los que eran acusados, debía prevalecer su condición de miembros de la Orden o, por el contrario, debía ser condenada la propia Orden basándose en la declaración de tantos otros testigos.
6. En sexto lugar, respecto de los bienes que poseían los templarios y que eran de su propiedad, se cuestionaba si sería correcto que el príncipe confiscase los bienes de la Orden localizados en su territorio, o, por el contrario, debían ser atribuidos a la Iglesia, o incluso destinarse a Tierra Santa, en consideración a que fueron adquiridos con tal fin.
7. En último lugar, se preguntaba que, en caso de que se decidiera destinar dichos bienes a Tierra Santa, a quién correspondería su administración, a la Iglesia o a los príncipes, en particular al rey de Francia, en cuyas tierras los templarios habían residido desde el primer momento, y donde, además, el rey se había ocupado desde antiguo, tanto el actual como sus predecesores, de manera especial de la guardia y custodia de estos bienes⁷⁷⁵.

La intención del rey al plantear las preguntas expuestas anteriormente a los maestros de la universidad, dice Barber, era preparar su encuentro con el papa en su propio terreno, insinuando que, a causa de la negligencia de la Santa Sede, él, Felipe, rey de Francia «por la gracia de Dios», se había visto obligado a actuar para mantener la integridad de la fe católica⁷⁷⁶.

Los teólogos de la universidad parisina, que se encontraban cogidos entre la espada (el rey) y la pared (el papa) no tardaron en contestar y el veinticinco de marzo emitieron su informe en los siguientes términos:

1. Sobre la primera cuestión, decían que no creían que la autoridad del juez secular pudiera llegar hasta hacer un proceso por herejía a quien no fuera entregado por la Iglesia, a menos que mediara requerimiento por parte de la Iglesia o que existiera peligro inminente, evidente y notorio, en cuyo caso, bajo la condición cierta de la posterior ratificación eclesiástica, estaría permitido al poder secular el arresto con la intención de entregarlo a

⁷⁷⁵ Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 57-63. [Apéndice N° 9].

⁷⁷⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 116.

la Iglesia tan pronto como ésta le requiera la custodia de los arrestados. En cuanto a la cuestión sobre si el derecho de los príncipes, en las causas que entiendan del mencionado crimen, está de alguna manera restringido por el nuevo Testamento, expresaron que si por restricción se entendía la revocación de una ley o de un derecho basado solamente en la ley antigua, la restricción únicamente debía concernir a lo que estuviera fundamentado en la doctrina de la antigua ley.

2. Respecto a la segunda, en la que se preguntaba si los templarios, por su condición de caballeros, debían ser considerados no religiosos y no exentos, contestaron que les parecía que la caballería, creada para el servicio de la fe, no excluía un estatuto de orden religiosa y que tales caballeros al pronunciar los votos de una orden instituida por la Iglesia, debía ser tenidos por religiosos exentos. En el caso de los que no hubieran profesado sino que solamente se hubieran obligado a observar la herejía, no eran religiosos y no debían ser tenidos por tales. Si fuese dudoso el hecho de la profesión correspondería a la Iglesia, que es quien ha instituido su orden, decidir sobre este punto. Sin embargo, en razón de la naturaleza del delito, todo lo relacionado con este crimen pertenece a la Iglesia, sin importar quien sea la persona, al menos que, como se ha dicho más arriba, este derecho sea abandonado por ella.
3. Sobre la tercera, respondieron que sí, como consecuencia de las confesiones ya realizadas, existía una sospecha fuerte de que todos los miembros fueran herejes o traficantes de herejía, por ejemplo por no haberlo denunciado ni puesto en conocimiento de la Iglesia, al existir una presunción vehemente de que no ignoraban la existencia de la herejía en la Orden y como principalmente los dirigentes de la Orden entera y gran número de otros miembros han confesado el crimen, sería bastante para hacer reprobado a la Orden o justificar una investigación contra toda la Orden así difamada públicamente por un crimen tan grande.
4. Sobre la cuarta, contestaron que al existir una presunción vehemente contra todos los miembros de la Orden, los que no confesaran no debían ser condenados como herejes, puesto que nada habían confesado, pero como no dejaban de ser sospechosos, les parecía bueno hacer previsión y evitar el peligro de infección de otros.
5. En cuanto a la quinta cuestión, relativa a los treinta o cuarenta miembros de la Orden,... etc., respondieron que la respuesta estaba implícita en las contestaciones a las cuestiones 3 y 4.
6. De la sexta y séptima cuestión, sobre qué hacer con los bienes de los templarios, opinaron que como los tales bienes no les fueron donados a título particular, en tanto que señores, sino como defensores de la fe y defensores de Tierra Santa y que la intención final de los donantes se hizo en vista de un fin, por cierta necesidad, el efecto debe derivarse precisamente de este fin, y como el dicho fin subsistía aún, aunque en este momento se encontrara fallido, los mencionados bienes debían ser admi-

nistrados y conservados en espera de cumplir su finalidad. Con respecto a su custodia dijeron que se debía ordenar lo que más conviniera a este objeto.

Los profesores de la Universidad parisina terminan su informe con las más sumisas alabanzas al rey: «quiera el cielo que una injuria tan grande a la fe, de la que vos sois el principal campeón y defensor, una injuria tan escandalosa y horrible al pueblo entero, sea rápidamente castigada, según vuestro santo deseo»⁷⁷⁷.

Gobry, destaca en esta respuesta el hecho de que los teólogos otorguen al rey el título de «principal campeón y defensor de la Fe» y que se declaren dispuestos a obedecer con todo su corazón a las órdenes reales primeramente y a la verdad en segundo lugar⁷⁷⁸.

En conclusión, para los maestros en teología de la universidad parisina, no había ninguna justificación para una acción unilateral por parte del rey, pero el rey se aferró a la afirmación de que la confesión podría justificar una condena posterior para reforzar su campaña contra la demora del papa⁷⁷⁹.

2.5.7 Estados Generales de 1308.

El veinticinco de marzo⁷⁸⁰, es decir el mismo día en que aparece firmado el dictamen de los teólogos de la universidad de París, el rey envió una carta circular convocando los estados generales del reino, a celebrar en Tours, tres semanas después del catorce de abril, primer día del año según el calendario galo de aquel entonces. De acuerdo con Lavocat, en esta carta, escrita en términos incendiarios, Felipe llamó al odio y a las más baja pasiones del pueblo y se erigió en verdadero soberano pontífice. Nada iguala la audacia de su lenguaje⁷⁸¹. Incluso el escritor Pierre Depuy, conocido apologista del monarca, reconoció que el rey había exagerado⁷⁸².

En su carta, el rey realizó una expresa petición al clero para que lo apoyara en defensa de la fe contra los sacrílegos caballeros templarios. Los altos dignatarios eclesiásticos fueron llamados a organizar concilios provinciales en los que saliera elegido un representante de cada diócesis para asistir a la magna asamblea. Para las ciudades reservó el rey el tono más encendido y les ordenaba que enviaran dos representantes⁷⁸³.

⁷⁷⁷ Georges Lizerand, *Le Dossier de l'Affaire des Templiers*, pp. 63-71. [Apéndice N° 10].

⁷⁷⁸ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 106.

⁷⁷⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 120.

⁷⁸⁰ Esta fecha es fijada por Lavocat a partir de la que figura en una carta, que se conserva, dirigida al baillío de Caux, sin embargo Barber no fija una fecha única para el envío de la circular y refiere que fueron enviadas entre el 24 y el 29 de marzo (Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 120).

⁷⁸¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 168.

⁷⁸² Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 16.

⁷⁸³ «... Fiel a nuestro origen, y siguiendo los pasos de nuestros padres, queremos disfrutar de este

La convocatoria a la participación fue amplísima y tuvo una respuesta rotunda y dócil en las villas y ciudades que contribuyeron con aproximadamente seiscientos diputados al éxito de la conferencia⁷⁸⁴.

Aunque no hay documentos de la reunión, por la *Chronica* de Nangis⁷⁸⁵ y por Jean de Saint-Victor, sabemos que el rey Felipe llegó a Tours el once de mayo de 1308, y que la asamblea declaró que los templarios merecían la muerte, resolución que, además de apoyar la postura del rey, le supuso un importante respaldo en su inminente encuentro con el papa⁷⁸⁶. Por su parte, Barber dice que el rey dio permiso a los diputados para que volvieran a sus casas el quince de mayo⁷⁸⁷, luego parece evidente que la asamblea tuvo que celebrarse entre estas dos fechas.

2.5.8 Panfletos y libelos contra Clemente V

Entre los personajes que habían acompañado al rey a Tours se encontraba Pierre Dubois, consejero de Felipe IV y abogado de la corona en varios casos. Lavocat lo define como escritor, pensador de talento considerable, monárquico ardiente, doctrinario aferrado a los textos del antiguo y del nuevo Testamento, que detestaba a la nobleza y a la corte de Roma y añade que de buena gana hubiera suprimido todos los poderes (espirituales y terrenales) del papa a favor del rey galo al objeto de constituir una monarquía universal, una autocracia imperial, encabezada por los Capetos, a cuyo efecto aconsejaba que se empezara por requisar todos los bienes de la Iglesia⁷⁸⁸. Dubois enseñaba Derecho Romano en la Escuela de Derecho de Orleáns, que fue declarada pública por Felipe IV y puesta bajo su protec-

tiempo de paz que Dios nos ha dado, para hacer la guerra a los enemigos escondidos de la fe y, por lo tanto, más peligrosos. Sabéis que la fe católica es nuestra vida, que vivimos en Jesucristo. Todo violador de la fe es nuestro enemigo y conspira contra nosotros que somos católicos. Amemos al Salvador que nos ama, hagamos junto a Él un solo cuerpo. Vengamos las injurias que le hacen. ¡Oh qué dolor! Conocéis los errores de los templarios, errores amargos, abominables, lamentables. Ellos reniegan de Jesucristo, fuerzan a los que entran en la Orden a renegar del Salvador y de los sacramentos. Escupen sobre la cruz, símbolo de la Redención. La pisotean, se dedican a los más viles tocamientos, adoran un ídolo,... Estas enormidades las cometen en todas las partes del reino, como han reconocido los jefes de la Orden, si es que se puede llamar a esto una Orden. Lo han hecho en Oriente y en todos los países. Las leyes, las armas, los cuatro elementos se deben levantar contra esta peste asquerosa. Con objeto de extirpar tantos crímenes y asegurar el honor de la Iglesia, os proponemos ir juntos a ver al papa. Queremos que forméis parte de la tropa de la Iglesia, que seáis partícipes con nosotros en la obra que vamos a emprender; en consecuencia, os prescribimos que enviéis a Tours en tres semanas a partir de Pascua, dos hombres ardientes defensores de la fe por cada una de vuestras principales villas,...», (Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 101-107). [Apéndice Nº 11).

⁷⁸⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 122.

⁷⁸⁵ Guillermo de Nangis fue un monje benedictino, muerto en 1300, conocido por su *Chroniques* (*Chronicon*), obra que a su muerte fue continuada por otros autores hasta 1368.

⁷⁸⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l’Ordre du Temple*, p. 169

⁷⁸⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 125.

⁷⁸⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l’Ordre du Temple*, p. 131.

ción especial, lo que conllevó diversos beneficios para profesores y estudiantes⁷⁸⁹.

En Tours se hicieron circular cuatro panfletos difamatorios anónimos, inspirados por Dubois o directamente escritos por él, contra la persona del papa, titulados «Protestas dirigidas a Clemente en nombre del rey». La primera tiene por objeto forzar al papa a disolver la orden del Temple y en ella se le acusa de corrupción y simonía por haber otorgado cargos eclesiásticos y riquezas a sus familiares más directos, «más de lo que han hecho cuarenta papas y más que el propio Bonifacio [VIII]». La segunda es un pretendido requerimiento del pueblo de Francia al rey solicitándole la supresión de la Orden, «pues la herejía es un crimen que corresponde ser castigado por los príncipes como hizo Moisés con los israelitas idólatras». La tercera tiene forma de memoria remitida al papa por el rey con el objeto de comprometerle en la supresión de la Orden, en la que, entre otras cosas, dice que se sospecha que él y sus hermanos son favorables al Temple y que ha llegado el momento de oír el grito de Dios dirigido al papa para que extirpe la herejía templaria para lo que será necesario:

1. Encargar a los prelados de Francia y de los otros reinos proceder contra las personas de los templarios que se encuentren en sus diócesis;
2. Devolver el poder a los inquisidores;
3. La orden del Temple, secta del diablo, debe ser destruida por la Santa Sede como un jarrón inútil y escandaloso.

El cuarto panfleto es un compendio de los tres anteriores y en él llega a afirmar que el papa no es infalible, ni siquiera en materia de fe, sino que está sometido a las leyes eclesiásticas e incluso denuncia que el visitador de Francia, Hugo de Pairaud, había compartido la mesa de los cardenales⁷⁹⁰.

2.5.9 Reunión del papa y el rey en Poitiers.

El rey volvió a París el dieciocho de mayo pero, en pocos días, se puso en camino hacia Poitiers a donde llegó el veintiséis del mismo mes acompañado de su hermano Carlos de Valois y de sus hijos, barones, prelados y representantes de las ciudades más importantes, lo que seguramente causó una fuerte intimidación en el papa y, sobre todo, el recuerdo del ataque sufrido por Bonifacio VIII, pero a pesar de todo recibió a la comitiva real con todos los honores⁷⁹¹.

El veintinueve de mayo se celebró en el palacio real un consistorio público al que asistieron, además del papa y el rey, todos los cardenales, los consejeros del rey, miembros de la familia real, y un nutrido grupo de espectadores.

Guillermo de Plaisians, ministro del rey, presentó ante el público el caso de la corona contra los templarios en un largo y encendido discurso pronunciado en

⁷⁸⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 132.

⁷⁹⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 132-180.

⁷⁹¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 125.

lengua vernácula. Comenzó su intervención utilizando la fórmula *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, utilizada por primera vez por san Luis y que después ha pasado a ser uno de los eslóganes más conocido de la Iglesia católica y el título del himno vaticano. A continuación dijo que Dios había elegido al rey Felipe y a sus ministros para luchar contra la herejía y lograr una victoria absoluta sobre los aliados de Satanás: los templarios. Nadie en este mundo se había atrevido a tanto excepto el rey de Francia que se sentía obligado a ello por muchas razones, pero principalmente porque lo juró en el momento de su coronación. Plaisians hace a continuación un pormenorizado relato histórico del caso empezando por la treta utilizada para atraer a Francia al maestre y otros mandatarios y poder llevarlos ante la justicia y hace hincapié en los crímenes «confesados» por los templarios, en muchos casos espontáneamente y sin necesidad de emplear la fuerza, incluso por Jacques de Molay y otros altos dignatarios. La cantidad de confesiones acumuladas ponían de manifiesto que, sin lugar a ninguna duda, la herejía estaba implantada en toda la Orden. No dejó Plaisians de verter injurias y calumnias y de denigrar la labor que habían realizado en Tierra Santa, donde, llegó a decir, que habían pactado en secreto con el sultán, no ofrecieron hospitalidad ni limosnas ni hicieron otras obras de caridad en sus casas pues la codicia era su único objetivo, llegando incluso a robar objetos sagrados de las iglesias. Y por fin llegó el punto álgido: la causa de la fe debía ser protegida por todos, pero especialmente por quienes tenían responsabilidades de gobierno y por encima de todos por el papa⁷⁹².

En su turno de réplica, Clemente V, fue alternando su discurso en latín y lengua vernácula, apoyando sus argumentos con citas bíblicas. Estuvo de acuerdo en que había que odiar el mal y amar el bien, sin embargo en éste, como en todos los casos, había que actuar con el sentido propio de una verdadera justicia. Él, con la ayuda de los cardenales, estaba dispuesto a actuar con rapidez, pero sin precipitación y con honestidad y madurez, como correspondía a la Iglesia de Dios. Hizo especial hincapié en que él nunca había creído que el rey de Francia hubiera actuado por avaricia, pues como su representante (Plaisians) había dicho, los bienes de los templarios serían puestos a disposición de la Iglesia para su uso en Tierra Santa. Terminó repitiendo que actuaría rápidamente y concediendo cuarenta días de indulgencia a todo el que rezara cinco veces al día el Paternoster y el Ave María⁷⁹³.

Como sus violentos ataques verbales no habían conseguido convencer a Clemente V, Plaisians en su turno de réplica, en tono más amenazante que en el primero, acució al papa para que actuara rápidamente, porque si no lo hacía sería sospechoso de proteger a los templarios y entonces los príncipes y el pueblo lo harían⁷⁹⁴.

La amenaza era directa y evidente, dice Barber, si el papa no actuaba contra la Orden, el rey podría actuar a espaldas del papa, si lo estimaba necesario, incluso

⁷⁹² Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 110-124. [Apéndice N° 12].

⁷⁹³ Heinrich Finke, *Papstum und Untergang des Templerordens*, pp. 141-147.

⁷⁹⁴ Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 127-137.

podía presionar al clero francés para que rompiera su lealtad hacia él⁷⁹⁵. A pesar de los ataques, la posición del pontífice se mantuvo firme y continuó defendiendo que los eclesiásticos no podían ser juzgados sino por la propia Iglesia y que el caso de los templarios requería una profunda reflexión y finalizó volviendo a su postura inicial: no se tomaría ninguna decisión hasta que los miembros y las propiedades de la Orden fueran entregados y, una vez que se hubiera cumplido esto, si se demostraba su inocencia los dejaría en libertad y en caso contrario, serían juzgados⁷⁹⁶.

Barber ve en los ataques al papa de un allegado al rey de tanta significación, la posición del propio rey y el abandono por parte de éste de la postura que había mantenido hasta aquel momento de que las detenciones se habían producido con el conocimiento y colaboración del romano pontífice.

Incluso hubo hombres de iglesia, como Giles Aisselin, arzobispo de Narbona y Egidius de Bourges, que osaron decir al papa que él mismo se convertiría en culpable si no perseguía con más ahínco una herejía tan manifiesta, actitud con la que pusieron bien a las claras ante todo el mundo que antes que nada eran fieles lacayos y servidores del rey, pero con la que, sobre todo, dejaron ver su animosidad hacia el Temple, por lo que resulta extraño que el papa los nombrara meses más tarde para formar parte del tribunal que había de investigar a la Orden⁷⁹⁷.

El rey y su comitiva dejaron Poitiers a finales de junio, pero Plaisians⁷⁹⁸ y otros, se quedaron para concretar los detalles del convenio con Clemente V.

2.5.10 Acuerdos de Poitiers.

Como resultado de la reunión de Poitiers, se firmó entre el papa y el rey un convenio que recoge diez acuerdos, que Dupuy califica como «secretos»:

1. Que los mencionados templarios serían puestos bajo la mano del papa pero custodiados por la autoridad del rey, a solicitud del papa y de los prelados.
2. Que los prelados podrían juzgar a los templarios en sus diócesis, salvo los que el papa se reservare para sí.
3. Que si la Orden fuese abolida sus bienes seguirían siendo destinados a Tierra Santa.
4. Que por el papa y los prelados serían colocados guardianes fieles de los bienes y que rey podría también nombrar los suyos, los cuales se unirían a los otros y todos rendirían cuentas a los comisarios nombrados por el

⁷⁹⁵ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 136.

⁷⁹⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 137.

⁷⁹⁷ Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 125.

⁷⁹⁸ Beck añade a Aisselin y Nogaret en la lista de los que se quedaron (Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 128).

papa, por los dichos prelados o por el rey en secreto.

5. Que el dinero que proviniera de los tales bienes sería puesto junto y enviado fuera del reino, bajo la protección del rey.
6. Que el rey otorgaría cartas asegurando que el dinero no sería usado más que en Tierra Santa; y el papa haría lo mismo.
7. Que el papa esperaba que todo esto no originaría perjuicio alguno al rey, a los prelados, a los condes y a otras personas del reino, por los homenajes, vasallajes, jurisdicciones y otros derechos que pudieren tener sobre los bienes de los dichos templarios.
8. Que el papa deliberaría sobre cómo ordenar todas las cosas referentes a la orden de los templarios, antes de que el rey saliera de Poitiers.
9. Que el papa, aunque sea contra su autoridad, permitirá al rey que el inquisidor proceda contra los templarios, junto con los ordinarios y otros comisarios.
10. Que el papa suscribiría los documentos necesarios para que sus sucesores no pudieran cambiar nada de lo que arriba aparece. De lo contrario todo el asunto y las cosas continuarían en el estado en que se encuentran hoy día⁷⁹⁹.

Lavocat se refiere en su obra a un documento manuscrito, del que es autor Plaisians, que figura en el volumen XX de *Notices et Extraits de manuscrits*⁸⁰⁰, en el que se hace mención a los borradores de las bulas y otros escritos que este consejero real llevó preparados a la reunión de Poitiers, entre los que figuran:

- Bula dirigida a todos los prelados e inquisidores de Francia, restituyendo a estos el poder de instruir causas criminales.
- Bula dirigida a Guillermo de París, gran inquisidor de Francia, en la que le comunica que, por intercesión del rey, le perdona la infidelidad hacia él que había demostrado al entablar juicio contra los templarios sin su autorización.
- Bula dirigida a todos los prelados de Francia en la que designa las personas que deberán componer los procesos contra los templarios.
- Bula dirigida al rey en la que le dice que, en caso de que la Orden fuera suprimida o abolida, todos los bienes presentes y futuros serían empleados para satisfacer las necesidades de Tierra Santa y no de ninguna otra manera.
- Bula también dirigida al rey en la que le recuerda las prescripciones contenidas en la bula precedente, y añade que los bienes serán administrados por apoderados generales y especiales que se establecerán en cada diócesis, y que los beneficios que se produzcan serán colocados fuera del

⁷⁹⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers*, p. 217. [Apéndice N° 13].

⁸⁰⁰ Colección, cuyo título completo es *Notices et Extraits des manuscrits de la Bibliothèque du Roi*, publicada desde 1785 por la Académie royale des Inscriptions & Belles-Lettres.

reino en ciertos lugares, bajo la salvaguarda del rey.

- Bula, que complementa la anterior, por la que se concede al monarca el derecho a nombrar sus propios apoderados que actuarán conjuntamente con los elegidos por el papa y los prelados.
- Bula, dirigida a los prelados del reino, por la que se les permite elegir, dentro de sus respectivas diócesis, administradores de los bienes.
- Bula, dirigida al rey y a los prelados, en la que el papa dice que espera que los acuerdos entre él y el rey, referentes a las personas y los bienes de los templarios, no den lugar a ningún perjuicio al rey, prelados, señores y otros hombres.
- Bula dirigida a Pierre de la Chapelle, obispo de Palestrina, en la que le da poder para recibir a los templarios de manos del rey.
- Bula dirigida al rey notificándole la comisión que ha encargado al obispo de Palestrina⁸⁰¹.
- Carta del obispo de Palestrina en la que hace saber a todos que el papa le ha dado poder para guardar a los templarios fuera del reino.
- Carta del rey al papa en la que le da cuenta de la puesta a disposición del obispo de Palestrina de los templarios.
- La décimo-tercera es una carta del rey al papa en la que le hace saber el envío de los bienes del Temple.
- Carta del rey al papa en la que le dice que quiere que los bienes del Temple se empleen en Tierra Santa y no de ninguna otra manera.
- Escrito del rey al papa en la que le comunica que quiere y consiente en que las disposiciones del papa sobre el asunto de los templarios no se puedan volver en contra del papa o de los derechos de la Iglesia romana.
- Rollo en el que están escritos los nombres de todos los comisarios elegidos por el papa para llevar a cabo la investigación contra todas las personas de la orden del Temple en todos los países de la Cristiandad.
- Rollo en el que aparecen los nombres de los prelados del mundo que el papa cita al concilio general de Vienne.
- Rollo que contiene los cargos articulados contra la Orden.
- Rollo con los cargos contra las personas de la Orden.
- Rollo que contiene las instrucciones contra quienes protejan, encubran o ayuden a los templarios⁸⁰².

⁸⁰¹ Palestrina (*Praeneste* en latín) es una antigua localidad, que data de ocho siglos antes de Cristo, situada a unos 35 kilómetros de Roma, famosa por el antiguo templo dedicado a la diosa Fortuna Primigenia. Al ser reconocido el Cristianismo como religión oficial de Roma se convirtió en diócesis (Trudy Ring, Noelle Watson y Paul Schellinger, *Southern Europe: International Dictionary of Historic Places*, Routledge, 1995, p. 519).

⁸⁰² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 191-193.

2.5.11 Comparecencia ante Clemente V.

Cuando el papa reclamó en diciembre al rey la devolución de las personas de los templarios, Felipe IV había aducido que no le había sido posible cumplir la orden porque estaban esparcidos por todo el reino, pero a la vuelta de Poitiers, quiso tener un gesto de buena voluntad y demostrar que estaba dispuesto a cumplir su parte de los acuerdos, por lo que el veintisiete de junio ordenó el traslado a Poitiers de setenta y dos templarios que, evidentemente, no fueron escogidos al azar, pues entre ellos incluyeron a ex-templarios que habían sido expulsados de la Orden, a enemigos declarados del Temple, como Jean de Foliaco y Étienne de Troyes, y otros que, tras las torturas o las simples amenazas de éstas, se habían mostrado predispuestos a realizar declaraciones apropiadas. En el camino hacia Poitiers pararon en el castillo real de Chinon⁸⁰³ y dejaron a Jacques de Molay y a otros tres dirigentes del Temple, con la excusa de que estaban demasiado enfermos para llegar hasta el final del viaje⁸⁰⁴.

Entre el veintinueve de junio y el uno de julio comparecieron los templarios ante el papa y una comisión de cardenales en sesión secreta. El día dos de julio las declaraciones fueron leídas en público en latín y traducidas a lengua vernácula⁸⁰⁵.

Aparte del papa y los cardenales especialmente comisionados, en los interrogatorios sólo intervinieron notarios pontificios que redactaron las actas según un método de control recíproco para evitar que la visión de los hechos fuere alterada por errores de transcripción. El diez de julio el papa mandó repetir la absolución colectiva de los templarios que se habían mostrados arrepentidos, los cuales, no obstante, continuaron detenidos bajo la custodia de los soldados del rey⁸⁰⁶.

2.5.12 Bula *Subit assidue*.

El cinco de julio Clemente V promulgó la bula *Subit assidue* en la que explicaba que había suspendido los poderes de Guillermo de París, y con él de todos los inquisidores, porque, a pesar de ser su vecino, no le había dicho nada acerca de las detenciones y, además, había llevado el proceso con peligrosa precipitación. No obstante, aceptaba las explicaciones ofrecidas por el rey, por el gran inquisidor y por los prelados de Francia, justificando la necesidad de actuar con rapidez para evitar el peligro que corría la fe a causa de los muchos crímenes de los templarios. Continuaba diciendo que si bien en un principio se resistió a creer las acusaciones, las confesiones de miembros de la Orden, que había tenido la ocasión de escuchar días pasados, le habían convencido de la realidad y la gravedad de las mismas, por

⁸⁰³ Chinon es una localidad situada a dieciséis leguas de Poitiers, según Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 158, citando a Émile Faguet, *Histoire de la littérature française depuis le XVII^e siècle jusqu'à nos jours*, V. II, Plon-Nourrit et cie., París, 1901.

⁸⁰⁴ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 216.

⁸⁰⁵ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 141.

⁸⁰⁶ Barbara Frale, *Los templarios*, pp. 243-245.

lo que, ante la imposibilidad de que él y los cardenales continuasen con los interrogatorios de todos los templarios, disponía con total libertad devolver los templarios al rey, levantar la suspensión que había decretado contra los inquisidores y permitir a los arzobispos, obispos e inquisidores abrir investigaciones individuales contra los miembros de la Orden, dándoles poder de censura eclesiástica y autoridad para dictar sentencias en cada caso individual dejando bien claro que tal capacidad era para juzgar a las personas y no a la Orden entera y sus dignatarios cuyo juicio se reservaba para él⁸⁰⁷.

Esta bula supuso el fin legal de los privilegios y exenciones de que gozaban los templarios.

2.5.13 Otras bulas del mes de julio.

En el mes de julio se promulgaron cuatro bulas cuyo objeto fueron los bienes requisados a los templarios y su administración. En ellas el papa afirmaba que dichos bienes, y los frutos que produjeran, no tendrían otro destino que Tierra Santa. Además se establecía que por los obispos se habían de nombrar administradores (curadores se dice en los documentos papales) y que la requisa de los bienes no debía producir pérdida alguna en el patrimonio del rey, de los obispos, de los señores o de cualquier otra persona a favor de los cuales existieren derechos reconocidos anteriores. Asimismo se referían a las personas de los templarios y establecían que, aunque estarían bajo la autoridad del papa y de la Iglesia, permanecerían encerrados en las prisiones reales. También se les devolvió a los ordinarios su jurisdicción y se les restituyó a los inquisidores todos sus poderes, especialmente el de proceder, junto con los ordinarios, en la persecución de los herejes. Estas bulas son de fechas nueve, once y dos del doce de julio y se recogen *in extenso* en los apéndices⁸⁰⁸.

El trece de julio Clemente V dictó una nueva bula comisionando al cardenal Pierre de Chapelle, obispo de Palestrina y arzobispo de Tolosa, como representante suyo en la custodia de todos los templarios detenidos en Francia⁸⁰⁹.

2.5.14 Bulas del mes de agosto.

Dentro del paquete de medidas acordadas entre el papa y el rey, el doce de agosto se promulgaron varias bulas, de contenido muy similar en su parte expositiva y que solo varían en su parte dispositiva y respecto de las cuales hay fun-

⁸⁰⁷ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre militaire des Templiers*, p. 267. [Apéndice N° 14].

⁸⁰⁸ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, pp. 97-100. [Apéndice N° 15]. [Apéndice N° 16]. [Apéndice N° 17]. [Apéndice N° 18].

⁸⁰⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre militaire des Templiers*, p. 192. [Apéndice N° 19].

dadas sospechas de anacronismo ya que todas aparecen fechadas el doce de agosto pero hacen referencia a hechos, como los interrogatorios de Chinon (de los que se hablará más adelante), que con toda seguridad son de fecha posterior⁸¹⁰. La explicación sobre las razones del conocimiento papal de tales hechos, acaecidos con posterioridad a la fecha de promulgación de las bulas⁸¹¹, ha levantado cierta polémica entre los autores que hacen las más variadas elucubraciones. Así, mientras Gobry dice que el papa, cuando escribió la bula, ya sabía cuál iba ser el contenido de las confesiones de los dirigentes templarios, Barber afirma que el error puede tener una explicación más sencilla y es que probablemente algún escriba de la cancellería papal trabajase en varias bulas al mismo tiempo y las fechara en bloque, eligiendo el doce de agosto por ser la víspera de la partida del papa de Poitiers⁸¹². Quizás la explicación más simple sea la que ofrece Bárbara Frale, y ella debe saberlo por la posición que ocupa en el Archivo Secreto Vaticano, según la cual hay dos versiones una anterior a la visita de los cardenales a Chinon y otra posterior, lo que explicaría el anacronismo aparente en que incurren las bulas al hacer referencia el doce de agosto a hechos que tuvieron lugar como mínimo cuatro días más tarde⁸¹³.

2.5.14.1 Bula *Regnans in coelis*.

Mediante esta bula, promulgada el doce agosto de 1308⁸¹⁴, Clemente V convocó un concilio ecuménico para el uno de octubre de 1310 en Vienne (Francia), con el propósito, según se dice en el documento, de «tomar medidas respecto a la orden de los caballeros templarios, así como respecto de sus miembros individuales y sus tierras, y para otros asuntos de la Fe católica, Tierra Santa y el mejoramiento de la Iglesia y de los eclesiásticos».

En esta bula, el papa hace un relato pormenorizado de los crímenes y desórdenes achacados a los templarios, según las confesiones hechas por sus propios dirigentes en Chinon, y de las acciones emprendidas contra ellos en Francia hasta el momento. La bula, que anuncia la apertura de procesos separados contra la Orden y contra las personas, se envió a los reyes y príncipes de todos reinos cristianos y a los arzobispos y obispos de todas las provincias eclesiásticas de la Iglesia.

Termina la bula diciendo que, de acuerdo con la buena costumbre de sus antecesores, ha decidido reunir un concilio ecuménico el primer día de octubre próximo en dos años (es decir el uno de octubre de 1310) a fin de proveer sobre la Orden y sus bienes, la fe católica y la recuperación de Tierra Santa y la reforma de

⁸¹⁰ Gobry la fija el 16 de agosto y Barber el 20 de agosto.

⁸¹¹ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 147.

⁸¹² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, nota 339, p. 420.

⁸¹³ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 249.

⁸¹⁴ Del propio texto de la bula se deduce que ésta no puede ser la fecha porque en ella se hace referencia al interrogatorio de Chinon que no terminó hasta el 20 de agosto, por lo que Barber supone que al archivero encargado de datar los documentos se le acumuló el trabajo y decidió fechar todos los documentos pendientes el mismo día que el papa se fue de vacaciones.

la Iglesia en cuanto a sus costumbres y al restablecimiento de sus libertades. En nota al pie transcribimos la traducción de los párrafos más sobresalientes de la bula⁸¹⁵.

⁸¹⁵ «... La Orden militar de los caballeros templarios fue instituida para la defensa de Tierra Santa y por ello la Iglesia le ha concedido grandes riquezas y privilegios, pero con un inmenso dolor hemos tenido conocimiento desde el comienzo de nuestro pontificado, antes incluso de ser coronado en Lyon, que el maestre, los preceptores y todos los hermanos de la dicha Orden habían caído en la apostasía nefanda, en la detestable idolatría y en diversas idolatrías, herejías y actividades sodomitas.

Pero nos había parecido tan inverosímil, era tan poco creíble que hombres tan religiosos, que a menudo habían derramado su sangre por el nombre de Cristo, que se exponían repetidamente al peligro de la muerte, que tantas muestras de devoción habían dado, participando frecuentemente en los oficios divinos y observando el ayuno y otras obligaciones, hubieran perpetrado los crímenes de los que se les acusaba; las insinuaciones de este tipo, de la misma manera que los ejemplos de Nuestro Señor, hacen que les prestemos atención.

Pero el querido hijo Felipe, rey de Francia, que también había sido informado, nos ha hecho llegar por medio de enviados y por cartas todo lo que él iba sabiendo, lo que ha hecho exclusivamente por celo hacia la fe, sin ningún motivo de interés, dado que él no pretende apropiarse de los bienes de la Orden, sino al contrario, llevado de la ortodoxia de su fe y de la memoria de sus antepasados, ha dejado en manos de la Iglesia la administración y conservación de los tales bienes situados en su reino.

Pero desde entonces la mala reputación de los templarios ha aumentado, y uno de ellos de gran nobleza y muy estimado en la Orden, ha confesado secretamente ante Nos, después de haber jurado firmemente, que a la recepción de los hermanos era costumbre que el que era recibido renunciara de Jesucristo e incluso escupiera sobre la cruz, añadiendo que el recibidor y el recibido realizaban ciertos actos impropios y deshonestos...

Pero además del rey, los señores, la nobleza, los eclesiásticos y el pueblo de Francia, personalmente o por sus diputados, han venido a presencia del papa a hacernos las mismas quejas. Incluso Nos mismos, hemos visto las pruebas de varias declaraciones, arrestos y confesiones del gran maestre y de varios dignatarios y hermanos de la Orden, recibidas por varios prelados e inquisidores de Francia, que nos las han mostrado, de manera que frente a tales quejas no hemos podido permanecer ajenos sin un gran escándalo ni tolerar el mal sin un peligro inminente. Por ello, convencido de que era necesario proceder al examen de este asunto, hemos hecho venir a nuestra presencia a varios comendadores, sacerdotes, caballeros y otros hermanos de la Orden y después de haber prestado juramento, les hemos interrogado hasta un número de setenta y dos, en presencia de varios cardenales y hemos hecho que quede constancia auténtica de sus confesiones; y varios días más tarde las hemos hecho leer en un consistorio en presencia de los acusados y hemos hecho explicar a cada uno de ellos en su lengua vulgar y han perseverado en ellas y las han aprobado. Acto seguido, queriendo obtener información sobre el maestre y los grandes comendadores de Francia, de Ultramar, de Normandía, de Aquitania y de Poitou, hemos ordenado que nos sean traídos a Poitiers, pero dado que alguno de ellos estaba tan enfermo que ni siquiera podía cabalgar ni ser traídos a nuestra presencia por otros medios, hemos comisionado para este asunto a los cardenales Berenger, Étienne y Landoulphe...

De las declaraciones y confesiones, y del informe evacuado por éstos, encontramos que los mencionados maestre y hermanos, algunos de ellos en la mayoría de los casos, y otros en menos, han delinquido gravemente.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que tan horribles crímenes están sin corregir y que la injuria a Dios omnipotente y a todos los católicos no podía ni debía haber existido: hemos decidido, de acuerdo con el consejo de nuestros hermanos, otorgar nuestra autorización para que por el ordinario de cada lugar, y por otros hombres sabios y otros creyentes, se abra un proceso contra los individuos de la Orden, y no contra la Orden,...

... Así pues, como es de interés general remediar tan grandes males, después de haber deliberado mucho y con cuidado con los cardenales y con otras personas sabias, hemos resuelto, siguiendo la buena costumbre de nuestros padres, reunir un concilio ecuménico el primer día de octubre próximo

2.5.14.2 Bula *Faciens misericordiam*.

El doce de agosto se celebró un consistorio en el que se hizo pública la bula *Faciens misericordiam* redactada cuatro días antes y se reiteraba el anuncio del próximo concilio ecuménico, que se celebraría dos años más tarde, en el que se tratarían los problemas más acuciantes que afectaban a la Cristiandad, entre ellos la organización de una nueva cruzada y el problema templario⁸¹⁶.

En la bula el papa volvía a exponer, como hacía en la *Regnans in coelis*, su versión de la evolución del proceso desde su elección para la silla de san Pedro hasta el momento. Decía que al principio no creía las acusaciones de que la Orden había caído en una «inenarrable y malvada apostasía, en el vicio detestable de la idolatría, en los execrables actos de los sodomitas y varios crímenes más», pero entonces el rey Felipe, que había sido informado de todos estos hechos, no por avaricia, pues no quería reclamar ni aprovecharse de nada perteneciente a los bienes del Temple, sino con el fervor de la fe ortodoxa, siguiendo los nobles pasos de sus antepasados, envió gran información al papa a través de mensajeros y cartas, todo lo cual había sido corroborado por el testimonio de un importante dignatario de la Orden y por las confesiones del maestro, de los preceptores y los hermanos, realizadas ante muchos clérigos e inquisidores de Francia. La infamia de la Orden había crecido tanto que no podía tolerarse por más tiempo sin grave escándalo y peligro inminente. Hubiera deseado interrogar también personalmente a los mandatarios de la Orden que se encontraban en Chinon, pero por motivos de salud se había visto obligado enviar a tres cardenales para este cometido⁸¹⁷.

La bula concluía justificando la necesidad de organizar tribunales especiales para investigar a todos los miembros del Temple y aprobando la constitución de una comisión, con sede en Sens⁸¹⁸, formada por ocho personas, que llevaría a cabo

en dos años a fin de proveer sobre la Orden y sus bienes, la fe católica y la recuperación de Tierra Santa y a la reforma de la Iglesia en cuanto a sus costumbres y al restablecimiento de sus libertades. Por lo tanto os ordenamos a vosotros, los arzobispos y obispos, venir en persona a nuestra villa de Vienne en el término prescrito. El resto de los obispos de vuestra provincia se quedarán en ella para ejercer las funciones pontificales, tanto en vuestras diócesis como en las propias. Ellos os darán plenos poderes, así como el clero regular y secular, para concurrir en su nombre al concilio. Si no lo hacen así estarán obligados a venir ellos mismos o a enviar a otros procuradores con el mismo poder. Vos nos deberéis dirigir las memorias de todo lo necesario de corrección para el concilio...» (Nuestra traducción a partir del texto latino en: Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre militaire des Templiers*, pp. 242-244). [Apéndice N° 20].

⁸¹⁶ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 245.

⁸¹⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 153.

⁸¹⁸ La diócesis de Sens fue fundada alrededor del año 240 y sus arzobispos tuvieron un lugar importante en la Iglesia de Francia, sobre todo en la Edad Media. En el siglo IV fue designada por los romanos como capital de la cuarta *Lyonensis* y como tal tuvo bajo su control Chartres, Auxerre, Meaux, París, Orléans y Troyes, a la que se añadió Nevers en los inicios del siglo V. Por una bula de enero del 876 Juan VIII estableció al arzobispo de Sens como «vicario apostólico» de Germania y las Galias, con lo que de hecho se convirtió en un auténtico primado de la Iglesia gala, nexo de conexión de los obispos de las diferentes provincias con el Sumo Pontífice. Después de la Edad Media la importancia de Sens como archidiócesis decayó poco a poco hasta que en 1622 fue erigida París como cabeza de la archidiócesis. (Jean Jacques Bouvier, *Histoire de l'église de l'ancien archidiocèse de Sens*, T. I, París, 1906).

una investigación paralela de la propia Orden como institución, reservándose para sí mismo de manera exclusiva la investigación e interrogatorio de los dirigentes⁸¹⁹. La bula dejaba claro que todos los caballeros que desearan defenderla serían convocados por la Comisión y que una vez acabada la instrucción, la Orden, por medio de sus representantes o defensores, comparecería ante el pontífice en el concilio general⁸²⁰.

Debía tener graves dudas el papa Clemente sobre la colaboración de Felipe IV cuando al final de la bula introduce una previsión en la que expresa que, si alguien interfería en la actividad de la comisión, los comisionados habrían de contenerle mediante la censura eclesiástica, y en caso de persistir en la obstaculización de su labor, la comisión quedaba facultada para solicitar la colaboración del brazo secular.

Hay otras bulas con el mismo encabezamiento de la *Faciens misericordiam*, y con similar exposición de motivos, dirigidas a los arzobispos y obispos de otros países, diferenciándose sólo en la parte dispositiva en la que se omite la referencia

⁸¹⁹ «Así pues, estos cardenales expusieron personalmente al maestre y a los preceptores el motivo de su visita; encontrándose todos los templarios de Francia, así como sus bienes, confiados a nuestra custodia, le instruyeron para confesar sin miedo, con entera y pura libertad. El maestre y los preceptores de Francia, Ultramar, Normandía, Aquitania y Poitou, ante los tres cardenales, cuatro notarios y gran número de «prud'hommes», prestaron juramento sobre los Evangelios y, sin la menor presión ni amenaza, uno por uno, reconocieron entre otras cosas, la abjuración de Cristo y los escupitajos sobre la Cruz; alguno entre ellos reconoció que había recibido con este mismo ceremonial a un gran número de hermanos. Algunos, en fin, depusieron otras confesiones tan espantosas e inconvenientes que preferimos callarnos, preocupados de no aumentar aquí su vergüenza. También declararon que las confesiones y declaraciones realizadas ante el inquisidor eran exactas. Las escrituras públicas en las que constan tales declaraciones y confesiones les fueron leídas y expuestas a cada uno en su propia lengua y declararon que persistían en la mismas y que las aprobaban. Hechas tales confesiones y declaraciones, puestos de rodillas y dándose golpes de pecho, cubiertos de lágrimas, humildemente y con fervor pidieron a los dichos cardenales la absolución de la excomunión. Así pues, dichos cardenales, dado que la Iglesia no se cierra ante los que quieren volver a su seno, tras haber abjurado expresamente los dichos maestre y preceptores de la herejía, les acordaron, en virtud de nuestra autoridad, la absolución según la forma habitual en la Iglesia.

Después vinieron a nuestra presencia y nos presentaron los autos verbales auténticos de todas las declaraciones y confesiones de los dichos maestre y preceptores y nos dieron su informe; de todo lo cual dedujimos que el maestre y los hermanos habían cometido graves delitos, unos más numerosos y otros en menor cantidad.

Dado que la Orden se encuentra repartida por todas las partes del mundo y que Nos no podemos proceder personalmente con la encuesta, os rogamos por esta carta apostólica desplazaros a la ciudad, diócesis y villa de Sens y convocar a ella, mediante edicto citatorio que expondréis en los lugares que consideréis adecuados, a todos los testigos que estiméis oportuno, a fin de esclarecer la verdad contra dicha Orden e interrogarlos sobre el cuestionario que os adjuntamos a esta nuestra bula, así como cualquier otro asunto que vuestra sabiduría estime conveniente, con nuestra autoridad. Dicha encuesta deberéis remitírnosla en forma auténtica y revestida de vuestros sellos. Si entre los testigos se encontrara alguno lleno de odio o de pasión, impediréis su testimonio y si los partidarios y defensores de la Orden, citados por Vos no se presentaran, deberéis decretar el arresto de los que hayan impedido el curso de vuestra encuesta requiriendo la ayuda del brazo secular si fuere necesario. Si no estuvieréis todos de acuerdo en proceder con este asunto, que haya al menos ocho, siete, seis, cinco, cuatro o tres de entre vosotros dispuestos a seguirlo juntos». (Traducción nuestra en extracto a partir de Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 2-7. [Apéndice N° 21]).

⁸²⁰ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 51.

a la Orden y se ordena abrir el proceso contra las personas de los templarios y el lugar de celebración de los juicios en que se cambia Sens por el nombre de la cabecera de la diócesis o archidiócesis. Como ejemplo, se puede citar la bula *Faciens misericordiam* dirigida al arzobispo de Toledo y a sus obispos sufragáneos en la que les comunica que ha encomendado la instrucción del proceso judicial contra los templarios en la provincia eclesiástica de Toledo al arzobispo de Santiago de Compostela, a los obispos de Palencia y de Lisboa y a otros prelados⁸²¹.

2.5.14.3 Bula *Ad omnium fere notitiam*.

Por esta bula, dirigida a patriarcas, arzobispos y obispos de toda la Cristianidad, promulgada también el doce de agosto, Clemente V prohibía, bajo pena de excomunión, la apropiación de los bienes incautados a los templarios y ordenaba que se entregasen, tanto los bienes muebles como los inmuebles, a los administradores nombrados, medida con la cual el papa pretendía tener bajo el control de la Iglesia el patrimonio de la Orden y ponerlo a salvo de la rapiña de los laicos. En esta misma bula el papa ordena a los prelados proceder, en todas las villas y lugares, a una investigación contra los templarios la cual había de versar sobre los temas que figuraban en el cuestionario que a tal efecto se adjuntaba y sobre cualquier otro punto que se dejaba a la iniciativa de prelados e inquisidores. Continuaba diciendo que, tras haber realizado esta investigación, se debía reunir un concilio provincial para juzgar a las personas de los templarios que fueren encontrados en las respectivas diócesis y que se debía dictar contra ellos la sentencia de absolución o de condena que correspondiera conforme a las exigencias del Derecho. En este concilio debían ser admitidos los inquisidores de la fe, con derecho a voz si ellos lo pidieran.

⁸²¹ «*Verum quia in universis mundi partibus per quas idem ordo diffunditur ac fratres degunt. Ipsius super hiis non possumus inquirere per nos ipsos fraternitati vestre de fratrum nostrorum consilio per apostolica scripta mandamus quatinus vos et quilibet vestrum videlicet. In sua civitate et diocesi una cum venerabilibus fratribus nostris archiepiscopo Compostellano et Palentino ac Ulixbonense episcopis et dilectis filiis Usiodorensis et Dei Sancto Papulo monasteriorum abbatibus, Claromontense et Tholosana diocesis, ac magistro Velasco Petri, cantore ecclesie Compostellane et fratre Aymerico de Nanis, ordinis predicatorum, vel sex, quinque, quatuor, tribus, duobus vel uno ex ipsis quos vobis in hac parte propter negotii magnitudinem duximus adiungendos vocatis per publicam citationis edictum per vos et Ipsos adiunctos vel eorum aliquem seu aliquos in locis de quibus vobis et eis videbitur faciendam qui fuerint evocandi contra singulares personas et fratres dicti ordinis in civitatibus et diocesibus vestris degentes etiam si aliunde venerint vel illuc adducti forsan extiterint super articulis quos vobis sub bulla nostra inclusos transmittimus et super aliis de quibus prudentie vestre videbitur expedire veritatem cum diligentia inquiretis. Volumus insuper quod inquisitione seu inquisitionibus huiusmodi factis per provinciale concilium contra ipsos singulares personas et fratres qui in eadem fuerint seu petiens super hiis de quibus contra eos inquisitum extiterit absolutoria seu condemnatoria sententia iuxta viris exigentiam proferatur. Inquisitore nichilominus seu inquisitoribus eiusdem pravitatis heretice in ipsa provincia per sedem apostolicam deputatis tam ad dictas inquisitiones quam ad huiusmodi probationem sententis dmissis si ad eas vobiscum voluerint. Interesse. Proviso quod de inquirendo vel sententiando contra prefatum ordinem et contra preceptorem maiorem dicti ordinis in regno Ispanie constitutum contra quos per certas personas inquireri mandavimus vos intromittere nullatenus presumatis. Datum Pictavis, II idus augusti, pontificatus nostri anno tertio» (Carlos Barquero Goñi, «El proceso de los templarios en Europa y sus repercusiones en la Península Ibérica 1307-1314», Segunda parte, pp. 347-362).*

Terminaba la bula prohibiendo terminantemente la instrucción y juicio del maestre y dirigentes de la Orden, cuyo examen se había reservado para sí⁸²².

2.5.15 Declaraciones en Chinon ante la comisión de cardenales.

2.5.15.1 Constitución de la comisión de cardenales en Chinon.

El día catorce de agosto, coincidiendo con el comienzo de las vacaciones estivales, tres cardenales de la confianza del papa y próximos al rey, Berenguer de Fréjol, Étienne de Susy y Landulphe fueron enviados por Clemente a Chinon para interrogar a los mandatarios de la Orden que allí se encontraban encerrados: Raimbaud de Caron, preceptor de Chipre, Godofredo de Charney, preceptor de Normandía, Geoffroi de Gonnville, preceptor de Poitou y Aquitania, Hugo de Pairaud, visitador de Francia y Jacques de Molay, maestre. Lavocat llama la atención sobre el hecho de que en la bula *Faciens misericordiam* se dice que los cardenales expusieron a los prisioneros que estaban en sus manos [no en las del rey] y que podían hablar con toda libertad y sin miedo (*exposuerunt quod in manibus nostris erant, quod libere absque metu cujusquam plene ac pure [...] dicerent veritatem*)⁸²³.

El veinte de agosto los cardenales dirigieron al rey una carta contándole el resultado de los interrogatorios. Si bien Baluze recoge en su obra este documento *in extenso*, nosotros ofrecemos, traducido al castellano, el extracto que del mismo da Dupuy:

«Siguiendo la orden del Soberano Pontífice nos hemos trasladado a Chinon con el objeto de interrogar al gran maestre del Temple, al maestre provincial de Chipre, al visitador de Francia, al preceptor de Poitou y Aquitania y al preceptor de Normandía a propósito del crimen de herejía del cual ellos mismos y la Orden del Temple están inculcados. El sábado después de la Asunción, hemos llamado a comparecer ante nosotros al preceptor de Chipre y le hemos hecho saber los diferentes cargos contra él. Tras prestar juramento reconoció su crimen y, como hijo obediente, reconoció la costumbre de renegar de Jesucristo y de escupir sobre la cruz. El mismo día compareció ante nosotros el preceptor de Normandía, y tras haber prestado juramento reconoció que había renegado de Jesucristo. El mismo día después de las vísperas se nos trajo al preceptor de Aquitania y solicitó poder reflexionar hasta el día siguiente domingo. Ese día el preceptor reconoció que había prometido, a quien lo había recibido en la Orden, responder, que si los hermanos le preguntaban si él había renegado de Nuestro Señor, que él había efectivamente renegado. Al día siguiente hicimos comparecer a Hugo de Peraldo, y después, el mismo

⁸²² Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 272. [Apéndice N° 22].

⁸²³ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 195.

día después de las vísperas, al gran maestre de la Orden. Ellos solicitaron reflexionar hasta el día siguiente lunes, lo que así acordamos. El lunes, Hugo de Peraldo, habiendo prestado juramento, persistió en las declaraciones hechas en París. Reconoció especialmente que había renegado de Cristo y visto la cabeza del ídolo; reconoció además otras cosas ilícitas, que están consignadas en la confesión hecha ante el inquisidor de París. El martes siguiente compareció ante nosotros el gran maestre; habiendo prestado juramento y tomado conocimiento de los cargos, reconoció haber renegado de Jesucristo y nos suplicó de escuchar a un hermano sirviente, familiar suyo, que le había acompañado a Chinon y que quería declarar. Viendo al gran maestre tan arrepentido y suplicante por este sirviente, y aunque el mandato que habíamos recibido del papa era de examinar exclusivamente a los cinco anteriores, consentimos sin embargo escuchar a este hermano sirviente. Este hermano compareció ante nosotros y habiendo prestado juramento, reconoció haber renegado de Jesucristo. Todas estas posiciones han sido consignadas en actas públicas y provistas de nuestros sellos. Y así, después de haber examinado a los predichos y de haber todos ellos abjurado de la herejía y haber pedido todos la absolución, les hemos absuelto singular e individualmente, y les hemos restituido e incorporado en la unidad de los sacramentos y de la Iglesia. Así pues, Ilustre príncipe, como no se debe negar misericordia a quien la implora, y los mencionados hermanos han solicitado misericordia, especialmente el maestre mayor, Hugo de Peraldo, y el preceptor de Ultramar, los cuales por sus confesiones espontáneas y su humilde actitud merecen sinceramente el perdón ante Dios y ante los hombres, rogamos afectuosamente a Vuestra Real Majestad de recibir favorablemente su ruego pues se han hecho merecedores de vuestra misericordia.

Escrito en el castillo de Chinon, el martes siguiente a la Asunción, en el año 1308»⁸²⁴.

2.5.15.2 Acta de Chinon: Tercer interrogatorio de Jacques de Molay.

El acta de los interrogatorios fue remitida al papa y parece ser que en el siglo XVIII se extravió en los archivos del Vaticano al ser mal clasificada, pero, descubierta en 2001 por la investigadora Bárbara Frale, en 2007 salió a la luz pública al incluirse en la obra *Processus contra templarios* constituyendo el documento estrella de la misma. El contenido del acta coincide en lo esencial con el escrito enviado por los cardenales al rey. Sin embargo, la publicación del documento, tanto tiempo «perdido», ha causado un gran revuelo mediático por cuanto que en la absolución religiosa de los pecados se ha querido ver algo así como un indulto del papa para toda la Orden.

En nota al pie ofrecemos la traducción al castellano del documento original hecho público por el Vaticano⁸²⁵.

⁸²⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 241 en extracto; Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, pp. 121-122, *in extenso*.

⁸²⁵ «En nombre de Dios, Amén. Nosotros, Berenguer por la gracia de Dios cardenal presbítero de los

Santos Nereo y Aquiles, y Stefano, cardenal presbítero de san Ciriaco en Terminus, y Landulfo, cardenal diácono del título de san Angelo, declaramos por este documento público, dirigido a quien lo lea, que nuestro santo padre y señor Clemente, por la divina Providencia Sumo Pontífice de la Santa Iglesia Romana y Universal, después de haber recibido la denuncia y las clamorosas informaciones del ilustre rey de Francia y de preladados duques, condes, barones y otros nobles y otras personas del mencionado reino, tanto nobles como comunes, entre los que hay que contar monjes, sacerdotes, caballeros, sargentos, preceptores y sirvientes de la Orden de la Milicia del Temple, hemos iniciado una encuesta sobre hechos que se refieren a los frailes [cuestiones de fe católica] y a la regla de la dicha Orden, y debido a la difamación pública que la misma ha sufrido, el mismo señor papa, deseando conocer la verdad pura, completa y libre directamente de los dirigentes de la mencionada Orden, fray Jacques de Molay, maestre mayor de la Orden, de los caballeros templarios, fray de Raymbaud Caron, preceptor en Ultramar, y fray Hugo de Pairaud, preceptor de Francia, y fray Godofredo de Gonneville preceptor de Aquitania y Poitou, y fray Godofredo de Charny, preceptor de Normandía, nos Ordenó y nos comisionó con un mandato oral especial para que procediéramos a examinar con diligencia la verdad, interrogando al maestre y a los arriba mencionados preceptores, uno por uno e individualmente, en presencia de testigos veraces y ante notarios públicos. Por lo tanto, de conformidad con la Orden y la tarea que nos han sido confiadas por Nuestro Señor el Sumo Pontífice, hemos interrogado a los mencionados maestre y preceptores y los hemos examinado sobre las materias arriba descritas. Sus confesiones han sido reflejadas, con las palabras exactas por ellos mencionadas ante los notarios que figuran más abajo y en presencia de los testigos que se dicen. También hemos ordenado que de todas estas cosas se levante un acta oficial y que sea validada con nuestros sellos.

En el año de Nuestro Señor de 1308, en la sexta indicción, en el 17 día de agosto, tercer año de pontificado del mencionado papa Clemente V, en el castillo de Chinon, diócesis de Tours, fue llamado para comparecer ante nosotros el hermano Raymbaud de Caron, preceptor de Ultramar y caballero de la Orden de los templarios, con las manos en los santos Evangelios de Dios, juró decir la verdad pura y completa sobre sí mismo y sobre los otros hermanos de la Orden y sobre la misma Orden, particularmente sobre los asuntos que afectan a la fe católica y a la misma Orden y también sobre las demás personas y los frailes de la misma Orden. Interrogado por nosotros a conciencia sobre el momento y circunstancias de su ingreso en la Orden, dijo que hacía aproximadamente unos 43 años, cuando fue nombrado caballero y admitido en la Orden del Temple por el Hermano Rocelín de Fos, a la sazón preceptor de Provenza, en la localidad de Richerenches, diócesis de Carpentras o Saint-Paul-Trois-Chateaux, en la capilla de la Encomienda local templarla. Durante la ceremonia, el oficiante no le dijo nada que no fuese apropiado, pero inmediatamente después de la mencionada admisión se le acercó un hermano sirviente, cuyo nombre no recuerda porque hace mucho que murió, y lo condujo aparte, portando una pequeña cruz bajo el hábito, y, una vez que se hubieron retirado los demás hermanos y que estaban solos el hermano sirviente y el compareciente, aquél le mostró la cruz; no se acuerda si la cruz tenía una imagen del crucificado o no, pero cree que efectivamente había una imagen, pintada o grabada. Y el hermano sirviente le dijo: «Es preciso que reniegues de esto». Y el compareciente, no pensando que cometía pecado, dijo: «Yo renuncio absolutamente a esto». También dijo que aquella renuncia la había hecho no de corazón sino solo de palabra. Y dijo que, al día siguiente, se lo contó al obispo de Carpentras, pariente suyo, que estaba presente en el lugar, quien le dijo entonces que había obrado mal y que había pecado. Por ello el inculpado hizo confesión ante el obispo que le impuso penitencia, la cual cumplió, según dijo. Cuando se le preguntó por el pecado de sodomía, dijo que nunca lo había practicado y que nunca oyó que se dijera que los templarios hicieran uso de ese vicio, excepción hecha de los tres que, por dicho vicio, habían sido condenados a cadena perpetua en el Castillo de Pilgrims. Interrogado sobre si otros hermanos de la Orden habían sido recepcionados de la misma manera que lo había sido él, dijo que no sabía, porque nunca había iniciado a ninguno ni lo vio hacer, a excepción de dos o tres hermanos que fueron admitidos en la mencionada Orden, de los cuales no sabe si renunciaron a Cristo o no. Interrogado por los nombres de los mencionados hermanos admitidos, dijo que le constaba que uno se llamaba Pedro, pero que desconocía su apellido. Interrogado sobre la edad que tenía cuando fue hecho hermano en la mencionada Orden, dijo que aproximadamente 17 años. Cuando se le preguntó sobre la acción de escupir en la cruz y la adoración al ídolo de *Baphomet* dijo que no sabía nada, añadiendo que nunca había oído mención alguna de la susodicha «cabeza» hasta que lo oyó por boca

de Nuestro Señor el papa Clemente el año pasado. Cuando se le preguntó sobre los besos, dijo que el mencionado hermano Rocelin lo besó en la boca cuando lo recibió como hermano; de otros besos dijo no saber nada. Al ser preguntado si mantenía todo lo dicho en su confesión, si era acorde con la verdad y si quería añadir algo, dijo que mantenía todo lo dicho en su confesión, que todo era la verdad y que no deseaba añadir nada. Cuando fue preguntado si la confesión de las anteriores acciones se debía a promesa de recompensa, gratitud, favor, miedo, odio o persuasión por alguna persona, o debido al uso de la fuerza, o miedo a ser torturado, contestó que no y cuando fue preguntado si desde que había sido capturado, había sido sometido a alguna clase de tortura, respondió que no. Después de esto el hermano Raymbaud puesto de rodillas, con las manos entrelazadas, ante el tribunal pidió perdón y misericordia por sus mencionados pecados, renunciando a las anteriores herejías, así como a cualquiera otra en que hubiese podido incurrir. Seguidamente, poniendo la mano sobre los Santos Evangelios, juró obedecer todo lo que enseña, defiende y proclama la Santa Iglesia Romana así como que enseñará y requerirá a otros a observarlo y que vivirá y morirá como un ferviente cristiano. Después de este juramento, nos, en virtud de las facultades recibidas del propio papa para este asunto específico, otorgamos a este humilde hermano Raymbaud, en la forma aceptada por la Iglesia, el beneficio de la absolución de la pena de excomunión en la que ha incurrido por los hechos relatados, y lo reincorporamos a la unidad de la Iglesia en la forma por ella prevista, y le restituimos en la comunión de los fieles y en los sacramentos eclesiásticos.

De igual modo, el mismo día, compareció personalmente ante nosotros y en presencia de los notarios y testigos, en la manera y forma descrita anteriormente, el hermano de Godofredo de Chamello, y después de prestar juramento con las manos sobre los evangelios del señor, fue preguntado sobre la forma de su recepción en la dicha Orden, dijo que hacía ya unos cuarenta años que había sido admitido en la Orden de los templarios por el Hermano Amaury de la Roche, preceptor de Francia, en Etamps, diócesis de Sens, en la capilla de la Encomienda templaria local, en presencia de fray Jean le Franceys, preceptor de Pedenac, y unos nueve o diez hermanos de la mencionada Orden, todos los cuales cree que han muerto y una vez que había sido admitido, y le había sido puesta la capa de la mencionada Orden sobre los hombros, el oficiante lo llevó aparte, dentro de la misma capilla, le mostró una cruz en la que había una imagen de Cristo y le dijo que no creyera en el crucificado y que renegara de él. Entonces, obedeciendo al oficiante, renegó de palabra, que no de corazón. También dijo que en el momento de la admisión, besó al oficiante en la boca y en el pecho sobre las vestiduras, como testimonio de respeto. Interrogado sobre si los hermanos del Temple, al ser admitidos en la Orden, lo hacían de la misma manera en que él lo había sido, dijo que no sabía. También dijo que él mismo había recibido a un hermano oficiando la ceremonia mencionada en la misma forma que en la que él fue recibido y que después de esta recepción ha recibido a muchos otros en buena forma y sin la parte de la negación [de Cristo]. También dijo que se había confesado con el patriarca de Jerusalén de la negación de la cruz que había formulado durante la ceremonia de su recepción y de haber inducido a otro hermano a realizar tal negación y que fue absuelto por el mencionado patriarca. Al ser diligentemente preguntado sobre si había escupido sobre la cruz, practicado besos, el vicio de la sodomía y la adoración a la «cabeza», respondió que no sabía nada de todo eso. Continuando con el interrogatorio, dijo que creía que otros hermanos habían sido aceptados en la Orden en la misma manera que él pero añadió que no estaba seguro de ello dado que estas cosas tenían lugar llevando al recién ingresado [a un lugar] aparte en el edificio de manera que nadie veía lo que pasaba con ellos. Preguntado sobre la edad a la que él había ingresado en la Orden, respondió que tendría alrededor de dieciséis o diecisiete años. Preguntado si la confesión de las anteriores acciones se debía a promesa de recompensa, gratitud, favor, miedo, odio o persuasión por alguna persona, o debido al uso de la fuerza, o miedo a ser torturado, contestó que no y preguntado si todo lo que había dicho era la verdad y si quería añadir algo, dijo que mantenía todo lo dicho en su confesión, que todo estaba de acuerdo con la verdad, que no había omitido nada y que no deseaba añadir nada más, después de lo cual, nos hemos otorgado la gracia de la absolución al hermano Godofredo por estas acciones, el cual ha renunciado, en la forma y manera previstas, a las herejías descritas y a cualquier otra en que pudiera incurrir, y juró sobre los santos evangelios del Señor y humildemente solicitó la absolución, la readmisión en la unidad de la Iglesia y en la comunión y en los sacramentos de la Iglesia.

El mismo día, en nuestra presencia y en presencia de los notarios y testigos arriba mencionados, se

presentó el hermano Godofredo de Gonneville, y cuidadosamente interrogado sobre el tiempo y la forma de su recepción y las demás cosas antes mencionadas, dijo que hace aproximadamente veintiocho años, que fue recibido como hermano de la Orden de los templarios por el caballero fray Robert de Torville, preceptor de las encomiendas de la Orden en Inglaterra, cerca de Londres, en la capilla de la encomienda local y que tras serle impuesta capa de la Orden de la Caballería del Temple, el oficiante le mostró una cruz pintada en un libro y le dijo que era preciso que renegara de aquel cuya imagen estaba pintada en la cruz y como quiera que el recién admitido no quería hacerlo, el oficiante le insistió muchas veces para que así lo hiciera. Y como en modo alguno quería hacerlo, el oficiante, viendo su resistencia, le dijo: «Me juras que dirás, si fueras interrogado por los hermanos, que has hecho la abjuración, si yo te permito ahora que no la hagas» a lo que él dijo que sí, y prometió que, caso de ser preguntado por cualquiera de los hermanos de la Orden, diría que había hecho la abjuración antedicha. Así que no abjuró de ningún modo, según dijo. También dijo que al serle pedido que escupiera sobre la cruz y responder él que no, el preceptor, colocando su mano ante él le dijo: «Al menos hazlo sobre mi mano» pero como temía que el oficiante retirara la mano, y parte de su escupitajo cayera sobre la cruz, no quiso escupir sobre la mano sino al lado de la cruz. Al ser interrogado a conciencia sobre el vicio de sodomía, sobre la «cabeza» objeto de idolatría, sobre los besos y sobre otros particulares acerca de los cuales los hermanos de la Orden habían sido difamados, dijo no saber nada. Preguntado sobre si otros monjes de la Orden, habían sido recibidos de la misma manera en que él fue recibido, dijo que creía que, todos eran recibidos de la misma manera en que lo había sido él. Preguntado si la confesión de las anteriores acciones se debía a promesa de recompensa, gratitud, favor, miedo, odio o persuasión por alguna persona, o debido al uso de la fuerza, o miedo a ser torturado, contestó que no, después de lo cual nos hemos otorgado la gracia de la absolución al hermano Godofredo de Gonneville por estas acciones, el cual ha renunciado, en la forma y manera descritas, a las herejías descritas y a cualquier otra en que pudiera incurrir, y juró sobre los santos evangelios del Señor y humildemente ha solicitado la absolución, la readmisión en la unidad de la Iglesia y en la comunión y en los sacramentos de la Iglesia.

Del mismo modo, el día diecinueve del mes en curso, vino personalmente a nuestra presencia y ante los mismos testigos y notarios, el hermano Hugo de Pairaud, visitador de la encomiendas templarias de Francia, y juró poniendo sus manos sobre los Santos Evangelios del Señor en la forma descrita más arriba. Este hermano Hugo, habiendo jurado como se ha dicho, siendo cuidadosamente preguntado sobre la forma que había sido iniciado dijo que había sido recibido por fray Humberto de Pairaud, visitador de la encomiendas templarias de Francia y Poitou y pariente suyo, en la Iglesia de la encomienda local de Londres, hizo cuarenta y seis años en la pasada fiesta de la Magdalena, y que una vez que le había sido colocada la capa, un hermano de la dicha Orden, de nombre John, que más tarde llegó a ser comendador de la Muce, lo llevó a cierta parte de la capilla, le enseñó una cruz con la imagen de Cristo y le Ordenó renegar de aquél cuya imagen estaba representada, a lo cual, según él, se negó tanto como pudo, pero finalmente, debido a las amenazas del hermano John renegó de la imagen representada aunque sólo una vez. Y también se negó a escupir sobre la cruz a pesar de ser inducido a ello varias veces por fray John. Preguntado si había besado al que oficiaba la recepción, contestó que sí pero que lo hizo sólo en la boca. Preguntado acerca del pecado de sodomía, replicó que nunca se le había impuesto y que nunca lo había cometido. Al ser preguntado si había oficiado las recepciones de otros en la Orden, respondió que muchas veces y que había recibido a más gente en la Orden que ningún otro hermano vivo. Preguntado sobre la ceremonia de recepción oficiada por él, dijo que después de la recepción y de la imposición de la capa, les Ordenaba renegar del crucifijo y besarle a él en la parte de arriba del trasero, en el ombligo y en la boca. También dijo que les imponía la abstención de todo contacto con mujeres y, que [les decía] si les resultaba difícil contenerse que se juntaran con hermanos de la Orden. Añadió bajo juramento, que la dicha abjuración que tenía lugar en las ceremonias de iniciación oficiadas por él se hacía sólo de palabra y no en espíritu. Al ser preguntado por qué a pesar de no querer hacerlo lo hizo, respondió que porque estaba en los estatutos y en la costumbre de la Orden, y que él siempre había esperado que se eliminara ese error. Preguntado sobre si alguno de los hermanos iniciados por él se había negado a escupir o hacer otras acciones reprensibles, dijo que sólo unos pocos, y que finalmente todos hacían lo que se les Ordenaba. También dijo que aunque él instruía a los hermanos que él recibía a juntarse con otros hermanos, él nunca lo había hecho ni había oído de nadie que hubiera cometido este pecado, excepto los dos o tres hermanos que en Tierra de Ultramar, habían sido encarcelados por

esto en la fortaleza de Chateau-Pelerin. Cuando se le preguntó si sabía si todos los hermanos de la Orden eran recibidos de la forma en que él lo hacía, dijo que creía que el mismo ritual que él usaba era utilizado para todos los demás. Preguntado acerca de la cabeza de un ídolo que se dice que es adorada por los templarios, dijo que se la enseñó el hermano Peter de Alemandin en Montpellier, preceptor de dicho lugar, y que la misma quedó en posesión del hermano Peter. Preguntado sobre su edad cuando ingresó en la Orden, replicó que había escuchado a su madre decir que tenía dieciocho. También dijo que previamente había confesado todas estas cosas en presencia del hermano Guillaume de París, inquisidor de actividades heréticas o su representante, confesión que fue protocolizada por el maestro Amise d'Orleans y otros notarios públicos. Añadió que deseaba mantener su confesión tal como la había hecho, así como la presente confesión que concuerda en todo con la anterior. Y si hubiera algo dicho ante los inquisidores que no ha mencionado aquí lo ratifica, aprueba y confirma. Preguntado si la confesión de las anteriores acciones se debía a promesa de recompensa, gratitud, favor, miedo, odio o persuasión por alguna persona, o debido al uso de la fuerza, o miedo a ser torturado, contestó que no. Preguntado si después de ser detenido había sido sometido a tortura respondió que no. Así pues, después de lo cual nos hemos otorgado la gracia de la absolución al hermano Hugo por estas acciones, el cual ha renunciado, en la forma y manera descritas, a las herejías descritas y a cualquier otra en que pudiera incurrir, y juró sobre los santos evangelios del Señor y humildemente ha solicitado la absolución, la readmisión en la unidad de la Iglesia y en la comunión y en los sacramentos de la Iglesia.

Del mismo modo, el veinte de este mes, en presencia de nosotros y de los notarios y los testigos, en persona, se constituyó fray Jacques de Molay, maestre mayor de la caballería del temple, después de jurar en la forma y modo prescritos, y siendo interrogado cuidadosamente según la forma y modo prescritos, dijo que fue recibido como hermano de la Orden, hace cuarenta y dos años en Beune, en la diócesis de Autun, por el hermano Hubert de Pairaud, entonces visitador de Francia y Poitou, en la capilla de la casa dicho lugar. Y sobre su recepción dijo que tras serle impuesta la capa, la persona que oficiaba la recepción le mostró la cruz y le dijo que debía renegar de Dios, cuya imagen estaba representada en dicha cruz y que debía escupir sobre ella, lo cual él hizo, aunque no llegó a escupir sobre la cruz sino al lado, según declaró. Debidamente preguntado sobre el pecado de sodomia, la cabeza del ídolo y la práctica de besos ilícitos, dijo no saber nada. Cuando se le preguntó si la confesión de las anteriores acciones se debía a promesa de recompensa, gratitud, favor, miedo, odio o persuasión por alguna persona, o debido al uso de la fuerza, o miedo a ser torturado, contestó que no. Preguntado si después de ser detenido había sido sometido a tortura respondió que no. Después de lo cual, concluimos a dar la absolución por estos actos al hermano Jacques de Molay, maestre mayor de la mencionada Orden, el cual ha renunciado en nuestra presencia, en la forma y manera descritas arriba, a las herejías mencionadas y a cualquier otra en que pudiera haber incurrido, y juró sobre los santos evangelios del Señor y humildemente ha solicitado la absolución, habiendo sido readmitido en la unidad de la Iglesia y en la comunión y en los sacramentos de la Iglesia.

El mismo día 20, personado el hermano mencionado Godofredo de Gonneville, en nuestra presencia y en presencia de los notarios y los testigos, ha ratificado, aprobado y confirmado su confesión voluntaria y libremente que le ha sido leída públicamente en su propio idioma vulgar, declarando su intención de mantener tanto esta confesión como la realizada en diferente ocasión ante los inquisidores sobre las arriba mencionadas transgresiones heréticas en la manera en que han sido hechas ante nosotros y en presencia de los mencionados notarios y testigos y que si hay algo de más en la confesión realizada ante el inquisidor o sus representantes, dado que son anteriores las ratifica, aprueba y confirma.

El mismo día 20, personado ante nosotros y ante los notarios y testigos, el hermano preceptor Hugo de Pairaud, nosotros y de los notarios y los testigos, en forma similar y la forma espontánea y libremente ha aprobado y confirmado su confesión voluntaria y libremente que le ha sido leída públicamente en su propio idioma vulgar.

En testimonio de las supra escritas confesiones hemos ordenado a Robert de condet, clérigo de la diócesis de Soissons, notario por la autoridad apostólica, que ha estado presente con nosotros y con los notarios y testigos, la redacción del correspondiente acta que recoja fielmente todo lo ocurrido ante nosotros, los notarios y los testigos, y todo lo hecho por nosotros exactamente como consta aquí arriba, y validarlo mediante nuestro sello.

2.5.16 Lista de cargos.

Adjuntas a la bula *Faciens misericordiam* se enviaron dos listas de acusaciones: en una se contenían los ochenta y seis cargos de los que se acusaban a los templarios como personas y en la otra las imputaciones que se hacían contra la Orden como institución en número de ciento veintisiete⁸²⁶. Malcolm Barber las agrupa, de manera ordenada y sistemática, en siete bloques:

1. El primer grupo incluye las acusaciones referidas a determinadas actuaciones realizadas en la ceremonia de admisión e ingreso en la Orden, en la que se instigaba a los neófitos a renegar de Jesucristo ya que, se les decía, era un falso profeta que había sido crucificado por sus propios pecados y, por consiguiente, no había esperanza alguna de alcanzar la salvación por su mediación. A veces también, esta negación incluía a la Virgen María y a los Santos y las más se obligaba al profesando a escupir sobre un crucifijo, o cualquier otra imagen que lo representara y a pisotearla o/y escupir u orinar sobre ella.
2. El segundo bloque de acusaciones encuadra las referidas a la idolatría que, se decía, practicaban los templarios, mencionándose como ídolos una «cabeza» (*caput*), que en ocasiones presentaba varias caras, o un gato. A estos ídolos, decían los acusadores, le atribuían los templarios la

Estos hechos tuvieron lugar en el año, en el mes, en los días, en el papado y el lugar mencionados anteriormente, en presencia de nosotros, los notarios públicos por la autoridad apostólica Umberto Vercellana, Nicolo Nicolai de Benevento y los arriba mencionados Robert de condet y Amis de Orleans y de los testigos especialmente elegidos para esto, fray Raymond, abad del monasterio benedictino de san Teoffredo en la diócesis de Annecy, maestros Bernard Boiano, Arcediano de Troy, Raoul de Boseta, penitenciario y canónigo de París y Pierre de Soir, guardián de la Iglesia de Saint-Gaucery de Cambresis.

(S.T) Y soy el mismo Robert de condet, el clérigo de la Diócesis de Soissons, notario público por la autoridad apostólica, fui testigo de todos los hechos que se describen más arriba en la presencia de los reverendos padres cardenales que se han mencionado, por mí, y las de los demás los notarios y los testigos, y por Orden de los cardenales mismos he redactado esta escritura pública en la forma oficial, y, siendo requerido, la he sellado con mi sello.

(S.T) Yo, acabado de mencionar, Umberto Vercellana, clérigo de Beziers y Nicola di Benevento, notario público designado por la autoridad apostólica, he asistido a todas las confesiones individuales y fui testigo de todos los hechos que se describen más arriba en la presencia de los reverendos padres cardenales que se han mencionado, por mí, y las de los demás los notarios y los testigos, y por Orden de los cardenales mismos he redactado esta escritura pública en la forma oficial, y, siendo requerido, la he sellado con mi sello.

(S.T) Y yo Amis de Orleans, escribano y notario público por la autoridad de la Santa Iglesia de Roma, fui testigo de las confesiones y declaraciones y cualquier otro evento individual, en presencia de los padres y los cardenales que se han mencionado, por mí, y los demás los notarios y los testigos, y por Orden de los cardenales, he redactado esta escritura pública en la forma oficial, y, siendo requerido, la he sellado con mi sello» (Signatura, ASV, *Archivum Arcis, Armarium* D 218 Original, ASV, *Archivum Arcis, Armarium* D 218 Copia simple. Cf. <http://asv.vatican.va/es/doc/1308.htm>).

Acta de Chinon, proporcionada por don Gonzalo de Porras quien, según me dice, la recibió directamente del Archivo Secreto Vaticano. No me aclaró si la recibió traducida o la había traducido él. [Apéndice N° 24].

⁸²⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, p. 89. [Apéndice N° 23].

creación de todo lo que existe y la salvación de los hombres, con poder, incluso, para hacer que «los árboles florecieran y la tierra germinara» y era tal la fe que le profesaban que la tocaban o la rodeaban con cordones que ceñían alrededor de sus cinturas creyendo que les protegerían.

3. El tercer apartado incluía las acusaciones se refería a los sacramentos, en los que, decían los acusadores, no creían, y, añadían, que los sacerdotes del Temple omitían las palabras de consagración durante la misa.
4. En cuarto lugar, estaban las acusaciones relacionadas con el maestre y otros mandatarios a los que se achacaba que oían en confesión a los hermanos y les daban la absolución de sus pecados, a pesar de que la mayoría de ellos no eran sacerdotes.
5. El quinto bloque aludía a besos impuros (en boca, ombligo, estómago, nalgas o en la espalda) que, se decía, daban a los postulantes los ofician-tes en las ceremonias de recepción de la Orden, los cuales les incitaban a la homosexualidad.
6. El sexto grupo de acusaciones se reseñaba la codicia de los templarios, a los cuales se les achacaba el acaparamiento de bienes para la Orden sin reparar en medios, ya fueran legales o no, y que las donaciones que se hacían al Temple no se empleaban de manera adecuada ni para su fin principal.
7. El séptimo bloque de acusaciones aludían al secretismo y nocturnidad de los capítulos de la Orden a cuyas reuniones tenían prohibida su asistencia los extraños, siendo severamente castigados (con la prisión o la muerte) los hermanos que revelaban a un no templario lo que ocurría en ellos⁸²⁷.

Raynouard menciona que no hay ninguna duda que la lista con las acusaciones fue preparada en la corte del rey Felipe y no por el papa o su entorno, pues él ha encontrado el borrador original, escrito sobre simple papel, en los *Archives Nationales*⁸²⁸ con las correcciones y tachaduras antes de pasarlo a limpio y de enviarlo a la Santa Sede⁸²⁹.

2.5.17 Nuevo intento de fusión de las órdenes militares.

Antes de continuar con los epígrafes dedicados a los procesos, resulta conveniente hacer un inciso con una breve referencia a los últimos intentos serios para fusionar las órdenes del Temple y del Hospital.

Hay dos cartas del papa a Felipe IV, una del seis de junio de 1309⁸³⁰ y otra

⁸²⁷ Malcolm Barber, *El Juicio a los templarios*, pp. 257-258.

⁸²⁸ *Tresor de Chartres*.

⁸²⁹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 50.

⁸³⁰ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 246.

del veintisiete de octubre del mismo año⁸³¹, en las que se muestra partidario de transferir los bienes del Temple al Hospital. Estas dos cartas hacen pensar a Lavocat que ya entonces el papa tenía la intención de entregar los bienes de los templarios a los hospitalarios⁸³². Esta intención del papa parece que no fuera muy del gusto del rey que solicitó un informe a Dubois que en una larga memoria, entre otras cosas, decía:

«... Sería posible al rey hacer coronar en secreto por el papa a su segundo hijo como rey de Accon, de Babilonia, de Egipto y de Siria, [...] El rey podría provocar y pedir la reunión de una asamblea general de todos los príncipes del mundo católico con el fin de discutir la recuperación de Tierra Santa [...] Esta asamblea decidiría los medios a utilizar para la destrucción de la mencionada orden [del Temple] que es justo que sea suprimida. Se han hecho a los templarios donaciones cuyos condicionantes no han sido cumplidos por ellos, por consiguiente estas donaciones deben ser revocadas. Por el bien general, es preciso reunir todas las órdenes militares de la Cristiandad en una sola, con excepción de la de los templarios, cuyas posesiones serán entregadas a los que mejor puedan cumplir estos condicionantes; y como el papa se propone alargar la solución de este asunto, es preciso que el rey tenga con él una entrevista lo más pronto que pueda para tratar este asunto públicamente»⁸³³.

Parece que la opinión de Dubois fue del agrado del rey pues en 1311 dirigió una carta al papa suplicándole la fundación una nueva orden a la cual se debería entregar los bienes de los templarios con objeto de que los mismos fueran utilizados en el fin para el cual fueron donados o bien que fueran entregados a una antigua orden ya existente con los mismos derechos⁸³⁴. El asunto fue largamente discutido en el concilio de Vienne sin llegar a ser viable debido a la oposición de los príncipes, especialmente los ibéricos, aún empeñados en su cruzada particular contra los musulmanes⁸³⁵.

2.6 Juicios contra los Templarios como personas.

2.6.1 Actuaciones previas.

Tras la reunión de Poitiers, Clemente V se fue de vacaciones, según parece a Luissignan⁸³⁶, pues desde este lugar remite el veinte de agosto al rey Felipe una carta recibida de Amalicus de Chipec comunicándole el arresto de los templarios de

⁸³¹ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 150.

⁸³² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 206.

⁸³³ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, pp.186-187.

⁸³⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de la Condamnation des Templiers*, p. 78

⁸³⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 208.

⁸³⁶ Villa situada a tres leguas de Poitiers.

la isla⁸³⁷.

Después del verano, nos dice Lavocat citando al continuador de Nangis, Clemente se marchó a Burdeos donde se quedó varios meses y, no queriendo residir en Roma, a causa de las luchas políticas que azotaban esta ciudad, entabló conversaciones con su vasallo el conde de Provenza al objeto de obtener de él la cesión de la villa de Avignon para instalar en ella la Santa Sede de manera estable⁸³⁸.

Tras su estancia de más de tres meses en Burdeos, Clemente V viajó a Tolosa adonde llegó poco antes de la Navidad y allí quedó hasta después de la Epifanía de 1309. Por fin, a final de marzo, llegó a Avignon y se instaló en el convento de los frailes predicadores y allí permaneció hasta el concilio de Vienne, siendo a partir de esta fecha, según el Fleury, que se debe contar el tiempo de la sede pontificia en Avignon⁸³⁹.

Parece ser que los viajes, las negociaciones para la fijación de la sede apostólica en Avignon y el traslado de la misma, ocuparon sobremanera el tiempo de Clemente V durante casi un año, tiempo en el que la causa contra el Temple permaneció ralentizada pues los obispos y los inquisidores estaban esperando algunas aclaraciones por parte del papa a la bula *Faciens misericordiam* pues no sabían cómo interpretar las palabras *vocatis qui fuerunt evocandi*, y tampoco sabían qué hacer con los templarios que no quisiesen presentarse ni con los que se presentaren voluntariamente para defender a la Orden y, sobre todo, no sabían cómo actuar en el caso de los relapsos. A todo ello, el papa les contestó el uno de agosto de 1309, mediante la bula *Quidam vestium*, en la que les decía que la frase *vocatis qui fuerunt evocandi* debía ser interpretada en su sentido literal y, en respuesta a las otras cuestiones, les ordenaba que en los juicios contra los templarios se respetaran las normas jurídicas que se consideraran más ajustadas a Derecho:

«Clemente, obispo, siervo de los siervos de Dios, a todos los arzobispos, obispos y demás hermanos nombrados en el reino de Francia, salud y bendición apostólica.

Según hemos sabido, alguno de vosotros tenéis dudas sobre el asunto de la investigación ordenada en nuestras bulas contra las personas individuales de la orden del Temple, especialmente con respecto a la frase «*vocatis qui fuerunt evocandi*», así como sobre qué otros hermanos deben ser convocados en este proceso y cómo actuar con los que no hagan caso de las citaciones, con los que comparezcan para defender la Orden sin ser llamados, con los que se nieguen a confesar y con los que revoquen sus confesiones. Sobre todo ello actuaréis como mejor proceda en Derecho. Esto es lo que tenemos que decir sobre las dudas planteadas sobre las que no volveremos a realizar más aclaraciones.

Dado en Aviñón, a 1 de agosto de 1309»⁸⁴⁰.

⁸³⁷ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 103

⁸³⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 203.

⁸³⁹ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, V. XIX, p. 154.

⁸⁴⁰ Traducción nuestra a partir de Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 123. [Apéndice N° 25].

A pesar de ello, se supone que debido a la insistencia de algún prelado, por otra bula del treinta de octubre del mismo año ordenó a las autoridades civiles de toda la Cristiandad que, a requerimiento de los obispos, procedieran al arresto de los templarios y los condujeran ante ellos⁸⁴¹.

En marzo ocurrió un suceso que vino a aumentar las tribulaciones del ya de por sí atormentado papa y fue la muerte de Étienne Becquart, arzobispo de Sens que, por su cargo, tenía bajo su jurisdicción la causa contra los templarios más importante, la de París, después de la que se seguía contra la Orden. El rey Felipe presionó fuertemente al papa para que el puesto fuese ocupado por Philippe de Marigny, entonces obispo de Cambrai, hermano de su ministro Enquerrand de Marigny, persona de su total confianza en los asuntos financieros. El interés del rey en este nombramiento estaba claro, quería a un hombre de su órbita para presidir el concilio de Sens que debía celebrarse en el futuro inmediato para juzgar a los templarios como personas, y en tal sentido, escribió al papa una carta en la que reconocía que le daba gran importancia al concilio de Sens del que «esperaba buenos resultados». Así le decía el rey al papa en su carta:

«Sí deseo que nombréis al arzobispo de Sens es porque esta nominación es necesaria, ya que el concilio provincial se ha retrasado. En este concilio han de pasar varias cosas que interesan a la gloria de Dios, la estabilidad de la fe y la santa Iglesia. Que la juventud del prelado no os haga creer que le falta capacidad; está en la edad conveniente; y, con la ayuda de Dios, sus actos os probarán como está por encima de su edad»⁸⁴².

El papa cedió a las presiones del rey francés, y nombró a Marigny arzobispo de Sens, el cual tomó posesión de su sede en abril del año siguiente⁸⁴³, poniéndose pronto de manifiesto las habilidades del joven y nuevo arzobispo.

El rey se quejó al papa de que, debido a los retrasos en el inicio de los juicios contra los templarios, «pudieran producirse consecuencias tristes y peligrosas» y que de hecho «el más grave perjuicio ya se habían producido pues muchos templarios se habían retractado de sus declaraciones», hecho que aprovechaba para plantear al pontífice una serie de cuestiones, tales como:

- ¿Debían devolver a sus respectivas diócesis a los templarios que habían sido trasladados?
- ¿Debían ser sometidos a nueva investigación los templarios ya interrogados pero sobre un cuestionario más reducido que el previsto en las recientes bulas?
- ¿Cómo se debía actuar con los relapsos?
- ¿Qué se debía hacer con los obstinados que se negaban a confesar pero que eran claramente sospechosos?

El papa le contestó el seis de mayo de 1309 diciéndole que estaba indignado

⁸⁴¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 211.

⁸⁴² Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, p. 145.

⁸⁴³ Claude Fleury, *Histoire Ecclésiastique*, p. 163.

porque él no había autorizado ningún aplazamiento, que se había ocupado del asunto con diligencia pese a haber estado enfermo, que tenía que reconocer que las cartas ordenando la creación de las comisiones episcopales de Lyon, Burdeos y Narbona no habían salido aún pero prometía despacharlas inmediatamente y que accedía a que la comisión de Sens, que era donde más templarios había detenidos, empezara sus trabajos inmediatamente. Respecto al resto de cuestiones planteadas decía que podría no ser necesario trasladar a los templarios para la correspondiente investigación episcopal; que no había necesidad de interrogar de nuevo a los templarios que ya habían sido interrogados por el papa o los cardenales; y que los que había sido interrogados por los prelados o los inquisidores podían ser absueltos o condenados según procediera, si se estimaba que se contaba con suficientes elementos de juicio. El papa terminaba reiterando que se había reservado para sí el juicio de los dirigentes de la Orden y concluía la carta sin contestar a la pregunta sobre los relapsos⁸⁴⁴.

2.6.2 Celebración de los diferentes concilios provinciales.

Para estas fechas ya se habían constituido las correspondientes comisiones instructoras y celebrados los concilios de numerosos lugares. La lista de los mismos, según Lavocat, incluye Sens, Senlis, Rouen, Nimes, Provenza, Languedoc, Bolonia, Pisa, Florencia, Ravena, Aragón, Salamanca, Maguncia y Londres. Dado que el objetivo de este trabajo es el análisis del proceso a la Orden como tal y no a las personas de los templarios, estimamos este tema como tangencial y por ello nos vamos a limitar a transcribir la descripción que de los mismos hace alguien tan poco sospechoso de parcialidad hacia el Temple, como Pierre Dupuy, pues está considerado como un historiador panfletario de la monarquía francesa en general y de Felipe el Hermoso en particular⁸⁴⁵.

2.6.3 Concilio de Sens.

Recibidas las bulas papales, ante la falta de concreción de las mismas sobre el procedimiento a seguir en el juicio a los templarios como personas, el obispo de

⁸⁴⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 161-162.

⁸⁴⁵ «En cuanto a Dupuy, Guarda de la Biblioteca del rey, muerto en París en 1651, y conocido por su celo por los intereses de la Patria, [...] más ávido del personaje de Abogado que no osaría hacer nada contra los intereses de su patrocinado que el de Historiador imparcial para el que todos los hombres son iguales» (Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II., p. VII); «Pero Dupuy se ha constituido en defensor y apologista de Felipe IV». (Edgard Boutaric, *Clement V, Philippe le Bel et les Templiers*, p. 7).

París, Guillermo de Baufet⁸⁴⁶, confeccionó unas instrucciones procedimentales que después fueron adoptadas como modelo en otras diócesis. En nota al pie recogemos la traducción de las mismas a partir de la transcripción que figura en la obra de Lizerand⁸⁴⁷.

⁸⁴⁶ Guillaume de Baufet, obispo de París de 1304 a 1319.

⁸⁴⁷ «1.- Modelo de proceso verbal de interrogatorio.

En el nombre de Cristo, amen. Por el presente instrumento público sea patente a todos que nos, Guillermo, por la compasión divina, obispo de París,... etc y un tal inquisidor,... etc, hemos recibido de nuestro Santo Padre y señor, Don Clemente, por la Divina Providencia de la sacrosanta... etc, cartas auténticas, no canceladas ni abolidas, conteniendo lo que sigue:... Clemente, etc, etc [bulas de 12 de agosto] las cuales, recibidas con reverencia, mandan hacer una investigación de las personas del Temple que viven en nuestra villa y diócesis y lugares insignes, relativa a los cargos que figuran en el anexo enviado por el mencionado muy Santo Padre y soberano pontífice, y de cuyo tenor literal figura una reproducción más abajo, por un edicto de citación publicado en nuestra ciudad y diócesis y lugares insignes, conforme al tenor de dichas cartas apostólicas, edicto cuyo tenor literal es asimismo reproducido más abajo, hemos mandado que en el día tal y en tal lugar nos sean traídos a nuestra presencia las personas de los templarios por aquellos que tienen encomendada su custodia.

El mencionado día, en nuestra presencia, en el lugar antes dicho, comparece el tal en persona, no habiendo sido interrogado con anterioridad, como ha asegurado, ha jurado en nuestra presencia sobre los santos Evangelios -los cuales ha tocado con una de sus manos- decir pura y completa verdad, tanto sobre él mismo como sobre las otras personas de la mencionada Orden, en relación con los puntos relativos a la fe católica y a ciertos crímenes y ciertos horrores, que conforman el tenor de los cargos que figuran más abajo, dirigidos a nosotros por el arriba mencionado señor Soberano Pontífice y de los cuales el tenor literal es el siguiente: ... etc. Así pues, el mencionado sujeto, interrogado con cuidado sobre la época y modo de su recepción,... etc, respondió,...

2.- Manera de llevar el interrogatorio.

Sobre los templarios que siempre han negado y continúan negando, parece bueno que sean interrogados varias veces y que se ponga gran atención en si la segunda confesión difiere de la primera.

Item más, sobre el lugar, la época, la persona que los ha recibido, las personas presentes en la recepción y el modo de recepción.

Item más, si, tras la recepción pública, fueron llevados a un lugar secreto y si una vez allí se les hizo alguna cosa, en que consistió, cómo y en presencia de quien.

Item más, si hay alguno [de los asistentes a la ceremonia] que viva aún y si es posible disponer de ellos fácilmente, para oírlos bajo juramento y, en caso de que no se pueda disponer de ellos, que se escriba al prelado de la villa o diócesis donde se encuentren a fin de que se les oiga allí sobre estos y otros puntos y rendir cuenta sobre ello y hacer una investigación no solamente sobre la verdad de lo que dicen sino sobre la credibilidad que merecen y su reputación.

Item más, es importante que los templarios que se encuentren en esta situación sean puestos bajo una guardia segura.

Item más, que se les pregunte si ellos han visto recibir a alguien, donde y cuando y por quien fueron recibidos, el nombre de aquéllos en cuya recepción ellos estuvieron presentes y en presencia de quien; y en cuanto a los asistentes y los que oficiaban la recepción que sean oídos como se ha dicho antes; y lo mismo con referencia a su reputación.

Item más, que se les ponga bajo un régimen estricto, es decir a pan y agua y pocos alimentos, al menos que por enfermedad, por debilidad o por cualquier otra causa, deban ser alimentados más abundantemente. Si a pesar de todo no se avienen a decir la verdad y si se muestran convencidos, se les debe mostrar primeramente las confesiones, contenidas en documentos apostólicos sellados, realizadas por el maestre de la Orden y otros dignatarios y que se les debe decir que una gran mayoría de templarios han reconocido los hechos y, si hay alguno que persevera, se le debe hablar para convencerlo.

Dupuy, en la descripción que hace del desarrollo del concilio de Sens, dice que en aquel tiempo tuvo lugar en París un concilio contra los templarios en la provincia de Sens, presidido por el arzobispo Philippe de Marigny. Los prelados comisionados por el papa para llevar a cabo la encuesta contra la Orden mandaron al concilio a un cierto templario [en referencia a de Pedro de Bolonia] para ser oído. Continúa este autor diciendo que el concilio respondió que hacía dos años que el proceso había comenzado y que estaban reunidos por orden del papa para investigar a los templarios. Los defensores de los templarios dijeron a los comisarios que habían apelado al papa, al concilio de Sens y a otros concilios que tuvieron lugar por el mismo tiempo en otras provincias, a los que habían suplicado que tomaran conocimiento de este asunto. Que tanto los comisionados como los prelados rehusaron su intervención en base a que unos y otros tenían poder del papa y que mientras los concilios juzgaban a las personas los comisarios tenían por objeto la Orden toda. Al fin este concilio provincial terminó su largo proceso dictando sentencia contra varios miembros de la Orden. Las condenas fueron muy diferentes, pues mientras que unos fueron absueltos, otros fueron condenados a una pequeña penitencia y después liberados. Hubo algunos que fueron condenados a terminar sus días encerrados entre cuatro paredes. Y cincuenta y nueve de ellos, por ser considerados relapsos, fueron enviados por el obispo de París al brazo secular para ser quemados, lo que se llevó a cabo fuera de las puertas de san Antonio. Estos pobres miserables declararon hasta la muerte que eran inocentes y que todas las

Item más, si todo esto no sirve para nada, se les debe amenazar con la tortura, incluso grave, enseñándole los instrumentos, pero que no se les someta a los mismos tormentos; y si la amenaza no tiene éxito, se podrá recurrir a la tortura, primeramente ligera no debiendo pasar a otro nivel más que si es necesario. La tortura deberá ser proporcionada por un clérigo torturador idóneo, de la manera habitual y sin exceso.

Item más, no conviene administrar los sacramentos eclesiásticos, excepto la confesión, a los miembros de la Orden contra los cuales existe un rumor público y notorio; en este caso se les proporcionará un confesor discreto y seguro que les produzca un miedo saludable y los exhorte a volver a la verdad por la salud de sus almas y el bien de sus cuerpos; y que les diga que la Iglesia se mostrará misericordiosa con los que vengan a la verdad. Sin embargo este confesor no les impartirá la absolución sacramental ni la sepultura eclesiástica si perseveran en su estado.

Item más, que se les absuelva, al menos que no hayan sido ya absueltos con anterioridad, a los que hayan reconocido los hechos y que persistan en su confesión, después de que hayan abjurado de toda herejía con la solemnidad requerida para el caso, y que se les trate con benevolencia. Que, sin embargo, se les guarde de una manera segura y cuidadosa.

En cuanto a los que con anterioridad han negado los hechos y que ahora los reconocen se les debe hacer un interrogatorio sobre los puntos contenidos en el primer artículo y que se les guarde con cuidado dado que su negación primero los hace sospechosos; en cuanto a la administración de los sacramentos y la asistencia a los oficios divinos una vez que hayan sido absueltos y en los referente a la alimentación, se les trate con benevolencia como se ha dicho en el punto anterior. Se les podrá absolver del perjurio cometido en su primera declaración negativa imponiéndoles una penitencia saludable.

En cuanto a los que con anterioridad han negado los hechos y continúan negándolos, en lo que concierne a la alimentación y al resto, se actuará como con los que se han mencionado en el primer punto, excepción hecha de todos los que han sido oídos por el papa, los inquisidores y los ordinarios, que serán custodiados de manera segura hasta que sea ordenada otra cosa» (Traducción nuestra del texto en francés en: Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, pp. 138-145). [Apéndice N° 26].

acusaciones vertidas contra ellos eran falsas. Lo que el pueblo miró con asombro y consternación, unos admirando la constancia y la virtud de esta gente; otros detestando su obstinación. Termina Dupuy su relato haciendo referencia a un templario que había muerto, Jean de Thureyo, cuyo cadáver fue desenterrado y quemado como hereje.⁸⁴⁸

2.6.4 Concilio de Rávena y otros procesos seguidos en Italia.

Respecto a los procesos que tuvieron lugar en Italia, Dupuy dice que se hicieron exactos y rigurosos procedimientos. Que el arzobispo de Rávena reunió el concilio de la provincia, para avisar de la celebración del concilio general e informar contra los templarios de la provincia; que esto lo hizo con gran diligencia. Que hizo arrestar a los que pudo, los interrogó, y los amenazó con la tortura. En el pleno del concilio de la provincia presentó los cargos contra ellos, pidió consejo sobre si debía ser aplicada tortura y se le respondió que no. Los inquisidores sostuvieron que los herejes debían ser castigados. También se pidió devolver todo el asunto al papa y se resolvió que puesto que el concilio general estaba cerca, no era necesario hacer la devolución; que sería necesario absolverles a todos o que cumplieran una penitencia. El concilio fue de la opinión de que debían cumplir una penitencia, pero al día siguiente los obispos se reunieron y dieron su sentencia por la cual los inocentes fueron declarados absueltos y los criminales debían ser llevados ante la ley; que inocentes eran también los que habían hecho las confesiones por miedo a los tormentos y que era necesario conservar la Orden, puesto que la mayor parte estaba sana y no contagiada por la corrupción.

En Bolonia algunos justificaron haber vivido siempre sanamente y no haber cometido ninguno de los crímenes de los que eran acusados por sus hermanos.

Los arzobispos de Pisa, Florencia y los que habían sido encargados por el papa de informar contra la Orden en Lombardía y Toscana, dirigieron sus respectivos procesos. Por las confesiones de varios templarios, que hablaron según lo que habían visto, otros según lo que habían oído y por circunstancias varias y por indicios, los templarios eran claramente responsables de crímenes detestables como los de Francia y según los artículos enviados por el papa⁸⁴⁹.

2.6.5 Concilios en los reinos de la Península Ibérica.

De los procesos llevados a cabo en España, dice Dupuy que Jaime II de Aragón recibió, estando en Valencia, las cartas del rey de Francia y también de un

⁸⁴⁸ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre*, pp. 44-45.

⁸⁴⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templier*, p. 46.

religioso llamado Remy de Brugaria, doctor en Teología, el uno de diciembre, en presencia de los grandes del reino. Reconociendo la importancia del asunto, pues se trataba de un tema relacionado con la religión, encargó a los obispos de Valencia y de Zaragoza, que estaban cerca de él, de informarse de las vidas de los templarios de sus diócesis. Los obispos y el inquisidor informaron al rey que los templarios no querían declarar y se habían retirado a sus plazas fuertes, por lo que era llegado el momento de prenderles, lo que así se hizo en virtud de órdenes del tres de diciembre, siendo sus bienes requisados. El inquisidor, además, envió aviso a varias villas para que no prestaran ayuda a los templarios y emitió una citación contra ellos para comparecer en Valencia en el convento de los predicadores, para responder de su fe. El rey por su lado reunió a los prelados de su estado en Valencia el día de la Epifanía, para ser aconsejado sobre cómo proceder en este asunto. Los templarios, al aperebirse de la persecución de que eran objeto, se resistieron el mandato del rey y de la Iglesia, por lo que el monarca mandó someterlos por las armas, a lo cual pusieron gran resistencia. Los caballeros que eran así perseguidos en Aragón, escribieron al papa protestando por considerar que eran perseguidos injustamente, y diciendo que eran falsamente acusados; que sus actos eran bien conocidos de todos y que no se debía hacer nada contra su instituto; que en los términos en que eran acusados, no se podía incluir a los miembros de su orden, que estaban en las manos de los infieles, que no habían querido renegar del nombre de cristianos jamás; que si lo hubieran hecho se habrían evitado pasar mil calamidades; que se considerase el mal que se ocasionaría a la Cristiandad con su castigo puesto que eran conocidos por ser necesarios para su defensa; que si algunos habían confesado crímenes tan abominables, que se les hiciera castigar, pero que no era justo que toda la Orden y los inocentes sufrieran. Terminaban su escrito suplicando al papa que pusiera la Orden bajo su protección, ofreciendo someterse al juicio de la Santa Sede Apostólica y defender su fe por las armas, como debían hacer los buenos caballeros, contra todos los que les acusaban falsamente y añadiendo que sus bienes eran la causa de esta persecución; que eran verdaderos católicos y fieles cristianos; que dado que no había ningún prelado, religioso u otro que actuara en su defensa, le tocaba a él, es decir, al papa, de emprenderla y que hasta que tuvieran una respuesta de la Santa Sede se retiraban a sus fortalezas. El rey de Aragón, sin embargo, preparó a su gente para asediar los fuertes en los que se encontraban los caballeros, el principal de los cuales, el castillo de Monzón, cuyo comendador era Barthelemi de Belvis, fue asediado por Artault de Luna gobernador de Aragón, que lo tomó poco tiempo después; y enseguida se rindieron otros castillos como Miravete, Cantavieja y Castellot, siendo hechos prisioneros todos los que fueron encontrados dentro y enviados a diversos lugares del reino. El papa entonces comisionó al obispo de Valencia para llevar a cabo el proceso.

En Castilla, donde reinaba Fernando IV, los arzobispos de Compostela y Toledo, con el inquisidor Nicolás Eymerich (autor del *Directorium Inquisitorium*) informaron contra la Orden y fue objeto de deliberación en los concilios provinciales. Gonsalve, arzobispo de Toledo, citó al maestre provincial de los templarios llamado Roderic de Ivanius. El rey de Castilla los hizo prender a todos y requisó sus bienes.

En Salamanca se celebró un concilio provincial, de diez obispos⁸⁵⁰ en el cual los templarios [de León, Castilla y Portugal] fueron declarados inocentes, de lo cual se informó convenientemente al papa⁸⁵¹. En nota al pie Dupuy amplía su relato de este concilio y dice que la finalidad del concilio fue la instrucción del proceso contra los templarios, que se examinaron los cargos contra ellos, que se leyó la información pertinente, que se les interrogó y que se tomó nota de sus respuestas, y que, finalmente, los padres conciliares, después de un atento examen de todo lo actuado, juzgaron de manera unánime que los templarios no eran culpables del crimen del que se les acusaba, pero que sometían la última decisión al papa, al que enviaron el acta del concilio⁸⁵².

En Portugal no se celebró concilio alguno y se optó porque fuese el concilio de Salamanca, al que asistieron los obispos de Lisboa y Guarda, el que juzgase a los templarios portugueses junto con los castellanos. Tan pronto como el rey portugués Dionisio I recibió las bulas papales ordenando la encarcelación de los templarios y la requisa de sus bienes, nacionalizó las propiedades de la Orden y puso a los templarios bajo su protección, contestando al papa que no había podido detenerlos porque tanto el maestre provincial, fray Vasco Fernandes como el resto de los templarios se habían ausentado del reino por razones desconocidas⁸⁵³.

En estos reinos es de señalar que el dieciocho de marzo de 1311 Clemente V, a la vista de la tardanza de los reinos de Península Ibérica en enviarle las actas de los concilios, emitió una bula, conocida como *Dudum et eliciendum* requiriendo a los obispos castellanos, aragoneses y portugueses el sometimiento de los templarios encarcelados a interrogatorio «exponiéndolos a tortura y tormento». En los meses siguientes las instrucciones papales fueron cumplidas al pie de la letra, pero a pesar de las torturas, los interrogados continuaron negando las acusaciones⁸⁵⁴.

2.6.6 Concilio de Londres y otros celebrados en las Islas Británicas.

De los procesos seguidos en Inglaterra, dice Dupuy que tan pronto como llegaron las cartas del papa a Inglaterra, el arzobispo de Cantorbery reunió el concilio de la provincia del que no se sabe más, pero si se sabe que este año en el mes

⁸⁵⁰ En nota al pie indica Dupuy que éstos fueron: Rodrigo, arzobispo de Compostela, Juan, obispo de Lisboa, Juan obispo de Guarda, Gudisalvo obispo de Zamora, Sancho obispo de Ávila, Alfonso obispo de Ciudad Rodrigo, Domingo obispo de Plasencia, Rodrigo obispo de Mondoñedo, Alfonso obispo de Astorga, Juan obispo de Tuy y Juan obispo de Lugo (Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 51).

⁸⁵¹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 51.

⁸⁵² Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 51.

⁸⁵³ Ruy de Pina, *Chronica do príncipe Dom Diniz sexto rey de Portugal*, Ferreyriana, Lisboa, 1729, pp. 49-60.

⁸⁵⁴ Santiago Muñoz Machado, *Los grandes procesos de la Historia de España*, Editorial Crítica S. L., Barcelona, 2002, p. 56.

de enero todos los templarios fueron detenidos el mismo día y llevados a diversas prisiones y fueron oídos en un sínodo celebrado en Londres los meses de mayo y junio en el que confesaron sus crímenes⁸⁵⁵.

En Escocia se reunió el concilio en Edimburgo, ante el que solamente comparecieron dos templarios, pues, según parece, el resto huyó al tener noticias de las detenciones masivas en otros lugares de la Cristiandad. Además de los dos templarios fueron oídas las declaraciones de cuarenta y un testigos. Tanto los templarios como la Orden fueron exculpados de todo error y declarada su inocencia⁸⁵⁶.

Ante el concilio de Irlanda comparecieron cincuenta y dos testigos de los que solamente trece eran templarios que se encontraban detenidos, ninguno de los cuales realizó ninguna confesión inculpatória. No se pudo probar ninguna de las acusaciones contra la orden del Temple⁸⁵⁷.

2.6.7 Concilios de Alemania.

Según Dupuy, el papa escribió también a los todos los arzobispos, obispos, preladados y otros eclesiásticos de Alemania, para pedirles ayuda para el abad Crudacio, de la diócesis de Viviers, que había enviado a su país para informar contra los templarios, exceptuando de este encargo a las diócesis de Maguncia, Colonia, Trevers, Magdeburgo, Basilea, Constanza y Estrasburgo, a cuyos ordinarios había enviado una comisión especial para informarles. También es sabido que el duque de Austria hizo arrestar a todos los templarios de sus tierras, a solicitud del papa⁸⁵⁸.

2.6.8 Arrestos y juicio en Chipre.

Sobre los arrestos en Chipre, dice Dupuy que, por aquel tiempo, el papa tuvo conocimiento de que Amaury, señor de Tiro y gobernador del reino de Chipre, en cumplimiento de las órdenes papales, había querido arrestar a todos los templarios de la isla y que no lo había podido hacer, puesto que los había encontrado armados y vigilantes como consecuencia de la información que habían recibido. No obstante, viendo que de todas formas sería necesario ejecutar la orden de detención contra ellos, el mariscal, el preceptor, el trapero, el tesorero y otros caballeros de la Orden, hasta diez, habían venido a Nicosia a someterse con todos sus hermanos para cumplir la voluntad del papa; que él los había hecho arrestar y tomado todo lo que tenían en armas y caballos⁸⁵⁹.

⁸⁵⁵ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 50.

⁸⁵⁶ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 263.

⁸⁵⁷ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 263.

⁸⁵⁸ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 53-54.

⁸⁵⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 55.

Estos hechos que cuenta Dupuy se encuentran recogidos en una carta escrita por el regente de Chipre, Amalarico, al papa, en contestación al requerimiento que éste le había hecho de detener a todos los templarios y en ella le da cuenta de haber cumplido la orden de arresto. Por la contestación del regente chipriota sabemos que la carta papal tiene fecha de mayo y que fue llevada en mano por el monje Haïton a la vuelta a Chipre de su viaje a los estados papales. Por su interés reproducimos en nota al pie la traducción de los párrafos más interesantes de la carta dirigida por Amalarico, regente de Chipre, a Clemente V comunicándole el cumplimiento de la orden de detención de los templarios de la isla⁸⁶⁰.

El número total de templarios detenidos en Chipre ascendió a 118, de los que 83 eran caballeros y 35 sargentos y otras clases. Tras la capitulación, los hermanos fueron divididos en dos grupos, la mitad de los cuales fue enviado con el mariscal Aymon d'Oiselay al asentamiento templario de Khirokitia, y la otra mitad, con el comendador de la isla, a la propiedad templaria de Yermasoyia⁸⁶¹.

2.6.9 Concilio de Provenza.

Según Dupuy, en Provenza, Carlos II, rey de Sicilia y conde de Provenza hizo lo mismo que había hecho Felipe IV en Francia. En cumplimiento del mandato del papa hizo arrestar a todos los templarios del condado de Provenza y el tres de enero de 1308⁸⁶² envió cartas a todos sus jueces en las que les decía que les adjuntaba otras cartas que debían mantener cerradas y secretas hasta el día veintitrés del mismo mes, día en el cual deberían proceder a la ejecución de lo que en ellas se decía, con todo rigor, bajo pena de muerte. Estas cartas secretas decían que, siguiendo el mandato del papa, les ordenaba tomar prisioneros a todos los templa-

⁸⁶⁰ «Sobre el asunto de vuestra carta de mayo próximo pasado, entregada en mano por el hermano Haïton de noble cuna, señor de Curcho, referente al asunto caliente de los templarios, con espíritu de ferviente obediencia he resuelto obedecer vuestras órdenes con toda la diligencia posible: pero [teniendo en cuenta que] los templarios en este reino son muchos y fuertes, tanto en armas como en caballos, que habían sido advertidos de todo y se habían retirado con las tropas a Nimocia, bien preparados para defenderse: [...] lo que me ha obligado a proceder en este asunto con gran circunspección. No obstante, como han visto que estaba resuelto a ejecutar la Orden de Vuestra Santidad, el mariscal, el preceptor, el pañero, y el tesorero, y alrededor de diez hermanos, han venido a Nicosia a mi residencia el veintisiete de mayo; y en presencia de dos obispos, de frailes predicadores, menores, cistercienses, carmelitas, de prelados y de muchos canónigos, barones, caballeros, y otros muchos, han ofrecido, con grandes demostraciones de humildad, someter sus personas [...]. Así pues he resuelto, siguiendo lo que he encontrado ser más seguro, custodiarlos de manera separada tras haberme sido entregados por ellos sus armas y sus caballos, y haré confeccionar inmediatamente, como habéis mandado, el inventario de sus bienes» (Traducción nuestra del texto en: Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 55-56). (El documento se encuentra también en Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, pp. 104-106). [Apéndice N° 27].

⁸⁶¹ Peter W. Edbury, «The arrest of the Templars in Cyprus», en *The Debate on the trial of the Templars (1307-1314)*, p. 253.

⁸⁶² Aunque Dupuy dice 1307, ponemos la correcta. En cuestión de fechas Dupuy comete muchos errores.

rios de Provenza y Forcalquier el veinticuatro del mes de enero y requisar todos sus bienes y realizar con ellos buenos y leales inventarios, hasta que se ordenase otra cosa. Las órdenes fueron debidamente ejecutadas y los templarios condenados a muerte y ejecutados y sus bienes confiscados en provecho del conde de Provenza que dio parte al papa y los inmuebles fueron entregados a los hospitalarios⁸⁶³.

Raynouard disiente de Dupuy y dice que según consta en un documento que él ha visto, Albert de Blacas, preceptor de Aix y de Saint-Maurice, vivió hasta su muerte -por causas naturales- en esta última encomienda con consentimiento de los hospitalarios y que este documento permite afirmar que en Provenza, los templarios fueron bien tratados lo que hace suponer que habían sido declarados inocentes⁸⁶⁴.

2.7 Proceso contra la Orden.

2.7.1 Constitución de la comisión papal de investigación.

En la actuación de la comisión papal contra la Orden hay que distinguir tres fases claramente diferenciadas: una la que va desde el ocho de agosto de 1309 al veintiocho de noviembre del mismo año; la segunda que va desde el tres de febrero de 1310 al treinta de mayo de 1310; y la tercera la que comenzó el tres de noviembre de este año y se extendió hasta el cinco de junio de 1311⁸⁶⁵.

En el mes de agosto de 1309, mientras estuvo vacante la sede arzobispal de Sens, los miembros de la comisión pontificia encargada de la causa contra la Orden, se instalaron en París. Tal como disponía la bula *Faciens misericordiam*, eran ocho:

Gilles de Aiscelin, el arzobispo de Narbonne;
Guillaume de Trie, obispo de Bayeux;
Guillaume Duranti, obispo de Mende;
Raynald de Laporte, obispo de Limoges;
Mathieu de Naples, archidiácono de Rouen;
Jean de Mantua, notario apostólico, archidiácono de Trento;
Jean de Monlaur, archidiácono de Maguelonne;
Guillaume Agarni, preboste de la Iglesia de Aix⁸⁶⁶.

⁸⁶³ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 57.

⁸⁶⁴ Raynouard, *Monuments historiques relatives*, pp. 199-200.

⁸⁶⁵ Malcolm Barber, *The Trial of the Templars*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 291-293.

⁸⁶⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 213.

Adjuntos a estos comisarios, había cinco notarios pontificios, encargados de levantar las actas de los interrogatorios e incluso de algunas misiones especiales⁸⁶⁷ y dos encargados de la custodia de los detenidos: un laico, Jean de Janville, y un clérigo, Philippe de Vohet, preboste de la Iglesia de Poitiers, ambos bajo la supervisión del obispo de Palestrina. Este Jean de Janville es uno de los que habían sido comisionados por el rey para llevar a cabo las detenciones de los templarios y los primeros interrogatorios⁸⁶⁸.

2.7.2 Primera fase de la instrucción.

2.7.2.1 Constitución de la comisión y primera sesión.

A la primera sesión y sesión constitutiva de la comisión, que tuvo lugar el ocho de agosto de 1309, no compareció Jean de Agarni, preboste de Aix-en-Provence, que no tomó parte alguna en el proceso⁸⁶⁹.

En esta sesión, la comisión se limitó, además de a su constitución formal, a convocar a su presencia a todos los templarios detenidos y a cuantas personas tuvieran algo que decir a favor o en contra de la Orden, a cuyo efecto empezó a enviar las citaciones para el día doce de noviembre, en el palacio episcopal de París, a todos los templarios que quisieran prestar declaración en defensa de su orden, así como a los testigos, religiosos y laicos que quisieran comparecer voluntariamente. Las citaciones fueron enviadas a las diócesis y archidiócesis en las que se estaban celebrando los procesos contra las personas, solicitándoles la exposición pública de las mismas. La Orden como institución también fue convocada a asistir, en las personas de sus síndicos, procuradores o defensores, a la lectura de la sentencia en el concilio ecuménico de Vienne⁸⁷⁰.

El doce de noviembre, día fijado para la primera audiencia no compareció nadie ante la comisión, por lo que ésta hizo pública su decisión de aplazamiento para cuatro días más tarde. Tampoco en esta nueva fecha apareció nadie⁸⁷¹.

En este lapso de tiempo la comisión recibió cartas de varios obispos informando del curso de las citaciones, por lo que sus miembros pudieron constatar que de todos solo la mitad, aproximadamente, habían cumplido lo solicitado y que entre los incumplidores estaba el propio obispo de París, por lo que decidieron escribirles de nuevo, esta vez de manera más imperativa, advirtiéndoles que, de acuerdo con el mandato recibido del Santo Padre, no era su intención invadir su jurisdicción, sino sólo llevar a cabo la instrucción por las acusaciones vertidas contra la

⁸⁶⁷ Epígrafe 2.8.5.

⁸⁶⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 214-215.

⁸⁶⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 16-19.

⁸⁷⁰ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 12-15.

⁸⁷¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 18-19.

Orden en tanto que institución eclesiástica sometida al Derecho Canónico. Al final de la carta se les reiteraba que sólo los templarios que quisieran presentarse voluntariamente debían ser enviados⁸⁷².

El veintidós de noviembre tuvo lugar una nueva reunión de la comisión en la capilla abovedada del palacio episcopal de París y ante ella compareció el propio obispo de París y dijo que había visitado personalmente a Jacques de Molay, a Hugo de Pairaud y a algunos otros templarios detenidos en las cárceles de su jurisdicción y que les había hecho leer y traducir las cédulas de citación a lo que habían respondido que estaban dispuestos a personarse voluntariamente ante la comisión. También dijo el obispo que había mandado mensajeros a los diversos lugares de la diócesis en los que había templarios detenidos con orden de proceder a la misma lectura. Los comisarios encargaron a Philippe de Vohet y Jean de Janville escoltar ante la comisión a los templarios que quisieran comparecer⁸⁷³.

En esta misma sesión del veintidós de noviembre de 1309 se decidió preguntar a los templarios comparecientes si querían o no defender a la Orden, consignando la respuesta afirmativa o negativa. A los que contestaban negativamente se les decía que quedaban a disposición del obispado de su lugar de procedencia para ser llamados en el auto de fe. A los que contestaron afirmativamente se les dio la oportunidad de presentar medios de prueba y excepciones procesales y de cualquier otro tipo y de dirigir al tribunal cuantas observaciones creyeran oportunas. A todos los efectos fueron considerados partes del proceso por lo que no fueron llamados como testigos⁸⁷⁴.

El primero que se presentó ante la comisión fue un ex-templario, llamado Jean de Mèlot, que afirmó que no estaba dispuesto a defender a la Orden. La singularidad de este declarante estribaba, aparte de ser el primero que compareció ante la comisión, en que algunos autores, entre los que cabe citar a Dupuy, lo han confundido con Jacques de Molay por la similitud en la grafía de los nombres. Aparte de esta peculiaridad, este testigo se limitó a decir que había permanecido en la Orden durante diez años, que nunca había oído ni sabido nada malo contra el Temple y que si se había presentado era porque estaba sin recursos y necesitaba ayuda para subsistir⁸⁷⁵.

Entre el veintidós y el veintiséis de noviembre comparecieron ante la comisión un total de catorce templarios, que declararon que no querían defender a la Orden ante la comisión. Entre ellos estaba Hugo de Pairaud, visitador de la Orden, que declaró que «estaba listo para hablar delante del papa, pero que no tenía nada que decir a los comisarios y que les rogaba que hicieran llegar al papa y al rey que cuidaran bien de los bienes y que fueran destinados a Tierra Santa». El primero de

⁸⁷² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 24-25.

⁸⁷³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 25-26.

⁸⁷⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 25-26; Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 217. [Apéndice 28].

⁸⁷⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 27; Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 219.

los que se presentaron fue el hermano Gerard de Caux, caballero, que declaró comparecer porque había recibido una orden en tal sentido del obispo de París siguiendo las instrucciones de la comisión, lo que dio lugar a una enérgica protesta por parte de los comisarios ya que ellos tenían la intención de escuchar sólo a quienes quisieran presentarse voluntariamente, pero teniendo en cuenta que ya se encontraba allí, le preguntaron si quería decir algo en defensa de su orden, a lo que respondió, tras una larga perorata, que era un simple caballero, que no poseía armas ni tierras y que no sabía cómo defender al Temple⁸⁷⁶.

2.7.2.2 Cuarto interrogatorio a Jacques de Molay.

El veintiséis de noviembre de 1309 fue llevado ante la comisión el maestre Jacques de Molay y preguntado si quería representar a la Orden y si tenía algo que decir en defensa de la misma, el maestre respondió:

«La orden del Temple ha sido confirmada por la Santa Sede y de ella proceden sus privilegios. Veo con estupor que la Iglesia de Roma quiere proceder sumamente deprisa a la destrucción del Temple, mientras que la sentencia contra el emperador Federico⁸⁷⁷ se retrasó durante treinta y dos años. No estoy suficientemente preparado ni es aconsejable que yo la defienda; pero estoy listo para hacerlo en función de mis medios. Sería un miserable y podría ser considerado como tal, si no defendiera a una orden que me ha colmado de favores y de honores, aunque me parece difícil cumplir convenientemente este deber dado que soy un prisionero del papa y del rey. Poseo apenas cuatro *deniers* que es todo cuanto puedo emplear para la defensa, al menos que se me proporcione todo lo necesario para ello. Pido, pues, opinión y consejo; mi intención es que la verdad de los hechos imputados a la Orden sea conocida, no solamente de todos los hermanos, sino en todas las partes del mundo, por los reyes, los príncipes, los prelados, los duques, los condes, los barones. Estoy listo para asistir a las declaraciones y confesiones de los reyes, de los príncipes, de los prelados, de los condes y de los barones y de toda la gente honesta».

Dado que el maestre no tenía con él a nadie a quien pedir consejo, pues sólo disponía de un siervo y como el asunto era grave, los comisarios le puntualizaron que haría bien en reflexionar sobre la defensa para la que se había ofrecido y que tuviera en cuenta las confesiones que ya había realizado contra él mismo y contra la Orden, pero que si persistía estaban dispuestos a oír su defensa e, incluso, acordaron concederle un plazo de tiempo para deliberar, pero le advirtieron que era necesario que supiera que en materia de herejía y de fe el procedimiento era simple, de plano, sin necesidad de abogados y sin atenerse a las formalidades ordinarias de los juicios. A fin de ayudar al maestre en su defensa, la comisión hizo que se diera lectura a las diversas bulas promulgadas por el papa, haciendo hincapié en la titulada *Faciens misericordiam* en la que se recoge el interrogatorio de los tres carde-

⁸⁷⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 29.

⁸⁷⁷ Se decidió en el primer concilio de Lyon, celebrado en tres sesiones los días 28 de junio, 5 de julio y 17 de julio de 1245, con el objeto de deponer a Federico II de sus títulos de rey y emperador, acusándolo de usurpador de los bienes y opresor de los bienes de la Iglesia Católica (José Orlandis, *La Iglesia Antigua y medieval*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003, p. 327).

nales en Chinon, momento en el cual el gran maestre dio muestras de gran agitación e hizo dos veces la señal de la cruz y grandes gestos de estupefacción y dirigiéndose a los comisarios les gritó:

«Si fueseis personas diferentes, a las cuales yo pudiera dirigirme, diría otra cosa».

A lo cual le respondieron los comisarios que ellos no estaban allí para entablar un duelo dialéctico con él, replicando Jacques de Molay:

«Yo no pretendo eso, pero contra tales perversos place a Dios que se use la costumbre de los sarracenos y de los tártaros que arrancan la cabeza de los perversos reconocidos como tales o le cortan el cuerpo por la mitad».

Los comisarios replicaron que la Iglesia juzgaba como herejes a los que habían reconocido ser herejes y que los obstinados eran abandonados al brazo secular.

Entonces el maestre solicitó hablar con Guillermo de Plaisians que se encontraba presente entre el público, pese a no ser parte de la comisión ni haber sido citado por ésta. La comisión accedió y Plaisians y de Molay se reunieron en un lugar aparte. Tras la reunión con Plaisians, el maestre se dirigió a la comisión y dijo:

«Veo bien que si no delibero con cuidado puedo meterme en un lío grave, por lo que suplico a los miembros de la comisión que me concedan un plazo hasta el viernes [veintiocho de noviembre] para proceder».

La comisión accedió a lo solicitado por el maestre e, incluso, le ofreció concederle uno más largo si le convenía⁸⁷⁸.

2.7.2.3 Interrogatorios del veintisiete de noviembre de 1309.

Mientras el maestre preparaba su defensa, doce personas comparecieron el día veintisiete de noviembre ante la comisión. Prestamos especial atención a la declaración del hermano Ponzardus de Gisiaco⁸⁷⁹, preceptor de Payens, por ser él el que señaló a los denunciantes. A la pregunta de si estaba dispuesto a defender la Orden, respondió:

«Todos los hechos de los que la Orden está imputada, la negación de Cristo, escupir sobre la Cruz, las costumbres depravadas y otros hechos enormes, son falsos. Las confesiones de estos actos, realizadas por mí y por los hermanos, han sido obtenidos mediante violencia, intimidación y miedo. Se nos ha aplicado tortura por Floyrano de Biteris, prior de Montfaucon [es el mismo que aparece en Baluze, T. I (p. 99)] y por Guillaume Robert nuestros enemigos. Las declaraciones han sido realizadas después de un acuerdo entre los prisioneros y los que le retenían en prisión y a causa del miedo a la muerte, dado que treinta y seis hermanos habían muerto en París tras los interrogatorios, y por la tortura y muchas otras causas y en otros lugares. Estoy listo para defender a la Orden por mí y por mis compañeros, si se me provee de los medios a costa de los bienes del Temple. Solicito el consejo de los hermanos

⁸⁷⁸ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 32-35. [Apéndice N° 29].

⁸⁷⁹ Es el mismo Ponsard de Gisy al que se menciona en otras partes de esta tesis.

Reinaldo de Pruino, comendador de la casa de Orleáns y Pedro de Bolonia, sacerdote».

En este momento Gisiaco presentó a la comisión un escrito, tal como autorizaban las normas de la Inquisición, en el que hacía constar los nombres de los traidores que le habían denunciado falsamente.

Los miembros de la comisión le preguntaron si le habían torturado y respondió:

«Sí, durante tres meses, antes de las confesiones que he realizado ante el obispo de París, con las manos atadas a la espalda tan fuertemente que la sangre me salía por las uñas, se me ha colocado en una fosa, por lo cual protesto y si se me vuelve a aplicar, negaré todo lo que estoy diciendo y diré todo lo que se quiera. Pero a pesar de todo, estoy dispuesto a sufrir el despellejo, el fuego, el agua hirviendo, por el honor de la Orden. No podría soportar más tormentos de los que ya he sufrido durante dos años de prisión»⁸⁸⁰.

Para contrarrestar el efecto que las palabras de Gysiaco habían causado en los miembros de la comisión, el preboste de Poitiers, Philippe de Vohet⁸⁸¹, en presencia del templario declarante, presentó a la comisión un documento que le había sido remitido por el compareciente y que pese a las protestas del mismo diciendo que había sido escrito en un momento de ofuscación con el tesorero de la Orden, fue leído. En él Ponsard decía que a los hermanos les estaba prohibido:

- 1) Participar en el ofertorio;
- 2) Sostener a los niños durante el bautizo en la pila bautismal;
- 3) Pernoctar bajo el mismo techo que una mujer;
- 4) Que los maestros que actuaban en la recepción de los hermanos y hermanas les hacían prometer obediencia, castidad y pobreza, pero cuando ya estaban dentro las desfloraban⁸⁸²;
- 5) Que dichas hermanas eran obligadas a mantener relaciones carnales con los dignatarios de la Orden y tenían hijos de ellos, los cuales al hacerse mayores ingresaban en la Orden, a pesar de que los estatutos prohibían la admisión de bastardos y de que, incluso, se admitía a ladrones, asesinos, simoníacos y excomulgados si tenían dinero, a todo lo cual se unía el perjurio, pues los nuevos ingresados eran obligados a jurar que no habían comprado su ingreso en la Orden;
- 6) Que los que molestaban a un superior eran enviados a primera línea de combate, o a donde nadie les conociera, para morir de pena y de vergüenza;
- 7) Que las disputas en la Orden eran frecuentes, como cuando Gerard de

⁸⁸⁰ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 36-39. [Apéndice N° 30].

⁸⁸¹ Uno de los dos carceleros de los templarios.

⁸⁸² *Item, li maistres qui fesoit freres et suers du Temple, aus dites suers fesoient promestre obedience, chaste, vivre sans propre, et li dit maistre leur prometoient foi et loiauté, come à leurs suers,...* (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 38).

Referencias a las «hermanas» de la Orden se pueden ver en el artículo 70 de la Regla y en los artículos 541 y 683 de los Estatutos jerárquicos.

Villiers fue acusado de la pérdida de la isla de Tortosa y de la muerte de los que en ella vivían, lo que obligó a de Villiers a huir⁸⁸³.

Esta denuncia de fray Gysiaco contra sus propios hermanos, a pesar del efecto demoledor que para su credibilidad pudo tener ante la comisión, nos da una idea de los medios que fueron empleados en las prisiones para obtener lo que se quería de los detenidos.

Resulta evidente que este hermano temía que por haberse presentado para defender a la Orden, sus sufrimientos en la prisión se agravarían. El diecinueve de febrero siguiente manifestó que persistía en querer defender a la Orden, sin embargo no consta que volviera a ser citado.

Este mismo día veintisiete de noviembre comparecieron los hermanos Johannes de Saracuria, alias de Cela, Jacobus Verjus, Johannes de Villa Serva, Gubertus de Malle, Aymo de Barbona, Stephanus de Pruino, Guillelmus Boscelli, Nicolaus de Cellas, Johannes de Furno, alias Tortavilla, Poncius de Bono Opera, todos los cuales declinaron la defensa de la Orden por motivos diversos (principalmente porque no se consideraban preparados o porque no quería litigar contra el papa y el rey) excepto fray Aymo de Barbona, de la diócesis de Troyes, que preguntado si quería defender a la Orden, respondió:

«Me ha sido aplicada tortura en tres ocasiones, se me ha hecho sufrir el suplicio del agua, que se me ha introducido por la boca por medio de una jarra. Se me ha tenido a pan y agua durante siete semanas; soy pobre y me sería difícil defender a la Orden, pero gustosamente lo haré, aunque estoy prisionero. Durante tres años he estado de guardia de la cámara del gran maestro en ultramar, no sé nada malo contra él ni contra la Orden. No sé qué hacer, mi cuerpo sufre y mi alma llora; he sufrido mucho por la Orden, no diré nada a favor ni en contra mientras esté en prisión».

Preguntado si quería añadir algo más, reiteró:

«No añadiré nada más a lo que acabo de declarar, mientras continúe estando en prisión»⁸⁸⁴.

El dieciocho de febrero de 1310 Aymo de Barbona, volvió a declarar que estaba dispuesto a defender a la Orden y lo reiteró el veintiocho y el treinta y uno de marzo, pero el diecinueve de mayo, al conocer la ejecución de los cincuenta y cuatro hermanos que por decisión del concilio de Sens había tenido lugar el doce de mayo anterior, desistió de este deseo de defensa de la Orden.

2.7.2.4 Quinto interrogatorio del maestro.

El viernes veintiocho de noviembre de 1309, compareció de nuevo ante la comisión Jacques de Molay y se expresó como sigue:

«Os agradezco el plazo que me habéis concedido para deliberar sobre el punto de si debo o no defender a la Orden; Os agradezco también la oferta

⁸⁸³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 37- 39.

⁸⁸⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 40.

de tener un plazo más largo. Verdaderamente me habéis colocado un lazo en el cuello. Soy un caballero iletrado y pobre; en la lectura que habéis hecho de la bula del papa, he escuchado que él se había reservado al gran maestre y a los dignatarios principales de la Orden; en el estado en que me encuentro no quiero añadir nada más».

Preguntado que aclarara si quería o no defender la Orden, respondió:

«No; iré a la presencia del papa cuando a él le plazca; pero como todos los hombres, yo soy mortal, os suplico pedirle al papa que me llame ante él lo más pronto que sea posible, porque le hablaré con sinceridad por amor a Cristo y a la Iglesia».

Advertido por los comisarios que estaban reunidos para llevar a cabo la instrucción contra la Orden y no contra las personas, el gran maestre replicó:

«Os tengo por personas que procedéis fielmente en este asunto. Para descargar mi conciencia quiero exponeros tres puntos que conciernen a la Orden:

No creo que haya habido iglesias, con excepción de las catedrales, que tengan ornamentos más bellos y reliquias más ricas que las de los templarios, ni en las que los sacerdotes celebren mejor el oficio divino.

[No creo] que haya ningún lugar donde se hagan limosnas más grandes, pues en toda la Orden, por decisión del capítulo general, se dan tres días por semana limosnas a los que la piden.

No conozco ninguna religión [orden], ni ninguna nación, que haya expuesto más veces su vida en defensa de la fe cristiana y que haya derramado más su sangre combatiendo a los enemigos del catolicismo. Cuando el conde d'Artois perdió la vida en un combate en ultramar, quiso que los templarios fuesen en la vanguardia; si el príncipe hubiera escuchado al gran maestre de entonces, ni él ni otros muchos hubieran muerto»⁸⁸⁵.

Los comisarios respondieron que todo lo dicho estaba muy bien pero que era inútil sin la fe, a lo que replicó el gran maestre:

«Es verdad. Yo creo en Dios y en la Trinidad y en todos los puntos de la fe católica: un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo, una sola Iglesia; y que cuando el alma se separa del cuerpo, sabe lo que es bueno y lo que es malo; cada uno conocerá la verdad».

En este punto, dice Lavocat, que el maestre hablaba por toda la Orden y que era imposible hacer una profesión de fe más ortodoxa, pero que la rectitud de la Orden y la de sus miembros importaba poco a la comisión, lo que se quería eran sus bienes, la destrucción de una comunidad que a la fuerza de la espada temporal unía la de la espada espiritual⁸⁸⁶.

Nogaret, que había llegado unos momentos antes a la sala en que estaba reunida la comisión, tomó la palabra y reprochó al maestre que el propio sultán de Babilonia, Saladino, les había acusado de prácticas contra natura y que eran preva-

⁸⁸⁵ Jacques de Molay hacía referencia a la batalla de Mansoura en la que perdieron la vida el conde d'Artois y otros muchos.

⁸⁸⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 230.

ricadores de su ley y de su fe, a lo que con gran asombro, respondió Jacques de Molay:

«Jamás he oído decir nada parecido; pero sobre este asunto sé que en tiempos del gran maestre Guillelmus Bello Joco, yo y otros jóvenes caballeros, murmurábamos contra este gran maestre, porque queríamos combatir, hacer la guerra, participar en hechos de armas; porque durante la tregua que el rey de Inglaterra acordó entre los cristianos y los sarracenos, el dicho gran maestre rindió homenaje al sultán con el fin de obtener de él mejores condiciones [durante su cautiverio]; finalmente hemos aprobado la conducta de nuestro gran maestre porque la Orden ocupaba y tenía bajo su cuidado varias villas y fortalezas cerca de las fronteras del sultán, las cuales se hubieran perdido si no hubieran recibido el avituallamiento enviado por el rey de Inglaterra⁸⁸⁷.

Os ruego humildemente, a vos y al guardián del sello, que me proporcione los medios para oír misa y otros oficios divinos, y que se me permita tener una capilla con mi capellán».

Los comisarios y Nogaret felicitaron a de Molay por su devoción y le prometieron que tratarían de procurarle lo que acababa de pedir.

El mismo día veintiocho de noviembre fue llevado a declarar el hermano Pierre de Safet, sirviente y cocinero del gran maestre, que se negó a reiterar las acusaciones contra el maestre que había hecho ante el tribunal de Sens y sólo dijo no querer defender a la Orden puesto que ésta ya tenía dos magníficos defensores en las personas del papa y del rey.

Tras la comparecencia de Pierre de Safet la comisión dio por concluida la primera fase de la instrucción y citó a los abogados y testigos para el seis de febrero del siguiente año⁸⁸⁸.

2.7.3 Segunda fase de la instrucción.

El seis de febrero de 1310, gran número de templarios, llegados a París desde otros lugares, encerrados en diversos cuarteles y casas de la ciudad, fueron conducidos ante la comisión donde declararon que querían defender a la Orden y que solicitaban la libertad y que les fueran administrados los santos sacramentos. En total quince de los dieciséis hermanos que comparecieron mostraron su voluntad de defender a la Orden⁸⁸⁹. Entre este día y el veintisiete de febrero, quinientos cuarenta y siete templarios de todo el reino se presentaron ante la comisión para declarar su deseo de asumir personalmente la defensa de la Orden⁸⁹⁰.

Entre los comparecientes del día catorce de febrero de 1309 se encontraban

⁸⁸⁷ Esta declaración fue confirmada el 14 de mayo de 1311 por fray Pierre de Nobiliaco.

⁸⁸⁸ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 42-45. [Apéndice N° 31].

⁸⁸⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 53.

⁸⁹⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 187.

veinticuatro hermanos traídos de Carcasona, que habían expresado su deseo de defender a la Orden. Estos hermanos ya habían declarado ante el papa e, incluso, seis de ellos habían sido llevados ante la comisión provincial de París. Todos ellos dijeron que habían mentido ante el papa en Poitiers y declararon que se retractaban de sus confesiones. Uno de entre ellos, llamado fray Jean de Catheres, exhibió ante la comisión una carta, remitida a los hermanos detenidos en la prisión de Sens por las fechas en que el obispo de Orleáns fue a examinarlos, extremo éste que fue confirmado por otros hermanos, la cual decía:

«Philippe de Vohet, preboste de la Iglesia de Poytes y Jean de Jamville, sargento de armas, nombrados por Nuestro Señor el rey para la custodia de los templarios de las provincias de Sens, Macon y Reims, a nuestro amado hermano Lorent de Biarne, comendador de Apulie y a otros hermanos que están en la prisión de Sens, salud y amor: Sabed que el rey Nuestro Señor os ha enviado al obispo de Orleáns para reconciliaros [...] y sabed que nuestro padre el papa ha mandado que todo el que haya hecho confesión ante los inquisidores si se arrepienten y no perseveran en su confesión serán entregados al brazo secular y muertos en la hoguera. Hemos mandado al dicho Jehan que os ponga en celdas cómodas hasta que podamos ir a visitaros, lo que será en breve si Dios lo quiere,...»⁸⁹¹.

Inmediatamente los comisarios hicieron venir al preboste de Vohet, al cual se le exhibió la carta y después de examinarla, dijo que no creía haberla enviado, que no podía afirmar si el sello era el suyo, que su secretario disponía a veces del sello, que jamás había autorizado el envío de esta carta y que nunca había dicho otra cosa a los templarios que no fuera decir la verdad.

El martes diecisiete de febrero fueron llevados ante la comisión cuatro templarios de la diócesis de Autun. Uno de ellos, Adhemar de Sparros, declaró que él quería defender a la Orden y respecto a la confesión ante el papa afirmó que había mentido. Otro hermano, llamado Jean Vallegelosa, sacerdote, declaró que ante el papa él no había confesado nada contra la Orden⁸⁹².

El mismo día fueron conducidos ante los comisarios siete templarios de Tolosa, entre los cuales uno llamado Bernard de Vado, sacerdote, que manifestó que quería defender a la Orden y que había sido torturado de tal manera, atormentado y expuesto al fuego durante tanto tiempo, que las carnes de sus talones se habían consumido y los huesos se habían caído algunos días más tarde. Al mismo tiempo mostró los huesos a la comisión⁸⁹³.

En la sesión del veinte de febrero compareció un caballero de nombre Caus, que dijo que en defensa de su derecho quería manifestar que la citación y el aviso para responder eran nulos y sin valor. Que no podía decir otra cosa porque carecía de libre albedrío. Estaba prisionero y absolutamente despojado de todo; privado de los bienes del Temple. Incluso carecía de la libertad de defensa. Él no era dueño de su persona. Si estuviera en libertad, si dispusiera de los bienes de la Orden, procedería y la defendería como correspondiera en Derecho y mejor le pudiera parecer

⁸⁹¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 71. [Apéndice N° 32].

⁸⁹² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 73-77.

⁸⁹³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 75.

al papa y al rey, sin ofenderlos y sin perjudicar en nada a la orden del Temple. Haría valer sus medios, sus defensas y excepciones en tiempo y lugar y de acuerdo a su derecho⁸⁹⁴.

2.7.3.1 Sexto interrogatorio del maestro.

El lunes dos de marzo de 1310 el maestro Jacques de Molay compareció por tercera y última vez ante la comisión y fue preguntado si aún quería defender a la Orden a lo que respondió:

«El papa me ha reservado para ser examinado por él, ponedme en libertad hasta que llegue el día de comparecer ante él y veré lo que tengo que decirle. Escribidle al papa y pedidle que haga el favor de hacer que comparezcan ante él a los que se ha reservado».

La comisión le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para cumplir sus deseos lo más pronto que le fuera posible⁸⁹⁵.

2.7.3.2 Lista de acusaciones contra la Orden.

El sábado catorce de marzo, ante ochenta y nueve templarios de los que habían declarado que querían tomar parte en la defensa de la Orden, se dio lectura a los cargos presentados por la comisión que son los que figuraban adjuntos a la bula *Faciens misericordiam*⁸⁹⁶.

Como no estaban todos los que se habían comprometido a la defensa, se les emplazó para comparecer nuevamente ante la comisión el veintiocho de marzo en los jardines del obispado de París, lugar de dimensiones adecuadas para que pudieran caber todos.

Llegado el veintiocho de marzo, tras la lectura de los cargos, todos protestaron enérgicamente por considerar que la articulación presentada por los comisionados era una falsedad. Se les ofreció hacer una traducción en lengua vulgar pero contestaron que no querían que tales estupideces fueran traducidas⁸⁹⁷.

De la lectura de estos cargos se deduce, dice Lavocat, que la Orden era imputada por monofisismo⁸⁹⁸ (lo que conllevaba renegar de la naturaleza humana de Jesús y del misterio de la Encarnación), de cubrir de oprobios la cruz, símbolo de la redención, de renegar de la fe católica, del dogma de la Trinidad, de María madre de Dios, de los santos y santas de Dios y de renegar de los sacramentos y de

⁸⁹⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 81.

⁸⁹⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 87-88. [Apéndice N° 33].

⁸⁹⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, T. I, pp. 89-96.

⁸⁹⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 99.

⁸⁹⁸ Todas estas creencias están basadas en la naturaleza divina o/y humana de Cristo: Monofisismo, reconocen una sola una naturaleza, la divina, en Jesucristo; Nestorianismo, una persona, dos hipóstasis, dos naturalezas; Católicos, una persona, una hipóstasis (sustancia individual real), dos naturalezas. (Juan Mateu, *Monoteísmo. Causas y Efectos. Una Respuesta al Fundamentalismo Religioso*, LibrosEnRed, 2007, pp. 136-138)

la Iglesia. También se le acusaba de haber abrazado varias herejías, tales como las de Menes, los cátaros, los albigenses y los patarinos. Y a todo ello se añadía la acusación de idolatría y de haber abrazado la religión de Mahoma. Por su parte el maestre, como institución dentro de la Orden, era inculcado por sacrilegio por haber oído en confesión a los hermanos y haberles impartido la absolución, lo que le estaba vedado por no estar ordenado, acusación importante desde el punto de vista del Derecho Canónico que requería (y aún requiere) estar ordenado como presbítero para escuchar y absolver los pecados. Otras acusaciones de menor rango incluían llevar correas que habían frotado sobre la cabeza de un ídolo y haber practicado sexo los hermanos entre sí, lo cual, decían, era propio de las sectas gnósticas, especialmente los maniqueos, los cátaros, los albigenses y los patarinos. Alguna de las acusaciones era tan ridícula y peregrina como la de haber mantenido relaciones, en los capítulos, con el diablo bajo la figura de gato⁸⁹⁹.

En definitiva todo se reducía a:

- Negación de Cristo.
- Apostasía.
- Idolatría.
- Malas costumbres.

2.7.3.3 Nombramiento de abogados defensores⁹⁰⁰.

Tras la lectura de la lista de cargos contra la Orden, los miembros de la comisión papal invitaron a los hermanos presentes a elegir de entre ellos a los abogados que, provistos de poderes suficientes, les representaran ante el tribunal, siendo elegidos para dicho cargo los hermanos Reinaldo de Pruino, preceptor de Orleáns, y Pedro de Bolonia, procurador de la Orden en la corte de Roma, ambos sacerdotes y letrados, que inmediatamente, el mismo día veintiocho de marzo, presentaron una protesta, en la que, entre otras cosas, decían:

«Es duro para los hermanos estar privados de los sacramentos de la Iglesia; haber sido despojados, tras su arresto, de los bienes del Temple y del hábito de su Orden; haber sido encarcelados, encadenados de la manera más vil; les falta de todo. Casi todos los que han muerto en prisión, lejos de París, han sido enterrados fuera de los cementerios y de los lugares sagrados; se les ha rehusado, incluso, los últimos sacramentos en peligro de muerte inminente. Nos parece que no podemos aceptar la comisión de poderes sin el consentimiento del gran maestre al cual debemos obediencia. Casi todos los hermanos son iletrados y simples; piden ser aconsejados por personas prudentes y sabias. Dos de nuestros hermanos, fray Raynauld de Vassinhaco y Mathieu de Clichiac, no han podido venir a confirmar su ofrecimiento de defensa. Solicitamos tener una reunión con el gran maestre y con los preceptores de las provincias para deliberar. Declaramos que si el gran maestre y los preceptores se

⁸⁹⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 245-246.

⁹⁰⁰ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 99-111. [Apéndice N° 34].

niegan a colaborar, haremos lo que tengamos que hacer»⁹⁰¹.

Tras ser contestados por parte de la comisión que el maestro y los preceptores habían declarado que no querían asumir la defensa de la Orden y de dar las órdenes pertinentes para que los mencionados frailes Raynould de Vassinhaco y Mathieu de Clichico fueran llevados a presencia de la comisión, el presidente de la misma tomó la palabra y se dirigió a los reunidos diciéndoles:

«Hermanos, habéis oído lo que queríamos haceros saber. Organizaos y decidid; el asunto requiere rapidez, pues el día señalado para la apertura del concilio general se aproxima. Enviad vuestros procuradores, haremos rápidamente todo lo necesario; sabed bien que tenemos la intención de reunir a todos en asamblea y que seguidamente procederemos como haya lugar en Derecho»⁹⁰².

La comisión, tras notificar a los reunidos que se reanudaría la sesión el siguiente lunes o martes, se retiró.

El martes treinta y uno de marzo de 1310, compareció ante la comisión fray Raynould de Vassinhaco que dijo que no quería participar en la defensa y el miércoles uno de abril lo hizo fray Mathieu de Clichico que dijo que él si quería defender a la Orden⁹⁰³. En esta fecha el número de templarios dispuestos a defender a la Orden había alcanzado ya la cifra de quinientos noventa y siete⁹⁰⁴.

2.7.3.4 Visita notarial a los detenidos.

El mismo martes, treinta y uno de marzo, la comisión encuestadora ordenó a los notarios que giraran visita a todos los lugares de París en los que hubiese templarios detenidos y les preguntasen si habían nombrado delegados para actuar en defensa de la Orden y para que tomaran nota de todo lo que quisieran decir.

Los notarios iniciaron su comisión el mismo día, acompañados de Pedro de Bolonia y Reinaldo de Pruino, visitando las distintas casas, conventos, iglesias y cuarteles en los que había templarios detenidos. Los detenidos en la casa de Guillaume La Hauce, en número de dieciocho, declararon que «ellos no podían deliberar en ausencia del gran maestro». Los trece hermanos alojados en Saint-Martin-des-Champs dijeron que querían consultar con los jefes de la Orden, que «eran personas buenas y justas» y que «la Orden estaba libre de errores y que nunca hasta su captura habían oído hablar de las cosas de las que se les acusaba». Los detenidos en la abadía de Sainte-Genevieve entregaron una carta en la que negaban las acusaciones y pedían al Señor que les socorriera. Y así en todos los lugares. La declaración más importante fue la que se hizo en la Casa del Temple en la que los setenta y cinco templarios en ella detenidos, por boca de Pedro de Bolonia, dijeron:

⁹⁰¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 100-101.

⁹⁰² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 102.

⁹⁰³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 112. Las declaraciones de ambos en el interrogatorio de Octubre-Noviembre de 1307 se encuentran en Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 348 y 355.

⁹⁰⁴ Malcolm Barber, *Juicio de los templarios*, p. 189.

«Que les era absolutamente imposible hacer nada sin autorización [del maestre]. Que no era posible constituir apoderados. Que todos ellos se ofrecían a comparecer ante la comisión. Que todos los artículos acusatorios comprendidos en la bula del papa eran indecentes, vergonzosos y chocan contra el buen sentido. Que eran detestables, horribles, falaces, falsos de toda falsedad e injustos. Que habían sido fabricados en la oscuridad, sugeridos por los enemigos de la Orden. Que la orden del Temple era pura, inmaculada; que los que pretendían lo contrario son herejes e infieles, traficantes de herejías que buscaban inducir la perturbación en la religión. Que querían defender a la Orden, por todos sus medios. Que por ello pedían que se les dejara en libertad. Añadían que solicitaban que se les permitiera asistir en persona al concilio general. Que los que no pudieran hacerlo personalmente lo harían como adherentes. Que los hermanos que habían confesado como verdaderos los hechos falsos articulados en la bula habían mentido. Que no por ello se debía perjudicar a la Orden, pues ellos habían hablado así por miedo a morir, por lo que ni la Orden ni las personas de los templarios debían verse perjudicadas. Que en efecto, era notorio que estas confesiones habían sido obtenidas por medio de las torturas y las amenazas. Que los que habían asentido lo habían hecho siguiendo la voluntad de los verdugos. Que el suplicio de uno solo había causado el terror de todos. Que no había otra forma de escapar a los tormentos que la de confesar los hechos falsos. Que otros habían sido seducidos mediante ruegos, dinero, caricias y promesas, todo lo cual era público y notorio. Que solicitaban justicia, por amor de Dios. Que habían sido oprimidos injustamente desde hacía mucho tiempo. Y que como buenos y fieles cristianos que somos pedimos la administración de los sacramentos de la Iglesia. Espero, por mí y por mis representados, defender la Orden lo mejor que pueda⁹⁰⁵.

Interesante es la declaración que hicieron a los notarios los encerrados en la casa de Ocreá, en la calle de san Cristóbal, en la que había trece detenidos. Declararon que no estaban dispuestos a nombrar mandatarios debido a que no habían podido comunicarse con sus superiores y que «cada uno se defenderá a sí mismo y que cuando se nos aplicaba la tortura no se nos preguntaba si queríamos estar representados [en los tormentos]»⁹⁰⁶.

A día siguiente, comparecieron de nuevo los hermanos Bolonia y Pruino ante la comisión papal, que les urgió para que quedara zanjado el asunto de la defensa, por lo que Pruino sacó una declaración escrita que llevaba preparada y la leyó ante los comisionados. Los puntos más destacados del escrito incidían en que aunque el que leía el escrito era él, lo hacía en nombre de los cuatro defensores, los cuales se reservaban hacer valer en todo tiempo y lugar, todos los medios y todas las excepciones de hecho y de derecho y de actuar en consecuencia, en los intereses de la defensa. Que si actuaban en el proceso entendían que no habría ninguna consecuencia perjudicial para ellos o para sus representados. Que no tenían la intención de presentar alegaciones sobre el fondo, porque carecían de medios y de asesores. Que no tenían la intención de decir o hacer una proposición contra el santo padre, el soberano pontífice, ni contra la Santa Sede, ni contra la persona del

⁹⁰⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 115-116. [Apéndice N° 35].

⁹⁰⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 134.

excelente rey de Francia y sus hijos. En cuanto a la pregunta sobre el nombramiento de los procuradores, aclaraban que sin la anuencia de los superiores y del convento⁹⁰⁷ no podían nombrar procuradores. Es por ello que suplicaban a la comisión que el gran maestre, los maestros provinciales de Francia, de Aquitania, de Chipre, de Normandía y todos los hermanos que están bajo la custodia del rey y sus ministros fueran puestos en manos de la Iglesia, de manera que la gente del rey y sus ministros no pudieran mezclarse en esta custodia, porque los hermanos detenidos no osaban consentir en defender a la Orden a causa del terror que les inspiraban, de las seducciones y de las promesas falaces a las que los hermanos eran sometidos; porque en tanto que esta causa estuvieren viva, todas las declaraciones debían ser reputadas como falsas y cesando la causa, los hermanos se adherirían a la defensa y consentirían en elegir los procuradores y si no se adhirieron pedirían el consentimiento del maestre, para suplir su negativa y su negligencia. Solicitaban que se les entregara las sumas necesarias para pagar los gastos de los mandatarios y los honorarios de los abogados; que se les suministrara lo indispensable para proceder y sostener el proceso. También solicitaban seguridad y salvaguardia para los mandatarios, los abogados y los representados. Requerían que los hermanos que se habían quitado los hábitos de la Orden y que acometían actividades escandalosas cada día, fueran puestos bajo la mano de la Iglesia y bajo buena guardia, hasta que se supiera si su testimonio había sido verdadero o falso, porque, aseguraban, habían sido corrompidos por presiones y por dinero. Suplicaban que se interrogara a los que habían asistido a los últimos momentos de los hermanos, sobre todo a los sacerdotes que habían oído sus últimas confesiones, a fin de saber si habían muerto después de haber declarado algo a favor o en contra de la Orden. Y terminaba su alocución diciendo:

«Digo, reverendos padres, que solo de tres maneras podéis proceder contra la Orden, y no de ninguna otra:

Por vía de acusación. En cuyo caso os pido que hagáis comparecer ante vosotros al acusador y que sea obligado por la ley del talión a que se haga cargo de las consecuencias y de los gastos.

Por vía de denuncia, en cuyo caso, el denunciante no debe comparecer y ser escuchado porque antes de denunciar a sus hermanos, él hubiera debido advertirles para que se hubieran corregido, cosa que no ha hecho.

[Por vía] De oficio, en cuyo caso yo haré valer, por mí y por mis representados, todos los medios y todas las defensas y espero hacer todas las reservas sobre este punto»⁹⁰⁸.

Tras esta intervención, los comisarios tomaron conocimiento de otro escrito presentado por los templarios detenidos en Saint-Martin des Champs, en el que se quejaban del hambre y la miseria en que se encontraban y la tortura a la que eran sometidos, y dieron por finalizada la sesión hasta dos días más tarde, es decir, hasta el viernes tres de abril, invitando a los notarios a que prosiguieran sus visitas a los templarios detenidos. Estos así lo hicieron, visitando la casa del abad Latignac,

⁹⁰⁷ Asamblea de hermanos.

⁹⁰⁸ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 126-129. [Apéndice N° 36].

la de Jean de Calino, y la de Richard de Sporiis, obteniendo el mismo resultado que con las demás, es decir la negativa de los hermanos a realizar ningún nombramiento sin el conocimiento y aquiescencia de los superiores⁹⁰⁹.

El día siguiente, jueves dos de abril, los notarios continuaron las visitas y se personaron en la abadía de Sainte-Magiore, donde había doce templarios, en casa de Nicolas Hondrée que albergaba a diez, en la de Jean le Grant en la permanecían treinta, en la de Ocreá donde estaban detenidos trece, en la de Robert Anudi, que daba cobijo a siete, en casa de Blavot donde permanecían trece, en casa de Guillaume de Marcillhiac donde interpelaron a nueve, en casa de Jean de Chaminis que tenía siete detenidos, en casa del abad de Tiron donde había ocho hermanos. Todos ellos declararon que no podían tomar una decisión sin conocimiento de los superiores. En casa del abad de Prulhaco, que albergaba a veintisiete prisioneros y en casa de Jean de Rosselli, donde había veintiocho, dijeron que no habían recibido aún la visita de los hermanos Bolonia y Pruino y que esperarían hasta hablar con ellos⁹¹⁰.

El día tres de abril, comparecieron ante la comisión:

- Guillaume de Sornayo, en nombre propio y en representación de los templarios detenidos en la casa de Blavot;
- Radulphe de Compendiis y Jean de Fontaville, en nombre propio y en representación de los hermanos detenidos en casa de Ocreá;
- Radulphe de Tevernioaca, por él y por lo seis hermanos prisioneros en casa de Robert Anuerdi;
- Nicolas de Romanis y Dominique de Verduno, en nombre propio y en el de los detenidos en la casa Micillhiac;
- Adam de Inferno, por él y los nueve hermanos de la casa Ordée;
- Jean de Valbelant, en nombre propio y en representación de los seis hermanos detenidos en casa de Jean Chaminis;
- Guillelmus de Fuxo, Jean de Montréal, Bertrand Charverri y Jean de Bella Fuya, por ellos y los seis hermanos detenidos en la casa de Ricard de Spolis;
- Egidius de Perbona y Nicolas Vesequin, por ellos y los diez hermanos alojados en la abadía de Sainte-Magoire⁹¹¹.

Uno de ellos, el catalano-aragonés Jean de Montréal, presentó un largo documento, que aunque no tan elaborado desde el punto de vista jurídico, sí resulta interesante por su positiva contribución a la defensa de la Orden. Hacía mención a la honrosa fundación de la institución, a la ortodoxia de sus costumbres internas (haciendo hincapié en la costumbre de comulgar todos los domingos), a la magnificencia de sus iglesias y a las grandes muestras y exteriorizaciones de su fe cris-

⁹⁰⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 262.

⁹¹⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 265.

⁹¹¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 139. [Apéndice N° 36].

tiana, pasando por la importante contribución a la hacienda del rey y de Francia. Mencionaba también los importantes servicios de armas prestados frente a los sarracenos tanto en Tierra Santa como en Castilla y Aragón. Y los grandes servicios y atenciones prestados a los peregrinos y a los pobres a los que habían socorrido en sus necesidades. Si la Orden fuera culpable Dios no habría permitido que reunieran tantas reliquias como tenían. Más de veinte mil hermanos habían dado sus vidas por la fe y los detenidos estaban dispuestos a combatir por las armas a cualquiera que abiertamente atacara a la Orden, excepto al rey y al papa⁹¹².

Éste y los siguientes días, los notarios continuaron visitando los lugares en los que había detenidos, tanto nuevas casas como las ya visitadas, para cerciorarse de que lo que estaban transmitiendo los portavoces a la comisión era el verdadero sentir de los hermanos y para advertirles que ya no esperarían más tiempo, pero las respuestas continuaron siendo las mismas: «no podían realizar ningún nombramiento sin la aquiescencia de los superiores» a lo que ahora se añadía el deseo de consultar con los portavoces.

El siete de abril comparecieron ante la comisión los hermanos Bolonia, de Pruino, de Chambonnet, de Sartiges, de Foix, de Montreal, de Crasso-Essart, de Saint-Leonard y de Givy, procediendo Pedro de Bolonia, en nombre de todos, a leer un documento que en extracto decía que no tenían la intención de quejarse. Que comparecían solamente para decir que, en un asunto tan grave, los hermanos no podían, no debían y no querían nombrar procuradores, sin la presencia, el consejo y el asentimiento del maestro y del capítulo. Que todos, y cada uno en particular, se ofrecían para actuar en defensa de la orden del Temple y, en consecuencia, pedían y suplicaban que se les permitiera asistir al concilio general. Que una vez que fueren liberados, allí irían, y que los que no pudieran hacerlo, enviarían mandatarios. Que consentían en que los hermanos de Pruino, de Bolonia, de Chambonnet y de Sartige presentaran ante la comisión, por escrito, las observaciones y argumentos para la defensa y el honor de la Orden, con todas las reservas. En párrafos separados añadían:

- Que protestaban por lo que los hermanos habían dicho, o podrían decir, en prisión contra ellos mismos y contra la Orden, lo cual no debería perjudicarles porque es notorio que la violencia, la corrupción, el miedo, el dinero les había llevado y aún les llevarían a pasar semejantes confesiones.
- Que sobre este asunto, dirían en tiempo y lugar, lo que tuvieran que decir, cuando estuvieran en libertad.
- Que pedían de nuevo que todos los hermanos que habían tirado el hábito de la Orden fueran puestos en custodia de la Iglesia hasta que llegara el día en que la verdad y la mentira fueran descubiertas.
- Que suplicaban y solicitaban que ninguna persona, laica o de otra con-

⁹¹² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 139-144. [Apéndice N° 37]. El discurso de Jean de Montreal (*Mont regali*) está transcrito en francés o catalán de la época.

dición, estuviera presente cuando los hermanos estuvieran declarando, con el objeto de que, bajo pretexto de miedo o terror, pudiera producirse la falsedad y se escondiera la verdad, porque los hermanos sentían tanto terror que era necesario extrañarse menos de los que mentían que de los que decían la verdad. En presencia de tribulaciones, las trampas a las que se veían sometidos aumentaban a cada instante, las amenazas, las vías de hecho y otros males que les hacían soportar cada día, mientras que los mentirosos eran objeto de atenciones, de ventajas y de grandes promesas.

- Sostenían que fuera del reino de Francia no se encontraría ningún templario que dijera semejantes embustes y que era evidente que tales palabras, en Francia, habían sido arrancadas mediante la corrupción y el terror.
- Que los hechos relevantes contra la Orden eran detestables, horribles, imposibles, vergonzosos; que las articulaciones de los cargos eran embusteras y falsas; que los que las habían sugerido al papa y al rey eran falsos cristianos, herejes, enemigos de la Iglesia, empujados por la estupidez y la envidia, apóstatas, hermanos fugitivos, expulsados de la Orden a causa de sus crímenes, como ovejas expuestas al contagio.
- Que no era posible proceder de oficio porque antes del arresto de los templarios, la Orden no había sido perseguida por el clamor público.
- Que los hermanos que habían realizado las confesiones, bajo el imperio del miedo y de la tortura, volverían sobre sus declaraciones, si fueran capaces; pero que se les había hecho decir y escribir que no debían retractarse, bajo pena de la pira. Es por todo ello que suplicaban se les diera completa confianza, de manera que pudieran volver a la verdad.
- Que la vía que les había sido impuesta, es decir la de «*ex officio*», no les permitía proceder en Derecho contra la Orden al no existir la previa «*diffamatio*» con respecto a los artículos de cargo y sin, por tanto, la existencia del previo “rumor público”.
- Que no se encontraban seguros pues estaban en las manos de las mismas personas que habían sugerido las falsedades al rey y que cada día les persuadían mediante palabras, cartas o mensajeros, de no retractarse de las confesiones que les habían sido arrancadas mediante el miedo, pues si no les hicieran caso, serían quemados.
- Que los hermanos de la Orden que habían confesado mediante la tortura o por miedo a la misma, estarían dispuestos a revocar sus confesiones si pudieran, pero que el miedo era tal que no les quedaba ningún coraje. Por ello era preciso ofrecerles la seguridad necesaria para que pudieran venir a decir la verdad sin miedo.
- Terminaban diciendo que «si cualquier cosa había sido hecha, traída o mencionada, que pudiera interpretarse dañina o perjudicial para la Or-

den, la declaramos nula y la invalidamos totalmente»⁹¹³.

Tras la intervención de Bolonia, tomó la palabra Jean de Montréal, como apoderado de los detenidos en la casa de Richard de Spolis, y dio lectura a un nuevo documento, cuyos principales argumentos fueron:

- Que al ser arrestados por los jueces temporales, a los templarios se les habían aplicado la tortura y que inmediatamente habían sido remitidos a los inquisidores y ordinarios, lo que es contrario a los privilegios de la Orden, pues ningún templario podía ser llevado ante ningún juez laico o eclesiástico, pues solamente ante el papa podían comparecer.
- Que, en consecuencia, los hermanos requerían que los procesos verbales en los que se habían consignado las falsas declaraciones fueran anulados por el papa, como realizados y practicados en perjuicio de los privilegios de la Orden.
- Que los hermanos requerían que les fuera permitido presentarse en persona ante la comisión papal para hacer valer sus derechos, cuantas veces lo creyeran necesario.
- Que si el maestre u otros hermanos habían hecho tonterías deleznales, de ningún modo sus actos podían comprometer a nadie de la Orden.
- Que el primer día de Cuaresma, los hermanos, en presencia del pueblo, recibían las cenizas como buenos cristianos, de manos del capellán.
- Que cuando el sultán intimidó a ochenta prisioneros templarios con la orden de que renegaran de Cristo bajo pena de muerte, ninguno renegó y todos fueron decapitados por la fe.
- Que si los templarios hubieran sido como dicen las acusaciones ya hubiesen recobrado la libertad⁹¹⁴.

Acto seguido los comisarios respondieron a las dos intervenciones, pero por el tenor de sus palabras, también lo hacían a intervenciones anteriores pues hicieron referencia a cuestiones que no habían sido presentadas en esta ocasión. La comisión contestó que su función consistía en investigar y tomar declaración a los defensores y que carecían de competencia para liberar a los templarios o restituirles sus bienes, pues no eran ellos quienes habían ordenado su detención ni quienes les retenían en prisión. Esta capacidad pertenecía al papa y a la Iglesia. El argumento de que estaban exentos de la jurisdicción ordinaria y de la inquisitorial era totalmente erróneo pues los inquisidores tenían autoridad apostólica para actuar siempre que existiera sospecha de herejía. En cuanto al maestre, querían puntualizar que había sido convocado varias veces pero que siempre mantuvo que sólo hablaría en presencia del papa. Terminaban diciendo que aunque la investigación continuaba, estaban dispuestos a escuchar cualquier defensa en cualquier momento incluso hasta el momento final de la investigación. En nota al pie transcribimos la

⁹¹³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 164-169. [Apéndice N° 38].

⁹¹⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 170-171.

traducción del acta levantada por los notarios⁹¹⁵. Este documento tuvo el mismo poco efecto en la comisión que el anterior pues fray Montreal no fue llamado a declarar ante ella. Tras el concilio de Sens contra las personas desapareció y no se supo más de él⁹¹⁶.

2.7.3.5 Continuación de la instrucción.

El once de abril la comisión decidió tener a los hermanos Raynald de Pruino, Pedro de Bolonia, Guillaume de Chambonnet y Bernardo de Sartiges, considerados los más capaces, como representantes y defensores de los detenidos y, para evitar las reticencias y temores que tenían, fueron nombrados «adjuntos» de la propia comisión a título oficial, posición ésta que, al menos en teoría, no sólo no sería para ellos ningún peligro, sino que les serviría de pantalla frente a los concilios provinciales, especialmente frente al más virulento de todos ellos, el de Sens. Estos defensores, dice Barber, no consiguieron convencer a la comisión de la justicia de muchos de sus argumentos, pero consiguieron que los templarios recuperaran la esperanza de que no estaban totalmente condenados y, además, consiguieron, con gran acierto, que se tambaleara la inestable base legal en la que se basa-

⁹¹⁵ «Los señores comisarios respondieron que ellos no habían hecho arrestar a los hermanos ni requisar los bienes del Temple; que los hermanos estaban en la prisión del señor papa y que los bienes de la Orden se encontraban en sus manos y en las de la Iglesia. Que, por lo tanto, ellos no podían ni debían devolverles la libertad ni sus bienes.

Item más, los hermanos dicen que ellos no habían sido difamados, a lo cual responden los comisarios que una gran «infamia» contra la Orden se desprende de la bula de Nuestro Señor el papa. Ellos, añaden, han de investigar primero sobre esta «*diffamatio*» antes de hacerlo sobre los artículos de cargo, según el tenor de las cartas apostólicas.

Item más, los hermanos dicen que ni los ordinarios ni los inquisidores de la fe pueden llevar a cabo una encuesta contra ellos debido a los privilegios acordados a la Orden y que las confesiones realizadas ante los obispos y los dominicos eran nulas y por tanto no debían ocasionar ningún perjuicio a la Orden. Los señores comisarios respondieron que en lo que respecta a los crímenes de herejía, los inquisidores podía muy bien proceder en virtud de la autoridad del papa y los ordinarios por la autoridad del derecho. Pero de todas maneras, añadieron, de momento aún no se trata del juicio.

Item más, a la petición de los hermanos referente al gran maestro, los comisarios respondieron que ellos le habían preguntado varias veces si quería intervenir ante ellos defendiendo a la Orden y que había protestado y dicho que su caso estaba reservado al señor papa y que ya hablaría ante él.

Item más, a las otras muchas demandas presentadas por los templarios, tanto por escrito como de palabra, los comisarios respondieron que no tenían el poder de satisfacerlas, pero que las dirigieran a los que tenían este poder pidiéndoles que trataran a los hermanos con justicia y humanidad, siguiendo las órdenes del señor obispo de Palestrina que ha sido encargado de la custodia de los templarios por el señor papa.

Dicho esto, los comisarios invitaron a los hermanos que querían defender a la Orden a ponerse de acuerdo para proceder siguiendo la forma de los artículos enviados por el señor papa, añadiendo que hasta el fin de la encuesta estarían dispuestos a recibir a todos los templarios que desearan testimoniar a favor de la Orden y que harían lo debido» (Traducción nuestra del texto en latín en: Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 171-172).

⁹¹⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 272.

ban las detenciones y el propio proceso⁹¹⁷.

Es de resaltar que quince de los primeros veinte hermanos convocados ante la comisión pertenecían al grupo de los setenta y dos que ya en junio habían prestado declaración ante el papa y los cardenales en Poitiers, de donde Barber deduce que habían sido escogidos por la acusación o por hombres del rey⁹¹⁸.

El interrogatorio de los testigos empezó inmediatamente el mismo día once de abril:

«Cada testigo prestó juramento de manera individual y separada, con la mano sobre los Evangelios, de decir la verdad, toda la verdad y la pura verdad sobre las acusaciones articuladas, sin falsedad, tanto contra la Orden como en su favor; de confesar sin odio, sin miedo, no cediendo ante la amistad, la corrupción ni los ruegos»⁹¹⁹.

El procedimiento acordado por la comisión fue como sigue: a los templarios detenidos se les dio libertad para ir a declarar ante los comisarios; cada testigo era interrogado de manera separada e individual; a cada uno se le preguntó sobre todos los hechos que constaban en el cuestionario aprobado por el papa y siguiendo el mismo orden en que estaban articulados; los encuestadores tenían el derecho de interrumpir al testigo en todo momento y de dirigirles preguntas y observaciones en el curso de su testimonio y también de advertirles sobre las consecuencias que se podían derivar de sus declaraciones⁹²⁰.

Era un verdadero debate entre el testigo y los comisionados, con el doble carácter de confesión y de testimonio. Algunas veces las declaraciones fueron suspendidas hasta el día siguiente, lo que permitía al testigo sopesar sus respuestas. Los hermanos defensores solicitaron que, dentro del procedimiento establecido por la comisión, les fuera concedido el derecho a decir lo que quisieran en contra de los declarantes y contra las declaraciones de los testigos. Esta facultad les fue reconocida por considerar la comisión que era de Derecho. Los declarantes no firmaban su declaración pues se consideraba que era suficiente con la fe notarial.

No consideramos necesario, realizar una transcripción de las doscientas treinta y una declaraciones realizadas por los testigos, pues son monótonas y reiterativas, por lo que solo haremos mención de las que consideramos más sobresalientes.

Precisamos que los tres primeros que llegaron a comparecer eran laicos. El primero en declarar fue Radulphe de Praelis, abogado seglar de la corte, que se mostró claramente hostil hacia la Orden e hizo una declaración insulsa que no puede considerarse ni contraria ni favorable⁹²¹. A éste le siguió Nicolaus Symonis, que era un escudero asociado a de Praelis, que dijo no saber nada de los hechos pero que barruntaba que la orden del Temple era mala y al ser preguntado por qué

⁹¹⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 202.

⁹¹⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 204.

⁹¹⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 172.

⁹²⁰ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 172.

⁹²¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 175.

hacía tal afirmación respondió que porque su tío no había querido entrar en la Orden⁹²².

El trece de abril los obispos de Bayeux y de Limoges y el archidiácono de Maguelonne se trasladaron a Saint-Cloud al objeto de interrogar a Jean de san Benedicto, preceptor del Temple, que allí estaba detenido, el cual tras, prestar juramento poniendo sus manos sobre los Evangelios, dijo que fue recibido en la Orden hacía cuarenta años, en la Rochelle, por el hermano de Legione, ya fallecido, quien le dijo que era preciso renegar de Nuestro Señor y que respondió a fray Legione que si renegaba sería de boca y no de corazón, que es lo que hizo. A modo de aclaración, añadió que él mismo había actuado en muchas recepciones de hermanos y nunca había procedido así y que no sabía si otros hermanos lo habían hecho, pero que no lo creía. Que el hermano Legione le ordenó escupir sobre una pequeña cruz y lo hizo una vez, pero al lado de ella y no encima. Que él nunca había visto esta forma de recepción en ningún sitio. Sobre la adoración de un gato dijo no saber nada. Agregó que creía en los sacramentos de la Iglesia, y que la Orden también creía en ellos, que creía que los capellanes pronunciaban en la misa las palabras sacramentales y que nunca había visto ni he oído decir, que el gran maestro y los preceptores de la Orden hubieran dado la absolución de los pecados, salvo si eran sacerdotes o capellanes, únicos con quien estaba prescrito que se confesaran los hermanos. Que se daba un beso en la boca en el momento de la recepción, pero en lo referente a los besos indecentes, dijo no haber visto nunca cosa parecida y no creía que fuera costumbre su uso en la Orden. Que en el acto de la recepción se cerraban las puertas y nadie podía asistir si no era hermano de la Orden. Que jamás en toda su vida había visto la cabeza de un ídolo en los capítulos ni visto, ni sabido, que se adorase a un ídolo, habiendo sido con ocasión del arresto la primera vez que había oído hablar de esto. Que en el momento de la recepción se entregaba a cada nuevo templario una cuerda que debía llevar bajo la camisa. Las limosnas se repartían bien, regla que él siempre había observado con sumo cuidado. Que había asistido a varios capítulos en los cuales siempre se hacía cerrar las puertas tras el sermón. Que en ellos los hermanos trataban los asuntos de la comunidad y que lo único que se hacía en ellos era el bien. Lo que el gran maestro ordenaba, de acuerdo con el convento, se ejecutaba por todos y en todas partes. Que nunca había visto a nadie cometer ningún error aunque sabía de varios hermanos que habían dejado la Orden debido a sus indignidades personales y de ninguna manera a causa de las indignidades de la Orden. Que no había sido testigo de la confesión que algunos habían realizado ante el papa y los cardenales, en pleno consistorio, ya sea el gran maestro o cualquier otro y que por lo tanto no podía decir nada sobre ello pues nada sabía⁹²³.

El quince de abril se le tomó declaración al inglés Jean de Hinquemeta, que se presentó sin barba y sin capa, y dijo que, con ocasión de su ingreso en la Orden, había renegado de Jesucristo, que había escupido sobre la cruz, que se le había da-

⁹²² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 176.

⁹²³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 178-182.

do una cuerda que debía llevar siempre, que había sido frotada sobre la cabeza del ídolo, pero que la había tirado porque creía que no servía para nada. Que había oído decir que el gran maestre podía autorizar a los capellanes a absolver los pecados y que ignoraba si se pronunciaban o no las palabras sacramentales en la misa. Nunca había visto ningún ídolo, ni tampoco una «cabeza», ni había oído hablar de costumbres impuras. Su testimonio se interrumpió, por las fiestas de Pascua, hasta el veintitrés de abril que era el comienzo del año litúrgico, en que continuó su testimonio acusando a algunos preceptores de extorsión y terminó diciendo que había abandonado la Orden hacía siete años⁹²⁴.

El mismo día veintitrés de abril, el hermano Pedro de Bolonia presentó ante la comisión, en nombre de los cuatro templarios defensores y de sus representados, un documento en el que decía que el proceso entablado contra ellos había sido precipitado, violento, inicuo e injusto. Que era el resultado de un error intolerable. Que no se habían observado en absoluto las formas; que se habían puesto en práctica todos los rigores del Derecho y que se había querido exterminar a los hermanos del Temple, desde el mismo día de su arresto en Francia, como corderos conducidos a la muerte. Que se les había despojado de sus bienes y encerrado en prisión; que se les había torturado de todas las maneras imaginables. Que muchos habían muerto y otros estaban afectados para siempre. Que habían sido obligados a mentir contra ellos mismos y contra la Orden. Que se les había quitado su libre albedrío, el bien más grande del hombre, pues aquél a quien se le quita su libre albedrío no sabe discernir el bien del mal, pierde la libertad para el bien y no tiene ni ciencia, ni memoria, ni inteligencia. Que para conseguir que los hermanos mintieran y testimoniaran contra ellos mismos y contra la Orden se les había hecho llegar cartas con el sello del rey, prometiéndole que conservarían los miembros, la vida, la libertad y las rentas. Que se les había dicho que la Orden estaba ya condenada. Que todo ello era público, notorio e incontestable. Que protestaban e instaban la práctica de la prueba en este mismo instante. Que nadie podía estar lo suficientemente loco, ni ser lo bastante insensato para ingresar en una orden que suponía la perdición de su alma. Que gran cantidad de nobles, poderosos de todas las partes del mundo, hombres de gran valor, habían entrado en la orden del Temple y en ella se habían quedado hasta su muerte. Que si personas de tan alta consideración hubieran visto en la Orden estas prácticas blasfemas contra Nuestro Señor Jesucristo, la hubieran abandonado inmediatamente y hubieren dado cuenta a la gente de tales infamias. Que solicitaban que se le entregara copia de las acusaciones articuladas y los nombres de todos los testigos, reservándose el derecho de presentar sus propias observaciones contra las personas y las deposiciones. Que les suplicaban que ordenaran que los testigos, después de haber declarado, fueran separados de los que aún tenían que declarar, de manera que no hablaran entre sí. Que pedían que se les impusiera el secreto más absoluto hasta que el procedimiento fuera enviado al papa. Que les rogaban que preguntasen a los guardianes de los detenidos, sobre su ayuda a la gente que habían visto morir, del estado en que habían muerto y sobre todo a aquéllos de los que se decía que se habían reconciliado con la Iglesia. Ter-

⁹²⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I., p. 195.

minaban pidiendo que los hermanos que habían rehusado a defenderse o a presentarse, bajo el pretexto de que no tenían nada que declarar a favor o en contra de la Orden (aunque se hubiera procedido contra ellos) fueran obligados a prestar juramento porque ellos conocían la verdad, como el resto de los hermanos que habían declarado que querían defenderse y defender a la Orden⁹²⁵.

El escrito no obtuvo respuesta, pero se le entregó copia de la lista de cargos tanto a él como al resto de los defensores.

El veinticuatro de abril compareció ante la comisión el hermano Hugut de Buris sin capa y con la barba afeitada, declaró que, con ocasión de su ingreso, había renegado tres veces de Cristo pero de boca y no de corazón, que había escupido una vez sobre la cruz. Que había visto sacar una «cabeza» de un armario y colocarla sobre el altar y después nunca más la había vuelto a ver. Que le habían entregado una cuerda milagrosa frotada sobre la «cabeza». Añadió que estaba prohibido confesar con sacerdotes de fuera de la Orden y que había oído decir a un hermano que el maestre podía dar la absolución de los pecados⁹²⁶.

El día veintisiete de abril fue llevado ante la comisión el hermano Gerard de Pasagio, sin capa y con la barba afeitada, y dijo que había sido recibido en Chipre, que ya había sido interrogado por los padres predicadores, por el obispo de Chalons-sur-Saone y por el vicario del obispo de Tulie. Que el que lo recibió en la Orden le mostró una cruz de madera y le preguntó si creía que era Dios y que él había respondido que no, que era un trozo de madera, que Dios estaba en el cielo. Que escupió sobre la cruz y también reconoció los besos indecentes, pero no creía que había obrado contra Dios. A la pregunta de los comisarios sobre si creía que no era pecado escupir sobre la cruz, respondió que sí pero que estaba obligado por el voto de obediencia que había prestado momentos antes. Añadió que en todas las casas del Temple, todos los viernes se hacía la adoración de la cruz con los pies desnudos y con todo respeto. Al día siguiente, en la continuación del interrogatorio, dijo que no había oído nunca hablar de la adoración de un gato ni de que no se pronunciaran las palabras sacramentales en la misa, ni de que el maestre diera la absolución de los pecados⁹²⁷.

Las declaraciones de los demás comparecientes continuó siendo del mismo tenor y con escasas variaciones, lo que llevó a los miembros de la comisión papal a resolver no reiterar los interrogatorios de los templarios que ya habían prestado declaración ante el papa o ante los cardenales, pero si decidió escuchar el día cinco de mayo los testimonios de ocho hermanos que se habían presentado para defender a la Orden, utilizando ya la nueva fórmula ritual, obligatoria desde este día, que consistía en añadir al final de las posiciones la frase «que juraban y prometían no revelar a nadie sus declaraciones hasta que se hicieran públicas» con lo que se accedía al menos a una de las peticiones realizadas por fray Bolonia⁹²⁸.

⁹²⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 201-204. [Apéndice N° 40].

⁹²⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 205.

⁹²⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 214

⁹²⁸ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 232

A principios de mayo veinticinco templarios de Perigord manifestaron su deseo de defender a la Orden y vinieron a unirse a los casi seiscientos defensores que ya había contabilizados⁹²⁹.

Lavocat, a modo de resumen, dice que, incluso antes de empezar los interrogatorios, se sabía que en algunas casas y en algunas de las recepciones se había exigido la prueba de la negación de Cristo, pero que las declaraciones no habían probado nada sobre las herejías gnósticas, los ídolos y las prácticas maniqueas. Al contrario, de los testimonios llevados a cabo hasta el momento actual de la instrucción, se podía deducir que en el Temple se creía en la divinidad de Jesús, en su muerte en la cruz, y en la redención; se creía en los sacramentos y en la Iglesia. La verdad del dogma no era discutida, ni contestada⁹³⁰.

2.7.3.6 Conflicto de jurisdicción provocado por el arzobispo de Sens.

A principios de mayo todo parecía seguir su curso normal en la comisión papal cuando de repente llegó a los templarios rumores de que el obispo de Sens se proponía procesar como relapsos a unos templarios que se habían ofrecido para defender a la Orden, por lo que consiguieron del presidente de la comisión, el arzobispo de Narbonne, que convocara con carácter de urgente a la comisión papal para reunirse el diez de mayo de 1310, a pesar de que era domingo. Reunida la comisión Pedro de Bolonia dijo a los comisarios:

«Hemos oído decir, y nos tememos que sea verdad, que el obispo de Sens y sus colegas se van a reunir mañana en concilio provincial para procesar a muchos de nuestros hermanos que se han ofrecido para la defensa de la Orden, al objeto de forzarles a desistir por lo que hemos preparado un recurso que queremos leer en presencia de la comisión».

A ello respondió el arzobispo Aisselin que no entraba dentro de las competencias de los comisarios papales conocer de un recurso que no impugnaba una decisión de la propia comisión, pero que estaban preparados para oír lo que los comparecientes tuvieran que decir en defensa de la Orden, ante lo cual Pedro de Bolonia presentó la siguiente moción:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Nosotros, Pedro de Bolonia, Reinaldo de Pruino, Bernardo de Sartiges y Guillermo de Chambonnet en nuestro nombre y en nombre de nuestros representados, presentes y futuros. Tenemos graves y fundadas sospechas para temer que el arzobispo de Sens y los arzobispos y prelados de Francia, se reúnan para juzgar a los hermanos que se han ofrecido para la defensa [de la Orden]. Tal procedimiento no puede ser válido en Derecho contra los hermanos que se han ofrecido ante vos, [señores comisarios] para defender a la Orden en tanto que la encuesta que se sigue ante vos no esté terminada. El remedio de la apelación ha sido creado para evitar las injusticias...

⁹²⁹ Malcolm Barber, *Juicio de los templarios*, p. 213.

⁹³⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 302.

Apelamos al papa y a la Santa Sede, tanto de palabra como por escrito. Ponemos nuestro derecho bajo la protección de la Santa Sede, apelamos a los Apóstoles y se lo pedimos con la mayor urgencia. Pedimos consejo de los sabios para corregir la forma de nuestra presente apelación si fuera necesario. Pedimos ser conducidos con la mayor seguridad ante el papa, en el plazo necesario. Pretendemos actuar como mejor proceda en Derecho.

Item más, os suplicamos, venerados padres, que le pidáis al dicho arzobispo [de Sens] y a sus sufragáneos, así como a todos los demás preladados del reino, que no se cambie para nada la situación actual de los hermanos.

Os pedimos también, poder ser conducidos, con vuestra ayuda, a la presencia del señor arzobispo de Sens, para leerle esta apelación personalmente; y ser acompañados por uno o dos notarios para levantar acta en documento auténtico»⁹³¹.

El escrito fue entregado a los miembros de la comisión y a continuación los cuatro hermanos defensores se retiraron y tras ellos se fue el arzobispo de Narbonne con la excusa de que «se iba a celebrar misa».

La vergüenza del arzobispo de Narbonne, y consejero del rey, tenía que ser grande, dice Lavocat, pues en el mes de septiembre de 1298 había contribuido a la redacción de una ordenanza real que resolvía que los herejes y sus colaboradores, condenados por los obispos o los inquisidores, fueran transferidos sin retraso al brazo secular sin menoscabo de la apelación. Los comisarios comunicaron a los defensores que ese mismo día, después de vísperas, se les daría respuesta a sus peticiones «en la medida de sus posibilidades y competencias»⁹³².

Después de la hora de vísperas los cuatro defensores fueron convocados ante la comisión y se les comunicó que ésta sentía compasión por ellos pero que las actuaciones seguidas por el arzobispo de Sens y la comisión eran completamente diferentes e independientes entre sí. Que los poderes de unos y otros procedían de la autoridad apostólica y que la comisión papal carecía de competencia sobre el arzobispo de Sens para retrasar un proceso seguido por el concilio provincial contra las personas de los templarios, que no obstante la comisión deliberaría aún sobre lo que convenía hacer. Tanto la moción-apelación como la respuesta de los comisarios, fueron consignadas en las actas.

Al día siguiente, lunes, la comisión reanudó las sesiones de interrogatorios a los templarios, siendo llevado ante ella Humbert de Podio que declaró que había sido interrogado hasta tres veces por Jean de Jamville y que como no confesaba lo que él quería había sido encerrado en una torre a pan y agua durante treinta semanas. Respecto a las acusaciones respondió que eran falsas⁹³³.

Sobre el concilio de Sens los textos existentes son, desgraciadamente, muy lacónicos, pues tan solo el continuador de Guillaume de Nangis hace una somera

⁹³¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 262. [Apéndice N° 41].

⁹³² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 305.

⁹³³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 264.

referencia al mismo⁹³⁴ y lo que cuenta es una mera crónica de fuentes no directas.

Los temores manifestados por los hermanos defensores se hicieron realidad. El martes día doce, temprano de mañana, un hermano llamado Jean Bertald, comunicó la noticia de que cincuenta y cuatro templarios que se habían ofrecido para actuar en defensa de la Orden habían sido condenados por sentencia del concilio provincial de Sens a ser quemados vivos y que la sentencia se ejecutaría inmediatamente⁹³⁵. De la lectura de las actas del proceso ante la comisión, resulta que los caballeros condenados no habían comparecido ante ella, sino que simplemente habían sido considerados relapsos por el concilio de Sens por el mero hecho de mostrar su deseo de comparecer ante la comisión papal después de haber sido examinados por el concilio provincial de Sens.

Los cincuenta y cuatro templarios que habían osado presentarse como defensores de la Orden fueron trasladados a las afueras de París y quemados vivos hasta morir. El concilio de Sens había dictaminado que al tomar la decisión de defender a la Orden se habían desdicho de sus declaraciones anteriores y por lo tanto debían ser considerados como relapsos y condenados a la hoguera. En el momento supremo, cuando se encontraron frente a la misma, gritaron que «se retractaban de sus confesiones; que habían mentido a causa de la violencia, la tortura y el miedo que se había ejercido contra ellos»⁹³⁶.

La *Chronique de Saint-Victor* nos ofrece la siguiente versión de los hechos:

«Los que habían confesado y aceptado sus culpas, fueron puestos en libertad; los que se habían negado a confesar nada, fueron retenidos en prisión; los que después de haber confesado se habían arrepentido y declarado en contra de tales confesiones fueron quemados como relapsos»⁹³⁷.

Pero estos no fueron los únicos templarios que sufrieron la muerte en la hoguera, otros muchos en toda Francia fueron ejecutados de esta manera. Pocos días después fueron quemados otros cuatro templarios en París y nueve en Senlis⁹³⁸. Malcolm Barber afirma que es imposible confeccionar una lista fiable de todos los hermanos que fueron quemados en la hoguera y que hay evidencia de gente enviada a la hoguera indiscriminadamente, probablemente debido a la precipitación con la que se había organizado el concilio provincial de Sens⁹³⁹. Lejeune eleva la cifra total de condenados a la hoguera sólo en París a ciento treinta⁹⁴⁰.

El mismo día, martes, fue llevado a declarar ante la comisión el hermano Jean de Bethaldi, pero su declaración fue suspendida, sin que el acta revele la causa, pero coincidiendo con la llegada a la comisión de la noticia de la condena a la

⁹³⁴ Georges Roman, *Le procès des Templiers. Essai critique et juridique*, Imprimerie Cause, Graille et Castelnau, Montpellier, 1943, p. 93

⁹³⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 280-281.

⁹³⁶ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. I, p. 72.

⁹³⁷ *Chronique de Saint-Vitor* en Etienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. I, p. 17.

⁹³⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 314.

⁹³⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 226.

⁹⁴⁰ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 237.

hoguera, por parte del concilio de Sens, de los cincuenta y cuatro templarios que se habían prestado para defender a la Orden. En lugar en el que debía aparecer el acta sólo hay una página en blanco con la inscripción: «En esta página no hay nada escrito»⁹⁴¹. Los comisarios decidieron enviar a Philippe de Vohet y al archidiácono Amisius para que informaran al arzobispo Marigny y su consejo del recurso presentado el domingo anterior por los defensores de la Orden y que si se llevaban a cabo las ejecuciones el trabajo de la comisión papal se vería seriamente perturbado. Los enviados, además, recibieron el encargo de hacer saber a Philippe de Marigny, que los hermanos estaban aterrados pues tenían conocimiento de la sentencia del concilio y que la situación haría que sus declaraciones ante la comisión fueran menos sinceras.

A la llegada de los mensajeros a la sede arzobispal de Sens el arzobispo se encontraba ausente y los demás miembros del concilio se negaron a escucharles. Algunos días más tarde, sin embargo, monseñor Marigny dijo a los miembros de la comisión que él no sabía nada del asunto y que los mensajeros no habían cumplido su misión. Parece evidente que alguien mintió⁹⁴².

2.7.3.7 Últimas sesiones de la segunda fase.

El dieciocho de mayo, la comisión se reunió en casa del arzobispo de Narbonne y descubrió que entre los llamados a declarar ante la comisión inquisitorial de Sens se encontraba el sacerdote templario Rainaldo de Pruino que estaba actuando como defensor adscrito a la comisión papal, por lo que se decidió enviar de nuevo a Philippe de Vohet y al archidiácono de Orleans, al arzobispo de Sens con la misión de hacerles observar lo que sigue:

«Los hermanos de Reinaldo Pruino, Pedro de Bolonia, Guillermo de Chambonnet y Bernardo de Sartiges, se han presentado para defender a la orden del Temple; el hermano Pruino ha formulado ciertos medios de defensa. Se dice que el concilio provincial ha llamado a este mismo hermano para juzgarlo. Los comisarios no quieren efectuar prohibiciones al arzobispo de Sens ni poner grilletes a su oficio; pero para descargar sus conciencias, hacen saber estos precedentes a los miembros del concilio provincial a fin de que no lo ignoren y para que decidan como hombres competentes e instruidos si persisten en proceder contra el hermano Pruino, por tener jurisdicción sobre él para procesarlo»⁹⁴³.

El mismo día, después de vísperas, se presentaron ante la comisión papal, los canónigos Pierre de Mosa, Michel de Mauconduit y Jean Cocard, en nombre de monseñor Marygny, arzobispo de Sens y dijeron que hacía dos años que la comisión inquisitorial había comenzado sus actuaciones contra Reinaldo de Pruino y contra las personas de los templarios, en virtud del mandato apostólico y que el arzobispo de Sens no había podido reunir el concilio provincial tan pronto como hu-

⁹⁴¹ «In ista página nihil scriptum est» (Jules Michelet, *Procès de Templiers*, T. I, p. 273).

⁹⁴² Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 94.

⁹⁴³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 277.

biera querido y que les había encargado pedirles que les explicaran el significado de la carta que le habían hecho llegar. Añadieron que el concilio provincial esperaba no interrumpir los trabajos de la comisión papal y que requerían que fuera levantada acta de su actuación por el notario que les acompañaba⁹⁴⁴.

La comisión papal respondió:

«Hemos actuado de acuerdo con las órdenes del arzobispo de Narbonne. Su significado es claro y no admite ninguna ambigüedad. En ausencia del arzobispo Ayselin, en este momento fuera de París, no podemos dar ninguna otra explicación. El arzobispo de Sens y sus prelados son, gracias a Dios, bastante listos para comprender el objeto y el significado de nuestra advertencia. Se ha pretendido que la apelación no ha sido presentada el martes día 12 por la mañana, a primera hora, a los miembros del concilio de Sens reunidos en asamblea, a causa de la ausencia del arzobispo de Sens. La apelación fue formulada el 10 de mayo por los hermanos de Pruino, de Bolonia, Chambonnet y de Sartiges; añadimos y afirmamos que estamos seguros de que la apelación ha sido correctamente presentada al concilio y al arzobispo de Sens el martes 12 de mayo a primera hora por Philippe de Vohet y el archidiácono de Orleáns que así lo atestiguan»⁹⁴⁵.

La quema de los cincuenta y cuatro frailes templarios tuvo inmediata consecuencia y el diecinueve de mayo cuarenta y tres de los hermanos que se habían ofrecido para actuar en defensa de la Orden desistieron y muchos de los que no lo hicieron comenzaban su declaración haciendo mención a su simpleza y a su falta de conocimientos y a que «esperaban que nada de lo que dijese le pudiera perjudicar»⁹⁴⁶.

No obstante, se presentaron ante la comisión papal los hermanos Reinaldo de Pruino, Guillermo de Chambonnet y Bernardo de Sartiges, pero fray Pedro de Bolonia no apareció lo que inquietó sobremanera a sus compañeros⁹⁴⁷.

2.7.4 Bula *Alma Mater*, nueva fecha para el concilio de Vienne.

El cuatro de abril de 1310, Clemente V promulgó la bula *Alma Mater* por la que se prorrogaba un año el comienzo del concilio de Vienne, previsto para el uno de octubre, a causa, según decía, de que la encuesta en curso contra los templarios no se había terminado aún⁹⁴⁸.

Dado que, a pesar de las deserciones, aún eran muchos los templarios que quedaban por declarar, la comisión, en vista de la prórroga decretada por el papa,

⁹⁴⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 278.

⁹⁴⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 277-281.

⁹⁴⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 460.

⁹⁴⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 282-283.

⁹⁴⁸ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 358. [Apéndice N° 39].

el treinta de mayo, «teniendo en cuenta las muchas causas que concurrían», decidió suspender las sesiones hasta el tres de noviembre de 1310⁹⁴⁹.

2.7.5 Tercera fase de la instrucción.

Llegado el tres de noviembre solo tres de los miembros de la comisión papal aparecieron en el monasterio de Santa Genoveva, lugar previsto para la reunión: el obispo Mende, Mateo de Nápoles y Giovanni de Mutua, archidiácono de Trento. El arzobispo Giles de Aisselin no estaba en París; el obispo de Bayeux estaba a punto de partir hacia Avignon; el obispo de Limoges apareció pero se marchó inmediatamente; y Jean de Montclaur excusó su presencia por motivos de salud⁹⁵⁰.

Por fin el diecisiete de diciembre consiguieron reunir a cinco de los ocho miembros de la comisión pero por parte de los defensores, no aparecieron ni Pedro de Bolonia ni Reinaldo de Pruino. El primero, al parecer, se había escapado de la prisión y había huido, aunque Barber dice que bien pudiera haber sido asesinado en prisión, pues de él no vuelve a saberse⁹⁵¹. El segundo, Pruino, no fue admitido por los comisarios como defensor por haber sido secularizado por el concilio de Sens. Chambonnet y Sartiges dijeron que sin la presencia de Bolonia y Pruino, ellos no se consideraban preparados para asumir la defensa de la Orden, por lo que abandonaron la comisión y de esta manera la Orden dejó de ser defendida y representada ante este órgano⁹⁵².

A partir del diecisiete de diciembre la investigación se desarrolló sin descanso hasta el veintiséis de mayo. Los testigos que comparecieron en esta tercera fase eran templarios que habían sido reconciliados por los concilios provinciales respectivos y fuera por miedo, por sugestión, por amenazas o por violencia, se habían rasurado la barba y abandonado la capa. En su mayor parte confesaron en contra de la Orden, lo que no es de extrañar pues seguramente a estas alturas ya sabían lo que les convenía declarar si querían conservar la vida.

Terminadas las investigaciones, el once de mayo de 1311 los comisarios hicieron comparecer a los administradores y guardianes de la casa del Temple en París, figurando recogidas en las actas transcritas por Michelet lo siguiente:

«El mencionado día once de mayo, los comisarios hicieron comparecer ante ellos a Guillelme de Pidoye, administrador y guardián de los bienes del Temple, entre cuyas manos se encontraban, según se dice, las reliquias que se habían encontrado con ocasión del arresto de los templarios. Los comisarios le reunieron con Guillelme de Gisors y Ragner Bordone, sus compañeros, y le pidieron que presentaran todas las cabezas en metal o en madera que se hubieran encontrado dentro de los muros del Temple. Gullelme Pidoye y sus compañeros pusieron a la vista de los comisarios una cabeza grande, bella, en pla-

⁹⁴⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 283-285.

⁹⁵⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 230.

⁹⁵¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 230.

⁹⁵² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 285-287.

ta dorada, con figura de mujer, dentro de la cual estaban los huesos de una cabeza humana, todo ello envuelto en un paño de lino blanco; un sudario (tela fina o gasa de Siria) de color rojizo la cubría. Estos huesos parecían los de una pequeña cabeza de mujer y se decía que era una de las once mil vírgenes»⁹⁵³.

Guillermo de Pidoye afirmó que nada más se había encontrado en la casa del Temple.

«Los comisarios entonces hicieron venir a Guillelme Herbleyo, a quien ya se había tomado declaración el 5 de febrero de 1310, y presentándole la cabeza dijo que ésta no era la “cabeza” de la que había hablado; que, además, no está seguro de haber visto en el Temple la “cabeza” en cuestión»⁹⁵⁴.

Por fin se había encontrado la famosa «cabeza» (*capud*) a la que habían hecho referencia los hermanos Huguet de Buris, Bartolomé Bocheri, Taillefer de Gene, Radulphe de Gisi y el visitador Pairaud, y que Lavocat atribuye a una reliquia de un santo o santa de la Iglesia no identificado, pues está probado que la Orden poseía en las capillas de algunas encomiendas reliquias en forma de cráneo o de cabeza que se mostraba en los capítulos solemnes⁹⁵⁵.

Caso paradigmático es el del hermano Étienne Domoni, que en 1307 había confesado haber renegado de Cristo, haber escupido sobre la cruz, los besos ilícitos y la incitación a la homosexualidad. En 1310 se había presentado para defender a la Orden y en 1311 el concilio de Sens lo había declarado absuelto y lo había reconciliado con la Iglesia, por lo que no quería retractarse de la declaración hecha en presencia de los inquisidores parisinos, pero preguntado sobre su recepción declaró que había sido ortodoxa y que no había visto ni oído ninguno de los errores que se le achacaban a la Orden y aceptó haber escupido sobre la cruz, aunque, dice el acta, «con muchos circunloquios [...] preso de gran temor por una declaración hecha ante el obispo de París, después de haber sido torturado, según dijo, durante más de dos años antes de su declaración»⁹⁵⁶.

La comisión, que estaba trabajando con apenas tres de sus miembros, escribió al obispo de Bayeux, que estaba en Avignon en una misión encargada por el rey, preguntándole si la podían dar por concluida la investigación, a lo que éste respondió diciendo que el papa y los cardenales consideraban que la labor realizada por la comisión hasta el momento era suficiente, pero querían esperar a tener información sobre las encuestas de ultramar. El cinco de junio quedó definitiva-

⁹⁵³ Cuenta una leyenda muy extendida por el norte y centro de Europa, que una joven llamada Úrsula, u *Orsola* en latín (*aquella que es como una osita*), se convirtió al cristianismo prometiendo permanecer virgen. De vuelta de Roma, el barco que la transportaba junto con otras doncellas, fue atacado por los hunos que las hicieron prisioneras, quedando su rey, Atila, tan prendido de ella que la quiso tomar por esposa, lo mismo que varios de sus súbditos, pero las jóvenes doncellas se resistieron por lo que todas fueron martirizadas. En el lugar del martirio, se erigió una basílica dedicada a las «once mil vírgenes», entre ellas Úrsula. (Jaime Ferreiro Alemparte, *La leyenda de las once mil vírgenes: sus reliquias, culto e iconografía*, Servicio Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1991).

⁹⁵⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 218.

⁹⁵⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 354.

⁹⁵⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 586-588.

mente disuelta la comisión tras una conferencia celebrada ese mismo día por todos sus miembros con el rey en la abadía de Maubisson⁹⁵⁷.

Los comisarios papales habían oído un total de doscientos treinta y un testigos, de los cuales doscientos veinticinco fueron templarios y seis no templarios. Sin embargo, tres cuartos de los que se habían ofrecido para actuar en defensa de la Orden no habían sido escuchados. Los trabajos de la comisión había originado doscientos veinte folios, de cuarenta líneas cada uno, de los cuales se hicieron dos copias: la primera, sellada por la comisión fue enviada al papa, la otra se depositó en el monasterio de Sainte-Marie en París⁹⁵⁸.

2.7.6 Paréntesis hasta el concilio de Vienne.

Entre el cinco de junio de 1311, fecha en que la comisión papal terminó su instrucción y el dieciséis de octubre del mismo año, en que dieron comienzo las sesiones del concilio de Vienne, hay poco que reseñar, salvo quizás, la celebración el doce de agosto del concilio provincial de Rouen para el juicio de los templarios detenidos en la archidiócesis, localidad de la que había sido nombrado arzobispo el quince de mayo el presidente de la comisión papal, Giles de Aisselin y de cuya sede tomó posesión el veintisiete de agosto⁹⁵⁹.

En los meses inmediatamente anteriores al comienzo del concilio, la plana mayor elegida por el papa para prepararlo, compuesta por un grupo escogido de cardenales y prelados –entre los que cabe citar al arzobispo Giles de Aisselin y los obispos de Mende, Bayeux y Coutances– y expertos de confianza del pontífice, se había establecido en el priorato de Grozeau, a donde fueron llegando las actas de los distintos concilios provinciales⁹⁶⁰.

El hecho de que algunos de los concilios provinciales en agosto todavía no las hubiera mandado, dio lugar a que el papa escribiera a los recalcitrantes – Castilla-León, Aragón, Portugal, Toscana, Lombardía, Chipre y Grecia latina– dándoles instrucciones apresuradas e instándoles a utilizar la tortura⁹⁶¹.

Con todas las actas de las diferentes comisiones encuestadoras provinciales se elaboraron resúmenes, de los que sólo nos han llegado algunos fragmentos, que han sido estudiados por Schottmüller y Finke⁹⁶², pero que no añaden nada nuevo a lo que ya hemos expuesto.

⁹⁵⁷ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe IV le Bel*, Librairie Hachette et Cie, París, 1910, p. 150.

⁹⁵⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 253.

⁹⁵⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 318.

⁹⁶⁰ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 253.

⁹⁶¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 324.

⁹⁶² Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 254.

2.8 Concilio de Vienne.

Según prescribía la bula de convocatoria, los puntos a tratar en el concilio eran:

- Los errores y herejía de los templarios.
- La ayuda a Tierra Santa.
- La reforma de la Iglesia.
- Las costumbres y el estado eclesiástico.
- Las libertades de la Iglesia.

El papa había invitado personalmente a ciento sesenta y dos prelados para que asistieran –a razón de dos por provincia– más los integrantes de la curia pontificia y los sufragáneos de dichos prelados, a los cuatro grandes patriarcas y a los príncipes de todos los rincones de la Cristiandad: Francia, Inglaterra, Castilla-León, Aragón, Portugal, Navarra, Escandinavia, Sicilia, Hungría, Bohemia y Chipre⁹⁶³. Aunque los templarios habían sido invitados formalmente por Clemente V⁹⁶⁴, en opinión de Barber, cuesta imaginar que el papa esperase que asistieran⁹⁶⁵. Incluso el encargado de su custodia, Pierre de la Chapelle, cardenal-obispo de Palestrina, recibió la orden de llevarlos a Vienne, pero resulta evidente que la previsión en tal sentido, contenida en la bula *Faciens misericordiam*, fue incumplida, ya fuera porque habían huido o abandonado la Orden, ya por miedo a las represalias del rey o de algún obispo de su órbita. Lo cierto es que ninguno de los detenidos estuvo dispuesto a comparecer ante los padres conciliares y a los que habían expresado su deseo de defenderla ante el papa, como el maestre y los dignatarios detenidos, el rey no permitió que fueran llevados a Vienne⁹⁶⁶. Incluso los que, una vez iniciado el concilio, se presentaron con intención de actuar en su defensa, como veremos más adelante, fueron detenidos.

En los ocho meses inmediatamente anteriores al concilio, dice Barber, Clemente V se había preocupado mucho por reunir las pruebas contra los templarios que quería presentar en Vienne, pero a excepción de Francia y sus zonas de influencia, los interrogatorios en los demás países no habían terminado tan abruptamente y todavía en agosto de 1311, fecha ciertamente tardía, se estaba enviando instrucciones apresuradas para que los reacios en Castilla, Aragón, Portugal, Toscana, Lombardía, Chipre y Grecia latina fueran sometidos a la tortura y poder tener listas las confesiones para Vienne⁹⁶⁷.

La primera sesión del concilio, presidida por el papa, tuvo lugar el dieciséis de octubre en la catedral y en ella estuvieron presentes alrededor de trescientos

⁹⁶³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 323.

⁹⁶⁴ Bula *Faciens misericordiam*, Regestum Clementis Papae V, III, n° 3584-85, Typographia Vaticana, Roma 1884, pp. 363-366.

⁹⁶⁵ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 327.

⁹⁶⁶ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, pp. 258-259.

⁹⁶⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 324.

obispos según Villani⁹⁶⁸ o ciento catorce si se sigue al continuador de Guillaume de Nangis⁹⁶⁹, sin contar los abades y priores de las órdenes y monasterios. Entre los asistentes, Lizerand destaca la presencia de los patriarcas de Antioquia y de Aquilea y, en cuanto a actividad, a los franceses (los más numerosos con diferencia), los italianos y los aragoneses⁹⁷⁰. El mismo autor justifica la ausencia de muchos prelados por los gastos tan enormes que suponía el desplazamiento y la estancia en Vienne –lo que dio lugar a que muchos de los asistentes tuvieran que empeñar sus bienes– y en el miedo a que se aprovechara la oportunidad del concilio para imponerles algún impuesto⁹⁷¹. Barber fija las ausencias de prelados en ciento catorce y al respecto dice que esta circunstancia enrareció el ambiente de la sesión inaugural⁹⁷². El único de los príncipes que asistió al concilio fue el rey Felipe IV de Francia, que, en todo caso, no reapareció hasta la primavera del año siguiente y no fue para participar en las sesiones sino para presionar al papa en el asunto de los templarios y permaneció justo el tiempo para ver conseguidos sus propósitos⁹⁷³.

Idea del ambiente que rodeó al concilio, al menos en sus primeros días, la da la carta que el obispo de Valencia dirigió al rey Jaime II de Aragón:

«Esto es muy aburrido y el país es muy frío, insoportable e inconveniente para mi edad. La ciudad es pequeña y como hay mucha gente está completamente llena. Todo el mundo está incómodo, pero hemos de aguantarnos pacientemente»⁹⁷⁴.

El tema de la supresión de la Orden se suscitó rápidamente escribiendo el cronista inglés Walter de Hemingborough, en referencia a la segunda jornada del concilio:

«En la segunda [sesión] hubo una larga disputa sobre la orden del Temple y sobre si debía seguir funcionando o si debía ser destruida *de iure*. Casi todos los prelados estaban a favor de la orden de los templarios, excepto los prelados franceses, quienes, por miedo al rey de Francia, de quien se decía que era el causante de todo este escándalo, no se atrevían a actuar de otra manera»⁹⁷⁵.

El papa en su discurso inaugural expuso los tres puntos del programa elaborado para ser discutido y ordenó a los obispos presentar ante una comisión de tres

⁹⁶⁸ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 251, citando a Giovanni Villani, *Istoire Fiorentine*, L. IX, c. 22, citando a Continuateur de Guillaume de Nangis, *Histoire de France*, XX, p. 604.

⁹⁶⁹ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 251

⁹⁷⁰ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 252.

⁹⁷¹ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 252.

⁹⁷² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 323.

⁹⁷³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 324.

⁹⁷⁴ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, pp. 251-252.

⁹⁷⁵ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 330, citando a Walter de Hemingborough, *Chronicon Domini Waleri de Hrmingburgh, De Gestis Regne Angliae*, Ed. C. Hamilton, II, Londres 1868, p. 292,

cardenales las peticiones relativas a sus diócesis⁹⁷⁶. Lizerand añade que sin duda alguna dio la orden de constituir las comisiones de estudios y de organizar los trabajos⁹⁷⁷, pues se sabe que los asistentes, fueron distribuidos en dos grupos: uno formado por los exentos de participar en las deliberaciones y otro integrado por los no exentos.

El grupo de los no exentos dispuso de las actas de la instrucción llevada a cabo por la comisión papal y de las instrucciones de los concilios provinciales y, tras varios días de intensa lectura de las mismas, eligió en su seno una comisión, a la cabeza de la cual se colocó al patriarca de Aquilea, compuesta por arzobispos y obispos, a los cuales se les proporcionó, además de las actas de las confesiones, los resúmenes preparados en el priorato de Grozeau. Probablemente, pensó el papa Clemente, dice Barber, que sería más fácil convencer a un grupo reducido de la supresión de la Orden⁹⁷⁸.

A finales de octubre ocurrió un suceso que muestra hasta qué punto no había interés alguno por parte del papa en que asistiera ningún templario al concilio. Siete hermanos, seguidos días más tarde por otros dos, se presentaron ante los padres conciliares, que se encontraban deliberando, solicitando ser escuchados en el asunto que les incumbía y advirtiéndolo que en las proximidades había más de mil quinientos, y otros más en Lyon, dispuestos para ayudarles. El papa los hizo detener y, temiendo un asalto por parte de los mil quinientos o dos mil conjurados que, según los detenidos, se encontraban en las cercanías, escribió al rey el 11 de noviembre una carta en tono servil, en la que lo puso sobre aviso:

«Para dar a conocer a Vuestra Majestad Real la verdad de todos los sucesos que han tenido lugar en el asunto de los templarios, no debo silenciaros lo siguiente: después de haber sido leída la instrucción hecha contra la orden de los templarios ante los prelados y otros eclesiásticos que habían venido al concilio convocados por Nos, se han presentado ante estos mismos prelados y eclesiásticos, siete caballeros de esta Orden en una sesión y dos otros en la siguiente, estando Nos ausente, ofreciéndose a tomar la defensa de la Orden y han asegurado que entre mil quinientos y dos mil caballeros, esperaban en Lyon o en los alrededores, unirse a ellos en esta defensa. Dado que estos nueve caballeros se han presentado voluntariamente, hemos ordenado su arresto y les hemos hecho poner en prisión. Después hemos creído nuestro deber emplear precauciones especiales para nuestra seguridad, y anunciar estos sucesos a Vuestra Majestad para que tome las precauciones que más convengan para la guarda de Vuestra persona»⁹⁷⁹.

Este incidente inesperado puso sobre el tapete de la comisión conciliar la cuestión de la defensa de la Orden, por lo que los cardenales se reunieron con los

⁹⁷⁶ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 239-240.

⁹⁷⁷ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 253.

⁹⁷⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 328.

⁹⁷⁹ François Juste Marie Raynouard, *Munuments historiques relatives a l'ordre*, p. 176; Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, pp. 472-473; Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 328.

prelados para dilucidar la cuestión. De acuerdo con Ptolomeo de Lucca⁹⁸⁰, todos los prelados de Italia menos uno, los de España, los de Alemania, los de Suecia, los de Inglaterra, los de Escocia y los de Irlanda, así como los franceses, exceptuando los tres metropolitanos⁹⁸¹ votaron afirmativamente a permitir la defensa de la Orden⁹⁸². En una carta de Pedro Boyl y Guillermo Olomar al rey Jaime II de Aragón, a comienzos de diciembre, al tratar de este asunto, estos embajadores decían que a los padres conciliares se les sometió cuatro cuestiones:

«La primera, si dedefesio devia esser donada als frares del Temple, qui defendre volguessen si o lorde, enans que mes hi sos enantal.

La segona, si, posat que la defensio degues esser donada, devien esser reebuts ala dita defensio en lodit concili.

La tercera, si aquells frares no devien esser reebuts, si devia hom donar leer alots ajustasen en un loch per se sindich o procurador a la dita defensio.

*La quarta, si acosemblava al dit concili dificil cosa o quax impossibli, si el papa per son Office lurs deria defenedor»*⁹⁸³.

La respuesta de los padres conciliares fue casi unánime, pues solo el obispo de Rouan, el abad de Cluny y tres obispos franceses se opusieron a que la orden del Temple contara con una defensa propia⁹⁸⁴.

Esta votación supuso un frenazo en los trabajos de la asamblea y un fuerte quebradero de cabeza para el papa, pues el hecho de permitir la defensa de la Orden suponía un revés a toda la actuación del rey de Francia y, probablemente, dice Lizerand, faltar a los compromisos que Clemente había adquirido con él, así que a la espera de que el papa y el rey se pusieran de acuerdo, los padres conciliares se dedicaron a los otros dos asuntos que les había reunido, es decir la nueva cruzada y la reforma de la Iglesia⁹⁸⁵.

Henry Ffykeis, delegado inglés ante la curia pontificia, escribía el veintisiete de diciembre de 1311 al obispo de Norwich, John Salmon:

«A propósito del asunto de los templarios hay un gran debate sobre si se debe o no, según la ley, admitir su defensa. La mayor parte de los prelados, en realidad todos ellos, excepto cinco o seis del consejo del rey de Francia, mantienen una actitud favorable. Por eso el papa arremetió contra los prelados. El rey de Francia también, y ha venido furioso con un gran séquito. Es

⁹⁸⁰ Ptolomeo de Lucca (Lucca 1236-Torcello 1327), fue obispo, teólogo e historiador.

⁹⁸¹ Arzobispos de Rouan, Giles de Aisselin, de Sens, Philippe de Parigny y de Reims, Robert de Courtenay.

⁹⁸² Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. I, p. 42.

⁹⁸³ Primera si se debía proveer de defensores a la Orden; segunda si se debería aceptar la defensa de la Orden por los nueve templarios que habían irrumpido en el concilio; tercera, si se debía permitir, en caso contrario, la celebración de una asamblea de hermanos para designar un síndico y un procurador; y cuarta, si debería el papa nombrar defensores de oficio.

⁹⁸⁴ Archivo de la corona de Aragón, Apend. Gen n° 31, Or. Pap. Sap, Barcelona, en Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 258-261.

⁹⁸⁵ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 261.

tamos asustados por esta acción y temblamos por este hecho. Pensamos que por este motivo se prorrogará el concilio, en caso de que las cosas vayan a peor, si el rey no consiguiera su propósito. En resumen, se esperaba que el papa se trasladaría a otro lugar, sobre todo por las deficiencias de este sitio. Sin embargo no se sabe lo que pretende. A propósito de otros temas que atañen al concilio, no se ha llegado a ningún acuerdo y todo está en suspenso»⁹⁸⁶.

Barber dice que no andaba descaminado Ffykeis en sus deducciones, y que el rey se estaba dando cuenta de que el papa estaba perdiendo el control de la situación, pero no se amilanó por las malas noticias que le llegaban de Vienne y decidió acudir al mismo recurso que tan buenos resultados le había dado en ocasiones anteriores: la intimidación⁹⁸⁷. Así pues, el treinta de diciembre convocó los estados generales mediante un encendido edicto en el que decía que su deseo era mantener la pureza de la fe, que el asunto era de interés para todos los católicos, pero sobre todo para los de Francia, pueblo especialmente elegido por Dios como custodio de su Iglesia. Como lugar de la reunión eligió Lyon y como fecha el diez de febrero de 1312. Ninguna de ambas elecciones fue tomada al azar. La fecha elegida era la más pronta posible teniendo en cuenta que los edictos de convocatoria tenían que llegar a todos los rincones del país y había que dar tiempo a los diputados para recabar los fondos necesarios y ponerse en camino. Y el lugar elegido era el mejor desde el punto de vista político, pues se encontraba en el camino desde París y a un tiro de piedra de Vienne, lo suficientemente cerca para amedrentar a los padres conciliares⁹⁸⁸. Además, Felipe se guardaba en la recámara otro asunto de mayor presión aún sobre el concilio y era el del papa Bonifacio VIII que por decisión del papa Clemente se había demorado hasta este concilio, por lo que es probable que el papa temiera que si se reabría el proceso contra Bonifacio el escándalo fuese aún mayor que el organizado por el asunto de los templarios⁹⁸⁹. A falta de registros conocidos sobre el desarrollo de estos estados generales, dice Lavocat que, a la vista de los anteriores, cabe presumir que se decidiera la condena del Temple y meter prisa al concilio de Vienne en tomar una resolución⁹⁹⁰.

Los embajadores del rey Jaime II de Aragón en el concilio, Pedro Boyl y Guillermo Olomar, refieren en sus cartas al rey aragonés que a mediados de febrero llegó a Vienne una embajada especial del rey de Francia, compuesta por Louis d'Evreux, los condes de Saint-Pol y Boulogne, Enguerrad de Marigny, Nogaret y Plaisians, que mantuvo reuniones diarias secretas durante doce días con el papa y con los cardenales —cuatro franceses y uno italiano— y que regresó junto al rey el veintinueve de febrero. Además, la carta de los embajadores al rey de Aragón habla del destino de los bienes de los templarios y de las habladurías sobre que tales bienes serían entregados a la orden del Hospital⁹⁹¹.

⁹⁸⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 330.

⁹⁸⁷ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 331.

⁹⁸⁸ 34 kms.

⁹⁸⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 328.

⁹⁹⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 377.

⁹⁹¹ «Al molt alt e molt poderos senyor en Iacme ... rey Darago etc, en P. Boyl e en G. Olomar, ...

Así pues en febrero se daba ya por segura la supresión de la Orden y el traspaso de sus bienes a la orden del Hospital, a lo cual se oponían los representantes del rey Jaime II. Sobre el destino de los bienes de los templarios, las opiniones, como se puede imaginar, eran de lo más variado. La mayoría era de la opinión de que había que crear una nueva orden que estuviera ubicada en oriente. Un pequeño grupo creía que había que poner los bienes en manos de los obispos para que los emplearan en Tierra Santa. Otros querían que se les dieran a los hospitalarios. Clemente consultó todas estas propuestas con los cardenales y se decidió por transferir los bienes a una orden ya existente, pero al ser Calatrava, Uclés y los teutónicos descartados, por su carácter eminentemente nacional, solo quedó el Hospital.

El dos de marzo el rey escribió al papa una carta en la que quedaba patente su deseo con respecto a la Orden:

«Vuestra Santidad sabe que gracias a la instrucción se han descubierto tal número de herejías y hechos, de los que los templarios se han declarado culpables, que la Orden debe ser inefablemente abolida. Por este motivo y porque nos hemos movido por un santo celo por la fe ortodoxa, pedimos con súplica y humildad que esta Orden sea disuelta. Las posesiones que tenía podrán ser entregadas a una nueva orden de caballería»⁹⁹².

Clemente respondió el ocho de marzo asegurándole que en el caso de que la Orden fuese suprimida sus bienes serían destinados a Tierra Santa. Mientras tanto Enguerran de Marigni había vuelto a Vienne y en secreto ultimó los detalles del acuerdo con el círculo papal. El problema estribaba en la votación de principios de diciembre en la que se había acordado dar a la Orden la posibilidad de defenderse.

A la vista de los hechos, que parecían consumados, como se demostró poco después, a principios de marzo los embajadores aragoneses entablaron nego-

Depuys, senyor, queus tramesen la letra, la qual vos porta Iohan Dalmudeuar, son venguts al concili per part del rey de França missatgers en Loy germa del dit rey e el comte de sent Paul e el comte de Bolunya e un cavaller Engerra, lo qual es un dels majors en lo conseyl del rey de França, e en G. de Nogeret e en G. de Plasia, e han estat en lo concilie tro a XII dies e han parlat e tractat ab lo papa molt secretament, axi que noy han cabut sino V cardenals solament, ço es assaber lo cardenal de Beses et Narnau de Pelagrua e en Cantalops e el vicecanciller e Frare Nicholau, qui era confesor del rey de França, ans que fos cardenal, e quax noha falit negu dels dits XII dies, quel papa els dits cardenals e missatgers del dit rey no sien estats ensems e han fet tan secretament lurs affers que nuyl hom non ha pogut res sentir. E vuy, que hom compta pridie kalendas Marcii, los dits missatgers son se partit de Viana e son sens anats al rey de França qui es a Masch... on... sino dues jornades de Viana, e segons que havem antes alsguns, quiu han oyt del dit Enguerra qui es un dels dits meissatgers, ells se son concordats ab lo papa, eaxi que amenaran lo rey de França al concil...

*... E nos senyor sabens, que ell es amich vostre e que ha gran poder en aquests affers e que sab en tot parlamli breument sobrel fet del Temple, en qual manera, se(?)ses devenia, quel orde del Temple fos dissolt, era necesari a vos, senyor, e ala vostra terra, que tal ordinatio se fe... dels bens del dit orde, que fees sens preiudice del vostre dret e que per aavant negun perill non pogues venir ala vostra terra, per que era rahonabla cosa, que nos, qui som en lo concil per part vostra, senyor, foseen oyts ...senyaladement li specificam, que en neguna manera nos ... quels dits bens fossen applicats al orde del Espital...» (Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templarordens*, T. II, pp. 276-279).*

⁹⁹² Pierre Dupuy, *Histoire de la Coondamnation de Templiers*, p. 179.

ciaciones con el ministro del rey francés, Marigny, y con los priores hospitalarios de Francia y Auvernia, lo que comunicaron por carta al rey Jaime en la que, además, le contaban una entrevista tenida con el papa en la que éste, entre otras cosas, les habría confiado sus dudas sobre el futuro de la orden del Temple⁹⁹³.

Un hecho, no por esperado menos sorprendente, vino a sacar de dudas al papa, pues el mismo día, cuando el correo ya había partido hacia Aragón, se presentó en Vienne el rey de Francia acompañado de sus hermanos y de sus hijos y de una nutrida tropa, precipitando con ello, en sólo un día de intensas reuniones, la adopción de una decisión por el papa Clemente, decisión que fue comunicada a la comisión especial y a algunos cardenales en un consistorio secreto celebrado el veintidós de marzo. Los embajadores del rey aragonés lo cuentan así en una nueva carta dirigida a Jaime II el veintisiete de marzo:

*«Il dies apres quel rey de França son entrat en Viana, lo papa desfeu lorde del Temple, axi que daqui avant no sia nomenat orde del Temple, ne labit del Temple no port neguna persona: e retench a si la ordinatio deles personas del Temple a dels bens. E dix als prelats, ques pensassem sobrels bens, en qual menera sen poria fer meylor ordinatio, e que, con ell lo sen demanas, quelin resposessen»*⁹⁹⁴.

⁹⁹³ «... Finalment quant al fet dels bens del Temple dix [el papa], que el no sabia encara si lorde del Temple se mudaria o no, jaffos que el tengues que si, e la on se mudas, quant als ben, no faria res, que abans nos so ho sabessem, que be entenia, quens hi appellaria e tractaria ab nos e hi esquiraria vostre preiudici, senyor, e perill de vostra terra. E dix que pensassem sobre aço el de mig, que, con ell nos appellaria, quen sabessem dir con quen sentissem. Es assaber, que ell veyia que aplicar aquets bons a orde novellament faedor, per ço cor los bens del Temple son ara menats, ne a la Terra Sancta, ne a vos, senyor, ne a altra cosa daquest gran tems no seria fet Server; aytambe aplicar los a Ucles o a Calatrava, com no son Ordens generals per lo mon, no porten acorrer a profitar los ben en les altres parts, on no son poblats, mas el Espital si eren applicats, per ço cor han per fots hochs, on lo Temple havia, serien mills procurants ...» (Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 280-285; Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 262).

⁹⁹⁴ «Al molt alt e molt poderos senyor en Iacme ... rey Darago, etc, en P. Boyl e en G. Olomar ... Sapia, senyor, la vostra altea, que apres de dissapte ans Ram, en lo qual dissapte parti de Vianna lo correu vostre, senyor, per lo qual vos tramesem unes letres, en queus significavem los fets, en qual estament eren: los diluns seguem, que so lendema del Ram, lo rey de França entra en Viana e ab ell en Karles e en Loys sos frares e el rey de Nauarra e Phelip e Karles fills seus: e nos, senyor, exim aell de fora e rebens be. Puys lendema, que fo dimarts, anam al dit rey e presentamli la vostra carta e dixemli la vostra salutatio e altres paraules bones, segon ques convenia. E ell reebens be e atressi demana a nos dela vostra salud e de vostre estament. Apres dixemli que li voliem dir algunes paraules de part vostra, senyor, e dix nos, que, si eren breus paraules, que les dixellem tantost; si eren longues, que ell lavors nous podia oyr, per ço cor lesperaven de fora molts cardenals, mas que con aell fos avinent, ell nos faria appellar ens oyria volonter. E nos dixemli que nostres paraules no podiem dir axi tost, mas clamamli merce quens sfés appellar, con aell fos avinent, e dix, que sis faria (...) Encara, senyor, significam a la vostra sensoria, quel dimecres ans de pascha, Il dies apres quel rey de França son entrat en Viana, lo papa desfeu lorde del Temple, axi que daqui avant no sia nomenat orde del Temple, ne labit del Temple no port neguna persona: e retench a si la ordinatio deles personas del Temple a dels bens. E dix als prelats, ques pensassem sobrels bens, en qual menera sen poria fer meylor ordinatio, e que, con ell lo sen demanas, quelin resposessen. Esters encara non an parlat depuys, mas creem, que tost se fara e quen sentim nos, senyor, jaus ho havem fet saber per laltra letra desudita. Ço que ha fet lo papa de desfer lorde del Temple, ha fet no segons orde de dret, ne per via de justicia mas per provisio sua, som deya [quod] non expediebat,

Según cuenta Lizerand, citando la Continuación de la Crónica de Nangis, el papa, dos días después de la llegada del rey, convocó un consistorio secreto compuesto por la comisión conciliar y los cardenales y les preguntó si se debería permitir a la Orden su defensa o bien se la debía suprimir directamente por vía de provisión, a lo cual las cuatro quintas partes de los reunidos se inclinaron por la supresión por vía de provisión, dato que se explica por la intimidación ejercida por la presencia del rey de Francia⁹⁹⁵. Dentro de la minoría opuesta a la disolución estaban los cardenales bonifacianos, los obispos de la provincia eclesiástica de Tarragona, entre ellos, el obispo de Valencia, que hasta el último momento defendió la idea de que solamente los templarios culpables debían ser castigados⁹⁹⁶. Finke resalta que la bula *Vox in excelso* recoge en su exposición el debate entre los asistentes al consistorio⁹⁹⁷.

Por fin el día tres de abril se reunió el plenario del concilio y Clemente V, en presencia del rey Felipe IV de Francia y de su hijo, el rey de Navarra, sentados cerca de él, dio a conocer su resolución. La escena es descrita así por Walter de Hemingbrough:

«En la tercera sesión el señor papa tomó asiento y a un lado de él estaban el rey de Francia y al otro su hijo el rey de Navarra; un clérigo se levantó y prohibió a los asistentes bajo pena de excomunión mayor pronunciar ninguna palabra en el concilio, sin permiso del papa o a su requerimiento...»⁹⁹⁸.

Acto seguido, el papa tomó la palabra y tras entonar el salmo 1,5 «No prevalecerán los impíos en juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos» hizo un resumen del procedimiento que se había seguido y dio las razones por las que había decidido la supresión de la Orden, con el acuerdo del pleno del concilio

*que romangues lo dit orde en lo segle. E tots los prelats que dabans avien dat lur conseyl, exceptats poch, que defensio devia esser dada al orde, an mudat lur conseyll e han consentit a aço, exceptada la provincia de Tarragona solament, e aço ha fet mes que mes lo bisbe de Valencia, qui deya e ha dit, que abans devia saber quals dels Templers eren bons e quals eren malvats, per ço que no fossen punits e diffamats los bons ab los mals contra raho e justicia; mas quels mals fossen punits e als bons fos conservada la lur bona fama. Cor lorde encara romanía en aquells, qui bons eren, que no era peccat en lorde, qui era sant e just en la sua institutio, mas era peccat en lo lexament del orde. En aquest consell es la provincia de Tarragona sola e singular, e creem, que aquest consell sia plaent a Deu e a homens, qui anassent en aquest fet ab enteniment vertader. Le papa dix a nos lastra dia, senyor, que pensava quel rey de França pendria la creu, e tuyt nos pensavem, que la preses ara en la setmana santa. Esters encara nola ha presa ne sabem quen fara. Altres noves no hic ha, senyor, queus, ajam affer saber... escrita en Viana, VI kalendas aprilis» (Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 286-288).*

⁹⁹⁵ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 266, citando al Continuador de Guillermo de Nangis, *Histoire de France*, XX, p. 605.

⁹⁹⁶ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 246.

⁹⁹⁷ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. I, p. 363.

⁹⁹⁸ «In III sessione sedit dominus papa pro tribunali, et ab uno latere rex Franciae, ab altero rex Naverniae (de Navarre) filius eius, Surrexitque quidam clericus et Inhibuit sub poena excommunicationis majoris ne aliquis loqueretur verbum in concilio, nisi licenciatus vel requisitus a papa», en Walter of Hemingbrough, *Chronicon Domini Walteri de Hemingburgh*, citado por Georges Lizerand, *Clement V et Philippe le Bel*, p. 267, nota 3.

(sic), no en virtud de una condena judicial, dado que no se tenía el convencimiento pleno de la *diffamatio*, sino por vía de provisión apostólica en virtud de su poder absoluto. Así lo cuentan los embajadores del rey Jaime II:

«Al molt alt e molt poderos senyor en Iacme... rey Darago P. Boyl e G. Olomar... gracia. Senyor ya pochs dies ha, vos havens fet saber per nostra letra les paraules, que foren davant lo papasobre el fet del emperador e del rey Robert. E creem, que daquesta raho vos scriu ara lo papa per lo portador daquesta. Vos senyor sots be enformat del fet per la nostra letra damunt dita e farets y ço que a la vestra altea sera vist faedor. Encara senyor, significam a la vostra alta senyoria, que diluns lendema de la dominica in Quasi modo lo papa tench sessió publica en la esgleya mayor de Viana, on foren lo rey de França e sos fills e sos freres e moles barons e els cardenals e els prelats e embaxadors de diverses princeps del mon. E lo papa parla e recomta tot lo fet dels Templers, com era passat del dia quel havia entes tot lo a aquell dia, e dix que ias fos acort e conseyl de la maior partida dels cardenals e dels prelats del concili, que deffensio devia esser donada ales persones e al orden del Temple e que, segons ço ques trobave, lorde desus dit per pret no devie esser dampnat, com no fos res provat contra lorde estiers, per ço com serie escandal, si atal orde axi diffamat romania en lo mon, en lo qual orde ningun bon hom daqui a avant no entrarie, per ço con moltes singulars perssones del dit orde havien confessat los crims, de que eren encolpats, e encara per ço com los ben del orde so en tals ... que pensan la dilacio de la dita [deffensio]. no sen faria lo servy que fer se devie: per aquestes rahons proveye per provisio apostolical, quel dit orde fos tolt e vedave sots pena de excommunicacio, la qual fos en correguda ipso facto, que daqui avant nenguna perssona no portas labit del Temple nil preses, e retench a la sua ordinacio les perssones e els bens: la qual ordinacio farie en aquest concili e veda, que en aquest demig alguna innovacio no fos feta en los bens per ninguna perssona. E pux feu leyr la sentència, qui era bullada, que contenia en acabament ço que damunt es dit...»⁹⁹⁹.

A continuación se dio lectura, en alta voz, a la bula *Vox in excelso*, en la que tras un largo preámbulo expositivo, con la inclusión de varias citas bíblicas y la narración de todo el *iter* del proceso desde su prolegómenos, «en el momento de nuestra elección como Sumo Pontífice, antes de venir a Lyon para nuestra coronación, y después, tanto allí como en otros lugares, hemos recibido insinuaciones secretas contra el maestro, los preceptores y otros hermanos de la orden de los caballeros templarios de Jerusalén y también contra la propia Orden», llega a la parte dispositiva en la que dice:

«Suprimimos por sanción irrevocable y válida a perpetuidad, no sin amargura y sin dolor en el corazón, la orden de los templarios, su estado, su vestimenta y su nombre, no por sentencia definitiva sino por modo de provisión o reglamento apostólico y la sometemos a una prohibición perpetua, con la aprobación del concilio; prohibiendo expresamente, a cualesquiera que sean, de entrar en esta Orden, de recibir o de llevar sus hábitos y de hacerse pasar por templario. Quienquiera que infrinja esta orden incurrirá en pena de

⁹⁹⁹ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, pp. 292-294.

excomunión ipso facto.

Reservamos a disposición de nuestra Sede apostólica, las personas y los bienes de la Orden y con la gracia del Altísimo, esperamos decidir su uso para mayor gloria de Dios, la exaltación de la fe cristiana y prosperidad de Tierra Santa antes de que termine el concilio...

Dado en Viena el 22 de marzo, en el séptimo año de nuestro pontificado (1312)»¹⁰⁰⁰.

¹⁰⁰⁰ «Clemente, obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria.

Una voz se ha escuchado desde lo alto, lamento y llanto amargo; por el momento está aquí, de hecho ha llegado el tiempo en el que el Señor se queja a través de su profeta: “Esta casa ha despertado mi enojo y mi indignación, de modo que la voy a quitar de mi la vista a causa de la maldad de sus hijos, porque ellos me han provocado la ira; me han dado la espalda y no sus rostros; han colocado ídolos en la casa en la que se invoca mi nombre, contaminándola. Ellos han elevado altares a Baal para consagrar sus hijos a los ídolos y demonios” (Jeremías, XXXXII, 31-25). “Han pecado gravemente como en los días de Gabaa” (Osée, IX, 9). A una noticia tan horrorosa, en presencia de una infamia pública tan horrible (¿Quién ha oído nunca o visto nada parecido?) Me he caído cuando he oído; me he quedado consternado cuando he visto; mi corazón se ha llenado de amargura y la oscuridad me envuelto. Porque es la voz de la gente de la ciudad, la voz del templo, la voz del señor que da el pago a sus enemigos. El profeta siente la necesidad de exclamar: “Dales, señor, un vientre estéril y pechos secos” (Osée, IX, 14); Su falta de valor ha sido revelado por su malicia. Echadles de vuestra casa y dejad que sus raíces se sequen, que no den más frutos; que esta casa no sea más que una causa de amargura o “una espina dolorosa” (Ezequías, XXVIII, 24). No es más ligera la fornicación de quien inmola a sus hijos, que los entrega y los consagra a los demonios y no a Dios, a dioses que ellos desconocen. Por tanto, esta casa será destinada a la soledad y al oprobio, a la maldición y al desierto; “cubierta de confusión e igualada al polvo, será puesta en el último lugar; se quedara desierta, sin camino y sin agua; será quemada por la ira del señor, a quien ha despreciado. Que no sea habitada, sino reducida a un desierto. Que todos, viéndola, sean golpeados por el estupor y se rían de todas sus heridas” (Jeremías, L, 12, 13). Porque el señor no eligió a la gente en cuenta el lugar, sino el lugar a causa de la gente. Por lo tanto, como el mismo lugar del templo se hizo para compartir el castigo de las personas y Salomón, que estaba lleno de sabiduría, ha oído estas palabras formales de la boca del señor cuando le construyó el templo para él: “Si vuestros hijos se desvían de mí, si dejan de seguirme y de adorarme, si van a la búsqueda de dioses extraños, y si los adoran, yo los colocaré delante de mi cara y los expulsaré de la tierra que les he dado, y alejaré de mis presencia el templo que he consagrado a mi nombre y se convertirá en una burla y un ejemplo para todos los pueblos. Y todo el que pase por delante se asombrará y silbará y dirá, ‘¿Por qué ha tratado así el señor a este tierra y a esta casa?’ Y se le responderá: “Por cuanto se alejaron de Dios, su señor, que les compró y los redimió, mientras que ellos han seguido a Baal y otros dioses extraños, adorándolos y sirviéndolos. He aquí por qué el señor les ha traído todo este mal sobre ellos”. Ya en el momento de nuestra elección como Sumo Pontífice, antes de venir a Lyon para nuestra coronación, y después, tanto allí como en otros lugares, hemos recibido insinuaciones secretas contra el maestre, los preceptores y otros hermanos de la Orden de los caballeros templarios de Jerusalén y también contra la propia Orden, que se había establecido en tierras de ultramar para la defensa del patrimonio de Nuestro Señor Jesucristo, y que parecían se los campeones de la fe católica y los defensores de la Tierra Santa y los protectores de sus intereses (por esta razón la Santa Iglesia Romana, al conceder a estos hermanos y a esta Orden la plenitud de sus favores, los había armado con el signo de la cruz contra los enemigos de Cristo, los rodeó de numerosos honores, les concedió diversos privilegios y libertades, y tanto la Iglesia como los fieles, creyeron su deber proveerlos de toda clase de bienes y de ayudarles de diversas maneras) se nos había insinuado que habían caído en un crimen de apostasía abominable contra el señor Jesucristo, que cayeron en el abominable vicio de la idolatría, en el crimen execrable de los sodomitas, y varias herejías. Sin embargo, no era de esperar, ni parecía creíble que hombres tan devotos, que a menudo se exponían al derramamiento de su sangre por Cristo, que exponían frecuentemente sus personas al peligro de muerte, que incluso con mayor frecuencia solía dar grandes señales de su devoción, tanto en el culto divino como en las

observaciones de los ayunos y otras obligaciones religiosas, pudieran olvidar la salud de su alma hasta el punto de cometer esos delitos. Por otra parte, esta Orden tuvo un comienzo bueno y santo, obtuvo la aprobación de la Sede Apostólica; su regla había merecido la sanción de esta misma Sede como santa, razonable y justa; no hemos querido, instruidos por el ejemplo de Nuestro Señor y por las enseñanzas de las Escrituras canónicas, prestar oído a las insinuaciones y acusaciones de este género. Pero finalmente, nuestro querido hijo en Cristo, Felipe, el ilustre rey de Francia, a quien estos mismos crímenes habían sido denunciados, no movido por la codicia (pues no tenía intención de reclamar para sí mismo o apropiarse de ninguno de los bienes de los templarios, de lo que ha desistido en su propio reino) y, posteriormente, liberado por completo su dominio sobre sus bienes, llevado por el celo de la fe ortodoxa, siguiendo los pasos bien marcados de sus antepasados, obtuvo gran cantidad de información sobre el suceso y luego, con el fin de darnos más luz sobre el tema, nos envió información muy valiosa a través de sus enviados y cartas. Estos crímenes han incrementado la mala reputación de los templarios y de su Orden. Hubo incluso uno de los caballeros, un hombre de sangre noble y de no pequeña reputación en la Orden, que testificó en secreto bajo juramento en nuestra presencia, que en su recepción el caballero que lo recibió le sugirió que negara a Cristo, lo que hizo y que además, había escupido sobre la cruz, todo ello en la presencia de otros caballeros del Temple. También dijo que había visto al gran maestro, que todavía está vivo, que había recibido de la misma manera a un cierto caballero en un capítulo de la Orden celebrado en el extranjero. La recepción tuvo lugar en la misma forma, es decir, con la negación de Cristo y escupiendo sobre la cruz. El testigo también afirmó que había oído decir que esta era la forma usual de la recepción de nuevos miembros: a sugerencia de la persona que recibe la profesión, o de su delegado, el neófito reniega de Jesucristo y escupe sobre la cruz y, además, incita a la comisión de actos ilícitos contrarios a la honestidad cristiana. Presionado por el deber de nuestro cargo, nos ha sido imposible no prestar atención a tan graves y reiteradas acusaciones. Cuando por fin, debido al clamor general y a la insistencia del rey y de los duques, condes, barones, nobles, clérigos y de la gente del reino de Francia, que nos llegan directamente o a través de agentes y funcionarios, hemos sabido (lo decimos con dolor) que el maestro, los preceptores y otros hermanos de la Orden, así como la propia Orden habían participado en estos y otros delitos y que esto parecía ser probado por muchas confesiones, testimonios y declaraciones del maestro, del visitador de Francia y de muchos de los preceptores y hermanos de la Orden, en presencia de muchos prelados y del inquisidor de la fe, bajo nuestra autoridad apostólica, constando todas ellas en documentos públicos que se han mostrado a nuestros hermanos, y dado que el ruido y los clamores levantados por esta Orden no han hecho más que aumentar y provocar la hostilidad hacia la Orden y las personas que la componen, y que no se podía ignorar sin un gran escándalo, ni usar la tolerancia sin un peligro inminente para la fe, nos, aunque indignos, marchando sobre las huellas de Cristo, consideramos que debemos, realizar una investigación sobre estas cosas. Hemos llamado a nuestra presencia a varios de los preceptores, sacerdotes, caballeros y otros hermanos de la Orden de alta reputación y le hemos hecho prestar juramento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, invocando el juicio de Dios y con la amenaza de una maldición eterna, decir la verdad en virtud de la santa obediencia (y dado que se encontraban en lugar seguro en el que no tenían nada que temer) a pesar de las confesiones que habían hecho antes que otros y que no les causarías ningún perjuicio si ante nosotros reconocían la verdad pura y simple sobre tales cosas. De esta manera hicimos nuestro interrogatorio y examen hasta a setenta y dos de ellos, en presencia de muchos de nuestros hermanos, todo lo cual consta en escritura pública levantada por notarios. Después de algunos días, hemos hecho leer estas confesiones en un consistorio en presencia de los caballeros de los que se trata, a cada uno de los cuales se le leyó una versión en su propia lengua, perseverando en sus confesiones las han aprobado expresamente y libremente tal como se les había leído. Después de esto, deseando llevar a cabo una investigación con el gran maestro, el visitador de Francia y los preceptores principales de la Orden, hemos ordenado, mientras aún estábamos en Poitiers, que se trajera a nuestra presencia al gran maestro, el visitador de Francia y a los preceptores de ultramar, Normandía, Aquitania y Poitou. Pero como algunos de ellos estaban tan enfermos que no podían venir ni siquiera a caballo, ni ser traídos cómodamente a nuestra presencia y nosotros queríamos conocer la verdad de todo el asunto y asegurarnos de la realidad que encerraba sus confesiones y testimonios, que se dice que se han hecho en presencia del inquisidor de la fe en el reino de Francia, en presencia de notarios públicos y otros hombres de bien, hemos confiado estas confesiones, que el inquisidor nos había mostrados y proporcionado por medio de los notarios, a nuestros bien amados hijos [los cardenales] Berenger de

título de Nerea y Aquile, ahora obispo de Tusculum, a Étienne, del título de san Ciriaco, presbítero de Thermes y a Landulfo, del título de Santa Angela, diácono, en cuya prudencia, la experiencia y la lealtad tenemos la mayor confianza, para hacer una investigación cuidadosa con el gran maestro, el visitador, y los preceptores, en relación con la verdad de las acusaciones contra ellos y las personas individuales de la Orden y en contra de la propia Orden, de hacernos llegar la exacta verdad y todo lo que encontrasen en este asunto, de hacer registrar sus confesiones y declaraciones por un notario público, de presentárnoslas y acordar, con las formalidades exigidas por la Iglesia, a los mencionados maestro, visitador y comendadores, el beneficio de la absolución de la excomunión en la que ellos habrían incurrido por sus crímenes, en el caso en que se encontrasen reales si solicitaban devotamente y humildemente la absolución. Estos cardenales se han trasladado personalmente a donde estaban el gran maestro, el visitador y los comendadores y les han expuesto el motivo de su visita. Dado que estos hombres y templarios residentes en el reino de Francia nos habían sido entregados, se les Ordenó declarar libremente y sin miedo alguno, la verdad pura y simple sobre estas cosas. El maestro, el visitador y los preceptores de Normandía, Ultramar, Aquitania y Poitou, en presencia de los tres cardenales, de cuatro notarios y de varios otros hombres de bien, prestaron juramento sobre los Santos Evangelios de decir la verdad, pura y completa sobre estas quejas. Ellos depusieron y reconocieron, entre otras cosas, que habían renegado de Cristo y escupido sobre la cruz en el momento de su recepción en la Orden del Temple. Algunos de ellos añadió que ellos mismos habían recibido muchos hermanos con el mismo rito, es decir, con la negación de Cristo y escupiendo sobre la cruz. Hubo incluso algunos que confesaron algunos otros crímenes horribles y actos inmorales, que mencionaremos. También declararon que el contenido de sus confesiones y declaraciones hechas ante el inquisidor eran ciertas. Estas confesiones y declaraciones del gran maestro, del visitador, y de los preceptores se han recogido en escritura pública por cuatro notarios en presencia del gran maestro, el visitador, los comendadores y algunas otras personas de bien, y después de un intervalo de algunos días las confesiones les fueron leídas por Orden y en presencia de los cardenales, y se les ha explicado a cada uno en su propio idioma; perseverando en sus confesiones, de forma expresa y espontánea las han aprobado tal como les habían sido leídas. Después de estas horribles confesiones y testimonios, humilde y devotamente, de rodillas, con las manos juntas, con muchas lágrimas en los ojos, pidieron la absolución y fueron absueltos por los cardenales de la pena de excomunión en que habían incurrido por estos hechos. Los cardenales (porque la Iglesia nunca cierra sus puertas a los que vuelven a ella) habiendo recibido del gran maestro, el visitador y los comendadores la abjuración de su herejía les ha acordado expresamente, bajo nuestra autoridad, el beneficio de la absolución bajo la forma de la Iglesia, después, a su vuelta, nos han presentado las confesiones y las deposiciones del gran maestro, del visitador y de los comendadores, notarizadas en escritura pública por manos públicas, y nos han informado de lo que habían hecho con ellos. Por estas confesiones y deposiciones y por la información recibida, hemos encontrado que el gran maestro, el visitador y los comendadores de Normandía, de Aquitania y de Poitou eran gravemente culpables, unos sobre varios hechos y otros sobre menos. Consideramos que tales crímenes son horribles y no pueden ni deben quedar impunes sin insulto a Dios Todopoderoso y a todos los católicos, resolvimos, con el consejo de nuestros hermanos, realizar una encuesta contra cada persona de esta Orden, sobre tales crímenes y transgresiones, la cual debía ser realizada por los Ordinarios locales y otras personas prudentes y sabias delegadas por nosotros a las que hemos estimado conceder este mandato. Después de esto, se han llevado a cabo investigaciones, tanto por los ordinarios y por nuestros delegados sobre las denuncias contra los miembros individuales, y por los inquisidores nombrados por nosotros, en todas partes del mundo donde los hermanos de la Orden han vivido. Una vez que habían sido realizadas y que nos fueron enviadas las encuestas, estas investigaciones fueron muy cuidadosamente leídas y examinadas, por nosotros y por nuestros hermanos, los cardenales de la santa Iglesia romana y por otros muchos prelados, hombres de letras, prudentes, fiables y hombres temerosos de Dios, celoso de la fe católica en Malaucene en la diócesis de Vaison.

Más adelante llegamos a Viena, donde se encontraban ya varios patriarcas, arzobispos, obispos, abades, exentos y no exentos, y otros prelados de las iglesias, y los representantes de los capítulos y de los prelados ausentes. En la primera reunión tenida con los cardenales, prelados y representantes hemos creído un deber explicarles las razones para convocar el concilio. Y como era difícil, de hecho casi imposible, que todos los cardenales, los prelados y los representantes se reunieran en el concilio,

en nuestra presencia para discutir cómo proceder en el asunto de los templarios, se ha procedido, por Orden nuestra, de la siguiente manera: entre los patriarcas, arzobispos, obispos, abades exentos y no exentos, otros prelados de las iglesias, y representantes de todas las partes de la Cristiandad, de todas las lenguas, naciones y países, se eligieron los que se creían más capaces, más hábiles o más sabios, para tratar con nosotros y con los cardenales este asunto tan solemne. Acto seguido, en el local elegido para el concilio, es decir en la catedral, hemos hecho leer públicamente los testimonios de la encuesta sobre la Orden ante los prelados y procuradores y esto durante varios días y mientras ellos han querido; seguidamente estos testimonios han sido vistos, leídos y examinados con la mayor diligencia y solicitud, no superficialmente sino con rigor, por varios de nuestros venerables hermanos, por el patriarca de Aquilea, los arzobispos y obispos presentes en el sagrado concilio, elegidos y diputados *ad hoc* por el concilio. Estos cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, abades exentos y no exentos, y otros prelados y procuradores, nombrados por los otros para este asunto, estando presentes delante de nosotros, les hemos consultado secretamente sobre la manera de proceder en este caso, teniendo en cuenta que varios templarios se habían ofrecido para llevar a cabo la defensa de la Orden.

La mayor parte de los cardenales, y casi todo el concilio, empezando por los que habían sido elegidos por el pleno para representarles, incluso más de los cuatro quintos de los hombres de todos los países que asistían al concilio fueron de la opinión, así como los dichos prelados y procuradores, que era preciso dejar a la Orden de defenderse y que sobre el cargo de herejía, objeto de la encuesta, no se podía a partir de los hechos probados, pronunciar una condena sin ofender a Dios y violar la justicia.

Algunos otros, por el contrario, dijeron que no se debía permitir a los hermanos hacer una defensa de su Orden y que no debíamos tampoco nombrar nosotros un defensor de oficio, porque si se toleraba la defensa, como quería la mayoría, se corrían muchos peligros, Tierra Santa sufriría notablemente, se producirían alteraciones, retrasos y aplazamientos de este asunto. Añadían aún varias otras razones. Sin duda los procedimientos dirigidos contra la Orden no permiten condenarla canónicamente como herética por sentencia definitiva; sin embargo como las herejías que se le atribuye la han difamado singularmente; como un número indefinido de sus miembros, entre los que están el gran maestro, el visitador de Francia y los principales comendadores, son convictos de dichas herejes, errores y crímenes por sus confesiones espontáneas; y como estas confesiones hacen a la Orden muy sospechosa; como esta infamia y esta sospecha la hace abominable y odiosa a la santa Iglesia del señor, a los prelados, a los soberanos, a los príncipes y a los católicos; como, además, se cree verdaderamente que no se encontrará [en el futuro] ningún hombre de bien que quiera a pesar de todo entrar en la Orden; todas estas cosas le hacen inútil a la Iglesia de Dios y a la continuación de los asuntos en Tierra Santa para los que fue creada; como, además, nosotros y nuestros hermanos, nos habíamos fijado el presente concilio como término definitivo para tomar la decisión y pronunciar sentencia, y que el reenvío de la decisión o del reglamento de este asunto llevaría, probablemente, a la pérdida total, a la ruina y a la dilapidación de los bienes del Temple, donados, legados o concedidos por los fieles para el socorro de Tierra Santa y combatir a los enemigos de la fe cristiana, entre los que dicen que es necesario, promulgar una sentencia de condena contra la Orden por los crímenes mencionados, y los que dicen que los procedimientos que hasta ahora han tenido lugar no lo permiten; después de una larga y sopesada deliberación, de condenarla con justicia, nosotros, teniendo en cuenta sólo Dios y el bien de los asuntos de Tierra Santa, sin inclinarnos ni a la derecha ni a la izquierda, hemos elegido la vía de la provisión y la Ordenanza para suprimir los escándalos, evitar los peligros y conservar los bienes destinados al socorro de Tierra Santa.

Considerando, pues, la infamia, las sospechas, las insinuaciones ruidosas y otras cosas arriba dichas, que se elevan contra esta Orden; considerando la recepción oculta y clandestina de los hermanos en la Orden; considerando que los dichos hermanos se han alejado de las costumbres comunes y de las costumbres de los fieles, sobre todo, teniendo en cuenta que los que recibían a los hermanos en su Orden les obligaban, en el acto mismo del ingreso, a prometer y jurar que no revelarían a nadie el modo de su recepción y que serían fieles a este voto, lo que constituye una presunción evidente contra ellos; considerando, por otro lado, el grave escándalo que todo esto ha levantado contra la Orden, escándalo que no parece apaciguarse mientras la Orden subsista; considerando también el peligro para la fe y para las almas, por tantos hechos horribles perpetrados por un gran número de hermanos, y considerando varias otras razones y causas justas que han debido razonablemente llevarnos a tomar las medidas subsecuentes; Visto que la mayoría de los cardenales y prelados

Es curioso que la bula diga que se promulga con la aprobación del concilio cuando, como hemos visto, no solo no se había producido ninguna deliberación, sino que, incluso, se había prohibido toda intervención bajo pena de excomunión.

2.9 Análisis crítico-jurídico de la disolución y sus prolegómenos.

2.9.1 Análisis de los prolegómenos.

2.9.1.1 Análisis de la elección de Clemente V.

El acuerdo previo a la entronización de Clemente V como papa, que cuenta Villani, al que hemos hecho referencia en el epígrafe 2.3.2, es negado por muchos autores. Por ejemplo, Lavocat dice que nada en esta historia es verdad, que todo es pura invención y concluye que, por lo tanto, no hubo ni condiciones impuestas por

elegidos por todo el concilio, es decir las cuatro quintas partes, consideran conveniente, más expeditivo y más útil al honor del Altísimo, a la conservación de la fe cristiana y a las necesidades de Tierra Santa, sin hablar de varias otras razones igualmente válidas, seguir la vía de provisión y reglamentaria de la Sede Apostólica para suprimir la dicha Orden y aplicar sus bienes al uso para el que había sido destinados y en cuanto a los miembros de la Orden aún vivos [.....], de tomar sabias medidas antes que acordarles el derecho de defensa y protección del asunto; Considerando aún que en otras circunstancias, sin que haya habido falta alguna en los hermanos, la Iglesia romana ha suprimido órdenes importantes por causa comparativamente mucho menores que éstas; suprimimos por sanción irrevocable y válida a perpetuidad, no sin amargura y sin dolor en el corazón, la Orden de los templarios, su estado, su vestimenta y su nombre, no por sentencia definitiva sino por modo de provisión o reglamento apostólico y la sometemos a una prohibición perpetua, con la aprobación del concilio; prohibiendo expresamente a cualesquiera que sean de entrar en esta Orden, de recibir o de llevar sus hábitos y de hacerse pasar por templario. Quienquiera que infrinja esta Orden incurrirá en pena de excomunión *ipso facto*.

Reservamos a disposición de nuestra Sede apostólica, las personas y los bienes de la Orden y con la gracia del Altísimo, esperamos decidir su uso para mayor gloria de Dios, la exaltación de la fe cristiana y prosperidad de Tierra Santa antes de que termine el concilio. Nos prohibimos estrictamente a cualquier persona, de cualquier estado o condición, de interferir en forma alguna en este asunto de las personas y los bienes de los templarios y de toda acción, innovación, o atentado sobre estas cosas en perjuicio de lo reglamentado o de la disposición que acabamos de dictar, declarando desde este momento nula e inválida toda acción que se tome conscientemente o por ignorancia. Sin embargo, entendemos que no debemos derogar los procesos que ya se han hecho o que se hagan en el futuro contra las personas de los templarios, por obispos diocesanos y por los concilios provinciales, como estaba establecido. Por ello prohibimos a todos que se infrinja esta norma, provisión, constitución y prohibición y contravenirlas mediante audacia temeraria. Si alguien osara hacerlo, que sepa que se encontrará con la indignación de Dios todo poderoso y de los apóstoles y los bienaventurados Pedro y Paulo.

Dado en Viena el 22 de marzo, en el séptimo año de nuestro pontificado (1312)» (Antonio Benavides, *Memorias del rey Fernando IV de Castilla*, p. 835). [Apéndice N° 42].

el rey ni promesas de Bertrand de Got y que incluso la entrevista no tuvo lugar. Lo único que admite este autor como cierto es el envío de una embajada del rey a Burdeos para felicitar a su antiguo amigo, elegido para la sede de san Pedro y, en base a los hechos posteriores, especula sobre que los embajadores transmitieran, al aún arzobispo, los deseos del rey de reconciliación total con la Iglesia, la confirmación del levantamiento de la excomunión, decidido por su predecesor Benedicto XI, la condena de las doctrinas de Bonifacio VIII y la disolución de la orden del Temple y la confiscación de sus bienes en provecho del reino. Incluso considera dentro de lo probable que se hubiera podido tratar el nombramiento de uno de los hermanos del monarca como rey de Jerusalén como parte del proyecto de fusión de las órdenes militares¹⁰⁰¹. Aunque Villani es el único en dar los detalles de la entrevista entre Bertrand de Got y el papa, no es el único coetáneo de los hechos que hizo notar la influencia del rey francés en la elección de Clemente V. Lizerand menciona a Ferretus de Vicence, a Dino Compagni y a Pepin, los cuales afirman que Bertrand de Got fue elegido gracias a las presiones del rey Felipe¹⁰⁰².

Ahora bien, asumiendo que es cierto que el acuerdo entre Felipe IV y Bertrand de Got, carece de base documental alguna, existe en la historia suficientes indicios de los que se puede concluir que, además de la gran victoria política que supuso para el monarca francés el nombramiento de Clemente V, es más que probable la existencia de algún tipo de entendimiento, previo a la entronización papal, entre el rey y el futuro papa, del que muy pronto se vieron los resultados:

1. Coronación en Lyon en vez de en Roma.
2. Fijación de la sede papal en zona de influencia del rey francés: primero en Poitiers y posteriormente en Avignon.
3. Confirmación del levantamiento de la excomunión decidido por Benedicto XI.
4. Creación inmediata de nueve cardenales franceses (una mezcla de cardenales de la corona y cardenales nepotes¹⁰⁰³) que pasaron a ser mayoría en el colegio cardenalicio.
5. Levantamiento de la condena y restauración en el cardenalato de Giacomo y Pietro Colonna (que habían sido destituidos por Bonifacio VIII).
6. Derogación de la bula papal *Clericis laicos* (1296) y limitación de la aplicación de la bula *Unam Sanctam* (1302).
7. Concesión de rentas eclesiásticas a Carlos de Valois, hermano del rey y pretendiente al trono bizantino¹⁰⁰⁴.

Sobre los acuerdos entre el papa y el rey francés, Boutaric no duda en afirmar que tan solo se comprende la estricta sumisión del pontífice al monarca supo-

¹⁰⁰¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 82.

¹⁰⁰² Georges Lizerand, *Clement V et Philippe IV le Bel*, Libr. Hachette, Paris, 1911, p. 26.

¹⁰⁰³ En la historia de la Iglesia Católica se considera cardenal nepote al que es nombrado por un papa que es su tío o pariente cercano.

¹⁰⁰⁴ Georges Lizerand, *Clément V et Philippe IV le Bel*, pp. 47-54.

niendo la existencia de compromisos anteriores a la elección y que entre estos compromisos estuvieron, sin duda, la condena de la memoria de Bonifacio VIII y la supresión de la orden del Temple aunque, en este caso, cada uno animado por diferentes motivos, pues mientras que para el papa Clemente, que aún creía que se trataba de un simple problema interno, la motivación era castigar a quienes habían osado levantarse contra el maestro y superior de la Orden, el rey lo hacía motivado por los celos, la desconfianza y una pasión enorme por apropiarse de sus bienes, colocarlos bajo su soberanía y dominio y, de camino, golpear a la Iglesia de Roma¹⁰⁰⁵.

Pero, además, existe la evidencia documental de un acuerdo secreto entre ambos, pues en una carta sobre nombramientos y «algunas otras cuestiones»¹⁰⁰⁶, que Baluze fecha el trece de octubre de 1305, es decir un mes antes de su coronación, decía Bertrand de Got al rey:

«Dado que la omnipotencia divina, que supera los méritos y las expectativas de cada uno, ha elevado nuestra humildad, en el momento en que gobernábamos la Iglesia de Burdeos, a la preeminencia de la dignidad apostólica, recordamos plenamente haber enviado una carta a vuestra alteza real. Es en base a la relación que algunos han hecho después, sobre lo que Vos habíais deseado vivamente que hiciésemos en relación con la solemnidad del consentimiento que hemos dado a nuestra elección y de otros actos que son su consecuencia; pero queremos asegurarnos que Vuestra Majestad sepa que hemos actuado como debíamos con vuestros dos enviados, el arzobispo de Narbona y Pierre de Latilly, que han estado presentes en todo y que pueden informar a Vuestra Majestad de todo lo acordado, [así] como de la intención que siempre hemos tenido de mantener informado a Vuestra Majestad desde el tiempo en que contábamos, con la ayuda de Dios, de recibir solemnemente la corona. Que Vuestra Alteza no tome a mal las omisiones que se han hecho al respecto. Fue el 24 de julio pasado cuando, a pesar de nuestra renuencia y cediendo a los intereses reiterados, dimos nuestro consentimiento público a la mencionada elección.

En cuanto al asunto tratado con vuestros embajadores solemnes, sobre el que Os hemos mandado a Vos y a ellos guardar secreto, y que pedís poderlo comunicar a tres o cuatro personas, además del número que ya habíamos decidido por nuestra parte, consideramos apropiado que se le comunique a tres o cuatro o más personas a las cuales se les habrá de requerir una gran prudencia. Confiamos que no se lo revelaréis a nadie que no sea celoso de vuestro honor y del nuestro.

Dado en Saussan¹⁰⁰⁷, a tres días del idus de octubre en el primer año de nuestro pontificado»¹⁰⁰⁸.

¹⁰⁰⁵ Edgard Boutaric, *Clément V, Philippe le Bel et les Templiers*, pp. 124-126 y Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'ordre du Temple*, p. 83.

¹⁰⁰⁶ Así aparece titulado el documento en la obra de Baluze. Estimamos que por el tenor del documento que la fecha que le da Baluze es errónea y que la correcta es 1306.

¹⁰⁰⁷ Saussan es una población francesa, situada en la región de Languedoc-Rosellón, departamento de Hérault, en el distrito de Montpellier (Perpiñán).

¹⁰⁰⁸ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 62.

Una lectura conjunta de esta carta, con las bulas *Faciens misericordiam* y *Regnans in coelis* promulgadas en Poitiers el doce de agosto de 1308, desvela cual pudo ser el secreto para el que se requerían tantas precauciones. Dice el papa al principio de la bula *Faciens misericordiam*:

«Por el tiempo de nuestra promoción, antes incluso de ser coronado en Lyon, y después también en otros lugares, se nos insinuó en secreto, que el maestre, los preceptores y todos los hermanos de la caballería del Temple de Jerusalén [...] habían caído en el crimen de la apostasía nefanda, en la detestable idolatría, en el vicio execrable de la sodomía y en diversas herejías»¹⁰⁰⁹.

Y expresa en la *Regnans in coelis*:

«Pero el querido hijo Felipe, rey de Francia, que también había sido informado, nos ha venido informando, por medio de enviados y por cartas, de todo lo que él iba sabiendo, [sobre el asunto de los templarios]...».¹⁰¹⁰

Los documentos que hemos reseñado evidencian, además de una gran complicidad y confianza entre los dos mandatarios, la existencia de un acuerdo secreto de gran valor para ambos. Además, pone de manifiesto que la entrevista personal en Saint Jean d'Angély, entre el rey y el papa electo, de la que habla Villani, nunca tuvo lugar, aunque sí con sus embajadores y es a partir de esta relación que se puede afirmar la influencia de Felipe IV en la elección de Bertrand de Got como papa a través de los cardenales franceses presentes en el cónclave.

2.9.1.2 Análisis de la elección del maestre Jacques de Molay.

Con respecto a la fecha de elección de Jacques de Molay como maestre del Temple, son varios renombrados autores los que, sobre todo en los últimos años, se han ocupado de su estudio de manera seria y concienzuda, por lo que en este epígrafe expondremos de manera sucinta las teorías que consideramos más sobresalientes sobre la elección del último maestre de la Orden.

Alain Demurger afirma que dicha fecha ha de ser necesariamente anterior al veinte de abril de 1992 pues existe un documento en los archivos de la corona de Aragón, firmado por Jacques de Molay en esa fecha, ya como maestre del Temple, por el que autoriza a los templarios aragoneses a vender los dominios de Puigreg y la Zaida. En dicho documento se puede leer:

«El hermano Jacques de Molay por la gracia de Dios humilde maestre de la pobre caballería del Temple y el convento...

Fue hecho en Nicosia, en Chipre, el año mil doscientos noventa y dos de Cristo a veinte días de abril»¹⁰¹¹.

Según nos dice Demurger¹⁰¹², el mencionado documento obrante en los archivos de Aragón está confirmado por una serie de testigos con sus cargos, de

¹⁰⁰⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, 1841, p. 2.

¹⁰¹⁰ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre militaire des Templiers*, pp. 242-244.

¹⁰¹¹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 86.

¹⁰¹² Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 98.

donde se puede extraer información sobre la configuración de la cúpula de la Orden tras el capítulo de Chipre:

Maestre:	Jacques de Molay (Borgoña?).
Mariscal:	Beaudeau de Andrin (Chipre).
Comendador de tierra:	Berenguer Sant-Just (Aragón).
Lugarteniente de pañero:	Gaucher de Liencourt (Picardía).
Turcople:	Guillén de la Tor (Chipre?).
Sub-mariscal:	Raymón de Barberá (Aragón).
Comendador de la Bóveda:	Guillén d'Ourenç (Galicia).
Tesorero:	Martín de Loup (Castilla).
Sin cargo determinado:	Bertran l'Aleman (Alemania).
	Exemen de Lenda (Aragón).
	Ryenbaut de Caron (Provenza).

Esta composición parece indicar una voluntad firme de autonomía de la Orden y una cierta inclinación del nuevo maestre por Aragón y por los templarios aragoneses.

El último documento firmado por el maestre Thibaud Gaudin del que hay constancia está datado el ocho de septiembre de 1291, luego es evidente que su muerte y la elección del nuevo maestre tuvieron que tener lugar entre esta fecha y el veinte de abril del siguiente año, fecha que, como hemos visto, corresponde al primer documento del que se tiene noticia, firmado por Jacques de Molay.

En el obituario de Reims, la muerte del predecesor de Jacques de Molay, Thibaud Gaudin, se conmemora el dieciséis de abril, por lo que, de ser cierta tal fecha, tan sólo puede estar referida al año 1292 y significaría que en sólo cuatro días se completó el proceso de elección del nuevo maestre, lo que sería todo un record en los anales de la Orden. Esto nos lleva a pensar que una de las dos fechas es inexacta, pero siendo la del documento aragonés de primera mano nos inclinamos por su certidumbre, lo que nos hace concluir que la que figura en el Obituario Reims es la incorrecta, aunque también podría ser achacado un intervalo tan corto al hecho de que la muerte del maestre Gaudin ocurriera mientras se estaba celebrando un capítulo general de la Orden y se aprovechara la presencia en Chipre de los electores para proceder a la elección¹⁰¹³.

Según Anthony Luttrell aunque el proceso normal de la elección de un maestre solía durar de dos a tres meses, una elección que durase dos o tres días no era del todo imposible, y da como ejemplo la elección de dos maestros del Hospital, cuyo proceso estatutario era muy similar al del Temple, que fueron elegidos uno en un día (maestre Corneilhan en 1353) y otro en cinco días (maestre Gozon en 1346). De todas formas, concluye diciendo que no cree que el maestre Gaudin muriera el dieciséis de abril ya que no habría habido tiempo material para que el veinte del mismo mes, como hemos visto, estuviera no sólo elegido el maestre sino conformado toda la plana mayor de la Orden y dispusiera ya de su propio sello

¹⁰¹³ Anthony Luttrell, Anthony Luttrell, «The election of the Templar Master Jacques de Molay» en *The Debate on the Trial of the Templars (1307-1314)*, p. 22.

magistral que aparece en el documento dirigido al Temple aragonés¹⁰¹⁴. Además, es preciso significar que, según hemos podido constatar, el obituario de Reims contiene bastantes errores, por lo que no resulta una fuente totalmente fiable.

Al parecer, la elección de Jacques de Molay no estuvo exenta de polémica, pues en el testimonio prestado por del hermano Hugo de Faur, ante el tribunal de París el doce de mayo de 1311, dijo:

«... que dicho maestre, fue elegido con discordia en el convento celebrado en ultramar para la elección del maestre, pues los hermanos de las provincias de Limousin y Auvernia, que eran la mayoría del convento, querían al hermano Hugo de Pairaud como maestre y la minoría prefería al dicho maestre actual [Jacques de Molay]...»¹⁰¹⁵.

Si bien la profesora Frale estima que la declaración de Hugo Faur es digna de confianza ya que la realizó bajo tortura y fue testigo presencial de los hechos que relata¹⁰¹⁶, nosotros no compartimos completamente esta opinión, pues la misma trasluce una cierta animosidad de Faur hacia el maestre y, además, nos resulta extraño que ningún otro hermano se haya referido en sus declaraciones a las desavenencias en el seno de la Orden. En el capítulo que eligió a de Molay se presentaron, pues, dos candidaturas, una la del propio de Molay y otra la del hermano Hugo de Pairaud, que en ese momento no era más que comendador de la borgoñona bailía de Bures¹⁰¹⁷. Todo parece indicar que mientras que Pairaud era apoyado por el grupo de Occidente, formado por hermanos de la retaguardia, de las encomiendas, de la administración y de la diplomacia, Molay lo era por los de Oriente, hombres veteranos de la guerra, que habían estado con el maestre Beaujeu, de aquí que Bárbara Frale concluya diciendo que los hermanos que asistieron al capítulo debían pensar que llevar a Pairaud a la cabeza de la Orden significaría el decaimiento más pronto o más tarde de las funciones militares lo que de ninguna de las maneras sería conveniente en caso de una nueva cruzada que se estimaba inminente¹⁰¹⁸. La misma autora sugiere la posibilidad de un acuerdo entre Hugo de Pairaud y Jacques de Molay por el que pactaran el gobierno de la Orden según una «estructura diárquica» en la que éste ejercería la jefatura militar y política y aquél, ejercería la actividad de visitador, para la que, por otro lado, contaba con el apoyo del papado¹⁰¹⁹.

Aunque el hermano Faur en su declaración haga referencia al «capítulo celebrado en ultramar para la elección del maestre», lo cierto es que, de acuerdo con la normativa estatutaria¹⁰²⁰ la competencia para la elección del maestre recaía en

¹⁰¹⁴ Anthony Luttrell, «The election of the Templar Master Jacques de Molay», pp. 21-26.

¹⁰¹⁵ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, pp. 88-89; Jules Michelet, *Le Procès des Templiers*, T. II, pp. 224-225.

¹⁰¹⁶ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 187.

¹⁰¹⁷ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 88.

¹⁰¹⁸ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 189.

¹⁰¹⁹ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 191.

¹⁰²⁰ Ver epígrafe 1.7.7.3.

una comisión de trece hermanos, de los cuales el capítulo sólo nombraba a uno, el comendador de la elección.

Luttrell recoge la declaración de otro templario, Jean Senaud, que compareció el treinta y uno de marzo de 1311 ante la comisión papal, en la que dijo que estuvo presente en un capítulo general (*capitulum generale*) celebrado en Nicosia el año en que se perdió Acre (*anno quo civitas Aconensis fuit perdita*), con la presencia de cuatrocientos (*quadrigenti*) hermanos, capítulo en el que Jacques de Molay expresó su intención de reformar la Orden para liberarla de ciertas cosas que le estaban haciendo daño¹⁰²¹. Prescindiendo del análisis del posible error en el número de asistentes al capítulo general, por la confusión entre *quadrigenti* (cuatrocientos) con *quadrigeni* (cuarenta), la importancia de esta declaración estriba en que en dicho capítulo Jacques de Molay intervino ya como maestro y dado que la caída de Acre tuvo lugar en mayo de 1291 y que el último documento conocido firmado por el maestro Gaudin data del ocho de septiembre del mismo año, la elección de Jacques de Molay tuvo que ser necesariamente entre esta fecha y la de final del año, que según el calendario juliano entonces imperante, concluía con el mes de febrero (*Febrarius*)¹⁰²². Luego es posible concluir la posibilidad de que el capítulo general al que se refiere el hermano Senaud en su declaración, en el que de Molay hizo referencia a la necesidad de reforma de la Orden, fuera el mismo que lo eligió, pues la misma constituye una declaración de intenciones propia del discurso inaugural de mandato de quien accede a un cargo y, además, no es probable que en el corto plazo de tres o cuatro meses se celebrara más de un capítulo general.

Por lo tanto, asumiendo la certidumbre de las declaraciones realizadas por los hermanos Faur y Senaud¹⁰²³ y puestas en relación con los documentos que hemos reseñado, estimamos que la muerte del maestro Thibaud Gaudin y la elección de Jacques de Molay tuvieron que tener lugar después del ocho de septiembre de 1291 y antes de final de febrero del mismo año, según el calendario juliano, por lo que cuando el veinte de abril se emite el documento dirigido a los templarios de Aragón ya había transcurrido tiempo suficiente para tener conformada toda la plana mayor de la Orden que en el mismo figura y contar con su sello maestral.

2.9.2 Análisis de la detención.

2.9.2.1 Análisis de la *diffamatio*.

Al final del verano de 1307, la urdimbre legal en torno a los templarios es-

¹⁰²¹ Anthony Luttrell, «The election of the Templar Master Jacques de Molay», p. 23.

¹⁰²² Algunos años se añadía un mes compensatorio, llamado *Merkedinus*, la inclusión tenía lugar intercalándolo entre el 23 y 24 de febrero, por lo que el año terminaba siempre el 30 de febrero.

¹⁰²³ Aunque algunos autores las ponen en tela de juicio, nosotros somos de la opinión de que no hay razón alguna para dudar de la veracidad de lo esencial de las mismas, ya que en nada influían en su situación personal.

taba casi ultimada, solo a falta de un toque final sin el cual todo el proyecto no valía nada: lograr, si no la colaboración plena, al menos la anuencia del papa, pues sin su intervención no era posible proceder legalmente contra la Orden. Para terminar de involucrar de una manera total al gran inquisidor de Francia, pensaron los hombres del rey que quizás lo mejor era que la orden de detención viniera directamente del papa, el cual a estas alturas no parecía totalmente decidido sobre el procedimiento que le proponía el rey, por lo que organizaron un encuentro, aprovechando las diferencias que existían entre Hugo de Pairaud y Jacques de Molay¹⁰²⁴, de aquél con el papa que, hábilmente manejada por el entorno real, fue esencial para llevarle al convencimiento absoluto de la culpabilidad de la Orden. Este acontecimiento, que aparece recogido en la obra de Michelet, es contado así por Bárbara Frale:

«A finales del verano de 1307¹⁰²⁵, mientras el papa Clemente V continuaba con su terapia de desintoxicación, los hombres de Felipe el Hermoso organizaron un encuentro secreto entre el papa y el visitador Hugo de Pairaud, un hombre que Clemente V estimaba y al que utilizaba para misiones diplomáticas. En presencia del pontífice, Pairaud admitió que, en efecto, en la orden del Temple se practicaba una costumbre que imponía a los nuevos miembros renegar de Cristo y escupir a la cruz durante la ceremonia de ingreso»¹⁰²⁶.

«Más tarde –continúa más adelante la Dra. Frale– cuando la maniobra organizada por la corona de Francia reveló su verdadera naturaleza, el hermano visitador comprenderá la gravedad de su gesto y se dará cuenta de que había sido utilizado como medio para asestar el golpe de gracia al Temple, arrepentido, tratará de advertir a los cofrades y animarlos a huir, pero no será escuchado a causa del aislamiento en que se hallaba debido a sus desavenencias con Jacques de Molay»¹⁰²⁷.

Frente a la Iglesia, frente a los demás soberanos de Europa y frente al pueblo de Francia, ya tenían la justificación legal que respaldaría cualquier actuación que se pudiera adoptar contra los templarios: la existencia de sospechas fundadas de la comisión de crímenes execrables por los miembros de la Orden, que hábilmente manipuladas, se convertirían en una *diffamatio* en toda regla. Sin la existencia de tales «sospechas fundadas», dice Malcolm Barber, todo el entramado organizado a través del gran inquisidor de Francia, a espaldas del papa, perdía su validez¹⁰²⁸.

En las actas de la comisión pontificia, figura una declaración, hecha el veintisiete de noviembre de 1309 por fray Ponsard de Gisac¹⁰²⁹, preceptor de Payens,

¹⁰²⁴ Demurger hace un interesante análisis de estas diferencias en *Los templarios deben morir*, pp. 197-201.

¹⁰²⁵ Alain Demurger coloca este encuentro a principios de octubre (Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 204) pero estimamos más acertada la fecha fijada por Frale (nota al pie siguiente) en función de los acontecimientos que sucedieron a continuación.

¹⁰²⁶ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 209.

¹⁰²⁷ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 209.

¹⁰²⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 69.

¹⁰²⁹ Epígrafe 2.7.2.3.

en la que menciona a los, según él, cuatro traidores que son el origen de los problemas de la Orden. La acusación a estos cuatro individuos por parte de Ponsard de Gisy tiene un valor relativo pues en opinión de los más serios autores¹⁰³⁰ respondía a una hábil estratagema ideada por él mismo esperanzado en que los nombres por él mencionados coincidieran con los de los delatores, y poder así anular o desvirtuar la acusación, uno de los pocos medios de defensa que permitían las normas inquisitoriales en vigor. La transcripción literal del párrafo de la declaración de este templario es:

«Estos son los traidores que han hablado falsamente y con deslealtad contra la orden del Temple: Guillaume Robert, el monje que los torturó, Esquieu de Floyrac de Beziers, co-prior de Montfauçon, Bernard Pelet, el prior de Mas d'Agenais, y Gerard de Boyzol caballero que vino a Gisors»¹⁰³¹.

Sobre el primero de ellos, Guillaume Robert, «el monje que los torturó», dice David Bryson¹⁰³², que ha sido identificado como Guillaume de París, el gran inquisidor de Francia, la persona encargada de la instrucción los años 1307 y 1308 del proceso contra los templarios en París, en base a un documento de cinco de febrero de 1311¹⁰³³ en el que se cita a un monje llamado Guillem Robert, del priorato benedictino de san Martín de Bergerac en Dordogne, al cual se le proveyó de un salvoconducto real por «su exposición a grandes riesgos debido a su implicación en el asunto de los templarios»¹⁰³⁴.

Sobre Esquieu de Floyrac, del que existen serias dudas de su condición de templario y co-prior de Mountfauçon, pero no de su existencia real¹⁰³⁵, dice Bryson que su existencia es notoria y que es citado por varios historiadores de renombre¹⁰³⁶. Amalrico Aguerri de Beziers, autor de la *Sexta Vita Clementes V*, cuenta que estando este individuo prisionero en un castillo real de Tolosa lo colocaron en la misma celda que un templario renegado que le reveló los múltiples errores contra Dios y contra la fe y los muchos vicios que se cometían al entrar en la Orden y aún después, por lo que Floyrac, viendo la oportunidad que se le brindaba de sacar provecho de la información recibida, solicitó hablar con el rey, el cual se avino a escucharlo por lo que fue llevado a París bajo fuerte escolta. Recibido que fue por el rey le contó con todo lujo de detalles lo que le había referido el compañero de celda, todo lo cual fue transmitido por el rey al papa en la entrevista que ambos habían mantenido en Lyon con ocasión de la coronación de Bertrand de Got como papa Clemente V¹⁰³⁷.

¹⁰³⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 71.

¹⁰³¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 36.

¹⁰³² Profesor de *Historical Studies* de la Universidad de Melbourne Australia

¹⁰³³ *Registre du trésor des chartes*, Ed. Robert Fawtier, París, 1958, p. 307, citado por David Bryson en «Three “Traitors” of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», en *The Debate on the Trial of the Templars 1307-1314*, p. 97.

¹⁰³⁴ David Bryson, «Three “Traitors” of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», pp. 97-98.

¹⁰³⁵ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 188.

¹⁰³⁶ David Bryson, «Three “Traitors” of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», p. 98.

¹⁰³⁷ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. I, pp. 99-100.

Aunque, como ya hemos apuntado, no parece haber dudas sobre la existencia de Esquieu de Floyrac, si la hay con respecto a la veracidad de esta historia que cuenta Amalrico Aguerri, pues no concuerda con una carta, que obra en los Archivos de la corona de Aragón, escrita por este individuo a principios de 1308 al rey Jaime II de Aragón, que transcribe Finke¹⁰³⁸ en su obra, en la que le recuerda que le había visitado en Lleida y le había contado, a cambio de una promesa económica, todo cuanto sabía de los templarios y su Orden y que como el rey Jaime no le había creído y le había contestado que sólo si se llegaban a probar sus palabras le otorgaría la renta solicitada, le escribía reclamándosela. Este es el párrafo en cuestión de la carta cuya transcripción *in extenso* figura en nota al pie:

«Señor, recordad que me prometisteis, cuando abandoné vuestras estancias en Lleida, que si las acciones de los templarios se demostraban ciertas, me daríais 1.000 libras de renta y 3.000 libras en dinero de vuestros bienes. Y ahora que se ha descubierto hay lugar para ello, pienso que es justo recordáos-lo»¹⁰³⁹.

¹⁰³⁸ Heinrich Finke Krechting, (Krechting, 1855 – Friburgo, 1938). Fue un historiador alemán nacido en el seno de una familia sin recursos. Cursó estudios en la universidad de Münster, de la que llegó a ser profesor. Murió siendo profesor de la universidad de Friburgo. La mayor parte de su obra esta dedicada a la historia de la Iglesia y la corona de Aragón en la Baja Edad Media, con una especial dedicación a la historia de la Orden del Temple. Algunas de sus obras más importantes son: *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Konstanzer Konzils* (1889); *Konzilienstudien zur Geschichte des XIII. Jahrhunderts* (1891); *Acta concilii Constantiensis* (1869-1928); *Papsttum und Untergang des Templerordens* (1907) y *Acta Aragonensia* (1908-1936). (Jesús de la Hera Martínez, *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, C. S. I. C., Madrid, 2002, p. 39, nota al pie).

¹⁰³⁹ «A vuestra real majestad le manifiesto que yo soy aquél quien le ha contado al rey de Francia los hechos de los templarios y sabed, señor, que vos fuisteis el primer príncipe del todo el mundo a quien primero manifesté tales hechos en Lérida, en presencia del hermano Martin Detecha vuestro confesor. Ya que vos, señor, en aquel momento, no me quisisteis dar total credibilidad, recurrí al señor rey de Francia, que investigó los hechos en su Reino y lo vio claro como la luz, de manera que el papa está convencido completamente así como otros príncipes, a saber el rey de Alemania y el rey de Inglaterra y Carlos y otros príncipes. Así pues, sabed señor, que puesto que en el continente estaba clara la causa abierta por el rey de Francia, os he enviado una carta, escrita parte mía por el maestro Pedro Mercatorem, clérigo del ilustre señor rey de Francia, en la que os vengo a aclarar todo esto por mi parte. Recordad también, señor, que cuando me despedí de vos estabais de acuerdo conmigo en que si el descubrimiento resultaba cierto debería mandarle la aclaración. Por este motivo, mi señor, y obedeciendo vuestro mandato, quiero enviaros la aclaración y certificaros las confesiones de los templarios, las cuales son: En primer lugar, que cuando son recibidos, y ya que tienen el manto del Temple colocado sobre los hombros, se les muestra una cruz sobre la que figura la imagen de Jesucristo, y sobre ella, el que es recibido tiene que renegar y escupir tres veces diciendo que es un falso profeta. Además, en segundo lugar, aunque juran castidad con las mujeres, se les dice que, según Ordena la regla, tienen que acceder a los deseos carnales lujuriosos de otros hermanos. En tercer lugar, se les obliga a besar al oficiante en la espalda, en el ombligo y en la boca. En cuarto lugar, que tienen ídolos a los que adoran como a dioses, pero hay pocos que hayan visto los tales ídolos. Además, quiero que vuestra majestad sepa que, dado que el papa quiere tener la parte que le corresponde de los bienes de los tales templarios, ya que son personas religiosas, el señor rey de Francia ha sido asesorado que no está obligado a dar ninguna parte a la Iglesia, ya que no se debe considerar la Orden como religiosa ya que fue fundada por la perversidad herética. Y si alguien dice que los tales bienes fueron dados como limosnas, se ha de considerar que los mismos fueron donados al demonio y no a Dios, por lo que la Iglesia no tiene que recuperarlos sino que deben revertir a los príncipes terrenales. Recordad, señor, que cuando abandoné vuestras aposentos en Lleida, me

La fijación de la fecha en la que tuvieron lugar estos hechos no es pacífica, pues mientras que para Lejeune, Amaulri y Sponde, tuvo que ser posterior a la reunión de Poitiers¹⁰⁴⁰, para Dupuy, Fleury, Finke y otros muchos, es anterior a la conferencia de Poitiers o incluso, es posible que fuera la causa de la celebración de tal reunión. Finke opina que la visita de Esquieu de Floyrac a Jaime II en Lérida tuvo lugar en el año 1305¹⁰⁴¹ y Demurger, afina más y afirma que fue a comienzos de este mismo año y que Esquieu de Floyrac existió realmente, pero niega que haya sido nunca templario, aunque reconoce que habría la posibilidad de que fuera superior de Montfauçon dependiente de san Marcial de Limoges, en Perigord, y de que fuera natural del Beziers, en Agenais, (La Plume)¹⁰⁴². Lo importante, como dice Demurger, sea cual fuere la fuente de la que Esquieu obtuvo la información sobre el Temple, e incluso por encima de la realidad de ésta, es que es él quien está en el origen del conflicto¹⁰⁴³. Andreas Beck también afirma que la visita de Floyrac a Jaime I tuvo lugar a principios de 1305 y añade, citando a Gylmour-Bryson¹⁰⁴⁴, que no puede descartarse que fuera enviado a Aragón por los franceses¹⁰⁴⁵.

Hace también referencia Demurger a Bernard Pelet, otro de los citados por Ponsard de Gisy en su declaración, del que afirma que se trata de un clérigo de la misma región de Agenais, que estaba al servicio del rey de Inglaterra y que viajó a Londres a informarle de los rumores, rumores que Eduardo II transmitió a Felipe IV mediante carta¹⁰⁴⁶. Barber difiere ligeramente de Demurger y refiere que Bernard Pelet fue enviado a Inglaterra por el propio rey de Francia pero que el rey Eduardo no le creyó¹⁰⁴⁷. David Bryson transcribe un párrafo de la carta de contestación de Eduardo a Felipe:

«Master Bernard Peled, clérigo, ha expuesto ante nos, nuestros preladados, nuestros barones y otros de nuestro consejo, lo que tenía que decir sobre la detestable herejía que vos mencionáis en vuestra carta y como estas cosas

prometisteis que si las acciones de los templarios se demostraban ciertas, me daríais 1.000 libras de renta y 3.000 libras al contado, en dinero. Así pues, ahora que se ha descubierto todo pienso que es justo que os lo recuerde. También quiero deciros que vuestro sirviente, Estefano de Seta, que se encuentra en los dominios de nuestro rey, a dos leguas de Bolonia, ha cumplido con total diligencia la orden que le disteis. Quiero deciros, señor, para vuestro conocimiento, que ojalá todas las personas que, de vuestra parte vengan a Francia, cumplan con tanta diligencia.

Bolonia, último domingo de enero [1308]» (Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, Druck und Verlag der Aschendorffschen Buchhandlung, Munster, 1907, T. II, pp. 83-84).

¹⁰⁴⁰ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem dit Templiers*, V. II, p. 145.

¹⁰⁴¹ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, p. 142, nota al pie.

¹⁰⁴² Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 189.

¹⁰⁴³ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 188.

¹⁰⁴⁴ Andreas Beck, *El fin de los templarios*. Ed. Península, Barcelona, 1996, p. 30, citando a Anne Gilmour-Bryson, «La eresia e i Templari», en *Oportet et haereses esse. Ricerche di storia sociale e religiosa*, Vol. 12, Roma, 1938, pp. 101-114.

¹⁰⁴⁵ Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 30.

¹⁰⁴⁶ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 188.

¹⁰⁴⁷ Malcolm Barber, *El juicio a los templarios*, p. 71.

parecen increíbles hemos ordenado a nuestro senescal en Agenais, donde estos rumores aparecieron, que comparezca ante nuestra presencia»¹⁰⁴⁸.

Respecto del cuarto de los mencionados por frey de Gisy, dice Bryson que al menos dos historiadores (Alain Demurger y Gilette Ziglier) lo han identificado con Gerard de Lavergne. Nosotros preferimos remontarnos a Finke, el cual recoge en su obra el testimonio de un hermano, preceptor de Andrivaux, en la diócesis de Perigord, llamado Gérard de Lavernha o Gerard de Boyzol, que en declaración realizada el seis de noviembre de 1307 ante los inquisidores franceses, inmediatamente después de las detenciones, se atribuye el haber sido él la persona que había destapado todo el asunto¹⁰⁴⁹.

A pesar de lo dicho por el hermano Ponsard de Gisy, ninguno de los tres primeros puede ser tachado de traidor, pues ninguno de ellos era templario, de aquí que al llegar al cuarto exclame Bryson: «¡Al fin uno a quien poder colgar la etiqueta de traidor!»¹⁰⁵⁰.

La conjetura formulada por Andreas Beck¹⁰⁵¹, introduce un nuevo elemento en el papel jugado por Floyrac en la trama contra la Orden, pues, si como sugiere este autor, este individuo fue enviado a la corte aragonesa de Jaime II por el rey de Francia o su entorno, supondría, no sólo que las acusaciones de Floyrac eran falsas, sino que respondían a una maquinación urdida por la corona francesa, en la cual se pretendió involucrar al rey aragonés, lo que, a la vista de sucesos posteriores, resulta perfectamente coherente, pues si no ¿cómo se explica que este individuo, cuando se supone que tenía que estar preso en una prisión francesa, estuviera libre, viajando por Aragón y visitando al rey Jaime II?. En la carta que escribió en 1308 al rey aragonés da a entender que primero le visitó a él y que, como no le hizo caso, seguidamente se fue con el cuento al rey Felipe. Pero esta versión no concuerda con la que da Almaury en su crónica en la que dice que estaba en prisión y que desde ella fue conducido fuertemente custodiado a la presencia del rey Felipe. Entonces ¿llegó a París procedente de Aragón o fue conducido por los hombres del rey desde la prisión de Tolosa?

La explicación que nos parece más lógica y más coherente es que este individuo inventó u obtuvo la información de un templario renegado, con quien había compartido celda en la prisión y que, con la esperanza de obtener la libertad, le comunicó a un guardián que conocía un importante secreto que sería de interés para rey, por lo que fue llevado a presencia de éste, o de uno de sus allegados, el cual inmediatamente se dio cuenta del valor potencial de la noticia como elemento desencadenante del plan contra los templarios que en secreto se estaba fraguando en la corte francesa, así es que, de *motu proprio* o por consejo de un tercero, lo envió al rey de Aragón, con quien el reino de Francia había estado en guerra hasta hacía poco tiempo, con la esperanza de que este príncipe, escandalizado y alarmado, pu-

¹⁰⁴⁸ David Bryson, «Three “Traitors” of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», p. 98.

¹⁰⁴⁹ Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, p. 318.

¹⁰⁵⁰ David Bryson, «Three “Traitors” of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», p. 99.

¹⁰⁵¹ Epígrafe 2.3.6.

siera en marcha la maquinaria contra el Temple. Pero Floyrac volvió sin haber obtenido el resultado previsto, por lo que el rey (o alguien autorizado de su entorno) se vio obligado a poner en marcha el plan alternativo, consistente en propalar el rumor de los «desvíos» achacados a los templarios. Para este propósito nadie mejor que el propio Floyrac y otros sujetos desalmados de su misma calaña, de tal manera que en poco tiempo la difamación de la Orden y sus miembros fue una realidad generalizada. Cumplida su misión en la trama, Floyrac fue liberado y desde Bolonia, dirigió al rey aragonés la misiva que hemos transcrito más arriba, en este mismo capítulo.

Pero Floyrac no fue sino un elemento más de la campaña orquestada contra la Orden, aunque, eso sí, muy importante, pues, en opinión de Bárbara Frale, que compartimos, el verdadero culpable de la persecución contra los templarios fue el visitador de Francia, hermano Hugo de Pairaud que, debido a sus diferencias con Jacques de Molay, se dejó engañar por los hombres del rey y pensó que su denuncia sólo afectaría al maestre y sus hombres y que él saldría airoso y triunfador. «Sólo más tarde -termina diciendo Frale- cuando en el amanecer del trece de octubre se detuvo y se sometió indistintamente a interrogatorio a todos los templarios del reino, el papa, Hugo de Pairaud y hasta el propio inquisidor de Francia se dieron cuenta de que habían sido objeto de una manipulación magistral»¹⁰⁵².

Fuera por el rumor extendido por los hombres del rey, fuera por la revelación de Hugo de Pairaud al papa, en presencia de Guillaume Imbert, gran inquisidor de Francia, el hecho es que se ha de admitir la existencia en 1307 de una sospecha de herejía, basada en una *diffamatio*, que afectaba a los templarios y que, por consiguiente, era necesario iniciar una investigación. Por lo tanto hemos de concluir que, desde el punto de vista de la legalidad de la época, existía causa suficiente para abrir una encuesta, aunque no para ordenar la detención indiscriminada todos los miembros de la Orden, pues hubiera sido necesario esperar a conocer el resultado de la instrucción.

2.9.2.2 Análisis crítico de la orden real de detención.

El proceso contra la orden del Temple ha hecho correr ríos de tinta desde el siglo XIV y seguramente seguirá haciéndolo en el futuro. ¿En verdad las cosas ocurrieron como se nos ha hecho ver por los historiadores? ¿Jugó Esquieu de Floyrac un papel principal en la trama o fue un instrumento en manos de Felipe IV? ¿Qué se puede decir de las causas y de los móviles? ¿Qué papel jugó el papa? ¿Estuvo mediatizado por el rey francés?. A alguna de estas preguntas ya hemos dado respuesta. A otras lo haremos en este epígrafe y en los siguientes.

Empecemos por la última de estas cuestiones. La carta de veintisiete de octubre de 1307 que el papa dirigió al rey Felipe es altamente elocuente, pues deja fuera de toda duda que la iniciativa de la orden de detención de los templarios es achacable única y exclusivamente al rey francés. En ella el papa se muestra no só-

¹⁰⁵² Barbara Frale, *Los templarios*, pp. 209-212

lo verdaderamente sorprendido, sino muy dolido por las detenciones y, seguramente también, por las noticias recibidas sobre el trato a que eran sometidos los detenidos:

«Ilustre príncipe, estas acciones nos han ocasionado gran dolor y una sorpresa dolorosa, porque siempre hemos demostrado nuestra mejor disposición hacia Vos que todos los obispos de Roma, e incluso que la Iglesia de Roma en toda vuestra vida y siempre hemos actuado mirando vuestro honor, en vuestro reino y en los intereses de vuestro reino y de toda la Cristiandad alrededor vuestro...»¹⁰⁵³.

La orden real de detención de los templarios, desde el punto de vista de la Santa Sede y del *statu quo* de la época, podría haber sido considerada como un grave atentado a las leyes que regían en la sociedad medieval, según las cuales únicamente la Iglesia tenía jurisdicción sobre el clero, incluido los religiosos, y como tales eran considerados los miembros de las órdenes militares. Pero los consejeros del rey no iban a caer en un error de este calibre, por lo que tuvieron mucho cuidado en lograr la colaboración de la Inquisición, en aquel momento bajo el control casi exclusivo de los dominicos, con lo cual el aspecto formal de la detención quedaba a salvo.

Desde algunos sectores se ha hecho hincapié en que los templarios, por mor de la bula *Omne Datum Optimum* de Inocencio II, gozaban de un fuero especial en virtud del cual solo estaban sometidos a la autoridad del romano pontífice, y así, en este sentido, la doctora Frale resalta el hecho de que Inocencio II les concedió un privilegio singular que los eximía de la jurisdicción de los obispos, arzobispos y del propio colegio cardenalicio y que únicamente el papa estaba autorizado a ejercer el control de la Orden¹⁰⁵⁴, pero de una lectura detenida, sosegada y conjunta de las bulas *Ad Abolendam* de Lucio III y *Ad Extirpanda* de Inocencio IV, resulta que, a partir de las mismas, todos, laicos y religiosos, quedaron sometidos al control jurisdiccional de los inquisidores en caso de delitos de herejía y por lo tanto, aplicando el viejo aforismo romano que dice que «*lex posterior derogat anterior*», hemos de concluir que la mera acusación de herejía por parte de la Inquisición era suficiente, a los ojos de la Iglesia, para perseguir a cualquier sospechoso, con independencia de su condición eclesiástica, militar o laica.

Guillermo Imbert o de París, confesor del rey, fue el cabeza de turco de la operación contra los templarios, pues en su calidad de gran inquisidor de Francia, estaba investido de un poder casi absoluto para perseguir la herejía y, además, contaba con la fidelidad y obediencia de todos los miembros de su orden, a los cuales estaban encomendadas las inquisiciones provinciales. Él, haciendo una interpretación algo forzada de la normativa vigente sobre la Inquisición y sobre la persecución de los herejes, puso toda la organización inquisitorial al servicio de la corona francesa y ordenó a los inquisidores provinciales la persecución de los templarios que resultasen sospechosos, que no de la Orden, pues ésta sí que era una facultad exclusiva del papa.

¹⁰⁵³ Epígrafe 2.5.3.

¹⁰⁵⁴ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 206.

La operación fue tan bien urdida que tuvo toda la apariencia de ser conforme a la legislación positiva y a los usos y costumbres pues, tanto la circular de detención del rey como la carta del gran inquisidor, traslucen la idea de que la intervención real lo fue a requerimiento del papa y de Guillermo de París, es decir, de la Iglesia, con lo cual nada era ilegal¹⁰⁵⁵. Las apariencias se habían guardado, pero el papa seguramente se sintió dolido, utilizado y engañado pues eso es lo que refleja la carta del veintisiete de octubre al rey Felipe y el amargo reproche que dirige a Guillermo de París cuando en la bula *Subit assidue* de cinco de julio de 1308, le recrimina públicamente porque, «a pesar de ser vecino suyo [del papa], no le había dicho nada acerca de las detenciones» de los templarios.

Afirma Bárbara Frale que si bien Inocencio II, por la bula «*Omne Datum Optimum*», liberó a la Orden de toda sujeción a la autoridad eclesiástica, excepto la suya¹⁰⁵⁶, este fuero especialísimo sufrió una importante restricción a partir del papa Honorio III¹⁰⁵⁷ que atribuyó al inquisidor de Tuscia la facultad de extender su poder de indagación incluso a los miembros de las tres órdenes militares que hasta entonces gozaban de este privilegio¹⁰⁵⁸. Los abogados del Consejo real conocían bien los entresijos de la Inquisición y utilizaron la norma dictada por Honorio III para extender las investigaciones más allá de la barrera de la inmunidad de la que gozaba la Orden y sus miembros y tejer una inmensa maraña legal en torno a los templarios que permitiría al rey de Francia conseguir su objetivo último: acabar con la orden de los caballeros del Templo de Jerusalén¹⁰⁵⁹.

No compartimos esta tesis de la doctora Frale, pues, aparte de que la disposición del papa Honorio III fue exclusiva para un suceso determinado y limitada a la provincia eclesiástica de Tuscia, la orden de detención extendida por el rey de Francia, a «petición» del gran inquisidor del país, dirigida a sus bailíos y senescales, mandaba expresamente «arrestar a todos los hermanos de dicha Orden sin excepción alguna, y retenerlos prisioneros en espera de ser enjuiciados por la Iglesia»¹⁰⁶⁰, lo que suponía un ataque a la Orden entera a pesar de que ésta, como institución, por concesión papal¹⁰⁶¹ estaba bajo la exclusiva autoridad y jurisdicción del romano pontífice. Es seguramente por ello que Guillermo de París, jurista consumado, al contrario que la mayoría de los inquisidores, a pesar de su magnífica disposición a colaborar con el rey, incluyera en su carta un párrafo en el que expresaba:

¹⁰⁵⁵ Epígrafe 2.4.1.

¹⁰⁵⁶ Ver sección 7 del capítulo 1.

¹⁰⁵⁷ De nombre Cencio Savelli, accedió al papado el 18 de julio de 1216 y murió en 1227. En su pontificado se aprobaron las reglas de los franciscanos, los dominicos y los carmelitas. [Emilio Moreno Cebada, *Historia de la Iglesia: desde su establecimiento hasta el pontificado de Pío IX*, Biblioteca ilustrada de Espasa Hermanos, Barcelona, 1888, p 295].

¹⁰⁵⁸ Templarios, hospitalarios y cistercienses.

¹⁰⁵⁹ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 206.

¹⁰⁶⁰ Epígrafe 2.4.1.

¹⁰⁶¹ Especialmente en la bula *Omne datum optimum*, de 29 de marzo de 1139, promulgada por Inocencio II.

«Hemos elevado nosotros al rey una petición, como tenemos por costumbre hacer en estos asuntos, para que se digne a prestarnos su labor y auxilio, contra las personas individuales de la citada Orden sospechosas de este reino. No se debe actuar contra la Orden entera, ni contra sus hermanos en general, sino sólo contra las personas particulares del reino antes mencionadas»¹⁰⁶².

Es decir, la supuesta petición de detención de los templarios que el gran inquisidor dirigió al rey no fue contra la Orden ni contra la totalidad de sus miembros, sino exclusivamente contra las personas individuales que resultaren sospechosas, pero al no identificar expresamente quienes eran tales personas, como estaba obligado por las bulas *Ad abolendam* y *Ad extirpanda*¹⁰⁶³ y la normativa procedimental usual en la Inquisición, el gran inquisidor de Francia se constituyó en colaborador necesario del rey en la detención ilícita de los templarios.

Además, también se vulneró la normativa legal vigente al ordenar la detención indiscriminada de templarios sin darles la oportunidad de presentarse voluntariamente a responder de las acusaciones.

Por lo tanto, adelantemos desde ya que la petición de detención innominada girada por Guillermo de París fue ilegal, que la orden de detención generalizada de los miembros de la orden del Temple dictada por Felipe IV fue ilegal, y que, por lo tanto, ilegal fue la ejecución de la misma.

2.9.2.2.1 Análisis de las causas.

Si bien el análisis de la motivación íntima, o causa impulsiva, no está exento de elucubraciones, pues es claro que no es posible saber las verdaderas intenciones perseguidas por el rey al organizar la detención de los templarios, no sucede lo mismo con la causa, que bien podríamos denominar externa o aparente, que venía impuesta por la normativa papal sobre la herejía, especialmente la bula *Ad Extirpanda*, en virtud de la cual, la máxima autoridad civil (*Potestas seu Rector*) estaba obligada, bajo pena de excomunión, a «observar durante todo su mandato, tanto lo que dice esta bula como lo que dicen las leyes civiles y eclesiásticas contra los herejes»¹⁰⁶⁴ y «prenderá con grilletes, inmediatamente o en un término de cinco días, a los que sean declarados convictos de herejías por el obispo diocesano, su delegado o los inquisidores»¹⁰⁶⁵. Luego parece evidente que la causa, externa o aparente, para la incoación del proceso contra la Orden, y para la detención de los templarios, está en la vulneración por éstos de las leyes eclesiásticas en asuntos de fe, es decir, la comisión del crimen de herejía o, incluso, en su mera sospecha.

El análisis de la detención de que fueron objeto los caballeros templarios está íntimamente unido al estudio de sus causas y de los motivos íntimos (ocultos) de sus instigadores. Es por ello que, a efectos de este epígrafe, vamos a dis-

¹⁰⁶² Epígrafe 2.4.1.

¹⁰⁶³ Apéndice nº 47.

¹⁰⁶⁴ Norma 1 de la bula *Ad Extirpanda*.

¹⁰⁶⁵ Norma 24 de la bula *Ad Extirpanda*.

tinguirlos y a estudiarlos de manera separada.

Respecto de las acusaciones concretas contra los templarios, decía el rey Felipe en su carta-orden:

«Anteriormente, gracias a la información recibida de personas de confianza, nos ha llegado que los caballeros de la orden de la milicia del Temple son lobos escondidos bajo la apariencia de corderos y bajo el hábito de la Orden, insultando miserablemente a la religión de nuestra fe, crucifican nuevamente cada día a Nuestro Señor Jesucristo, que fue crucificado por la redención del género humano, y le colman de injurias más graves aún que las que sufrió en la Cruz, cuando a su ingreso en la Orden, al hacer su profesión de fe, en que se les presenta su imagen y con ceguera infeliz, o mejor dicho, desgraciada, reniegan de él hasta tres veces, y con una crueldad horrible, escupen tres veces sobre su cara, e inmediatamente después se despojan de las vestimentas que llevaban en la vida seglar y, desnudos, en presencia de quien les recibe o de quien hace sus veces, son besados por dicha persona, conforme a un rito odioso de la Orden, primeramente en la parte donde termina la espina dorsal, segundo en el ombligo y por fin en la boca, para vergüenza de la dignidad humana. Y después de haber realizado actos tan detestables, se compromete por su voto y sin miedo a ofender la ley humana, a someterse los unos a los otros sin rehusar, siempre que fueren requeridos, por efecto del vicio de un horrible espantoso concubinato»¹⁰⁶⁶.

Mientras que las acusaciones contenidas en la carta del gran inquisidor, fray Guillermo de París, dirigida a todos los inquisidores provinciales, eran del siguiente tenor literal:

«Artículos de error de los templarios proporcionados por varios testigos:

Quando son recibidos primeramente piden el pan y el agua de la Orden y continuación el maestro o comendador que lo recibe lo conduce secretamente a la parte de atrás o a la sacristía o a otro lugar y la muestra la cruz y la figura del señor Jesucristo y le hace renegar por tres veces, es decir de Nuestro Señor Jesucristo, del cual es la figura, por tres veces escupir sobre la cruz; después le hacen despojarse de la ropa y el que los recibe lo besa en la extremidad de la espina dorsal, por debajo de la cintura, después en el ombligo, después en la boca y le dice que si un hermano de la Orden se quiere acostar con él carnalmente, lo tiene que soportar porque es su deber y él tiene que aguantarlo según el estatuto de la Orden y que por ello, varios hermanos se acuestan unos con otros carnalmente y llevan por encima de la camisa una cadena que el hermano debe llevar sobre él mientras viva; y se dice que estas cadenas han sido colocadas alrededor del cuello de un ídolo con forma de cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza la besan y la adoran en los capítulos provinciales; pero esto no todos lo saben, sino el gran maestro y los antiguos. Además, los sacerdotes de la Orden no consagran el cuerpo de Nuestro Señor; y sobre ello se hará una investigación especial de todos los sacerdotes de la Orden.

Y los comisarios deberán enviar al rey, bajo sus sellos y bajo los sellos

¹⁰⁶⁶ Epígrafe 2.4.1

de los comisarios del inquisidor, lo más pronto que puedan la copia de la confesión de los que declaren lo dichos errores o principalmente los que renieguen de Nuestro Señor Jesucristo»¹⁰⁶⁷.

En estos párrafos podemos ver que, si bien en su primera parte la carta del gran inquisidor es coincidente con la del rey, en la segunda parte añade la sodomía -sólo insinuada en la carta-orden real-, la idolatría y la no consagración en la misa.

La causa inicial de la detención, los artículos de cargo que hacían sospechosos de herejía a los templarios, son las que aparecen en este párrafo de la circular enviada por el gran inquisidor a los inquisidores provinciales y que también acompañaba a la orden real de detención.

Como hemos dicho en el epígrafe correspondiente sobre la Inquisición¹⁰⁶⁸, los inquisidores podían entablar pleito contra cualquier persona sospechosa de la que tuvieran conocimiento, la cual había de ser citada de comparecencia y sólo eran detenidos si hacían caso omiso de la citación. Pero esta regla general fue ignorada tanto por el rey como por el gran inquisidor.

Las acusaciones recogidas en la circular de Guillermo de París coinciden casi al pie de la letra con las que el rey menciona en su carta-orden, lo que sería lógico si los hechos se hubieran desarrollado realmente como los documentos dejan traslucir. Es decir, un observador externo, coetáneo de los hechos, que no hubiera dispuesto de toda la información, hubiera dictaminado que la investigación había sido iniciada por el gran inquisidor y que el rey sólo actuaba a requerimiento suyo, pero la realidad fue muy diferente:

1. La denuncia y el rumor de herejía surgió a principios de 1305 del entorno del rey de Francia, bien instigado por Esquieu de Floyrac, o bien utilizando a este individuo como mero agente para su difusión¹⁰⁶⁹. No hay evidencia alguna anterior, no sólo de la comisión por los templarios de ninguna herejía, ni delito perseguible, sino tan siquiera de la existencia de sospecha o rumor de la misma o de que fueran meramente impopulares, con independencia de que fueran considerados orgullosos, codiciosos o avariciosos, pues estos calificativos no pasan de ser precisamente eso, epítetos¹⁰⁷⁰. Afirma Raynouard que nadie, antes de la terrible catástrofe de la que fueron objeto, les había acusado de impiedad ni había vertido sobre ellos sombra alguna de los desórdenes de los que se les acusó, puntualizando que ni siquiera fueron objeto de las sátiras de los trovadores en términos despectivos o injuriosos, gozando de una reputación, al menos, similar a la de las demás órdenes militares¹⁰⁷¹.
2. Los hombres del rey (principalmente Nogaret y Plaisians) introdujeron espías en las casas de la Orden y en círculos de ex-templarios expulsados

¹⁰⁶⁷ Epígrafe 2.4.1.

¹⁰⁶⁸ Epígrafe 2.2.14.4.1.

¹⁰⁶⁹ Epígrafe 2.3.6.

¹⁰⁷⁰ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 25.

¹⁰⁷¹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives à l'ordre*, p. 8.

de la Orden por su mala conducta¹⁰⁷². Es a estos espías, en primer lugar, a los que hay que achacar el rumor y la difusión de las sospechas de herejía, es decir la *diffamatio*, que era requisito necesario, según el procedimiento en vigor en los procesos inquisitoriales, para iniciar la persecución de los difamados.

3. Con la información obtenida de los espías y delatores, los asesores reales prepararon y pusieron en marcha un plan de acción contra la Orden, que desembocó en la detención masiva del trece de octubre de 1307. Dicho plan, del que el papa Clemente fue pieza esencial, se pone de manifiesto en diversos hechos y sucesos que se desarrollaron entre 1305 y 1307, tales como:
 - En la reunión de noviembre de 1305 con ocasión de la coronación del papa Clemente V, el rey informó a Bertrand de Got de los rumores sobre los templarios¹⁰⁷³, como el propio papa reconoce en las bulas promulgadas el doce de agosto de 1307¹⁰⁷⁴, con la intención de presionarle en su reclamación sobre Bonifacio VIII.
 - En la audiencia del papa al gran maestro y su comitiva, se suscitó el tema de los rumores sobre la Orden, solicitando Jacques de Molay la apertura inmediata de una investigación¹⁰⁷⁵.
 - En la conferencia de Poitiers de 1307 el asunto más importante que fue tratado, fue el de los templarios¹⁰⁷⁶.
 - En verano de 1307 el visitador de la Orden, hábilmente interrogado, llegó a admitir ante el papa, que en la orden del Temple existía la costumbre que imponía a los nuevos miembros renegar de Cristo y escupir a la Cruz durante la ceremonia de ingreso¹⁰⁷⁷.

Las acusaciones vertidas contra los templarios coinciden con los delitos que más horror y miedo causaban en la sociedad de la época. Apostasía, idolatría y homosexualidad eran los crímenes más horribles para un cristiano de principios del siglo XIV. En consecuencia, parecen haber sido cuidadosamente seleccionados. Da la impresión de encontrarnos ante una campaña de propaganda preparada con mucha antelación por la monarquía francesa. Los dos motivos invocados por el rey en su carta, dice Ivan Gobry, son de una improbabilidad absoluta. «¿Cómo creer que hombres bravos, henchidos de altos ideales, sometidos voluntariamente a una regla noble y exigente, que han decidido darse completamente a Jesucristo, podrían consentir, el mismo día de su ingreso en la Orden, actos abominables, tanto en el aspecto moral como en el religioso, contrario a todo lo que ellos buscaban

¹⁰⁷² Epígrafe 2.3.6.

¹⁰⁷³ Epígrafe 2.3.2.

¹⁰⁷⁴ Tal como reconoce Clemente V en su carta al rey de 24 de agosto de 1307. (Epígrafe 2.5.14).

¹⁰⁷⁵ Epígrafe 2.3.8.

¹⁰⁷⁶ Epígrafe 2.3.52.

¹⁰⁷⁷ Epígrafe 2.4.1.

en la vida, contrario a su fe y a su sinceridad! ¡Cómo podrían aceptar un comportamiento tan monstruoso!»¹⁰⁷⁸. Más adelante se pregunta este mismo autor, «¿Es posible que estos soldados de Cristo que han sufrido fatiga, hambre, sed y la dureza las cárceles musulmanas, que se han arriesgado cada día a una muerte cruel, hayan caído en las garras de unos superiores impíos y repugnantes?»¹⁰⁷⁹. Aún resulta más incomprensible la actuación del rey Felipe si se tiene en cuenta que sólo tres años antes, en octubre de 1304, en un título que contiene la confirmación de numerosos privilegios para la Orden, los fundamentaba así:

«Las obras de piedad y de misericordia, la liberalidad magnífica que ejerce en el mundo entero y en todo tiempo, la santa orden del Temple, instituida divinamente desde hace muchos años, su valor puesto de manifiesto en la defensa peligrosa de Tierra Santa, nos ha llevado a extender nuestra liberalidad real sobre la Orden y sus caballeros, sea cual sea el lugar de nuestro reino en el que se encuentren, y a dar muestra de un favor especial a la Orden y a los caballeros por los que sentimos una sincera predilección»¹⁰⁸⁰.

Sea cual sea el grado de implicación que se atribuya al gran inquisidor Guillermo de París, el atentado real contra los templarios no hubiera podido tener éxito sin el concurso de Clemente V. Tanto los tribunales inquisitoriales, como los de los obispos, exigían que la culpabilidad de la Orden fuera probada en otros países también y para ello la cooperación de la Santa Sede fue esencial.

2.9.2.2.2 Análisis de los móviles.

En vez de obstinarse en buscar dentro de la Orden la causa directa de las acusaciones (calumniosas), como han hecho hasta ahora la mayoría de los historiadores y autores que han escrito sobre el proceso, búsqueda necesariamente estéril, se debería haber tratado de encontrar los móviles, que podían explicar el fenómeno tan singular de las acusaciones, en el ámbito externo más que en los presuntos fallos internos de la Orden: los apuros económicos de la corona, la extrema debilidad del papado tras el enfrentamiento con Bonifacio VIII, la pérdida del último reducto cristiano en Oriente y su impacto en la Cristiandad, y la «casualidad» de que Clemente V llamara a consultas a Jacques de Molay, son circunstancias que juntas o separadas no deben hacernos ignorar el contexto social del juicio¹⁰⁸¹.

Frente a los dos posturas tradicionales en las que se han ubicado las tesis de los diferentes autores que se han interesado por la cuestión de la desaparición de la orden del Temple, es decir, por un lado los que atribuyen su detención, proceso y extinción, exclusivamente a la avaricia del rey Felipe IV, con la complicidad del papa Clemente V y por otro los que justifican, e incluso defienden, a ambos actores, ha surgido últimamente un tercera vía de autores que, aun reconociendo que los templarios no fueron esos seres malvados que se nos han presentado y que el

¹⁰⁷⁸ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, pp. 57-58.

¹⁰⁷⁹ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 58.

¹⁰⁸⁰ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 118.

¹⁰⁸¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 363.

proceso fue injusto y plagado de arbitrariedades, tratan de justificar la actitud del rey y del papa en base a las acciones previas de los miembros de la Orden, actitud en la que primaban las cuestiones políticas para el rey (competencia económica y de poder) y las religiosas en el papa (comisión del terrible pecado de la herejía y de la apostasía y el escándalo que ello representaba para la sociedad)¹⁰⁸².

Hay incluso autores que justifican el fin de la orden del Temple en base al agotamiento del modelo, diciendo que esta institución nació con la finalidad única y exclusiva, de la defensa de Tierra Santa, por lo que la consecuencia lógica e inmediata a la pérdida de ésta no podía ser otra que la desaparición de la Orden. El Temple sin Tierra Santa era una orden vacía, sin sentido ni vida interior, dice Barber, y añade que, si no hubiera sido suprimida, la pérdida del reino de Jerusalén les habría arrastrado a un período difícil y, posiblemente, se habrían sentado las bases de una profunda reforma posterior¹⁰⁸³.

La doctora Nicholson niega con rotundidad que la Orden fuera destruida por haber sobrevivido a la finalidad para la que fue creada o porque estuviera corrompida o en decadencia¹⁰⁸⁴ y afirma que los especialistas modernos consideran que Felipe IV arremetió contra la misma porque necesitaba su dinero y para demostrar que era el rey «cristianísimo» de Europa y hace hincapié en otras de las muchas arbitrariedades y atrocidades directamente achacables a este rey, como la detención del papa Bonifacio VIII, la expulsión de judíos y lombardos, la detención del obispo Guichard de Troyes¹⁰⁸⁵, el juicio y muerte de la religiosa Marguerite Porete¹⁰⁸⁶ y la terrible y vengativa muerte de los amantes de sus propias nueras¹⁰⁸⁷.

Raynouard introduce un elemento interesante en el estudio de la motivación de Felipe IV para perseguir a los templarios y es la razón de Estado, fundamentada en la necesidad de impedir la existencia de una entidad soberana dentro de las fronteras del reino, formada por caballeros que anteponían su voto de obediencia al papa y al maestre por encima de la fidelidad al rey y cuya potencia guerrera podía llegar a poner en grave aprieto a la monarquía, todo ello unido al apoyo descarado que habían proporcionado a enemigos de la corona francesa, tales como el

¹⁰⁸² Friedrich Nicolai, *Essai sur les accusations Intentés aux Templiers et sur le secret de cet ordre*, D. J. Changuion, Amsterdam, 1783, p. 2.

¹⁰⁸³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 359

¹⁰⁸⁴ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 330

¹⁰⁸⁵ Guichard, obispo de Troyes, fue denunciado de practicar la brujería, con la cual habría ocasionado la muerte de la reina Juana de Navarra, por lo que fue detenido por orden del papa Clemente V, pero los soldados del rey lo llevaron al Louvre en vez de a Avignon, contrariando la orden papal. En 1314, al declarar los denunciantes que todo era falso y fruto de una conjura fue liberado y nombrado obispo de Diakovar (Bosnia) donde falleció en 1317. (Abel Rigault, *Le procès de Guichard, évêque de Troyes*, A. Picard et fils, Paris, 1896).

¹⁰⁸⁶ Margarita Porete, (c. 1250-1310) fue una mística, perteneciente a las beguinas, que fue quemada por herejía, al negarse a abandonar las doctrinas contenidas en su libro *El Espejo de las Almas Simples* que posteriormente, al ser editado bajo seudónimo masculino fue plenamente aceptado por Iglesia. (Blanca Gari, «Introducción», en Margarita Porete, *El Espejo de las almas puras*, Ediciones Siruela, Madrid, 2005, pp. 9-20).

¹⁰⁸⁷ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 26.

papa Bonifacio, el rey de Aragón o el conde de Flandes¹⁰⁸⁸.

Grouvelle incide en esta idea y dice que el rey Felipe tuvo miedo de los templarios por su número, por su extensión por todo el reino, por sus casas, muchas de ellas verdaderas fortalezas, por su preparación para la guerra, por su flota, por sus relaciones de sangre con muchas de las grandes familias, por su pasado de participación en intrigas y en la política interna de los países y, sobre todo, por su potencia económica y concluye haciendo alusión a la facilidad para ellos de alentar una revolución o levantamiento que pusiera en jaque a la corona o, incluso, a dinastía reinante¹⁰⁸⁹.

Frederic Nicolai atribuye el principal motivo de la caída del Temple al odio de Felipe IV hacia la Orden, a la que se podría unir, a un nivel más bajo, la avaricia de este mismo rey, si bien es innegable, añade, que los caballeros templarios contribuyeron a ello con su mala conducta¹⁰⁹⁰.

Algunos de los motivos de ese odio del rey a los templarios son concretados en su obra por Nicolai:

- Los templarios, el treinta de marzo de 1282, apoyaron y prestaron ayuda al rey de Aragón en Palermo, cuando al llamar las campanas de la iglesia a visperas los sicilianos se levantaron contra la ocupación francesa masacrando a la guarnición de la ciudad. Finalmente, en 1302 se firmó la Paz en Caltabellota, quedando como gobernante de una Sicilia independiente, don Fadrique, hermano de Jaime II de Aragón.
- En la época de los enfrentamientos del rey Felipe con el papa Bonifacio VIII, los templarios, que apoyaron decididamente la causa del papa, vulneraron reiteradamente la orden de aislamiento de la Santa Sede y la prohibición de sacar dinero de Francia, promulgadas por el rey, e hicieron llegar dinero al papa en grandes cantidades desde fuera de Francia.
- En las revueltas de París del año 1306, motivadas por la crisis económica, a pesar de que el rey y su familia habían sido alojados en la casa del Temple, el monarca tenía sospechas de que el levantamiento popular había sido alimentado por la Orden.
- Felipe IV culpaba a los templarios de la humillante derrota sufrida por las tropas francesas, al mando de su abuelo, el santo rey Luis IX, en Mansoura (Egipto), a pesar de que en la batalla había muerto un gran contingente templario (el maestre entre ellos). También les culpaba de la negativa de los templarios a pagar el rescate para su liberación, pese a

¹⁰⁸⁸ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives à l'ordre*, p. 22.

¹⁰⁸⁹ Philippe Antoine Grouvelle, *Memoires historiques Sur les Templiers*, F. Buisson, París, 1805, p. VII).

pp. 248-250.

¹⁰⁹⁰ Friedrich Nicolai, *Essai sur les accusations intentées aux Templiers et sur le secret de cet ordre*, pp. 3-4.

que era conocido que la Orden nunca pagaba rescate¹⁰⁹¹.

Ahora bien, como dice Demurger, el árbol no debe ocultar el bosque. Que la actuación del rey no estuviese motivada exclusivamente por la avaricia o la necesidad urgente de liquidez no nos debe hacer olvidar la realidad y ésta es que Felipe IV debía grandes sumas al Temple por préstamos anteriores y que la cuestión económica se planteó prácticamente el mismo día de la detención de los templarios¹⁰⁹².

Por lo tanto, el móvil económico tuvo una importancia capital, y tal vez decisiva, en la detención de los templarios, pero de ninguna manera quiere esto decir que fuera el único. En este análisis no hay más remedio que recordar y traer a colación anteriores actuaciones de la corona francesa, drásticas y expeditivas, motivadas por la situación financiera del país, las cuales autorizan a suponer que detrás de la orden de apresamiento había una motivación similar a la que llevó a la detención, expoliación y expulsión de judíos y lombardos, pues tanto el instituto religioso como los colectivos israelitas e italianos eran ricos, prestamistas de la corona y sumamente impopulares.

Barber incide en esta idea y dice que aunque el motivo más inmediato y obvio del rey era el económico, tanto por la situación financiera general como por la dificultad para poder regresar al estado de «buena moneda» que había en tiempos de san Luis, no se pueden excluir que otros factores incidieron en el arresto y proceso de los monjes guerreros, tal como el hecho de inmunidad de que gozaban -en pie de igualdad con las demás órdenes militares- que la hacía inaceptable para la idea de un país sacralizado bajo un rey santo que propiciaban los abogados de la corona, y la disponibilidad de ingentes recursos económicos líquidos para hacer frente a la crisis económica¹⁰⁹³.

Conjuntamente con la orden de detención de los templarios, los bailíos y senescales del rey recibieron la orden de «requisar sus bienes, muebles e inmuebles y retener muy rigurosamente dichos bienes requisados, sin consumirlos ni destruirlos de ninguna forma, conforme a nuestras órdenes e instrucciones que os hemos enviado bajo nuestra contrafirma, hasta que recibáis de Nos nuevas órdenes»¹⁰⁹⁴. Se podría argumentar que la orden del rey relativa a los bienes de los templarios pretendía su conservación y que no era más que una precaución adoptada precisa-

¹⁰⁹¹ Luis IX de Francia (1214-1270) fue hijo de Luis VIII y Blanca de Castilla. Fue educado por su madre, que durante su minoría de edad fue regente de Francia, en los valores del Cristianismo. Durante su reinado tuvo frecuentes enfrentamientos con Inglaterra. Se puso al frente de dos cruzadas que resultaron sendos fracasos, en la segunda de las cuales encontró la muerte. Se casó con Margarita de Provenza con quien tuvo once hijos, iendo sucedido a su muerte por su hijo Felipe el Atrevido. En 1297 fue canonizado por Bonifacio VIII. (M. Tedófilo Lavalée, *Historia de los Franceses, desde la época de los galos hasta nuestros días*, Imprenta de Luis Tarso, Barcelona, 1859, pp. 40-94; sobre la vida de san Luis: Louis-Philippe comte de Ségur, *Histoire de Saint Louis (Louis IX) roi de France*, Imprimerie de Cosson, Paris, 1824; Frederick Perry, *Saint Louis (Louis IX of France) the Most Christian King*, G. P. Putnam's sons, Londres, 1902).

¹⁰⁹² Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 283.

¹⁰⁹³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 361.

¹⁰⁹⁴ Epígrafe 2.4.1.

mente para preservar dichos bienes de la rapiña de algunos agentes encargados de la ejecución de la orden de detención, pero la sexta de la preguntas planteadas por el rey al claustro de la universidad parisiense no deja lugar a duda alguna respecto a las verdaderas intenciones del rey:

«En sexto lugar, respecto de los bienes que poseían los templarios y que eran de su propiedad se cuestiona si sería correcto que el príncipe confiscase los bienes de la Orden localizados en su territorio, o, por el contrario, deben ser atribuidos a la Iglesia, o incluso destinarse a Tierra Santa, en consideración a que fueron adquiridos con tal fin»¹⁰⁹⁵.

Resulta sorprendente en este documento, el lenguaje empleado por el rey Felipe para referirse a los bienes de los templarios, pues emplea el tiempo pasado en relación con la posesión y la propiedad de los mismos, signo evidente de su seguridad en que ya no los iban a recuperar. Pero este punto de la carta no surge en el rey de improviso y de *motu proprio*, sino que está motivado por las advertencias y recriminaciones que sobre los bienes le hace el papa Clemente en sus cartas de veintisiete de octubre y uno de diciembre¹⁰⁹⁶. La respuesta de los doctores de la universidad seguramente no fue del agrado del rey ni de su entorno:

«En cuanto a las sexta y séptima cuestión, en las que se nos pide nuestra opinión sobre qué hacer con los bienes de los templarios, decimos que como los bienes de los templarios no fueron donados a los templarios a título particular, en tanto que señores, sino como a defensores de la fe y defensores de Tierra Santa y que la intención final de los donantes de tales bienes, lo hacen en vista de un fin, por cierta necesidad, el efecto debe derivarse precisamente de este fin, y como el dicho fin subsiste aún, aunque en este momento se encuentre fallido, los mencionados bienes deben ser administrados y conservados en espera de cumplir su finalidad. Nos parece que en lo que concierne a su custodia se debe ordenar lo que más convenga a este objeto»¹⁰⁹⁷.

También es curioso que aquél que la crónica del clérigo Amalrico Aguerri de Beziers, autor de la *Sexta Vita Clemente V*, hace figurar como denunciante de los pecados, delitos y crímenes de los templarios, el que por muchos es tildado de ser el origen de la destrucción de la Orden, Esquieu de Floyrac, haga mención, en su carta del veintiuno de enero de 1308, dirigida al rey Jaime II de Aragón, de que el rey francés había sido aconsejado a quedarse con los bienes de la Orden, lo que en aquel momento parece ser que era la tesis sostenida por el entorno de Felipe IV¹⁰⁹⁸. Al respecto, Demurger es de la opinión que la denuncia de Floyrac supuso la oportunidad para el rey francés de cumplir el viejo deseo de apoderarse de las riquezas de la Orden, como se pone de manifiesto en el uso que hizo de las rentas de las propiedades requisadas a los templarios para pagar asignaciones y en el regateo con el gran maestro del Hospital, tras la supresión de la Orden, regateo y

¹⁰⁹⁵ Epígrafe 2.5.6.

¹⁰⁹⁶ Epígrafe 2.5.6.

¹⁰⁹⁷ Epígrafe 2.5.6.

¹⁰⁹⁸ Epígrafe 2.3.6.

presión de los que obtuvo doscientas mil libras¹⁰⁹⁹.

Los historiadores, sin dejar de lado la cuestión económica, dan cada vez más peso a otras razones que podrían justificar la actitud de inquina de Felipe IV hacia los templarios, todas ellas fundamentadas, a decir de los diferentes autores, en una pretendida piedad extrema del monarca, piedad que desde luego no concuerda con la crueldad de su actuación en este y en otros casos, -como el de sus nueras acusadas de adulterio¹¹⁰⁰- pero que queda patente y expuesta en la orden de detención:

«Por ello, Nos que hemos sido establecidos por el Señor en el puesto de observación de la eminencia real para defender la libertad de la fe de la Iglesia y que deseamos, antes que la satisfacción de todos los deseos de nuestro espíritu el acrecentamiento de la fe católica...»

Ante esta frase del rey, Demurger se pregunta ¿es Felipe sincero? Y se contesta poniendo en duda la sinceridad de Felipe el Hermoso y negando todo viso de credibilidad a Nogaret y Plaisians¹¹⁰¹, pues se trata de «fanáticos del Estado»¹¹⁰².

La Historia ha descrito a Felipe IV como un rey piadoso y orgulloso de la grandeza de su linaje, que promovió y consiguió la canonización de su abuelo Luis IX de Francia. Luego teniendo este dato en cuenta, cabe dentro de lo posible que uno de los móviles que le pusiera en contra de los templarios fuera su sentido de la religión y de la fidelidad a sus antepasados. ¿Cómo iba a permitir él que en la tierra de los «cristianísimos reyes de Francia», sus ancestros, en la tierra de su queridísimo abuelo san Luis, creciera una Orden en la que se habían instalado herejías tan perversas y que en el interior de sus casas llevaban a cabo prácticas tan contrarias a la ley de Dios y a la moral cristiana?. Esos seres indeseables que habían osado apoyar al rey de Aragón en la guerra que mantuvo con él, que habían sido amigos del papa Bonifacio, que según las habladurías populares eran culpables del desastre de la batalla de Mansoura en Egipto, en la que su querido abuelo fue hecho prisionero y que después se negaron a pagar el rescate que para liberarlo exigían los pérfidos sarracenos. La solución estaba en borrarlos del mapa. Lo de la incautación de sus bienes era secundario, miel sobre hojuelas y a beneficio de inventario. Si Felipe hubiera empleado simplemente la fuerza, si hubiera utilizado su autoridad real, si se hubiera limitado a pronunciar o a hacer pronunciar la abolición de la Orden, los eclesiásticos y el pueblo habrían considerado a los templarios las víctimas de la potencia real y de los nobles y los poderosos que, al fin y al cabo eran los proveedores de los bienes de la Orden, habrían podido tomar parte por los

¹⁰⁹⁹ Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 284.

¹¹⁰⁰ Margarita de Borgoña, esposa del futuro Luis X de Francia, murió en la cárcel. Juana de Borgoña, mujer de Felipe el Largo, fue perdonada por su marido. Blanca, esposa de Carlos el Hermoso, para salvar la vida, apeló a la nulidad de su matrimonio en base a su parentesco. Los dos hermanos, hombres de palacio, declarados culpables de los adulterios fueron desollados vivos, suplicio atroz y desproporcionado a las faltas de las que fueron acusados. (Auguste Saint-Prospier, *Historia de Francia, desde los tiempos más remotos hasta 1839*, Imprenta de Brusi, Barcelona, 1840, pp. 279-280. Para información más amplia consultar: Henri Damesse, *Marguerite de Bourgogne*, Hachette Livres, París, 2013).

¹¹⁰¹ Posibles redactores de la carta-orden de detención.

¹¹⁰² Alain Demurger, *Auge y caída de los templarios*, p. 286,

caballeros desposeídos y una guerra civil podría haber surgido de tales desavenencias. La política se redujo a emplear contra los templarios las armas más potentes: las de la religión. Fue preciso abrumarlos, seducir al pueblo, calumniarlos ante la opinión pública, presentarlos como herejes¹¹⁰³.

En conclusión, si bien el análisis de los motivos íntimos del rey para ordenar la persecución de los templarios no tiene trascendencia legal alguna, estamos de acuerdo con Barber en que el proceso no debe ser analizado desde un punto de vista convencional, como un simple juicio sobre la inocencia o culpabilidad, sino «como una tragedia medieval en la que la sociedad, después de crear las circunstancias que permitieron la actuación abusiva del gobierno de Felipe IV, permitió el aplastamiento de una orden, otrora orgullosa de sí misma»¹¹⁰⁴.

2.9.2.2.3 Análisis de la orden papal de detención.

Muchos autores, no sólo los pro-templarios, hacen a Felipe IV y a Guillermo de París, cuya colaboración fue imprescindible, únicos responsables de la detención de los templarios, olvidando que si bien en el caso de Francia esto es cierto, no lo es en los países del resto del mundo cristiano donde las detenciones no se hubieran podido llevar a cabo sin una resolución en tal sentido de la Santa Sede.

Al tener conocimiento de la masiva detención de los templarios en Francia, Clemente V, tras una primera reacción de sorpresa, impensada y apasionada, recapacitó y plegándose a la política de hechos consumados, (lo que a la postre supuso la perdición para los templarios y la supresión de la Orden) y dictó una resolución, dirigida a todos los reyes, príncipes y señores de la Cristiandad, en la que, bajo la forma jurídica de bula (*Pastoralis praeeminentiae*) promulgada el veintidós de noviembre de 1307, ordenaba «la inmediata detención con prudencia, discreción y secreto de todos los caballeros de la mencionada orden del Temple de Jerusalén allá donde fueren encontrados»¹¹⁰⁵, dirigiendo días más tarde al rey Felipe IV una nueva misiva (*Regiae magnitudinis*), fechada el uno de diciembre, en la que se mostró comprensivo, condescendiente y conciliador, pues le decía que

«En el asunto de los templarios, Vos habéis tomado la iniciativa para exaltación de la fe y conservación de la libertad de la Iglesia, declarando querer, siguiendo el ejemplo de vuestros predecesores, conservar esta libertad intacta,...»¹¹⁰⁶.

Las dudas en cuanto al verdadero papel que jugó el papa en la detención, juicio y supresión de la Orden, tienen su fundamento en la crónica de Giovanni de Villani, a la que nos hemos referido en el epígrafe 2.3.2 de este capítulo, referente a la elección de Bertrand de Got como el quinto de los papas que adoptaron el

¹¹⁰³ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives à l'ordre*, p. 28

¹¹⁰⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 364.

¹¹⁰⁵ Epígrafe 2.5.3.

¹¹⁰⁶ Epígrafe 2.5.3.

nombre de Clemente, pero se acepte o no la connivencia entre el papa y el rey, lo cierto es que la decisión pontificia ordenando la detención indiscriminada de todos los templarios convalidó en Francia la orden real de detención sanando cualquier vicio o defecto de que pudiera adolecer.

2.9.3 Análisis crítico de las actuaciones tras las detenciones.

2.9.3.1 Análisis de los primeros interrogatorios.

Las instrucciones que se enviaron a los bailíos, senescales y demás agentes encargados de las detenciones de los templarios, especificaban que una vez detenidos fueran confinados en solitario. Tenían que ser llevados uno a uno ante los inquisidores los cuales habían de leerles los artículos de la acusación. Se les debía prometer el perdón si confesaban la verdad y ser readmitidos en la comunión de la Iglesia y se les debía decir que si así no lo hacían serían condenados a muerte. Las confesiones obtenidas de esta manera debían ser enviadas al rey tan rápido como fuera posible. Todas las propiedades habían de ser confiscadas e inventariadas¹¹⁰⁷. Todo esto era estrictamente legal de acuerdo con las prácticas y procedimientos inquisitoriales.

Uno de los principales desvelos del rey Felipe fue asegurarse el apoyo de la opinión pública. El día siguiente de la detención, catorce de octubre, reunió en la catedral de Nôtre Dame a todos los maestros de la universidad y canónigos de la catedral y, ante ellos, Nogaret y otros oficiales hicieron una declaración de las acusaciones, que calificaron de probadas, contra los templarios. Solo dos días después de las detenciones, el domingo quince de octubre, el pueblo de París fue invitado a asistir a una asamblea popular en los jardines del palacio real en la cual los dominicos y otros portavoces reales les explicaron su versión de los sucesos. El lunes dieciséis de octubre, Felipe el Hermoso dirigió cartas a todos los príncipes de la Cristiandad anunciándoles el descubrimiento de la terrible herejía practicada en el seno de la orden de los caballeros templarios e instándoles a seguir su ejemplo en defensa de la fe, es decir, a detener inmediatamente a todos los miembros de la Orden¹¹⁰⁸.

La detención y posterior custodia de los hermanos detenidos fue confiada a caballeros seculares, de toda confianza y cuya fidelidad al rey estaba fuera de toda duda. A pesar de que todo eran conjeturas y de que, salvo los rumores y murmuraciones, no existía la más mínima prueba en contra de la Orden, los detenidos fueron tratados como criminales confesos, encadenados y encerrados en celdas en las que se les privó incluso de lo más necesario. Una de las primeras quejas que pre-

¹¹⁰⁷ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 18, 19, 86.

¹¹⁰⁸ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 261.

sentaron, una vez que tuvieron defensores, se refiere precisamente al mal trato que habían recibido y estaban recibiendo de sus carceleros, los cuales, en el colmo de los despropósitos, llegaron a negarles los sacramentos y la asistencia a los servicios religiosos¹¹⁰⁹. Incluso los que morían eran enterrados fuera de sagrado, generalmente en el mismo lugar que les servía de prisión y sin ser consolados con la asistencia espiritual.

Inmediatamente después de la detención, el gran inquisidor, o sus adjuntos provinciales, giraron visitas a los prisioneros para interrogarles y para hacerles saber el tipo de declaraciones que podían ser del gusto del rey y cuales podían desencadenar su ira y comprometer su libertad y su vida, aunque siempre procurando que todas las actuaciones estuvieran cubiertas, al menos en apariencia, del manto de la ley. Con los datos obtenidos de estos primeros interrogatorios se podría construir más adelante el entramado del proceso judicial contra la Orden. A los inquisidores y comisarios nombrados por éstos se unieron los oficiales reales y los bailíos y otras personas, religiosas y laicas, escogidas para servir a los propósitos de la corona.

En París los interrogatorios inmediatos a la detención tuvieron lugar entre el diecinueve de octubre y el veinticuatro de noviembre, y de ellos se conservan registros de ciento treinta y ocho. Los medios empleados fueron tan eficaces que en todas las deposiciones menos en cuatro los detenidos confesaron algunos de los cargos. Por supuesto, dice Henry C. Lea, no hay evidencia en los registros de cuales fueron tales medios, pero los que declaraban siempre procedían de la cámara de tortura y las víctimas fueron obligadas a declarar ante los inquisidores y notarios que su confesión era libre y sin restricciones, sin miedo o fuerza, aunque sabían que si se retractaban serían de nuevo sometidos a tormento o, peor, quemados como relapsos¹¹¹⁰.

El análisis de las ciento treinta y ocho declaraciones muestra que se trataron de confesiones poco concretas. En ciento cinco casos admitieron haber renegado de Cristo, pero muchos aclararon que lo habían hecho de palabra y no de corazón. De los ciento veintitrés tres casos que aceptaron haber escupido sobre la cruz, la mayoría recalcó que lo hicieron al suelo o que había simulado. Ciento tres reconocieron haber recibido besos indecentes¹¹¹¹. En ciento dos casos se admitió la incitación a la homosexualidad, pero sólo tres reconocieron las relaciones homosexuales. En lo referente a la adoración de ídolos, la vista de París aportó muy poco pues sólo nueve de los interrogados sabían algo del asunto. Con ligeras modificaciones el modelo se repitió en provincias¹¹¹².

De las provincias se han conservado noventa y cuatro declaraciones correspondientes a los interrogatorios que tuvieron lugar hasta enero de 1308 y su tónica

¹¹⁰⁹ Intervención de los defensores Pruino y Bolonia ante la comisión Papal (Epígrafe 2.4.7).

¹¹¹⁰ Henry Charles Lea, *The History of the Inquisition of the Middle Ages*, T. III, p. 262.

¹¹¹¹ En los cuales no se incluye el beso en la boca que constituía parte integrante de las ceremonias de recepción de las órdenes religiosas.

¹¹¹² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 84-87.

general es la misma que en París¹¹¹³. Así cuenta un autor anónimo en una carta, escrita en París a comienzos de 1308, en la que fija en treinta y seis los templarios muertos por las torturas, la detención, encarcelamiento y posterior interrogatorio de los caballeros del Temple en la capital del reino:

«Fueron detenidos sin previo aviso, de manera repentina, contra derecho y sin que hubiera sentencia dictada contra ellos. Fueron vergonzosa e ignominiosamente encarcelados con una saña feroz, zaheridos con insultos y con las más graves amenazas, y se les infligieron varios tipos de tortura, obligándoles a morir o a declarar mentiras absurdas de las que no tenían ningún conocimiento, siendo entregados inicuaamente a sus enemigos, que por medio de esos tormentos los obligan a reconocer un catálogo de faltas viles, repugnantes y falaces, que no pueden ser concebidas por oído humano y que no cabrían en el corazón de una persona. Pero cuando los hermanos se niegan a declarar esas mentiras, aunque no sepan absolutamente nada de ellas, los tormentos de los esbirros que los presionan a diario los obligan a admitir las mentiras, diciéndoles que deben recitarlas ante los jacobinos [los inquisidores dominicos] y declarar que son ciertas si quieren conservar la vida y obtener la generosa gracia del rey»¹¹¹⁴.

Por su indudable interés, en nota al pie se ofrece el resto del texto de esta carta anónima, cuya autenticidad es plenamente aceptada por los investigadores¹¹¹⁵.

La doctora Nicholson resalta el hecho de que, según el tenor de la carta, los torturadores estaban engañando al rey diciéndoles que los detenidos estaban confesando espontáneamente con lo que se afianzaba en el rey la idea de culpabilidad

¹¹¹³ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 76 -77.

¹¹¹⁴ Christopher Robert Cheney, «The downfall of the Templars and a letter in their defence», en *Medieval Texts and Studies*, Ed. C. R. Cheney, Oxford, 1973, p. 322.

¹¹¹⁵ «Es más, si no dicen esas cosas, no sólo antes, sino después de ser torturados, permanecen siempre en mazmorras oscuras, sin más que el pan de la aflicción y el agua de la pena, en invierno con un frío lacerante, yaciendo entre suspiros y pesar, en el suelo, sin paja ni mantas. En medio de la noche, para que su terror sea mayor, unas veces uno y otras otro, son llevados de celda en celda. A los que mueren torturados por los investigadores, los entierran en secreto en la cuadra o en el huerto, por temor a que aquellos actos horribles y brutales lleguen a oídos del rey, pues han dicho y dicen a su majestad que los dichos hermanos no confesaban sus crímenes bajo tortura, sino espontáneamente. Todo aquél que se viene abajo víctima de las torturas y declara las mentiras que los esbirros y los jacobinos quieren que digan, pese a que debería ser castigado por mentir aunque no quisiera hacerlo, es hecho subir a las cámaras en las que es copiosamente provisto de todo lo necesario, para que persevere en sus mentiras. Les advierten constantemente con amenazas, o con palabras duras o halagadoras. Es más, cierto monje -o mejor dicho un endemoniado- recorre incesantemente las cámaras en todo momento, día y noche, tentando a los hermanos y lanzando advertencias de lo que va a ocurrirles. Y si descubre que alguno se ha arrepentido de las dichas mentiras, lo manda de inmediato otra vez abajo, a soportar más aflicciones y penalidades. ¿Qué más se puede decir? En una palabra, declaro que la lengua humana no puede expresar los castigos, las aflicciones, las miserias, los insultos, y todo tipo de crueles torturas que han sufrido estos inocentes en el espacio de tres meses desde el día de su detención, pues día y noche no han cesado de oírse sollozos y gemidos en las celdas, ni los gritos y el rechinar de dientes durante sus torturas. ¿Qué tiene de extraño que digan lo que quieren sus torturadores, si la verdad mata y las mentiras los liberan de la muerte?» (Christopher Robert Cheney, «The downfall of the Templars and a letter in their defence», p. 322).

de la Orden¹¹¹⁶.

Aunque los registros de las confesiones recogen sin excepción la fórmula de que el detenido había declarado libremente la verdad pura por la salvación de su alma, sin presión ni tortura o amenaza de la misma, resulta evidente, por las pruebas y las declaraciones posteriores de muchos hermanos, que los templarios fueron sometidos a tormento. El rigor de la aplicación del proceso inquisitorial se pone de manifiesto en las numerosas muertes y suicidios ocasionales impulsados por la desesperación, de todo lo cual dan testimonio los registros.

Con los detenidos se utilizaron todas las artimañas posibles con el fin de obtener las confesiones deseadas, desde promesas de grandes recompensas económicas o de una pronta libertad, a las amenazas de la prisión perpetua o, incluso, de la muerte en la hoguera, pasando por los más refinados métodos de suplicio, como se pone de manifiesto en las confesiones de varios caballeros ante la comisión papal establecida en París. Ponsard de Gisac, preceptor de Payens, dijo que las confesiones que había hecho ante la comisión inquisitorial provincial le habían sido sacadas mediante violencia, amenazas, tormentos y por miedo a morir como les había ocurrido a treinta y seis hermanos detenidos en París que habían fallecido en las cámaras de tortura¹¹¹⁷. Jacques de Nancy, de Troyes, confesó que veinticinco hermanos habían muerto a causa de los tormentos. Ayme de Borbón, camarero de gran maestro, fue sometido tres veces al potro y durante nueve semanas mantenido a pan y agua. Richard de Vado declaró que le habían tenido tanto tiempo en el fuego que la carne se la había quemado y tenía los huesos al aire. Baudouin de Saint-Just, Jean de Romprey, Jean de Corneilles y Tomás de Pampelune manifestaron haber sido torturados por los dominicos de París. Los defensores de la Orden manifestaron, en varios de los escritos presentados ante la comisión papal, que muchos, para evitar ser torturados, reconocieron todo lo que sus guardianes les exigieron de tal manera que la mentira se convirtió en la única defensa posible frente al tormento y frente al terror a la muerte. En este sentido, Grouvelle afirma que está fuera de toda duda el uso de tales medios por los dominicos en toda Francia, siguiendo las instrucciones del gran inquisidor y que incluso fueron más lejos, pues presentaron a los detenidos cartas del rey prometiéndoles la vida, la libertad, pensiones elevadas, si se avenían a confesar lo que querían, añadiendo que su negativa sería inútil pues la Orden estaba ya aniquilada¹¹¹⁸.

Resulta cuando menos sorprendente que la mayor parte de los declarantes ante la comisión papal negaran la violencia y sólo algunos de ellos justificaran sus confesiones por las torturas a las que habían sido sometidos.

Malcolm Barber dice que los detenidos por la Inquisición tenían pocas posibilidades de probar su inocencia, pues el objetivo del procedimiento no era establecer la verdad sino la culpabilidad, fuera por confesión o fuera por pruebas tes-

¹¹¹⁶ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 310.

¹¹¹⁷ El mismo dice que en una ocasión lo habían mantenido durante una hora entera metido en una fosa con las manos atadas tan fuerte a la espalda que le salía la sangre por las uñas.

¹¹¹⁸ Philippe Antoine Grouvelle, *Memoires historiques Sur les Templiers*, p. 37.

timoniales, ya que sin admisión de la culpabilidad no era posible la reconciliación con la Iglesia. Si la confesión no se obtenía de forma espontánea se autorizaba el empleo de medios coercitivos, cuya gravedad aumentaba paulatinamente, hasta llegar al castigo físico si el procesado se mostraba obstinado, tortura que, aunque la bula de Inocencio IV que la autorizaba lo prohibía expresamente, muchas veces acababan con la muerte del declarante¹¹¹⁹.

Raynouard expresa en su obra que los agentes del rey, al resistirse los caballeros templarios a todas las formas de seducción, los sometieron a los más viles tormentos hasta conseguir las confesiones deseadas¹¹²⁰. Explica este autor a quienes se sorprenden de que caballeros tan bravos y acostumbrados a la lucha en los más crueles combates, no hubieran resistido el dolor de las torturas, que para apreciar con justicia la diferencia entre la fuerza moral que hace al hombre capaz de enfrentarse a la muerte en combate y la fuerza física necesaria para soportar largas sesiones de tormento, es preciso conocer los diferentes medios para causar dolor utilizados por la Inquisición y procede a realizar una descripción detallada de los que fueron utilizados con mayor profusión con los templarios¹¹²¹.

Aunque, evidentemente, no hay documentación fehaciente sobre la utilización de la tortura, las declaraciones de los propios templarios ante la comisión papal, los indicios que traslucen las actas notariales y las crónicas de la época, evidencian un uso generalizado de ésta, como, por otra parte, era habitual en aquel momento histórico.

Según Barber, el objetivo del proceso inquisitorial era conducir a los acusados por el camino de la penitencia y la reconciliación, propósito que, para la Iglesia, justificaba la tortura¹¹²². Hoy, como se expone en un epígrafe más adelante, es esta misma Iglesia la que repudia la tortura y dice que los tormentos no fueron ni necesarios para el orden público ni conformes a los derechos legítimos de la persona y la dignidad humana¹¹²³.

Al analizar los resultados de los interrogatorios de los templarios en los diferentes países se pone en evidencia la relación directa entre las confesiones y la tortura: Allí donde las confesiones fueron arrancadas mediante tormento el reconocimiento de culpabilidad en uno o en varios de los cargos era generalizado; en donde no se empleó la tortura, los templarios fueron absueltos, pues nada confesaron. El contraste es especialmente evidente, afirma Barber, cuando comparamos los resultados de los juicios en Francia y en Inglaterra, dos países que mantenían estrechos contactos en muchos otros campos durante la Edad Media¹¹²⁴.

Es de resaltar que la bula *Ad extirpanda*, publicada en 1252, por el papa Inocencio IV, en la que reglamentaba el uso de la tortura para sacar la información

¹¹¹⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 26-27.

¹¹²⁰ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 32.

¹¹²¹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 32.

¹¹²² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 164.

¹¹²³ Epígrafe 2.9.3.3.4.

¹¹²⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 357.

a los reos -tal como hacían los tribunales civiles en base al Derecho Romano y de acuerdo con las costumbres de la época- al objeto evitar abusos en su aplicación, ordenaba que cuando fuera necesaria la aplicación de la tortura, debían asistir los inquisidores para controlar a los agentes civiles que la ejecutaban. El tormento era solamente un medio para conseguir información, no un castigo, de modo que, si el asunto estaba claro para los inquisidores, no había razón para llevarla a cabo. La norma obligaba a que todas las informaciones, conseguidas bajo el tormento, debían ser validadas por otros medios, pero los tribunales inquisitoriales no siempre tuvieron en cuenta esta norma.

Para terminar este epígrafe sólo nos queda poner de relieve dos aspectos del interrogatorio al que fueron sometidos los miembros de la orden del Temple: uno es la aplicación a los mismos de la máxima, que Trevor-Roper recoge en su obra y que atribuye a Thomasius, y que es compartida por otros muchos, tales como Weyer, Scot y Spee, y también por nosotros, que dice que «las confesiones obtenidas mediante tortura son falsas»¹¹²⁵; y otro es la flagrante vulneración, en la aplicación de la tortura, de la propia legislación positiva de la Iglesia que excluía de manera expresa «la muerte, el derramamiento de sangre y la mutilación permanente»¹¹²⁶ y consta, por las declaraciones de varios detenidos, la muerte de al menos treinta y seis hermanos en París y veinticinco en Troyes.

2.9.3.2 Análisis de la utilización de la tortura.

Que la tortura fue utilizada en los interrogatorios a los templarios, es un hecho innegable, no solamente porque, como hemos mencionado, fuera el medio usual de los tribunales de la Inquisición para la obtención de las confesiones, sino porque expresamente lo dice el gran inquisidor en la carta que envía a los inquisidores provinciales:

*«Après ce il metron les persones souz boenne et sûre garde singulerement et cescun par soi et enqueront de eus premierement et puis apeleront les commissaires de l'Inquisiteur et examineront diligemment la verité par gehine se mestier est [...]»*¹¹²⁷.

¹¹²⁵ Trevor-Roper, *La crisis del siglo XVII. Religión, reforma y cambio social*, Katz editores, Madrid, 2009, p. 182.

¹¹²⁶ Bulla *Ad Extirpanada*, Lex 25: «Teneatur praeterea Potestas, seu Rector omnes haereticos, quos captos habuerit, cogere citra membri diminutionem, et mortis periculum, tamquam vere latrones, et homicidas animarum, et fures sacramentorum Dei, et Fidei Christianae, errores suos expresse fateri, et accusare alios haereticos, quos sciunt, et bona eorum, et credentes, et receptatores, et defensores eorum, sicut coguntur fures, et latrones rerum temporalium, accusare suos complices, et fateri maleficia, quae fecerunt». (Norma 25. El jefe [de Estado] o gobernante debe obligar a todos los herejes a los que tiene en custodia, siempre que lo haga sin tener que matarlos o romperle los brazos o las piernas, como ladrones y asesinos reales de las almas y los ladrones de los sacramentos de Dios y la fe cristiana, a confesar sus errores y a acusar a otros herejes a los que conocen, y especificar sus motivos, y a todos aquéllos a los que han seducido, y a aquéllos que los han presentado y defendido que, como ladrones y salteadores de los bienes materiales, están hechos para acusar a sus cómplices y confesar los crímenes que han cometido).

¹¹²⁷ Epígrafe 2.4.1. La traducción al español sería: Después de lo cual, pondrán a las personas aisladamente bajo buena y segura custodia, y harán primeramente una encuesta de los mismos, y

Clemente V, que algunos pretenden dejar al margen en la responsabilidad por los medios utilizados contra los templarios, participó de manera activa en los mismos, ordenando expresamente su empleo a los tribunales de Castilla, León, Aragón, Inglaterra¹¹²⁸, Chipre y Portugal¹¹²⁹.

«... la justicia exige que, a fin de obtener de los templarios más ciertamente y más evidentemente la verdad, les sea aplicado el tormento y sean sometidos a torturas medio que imprudentemente se olvidado; Queremos y por estas nuestras letras os ordenamos expresamente emplear contra seis, cinco, cuatro, tres, dos o uno, de estos caballeros el tipo de tortura y tormento que sea conveniente para obtener lo más rápido posible la plena verdad...»¹¹³⁰.

Afortunadamente los reyes, príncipes y prelados a los que iba dirigida tan poco cristiana y preclara misiva no la obedecieron, con lo que no sólo evitaron el sufrimiento a unos buenos y desdichados católicos, cuyas confesiones hubieran sido similares a las de sus hermanos de Francia, sino que hoy careceríamos de la principal prueba para desmontar el entramado urdido contra los templarios.

El Diccionario de la Lengua Española, en su segunda acepción, define la tortura como:

«Grave dolor físico o psicológico infligido a una persona, con métodos y utensilios diversos, con el fin de obtener de ella una confesión, o como medio de castigo»¹¹³¹.

La Asamblea General de la ONU, hizo en 1975 una Declaración en la que definía la tortura como:

«Todo acto por el cual un funcionario público, u otra persona a instigación suya, inflija intencionadamente a una persona penas o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero, información o una confesión, de castigarla por un acto que haya cometido, o se sospeche que ha cometido, de intimidar a la persona o a otros»¹¹³².

Para solventar la restricción que supone la referencia a los funcionarios, por la Asamblea Médica Mundial, en la Declaración de Tokio de 1975, se adoptó una definición más amplia:

después llamarán a los comisarios del inquisidor y los examinarán de la verdad con cuidado mediante tortura si fuera necesario...

¹¹²⁸ En el caso de Inglaterra le cabe al papa Clemente V el triste honor de haber sido el introductor de la tortura en las Islas Británicas, pues en vista de que este medio era allí desconocido le envió especialistas del continente.

¹¹²⁹ En el resto de países no era necesario esta orden específica pues ya la estaban empleando.

¹¹³⁰ «... de iure videtur quod fratres ipsius clarior et certior eliceretur ab eis veritas de praedictis per eos, subiri debuerint quaestionibus et tormentis, quod minus prudenter quam et negligenter facere obmiserunt vultus et eis per alias nostras litteras mandamus ut sex, quinque, quatuor, tres, duo aut unum eorum fratres ipsos, ad habendum ab eis veritatis plenitudinem promptiorem, tormentis et quaestionibus quibus et prout expedire noverint,...» (Clemente V, *Registrum letter Clementis papa V*, Typographia Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1887, p. 408).

¹¹³¹ *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, <http://www.rae.es/rae.html>.

¹¹³² Asamblea general de la ONU, *Declaración* 9.12.1975, artículo 1.1, aprobada en su resolución 3452 (XXX), de 9 de diciembre de 1975 (<http://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/DeclarationTorture.aspx>)

«Para los fines de esta Declaración, la tortura se define como el sufrimiento físico o mental infligido en forma deliberada, sistemática o caprichosamente, por una o más personas, que actúan solas o bajo las órdenes de cualquier autoridad, para forzar a otra persona a entregar informaciones, hacerla confesar o por cualquier otra razón»¹¹³³.

Para Ulpiano¹¹³⁴, jurista del siglo III, «Por “*quæstio*” [tortura] hay que entender el tormento y el sufrimiento del cuerpo con el fin de obtener la verdad»¹¹³⁵.

En el siglo XIII, Azo¹¹³⁶, jurisconsulto boloñés, dio la siguiente definición: «la tortura es la búsqueda de la verdad mediante el tormento»¹¹³⁷.

Por su parte, el artículo 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos aunque no define la tortura, afirma de forma contundente: «Nadie puede ser sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes»¹¹³⁸.

Conocida es la irónica frase de Voltaire: «Dícese con frecuencia que la tortura era el medio de salvar al culpable robusto y de perder al inocente débil»¹¹³⁹.

La tortura era frecuentemente utilizada en las culturas antiguas como castigo o como medio de investigación para obtener información. Tanto en Grecia como en la Roma republicana se prohibía la tortura a los ciudadanos libres, pero no así a los esclavos, a los que no se les aceptaba el juramento para convalidar sus declaraciones. Años más tarde las leyes evolucionaron (¿sería más apropiado decir «involucionaron»?) y en la época imperial el empleo de la tortura era plenamente aceptado como medio para obtener confesiones, siendo recogidas en el título «*De quæstionibus*», del Digesto (D.48.18.1)¹¹⁴⁰ y en el homónimo del *Codex* de Justiniano (IX.41)¹¹⁴¹.

En la Baja Edad Media, con las invasiones de los bárbaros, se generalizó el uso de las ordalías o «juicios de Dios» como medio de averiguación de la comi-

¹¹³³ Asociación Médica Mundial, *Declaración de Tokyo* oct. 1975, Normas Directivas para Médicos con respecto a la Tortura y otros Tratos o Castigos crueles, inhumanos o degradantes, impuestos sobre personas detenidas o encarceladas (<http://www.wma.net/es/30publications/10policies/c18/>).

¹¹³⁴ Domicio Ulpiano (Tiro 170-Roma 228) jurisconsulto romano considerado uno de los más grandes de la Historia del Derecho. (Benjamín Ortiz Romá, *Historia e Instituciones de derecho romano*, Gráficas Summa, Llanera, 1950, p. 107).

¹¹³⁵ Amnistía Internacional, *Educación en derechos humanos, propuestas didácticas*, Sección Española de Amnistía Internacional, Madrid, 1995, p. 138.

¹¹³⁶ Porcio Azo (ca. 1150-1230) fue un jurisconsulto boloñés, profesor en Bolonia y Francia. Sus principales obras fueron: *Summa codicis* y la *Summa institutionum*. (Johannes Kabatek, *Die Bolognesische Renaissance und der Ausbau romanischer Sprachen*, Max Niemeyer Verlag, Tübingen, 2005, p. 76).

¹¹³⁷ Amnistía Internacional, *Educación en derechos humanos*, p. 138.

¹¹³⁸ Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas el veintiséis de junio de 1945 (<http://www.un.org/esdocuments/udhr/>).

¹¹³⁹ Iustiniani, *Iuris enucleati ex omni vetere iure collecti Digestorum seu Pandectarium: Liber XLVIII* (<http://droitromain.upmf-grenoble.fr/Corpus/d-48.htm>).

¹¹⁴⁰ Justiniani Augusti, Theodor Mommsen Krueger, *Digesta*, Berolini, apud Weidmannos, 1868-1870.

¹¹⁴¹ Paulus Krtueger, *Codex Iustinianus*, Berolini, apud Weidmannos, 1877.

sión de los delitos, decreciendo la utilización de la tortura, si bien su uso, que en el caso de los esclavos era plenamente admitido, en el caso de los ciudadanos libres estaba muy restringido.

En los pueblos germánicos, dada su concepción del delito como ofensa personal, la tortura como medio de averiguación del delito, en el caso de los hombres libres, no era concebible ya que el proceso era considerado como un asunto que afectaba a las relaciones privadas de las personas. Solamente en el caso de los esclavos estaba regulada pero como asunto que afectaba a la esfera patrimonial del dueño del esclavo y así se recoge en el Edicto de Teodorico y más ampliamente en el *Liber Judiciorum*, en el que el tema de la tortura judicial es ampliamente tratado en trece leyes: cuatro «*Antiquæ*»¹¹⁴²; siete leyes de Chindasvinto (que reguló completamente la tortura judicial de los hombres libres siempre y cuando el acusador fuera de igual o superior rango que el acusado y para una lista limitada de delitos)¹¹⁴³, una de Recesvinto¹¹⁴⁴ y una *Novella*¹¹⁴⁵

El reforzamiento en la autoridad de los estados y el empuje en el estudio del Derecho Romano, condujeron de nuevo al uso de la tortura a partir del siglo XII, que fue ampliamente aceptada en la mayoría de los reinos europeos. En la ley 1ª del Título 30 de la Partida VII, de las Siete Partidas, dice Alfonso X:

«el tormento es manera de pena que hallaron los que fueron amadores de la justicia para escudriñar y saber la verdad de los malos hechos que se hacen encubiertamente, que no pueden ser sabidos ni probados de otra manera, y tienen muy gran provecho para cumplirse la justicia», añadiendo en la ley 4ª que «no se le podrá dar tormento al menor de catorce años, al caballero, a los maestros de ciencias, al consejero del rey o del común de alguna ciudad o villa del reino, ni a los hijos de éstos siendo de buena fama; tampoco a mujer embarazada mientras lo esté»¹¹⁴⁶.

La promulgación de la bula *Ad abolendam* por el papa Luciano III en 1184 y, sobre todo, la bula *Ad extirpanda* de Inocencio IV en 1252, supuso la institucionalización y generalización de la tortura en los procesos inquisitoriales¹¹⁴⁷.

2.9.3.3 Análisis del pensamiento cristiano sobre la tortura.

2.9.3.3.1 En la antigüedad

Lucio Cecilio Lactancio (245?-325?), decía que la tortura es condenable

¹¹⁴² 6,1,4; 7,1,1; 7,1,5; y 7,6,1.

¹¹⁴³ 2,3,4; 2,4,4; 3,4,13; 6,1,2; 6,2,5; y 6,5,12.

¹¹⁴⁴ 7,2,23.

¹¹⁴⁵ 6,1,3.

¹¹⁴⁶ Partidas, VII, 30, 1 y 2 (Alfonso X el Sabio, *Las siete partidas del sabio rey D. Alfonso*, Editorial Maxtor, Valladolid, 2010, pp. 660-661).

¹¹⁴⁷ Sobre la tortura judicial en el derecho romano y en el medieval consultar Gonzalo Martínez Díez, *La tortura judicial en la legislación histórica española*, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Madrid, 1962.

porque, en la mayoría de los casos, suponía derramamiento de sangre y la coloca al mismo nivel de rechazo que la pena de muerte y el servicio militar¹¹⁴⁸.

San Agustín (Aurelius Augustinus Hipponensis, 354-430), aunque después rectificó su postura frente a la tortura, en *De Civitate Dei*, apelando a la dignidad y presunción de inocencia del sospechoso, nos ofrece una protesta moral contra la tortura:

«Pues que los que juzgan son los que no pueden ver las conciencias de aquellos a quienes juzgan. Por donde muchas veces son forzados, a costa de los tormentos de los testigos inocentes, buscar la verdad de la causa que toca a otro. Pues que cuando sufre y padece uno en su causa y cuando por saber si es culpado le atormentan y siendo inocente paga la pena de contado y cierra por la culpa incierta, no porque está claro y se sabe que la haya cometido, sino porque no se sabe que no la haya cometido. De esto se sigue por la mayor parte que la ignorancia del juez viene a ser la calamidad y desastre del inocente, [...], que por eso el juez atormenta al denunciado, por no matar con ignorancia al inocente, viene a suceder que por la miseria de la ignorancia, que le mata atormentado y inocente, a quien primero dio tormento, por no matarle inocente.»¹¹⁴⁹.

2.9.3.3.2 En la Edad Media

En la Baja Edad Media, cuando no se conseguía una prueba de convicción por otros medios, se recurría al empleo de la tortura. Por más que el papa Nicolás I en 866 la había reprobado, aún en las causas no religiosas, es un hecho incuestionable su práctica en los tribunales del Medioevo. También se habían introducido las ordalias, de origen germánico, repudiadas constantemente por los papas a causa de su carácter supersticioso y bárbaro. Con el renacer del Derecho Romano, los le-gistas restablecieron la antigua tortura y fue Inocencio IV quien, movido por la ventaja de acelerar el proceso, dio el desgraciado paso de aceptar la aplicación del tormento en los tribunales eclesiásticos, que ya se aplicaba en los civiles, a la que dio su autorización en la bula *Ad extirpanda* (quince de mayo de 1252), con la condición de que se evitase el peligro de muerte y no se cercenase ningún miembro¹¹⁵⁰.

En el caso de los templarios, la iniciativa en el uso de la tortura, como hemos dicho, ha de ser achacada exclusivamente a los inquisidores y aún al mismo papa, pero su aplicación fue asunto exclusivo de los agentes reales, lo que ha llevado a Raynouard a mostrar su extrañeza de que el mismo rey que en 1301 se opuso al uso del tormento como medio de obtención de las confesiones las autorizara en 1307¹¹⁵¹ persiguiendo, mediante un acto de autoridad real mucho más audaz que

¹¹⁴⁸ José Román Flecha Andrés, *Bioética. Las fuentes de la vida*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2007, p. 310 citando a Lactancio, *De divinis institutionibus*, VI, 10, 12 y 16.

¹¹⁴⁹ San Agustín, *La ciudad de Dios*, XIX, Imprenta de Juan de la Cuesta, Madrid, 1614, p. 612.

¹¹⁵⁰ Francisco Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, Editorial Ariel, Barcelona, 2000, pp. 206-208.

¹¹⁵¹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives à l'ordre*, p. 38

los que se habían puesto de manifiesto contra el papa Bonifacio VIII, a una orden religiosa que, por las leyes de la Iglesia y por sus privilegios particulares, estaba sometida sólo a la autoridad del soberano pontífice al tratarse de una acusación de impiedad y herejía¹¹⁵².

2.9.3.3.3 Siglo XVII: Advenimiento de la Tolerancia.

A final del siglo XVII se produjo un alzamiento masivo de los filósofos y pensadores en pro de la supresión de la tortura, procedimiento hasta entonces habitual para la obtención de declaraciones inculpatórias de los individuos que se negaban a confesar, cuyo exponente más preclaro fue Christian Thomasius¹¹⁵³ que inició una auténtica cruzada para su supresión a través de su obra, principalmente «*De tortura ex foris christianorum proscribenda*» («Sobre la abolición de la tortura de los tribunales cristianos»), publicada en 1705, en la que defiende la exclusión total de la misma por ser una pena desproporcionada y contraria al concepto cristiano de la justicia. En su obra, Thomasius aconseja al príncipe considerar su abolición desde una perspectiva estrictamente política, toda vez que, tanto desde el punto de vista teológico como del Derecho Natural, su práctica es insostenible. El pensamiento de Thomasius sobre la tortura puede sintetizarse en una frase de la obra mencionada:

«mediante la tortura se impone al desdichado acusado, todavía no convicto, una pena que excede en crueldad a aquella con la que sería castigado de ser completa su culpa [...] horrible perversión en el ejercicio del poder punitivo»¹¹⁵⁴.

Thomasius distinguió claramente en su obra las ideas del pecado y del delito reduciendo éste al campo del Derecho y a una dimensión estrictamente humana. Hizo de la lucha por la humanización del Derecho Penal y del Derecho Procesal uno de los pilares esenciales en la enunciación de los derechos fundamentales, idea que tras su muerte, fue retomada y completada por autores como Montesquieu, Beccaria y Voltaire, entre otros, que la incluyeron en la formulación de los derechos fundamentales que están en la base de la positivización de los derechos del hombre¹¹⁵⁵.

¹¹⁵² François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives à l'ordre*, p. 40

¹¹⁵³ Christian Thomasio o Thomasius (1655-1728), nacido en Leipzig, hijo del filósofo Jacobo Thomasius (1622-1684), fue un filósofo y jurisconsulto de la Ilustración alemana. Está considerado como un creador de la filosofía jurídica alemana y un defensor de iusnaturalismo, disciplina que impartió en Leipzig hasta 1684 en que tuvo que huir refugiándose en Berlín, donde Federico de Prusia apoyó su proyecto de crear una universidad en Halle, una de cuyas cátedras ocupó desde 1694 y de la que terminó siendo rector. Como filósofo del derecho experimentó, aparte de la influencia de su padre, la de Grocio, Pufendorf y John Locke. Escribió en latín y en alemán. (María Jesús Vázquez Lobeira, *Lógica: un manual de lecciones*, Akal Ediciones, Madrid, 2000, p. 39).

¹¹⁵⁴ Christian Thomasius, «De tortura ex foris Christianorum proscribenda», p. 3, en Ernest Bloc, *Christian Thomasio, un intelectual alemán sin miseria*, en «Derecho Natural y Dignidad Humana», Ed. Aguilar, Madrid, 1980, p. 309.

¹¹⁵⁵ Como ejemplos del proceso de positivación de los derechos fundamentales en relación con la tortura, podemos citar el artículo 8 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano

2.9.3.3.4 Doctrina reciente de la Iglesia

Manifiesta Román Flecha, que en el tema de la tortura, como en otros relativos a la defensa de la vida y la dignidad humanas, la postura oficial de la Iglesia católica ha evolucionado con lentitud y, con frecuencia, se ha manifestado demasiado deudora del pensamiento admitido en cada momento histórico. «En muchos casos parece haberse olvidado la misión de alzar la voz de la profecía» termina diciendo este autor¹¹⁵⁶, que también recoge en su obra el comentario de otro conocido moralista contemporáneo:

«Injustificable resulta su silencio [de la Iglesia] ante la tortura, ampliamente utilizada en la Edad Media, y que a veces se aplicaba incluso a los mismos condenados a muerte. Es cierto que Nicolás I, el año 866, había condenado la tortura diciendo al rey de los búlgaros: “Dios ama el obsequio espontáneo, ya que si hubiera querido emplear la fuerza, ninguno hubiera podido resistirse a su omnipotencia” (D. 647); pero a lo largo de más de un milenio, hasta Pío XII, no se vuelve a registrar ninguna condenación explícita de las extorsiones y torturas. Esta praxis no estaba desde luego en línea con el sermón de la montaña, sino más bien en línea con la jurisprudencia de su tiempo»¹¹⁵⁷.

En los tiempos modernos, sobre todo después de la II Guerra Mundial, y probablemente acuciada por los luctuosos sucesos protagonizados por el nazismo en Europa, en el seno de la Iglesia Católica se ha ido gestando una conciencia más humana y más evangélica, acorde con la doctrina que predicó Jesús, así Pío XII, dirigiéndose a los cardenales, dijo el dos de junio de 1945:

«Nosotros mismos durante la guerra no hemos cesado de oponer a las ruinosas e inexorables aplicaciones de la doctrina nacionalsocialista, que llegaban hasta a valerse de los más refinados métodos científicos para torturar y suprimir personas frecuentemente inocentes, las exigencias y las normas indefectibles de la humanidad y de la fe cristiana»¹¹⁵⁸.

El mismo papa, el tres de octubre de 1953 en su discurso al VI Congreso de Derecho Penal Internacional, decía:

«La instrucción judicial debe excluir la tortura física y psíquica y el narcoanálisis, ante todo porque perjudican un derecho natural, aun cuando el acusado sea realmente culpable y, además, porque muy a menudo dan resultados erróneos. No es raro que logren exactamente las confesiones deseadas por el tribunal y la pérdida del acusado, no porque éste sea de hecho culpable,

que establecía la prohibición de imponer penas que no fueren estrictamente necesarias y la enmienda octava de 1791 a la Constitución de Estados Unidos que prohíbe la imposición de castigos crueles y aberrantes.

¹¹⁵⁶ José Román Flecha Andrés, *Bioética*, p. 316.

¹¹⁵⁷ Leandro Rossi, «Pena de muerte», en *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*, Ed. Paulinas, Madrid, 1978, p. 794, citado por José Román Flecha Andrés, *Bioética*, p. 315.

¹¹⁵⁸ Pío XII, «Alocución del 2.7.1945», en Pascual Galindo, *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, T. I, Acción Católica Española, Madrid (1962), p. 216.

sino porque su energía física y psíquica se ha agotado»¹¹⁵⁹.

Finalmente, el quince de octubre de 1954, se expresaba así ante la Asamblea de la Comisión Internacional de la Policía Criminal:

«¿La justicia de hoy no ha vuelto en muchos lugares y bajo apariencias apenas disimuladas a una verdadera tortura, a veces mucho más violenta que las pruebas de otras épocas? ¿Nuestro tiempo no corre el riesgo de ver levantarse un día contra él el reproche de haber, sin freno ni escrúpulo, perseguido en el interrogatorio fines utilitarios?»¹¹⁶⁰.

A partir de Pío XII los dirigentes católicos no han desaprovechado cuantas ocasiones se les han presentado para hacer manifestaciones claras y rotundas de rechazo a la tortura, empezando por el concilio Vaticano II, que en un contexto más amplio sobre la dignidad de la vida humana, incluyó una condena contra la tortura:

«Cuanto atenta contra la vida –homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado– cuanto viola la integridad de la persona humana, como por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, [...] todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonoran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador»¹¹⁶¹.

El catorce de enero de 1978, el papa Pablo VI, en su discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, hizo una encendida defensa del valor de la vida de todo ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios:

«La Iglesia y los creyentes no pueden por tanto permanecer insensibles e inertes frente a la multiplicación de las denuncias de torturas y maltratos practicados en diversos países sobre personas arrestadas, interrogadas o sometidas estando bajo vigilancia o detención. Mientras las constituciones y las legislaciones aceptan el principio del Derecho a la defensa en cualquier estadio de la justicia, mientras se sugieren propuestas para humanizar los lugares de detención, se constata sin embargo que las técnicas de tortura se perfeccionan para debilitar la resistencia de los prisioneros y que no se duda en producirles lesiones irreversibles y humillantes para el cuerpo y para el espíritu»¹¹⁶².

También el papa Juan Pablo II en 1982 manifestó:

«Juntamente con vosotros hago un llamamiento acuciante para que se observen sincera y escrupulosamente las leyes humanitarias contenidas en es-

¹¹⁵⁹ Pío XII, *Discurso a los participantes en el VI Congreso Internacional Penal*, (http://w2.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1953/documents/hf_p-xii_spe_19531003_diritto-penale.html).

¹¹⁶⁰ Pío XII, *Pío XII y las ciencias médicas*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1961, p. 208.

¹¹⁶¹ Iglesia Católica, *Concilio Vaticano II. Documentos completos. Gaudium et Spes (Sobre la Iglesia en el mundo actual)*, 27. *El respeto a la persona humana*. (http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_s.html).

¹¹⁶² Puede verse el texto completo en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. XVI, Libreria Editrice Vaticana, Vaticano, 1978, p. 26.

tas Convenciones, e incluso para que se completen en lo necesario por medio de instrumentos internacionales contra el trato inhumano y la tortura en particular»¹¹⁶³.

El mismo papa Juan Pablo II, en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, dirigida al episcopado, al clero y a los fieles católicos, como preparación del jubileo del año 2000, decía:

«Es justo que la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de anti-testimonio y de escándalo»¹¹⁶⁴.

Más adelante, en marzo del 2000, con ocasión del jubileo, tuvo la valentía de reconocer públicamente los pecados pasados de la Iglesia, por los que pidió públicamente perdón y diciendo:

«Señor, Dios de todos los hombres, en ciertas épocas de la historia, los cristianos han consentido en ocasiones con métodos de intolerancia y no han seguido el mandamiento del amor, desfigurando así el rostro de la Iglesia, tu esposa. Ten misericordia de tus hijos pecadores y acoge nuestro propósito de buscar y promover la verdad con la dulzura de la caridad, plenamente conscientes de que la verdad no se impone, sino por la fuerza de la misma verdad»¹¹⁶⁵.

El propio Catecismo actual de la Iglesia Católica se hace eco del tema de la tortura y le dedica dos artículos importantes en el apartado del V mandamiento, junto a actividades atentatorias contra la seguridad, salud y la integridad de la vida humana, tales como los secuestros y la toma de rehenes, el terrorismo, las amputaciones, mutilaciones o esterilizaciones directamente voluntarias.

En el artículo 2297, la tortura, como medio de obtención de confesiones, es calificada como contraria al respeto de la persona y de la dignidad del ser humano:

«2297. Los secuestros y el tomar rehenes hacen que impere el terror y, mediante la amenaza, ejercen intolerables presiones sobre las víctimas. Son moralmente ilegítimos. El terrorismo, amenaza, hiere y mata sin discriminación; es gravemente contrario a la justicia y a la caridad. La tortura, que usa de violencia física o moral, para arrancar confesiones, para castigar a los culpables, intimidar a los que se oponen, satisfacer el odio, es contraria al respeto de la persona y de la dignidad humana. Exceptuados los casos de prescripciones médicas de orden estrictamente terapéutico, las amputaciones, mutilaciones o esterilizaciones directamente voluntarias de personas inocentes son con-

¹¹⁶³ Juan Pablo II, *Discurso al Comité Internacional de la Cruz Roja*, Ginebra (15 de junio de 1982), *L'Osservatore Romano*, español, 27 de junio de 1982, p. 15 (http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1982/june/documents/hf_jp-ii_spe_19820615_red-cross-geneve.html).

¹¹⁶⁴ Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, Ediciones San Pablo, Madrid, 1998, pp. 40-41; (http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1994/documents/hf_jp-ii_apl_19941110_tertio-millennio-adveniente.html)

¹¹⁶⁵ Agustín Lira Chiok, *Lucas y sombras de la Iglesia*, P. Ángel Peña, Lima, 2006, p. 53.

trarias a la ley moral»¹¹⁶⁶.

El artículo 2298 es especialmente significativo, pues contiene un reconocimiento del uso y de la complicidad de la Iglesia en las prácticas violentas para arrancar confesiones y, aunque las justifica fundamentando su uso en el Derecho Romano, dice que es evidente que las mismas no eran ni necesarias para el orden público ni conformes a los derechos legítimos de la persona:

«2298. En tiempos pasados se recurrió de modo ordinario a prácticas crueles por parte de autoridades legítimas para mantener la ley y el orden, con frecuencia sin protesta de los pastores de la Iglesia, que incluso adoptaron, en sus propios tribunales las prescripciones del derecho romano sobre la tortura. Junto a estos hechos lamentables, la Iglesia ha enseñado siempre el deber de clemencia y misericordia; prohibió a los clérigos derramar sangre. En tiempos recientes se ha hecho evidente que estas prácticas crueles no eran ni necesarias para el orden público ni conformes a los derechos legítimos de la persona humana. Al contrario, estas prácticas conducen a las peores degradaciones. Es preciso esforzarse por su abolición y orar por las víctimas y sus verdugos»¹¹⁶⁷.

2.9.4 Análisis crítico de las acusaciones.

La vía que creemos que mejor puede ayudarnos a estudiar los cargos contra los templarios es el análisis crítico, análisis que, según Barber, «revela una misma capacidad para la propaganda y para conectar con los sentimientos de toda la sociedad contemporánea y que pone de manifiesto como las acusaciones no fueron escogidas al azar sino que fueron elegidas de manera que más incidieran en los mitos y supersticiones que formaban parte de la herencia común de los pueblos de Europa y Oriente»¹¹⁶⁸. «Es evidente -continúa diciendo más adelante este mismo autor- que todas las acusaciones formaban parte del arsenal propagandístico que la Iglesia y el Estado utilizaron durante siglos para desacreditar a sus adversarios religiosos y políticos»¹¹⁶⁹. Desde mediados de siglo XIII cada vez se recurrió a las acusaciones de herejía y magia para atacar a los rivales, llegando, en ocasiones, a unir ambas, pues la magia era considerada una forma de herejía más creíble incluso que ésta, porque la mayoría de la gente habría estado en contacto con ella en algún momento de su vida, aunque sólo fuera por el hecho de solicitar a un mago una predicción astrológica a la que eran muy aficionados en la época¹¹⁷⁰.

Si comparamos los textos de la carta-orden del rey Felipe con la circular enviada por Guillermo de París, vemos que, si bien en su primera parte la carta del gran inquisidor es coincidente con la del rey, en su segunda parte añade incriminaciones que no aparecen de manera clara y precisa en la carta-orden real, como la

¹¹⁶⁶ Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1997.

¹¹⁶⁷ Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2298.

¹¹⁶⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 259.

¹¹⁶⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 262.

¹¹⁷⁰ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 301.

sodomía, la idolatría y la no consagración en la misa. Por lo tanto, integrando ambos documentos, los delitos de los que inicialmente fueron acusados los templarios fueron:

- Negación de Cristo.
- Injurias a la Cruz.
- Besos indecentes.
- Inducción a la sodomía.
- Idolatría.
- Ausencia de consagración en la misa.

Las acusaciones que el rey Felipe y el gran inquisidor habían utilizado para ordenar la detención de los templarios, se transformaron en agosto de 1308 en una lista mucho más completa, formada por ciento veintisiete cargos que, aunque aparece aprobada por el papa Clemente, realmente fueron confeccionadas por el entorno del rey¹¹⁷¹.

No todos los cargos de los que fueron acusados los templarios, ni los que fueron imputados a la Orden, tenían la misma importancia, tanto por su contenido como por lo que respecta a los fundamentos de los hechos presuntamente punibles, algunas de los cuales, como la que se refiere a la adoración a un gato, eran tan pueriles que, si no fuera por las trágicas consecuencias, causarían risa. Hoy en día tan solo se las puede concebir en el contexto social y religioso de la Alta Edad Media.

La orden del Temple no fue la primera ni la última institución de la Iglesia en ser investigada y suprimida. En 1238 los hospitalarios de san Juan fueron acusados de tener herejes entre ellos. En 1312, en el mismo concilio que abolió la orden del Temple, fueron condenadas las begardas, aunque se les permitió continuar. Pocos años más tarde, Juan XXII (1316-1334) condenó a los franciscanos espirituales. En 1773 fue suprimida la Compañía de Jesús¹¹⁷². La diferencia entre las acusaciones de que fueron objeto estos institutos religiosos con los cargos contra la orden del Temple estuvo, primero en la gravedad y segundo en la diversidad de las confesiones que tuvieron lugar en el juicio de éstos, aunque fueran obtenidas mediante torturas. Vistos los acontecimientos con la perspectiva que da el tiempo, nos parece que, sin entrar en otras consideraciones, desde el momento en que algunas de las principales inculpaciones vertidas contra la Orden fueron admitidas o reconocidas por los detenidos, especialmente por los dirigentes, los días de existencia de la Orden estaban contados. Los enemigos de la Orden, a pesar de los síntomas de impaciencia mostrados en algunos momentos por el entorno de la corona, solo tenían que sentarse y esperar.

Las acusaciones, cuidadosamente elaboradas, dice Nicholson, estaban basadas en los mitos populares acerca de los magos y los herejes, y en sutiles invenciones maliciosas relacionadas con las verdaderas prácticas de la Orden que, en

¹¹⁷¹ Epígrafe 2.5.15.

¹¹⁷² Cuarenta años más tarde fue restaurada.

la actualidad, serían vistas como un ejercicio de propaganda política¹¹⁷³. Contenían todo lo peor de lo que la conciencia moral de la sociedad de la época podía soportar: negación de Cristo, escupir sobre la Cruz, idolatría, sodomía, perversión de los sacramentos (especialmente la eucaristía y la confesión) eran cargos que también se les imputaban a los que eran acusados de herejía y de brujería. Con la inclusión de los ingredientes propios de la brujería (aparición de gatos en los capítulos, orgías sexuales,..., etc.) se pretendía llevar a la gente al convencimiento de que los templarios habían adquirido su enorme riqueza por todo el mundo con la ayuda de demonios o espíritus malignos con los que quizás hubieran pactado, razonamiento que, además, justificaría su confiscación por el cristianísimo rey francés¹¹⁷⁴. Aunque en la argumentación falta el elemento definitivo de la brujería, (invocación al maligno con la intención de hacer daño), se ha de estar de acuerdo en que su elaboración es ingeniosa y plenamente asumible por las ignorantes, analfabetas y supersticiosas mentes de la gente de la época, que de esta manera no tuvieron el más mínimo empaque en justificar las detenciones que, en definitiva, era el fin perseguido por el rey y su entorno.

Es a estos cargos a los que les vamos a prestar una mayor atención en este análisis crítico, pues es en relación a ellos que podremos concluir la inocencia o la culpabilidad de la Orden.

Vamos a realizar el estudio de los ciento veintisiete cargos incluidos en el cuestionario publicado por el propio Clemente V, agrupados en la forma en que lo hace Malcolm Barber en su obra cumbre sobre el juicio a los templarios¹¹⁷⁵ y tomando como referencia la obra de Grouvelle¹¹⁷⁶ y otros autores que han tratado el tema del proceso a la Orden.

El análisis de los cargos se hace sin presuponer a priori reconocimiento alguno de culpabilidad o inocencia de la Orden en cuanto a los mismos.

2.9.4.1 Análisis del primer grupo de acusaciones: Negación de Dios, Jesucristo, la Virgen María y los Santos y desprecio de la Cruz.

Este primer bloque de cargos, que hemos agrupado bajo la etiqueta de negación de Cristo y desprecio a la Cruz, se explicaría, según Grouvelle, que se hace eco de la declaración del hermano Godofredo de Gonneville el quince de noviembre de 1307, como sigue: La orden del Temple nació en Oriente. El clima, las costumbres, las relaciones necesarias con otros pueblos, dejaron en ella una huella profunda que la hizo propicia a la costumbre oriental de los símbolos y actos simbólicos. No es en absoluto sorprendente que en el momento de la recepción en la Orden de los neófitos, al mismo tiempo que hacían promesa de dedicarse por ente-

¹¹⁷³ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 289.

¹¹⁷⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 263.

¹¹⁷⁵ Epígrafe 2.5.15.

¹¹⁷⁶ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 49-124.

ro a la obra de Jesucristo, se le recordara las negaciones de Pedro¹¹⁷⁷ con objeto de ponerles sobre aviso y preservarles sobre acciones de esta misma índole cuando se encontraran en situaciones similares, pues a menudo, un caballero hecho prisionero por los musulmanes se veía forzado a elegir entre la apostasía o la muerte¹¹⁷⁸. En este sentido Michael Lamy dice que los templarios dedicaron numerosas iglesias y capillas a san Pedro, sobre todo las que estaban situadas cerca de las encomiendas más importantes, con las cuales estaban conectadas a través de túneles y pasajes subterráneos y que, al celebrarse las ceremonias de iniciación de noche, antes del canto del gallo, el neófito habría negado tres veces a Cristo, lo mismo que hizo Pedro, entonces y sólo entonces le serían dadas las llaves del conocimiento, como a Pedro, para preparar el reino de Dios en este mundo. Termina afirmando que si los testimonios de los hermanos no fueron más precisos se debió a que los ritos en el tiempo de las detenciones ya no eran comprendidos por los templarios que hacía tiempo que los habían abandonado¹¹⁷⁹.

Otra interpretación, alternativa a la negación de Cristo, es la que ofrecen en sus declaraciones algunos hermanos, intentando justificarla diciendo que se trataba de una demostración de la firmeza de los votos del recién ingresado¹¹⁸⁰.

Aún una tercera interpretación de este mismo grupo de cargos es que se trataba de una prueba de la obediencia ilimitada a la que el recién ingresado se sometía voluntariamente a partir de ese momento, constituyendo las órdenes de negación de Cristo y de desprecio hacia la Cruz, meros tanteos de la fortaleza del voto de obediencia mediante un acto tan opuesto a sus ideas religiosas¹¹⁸¹.

Se podría aún dar un cuarto argumento, basado precisamente en la larga estancia de los templarios en Oriente y es el rechazo absoluto, a semejanza de los musulmanes, al culto de las imágenes en general¹¹⁸², pretendiendo, con la incitación a la realización de actos y muestras de desprecio de la Cruz, hacer patente al nuevo hermano esta orientación religiosa de oposición al culto a las imágenes.

Todas estas justificaciones, que en otras circunstancias podrían ser incluso seductoras, no pueden explicar cómo, en caso de que las acusaciones fueren ciertas, una Orden tan grande y de tanto prestigio se exponía a descubrir el más importante de sus secretos a los postulantes en el momento del ingreso. A jóvenes sin ninguna experiencia, que apenas superaban los veinte años de edad, a la mayoría de los cuales no se le había sometido a ningún período de noviciado y para los que tales incitaciones, al haber sido educados en una fe recia y simple, sin fisuras, debía suponer, cuando menos, una fuerte impresión y el más rotundo de los recha-

¹¹⁷⁷ Declaración de Godofredo de Gonneville: Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 315 ; Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, 399-401.

¹¹⁷⁸ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 51-52.

¹¹⁷⁹ Michael Lamy, *La otra historia de los templarios*, pp. 190-192.

¹¹⁸⁰ Declaración de Nicolás de Trecis (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 571-574 y Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 405-406)

¹¹⁸¹ Declaración de Guillermo de Soromina (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, 199-202).

¹¹⁸² Por considerarlo propio de idolatras.

zOS¹¹⁸³.

Así pues, si aceptásemos que los cargos de este primer grupo tienen fundamento no hay ninguna explicación que pueda justificar este ritual de admisión aberrante, singular y chocante, en cuyo caso las acusaciones estarían soportadas por hechos probados a partir de las declaraciones y confesiones de testigos y hermanos. Analicemos los primeros artículos.

El primero es un compendio de todas las abjuraciones pensables para un buen católico y en él se dice que a cualquier [*quilibet*] profesando se le hacía unas veces renegar de Jesús y otras de Dios, de la Virgen o de todos los Santos, pero en el segundo, se matiza y se dice que no con todos se actuaba así sino sólo con la mayoría de los hermanos [*communiter fratres*] y no siempre, sino «por lo general» [*mayor pars*]. Más adelante se nos dice que «pisoteaban y escupían sobre la Cruz» [*mingebant et alios mingere faciebant super crucem*] y, para mayor escarnio, añaden que esto se hacía particularmente en «Viernes Santo» [*Veneris sancti*]. La colocación de estos artículos acusatorios junto a otro en el que se acusaba a los templarios de «adorar a un gato» [*adorabant quemdam catum*] sugiere una fuente común basada en las fábulas populares recogidas por los enemigos de la Orden para hacer suponer la realización por sus miembros de actividades hechiceras con lo cual se conseguía rizar el rizo y verter sobre la Orden la más terrible y grave de las acusaciones que en la Edad Media se podía insinuar de una persona o de un grupo: la brujería¹¹⁸⁴.

Es un hecho que la orden del Temple, poderosa, rica, privilegiada e independiente de toda jerarquía religiosa y temporal, excepto la del papa, supo granjearse la envidia, e incluso, el rechazo, de algunos sectores del poder. Pero no tenía nada que temer de sus enemigos y detractores en tanto contara con la protección de la Iglesia. Sin embargo, dado que sus prerrogativas no eran incondicionales y estaban en función de su ortodoxia cristiana, resulta evidente que si ésta era puesta en tela de juicio se podría hacer tambalear aquélla. Es decir, desde el momento en que la condición tácita de su rectitud religiosa desapareciese o se hiciere dudosa, los templarios, como orden, estaban abocados a las más rigurosas investigaciones y, eventualmente, al más duro de los castigos. Una orden herética tendría en la Iglesia su juez más severo. Este medio fue el utilizado y puesto en marcha por los enemigos de la Orden, principalmente el rey de Francia, para conseguir el objetivo de su destrucción. Incluso a los obispos, contrarios a la autonomía de las órdenes militares en general, y la de los templarios en particular, y, sobre todo, a la exención¹¹⁸⁵ de que gozaban, salvo en los lugares donde tal poder estaba amenazado por enemigos externos, como sucedía en la Península Ibérica, la desaparición de la Orden tan sólo podía proporcionarles beneficios, pues con ella desaparecería un obstáculo a su poder episcopal. Y ésta era la situación en Francia. Así que, abandonados por los obispos, el gran inquisidor, con la inestimable ayuda de sus her-

¹¹⁸³ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 53.

¹¹⁸⁴ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 49 -62.

¹¹⁸⁵ En este contexto la palabra exención hace referencia a quedar fuera de la jurisdicción obispal.

manos de religión, los dominicos, tuvo las manos libres para cargar a los templarios el crimen de la herejía en el cual tenían una triste reputación y experiencia, ganadas en las crueles persecuciones que habían emprendido contra Albigenses, Patarinos y Cátaros, a los cuales daban el apelativo genérico de Maniqueos¹¹⁸⁶, de la muerte de muchos de los cuales eran los directos responsables. A estas sectas heréticas se asociaban ideas tales como pactos con el diablo, negación de Dios, brujería y crímenes análogos. Así pues, nada más natural, si se quería perseguir a los templarios como herejes, que acusarles de los mismos cargos de los que eran acusados los miembros de tales sectas cristianas, por lo demás bien conocidos ya por los inquisidores, pues todavía en el tiempo del proceso contra los templarios, numerosas personas, sobre todo entre los nobles, eran acusadas de pertenencia al maniqueísmo, herejía calificada de diabólica. Esta acusación tenía la ventaja añadida de que al ser el delito bien conocido de los perseguidores dominicos sabían perfectamente el tenor de las cuestiones que debían incluir en los interrogatorios¹¹⁸⁷.

Grouvelle para demostrar esta correspondencia entre las acusaciones a los templarios y las realizadas contra las sectas heréticas, propone la confección de una tabla de doble entrada en la que, mediante una simple comparación, se podrá ver como hay una correspondencia casi perfecta entre los cuestionarios utilizados contra los templarios y los utilizados contra los herejes maniqueos colocando al lado de cada artículo contra los templarios los análogos más llamativos de otros procesos contra herejías maniqueas. Es, en opinión de Grouvelle, ésta la manera más corta y más rápida de demostrar la inocencia de la Orden y, añade que, aunque es una mera hipótesis, está confirmada por los hechos y se atiene a la verdad histórica¹¹⁸⁸.

La negación de Jesucristo y las burlas a la Cruz probablemente fuera la cuestión más común que figuraba en los interrogatorios de la Inquisición de la época. Fue alegada contra los cátaros o albigenses¹¹⁸⁹, los valdenses¹¹⁹⁰ y los mani-

¹¹⁸⁶ Maniqueísmo fue una secta religiosa fundada en el siglo III por Mani o Manes (c.215-275), que se extendió por muchas partes del Imperio Romano, principalmente las regiones de Oriente. La doctrina de los maniqueos era dualista, y se basaba en la existencia de dos principios opuestos e irreductibles, el bien y el mal, que mantenían una lucha eterna entre sí. Según esta doctrina, Dios era el creador de todo lo bueno y Satanás el creador de todo lo malo, de donde colegían que el espíritu de los hombres pertenecía a Dios y su cuerpo al demonio. Niegan la responsabilidad de los hombres por los actos malos que cometen ya que consideran que no son resultado del libre albedrío sino de la voluntad del demonio que domina al cuerpo. (Ricardo M. García, *El concepto de libre albedrío en san Agustín*, Editorial de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2003, pp. 17-29).

¹¹⁸⁷ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 56-57.

¹¹⁸⁸ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 59.

¹¹⁸⁹ El catarismo (del griego *katharos*, puros), fue un movimiento religioso herético que surgió en el siglo XII y se extendió principalmente en el sur de Francia y norte de Aragón. Es una doctrina dualista con un Dios bueno y un demonio o dios malo, Satanás. Defendían que la única manera de salvarse era mediante el rechazo de todo lo malo, que identificaban con lo material y la práctica de lo bueno que equiparaban con espiritualidad y ascetismo. La Iglesia, con la ayuda de la corona francesa, emprendió una cruzada contra ellos hasta lograr su erradicación. (René Weis, *The yellow Cross, The Story of the last Cathars 1290-1329*, Ed. Pengouin Group, Londres, 2000, pp. XXXIII-XLVII).

queos, todos los cuales propagaban que el clero romano constituía la iglesia del diablo y como soporte de esta afirmación alegaban la adoración a la Cruz y a las imágenes. Para los maniqueos, que creían que Jesús tuvo un cuerpo fantástico, el signo de la Cruz era considerado como detestable y diabólico. En una palabra, para todos estos herejes de los siglos XII a XIV el culto a las imágenes en general y a la Cruz en particular, era considerado como adoración al diablo y como tal era rechazado, incluso con violencia, dando lugar a frecuentes manifestaciones públicas de protesta por la excesiva, según ellos, exposición pública de crucifijos¹¹⁹¹.

Por lo tanto, no había que ir más lejos a buscar cargos contra los templarios si ya con la acusación de ser contrarios a la Cruz (¡vaya ironía!) se les ponía al mismo nivel, no solo de los herejes, sino también de judíos y sarracenos y, así, en los artículos V, VI, VII y VIII del listado de cargos se acusa a los templarios de negar la divinidad de Jesús, de tenerle por falso profeta y de haber sido ejecutado por sus delitos y no por la salvación de los hombres. De aquí a la acusación de entendimiento con los musulmanes e, incluso, de haber traicionado a san Luis, sólo había un paso. A pesar de la gravedad que encerraba la acusación de negación de Cristo (de la Virgen y de los Santos) y de insultos y burlas a la Cruz, no hay en todo el proceso ninguna prueba válida que avale su verosimilitud, pues, además de que las confesiones fueron obtenidas mediante torturas o amenazas, en los casos en que se reconoció haber renegado de Cristo (o de la Virgen y de los Santos), los que así declaraban solían añadir que lo hicieron con la boca (para cumplir el voto de obediencia) y no con el corazón. Y respecto a la acusación de escupir u orinar sobre la Cruz, los detenidos que lo admitieron añadieron inmediatamente que lo habían hecho al lado, no sobre la Cruz o sobre la imagen de Cristo. Y de manera unánime y con la mayor firmeza sostuvieron que en las iglesias de todas las casas del Temple, la Cruz era objeto de veneración especial, lo cual es confirmado por los estatutos en los que las normas que rigen los servicios divinos, sobre todo en Semana Santa, son concordes en todo con los que regían en la Iglesia Católica en la época¹¹⁹².

En referencia a esta acusación hay un elemento que nos parece concluyente, pues, como ha señalado Henry Charles Lea, a diferencia de los verdaderos herejes que estaban dispuestos a morir por su fe o creencias, –y de hecho murieron en grandes cantidades– ningún templario estuvo dispuesto a convertirse en mártir de la herejía de la que se decía que eran adeptos¹¹⁹³. Más bien se puede decir todo lo contrario, pues todos los que murieron, incluido el gran maestre Jacques de Molay,

¹¹⁹⁰ Doctrina surgida a fines del siglo XII predicada por un francés de Lyon llamado Pedro Vaudes o Valdo. Este movimiento, de base dualista, rechazaba el culto a las imágenes y a la Virgen María y negaban varios sacramentos, tales como el bautismo, la confesión y la transubstanciación. También negaban la existencia del purgatorio, que ha defendido la Iglesia Católica hasta hace pocos años. Tradicionalmente se ha atribuido a este movimiento una notable influencia dualista. (Diego López Lozano, *Los Valdenses*, D. López Lozano, Benissa, 2012, pp. 5-11).

¹¹⁹¹ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 59-60.

¹¹⁹² Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 60-61.

¹¹⁹³ Henry Charles Lea, *A History of the Inquisition of the Middle Ages*, Vol. 2, p. 265.

lo hicieron proclamando su fe en Dios en la forma que proclamaba el Credo católico¹¹⁹⁴.

2.9.4.2 Análisis del segundo grupo de acusaciones: adoración al demonio, idolatría y brujería.

Estas tres acusaciones estaban también relacionadas entre sí y con las del primer grupo, por lo que le es de aplicación todo lo que se ha dicho en el epígrafe anterior. Para los inquisidores era cosa demostrada que los templarios eran enemigos de Cristo y que su profesión de fe no era más que una hipocresía y una burla injuriosa hacia Dios. ¿Podían adorar a otro dios que no fuera el diablo como hacían sus aliados sarracenos y, sobre todo, los maniqueos? Era un hecho bien conocido de los inquisidores, dice Grouvelle, que las sectas dualistas son todas culpables de adorar al diablo y así se recoge en los cuestionarios de la Inquisición de Tolosa. Varias sectas duramente perseguidas, tanto en España como en el Sur de Francia o en Oriente, habían heredado del antiguo maniqueísmo la doctrina de la corrupción de la materia. Tales sectas entendían que Dios, inmensamente bueno, no puede ser el creador del mundo, el cual, siendo intrínsecamente malo, sólo puede ser obra de Lucifer¹¹⁹⁵.

Aquí, añade Grouvelle, se encuentra el origen de las acusaciones que configuran el segundo bloque. Los artículos LVI y LVII de la lista papal (*quo facit caput arbores florere y quod terram germinare*) guardan una similitud casi total con los registros de la Inquisición tolosiana (*Deus non faciebat florere nec germinare, nec fructificare sed virtus terræ*) referentes a los juicios contra los cátaros. Así pues, se les imputaba a los templarios la adoración al diablo «en forma de ídolo como creador del mundo», y de este culto al diablo al pacto con él no había más que un paso. De aquí la lógica de los artículos en los que se les acusa de otorgar al diablo un lugar especial, bajo la forma de un ídolo o con la figura de un gato, en los capítulos de la Orden¹¹⁹⁶.

Una vez establecida la adoración del diablo, el siguiente paso era establecer la relación con la obra preferida de éste: la brujería, delito en el que la Inquisición era una verdadera especialista. Para los inquisidores, los musulmanes, tachados de seguidores del diablo, eran los verdaderos conocedores del arte de la brujería y por ello las brujas eran consideradas sus alumnas. Durante toda la Edad Media, y hasta bien entrado el siglo XVII, la brujería fue una superstición extendida por toda Europa. En todos los países hay registros de procesos inquisitoriales contra brujas. Francia, por supuesto, no se libró y en el siglo XIV el pueblo, dirigido desde los púlpitos de las iglesias, achacaba todo lo que no tenía una explicación fácil y comprensible, y todos los males del momento, a las brujas, dando lugar a un clamor

¹¹⁹⁴ Godefroy de París, «Chonique métrique», Livre IX de la *Collection des Choniques Nationales Françaises*, M. Buchon, Imprimerie d'Hippolyte Tilliard, París, 1827, pp. 219-220.

¹¹⁹⁵ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 62-72.

¹¹⁹⁶ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 63-64.

popular general contra la brujería y sus efectos. El mismo papa Clemente V fue objeto de las sospechas y, según cuenta Villani, corría el rumor de que se había servido de la brujería para tratar de averiguar adonde había ido el alma de un pariente que había muerto. También Ramon Llull pasaba por brujo y para Santo Tomás de Aquino la brujería estaba al nivel de la astrología. Roger Bacon colocó a la astrología y a la magia, casi siempre unidas a la brujería, entre las grandes ciencias y decía que tenían su origen en los patriarcas de la Biblia que la habían recibido por revelación divina. Según él, su utilización estaba permitida en la lucha contra los sarracenos, los tártaros y el anticristo, los cuales sólo podrían ser vencidos mediante su uso. No debe sorprendernos, pues, que si tal era la opinión de los grandes hombres del momento sobre la brujería, el pueblo no fuera más iluminado. Al final del siglo XIV esta superstición dominaba de tal manera la sociedad, que la Sorbona se vio obligada a intervenir, por medio de su canciller, no solamente para condenar estas prácticas sino para declararlas supersticiosas¹¹⁹⁷.

En el siglo XIV era fácil recurrir a la sospecha de brujería, y como de ésta al pacto con el diablo no había más que un paso, es de suponer que los inquisidores, que ya tenían a los templarios por seguidores del diablo, pensaran que les sería fácil cargar esta imputación de brujería a los miembros de la Orden, lo que explica su inclusión en el cuestionario. De esta manera el cuento oscuro y extravagante del gato presidiendo los capítulos de la Orden adquiere significado.

Una vez que se imputó a los templarios la adoración al diablo y la brujería, se puso en evidencia la necesidad de contar con un medio del que valerse para llevar a cabo las actividades propias de tales herejías, así que nada más natural que escoger un ídolo, con forma de cabeza con figura humana, que se reputaba encantada y animada por el Maligno y, que al proceder de Oriente, en Francia (y por ende en el resto de Europa) se la conoció como «*baphomet*». El objetivo que se perseguía con la acusación de adorar ídolos, era explotar ciertas creencias populares fuertemente arraigadas, infiltrando en las capas más baja de la sociedad la idea de que la Orden había sido corrompida por el Islam, recreando, al mismo tiempo, la idea de que los musulmanes practicaban la idolatría¹¹⁹⁸.

Este es uno de los puntos oscuros del proceso y para aclararlo se han propuesto varias hipótesis que vamos a examinar.

Entre los principales artículos de la lista de acusaciones contra la Orden se encuentra la adoración de un ídolo, concretamente en los artículos XLVI a LXIV de la lista papal. Pero ya en las instrucciones de octubre de 1307 del gran inquisidor para la detención de los templarios se decía que «portan por encima de la camisa una correa que el hermano debe llevar sobre él mientras viva; y se dice que estas correas han sido colocadas alrededor del cuello de un ídolo con forma de cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza es besada y la adorada en los

¹¹⁹⁷ Hacia el final del siglo XIV la nigromancia y otras prácticas de brujería estaban tan extendidas que la Sorbona se vio obligada a condenarlas y declararlas supersticiosas (Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 67-73).

¹¹⁹⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 267.

capítulos provinciales; pero esto no todos lo saben, sino sólo el gran maestro y los antiguos»¹¹⁹⁹. Esta imputación se repite posteriormente, ampliamente desarrollada, en los mencionados artículos y en los interrogatorios que se llevaron a cabo después de las detenciones. Ante la lógica sorpresa que, seguramente, les producían estas cuestiones, los detenidos respondían de las más variadas maneras. En opinión de Grouvelle, como no tenían ni la más mínima idea de lo que se les preguntaba, cada uno respondía según su propia imaginación, en función de la información que les proporcionaba la misma pregunta. Así, mientras unos reconocían simplemente la adoración, otros se explayaban más y hablaban de oraciones a los ídolos en los capítulos. Incluso hubo quienes atribuían a la «cabeza», o al ídolo, el don de los milagros (riquezas, florecimiento de los árboles, verdeo de la tierra,..., etc.). Su figura era descrita con detalles contradictorios pues mientras para unos era una cabeza, para otros se trataba de tres cabezas en una o de una cabeza de tres caras. Unos decían que tenía barba y otros que no. Las descripciones más completas referían que estaba hecha de cuero liso y embalsamada y que en los ojos tenía dos piedras preciosas. Pero no fue éste el único material que se describió, pues otros dijeron que era de madera o de hueso e, incluso, hubo quien dijo que era de plata. Para unos era grande y para otros era pequeña. Hubo quien la identificó y dijo que se trataba de la cabeza de Mahoma parlante, mientras que otros la describieron como la cabeza del diablo con hasta tres cuernos. Para alguno era la cabeza de un santo y otros, en fin, decían que tenía un gato en la cabeza. Hubo, incluso, quienes la describieron como un monstruo de cuatro pies. Sólo uno de los testigos dijo que la cabeza era de mujer. Respecto al lugar en que había sido vista tampoco hubo acuerdo, pues mientras que unos decían haberla visto en los capítulos otros decían que en otros lugares¹²⁰⁰.

Sobre este asunto y desde la perspectiva actual, a partir de las confesiones realizadas por algunos hermanos, mediante tormentos o intimidaciones, a un inquisidor experimentado no le era difícil sacar las deducciones que quería, pues todo eran divagaciones fundamentadas en las creencias supersticiosas, propias de la época, sabiamente aprovechadas y dirigidas por los inquisidores, complementadas, como se ha dicho, con frecuentes y bien proporcionadas raciones de torturas o de amenazas. Pero como dice el refrán que no hay humo sin fuego, es de suponer que los rumores tenían algún fundamento real. A tenor de un acontecimiento que se recoge en las actas de los interrogatorios, la explicación de todo este embrollo, para nosotros, es simple.

Resulta extraño que tras la ocupación por los oficiales del rey de las casas, encomiendas, capillas, granjas, molinos, etc., de la Orden, tan solo se encontrara una «cabeza»: la que apareció en la casa central de París, denominada «Temple». Una bella cabeza de plata dorada, con figura de mujer, parecida a la que el hermano sirviente d'Arteblay pretendía haber visto en los capítulos generales de París, lo que hace que su declaración alcance el rango de extraordinaria en cuanto

¹¹⁹⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers*, pp. 199-201. Ver epígrafe 2.4.1.

¹²⁰⁰ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 75-77.

que es la única que puede que tenga un fundamento real y que ya en su momento dio lugar al interés de la comisión papal, no sólo por lo que significaba de aval para la acusación sino, sobre todo, por los numerosos detalles que proporciona en la misma. D'Artabley declaró que los jefes habían rendido culto a la «cabeza» y que se le había dicho que correspondía a una de las once mil vírgenes. La investigación ordenada por los comisarios papales confirmaron la deposición d'Artabley pues dentro de la cabeza se encontraron los huesos de, al parecer, una mujer joven y una tarjeta en la que estaba escrito: *Caput LIII*. Esta circunstancia nos lleva a pensar que, efectivamente, se trataba de la cabeza que había visto Guillermo d'Artabley, aunque dudara al reconocerla. Esta es, pues, la llave del misterio. La cabeza mágica, la cabeza del diablo, el ídolo al que adoraban los templarios, no era ni más ni menos que un ostensorio, con una reliquia en su interior, expuesto sobre el altar en donde recibía el culto de los hermanos como se hace aún hoy en día con multitud de reliquias en todo el mundo católico¹²⁰¹. Lo que explica también las «cabezas» a que se hace referencia en otros lugares. Es posible que la adoración a la «cabeza» de Montpellier, referida por algunos de los detenidos, fuera realmente el culto a una reliquia sin identificar que en algunos casos estaría dentro de un ostensorio de oro o de plata¹²⁰².

En un intento recapitulativo, podemos decir que el mito sobre la «cabeza» parece haber tenido su lugar de nacimiento en el Sur de Francia, probablemente en la región de Montpellier y que de aquí se extendió por todo el país; que las declaraciones de los miembros de la orden en España, Inglaterra y Alemania ponen de manifiesto una ignorancia total sobre la misma, y que los templarios que dijeron haberla visto se contradijeron al describirla. En fin, la conclusión final es que en el ánimo de los inquisidores estaba llegar, a través de la «cabeza», a la adoración al diablo. Es posible, e incluso probable, que los inquisidores, que sabían, bien, por haberlo presenciado personalmente o por relatos de terceros, que los templarios solían exponer en sus iglesias las reliquias a la veneración pública, utilizaran tal conocimiento y cambiaran la veneración a las reliquias de santos y santas en adoración a ídolos. Esta explicación, aun reconociendo que es mera conjetura, es mucho más lógica que la acusación de idolatría de que fueron objeto los defensores de la cruz por antonomasia: los «Pobres Hermanos del Templo de Jerusalén».

Al respecto Helen Nicholson llega a afirmar que la acusación de que los templarios veneraban una «cabeza» era cierta, pues la Orden veneraba efectivamente las cabezas de por los menos dos mártires: Santa Eufemia en Oriente y una de las vírgenes de Santa Úrsula en París¹²⁰³. Pero una cosa es venerar y otra muy distinta es adorar y este matiz es el que no comprendieron los acusadores, o, si lo comprendieron, lo tergiversaron torticeramente.

¹²⁰¹ El propio autor de este trabajo ha tenido ocasión recientemente de ver varios de estos «ostensorios» con forma de cabeza, en el monasterio de Guadalupe en Extremadura.

¹²⁰² Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 101-103.

¹²⁰³ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 302

En los últimos tiempos ha hecho aparición una nueva teoría que vincula la «cabeza» con la sábana santa de Turín, e incluso con el santo sudario de Oviedo, con lo que la falsedad de la acusación de idolatría quedaría al descubierto ya que la imagen venerada por los templarios correspondería a la del mismo Jesucristo. El autor Francisco Ansón recoge en su obra la noticia de la aparición en Templecombe (Somerset, Inglaterra), con ocasión de la demolición de un edificio que había pertenecido a la Orden, de un panel en el que aparece la efigie de un hombre barbado de inconfundible similitud con el rostro de la *Síndome*¹²⁰⁴.

En cuanto a la acusación de que «siempre ceñían correas o cordones que habían frotado en la cabeza del ídolo», tiene una base cierta y es que los templarios, como los demás miembros de las órdenes militares, llevaban un cinturón, correa o cordón por debajo de la camisa o hábito, a diferencia de los miembros de las otras órdenes que lo llevaban por encima. Este cordón, cuyo uso estaba estatutariamente establecido, simbolizaba la castidad y la continencia e, incluso, la discreción. Lo que era falso es que lo refregaran sobre la cabeza de un ídolo pretendiendo una suerte supersticiosa, pues la realidad era que lo que algunos templarios solían hacer era frotarlo sobre la reliquia de algún santo¹²⁰⁵ implorando su intercesión para mantenerles puros y castos. Esta es la explicación más verosímil y la que deja absolutamente sin contenido la acusación.

2.9.4.3 Análisis del tercer grupo de acusaciones: desprecio de los Sacramentos y omisión de las palabras de la consagración en la misa.

Las fuentes de esta acusación no son nada dudosas. Todos los hombres que en aquel tiempo eran capaces de leer la Biblia, estaban revueltos a causa de los sacramentos, sobre todo del de la eucaristía, cuyo dogma de la transubstanciación había sido fijado menos de un siglo antes, en el IV concilio de Letrán¹²⁰⁶ y que fue combatido apasionadamente por todas las sectas existentes y que por ello mismo estaban en el punto de mira de los inquisidores. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que se incluyera esta acusación, tan en boga en aquel momento, en la lista de cargos contra los templarios, a los que la Inquisición ya tenía por herejes, siendo especialmente sospechosos para los dominicos, sobre todo en lo referente al sa-

¹²⁰⁴ Francisco Ansón, *La Sábana Santa. Últimos hallazgos*, 2002, Ediciones Palabra, Madrid, 2002, p. 72.

¹²⁰⁵ Expresión de fe que aún hoy es posible observar en ciertas comunidades cristianas, sobre todo en ocasiones o fiestas especiales.

¹²⁰⁶ El IV concilio de Letrán inició sus sesiones en noviembre de 1215 durante el pontificado de Inocencio III. Reunió a más de 400 obispos más los representantes de los príncipes cristianos. Se aprobaron más de setenta constituciones que afectaban a todos los aspectos de la vida cristiana. En este concilio quedó fijada la doctrina de la Iglesia sobre la Trinidad y sobre la transubstanciación de la eucaristía. También se determinó la obligación de la confesión anual y la comunión por Pascua florida y se estudió y fijó la doctrina eclesiástica sobre los impedimentos matrimoniales (José Orlandis, Rovira, *Historia de la Iglesia: La Iglesia antigua y medieval*, p. 238).

cramento de la confesión, por las razones que se dirán más adelante¹²⁰⁷.

En cuanto a la concreta acusación de no pronunciar las palabras sacramentales de la consagración, en ninguna declaración, sea de caballero, sea de sirviente, se encuentra la más mínima insinuación que avale su verosimilitud. Todos confesaron la pureza de su fe. Incluso los dignatarios de la Orden, a cuyo testimonio se le puede otorgar un valor mayor por su conocimiento del latín, defendieron a los sacerdotes templarios y garantizaron la fidelidad al dogma. Resulta al menos sorprendente, que algo que tenía lugar todos los días en las iglesias y capillas de la Orden, a la vista de la gente, se convirtiera en un asunto dudoso y cuestionable que, además, podría explicarse por dos hechos constatables:

1. Era costumbre, desde el siglo VIII, y hasta hace unos pocos años, de los ministros de la Iglesia, por no se sabe qué razón misteriosa, pronunciar las palabras de la consagración en voz baja (y de espaldas a los fieles), siendo el sonido de la campanilla que manejaba el monaguillo o ayudante, y la elevación de la hostia y el cáliz, la única evidencia externa de la transmutación del cuerpo de Cristo.
2. La Regla de la Orden fue redactada por san Bernardo y es de suponer que toda la praxis templaria fuera fiel reflejo de lo que se practicaba entre los cistercienses, los cuales, siguiendo el rito de la Iglesia primitiva, se abstendían de presentar en la misa la hostia y el cáliz tras la consagración, que hasta después de la celebración del IV concilio de Letrán en 1216 no se convirtió en recomendación (no mandamiento) de la Iglesia, y puede que los templarios, que sentían gran devoción por su padre espiritual, san Bernardo¹²⁰⁸, continuaran con esta costumbre con lo cual, de paso, ponían de manifiesto su independencia y autonomía del poder de los obispos.

La única razón que explica la inclusión de esta acusación en el cuestionario es que ya había sido utilizada antes contra otros herejes y al ser los templarios tachados de herejes nada más normal, para los que redactaron la lista de cargos, que incluir esta acusación.

Las declaraciones de los capellanes de la Orden arrojan poca o ninguna luz sobre esta acusación pues solamente los capellanes franceses admitieron haber sido obligados a omitir las palabras rituales en la consagración (incluso entre ellos, fueron pocos los que reconocieron que habían obedecido esta presunta orden) en confesiones nada creíbles en tanto que fueron obtenidas con amenazas y torturas¹²⁰⁹.

¹²⁰⁷ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 104-106.

¹²⁰⁸ san Bernardo, defensor de la teología positiva, solo admitía la presencia de Cristo en la eucaristía en un sentido místico (Domenico Berteto, «La dottrina eucaristica di san Bernardo», *Salesianum*, Vol. 49, St. Francis Seminary, Milwaukee, 1954, pp. 258-292).

¹²⁰⁹ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 104-108.

2.9.4.4 Análisis del cuarto grupo de acusaciones: confesión y absolución de los pecados por los dignatarios de la Orden.

Más seria que la anterior, es la acusación referente al sacramento de la confesión¹²¹⁰ a la que el cuestionario dedica los artículos XXXIV a XXXIX¹²¹¹, cuyo tenor era:

«Que creían, y así se les había dicho, que el gran maestre, el visitador, y los preceptores, podían absolver sus pecados».

Esta acusación, añadida en algún momento posterior a la detención, pues no aparece entre los cargos iniciales que el gran inquisidor incluye en su circular, no era privativa de la orden del Temple pues también se les reprochó a los hospitalarios y a los teutónicos¹²¹².

Henry C. Lea ofrece una explicación de este cargo suficientemente fundamentada como para hacerla verosímil. Según él, la Regla de la orden del Temple estaba basada en la de los cistercienses, la cual a su vez era una revisión de la de los benedictinos, en cuya regla original no se contiene una regulación específica de la confesión, por lo que se acostumbraba que los monjes confesaran sus pecados al abad, o a uno de los monjes más antiguos, del cual recibían consejo, pero no la absolución que es una creación de los siglos XII y XIII. Para los benedictinos la confesión pública de las faltas en el capítulo de la orden era la rutina diaria. Esta rutina fue desarrollada por los cistercienses que se reunían en capítulo cada día, tras la misa, y cada uno de los monjes hacía pública confesión de sus pecados diarios y solicitaba el perdón. Si no lo hacía así y otro de los monjes lo acusaba, el acusado podía defenderse y al final se emitía el veredicto por mayoría de los presentes y si era encontrado culpable era condenado a una penitencia que tan solo el abad o prior podía levantar. Evidentemente esta práctica, prototipo de la que seguían los templarios en sus capítulos, no tenía nada que ver con la confesión sacramental ni con la absolución de los pecados, aunque cabe dentro de lo posible que fuera tomada como tal por personas ignorantes o poco formadas en asuntos religiosos¹²¹³.

También para Malcolm Barber la explicación es bastante simple y dice que

¹²¹⁰ Al sacramento de la penitencia la Iglesia Católica dedica los artículos 1422 a 1498 del catecismo, en los cuales, entre otras cosas, se dice: Que el pecado es, ante todo, ofensa a Dios, ruptura de la comunión con Él y con la Iglesia. Que sólo Dios perdona los pecados (cf Mc 2,1-7) y «El Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados en la tierra» (Mc 2, 1-10) y ejerce ese poder divino: «Tus pecados están perdonados» (Mc 2,5; Lc 7,48) y que Jesús confirió este poder a los hombres (cf Jn 20,21-23) para que lo ejercieran en su nombre con las palabras que dirigió a Simón Pedro: «A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19). Para la Iglesia son elementos esenciales del sacramento de la penitencia, la contrición, la confesión de los pecados y la satisfacción. La conjunción de estos tres elementos hace que el hombre sea curado y restablecido en la comunión eclesial. [Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, nueva edición conforme al texto latino oficial, Bilbao, 2001, n° 1422 a 1498].

¹²¹¹ Así están numerados en latín.

¹²¹² Henry Charles Lea, *The absolution formula of the Templars*, The Knickerbocker Press, New York, 1893, p. 37.

¹²¹³ Henry Charles Lea, *The absolution formula*, p. 39.

en las casas de la Orden en Occidente vivían solamente dos o tres hermanos, lo que facilitaba las relaciones con el entorno social hasta el punto de que apenas se les distinguía de sus vecinos seglares, situación ésta que explica que algunos de los hermanos de la Orden no tuvieran una idea demasiado clara de las nuevas teorías de la Iglesia sobre la confesión y la absolución y lo achaca a falta de diligencia de los sacerdotes de la Orden en instruir a los hermanos sobre los cambios que, sobre estas materias, habían tenido lugar en la Iglesia a partir de la primera mitad del siglo XII¹²¹⁴.

La Regla de la Orden en los artículos 386 a 415 trata de los capítulos y su forma de celebración, pero solamente se refiere a los capítulos de confesión pública de las faltas y a su castigo, sin la más mínima mención a las asambleas capitulares para tratar cualquier otro asunto¹²¹⁵. Algunos autores, quizás llevados de un excesivo celo en su defensa de la Orden, han tratado de justificar la imposición de penitencia y el perdón de las faltas en base a una competencia reconocida por los artículos disciplinarios de la Regla para castigar las faltas de disciplina pero aclarando que en nada tiene que ver con el perdón de los pecados¹²¹⁶. La Regla Primitiva, tal como fue aprobada por el concilio de Troyes, no contiene previsión alguna específica sobre la confesión de los pecados ni sobre la absolución de los

¹²¹⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 360.

¹²¹⁵ Epígrafe 1.6.6 del capítulo 1. El apartado recibe el nombre de «*Tenue des chapitres ordinaires*», y el primer grupo de artículos, «386-395. *Prières, sermons; confession publique des Frères*».

¹²¹⁶ Estos son algunos de los artículos de la Regla que tratan de la confesión pública en los capítulos (Henry Curzon, *La Règle du Temple*, pp. 217 y ss):

«389. *Quant cil qui tient le chapistre aura feni son sermon, chascun frère qui cuide avoir failli se doit lever en pies et doit faire dou chapel et de la coïfe ensi come dessus est dit, et doit venir devant celui qui tient le chapistre, et se doit agenoillier une fois ou il ou plus, et doit estre humblement come cil qui se confesse, et doit dire en tel manière, «Beau sire, je cri merci a Dieu et a nostre Dame et a vos et as Frères, de ce que je ai failli en tel manière;» et raconter la faute entérinement et veraïement ensi come il aura esté, que il ne doit mentir, ne por honte de la char, ne por paor de la justise de la maison ; quar se il mentist, ce ne seroit pas confessions, et sachiés que nostre chapistre furent establi por ce que li frère se confessassent de lor fautes et les amendassent.*

390. *Après que le frère aura retrait tout ce de quoi il cuidera avoir failli, et se sera bien confessés entérinement, celui qui tient le chapistre li doit comander que il s'en aille defors, et le frère s'en doit aler en tel leuc que il ne puisse oïr ni entendre ce que diront li frère qui seront au chapistre ; quar nul frère, puis que il est hors dou chapistre ou par faute ou por ce que il est en penance, ne doit escouter ce que li frère qui sont en chapistre font ni dient ni regardent. Après, quant le frère est hors dou chapistre, celui qui tient cel leuc doit retraire la faute del frère devant tout le chapistre, et se doit prendre garde que il ne change riens; et quant il lor aura retrait ensi come le frère aura confessé, si en doit demander comunaument lor avis et faire ce que la plus grant partie s'acordera.*

391. *Et quant li frère comunaument auront dit lor avis ensi corne lor semblera, et le comandour aura bien entendu a quel chose la plus grant partie s'acorde, il doit faire retourner le frère devant soi, et li doit mostrerla faute, et retraire come ele est grant et cornent les Frères le tienent a failli; et li doit comander que il face ce que li frère li ont esgardé, et li doit retraire l'esgart des Frères; mais il ne doit pas dire, « tel frère fisttel esgart » ou « s'acorda a ce » quar il auroit descovert son chapistre.*

392. *Quant li frère crie merci en chapistre d'aucune faute, tuit cil qui cuident estre entaiché de cel pechié en doivent aussi crier merci avec celui; et chascun frère, quant. Il crie merci de une faute, doit crier merci de toutes les fautes de qui il cuide avoir failli; et de tant de fautes come il aura faites, quantes que seront, l'on ne li puet esgarder mes que une penance, puis que il en aura crié merci de toutes ensemble».*

mismos, pero en su artículo 45 confía al gran maestre la audición de las confesiones y la imposición de las penas. No se dice nada acerca de la absolución, pero de la literalidad del precepto así parece desprenderse:

«45. Si algún hermano, hablando o en soldadesca, o de algún otro modo, comete un pecado venial, deberá voluntariamente decírselo al maestre, para redimirse con el corazón limpio. Si no acostumbra a redimirse de este modo, que reciba una penitencia leve, pero si el pecado [delito] es más grave, que se aleje de la compañía de sus hermanos de tal forma que no coma ni beba en la mesa con ellos, sino solo; y se someterá a la piedad y juicio del maestre y hermanos, para que sea salvado el día del Juicio Final»¹²¹⁷.

Es preciso tener presente que la confesión de los pecados, y así se afirma en el libro de los Hechos de los Apóstoles, era una práctica habitual en la Iglesia primitiva, por lo menos en su forma pública, y que a ella se hace referencia en la epístola de Santiago, en su capítulo 5, en la forma en que fue practicada en los diez primeros siglos de la Iglesia:

«Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados. La oración ferviente del justo tiene mucho poder»¹²¹⁸.

También se ha de tener en cuenta que el maestre, por imperativo de la bula *Omne datum optimum*, promulgada por Inocencio II en 1139, tenía la consideración de prelado ordinario con jurisdicción en toda la Orden:

«En lo que respecta al cuidado de la almas... [los hermanos] estarán sometidos en todo y para todo a vos, Odon¹²¹⁹, nuestro querido hijo, y a vuestros sucesores, como su maestre y prelado ordinario»¹²²⁰.

En la versión completa de la Regla publicada por Henry Curzon y editada por la *Société de l'Histoire de France*, se confirma de manera aún más rotunda esta capacidad del maestre y del capítulo para oír, castigar y perdonar sus culpas, sin distinguir entre faltas disciplinarias y pecados:

«389.- Y sabed que nuestro capítulo fue establecido para que el hermano se confiese de sus faltas y se enmiende»¹²²¹.

«415.- Cada hermano debe cumplir bien y voluntariamente la peniten-

¹²¹⁷ «45.- *De levibus et gravibus culpis.*- Si aliquis frater loquendo vel militando aut aliter aliquid leve deliquerit, ipse ultro delictura suum satisfaciendo magistro ostendat, de levibus, si in consuetudinem non habentur, levem penitentiam habeat. Si vero eo latente per aliquem alium culpa cognita fuerit, majori et evidentiori subjaceat discipline et emendationi. Si autem grave erit delictum, retrabatur a familiaritate fratrum, nec cum illis simul in eadem mensa edat, sed solus refectionem sumat, dispensationi et iudicio magistri totura incumbat, ut salvus in iudicii die permaneat».(Henry Curzon, *La Règle du Temple*, p. 49).

¹²¹⁸ Santiago 19, 18-19, Sagrada Biblia, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1966, p. 1327.

¹²¹⁹ Segundo maestre de la Orden, sucesor de Hugo de Paganis.

¹²²⁰ Inocencio II, *Omne datum optimum*, Publicada por Rudolf Hiestand, *Papsturkunden für Templer und Johanniter. Neue Folge: Vorarbeiten zum Oriens Pontificius II*, T. II, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1984, pp. 96-97. [Apéndice N° 46].

¹²²¹ «*Et sachés qui nostre chapistre furent etabli por ce que li Frère se confessassent et lor fautes et les amendassent*» (artículo 389 de la Regla).

cia que le sea impuesta por el capítulo»¹²²².

«494.- Y ningún hermano debe tener vergüenza por la penitencia de manera que deje de cumplirla; pero cada uno debe tener vergüenza de haber pecado y cada uno deberá hacer voluntariamente su penitencia»¹²²³.

En el tiempo en que se fundó la Orden no había nada extraño en confiar al maestre o al preceptor la administración de la confesión y absolución dado que se consideraba que los monjes, por su dedicación al servicio de Dios, estaban investidos de un carácter cuasi sacerdotal. Al final del siglo XII, aunque ya se había establecido que la absolución de los pecados era una prerrogativa sacerdotal, era completamente usual que en los monasterios y conventos un monje oyera en confesión al resto de los hermanos y que la absolución fuera administrada por el abad, con lo que el sacramento constaba de dos fases diferenciadas. Incluso en el siglo XIII hay numerosos ejemplos en los que en caso de necesidad se permitía la confesión ante un laico, diciendo Santo Tomás de Aquino que en tales casos Dios remplace al sacerdote y que la absolución por la persona laica es cuasi sacramental, de manera que el pecador queda reconciliado con Dios y absuelto en el fuero interno, pero tan pronto como le sea posible deberá confesarse con un sacerdote para quedar reconciliado con la Iglesia (fuero externo)¹²²⁴.

Es muy probable que debido al planteamiento de la cuestión, en relación con los templarios, tuviera lugar discusiones profundas en el seno de la Iglesia hasta que el concilio de Trento, en 1551, estableció de manera absoluta que sólo los obispos y los sacerdotes tenían capacidad de oír las confesiones, de imponer la penitencia y de absolver los pecados¹²²⁵.

Otra cuestión a tener en cuenta en relación con la acusación a los dignatarios templarios de administrar el sacramento de la confesión, es la relativa a la naturaleza de la absolución de los pecados otorgada a los pecadores, pues hasta 1240 no se implantó la frase *Ego te absolvo* o *Ego absolvo a peccatis tuis* como fórmula universal de perdón de los pecados sin la cual, según dictamen emitido por la universidad de París, no había absolución y no fue hasta 1439, en el concilio de Florencia, en que esta fórmula fue formalmente adoptada por la Iglesia y todavía hubo que esperar hasta 1551 para que el concilio de Trento la declarara como el elemento esencial de la confesión y de la absolución de los pecados¹²²⁶.

El error de los templarios fue no adaptarse a los tiempos y continuar, en este asunto, con lo que desde siempre había sido su práctica habitual, probablemente debido a la confusa redacción de los artículos de la regla que emplean la palabra «confesión» tanto en referencia a las faltas disciplinarias como a los pecados:

¹²²² «Chaucun Frère doit bien et volontiers faire la penance que li est enchargée par chapistre». (artículo 415 de la Regla).

¹²²³ «Et nul Frère ne doit avoir honte de penance en maniere que il l'en laisse a faire; mais chascun doit avoir honte de afire le peché et la penance dont chascun faire volenterement» (artículo 494 de la Regla).

¹²²⁴ Henry Charles Lea, *The absolution formula*, p. 43.

¹²²⁵ Henry Charles Lea, *The absolution formula*, p. 44.

¹²²⁶ Henry Charles Lea, *The absolution formula*, p. 45.

«269.- Los hermanos capellanes deben oír las confesiones de los hermanos, y ninguno deberá confesarse en otra parte excepto con él»¹²²⁷.

Grouvelle da otra explicación que también parece razonable y dice que el gran maestre gozaba de una autorización especial «*ad personam*» para absolver los pecados «*a peccatis*» en su calidad de prelado y vicario-general del papa, pero, añade, que en todo caso, los maestros siempre hacían pronunciar la fórmula de perdón, aprobada por la Iglesia, a su capellán particular, la cual era diferente a la que los jefes de la Orden utilizaban para perdonar las faltas disciplinarias, tales como «*absolutio ab excessibus regularium, ex potestate sibi concessa a Deo et Domino papa in quantum potest, remitto quantum in me est,...*» que nada tienen que ver con la que pronunciaban los sacerdotes¹²²⁸. La prueba de que esta absolución no era más que un simple perdón de la Orden es que se daba en la clausura del capítulo, después de haber oído la confesión de las faltas y de haber impuesto la correspondiente penitencia y que las propias palabras rituales muestran que el hermano penitente se confesaba ante todo el capítulo y que el maestre, o quien hiciera sus veces, se limitaba a pronunciar el perdón en nombre de la Orden entera. Si se hubiera dado una usurpación de las funciones propias de los capellanes es bien seguro que éstos hubieran sido los primeros en quejarse al obispo o, incluso, al papa, pero ocurría justamente lo contrario y es que los capellanes pretendían dar la *absolutio ab excessibus regularium* con objeto de aumentar su influencia entre los hermanos, pretensión que fue radicalmente impedida por los preceptores y comendadores, por lo que se limitaron a hacer como siempre habían hecho, es decir confesar y absolver de nuevo a los hermanos después de los capítulos. La deposición de Robert de Brioy en el interrogatorio de París constata este hecho al poner de manifiesto que detrás de toda infracción de la Regla había también un pecado y que éste era competencia de los sacerdotes, lo que dio lugar a muchos problemas en el gobierno de la Orden pues los hermanos preferían la confesión sacramental y evitar la confesión pública en el capítulo¹²²⁹.

Ya fuera por convencimiento ya fuera por falta de argumentos, los inquisidores terminaron por aceptar que, al menos en este aspecto, la Orden era perfectamente inocente y dejaron de acusarla.

Pero éste no era el único cargo, relacionado con la confesión, presentado contra la Orden, pues en el artículo LXXIII del cuestionario se la acusaba de obligar a los miembros a confesarse sólo con sacerdotes de la Orden, hecho innegable puesto que está incluido en el antes mencionado artículo 269 de los Estatutos.

La explicación que ofrece Grouvelle es que en los últimos tiempos de la Orden se había puesto de moda la confesión de los hermanos con sacerdotes externos que solían imponer penitencias menos severas, hecho que coincidió con la apari-

¹²²⁷ *Les Frères chapelains doivent oyr les confessions des Frères, ne nul Frère se doit confesser a autre part fors que a lui* (artículo 269 de la Regla).

¹²²⁸ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 112.

¹²²⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, pp. 446-450.

ción de la figura de los monjes mendicantes¹²³⁰ viajeros que iban recorriendo las provincias para, entre otras cosas, confesar a la gente, lo cual tenía un doble inconveniente pues por un lado las faltas disciplinarias quedaban sin sancionar y por otro salían del ámbito interno de la Orden informaciones que en algún caso podían resultar perjudiciales. Es evidente que la exigencia a rajatabla de esta prohibición a quien más perjudicó fue a los dominicos, razón que para Grouvelle explicaría el ensañamiento con el que éstos dirigieron el proceso. Ésta es una acusación absolutamente sin sentido ya que había sido aprobada por la Santa Sede y era totalmente concordante con la normativa aprobada por el IV concilio de Letrán que prescribía la confesión con un *proprio sacerdotis* cualidad de la que gozaban los presbíteros de la Orden. Además, éste no era un beneficio exclusivo de los templarios, sino que del mismo disfrutaban otras órdenes, tales como los hospitalarios, los teutónicos o los calatravos. Incluso los cistercienses habían obtenido en 1254 un privilegio similar¹²³¹.

En todo caso, la acusación les pareció tan poco grave a los inquisidores que pronto reconocieron sin dificultad la existencia de esta norma en la Regla aprobada por la Santa Sede y la inocencia de la Orden.

La explicación de la inclusión de esta acusación en la lista de cargos se encuentra en los artículos siguientes (74, 75 y 76) en el primero de los cuales se dice que «los templarios, conscientes de sus errores, no solamente no querían corregirlos sino que habían evitado que llegara al conocimiento de la santa Madre Iglesia»¹²³². De esta manera pretendían los acusadores que los templarios fueran considerados más que simples herejes pues, si esta acusación hubiera prosperado, a cualquiera de los demás cargos se hubiera añadido la contumacia, al poner trabas para que la misma llegara a conocimiento del ámbito externo, con lo que los templarios pasaban a la categoría de herejes obstinados o inveterados cuyo castigo era la hoguera¹²³³.

La falacia de la incriminación queda al descubierto y desmontada con la demostración de la existencia de la norma estatutaria pues los tres cargos se basaban en la ilicitud de la costumbre, sin tener en cuenta la superioridad jerárquica de la norma positiva.

2.9.4.5 Análisis del quinto grupo de acusaciones: besos obscenos y vicios contra natura.

Estos hechos incriminatorios también están íntimamente relacionados con el de la negación de Cristo y las muestras de desprecio hacia la Cruz pues son los mismos testigos los que confiesan una y otra cosa, por lo que prácticamente todo lo dicho para la primera de las acusaciones es aplicable a ésta. Las acusaciones re-

¹²³⁰ Principalmente dominicos y franciscanos.

¹²³¹ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 114-117.

¹²³² LXXIV Item, quod fratres dicti ordinis scientes dictos errores corrigere neglexerunt.

¹²³³ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 117-118.

lacionadas con la carne en todas las épocas de la Historia han sido recurrentes y así los primeros cristianos fueron objeto de estas inculpaciones por parte de los judíos y posteriormente católicos y ortodoxos se acusaron mutuamente de tales pecados. El mismo papa Bonifacio VIII había sido denunciado por sodomía en 1302 por los hombres del rey¹²³⁴.

El secretismo de los capítulos, al que nos referiremos más adelante, fue el principal motivo de todas las sospechas y calumnias de herejía y el eje central sobre el que pivotaban todas los demás cargos.

Entre los templarios, como en el resto de las órdenes religiosas coetáneas¹²³⁵, los miembros de nuevo ingreso besaban en la boca al oficiante en la ceremonia de recepción como muestra de reconocimiento, respeto y obediencia. Era el «beso de la paz», al que en algunos lugares se añadía el beso en la parte inferior de la espalda al objeto de abrirles su plexo o centro energético (el *Mulhadhara Chackra* de los orientales). Lejos de toda connotación sexual o sensual, significaba la transmisión del aliento sagrado que nos recuerda el episodio del Génesis, cuando el Creador, tras moldear al hombre del barro, le insufló el aliento de vida. Equivalente también a las ceremonias de ungimiento, propias del cristianismo, para la recepción de un sacramento o a la imposición de manos característica de los rituales de iniciación de las Escuelas Místicas¹²³⁶. Todos los otros besos que se les atribuyen han de ser tomados con las máximas reservas, máxime cuando las confesiones sobre los mismos fueron obtenidas sólo en Francia y zonas de su influencia y por medio de la tortura.

Respecto a la acusación de que los hermanos contaban con permiso para llevar a cabo relaciones homosexuales entre ellos, solamente hay que señalar que era absolutamente contrario a la Regla de la Orden, en la cual se prescribe con el máximo de los castigos, la pérdida de la casa¹²³⁷, o sea, la expulsión de la Orden o, incluso, otros castigos más duros, como es la prisión de por vida¹²³⁸. Por lo tanto resulta inconcebible que los dirigentes de la Orden pudieran incitar a la comisión de actos que estaban específicamente prohibidos y tan duramente penados, por lo que se ha de concluir que la Orden, como institución, era inocente y buena prueba de ello es que sólo tres de los detenidos confesaron este pecado, y aún de estas confesiones cabe plantearse su veracidad por las circunstancias en que fueron obtenidas, pero en todo caso un número notablemente bajo para una organización tan amplia

¹²³⁴ Pierre Dupuy, *Histoire du différend d'entre le pape Boniface VIII et Philippe le Bel, Roy de France*, pp. 102-103.

¹²³⁵ Barbara Frale, *Los templarios*, p. 219.

¹²³⁶ Nicolás Martín Mateo, *Los templarios, sus claves históricas y misterios*, 2011, en <<http://www.monografias.com/trabajos64/templarios-historia-misterios/templarios-historia-misterios.html>>.

¹²³⁷ «416-422. Pénalité.- Liste des 10 divisions de ce code, Perte de la maison l^{re} division, causée par neuf fautes, dont, la simonie, la désertion, la sodomie» (Henry Curzon, *La Règle du Temple*, p. 6).

¹²³⁸ Helen Nicholson señala que en el único caso de sodomía del que hay constancia, hubo tres implicados de los cuales dos fueron castigados con la prisión perpetua y el tercero logró escapar (Helen Nicholson, *Los templarios*, p. 200).

y extendida y en una época en la que en las órdenes religiosas abundaban, no sólo las prácticas homosexuales, sino la violación sistemática y la prostitución¹²³⁹.

2.9.4.6 Análisis del sexto grupo de acusaciones: acumulación de bienes por medios ilícitos y no utilización de los mismos de manera adecuada.

Según dice Guillermo de Tiro, sólo cincuenta años después de su fundación, no existía en Europa ningún potentado tan rico como la orden del Temple. Y durante el siglo XIII sus bienes no cesaron de crecer¹²⁴⁰. El padre Honoré de Sainte-Marie en su *Dissertation Sur la Chevalerie* calcula los ingresos totales en esta época en dos millones de libras, cantidad enorme si se tiene en cuenta que los ingresos totales del dominio real en Francia ascendían a unas ochenta mil libras¹²⁴¹.

Mathieu París, historiador inglés de la Edad Media, cuenta que la Orden tenía en toda la Cristiandad nueve mil propiedades inmobiliarias y que cada una era capaz de mantener a un caballero en Tierra Santa. Münter no cuenta entre estas nueve mil las propiedades que tenía la Orden en ultramar¹²⁴². Un autor alemán, del que Grouvelle no da el nombre, eleva el número de las propiedades a cuarenta mil¹²⁴³.

Según las ordenanzas de Felipe IV, la soldada de un caballero de tercera categoría, con un solo escudero, ascendía a quince *sous* diarios, por lo que el gasto correspondiente a nueve mil caballeros a este precio, considerando que la libra tornesa equivalía a cincuenta *sous*, se elevaría a un total de un millón de libras tornesas por año. Ahora bien, teniendo en cuenta que la Orden tenía alojamientos por todas partes, que todos los suministros procedían de sus propios establecimientos, que fabricaba en su seno los arreos y armas necesarios, que tenía sus propios arsenales y criaderos de caballos, el mantenimiento de un caballero era bastante menos caro de lo que lo era para el rey francés que no reunía al ejército más que unos pocos meses al año¹²⁴⁴.

A una cifra similar se puede llegar por otro camino. Hay un título de 1295, de Odón, conde del Rosellón, por el cual legó cien libras al Temple para el mantenimiento de un caballero en Tierra Santa, luego 9.000 caballeros a 100 libras hacen un total de 900.000, cifra similar a la obtenida por la otra vía¹²⁴⁵.

Otra fuente de ingreso, que de ninguna forma puede ser considerada menor, es la procedente de la actividad bancaria de la Orden, actividad que, en contra de

¹²³⁹ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, pp. 200-201.

¹²⁴⁰ Guillermo de Tiro, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Libro XII, capítulo VII, en: <<http://www.thelatinlibrary.com/williamtyre/7.html>>.

¹²⁴¹ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 195.

¹²⁴² Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 197.

¹²⁴³ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 198.

¹²⁴⁴ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, pp. 195-196

¹²⁴⁵ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 196

lo que se cree, no fue exclusiva de los últimos años de la Orden sino que desde muy pronto fue vista por los templarios como una fuente de ingresos limpia y productiva¹²⁴⁶. Melville recoge en su obra el caso documentado de un préstamo, con garantía inmobiliaria y mobiliaria, a una pareja de residentes en Hispania, para financiar un viaje de peregrinación a Tierra Santa¹²⁴⁷ en octubre de 1136, sólo ocho años después del concilio de Troyes. No es que inventaran la banca, pues esta actividad ya era ejercida por los lombardos, florentinos y venecianos principalmente, lo que si se les atribuye es el invento del cheque de viaje y la letra de cambio. El mecanismo era muy sencillo: un particular depositaba una cantidad dineraria en una encomienda, a cambio de lo cual recibía un documento justificativo que al ser presentado en otra encomienda era convertido en dinero. Por este servicio los templarios recibían una contraprestación que, al estar el cobro de intereses prohibido por la Iglesia, se hacía figurar como donación para Tierra Santa¹²⁴⁸. Aspecto importante de la actividad bancaria fue la actuación como depositarios y prestamistas de reyes, príncipes, nobles y particulares, destacando el caso de la corona francesa, cuyo tesoro estuvo depositado en las arcas del Temple de París, siendo administrado, en calidad de tesorero real, por el tesorero de la Orden y las grandes sumas prestadas al rey francés y al mismo papa en el pontificado de Bonifacio VIII lo que permitió a la santa sede sortear el aislamiento al que la sometió Felipe IV¹²⁴⁹.

La potencia naval templaria es a menudo minusvalorada en comparación con la potencia militar terrestre. La flota naval templaria fue parte de la maquinaria de guerra de la Orden, además de una fuente importante de ingresos y se extendía por todos los mares, desde el Báltico al mar Negro, pero su principal zona de operaciones fue el Mediterráneo. Cubrieron todos los aspectos de la marina, desde el transporte de peregrinos y tropas hasta el abastecimiento de alimentos y municiones. Operaban en los principales puertos del Mediterráneo (Marsella, Venecia, Barcelona, Mallorca, Colliure) y el Atlántico (La Rochelle). Utilizaron todo tipo de embarcaciones pero principalmente las que eran usuales en la zona de actividad. Así, en el Mediterráneo el navío más utilizado era la galera, al igual que los enemigos sarracenos y en el Atlántico usaron los barcos a vela, lo que les permitía navegar por las aguas oceánicas. Además, incorporaron a su flota los navíos que capturaban a los enemigos¹²⁵⁰.

A todos los inmensos ingresos que tenía la Orden, vía donaciones y vía producto de sus inversiones y resultado de sus explotaciones, vía sus actividades ban-

¹²⁴⁶ Sobre las actividades bancarias y financieras de la Orden, Ignacio de la Torre Muñoz de Morales, presentó en UNED en el año 2002, una tesis doctoral titulada *Actividades financieras de la Orden del Temple*.

¹²⁴⁷ Mariom Melville, *La vie des Templiers*, Éditions Gallimard, París, 1951, pp. 75-83.

¹²⁴⁸ Primitivo Martínez Fernández, *La Inquisición, el lado oscuro de la Iglesia*, Panamericana, Formas e Impresos, Bogotá, 2008, p. 225-226.

¹²⁴⁹ Julio Valdeón Baroque, «El proceso de los Templarios», en *Grandes procesos de la historia de España*, Editorial Crítica, Madrid, 2002, p. 48.

¹²⁵⁰ Steven Sora, *Secret Societies of America's elite. From the Knights Templar to Skull and Bones*, Destiny Books, Rochester, 2003. pp. 16-20.

carias y las de su flota marítima, hay que añadir las dotes, en concepto de subvenciones para Tierra Santa, de los nuevos hermanos que ingresaban en la Orden, incluidos los que se enrolaban temporalmente y los que lo hacían en calidad de sirvientes. Por ejemplo, la dote de Gui, delfín de Auvergne, que murió con el gran maestre en la batalla de Mansoura (Egipto), había sido de quince mil libras tornezas y doscientas libras de renta anual¹²⁵¹.

Pero todos estos elevadísimos ingresos tenían un fin: mantener Tierra Santa en manos cristianas y financiar el ingente coste de las tropas necesarias para ello. Malcolm Barber pone de manifiesto el cuantioso coste de las actividades ordinarias que tenía encomendada la Orden en tierras de infieles, en las fronteras y en los caminos para proteger a los peregrinos (construcción de castillos y defensas, mantenimiento de una fuerza militar eficiente, etc.) y en las cruzadas, todas las cuales precisaban de una organización muy fuerte en la que los miembros no combatientes llegaron a superar a los hombres de armas y que los inventarios confeccionados por los oficiales de Felipe IV tras las detenciones no indican en absoluto que los templarios hubieran caído en una vida de excesos¹²⁵².

Las adquisiciones de bienes por los templarios estuvieron sujetas a las estrictas reglas que imperaban en la Iglesia y en la sociedad de la época y en cuanto al mal uso de los mismos nada se probó a lo largo del proceso. Los hermanos que declararon sobre esta cuestión dijeron que era usual en la Orden repartir comida tres veces por semana entre los necesitados¹²⁵³ y, como dijo el preceptor de Mas Deu en su apelación al rey Jaime II de Aragón «la Orden repartía grandes sumas de dinero en limosnas, diariamente y en época de escasez, como cuando dieron de comer a veinte mil personas en Gardeny y a seis mil en Monzón»¹²⁵⁴.

De todas maneras, los inquisidores no insistieron mucho en esta acusación que, por otro lado, no vulneraba ningún principio fundamental de la Iglesia y cuya única justificación para estar incluido entre las acusaciones es la de lograr formar un estado de opinión en la gente y desacreditar a la Orden.

2.9.4.7 Análisis del séptimo grupo de acusaciones: secretismo de las reuniones y capítulos.

El origen de la mayoría de las acusaciones vertidas contra los templarios está en los actos heréticos que se le achacan a la Orden con ocasión del ingreso de los nuevos miembros, por lo que se puede afirmar, sin miedo a equivocación, que ninguno de los cargos hubiera tenido el más mínimo éxito si las ceremonias de investidura hubieran sido públicas. Pero en el Temple nadie estaba autorizado a asis-

¹²⁵¹ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 202.

¹²⁵² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 359.

¹²⁵³ Ver por ejemplo la declaración de Jean de Corneilles de nueve de febrero de 1311 ante la comisión papal.

¹²⁵⁴ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 276.

tir a la ceremonia de imposición del manto¹²⁵⁵, incluidos los padres y familiares allegados del novicio, lo que hizo surgir las sospechas y los pretextos para toda clase de acusaciones. Al respecto, Helen Nicholson dice que la orden del Temple no fue una organización particularmente dada al secretismo, en comparación con otras órdenes religiosas de la época, y sin duda no más que las otras dos grandes órdenes militares, la de los caballeros hospitalarios de san Juan y la de los caballeros teutónicos, y añade que se suponía que los capítulos de todas las órdenes religiosas tenían que ser secretos porque la gente de fuera no debía conocer los problemas internos de la Orden y termina preguntándose ¿Qué compañía internacional moderna permitiría que unos intrusos asistieran a sus reuniones sin haber sido invitados?¹²⁵⁶.

Desde hacía mucho tiempo este secretismo había dado lugar al nacimiento de habladurías y chismes contrarios al buen nombre de la Orden y así, cuando se examinan los motivos de queja contra ella, éste del secretismo siempre aparece en un lugar predominante. Interrogados sobre este punto, la mayoría de los templarios franceses no intentaron ni siquiera ofrecer una excusa, sino más bien trataron de justificarlo.

El secretismo de la Orden se explica de tres maneras:

1. Según la primera de ellas, el secreto y el silencio había caracterizado a toda la institución desde el principio y así estaba expresamente establecido para los capítulos en la Regla de la Orden.
2. De acuerdo con la segunda explicación, la reserva y confidencialidad en las recepciones era un símbolo que ponía de manifiesto al nuevo hermano la separación del mundo y la asunción de las nuevas obligaciones que desde ese momento contraía.
3. Conforme a la tercera, el secreto se explica por el carácter militar de la Orden, en la que los capítulos hacían las funciones que hoy en día realizan los estados mayores de los ejércitos y por lo tanto había que tratar por todos los medios que lo hablado en ellos no llegara a oídos del enemigo. Esta costumbre, nacida en Tierra Santa, se extendió por todas las encomiendas y casas del continente llevada por los hermanos que volvían.

Al secretismo de las reuniones hay que añadir una circunstancia en la que tan sólo algunos hermanos hicieron hincapié en las declaraciones y es la nocturnidad. En el Temple, los capítulos generales, lo mismo que las recepciones, eran siempre nocturnos. La explicación la ofrecen los propios hermanos que declararon sobre este extremo diciendo que se trataba simplemente de precauciones que se adoptaban para aislar a los reunidos y hacerlos impenetrables a las miradas externas.

En cualquier caso, tales formas de llevar a cabo las reuniones, además de no

¹²⁵⁵ Blanco para los caballeros, negro o pardo para los sargentos.

¹²⁵⁶ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 25.

constituir en sí mismas violación de regla eclesial alguna, no debían llamar la atención de nadie ni ser en absoluto dudosas, desde el momento en que se encontraban recogidas en los estatutos, razón por la cual ni los inquisidores ni la propia comisión hizo mucho hincapié en ella.

2.9.4.8 Análisis recapitulativo de las acusaciones.

Guillermo Imbert, no inició los interrogatorios hasta el diecinueve de octubre, lo que ha llevado a algunos autores a suponer que los cinco días que transcurrieron desde la detención de los templarios fueron empleados por los inquisidores y verdugos del rey, en realizar un interrogatorio previo y una labor de «preparación» de los detenidos, de lo que no hay constancia documental alguna¹²⁵⁷. Grouvelle incluso incluye en esta actividad al propio Guillermo Imbert al que atribuye haber visitado a los prisioneros para llegar a conocer mejor la Orden, encontrar nuevas circunstancias inculpatorias y hacerles comprender el tipo de confesiones que más podrían agradar al rey¹²⁵⁸. Sorprende, observa Beck, que por crédulos que fueran, los hombres de la Edad Media diesen verdaderamente crédito -ni siquiera por un instante- a acusaciones tan disparatadas.

Tal acumulación oficial de calumnias, dice Gobry, la más negra e inimaginable de toda la historia de la Iglesia, requiere algunos comentarios, comenzando por los más inverosímiles. Los cargos 2 a 13 referidos a la ceremonia de iniciación, el 30 sobre obscenidades en dicha ceremonia, los incluidos del 40 al 44 sobre homosexualidad y los comprendidos del 45 al 52 sobre idolatría, son burlescos e inconcebibles, como manifestó el gran maestro ante la comisión papal. No es creíble, dado que sobrepasa los límites del entendimiento, que unos caballeros cuya vida de abnegación y de bravura, de piedad exigente, con sus vigiliass y madrugones, se dieran a la vez a la blasfemia, la herejía, la lujuria y la impudicia. Los cargos números 74, 75 y 78 meten el dedo en la llaga al poner de manifiesto que ningún hermano, desde los orígenes de la Orden, hubiera jamás revelado, ni en público ni en privado, ni a familiares ni a amigos, ni a confesor u obispo, ni al mismo papa, las depravaciones que, según las acusaciones, tenían lugar a diario en la Orden, lo que a nuestro entender resulta absolutamente inconcebible por inverosímil¹²⁵⁹.

Analizadas las acusaciones en su conjunto vemos que fueron utilizadas tanto para incitar el odio y el revuelo popular como para satisfacer a los intelectuales, principalmente los de la universidad de la Sorbona, que se sentían por encima de la violencia de las emociones y las supersticiones de la masa¹²⁶⁰.

En resumen, las acusaciones fueron concebidas con astucia para poner en evidencia los puntos más débiles de los templarios, para socavar a los más fuertes

¹²⁵⁷ Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 105.

¹²⁵⁸ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 32.

¹²⁵⁹ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, pp. 189-190.

¹²⁶⁰ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 267.

y para que los hermanos no pudieran escapar de ellos¹²⁶¹.

Terminamos este epígrafe con las palabras de alguien tan poco dudoso como el padre Pierre de la Palau (o Palude), dominico de la diócesis de Lyon, bachiller en Teología, que, interrogado el diecinueve de abril de 1311 como testigo, dijo:

«...que ha asistido a los interrogatorios de un gran número de templarios. Algunos confesaron la mayor parte de los errores incluidos en este cuestionario; otros muchos los negaron absolutamente. Le parece a él que se debe dar mayor credibilidad a los que niegan que a los que confiesan»¹²⁶².

2.9.5 Análisis del interrogatorio de Chinon y de la absolución del maestro y los dirigentes interrogados¹²⁶³.

En el año 2003 la doctora Bárbara Frale hizo público un documento, descubierto por ella en 2001, en el que se recoge el acta de los interrogatorios al gran maestro y a otros dignatarios de la Orden en un artículo titulado «El papado y el proceso a los templarios. La inédita absolución de Chinon a la luz de la diplomática pontificia»¹²⁶⁴, comúnmente conocido como Pergamino Chinon¹²⁶⁵, que levantó

¹²⁶¹ Helen J. Nicholson, *Los templarios*, p. 304.

¹²⁶² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 195.

¹²⁶³ Epígrafe 2.5.16.

¹²⁶⁴ Barbara Frale, *Il papato e il processo a il Templari. L'inedita assoluzione di Chinon alla luce della diplomatica pontificia*, Edizioni Viella, Roma, 2003.

¹²⁶⁵ « Absolución del papa Clemente V para los jefes de la Orden templaria». La información literal aportada en la página es la siguiente: «El documento contiene la absolución impartida por Clemente V al último gran Maestro del Templo, el fraile Jacques de Molay, y a los demás jefes de la Orden después de que estos últimos hicieran acto de penitencia y solicitaran el perdón de la Iglesia; tras la abjuración formal, obligatoria para todos aquellos sobre los que recayera la sospecha de herejía, los miembros del Estado Mayor templario son reintegrados en la comunión católica y readmitidos para recibir los sacramentos. Perteneciente a la primera fase del juicio contra los templarios, cuando Clemente V todavía estaba convencido de poder garantizar la supervivencia de la orden religiosa y militar, el documento responde a la necesidad apostólica de eliminar de entre los frailes guerreros la infamia de la excomunión en la que se habían metido solos al admitir que habían renegado de Jesucristo bajo las torturas del inquisidor francés. Como confirman distintas fuentes de la época, el papa comprobó que entre los templarios se habían insinuado graves formas de malas costumbres y planificó una reforma radical de la orden para después fundirla en una única institución con otra gran orden religioso-militar, la de los hospitalarios. El acta de Chinon, supuesto necesario para la reforma, sin embargo, se quedó en papel mojado. La monarquía francesa reaccionó poniendo en marcha un verdadero mecanismo de chantaje que obligará seguidamente a Clemente V a dar un paso definitivo durante el concilio de Vienne 1312, al no poder oponerse a la voluntad de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, que imponía la eliminación de los templarios, el papa, una vez oído el dictamen de los padres conciliares, decidió suprimir la Orden “por norma irrefragable y perpetua” (bula Vox in excelso, 22 de marzo de 1312). Clemente V especifica, sin embargo, que esta sufrida decisión no constituye un acto de condena por herejía, a la cual no se habría podido llegar sobre la base de las distintas investigaciones realizadas en los años anteriores al concilio. Para pronunciar una sentencia definitiva, por tanto, habría sido necesario un proceso regular que contemplara entre otras cosas la exposición de los argumentos de la defensa por parte de la orden. Pero el escándalo suscitado por las infamantes

un gran revuelo mediático por cuanto que parecía que la absolución otorgada a los dignatarios de la Orden entraba en colisión con la abolición de la misma por la bula *Vox in Excelso*. Aunque el texto que aparece en la nota al pie, que durante algunos años se pudo leer en la web oficial del Vaticano, es suficientemente explicativo, dado que ha dejado de estar colgado y que siguen publicándose artículos y libros en los que se da por hecho el perdón y la absolución de la Orden por Clemente V, queremos realizar una crítica específica del contenido de dicho acta.

Ante todo hay que dejar claro que del acta original se hicieron al menos dos copias, una que se envió al rey de Francia y que pasó a formar parte de los Archivos nacionales de Francia y otra que se depositó en los Archivos del Vaticano que es la que se traspapeló en el siglo XVIII y que ha sido «encontrada» por Bárbara Frale. Además, un extracto fiel de su contenido consta en una carta enviada el veinte de agosto (martes después de la Asunción) por los cardenales Berenguer, Stefano y Landolfo al rey Felipe, la cual es conocida desde siempre ya que fue incluida por Baluze en 1693 en el Tomo II de su obra «*Vitæ paparum Avenionensium*» y por Dupuy en 1751 en su «*Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem*».

Hecha esta puntualización, lo siguiente que hay que decir es que el acta de Chinon no es ni más ni menos que el registro de uno más de los muchísimos interrogatorios a los que fueron sometidos los templarios de toda Europa, siendo su única singularidad, aparte del hecho de haber estado traspapelada durante más de tres siglos, la personalidad de los sujetos intervinientes, que por el lado de los interrogadores fueron los tres cardenales antes citados, especialmente comisionados para la ocasión por el papa, y por parte de los interrogados el maestre y otros cuatro dignatarios de la Orden. Concretamente en Francia se calcula que tuvieron lugar unos dos mil interrogatorios, de los que doscientos treinta y uno corresponden a los que efectuó la comisión papal y el resto a los efectuados por los distintos concilios provinciales. El interrogatorio de Chinon es anterior a la constitución de la comisión papal y es el tercero de los que sufrió el maestre, que aún sería sometido a otros tres más por dicha comisión antes del concilio de Vienne. Por ello, la especial repercusión mediática, que sin duda tiene este acta, es debida exclusivamente a la exagerada e infundada importancia, no exenta de autobombo, que le ha otorgado la profesora Frale, que en la presentación a los medios de su «descubrimiento» no matizó suficientemente la diferencia entre absolución eclesiástica de los pecados y absolución judicial de los delitos, lo cual fue, y sigue siendo, motivo de confusión.

acusaciones dirigidas a los templarios herejía, idolatría, homosexualidad y prácticas obscenas habría disuadido a cualquiera, según el pontífice, de llevar la vestimenta templaria y, por otra parte, una dilación en la decisión sobre tales cuestiones habría producido la dilapidación de ingentes riquezas ofrecidas por los cristianos a la orden, encargada de correr en ayuda de la Tierra Santa para combatir a los enemigos de la fe. La atenta consideración de estos peligros, junto con las presiones por parte francesa, convencieron al papa a suprimir la orden de los caballeros del Temple, al igual que en el pasado, y por motivaciones menores, había sucedido a órdenes religiosas de importancia mucho más relevante.» [Signatura, ASV, *Archivum Arcis, Armarium D 218* Original, Copia simple. Cf. <<http://asv.vatican.va/es/doc/1308.htm>>].

Los pecados o errores sobre los que versó el interrogatorio de Chinon fueron:

- Abjuración de Dios y/o Jesucristo.
- Ultraje a la Cruz.
- Besos en la boca y otras partes del cuerpo.
- Práctica de la sodomía o recomendación de la misma.
- Idolatría (adoración al *Baphometus*).

Según se recoge en el acta, todos los interrogados confesaron haber renegado de Dios o de Jesucristo, dos declararon los ultrajes a la Cruz habiendo escupido al lado no sobre ella, tres admitieron los besos en la boca y dos en otros lugares del cuerpo, todos negaron la idolatría y sólo uno declaró haber visto una cabeza de un ídolo (*Baphometus*) en Montpellier. Todos negaron haber practicado la sodomía, aunque uno dijo que él había aconsejado a los novicios a los que había recibido que «si les resultaba difícil contenerse se juntaran con hermanos de la Orden»¹²⁶⁶.

Las declaraciones de Chinon fueron utilizadas por el papa para justificar la constitución de la comisión papal y las comisiones provinciales de encuesta, declarando en la bula *Faciens misericordiam* que los más altos dignatarios de la Orden habían confesado que habían delinquido gravemente (*graviter deliquisse*):

«El maestro y los preceptores de Francia, Ultramar, Normandía, Aquitania y Poitou, ante los tres cardenales, cuatro notarios y gran números de «*prud'hommes*», prestaron juramento sobre los Evangelios y, sin la menor presión ni amenaza, uno por uno, reconocieron entre otras cosas, la abjuración de Cristo y los escupitajos sobre la Cruz; alguno entre ellos reconoció que había recibido con este mismo ceremonial a un gran número de hermanos. Algunos, en fin, depusieron otras confesiones tan espantosas e inconvenientes que preferimos callarnos, preocupados de no aumentar aquí su vergüenza»¹²⁶⁷.

Los documentos existentes de las confesiones ante la comisión papal, demuestran que los procesos contra el Temple y los templarios, tanto ante la comisión papal como ante los concilios provinciales, avanzó de acuerdo con los procedimientos usuales para los juicios contra los herejes, incluso echando abajo la afirmación contenida en las actas de que los templarios declararon no haber sufrido tortura ni ningún tipo de presión, dado que bajo el Derecho Romano y el Canónico no podía llegarse a una convicción sobre la base de una confesión obtenida por el empleo de la tortura, si no era confirmada por otros medios probatorios, es la razón por la cual los que confesaron bajo tortura tuvieron que declarar que habían confesado libremente y sin haber sufrido ningún daño ni presión.

Al hablar del procedimiento inquisitorial hemos dicho que el mismo no estaba sujeto a los mismos requisitos que el procedimiento ordinario, lo cual no quiere decir que su actuación fuera, en modo alguno, arbitraria, sino más bien todo lo contrario, ya que las formalidades eran sumamente importantes. El objetivo

¹²⁶⁶ Declaración de fray Hugo de Pairaud (Epígrafe 2.5.16.2).

¹²⁶⁷ Epígrafe 2.5.14.2

primordial del proceso era descubrir la herejía y conseguir la confesión del procesado, la abjuración del error, la solicitud del perdón, la purgación, la absolución y la imposición de la penitencia¹²⁶⁸. Pues bien, es dentro de este contexto donde hay que incardinar la absolución dada por la comisión de los tres cardenales a Jacques de Molay y restantes dignatarios de la Orden. Clarificador en este sentido es un párrafo del escrito dirigido por los tres cardenales al rey Felipe el veinte de agosto de 1308:

«Y así, después de haber examinado a los predichos y de haber todos ellos abjurado de la herejía y haber pedido todos la absolución, les hemos absuelto singular e individualmente, y les hemos restituido e incorporado en la unidad de los sacramentos y de la Iglesia»¹²⁶⁹.

Por lo tanto, la absolución a la que se refiere el acta de Chinon es la absolución canónica del pecado de herejía otorgada «singular e individualmente» a cada uno de los hermanos (no a la Orden), necesaria para ser readmitido en la comunión de los cristianos, la cual no liberaba de la responsabilidad penal por el delito de herejía. Por consiguiente, la absolución otorgada en Chinon de ninguna manera puede ser considerada como una exculpación de la Orden, siendo buena prueba de ello que, mediante las bulas *Subit assidue* y *Faciens misericordiam* de doce de agosto, en las que se hace referencia a los interrogatorios de Chinon, se ordenase la apertura de procesos contra las personas y contra la Orden e, incluso, se nombra la comisión papal que había de llevar a cabo la instrucción contra la institución.

2.9.6 Análisis crítico del proceso contra la Orden.

2.9.6.1 Características del procedimiento y de la comisión papal.

Hasta el advenimiento e implantación de la Inquisición, el Derecho Procesal Penal imperante en los países europeos, que eran territorios del Derecho Romano, estaba constituido básicamente por el sistema acusatorio, cuyas característica esencial es que el *ius punendi* es ejercido por un particular en vez de por un funcionario del Estado. Es decir, es un sistema contradictorio, o sea con dos partes (al igual que el Derecho Civil): una actora o demandante, generalmente la víctima, y otra demandada o acusada. Este sistema procesal penal tuvo su origen en el proceso penal romano, cuando al final del período republicano, se puso de manifiesto la necesidad de mecanismos más eficaces para la investigación de determinados crímenes.

Con la implantación del sistema inquisitivo el esquema del proceso varió sustancialmente, pues el juez, como director de juicio, dejó de tener una actitud pasiva y pasó soportar todo el peso que hoy corresponde a los instructores —en Es-

¹²⁶⁸ Epígrafe 2.2.14.

¹²⁶⁹ Epígrafe 2.5.16.1.

pañá al juez de instrucción— con plenos poderes y la capacidad de utilizar todos los medios imaginables en el descubrimiento del delito. Por su parte, el acusado pasó de presunto inocente a presunto culpable con un muy estrecho margen de posibilidades para introducir en el procedimiento medios de prueba que le fueran favorables, aparte de la confesión y de la declaración de testigos.

El sistema se mostró tan eficaz que rápidamente fue adoptado en el ámbito civil por la mayoría de los países de la Cristiandad¹²⁷⁰.

Este, pues, era el sistema en vigor cuando por la bula *Subit assidue* Clemente V anunció la puesta en marcha de dos procedimientos separados para juzgar el asunto de los templarios, uno contra las personas y otro contra la Orden como institución, pero con una especialidad en este último caso ya que el proceso que diseñó constaba de dos fases claramente diferenciadas: una inquisitiva o de instrucción, llevada a cabo por una comisión especial, creada *ad hoc*; y otra de juicio que atribuyó al concilio general convocado para principios de octubre de 1311.

En lo que respecta al proceso contra la Orden, son varios los autores (Finke, Lizerand y Barber entre ellos) que adjudican a Felipe IV y su entorno la autoría de la lista de cargos, que integraron las acusaciones contra la Orden, en base a una carta del rey al papa de principios de 1309 en la que aquél pedía a éste que no hiciera cambios en dicha lista¹²⁷¹. Sea, como dicen estos autores, porque el papa se la había remitido antes para su aprobación o porque le fuera enviada por él al sumo pontífice, lo cierto es que, por encima de otras consideraciones, lo que la misma pone de manifiesto es el control absoluto del monarca sobre las decisiones papales.

Los integrantes de la comisión papal, compuesta de acuerdo con los deseos del rey¹²⁷², según dispone el escrito de traslado de la bula *Faciens misericordiam*, eran todos, sin excepción, franceses y hombres del rey, sobre los que Beck llega a decir que, a pesar de ser todos clérigos, no tenían claro con quien estaban sus fidelidades, si con el Estado o con la Iglesia¹²⁷³. Así, Giles de Aisselin, uno de los más íntimos consejeros del rey, en la reunión de Poitiers pidió el castigo de la Orden y en el transcurso de la encuesta le fue devuelto el cargo de guardián de los sellos reales; Guillermo de Trie debía el obispado de Bayeux a la presión del rey sobre el papa; Guillermo Durante, perteneciente a una familia devota del rey con quien mantenía unas excelentes relaciones, residía cerca de la corte¹²⁷⁴. Sin embargo para Lavocat, la comisión, que estaba compuesta por hombres elegidos, devotos e ilustrados, absolutamente leales al papa y al rey, procedió con una cierta suavidad y con bastante imparcialidad, pero estuvo falta de independencia y fue sobrepasada

¹²⁷⁰ «Y ese fue el tipo de proceso penal utilizado por la Inquisición española...[y]... por todos o casi todos los Tribunales penales de todos o casi todos los reinos de la Europa continental desde el siglo XIII al XVIII» [Francisco Tomás y Valiente, «El proceso penal», en *Historia 16*, Extra I, *La Inquisición*, (1976), pp. 19-36].

¹²⁷¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 169; Heinrich Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, T. II, p. 196.

¹²⁷² Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, p. 138.

¹²⁷³ Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 138.

¹²⁷⁴ Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, p.138.

por los acontecimientos¹²⁷⁵.

También la sede de la comisión fue elegida con sumo cuidado de manera que los hombres del rey pudieran controlarla con todo descaro y ocasionar con ello el máximo daño a la Orden, escogiendo precisamente París, la ciudad en la que detrás de cada esquina y de cada muro estaban al acecho los esbirros del rey y donde los testigos que se presentaran a declarar a favor de la Orden pudieran ser detenidos, incluso a plena luz del día, por los agentes de Nogaret¹²⁷⁶.

Las características más importantes de la comisión papal, que no era un tribunal al uso tal como se entiende hoy en día, eran:

- Se trataba de una comisión exclusivamente instructora, no juzgadora, con la consecuencia de que no estaba prevista la celebración de debates en su seno. El juicio, o mejor dicho con léxico actual, la vista, se había previsto que se celebrara en el concilio de Vienne de 1310, posteriormente retrasado hasta 1311.
- Su competencia objetiva se extendía exclusivamente a la Orden, no a las personas que la componían.
- Su competencia personal abarcaba a cualquier persona, templario o no, clérigo o laico, que supiera o tuviera algo que decir que pudiera interesar al procedimiento, incluidos el maestre y los dignatarios de la Orden, a pesar del fuero personal de que gozaban, conforme al cual el conocimiento de las causas en que estuvieran involucrados correspondía exclusivamente al papa.
- Su competencia territorial se extendía expresa y exclusivamente a todo el territorio de la corona francesa, pues así se dispone en el documento de notificación de la bula *Faciens misericordiam* a los componentes de la comisión papal (*fuissent per litteras apostolicas ad inquirendum contra templariorum ordinem in regno Franciæ*)¹²⁷⁷, lo que resulta chocante dado que la Orden estaba extendida por toda la Cristiandad.

Si bien en sentido estricto no era un tribunal inquisitorial, puesto que los inquisidores no formaban parte de él, a todos los efectos actuó como un tribunal especial sometido a la normativa inquisitorial, en todo lo que no se oponía a las bulas promulgadas por Clemente V que fueron las principales fuentes jurídicas por las que se rigió el proceso contra la Orden.

2.9.6.2 Análisis de la instrucción.

Entre los primeros en comparecer ante la comisión estuvieron el visitador de Francia, Hugo de Pairaud y el maestre Jacques de Molay. En opinión de Barber, si

¹²⁷⁵ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 214.

¹²⁷⁶ Andreas Beck, *El fin de los templarios*, p. 138.

¹²⁷⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 12.

¹²⁷⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, p. 1.

había alguien que podía presentar una defensa sólida eran estos dos hombres por la alta posición que habían ocupado en la Orden, pero fray Pairaud se negó a hablar ante la comisión por entender que sólo al papa correspondía oír lo que tuviera que decir y el maestre haría lo mismo días más tarde, añadiendo que era pobre e iletrado, y que carecía de recursos para contratar un abogado, aunque, en su descargo, añade que era anciano y que se encontraba confundido y enfermo y que lo único que conseguiría sería ponerse en ridículo¹²⁷⁸. Por su importancia intrínseca, la actitud del gran maestre es analizada de manera singular en el siguiente epígrafe.

El veintiocho de marzo de 1310 Pedro de Bolonia presentó su primer alegato de defensa ante la comisión en el que se limitó a reivindicar una serie de peticiones para mejorar la estancia en prisión de los hermanos templarios, sin hacer referencia alguna a la Orden como organización.

El día uno de abril, Helias Aymeric, en nombre de veinte templarios, presentó ante los notarios una larga solicitud en la que rogaba a Dios, a Cristo y a la Virgen María que protegiera a la Orden, que era y había sido creada santa por el bienaventurado Bernardo y contra la cual se habían suscitado tantas sospechas. Cada párrafo termina con la expresión «amen» por lo que más que a la comisión, sus palabras parecen dirigidas al mismo Dios.

En su comparecencia ante los notarios del tres de abril de 1310, el catalano-aragonés fray Joan de Montreal, bien intencionado pero lego en Derecho, se limitó a hacer una encendida defensa de la religiosidad de la Orden y de su fidelidad al papa, recalcando que si cualquier hombre ofendía a la Orden diciendo que se había corrompido, los templarios, en nombre de los cuales él hablaba, estarían dispuestos a combatirle en defensa de la misma, excepto si se trataba del rey o del papa.

El mismo día tres de abril once templarios hicieron llegar a los comisarios, por medio de sus guardianes, un escrito en el que pedían que fueran oídos los testimonios de los clérigos y los laicos que habían tenido la ocasión de vivir con los templarios. Añadían, que los inquisidores los habían hecho sufrir mil tormentos en las prisiones y en las cámaras de tortura y que no los habrían soportado si, como se dice, la Orden hubiera estado corrompida. Para terminar requerían ser asesorados por los hermanos Pedro de Bolonia, Renaud de Provins y Guillermo de Chambonet. A finalizar la jornada, estos once templarios fueron visitados por los notarios, los cuales les preguntaron si ya había elegido sus procuradores, a lo cual respondieron que no, pero, aclararon, no por obediencia al gran maestre, sino por miedo a las presiones y otros peligros a los que podrían quedar sometidos¹²⁷⁹.

Pero también hubo hermanos, como los sacerdotes Reinaldo de Pruino y Pedro de Bolonia, que emprendieron la defensa legal de la Orden empezando por alegar que el procedimiento seguido no era válido e indicando cuales, a su entender, eran las condiciones exigibles en Derecho¹²⁸⁰. El tenor de estos escritos enviados por ellos, dice Roman, son textos jurídicamente esenciales para la defensa y

¹²⁷⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 177.

¹²⁷⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 145-146.

¹²⁸⁰ Epígrafe 2.7.5.

prueban su formación en Derecho, y añade, que resulta sorprendente el silencio de la comisión ante los mismos¹²⁸¹.

Del máximo interés para los detenidos era saber ante todo, como expresa fray Pruino en su escrito a la comisión papal de uno de abril de 1310, cuál era el presupuesto de su detención, pues dependiendo de que fuera por *accusatio*, por *denunciatio* o por *pesquisa ex officio*, el procedimiento y las consecuencias para los detenidos eran diferentes¹²⁸². El hermano Pruino, en su intervención, empezó por declarar que era su deseo actuar en defensa de la Orden «haciendo valer todos los medios y todas las excepciones de hecho y de derecho», observación que parece indicar que Pruino no había comprendido bien que la comisión no tenía competencia para juzgar sino sólo para llevar a cabo la instrucción. Inmediatamente muestra sus reservas y condiciona su actuación a que «no haya ninguna consecuencia perjudicial para él o para sus representados» y pide «seguridad y salvaguardia para los mandatarios, los abogados, para él y para sus representados». A continuación solicita que se les coloque a todos, incluidos los dignatarios de la Orden, «en manos de la Iglesia» y fuera del control de los hombres del rey, lo cual constituía una exigencia absolutamente acorde con la legalidad canónica, pues la custodia de los templarios por parte de los soldados del rey constituía una irregularidad manifiesta, aunque para cubrir las apariencias, de cara al exterior, se hubiera presentado como una petición del papa al rey y se hubiera cubierto el expediente nombrando al obispo de Palestrina supervisor de la custodia. Pide que se les proporcione los fondos necesarios para cubrir los gastos del proceso y que los hermanos que «se han quitado los hábitos de la Orden y que acometen actividades escandalosas cada día», sean puestos bajo custodia de la Iglesia y que sus confesiones sean examinadas a fin de descubrir «si han sido corrompidos por presiones o por dinero». Por último, antes de entrar en la argumentación puramente jurídica, pide que sean llamados a declarar los sacerdotes que han confesado a los hermanos en sus últimos momentos a fin de que declaren, simplemente con un sí o un no, para no vulnerar el secreto de confesión, las últimas palabras de los templarios. El final de su escrito es plenamente jurídico y en él hace mención a las únicas tres vías¹²⁸³ y ninguna otra que, según él, pueden ser empleadas para proceder contra la Orden:

«Digo reverendos padres, que sólo de tres maneras podéis proceder contra la Orden, o de ninguna de ellas:

Por vía de acusación. En cuyo caso os pido que hagáis comparecer ante vosotros al acusador y que sea obligado por la ley del Talión a que se haga cargo de las consecuencias y de los gastos.

Por vía de denuncia, en cuyo caso, el denunciante no debe ser escuchado porque antes de denunciar a sus hermanos, él hubiera debido advertirles para que se hubieran corregido, cosa que no ha hecho.

¹²⁸¹ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 74.

¹²⁸² Epígrafe 2.7.4.

¹²⁸³ Estas son las tres vías procedimentales establecidas por Inocencio III en su decretal *Qualiter et quando* y establecidas como canon por el concilio de Letrán en 1215.

[Por vía] De oficio, en cuyo caso yo haré valer, por mí y por mis representados, todo los medios y todas las defensas y espero hacer todas las reservas sobre este punto»¹²⁸⁴.

Aunque fray Pruino no recibió respuesta a esta alegación, hoy sabemos, por la documentación que ha llegado hasta nosotros, que tanto para el rey como para el gran inquisidor, la vía de procesamiento de los templarios franceses fue la *pesquisa ex officio*, pero mientras que por parte del rey la orden de detención se dirigió «contra todos los miembros de la dicha Orden»¹²⁸⁵ en un manifiesto deseo de inculpar a la Orden entera, como queda patente en las múltiples cartas que dirige a los príncipes de toda Europa inmediatamente después de las detenciones, instándoles a hacer lo mismo en sus dominios, el gran inquisidor, dejaba bien claro que la acción no se dirigía contra la Orden entera o contra la universalidad de hermanos de la misma, sino exclusivamente contra sus miembros singulares en el predicho reino [de Francia] (*contra dictum Ordinem assumere seu contra Fratres ipsius Ordinis universaliter, sed solum contra singulares personas Regni prædicti*)¹²⁸⁶ y que en todo caso debía quedar a salvo la buena fama de la Orden (*sed odor potius bonæ famæ*)¹²⁸⁷ buena prueba de que hasta el momento mismo de la detención la Orden gozaba de buena fama, lo que era intrínsecamente contrario al requisito de la previa *diffamatio*.

Si bien era probable que a algunos caballeros se les declarase inocentes, dice Barber, una investigación de esta naturaleza favorecía los intereses de la corona, pues a partir de la detención la *diffamatio* (que hasta ese momento no existía) acompañaría a todos los miembros de la Orden¹²⁸⁸ y a la postre sería la justificación del papa para dictar la bula de disolución¹²⁸⁹.

Las palabras de fray Pruino nos da pie para realizar un breve análisis de los diferentes sistemas que eran admitidos en Derecho para proceder contra una persona.

El primero y más antiguo de los procedimientos era el sistema acusatorio, originario de Grecia y posteriormente adoptado y desarrollado por los romanos. Corresponde a una concepción privada del Derecho Penal, en cuanto que considera que el castigo del culpable es un derecho del ofendido, quien puede ejercitarlo o abandonarlo; si lo ejercita, el castigo y el resarcimiento del daño se tramitan en un mismo procedimiento, sin que haya distinción entre procedimiento penal y procedimiento civil.

¹²⁸⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 126-128.

¹²⁸⁵ Epígrafe 2.2.14.4.2.

¹²⁸⁶ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 199-201.

¹²⁸⁷ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 199-201.

¹²⁸⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 64.

¹²⁸⁹ Se dice en la bula *Vox in excelso*: «...como, además, se cree verdaderamente que no se encontrará [en el futuro] ningún hombre de bien que quiera a pesar de todo entrar en la Orden; todas estas cosas la hacen inútil a la Iglesia de Dios y a la continuación de los asuntos en Tierra Santa para los que fue creada... considerando, por otro lado, el grave escándalo que todo esto ha levantado contra la Orden, escándalo que no parece apaciguarse mientras la Orden subsista...».

Se basaba este sistema en los siguientes principios básicos:

- Facultad para acusar corresponde a todo ciudadano, el cual deberá estar plenamente identificado en el procedimiento.
- El juez no procede «*ex officio*» por lo que necesariamente alguien distinto a él deberá formular la acusación.
- Rige el principio de instancia única, ya que quien juzga y sentencia es una asamblea popular o jurado cuya decisión no es apelable.
- El acusado es libre hasta el pronunciamiento de la sentencia condenatoria.
- Acusador y acusado actúan en planos de absoluta igualdad.
- La intervención del Juzgador se limita a la fase de presentación de los hechos alegados y a la dirección de la práctica de la prueba de los mismos.
- Aplicación de la pena del «talion» al acusador si no consigue probar los hechos.

Este último principio es al que alude Pruino al solicitar que se haga comparecer al acusador el cual, en aplicación del mismo, habría de ser condenado a satisfacer los gastos del proceso y a cumplir una pena similar a la que solicitaba para el acusado si la acusación no resultase probada¹²⁹⁰. El sistema acusatorio era un método de instar un proceso que nadie, excepto el ofendido-acusador, podía poner en marcha.

La vía de la denuncia, que Pruino cita en segundo lugar, no era en sentido estricto un procedimiento judicial, sino un modo de iniciar una *inquisitio cum promovere* en la que el denunciante jugaba un papel principalísimo. La denuncia de un hecho delictivo ante el juez exigía la caritativa *monitio* o represión cariñosa en privado que se cita en el evangelio de Mateo 18:15¹²⁹¹. La denuncia, cuando tenía carácter público, es decir, cuando era realizada por una persona en razón de su cargo, podía prescindir de la formalidad de la *monitio*. Por lo tanto, en caso de que la comisión estuviera actuando por la vía de la denuncia, era necesario saber si ésta era pública o privada, pues en este caso adolecería de nulidad por no constar la previa y obligatoria *monitio*.

Por último, cita Pruino la vía *ex officio* en la que la acción era entablada *motu proprio* por el juez sin intervención de terceros, introducida por Inocencio III en el proceso inquisitivo o *per inquisitionem*. El proceso se abría en base a la *diffamatio* o mala fama del sospechoso y como consecuencia de la iniciativa investigadora de los inquisidores. Este fue el procedimiento común en los tribunales eclesiásticos a partir del siglo XIII para toda clase de juicios, excepto para las acciones civi-

¹²⁹⁰ Epígrafe 2.2.14.4.1.

¹²⁹¹ Mateo 18,15: «Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano».

les, y no solamente para los propiamente inquisitoriales¹²⁹².

Al definir los caracteres que debía tener la mala fama o reputación para que fuese válida, el papa Inocencio señaló que no debía provenir de individuos envidiosos o maledicentes, sino de hombres probos y honestos (*providi et honesti*) y que debía ser frecuente (*non semen sed saepe*), que eran los caracteres requeridos a la fama. El sospechoso, junto con la citación, recibía la notificación de las acusaciones que el rumor popular (*vox populi*) hacía recaer sobre él y la lista de testigos con las respectivas declaraciones, si no había peligro para ellos en que sus nombres fueren conocidos¹²⁹³.

En la *Debellation of Salem and Byzance*, que aunque de fecha posterior no resulta anacrónica, Thomas Moro se limita a recopilar las distintas fases en que desde antiguo se estructuraba el procedimiento inquisitorial:

1. Un informante alerta al obispo de la ocurrencia de un hecho delictivo, le da el nombre del sospechoso y si puede también los de los testigos.
2. El obispo entrevista a los testigos propuestos en una investigación preliminar para determinar si hay caso.
3. Si determina que hay caso, cita al sospechoso y le acusa del delito.
4. Si en este momento, tras oír los cargos, el sospechoso confiesa, el obispo o el juez le impone el castigo correspondiente y el proceso se da por concluido. Si por el contrario, el sospechoso niega los cargos, el obispo llama a los testigos, incluyendo al informante inicial, les toma juramento y les requiere contestar con la verdad a las cuestiones referentes al delito.
5. En la siguiente fase se llama a los testigos a comparecer ante un notario del tribunal, quien les pregunta su parecer sobre el sospechoso -*publica fama*- y su conocimiento sobre su culpabilidad.
6. El propio informante es llamado en calidad de testigo y debe declarar sobre la fundamentación de la mala fama del sospechoso.
7. El obispo declara, en su caso, que la mala fama está probada, esto es, que gente proba y honesta cree que es culpable del delito.
8. El obispo ordena la *purgatio*¹²⁹⁴, mediante la cual el acusado debe jurar su inocencia y encontrar a personas de buen nombre que juren su buena

¹²⁹² Henry Ansgar Kelly, «Inquisition and prosecution of Heresy, Missconceptions and abuses», en *Church History*, n° 58, published by Cambridge University Press, December 1989, p. 440.

¹²⁹³ Antonia Fiori, «*Probatio y purgatio* en el proceso canónico medieval, entre rito acusatorio e inquisitorio», en Emanuele Conte y Marta Madero, *Procesos, inquisiciones, pruebas: homenaje a Mario Sbriccoli*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2009, pp. 77-96.

¹²⁹⁴ *Purgatio* significa «purificación». En la Alta Edad Media se consideraba que el juicio tenía una función purgatoria y tendente a reparar el desequilibrio social ocasionado por el crimen, por lo que debía concluirse con una *purgatio*, ya fuera por parte del reo, si la sentencia era condenatoria, ya por parte del acusador si la sentencia era absolutoria. El medio de purgación por excelencia era el juramento. Antonia Fiori, «*Probatio y purgatio* en el proceso canónico medieval, entre el rito acusatorio e inquisitorio», en Emanuele Conte y Marta Madero, *Procesos, inquisiciones, pruebas: homenaje a Mario Sbriccoli*, pp. 77-96.

fama.

9. Si el acusado falla la *purgatio*, el obispo le impone una pena y el proceso se acaba. Si del testimonio de los testigos se deduce que el acusado es culpable de herejía, la sentencia del obispo no es de purgación sino de abjuración de la herejía y una pena. Si el acusado se niega a abjurar, el obispo lo declara hereje convicto e impenitente y lo deriva al brazo secular¹²⁹⁵.

Aunque Tomás Moro escribió la obra en el siglo XIV, la misma se limitaba a recoger lo que era norma desde el establecimiento de la Inquisición y, aunque el procedimiento que describe está limitado al inicio mediante denuncia, también resulta de aplicación en caso de que su inicio fuera por alguna de las otras vías.

Respecto al asesoramiento jurídico y la defensa mediante abogado y procurador, admitida en aquel momento, aún con ciertas restricciones, en los procesos inquisitoriales¹²⁹⁶, la comisión la restringió a los miembros de la Orden que voluntariamente quisieran comparecer y ejercerla, seguramente teniendo en cuenta la bula *Si adversus vos*, de 1205, de Inocencio III¹²⁹⁷, y para evitar la contaminación en que podía caer una persona sana en el contacto con los herejes o sospechosos de herejía.

Observamos que Pruino no se decantó en su escrito por ninguno de los procedimientos que citaba, ya que lo que él buscaba era que fuera la propia comisión la que dijera cuál de los tres era el que se estaba siguiendo en contra de la Orden. Si le contestaban que era el acusatorio, entonces debería comparecer el acusador y constituir un depósito para hacer frente a los gastos del juicio por si no quedaba probada la acusación. Si la vía elegida era la denuncia, no se debería tener en cuenta la declaración del denunciante porque no había advertido de su denuncia al denunciado, es decir a la Orden. Si se procedía *ex officio* él, fray Pruino, «se reservaba el derecho de hacer valer todas las pruebas, defensas y excepciones permitidas en Derecho». Barber, dice que, ateniéndose a las irregularidades del procedimiento, Pruino expone con determinación la naturaleza arbitraria y la dudosa legalidad de los arrestos iniciales¹²⁹⁸.

La realidad, dice por otro lado Roman, es que Pruino no comprendió, o no quiso comprender, la verdadera situación, pues se obstinó en considerar el proceso contra la Orden como un juicio ordinario, y de ninguna manera lo era. En primer lugar, porque por decisión soberana del papa había sido sustraído del Derecho común. Y en segundo lugar, porque se trataba de un proceso en el que estaba involu-

¹²⁹⁵ David R. Oakley, *English Heresy Procedures in Thomas More's. Dialogue Concerning Heresies*. Thomas More Studies 3, 2008 p. 2, citando a Henry Ansgar Kelly, «Thomas More on Inquisitorial Due Process», *English Historical Review*, nº 123, 2008, p. 10. <www.thomasmorystudies.org/tmstudies/DCH_Oakley.pdf>

¹²⁹⁶ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 77.

¹²⁹⁷ Epígrafe 2.13.1.5.

¹²⁹⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 196.

crada la Fe¹²⁹⁹.

No hay constancia de la respuesta de la comisión a la cédula presentada por el hermano Pruino, pero sospechamos que ésta fue la más sonora de las calladas.

El procedimiento seguido ante la comisión papal no encaja en ninguno de los sistemas que hemos mencionado, por lo que, al contrario que Roman, creemos que Pruino sabía perfectamente lo que decía, pues de sus propias palabras, cuando dice que «tres son las vías para proceder contra la Orden y ninguna otra» se deduce que estaba abonando el terreno para presentar más adelante lo que hoy recibiría el apelativo de recurso de nulidad de actuaciones por defecto procesal.

No es una *accusatio* pues en la orden de arresto, de la que, por otra parte, no hay constancia de que se les diera copia a los detenidos, no aparece debidamente identificado ningún ciudadano acusador, solamente en el documento adjunto que se titula «Forma de proceder por los comisarios en el cumplimiento de su misión» en el antepenúltimo párrafo se hace mención a las «acusaciones realizadas por varios testigos» pero sin identificarlos.

Tampoco es una *denuntiatio* pues no hay constancia, como fray Pruino pone en evidencia, de la comunicación a la Orden de la *monitio* que exigía la normativa.

Tan solo quedaba la *inquisitione ex officio iudicis*, pero la comisión carecía de potestad para juzgar. El único cometido que le había sido encargado por el papa era la encuesta o instrucción procesal, no mediante cualquier medio válido en Derecho, sino sola y exclusivamente mediante «interrogatorios a cualquier persona que tenga algo que decir»¹³⁰⁰. Luego tampoco en esta vía procedimental encaja el proceso diseñado por Clemente V.

El procedimiento, tal como fue ideado e instituido por el papa, es un procedimiento *ad-hoc*, exclusivo para servir en el proceso de la Orden, que participa de alguna de las características del sistema inquisitorial, pero muy mutilado en razón a que su cometido fue exclusivamente la instrucción o investigación de los delitos de los que se acusó a la Orden, ya que el verdadero juicio, la vista oral que diríamos hoy, la reservó para el concilio de Vienne. Esto, que en aquel tiempo tuvo que parecer absolutamente novedoso a los juristas de la época, hoy día nos debe parecer absolutamente normal dada la separación entre la fase de instrucción y la fase de juicio oral que conforman el proceso penal.

Los únicos medios de defensa posibles eran contestar a la *diffamatio*, reclamando un juicio nulo y recusar a los testigos, para lo cual, evidentemente, era necesario conocer sus nombres. Pero aquí estribaba precisamente el problema, pues al no ser un proceso de *accusatio* ni de *denunciatio* no había acusador ni denunciante, pero como tampoco se trataba de un proceso inquisitorial *ex officio* normal, no había testigos a los que recusar.

Quizás el papa tuviera la intención de que el proceso seguido ante la comi-

¹²⁹⁹ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 77.

¹³⁰⁰ Epígrafes 2.7.5 y 2.7.7.

sión papal se atuviera a las directrices generales del proceso inquisitorial *ex officio*, pero el hecho es que no lo expresó de manera tajante en ningún documento y la comisión tampoco dio ninguna información, por lo que todo lo que podemos hacer al respecto son meras conjeturas, pero dado que, como hemos dicho más arriba, el proceso inquisitorial había sido adoptado con carácter general, salvo para los procesos civiles comunes, hemos de suponer que la normativa de referencia utilizada por la comisión papal (y por los concilios provinciales) fue la inquisitorial.

De hecho no había precedentes de un proceso inquisitorial contra una organización de la propia Iglesia.

Los argumentos presentados por Pruino, aunque bien intencionados y fundamentados jurídicamente, eran ineficaces debido a la sospecha de herejía que pesaba sobre la Orden, sobre la que las confesiones fueron numerosas y contradictorias. Así sucede, por ejemplo, con una de las acusaciones más importante, la de adoración a un ídolo, la cual fue objeto de testimonios variados, fantasiosos y poco precisos.

Sea como fuere, el hecho cierto es que nos encontramos ante un asunto en materia de fe, y en este tema la opinión que nos parece más imparcial y ajustada a Derecho es la que ofrecen los profesores de la universidad de París, especialmente en contestación a la segunda de las preguntas elevadas por el rey, en la que dicen que «en razón de la naturaleza del delito, todo lo relacionado con este crimen pertenece a la Iglesia»¹³⁰¹.

Dice Roman que fray Pruino parece olvidar en su cédula que en materia de herejía se procede de *plano et absque advocatorum strepitu* y que la Orden puede tener defensores, pero han de ser miembros de la misma y no abogados exteriores, que correrían el riesgo de hacerse cómplices de herejía tomando la defensa de una Orden sospechosa y que la misma observación puede hacerse sobre la reserva de las acciones y excepciones procedentes en Derecho manifestada por él en su escrito, las cuales solamente eran válidas en un proceso ordinario, pues en un proceso en el que estaba involucrada la fe no existían tales garantías y reglas o estaban sometidas al juicio del padre espiritual que debía haber en todo tribunal, por lo que se ha de concluir que los argumentos esgrimidos por fray Pruino eran ineficaces y se quedaron en nada¹³⁰².

El medio más eficaz, y probablemente el único, que tenían los hermanos para defender a su Orden, era presentándose ante la comisión, declarando a su favor y llamando a testigos de descargo que le fueran propicios. Sin embargo no fue esta la vía elegida por los defensores. Joan de Montreal, Reinaldo de Pruino y Pedro de Bolonia, presentaron cédulas llenas de argumentos jurídicos interesantes pero que, casi siempre, cayeron en los mismos errores que los anteriormente expuestos.

Veamos los escritos de defensa que fueron presentados por los hermanos Pruino y Bolonia, pero dado que son bastante largos y, en algunos aspectos, reite-

¹³⁰¹ Epígrafe 2.5.6.

¹³⁰² Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 78.

rativos, solamente nos fijaremos en los párrafos en los que aportan algún argumento nuevo.

El siete de abril comparecieron ante la comisión reunida al completo, los hermanos Reinaldo de Pruino, Pedro de Bolonia, Guillermo de Chambonnet, Bernardo de Sartiges, Guillermo de Foix, Joan de Montreal, Mantien de Cresson-Essart, Jean de Saint-Leonard y Guillermo de Givry, y en nombre de todos, sucesivamente tomaron la palabra fray Bolonia y fray Pruino y dieron lectura a las cédulas que hemos transcrito en el epígrafe 2.8.5.

Esta nueva cédula, en su primera parte, reproduce casi íntegramente la parte inicial de la presentada anteriormente, repitiendo que la Regla no les permite hacer nada sin el conocimiento y autorización de sus superiores y mostrando su rechazo por las acusaciones vertidas contra la Orden y reclamando que los hermanos que la han abandonado fueran llevados a declarar y que dicha declaración se hiciera sin la presencia de extraños a la comisión para que la declaración fuera libre y evitar que se pudieran sentir presionados¹³⁰³. Sostuvieron algo muy importante, que era la primera vez que se mencionaba, y es que «fuera del reino de Francia no se encontrará ningún templario que diga semejantes embustes» y que «lo que se dice en Francia tiene como origen las palabras de gentes que han sido corrompidas y equivocadas»¹³⁰⁴ y que las mismas fueron consecuencia de la presión y de la tortura ejercidas sobre ellos por los guardianes y que sólo existe una forma de recepción en la Orden: la que fue instituida en el momento de la fundación y que se ha mantenido intacta hasta hoy, en la cual los que ingresan hacen cuatro votos: «obediencia, castidad, pobreza y dedicación plena al servicio de Tierra Santa»¹³⁰⁵. En consecuencia, los artículos acusatorios contra la Orden son «mentiras horribles y detestables, imposibles e inmundas»¹³⁰⁶. A continuación expusieron las alegaciones verdaderamente jurídicas, algunas de las cuales eran reiteración de las presentadas con anterioridad:

- El procedimiento que se estaba siguiendo contra la Orden por la vía *ex officio* era nulo dado que faltaba el presupuesto procesal de la *diffamatio*.
- Las confesiones habían sido arrancadas mediante tortura.
- Los hermanos que habían realizado confesiones contrarias a la Orden bajo tortura o por miedo a la misma, estarían dispuestos a revocarlas si se les ofreciera seguridad.

Tras la comparecencia de Pruino, intervino Joan de Montreal, con un encendido discurso, del cual, los párrafos con relevancia jurídica fueron: que a los hermanos se les había aplicado la tortura, que habían sido interrogados por inquisidores ordinarios, cuando por privilegio antiguo solamente el papa les podía juzgar,

¹³⁰³ Seguramente se refería a los hombres del rey que solían estar presentes en las sesiones de la comisión.

¹³⁰⁴ Epígrafe 2.7.5.

¹³⁰⁵ Epígrafe 2.7.5.

¹³⁰⁶ Epígrafe 2.7.5.

que las confesiones realizadas por algunos hermanos eran falsas y que solicitaban ser recibidos por la comisión papal.

El mismo día, los comisarios respondieron a las dos intervenciones, pero por el tenor de la respuesta, también lo hacían a las anteriores pues hacen referencia a cuestiones que no habían sido presentadas en esta ocasión. Así, empezaron por decir que no eran ellos quienes habían hecho arrestar a los templarios ni requisar los bienes de la Orden y que por lo tanto no los podían poner en libertad. Que los templarios estaban en la prisión del señor papa y que los bienes se encontraban en sus manos y en mano de la Iglesia y respecto a las alegaciones sobre la falta de capacidad de los inquisidores y obispos, respondieron que «en lo que respecta a los crímenes de herejía los inquisidores podían muy bien proceder en virtud de la autoridad del papa y los ordinarios por la autoridad del Derecho»¹³⁰⁷.

Los escritos ponen en evidencia diversas cuestiones:

- La cuestión de la competencia de los inquisidores y de los ordinarios y su posible colisión con la de la comisión papal. La respuesta de la comisión fue inmediata: no se podía impugnar la competencia de los inquisidores en lo que concierne al Temple porque sus miembros eran perseguidos por un delito de herejía, que era un asunto de su competencia y, además, en este asunto específico, habían recibido un mandato especial del papa.
- El origen de la *diffamatio*, no era el mismo para los defensores que para los miembros de la comisión papal, pues mientras que para éstos la mala fama de los templarios estaba recogida en las bulas del papa, lo que la hacía inatacable, para los defensores, sin embargo, aun admitiendo un origen de la *diffamatio* anterior a las bulas, puesto que éstas hacen referencia a ella, adujeron que mala fama no existía con anterioridad a las detenciones sino que surgió y fue consecuencia de las mismas y que por lo tanto el procedimiento inquisitorial debía ser anulado, puesto que al inicio del mismo la Orden gozaba de buena fama, es decir, todavía no había sido objeto de ninguna *diffamatio*. Los comisarios no aceptaron la alegación y contestaron que no querían saber nada de procedimientos anteriores o extraños al que se seguía por la propia comisión.
- En cuanto a las alegaciones presentadas por Jean Montreal es posible hacer rápidamente justicia y la respuesta a este respecto de los comisarios es correcta.

Desde el punto de vista jurídico, dice Roman, las dos cuestiones jurídicas que plantean las cédulas de Pedro de Bolonia y Joan de Montreal, la de la *diffamatio* y la de la competencia de los inquisidores y ordinarios, son defendidas con argumentos jurídicos de poco peso, dado el carácter especial del procedimiento, pero los razonamientos expuestos referentes a su situación trágica y las conclusiones que de ella deducen para demostrar la inocencia de la Orden parecen de jus-

¹³⁰⁷ Epígrafe 2.7.5.

ticia y llenas de sentido común¹³⁰⁸.

Volvemos a disentir de Roman y estimamos que las dos cuestiones planteadas por los defensores, las referentes a la competencia y a la *diffamatio*, eran absolutamente pertinentes dado que, como el transcurso de los acontecimientos vino a poner en evidencia, el concilio de Sens interfirió frecuentemente en el desarrollo del proceso contra la Orden, hasta el punto de dejarla sin defensores, y respecto a la *diffamatio* es evidente que la Orden, hasta el mismo momento de la detención masiva de sus miembros, gozaba de buena fama, como reconoce el propio gran inquisidor en sus instrucciones a los inquisidores al ordenarles que debían actuar de manera tal que en todo caso quedase a salvo la buena fama de la Orden (*sed odor potius bonæ famæ*).

Prescindimos de hacer un análisis de las doscientas treinta y una declaraciones realizadas ante la comisión, pues son similares y reiterativas y, además, todas ellas lo fueron bajo la amenaza real de la tortura¹³⁰⁹, pues no hay que olvidar que el martes, día doce del mes de mayo de 1310, cincuenta y cuatro templarios que habían osado presentarse como defensores de la Orden fueron trasladados a las afueras de París y quemados vivos hasta morir¹³¹⁰, pero si nos vamos a detener en una declaración que nos parece verdaderamente libre y por tanto digna de ser creída.

Es la realizada en el lecho de muerte por el hermano Jean de Saint Benedicte, preceptor de la Rochelle, el trece de abril de 1310 ante los obispos de Bayeux y Limoges y del archidiácono Maguelone, que se encontraba junto a él, momento en que cada uno ha de enfrentarse con su verdad y en el que las amenazas terrenales ya no pueden surtir efecto alguno. En su declaración el hermano Jean de Saint Benedicte, que llevaba cuarenta años de profesión como templario, lo único que confiesa es haber renegado de Dios Nuestro Señor, aunque dice que no recuerda bien si concretamente fue de Jesús o de Cristo o del Crucifijo y haber escupido a la Cruz en la ceremonia de su investidura, aunque inmediatamente aclara que lo hizo «de boca y no de corazón» (*non negare corde sed ore*) y «al lado no encima de la Cruz» (*juxta dictam crucem, non supra*) y por exigencia del oficiante de la ceremonia de recepción. Todas las demás acusaciones fueron rotundamente rechazadas y, además, de sus respuestas se deduce una gran sorpresa ante muchas de las preguntas ya que nunca había oído nada sobre las mismas. Este es el extracto traducido del acta:

«Yo mismo he actuado en muchas recepciones de hermanos, y nunca he actuado así. No sé si otros hermanos lo hacían, pero no lo creo.

No creo que este modo de recepción en la Orden se practicara en todas partes, yo nunca lo he visto.

Yo no sé nada de la adoración de un gato.

Creo en los sacramentos de la Iglesia, y la Orden también cree en ellos.

¹³⁰⁸ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 83.

¹³⁰⁹ No por parte de la comisión papal, sino por el concilio de Sens y los inquisidores.

¹³¹⁰ Epígrafe 2.7.8.

Creo que los capellanes dicen en la misa las palabras sacramentales.

Nunca he visto ni he oído decir, que el gran maestre y los preceptores de la Orden hayan dado la absolución de los pecados, salvo si eran sacerdotes.

Es cierto que se daba un beso en la boca en el momento de la recepción.

En lo referente a los besos indecentes, jamás he visto cosa parecida y no creo que fuera costumbre su uso en la Orden.

A quien era recibido se le hacía jurar que no se saldría nunca sin permiso, para entrar en otra comunidad; a partir de la recepción se era un profeso.

En el acto de la recepción se cerraban las puertas y nadie podía asistir si no era hermano de la Orden.

Nunca he visto ni oído nada sobre malas costumbres en la Orden. No creo que sea verdad.

Jamás en toda mi vida he visto la cabeza de un ídolo en los capítulos. Nunca he visto, ni sabido, que se adorase a un ídolo. La primera vez que he oído hablar de esto ha sido ahora con ocasión del arresto.

En el momento de la recepción se entregaba a cada nuevo templario una cuerda que debía llevar bajo la camisa.

Estaba prescrito que los hermanos sólo se confesaran con los capellanes de la Orden, siempre que fuere posible y se dispusiera de ellos.

Los sacerdotes de la Orden tenían el privilegio de absolver a los hermanos de sus pecados, como los arzobispos y obispos que también tienen este poder con los que están a su servicio.

Las limosnas se repartían bien. En lo que a mí respecta yo siempre he observado esta regla con sumo cuidado.

He asistido a varios capítulos en los cuales siempre se hacía cerrar las puertas tras el sermón. En ellos los hermanos trataban los asuntos de la comunidad; Lo único que se hacía en ellos era el bien.

El gran maestre no daba la absolución de los pecados, pero podía moderar las penas disciplinarias.

Lo que el gran maestre ordenaba, de acuerdo con el convento, se ejecutaba por todos y en todas partes.

Nunca he visto cometer ningún error.

Sé de varios hermanos que han dejado la Orden debido a sus indignidades personales y de ninguna manera a causa de las indignidades de la orden.

No he sido testigo de la confesión que algunos han realizado ante el papa y los cardenales, en pleno consistorio, ya sea el gran maestre o cualquier otro. Por lo tanto no puedo decir nada sobre ello porque nada sé»¹³¹¹.

De la declaración del hermano Jean de Saint Benedicte podemos deducir que de todas las acusaciones vertidas contra la Orden, la única que, podría tener una base de verdad era la de negación de Cristo y las ofensas a la Cruz en las ceremonias de ingreso y que, aunque de esta confesión por sí sola, valorada en sus

¹³¹¹ Jules Michelet, *Le procès des Templiers*, T. I, pp. 178-182.

justos términos, no se pueda deducir la inocencia de la Orden, si es un sólido testimonio en defensa de la misma. Los jueces de todos los tiempos y de todos los lugares han solido dar gran valor a estas declaraciones realizadas en inminente peligro de muerte.

El comportamiento y la actitud de los comisarios en los interrogatorios, tal como constan en las actas notariales, parecen exentos de reproches. El examen que realizan de cada compareciente lo juzgamos completo, concienzudo y preciso. No se conforman con las respuestas vagas. Así, por ejemplo, cuando interrogan sobre el ídolo, se interesan por la forma, el tamaño, el color, la materia de que están hechos,... etc. De esta manera los testigos que afirman haberlos vistos son conducidos a contradicciones palpables. A modo de ejemplo, de acuerdo con la deposición del hermano Taillefer, el ídolo es de color rojo y con la del hermano Hugo de Aburre es plateado y con barba blanca.

Hacemos hincapié sobre el hecho de que los comisarios pidan a los hermanos no revelar las declaraciones que han efectuado, precaución que, como ocurre en la actualidad, probablemente tuviera por objeto impedir la posible influencia en los que aún no habían declarado. No parece creíble la razón que dan algunos autores y es que quizás también quisieran que la gente del rey no tuviera conocimiento de las mismas, pues Jean de Janville asistía con regularidad a las sesiones y gente del entorno real, como Plaisians o Nogaret, también solían estar presentes.

Pronto se puso de manifiesto la cuestión de la colisión de competencia entre el concilio provincial de Sens y la comisión Papal. El diez de mayo de 1310, los hermanos Pruino, Bolonia, Sartiges y Chambonnet, solicitaron ser oídos por los comisarios que se encontraban reunidos bajo la presidencia del arzobispo de Narbona. Una vez en presencia de la comisión, expusieron que acababan de tener conocimiento de que un concilio provincial [el de Sens] se iba a reunir el día siguiente para volver juzgar a los templarios en cuanto que individuos y que temían que este concilio viniera a entorpecer el procedimiento que estaba teniendo lugar ante la comisión pues habían oído decir que el arzobispo de Sens quería forzar a los hermanos a desistir de defender a la Orden y que por lo tanto apelaban ante papa.

Ni las crónicas de la época ni las actas del proceso nos indican cómo habían tenido los comparecientes noticias de la reunión del concilio de Sens, pero algunos autores¹³¹² opinan que fue el mismo arzobispo de Sens el que de manera directa o indirecta se las hizo saber al mismo tiempo que les hacía llegar una velada amenaza con la esperanza de que voluntariamente desistieran de la defensa de la Orden.

La respuesta del presidente de la comisión, a la dramática solicitud de intervención de los defensores para parar las ejecuciones, diciendo que esta apelación no les concernía de ninguna manera porque no entraba dentro de las competencias de los comisarios papales conocer de un recurso que no impugnaba una decisión de la propia comisión y que no tenían competencia para influir en el concilio provincial, pero que si los hermanos tenían algo que decir en descarga de la Orden es-

¹³¹² Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 90.

tarían encantados de oírles, nos parece hoy en día inverosímil y nos recuerda la actitud de Poncio Pilatos en el juicio de Jesús. Pero Pedro de Bolonia no se amilanó, tomó la palabra y hábilmente expuso ante los comisarios la cédula de apelación que llevaba preparada. Aunque el presidente de la comisión se retiró, con la excusa de que tenía que decir misa, los demás miembros de la misma continuaron reunidos y al final de la tarde comunicaron a los defensores su decisión¹³¹³. El único punto jurídico de la intervención de los hermanos defensores, la apelación ante el papa, fue rechazado por la propia comisión sin más trámites, pues entendían sus miembros que si los hermanos tenían alguna queja del arzobispo de Sens era ante él ante quien debían reclamar. Su presentación ante la comisión no tenía más valor que el de una simple petición de comparecencia de los hermanos.

El Derecho Canónico admitía las apelaciones en tres casos:

- Sentencia definitiva.
- Resolución interlocutoria que impidiera la continuación del proceso.
- Grave daño¹³¹⁴.

Este último, el grave daño, era el único inciso en el que cabía fundamentar la apelación, pero la norma exigía que su presentación tuviera lugar en los diez días siguientes a la aparición de daño, por lo que la apelación tenía que ser *ex post* al daño ya que el Derecho Canónico de la época no preveía la actuación *ad cautelam*. El gravamen invocado por los hermanos Bolonia y Pruino no solamente no existía en el momento en que presentaron la queja sino que, además, su existencia eran meras «sospechas» como ellos mismos decían en su escrito, lo que hacía inadmisibile, desde un punto de vista jurídico, la apelación.

Por irregular que fuese, la apelación fue un instrumento hábilmente utilizado por los defensores y dirigido a la comisión papal, y en ella los hermanos les decían a los comisarios pontificios que el procedimiento que se seguía en el concilio provincial iba a interferir en su encuesta y les iba a impedir continuarla normalmente. La intención de los defensores era despertar la susceptibilidad de los comisarios que no tenían razón alguna para ceder el paso al arzobispo de Sens. Al mismo tiempo recordaban a la comisión las palabras del papa en la bula *Faciens misericordiam*:

«A los que, directa o indirectamente, en público o en secreto, por sí mismos, o por cualquier otros, o de alguna otra manera, intenten impedir vuestra investigación antes mencionada, por la censura eclesiástica, tras apelación posterior, [los debéis] detener por la invocación de estos, si fuera necesario, con la ayuda del brazo secular»¹³¹⁵.

La respuesta de los comisarios papales a los hermanos fue que sentían com-

¹³¹³ Epígrafe 7.8.

¹³¹⁴ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 91.

¹³¹⁵ «... eos insuper qui predictam vestram inquisitionem directe vel indirecte, publice vel occulte, per se vel alium seu alios, vel alio quoquo modo, presumpserint. Impedire, per censuram ecclesiasticam, appellatione postposita, compescatis, invocato ad hec, si opus fuerit, auxilio brachi secularis» (Epígrafe 2.5.14.2).

pasión por ellos pero que las actuaciones seguidas por el arzobispo de Sens y la comisión eran completamente diferentes e independientes entre sí, y que como los poderes de unos y otros procedían de la autoridad apostólica, la comisión papal carecía de competencia sobre el arzobispo de Sens y para retrasar un proceso seguido por el concilio provincial contra las personas de los templarios.

¿Por qué los miembros de la comisión no comparecieron ante el papa y le expusieron sus cuitas? La razón es fácil de adivinar. Los comisarios sabían que detrás del concilio de Sens estaba el rey y lo último que querían era molestarle por lo que de ninguna manera hubieran no ya propiciado sino tan siquiera permitido que los defensores llegaran hasta el papa.

Los temores manifestados por los hermanos defensores se hicieron realidad el martes día doce, no se sabe por vía de quien, por la mañana temprano llegó la noticia a la comisión de que cincuenta y cuatro templarios, que se habían ofrecido para actuar en defensa de la Orden habían sido condenados por sentencia del concilio a ser quemados vivos y que la sentencia se ejecutaría inmediatamente. De hecho probablemente a esa hora ya se estuviera ejecutando.

Se nos plantea la duda de saber si los cincuenta y cuatro templarios que fueron condenados habían llegado a abjurar o no de su pretendida herejía. La respuesta es difícil dado que no existe ninguna información precisa sobre este asunto. Sin embargo, cabe pensar, con ciertos visos de verosimilitud, que habían confesado ante la Inquisición, como la mayor parte de los hermanos, y que fueron absueltos y reconciliados con la Iglesia tras la abjuración y que al presentarse voluntariamente para defender a la Orden fueron considerados relapsos por Philippe de Marigny, arzobispo de Sens, al estimar que en ese gesto estaba implícita la retractación de las confesiones anteriores¹³¹⁶. Contra esta hipótesis, señala Roman que para ser condenado como relapso era condición necesaria la vuelta al error, vuelta que debía estar basada en la realización de prácticas heréticas de cualquier clase, sin que necesariamente fueran las mismas que habían confesado la primera vez¹³¹⁷, tesis que aceptamos y hacemos nuestra.

No se ve, pues, como los templarios condenados a la hoguera pudieron ser tenidos por relapsos, cuestión ésta que fue objeto de una consulta elevada por el concilio a los profesores de Teología de la universidad de París. La única cuestión era si en razón a la nueva actitud tomada por algunos templarios pretendiendo que habían mentido en su declaración ante el concilio se podía interpretar que habían recaído en la herejía. Los teólogos consultados se pronunciaron negativamente, es decir, no se podía considerar que hubiera reincidencia. El resultado de la consulta fue favorable a esta tesis por una abrumadora mayoría de diecinueve votos a favor y tres en contra. El dictamen de los profesores de Teología fue que a los templarios había que tenerlos por impenitentes más que por reincidentes ya que su antigua herejía persistía aún, o mejor dicho, revivía, si no en su esencia, al menos virtualmente, produciendo sus efectos en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena. Esta

¹³¹⁶ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 226.

¹³¹⁷ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 95.

distinción era importante dado que mientras que los relapsos eran derivados inmediatamente al brazo secular, los impenitentes gozaban de un tiempo más o menos largo en el cual se les hacía recapacitar y recibir visitas de parientes y hombres justos (*prud'hommes*) que intentaban convencerles de su error. Sin embargo, los teólogos concluyeron que los templarios habían de ser entregados al brazo secular¹³¹⁸.

Tras esta cuestión de derecho se nos plantea una cuestión de hecho y es ¿ante quién manifestaron los templarios condenados la falsedad de su abjuración en el concilio provincial de Sens?

Inmediatamente surge como solución la hipótesis de que la retractación de su abjuración tuviera lugar ante el propio concilio de Sens, pero reunido el concilio el día once de mayo le hubiera sido materialmente imposible escuchar las retractaciones de los cincuenta y cuatro templarios y, además, como ya hemos dicho, no hay constancia de tal comparecencia que algunos autores opinan que no tuvo lugar¹³¹⁹.

Otra hipótesis es que el arzobispo de Sens hubiera utilizado las protestas de inocencia de los templarios ante la comisión papal para deducir de las mismas esta retractación, pero, a pesar de la poca información que tenemos, podemos dar tres razones por las cuales esta conjetura no nos parece verosímil:

1. El concilio provincial no conocía ni tenía acceso a las actas de la comisión, por lo que habría actuado de oídas, lo cual no parece probable.
2. Los hermanos que más habían hecho para la defensa del Temple (Pruino, Bolonia, Sartiges y Chambonnet) no fueron (al menos en esta ocasión) derivados al brazo secular, lo que parece probar el hecho de que solamente haber defendido a la Orden no fue considerado como retractación.
3. Hay que constatar que, al menos aparentemente, ambos tribunales, el concilio y la comisión papal, respetaron en todo momento la regularidad jurídica.

No queda sino una hipótesis, y es que los cincuenta y cuatro templarios se hubieran retractado ante los mismos ordinarios que los habían absueltos y reconciliados. ¿Pudiera ser que hubieran actuado así al escuchar que una comisión pontificia había sido nombrada para oír su defensa? No lo sabemos, pero en todo caso resulta difícil pensar que estos hermanos, tras una abjuración solemne, fueran a decirles a los inquisidores que habían mentido en sus confesiones¹³²⁰.

El único hecho cierto es que fueron quemados vivos y, como dice Barber, en ello hubo precipitación y, como consecuencia de ella, el envío indiscriminado de gente a la hoguera¹³²¹. Nunca antes el término «relapso» había sido aplicado a acusados que afirmaban que siempre habían estado unidos de hecho y de intención

¹³¹⁸ Noël Valois, «Deux Nouveaux temoignages Sur le Procès de Templiers», *Comptes Rendues de l'academie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 54^e année, N. 4, 1910, pp. 231-232.

¹³¹⁹ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 97.

¹³²⁰ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 97.

¹³²¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 226.

a la Iglesia y que se limitaron a retractarse de las confesiones que les habían sido extraídas mediante la tortura. Hasta entonces se pensaba que la expresión «relapso» implicaba la recaída en la herejía. «Mudo de indignación, dice Raynouard, estaba dispuesto a denunciar a este personaje, Philippe de Marigny, al tribunal de la posteridad y hacer añadir a su nombre la infamia de la que se hizo merecedor, pero la historia me ha puesto en evidencia que encontró en vida el castigo de su crimen. Culpable de haber autorizado una gran injusticia, presencié como su hermano, el otrora todopoderoso ministro de Felipe IV, fue acusado de brujería y de irreligiosidad, siendo sometido al suplicio del tormento hasta la muerte, sin que de nada valieran las lágrimas ni las súplicas del arzobispo»¹³²².

Al reanudar sus tareas la comisión el trece de mayo fueron pocos los templarios que se presentaron y todos llenos de temor por lo que les había ocurrido a sus hermanos el día anterior sólo pudieron balbucear desatinos e incongruencias, excepto uno de ellos, Aimerich de Villeirs-le-Duc, que visiblemente alterado, dándose golpes en el pecho, declaró:

«A causa de las torturas que me han infringido Guillermo de Marcilly y Hugues de la Celle, soldados del rey, he confesado algunos crímenes, pero ahora digo que todos los que se han atribuido a la Orden son falsos. Ayer, al ver como eran conducidos a la hoguera cincuenta y cuatro hermanos por negar los crímenes que se le atribuyen pensé que no podría resistir la pira, así que confesaré todo, incluso que maté a Cristo»¹³²³.

La siguiente reunión de la comisión pontificia tuvo lugar el dieciocho de mayo, y al no comparecer los hermanos Pruino y Bolonia, los comisarios investigaron y supieron que el concilio provincial había iniciado su encuesta en contra de ellos, por lo que enviaron a unos mensajeros para hacer saber al arzobispo de Sens que los tales sacerdotes templarios estaban cumpliendo una labor como defensores adscritos a la comisión Papal. Tras duras negociaciones, fray Pruino fue devuelto a la comisión pero de fray Bolonia dijeron que había desaparecido¹³²⁴. De hecho, nunca más se volvió a saber de él.

Las muertes en la hoguera de los cincuenta y cuatro hermanos el doce de mayo supusieron un golpe decisivo para la actuación que hasta ese momento había desarrollado la comisión papal pues tuvo el efecto inmediato de extender rápidamente el terror entre los detenidos, compareciendo cuarenta y cuatro hermanos de los que se habían presentado para defender a la Orden, diciendo que renunciaban a la defensa. El inicio de la encuesta contra los hermanos defensores, especialmente contra fray Pruino, el más activo de todos y la «desaparición» de fray Bolonia, supuso el tiro de gracia para una defensa difícil y debilitada.

La suspensión de las sesiones de la comisión hasta el tres de noviembre causó el descontento de algunos comisarios por haberse tomado la decisión sin consultarles, como el archidiácono de Trento, pero ello no fue óbice para que fuera

¹³²² Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 68.

¹³²³ Jules Michelet, *Le procès des Templiers*, T. I, pp. 183-184.

¹³²⁴ Epígrafe 2.7.8.

mantenida, máxime cuando el presidente de la comisión tenía un nuevo motivo de agradecimiento hacia el rey, cual es el nombramiento de guardián de los sellos¹³²⁵.

El diecisiete de diciembre, tras un intento fallido de reunión el tres de noviembre, por fin reanudó sus sesiones la comisión. En nombre de la defensa, sólo comparecieron los hermanos Chambonnet y Sartiges, los cuales manifestaron que en ausencia de los hermanos Pruino y Bolonia no se sentían capaces de llevar la defensa de la Orden ni asistir a las declaraciones de los testigos e insistieron en que fray Bolonia y fray Pruino fueran reclamados al concilio de Sens. Fue entonces cuando estos dos hermanos fueron informados de que de fray Bolonia no se sabía nada y que al parecer se había evadido y que el hermano Pruino había perdido su cualidad de letrado al haber sido secularizado por el concilio de Sens y que por lo tanto no volvería.

Lavocat ve en la secularización de Pruino por parte del concilio de Sens, además de un artificio legal, un obstáculo insalvable no sólo para continuar con la representación y defensa de la Orden ante la comisión papal, sino la última posibilidad de contar con un defensor en el concilio general de Vienne¹³²⁶.

En este tercer período de sesiones es de resaltar la investigación sobre la *caput* o «cabeza» de la casa del Temple de París, realizada a iniciativa de la propia comisión, que permitió «descubrir» dicha cabeza y con ello abrir el camino a la hipótesis de las reliquias¹³²⁷. Esta iniciativa de los comisarios es notable, la pena es que fuera el único intento serio de investigar el trasfondo de los crímenes achacados a los templarios.

Es preciso hacer constar que, jurídicamente, el concilio de Sens no impidió directamente en ningún momento a los hermanos actuar en defensa de la Orden. Pero sí que lo hizo indirectamente empleando la tortura, la intimidación y las amenazas. La utilización de tales medios dio lugar a que nadie osara retomar en sus manos la defensa y rehabilitación de la Orden. Los interrogatorios, continuaron hasta el veintiséis de mayo de 1311, fecha en la que se totalizaron los doscientos veinticinco templarios examinados por la comisión papal.

En esta última fase de la investigación resulta curioso constatar que ninguno de los templarios que se habían ofrecido para defender a la Orden fuera llamado a comparecer ante la misma. Ni siquiera los más señalados, como Pruino, Chambonnet y Sartiges fueron interrogados por los comisarios. En realidad, como afirma Lizerand, una vez terminado el concilio de Sens, a partir de 1310, la comisión pasó a ser cosa del rey que quería terminar con la defensa del Temple y que con tal fin la torpedeó de todas las maneras imaginables (nombramiento del obispo de Bayeux como embajador ante la Santa Sede, convocatoria del parlamento en Pantoise que tuvo ocupados a éste y al arzobispo de Narbona, etc.) hasta que convocó a todos los miembros de la comisión para comparecer ante él el cinco de junio, comparecencia en la que, seguramente a instancias del propio rey, se decidió el

¹³²⁵ Étienne Baluze, *Vitae paparum Avenionensium*, T. II, p. 141.

¹³²⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 326.

¹³²⁷ Epígrafe 2.7.9.

cierre definitivo de los trabajos de la comisión¹³²⁸. ¿Cabe suponer una mayor injerencia y presión?

En total, el número de testigos examinados por la comisión ascendió a doscientos treinta y uno, de los que doscientos veinticinco eran templarios y seis no templarios. Éste es el resumen de las deposiciones que nos ofrece Lavocat:

- Doscientos siete reconocieron que habían renegado de Cristo, aunque «sólo de palabra y no de corazón» y/o que habían escupido sobre la Cruz, aunque «al lado no sobre ella» en la ceremonia de recepción.
- Dieciséis sostuvieron que las acusaciones eran falsas y que nada de eso había tenido lugar en su recepción.
- Dos manifestaron que se habían negado a renegar de Cristo.
- Ciento cincuenta y tres negaron la incitación a las malas costumbres.
- Setenta y dos reconocieron que habían sido incitados a realizar actos carnales con otros hermanos, pero añadieron que nunca los habían practicado.
- Todos negaron la adoración de un gato.
- Doscientos diecinueve declararon ser falsa la inculpación relativa a la adoración de un ídolo.
- Todos afirmaron que creían en los sacramentos de la Iglesia e hicieron especial mención a la eucaristía (*sacrament de l'autel*) respecto del cual dijeron que el capellán nunca omitía en la misa las palabras de la consagración.
- Todos negaron que el gran maestre actuara de ministro del sacramento de la confesión así como que diera la absolución, y que únicamente imponía penitencias por faltas disciplinarias¹³²⁹.

En el Temple se creía en Jesucristo, en sus dos naturalezas en una misma persona; en su pasión, en su muerte, en la resurrección y en la redención. Los templarios vertieron hasta la última gota de su sangre por Cristo, prefiriendo la muerte a la apostasía. La Orden no era nada sin Jesucristo y la Iglesia. En el momento mismo en que se perseguía con tanto escarnio la destrucción del Temple, gran número de hermanos expiraban en las prisiones de Sudán, porque se habían negado a renegar de Cristo y a apostatar. Los templarios veneraban a los santos y a las santas y, con una especial predilección, a María, la madre de nuestro Señor, patrona de la Orden¹³³⁰. Las cuerdas eran símbolo de castidad que habían recibido al ingresar en la Orden de manos de seres queridos, como sus madres, hermanas y parientes¹³³¹.

¹³²⁸ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe IV*, pp. 149-150.

¹³²⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 338.

¹³³⁰ Moción de Joan de Montreal, en Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 140-146.

¹³³¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 338.

Las muertes en la hoguera y la desaparición de la escena de los principales defensores, dice Barber, fueron la causa de que la situación hubiera cambiado drásticamente respecto a marzo de 1310, cuando quinientos noventa y siete templarios estaban dispuestos a defender a la Orden y sólo quince habían rehusado su defensa¹³³².

2.9.6.3 Análisis de las irregularidades procesales.

Lo primero que queremos expresar, para que no haya la más mínima duda desde el principio, es que la resolución del papa de abolir la Orden, aunque no por vía judicial sino por vía administrativa, fue absolutamente legal, pues se hizo en pleno uso y disfrute de la *plenitudo potestatis* que le permitía dictar leyes y reglamentos para el gobierno y administración de la Iglesia sin sometimiento a ningún otro poder o autoridad.

Ahora bien, dicho esto, hemos de aludir el carácter ilegal de la detención, a las irregularidades procesales de toda la instrucción, a la falsedad de las acusaciones, a la inadmisibilidad de las deposiciones por el modo en que fueron obtenidas y a sus contradicciones e inexactitudes. Además, hemos de hacer referencia a la abrogación por Clemente V de la normativa por él mismo promulgada (básicamente las bulas *Regnans in coelis* y *Faciens misericordiam*) en las que comisionaba al concilio ecuménico el juicio de la Orden, al que también fueron convocados sus defensores. Esta decisión, aunque legal, como hemos dicho, conculcaba la doctrina de los actos propios, principio general del Derecho, enraizado en el Derecho Romano, que proclama la inadmisibilidad de toda actuación en contra de una conducta anterior¹³³³, llegando incluso a detener y encerrar a los nuevos templarios que se presentaron en el concilio Vienne con la intención de defender a la Orden¹³³⁴.

La profesora Helen Nicholson, que ha investigado a fondo el proceso a la orden de Temple, en un interesante artículo publicado en 1994 afirmaba que a partir de la evidencia, los graves cargos imputados a la Orden en 1307 eran absolutamente desconocidos antes de 1300¹³³⁵. Nosotros acotamos aún más esta fecha y la retrasamos hasta 1305, pues es en este año cuando hay constancia de la primera vez que tuvo lugar una queja por la mala reputación de los templarios, precisamente trasladada por Felipe IV a Bertrand de Got en la reunión que ambos mantuvieron en Lyon, a final de dicho año, con motivo de la elección de éste para el papado, en la que aquél le transmitió los que dijo ser «rumores sobre prácticas

¹³³² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 231.

¹³³³ Esta doctrina, que se expresa con el adagio latino «*Venire contra factum proprium non valet*», encuentra sus raíces en el principio de la Buena Fe y en el Derecho Romano (*Libellus disputarios* de Pillus y *Codex* de Anzo). Según la misma, está vedada toda conducta contradictoria con otra anterior por la que se reconozca, cree modifique o extinga un derecho.

¹³³⁴ Epígrafe 4.5.14.2.

¹³³⁵ Helen Nicholson, «Saint or Sinners? The Knights Templar in Medieval Europe», en *History Today*, volumen 44, Diciembre 1994, p. 36.

heréticas y homosexuales» que tenían lugar en la Orden¹³³⁶.

A partir del año 1305, época en que desde el propio entorno real se instigó la difamación de los templarios, hasta principios de 1307, no se hizo patente la gravedad del complot que se estaba urdiendo. El mismo papa puso de manifiesto su confianza en la Orden y en el maestre al emitir una bula el dos de agosto de 1307, dirigida a todos los príncipes y prelados, en la que solicitaba la protección para el hermano Blanke, preceptor de Auvèrnia, que se había puesto al frente de una tropa de nuevos cruzados, en la que califica a los caballeros del Temple de «muy queridos hijos» y «bravos soldados de Jesucristo»¹³³⁷. Incluso se da la circunstancia de que la víspera misma de su detención, el rey, en un gesto hipócrita y fingido, trató al maestre con gran distinción y deferencia al elegirle para acompañar el féretro de su hermana en la ceremonia de su funeral¹³³⁸.

Sin embargo los agentes reales trabajaron en secreto y, a la vista de los resultados, con la mayor eficacia, planificando la destrucción de la Orden. Tan poca desconfianza había por parte de los monjes-guerreros que a principios de 1307, al tener las primeras noticias de los rumores difamatorios que circulaban en el entorno del rey, en la primera ocasión que se les presentó, rogaron al papa que sometiera a examen a toda la Orden, ya que tenían miedo de que se les adjudicara una conducta a la que eran ajenos¹³³⁹.

Desde la reunión de Lyon las acusaciones del rey y su entorno se fueron incrementando hasta alcanzar su punto álgido en la entrevista que mantuvo con el papa en Poitiers en la primavera de 1307 en la que Clemente V fue duramente presionado y acusado de pasividad en el asunto de los templarios, lo que le hizo sopear la posibilidad de someter a toda la Orden a un proceso judicial para averiguar la verdad¹³⁴⁰, decisión que, una vez adoptada y tras consultarlo con la curia, le comunicó al rey francés por carta de veinticuatro de agosto¹³⁴¹.

El rey, viendo peligrar el plan que se había trazado, en una maniobra perfectamente coordinada y sincronizada, en la que contó, como colaborador necesario, con el gran inquisidor de Francia, Guillermo de París, se adelantó y, mediante carta-orden del catorce de septiembre de 1307, ordenó la detención indiscriminada de todos los templarios sin excepción el trece del mes siguiente, injerencia gravísima en asuntos de la Iglesia y atentado sin precedentes a la autoridad del romano pontífice, por cuanto que, aun admitiendo que su intervención hubiera sido solicitada por el gran inquisidor de Francia, Guillermo de París, éste, en su carta a los

¹³³⁶ Así lo dice el mismo papa Clemente V en las bulas *Faciens misericordiam* (epígrafe 2.5.14.2) y *Vox in excelso* (epígrafe 2.10.6.2).

¹³³⁷ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologétique de l'ordre des Templiers*, V, II, p. 356.

¹³³⁸ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologétique de l'ordre des Templiers*, V, II, p. 356.

¹³³⁹ Epígrafe 2.3.7.

¹³⁴⁰ *Inquisitio veritatis*.

¹³⁴¹ Carta de Clemente V a Felipe IV de 24 de agosto de 1307. Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, Vol. XIX, p. 129; Étienne Baluze, *Vitae et paparum*, p. 74. (Epígrafe 2.3.8).

inquisidores provinciales, decía expresamente que no se debía actuar «contra la Orden entera, ni contra sus hermanos en general, sino sólo contra las personas particulares sospechosas del Reino», matización importante por cuanto que la actuación contra la Orden entera era competencia exclusiva del romano pontífice y el cometido de los inquisidores estaba limitado a los sospechosos de herejía, aspecto éste que fue salvado por el gran inquisidor en el principio de su circular al calificar la ceremonia de profesión de los monjes-guerreros como de «herejía detestable», por lo que hemos de concluir que la orden de Felipe IV de detener a todos los templarios de Francia fue absolutamente ilegal, conducta que no era novedosa en el rey, que en 1301 había ordenado la detención de Bernard de Saisset, obispo de Pamiers y embajador de la Santa Sede, bajo la acusación de alta traición y que en 1303 había intentado la detención del mismo papa Bonifacio VIII por una tropa comandada por Guillermo Nogaret, acusándolo de herejía, en lo que se conoce como «atentado de Anagni».

Los diferentes procesos entablados contra los templarios, en diversos países fuera de Francia, muestran que, salvo en los lugares controlados por la corona francesa, los juicios se llevaron a cabo sin injerencia externa, sin distorsión de los hechos y con absoluto respeto a los derechos de los acusados, pronunciándose al final de los mismos sentencias exculpativas. En Francia y zonas de su influencia, al contrario, las múltiples condenas de templarios fueron el fruto de una formidable acumulación de irregularidades procesales, de falsos documentos, de presiones y de crueldades sobre los acusados y sobre los testigos y una serie ininterrumpida de declaraciones falsas y de contradicciones en las deposiciones. Las irregularidades del procedimiento y de sus prolegómenos son aberrantes, públicas y permanentes desde el principio hasta el final del proceso. Estas son algunas de dichas irregularidades:

PRIMERA.-

Quizás la más importante de todas ellas sea la inadmisibile injerencia del rey en asuntos exclusivos de la Iglesia sin haber sido requerida su intervención por las autoridades eclesiásticas, pues si bien es cierto que la circular de Guillermo Imbert de veintisiete de septiembre de 1307, dirigida a los inquisidores del reino, expresa que la actuación real se hizo a requerimiento suyo, hoy día está claro para todos los historiadores que la iniciativa partió del rey y que el gran inquisidor lo único que hizo fue prestarle cobertura de apariencia legal, afirmando en su carta circular que «el mismo señor rey, accediendo a nuestro requerimiento a causa de la fe, y a la petición que le hemos elevado, como tenemos por costumbre hacer en estos asuntos...».

Los términos de la carta orden enviada por el rey el veinte de septiembre de 1307 eran muy claros: el primer mérito que consignaba para la detención y encarcelamiento era que «Los caballeros de la orden de la milicia del Temple [...] insultan miserablemente a la religión de nuestra fe, [...] y le colman de injurias más graves aún que las que sufrió en la cruz [...] cuando hacen su profesión de fe, en que se les presenta su imagen, de manera infeliz y desgraciada, reniegan de él has-

ta tres veces, y con una crueldad horrible, escupen tres veces sobre su cara». Con este fundamento estimaba el rey que, en su posición de soberano reinante por la «gracia de Dios», estaba obligado a intervenir por Derecho Divino: «Como resultado de ello, nosotros, que hemos sido establecidos por el Señor en el puesto de observación de la eminencia real para defender la libertad de la fe de la Iglesia y que deseamos, antes de la satisfacción de todos los deseos de nuestro espíritu, el crecimiento de la fe católica». Eso sí, especificando que lo hacía a requerimiento del «querido hermano en Cristo Guillermo de París, inquisidor de la perversidad herética, nombrado por la autoridad apostólica». Por fin, al final de la carta daba la lista de los cargos: Negación de Jesucristo, injurias a la Cruz, adoración de un gato, negación del sacramento de la eucaristía y absolución de los pecados por los jefes de la Orden.

En su carta, el gran inquisidor, mediante una farragosa redacción, se atrevió incluso a insinuar que el papa estaba enterado y de acuerdo con la detención, por lo que cuando el asunto llegó a sus oídos, el papa Clemente se sintió traicionado y herido en su orgullo. A pesar de ello, se limitó a escribir al rey Felipe una débil y sumisa carta de protesta: «sabemos que lo que caracteriza la celebrada reputación de sabiduría y obediencia de vuestros antepasados es que [...] siempre reconocieron que todas las cosas pertenecientes a la fe cristiana residía en la jurisdicción de la sede de Roma, cosa que siempre respetaron hasta el día de hoy».

El rey sabía perfectamente que tanto a la detención como a la instrucción y al juicio alcanzaba el fuero eclesiástico, pero no obstante intentó obtener un dictamen jurídico de la universidad parisina que justificara su intrusión en la jurisdicción de la Iglesia. La respuesta de los doctores parisinos, de veinticinco de marzo de 1308, si bien no fue todo lo ecuaníme que hubiera sido de esperar en una institución de tal calibre, sí le sirvió en algún aspecto para justificar su actuación frente a los ojos de la Iglesia, pues entre otras cosas, le dijeron que: «la autoridad del juez secular no llega hasta hacer un proceso por herejía a quien no sea entregado por la Iglesia, al menos que la Iglesia lo requiera o que exista peligro inminente, evidente y notorio», pero añadían que en todo caso había que tener en cuenta que los que «se han obligado a observar esta herejía, no son religiosos y no deben ser tenidos por tales», opinión, que aunque fuera formulada por el docto plenario de la Sorbona, consideramos errónea, dado que si así fuera nunca un religioso o clérigo herético podría ser juzgado por un tribunal eclesiástico. En el caso de autos, la parcial opinión de los teólogos se ve agravada por el hecho de que las acusaciones contra los templarios en aquel momento no pasaban de ser meras sospechas.

Para cubrir la actuación real con legitimidad canónica, Dubois, abogado al servicio de Felipe IV, invoca al pueblo en el panfleto publicado a principios de 1308: «El pueblo del reino de Francia suplica insistentemente y devotamente a Vuestra Majestad real considerar que cualquier secta herética, sobre la que se alegue derechos a favor del señor papa, relativa a las diferencias que han surgido entre vos y él en relación con el castigo a los templarios, tenga en cuenta su promesa de conservar la fe católica [...] y que ellos se han colocado enteramente fuera de la potestad de la Iglesia al haberse confesado de una manera evidente y notoria».

La finalidad del dictamen de los teólogos y de los panfletos de Dubois es la misma: proporcionar a la actuación del rey una legitimidad aparente que, reconocida más tarde por los Estados Generales, consagre su iniciativa a los ojos de la Iglesia y del mundo¹³⁴².

Abrumado por el duro discurso que le dirige Plaisians en la entrevista con el rey en Poitiers en 1308, y probablemente temeroso del cisma con el que había sido veladamente amenazado por éste, el cinco de julio, cuando ya había pasado más de ocho meses desde la detención de los templarios, tiempo en el cual se les había interrogado y sometido a las más deleznales presiones y terribles torturas, Clemente V mediante la bula *Subit assidue*, se plegó a la política real de hechos consumados y casi pidiéndole excusas, repuso al gran inquisidor los poderes que le había abrogado y ordenó a los arzobispos, obispos e inquisidores abrir investigaciones individuales contra los miembros de la Orden, dándoles poder de censura eclesiástica y autoridad para dictar sentencias en cada caso individual dejando bien claro que tal capacidad era para juzgar a las personas y no a la Orden entera, cuyo juicio reservaba para el concilio general que tendría lugar en Vienne a partir de octubre de 2010.

Es a partir de la bula *Subit assidue* que la detención de los templarios puede considerarse acorde con el Derecho Canónico, lo que *sensu contrario* lleva a inferir que la detención de los miembros del Temple, ordenada por Guillermo Imbert y por el rey, se hizo sin la cobertura legal necesaria por mucho que el gran inquisidor declarara en su escrito a los inquisidores provinciales que el rey había actuado a petición suya, pues él mismo carecía de la capacidad legal necesaria para perseguir a una Orden entera o a todos sus miembros, capacidad que tan sólo tenían los arzobispos y obispos respectos de sus circunscripciones y el papa con carácter general. Por lo tanto hay que concluir que la detención fue nula de pleno Derecho, con los efectos que a tal nulidad le son y le eran inherentes: ineficacia inmediata o *ipso iure*; carácter general o *erga omnes*; e imposibilidad de saneamiento por confirmación o prescripción sanatoria¹³⁴³.

¹³⁴² Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 291.

¹³⁴³ En Roma, en el campo del derecho Procesal, la nulidad era la sanción por la infracción de cualquier norma de carácter procesal. Así pues, nulo era cualquier acto que contravenía la ley o las formas y lo era de pleno derecho, sin necesidad de declaración. (Ludwig Arndts, *Trattato delle Pandette*, traducción italiana de Filippo Serafini, Bolonia, 1877, vol. I, pp. 150-152, § 79, con interesantes observaciones de Savigny, Puchta y Winscheid).

En el Derecho francés del antiguo régimen surgió una nueva concepción de la nulidad, distinguiendo los actos nulos radicales y los actos viciados que podían convalidarse o subsanarse, pero sin establecer el límite de tal diferencia. Surgió así la distinción entre nulidad y anulabilidad, facultándose a los jueces para hacer un juicio sobre la importancia del vicio y declarar o no su nulidad. A partir del principio del segundo milenio, la facultad revisora de la sentencia con voluntad rescisoria empezó a erradicarse del ámbito de los señores feudales y a ser asumida directamente por el monarca, dando lugar a un cambio en el contenido de la expresión *cassation* de su significado genérico de anulación al de facultad de revisión propia del soberano. (J. Colombo Cambell, *Los actos Procesales*, Editorial jurídica, Santiago de Chile, 1997, pp. 454-455).

SEGUNDA.-

Aunque ni la circular del gran inquisidor de Francia ni la carta-orden del rey lo dicen, hoy sabemos que el presunto denunciante-acusador de los hechos ilícitos que se atribuyeron a los templarios fue Esquieu de Floyrac, individuo que cuando salta a la palestra pública se encontraba, al parecer, prisionero en una prisión de Tolosa. Aunque ya hemos mencionado en el epígrafe correspondiente que, en nuestra opinión, este personaje no fue sino un peón en la trama urdida por el entorno de la corona francesa, al no poder probar tales conjeturas, hemos de dar por buena la historia tal como ha llegado hasta nosotros, lo que nos lleva a formular las siguientes preguntas retóricas:

- ¿Por qué el rey, como era su obligación, no envió a Esquieu de Floyrac al inquisidor de la fe para ser interrogado?
- ¿Por qué el gran inquisidor al conocer la denuncia no hizo que le fuera llevado el mencionado Esquieu para sacarle la verdad?
- ¿Cómo es que tanto el rey como el gran inquisidor otorgasen credibilidad a las calumnias e injurias formuladas por un delincuente común convicto y las antepusieran al buen nombre y a la honorable trayectoria de una institución de la propia Iglesia?

Evidentemente son preguntas retóricas y como tales han de quedar sin respuesta, pero sirven para poner de manifiesto el dolo subyacente en las actuaciones de los principales actores de la trama que desde un principio se confabularon para conseguir la destrucción de la Orden.

La conclusión no puede ser sino que, en el mejor de los casos, la circular del gran inquisidor fue precipitada y que los hechos denunciados, a los que se refiere en la misma, no fueron suficientemente constatados por él o por sus delegados, por lo que debe ser anulada en la parte que a ellos se refiere, lo que la convierte en ineficaz para el pretendido fin de detención de los templarios.

TERCERA.-

Fue también una grave irregularidad del proceso detener a la totalidad de los miembros de la Orden por una mera sospecha o denuncia innominada.

En la carta que el gran inquisidor de Francia, Guillermo de París (o Imbert), dirigió a los inquisidores provinciales, se decía expresamente que «no se debe actuar contra la Orden entera, ni contra sus hermanos en general, sino sólo contra las personas particulares del reino, antes mencionadas».

Las personas antes mencionadas no pueden ser otras que las referidas en el párrafo inmediatamente anterior, es decir «las personas individuales de la citada Orden sospechosas de este reino», pero esta restricción aparecía claramente contradicha en la carta-orden del rey en la cual se ordenaba de manera clara y rotunda «arrestar a todos los hermanos de dicha Orden sin excepción alguna». Al actuar de esta manera, el rey, que conocía bien la ley y el *statu-quo* existente entre la Iglesia y el Estado, por su sólida formación jurídica y por los abogados y letrados que te-

nía a su servicio como asesores, se irrogó el derecho de hacer arrestar a todos los miembros de una orden religiosa exenta, incluidos los más altos dignatarios. Y no en base a delitos comunes, que, aunque de manera dudosa, hubiera hecho factible la vulneración del fuero especial del que gozaba la Orden y sus miembros, sino en virtud de crímenes propiamente teológicos, como son la herejía y la idolatría, delitos cuyo conocimiento y persecución correspondía en exclusiva al orden eclesiástico.

La normativa inquisitorial¹³⁴⁴ prescribía que el acusado fuera citado personalmente en su domicilio y que se le diera un cierto tiempo para comparecer voluntariamente y, solamente, si pasado este plazo no comparecía, era preceptivo requerir el auxilio de los agentes del rey para proceder a la detención.

El hecho real, cierto y constatable es que los hombres del rey detuvieron de manera fulminante e indiscriminada a todos los templarios que encontraron, con la aquiescencia del gran inquisidor y por lo tanto hay que concluir que el único objeto de las reservas expresadas en su carta fue cubrir la irregular actuación con la apariencia de legalidad por lo que al haber prescindido el inquisidor general de formalidades perfectamente definidas en la normativa de procedimiento y no haber previamente identificado los sujetos concretos de la sospecha, tanto el procedimiento mismo como la detención fueron nulos de pleno Derecho y por ende todo el proceso que se derivó de la detención.

CUARTA.-

También fue *contra legem* el procedimiento en tanto que, no solamente en el momento de la detención, sino a lo largo de todo el proceso, se silenció la vía elegida para ponerlo en marcha, lo cual, diríamos con léxico actual, causó una patente indefensión de los detenidos.

Ya hemos dicho en otro lugar que antes de 1305 no existía indicio alguno de *diffamatio* de la Orden por herejía o por cualquier otro delito perseguible de oficio por la Inquisición.

Aun prescindiendo de toda idea de maquinación o de plan orquestado contra la Orden, lo cierto es que la única denuncia concreta de la que hay constancia documental es la formulada por Esquius de Floirac directamente al rey por motivos claramente espurios¹³⁴⁵, al respecto de la cual hay que reiterar que fue una grave irresponsabilidad del gran inquisidor, y una gravísima irregularidad procesal, no llevar a cabo el interrogatorio de dicho individuo ni las actuaciones necesarias para determinar las casas precisas de la Orden en las que podían tener lugar las actividades sospechosas de ilicitud y para averiguar los templarios sospechosos de las mismas, pues es evidente que Esquius de Floriac, aún en el caso de que la denuncia tuviera algún fundamento, no podía conocer los entresijos y las rutinas de todas

¹³⁴⁴ Recogida, tal como se dice en el epígrafe 2.2.14.3, en manuales tales como el *Directorium Inquisitorium* de Ramon de Penyafor de 1242 y el *Processus inquisitionis* de Bernard de Caux, de 1244.

¹³⁴⁵ Pago u obtención de prebendas.

las casas de la Orden en Francia ni de todas las personas que las habitaban.

Tal como se ha dicho en el epígrafe 2.2.14.4.1, el procedimiento se podía poner en marcha por vía de denuncia, de acusación o de *pesquisa ex officio*, siendo ésta la forma más común, siempre y cuando estuviera apoyada en la *diffamatio* o *vox populi* sobre la conducta herética de la persona concreta a la que se refiriera, pero en todo caso había de estar contrastada con la declaración de dos testigos, que si bien debían permanecer secretos para el acusado, sí debían estar perfectamente identificados en los autos incoados contra él, cosa que no consta.

El propio Guillermo Imbert, en la carta que dirige a los inquisidores del reino de Francia, reconoce que la sospecha de actividades heréticas se extiende sólo a una parte de los miembros de la Orden: «Hace poco tiempo ha llegado a los oídos de Nuestro Señor el rey, y a los nuestros, la noticia de que un número hermanos de la Orden de caballeros del Temple [...] profesan a escondidas una herejía detestable»¹³⁴⁶.

Esta frase no solamente sirve para indicarnos que no todos los templarios eran sospechosos, sino que, además, nos indica que la actuación de la Inquisición fue motivada por una denuncia, pero dada la ambigüedad con que se expresa, también podría ser que fuera por acusación o consecuencia de su propia *pesquisa ex officio*. El escrito del gran inquisidor no ofrece ningún dato más del que poder deducir cuál fue la vía a través de la cual se puso en marcha el procedimiento, pero la carta-orden del rey a sus bailíos y senescales se refiere expresamente a «denunciantes», por lo que, si bien por sí sola tiene un valor relativo desde el punto de vista del procedimiento inquisitorial, puede ser un instrumento de interpretación de las intenciones del inquisidor general.

Hemos de concluir que la falta de concreción respecto de la vía procedimental por la que se había puesto en marcha el proceso contra la Orden fue un grave error de procedimiento, no subsanado en ningún momento pese a las protestas y apelaciones de los defensores, por lo que resulta procedente estimar la nulidad de actuaciones.

QUINTA.-

Pero la circular del gran inquisidor contenía otra grave irregularidad en su último párrafo, en el que ordenaba a los comisarios del inquisidor que enviaran al rey las copias de las confesiones de los detenidos en las que se declarasen los dichos errores y de manera especial aquéllos en que constasen negaciones de Jesucristo, de tal manera que los tribunales, constituidos a lo largo y ancho del reino, obedeciendo al pie de la letra la instrucción de Guillermo Imbert, sólo enviaron a París las declaraciones de cargo no la de descargo que, aunque no tenemos datos precisos sobre las mismas, debieron ser numerosas.

Por lo tanto, aunque sólo fuera por este motivo, la circular devino nula por hacer partícipe a alguien extraño a la Iglesia y a los propios tribunales, a persona

¹³⁴⁶ Ver epígrafe 2.4.1, nota al pie.

no eclesiástica, por mucho que se autotitulara «rey por la Gracia de Dios», de las deposiciones secretas de los detenidos.

SEXTA.-

Un grave atentado a la ley de Dios, mucho más grande que todos los delitos unidos que se achacaban a los templarios, que prohíbe matar y causar daño a los semejantes, una espantosa transgresión de la doctrina predicada por Jesús, que prescribe el amor al prójimo aunque fuera enemigo, fue la intimación del gran inquisidor a sus delegados y agentes para que utilizaran el tormento y la aplicación por éstos de los más espantosos suplicios. Lo mismo cabe decir de la orden del papa a los arzobispos y obispos de los demás reinos de la Cristiandad para que fuera utilizada la tortura para extraer de los detenidos, no la verdad, sino las confesiones que más y mejor se ajustaban a los planes del rey francés.

Son numerosas las declaraciones de detenidos que ante la comisión papal reconocieron haber realizado las confesiones bajo tortura, pero sobre todo es de destacar la denuncia que realizó fray Pruino el treinta y uno de marzo de 1310:

«Los hermanos que han confesado como verdaderos los hechos falsos articulados en la bula han mentido; pero no por ello se debe perjudicar a la Orden, pues ellos han hablado así por miedo a morir, por lo que ni la Orden ni las personas de los templarios deben verse perjudicadas...».

Reiterando la misma protesta el siete de abril:

«Item más, protestan por lo que los hermanos han podido decir, o podrían decir, en prisión contra ellos mismos y contra la Orden, lo cual no debería perjudicarles porque es notorio que la violencia, la corrupción, el miedo, el dinero les ha llevado y aún les llevarán a pasar semejantes confesiones ... Los hermanos que han realizado las confesiones, bajo el imperio del miedo y de la tortura, volverán sobre sus declaraciones, si son capaces; pero se les ha hecho decir y escribir que no deben retractarse, bajo pena de la pira».

De lo dicho, hemos de concluir que los actos de tortura infringidos a los templarios no sólo son un grave pecado contra la ley divina y un crimen contra el Derecho de Gentes (hoy sería tildado como crimen de lesa Humanidad), sino que además invalidan las confesiones obtenidas mediante su utilización y hacen que devengan nulas como medio probatorio.

SÉPTIMA.-

Otra grave irregularidad del proceso contra la Orden fue la ausencia pertinaz, táctica e intencionada de defensa de la misma, exceptuando el lapso de tiempo entre el veintiocho de marzo y el veintiséis de mayo de 1310, debido fundamentalmente al poco interés demostrado por la comisión papal y al hecho de que una vez admitida la presencia de los abogados defensores, el arzobispo de Sens y demás integrantes del concilio de París, hicieron todo lo posible para desestabilizarla y torpedearla hasta conseguir que, enviando a la hoguera a cincuenta y cuatro hermanos que se habían declarado dispuestos a testimoniar a favor de la Orden, y degradando al hermano Reinaldo de Pruino y consiguiendo la desapari-

ción del hermano Pedro de Bolonia, no hubiera nadie dispuesto a asumir la representación y defensa del instituto religioso-militar, por lo que en los más de cuatro años que transcurrieron desde la detención de los templarios hasta la emisión de la bula de disolución, la Orden, como institución, solamente contó con defensa letrada durante un tiempo inferior a dos meses.

Es más, los nueve hermanos que, haciendo caso de la bula *Regnans in Coelis* de Clemente V por la que se convocó el concilio¹³⁴⁷, se presentaron en Vienne con la intención de defender a la Orden, también fueron detenidos por orden directa y tajante del sumo pontífice.

Si bien es cierto que la comisión papal para instruir el proceso no fue creada hasta agosto de 1308, no lo es menos que desde el momento en que la carta-orden el rey incluía una cláusula de detención masiva de todos los miembros de la Orden, sin discriminación alguna, el instituto religioso-militar se manifestaba como el objetivo primordial de los inquisidores y de los hombres del rey. Por lo tanto es preciso concluir que, al no permitir en el desarrollo del proceso, ni en el propio concilio general de Vienne, la representación y defensa de la Orden, mediante letrados apropiados, se conculcó la normativa procedimental de la propia Inquisición y la dictada *ad-hoc* por el sumo pontífice que estaba plenamente en vigor puesto que no había sido derogada.

OCTAVA.-

Grave irregularidad procesal fue también la no admisión a trámite de las apelaciones. Una de las manifestaciones de la *plenitudo potestatis* es la potestad judicial en virtud de la cual el romano pontífice puede advocar para sí toda causa civil o penal, dar sentencias o casar las emitidas por los tribunales eclesiásticos y conocer de las apelaciones presentadas contra las decisiones de los mismos. Además, la normativa inquisitorial preveía la posibilidad de apelación tanto de las sentencias definitivas como de las interlocutorias¹³⁴⁸.

Tanto el gran maestro, como los altos dignatarios, los abogados defensores (durante el cortísimo tiempo en que actuaron) y otros miembros de la Orden, presentaron ante la comisión papal apelaciones que en unos casos recibió la llamada por respuesta y en otros fueron contestadas con evasivas y subterfugios legales.

Merecen ser destacadas las presentadas reiteradamente por el maestro y otros hermanos solicitando comparecer ante el papa, única autoridad a quien correspondía conocer el asunto en virtud del fuero especial otorgado por anteriores ocupantes de la silla de san Pedro. Pero el papa nunca accedió a colocarse frente a Jacques de Molay. Es más, cuando los detenidos fueron llevados a Poitiers para que él personalmente los interrogara, el maestro y los altos dignatarios fueron retenidos y alojados en el castillo de Chinon con la pobre excusa de que estaban

¹³⁴⁷ Decía la bula: *Ac deinde ipse ordo seu defensores coram ipso in concilio generali quod congregare mandavit comparere curaret* (Y luego se Ordena comparecer ante el concilio general a la Orden o sus defensores).

¹³⁴⁸ Epígrafe 2.2.14.4.9.

enfermos¹³⁴⁹. Esto nos lleva a formular otra pregunta retórica: ¿por qué, si la repentina enfermedad que aquejó exclusivamente a los dignatarios de la Orden era cierta, no se desplazó el papa hasta dicho castillo que estaba a pocas leguas de su residencia en vez de enviar a tres cardenales?

Pero de todas las apelaciones, la más sangrante, por sus trágicas consecuencias, fue la presentada el diez de mayo de 1310 por los defensores solicitando la urgente intervención de la comisión y del papa para parar la gran atrocidad que se iba a cometer contra cincuenta y cuatro templarios detenidos:

«Apelamos al papa y a la Santa Sede, tanto de palabra como por escrito. Ponemos nuestro derecho bajo la protección de la Santa Sede, apelamos a los Apóstoles y se lo pedimos con la mayor urgencia. Pedimos consejo de los sabios para corregir la forma de nuestra presente apelación si fuera necesario. Pedimos ser conducidos con la mayor seguridad ante el papa, en el plazo necesario. Pretendemos actuar como mejor proceda en Derecho. [...]. *Item* más, os suplicamos, venerados padres, que le pidáis al dicho arzobispo [de Sens] y a sus sufragantes, así como a todos los demás prelados del reino, que no cambie para nada la situación actual de los hermanos...»¹³⁵⁰.

La respuesta ya la conocemos: los cincuenta y cuatro desgraciados murieron quemados en la hoguera haciendo profesión pública de su fe en Cristo y gritando su amor a la Iglesia y su fidelidad al papa.

La conclusión no puede ser otra que la más firme condena por la pasividad de la comisión papal y del propio sumo pontífice¹³⁵¹ y declarar que la inadmisión de las apelaciones dirigidas al papa fue nula de pleno Derecho y gravemente atentatoria contra el Derecho de Gente, versión de la época de los derechos humanos, pues los comisarios papales debían conocer que la condena a muerte del concilio de Sens sería cumplida inmediatamente.

NOVENA.-

Además de las irregularidades invalidantes que hemos mencionado, el proceso estuvo también jalonado de una serie de irregularidades de menor entidad, que muestran bien a las claras las verdaderas intenciones que animaban a sus impulsores.

Grave anomalía del proceso fue la admisión en la sala de audiencias de la asidua presencia de laicos, principalmente hombres del rey, y no nos referimos a Jean de Janville cuya estancia en la misma estaba justificada por su cargo de guardián de los detenidos, sino a Plaisians y Nogaret, a los cuales no sólo se les permitió la presencia sino la intervención cuantas veces quisieron, lo cual en el caso de

¹³⁴⁹ Lo que nos lleva a pensar que fue una treta del papa, y no de los hombres del rey, para evitar ponerse frente al gran maestre.

¹³⁵⁰ Epígrafe 2.7.8.

¹³⁵¹ Aunque no nos corresponde a nosotros en el contexto de este trabajo criticar la actuación del concilio de Sens, que a la postre fue el directo responsable de las muertes, es evidente que nuestra condena se extiende a ellos también.

Nogaret tiene aún menos explicación dado que había sido excomulgado por los dos papas anteriores, situación en la cual permanecía.

Otro grave defecto fue el uso continuo en el proceso de falsificaciones y falsedades por el entorno real, con la complicidad de los inquisidores y de la alta jerarquía eclesiástica, empezando por la carta-orden del rey Felipe plagada de mentiras y de calumnias contra los Pobres Hermanos de Cristo de la Sagrada Ciudad [de Jerusalén]¹³⁵² en la que en apenas cuatro líneas de texto se contienen tres falsedades del más alto calibre:

«Por lo cual, después de haber hablado de ello con nuestro muy Santo Padre, Clemente, por la Divina Providencia pontífice de la muy santa iglesia romana y universal, después de haberlo hecho con nuestros prelados, nuestros barones...».

Es falso que hubiera hablado de la detención con el papa Clemente, pues no hay sino que leer la carta que éste le dirigió el veintisiete de noviembre para comprobar la falsedad de la afirmación. Es falso que lo hubiera hecho con los prelados del reino, salvo con el miembro del consejo, el arzobispo de Narbona y no en tanto que prelado sino como miembro del Consejo. Y falso es que se hubiera consultado a los barones del reino, pues no hay la más mínima constancia documental de ello.

A tales falsedades hay que añadir las falsificaciones que, si bien no fueron presentadas directamente a los Jueces, sí pudieron tener una directa repercusión en las declaraciones de algunos templarios, tal como sucedió con la carta, falsamente atribuida al maestro, que se hizo circular entre los detenidos, en la que les exhortaba a confesar los crímenes que se les imputaba u otra carta atribuida al rey, provista incluso de los sellos reales, en la que se le prometía prebendas y, sobre todo, la vida, a los que confesaran los hechos incriminatorios.

Todas estas irregularidades, y alguna otra que omitimos por no alargar innecesariamente este epígrafe, si bien no merecen ser sancionadas con la nulidad total del proceso, sí deberían ser tomadas en consideración para declarar ineficaces ciertas partes del mismo.

2.9.6.4 Análisis de los interrogatorios al maestro.

El veintiséis de noviembre de 1309 declaró Jacques de Molay ante la comisión papal diciendo que era pobre e iletrado y que carecía de recursos para contratar un abogado, aunque, adoptando una actitud calificada por algunos de cínica, añadió que estaba sorprendido por la rapidez con que estaba actuando la Santa Sede en este asunto cuando tardó treinta años en resolver la destitución del Emperador Federico. Pero de este interrogatorio de Jacques de Molay lo más destacable es la patética demanda de auxilio que dirige a la comisión (actitud que ha sido criticada por muchos autores por anteponer su situación personal a la de la Orden) y su reacción cuando le fue leída la confesión que él mismo había hecho ante la comisión de los cardenales en Chinon y que aparece recogida en la bula *Faciens mise-*

¹³⁵² Tal es el nombre de la Orden que aparece en la Regla aprobada por el concilio de Troyes..

ricordiam, lo que ha llevado a muchos a pensar que el acta había sido si no falsificada si tergiversada.

Tales palabras, confusas y estupefactas, del maestre, recogidas en el acta de su comparecencia ante la comisión papal el día veintiséis de noviembre de 1309¹³⁵³, provoca en nosotros una sombra de duda sobre la verosimilitud de las declaraciones que se recogen en el acta de Chinon y a las que a su vez se refieren las bulas *Subit assidue* y *Faciens misericordiam*.

Si en 1308 había tenido el coraje de negar las acusaciones, en presencia de Plaisians, Nogaret y Janville, ¿por qué no persistió en esa postura ante la comisión? «Porque su caso está reservado al papa» respondió él mismo. Pero ésta es una respuesta de escaso valor dado que se declara presto para actuar en defensa de la Orden y no puede ignorar que la mejor manera de hacerlo es revocando sus confesiones anteriores o negando que las haya hecho. La actitud del maestre, anteponiendo la propia salvación de su cuerpo a la del Temple, nos hace pensar en su falta de coraje en Chinon y sospechar la existencia de razones que no se nos alcanzan, entre las que bien pudiera estar su avanzada edad y la presión de los cardenales¹³⁵⁴.

Dos días más tarde el maestre compareció de nuevo ante la comisión Papal. Esta vez era Nogaret el que estaba presente y el que al final de la sesión intervino haciendo referencia a unas presuntas declaraciones del sultán de Babilonia en las que acusaba a los templarios de sodomía, que fueron negadas prontamente y con pasión por Jacques de Molay¹³⁵⁵. Pero lo que no explica el acta es la razón por la cual Guillermo Nogaret estaba presente en la sala de audiencia (aunque parece evidente que Nogaret se encontraba en la sala para vigilar a de Molay y oír la defensa que pudiera hacer de su Orden) y, sobre todo, tampoco se recoge en el acta en base a qué norma se permitió su intervención, máxime teniendo en cuenta que permanecía excomulgado.

En esta segunda comparecencia ante la comisión el maestre se mostró lento, indeciso y contradictorio. No quiso hablar delante de los comisarios pero no pudiendo soportar la vergüenza de quedarse mudo en la defensa de su Orden, «para descargar su conciencia» dice, termina por presentar tres observaciones torpes, extemporáneas y sin sentido a favor de la Orden que provocan la reacción airada de la comisión.

El dos de marzo siguiente, de nuevo compareció ante la comisión, pese a haber dicho ya que el conocimiento de su caso correspondía al papa, vuelve a repetir lo mismo, que «solo ante el papa él dirá lo que tenga que decir»¹³⁵⁶. Es una intervención extremadamente breve, en la que Molay no muestra ningún escrúpulo de conciencia respecto de la Orden a la que deja abandonada a su suerte. La única explicación que se nos ocurre es que probablemente se reservaba para actuar en

¹³⁵³ Epígrafe 2.7.2.2.

¹³⁵⁴ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 59.

¹³⁵⁵ Epígrafe 2.7.2.4.

¹³⁵⁶ Epígrafe 2.7.2.6.

defensa de la misma ante el papa¹³⁵⁷, a quien, pensaba, daría los argumentos que podrían rehabilitarla¹³⁵⁸.

Esta actitud de Jacques de Molay tendría graves consecuencias para la defensa de la Orden por los otros hermanos, al no estar acostumbrados a hacer nada sin el conocimiento y la aquiescencia del gran maestro.

La conducta del gran maestro solo puede ser comprendida desde el temor a la tortura y desde el sufrimiento de los duros tormentos de los que fue objeto.

Si bien son varios los autores que niegan las torturas a la persona de Jacques de Molay, nos parece incontrovertible la realidad de las mismas a partir de las crónicas de la época y por los múltiples documentos que hacen referencia a ellas, entre las que cabe destacar una carta que escribió a su obispo el capellán del coro de la catedral de Nôtre-Dame, Johannes de Blanchefort, que ha permanecido largo tiempo oculta o guardada en el archivo de la dicha catedral, en la que entre otras cosas, dice:

«Después de quince días he obtenido permiso para visitar al dirigente de los templarios, pues quería saber por su propia voz la verdad de cuantas acusaciones se le imputan a la Orden. No os quiero ocultar las muchas dificultades que tuve que salvar para conseguir el permiso [...] me confesó que lo habían torturado durante tantos años, en tal proporción y de tal forma, que si le hubieran exigido decir que él era el asesino de Nuestro Señor Jesucristo, lo hubiera confesado sin dilación por tal de acabar cuanto antes con ese insufrible y doloroso sufrimiento...»¹³⁵⁹.

2.9.7 Análisis crítico de los procesos inquisitoriales llevados a cabo en diferentes países contra los templarios como personas.

Aunque el objeto de este trabajo es exclusivamente la crítica jurídica del proceso judicial entablado contra la orden del Temple como institución de la Iglesia Católica, hemos creído ilustrativo dedicar unas líneas a los procesos inquisitoriales llevados a cabo en los diferentes países haciendo especial hincapié en los resultados de los mismos con respecto a la Orden.

En cumplimiento de la bula papal *Faciens misericordiam* y otras bulas de agosto de 1308, los templarios fueron juzgados e interrogados en toda Europa, siendo de señalar que, al contrario de lo que ocurrió en Francia y sus zonas de influencia, en la mayor parte de los países fueron bien tratados y recibieron sentencias exculpatorias.

Del repaso a los diferentes procesos desarrollados en los distintos países

¹³⁵⁷ O ante el próximo concilio de Vienne.

¹³⁵⁸ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 61.

¹³⁵⁹ Archivo de la Catedral de Nôtre Dame, libro 61, folio 43, en Antonio Galera, *La verdadera historia de la Orden del Templo de Jerusalén*, pp. 219-220;

contra los templarios se infiere al menos la duda fundada de que su condena en Francia haya sido legítima. Dado que la lista de cargos de la que fueron examinados fue la misma en todos los países, es fácil intuir que la diferencia de resultados en unos y otros lugares fue debida a causas extrínsecas a la Orden, sin que quepa ni siquiera admitir, como hacen algunos autores en un intento de contentar a todo el mundo, una extensión restringida de la herejía, localizada en unas pocas encomiendas del Sur de Francia.

A continuación se analizan brevemente los resultados de los principales concilios provinciales tomando como base las obras de Dupuy, Raynouard y, en menor grado, otros autores.

2.9.7.1 Francia.

El primer interrogatorio llevado a cabo por Guillermo Imbert en París, en la propia casa el Temple sin que se tenga noticias de lo que ocurrió entre la fecha de la detención y la del comienzo de los interrogatorios, lo que ha llevado a algunos autores a suponer que sirvió para que por los hombres del rey se llevara a cabo la «preparación» física e intelectual de los detenidos.

En pocos meses todos los templarios franceses fueron interrogados y la gran mayoría de ellos se confesaron culpables de algunos de los cargos, aunque el análisis de las ciento treinta y ocho declaraciones de París muestra que se trataron de confesiones poco concretas. De éstas, en ciento cinco casos admitieron haber renegado de Cristo, pero muchos aclararon que lo habían hecho de palabra y no de corazón. De los ciento veintitrés tres casos que aceptaron haber escupido sobre la cruz, la mayoría admitieron que lo habían hecho al suelo o que habían simulado. Ciento tres reconocieron haber recibido besos calificados como indecentes¹³⁶⁰. En ciento dos casos se admitió la incitación a la homosexualidad, pero sólo tres reconocieron haber practicado relaciones homosexuales. En lo referente a la adoración de ídolos sólo nueve de los interrogados declararon saber algo del asunto. Con ligeras modificaciones el modelo se repitió en provincias¹³⁶¹, cuya tónica, en las noventa y cuatro declaraciones que se han conservado, es la misma que en las de París¹³⁶².

De todas las declaraciones la que más ha llamado la atención de los historiadores de todas las épocas es la del maestre Jacques de Molay por su confesión de que con ocasión de su ingreso en la Orden se le ordenó que debía renegar de Cristo y que él, muy a su pesar, lo había hecho y que el que oficiaba la ceremonia le ordenó escupir sobre la Cruz y que él, simulando obediencia, lo había hecho al lado, sobre la tierra.

Esta declaración del maestre, y las similares del resto de los dirigentes, fue

¹³⁶⁰ En los cuales no se incluye el beso en la boca que constituía parte integrante de las ceremonias de recepción de las órdenes religiosas.

¹³⁶¹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 84-87.

¹³⁶² Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 76 -77.

suficiente para que el papa apreciara el estado de necesidad en la orden de detención del rey Felipe y, tras una reacción inicial de asombro e indignación por la orden de detención real, se plegara a sus deseos, promulgando el veintidós de noviembre del mismo año la bula *Pastoralis praeeminentiae* convalidando la detención de los templarios franceses y ordenando a todos los soberanos del orbe católico la detención de los templarios que se encontraran en sus territorios, si bien, en un intento de tener controlada las actuaciones contra la Orden, suspendió en sus funciones a todos los inquisidores de Francia, incluido el gran inquisidor Guillermo de París, con lo que de hecho todos los procesos en curso quedaron bloqueados.

Esta última decisión papal no fue en absoluto del agrado del monarca francés que reaccionó buscando el apoyo de los profesores de la universidad parisina a los que dirigió un escrito solicitando el parecer del claustro sobre cuestiones relacionadas con la detención de los templarios y sus bienes, que fue contestada en muchos de sus apartados de manera ambigua pero que fue interpretada por la corona y su entorno como un respaldo a sus actuaciones, lo que le valió para renovar la presión sobre el papa que fue el objeto de diversos panfletos difamatorios que, aunque anónimos, se han atribuido a consejeros de la corona, en los que se le acusaba de pro-templario, corrupción y simonía y se llegaba, incluso, a poner en duda la infalibilidad pontificia.

Las presiones sobre el papa alcanzaron su punto álgido en las reuniones que mantuvo con el rey en Poitiers entre mayo y junio de 1308 en las que no sólo se arreciaron las presiones, sino que se le llegó a acusar de proteger a los templarios y a amenazarle veladamente con instigar al clero francés para que rompiera su lealtad hacia él. Clemente V terminó doblegándose a todas las exigencias de Felipe el Hermoso con quien firmó un convenio que recogía diez acuerdos, los cuales se tradujeron en una serie de bulas que se promulgaron en los meses siguientes, las más importantes de las cuales fueron: la *Subit assidue*, del cinco de julio, por la que los inquisidores franceses fueron repuestos en sus funciones; la *Regnan in coelis*, de doce de agosto, por la que se convocaba un concilio ecuménico a celebrar en Vienne el uno de octubre de 1310 para, entre otros asuntos, llevar a cabo el juicio de la Orden; la *Faciens misericordiam*, de la misma fecha, dirigida a todos los soberanos y obispos del orbe católico, en la que se ordenaba que las personas de los templarios fueran juzgadas por los concilios provinciales, de acuerdo a ochenta y ocho artículos de acusación que se adjuntaban, y se disponía que una comisión pontificia llevara a cabo la instrucción contra la Orden en base a una lista de ciento veintisiete cargos, que también se adjuntaban, instrucción que sería presentada al Concilio que se había convocado en Vienne; y la *Ad omniun fere notitiam*, también de doce de agosto, por la que se prohibía, bajo pena de excomunión, la apropiación de los bienes incautados a los templarios y se reiteraba la orden de juicio a los templarios, excepto el maestre y demás dirigentes cuyo juicio se reservaba para sí.

En Francia, las instrucciones del gran inquisidor a sus delegados incluían un mandato expreso para la tortura:

«... y a continuación llamarán a los comisarios del inquisidor y exami-

narán la verdad con todo cuidado, incluso empleando la tortura si fuera necesario; y si confiesan la verdad, pondrán sus posiciones por escrito con la firma de los testigos»¹³⁶³.

Está probado, afirma Raynouard, que treinta y seis caballeros perecieron en París a causa de los tormentos recibidos en esta fase del proceso y que ochenta y uno se retractaron de las confesiones realizadas bajo la tortura¹³⁶⁴. Tras estos treinta y seis ajusticiados, en abril es confirmado por el papa Felipe de Marigny como arzobispo de Sens, que inmediatamente convocó el concilio y el día diez decidió enviar a la muerte en la hoguera a cincuenta y cuatro templarios que se habían presentado para defender a la Orden ante la comisión papal, lo que fue interpretado como una rectificación de las confesiones que anteriormente habían realizado, bajo tortura, ante el concilio de Sens.

Tras la quema de los cincuenta y cuatro templarios, el doce de mayo de 1310, tan sólo veinticinco de los supervivientes se mostraron dispuestos a declarar en el proceso papal contra la Orden. Solamente la comparación de las deposiciones de estos hermanos ante los inquisidores y sus declaraciones ante los miembros de la comisión papal, bastaría para rechazar las confesiones ante los concilios provinciales de Francia, si no fuera porque se tiene la certidumbre de que todas fueron el resultado de amenazas, violencia o seducción¹³⁶⁵.

El ejemplo de lo sucedido en París cundió rápidamente y cuatro días más tarde nueve templarios fueron quemados en la hoguera en Senlis. Lo mismo sucedió en Pont-de-Arche y otros lugares.

En Nîmes fueron interrogados cuarenta y cinco templarios, con la particularidad de que todos hicieron las mismas confesiones e, incluso, con las mismas expresiones, lo que lleva a pensar o bien en un preacuerdo entre los detenidos o al uso de un modelo de acta uniforme por los inquisidores. Tras la muerte de sus cincuenta y cuatro compañeros en París, los templarios de Nîmes se retractaron de sus declaraciones anteriores y en 1311 fueron sometidos a tortura tras la cual la mayoría de ellos se reafirmaron en las primeras confesiones. Después del concilio de Vienne aún fueron torturados algunos por orden del obispo¹³⁶⁶, pero esto, evidentemente, ya no tenía incidencia alguna sobre el proceso contra la Orden.

En Clermont fueron interrogados sesenta y nueve templarios, de los cuales cuarenta admitieron alguna de las acusaciones y veintinueve sostuvieron su inocencia y la de la Orden. Entre estos veintinueve estaban los hermanos Sartiges y Chambonnet que actuaron de defensores de la Orden ante la comisión papal¹³⁶⁷.

En Mas-Deu prestaron declaración veinticinco templarios, todos los cuales sostuvieron con firmeza la inocencia de la Orden y declararon que no concebían que los crímenes que se les imputaba pudieran haber sido cometidos por sus her-

¹³⁶³ Epígrafe 2.4.1.

¹³⁶⁴ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 230.

¹³⁶⁵ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 230.

¹³⁶⁶ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 234.

¹³⁶⁷ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 254.

manos de religión. Entregaron a los inquisidores un ejemplar de la Regla de la Orden¹³⁶⁸.

Los interrogatorios inmediatos a las detenciones de octubre de 1307 en muchos lugares tuvieron lugar en las mismas casas en las que fueron encontrados y que se convirtieron en sus prisiones provisionales. Tal ocurrió en Troyes, donde fueron interrogados dos caballeros; en Chaumon, donde fueron interpelados dos templarios alemanes que volvían a su tierra procedentes de París; en Pont-de-l'Arche, donde se interrogó a siete hermanos; en Caen, donde se interrogó a trece miembros de la Orden; en Carcasona, donde fueron interrogados seis caballeros y también la hoguera se prendió en 1311 para quemar a alguno de ellos; en Bigorre, donde también se interrogó a seis templarios; en Cahors, donde fueron siete los templarios interrogados. En todos los lugares en los que los templarios detenidos realizaron confesiones, éstas fueron arrancadas mediante el empleo de la tortura¹³⁶⁹.

Como afirma un autor: la resistencia de los templarios desaparecía en las hogueras y ello supuso el triunfo de la corona francesa¹³⁷⁰.

2.9.7.2 Islas Británicas.

En Inglaterra los templarios fueron tratados con mucha mayor moderación que en Francia. Sin embargo, dado que todo lo que pasaba en el continente llegaba a los oídos de los templarios ingleses, la situación de sus hermanos franceses tuvo que producirles mucho miedo. La aceptación del empleo de la tortura por el rey, presionado por el papa, los obispos y los inquisidores tras una larga encuesta, explica la obtención de algunas declaraciones contra la Orden, pero en cualquier caso insuficientes, junto con las declaraciones de testigos externos, escogidos entre enemigos declarados de la Orden (algunos incluso monjes mendicantes) llevaron a que se emitiera una sentencia en la que, aun admitiendo la mala reputación de la Orden, fueron absueltos. Todos los templarios interrogados sostuvieron su inocencia y la inocencia de la Orden. Es de resaltar, con referencia a la ceremonia de admisión, que ninguno admitió la negación de Cristo ni los ultrajes a la Cruz, salvo Robert de Saint-Juste y Godefroy de Goneville que, detenidos e interrogados en Francia, confesaron los delitos imputados a la Orden, lo que pone de manifiesto el uso sistemático de la tortura para la obtención de las confesiones en Francia¹³⁷¹.

En Escocia tuvieron lugar cuarenta y tres declaraciones ante el tribunal de Edimburgo, de las que sólo dos fueron de templarios, pues el resto, al tener noticias de las detenciones masivas en Francia e Inglaterra, huyó. Las cuarenta y una declaraciones de los extraños a la Orden fueron insignificantes y las de los dos

¹³⁶⁸ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 257.

¹³⁶⁹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, pp. 234-236.

¹³⁷⁰ Gonzalo Martínez Díez, «El proceso de disolución de los templarios: su repercusión en Castilla», en *Los Monjes Soldados. Los Templarios y otras Órdenes Militares*, Ediciones Polifemo, Algete, 2004, p. 94.

¹³⁷¹ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, pp. 259-261.

templarios exculparon a la Orden de todo error, por lo que se declaró su inocencia¹³⁷².

En Irlanda fueron detenidos trece templarios, ninguno de los cuales realizó ninguna confesión inculpatoria. Además declararon cuarenta y un testigos extraños a la Orden. No se pudo probar ninguna de las acusaciones contra la Orden¹³⁷³.

2.9.7.3 Península Ibérica

En el reino de Castilla y León los bienes fueron requisados y veinticuatro templarios detenidos y llevados ante una comisión en la que, además de los arzobispos de Toledo y Santiago y otros obispos, estaba el dominico Eimerich, autor de una guía del proceso inquisitorial y de gran renombre en los anales de la Inquisición¹³⁷⁴. Aquí los detenidos fueron tratados con humanidad y se tiene aún hoy en día la impresión de que los obispos habían acometido la investigación solo por deferencia hacia el papa. Tanto los templarios como doce testigos extraños a la Orden realizaron declaraciones exculpatorias.

En el concilio de Salamanca no se pronunció ninguna condena. Raynouard recoge la declaración de uno de los tres testigos extraños a la Orden, que resultó ser un sacerdote, que declaró haber oído en confesión a varios templarios, enfermos, heridos por los Sarracenos o en peligro de muerte, y que todos eran buenos católicos¹³⁷⁵.

En el reino de Aragón el concilio de Tarragona, en clara y directa contradicción con la Santa Sede, emitió su sentencia el cuatro de noviembre de 1312, es decir, seis meses después del concilio de Vienne, declarando inocentes a todos los templarios y prohibiendo que se atacara su reputación. Incluso después de recibir la bula *Vox in Excelso* decretando la disolución, los obispos aragoneses se mostraron renuentes durante un tiempo y no la obedecieron hasta que lograron una pensión suficiente para los templarios, a pagar de los propios bienes de la Orden¹³⁷⁶.

En Portugal, donde el rey Don Dionisio ejercía un control férreo de la Orden, los bienes templarios fueron incautados por la corona y los templarios continuaron sus actividades, con la protección del rey, como si la orden papal de someterlos a juicio no fuera con ellos¹³⁷⁷. Para evitar hacer patente la desobediencia a la

¹³⁷² François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 263.

¹³⁷³ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 263.

¹³⁷⁴ Utilizada en este trabajo en la descripción del procedimiento inquisitorial (epígrafe 2.2.14.4).

¹³⁷⁵ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 265.

¹³⁷⁶ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 266.

¹³⁷⁷ Grouvelle atribuye a esta dependencia de la corona la diferencia de trato que tuvieron los templarios portugueses, entre cuyas particularidades señala que la Orden en Portugal sólo admitía a portugueses como postulantes, que los castillos y fortalezas eran adjudicados y desposeídos por el rey, que los maestros precisaban la aquiescencia real para ser nombrados y que la Orden había mantenido una relación filial con la orden del Cister de tal manera que carecía sacerdotes propios, cuya la era ejercida por sacerdotes cistercienses que, por lo tanto, eran los oficiantes en las ceremonias de investidura (Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. 219).

santa sede, los templarios portugueses fueron juzgados en el concilio de Salamanca, al que asistieron los obispos de Lisboa y de Guarda, no encontrando el concilio razón alguna para las acusaciones vertidas contra la Orden por lo que todos los hermanos fueron absueltos¹³⁷⁸.

Barber afirma que en ninguno de los interrogatorios que tuvo lugar en la Península Ibérica se apreció evidencia alguna incriminatoria y que, al igual que en Inglaterra, los concilios provinciales no consiguieron sacar a la luz ninguna prueba inculpatoria¹³⁷⁹.

2.9.7.5 Sicilia.

La Orden estaba bajo la protección del rey y no hubo persecución de los templarios.

En Lucellia seis templarios confesaron en contra de ella debido a las presiones de los delegados papales.

En Messina treinta y dos testigos ajenos al Temple declararon a favor de la Orden¹³⁸⁰.

2.9.7.6 Nápoles.

En este país los templarios no tuvieron la suerte de sus hermanos de la Península Ibérica, fuera por la influencia del papa o del rey Felipe, fuera por la ascendencia de este rey sobre Carlos II rey de Nápoles. En los Estados de este príncipe en Italia había pocos templarios y fueron despojados de sus bienes, pero en los Estados del Sur de Francia, en los condados de Provençe y de Forcarquier y en el Piamonte su número era grande, y en ellos, según Dupuy, los hizo detener, interrogar, y ejecutar como en el resto de Francia. Los mismos medios de presión y tortura que se utilizaban en el Norte sin duda fueron usados en el Sur¹³⁸¹. Raynouard contradice a Dupuy y afirma que, según consta en un documento, Albert de Blacas, preceptor de Aix y de Saint-Maurice, vivió hasta su muerte en esta última encomienda con consentimiento de los hospitalarios y que este documento permite afirmar que en Provença los templarios fueron bien tratados lo que hace suponer que habían sido declarados inocentes¹³⁸².

En las actas del concilio de Nápoles se recoge el caso de un hermano que había sido recibido en España que reconoció todo lo que los acusadores quisieron, incluso cargos ridículos en referencia a un gato que había aparecido en un capítulo, lo que hace suponer que las confesiones fueron todo menos libres¹³⁸³.

¹³⁷⁸ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 267.

¹³⁷⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 309.

¹³⁸⁰ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 284.

¹³⁸¹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 57.

¹³⁸² François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, pp. 199-200.

¹³⁸³ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 280.

2.9.7.7 Italia.

En Florencia declararon seis testigos, todos los cuales se mostraron contrarios a la Orden.

En Penna se dio el mismo resultado, aunque aquí no se habla de un ídolo con forma de cabeza sino con figura humana completa, adorada por ellos.

En Ravena dos inquisidores dominicos propusieron la tortura, pero fue rechazada por los otros comisarios. El miedo a los tormentos hizo reconocer todo a cinco templarios, al contrario que otros siete que sostuvieron la inocencia de la Orden. En 1310 el concilio provincial absolvió a la Orden y decidió reservar sus bienes para los caballeros inocentes y que los culpables fueran castigados conforme a las leyes¹³⁸⁴.

En suma, en Italia, donde la Orden tenía mucho menor presencia que en Francia o la Península Ibérica, el resultado de los interrogatorios fue muy desigual y dependió grandemente del grado de vinculación de los diferentes reinos con Francia o con el papado¹³⁸⁵.

2.9.7.8 Estados Pontificios.

En Viterbo siete templarios fueron interrogados e hicieron confesiones acordes con las amenazas y torturas a que fueron sometidos.

De Bolonia no hay reseña alguna y en Velletri los testigos, ninguno de ellos templarios, atestiguaron la inocencia de la Orden. Los templarios fueron obligados a la purgación canónica¹³⁸⁶.

2.9.7.9 Alemania.

En este país, en el que la intrigas del rey Felipe eran bien conocidas desde que se produjo la vacante en el trono imperial, la inocencia de la Orden fue reconocida en el concilio de Maguncia donde treinta y siete templarios y doce extraños a la Orden declararon a su favor¹³⁸⁷.

En Trèves, donde era arzobispo un hermano del Emperador Enrique VII, los diecisiete testigos que declararon, de los que sólo tres eran templarios, lo hicieron a favor de la Orden¹³⁸⁸.

Los caballeros sólo fueron maltratados en Magdeburgo donde el arzobispo, amigo y comensal del papa, estaba sometido a la influencia francesa.

¹³⁸⁴ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 271.

¹³⁸⁵ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, pp. 310.

¹³⁸⁶ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 277.

¹³⁸⁷ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 268.

¹³⁸⁸ François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 270.

Al igual que en Italia, en Alemania los resultados de la investigación dependieron en gran manera de las inclinaciones de los gobernantes locales y de la capacidad de respuestas de los hermanos de las diferentes encomiendas¹³⁸⁹.

2.9.7.10 Chipre.

Tras dos años de arresto en sus propiedades, los templarios fueron llevados a juicio en mayo¹³⁹⁰ de 1310. En el proceso declararon ciento diez testigos, de los cuales setenta y seis¹³⁹¹, pertenecían a la Orden. Entre ellos había dignatarios de diferentes rangos. Todos los hermanos negaron todas las acusaciones y sostuvieron su inocencia y la de la institución, apoyados por las declaraciones de los treinta y cinco testigos extraños que reafirmaron la inocencia de la Orden. El único que hizo una velada acusación contra ellos fue el prior de la orden de san Juan que dijo «que había oído decir a un franciscano –que no supo identificar– que los templarios no creían en los sacramentos»¹³⁹².

2.9.8 Análisis crítico del acto formal de la supresión de la Orden.

2.9.8.1 Decisión papal *versus* sentencia judicial.

Desde la fecha de la masiva detención de los templarios hasta la celebración del concilio de Vienne pasaron más de cinco años, tiempo más que suficiente para encontrar alguno de esos ídolos monstruosos de cuya adoración se les acusó o los estatutos y reglas a los que se achacaba de contener normas contrarias a la ley de Dios y a la moral de la época¹³⁹³. Si hubiera habido algún ídolo o estatuto apócrifo es seguro que hubiera sido encontrado y aún hoy en día sería mostrado como un trofeo de guerra, pues los agentes reales sometieron las casas del Temple a una minuciosa búsqueda.

Es a todas luces probable que una vista pública en el concilio ecuménico, con participantes procedentes de todos los rincones de la Cristiandad, no sujetos a los caprichos e imposiciones del rey de Francia, habría rechazado con indignación

¹³⁸⁹ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 312.

¹³⁹⁰ Aunque hay cierta controversia con la fecha de comienzo y la duración del juicio, Gilmour-Bryson, es de la opinión de que el juicio tuvo su comienzo el cinco de mayo de 1310 y que se extendió hasta mayo de 1311 en que declararon algunos nobles ajenos a la Orden (Anne Gilmour-Bryson, *The Trial of the Templars in Cyprus*, pp. 27-28).

¹³⁹¹ 42 caballeros, 2 capellanes y 32 sargentos o sirvientes (Anne Gilmour-Bryson, *The Trial of the Templars in Cyprus*, p. 28).

¹³⁹² François Juste Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 285.

¹³⁹³ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologétique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 356.

todas las acusaciones, incluso sin la presencia de miembros de la Orden que hubieran podido acometer su defensa, pues es lo cierto que entre los padres conciliares había algunos que conocían bien la Orden y estaban dispuestos a defenderla. Pero el rey francés no podía permitir un proceso público que había muchas posibilidades que se desarrollara por derroteros diferentes a los que él tenía planeados, por lo que presionó a Clemente V para que, reduciendo a la nada toda la instrucción llevada a cabo por la comisión papal, la Orden fuera suprimida mediante un reglamento pontificio (*modus provisionis*), sustrayendo del concilio el objeto principal para el que había sido convocado.

Como se ha dicho, tras la apertura del concilio, los padres conciliares fueron distribuidos en dos grupos, los exentos de participar en las deliberaciones y los no exentos y dentro de éste se constituyó una comisión reducida con la misión específica de estudiar los resultados de la comisión papal y elevar una propuesta resumen al plenario a partir de la cual abrir los debates del juicio. De esta forma, no sólo se agilizó enormemente el trabajo sino que, además, se facilitó el control de su desarrollo y de sus miembros. Dentro de esta comisión se integraron eclesiásticos del entorno real que, además, habían formado parte de la comisión papal, tales como monseñor Giles de Aisselin, ahora arzobispo de Rouen, monseñor Guillermo Durante, obispo de Mende y monseñor Guillermo de Trie, obispo de Bayeux¹³⁹⁴.

Hay algunos que aún ponen en duda las presiones ejercidas por el rey al papa para lograr la supresión de la orden del Temple, pero hay dos hechos incuestionables que, nos parece, ponen este asunto fuera de toda duda: por un lado está la carta que el rey dirigió al papa, el dos de marzo de 1312, en la que le pedía y le reiteraba (casi le exigía) que la Orden debía ser abolida, sin hacer referencia alguna al proceso judicial ni a la sentencia que le pondría fin; y por otro está su presentación en Vienne el diecisiete de marzo, acompañado de un ejército y de un gran séquito, para presionar al papa en la toma de una decisión rápida y acorde con sus deseos.

Después de tan solo dos días de la presencia real en Vienne, el papa comunicó a los cardenales y a la comisión especial, reunidos en un consistorio secreto, su decisión definitiva e irrevocable de suprimir la Orden mediante resolución administrativa, noticia de la máxima importancia de la que inmediatamente los embajadores del rey Jaime II de Aragón dieron cuenta a su soberano. Resulta cuando menos curioso que los detalles más importantes de una reunión, que se suponía secreta y a la que sólo asistieron gente de la máxima confianza del papa y del rey, según dice Lizerand¹³⁹⁵, como es la manera de disolución de la Orden «no por vía de justicia sino por provisión», fueren conocidos de los embajadores aragoneses, lo cual es indicativo de que, o bien el asunto era del dominio general o bien de que contaban con un contacto directo dentro del propio consistorio¹³⁹⁶.

¹³⁹⁴ Epígrafe 2.7.

¹³⁹⁵ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe IV le Bel*, p. 266.

¹³⁹⁶ Posiblemente el arzobispo de Valencia, asistente al concilio, era su enlace dentro de la asamblea conciliar.

No se sabe cuáles fueron los elementos de presión que utilizó el rey frente al papa, pero algunos autores especulan con que le amenazara con relanzar la campaña en contra de la memoria de Bonifacio VIII, campaña que no sólo pondría en tela de juicio los nombramientos de los cardenales bonifacianos sino la misma elección de Clemente V.

Georges Roman es de la opinión de que la decisión papal fue un instrumento diplomático que formalizaba las concesiones mutuas entre Clemente V y el colegio cardenalicio de una parte y Felipe IV y su entorno de la otra, por el cual se permitía la rehabilitación de la memoria de Bonifacio VIII a cambio de la supresión de los templarios¹³⁹⁷.

En su bula, Clemente V reconocía que a partir de la instrucción llevada a cabo por la comisión papal no era posible una sentencia condenatoria de la Orden («*ipse ut hæreticalis per definitivam sententiam canonice condemnari non possit*»), pero el hecho de que la Orden no pudiera ser condenada judicialmente, no significaba la impasibilidad después de todo el escándalo que se había organizado. De hecho, los únicos testimonios contrarios a la Orden eran los obtenidos ante los concilios provinciales de Francia y algunos otros países de su influencia y, en mucho menor grado, ante la comisión papal, lo cual parecía poco, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones en que habían sido obtenidos. Un juicio sobre la Orden implicaba debates y esto tendría el grave inconveniente de exponer al mundo el interés sospechoso de Felipe el Hermoso. Se comprende pues, que ya desde 1308 se propusiera desde el entorno del rey la supresión de la Orden no mediante condena judicial sino por vía de reglamento o provisión apostólica¹³⁹⁸, instrumento también utilizado por la Santa Sede posteriormente en otras disoluciones de órdenes canónicas, como las de los humillados en el año 1570 por decreto de Pío V¹³⁹⁹, la de los jesuitas o clérigos apostólicos de san Jerónimo, disuelta por bula de Clemente IX en 1668¹⁴⁰⁰ y la de los Antonianos, suprimida en 1787 por breve de Pío VI¹⁴⁰¹.

Hay que reconocer, con la perspectiva que da el tiempo, que con toda probabilidad un juicio público, y el escándalo que de él se hubiera seguido, no habría permitido la supervivencia de la Orden, pero suprimiéndola, sin pronunciarse sobre su inocencia o culpabilidad, dejó a los coetáneos y a las generaciones siguientes con un sentimiento de injusticia que aún hoy en día no se ha superado. Sin embargo, la decisión del papa tenía la ventaja de que con ella daba plena satisfacción al rey, no producía división en el seno de la Iglesia y hacía cesar toda posibilidad de escándalo en el asunto de Bonifacio VIII.

¹³⁹⁷ Georges Roman, *Le procès des Templiers*, p. 119.

¹³⁹⁸ Fue el consejo de Guillermo de Plaisians en el consistorio de junio de 1308 en Poitiers.

¹³⁹⁹ George Schaiger, *La vida religiosa de la A a la Z: desde los orígenes hasta nuestros días*, Ed. san Pablo, Madrid, 1998, p. 281.

¹⁴⁰⁰ Charles Warren Currier, *History of Religious Orders*, Murphy & McCarthy, New York, 1894, p. 338.

¹⁴⁰¹ Carlos Sánchez Martín, *La extinción de la Orden medieval de san Antonio abad en Toledo. Un ejemplo de regalismo eclesiástico*, Universidad Complutense de Madrid, p. 545, <<http://www.rcumariacristina.com/ficheros/25%20Carlos%20Sanchez%20Martin.pdf>>

Legalmente, con la legislación canónica en la mano, la supresión por vía de provisión es inatacable teniendo en cuenta los poderes absolutos, ejecutivos, legislativos y judiciales, que adornan la figura del sucesor de san Pedro.

2.9.8.2 Análisis de la bula *Vox in excelso*.

Las formas violentas y arbitrarias, influenciadas directamente por Felipe el Hermoso, son apreciables en la bula *Vox in excelso*. Esto explica, en opinión de Raynouard, que las actas del concilio de Vienne hayan sido destruidas y justifica que la mayoría de los historiadores, hasta fechas muy recientes, hayan ignorado lo que de verdad pasó, pues, para tener conocimiento cabal de lo sucedido, durante varios siglos tan sólo se pudo recurrir a los cronistas de la época¹⁴⁰². Es más, la bula de supresión no fue imprimida hasta el siglo XVII y aún entonces tuvo que serlo fuera de Francia y de los Estados pontificios.

En la parte dispositiva de la bula *Regnans in coelis*, por la que Clemente V convocó el concilio de Vienne el 12 de agosto de 1308, se decía:

«... Así pues, como es de interés común remediar tan grandes males, después de haber deliberado a menudo y con cuidado con los cardenales y con otras personas sabias, hemos resuelto, siguiendo la buena costumbre de nuestros padres, reunir un concilio ecuménico el primer día de octubre próximo en dos años¹⁴⁰³, a fin de decidir por voluntad común, la provisión sobre la Orden y las personas singulares y sus bienes,...»¹⁴⁰⁴.

Aunque son varios los puntos a tratar a los que hace referencia la parte dispositiva de la bula *Regnans in coelis*, es un hecho incuestionable que el asunto más importante que se sometía al concilio, con diferencia, era el enjuiciamiento por los padres conciliares a la orden del Temple (por la larga lista de acusaciones preparada por Felipe IV y refrendada por el papa) cuya instrucción se encargó a una comisión papal *ad hoc*, pues así se desprende de la larga y reiterativa exposición de motivos que se incluye en dicha bula, en la que sólo se hace mención a la orden del Temple para justificar la llamada al concilio ecuménico.

Sabemos por la crónica de Walter de Hemingborough y otros documentos que nos han llegado, que inmediatamente después de la apertura del concilio el dieciséis de octubre de 1311, en la segunda sesión, se planteó entre los congregados si la Orden debía seguir funcionando o debía ser suprimida y que la respuesta de la inmensa mayoría de los prelados fue a favor de su continuidad¹⁴⁰⁵.

También se sabe que, a pesar de que habían sido convocados al concilio, no se permitió la presencia de ningún templario en el mismo y que cuando a final de octubre se presentaron nueve hermanos con el deseo de representar a la Orden y defenderla, fueron prendidos y encarcelados por mandato de Clemente V, lo que

¹⁴⁰² François-Juste-Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 193.

¹⁴⁰³ Es decir, el 1 de octubre de 1310.

¹⁴⁰⁴ Epígrafe 2.5.14.1.

¹⁴⁰⁵ Epígrafe 2.6.1.

originó un fuerte debate entre los padres conciliares sobre si debían ser escuchados los templarios y si debía permitirse la defensa de la Orden, lo que fue contado en sus escritos por los embajadores del rey Jaime II de Aragón, por Ffikeys y por el dominico Bartolomé de Lucca, obispo de Torcello. Dice éste último:

«Las actas más relevantes fueron leídas ante los prelados y luego fueron llamados individualmente para responder ante el pontífice si los templarios tenían derecho a una audiencia o a una defensa. Todos los prelados de Italia, menos uno, de España, de Alemania, de Suecia, de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda coincidieron en la misma opinión afirmativa. *Item* los franceses, excepto los tres metropolitanos»¹⁴⁰⁶.

Los partidarios de que los defensores de la Orden fueran escuchados, la gran mayoría de los padres conciliares, basaban su postura en que la bula *Regnans in coelis* disponía que la Orden entera y cada uno de los hermanos que quisiera defenderla, serían convocados ante los comisarios papales y que con la información recabada, la Orden, representada por sus procuradores y defensores, comparecería ante el romano pontífice en un concilio general¹⁴⁰⁷.

Esta votación supuso un parón en los trabajos de la asamblea y un fuerte quebradero de cabeza para el papa, pues el hecho de permitir la defensa de la Orden suponía un revés para toda la actuación del rey de Francia y, probablemente, dice Lizerand, faltar a los compromisos que Clemente había adquirido con él. Así que, a la espera de que el papa y el rey se pusieran de acuerdo, los padres conciliares se dedicaron a los otros dos asuntos que les había reunido, es decir la nueva cruzada y la reforma de la Iglesia¹⁴⁰⁸.

La reticencia de Clemente V en permitir la presencia de los templarios y la defensa de la Orden nos da una idea de su total sometimiento al rey francés y de su firme decisión de suprimirla sin dar la más mínima oportunidad al debate, lo cual, con toda probabilidad, trascendió a los padres conciliares, para los cuales la decisión papal de disolución no debió de suponer sorpresa alguna. Decía así la parte dispositiva de la bula *Vox in excelso*:

«Visto que una mayoría de las cuatro quintas partes, de los cardenales y prelados elegidos por todo el concilio¹⁴⁰⁹, consideran conveniente, más expeditivo y más útil al honor del Altísimo, [...] seguir la vía de la provisión y el reglamento de la Sede Apostólica para suprimir la dicha Orden y aplicar sus bienes al uso para el que habían sido destinados....»

Por lo tanto, no sin amargura y sin dolor en el corazón, suprimimos por sanción irrefragable y válida a perpetuidad, la orden de los templarios, su estado, su vestimenta y su nombre, no por sentencia definitiva, sino por modo de provisión o reglamento apostólico y la sometemos a una prohibición perpetua, con la aprobación del santo concilio; prohibiendo expresamente a cuales-

¹⁴⁰⁶ Epígrafe 2.6.1.

¹⁴⁰⁷ François-Juste-Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 51

¹⁴⁰⁸ Georges Lizerand, *Clement V et Philippe IV le Bel*, p. 261.

¹⁴⁰⁹ Se refiere a los componentes de la comisión reducida elegida, en el grupo de los no exentos, integrada por cardenales de la confianza del papa y los prelados integrantes de la comisión Papal.

quiera que sean de entrar en esta Orden, de recibir o de llevar sus hábitos y de hacerse pasar por templario. Quienquiera que infrinja esta Orden incurrirá en pena de excomunión *ipso facto*».

No es posible imaginar una mayor manifestación de hipocresía, dice Gobry, y añade que la gran mayoría de los padres conciliares estaban persuadidos de que los templarios no eran culpables y que aunque la bula dice que la supresión fue decretada «con la aprobación del santo concilio» lo cierto es que ninguna voz se levantó en la sala, ni a favor ni en contra, dado que al inicio de la sesión se había comunicado que cualquier intervención estaba prohibida bajo pena de excomunión¹⁴¹⁰. La decisión papal violaba las reglas de la justicia, la equidad y la disciplina eclesiásticas y era contraria, incluso, a su propia resolución anterior en la que decía que los templarios que se ofrecieran para defender a la Orden serían escuchados y el asunto sería sometido a debate de los padres conciliares¹⁴¹¹. También era contraria al Derecho Canónico al decidir que la Orden quedara suprimida «por sanción irrefragable¹⁴¹² y válida a perpetuidad», por cuanto que una decisión posterior de otro papa en sentido contrario puede anular la bula y dar con ella en el cesto de los papeles. Así pues, la Orden fue disuelta, no por medio de sentencia, sino por modo de provisión u ordenanza, porque, aunque no se había probado su culpabilidad, «había quedado tan desacreditada que no sería posible su existencia en el futuro». Era la forma diplomática de decir que, pese a que la Orden era inocente, a él no le quedaba otra opción que decretar su disolución.

Resulta curioso que el papa justifique su negativa al reconocimiento del derecho de defensa en base a un hipotético retraso en la resolución del juicio, cuando hacía más de cuatro años que se había iniciado el proceso.

La lectura de la bula *Vox in excelso* plantea inmediatamente varias cuestiones de tipo jurídico:

- ¿Debe ser interpretada la bula de supresión como sentencia finalizadora del proceso?
- ¿Tenía el papa la potestad legal necesaria para ordenar la supresión de la Orden?
- ¿Qué es y qué valor tiene la «provisión apostólica» por la que el papa dispuso la abolición de la Orden?

A estas cuestiones daremos cumplida respuestas en los siguientes epígrafes.

2.9.8.3 Análisis del sobreseimiento o pendencia del proceso.

La conclusión normal de todo proceso penal, es la sentencia¹⁴¹³ o el sobre-

¹⁴¹⁰ Ivan Gobry, *Le procès des Templiers*, p. 265.

¹⁴¹¹ François-Juste-Marie Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 192.

¹⁴¹² RAE: Del latín irrefragabilis, adjetivo. Que no se puede contrarrestar.

¹⁴¹³ También cabría hablar del desistimiento, en los casos de delitos privados o perseguibles a instancia de parte.

seimiento¹⁴¹⁴. Entonces, dado que el papa dice de manera clara y rotunda que la bula no es una sentencia, ¿cabría pensar que el proceso terminó por sobreseimiento?

A pesar de que el sobreseimiento era conocido en Roma desde la época de la República¹⁴¹⁵, no era contemplado por la normativa eclesiástica como una alternativa de finalización del proceso, pues, como hemos dicho, tan solo estaba prevista en esta clase de procedimientos la terminación mediante sentencia de condena si el procesado era hallado culpable o de absolución si no se lograba probar la culpabilidad¹⁴¹⁶, de aquí que del hecho de que no se haya dictado una sentencia judicial en el proceso contra la Orden, no podamos concluir que la bula *Vox in excelso* entraña un sobreseimiento implícito. Es más, en la propia bula se contiene un reconocimiento de la no culpabilidad de la Orden en la frase: «Sin duda los procedimientos dirigidos contra la Orden no permiten condenarla canónicamente como herética por sentencia definitiva»¹⁴¹⁷.

De aquí cabría deducir que o bien el proceso nunca se terminó, pues nunca se dictó sentencia, o bien que la bula encierre, aunque sea de manera implícita, la resolución que ponía fin al proceso. Pero de su propia literalidad se ha de interpretar que no era ésta la intención del papa, pues algo más abajo de la frase anterior hay otra que dice: «entre los que dicen que es necesario, promulgar una sentencia de condena contra la Orden por los crímenes mencionados, y los que dicen que los procedimientos que hasta ahora han tenido lugar no lo permiten; después de una larga y sopesada deliberación, sobre condenarla con justicia, Nos, teniendo en cuenta sólo a Dios y el bien de los asuntos de Tierra Santa, sin inclinarnos ni a la

¹⁴¹⁴ El sobreseimiento, (del latín: *super-cedere* = desistir de la pretensión que se tenía), constituye una de las formas de concluir el proceso y procede cuando de la investigación resulta que el hecho que motivó la apertura de la instrucción es inexistente, no puede ser suficientemente acreditado o resulte no ser constitutivo de delito. También cuando no conste la participación de los imputados en ninguno de los supuestos de autoría, complicidad o encubrimiento previstos por la ley penal sustantiva, así como cuando se compruebe la existencia de hechos que impidan continuar el procedimiento o sancionar el delito, tales como la muerte del acusado, la cosa juzgada (*non bis in idem*), la prescripción de la acción penal, la enajenación mental comprobada o sobrevenida y la despenalización de la conducta perseguida.

¹⁴¹⁵ En la época de Roma, con la llegada de la República, las funciones jurisdiccionales que hasta ese momento correspondían al monarca se atribuyeron a un Magistrado, quien podía sobreseer y abandonar la causa en todo momento y en todo momento también podía renovarla. A la luz del material que ha llegado hasta nuestros días, en esta época la sentencia sólo podía contener un pronunciamiento en sentido absolutorio o condenatorio. En el siglo I a.C., entre otras razones debido a la excesiva duración de las causas, a la dificultad para abordar cuestiones complejas y a la desconfianza que estos juicios provocaban en la clase gobernante, surgió un nuevo proceso, fruto de la unión de las características del civil y del penal, en el que el veredicto final era emitido por jurados los cuales depositaban su voto en una urna, solicitando la absolución del acusado tachando en su tabla la letra A de *absolvo*, su condena con la letra C de *condemno* o bien la paralización de la causa con las letras NL de *non liquet*. (Yessenia Arellano Martínez, *Adición a la figura de sobreseimiento en la figura de la extinción de dominio*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo, 2010, pp. 58-59).

¹⁴¹⁶ Epígrafe 2.2.14.4.8.

¹⁴¹⁷ «*Verum licet ex processibus habitis contra ordinem memoratum, ipse ut hacreticalis per definitivam sententiam canonice condemnari non possit*».

derecha ni a la izquierda, hemos elegido la vía de la provisión y la ordenanza»¹⁴¹⁸.

Si a todo esto unimos que en la parte dispositiva de la bula se afirma de manera rotunda que la misma no debe ser considerada como sentencia definitiva (*non per modum definitivæ sententiæ*), nos lleva a la ineludible conclusión de que el proceso contra la Orden, puesto en marcha en 1308 por el propio papa, se encuentra inconcluso y, por lo tanto, pendiente de sentencia.

Se podría pensar que la abolición o muerte de la Orden tuvo como consecuencia la desaparición de la acción penal, poniendo fin al proceso, tal como sucedía en el Derecho Romano y sucede en la actualidad¹⁴¹⁹, pero nada más lejos de la realidad. En el juicio inquisitorial, cuando el reo moría en el transcurso del proceso éste no terminaba ni se suspendía, sino que continuaba hasta la sentencia. De esta manera si la herejía se consideraba probada y el procesado fallecido estaba ya enterrado, el tribunal podía ordenar la exhumación de los restos, llevándolos al auto público junto con una estatua que lo simbolizaba, con la finalidad de proceder a la quema de los mismos hasta convertirlos en cenizas¹⁴²⁰. Por lo tanto, aplicando este antecedente judicial al proceso de la Orden, no cabe sino concluir, como hemos dicho, que el mismo sigue vivo y pendiente del dictado de la sentencia.

2.9.8.4 Análisis de la fórmula de la Provisión Apostólica.

2.9.8.4.1 La suprema potestad papal.

En el Derecho Romano se entendía por *auctoritas* la legitimación socialmente reconocida, que procedía de un saber y que se otorgaba a algunos ciudadanos, concepto que se contrapone al de *potestas*, poder socialmente reconocido, que ostentaba quien tenía capacidad legal para hacer cumplir su decisión. Álvaro d'Ors formuló una teoría sobre el binomio *auctoritas-potestas* que ha sido desarrollada recientemente por su discípulo Rafael Domingo, en una obra en la que profundiza en la relación de la *auctoritas* con el saber socialmente reconocido y de la *potestas* con el poder socialmente reconocido¹⁴²¹.

Sobre esta dicotomía entre *auctoritas* y *potestas*, el papa Gelasio I, en su

¹⁴¹⁸ «*Inter eos qui dicunt quod ex nunc contra dictum ordinem praedictis condemnationis sententiam promulgatam: alios qui dicunt ex processibus praehabitis contra dictum ordinem condemnatos sententiam iure fieri non posse longa e matura deliberatione praehabita solum Deum habentes pre oculis, et ad utilitatem negotii terrae sanctae respectum habentes, non declinantes ad dexteram vel sinistram viam provisionis et ordinationis duximus eligendam*».

¹⁴¹⁹ El artículo 130 del vigente código penal español, establece que la responsabilidad criminal se extingue por la muerte del reo, habiendo a tal efecto el Tribunal Supremo español establecido la doctrina de que cuando muere el procesado se extingue la acción penal (SS. 3-2-1899, SS. 22-2-1990).

¹⁴²⁰ María del Camino Fernández Jiménez, *La sentencia inquisitorial*, p. 21.

¹⁴²¹ Rafael Domingo Oslé, «El Binomio Potestas-Auctoritas en el Derecho Romano y Moderno», en *Persona y Derecho*, Vol. 37, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1997, pp. 183-195.

conocida carta del año 494 al Emperador Anastasio, partiendo de la distinción romana, fundamentó la llamada teoría de las dos espadas: «Dos son las cosas, Augusto Emperador, que rigen el mundo: la sagrada autoridad del pontífice y la potestad real»¹⁴²².

Una de las características principales de la Edad Media fue la subordinación de toda la Cristiandad a la autoridad espiritual del obispo de Roma, es decir el papa. La Iglesia fue, a lo largo de toda la Edad Media, la institución que agrupó y unificó a toda la Cristiandad, y su cabeza, el romano pontífice, como suprema autoridad, tanto en asuntos de fe como mundanos, ejercía una autoridad incluso superior a la de los reyes y emperadores los cuales, además, eran coronados por él.

El término empleado por los canonistas y teólogos de la época para describir la superior autoridad de los papas fue el de *Plenitudo potestatis*¹⁴²³, expresión que fue usada de manera regular por Inocencio III (1198-1216)¹⁴²⁴ en referencia y en descripción del poder jurisdiccional supremo del papado. A partir del siglo XIII el poder papal se hizo cada vez más centralizado, visible e indiscutible en la Iglesia, con repercusiones en el ámbito civil, y no sólo en asuntos religiosos o de fe.

En la Edad Media el papa era el juez supremo en la Iglesia y sus decisiones eran absolutas e inapelables, y por ende, no podían ser derogadas por los miembros inferiores de la jerarquía eclesiástica, ni siquiera reunidos en el concilio¹⁴²⁵.

La *Plenitudo Potestatis* es la doctrina por la que se atribuye al papa todo el poder ejecutivo, legislativo y jurisdiccional sobre toda la Iglesia en base al evangelio de san Mateo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia [...] y te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mt 16:13). Este pasaje expresa, según los teólogos, que Pedro, -y por consiguiente sus

¹⁴²² «*Duo sunt quippe, imperator auguste, quibus principaliter hic mundus regitur: auctoritas sacra Pontificum et regalis potestas*». Rafael Domingo Oslé, «El binomio Auctoritas-Potestas en el Derecho Romano moderno», en *Persona y Derecho*, pp. 183-195, citando a Graciano (*Prima pars Decreti, Distinctio XCVI, cap. X*, ed. Friedberg, p. 340).

¹⁴²³ Las bases de la *Plenitudo Potestatis* fueron desplegadas en tres momentos fundamentales:

En el papado de Gregorio VII y en su visión del Poder unitario de la Iglesia, centrado en el papa y no en la comunión de las iglesias como defienden los ortodoxos.

En el papado de Inocencio III, y en su enfrentamiento con el emperador germano, sobre la cuestión de las investiduras.

En el papado de Bonifacio VIII, en su defensa de la supremacía del papa en con ocasión de sus desavenencias con Felipe IV.

¹⁴²⁴ Anteriormente había sido utilizada en otro contexto en la época del papa León I (440-461).

¹⁴²⁵ El Conciliarismo es la corriente doctrinal que defiende la superioridad del Concilio Ecuménico (universal) sobre el Papa. En la época de Felipe IV esta doctrina tuvo fuertes defensores en Marsilio de Padua y Guillermo Ockham. La argumentación central de los valedores de estas ideas es que en las cuestiones dogmáticas no hay más autoridad que las Sagradas Escrituras, interpretadas por los padres conciliares reunidos en concilio ecuménico que representa a toda la Iglesia y obtiene su potestad directamente de Cristo. La teoría conciliarista alcanzó su máximo apogeo en los concilios de Pisa, Constanza y Basilea y prolongó su existencia hasta el concilio de Trento. [Antonio Rivera García, «Humanismo, representación y angelología. El conciliarismo de Juan de Segovia», *La primera Escuela de Salamanca (1406-1516)*, Ediciones Universidad, Salamanca, 2012, pp. 98-103].

sucesores- es el depositario del legado de Cristo y por lo tanto está investido de un poder pleno sobre toda la Iglesia y sobre todos los cristianos sin excepción alguna. Esta plena potestad del romano pontífice incluye:

- La potestad de orden, similar a la que corresponde a los obispos.
- La potestad jurisdiccional o de jurisdicción sobre toda la Iglesia.
- La potestad legislativa, por la cual puede dictar leyes nuevas y cambiar, modificar, interpretar o derogar las existentes, así como conceder privilegios, dispensas, exenciones y autorizar costumbres jurídicas.
- La potestad judicial, que le autoriza a avocar para sí toda causa civil o penal, dar sentencias o casar las emitidas por los tribunales eclesiásticos y conocer de las apelaciones presentadas contra las decisiones de los mismos.
- La potestad administrativa por la que ostenta la representación de la Iglesia y ejerce el gobierno y la administración de ella¹⁴²⁶.

Por lo tanto, de todo lo dicho, hemos de concluir que Clemente V tenía plena autoridad para promulgar la bula *Vox in excelso* y que por lo tanto la misma fue y es plenamente legal en el ámbito de la comunidad católica.

2.9.8.4.2 Los actos pontificios.

El romano pontífice y la Santa Sede constituyen, no sólo el fundamento inquebrantable y el centro de toda legislación eclesiástica, sino también la fuente primaria, ordinaria y perenne del Derecho Canónico, el cual se va desarrollando continuamente¹⁴²⁷.

A principios del siglo XIV el Derecho Positivo que imperaba en la Iglesia Católica era el *Corpus Iuris Canonici*, colección normativa integrada a su vez por varias colecciones, unas emanadas de los canales oficiales de la Iglesia y otras de autores privados. El *Corpus* se utilizó como fuente del Derecho Canónico de la Iglesia latina hasta 1917 en que fue promulgado el primer *Codex Iuris Canonici*.

En el año 1300 el *Corpus Iuris Canonici* estaba formado por tres obras¹⁴²⁸:

- El Decreto Graciano (1140, 1142 y 1150)¹⁴²⁹.

¹⁴²⁶ Fernando Manuel Della Rocca, *Manual de Derecho Canónico*, T. I. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1962, pp. 254-255.

¹⁴²⁷ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, Editorial del Corazón de María, Barcelona, 1919, p. 447

¹⁴²⁸ Posteriormente a éstas se le añadieron otras tres: las Clementinas de 1314; las Extravagantes de Juan XXII; y las Extravagantes comunes.

¹⁴²⁹ El decreto de Graciano es una obra de la que se desconoce el procedimiento con que se elaboró y ha dado lugar a amplísimas discusiones científicas entre los múltiples estudiosos del Derecho Canónico medieval en los últimos cuarenta años. No se ha llegado a ninguna conclusión firme tras examinarse más de trescientos manuscritos medievales que recogen el texto del *Decretum*. Un canonista imprudente publicó un artículo en una revista italiana diciendo que había descubierto el original de *Decretum* en Florencia. Al año siguiente rectificó indicando que se trataba de un error y que el ma-

- Las decretales de Gregorio IX (1254).
- El *Liber Sextus Decretalium* (1298).

Aunque el papa, de alguna manera, crea Derecho por medio de la potestad judicial y aún más por la administrativa, principalmente desempeña este oficio por la potestad legislativa¹⁴³⁰, la cual es plena y suprema, absoluta y estrictamente monárquica, sin limitación de ley alguna humana y completamente independiente¹⁴³¹ y sin otro límite que el Derecho Divino¹⁴³².

Al igual que ocurre con las leyes civiles, la fuerza jurídica de las leyes y actos pontificios está contenida solamente en la parte dispositiva y no en la parte narrativa o motiva en las que se expresan las causas del mandato o decisión, porque la historia y la razón de la ley no son la ley, aunque puedan servir para su interpretación¹⁴³³.

En la potestad legislativa del romano pontífice están comprendidas las siguientes facultades y derechos:

- Derecho de dar nuevas leyes.
- Interpretar cualesquiera leyes eclesiásticas, incluidas las divinas.
- Velar porque las leyes ya establecidas conserven su vigor.
- Abrogar, derogar o de cualquier manera cambiar, las leyes anteriores establecidas por cualquier autoridad puramente humana. De aquí que los romanos pontífices puedan promulgar leyes contrarias a las leyes disciplinares de predecesores, contra el Derecho Común y el establecido por los concilios ecuménicos y aún por los mismos Apóstoles¹⁴³⁴.
- En la Edad Media los actos de la Santa Sede, en función de su contenido, eran principalmente de tres tipos:
 - Decretos, actos producidos por el romano pontífice *motu proprio*, o sea, espontáneamente sin intervención de nadie.
 - Decretales, actos pontificios dados a instancias de terceros.
 - Constituciones, o leyes pontificias y rescriptos, respuestas del papa a casos particulares¹⁴³⁵.

Según su aspecto, los actos pontificios podían -y pueden- revestir diversas formas:

nuscrito estudiado por él no era el original. Sobre Graciano ver: Caciglioli, G., *Derecho Canónico, notas de Derecho español y traducción directa del italiano por Ramón Lamas Lourido*, Madrid, 1946, pp. 92-93).

¹⁴³⁰ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 450.

¹⁴³¹ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 451.

¹⁴³² Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 452.

¹⁴³³ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 453.

¹⁴³⁴ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 453.

¹⁴³⁵ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 457.

- Bula, es la forma más solemne de todas. Los documentos que revestían esta forma se redactaban de manera solemne y con estilo amplio y magnífico, con largas cláusulas y gran aparato de palabras. Su característica esencial y la que le da nombre era el sello de plomo que colgaba de una cinta o cordón de seda o cáñamo. El tipo de letra era el lombardo (francés) o el gótico (alemán). Hasta el siglo XI se utilizó el papiro pero desde entonces se usó el pergamino.
- Breve, es una forma menos solemne y más sencilla que las bulas. Las diferencias esenciales con las bulas son: estilo más sencillo, sello de cera y tipo de letra latino¹⁴³⁶.

2.9.8.4.3 Actos conciliares.

Los concilios son reuniones o juntas de prelados y eclesiásticos que, convocados legítimamente, se celebran para tratar y resolver los negocios de la Iglesia. Pueden ser ecuménicos y provinciales. Las decisiones y prescripciones de los concilios reciben la denominación genérica de cánones, tanto si eran dogmáticos como disciplinares¹⁴³⁷.

Los concilios ecuménicos, legítimamente convocados, celebrados y confirmados, al representar a la Iglesia universal y a su autoridad, gozan de la plena potestad de magisterio y de jurisdicción suprema, plena y universal, sobre cualquier materia, lugar o persona. Sólo no pueden corregir las cuestiones dogmáticas de concilios anteriores o del romano pontífice. Los concilios provinciales gozan de igual prerrogativa si asiste el romano pontífice. Si no es así, para tener fuerza coercitiva general están sujetos a la ratificación o confirmación de la Santa Sede¹⁴³⁸.

2.9.8.4.4 El *modus provisionis*.

La fórmula elegida por Clemente V para poner fin a la vida de la Orden fue la provisión apostólica, lo que en los tiempos actuales da lugar a no pocas dudas sobre su significación y alcance (dudas que deberían quedar aclaradas al continuar leyendo en la bula la frase disyuntiva que viene inmediatamente a continuación que hace referencia a reglamento u «ordenanza») en tanto que es una fórmula que, con el carácter en que es usada en la bula, ha caído en desuso, pues en la actualidad hace referencia a la acción de proveer un puesto u oficio vacante y como tal se recoge en el capítulo 1 «De la provisión de un oficio eclesiástico» del Título IX del actual Código de Derecho Canónico.

Entre las acepciones que, para la palabra provisión, recoge el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua están:

¹⁴³⁶ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, pp. 466-469.

¹⁴³⁷ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 489.

¹⁴³⁸ Felipe Maroto, *Instituciones de Derecho Canónico*, p. 491.

- Providencia o disposición conducente al logro de algo.
- Despacho o mandamiento que en nombre del rey expedían algunos tribunales para que se ejecutase lo que por ellos se ordenaba.

En el propio Código de Derecho Canónico actual, en el canon 48, al definir lo que es un decreto, lo hace en referencia a las palabras «decisión» y «provisión»:

«Por decreto singular se entiende el acto administrativo de la autoridad ejecutiva competente, por el cual, según las normas del derecho y para un caso particular, se toma una decisión o se hace una provisión que, por su naturaleza, no presuponen la petición de un interesado».

En el sistema legislativo (y otro tanto cabe decir del administrativo, judicial y de gobierno) la ley sancionada y promulgada por los soberanos dejó de utilizarse de forma regular supliéndose por instrumentos diversos, tales como disposiciones, órdenes, provisiones, mandatos, etc., dados directamente por los soberanos y sus órganos de poder, justicia, administración y gobierno, disposiciones, si se quiere, de rango inferior y alcance más reducido que las antiguas leyes generales, pero de mayor eficacia y rapidez. Estos nuevos instrumentos se plasmaban y tramitaban, bien en forma de pragmáticas o de provisiones, bien adoptando la estructura diplomática de las cédulas, mandatos, decretos, órdenes, autos acordados, sentencias judiciales, instrucciones, ordenanzas, etc. Con frecuencia, los redactores de estos documentos reseñados se expresan con bastante imprecisión jurídica, lingüística y técnica, utilizando dentro de la misma redacción y tenor documental denominaciones distintas para designar una misma acción jurídica y un mismo instrumento¹⁴³⁹.

En conclusión, la provisión apostólica es un mero reglamento u ordenanza, emitido por el papa con fuerza de norma de obligado cumplimiento, sobre un asunto concreto y con destino a una pluralidad de sujetos, características todas que concurren en la bula *Vox in excelso*, por lo que se ha de concluir que la disposición de supresión de la orden del Temple que en la misma se contiene es perfectamente legal y que fue emitida por el romano pontífice haciendo uso de su autoridad y potestad supremas y soberanas.

Por cierto que resulta cuando menos curioso que en la bula *Regnans in coelis* de convocatoria del concilio de Vienne, promulgada el doce de agosto de 1308, dijera Clemente V que había decidido «reunir un concilio ecuménico el primer día de octubre, próximo en dos años, a fin de llevar a cabo por voluntad común, la provisión sobre la Orden y las personas singulares y sus bienes, la fe católica y la recuperación de Tierra Santa y a la reforma de la Iglesia en cuanto a sus costumbres y al restablecimiento de sus libertades», empleando una palabra de alta significación jurídica, como es *provisio*.

¿Fue el papa Clemente consciente de su uso o era una palabra ambivalente? Porque si lo fue significaría que en agosto de 1308 ya estaba decidido que la Orden sería suprimida mediante ordenanza y no por sentencia, lo que indicaría que

¹⁴³⁹ Ángel Riesco Terrero, «Real Provisión de los reyes Católicos», en *Documenta & instrumenta*, n° 4, Universidad Complutense, Madrid, 2006, pp. 61-80.

todo el proceso, y las penalidades a las que el mismo dio lugar, fue una trágica y macabra comedia cuyos autores¹⁴⁴⁰ serían el rey Felipe IV el Hermoso y el papa Clemente V.

2.9.9 Análisis final.

La demostración de la inocencia de los templarios y de la Orden entera, comenzada por Lejeune, y seguida por Raynouard, Münter, Grouvelle, Lea, Gemelin, Finke, Nicholson, Demurger, Gobry, Barber y otros muchos, es decisiva. No hay nada que objetar a los argumentos que han dado estos autores: insuficiencia de pruebas materiales, ausencia de doctrina herética intencionada sostenida firme y espontáneamente por los acusados, contradicciones enormes entre ellos en las declaraciones sobre acusaciones específicas, nulidad de las confesiones obtenidas por procedimientos violentos. Sin duda, la demostración de la inocencia no es aceptada por algunos que llegan, incluso, a proponer tesis y teorías cuya debilidad y falacia han sido sabiamente expuestas y refutadas por los autores citados y por otros muchos, por lo que no es de extrañar que la discusión dure aún. «La firmeza de una verdad de carácter histórico tan sólo se acepta por aquéllos que se aplican a su estudio y análisis por medio de razonamientos correctos y, sobre todo, sin prejuicios previos»¹⁴⁴¹.

Es bien cierto que la Orden contó siempre con la estima general. Nadie, ni eclesiástico ni laico, en ningún momento, le había lanzado acusación alguna. Incluso papas, reyes y príncipes, entre ellos algunos de los que más tarde les persiguieron con saña, rendían público homenaje a su celo por la religión y a la pureza de sus costumbres. El mismo Felipe el Hermoso, su enemigo mortal, emitió antes de la orden de detención, numerosos documentos que no dejan ninguna duda sobre los niveles que, en la estima del monarca y de la nación, tenía la Orden. Sólo tres años antes de su detención, en octubre de 1304, este rey, en un diploma, cuya parte esencial hemos transcrito en el epígrafe 2.10.2, reconoce numerosos privilegios a favor de la orden del Temple, a la que califica de «divinamente instituida desde hace largos años», lo que le lleva «a darles muestras de un favor especial a la orden del Temple y a los caballeros por los que tenemos una sincera predilección».

Friedrich Nicolai encontró en la biblioteca Saint-Germain-des-Prés el registro manuscrito de los 231 interrogatorios de la instrucción llevada a cabo por la comisión papal entre 1309 y 1311 de los cuales Dupuy solamente da los extractos. Un análisis sosegado y reflexivo de tales registros tan sólo puede llevarnos a concluir que los cargos y el proceso contra la Orden no son sino el resultado de una campaña artificiosa y muy bien orquestada¹⁴⁴².

¹⁴⁴⁰ Además de co-protagonistas.

¹⁴⁴¹ Georges Lizerand, *Clement V*, p. 236.

¹⁴⁴² Que procedía de la familia de M. de Harlai y se trataba de una copia realizada por uno de los notarios y depositados en la iglesia de Nôtre Dame (Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires*

En la obra *Histoire apologetique et critique de l'ordre des Templiers*, publicada por Claude Mansuet Lejeune en 1789, en París, caracterizada por una falta total de método y de estilo, se hace un repaso de todo lo publicado hasta la fecha a favor y en contra de la Orden. A pesar de la indudable buena voluntad del autor por no omitir nada, dice Grouvelle, se pone de manifiesto su desconocimiento acerca de los aspectos nuevos sobre los que giran las actuales teorías sobre esta historia¹⁴⁴³.

El gran Cristian Thomasius, defensor del género humano y combatiente del fanatismo, la tortura y la injusticia, se mostró absolutamente contrario al proceso contra los templarios del que dijo que fue opuesto a la justicia y sólo achacable a la maledicencia del rey Felipe y del papa Clemente que condenaron injustamente a unos inocentes que fueron víctimas de una Inquisición ávida de sangre¹⁴⁴⁴. Este autor en su obra *Tractatio Juridica de templariorum Equitum Ordine sublato* utiliza tres razonamientos para demostrarlo, que de manera resumida se pueden exponer como sigue:

- Un número grande de los templarios, sobre todo fuera de Francia, negaron de manera categórica todos los cargos contra la Orden.
- Las confesiones fueron arrancadas mediante tortura y, a pesar de ella, muchos templarios que afirmaron su inocencia, persistieron y se ratificaron en la misma hasta la muerte.
- Las confesiones libres y voluntarias no hacen prueba de cosas inverosímiles, imposibles e increíbles¹⁴⁴⁵.

Lejeune propone que, si se pudiera, se preguntara sobre la presunta culpabilidad de los templarios a los peregrinos que salvaron sus vidas de las emboscadas de los musulmanes precisamente por la acción de los monjes-guerreros, a los pobres que han mantenido en sus casas, a los enfermos que han cuidado en sus hospitales, a los cautivos que han rescatado de las manos de los bárbaros¹⁴⁴⁶.

No se puede decir que tras la pérdida de Palestina se convirtieran en inútiles, pues todavía había lugares, como la Península Ibérica, en los que existían fronteras que guardar, ciudades que defender e infieles a los que combatir. En este sentido es preciso mencionar la conducta de los reyes de Portugal y de Aragón¹⁴⁴⁷, posterior a la supresión de la Orden, que prueba cuan necesarios eran aún, pues se vieron abocados a crear nuevas órdenes con los mismos fines que la suprimida. Hasta 1305, dice Lejeune, el Temple disfrutaba de una reputación envidiable, semejante

historiques Sur les Templiers, F. Buisson, París, 1805, p. VII).

¹⁴⁴³ Philippe Antoine Grouvelle, *Mémoires historiques Sur les Templiers*, p. XI.

¹⁴⁴⁴ Friedrich Nicolai, *Essai sur les accusations Intentés aux Templiers et sur le secret de cet ordre*, p. 16.

¹⁴⁴⁵ Christian Thomasius, *Tractatio Juridica de templariorum Equitum Ordine sublato*, pp. 47-56.

¹⁴⁴⁶ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 337

¹⁴⁴⁷ Se verá en el próximo capítulo.

a la del Hospital¹⁴⁴⁸.

Algunos autores, incrédulos de que los templarios hubieran caído en todos los errores y horrores de los que se les acusó, han buscado la causa de esta pretendida desviación del camino recto y piensan haberla encontrado en las riquezas de la Orden y en sus exenciones. «Si los templarios, decía Giles de Rome¹⁴⁴⁹, en la época del concilio de Vienne no hubieran estado exentos, sus obispos los habrían visitado y habrían prevenido la impiedad que se había introducido entre ellos y no la habrían dejado extenderse»¹⁴⁵⁰. En lugar de responder que esta corrupción no ha sido nunca probada, que debería ser considerada imaginaria, otro autor, Jacques de Thermes, abad de Chailly¹⁴⁵¹, en respuesta a Giles de Rome, dice que «este ejemplo no conduce a nada y que otras personas, laicas y religiosas, no exentas, habían caído en errores similares; que la corrupción de los templarios tenía un origen distinto a la exención y que éste fue la falta de ocupación en la que quedaron la mayor parte de ellos tras la pérdida de Tierra Santa en donde habían estado expuestos a continuos peligros y que el verdadero remedio para tales males hubiera sido proporcionarles como superiores a clérigos letrados en lugar de laicos». Al respecto de ambas tesis, Lejeune dice que tanto una afirmación como la otra son insostenibles y que para verificar la debilidad de los argumentos será suficiente con tener en cuenta las siguientes observaciones:

«A comienzos del siglo XIV no se tenía la sensación de que las exenciones fueran abusivas, como lo prueba el hecho de que las del Cister fueran confirmadas por Clemente V y por Juan XXII, e, incluso las del Temple fueron posteriormente traspasadas y confirmadas a favor de los teutónicos.

Los superiores del Temple (preceptores y comendadores) hacían visitas regulares a las casas de su provincia o circunscripción, tomando nota y haciendo las observaciones que creían oportunas.

Los sacerdotes de la Orden, cuando eran caballeros, podían ser nombrados preceptores, lo que resultó altamente conveniente debido a sus conocimientos.

Es falsa la acusación de que los superiores, por ignorancia, hubieran fomentado el vicio, pues hay ejemplos de castigos ejemplares por faltas mucho menos graves que la idolatría, la blasfemia o la sodomía.

Los caballeros disponían de capellanes cercanos, generalmente en la propia casa si tenía un cierto tamaño, para su dirección espiritual, sacerdotes entre los que a menudo papas y reyes elegían sus confesores y funcionarios.

Los templarios mantenían relaciones fluidas y contactos permanentes con los miembros de otras órdenes religiosas, sobre todo con los cistercienses y los mendicantes, por lo que cabe preguntarse por qué ninguno de éstos había

¹⁴⁴⁸ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 341.

¹⁴⁴⁹ Giles de Roma (Roma 1247 – Aviñón 1316). Arzobispo de Bourges.

¹⁴⁵⁰ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 341.

¹⁴⁵¹ Claude Fleury, *Histoire ecclésiastique*, p. 209.

tenido en ningún momento la más mínima sospecha o la diligencia suficiente para advertir a sus superiores.

La Orden se había quejado a menudo a la Santa Sede por la cantidad de sus miembros que, atraídos por los dulzores de una vida más tranquila y alejada de los rigores de las batallas, pasaban sin permiso a otras órdenes religiosas, lo que a menudo fue objeto de prohibiciones rigurosas de los papas»¹⁴⁵².

Se puede reflexionar sobre si el proceso fue legal, sobre la multitud de testimonios que reflejan las actas de los juicios, sobre las diferencias y las semejanzas de las deposiciones, sobre la uniformidad de las acusaciones, sobre la condición de los templarios, sobre la de los jueces, sobre la actitud del rey, sobre la del papa, y siempre se plantearán dudas sobre la justicia de las condenas. Veamos todas estas circunstancias una tras otra:

- Frente a la argumentación de que el proceso fue acorde con la legalidad de la época, se alza el hecho incuestionable de que las formalidades, antaño como hoy, son esenciales para los procesos penales y en el caso del proceso contra la Orden está probado que el procedimiento no fue el común y regular, sino más bien todo lo contrario. Fue un procedimiento *ad-hoc*, exclusivo para llevar a cabo la instrucción contra la Orden, en el que las competencias de la comisión papal se circunscribían exclusivamente a la investigación de los delitos de que fue acusada la institución, sin capacidad alguna para decidir ni tan siquiera sobre la suerte de los prisioneros.
- Se arguye también que fueron escuchados multitud de testigos, alrededor de dos mil en toda Europa, testigos que en su mayor parte eran miembros de la Orden. De los doscientos treinta y uno que fueron oídos en París por la comisión papal, apenas seis eran ajenos a la Orden. Pero aunque el testimonio de los testigos de los tribunales franceses fue casi unánimemente contrario a la Orden, su valor es nulo pues fueron extraídos mediante presión, violencia y tortura o mediante la amenaza de la misma.
- Se puede aducir que en la comisión papal no se ejerció la tortura, pero es que la tortura se ejercía en las prisiones reales en las que estaban alojados todos los prisioneros, entre ellos los que prestaron declaración ante este tribunal. Tampoco hay que olvidar que algunos de los primeros que se ofrecieron a declarar ante la comisión papal en defensa de la Orden, a pesar de la protección prometida por ésta, fueron quemados vivos por decisión del concilio provincial de París, argumentando que al ofrecerse para defender a la Orden se desdecían de las declaraciones que habían efectuado anteriormente y que, por consiguiente, debían ser considerados relapsos y reos de muerte. Por lo tanto, en lo que respecta a los tribunales franceses y en especial a la comisión papal, poco importa que los testigos

¹⁴⁵² Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, pp. 342-343.

fueran muchos o pocos pues no eran libres.

- En cuanto a la calidad de los jueces integrantes de la comisión papal, lo mismo que los que componían los tribunales provinciales, es poco lo que se puede decir. Todos eran clérigos que estaban ligados al papa por el voto de obediencia y que, sobre todo, estaban en las manos del rey por distintas razones, como por ejemplo el presidente de la comisión y arzobispo de Narbona, que a su cargo de consejero real unió a partir de 1309 el de guardián de los sellos. Aparentemente la causa contra la Orden fue bien instruida dentro del exiguo campo de actuación que le había sido asignado por el papa, que estaba limitado a instruir la causa y a ponerla en manos del sumo pontífice¹⁴⁵³.
- Y qué decir de éste. Tenía que decidir sobre una orden perseguida por un rey que a la vez era su protector y, a decir de muchos, su valedor. El hombre a quien, según Villani, debía la triple tiara. La inconsecuencia era evidente. Era un asunto que sólo le incumbía a él y cuya decisión final iba a tener consecuencias importantes, probablemente en algunos aspectos, definitivas, por lo que se tomó su tiempo, temeroso tal vez de tomar la decisión equivocada. Pero el rey lo conocía bien y sabía cómo manejarlo, así que el diecisiete de marzo de 1312 se presentó en Vienne y no se sabe nada de lo que parlamentaron, pero lo cierto es que sólo dos días más tarde había tomado la decisión de disolución de la Orden y que convocó un consistorio para comunicársela¹⁴⁵⁴.

La decisión papal de disolver la orden de los caballeros templarios mediante provisión apostólica pudo ser acorde con la legalidad de la época, pero fue una decisión lamentable, aciaga e injusta.

Ningún gobernante, ningún juez, en ningún tiempo y en ningún lugar, debe ser acusado de injusto al menos que su arbitrariedad sea evidente, su perversidad notoria y su prevaricación manifiesta a los ojos de todo el mundo. De lo que hemos expuesto, se ha de concluir que existe una más que evidente presunción de injusticia, iniquidad y prevaricación en los que en el primer epígrafe de este capítulo hemos calificado como los actores¹⁴⁵⁵ del proceso: Felipe IV y Clemente V.

¹⁴⁵³ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 347.

¹⁴⁵⁴ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, pp. 344-347.

¹⁴⁵⁵ Dicho en sentido cuasi procesal.

Capítulo 3: Las repercusiones posteriores.

3.1 Efectos y consecuencias de la abolición.

El estudio de las repercusiones, consecuentes de la bula de disolución de la orden del Temple, discurre por cuatro caminos:

1. Uno es el de consecuencias que la ejecución, drástica y fulminante, de la orden papal de abolición tuvo sobre los templarios supervivientes, que fueron la gran mayoría, de corto recorrido, pues, por su propia naturaleza, su cumplimiento fue inmediato y su extensión en el tiempo duró hasta la muerte del último de los hermanos de la orden abolida.
2. Otro es el del destino del cuantioso patrimonio de la Orden.
3. Un tercero es el de la continuidad de la Orden, sea de manera abierta u oficial, sea de manera clandestina y solapada, como reclaman algunas organizaciones que a partir del siglo XVIII utilizan el calificativo de Templarias.
4. Y un cuarto es el de la pretendida asunción de los ideales y valores templarios por otras organizaciones caballerescas y religiosas, de nueva creación, que se consideran herederas del primigenio Temple.

En este capítulo nos vamos a ocupar de las repercusiones referidas en los tres primeros apartados pues, es un hecho incontrovertible, las incluidas en el cuarto punto se refieren a organizaciones de nueva creación a las que nada une con la antigua Orden salvo una afinidad ideológica más o menos discutible.

El seis de mayo de 1312, por fin, el papa Clemente V clausuró el XV concilio ecuménico de Vienne. En la jornada de clausura se leyó en voz alta una carta del rey de Francia por la que adquiría el compromiso firme de hacerse cruzado junto con sus hijos y gran número de nobles y comenzar una nueva cruzada en el plazo de seis años. Incluso preveía que, si moría antes, su hijo mayor se encargaría de la expedición. A la vista de la propuesta, y posiblemente presionados, los padres conciliares acordaron hacer una colecta en toda la Cristiandad de un diezmo con este propósito. En Francia los beneficios de este diezmo de seis años fueron entregados al rey que usó el dinero para la guerra contra Flandes. La cruzada nun-

ca tuvo lugar aunque tanto los representantes del rey de Inglaterra como los del rey de Navarra habían acordado en el mismo concilio sumarse a ella.

Como consecuencia de la bula *Vox in Excelso*, se promulgaron (el veinticinco de octubre de 1317) por el sucesor de Clemente V, el papa Juan XXII, numerosos decretos, junto con otros de Clemente V que la muerte le había impedido promulgar, los cuales fueron incorporados a la colección de leyes fundamentales de la Iglesia, el «*Corpus Juris Canonici*», conocidas como las «Clementinas». Los cánones aprobados en el concilio, que se encuentran en esta colección, se refieren a las disputas sobre los franciscanos espirituales (condena de las tres proposiciones atribuidas a Petrus Johannes Oliva), la disputa sobre la pobreza entre los mendicantes, la visita de los conventos por los obispos, la condena de las beguinas, la observancia de las horas eclesiásticas, la administración de las fundaciones religiosas y asuntos relacionados con los beneficios, las funciones del profesorado de lenguas orientales en la Curia y en las cuatro universidades principales y con la Inquisición, así como varias ordenanzas sobre el clero¹⁴⁵⁶.

3.2 Efectos inmediatos de la disolución sobre los caballeros templarios.

A principios del mes de mayo, antes de que el concilio concluyese sus sesiones, Clemente V promulgó una bula que comienza con las palabras *Ad providam Christi*¹⁴⁵⁷ en la que, después de recordar que en la bula de abolición de la Orden se reservó para sí la decisión sobre los bienes del Temple, dice que, tras haberlo consultado con los cardenales y otros asistentes al concilio, ha decidido otorgárselos a la ella, Aragón, Portugal y Mallorca. En un epígrafe posterior se transcriben algunos párrafos de esta importante bula que decidió el destino del cuantioso patrimonio templario.

El mismo día de la clausura del concilio (seis de mayo de 1312), Clemente V promulgó una nueva bula, conocida por unos como *Ad Certitudinem præsentium* y por otros como *Considerantes dudum*¹⁴⁵⁸, en la que, después de reiterar de nuevo los motivos que le habían llevado a decretar la supresión de la Orden por vía de provisión, añadía que le otorgaba competencias a los concilios provinciales para decidir la suerte de los templarios de sus diócesis que aún no habían sido juzgados y, así, mientras que para los que fueran declarados inocentes se establecía una pensión vitalicia, que habría de ser satisfecha por la orden del Hospital, los

¹⁴⁵⁶ Sophia Menache, *Clement V*, pp. 279-304.

¹⁴⁵⁷ Existen diversas copias de esta bula, unas fechadas el dos de mayo (*sexto nonas maii*) y otras el diez del mismo mes (*sexto idus maii*).

¹⁴⁵⁸ Bula *Considerantes dudum*, en J. L. Villanueva, *Viage literario a las iglesias de España*, Tomo IV, Imprenta Real, Madrid, 1806, pp. 221-224. [Apéndice N° 44].

culpables que confesaran, debían ser tratados con misericordia y los relapsos habrían de ser castigados severamente. Curiosamente no se menciona a los inocentes. Esto es así porque para la Iglesia de la Edad Media, la categoría de inocente era inconcebible, ya que los que así se proclamaban eran considerados empecinados¹⁴⁵⁹. De esta norma general se excepcionaba a los dirigentes de la Orden, a los que ya se les había tomado declaración en Chinon por una comisión de tres cardenales, cuyo juicio se reservaba el papa para sí mismo. Así se dice en la mencionada bula:

«[...] queriendo ahora proveer lo conveniente a las personas o individuos que fueron de la Orden, los dejamos a disposición de los concilios provinciales conforme a lo que ya teníamos anteriormente dispuesto, con excepción del maestro de la Orden, del visitador de Francia, de los grandes preceptores de Tierra Santa, Normandía, Aquitania, provincia de Poitiers y Provenza, los cuales reservamos a nuestro juicio [...] y queremos que los concilios procedan según exija la condición de cada uno. A los que, por sentencia, han sido absueltos, o en adelante lo sean, de los crímenes de que son acusados, es menester suministrarles cuanto necesiten para que se mantengan con decencia según su condición y estado; con los reos confesos procedan los concilios según les dicte su prudencia, templando el rigor de la justicia con mucha misericordia, pero si hubiese algunos impenitentes o relapsos, es menester proceder contra ellos con el rigor de las penas canónicas.

Todos los que hasta ahora no han sufrido examen ni juicio, y tal vez estén dispersos o fugitivos, sean citados con aprobación del concilio y mandamos que dentro del año se presenten a sus respectivos ordinarios para ser examinados y juzgados, según requiere la justicia [...].

Por punto general es indispensable que a todos los que han sido de la Orden, cuando vengan a la obediencia de la Iglesia, y mientras permanezcan en ella, se les suministre por disposición de los concilios, y de los bienes que fueron de la misma Orden, todo lo necesario para su decente manutención, dejándoles habitar en sus mismas casas, castillos o monasterios, con la sola prevención de que no se reúnan muchos bajo un mismo techo. A los fugitivos que no se presenten a sus ordinarios en el plazo de un año se les impone la pena de excomunión y si tardaren otro año en presentarse se les declara sospechosos de herejía y se manda que sean castigados como tales»¹⁴⁶⁰

Copia de esta bula fue enviada a todas las diócesis de la Cristiandad y publicada en las puertas de la catedral de Vienne y principales iglesias de la diócesis y se encargó a los ordinarios que hicieran lo mismo en sus respectivas provincias.

El dieciséis de mayo del mismo año, el papa Clemente promulgó otra bula, conocida como *Nuper in concilio*, dirigida a los administradores y guardianes de los bienes templarios, en la que, tras hacer referencia al concilio recientemente celebrado en Vienne y a la decisión adoptada, «con la aprobación del sagrado concilio», de entregarle todas las propiedades que habían sido de la abolida orden del Temple a la orden del Hospital, en vez de a una orden de nueva creación, con la

¹⁴⁵⁹ Laurent de Vargas, *El libro negro de los templarios*, Ed. Lectorum, México, 2006, p. 134.

¹⁴⁶⁰ Bula *Considerantes dudum*. [Apéndice n° 44]

excepción de los bienes situados en los reinos de Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca, los cuales quedaban a disposición de la Sede apostólica. Así decía la parte dispositiva de esta bula:

«Nos mandamos estrictamente a todos, por ordenanza apostólica, reponer completamente a dicha orden del Hospital la propiedad con todos los rendimientos que se hayan obtenido, una vez deducidos los gastos que se hayan pagado,...»¹⁴⁶¹.

El uno de diciembre se hizo pública otra bula en la que, tras de nuevo hacer referencia al concilio recientemente celebrado en Vienne, decía que «con la aprobación del concilio, se ha resuelto la convocatoria de una Cruzada general para ayudar a Tierra Santa», a cuyo fin se impone un diezmo sobre todas las rentas eclesiásticas durante los siguientes seis años, del cual sólo las órdenes militares quedaban exentas¹⁴⁶².

El dieciocho de diciembre vio la luz una nueva bula, conocida como «*Licet Dudum*», por la que expresaba que en la última sesión del concilio de Vienne se había decidido suspender todos los privilegios de la orden del Hospital de san Juan hasta que se resolvieran todas las disputas y diferencias entre los prelados y la mencionada orden y que él intentaría, con la ayuda de Dios, hacer lo mejor para todos, prelados, clérigos y hospitalarios.

El treinta y uno de diciembre mediante la bula *Dudum in generali concilio* intentó poner paz a las relaciones entre clérigos y hospitalarios y a tal fin, decía, ha adoptado tres provisiones con respecto a la orden del Hospital que tienen que ver con los bienes y medios que la orden tenía en Tierra Santa, con lo privilegios de que goza y con la reforma y regulación interna de la orden, para lo que anuncia la emisión de varios decretos¹⁴⁶³.

El trece de enero de 1313 promulgó otra bula, la conocida como «*Licet pridem*», en la que aclaraba que la atribución de los bienes templarios a la orden de san Juan, debía ser entendida «sin perjuicio alguno de cualesquiera derechos anteriores a favor de reyes, príncipes, prelados, barones, nobles y cualquier otro católico»¹⁴⁶⁴.

3.2.1 Continuación de los procesos.

Siguiendo las instrucciones de la bula *Considerantes dudum*, inmediatamente después de regresar a sus respectivas sedes los arzobispos y obispos que habían asistido en Vienne al concilio ecuménico, pusieron en marcha los procesos contra los templarios que aún permanecían detenidos y que estaban pendientes de

¹⁴⁶¹ Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Liber I, Monachorum Ordinis S. Benedicti, ex Typographia Vaticana, Roma, 1835, Regestum 7952.

¹⁴⁶² Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Regestum 9983.

¹⁴⁶³ Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Regestum 9984.

¹⁴⁶⁴ Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Regestum 8973.

ser juzgados.

El diez de agosto, a requerimiento de los propios templarios que estaban pendiente de juicio, el arzobispo de Tarragona convocó el concilio que había de juzgarles, para el treinta del mismo mes de agosto. Llegada esta fecha se iniciaron las sesiones, con la asistencia de los obispos de Valencia, Zaragoza, Huesca, Vich, Lleida y Tortosa y los abades y priores de toda la provincia eclesiástica. Tras las formalidades de rigor y después de haber oído las acusaciones y las declaraciones de los testigos, el concilio, no encontrando la menor sospecha de error, el cuatro de noviembre del mismo año dictó sentencia definitiva a favor de todos y cada uno de los detenidos, declarándoles absueltos de todos los crímenes, errores y supercherías de los que habían sido acusados, añadiendo una prohibición expresa de que nadie osara difamarlos dado que en todo el procedimiento no se había puesto de manifiesto la más mínima muestra deshonrosa. Los obispos catalano-aragoneses decidieron también que todos los caballeros absueltos quedarían alojados en los establecimientos que habían sido de la Orden mientras observaran una conducta decorosa y hasta que su santidad dispusiera otra cosa¹⁴⁶⁵.

En Narbona, su arzobispo, Bernard de Farges, sobrino de Clemente V, convocó el concilio de su provincia para septiembre de 1315 y a tal efecto ordenó al obispo de Elna (Rosellón), su sufragáneo, que reuniera a todos los templarios detenidos en su diócesis y condujera todos los procedimientos abiertos contra ellos. Al encontrarse ausente el obispo, su vicario general se dirigió al rey de Mallorca, a la sazón en su palacio de Perpiñán, bajo cuya custodia se encontraban los detenidos, solicitándole que los pusiera a su disposición para cumplir lo ordenado por el arzobispo a lo que éste respondió, por medio de su lugarteniente general, que habiéndosele confiado los detenidos por el papa Clemente solamente su sucesor podía decidir qué hacer con ellos y que dado que los crímenes de los que se les acusaba habían sido cometidos en sus dominios era en su reino donde debían ser juzgados. También advirtió al arzobispo, al obispo y a su oficiales de que no osaran adoptar represalias contra él (como excomulgarle) o inmiscuirse en su jurisdicción, porque entonces él apelaría al futuro papa. Al año siguiente, el nuevo papa, Juan XXII, dio su autorización para que los caballeros comparecieran ante el concilio¹⁴⁶⁶. No se sabe más de esta historia, pero Lejeune supone que, al igual que en otros países dependientes de la corona de Aragón, fueron bien tratados y declarados inocentes¹⁴⁶⁷.

Por Barber sabemos que el preceptor y los demás templarios de la encomienda de Mas Déu (Rosellón) fueron absueltos y siguieron viviendo en ella «sin pagar ninguna renta o alquiler, con pleno derecho de disfrute de los productos del huerto y frutas de los árboles frutales» y que percibieron una renta vitalicia de cin-

¹⁴⁶⁵ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, pp. 300-302.

¹⁴⁶⁶ Claude de Vic & Joseph Vaissete, *Histoire Générale de Languedoc: avec de notes et pieces justificatives*, Jacques Vincent, Imprimeur, París, 1745, pp. 152-153.

¹⁴⁶⁷ Claude Mansuet Lejeune, *Histoire critique et apologetique de l'ordre des Templiers*, V. II, p. 322.

cuenta libras anuales de los beneficios de la propia encomienda¹⁴⁶⁸.

3.2.2 Juicio contra los dignatarios y muerte del maestro y del comendador de Normandía.

Quedaba, pues, el juicio de los dignatarios de la Orden que en este momento eran cuatro, pues Robert de Caron, mencionado en al acta de Chinon, y por lo tanto vivo en 1308, no es vuelto a mencionar, por lo que cabe suponer que murió en prisión. Estos cuatro supervivientes eran:

- Jacques de Molay, maestro.
- Hugo de Pairaud, visitador de Francia y embajador ante la santa sede.
- Godofredo de Charney, comendador de Normandía.
- Godofredo de Gonneville, comendador de Aquitania-Poitou¹⁴⁶⁹.

Por fin el 13 de diciembre de 1313 Clemente V nombró una comisión de tres cardenales, compuesta por Nicolás de Freauville, dominico y decano de los cardenales presbíteros, Arnaud d'Auch, cardenal-obispo de Albano y sobrino suyo, y Arnaud Novelli, dominico y confesor del rey, para juzgar a los cuatro dignatarios. Así decía el papa en las cartas que envió a cada uno de los tres:

«No siéndonos posible, a causa de los múltiples y penosos asuntos que nos agobian, implicarnos personalmente en el juicio del maestro, Jacques de Molay; del visitador de Francia, Hugo de Parandio; del preceptor de Auvernia y Poitou; del comendador de Normandía; del de Aquitania y de otras altas dignidades de la orden del Temple, que especialmente nos habíamos reservado, por las presentes os encargamos examinar los procedimientos hechos contra dichos caballeros; y con particularidad aquellos procedimientos realizados por los Cardenales de los títulos de san Nereo y Aquileo, de san Ciriaco in Thermis y de san Ángelo, que procedieron a este objeto por nuestro mandato, en el castillo de Chinon. Nos os concedemos y damos el poder de condenar o absolver, y de aplicar una pena proporcionada a los delitos de los acusados; y de hacer pagar de los bienes de la Orden todo lo que juzguéis conveniente para sus alimentos, vestidos y demás necesidades»¹⁴⁷⁰.

Son varios los cronistas de la época que se hacen eco del nuevo juicio a que fueron sometidos los cuatro dignatarios y de la muerte del maestro Jacques de Mo-

¹⁴⁶⁸ Malcolm Barber, *El juicio de los templarios*, p. 348.

¹⁴⁶⁹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 230.

¹⁴⁷⁰ «Mandamus quatinus [...] visis et consideratis inquisitionibus contra magistrum et visitatorem, ac Terre sancte, Normannie, Acquitanie et Pictavie preceptores predictos [...] ad absolvendum, vel condemnandum ipsos [...] et ad imponendum eis pro modo culpe penitentiam salutarem, ac etiam faciendum ipsis ministrari victum et vestium et alia necessaria, de bonis quondam dicti ordinis Templi; prout iustum fuerit et vestre circumspection expedire videbitur, procedatis, [...]» (Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Liber I, Monachorum Ordinis S. Benedicti, ex Typographia Vaticana, Roma, 1835, p. CLXXXV); Vicente Estévez, «La supresión de la Orden del Temple, II parte», *La Alcazaba* (digital), (<http://www.laalcazaba.org/la-supresion-de-la-orden-del-temple-ii-parte-por-vicente-esteve/>).

lay y del comendador Godofredo de Charney, siendo considerado el continuador de Guillaume de Nangis¹⁴⁷¹, el más preciso, el cual lo cuenta así en su crónica:

«El gran maestre de la orden de los templarios y otros tres templarios [...] declararon abierta y públicamente los crímenes de los que se les acusaba, en presencia del arzobispo de Sens [Philippe de Marigny] y de algunos otros prelados y hombres doctos en Derecho Canónico y en Derecho Divino, reunidos el obispo de Albano y otros dos cardenales en asamblea especialmente para este asunto, siguiendo la orden del papa. Como perseveraron en sus declaraciones, y parecía que querían persistir en ello, después de una detenida deliberación, la asamblea, en sesión celebrada en la parte pública de la Iglesia de Nôtre-Dame de París, los condenó a reclusión perpetua, el día siguiente de la fiesta de san Gregorio [lunes 18 de marzo]. Pero he aquí que cuando los cardenales creían haber concluido definitivamente este asunto, de pronto dos de los templarios, a saber, el gran maestre y el comendador de Normandía, se defendieron con obstinación contra un cardenal que tenía entonces la palabra y contra el arzobispo de Sens, y sin ningún respeto, comenzaron a negar todo lo que anteriormente habían confesado, lo que causó gran sorpresa a mucha gente. Los cardenales los habían puesto en manos del preboste de París, que se encontraba presente, solamente para que los guardara hasta el día siguiente en que procederían a deliberar más completamente sobre el asunto, pero tan pronto estas cosas llegaron a oídos del rey, que a la sazón se encontraba en el palacio real, consultó con los suyos [sus consejeros], por una prudente decisión, hizo que los dos templarios fueran entregados a las llamas hacia la noche en esta pequeña isla del Sena, situada entre el jardín real y la iglesia de los hermanos eremitas [Saint-Germain-des-Prés]»¹⁴⁷².

El cronista florentino Giovanni de Villani dice que instantes antes de ser encendida la hoguera que habría de quemar su cuerpo, el maestre se levantó y, gritando para ser escuchado, hasta que se hizo el silencio entre la gente, negó que los pecados que se les imputaban fueran verdaderos y que la Orden y su casa eran santos, justos y católicos, pero que él era digno de la muerte y que quería sufrir en paz, porque anteriormente había hecho falsas confesiones a causa del temor a la tortura y de los engaños del papa y del rey de Francia¹⁴⁷³.

Se atribuye al maestre Jacques de Molay el lanzamiento, poco antes de morir en la pira, de una maldición profética contra los que él consideraba responsables de su muerte y de la aniquilación del Temple, especialmente Clemente V y Felipe IV, pero no hemos encontrado entre los autores que narran la muerte del maestre, ninguna alusión a tales conjuros, salvo la velada amenaza que contiene la

¹⁴⁷¹ Guillermo de Nangis fue un cronista benedictino de la abadía de Saint-Denis, que murió alrededor de 1300. Entre sus obras destaca el *Chronique latine*, que trata de la historia del mundo desde el principio de los tiempos hasta 1300, *Gesta Ludovici IX*, *Gesta Philipi III sive audacis* y el *Chronicon abbreviatum regnum Francorum* (*Chronique de Guillaume de Nangis et de ses Continueurs*, T. I, Imprimerie de Crapelet, París, 1843, pp. ij-xvj). Los primeros continuadores de la obra de Nangis, al menos hasta 1328, fueron todos (hoy se sabe que fueron más de uno) monjes anónimos de la abadía de Saint-Denis.

¹⁴⁷² *Chronique de Guillaume de Nangis et de ses Continueurs*, pp. 402-404.

¹⁴⁷³ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 234, citando a Giovanni de Villani, *Chroniques de France*, T. VIII, p. 295.

cónica de Geoffroy de París que más adelante recogemos. Solamente un historiador coetáneo, Ferreti de Vicence¹⁴⁷⁴, cuenta que un templario, llevado desde Nápoles ante el papa, profirió feroces reproches contra él y lo citó a comparecer, junto con el rey Felipe, ante el tribunal de Dios para dar cuenta de la terrible persecución a que había sometido la Orden¹⁴⁷⁵. Pero, además de que en ningún caso el templario napolitano puede ser confundido con el maestro Jacques de Molay, contamos con la narración completa e irrecusable del cronista Geoffroy de París¹⁴⁷⁶ que, según sus propias palabras se encontraba entre la muchedumbre, siendo por lo tanto testigo presencial, que hace el siguiente relato de la muerte de Jacques de Molay:

«El maestro que vio el fuego preparado,
Se despojó de las ropas sin vacilación.
Lo cuento como lo vi.
Se puso en camino, en camisa, completamente desnudo,
Con presteza y buena cara,
Sin temblar en absoluto,
Aunque muchos le zarandearon y empujaron.
Lo cogieron para atarlo a la estaca
Y cuando le ataban las manos con una cuerda,
Dijo a sus verdugos: señores, al menos
Dejadme juntar las manos,
Y dirigir mi oración a Dios,
Pues éste es el momento propicio.
Veo aquí mi juicio,
Voy a morir pronto;
Dios sabe que es equivocadamente.
La desdicha llegará pronto
A los que nos condenan erróneamente.
Dios vengará nuestra muerte.
Señores, dijo, sabed
Que todos los que nos son contrarios
Por lo que nos han hecho habrán de sufrir.
Ved mi fe. Yo os ruego
Que hacia la virgen María¹⁴⁷⁷,
De la que nació Nuestro Señor,
Volváis mi cara»¹⁴⁷⁸.

¹⁴⁷⁴ Ferreto Ferreti de Vicence, escritor italiano muerto en 1337.

¹⁴⁷⁵ Léon Lacabane, *Dissertations sur l'histoire de France au quatorzième siècle. Philippe le Bel. Avènement de Louis Hutin*, Bibliothèque de l'école des chartes, T. 3, Paris, 1842, pp. 2-3 (http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/bec_0373-6237_1842_num_3_1_45164_3).

¹⁴⁷⁶ Geoffroy de París, poeta y cronista francés, muerto en 1320, autor de la *Chronique rimée de Godeffroi de París* o *Chronique metrique de Philippe le Bel*, su obra más conocida, y de diversas obras dirigidas a los reyes de Francia, tales como *Du roy Phelippe qui ores regne*, *Avisemens pour le roy Loys*, *De alliatis* y *De la creation du pape Jehan*.

¹⁴⁷⁷ O sea, hacia la catedral de Nôtre-Dame que se encontraba enfrente.

¹⁴⁷⁸ «Le mestre qui vit le feu prest, // S'est depouillé sans nul arrest // Et ainsi com le vi devise // Tout nu se mit en sa chemise // Liement et a bon semblan; // N'oncques de rien n'alla tremblant, // Combien qu'on le tire et desache. // Pris l'ont por lier à l'estache; // Cil liez et joinant ci accorde; // Les mains il tient d'une corde, // Mais ains leur dist : « seingnors, au moins // Leissiez moi joindre

3.2.3 Situación de los templarios tras la abolición.

Tal como hemos mencionado en el capítulo anterior, los concilios provinciales tuvieron plenos poderes para acordar la suerte de todos los detenidos. Los que se negaron a aceptar las acusaciones y los que habiéndolas aceptado bajo tortura, posteriormente se retractaban, eran condenados como impenitentes, obstinados o relapsos y, en consecuencia, relajados al brazo secular con condenas que oscilaban entre la muerte en la hoguera y la cadena perpetua¹⁴⁷⁹. Los que aceptaban las acusaciones y se mantenían, eran perdonados, reintegrados en la comunión de los cristianos y se acordaba a su favor pensiones de subsistencia, tal como había aseverado Pedro de Bolonia en su intervención ante la comisión papal el treinta y uno de marzo de 1310: «otros fueron seducidos mediante ruegos, dinero, caricias y promesas, todo lo cual era público y notorio»¹⁴⁸⁰.

En un estudio sobre las repercusiones que la bula de disolución tuvo sobre los templarios que continuaban vivos (que eran la gran mayoría) hay que distinguir a los templarios que se dispersaron, ya por Francia, ya por otros países, de aquéllos que se quedaron en los lugares que anteriormente habían constituido las encomiendas de la Orden, o en las cercanías de las mismas.

De los primeros, a la gran mayoría se les perdió el rastro y se supone que rehicieron sus vidas como mejor pudieron, pero una minoría, se dice, se «disimularon bajo la protección del gremio de los pedreros (*maçons*) con los que habían estrechado vínculos en la construcción de iglesias y catedrales; en España se infiltraron en otras órdenes religiosas o militares; y en Alemania se incorporaron a los caballeros teutónicos del Hansa»¹⁴⁸¹.

Respecto de los segundos, hay un magnífico trabajo del abad Guillaume Mollat presentado en la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* de Francia, en el año 1952, bajo el título *Dispersion définitive des Templiers après leur suppression*¹⁴⁸², en el que hace un pormenorizado estudio del estado en que quedaron los miembros de la Orden que no habían huido.

A instancia de varios prelados, en 1317 Juan XXII dictó varias bulas recordando a los metropolitanos de Francia, Canterbury y York, las obligaciones de manutención, derivadas de la bula *Ad providam* de 1312, para con los antiguos templarios. Sin embargo, no se consideró necesario la adopción de medida alguna

un po mes mains // Et vers Diex fere m'oraison, // Car or en est temps et seison. // Je voi ici mon jugement, // Ou mourir me convient brement // Diex set qu'a tort et à pechié; // S'en vendra en brief temps meschie // Sur celz qui nous dampnent à tort; // Diex en vengera nostre mort. // Seignors, dit il, sachiez sanz tere // Que tous celz qui nous sont contrere, // Por nous en aront à souffrir // En ceste foy veil je mourir. // Vez ci ma foy; et je vous prie // Que devers la Vierge Marie, // Dont Nostre Seigneur Crist fust nez, // Mon visage vous me tornez». (Traducción nuestra a partir del texto original: Godefroy de Paris, «Chonique métrique», pp. 219-220).

¹⁴⁷⁹ Étienne Baluze, E.: *Vitae Paparum Avionensium*, T. I, pp. 76 y 108.

¹⁴⁸⁰ Epígrafe 2.7.3.4; Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 385.

¹⁴⁸¹ Lionel Fanthorpe y Patricia Fanthorpe, *Mysteries and secrets of the Templars*, pp. 52-53.

¹⁴⁸² Guillaume Mollat, *Dispersion définitive des Templiers après leur suppression*, Académie des Inscription et Belles-Lettres de Francia, Volumen 96, número 3, 1952, pp. 376 -380.

respecto de los templarios residentes en el Imperio, en Italia o en la Península Ibérica. Así, comenta Mollat, existen noticias, plenamente documentadas, de que, provistos de pensiones suficientes, los templarios residentes en la provincia de Tarragona llevaron una vida disoluta. En otros lugares fue aún peor, pues colgaron los hábitos y vivieron una existencia puramente laica, llegando algunos a contraer matrimonio y vivir con sus mujeres e hijos. Esto llevó a Juan XXII a ordenar el cese inmediato del escándalo y a exigir a los infractores el abandono de sus familias y observar una conducta adecuada con su estado. La bula *Ad hec liberter*, de diecisiete de diciembre de 1318, obligó a los ordinarios a comunicar a todos los ex templarios de sus diócesis que, en el plazo de tres meses, deberían abandonar a su mujeres y solicitar el ingreso en una orden religiosa y que las pensiones de sostenimiento acordadas serían en lo sucesivo entregadas a los establecimientos en los que estuviesen ingresados y no a ellos, como se había hecho hasta entonces. Parece que la actuación papal puso fin al problema pues no existe ninguna alusión al mismo en los documentos de los archivos vaticanos posteriores a esta fecha¹⁴⁸³. Esta bula, además, ordenó a los frailes menores y a los predicadores proporcionar alimentos a los templarios que habían sobrevivido a la destrucción de la Orden¹⁴⁸⁴.

3.3 Liquidación del patrimonio templario.

En la bula *Ad providam Christi vicarii* (*Considerantes dudum*) decía el papa que, tras haber comentado con los cardenales y con los padres conciliares el modo de ejecución de la disolución, había decidido que los bienes de la antigua orden del Temple, «ya abolida, no por sentencia definitiva sino por provisión o reglamento», fueran entregados a la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, exceptuando los bienes situados en los dominios de los reyes de Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca, cuyo destino quedó en suspenso y a disposición de la sede apostólica. Este es un extracto del texto de la bula papal:

«Hace poco tiempo suprimimos definitivamente y a perpetuidad la orden de los caballeros templarios de Jerusalén debido a los abominables e inexplicables hechos de su maestro, hermanos y otras personas de la Orden en todas partes del mundo. Estos hombres fueron salpicados por errores y crímenes indecentes, con depravación; estos hombres han sido manchados. Silenciamos los detalles porque su recuerdo es sucio e indecente. Con la aprobación del sagrado concilio Nos abolimos la Orden, su hábito y su nombre, no sin dolor de nuestro corazón. Hicimos esto no por sentencia definitiva, dado que hubiera podido ser ilegal de acuerdo con las investigaciones y el proceso llevados a cabo, sino mediante provisión apostólica o reglamento. Hemos resuelto, con prohibición estricta, que a partir de aquel momento nadie pueda

¹⁴⁸³ Guillaume de Mollat, *Dispersion définitive des Templiers*, p. 379.

¹⁴⁸⁴ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 385.

entrar en la Orden, o vestir sus hábitos o presumir de ser un templario. Cualquiera que incumpla esta Orden incurrirá automáticamente en excomunión. También ordenamos, por nuestra autoridad apostólica, que todas las propiedades de la Orden quedaran fuera de juicio y a disposición de la Sede Apostólica [...]

[...] Después de pensarlo mucho, de larga deliberación y de consultas completas, (con los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos) por muchas razones justas, Nos y los mencionados padres, patriarcas, arzobispos, obispos y otros prelados y personas distinguidas, presentes en el concilio, hemos llegado a una conclusión: La propiedad debe ir para siempre a las manos de la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, del Hospital propiamente dicho y de nuestros amados hijos el maestro y los hermanos del Hospital en el nombre del Hospital y de la Orden de estos mismos hombres, los cuales como atletas de Dios están expuestos al peligro de muerte en defensa de la fe y con grandes pérdidas en tierras ultramarinas [...]

[...] Exceptuamos las propiedades de la dicha antigua orden de los caballeros templarios [situada] en los reinos y tierras de nuestros queridos hijos en Cristo, los ilustres reyes de Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca, fuera del reino de Francia. Reservamos estas propiedades, de la mencionada concesión, donación, unión, aplicación, incorporación y anexión a las disposiciones y regulaciones de la Sede Apostólica»¹⁴⁸⁵.

A pesar de las disposiciones apostólicas, no todos los bienes del Temple, adjudicados según las disposiciones papales a la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, fueron a parar a manos de esta orden, sino que parte de las cuantiosas propiedades, unas veces mediante subterfugios legales y otras de manera burda y descarada, pasaron a engrosar los patrimonios de reyes, príncipes, altos dignatarios eclesiásticos, órdenes religiosas, concejos e, incluso, simples guardianes.

3.3.1 Incorporación de los bienes templarios a la orden del Hospital.

Como ya se ha dicho, la bula *Ad providam* dispuso que los bienes, que habían pertenecido a la extinguida orden del Temple, pasaran a la titularidad de la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, con excepción de los situados en los reinos de Castilla, Aragón, Mallorca y Portugal. A pesar de las previsiones adoptadas por el papa, la incorporación no fue fácil y las resistencias en algunos lugares fue tenaz.

Desde el momento de la detención de los templarios, reyes, príncipes, nobles y altos eclesiásticos de todos los rincones de Europa concibieron esperanzas de hacer suyos los bienes requisados a la Orden, por lo que los dignatarios del Hospital sabían que las negociaciones para ejecutar las bulas papales iban a ser du-

¹⁴⁸⁵ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 422. [Apéndice N° 43].

ras¹⁴⁸⁶. Por ello, según Delaville Le Roulx, tan pronto como la bula *Ad providam* fue hecha pública, los hospitalarios constituyeron una comisión formada por fray Albert de Schwarzburg y otros siete dignatarios de su orden a los que el gran maestro dio los poderes necesarios para hacerse cargo de esta herencia inesperada¹⁴⁸⁷.

Este mismo autor dice que en Francia, Felipe IV, que había dirigido toda la persecución de los templarios con la secreta esperanza de apropiarse de sus inmensas propiedades territoriales, no tardó en darse cuenta de que éstas se les iban a escapar de las manos y que lo único que podría hacer sería obtener una compensación económica por los gastos ocasionados por la detención y mantenimiento en prisión de los templarios¹⁴⁸⁸. Por fin se llegó a un acuerdo en 1313 por el que los hospitalarios se obligaron a pagar una indemnización de doscientas mil libras tornesas para entrar en posesión de los bienes, suma que se incrementó en sesenta mil libras tornesas tres años más tarde al ascender al trono Luis X¹⁴⁸⁹.

La excepción del régimen previsto en la bula *Ad providam* fue el resultado de intensas negociaciones llevadas a cabo por los embajadores de todos los reinos ibéricos con el papado, como consecuencia de las cuales quedaron fuera de la mencionada bula, pero con la condición de que presentaran sus propuestas alternativas antes del primero de enero de 1313, condición que algunos príncipes no cumplieron, lo que fue aprovechado por santa sede para aplicarles el régimen general previsto en la mencionada bula.

En España, a pesar de haber quedado exceptuados los reinos de Castilla, Aragón y Mallorca hubo propiedades que finalmente pasaron a manos hospitalarias, debido a la desidia y mal hacer de los gobernantes. Tal es el caso de Mallorca, reino que abarcaba, además de las islas Baleares, los condados de Rosellón y Cerdeña.

En Navarra, único reino de la Península Ibérica que no había sido exceptuado del régimen general previsto en la bula *Ad providam*, la transferencia se realizó sin ningún problema, posiblemente debido a la escasa entidad de los bienes y a la supervisión del rey Luis, hijo de Felipe IV el Hermoso¹⁴⁹⁰.

En Aragón, exceptuando los bienes situados en el reino de Valencia, que se incorporaron a la nueva orden de Montesa, todos los bienes templarios se integraron en el patrimonio de los hospitalarios.

En el caso de Mallorca, a la vista de que llegada la fecha de primero de enero de 1313 no se había formulado proposición alguna, la curia romana decidió la entrega de todos los bienes templarios a la orden del Hospital, negociando *in ex-*

¹⁴⁸⁶ Theresa M. Vann, «The Assimilation of Templar Properties by the Order of the Hospital», en J. Burgtorf, P. Crawford, y H. Nicholson, *The Debate on the Trial of the Templars 1307-1314*, p. 340.

¹⁴⁸⁷ Joseph Delaville Le Roulx, «La Suppression des Templiers», en *Revue des Questions Historiques*, París, 1890, p. 29.

¹⁴⁸⁸ Joseph Delaville Le Roulx, «La Suppression des Templiers», p. 30

¹⁴⁸⁹ Malcolm Barber y Keith Bate, *The Templars, Selected Sources*, pp. 323-328.

¹⁴⁹⁰ Carlos Barquero Goñi, «El proceso de los templarios en Europa», p. 39.

tremis el rey Sancho la entrega de una compensación y una renta anual¹⁴⁹¹.

En cuanto a Castilla y León, dado que el rey no había formulado objeción alguna, mediante bula de catorce de marzo de 1319, las posesiones templarias fueron otorgadas a los hospitalarios. Años más tarde el rey pretendió dar marcha atrás y solicitó de la sede apostólica la constitución de una orden nueva con las propiedades templarias, pero el papa, mediante bula de dieciséis de abril de 1331, le dijo que ya era demasiado tarde. Esto no amilanó al soberano castellano-leonés que continuó presentando la misma propuesta a los papas Clemente VI e Inocencio VI. En 1356, el Hospital, harto de esperar, llegó a un acuerdo de intercambio con los órdenes de Calatrava y Santiago lo que le permitió entrar en posesión de parte de los bienes templarios. Todavía en 1366 el papa Urbano V le hacía llegar al rey castellano una misiva con sus quejas y recordándole su obligación de entregar los bienes a los hospitalarios. Delaville dice que al día de hoy (1890) se desconoce si tuvo lugar o no la transmisión, fuera del mencionado acuerdo del Hospital con las órdenes de Santiago y Calatrava, realizado bajo los auspicios del obispo de Vic¹⁴⁹².

En Inglaterra las cosas sucedieron de manera diferente. Eduardo II, nada más conocer el contenido de la bula papal, en agosto de 1312 dio orden al prior hospitalario de no proceder de *motu proprio* a la toma o requisa de ningún bien templario sin la autorización del parlamento y cuando al año siguiente los procuradores del Hospital le pidieron la entrega de los bienes templarios lo hizo pero dejando claro que lo hacía con toda clase de reservas de derechos. A pesar de la aparente disposición colaboradora del rey, años más tarde aún había barones que detentaban las propiedades templarias, por lo que tuvo que intervenir Juan XXII (papa de 1316 a 1334). Algunas de las propiedades que habían sido del Temple, jamás fueron entregadas al Hospital¹⁴⁹³.

Alemania, históricamente enfrentada a la santa sede y dividida en numerosos estados, acogió de manera diversa la caída del Temple. En las diócesis de Bohemia, Magdeburgo y Halberstad la transferencia se hizo sin problemas, pero no sucedió igual en otros lugares. En Maguncia, el arzobispo, que no podía creer que la supresión de la Orden fuese definitiva, tomó posesión de la encomienda de Topfstad con la intención de perseverarla para el Temple. Algo similar sucedió en Gorlitz donde el margrave no se decidió hasta 1322 a entregar las propiedades templarias a los hospitalarios. Incluso en el sur de Alemania la expulsión de los caballeros templarios de sus antiguas propiedades solamente fue posible mediante el uso de la fuerza y con derramamiento de sangre¹⁴⁹⁴.

En Italia la transferencia se hizo sin grandes problemas, excepto en el reino de Nápoles, que ocupaba el sur de la península y las regiones de Provence y Forcalquier en la zona francesa, donde el papa tuvo que emplearse a fondo. Con todo,

¹⁴⁹¹ Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», pp. 29-30.

¹⁴⁹² Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», pp. 31-32.

¹⁴⁹³ Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», pp. 26-27.

¹⁴⁹⁴ Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», p.32.

la transmisión no se completó hasta el final del año 1319¹⁴⁹⁵.

3.3.1.1 La orden del Hospital de san Juan de Jerusalén.

Los orígenes del principal de los beneficiarios de los bienes templarios, la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, se remontan a la mediación del siglo XI cuando dos comerciantes de Amalfi (Italia) obtuvieron permiso del sultán para construir un albergue para los peregrinos católicos cerca del Santo Sepulcro. El complejo estaba constituido por una iglesia, dedicada a Santa María de los Latinos, un convento y dos grandes hospitales, uno para hombres, dedicado a san Juan Limosnero (de Alejandría) y otro para mujeres, puesto bajo la advocación de Santa María Magdalena.

En 1099, tras la toma de Jerusalén por los cruzados, el Hospital de san Juan rindió un gran servicio a los heridos en la batalla, lo que motivó que varios caballeros no volvieran a Europa y se integraran entre los sirvientes del hospital para cuidar a los heridos y enfermos. El entonces administrador del hospital, fray Gerardo, se dirigió al Papa solicitándole el reconocimiento como orden tutelada por la santa sede y el otorgamiento de una regla, lo que el papa Pascual II concedió por la bula *Piae postulatio* de quince de febrero de 1113, mediante la cual les confirmó todas las donaciones recibidas y les reconoció la facultad de elegir al sucesor de fray Gerardo. Esta bula reconoció también al Hospital una regla que, aunque no ha llegado hasta nosotros, sabemos que dividía a los hermanos en dos categorías, profesos y no profesos, siendo los primeros los únicos que pronunciaban los votos de obediencia, pobreza y castidad.

Tras la muerte de fray Gerardo, hacia 1118, fue elegido fray Raimundo de Puy para sucederle. Con él la orden tomó un gran impulso, siendo el primero que utilizó el título de gran maestro. A partir de la mitad del siglo XII, la orden empezó a costear la custodia armada de los peregrinos que llegaban y partían de Jerusalén, por lo que en poco tiempo asumieron funciones militares a semejanza de lo que, con anterioridad, ya había hecho la orden del Temple, convirtiéndose con ello en la segunda de las órdenes religioso-militares jerosolimitanas. A él se debe también la adopción del hábito y capa negros y la cruz blanca de ocho puntas como distintivo de la orden, representativa de las ocho beatitudes o bienaventuranzas:

1. Alegría espiritual;
2. Vivir sin maldad;
3. Llorar por los pecados;
4. Perdonar las ofensas;
5. Amar la justicia;
6. Ser misericordioso;
7. Ser sincero y puro de corazón;
8. Sufrir persecución (con resignación)¹⁴⁹⁶.

¹⁴⁹⁵ Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», pp. 28-29.

¹⁴⁹⁶ M. O. Donahue, *Nursing, the finest art*, Mosby, St. Louis, 1996, p. 126.

A partir de este momento los hospitalarios tomaron parte en todas las batallas que se libraron en Tierra Santa, llegando pronto su fama de aguerridos defensores de la causa de la fe a Europa por la que, gracias a las numerosas donaciones que recibieron, extendieron sus encomiendas y hospitales, pues nunca olvidaron su verdadera esencia que siempre fue la del cuidado de heridos y enfermos¹⁴⁹⁷.

Al perder los cristianos las últimas propiedades en Tierra Santa con la caída de Acre (1291), se instalaron en Chipre, al igual que los templarios, en la ciudad de Limassol que les fue ofrecida por el rey Enrique de Lusignan, en la que establecieron su sede y su hospital. Desde su nueva base en Chipre iniciaron su nueva actividad consistente en transportar peregrinos a Tierra Santa y atacar a las naves corsarias de sarracenos y berberiscos que infestaban la zona.

En 1307, siendo gran maestre fray Foulque de Villaret, los hospitalarios emprendieron la conquista de Rodas y de las islas adyacentes, lo que les sirvió de pretexto para no acudir a la convocatoria que el papa Clemente V dirigió a los dirigentes de las dos grandes órdenes militares: templarios y hospitalarios¹⁴⁹⁸.

Pronto Rodas, gracias a las excelencias de su puerto natural y a su privilegiada posición entre el Este y el Oeste, se convirtió en el epicentro de la creciente fuerza naval hospitalaria, que les llevó a convertirse en guardianes del Mediterráneo y a terminar con la ancestral hegemonía turca y sarracena.

Esta, pues, era la situación de la orden Hospitalaria de san Juan de Jerusalén cuando en mayo de 1312 el papa Clemente V promulgó la bula *Ad providam* por la que le transfería la propiedad de todos los bienes de los templarios con las excepciones antes mencionadas¹⁴⁹⁹.

3.4 La sucesión ideológica de la Orden.

Al hablar de sucesión se puede hacer referencia a una sucesión material, en el sentido de transferencia de bienes que habían sido templarios, o de una herencia puramente ideológica, referida a transmisión de los principios y valores que estuvieron en la génesis de la orden templaria, que tan buenos y santos habían sido considerados por todos, incluida la propia Iglesia.

La pista de quien o quienes pudieran ser los herederos legales materiales, como hemos visto en el epígrafe anterior, nos la ofrece la mencionada bula *Ad providam* en la que se establece que «la propiedad [en el sentido de patrimonio

¹⁴⁹⁷ Aún hoy día este sigue siendo el principal fin de la orden a través de su organización asistencial llamada la «Cruz Blanca».

¹⁴⁹⁸ [Epígrafe 2.3.5]

¹⁴⁹⁹ F. C. Woodhouse, *The Military Religious Orders of the Middle Ages*, Society for promoting Christian knowledge, Londres, 1879; Manuel Fuertes de Gilbert y Rojo, «La Soberana Orden Hospitalaria de san Juan», en *Revista Hidalguía*, nº 327, 2008, pp. 179-182.

pleno] debe ir para siempre a las manos de la orden del Hospital de san Juan de Jerusalén, del Hospital propiamente dicho y de nuestros amados hijos el maestre y los hermanos del Hospital [...] exceptuando la propiedad [con el mismo sentido anterior] de la dicha antigua orden de los caballeros templarios en los reinos y tierras de nuestros queridos hijos en Cristo, los ilustres reyes de Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca»¹⁵⁰⁰.

Respecto a la herencia ideológica, dos son las órdenes a las que se atribuye ser las sucesoras de la orden del Temple: la orden de Montesa, creada en 1317 en el reino de Aragón y la orden de Cristo fundada en 1319 en el reino de Portugal. La atribución de tal herencia ideológica se fundamenta en que ambas fueron creadas con el mismo cometido que la extinta institución templaria e, incluso, en sustitución de ella.

3.4.1 La sucesión por la orden de Montesa.

3.4.1.1 Fundación de la orden.

Desde que en el transcurso del concilio de Vienne se empezó a hablar de la supresión de la orden del Temple y de la transferencia de sus bienes a la orden hospitalaria de San Juan, el rey Jaime II de Aragón se mostró contrario por el peligro que para él suponía hacer más potente en su reino a una organización, ya de por sí poderosa. Pero como, por otro lado, las incursiones de los moros continuaban azotando las fronteras del reino de Valencia, era preciso contar con una fuerza armada permanente, asentada en los castillos y fortificaciones situados en los límites del territorio, presta a intervenir y hacer frente a los embates del enemigo musulmán. Todo ello llevó al rey y su entorno a idear un plan para suplir la debilidad que la decisión papal de suprimir la orden de los caballeros Templarios de Jerusalén había ocasionado en la defensa de las fronteras, plan que consistía en crear una orden nueva, refundar una antigua o establecer una rama aragonesa de cualquiera de la órdenes peninsulares existentes, propuesta que fue rechazada por Clemente V, por lo que hubo que esperar a su muerte para formular la propuesta al nuevo papa, ya más perfilada, la cual consistió en entregar a la orden de Calatrava los bienes de templarios y hospitalarios ubicados en el reino de Valencia y reforzar la encomienda de Montesa¹⁵⁰¹ que pasaría a ser el centro de mando y plana mayor de la defensa contra los moros¹⁵⁰². Tras meses de negociaciones con la santa sede, lle-

¹⁵⁰⁰ Bula *Ad providam* [Apéndice nº 43].

¹⁵⁰¹ Antiguo distrito situado al sur de Játiva y pequeña villa real hasta ese momento (Enric Guinot Rodríguez, «La Orden de Montesa en época medieval», *Revista de las Órdenes Militares*, Real Consejo de las órdenes Militares, num. 3, 2005, p. 115).

¹⁵⁰² La propuesta que los embajadores del rey Jaime II transmitieron al papa fue la de fundar una orden cuyos caballeros estuviesen obligados a prestar los mismos servicios que los templarios (*Et videretur Domino Regis etiam supplicat sicut alias factum fuit verbum de hoc Domino Summo*

vadas a cabo por D. Vidal de Vilanova y el obispo de Barcelona, por fin, el diez de junio de 1317 el papa Juan XXII dictó la bula *Pia Matris Ecclesia* por la que daba su autorización para fundar y erigir un monasterio de la orden de Calatrava en el castillo de Montesa, en el reino de Valencia, dotándolo con los patrimonios del Temple y del Hospital situados en el dicho reino, encargando al maestre de Calatrava la investidura de los nuevos caballeros y el envío de diez monjes calatravos para la formación y reservándose para sí el nombramiento del maestre. También disponía la bula que los frailes del nuevo convento gozasen de los mismos privilegios, inmunidades y exenciones que los calatravos, que les prestasen al rey de Aragón los mismos servicios y regalías que anteriormente les prestaban templarios y hospitalarios, que siempre que el maestre de Calatrava quisiese visitar el nuevo monasterio debía anunciarlo previamente al abad de Santas Cruces y al abad de Val-Dignas, que dicho maestre no podía mandar, corregir, ni cambiar cosa alguna sin el consejo y consentimiento de alguno de dichos abades, que vacando el maestrazgo del convento, los frailes del mismo podían elegir libremente nuevo maestre en el plazo de tres meses y que, transcurrido este plazo, el maestre podía ser nombrado por el de Calatrava con el consejo y consentimiento de cualquiera de los dos abades mencionados¹⁵⁰³.

Dictada la bula de fundación, el embajador aragonés solicitó y obtuvo del romano pontífice la emisión el once de junio de 1313 de otras cuatro bulas complementarias de la de fundación¹⁵⁰⁴.

La primera, dirigida al obispo de Tortosa, al abad de Val-Digna y al chantre de la Iglesia catedral de Girona, nombrándolos ejecutores apostólicos de lo dispuesto en la bula de diez de junio de 1317, especialmente en lo relacionado con la transmisión de los bienes del Hospital a la nueva orden. También se ordenaba a los templarios que aún habitaban en las encomiendas y lugares que habían pertenecido a la orden del Temple, que salieran de los mismos y se trasladasen a las villas que dicha orden tuvo en el reino de Aragón¹⁵⁰⁵.

La segunda bula iba dirigida al maestre y a los caballeros de la orden de Calatrava y en ella les rogaba que entregasen al nuevo monasterio todos los bienes que la orden poseía en los reinos de Aragón y les encarecía cuidar de los nuevos monjes que iban a integrarse en él¹⁵⁰⁶.

La tercera la dirigió al maestre de Calatrava, fray D. Garzilópez de Padilla,

Pontifici, quod ipse Dominus Papa velit ordinare de bonis, que dictus Ordo quondam templariorum habebat in Regni) sujeta a la regla de Calatrava pero con maestre propio, o bien, si así placía más al Papa, refundar una de las antiguas órdenes aragonesas, san Salvador, Montegaudio o san Redentor (*Vel si magis placere Domino Papa facere nuum Ordenem Praedictum, placeret etiam Regis, etiam a feruitium Dei dimitteret expensas supradictas: sed si vellet reducere Ordenem Sancti Salvatoris, Montigaudii vel Santi Redentoris*). (Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, Impreso en el Colegio de la Orden de Montesa por Geronymo Vilagrafa, 1669, pp. 4-5).

¹⁵⁰³ Joseph Delaville Le Roulx, «La Supression des Templiers», p. 34.

¹⁵⁰⁴ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, Volumen I, Primera Parte, Impreso en el Colegio de la Orden de Montesa por Geronymo Vilagrafa, 1669, p. 27.

¹⁵⁰⁵ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 27-28

¹⁵⁰⁶ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 29-32.

diciéndole que había resuelto que el nuevo convento, en el que habrían de residir los frailes, se fundase en el castillo de Montesa y que una vez que el nuevo maestro hubiera sido elegido tendría poder y facultad para admitir a cualquier persona, que quedaba al cuidado espiritual del monasterio cisterciense de Santas-Cruces y que le mandaba que cuando fuese requerido por el nuevo maestro o por el abad de Santas-Cruces, enviase a diez caballeros calatravos, de «probada virtud», para la instrucción y enseñanza de los nuevos frailes¹⁵⁰⁷.

La cuarta y última bula la dirigió al abad de Santas-Cruces, explicándole que se había reservado para sí el nombramiento del primer maestro del monasterio de Montesa y que, dado que nadie más fácilmente que él tendría «exacta noticia y conocimiento» de una persona profesa de la orden de Calatrava para ocupar el cargo de maestro, le daba autoridad y facultad, por esta vez solamente, para que nombrase a quien mejor le pareciese¹⁵⁰⁸.

Los hospitalarios protestaron por lo que ellos consideraron una expoliación y, gracias a los buenos oficios de D. Vidal Vilanova, se llegó al acuerdo de que la orden del Hospital cedía sus bienes en el reino de Valencia a la nueva orden a cambio de los bienes templarios en Cataluña. El intercambio tuvo lugar antes del final del mismo año 1317 y el rey nombró administrador de los bienes a D. Bernardo Coloma hasta que el nuevo maestro se hiciera cargo del monasterio¹⁵⁰⁹.

Como la bula fundacional estipulaba que la investidura de los hábitos de los primeros monjes de Montesa habría de ser hecha por el maestro de Calatrava, la fundación efectiva de la nueva religión quedó postergada dado que éste, en las varias ocasiones en que fue requerido, tanto por el rey como por el papa, se excusó por sus obligaciones en la guerra que contra los moros se estaba librando en la frontera del reino de Granada. Escribió el papa al obispo de Valencia a final de noviembre de 1318¹⁵¹⁰ para que, en su nombre, requiriese al maestro de Calatrava para que, dentro del plazo que el mencionado obispo estipulase, adscribiera los bienes calatravos en el reino de Aragón al nuevo monasterio y procediera a investir, personalmente o mediante otro dignatario de la orden, provisto de poderes, a los primeros frailes de Montesa, requerimiento al que el maestro calatravo nuevamente hizo caso omiso. Decidieron entonces el rey y el obispo valenciano hacer un último intento y enviaron al abad del real monasterio de Nuestra Señora de Benifazá, de la orden del Cister, para que se trasladase a la villa de Martos, en la sazón se hallaba el maestro de Calatrava, y le solicitase su presencia en la ceremonia de investidura de los nuevos caballeros de Montesa. Todo lo que pudo conseguir el abad, que no es poco, fue que el maestro de Calatrava constituyese a fray D. Gonzalo Gómez, comendador de Alcañiz, como procurador suyo en el acto de fundación del convento y de recepción de la profesión de los nuevos monjes¹⁵¹¹.

¹⁵⁰⁷ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 32-33.

¹⁵⁰⁸ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 33-34.

¹⁵⁰⁹ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 35-44.

¹⁵¹⁰ Bula *Pridem dum*.

¹⁵¹¹ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 53-54

Por fin, en la mañana del domingo veintidós de julio de 1319, festividad de Santa María Magdalena, en la capilla del palacio real de Barcelona, en ceremonia presidida por el rey D. Jaime II, con la presencia de obispos, abades, priores, caballeros de las órdenes de san Juan, de san Jorge y de la Merced y otros caballeros seculares, tras oír la misa, el comendador mayor de Calatrava en Aragón, en nombre de su maestre, invistió con el hábito de su orden a D. Guillén de Eril, D. Garcerán de Bellera y D. Eriman de Eroles, caballeros que habían sido de la orden hospitalaria de san Juan de Jerusalén y que habían obtenido la debida dispensa para cambiar de instituto. Ya profeso, con la venia del representante del maestre calatravo, don Guillén de Eril fue creado prelado y maestre del nuevo monasterio de Montesa¹⁵¹².

Constituida la nueva comunidad, el recién nombrado maestre ejerció por primera vez la facultad, otorgada por su santidad, de recibir en la orden a quien quisiese y así, sin salir de la capilla real, el rey le presentó a ocho postulantes, de no menor nobleza que los tres primeros, entre los que estaban su propio hermano, todos ellos caballeros de la hospitalaria orden de san Juan, de la orden de Nuestra Señora de la Merced o caballeros seculares. Esta es la lista completa:

D. Fernando Pedro de Aragón.

D. Bernardo de Monçonis.

D. Berenguer de Eril.

D. Bernardo de Aramont.

D. Guillén de Aguilar.

D. Bernardo de Roca.

D. Berenguer de Torrent.

D. Arnaldo Pedriza¹⁵¹³.

Esa misma tarde Don Jaime II hizo donación perpetua e irrevocable a D. Guillen de Eril y a su convento de la orden de Calatrava del castillo de Montesa y su villa y alquerías para que se edificase el nuevo monasterio¹⁵¹⁴.

En los meses siguientes tuvo lugar la toma de posesión de los castros, villas y lugares de la nueva milicia, así como los juramentos de fidelidad de alcaides, justicias y regidores de los mismos al procurador general.

Hitos importantes en la vida de la orden fueron:

1317: Fundación el diez de junio por el papa Juan XXII mediante la bula *Pia Matris Ecclesia*.

1326: En visita girada por el maestre general de Calatrava a Montesa, le fue otorgada a ésta unos estatutos particulares o definiciones

1399: Absorción de la orden de san Jorge de Alfama¹⁵¹⁵;

¹⁵¹² Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 58-59.

¹⁵¹³ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 60-61 y 83.

¹⁵¹⁴ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, p. 61.

¹⁵¹⁵ Orden fundada en 1201 por el rey Pedro II de Aragón a la que cedió el señorío de Alfama cerca de Tortosa.

1587: Incorporación del maestrazgo a la corona;

1808: La extinción de las órdenes militares en tiempos de José Bonaparte;

1812: Acuerdo de las Cortes de Cádiz en 1812 aprobando la incorporación al Estado de los bienes de las órdenes militares; restauración de las mismas por Fernando VII;

1835: Aplicación a las órdenes militares de las leyes de desamortización (el proceso duró hasta 1841);

1873: Decreto de nueve de mayo, en tiempos de la I República, por el que fueron abolidas las órdenes militares;

1875: Segunda restauración de las mismas en tiempos de Alfonso XII;

1915: Recuperación el doce de abril del antiguo emblema de la orden, constituido por la cruz flordelisada negra a las que se superpuso la cruz llana en rojo de la orden de san Jorge de Alfama;

1931: Tercera abolición de las órdenes militares por decreto de veintinueve de abril, si bien por otro de cinco de agosto del mismo año se dispone que pueden continuar como meras asociaciones;

1939: Limbo jurídico durante la dictadura pues si bien estaban admitidas estuvieron al borde de la extinción debido a la falta de renovación natural por la ausencia de maestre;

1982: A partir de la subida al trono de Juan Carlos I cobran nueva vida al asumir la corona el maestrazgo de las órdenes militares, si bien con el estatus jurídico de meras asociaciones¹⁵¹⁶.

3.4.1.2 Maestres.

El cuatro de octubre del mismo año 1317, estando en el castillo de Peñíscola, moría D. Guillén de Eril a causa de unas fiebres, siendo elegido fray Arnaldo de Soler como segundo maestre de la caballería de Montesa, caballero de la orden de san Juan de Jerusalén, con la venia del prior de dicha orden en Cataluña. Después de haber ocupado el cargo durante ocho años, murió el seis de noviembre de 1327.

Sólo siete días más tarde, el trece de noviembre, fue elegido maestre Don Pedro de Tous, que mandó hacer muchas obras en el castillo, entre ellas la construcción de una capilla dedicada a Santa Ana, a la cual dotó con quince libras de renta. Tras cuarenta y siete años de maestrazgo, murió el cinco de agosto de 1374 siendo enterrado en la capilla por él fundada.

Su hermano, fray Amberto de Tous fue elegido para sucederle el veintinueve de agosto del mismo año y murió el trece de julio de 1382, siendo enterrado en la capilla del convento.

¹⁵¹⁶ <http://www.ordenesmilitares.es/real-consejo/antecedentes-historicos-de-las-ordenes-militares/actuacion-de-las-ordenes-militares-desde-el-siglo-xix-hasta-nuestros-dias/>

En convento celebrado el veinticinco de julio de 1382 fue elegido fray Berenguer Marco en presencia del rey D. Pedro IV, deferencia que el maestre tuvo con su hijo, el rey Don Martín I, con ocasión de su coronación en Zaragoza, ceremonia en la que el rey armó caballero al maestre y a continuación el maestre armó caballeros a todos los frailes que le habían acompañado. A partir de este maestre la caballería de Montesa unió a su nombre el de la orden de san Jorge de Alfama que quedó unida a ella. Murió el ocho de marzo de 1409 siendo sepultado en la capilla de Santiago del convento.

A su fallecimiento el convento se dividió en varias facciones, lo que obligó a intervenir al papa que finalmente nombró maestre, el veinticinco de julio de 1410, a fray Romeu de Corberá, almirante de la armada aragonesa, de servicio en Cerdeña. Tomó posesión del cargo el diez de octubre del mismo año. Tras treinta y cinco años de maestrazgo, falleció el cinco de septiembre de 1445, siendo sepultado en la capilla de Santa Cruz del convento.

Fray Gilberto de Monsoriu fue elegido el catorce de septiembre del mismo año para sucederle. Presidió la durante ocho años y murió en Valencia el tres de diciembre de 1453 siendo enterrado en la capilla de la Coronación que él había hecho construir en el convento.

Nueve días más tarde, el doce de diciembre, el capítulo eligió maestre en ausencia, a fray Luis Dezpuig, capitán general que se hallaba al servicio del rey en Nápoles. Llevó a cabo muchas obras en el castillo de Montesa y por sus merecimientos recibió el apelativo del «buen maestre». Murió en san Mateo el dieciocho de junio de 1482.

El diez de octubre de 1482 el convento de la orden eligió a fray Felipe Vivas Cañamás, pero el papa, a instancias del rey, revocó este nombramiento y se lo dio a don Felipe de Aragón y Navarra, que renunció al arzobispado de Palermo por la dignidad maestral. Le mataron los moros de un trabucazo en la Vega de Baeza el diez de julio de 1488 a los treinta años de edad.

El diez del mismo mes de julio fue elegido otra vez Don Felipe Vivas Cañamás que sirvió a la corona con valor y gobernó la orden con perfección. Murió envenenado el dieciocho de junio de 1492.

Reunido el convento, el doce de enero de 1492 eligió a fray Francisco Sanç como maestre. Durante su maestrazgo se construyeron muchas piezas de aposentos en el castillo de Montesa, en la casa del Temple de Valencia y en la casa de Moncada. Falleció en Valencia el tres de febrero de 1506 siendo sepultado en el capítulo del convento.

El quince de febrero del mismo año fue elegido en convento fray Francisco Bernardo Dezpuig, embajador de Aragón ante la santa sede, en una sesión tempestuosa en la que el rey católico ordenó al gobernador de Xátiva que pusiera sitio al convento hasta que se hubiere efectuado la elección, impidiendo con ello la entrada de vituallas. Impetró la bula del patronazgo de las iglesias y llevó a cabo muchas obras en el convento. Dejó la custodia y muchos y ricos ornamentos. Falleció en 1546 y fue enterrado junto a la puerta de la iglesia.

El diecisiete de julio de 1537 fue elegido maestre fray Francisco Lanzol de Romany que realizó muchas obras en la dependencia de la orden en Valencia, llamada casa del Temple, y en el castillo del convento, falleciendo el doce de marzo de 1544.

El cinco de abril de 1544 fue elegido maestre fray Pedro Luis Galcerán de Borja, pese a contar tan sólo diecisiete años por lo que fue preciso la correspondiente autorización del papa Pablo III. En virtud de la bula de este mismo papa levantando el voto de castidad de los frailes de Calatrava, contrajo matrimonio con Doña Leonor Manuel, marquesa de Navarrés. En 1583 negoció con Felipe II la incorporación de Montesa a la corona, última orden que se mantenía independiente¹⁵¹⁷, lo que tuvo lugar el ocho de diciembre de 1587, gracias a una bula del papa Sixto V, expedida en Roma, en la que dispuso la unión a perpetuidad del maestrazgo en la persona del rey Don Felipe II y sus descendientes en calidad de reyes de Aragón¹⁵¹⁸.

A partir de esta fecha los reyes de España, en su calidad de maestros, han venido nombrando lugartenientes generales, que son los que en realidad han llevado la gobernanza de la orden.

3.4.1.3 Regla.

La bula fundacional de Montesa no recogió regla ni estatuto alguno que debía de regir la vida y convivencia de los frailes y ello fue así porque mediante dicha bula no se creó una nueva orden sino un monasterio de la castellana orden de Calatrava, con maestre propio, de manera que, como afirma Hipólito de Samper, el «monasterio, orden, milicia o congregación (por ahora todos estos nombres son sinónimos, como veremos) no fue sólo filiación de la orden de Calatrava, sino la misma orden de Calatrava, puesta y fundada en el reino de Valencia». Siguiendo este *iter* narrativo, llega el autor a la conclusión de que los montesianos, por el hecho de serlos, son cistercienses y calatravos y que, sobre todo al principio, no sólo tenían una regla o estatuto general común sino incluso los mismos hábitos, usos y

¹⁵¹⁷ En vida del último maestre de Calatrava, fray Don García de Castrillo, a petición del rey Don Fernando II, el capítulo general de la orden aprobó dirigirse al papa para que al fallecimiento del maestre el maestrazgo quedara incorporado a la corona. Muerto fray Don García, el veintisiete de septiembre de 1487, el comendador mayor de la Orden reunió al capítulo para proceder a la elección de nuevo maestre pero el rey envió la bula de Inocencio III en la que se reservaba para sí el nombramiento del nuevo maestre. Este mismo papa, emitió otra bula en la que concedió el maestrazgo de la orden al rey Don Fernando el Católico que empezó a gobernar la Orden en 1488 tras haber jurado sus definiciones. Muerto el rey, el papa León X ratificó el acuerdo del capítulo general por el que se eligió al emperador Carlos V para el maestrazgo. El ocho de diciembre de 1587, mediante bula expedida por Sixto V, la Orden fue incorporada definitivamente a la corona, tal como lo habían sido Calatrava, Santiago y Alcántara en 1523 (Joseph Villarroya, *Real Maestrazgo de Montesa*, T. I, Benito Monfort, Valencia, 1787, pp. 136-137).

¹⁵¹⁸ Martí de Vicianá, *Libro tercero de la Crónica de la ínclita y coronada ciudad de Valencia y su reyno*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2002, p. 135-137; y Joseph Villarroya, *Real Maestrazgo de Montesa*, T. I, Benito Monfort, Valencia, 1787, pp. 102-137

costumbres¹⁵¹⁹.

En el año 1326, en visita girada por el maestre general de Calatrava a Montesa, le fue otorgada a la división valenciana de la orden unos estatutos particulares o definiciones los cuales se limitan a regular los días de ayuno y los lugares en los que se ha de observar el silencio¹⁵²⁰.

De la regla, sólo cabe señalar que los montesianos, lo mismo que los frailes de todas las órdenes militares, estaban sujetos a los tres votos monacales de pobreza, obediencia y castidad, si bien el cumplimiento de tales votos empezaron a relajarse a partir del último cuarto del siglo XIV, en virtud de disposiciones y autorizaciones de las autoridades religiosas y aún de los mismos maestros. El primero de los votos que se vio afectado fue el de pobreza, cuyo abandono se pone de manifiesto en la patrimonialización de encomiendas, que se convirtieron en auténticas tenencias vitalicias, y en la disposición de bienes por parte de los frailes, a los que se les autorizó el legado de hasta el cincuenta por ciento de los beneficios obtenidos por la gestión de priores y comendadores, a favor de sus criados. Con todo, la medida que más influyó en el proceso de secularización de la orden fue la sustitución del voto de castidad absoluta por el de castidad o fidelidad conyugal, autorizado por el papa Eugenio IV en 1440, (ratificado por Pablo III en 1540) medida que tuvo como corolario la autorización de Julio III en 1551 para que los hijos pudieran heredar a los caballeros en todos los bienes que no hubieran obtenido a través de la orden. El único voto que nunca fue modificado fue el de obediencia, pues está considerado pilar de toda institución militar o religiosa y sin él la misma carecería de sentido. En definitiva, la orden se vio sometida a un proceso de secularización que la hizo mucho más atractiva para la nobleza, llevando a los caballeros de la orden a patrimonializar los bienes y rentas de la institución y a disfrutar de oficios políticos del reino¹⁵²¹.

3.4.1.4 Hábitos e insignias.

En los primeros tiempos los caballeros montesianos llevaban la cabeza y la cara afeitadas y vestían hábitos similares a los de los calatravos, que consistían en una túnica estameña de paño basto blanco con mangas, y sobre ella un escapulario blanco que cubría la cabeza y la espalda, pendiendo tres palmos por cada lado, del mismo tejido y del mismo color. Sobre todo ello una capa blanca y para la cabeza una caperuza los caballeros y un bonete los clérigos. Para facilitar la movilidad, las túnicas de paño eran sustituidas por túnicas de lino en las batallas¹⁵²². A partir de 1421 el color de las túnicas y capas se cambió al pardo.

Al igual que Calatrava, los montesianos utilizaron en sus estandartes, pendones, armas y sellos, cruces negras flordelisadas sobre dos trabas negras. Todo

¹⁵¹⁹ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 133-136.

¹⁵²⁰ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 163-164.

¹⁵²¹ Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, p. 252.

¹⁵²² Hipólito de Samper, *Montesa Ilustrada*, pp. 189-191.

ello sobre campo blanco. A partir de 1393, por autorización del sumo pontífice Clemente VII, utilizaron sobre los vestidos exteriores blancos (túnicas y capas) cruces negras flordelisadas. A partir del año 1399, tras la absorción por Montesa de la orden de san Jorge de Alfama, los caballeros montesianos empezaron a usar la cruz roja llana que era su insignia¹⁵²³.

3.4.2 La sucesión por la orden de Cristo (Portugal).

3.4.2.1 La fundación de la orden.

En Portugal la integración de las propiedades de la orden del Temple en una nueva orden de caballería se llevó a cabo mediante la bula *Desiderantes ea ex quibus*, de catorce de marzo de 1319, en la cual se hacía referencia a la versión oficial de la extinción de la orden del Temple y a la solicitud de los reyes de Castilla, Aragón y Portugal de que los bienes de la extinta orden no pasasen a la orden del Hospital de Jerusalén. El texto de la bula explica que uno de los aspectos más importantes que fue tenido en cuenta en la aprobación papal de la creación de la nueva orden, fue:

«... aquela lixosa naçon dos dictos mouros enmija sem piedade do nome de christo, que he fronteira do dictorrey no do algarve, como parte per seus termhos com esse rreyno, como dito he, atormentou, per alguuas uezes, o dicto rrey no e os fieem com muytas tribulações, em desonra do rrey do ceo e os meteu em desuayrados perigoos e armou per muytas uezes e trabalha armar, em destroymento deles, de que nos deuemos muyto doer»¹⁵²⁴.

En aquellos momentos las principales amenazas para Portugal provenían por vía marítima del reino granadino y del norte de África y con el establecimiento de la nueva orden en Castro Marim, situada estratégicamente cerca de la desembocadura del Guadiana, no solamente se intentaba conjugar este peligro sino que, además, se pretendía disuadir cualquier pretensión de expansión de la orden de Santiago, especialmente vinculada con los reyes castellanos, hacia esta región¹⁵²⁵.

Expresa Fabiano Fernandes que la fundación de la nueva orden se integraba en un conjunto de acciones destinadas a fortalecer el prestigio monárquico, entre las que señala el establecimiento de fronteras más estables, el refuerzo del aparato administrativo y del aparato judicial y la organización militar¹⁵²⁶.

La bula, al otorgar a la nueva orden los bienes de la extinta orden del Temple en Portugal, en cierto sentido legitimaba la acción del rey en 1307 de requisar

¹⁵²³ Enrique Rodríguez-Picavea Matilla, «El proceso de aristocratización de la Orden de Calatrava (siglos XII-XV)», en *Hispania Sacra*, LIX, 120, julio-diciembre 2007, pp. 501-534.

¹⁵²⁴ Fabiano Fernandes, *O processo de formação da Ordem de Cristo e a conjuntura dos renos ibéricos (C. 1250-1326)*, Revista Signum, vol. 13, n° 2, 2012, pp. 151-152.

¹⁵²⁵ Fabiano Fernandes, *O processo de formação*, p. 152.

¹⁵²⁶ Fabiano Fernandes, *O processo de formação*, p. 152.

todas las propiedades templarias en espera de una decisión del papa que fuera acorde con sus intereses, lo que fue objeto de duras y arduas negociaciones entre los embajadores del rey portugués y el papa¹⁵²⁷.

Los embajadores portugueses Don Pero Nunes, canónigo de la catedral de Coimbra, y el caballero Don Juan Lourenço de Monçaras, consiguieron también para su señor, el control total de la orden de Cristo al incluir el papa en el texto de la bula de fundación de la orden, la obligación de los maestros de presentarse ante el rey y prestarle juramento de fidelidad tan pronto como fueran elegidos. Por último, incluía la bula también el nombramiento del primer maestro de la orden en la persona de fray Don Gil Martínez, maestro hasta ese momento de la orden militar de Avis¹⁵²⁸, otorgándole en la propia bula la correspondiente dispensa de los votos que le unían a esta orden. Entregó el rey al nuevo maestro la fortaleza de Castro Marín y todas las bailías, encomiendas, casas y tierras que habían pertenecido al Temple¹⁵²⁹.

Los primeros caballeros que se integraron en la nueva orden eran templarios y entre ellos hay que contar a un «prior del Temple» y a fray Don Lourenço Martines, último maestro del Temple en Portugal a quien le fue dada la encomienda de Castil Nuovo en la que vivió hasta su muerte¹⁵³⁰.

Hitos importantes en la vida de esta orden fueron:

1420: Fue elegido maestro el infante don Enrique, llamado el Navegante, tercer hijo del rey Juan I, que se distinguió por sus descubrimientos y conquistas para la corona portuguesa de nuevas tierras. Durante su maestrazgo, se adoptó como regla la de la orden de Calatrava y el papa Calixto III concedió a la orden jurisdicción eclesiástica en todos los territorios «desde los cabos Bojador y de Nam, a través de toda Guinea y más allá hasta la orilla meridional, sin interrupción hasta el país de los indios»¹⁵³¹;

1495: Accedió al trono portugués don Manuel, hasta entonces gobernador de la orden, cuyo reinado se distinguió por muchas y grandes construcciones, tales como el monasterio de los Jerónimos y la torre de Belén, símbolos emblemáticos de Portugal. Por la bula *Constante fide* don Manuel fue dispensado del voto de castidad y pobreza y nombrado gran maestro, siendo el primero de los reyes en ocupar el cargo.

1551: Por la bula *Præclara Clarissimi*, der 30 de noviembre de 1551, el título de gran maestro pasó a la corona portuguesa de forma hereditaria;

1786: La orden fue secularizada;

1789: Refundación de la orden por la reina doña María I, manteniendo la

¹⁵²⁷ Fabiano Fernandes, *O processo de formação*, p. 153.

¹⁵²⁸ Correspondiente de la castellana orden de Alcántara.

¹⁵²⁹ Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo, Santiago e Avis*, Fundação Eng. António de Almeida, Porto, 2008, pp. 31-32.

¹⁵³⁰ Jerónimo Roman, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*, pp. 32-33.

¹⁵³¹ Bula *Inter caetera*.

soberanía de la santa sede pero siendo administrada por la corona portuguesa; un grupo de militares, todos pertenecientes a la orden, decidieron constituir una rama secreta de la misma con objeto de perpetuarla¹⁵³²;

1834: Abolición de la orden a la entrada en vigor de la Carta Constitucional que suprimió todas las órdenes militares, siendo sus bienes expropiados y la mayor parte de ellos vendidos en pública subasta; doña María II la refundó como orden honorífica.

1910: La orden fue suprimida definitivamente por decreto de 15 de octubre de 1910;

1918: Por un nuevo decreto de uno de diciembre de 1918 resurgió como mera orden civil de mérito destinada a premiar los servicios al país y a la humanidad por ciudadanos portugueses y extranjeros, civiles o militares¹⁵³³.

3.4.2.2 Maestres.

En los cien primeros años de vida de la orden el sistema electivo fue similar al que regía en la orden de Calatrava. En tiempos del maestrazgo del infante don Henrique se ordenó que los maestros fueren elegidos por el comendador mayor de la orden junto con el prior del monasterio de Tomar, el sacristán y el clavero y nueve caballeros de los más ancianos que hubiere en la orden.

Poco después, en tiempos del rey don Manuel¹⁵³⁴, se estableció que una vez muerto un maestro, el gobierno de la orden fuera asumido por el comendador mayor hasta el nombramiento del nuevo maestro y que el sacristán del convento de Tomar custodiara la espada, la bandera y el sello maestral. Al prior del mismo monasterio le correspondía convocar al capítulo general a todos los capitulares del convento, dando cuenta de ello al clavero, al sacristán y a todos los comendadores y caballeros y a todos los vicarios de todas las iglesias de la orden, y a todos los frailes que se encontrasen fuera del convento, señalándole el día y la hora de comienzo del capítulo. El día señalado, tras la celebración de la misa solemne y pronunciado por el comendador un sermón a propósito del asunto que les había reunido, por el prior se tomaba juramento a todos los presentes de actuar «no mirando sino al bien de la religión dejando todo fraude por afición y amistad», eran elegidos los nueve caballeros que junto con el comendador mayor, el clavero, el sacristán y el prior llevaban a cabo la elección del maestro. Nuevamente tomaba el prior

¹⁵³² Según la web de una llamada «orden de Cristo» de Portugal, en el reinado de doña María I un grupo de militares portugueses, miembros de la orden de Cristo, constituyeron un grupo secreto de esta orden con la finalidad primordial de garantizar su continuidad, organización que, siempre según esta web, perdura hasta el día de hoy y que tiene su sede en la capilla de Nuestra Señora de la Salud, en la iglesia del Recuerdo (Lisboa). La orden Militar de Jesucristo, que es el nombre con el que fue legalizada en la ciudad de Tomar el 31 de diciembre de 2010 e inscrita en el correspondiente registro portugués, es en la actualidad una orden cristiana ecuménica cuyo gran maestro es el doctor don José Caros V. de Lomba-Viana. Cuenta con el estatuto de ONG y está acreditada en las Naciones Unidas y en la Unión Europea (<http://ordochristi.org/Historial.htm>).

¹⁵³³ Sinopsis basada en la obra de Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*.

¹⁵³⁴ Don Manuel I de Portugal (Alcochete, 31 de mayo de 1469 – Lisboa, 13 de diciembre de 1521).

juramento a los doce (y a él se lo tomaba el sacristán), y a continuación cada uno escribía el nombre del que le parecía más apropiado para el puesto. Concluida la votación se realizaba el escrutinio y por el prior se proclamaba maestro al que más votos había obtenido en virtud de lo estipulado en la bula de Juan XXII. A continuación el comendador mayor abandonaba la presidencia de la asamblea y el sacristán hacía entrega de la espada, la bandera y el sello al nuevo maestro. Acto seguido todos los presentes se dirigían a la iglesia donde una vez pronunciados los cánticos y oraciones de rigor, el maestro prestaba juramento de fidelidad al papa, en la persona del abad del monasterio cisterciense de Alcobaça, en su calidad de legado papal para la ocasión según dispone la bula fundacional.

Aunque en los primeros años de la orden, el maestro no tenía rentas señaladas de manera especial, a partir del segundo maestro, en el capítulo celebrado en Lisboa en el año 1364, se acordó que tuviere a su servicio al menos a diez caballeros, duchos en el empleo de las armas, y las rentas de las encomiendas de Lisboa y sus términos, Santarem y sus términos, Alenquer y sus términos y todas las rentas de las propiedades de la orden en Niza, Relan, Montalvan, Rio Frio, Puente Arcada y en el coto de Braga.

A la muerte del primer maestro Don Gil Martines, fue sucedido por Don Juan Lourenço, al parecer elegido por el capítulo general a propuesta del rey Don Denis. Gobernó la orden por espacio de cinco años, al cabo de los cuales, no se sabe si por renuncia o por destitución, fue sustituido en el maestrazgo.

El tercer maestro fue don Martin Gonçalves que fue elegido en 1327. Dirigió la orden durante ocho años y murió en 1335.

Fue sucedido por su hermano don Esteban Gonçalves a propuesta del rey. A él se debe la recuperación de muchas antiguas propiedades de los templarios que estaban en poder de particulares. Tuvo varios hijos, entre ellos uno llamado Vasco Leiton que se distinguió en la defensa de la frontera, por lo que algunos autores suponen que no fue maestro sino gobernador o administrador de la orden. Murió en el año 1344.

Le sucedió como quinto maestro fray don Rodrigo Yanes elegido a propuesta del rey Alonso IV. Lo mismo que el segundo maestro, también fue desposeído del maestrazgo antes de su muerte después de haber gobernado la orden durante doce años.

El sexto maestro fue don Nuno Ruis que comenzó su maestrazgo en 1357, primero del reinado de don Pedro I. En su tiempo se le concedió a la orden la jurisdicción civil y criminal en todos sus territorios. También en tiempos de este maestro se trasladó la sede maestra de Castro Marim a Tomar antigua cabecera del Temple en Portugal. Gobernó la orden durante poco más de quince años y falleció el año de 1372.

En 1372, don Lope Diaz de Soza fue nombrado maestro con solo doce años de edad por el rey, siendo destituido por el rey castellano Don Juan I durante el breve tiempo que detentó la corona portuguesa. Debido a su minoría de edad, el papa Bonifacio IX esperó hasta que tuvo veinticinco para confirmarlo en el puesto. Murió en el año 1418.

El infante don Enrique, tercer hijo del rey Juan I, fue elegido octavo maestre en 1420. En un capítulo general de la orden, celebrado en Tomar en 1449, con la presencia del obispo de Viseu en calidad de legado pontificio. Durante su mandato se llevó a cabo una refundación de la orden que a partir de entonces contó con reglas y constituciones propias independientes de las de Calatrava. Consiguió del papa Martín V que concediese a la corona de Portugal todas las tierras que se conquistasen desde cabo Borjador hasta la India, por lo que inició la mayor epopeya de conquistas navales de la historia de Portugal, razón por la cual fue llamado don Enrique el Navegante. Murió en Sagres el año 1463 a los sesenta y seis años, después de haber ejercido el maestrazgo de la orden durante veintitrés años.

Sucedió al infante don Enrique en el maestrazgo de la orden el infante don Fernando, hijo del rey don Eduardo. Fundó muchas iglesias en las tierras conquistadas y las asignó a clérigos de la orden. Fue casado con la infanta doña Beatriz, de donde algunos autores coligen que no fue nunca maestre de la orden de Cristo ya que hasta tiempos del rey don Manuel no tuvo lugar la liberación del voto de castidad, por lo que se ha de concluir que este infante no llegó nunca a profesar y que por lo tanto fue meramente gobernador o administrador de la orden. Murió el doce de septiembre de 1460 después de gobernar la orden durante diez años.

El décimo maestre fue el duque de Viseu, don Diego, tercer hijo del anterior, que aunque nombrado por el rey don Manuel, fue muerto por él mismo el veintisiete de agosto de 1484 debido a las fundadas sospechas que tenía de que formaba parte de una conjura para arrebatarle el trono.

Muerto don Diego, el rey don Juan entregó el gobierno de la orden a su hermano don Manuel, junto con el ducado de Beja y todos los bienes que fueron del difunto. Celebró un capítulo en Tomar en el año 1492 en el que se aprobó solicitar un relajamiento en el cumplimiento de los votos de castidad y pobreza, a fin de que los caballeros se pudiesen casar y disponer de sus bienes a su muerte. Hizo sesenta definiciones que, con las veinticuatro que mandó hacer el infante don Enrique, son las que rigieron la vida de la orden hasta el final de sus días según concesión del papa Julio II. Accedió al trono portugués en 1495 y su reinado se distingue por muchas y grandes construcciones, tales como el monasterio de los Jerónimos y la torre de Belén, símbolos emblemáticos de Portugal. Tras veintiséis años de reinado y veintinueve en el maestrazgo de la orden, falleció el trece de diciembre de 1521.

El rey don Manuel fue sucedido en el trono y en el gobierno de la orden de Cristo por su hijo don Juan III que si bien al principio se tituló gobernador y maestre de la orden, después adoptó el título de administrador perpetuo una vez que en 1523 el papa Adriano VI emitió la bula correspondiente. En 1550 consiguió del papa Julio II que el maestrazgo de la orden quedara unido para siempre a la corona de Portugal¹⁵³⁵.

¹⁵³⁵ Jerónimo Román, *Historia das Inclitas Calvarias de Cristo*, pp. 107- 150.

3.4.2.3 La Regla.

De acuerdo con lo establecido en la bula fundacional *Desiderantes ea ex quibus*, de catorce de marzo de 1319, la regla que rigió los primeros tiempos de la orden fue la de Calatrava que, como cisterciense, era similar a la del Temple.

Lo básico de esta regla era el sometimiento de todos los frailes a los tres votos clásicos de obediencia, castidad y pobreza.

Esta regla primitiva fue sustituida en tiempos del infante don Enrique por un bloque de veinticuatro definiciones y completada por el rey don Manuel con sesenta definiciones más que constituyeron la regla fundamental de la orden que, compilada, fue aprobada por breve del papa Pablo III el once de mayo de 1541.

No es este trabajo lugar para estudiar en profundidad la regla de esta orden pero para que sirva de comparación con la regla de la orden del Temple, que es objeto de esta tesis, se incluye en nota al pie, a modo de síntesis, los títulos de los diferentes capítulos que la conformaron¹⁵³⁶.

3.4.2.4 Hábitos e insignias.

No se hace en la bula fundacional referencia alguna al hábito ni a las insignias de la nueva orden, pero como en ella claramente se dice que se aplicase las constituciones de Calatrava, en una de las cuales se manda que el «vestido sea honesto y decente como corresponde a personas que profesan la vida reglar» y añade que «como signo distintivo de la religión sus miembros utilicen el escapulario blanco», se entiende que los frailes de la orden de Cristo utilizaran desde sus inicios, y por espacio de doscientos cuarenta años, el mismo hábito que los de Calatrava y, por ende, que los de Montesa¹⁵³⁷.

Al igual Calatrava, a partir del veintiuno de julio 1337, en que el papa Benedicto XII lo aprobó, utilizó como símbolo una cruz llana en color rojo. En el año 1443 se dispuso que el hábito debía tener un largo comprendido entre la rodilla y los tobillos y que la cruz distintiva de la orden debía ser portada en el centro del

¹⁵³⁶ 1. «Del padre don prior. // Del sub-prior. // De las cosas principales de la vida religiosa. // De la obediencia. // De la humildad. // De cómo debe obedecer un religioso al que le mandaren lo imposible. // Que los frailes se obedezcan los unos a los otros. // De los que muchas veces son castigados y no enmiendan. // Que ninguno presuma defender a otro en el monasterio. // Del buen celo que deben tener los monjes entre sí. // Del silencio general. // Del silencio especial. // De la guardada de la congregación. // De las horas del oficio divino. // De cómo se debe cantar el oficio divino. // Del oratorio del monasterio. // Del cuidado que se debe tener en venir con prestanda al coro. // De los que yerran en el coro. // De los que no pueden venir al coro con puntualidad. // Del trabajo manual y de la lectura. // De los que yerran en algún oficio o cosa que por obediencia hagan. // Si los religiosos deben tener reposo. // Que no puedan los frailes recibir cosa alguna sin licencia. // De cómo deben ser proveídos los frailes de las cosas necesarias. // Del vestido de los frailes. // De la calidad y la cantidad en el comer. // De la lectura en el refectorio. // De la guarda de la Cuaresma. // De cómo deben dormir los monjes. // De los enfermos. // De los frailes que fueren enviados fuera del monasterio para algún negocio. // De los huéspedes que vinieren al monasterio. // De cómo deben ser recibidos los novicios al hábito y profesión. // De cómo en esta regla no hay culpa venial o mortal».. (Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*, pp. 94-106).

¹⁵³⁷ Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*, p. 40.

pecho y no al costado. En diciembre de 1503, en el capítulo que mandó convocar el rey Don Manuel como gran maestro de la orden, como el material, el tamaño y el diseño era diferente para cada hermano, se decidió que en adelante [la cruz] no fuera ni grande ni pequeña, coloradas y abiertas, tal como se la conoce hoy en día, y que ni los clérigos reglares ni los novicios las llevaran de seda pero si los caballeros y comendadores, aunque sin reborderar con cordoncillo dorado. En este mismo capítulo se acordó que los hermanos habían de llevar en todo momento, de noche o de día, el escapulario de la orden so pena de incurrir en falta¹⁵³⁸.

Era también costumbre de los caballeros de esta orden utilizar, en los actos solemnes, amplias capas blancas, cerradas por delante, con sendas aberturas laterales por las que sacaban los brazos, y otra abertura en el costado derecho por el que sacaban la espada¹⁵³⁹.

3.4.2.5 Imperial orden de Cristo de Brasil.

En Brasil, a partir de la promulgación de la primera constitución en 1824, se concedieron distinciones honoríficas de la *Imperial Ordem de Nosso Senhor Jesus Cristo*, al igual que de las otras órdenes portuguesas¹⁵⁴⁰, todas las cuales fueron reconocidas por el Vaticano mediante la bula *Præclara Portugaliæ Algarbiorumque Regum*, promulgada por León XII el 15 de mayo de 1827, reconocimiento que fue rechazado por el parlamento brasileño por considerarlo «*manifiestamente ofensivo para la Constitución y para los derechos de Su Majestad el Emperador*». A partir de 1843 todas las órdenes perdieron su carácter religioso y se convirtieron en meras órdenes de mérito¹⁵⁴¹. Tras la proclamación de la república en 1889 todas las órdenes de la monarquía fueron disueltas por decreto de 1891¹⁵⁴².

3.4.3 La sucesión por la pontificia orden de Cristo.

Desde la misma fecha de creación de la portuguesa orden de Cristo, los pontífices romanos, por su carácter de soberanos, se irrogaron el derecho de nombrar caballeros y comendadores de dicha orden, dando vida con ello, por la vía de hecho, a una nueva orden vaticana de caballería, también denominada de Cristo. Esta situación causó no pocas fricciones entre la corona portuguesa y la santa sede, llegando a ser detenido en Portugal, en el siglo XVIII, el arquitecto florentino Giovanni Niccolo Servandoni por utilizar ilegalmente en este país las insignias de ca-

¹⁵³⁸ Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*, p. 42.

¹⁵³⁹ Jerónimo Román, *Historia das ínclitas Calvarias de Cristo*, p. 42.

¹⁵⁴⁰ *São Bento de Avis y Sant'Iago da Espada*.

¹⁵⁴¹ Decreto 321, de 9 de septiembre de 1843. «Art. 1º. - *As Ordens Militares de Cristo, São Bento de Avis e São Tiago da Espada ficam de ora em diante tenidas e consideradas como meramente civis e políticas, destinadas a remunerar serviços feitos ao Estado,...*».

¹⁵⁴² Luis Marques Poliano, *Heráldica*, Ed. Grd. Rioarte, Rio de Janeiro, 1986, pp. 370-372.

ballero de la orden de Cristo otorgadas por el papa¹⁵⁴³.

La orden fue reformada por León XIII y, sobre todo, por Pío X que mediante el breve «*Multum ad excitandos*», de siete de febrero de 1905, le concedió el título de suprema, aprobó el diseño de las insignias y los uniformes y la puso por encima de todas las órdenes pontificias:

«Llamamos nuestra atención sobre la orden muy noble de la Milicia de Jesucristo, fundada el año de 1318, tras la supresión de la orden del Temple, por Dionis I, rey de Portugal y de los Algarves, con la aprobación y bajo el patrocinio del papa Juan XXII, Nuestro Predecesor, de venerada memoria. En virtud de Nuestra Autoridad, declaramos y decretamos por las presentes que es la suprema orden de la Órdenes ecuestres pontificias, que no cede en dignidad a ninguna entre ellas, que las sobrepasa a todas por su grandeza y brillo»¹⁵⁴⁴.

El soberano de la orden es su santidad el Papa y los títulos de concesión son firmados en su nombre por el cardenal secretario de Estado. En la actualidad la única categoría de sus miembros es la de caballeros.

Por disposición del papa Pablo VI¹⁵⁴⁵ la orden se reservó para jefes de estado católicos que se hubieran distinguido en la defensa de la doctrina de la Iglesia. Los últimos en recibirla fueron el rey Balduino de Bélgica y fray Don Angelo de Mojama, gran maestro de la soberana orden de Malta¹⁵⁴⁶.

3.5 La continuidad.

A partir del siglo XVIII surgen varias organizaciones que afirman que la orden del Temple no desapareció en 1312 y recaban para sí ser sus sucesoras legítimas. El elemento común de todas ellas es la continuidad, de forma más o menos oculta y clandestina, o solapadas en la estructura de otras organizaciones religiosas, militares o cívicas.

¹⁵⁴³ Guy Stair Sainty, *The Supreme Order of Our Lord Jesus Christ*, (<http://www.chivalricorders.org/Vatican/christ.htm>).

¹⁵⁴⁴ *Denique oculos mentis nostra convertentes ad Militiae J. Christi nobilissimum Ordinem, quern anno uccnxvin post Ordinis Templi ruinam, Dyonisius I, Portugalliae et Algarbiorum Rex, instituit, auctore et auspice Joanne PP. XXII sec mem. Praedecessore Nostro, hunc equestrium Pontificiae Sedis Ordinum Supremum esse auctoritate Nostra per praesentes edicimus ac mandamus, quo non altor sit dignitale potior, sed ceteris amplitudine ac splendore suporemineat.* (Pío X, *Actes de S. S. Pie X, encycliques, motu proprio, brefs, allocutions, etc.*, Tome II, Editions des «Questions Actuelles», París, 1922, pp. 13-15). [Apéndice N° 48].

¹⁵⁴⁴ Bula *Ordinis Equestris* de 15 de abril de 1966.

¹⁵⁴⁴ Pío X, *Actes de S. S. Pie X, encycliques, motu proprio, brefs, allocutions, etc.*, pp. 13-15). [Apéndice N° 48].

¹⁵⁴⁵ Bula *Ordinis Equestris* de 15 de abril de 1966.

¹⁵⁴⁶ <http://www.chivalricorders.org/vatican/christ.htm>.

En los siglos siguientes el número de estas organizaciones no ha hecho más que aumentar, siendo cifradas en 1972 por el autor francés Laurent Dailliez¹⁵⁴⁷ en cuarenta y siete el número de entidades (órdenes, sociedades, hermandades o cofradías) templarias y neotemplarias entonces existentes¹⁵⁴⁸.

El veinticinco de marzo de 2008 el diario argentino *Clarín*, en el contexto de una noticia sobre los caballeros templarios en la actualidad, se hacía eco de un informe de la Secretaría de Estado del Vaticano, dirigida a sazón por el entonces cardenal Joseph Ratzinger, según el cual el número de grupos y organizaciones, que se decían herederas de la orden del Temple, superaban las cuatrocientas¹⁵⁴⁹. Hoy, aunque no hay datos actualizados del mencionado informe, es seguro que este número estaría ampliamente sobrepasado. Según una estimación conservadora, de gente vinculada a grupos templarios, alcanzaría una cifra de varios miles a lo largo y ancho del mundo¹⁵⁵⁰.

Unos pretenden ser los auténticos sucesores de la primigenia orden jerosolimitana y aseguran que cuando llegue el momento, presentarán los documentos que así lo atestiguan. Otros, con menores pretensiones, pero no con menos ahínco, aseguran que lo único que pretenden es la recuperación del espíritu y del ideal templario y dedican toda su ocupación a actividades filantrópicas y obras de caridad. Aún hay un tercer grupo formado por embaucadores y charlatanes que lo único que pretenden es hacer dinero utilizando el nombre del Temple y, aprovechándose de la bondad y credibilidad de la gente, a las que sorprenden y engañan, vendiéndoles títulos y galardones falsos. Hay quienes incluyen un cuarto grupo formado por sectas satánicas, comunidades esotéricas y grupos de ideología neonazi que nosotros conscientemente dejamos fuera pues no hay nada ni en su ideología, ni en su actividad que, ni siquiera de lejos, se pueda considerar relacionado con el verdadero Temple.

Es muy difícil, si no imposible, estimar el número de templarios, post-templarios, neotemplarios, pseudo-templarios, que existen hoy en día. En los albores del siglo XXI hay muchos y diferentes grupos. Además de los que realizan sus actividades de manera pública, hay otros grupos que valoran grandemente el secreto y privacidad y prefieren no dar a conocer públicamente sus actividades. A estos grupos de laicos, hay que añadir los grupos eclesiales de las distintas denominaciones cristianas que, con la autodenominación de templarios, desde las iglesias trabajan, en pro de la unidad de los cristianos con una mentalidad abierta, inclusiva y teológicamente liberal¹⁵⁵¹.

En esta tesis sólo nos ocuparemos de los grupos existentes que reclaman para sí, y se quieren considerar, continuadores legítimos de la orden fundada por Hu-

¹⁵⁴⁷ Historiador francés, muerto en 1991, especialista en la Orden del Temple.

¹⁵⁴⁸ Laurent Dailliez, *Les Templiers, ces inconnus*, Librairie académique, París, 1972, p. 403.

¹⁵⁴⁹ <http://edant.clarin.com/diario/2008/03/25/sociedad/s-03201.htm>

¹⁵⁵⁰ Lionel Fanthorpe y Patricia Fanthorpe, *Mysteries and secrets of the Templars*, Dundurn Press, Toronto, 2005, p. 16.

¹⁵⁵¹ Lionel Fanthorpe y Patricia Fanthorpe, *Mysteries and secrets of the Templars*, p. 16.

go de Paganis en Jerusalén hacia 1119 y trataremos de identificar las organizaciones a las que en cierto sentido se les puede reconocer tal descendencia. Incluso bucearemos en la bibliografía y en los cartularios y archivos para ver si existió una continuidad en sentido estricto, es decir, una obra constante, perseverante y duradera¹⁵⁵² que desde siempre¹⁵⁵³ muchos han reivindicado.

Para facilitar nuestro cometido distinguiremos de las organizaciones sucesoras, *ex lege* o *ipso iure*, que son las herederas legales de la orden del Temple en virtud de ley especial emanada del papa o del soberano natural, las organizaciones puramente continuadoras o auto sucesoras de la primigenia orden templaria, por la vía de hecho (continuidad fáctica) y las organizaciones de sucesión apócrifa que reclaman una herencia aparente en base a documentos inexistentes o falsos. Prescindimos de las órdenes nuevas y de las que se definen a sí mismas como «restauradas» cuya sucesión es meramente ideológica en las cuales no se puede hablar de una verdadera continuidad.

Sea cual fuere la modalidad de sucesión, es a todas luces evidente que, en ningún caso, la orden resultante hoy en día sería la misma, ni estaría sometida a igual normativa, que lo estaba la orden medieval, como no lo son ninguna de las organizaciones o instituciones de origen medieval que hoy perduran. Al estudio crítico de la actualización del concepto y aplicación a las actuales y potenciales órdenes templarias dedicaremos este epígrafe.

Precisemos desde ya que no todas las órdenes templarias, pseudo-templarias o neo-templarias existentes son organizaciones de pacotilla y que los casos de evidente deriva sectaria no deben ocultar el hecho incuestionable de que, al menos en algunas de ellas, prevalezca un deseo de imitar la espiritualidad templaria del Medievo.

Por último queremos reiterar, como hemos hecho en la Introducción de la Tesis, que hemos fijado el final de nuestra investigación sobre la continuidad templaria en la II Guerra Mundial, porque estimamos que a partir de la misma no es difícil seguir el rastro de las órdenes entonces existentes que para sí reclamaban la sucesión o continuidad de la orden del Temple y, además, porque en la segunda mitad del siglo pasado se inició la división y subdivisión hasta límites inverosímiles de las tales órdenes, lo que unido a la aparición de numerosas nuevas organizaciones que se autoproclaman sucesoras ideológicas del primitivo Temple, introduciría en este trabajo una complejidad que consideramos innecesaria a los efectos de plasmar la posible continuidad, dado que tales entidades o bien son segregaciones de otras anteriormente existentes, en cuyo caso nos remitimos a lo que sobre las mismas diremos, o bien son de nueva creación y si tal ocurre la discontinuidad es manifiesta.

¹⁵⁵² En base a la definición de continuidad y continuo que hace el diccionario de la Real Academia Española.

¹⁵⁵³ Al menos desde principios del siglo XVIII.

3.5.1 La continuidad escocesa.

Hay un caso singular, y digno de estudio en profundidad, que es el de la continuidad que para sí reclaman los diferentes grupos templarios actuales en Escocia. A la exposición de esta hipótesis dedicamos este epígrafe.

Cuando se promulgó la bula de extinción de la orden, el tres de abril de 1312, el rey escocés Roberto I, y Escocia entera como país¹⁵⁵⁴, estaban excomulgados, por lo que la aplicación de la misma en este reino fue más que difícil, problemática.

La orden del Temple, *Militia Templi Hierosolymitani*, se introdujo en Escocia muy poco después de su fundación en Tierra Santa, con ocasión del viaje que hizo en 1128 Hugo de Paganis a Europa –del que hemos hablado en el primer capítulo– para presentar la nueva organización religioso-militar, ocasión en la que visitó al rey David I de Escocia que colmó de atenciones y regalos a la nueva orden¹⁵⁵⁵ y le donó territorios y propiedades que fueron el germen de la rápida expansión de la misma por todo el reino. A pesar de ello, la orden en Escocia no fue nunca autónoma sino que dependía del maestre provincial de Inglaterra con sede en Londres¹⁵⁵⁶. Ello no obstante, el cabeza de la orden en Escocia, que tenía su residencia en la preceptoría de Ballantrodoch, en Milothian, recibía usualmente el apelativo de maestre o preceptor de la casa o de la milicia del Temple¹⁵⁵⁷. Este nombre de Ballantrodoch desapareció hace tiempo de los toponímicos escoceses, sustituido por el más significativo de Temple, del cual aún pueden verse las ruinas de la iglesia a unas pocas millas por encima de Dalkeith. En cualquier caso, donde quiera que estuviese, está plenamente documentado que Ballantrodoch, que nunca fue una base militar, es el lugar referido tanto en los títulos de transmisión de propiedades como de las transacciones económicas y la dependencia administrativa en la que se centraban las operaciones de la orden en Escocia¹⁵⁵⁸. Según un título de donación del nieto de David I, el rey Malcolm IV¹⁵⁵⁹, fue éste rey quien donó Ballantrodoch a la orden «*in liberam et puram Elymosynam unum plenarium Tos-*

¹⁵⁵⁴ Roberto I, apelado Roberto *the Bruce*, temeroso de que sus aspiraciones al trono escocés, pudieran verse frustradas en favor de John Cumming, Lord de Badenoch, otro aspirante más firme en su oposición a Inglaterra y descendiente de la antigua monarquía celta, celebró con su oponente una reunión en Dumfries el 10 de febrero de 1306 en la que, al desencadenarse una agria discusión, Bruce atacó a Cumming ante el altar mayor de la iglesia del monasterio Greyfriars y, pensando que había muerto, huyó. Pero Cumming, que no había muerto, lo fue por dos de los seguidores de Bruce, Roger de Kirkpatrick y John Lindsay, que volvieron a la iglesia. Bruce fue excomulgado por este crimen, excomunión que, finalmente, fue extendida a todo el país (Ronald McNear Scott, *Robert The Bruce: King of Scots*, Peter Bedric Books, Nueva York, p. 73).

¹⁵⁵⁵ Ver epígrafe 1.4

¹⁵⁵⁶ Así está atestiguado por las declaraciones de los templarios detenidos tanto en Escocia como en Irlanda o Inglaterra al producirse las persecuciones de 1307 (Ver Raynouard, *Monuments historiques relatives*, p. 259).

¹⁵⁵⁷ *Magister domus (vel Militiae) Templi in Scotia*. (Registrum Episcopatus Glaguensis, I. 37, citado por Robert Aitken, «The Knight Templars in Scotland», en *Scottish Review*, vol. 32, Julio/1898, p. 6.

¹⁵⁵⁸ Michael Brown, *The wars of Scotland*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 2004, p. 139.

¹⁵⁵⁹ Malcolm IV, rey de los escoceses entre 1141 y 1165, sucedió a su abuelo David I.

*tum in quolibet Burgo totius terræ»*¹⁵⁶⁰, donación que fue confirmada y agrandada por sus sucesores Guillermo el León¹⁵⁶¹ y Alejandro II¹⁵⁶². En el título de donación de este último se puede leer:

*«Deo et fratribus Templi Salomonis de Jerusalem omnes illas rectitudines, libertatis et consuetudines quas Rex David et Malcolm et decessus pater meus Rex Willielmis eis dederun et concesserunt, Sicut scripta eorum authenticat atestant»*¹⁵⁶³

Siguiendo las instrucciones del papa Clemente V, en noviembre de 1309 se reunió en la abadía de Hollyrood el tribunal inquisitorial para investigar los cargos contra la orden¹⁵⁶⁴, compareciendo ante el mismo sólo dos de los hermanos que la institución tenía en Escocia: Walter Clifton, preceptor de Ballantrodach y William de Middleton. Fray Clifton en su declaración dijo que el resto de los hermanos había huido y se habían dispersado *«propter scandalum exortum contra ordinem»*¹⁵⁶⁵. Ambos eran de origen inglés y habían ingresado en la orden en preceptorías inglesas. El primero fue recibido por William de la Mare, último maestre provincial de Inglaterra, y el segundo por Brian de Jay, preceptor que fue de Escocia. De todas las acusaciones contra la Orden, Clifton y Middleton solamente admitieron que tanto el maestre como los preceptores tenían la costumbre de impartir la absolución de los frailes, aunque no supieron responder si tal absolución era de los pecados o de las faltas contra la Regla. Ambos fueron absueltos y dejados libres. Fray Middlenton aparece mencionado en un documento del priorato de Coldigham como ocupante de una celda hasta el año 1325 en que se supone que murió¹⁵⁶⁶.

Si bien en las declaraciones de Willian Middleton al tribunal de la Inquisición tan sólo se menciona Ballantrodach y Maryculter como posesiones templarias en Escocia, seguramente porque eran las únicas en las que él había estado, es evidente que entre ellas hay que contar la iglesia de Aboyne y las tierras de Drem y Liston¹⁵⁶⁷. En el siglo XIX el abogado, anticuario, investigador y prolífico escritor escocés, James Maidment¹⁵⁶⁸ encontró en los archivos de la orden de san Juan un cartulario en el que, junto a las citadas posesiones, se listan más de quinientas otras pertenencias templarias hasta entonces desconocidas u olvidadas. Maidment prosiguió sus investigaciones y el resultado fue un manuscrito, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Escocia, en Edimburgo, en el aparecen recogidas un to-

¹⁵⁶⁰ Donación pura y libre de toda la tierra en dicha villa.

¹⁵⁶¹ rey de Escocia de 1165 a 1214, sucedió a su hermano Malcolm IV.

¹⁵⁶² rey de Escocia de 1214 a 1249, sucedió a su padre Guillermo el León.

¹⁵⁶³ *A Dios y a los hermanos del Temple de Salomón de Jerusalén, todas las fuerzas de derecho, las libertades y las costumbres que dieron y concedieron los reyes Davis y Malcolm y mi padre, el fallecido rey Guillermo, según atestiguan los escritos.*

¹⁵⁶⁴ El tribunal estuvo formado por John de Soleure, legado papal, y William Lamberton, obispo de St. Andrews.

¹⁵⁶⁵ Por el escándalo creado contra la Orden.

¹⁵⁶⁶ Robert Aitken, «The Knight Templars in Scotland», p. 34.

¹⁵⁶⁷ Robert Aitken, «The Knight Templars in Scotland», p. 36.

¹⁵⁶⁸ James Maidment (Londres 1793 – Edimburgo 1879)

tal de quinientas setenta y nueve propiedades que pertenecieron al Temple¹⁵⁶⁹.

Existe una leyenda muy extendida, sobre todo en Escocia, de la que se han hecho eco bastantes autores, de que parte de los templarios que huían de Francia, y de los países europeos que los sometieron a persecución, se refugiaron en este país, especialmente la zona de Argyll, Kintyre y Sound of Jura, aprovechándose de la situación de excomunión del rey Roberto I, lo que, con cierta base, les llevaba a pensar que no serían molestados¹⁵⁷⁰. Otra versión de esta leyenda identifica a alguno de los huidos y sostiene que un tal Pierre d'Aumont, del que dicen que era preceptor de Auvernia, acompañado de siete hermanos templarios y de otros dos preceptores, se refugió en el año 1310 en la costa irlandesa y dos años más tarde en la isla escocesa de Mull. Según esta leyenda, d'Aumont habría sido elegido gran maestro y habría encabezado la continuidad de la orden tras Jacques de Molay¹⁵⁷¹. El mito y la leyenda se culmina con una pretendida y decisiva participación de los templarios en la fuerte derrota infringida por Roberto I *the Bruce* a los ingleses el veinticuatro de junio de 1314 en la batalla de Bannockburn que supuso su consolidación como rey de Escocia¹⁵⁷².

A continuación se hace un repaso del devenir de la orden templaria, a partir de su unión con la de san Juan en 1338, dividiendo el estudio en tres apartados coincidentes con las tres etapas diferentes.

Aunque la explicación histórica a través de sus protagonistas es limitativa, es quizás la forma en que más y mejor se puede condensar la información histórica correspondiente a un período, por lo que utilizaremos este método para describir los distintos lapsos temporales en los que hemos dividido el devenir de la orden a partir del momento de la supresión papal. Mediante este método se ponen de manifiesto, además, las posibles interrupciones en la línea de sucesión.

¹⁵⁶⁹ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 98.

¹⁵⁷⁰ Otros prefirieron huir hacia la Península Ibérica, preferentemente Portugal, donde la situación para ellos era mucho más tranquila (Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 68).

¹⁵⁷¹ Según dice la leyenda, Pierre d'Aumont, con otros dos comendadores y cinco caballeros, huyeron disfrazados de constructores, a una de las islas escocesas donde fundaron la gran Encomienda de Hamptoncourt e hicieron otros miembros de su orden. Resueltos a perseverar la institución, si bien en secreto, adoptaron muchos de los modos y costumbres de los masones, para ocultar sus propios objetivos. Celebraron su capítulo el día de san Juan de 1313, en el que fue elegido d'Aumont gran maestro. Y en 1361 su sede se trasladó a Aberdeen. Según la tradición la isla elegida fue la de Mull (Edvar Olsen y Lynn Pickett, *Secreto del Temple*, p. 58).

¹⁵⁷² La historia tal como la cuentan Baigent y Leigh, dice que el ejército inglés, formado por al menos veinte mil hombres, se enfrentó el día de san Juan Bautista (24 de junio) de 1314 a un ejército escocés formado por una fuerza de siete a diez mil hombres, de los que quinientos eran caballeros (en el sentido de hombres a caballo). Añaden que en una justa o combate singular, Bruce mató al caballero inglés Henry de Bohun y que una súbita carga de la caballería sobre los arqueros hizo huir a éstos en desbandada lo que causó el pánico del resto del ejército que huyó despavorido, dejando multitud de bajas y de armas en el campo de batalla. Esta caballería es la que la leyenda atribuye a templarios refugiados en Escocia. (Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, pp. 35-36.)

3.5.1.1 Primera época: período de unión con los hospitalarios.

Esta primera época se refiere a los años que transcurren entre la supresión de la Orden y la implantación de la Reforma Protestante en Escocia.

Al contrario que en el resto de los países de Europa en los que, por imperativo de la bula *Vox in excelso*, la orden del Temple desapareció totalmente, se dice que en Escocia, con una interpretación menos rígida de la resolución papal de disolución de la Orden, cuando en 1338 los bienes templarios fueron anexionados a la orden hospitalaria de san Juan de Jerusalén, lo fueron en tal manera que desde la preceptoría de Torphichen, sede de ésta en Escocia, se administró hasta 1560 de manera separada los patrimonios de ambas órdenes, conociéndose las posesiones templarias como «*Terra Templariae*»¹⁵⁷³. En palabras de James Burnes, «la orden del Temple, con todos sus bienes, se mezcló con la de los hospitalarios, pero no de tal manera como para borrar todas las huellas de los Caballeros de la Cruz Roja»¹⁵⁷⁴.

Según James Burnes, hay elocuentes documentos de este período en los que la autonomía de ambas órdenes tras la integración se pone de manifiesto¹⁵⁷⁵. Así, dice, resulta en un documento de 19 de octubre de 1488 en el que el rey Jaime IV¹⁵⁷⁶ confirma todas las donaciones de sus antepasados a *Deo et Sancto Hospitali de Jerusalem et fratribus ejusdem militiae Templi Salomonis*¹⁵⁷⁷, lo que para este autor es «prueba evidente de que la Orden, a pesar de haber sido proscrita por el papa, se mantuvo de manera conjunta con la del Hospital, al menos en los documentos legales»¹⁵⁷⁸.

A partir de las bulas papales de supresión de la orden (*Vox in excelso*) y de afección de los bienes del Temple al Hospital (*Ad providam Christi vicarii*) los nombres de los preceptores hospitalarios de Torphichen, o maestros provinciales de Escocia como a veces son llamados, según se desprende de los archivos de la orden de san Juan en la Valetta, son:

1. Alexander Seton: Dos títulos, en los que aparece como testigo, indican que en 1346 era preceptor o maestro de la orden en Escocia y que presidía de manera regular las sesiones de la orden en la preceptoría templaria de Ballantrodach.
2. Edward de Brenne: Nombrado prior de Escocia y recibidor general en una bula del gran maestro Heredia, fechada en Rodas el cinco de junio de 1386, autorizando el alquiler de unas tierras de Torphichen, vacantes por la muerte de David de Marr, a un cierto Richard de Comel.

¹⁵⁷³ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 97.

¹⁵⁷⁴ James Burnes, *Sketch of the history of the Knights Templars*, Payne & Foss, Londres, 1840, p. 63.

¹⁵⁷⁵ James Burnes utiliza la palabra «*incorporation*».

¹⁵⁷⁶ Jaime IV (1473–1513) reinó desde el 11 de junio de 1488 hasta su muerte en la batalla de Flodden Field.

¹⁵⁷⁷ *Al Santo Hospital de Jerusalén y a los hermanos de la caballería del Temple de Salomón*.

¹⁵⁷⁸ James Burnes, *Sketch of the history*, p. 63.

3. John de Bynnyng: Una bula del gran maestre Philibert de Naillac, dada en Rodas el veinticuatro de julio de 1410, le otorga el bailiazgo de Escocia por un período de diez años, a cambio de cierta cantidad de dinero.
4. Henry Livingston: Nombrado prior de Escocia y preceptor de Torphichen por una bula del gran maestre De Lastic, emitida en Rodas el cinco de septiembre de 1449, referente al pago de ciertas compensaciones.
5. Robert Mallory: Aparece como gran prior de Inglaterra y administrador de Escocia en una bula del gran maestre Fluvian, fechada en Rodas el ocho de mayo de 1488, en la que este protesta por la falta de pago de determinados derechos, tasas de enterramiento y otros impuestos.
6. William Meldrum: Aparece nombrado administrador del gran priorato de Escocia en una bula del gran maestre De Lastic fechada en Rodas en enero de 1452 en la cual es requerido a Rodas para dar cuenta de su mala administración. En otra bula del mismo gran maestre es llamado preceptor de Torphichen.
7. William Knolles: Su nombramiento aparece en una bula del gran maestre Orsini dictada en Rodas el veintidós de diciembre de 1466. Dimitió en 1504 y murió en 1510.
8. George Dundas: Fue nombrado prior de Escocia al dimitir fray Knolles por bula del gran maestre D'Ambusson de uno de julio de 1504.
9. Walter Lindsay: Fue nombrado prior de Escocia por bula del gran maestre L'Isle Adam, emitida en Malta el seis de marzo de 1532.
10. James Sandilands: Fue designado prior de Escocia mediante una bula del gran maestre D'Omedes, fechada en Malta el dos de abril de 1547. En 1553 apostató de la fe católica para unirse a la Reforma. En 1560, sin la autorización del gran maestre, entregó los bienes de ambas órdenes a la Corona, recibiendo a cambio, en 1563, el título de barón de Torphichen.
11. James Ivine: Se dice que sucedió a Sandilands en la dignidad de prior de Escocia.
12. David Seton: Está considerado el último prior de Escocia de la orden sanjuanista. Se retiró a Alemania con una gran porción de los hermanos escoceses alrededor de 1572-73. Se dice que murió alrededor de 1591 y que fue enterrado en la iglesia del monasterio de los benedictinos escoceses en Ratisbona. Era de la noble casa de Wintoun.¹⁵⁷⁹

Hechos relevantes de esta época, son:

¹⁵⁷⁹ W. K. R. Bedford y Richard Holbeche, *The Order of St. John of Jerusalem*, F. E. Robinson and Co., Londres, 1902, pp. 202-204. El listado de estos autores difiere ligeramente del que da George Chalmers, *Caledonia: or An account, historical and topographic, of North Britain from the most ancient to the present times*, Vol. II, T. Candell and W. Davies, Londres, 1810, pp. 873-876, el cual lo finaliza la lista con John Sandilands.

1320: Se firmó la *Declaration of Arbroath*¹⁵⁸⁰, declaración de independencia dirigida al papa Juan XXII con la intención de que reconociera a Escocia como nación independiente y de que levantara la excomunión de Roberto I. Está influenciada por el ideal templario.

1329: Muerte del rey Roberto I, siendo enterrado en la abadía de Dunfermline siguiendo el ritual de funeral templario. Antes de morir, reveló a su lugarteniente Sir James Douglas que había hecho la promesa de peregrinar a Tierra Santa pero que, como ya no iba a poder ser, le pedía que llevara su corazón y lo enterrara junto al Santo Sepulcro de Jerusalén. Un año más tarde un grupo de caballeros escoceses, la mayoría de ellos templarios¹⁵⁸¹, comandados por Sir Douglas, se pusieron en camino con el corazón del rey en una urna de plata. En el camino hacia Tierra Santa pararon en Sevilla para cumplimentar al rey Alfonso XI que los invitó a participar en una batalla que iba a tener lugar días más tarde en Teba (Málaga) en la frontera con Al-Andalus. Los escoceses aceptaron y el día 30 de agosto de 1330 tomaron parte en la batalla en la que murieron todos, menos dos que estaban impedidos por accidentes sufridos en los entrenamientos, los cuales volvieron a Escocia con el corazón del rey, que fue enterrado definitivamente en la abadía de Melrose y los restos de los compañeros caídos en la batalla, que fueron entregados a las respectivas familias.

1333: Tuvo lugar la batalla de Halidon Hill en la que los escoceses fueron derrotados por las tropas de Eduardo III de Inglaterra, lo que obligó al rey David II¹⁵⁸² a exilarse en Francia hasta 1341.

1338: A partir de este año la orden del Hospital de san Juan empieza la incorporación de las propiedades templarias¹⁵⁸³.

1488: El rey Jaime IV emitió un título confirmando las donaciones de sus predecesores al «Santo Hospital de Jerusalén así como a los hermanos de la Milicia del Temple de Salomón»¹⁵⁸⁴.

1560: El diecisiete de julio de 1560 el parlamento escocés aprobó la Reforma de la fe y el veinticuatro de agosto aprobó la ruptura con el papado y la anulación de las leyes anteriores no conformes con la Reforma.

1564: En este año tuvo lugar la efectiva entrega de las propiedades de la orden del Hospital de san Juan y del Temple de Jerusalén a la Corona. En la obra «Templaria», James Maidment incluye el acta de la audiencia real al ex preceptor de Torphichen, en la que se puede leer que éste se presentó como «el único titular legal y poseedor actual del señorío y preceptoría de Torphichen, que nunca estuvo sujeta a ningún capítulo o convento, excepto el de los caballeros de Jerusalén y del

¹⁵⁸⁰ «Declaración de Arbroath», por el nombre de la abadía en que fue firmada.

¹⁵⁸¹ En la crónica de un escritor árabe son descritos como caballeros vistiendo capas blancas con cruces rojas (J. E. López de Coca y B. Krauel «Cruzados escoceses en la frontera de Granada (1330). *Anuario de Estudios Medievales*, nº 18. CSIC, Barcelona, 1998, pp. 2454-261).

¹⁵⁸² David II (1324-1371), hijo de Roberto I y de su segunda esposa Isabel de Burgh.

¹⁵⁸³ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, pp. 164-165.

¹⁵⁸⁴ Apéndice Nº 49

Temple de Salomón»¹⁵⁸⁵, olvidando su auténtica vinculación que era con la orden del Hospital de san Juan. En este mismo acta se recoge el acuerdo de cesión a perpetuidad a James Sandilands, de las tierras que habían pertenecido a las órdenes de san Juan y del Temple de Jerusalén, a cambio de 10.000 coronas más una renta anual de 500 marcos. Por tan extraordinarios servicios a la corona, Sandilands fue premiado con la baronía hereditaria de Torphichen¹⁵⁸⁶.

3.5.1.2 Segunda época: período especulativo.

Se extiende esta segunda época desde la implantación de la Reforma protestante hasta el final del siglo XVIII.

Hemos llamado a este período de «la especulación» por la escasez de documentos originales a partir de los cuales se pueda trazar la historia de la orden, por lo que hemos tenido que acudir a fuentes secundarias, muchas de las cuales están basadas en leyendas o tradiciones orales y, no pocas veces, en teorías más o menos fundadas.

Del primero de los priores, preceptores o maestros provinciales, que de todas estas maneras fueron llamados, David Seton, de la resurgida orden del Temple, separada del Hospital, lo único que se sabe es lo que se recoge en la obra *The Order of St. John of Jerusalem*, de W. K. R. Bedford & Richard Holbeche, que sucintamente es la que figura en la reseña del epígrafe anterior y que también figura en la obra *The History of the Family of Seton*, de la que es autor George Seton, en la que se recoge un poema satírico de la época titulado «la Santa Iglesia y sus ladrones» que dice así:

Padre, así pues sobre el traidor,
¿Quién nos llevó a tal situación?,
¡Codicioso como Judas bribón!
Padre, como el miserable
Que vendió Tierra Santa por pesado oro.
Pero el Temple no tuvo ninguna pérdida,
Cuando David Setoune cogió la cruz¹⁵⁸⁷.

Aunque hay autores¹⁵⁸⁸ que afirman que David Seton creó y fue primer maestre de la orden de los caballeros templarios de san Antonio, con base en Leith

¹⁵⁸⁵ He [James Sandilands is] the only lawful undoubted Titular, and present possessor of the Lordship and preceptorie of Torphephen, which was never subject to any Chapter or Convent whatsoever, except only the Knights of Jerusalem and Temple of Solomon (James Maidment, *Templaria*, p. 5).

¹⁵⁸⁶ Apéndice Nº 50.

¹⁵⁸⁷ «Haly Kirk and her theeves // Fye upon the traitor then, // Quhas has brocht us to sic pass, // Greedie als the knave Judas! // Fye upon the churle quhat solde // Haly erthe for heavie golde; // Bot the tempel felt na loss, // Quhan David Setoune bare the cross».

¹⁵⁸⁸ Robert Ferguson, *Knights Templar and Scotland*, The History Press, Gloucester, 2010, p. 146; Michel of Albany y Walid Amine Salhab, *The Knights Templar of the Middle East*, Weiser Books, san Francisco, 2006, pp. 116 y ss.

(Edimburgo), lo cierto es que no hay ningún documento que sirva de apoyo a tal afirmación. Lo que sí que parece cierto es la existencia de esta orden como organización, pues aparece en un documento de 1614 en el que el rey Jaime VI, previa propuesta del bailío de san Antonio y con la aprobación de la junta de la iglesia, mandó construir un hospital para los pobres, que entregó a la orden de «templarios-antonianos». El hospital, con el nombre de *King James's Hospital*, estuvo operativo hasta 1824 en que fue demolido para agrandar el cementerio. La iglesia del monasterio, inusualmente ancha, estaba dedicada a la Virgen María, a María Magdalena y a santa Catalina¹⁵⁸⁹. Si bien en el título de donación se dice clara y expresamente que los destinatarios de la misma son los *Knights Templar of St. Anthony*, algunos autores, como Alex Campbell, dicen que es un error del escribano que escribió el documento que confundió a los caballeros templarios con los «canónigos de san Antonio»¹⁵⁹⁰.

Hay otro autor que afirma que el gran maestrazgo de la orden fue asumido por Jaime VI para sí y sus descendientes¹⁵⁹¹, pero al carecer esta afirmación de base documental alguna, ya que ni ellos la mencionan ni nosotros la hemos encontrado, lo dejamos simplemente señalado como información curiosa.

A partir de este momento hay una falta total de documentación acerca de la orden, suponiendo algunos autores que en esta época empezó la conexión del Temple con la masonería escocesa en general y con el partido Jacobita¹⁵⁹² en particular¹⁵⁹³.

Fue precisamente formando parte de las tropas jacobitas que encontró la muerte el que algunos consideran gran maestro templario, John Grahame, Vizconde de Claverhouse¹⁵⁹⁴, en 1689 en la batalla de Killiecrankie, que supuso una gran victoria de los escoceses sobre las tropas inglesas. Sobre la existencia y la muerte del vizconde Dundee, como era llamado por sus partidarios, no existe la menor duda, siendo considerado un héroe nacional de Escocia y su tumba en el castillo de Blair es aún venerada hoy en día. Lo sorprendente en la muerte de este joven general escocés son las circunstancias, de las que se hacen eco varios historiadores, que podemos adjetivar de serios, tales como John Yarker, Michael Bai-

¹⁵⁸⁹ Alex Campbell, *History of Leith from the earliest accounts to the present period*, Willian Reid & Son, Leith, 1827, pp. 333-337.

¹⁵⁹⁰ Alex Campbell, *History of Leith*, p. 345.

¹⁵⁹¹ Michael of Albani & Walid Amine Salhab, *The Knights Templar of the Middle East: The Hidden History of the Islamic Origins of Freemasonry*, Red Wheel/Weiser, san Francisco, 2006, p. 152

¹⁵⁹² Partidarios de la causa de los Estuardos, llamados así por la profusión de reyes llamados Jaime o Jacobus en latín.

¹⁵⁹³ *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple as established in Scotland with an historical notice of the Order*, Edinburgh, 1843, p. XV.

¹⁵⁹⁴ John Graham of Claverhouse (1648-1689), primer vizconde de Dundee, ingresó muy joven en el ejército. En 1678 fue nombrado capitán por el propio rey Carlos II. En 1687 fu promovido a comandante general y en 1688 fue nombrado Vizconde de Dundee por Jacobo II mientras estaba con el ejército escocés en Inglaterra, permaneciendo fiel a éste durante la Revolución Gloriosa de 1788, año en que se produjo la batalla de Killiecrankie que él dirigió y en la que perdió la vida (Alistair Norwich Tayley y Henrietta Tayler, *John Grahm of Claverhouse*, Duckworth, Londres, 1939).

gent o Richard Leigh, todos ellos basados en la obra atribuida al profesor de Retórica y Literatura de la Universidad de Edimburgo, W. E. Aytoun¹⁵⁹⁵, en la que se lee:

«Encontramos, por el testimonio del abad Calmet¹⁵⁹⁶, que había recibido de David Grahame, titular del Vizcondado de Dundee, la gran Cruz que llevaba su valiente y desdichado hermano en la batalla de Killicrankie, "Il etoit, dice el abad, Grand Maître des Templiers en Ecosse"»¹⁵⁹⁷.

No se conocen ni el momento histórico ni las causas que llevaron a templarios y antonianos a separar de nuevo sus caminos -si es que alguna vez estuvieron unidos- pero lo que la carta mencionada pone en evidencia es la existencia en 1689 de una organización templaria de la que afirma que Claverhouse era el gran maestro, por lo que, de ser cierta, ello significaría que en esa fecha ya se habían separado antonianos y templarios.

La misma fuente documental nos informa que John Claverhouse fue sucedido en el Maestrazgo de la orden por John Erskine, 19º marqués de Mar y que a éste le sucedió, tras su dimisión, James Murray, 2º Duque de Atholl como regente encargado del gobierno y administración provisional de la orden. Finalmente, se dice en la carta que en 1745, el príncipe Carlos Eduardo Estuardo fue elegido como gran maestro en un solemne capítulo de la orden, celebrado en el palacio de Holyrood (Edimburgo), permaneciendo en el cargo hasta su muerte en el exilio en Roma el tres de marzo de 1788¹⁵⁹⁸.

Al príncipe Carlos Eduardo le sucedió en sus derechos hereditarios su hermano, Enrique Benedicto Estuardo, a la sazón cardenal y arzobispo de la localidad inglesa de York y como gran maestro, John Oliphant, que dimitió en 1795, tras lo cual el cargo quedó vacante, según se dice por la oposición del cardenal a la causa jacobita, hasta después de la muerte de éste ocurrida en 1807.

En este período no parece haber habido vinculación alguna de la orden con la masonería, pues según los mismos masones afirman (ellos tan dados a buscar y afirmar conexiones con el Temple) en un artículo publicado en 1870 en una revista

¹⁵⁹⁵ Willian Edmonstoune Aytoun (Edimburgo 1813–1865) fue un poeta y abogado escocés de reconocidas simpatías por la causa de los Estuardos. En 1845 fue nombrado profesor de retórica y literatura de la Universidad de Edimburgo cargo que ocupó hasta su muerte. (John W. Cousin, *A Short Biographical Dictionary of English Literature*, The University of Adelaide Library, Adelaide, 2014)

¹⁵⁹⁶ Dom Agustin Calmet, (1672-1757), profesó como benedictino en St-Mansuy, en Toul, en 1688 y se ordenó sacerdote en 1696. Fue profesor de filosofía y teología de la abadía de Moyennoutier. Fue abad de Lay-Saint-Christophe, St-Leopold de Nancy y Senones. También fue dos veces superior de su orden. Benedicto XIII intentó hacerle obispo pero él rechazó el cargo. Escribió numerosas obras sobre historia, filosofía y teología. (Agustin Fangé, *La vie du très-révérend père D. Augustin Calmet, Abbé de Senones : avec un catalogue raisonné de tous ses ouvrages, tant imprimés que manuscrits, auquel on a joint plusieurs pièces, qui ont rapport à cette vie*, Joseph Fangé, Senones, 1762).

¹⁵⁹⁷ *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple as established in Scotland with an historical notice of the Order*, Edinburgh, 1843, p. XV.

¹⁵⁹⁸ *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple as established in Scotland with an historical notice of the Order*, p. XVI-XVII.

francmasona, la orden del Temple no fue introducida en Escocia hasta 1788¹⁵⁹⁹.

Hitos importantes en la historia de la orden en estas fechas son:

1576: Jaime VI¹⁶⁰⁰ accedió al trono de Escocia a la edad de 16 años.

1603: Jaime VI subió al trono de Inglaterra e Irlanda con el nombre de Jaime I.

1614: Jaime VI donó a los caballeros templarios de san Antonio un hospital situado en Leith, cerca de Edimburgo; la antigua y única preceptoría de los antonianos¹⁶⁰¹ en Escocia había sido erigida en 1435 por Robert Logan de Restalrig pero fue destruida en el sitio que tuvo lugar en 1560. De acuerdo con la ley de la Reforma, en 1587 pasó a formar parte del patrimonio de la Corona.

1689: En este año tuvo lugar la batalla de Killiecrankie que supuso una gran victoria para las tropas jacobitas escocesas en la que murió John Grahame, Vizconde de Claverhouse y de Dundee.

1745: El príncipe Carlos Eduardo Estuardo asume la gran Maestría de la orden.

1746: Tuvo lugar la batalla de Culloden que supuso la derrota definitiva de las tropas jacobitas y el destierro del príncipe Carlos Eduardo a Francia e Italia.

1788: Muerte del príncipe Carlos Eduardo en Roma sin descendencia masculina directa; fue sucedido en sus derechos dinásticos por su hermano Enrique Benedicto Estuardo, cardenal-arzobispo de la localidad inglesa de York.

1795: Queda vacante la sede maestral por la dimisión de John Oliphant, sucesor del príncipe Carlos Eduardo.

3.5.1.3 Tercera Época: período masónico de la orden.

3.5.1.3.1 Antecedentes.

En un manuscrito, que se dice descubierto en Estrasburgo a principios del

¹⁵⁹⁹ *Freemason's Magazine and Masonic Mirror*, vol. I, 1870, p. 82.

¹⁶⁰⁰ Jaime VI (1566–1625) era hijo de la Reina María de Escocia y de su segundo marido Lord Darnley. Cuando tenía un año de edad su madre se vio forzada a abdicar en él antes de ser ejecutada en la torre de Londres. Firmó con la reina Isabel I de Inglaterra (ejecutora de su madre) el tratado de Berwick en 1586. En 1589 se casó con Ana de Dinamarca. En 1603, a la muerte de la reina Isabel, Jaime se convirtió en rey de Inglaterra e Irlanda. Murió en 1625 a la edad de 58 años (W. B. Patterson, *King James VI and the Reunion of Christendon*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000).

¹⁶⁰¹ Los hermanos hospitalarios de san Antonio (*Canonici Regulares sancti Agustini Ordinis Sancti Antonii Abbatis*), fue una congregación católica fundada hacia 1095 para atender a los que sufría la enfermedad causada por el consumo de cereales contaminados con cornezuelo y la falta de higiene personal, denominada fuego de san Antonio. Hasta 1218, en que por bula de Honorio III se les organizó como orden monástica, fueron laicos. En 1248 adoptaron la regla de san Agustín y en 1297 se constituyeron en canónigos regulares, o sea, seguidores estrictos de la regla (vivir en comunidad y seguir los tres votos monacales). En 1777 fue unida a la orden de Malta por decreto papal (Gabriel Carteron, *Ordre de Saint Antoine en Viennois*, G. Carteron, Lyon, 1987).

siglo XIX, y que data de la segunda mitad del siglo XVIII, se contiene una historia de la masonería y de sus fundamentos cristianos, remontándose a los canónigos del Santo Sepulcro de Jerusalén, de los que dice que eran depositarios de conocimientos secretos de los esenios de los cuales eran sus herederos. Estos transmitieron sus conocimientos a Hugo de Paganis y sus ocho compañeros fundadores de la orden del Temple, al constatar que en esta nueva organización se observaban los principios de sobriedad, secretismo, pobreza, castidad, amistad hasta la muerte, socorro mutuo y la defensa de la religión. Cuando Jerusalén y toda Palestina cayó en manos de los sarracenos, continúa esta leyenda, los templarios trasladaron su sede a Chipre y luego a París donde fueron perseguidos por el rey Felipe el Hermoso motivado por el secreto impenetrable de sus misterios, su gobierno interior, su sistema económico, sus riquezas y, en suma, por los conocimientos sublimes que poseían. Los templarios que escaparon de los suplicios se dispersaron por Escocia y otros lugares, donde vivieron en sitios separados como eremitas, poniendo a buen recaudo el tesoro inestimable de conocimientos que ellos custodiaban. Desde que Molay comprendió que su suerte estaba echada y que no iba a salir vivo de la celda, dirigió sus ojos a su sobrino, el conde Beaujeu, que desde hacía bastante tiempo había mostrado una vocación decidida a ingresar en la orden, le hizo ir a verle a la prisión y le pidió bajar a la cripta donde estaban enterrados los grandes maestros y traerle un cofre de cristal que estaba en el sarcófago que le señaló, el cual contenía una preciosa reliquia: el índice de la mano derecha de san Juan Bautista. Habiendo el sobrino cumplido fielmente este encargo, de Molay supo que podía confiar en él y le pidió nuevamente bajar a la cripta y coger en el mismo sarcófago una bolsa con los anales secretos de la orden, la corona de los reyes de Jerusalén, el candelabro de oro de los siete brazos, las estatuillas de oro de los cuatro evangelistas que rodeaban el Santo Sepulcro y otros objetos sublimes de la orden. De Molay hizo jurar a su sobrino que se encargaría de perpetuar la orden tras su muerte. Acaecida ésta el dieciocho de marzo de 1314, de Beaujeu, con el concurso de nueve hermanos escapados de los suplicios inquisitoriales, hicieron un juramento de sangre de mantener la orden con vida mientras viviera uno al menos de ellos. Inmediatamente rehicieron la orden eligiendo a Beaujeu como gran maestro, siendo sucedido tras su muerte por Pierre d'Aumont uno de los templarios refugiados en Escocia. El manuscrito no contiene los nombres de los sucesores d'Aumont y se limita a decir que «después de Beaujeu la orden no ha dejado de subsistir ni un instante y se conoce la lista completa de los grandes maestros hasta nuestros días»¹⁶⁰².

Si bien la autoría concreta del manuscrito no se sabe, las frecuentes referencias a «misterios», «conocimientos», «trabajos sublimes» y otras similares, así como la mención expresa a que «los canónigos del Santo Sepulcro eran Rosacruces establecidos en Jerusalén» dejan fuera de toda duda la atribución a afiliados de esta fraternidad secreta de carácter esotérico¹⁶⁰³.

¹⁶⁰² René Le Forestier, *La maçonnerie templière et ocultiste*, Archè, Milán, 2003, p. 69-70.

¹⁶⁰³ Las primeras referencias históricas a la llamada orden de los Rosa-Cruces, proceden de la obra *Fama Fraternitatis*, libro esotérico publicado en Kassel, Alemania, en el año 1614, de autor

En esta misma línea y dentro del contexto, mezcla de misticismo, esoterismo y gusto por lo oculto, que caracterizó a la sociedad del siglo de las Luces, hemos de considerar inserto el discurso, u oración, del Caballero Ramsay¹⁶⁰⁴, pronunciado en París el veintisiete de diciembre de 1736, que tanta influencia tuvo en los templarios y masones, tanto coetáneos como posteriores. Ramsay no quería, que el apelativo de «franc-masón» fuera tomado en sentido literal o grosero, como si la fundación de la orden se debiera a simples obreros de la piedra o del mármol, o a genios que simplemente quisieran perfeccionar el oficio, sino que debían ser considerados, además, como hábiles arquitectos que querían consagrar sus talentos y sus bienes a la construcción de templos, y como príncipes, religiosos y guerreros, que querían iluminar, edificar y proteger los templos vivos de Dios, tal como había expresado san Pablo para designar a los discípulos de Cristo. La idea central del discurso de Ramsay es que en Palestina, en el tiempo de las cruzadas, varios príncipes, señores y ciudadanos constituyeron una sociedad e hicieron voto de restablecer el Templo de los cristianos en Tierra Santa, conviniendo el uso de diversos signos antiguos y palabras simbólicas, sacadas de lo más profundo de la religión, para distinguirse de los infieles y reconocerse entre los sarracenos. Fueron, según las apariencias, palabras de guerra que los cruzados se decían entre sí para garantizar la sorpresa de los sarracenos que se deslizaban de manera silenciosa entre ellos. Poco tiempo después de su creación, la orden se vinculó estrechamente con los caballeros de san Juan de Jerusalén y desde estas fechas en todos los países hay logias que llevan el nombre de san Juan¹⁶⁰⁵.

Como expresa Paul Kleber, el discurso de Ramsay fue diseñado para facilitar la entrada en la franc-masonería de los hombres de todas las clases sociales, pero tuvo el efecto de seducir a los nobles franceses y alemanes a unirse a lo que a partir de entonces se consideró como una fraternidad con pedigrí de una orden de

anónimo. Según lo relatado en esta obra, la orden Rosacruz tendría sus orígenes en Christian Rosenkreuz, personaje nacido en 1378 en Alemania que a partir de 1393 iniciaría un periplo iniciático que le llevaría a visitar varios países de oriente y del Magreb, donde estudió durante años con maestros de las ciencias ocultas. A su retorno a Alemania en el año 1407, fundó la orden Rosa-Cruz, que estaría constituida por un pequeño grupo de los cuales esta obra da sus nombres y funciones en el seno de la orden. Cuando Christian Rosenkreuz murió en 1484, la orden se extinguió y la localización de su tumba permaneció desconocida hasta que en el año 1604 fue redescubierta y, como consecuencia, la orden Rosacruz «renacida». Otras obras fundamentales de rosacruceanas son la *Confesio Fraternitatis* y *Las Bodas Químicas* (Gran logia Española, AMORC *Nosotros los Rosacruces*, Orden Rosacruz AMORC, 2012, pp. 21 y ss.)

¹⁶⁰⁴ Andrew Michael Ramsay (Ayr, Escocia 1686 – St. Germain-en-Laye, Francia 1743). Era de origen calvinista, pero en 1709 se convirtió al catolicismo. Fue secretario personal del teólogo Fenelón, arzobispo de Cambrai y posteriormente de Madame Guyon en Blois, fundadora de la doctrina quietista. Fue preceptor de los hijos del Duque de Orleans, que lo admitió como caballero de la orden de san Lázaro. En 1723 el príncipe Carlos Eduardo Estuardo, pretendiente al trono de Inglaterra y Escocia le extendió un certificado de noble y un año más tarde pasó a integrarse en su corte de Roma como preceptor de sus hijos. En 1729 fue elegido miembro de la *Royal Society* de Londres y al año siguiente fue iniciado en la francmasonería en la logia Homs de Westminster. Nunca promovió la creación de los grados caballerescos, que se le achaca, dentro de la masonería. Fue miembro fundador de la logia Louis l'Argent de París y gran canciller y gran orador de la gran logia de Francia. (Datos extraídos de *Ars Quatuor Coronatorum*, vol. 81, 196, pp. 280-315.

¹⁶⁰⁵ Chevalier Ramsay, discurso pronunciado el 27 de diciembre de 1736. [Apéndice, N° 51].

caballería¹⁶⁰⁶.

Aunque Ramsay en su discurso no mencione específicamente a los templarios o a la orden del Temple, ni haga alusión a rituales o grados masónicos, lo cierto es que pronto cundió por todas las logias de Europa la fiebre de los altos grados en los que se hacía referencia más o menos explícita a las órdenes militares, especialmente el Temple, permitiendo la identificación del grado de «elegido» con el de caballero templario y explicando el secretismo y hermeticidad de masones y rosacruces por la persecución de que fueron objeto los templarios del siglo XIV. La contrapartida de todo ello era que la rehabilitación templaria significaba la condena de la corona francesa, personificada en Felipe IV, y del papa, en la persona del Bertrand de Got o Clemente V. Esta fue la razón, sin duda, por la cual Ramsay, manifiesto católico, amigo del cardenal de Fleury, extranjero en Francia, que había sido nombrado caballero de la orden de san Lázaro por el regente Felipe de Orleans¹⁶⁰⁷, solamente dejó entrever en su discurso la referencia al Temple sin ninguna alusión expresa al mismo.

La filiación templaria, como expresa Le Forestier, permitió a la masonería escocesa contar con la genealogía histórica y el contexto homogéneo que le faltaba, al ser la ascendencia templaria preferible a la de los albañiles y picapedreros, que justificaba el título de caballero que se daban los masones, permitiéndoles, además, hacer suya la historia de una orden ilustre, desaparecida a resultas de un drama político y judicial, que estaba presente en la mente de todo el mundo¹⁶⁰⁸.

3.5.1.3.2 El maestrazgo de Alexander Deuchar y sucesores.

En este contexto histórico, varios grupos de templarios escoceses, deseosos de terminar con la situación de desorganización y acefalia producidas tras la dimisión de John Oliphant, se establecieron, provistos de los correspondientes títulos de constitución (*charters*), necesarios para operar a partir de la promulgación en 1799 en el Reino Unido de la ley de sociedades ilegales (*Unlawful Societies Act of 1799*) cuyo objeto era la efectiva supresión de las sociedades establecidas con fines sediciosos y criminales (*for the more effectual suppression of societies established for seditious and treasonable purposes*). A tal fin, la organización de los templarios irlandeses, de carácter masón, (*Early Grand Encampment of Masonic Templars*) con base en Dublín, emitió sendos títulos constitutivos de las organizaciones templarias escocesas, de una de las cuales, la de Edimburgo (*Edinburgh Encampment n° 31 of Templars*), consiguió hacerse en 1808 con la jefatura, cuando ya había muerto el cardenal Enrique Benedicto Estuardo, el masón Alexander

¹⁶⁰⁶ Paul Kleber Monod, *Solomon's Secret Arts: The occult in the Ages of Enlightenments*, Yale University Press Publications, 2013, Yale, p. 257.

¹⁶⁰⁷ Lisa Kahler, *Andrew Michael Ramsay and his Masonic Oration*, Heredom, Volume I, Year 1992, Scottish Rite Research Society, Washington, (<http://204.3.136.66/web/heredom-files/volume1/ramsay%27s-oration.htm>).

¹⁶⁰⁸ René Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 80.

Deuchar¹⁶⁰⁹, con la valiosa ayuda de su hermano David, oficial del primer Regimiento, «el *Royal Scots*»¹⁶¹⁰.

En 1809 se celebró en Edimburgo una magna asamblea de todas las organizaciones templarias existentes en Escocia y, en base a que la orden del Temple era más antigua que la ley, y ellos se consideraban herederos de la misma, se decidió desafiar la ley de sociedades ilegales, elegir a Alexander Deuchar como gran maestro y solicitar el alto patronazgo del duque de Kent, a la sazón gran maestro de la masonería inglesa, el cual emitió el diecinueve de junio de 1811 el correspondiente título de reconocimiento a nombre del gran cónclave de caballeros del Temple y del Santo Sepulcro y de san Juan de Jerusalén (*Knights of the Holly Temple and Sepulchre and Saint John of Jerusalem*). El mismo documento confirmaba a Deuchar como gran maestro vitalicio¹⁶¹¹.

Durante el mandato de Deuchar la orden alcanzó un gran auge aunque también se produjeron varios cismas, principalmente debido a disensiones de tipo religioso. Finalmente en 1836 Deuchar presentó su dimisión irrevocable y fue unánimemente elegido para sucederle el almirante David Milne el cual nombró a Lord James Broun-Ramsay, marqués de Dalhousie, su delegado¹⁶¹². En el mandato de Milne tuvo lugar un intento serio de abandonar la franc-masonería y admitir a cristianos no francmasones entre sus miembros, norma a la que se acogieron, entre otros, el obispo de Aberden y el duque de Leeds¹⁶¹³.

En un intento por lograr la unidad de todas las organizaciones templarias existentes en Europa en ese momento, Milne accedió a integrarse en la orden del Temple instaurada en Francia a principios de siglo por Fabr  -Palaprat, de la cual en 1838 hab  a sido elegido gran maestro el almirante ingl  s William Sidney Smith, pero la prematura muerte de   ste en 1840 dej   en aguas de borrajas el intento

El proyecto de cristianizaci  n de la orden apenas dur   unos doce a  os, por lo que a principios de la d  cada de los cincuenta nuevamente se dividi  , surgiendo en esta   poca la *Militia Templi Scotiae*¹⁶¹⁴ que posteriormente, ya en el siglo XX, resurgir  a como *Militia Templi Scotia*¹⁶¹⁵, si bien no est  a claro si fue una organizaci  n aut  noma o mantuvo alguna ligaz  n con la orden francesa del Temple de la que hablaremos en el siguiente ep  grafe.

De la existencia de la rama mas  nica hasta bastante avanzado el siglo XX apenas hay noticias, aunque por algunos sueltos aparecidos en los peri  dicos, y ahora en la web, se sabe que mantuvo de alguna manera una m  nima estructura.

¹⁶⁰⁹ Para informaci  n sobre Alexander Deuchar (1777-1844): Ray V. Denslow, *Alexander Deuchar: Father of Scottish Templary*, Grand Commandery of the State of Missouri, 1945.

¹⁶¹⁰ Willian Alexander Laurie, *The History of Free Masonry and the Grand Lodge of Scotland*, Seton & MacKenzie, Edinburgh, 1859, p. 84.

¹⁶¹¹ Willian Alexander Laurie, *The History of Free Masonry*, p. 85.

¹⁶¹² Willian Alexander Laurie, *The History of Free Masonry*, p. 85.

¹⁶¹³ http://www.skt.org.uk/Our%20History/oldhistory_page_2.htm

¹⁶¹⁴ Milicia o Caballer  a del Temple de Escocia.

¹⁶¹⁵ Arthur Edward Waite, *New Encyclopedia of Freemasonry, Vol. I*, pp. 231-232

Así por ejemplo en el St. John Daily Sun¹⁶¹⁶ de 26 de septiembre de 1900, apareció un anuncio del siguiente tenor literal:

«Campamento de san Juan
Orden Religiosa y Militar del Temple
Orden general del noble y eminente comandante B. Wallace, ordenando:

San Juan, N. B. Septiembre. 26, 1900

Los miembros del Campamento de san Juan se presentarán en uniforme de gala para el desfile que tendrá lugar en el Salón Masón, Germain Street, el jueves, el día 27 de septiembre, a las 2 p. m., con el fin de formar la escolta de la gran logia de MASONES de Brunswick, en la ocasión de asistir al funeral del hermano Dingee Scribner, gran Tyler.

Al mando.

Andrew McNicchol, Mariscal»¹⁶¹⁷.

Según se dice en la web del gran priorato de Escocia (*Great Priory of Scotland*) de la orden, los grandes maestros se han sucedido de manera interrumpida desde Alexander Deuchar. Esta es, según la mencionada web, la lista completa de grandes maestros:

1811 - 1836 Alexander Deuchar of Morningside
1836 - 1845 Almirante Sir David Milne of Milngraden
1845 - 1863 George Augustus, 6th Duke of Atholl
1864 - 1864 John Stewart of Hopbsurn (regente)
1865 - 1883 John Whyte Melville of Colquhalzie and Strathkinne
1884 - 1890 Francis Robert, 4th Earl of Rosslyn
1891 - 1892 Vacante
1892 - 1905 Gavin Campbell, 1st Marquis of Breadalbane
1906 - 1928 Algernon Keith-Falconer, 9th Earl of Kintore
1928 - 1930 Alexander, 18th Lord Saltoun
1931 - 1939 Sir Robert Gordon Gilmour, 1st Bt.
1939 - 1967 Edward James, 10th Earl of Elgin and Kincardine
1967 - 1969 Sir Charles Malcolm Barclay-Harvey of Kinord
1969 - 1977 Ian Logan McKean
1977 - 1983 David Ian Liddell Grainger of Ayton

¹⁶¹⁶ Periódico publicado en Brunswick (Reino Unido) entre 1887 y 1906. (<http://archives.gnb.ca/ResearchTools/NewspaperDirectory/Directory.aspx?culture=en-CA&Key=546>)

¹⁶¹⁷ *Encampment of St. John*

Religious and Military Order of the Temple

General Order by Noble and Eminent Commander William B. Wallace, commanding:

San Juan, N. B. Sept. 26th, 1900

The Members of the Encampment of Saint John are hereby ordered to parade in full uniform at the Masonic Hall, Germain street, on THURSDAY, the 27th day of September instant, at 2 o'clock p. m. for the purpose of forming scort to the Grand Lodge of Freemasons of Brunswick, upon the occasion of attending the funeral of BRO. DINGEE SCRIBNER, Grand Tyler.

By order.

Andrew MCNicchol, Mareschal

1983 - 1999 Robert McIntyre
1999 - 2004 Roy Scott
2004 - 2009 Kenneth Donald Kennedy
2009 - 2014 David Anderson Christie Niven
2014 - ... James Robert Hodge

3.5.2 La continuidad francesa.

3.5.2.1 Los inicios.

Según cuentan François Timoleon Begue Clavel y René Le Forestier, entre otros, los orígenes de esta sociedad templaria se encuentran en París hacia 1805, año en el que los masones Ledrú, Curchamp y Saintot, todos miembros de la logia de los *Chevaliers de la Croix*, la dieron a conocer contando que el diez de junio de 1804, el hermano Radix de Chevillon les convocó para depositar en su manos los poderes que había recibido en 1792 del último gran maestre de la orden del Temple, Timoleon de Cossé-Brisac, con la misión de reunir a los hermanos, cosa que no había podido hacer hasta la fecha debido a los tumultos revolucionarios. En el mismo acto Chevillon les confirió a los tres la dignidad de vicarios y príncipes de la orden, «nombrando a Ledru lugarteniente General de África, a Saintot lugarteniente general de Asia y a Courchamp gran preceptor y les entregó los documentos que probaban la autenticidad de la moderna orden del Temple:

1. Un título o escritura de transmisión de poderes de los grandes maestros de la orden desde un tal Jean-Marc Larmenius de Jerusalén, designado su sucesor por Jacques de Molay en 1314, pocos días antes de su muerte. Este documento, posteriormente conocido como «Carta de Transmisión de Larmenius», «*Charta Aurea*», o «*Charta Transmissionis*», está escrito en caracteres del alfabeto templario¹⁶¹⁸ «sobre un gran folio de pergamino, adornado con dibujos góticos, arquitectónicos, con letras floridas, coloreadas y plateadas y sellados con la bula o sello de la milicia colgado del lacre»¹⁶¹⁹. El tenor literal de este pergamino, que contaba con las firmas *manu propria* de todos los grandes maestros que se había sucedido desde 1324 hasta 1792¹⁶²⁰, continuadas con las de Chantillon y Fabré-Palaprat, es el siguiente¹⁶²¹:

«Yo, hermano Juan Marcos Larmenius¹⁶²², de Jerusalén, desig-

¹⁶¹⁸ Apéndice N° 52.

¹⁶¹⁹ René Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 943.

¹⁶²⁰ Posteriormente se le han añadido las de Chevillon, Fabré-Palaprat y Sidney-Smith.

¹⁶²¹ Traducción propia a partir del texto en inglés que figura en Henry Lucas, *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, David Marples, Liverpool, 1830, pp. 38-42. [Apéndice N° 53].

¹⁶²² El Armenio.

nado para la suprema y Gran Maestría, a la cabeza de la orden universal del Temple, por la gracia de Dios, por la decisión más secreta del venerable y más sagrado mártir, el gran maestro de la orden del Temple, (al cual honor y gloria) y confirmado por la asamblea común de los caballeros, a todos los que lean ésta, Saludos, Saludos, Saludos.

Sabed todos, presentes y futuros, que, flaqueando mis fuerzas a causa de la avanzada edad, y considerando la gravedad de las circunstancias, junto con la dificultad del gobierno, para mayor gloria de Dios, y la protección y seguridad de la orden, los hermanos y los estatutos, yo, el humilde maestro de la orden del Temple, he decidido depositar la Suprema Maestría en manos más fuertes.

Es por ello que, con la ayuda de Dios, y con el consentimiento unánime del gran convento de caballeros, he conferido la gran maestría de la orden del Temple, así como la autoridad, y los privilegios inherentes, al ilustre comendador y muy querido hermano Francisco Tomás Teobaldo de Alejandría, y por el presente decreto se lo confiero de por vida, con el poder, según las leyes del momento y la situación, de transmitir la suprema gran maestría a otro hermano, que deberá elegir entre los más distinguidos por la nobleza de la educación y por el carácter, así como por sus costumbres honorables. Y ello para que la continuidad de los sucesores en la Maestría se perpetúe de manera no interrumpida y para garantizar la integridad de los estatutos. Así pues, ordeno que el grado de maestro no sea transmitido sin la autorización del convento general de Caballeros del Temple, siempre que este gran convento se reúna; y que en este caso, el sucesor sea elegido de acuerdo con la voluntad de los Caballeros.

Y para evitar que se descuiden las funciones del cargo soberano, habrá desde ahora y para siempre cuatro vicarios del maestro, que compartirán con él de forma vitalicia la suprema dignidad y la autoridad sobre toda la orden. Estos vicarios serán escogidos entre los más viejos según la fecha profesión. Establecemos este estatuto de acuerdo con el voto favorable de los hermanos y las órdenes que hemos recibido del muy santo y muy feliz antes dicho maestro mártir, todo honor y toda gloria para él. Amén.

Por último, en virtud de un decreto del gran convento de hermanos, y en virtud de la suprema autoridad que se me ha confiado, quiero, digo y ordeno que los templarios escoceses, desertores de la orden, sean anatematizados, así como los expoliadores de las propiedades de nuestra milicia (que Dios tenga piedad de ellos). Quiero, digo y ordeno que sean excomulgados del Temple, desde ahora y para siempre.

Es por ello que he creado signos, desconocidos y fuera del alcance de los falsos hermanos, que he comunicado al gran convento, los cuales serán transmitidos oralmente por los caballeros.

Queremos que estos signos sólo puedan ser revelados después del noviciado y de su recepción como caballero, según lo establecen los estatutos, ritos y costumbres de los caballeros del Temple, trans-

mitidos por mí al eminente antes mencionado comendador, lo mismo que yo los recibí del venerable y muy santo gran maestre mártir (a él honor y gloria).

¡Hágase como he dicho!

¡Hágase!

Amén.

Dado por mí, Juan-Marcos Larmenius, el día trece de febrero de 1324.

Yo, Teobaldo de Alejandría, recibo el grado de gran maestre con la ayuda de Dios en el año de Cristo 1324

Yo, Arnaldo de Braque, recibo el grado de gran maestre con la ayuda de Dios en 1340 d. J. C.

Yo, Juan de Clermont, recibo el grado de gran maestre con la ayuda de Dios en 1340 d. J. C.

Yo, Bertrand Duguesclin, ídem, en el año de Cristo 1357.

Yo, hermano Juan de L'Armagnac, ídem, en el año de Cristo 1381.

Yo, humilde hermano Bernard de l'Armagnac, ídem, en el año de Cristo 1392.

Yo, Juan de l'Armagnac, ídem, en el año de Cristo 1418.

Yo, Juan Croviacensis, ídem, en el año de Cristo 1451.

Yo, Roberto de Lenoncoud, ídem, en 1478 d. J. C.

Yo, Galeas Salazar, humilde hermano de la orden del Temple, ídem, en el año de Cristo 1496.

Yo, Felipe de Chabot, ídem, en 1516 d. J. C.

Yo, Gaspard Cesinia Salsis de Chobaune, ídem, en 1544 d. J. C.

Yo, Enrique Montmorency, ídem, 1574 d. J. C.

Yo, Carlos Valasius [de Valois], ídem, Año 1615.

Yo, Santiago Rufelius de Grancey, ídem, Año 1651.

Yo, Juan de Durfort de Thonass, ídem, Año 1681.

Yo, Felipe de Orleans, ídem, 1705 d. J. C.1623.

Yo, Luis Augusto de Borbón de Maine, ídem, Añ 17241624.

Yo, Borbón-Conde, ídem, 1737 d. J. C.1625.

Yo, Luis Francisco Borbon-Conty, ídem, 1741 d. J. C.1626.

¹⁶²³ Felipe de Orleans (Saint-Cloud, 1674 – Versailles, 1723), segundo hijo de Felipe I de Orleans, duque de Chartres, duque de Orleans, duque de Valois, duque de Nemours y duque de Montpensier. Regente del reino de Francia durante la minoría de edad de Luis XV (M. Capefigue, *Philippe d'Orleans, Regent de France 1715-1723*, Charpentier, Paris, 1845).

¹⁶²⁴ Luis-Augusto de Borbón, duque de Maine (Saint-Germain-en-Laye, 1670 - Sceaux, 1736). Hijo legitimizado de Luis XIV.

¹⁶²⁵ Luis Enrique de Borbón-Condé (Versailles, 1692 – Chantilly, 1740). príncipe de Condé.

Yo, de Cosse-Brissac (Luis Hércules Timoleón), idem 1776 d. J. C.»¹⁶²⁷

2. Un arquetipo de los estatutos de la orden del Temple, fechados en 1705 y escritos a mano en veintisiete folios de pergamino, de los cuales el último lleva la rúbrica de *Philippus Aurelianensis*, es decir, Felipe de Orleans, y de sus cuatro lugartenientes generales. Estos estatutos están divididos en veintiocho capítulos, cada uno de los cuales, a su vez, está dividido en artículos cuya numeración empieza con el artículo primero en cada capítulo. En la portada de los estatutos aparece el escudo de la orden entre las palabras «*Ordre*», a la izquierda, y «*du Temple*» a la derecha. Inmediatamente debajo aparece escrito «*Statuts des Chevaliers de l'Ordre du temple, formés de Règles sanctionnées dans les convents-généraux et rédigés en un seul code, par le convent-général de Versailles, l'an 586 (1705)*». Más abajo están las siglas A. M. D. G. (*Ad Maiorem Dei Gloriam*) y el nombre de los «príncipes» de la orden, es decir *Philippe* (d'Orleans), *Grand-Maître de la Milice du Temple*; *Jean-Hercule d'Afrique, Lieutenant-General*; *Francois-Louis-Léopold d'Europe, Lieutenant-Général*; *Marie-Louis d'Amérique, Lieutenant Général*; *Henri d'Asie, Lieutenant Général*. En el artículo 1º dice que la orden está regida por los siguientes actos soberanos: La Regla escrita por el santo padre Bernardo (de Claraval); la *Charte de Transmission*, emitida por el gran maestro de gloriosa memoria, *Jean-Marc (Larmenius)* el trece de febrero de 1324 y la reglas y leyes sancionadas por el capítulo general y los decretos magistrales¹⁶²⁸.
3. Un pequeño ostensorio en latón, con la forma de una iglesia gótica, conteniendo cuatro fragmentos de huesos quemados, que se dicen son «de los más ilustres Mártires de la orden».
4. Una espada de hierro, que se presume fue utilizada por «el gran maestro, el muy glorioso Mártir *Jacques* [de Molay]».
5. Un casco de hierro, con visera, que se supone perteneció al glorioso Mártir Guy, delfín de Auvernia.
6. Una vieja espuela de bronce dorado.
7. Una placa de bronce en cuyo interior está grabada una mano con los dedos extendidos, excepto el meñique y el índice que están doblados sobre la palma.
8. Una patena en bronce dorado representando a san Juan debajo de un arco gótico
9. Tres sellos góticos ovalados de bronce, de diferentes tamaños, los cuales

¹⁶²⁶ Luis Francisco de Borbón-Conti (París, 1717 – París, 1776), príncipe de Conti.

¹⁶²⁷ Luis Hercules Timoléon de Cossé, (París, 1734 – Versailles, 1792). Duque de Brissac.

¹⁶²⁸ Aunque parece que estos estatutos fueron imprimidos en 1806 por orden de Fabré Palaprat, la versión que hemos usado es la imprimida en Bruselas, en 1840, en la *Imprimerie de l'Ordre du Temple*.

en los estatutos son designados como «sello del gran maestre *John*», sello del «Caballero Cruzado» y sello de «san Juan».

10. El extremo superior de una cruz de marfil y tres mitras, una borda en oro y dos en plata, con perlas, usadas en las ceremonias de la orden.

11. El estandarte en lana, con la cruz de la orden.

12. La bandera de guerra con cuatro sectores en negro¹⁶²⁹.

Jacques Philippe Ledru, verdadero promotor de la nueva orden, comunicó los «descubrimientos» a otros cinco miembros de su misma logia, la de los *Chevaliers de la Croix*, a todos los cuales convocó a una reunión, además de a Saintot, Courchamp y Chevillon. Estos fueron: Bernard Raymond Fabré-Palaprat, pedicuro y ex-seminarista; Leblond, empleado de la biblioteca Imperial, Arnal, ex cura de Pontoise y marchante de ferralla; y Beuchot de la Varenne. La reunión tuvo lugar el cuatro de noviembre de 1804, y en ella trataron de convencer, sin éxito, a Chevillon para que se hiciera cargo de la gran maestría de la nueva orden, consiguiendo sólo que firmara en la Carta de Transmisión como regente, lo que hizo en los siguientes términos:

«Yo, Claudio Mateo Radix-de-Chevillon, Vicario Maestral senior del Temple, en presencia de los hermanos Próspero María Pedro Miguel Charpentier de Saintot, Bernard Raymond Fabré-Palaprat, vicarios-maestrales del Temple, y de Juan Bautista Augusto de Courchant, gran preceptor, entrego estas cartas decretales, confiadas a mí en tiempos difíciles por Luis-Hércules Timoleon de Cosse-Brissac, gran maestre del Temple, al hermano Jacques Philippe Ledru, vicario-maestre del Temple, para que en su debido momento haga uso de ellas con el fin de perpetuar la memoria de nuestra orden, según el Rito Oriental, 10 de junio de 1804»¹⁶³⁰.

A continuación se discutió sobre la persona que sucedería a Chantillon y se acordó que fuera Fabré-Palaprat pero de manera provisional por un solo año, tiempo en el que se pensaba que se podría encontrar a un personaje de más relevancia para el cargo. En la misma reunión se nombró a Courchamp lugarteniente general de Europa y a Beuchot lugarteniente general de América. Al final también el nuevo gran maestre puso su rúbrica en la Carta de Transmisión en la siguiente forma:

«Yo, Bernard Raymond Fabré-Palaprat, con la ayuda de Dios, he aceptado la gran Maestría, el 4 de noviembre de 1804»¹⁶³¹.

Sólo dos años tardaron los neotemplarios en tener a punto los elementos organizativos de la sociedad a través de unos nuevos estatutos muy detallados redactados en latín, en cuatrocientos veintinueve artículos distribuidos en treinta y cuatro capítulos:

«*Caput I.- De Ordine.*

¹⁶²⁹ Claude Antoine Thory, *Acta Latomorum ou Chronologie de l'Historire de la Franche-Maçonnerie française et étrangère*, T. II, Pierre-Elie Dufart, Paris, 1815, pp. 143-148.

¹⁶³⁰ Henry Lucas, *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, David Marples, Liverpool, 1830, pp. 38-42.

¹⁶³¹ Henry Lucas, *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, pp. 38-42.

Caput II.- De Ordinis Hierarchid.
Caput III.- De Conventu generali.
Caput IV.- De Supremo Magistro.
Caput V.- De Sede Magistrali.
Caput VI.- De Consilio privato.
Caput VII.- De Magno Consilio.
Caput VIII.- De Consilio Magistrali.
Caput IX.- De Conventu Magistrali.
Caput X.- De Delegato.
Caput XI.- De Regente.
Caput XII.- De Curia Præceptoriali.
Caput XIII.- De Primati et Coadjutoribus Generalis.
Csput XIV.- De Magno Senescallo.
Caput XV.- De Magistrali Secretario.
Caput XVI.- De Comitibus Satutariis.
Caput XVII.- De Magnæ Crucis decoratione.
Caput XVIII.- De Magnis Prioratibus vel Linguis.
Caput XIX.- De Institutionis Consiliis.
Caput XX.- De Coadjutoribus.
Caput XXI.- De Ballivatis.
Caput XXII.- De Commendariis.
Caput XXIII.- De Conventibus.
Caput XXIV.- De Abatiis.
Caput XXV.- De Postulantiis.
Caput XXVI.- De Initiationis Coetibus.
Caput XXVII.- De Cooptationibus.
Caput XXVIII.- De Vestitu.
Caput XXIX.- De Honoribus.
Caput XXX.- De Beneficiis et Mansis.
Caput XXXI.- De Titulis.
Caput XXXII.- De Subscriptionibus.
Caput XXXIII.- De Stylo Cancellaria.
Caput XXXIV.- Articulis generales»¹⁶³².

Según Le Forestier, los estatutos revisados en 1806, constituyeron un cuerpo legal de quinientos un artículos distribuidos en cuarenta y tres capítulos, lo cual coincide con la versión en lengua inglesa publicada en Liverpool 1830 con el título de «*Manual of the Knights of the Order of the Temple*»¹⁶³³ y con la versión en francés, publicada en 1833, con el título de «*Traduction littérale en français du texte latin des statuts de l'Ordre du Temple, Charte de transmission, etc.*»¹⁶³⁴. Los

¹⁶³² Claude Antoine Thory, *Acta Latomorum ou Chronologie de l'Historire de la Franche-Maçonnerie française et étrangère*, pp. 149-206.

¹⁶³³ Templar Order, *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, D. Marples Printer, Liverpool, 1830.

¹⁶³⁴ Ordre du Temple, *Traduction littérale en français du texte latin des statuts de l'Ordre du*

aspectos más sobresalientes de los estatutos son expuestos en nota al pie siguiendo estas dos ediciones y la síntesis que realiza Le Forestier¹⁶³⁵.

Temple, Charte de transmission, etc., Impremirie de A. Guyot, París, 1833.

¹⁶³⁵ Según estos estatutos, la orden estaba integrada por «todos los caballeros admitidos y consagrados según las reglas, ritos y usos de la orden» y, tanto fuera como dentro de ella, es designada como «orden de Oriente». En ella se distinguían: las casas de iniciación, las casas de postulancia y los conventos.

En las casas de iniciación se formaban los iniciados, los iniciados íntimos, los adeptos y los adeptos orientales, cuyos grados eran: aprendiz, compañero, maestro y maestro escocés. Los titulares de estos grados sólo conocían el sistema bajo el nombre de orden de Oriente. Las casas estaban dirigidas por un venerable decano asistido de un venerable adjunto, de un prefecto de los guardias, de un censor-hospitalario, de un canciller, de un instructor, de un maestro de ceremonias y de un secretario.

En las casas de postulancia eran admitidos los hermanos promovidos al 5º y 6º grados, los *magna aquilae nigrae sancti Johannis apostoli adepti* y los *perfecti perlicani adepti*, llamados comúnmente postulantes. Las casas estaban dirigidas por un numeroso equipo a cuyo frente estaba el muy sabio emanuel, el primer gobernador, el segundo gobernador, el orador-hospitalario, el canciller, el instructor, el primer prefecto de la guardia, el segundo prefecto de la guardia, el maestro de ritos solemnes y el secretario.

En los conventos sólo se permitía la asistencia de los titulares de grados específicamente templarios, los cuales eran: novicio-escudero y caballero o levita de la guardia interior. Los conventos eran dirigidos por un prior que tenía a su cargo a catorce dignatarios.

La investidura de los nuevos caballeros estaba revestida de gran pompa y solemnidad. El candidato, tras cortar un mechón de sus cabellos, que era guardado en un sobre lacrado con el sello de la orden y custodiado en los archivos de la misma, hacía su profesión, firmando con su propia sangre su voto de cumplimiento de seis obligaciones: obediencia, castidad, pobreza, fraternidad, hospitalidad, y servicio de armas, con el compromiso específico de poner su espada, su fuerza, su vida y todos sus bienes al fin específico de la reconquista del Santo Sepulcro de Jerusalén, de Palestina y de todos los dominios que había tenido la orden en Tierra Santa, así como a combatir por la cruz contra los infieles y los incrédulos que la atacaban. Además, debía prometer que peregrinarían a Tierra Santa o, al menos, hasta los lugares en los que sufrieron suplicio los ilustres mártires antecesores.

El ingreso de mujeres estaba permitido en la clase tercera con el apelativo de *chevalieres professes* y sus asambleas eran llamadas *abbayes*. Podía haber una *abaye* por encomienda.

Se utilizaban dos cómputos cronológicos, uno para los conventos, consistente en tomar como origen el año 1118 de fundación de la orden (así, el A.N.S.J. de 2015 sería el 897 *Anno Ordinis*) y otro para las casas de iniciación que consistía en añadir 9000 a la cifra así obtenida (lo que para el mismo año daría un resultado de 9897). El año era lunar y comenzaba con la primera luna después de Pascua. Los meses, llamados Lunas, tenían nombres hebreos: Nissan, Tab, Sivan, Tammuz, Aab, Elul, Tischri, Marcheuan, Cisleu, Tebeth, Schebet, Adar. A efectos de compensación, los años 3º, 6º, 8º, 11º, 14º, 17º, y 19º se añadía un tercer mes llamado Veelar. Este ciclo se repetía cada diecinueve años.

A lo largo del año se celebraban cuatro fiestas: el último día del año lunar; el dieciocho de marzo (A.N.S.J.), conmemoración del martirio de Jacques de Molay; el veinticuatro de junio (A.N.S.J.) fiesta de san Juan Bautista; y el veintisiete de diciembre (A.N.S.J.) fiesta de san Juan Evangelista.

El escudo de la orden era de color plata con una cruz patada en color rojo centrada y sobre él un yelmo con la visera levantada y lambrequín. Todo ello orlado con tenantes laterales, constituidos por dos ángeles con las alas caídas, uno de los cuales era portador de la *bauçant*¹⁶³⁵ y el otro con una bandera blanca con la cruz patriarcal en color rojo. Todo el conjunto iba montado sobre un manto de armiño forrado en rojo, rematado por una corona real y la leyenda V. D. S. A.

La nueva orden, en un deseo de abarcar el mundo entero, tenía cuatro grandes divisiones o vicarías, Europa, América, Asia y África, al frente de cada una de las cuales había un vicario o lugarteniente general. La organización en cada estado o lengua de la orden, recibía el apelativo de gran priorato y sus dirigentes eran los grandes priores. En el nivel más bajo de la organización estaban las

El catorce de marzo 1808¹⁶³⁶, día en el que se conmemoró el aniversario de la muerte de Jacques de Molay, tuvo lugar una fastuosa ceremonia religiosa en la iglesia de san Pablo, en cuya nave central se colocó un catafalco con las insignias de gran maestro sobre él. A ambos lados se colocaron sillones, calificados como tronos, sobre los cuales se sentaron Fabr -Palaprat y los altos dignatarios, todos

encomiendas, dirigidas por un comendador y entre estas y los grandes prioratos se situaban los bailiazgos a cuyo frente estaban los bailios.

Para gobernar este inmenso imperio ficticio, los estatutos preveían todo un estado mayor y numerosos órganos administrativos con unas atribuciones, funciones y facultades escrupulosamente definidas. En la c pula se situaban el gran maestro y los cuatro tenientes generales, asistidos de un consejo magistral formado por veinte hombres: los cuatro vicarios, el preceptor supremo, los ocho preceptores, el primado de la orden y sus cuatro coadjutores, el gran senescal, el gran condestable, el ayudante de campo del gran maestro, el gran canciller, el gran tesorero, el intendente general de las embajadas y el secretario magistral. La corte sinodal se componía de hermanos clérigos, es decir el primado, los cuatro coadjutores y los legados magistrales. Los comicios estatutarios eran la gran asamblea que reunía a los miembros del consejo magistral con los grandes condes, es decir los veinticinco condes consistoriales, los ocho condes palatinos y los setenta y tres condes nacionales.

Las fórmulas protocolarias eran absolutamente rimbombantes y rebuscadas. Así el tratamiento del gran maestro era: «Su Alteza Eminent sima, Muy Grande, Muy Potente y Muy Excelente príncipe, Señor Serenísimo, Sagrado Padre y Pontifice, Muy Santo Patriarca». Los cuatro vicarios eran tratados de «Sus Altezas, Muy Grandes y Muy Excelentes príncipes, Señores Seren simos, *Mezseigneurs* Tenientes Generales»¹⁶³⁵. El tratamiento del primado y los coadjutores generales era de «Muy Santas Eminencias, Muy Grandes, Muy Ilustres y Muy Honorables Señores y Reverend simos Hermanos». En el último escalón de la jerarquía, los grandes condes, eran tratados de «Muy Ilustres y Honorables Señores y Muy Nobles Hermanos».

Todos los dignatarios de la orden firmaban con su nombre de pila seguido del nombre de su dominio específico. Los comendadores tenían derecho al uso de escudo que se componía de dos partes, el flanco derecho con el escudo de la ciudad o dominio del que eran comendadores y el izquierdo con las armas personales o las concedidas por la orden si no disponían de ellas. Por último, la condecoración más alta de la orden era la gran Cruz, a la que tenían derecho los príncipes, los ministros, los legados magistrales, los ayudantes de campo y las abadesas metropolitanas, aunque también podían ser concedidas *motu proprio* por el gran maestro a los caballeros y caballeras por servicios especiales.

Todos los hermanos de la orden estaban obligados a vestir en las ceremonias y asambleas los hábitos y demás enseres propios de su dignidad, en particular el anillo con la cruz de brillantes y el nombre inscrito en la parte interior, así como la fecha de profesión. La vestimenta del gran maestro, en consonancia con la del resto de hermanos, en palabras de Le Forestier, «era de un esplendor oriental». Clam dea y capa blancas forradas de armiño, cinturón con franjas de oro, botines blancos con los tacones rojos y bordados en oro y sobre la cabeza un birrete, en seda con bordados en oro, y una corona de oro. En su mano derecha el anillo magistral con brillantes de carbunclo. Sobre el pecho dos collares, uno de acero con ochenta y un eslabones que sostenían una medalla con la efigie de Hugo de Paganis en el anverso con la leyenda *Pro Deo et Patria* y en el reverso la de Fabr -Palaprat con su divisa, *Ferro non auro muniunt*. Como remate, colgando de la medalla, una cruz esmaltada en rojo. El segundo collar tenía forma de rosario, con setenta y dos perlas ovales esmaltadas en rojo y cada ocho perlas una más gruesa en blanco con las letras I (en negro) y H (en rojo), rodeadas de palmas verdes. Una gran banda de seda roja, ribeteada de blanco, desde el hombro derecho al costado izquierdo con la cruz conventual. En las ceremonias portaba un cetro en forma de cruz patriarcal, sobre montado por un globo terráqueo rematado por la cruz de la orden. (Templar Order, *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, pp. 57- 207; Ordre du Temple, *Traduction littérale en français du texte latin des statuts de l'Ordre du Temple, Charte de transmission, etc.*, pp. 18-152; René Le Forestier, *La maçonnerie templ re*, pp. 944-948).

¹⁶³⁶ Esta es la fecha que da Le Forestier aunque est  documentado que la muerte del maestro De Molay fue el 18 de marzo.

vestidos con los trajes de gala de la orden. El primado general, el abad Clouet, revestido con sus mayores galas, pronunció la oración fúnebre. Un destacamento de infantería en el ala central de la iglesia hizo creer a todos que la ceremonia tenía carácter oficial y que la nueva orden contaba con el apoyo de Napoleón, para hacer ostensible su rechazo a la política de la santa sede¹⁶³⁷

Otro evento que cursó con similar pompa fue la inauguración de la Casa de Postulancia el treinta y uno de marzo de 1809. Los postulantes entraron procesionalmente, vestidos con los hábitos y las insignias de la orden correspondientes a su grado. La sesión se abrió por el «Muy Sabio Emanuel, Ministro de la orden, gran preceptor de Europa del Sur, gran Prior, Bailío de Alsacia, comendador de Bensaçon», en el mundo Claude-Antoine-Gabriel de Choiseul-Stanville, con la bendición del local y oraciones para rogar de Dios la bendición de los trabajos, seguido todo ello de la recepción de postulantes y de una alocución «en defensa de la orden contra la maledicencia que quería en vano suscitar persecuciones contra ella y hacerla sospechosa a los ojos del gobierno»¹⁶³⁸.

El dirigente, y guardián de los archivos de la orden, M. Foraisse, emprendió en 1809 una gira de propaganda que le llevó por diversas ciudades francesas y de otros países de Europa. A su vuelta, anunció que había conseguido numerosos adeptos y que había puesto en marcha la organización de la lengua Helvética en Suiza y varios bailiazgos y numerosas encomiendas en otros tantos lugares y que tenía proyectado reunir en Basilea un gran convento metropolitano en el que esperaba sería elegido como gran prior el hermano Pierre Burkhart, que ya ostentaba el mismo cargo en el Régimen Rectificado, lo que, en su opinión, facilitaría la incorporación de nuevos adeptos procedentes de esta rama de la masonería. Además, consiguió crear una abadía que entró en estrecha relación con la logia de Santa Catalina de París, de la que copió su sistema de asistencia y visitas a enfermos indigentes en domicilios y en hospitales. Al mismo tiempo, la orden creció a tan buen ritmo en París, que en 1809 se tuvo la posibilidad de alquilar un gran local en la calle de Nuestra Señora de las Victorias donde a partir de entonces se celebraron las asambleas magistrales. Además, la afluencia de nuevos hermanos alcanzó tal ritmo que en este mismo año se cubrieron todas las vacantes que había en el denso organigrama templario¹⁶³⁹.

Este éxito inesperado llevó a los dirigentes a renegar de su ideología masonónica y de sus relaciones con la franc-masonería, en la que tanto se habían apoyado al principio de su andadura, llegando en 1811 a romper definitivamente y de manera formal sus lazos con el gran oriente francés¹⁶⁴⁰.

Mientras, Fabr  -Palaprat, que sigui   detentando el cargo de gran maestre despu  s del ação de provisionalidad que hab  a sido acordado en el convento que lo nombr  o en 1804, aprovech  o en 1811 una asamblea magistral para, con el apoyo de

¹⁶³⁷ Le Forestier, *La ma  onnerie templi  re*, p. 952.

¹⁶³⁸ Le Forestier, *La ma  onnerie templi  re*, p. 953.

¹⁶³⁹ Le Forestier, *La ma  onnerie templi  re*, pp. 953–954.

¹⁶⁴⁰ Le Forestier, *La ma  onnerie templi  re*, p. 955.

sus partidarios, aumentar el poder absoluto que, de hecho, venía ejerciendo sobre la orden, revocando la normativa que hacía inamovibles a los cuatro vicarios generales, de los que tres fueron sustituidos por hermanos que le eran más adictos, lanzando una «bula» de prohibición contra los protestatarios. Los tres lugartenientes generales y el supremo preceptor, cesados por Fabr -Palaprat, con el duque de Choiseul que había decidido encabezar la oposición, acusaron al gran maestre de atentado contra la constitución de la orden y exigieron la convocatoria de un convento urgente y extraordinario. Fabr -Palaprat cedió y anunció en abril de 1812 que estaba dispuesto a dimitir de su cargo y mediante decreto publicado en mayo anunció la convocatoria de un convento general para el día primero de febrero de 1813 en el que sería elegido su sucesor. El veinticuatro de noviembre publicó una circular delegando todos sus poderes en Courchamp con la misión de transmitirlos al nuevo gran maestre que surgiera del convento convocado para febrero, pero menos de un mes más tarde, el diecinueve de diciembre, emitió una nueva circular notificando a todos los hermanos que «cediendo a las instancias del príncipe-Delegado» había decidido descargarle de su misión y retomar el gobierno de la orden en sus manos. Cuando por fin el convento se reunió en febrero, bajo la presidencia del duque de Choiseul, eligió gran maestre al gran prior de Lorena, Charles-Louis de Lorraine¹⁶⁴¹, nombramiento que no fue aceptado por Fabr -Palaprat, que organizó un convento el mes siguiente con nueve de sus partidarios que le confirmaron como gran maestre vitalicio y aprobaron la derogación de los artículos estatutarios que limitaban su poder¹⁶⁴².

El cisma provocó un sin número de descalificaciones y de excomuniones r ciprocas, de acusaciones de falsedad documental, de maniobras ilícitas y de demandas por la posesión de los archivos y del tesoro de la orden. Las disputas surtieron efecto a favor de Fabr -Palaprat, pues Lepeletier, a comienzos de 1814, lanzó una bula por la que declaraba a la orden en estado durmiente, bula que inmediatamente fue contestada por Fabr -Palaprat con otra bula excomulgando a todos los caballeros que le eran contrarios y mediante dos decretos del cinco y seis de mayo convocó a todos los miembros de la orden a una fiesta solemne de reconciliación general, con amnistía plena para todos los disidentes que asistieran. La facción de Lepeletier fue languideciendo pero se mantuvo hasta 1827 en que Choiseul apareció inopinadamente en una asamblea presidida por Fabr -Palaprat y anunció que Lepeletier renunciaba a la gran maestría de la orden a cambio de conservar el título de lugarteniente general y que él mismo reconocía en ese momento la autoridad de Fabr -Palaprat en nombre propio y de los demás caballeros disidentes. El veintisiete de marzo de 1827 un convento general convocado al efecto puso fin al cisma, reeligiendo a Fabr -Palaprat como gran maestre del Temple¹⁶⁴³.

En todos los años que duró el cisma, y a pesar del mismo, en ningún momento dejó celebrarse el funeral religioso anual, en Saint Germain l'Auxerrois,

¹⁶⁴¹ Lepletier d'Aunay.

¹⁶⁴² Le Forestier, *La maçonnerie templ re*, p. 956.

¹⁶⁴³ Le Forestier, *La maçonnerie templ re*, p. 957.

en recuerdo del gran maestro Jacques de Molay, aunque no vestían sus hábitos de gala sino ropas de calle y se cubrían con una capa negra con una cruz roja en el lateral. La reiteración de estas ceremonias hizo que fueran conocidos no solamente en Europa sino allende los mares, constituyéndose las lenguas de Inglaterra, Estados Unidos y Brasil, las cuales tuvieron un gran desarrollo a partir de 1827 cuando el Temple recobró su unidad.

Después de la revolución de julio de 1828, Fabré-Palaprat, que en opinión de Le Forestier lo que siempre había deseado era ser un jefe religioso, puso en marcha una gran operación que consistía en fundar una nueva religión, fundamentada, según decía, en el cristianismo primitivo basado en el evangelio de san Juan, según un manuscrito griego, que había adquirido en el año 1817 de un anticuario, titulado *Leveticon*, que pasaba por alto los pasajes de carácter sobrenatural y suprimía los capítulos XX y XXI referentes a la resurrección de Cristo y las apariciones a María Magdalena y a los discípulos. Fabré-Palaprat a partir de este texto compuso los principios de una nueva religión en la que Cristo, educado en la escuela de Alejandría, era un filósofo y un filántropo que fue llamado Hijo de Dios porque estaba dotado de un genio divino, y al desaparecer, un grupo de seguidores, reunidos en la «orden de Oriente», bajo la inspiración de san Juan, «el apóstol del amor fraternal», fueron iniciados y en la isla de Pathos, donde presidió una asamblea de fieles cristianos a los que dio leyes y estatutos. Estos son, muy resumidamente los principios que conformaban la religión juanista (*johanita* en francés latinizado) de los cuales Fabré-Palaprat se declaró sumo pontífice y nombró obispo y primado de las Galias, a un ex-sacerdote, suspendido *a divinis* en 1823, que había fundado la Iglesia Católica Francesa, a condición de que adoptara el culto y ritual de la iglesia fundada por él¹⁶⁴⁴.

La introducción de la doctrina juanista en la orden dio lugar a una fuerte oposición y a la salida de numerosos miembros, algunos de ellos acompañados de fuerte escándalo mediático, lo que llevó a Fabré-Palaprat a convocar en 1835 un convento general que se celebraría en octubre de 1836, al cual serían admitidos solamente los caballeros que ratificaran en un cierto plazo su adhesión a la unidad del Temple en la persona del gran maestro. El bailío de Ile de France, se adelantó y reunió en febrero de 1836 a los caballeros de su región en un convento «central y primitivo», bajo la presidencia del gran prior Víctor de Abisinia, el cual se declaró «Jefe Soberano» de la orden y confió el poder ejecutivo a un triunvirato compuesto por el supremo preceptor Charles-Antoine-Gabriel de Choiseul, el gran preceptor Albert de Montémont y el gran prior de Suiza, Jules Moreton de Chambrillan. Este acuerdo se comunicó a Fabré-Palaprat y a todas las sedes de la orden. El golpe de gracia a Fabré-Palaprat vino de la mano de Louis-Theodore Juge, comendador de Tulle, de cuya dimisión se hizo eco la prensa, que acusaba a la facción de Fabré-Palaprat de imponer «una doctrina religiosa absurda, de lo ridículo de su tentativa de introducción de una secta religiosa nueva»¹⁶⁴⁵. Cuando en octubre se

¹⁶⁴⁴ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 965.

¹⁶⁴⁵ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 968.

reunió el convento general solamente cuarenta y dos caballeros había renovado su adhesión a Fabr -Palaprat. La decisión más importante de este convento fue la de nombrar teniente general de Asia al almirante inglés Sir Sidney Smith. Acto seguido, Fabr -Palaprat se retiró de la escena pública depositando todos sus poderes en Jean-Marie Raoul, teniente general de  frica¹⁶⁴⁶.

Mientras, la otra facción de la orden, la dirigida por el triunvirato, reunida el trece de enero de 1838 en convento general, eligió al conde suizo Moriton de Chambrillan para la regencia de la orden «con plena autoridad maestral» hasta la elección de un nuevo gran maestro fijada para el 17 de noviembre de 1838¹⁶⁴⁷.

Sucesos importantes para la orden en este período fueron:

1804: Napoleón Bonaparte es elegido emperador de los franceses. Este mismo año Ledr , Fabr -Palaprat y otros compañeros de la logia *Les Chevaliers de Christ*, ponen en marcha una orden del Temple en base a un documento, la llamada «Carta de Transmis n de Larmenius», que dicen casualmente encontrado y provenir del sucesor del último gran maestro Jacques de Molay. Fabr -Palaprat es elegido gran maestro.

1808: Tiene lugar un solemne funeral en conmemoración de la muerte del gran maestro Jacques de Molay.

1825: A instancias del duque de Choiseul la orden se define como caballerisca y no masónica. Se funda en París por el marqués Albert-François de Chasteler el gran priorato de Bélgica que alcanzaría gran importancia para la orden.

1837: Debido a su salud, Fabr -Palaprat se retira al sur de Francia cediendo todos sus poderes a Jean-Marie Raoul.

3.5.2.2 La sucesión de Fabr -Palaprat.

El dieciocho de febrero de 1838 moría Fabr -Palaprat y abierto su testamento resultó que revocaba la delegación de poderes que había conferido a Raoul y designaba como regente al almirante inglés Sidney Smith. Como consecuencia de ello esta facción de la orden se dividió en dos: los seguidores de éste por un lado y por otro los que continuaron reconociendo la autoridad de Moreton de Chambrillan, bajo el cual se constituyó una comisión ejecutiva formada por miembros de la nobleza, la milicia y la aristocracia:

1. Conde de Lanjuinal: lugarteniente general de Europa
2. Conde de Brack: lugarteniente general de África
3. Conde Luis Lepeletier d'Aunay: supremo preceptor
4. Conde de Magny: gran preceptor de Sud-América
5. Abad de la Bouderie, canónigo de Notre-Dame: primado
6. Duque de Sussex: gran prior de Inglaterra
7. John Labton, Duque de Durham: gran prior de Escocia

¹⁶⁴⁶ Le Forestier, *La maçonnerie templ re*, p. 968.

¹⁶⁴⁷ Le Forestier, *La maçonnerie templ re*, p. 968–969.

8. Duque de Leister: gran prior de Irlanda
9. S. A. R. Alexander de Wurtemberg: gran prior de Wurtemberg
10. Anne Louis, Duque de Montmorency: gran prior de la Louisiana
11. General Louis Tourton: prior de las Maldivas
12. Capitán de Fragata Charles de Fréminville: gran prior de Portugal¹⁶⁴⁸.

Sidney Smith pronto se convirtió en un paladín de la unidad templaria y consiguió la adhesión de la mayoría de los grandes priores, entre ellos el almirante Sir David Milne, gran prior de los templarios escoceses seguidores de la rama puesta en marcha por Deuchar, consiguiendo que un convento celebrado en junio de 1839 hiciera una revisión de los estatutos proclamando la vuelta definitiva del Temple a la religión cristiana, declarando expresamente a tal efecto en el artículo primero que «la orden del Temple es una institución cristiana, caballerescas, religiosa, hospitalaria y tolerante. Su moral es la de los evangelios, base de toda verdad. El gran maestro y el primado de la orden no pueden ser escogidos más que entre caballeros que profesen la religión católica, apostólica y romana». En pocos años, la orden se extendió por toda Europa, incluidas las Islas Británicas, abriendo numerosos centros en Dunkerque, Orán, España y la India. A la muerte de Sidney Smith, acaecida en 1840, le sucedió como regente Jean Marie Raoul que inmediatamente intentó un acercamiento a la facción liderada por Moreton de Chambri-llan, convocando a tal efecto un convento general que se reunió el quince de febrero de 1841 y cuyo principal acuerdo fue el de levantar todas las sanciones y reintegrar a todos los caballeros en sus antiguas posiciones. Los templarios de Moreton respondieron positivamente y de manera inmediata empezaron las negociaciones que culminaron con una asamblea general conjunta de las dos facciones que tuvo lugar en el *Palais Royale* el doce de marzo de 1841. Para contentar a todas las partes y respetar los derechos adquiridos de todos, se decidió que provisionalmente hubiera seis tenientes generales, con uno de ellos, Narcise Vallaray, como regente, un preceptor supremo y ocho grandes preceptores¹⁶⁴⁹.

Todos estos logros fueron efímeros, pues en pocos años se produjo un evidente declive de la orden hasta su práctica desaparición hacia 1863¹⁶⁵⁰, no obstante lo cual hubo varios intentos serios de reorganizarla hasta la década de los treinta del siglo XX en que renació gracias a la iniciativa y al empuje del gran priorato de Bélgica, regido primero por Theodore Covias y más tarde por Emile-Isaac Vanderberg.

Hitos importantes de la orden en este período fueron:

1838: Muere Fabr  Palaprat y es elegido para sucederle el almirante inglés William Sidney Smith que convoca un convento general en el que quedan abolidos los acuerdos de reforma de los estatutos de 1705, que quedan repuestos y se renuevan las tradiciones caballerescas y la obediencia a la Iglesia Católica.

1841: En un convento general celebrado en París, la orden adopta una de-

¹⁶⁴⁸ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, pp. 968–969.

¹⁶⁴⁹ Le Forestier, Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 969.

¹⁶⁵⁰ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 971.

claración de principios definiéndose cristiana en su membresía y de carácter caritativo en su actividad.

1845: Joseph Philippe de Riquet, príncipe de Chimay (1808-1886), fue enviado a Roma con la peregrina idea de conseguir el reconocimiento de la santa sede; según parece, el papa Gregorio XVI (1831-46) exigió para tomar en consideración la petición, que todos los miembros de la orden fueran católicos¹⁶⁵¹; visto el fracaso de su visita, decidió volver en 1848.

1853: A petición del regente Narcise Valleray, el emperador Napoleón III reconoció el carácter de soberana a la orden y autorizó a sus miembros a utilizar las insignias de la misma dentro de Francia.

1866: Valleray fue sucedido por A. M. Vernois como regente.

1865: En el gran priorato de Bélgica surgen dos divisiones irreconciliables; por un lado el priorato de Saint Jean d'Hiver, de orientación católica, y por otro el priorato de la Trinidad de la Torre, masón, de carácter secular y seguidor del régimen de la Estricta Observancia.

1868: El gran prior de la Trinidad de la Torre, Proper Beechman, intenta una restauración internacional de la orden, a pesar de las profundas diferencias entre las organizaciones inglesas, francesas y alemanas por causa de la tensión internacional; en un capítulo general es reconocido como Guardián de la orden.

1870: Como consecuencia de la guerra entre sus países, los grandes prioratos de Francia y Alemania rompen las relaciones; los archivos de la orden son depositados en la Biblioteca Nacional de Francia (París).

1892: Joseph Paladan es nombrado regente de la orden.

1894: Se constituye en Bélgica un Secretariado Internacional templario

1930: A propuesta de su gran prior, Emile Briffaut, el priorato de la Trinidad de la Torre es abolido.

1932: Nueve antiguos miembros de la Trinidad de la Torre constituyen el nuevo gran priorato de Bélgica de una renovada «Soberana y Militar Orden del Temple de Jerusalén» (*Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani*); se forma un Consejo Magisterial con Theodore Covias como regente; las organizaciones de Francia y Bélgica adoptan los nuevos estatutos y se inicia la restauración de una asociación internacional de grandes prioratos.

1934: Emile-Isaac Vanderberg es nombrado regente y guardián de la orden. Gracias a su labor, el Temple se revitaliza en toda Europa; el gran priorato de Suiza se adhiere a la S.M.O.T.J. (S.M.O.T.H.)

1937: El barón Anton Leuprecht, de Suiza, es admitido como miembro de la orden y autorizado a establecer grandes prioratos en todo el mundo.

1942: Durante la ocupación de Bélgica por las tropas alemanas, Vanderberg decide el traslado de los archivos al gran priorato de Portugal, dirigido entonces por Antonio Campello de Souza Fontes.

¹⁶⁵¹ Exigencia que fue reiterada por su sucesor Pío IX (1846-78).

1945: Terminada la guerra, Vanderberg requirió a Fontes la devolución de los archivos, requerimiento al que éste no hizo caso. Al morir Vanderberg en un accidente, Antonio Campello de Suoza Fontes asumió el título de regente.

Desde entonces acá esta asociación templaria, al tiempo que ha seguido creciendo, se ha visto sumida en continuas divisiones, a las que no es difícil seguir el rastro hoy en día por internet, por lo que cortamos en este punto nuestra exposición de esta rama, que algunos denominan francesa y otros internacional, del moderno Temple, que, volviendo al principio del epígrafe, basa su legitimidad de origen en la llamada «Carta de Sucesión de Larmenius»¹⁶⁵².

3.5.3 Orden alemana de la «Estricta Observancia Templaria».

La Estricta Observancia Templaria (E. O. T.) no es, en sentido estricto, una orden. Ni siquiera, en acepción rigurosa de la expresión, es una organización. Es, simplemente, un rito o sistema masónico, ideado por Carl Gotthelf von Hund (vulgarmente conocido como barón von Hund)¹⁶⁵³, para uso de las logias y de los capítulos masónicos o francmasónicos.

Von Hund, que había ingresado en la masonería hacia 1742, haciéndose sin duda eco del mensaje de Ramsay y muy influenciado por el manuscrito de Estrasburgo, a partir de principios de la década de 1750 empezó a hacer gala de una nueva forma de franc-masonería que él reclamaba de origen templario. En respuesta a las presiones para que declarara el origen de sus aserciones y que aportara pruebas, von Hund dijo que encontrándose en París en 1742 fue admitido en la orden del Tempe (escocesa), en presencia de Lord Clifford y Lord Kilmarnock oficial de la guardia escocesa, entre otros, por un «superior desconocido» que se identificó a sí mismo como «*Eques a Penna Rubra*» o «Caballero de la Pluma Roja» y que firmó «su título de nombramiento como Georges»¹⁶⁵⁴. Posteriormente fue presentado al príncipe Carlos Eduardo, aspirante al trono de Escocia y gran maestre de este país, lo que le llevó a suponer que «Georges» era un seudónimo utilizado por el preten-

¹⁶⁵² La redacción de este cronograma se ha realizado en base a la información obtenida de las siguientes webs:

<http://templars.wordpress.com/chronology/>;

<http://templars.wordpress.com/chronology/>;

<http://fratertempli.es/MAESTRES.html>;

<http://www.knight-templar.org.uk/History/timeline.htm.html>;

¹⁶⁵³ Carl Gotthelf von Hund und Altengronau von Schläsing (1722–1776), nació en Unwürde (Silesia). En 1741 fue admitido en la logia masónica de Francfort, de la que en 1743 ya era maestre. Este mismo año se convirtió al Catolicismo y, según el mismo contaba, fue admitido en la orden del Temple. En 1749 fundó la logia de las Tres Columnas en Unwürde y en 1751 fundó la Estricta Observancia Templaria como una rama de la Francmasonería (Ferdinand Runkel, *Geshichte der Freimauerei in Deutschland: Erster Band*, Hobbing, Berlin, 1932, pp. 181-182).

¹⁶⁵⁴ René Le Forestier, *La maçonnerie templière*, pp. 135-136.

diente. Baigent y Leigh, en un magnífico trabajo de investigación, han logrado identificar al «*Eques a Penna Rubra*» no con el príncipe Carlos Eduardo, sino con Alexander Montgomerie¹⁶⁵⁵, activo masón de la causa jacobita¹⁶⁵⁶.

El principio básico de la Estricta Observancia Templaria era su descendencia directa de los antiguos caballeros templarios a partir de Pierre d'Aumont, preceptor de la Auvernia francesa refugiado en Escocia tras la persecución a la que fueron sometidos los miembros de la orden en Francia por Felipe IV en 1307. Según el manuscrito de alrededor de 1760 aparecido en Estrasburgo¹⁶⁵⁷, al que ya hemos hecho referencia, Pierre d'Aumont, acompañado de dos comendadores y cinco templarios, atravesaron Francia haciéndose pasar por una cuadrilla de constructores (*maçons*) en busca de trabajo, llegaron hasta la costa y se embarcaron hacia Irlanda. Tras dos años, se fueron a la isla de Mull en la que se instalaron definitivamente. Allí se les unieron otros templarios venidos de los más diversos lugares, entre los que se encontraba Pedro de Bolonia que había actuado como defensor en el juicio contra la orden. D'Aumont levantó el voto de celibato a los monjes y les permitió casarse a fin de engendrar hijos a través de los cuales se perpetuase la orden. A la muerte de Pierre d'Aumont le sucedió el inglés Harris que a su vez fue sucedido por otros dieciocho grandes maestros:

- 2º.- Georgius Harris (1316-1330)
- 3º.- Sylvester de Grumbach (1330-1332)
- 4º.- Steward Iº (1332-1369)
- 5º.- Obrack (1369-1392)
- 6º.- Batter (1392-1427)
- 7º.- Lindwerth (1427-1459)
- 8º.- Gilbert (1460-1500)
- 9º.- Gloucester (1500-1504)
- 10º.- Aumont IIº (1504-1538)
- 11º.- Aumont IIIº (1538-1589)
- 12º.- Aumont IVº (1589-1592)
- 13º.- Hawkins (1592-1595)
- 14º.- Steward IIº (1595-1627)
- 15º.- Gremy Sehettewin (1627-1659)
- 16º.- S. I¹⁶⁵⁸. *Eques a Tonitru* (1660-1679)
- 17º.- S. I. *Equitis ab Equo Nigro* (1679-1695)
- 18º.- S. I. *Equitis ab Oceano* (1595 1717)
- 19º.- S. I. *Eques a Leone Aureo* (1717-1732)
- 20º.- S. I. *Equitis ab Unione* (1732-1743)
- 21º.- Chevalier de St. Georgius, *Eques a Penna Rubra*
- 22º.- Carlos Eduardo Estuardo, *Equitis a Sole Aureo* (1743-1788)¹⁶⁵⁹.

¹⁶⁵⁵ Alexander Montgomery (1723-1769), 10º conde de Eglinton.

¹⁶⁵⁶ Michel Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, pp. 311-312.

¹⁶⁵⁷ Manuscrito original, de alrededor de 1760, encontrado en Estrasburgo.

¹⁶⁵⁸ S. I. = sin identificar.

22º.- Fernando von Braun-Schweig, *Eques a Victoria* (1788-1792)

23º.- Carlos von Hessen, *Eques a Leone Insurgente* (1792-1836)¹⁶⁶⁰

El barón von Hund dedicó toda su vida a crear logias templarias y difundir su idea de la Estricta Observancia por toda Europa, a la que dividió en nueve regiones o provincias templarias, de una de las cuales, la VII, llegó a ser el máximo responsable, haciéndose llamar desde entonces *Carolus Eques ab Ense* (Carlos, Caballero de la Espada).

Esta masonería surgida de la Estricta Observancia Templaria, estaba constituida por cuatro grados, aprendiz, compañero, maestro y maestro de san Andrés, seguidos en la orden interna por otros dos grados, escudero novicio y caballero bienhechor de la Ciudad Santa, a los que posteriormente el propio von Hund añadió otros dos grados más de carácter secreto: *Eques Profesus* (caballero profeso) y grandes profesos.

El barón von Hund fue desplazado de la gran maestría por el duque Ferdinand de Brunswick en el convento de Köhlo, celebrado en 1772, en el que fue instigado por el líder de otra facción neotemplaria, Johann Augustus Stark¹⁶⁶¹ para que presentara pruebas documentales de su versión de neo-templarismo y de los «superiores desconocidos», las cuales evidentemente no pudo presentar. Murió en 1776, siendo el discurrir de la E. O. T. a partir de entonces lánguido hasta caer prácticamente en el olvido, salvo en algunas pocas logias en las que aún hoy en día se sigue recordando y rememorando el sistema y los ritos ideados por von Hund¹⁶⁶².

En 1782 Ferdinand de Brunswick, con la colaboración del landgrave Carlos de Hesse, auspició la convocatoria de un convento general en la ciudad de

¹⁶⁵⁹ La lista hasta el maestre nº 21, Carlos Eduardo Estuardo, *Equitis a Sole Aureo*, según aparece en la web <http://gleo.fr/Survivance.php>. Al final de la lista figura la siguiente certificación: *Moi, Frère Archimède de l'Aigle Fauve, Prêtre, Chanoine Régulier du Chapitre du Révérend Ordre du Saint Temple de Jérusalem, Chancelier Général des Chanoines Réguliers de la VII^e Province de l'Ordre, Supérieur de la Congrégation des Chevaliers, j'atteste sur la foi que ce qui précède concorde avec l'original.* (Yo, Hermano Archimède de l'Aigle Fauve, canónigo Regular del Capítulo de la Reverenda orden del Santo Temple de Jerusalén, Canciller General de los canónigos Regulares de la VII Provincia de la orden, Superior de la Congregación de Caballeros, doy fe que todo lo que prece concuerda con el original). El titular de la web <http://gleo.fr> es: *L'Ordre Ecossais des Chevaliers du Saint Temple de Jérusalem. Rite de l'Estricte Observance Templière*. La misma lista pero sin identificar los personajes a quienes corresponden los seudónimos aparece en Claude-Antoine Thory, *Acta Latomorum*, T. II, Pierre-Elie Dufart, París, 1815, p. 283.

¹⁶⁶⁰ Los dos últimos figuran añadidos en la lista que ofrece Ferdinand Wilcke Wilhelm, *Die Templerei oder das innere messen das alten und neuen der tempelherre*, August Lehnholb, Leipzig, 1835, p. 514.

¹⁶⁶¹ En ese momento había en la masonería alemana otra corriente templaria, liderada por Johann Augustus von Starck (1741.1816), profesor de idiomas en san Petersburgo, que afirmaba haber entrado en contacto con una tradición templaria, de base catára, que sobrevivía en el sur de Francia, según la cual los templarios habían heredado sus conocimientos y sabiduría oculta de Persia, Siria y Egipto, la cual le fue transmitida por una sociedad secreta de esenios durante las cruzadas. Su versión de neotemplarismo fue apoyada por reyes y aristócratas de Europa, entre los cuales figuró el rey Gustavo III de Suecia. (Jan Assmann, *La flauta mágica*, Ediciones Akal, Madrid, 2006, pp. 130-131).

¹⁶⁶² René Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 137.

Wilhelmbad, a fin de dilucidar si la masonería era una prolongación de la orden del Temple, cuestión que quedó definitivamente solventada de manera negativa al no existir prueba fehaciente que contrastara la hipótesis, lo que originó una revisión de los planteamientos de la E. O. T. de la que a la postre derivarían nuevas ramas masónicas, tales como el Rito Escocés Rectificado¹⁶⁶³.

3.6 Análisis crítico de las repercusiones.

Tras un primer epígrafe, en el que hacemos un análisis de la evolución del concepto de orden religioso-militar, las repercusiones de la disolución de la orden son analizadas en el mismo orden en que han sido expuestas en los epígrafes iniciales del capítulo, es decir:

- Análisis de los efectos inmediatos sobre las personas.
- Análisis de la liquidación del patrimonio templario y atribución a la orden de san Juan.
- Análisis de la sucesión (ideológica) de la Orden.
- Análisis de la alegada continuidad templaria.

Aunque las expresiones «sucesión» y «continuidad» puedan ser consideradas sinónimas e intercambiables, incluso desde un punto de vista jurídico, y muchas veces en esta tesis utilizamos una u otra con el mismo significado, en el estudio de las repercusiones hemos separado por un lado las órdenes herederas o sucesoras y por otro las órdenes continuadoras en función de que los efectos y/o consecuencias de la disolución se desplieguen sobre entidades con denominación de raíz distinta de la palabra «temple» o sobre organizaciones que reivindican para sí no sólo la persistencia ideológica sino la prolongación incluso en el nombre.

3.6.1 Evolución del concepto de orden religioso-militar.

Como ya se dijo en el capítulo primero, las órdenes militares fueron organizaciones de carácter religioso-militar que surgieron en la Edad Media, en el contexto de las cruzadas, como hermandades o cofradías de caballeros para la defensa de los Santos Lugares y de la fe cristiana y la protección de los peregrinos¹⁶⁶⁴.

Se considera que las órdenes militares fueron instituciones genuinas de la Iglesia Católica y como tales la fecha de su fundación se refiere siempre a la de su aprobación, o confirmación como tal orden militar, por la santa sede. Así sucede, por ejemplo, con la orden constantiniana de san Jorge que, aunque fundada en

¹⁶⁶³ Johann Gottlieb Fichte, *Filosofía de la masonería*, Ediciones Istmo, Madrid, 1997, pp. 19-20.

¹⁶⁶⁴ Epígrafe 1.7.1

1190 por el emperador bizantino Isaac Ángelo¹⁶⁶⁵, se considera que su fecha de creación es del 1550, año en el que el papa Julio III la reconoció mediante la bula *Quod Aliasia*¹⁶⁶⁶.

En España las órdenes militares tuvieron una buena acogida, siendo la fundación de las autóctonas (Belchite, Monreal, Calatrava, Santiago, Montegaudio, Alcántara,...) prácticamente simultánea con las foráneas (Temple y Hospital de Jerusalén) y compartiendo con ellas muchas similitudes. Aparte de su sometimiento a la Iglesia, por encima incluso del poder civil, la principal de estas similitudes quizás fuera la de haber constituido los primeros ejércitos permanentes de la Europa post-romana.

Una característica especial de las órdenes españolas es el importante papel que jugaron en la repoblación de las grandes extensiones de terreno que, ganados a los moros, quedaban bajo su administración y en las cuales ejercían un papel político, administrativo, judicial y económico similar al de los señores en sus feudos.

Perdida su razón de ser, las jerosolimitanas por la pérdida de los Santos Lugares a manos de los sarracenos, las peninsulares por la culminación de la Reconquista, y las centro-europeas por el sometimiento de los pueblos paganos del Norte y del Este, la mayoría de ellas se secularizaron y, a partir del siglo XV, se transformaron en organizaciones civiles dedicadas a la administración de sus posesiones. Caso paradigmático es el de España en donde el rey Fernando el Católico consiguió neutralizarlas al obtener del papa, para sí y para sus descendientes, su reconocimiento como gran maestre de todas ellas, excepto la de Montesa que tuvo que esperar hasta 1587 en el reinado de Felipe II, poniendo fin con ello a su enorme poder hegemónico y a las luchas internas que se desencadenaban con ocasión de las sucesiones.

Con el advenimiento de la Reforma Protestante algunas, principalmente las británicas, abandonaron la obediencia a Roma y se hicieron más autóctonas y localistas, aunque continuaron su existencia con el mismo modelo anterior, cambiando sólo de soberano.

El golpe de gracia a las órdenes militares vino con la Revolución Francesa, que no sólo les quitó lo que les quedaba en propiedades y privilegios, sino que las hizo desaparecer literalmente sustituyéndolas por las órdenes de mérito, civiles y militares, modelo éste que se impuso por el resto de naciones y que hoy se haya extendido por todo el mundo¹⁶⁶⁷.

En la actualidad las órdenes militares carecen de estatus especial siendo consideradas, como ocurre en España e Italia, meras asociaciones nacionales sujetas a la inscripción en el correspondiente registro público gubernamental de asociaciones, excepto el caso de la orden de Malta, sucesora de la orden del Hospital

¹⁶⁶⁵ Aunque hay constancia documental que atestigua su existencia antes del 456.

¹⁶⁶⁶ José María Palacio, marqués de Villareal de Álava, *La maison royale de deux Sicilies*, Gráficos Altamira, Madrid, 1964, p. 356.

¹⁶⁶⁷ José Daniel Barquero y Daniel Fernández, *Los Secretos del Protocolo y las Relaciones Públicas*, Ed. Lex Nova, Valladolid, 2007, p. 58.

de san Juan de Jerusalén, que por su carácter de entidad soberana, mantiene relaciones diplomáticas con muchos países. Así pues, pese a algunos nostálgicos del *ancien régime*, hemos de afirmar desde ya que la legalidad actual de una orden de caballería no procede de su vinculación con una más o menos rancia organización del mismo tipo, sino de su reconocimiento por una autoridad estatal o de su mera inscripción en un registro nacional de asociaciones.

3.6.2 Análisis crítico de los efectos inmediatos.

3.6.2.1 Análisis de la condena de los dirigentes y de la muerte en la hoguera de Jacques de Molay y Godofredo de Charnei.

Para juzgar a Jacques de Molay y demás dirigentes que estaban en prisión, Clemente VI, que en la bula *Considerantes dudum* se los había reservado para sí, el 22 de diciembre de 1313 delegó el juicio de los mismos en los cardenales Arnaldo, obispo de Albano¹⁶⁶⁸, Nicolao, cardenal del título de san Eusebio¹⁶⁶⁹, y Arnaldo, del título de santa Prisca (o Priscila)¹⁶⁷⁰ con capacidad plena para absolverlos o condenarlos¹⁶⁷¹. En su escrito Clemente V recordaba que los detenidos ya habían prestado declaración ante los cardenales Bérenger, Étienne y Landulph en 1308 en Chinon, que los habían absuelto, reconciliado con la Iglesia y readmitido en la comunión de los cristianos. Son estos cardenales los que en Chinon les habían dicho que no tuvieran nada que temer, que estaban bajo la protección del papa, los que a cambio de una declaración les prometieron el perdón. En 1313, ante esta nueva comisión papal, las acusaciones y las declaraciones eran las mismas y aunque la cosa juzgada no existía en los procesos inquisitoriales¹⁶⁷² y la revisión de oficio siempre era posible, no deja de sorprender y asombrar que recibieran una sentencia condenatoria a prisión de por vida, condena prevista en las leyes inquisitoriales para los obstinados y los impenitentes, situación que no se daba en los dirigentes templarios que se limitaron a reiterar las mismas confesiones que, según recoge el acta, habían hecho en Chinon, de las cuales ya había sido absueltos y

¹⁶⁶⁸ Arnaldo de Fage d'Auch.

¹⁶⁶⁹ Nicolás de Freauville, dominico y confesor del rey Felipe IV.

¹⁶⁷⁰ Arnaud Novelli, abad de Fontfroid.

¹⁶⁷¹ «*Mandamus quatinus [...] visis et consideratis inquisitionibus contra magistrum et visitatorem, ac Terre sancte, Normannie, Aquitanie et Pictavie preceptores predictos [...] ad absolvendum, vel condemnandum ipsos [...] et ad imponendum eis pro modo culpe penitentiam salutarem, ac etiam faciendum ipsis ministrari victum et vestium et alia necessaria, de bonis quondam dicti ordinis Templi; prout iustum fuerit et vestre circumspection expedire videbitur, procedatis, [...]*» (Clemente V, *Regestum Clementis papae V*, Liber I, Monachorum Ordinis S. Benedicti, ex Typographia Vaticana, Roma, 1835, p. CLXXXV)

¹⁶⁷² Epígrafe 2.2.14.4.9.

readmitidos en la comunión de la Iglesia¹⁶⁷³.

No lo dice ningún documento, pero la reacción de confusión, ira y enfado que tuvo el maestro al oír la sentencia de condena a cadena perpetua, de la que sí se hacen eco los cronistas, gritando que todo lo que habían dicho en sus declaraciones era falso, es en todo similar a la de sorpresa, estupefacción e indignación¹⁶⁷⁴ que tuvo en el primer interrogatorio ante la comisión papal (cuarto de los que sufrió)¹⁶⁷⁵ al serle leída la bula *Faciens misericordiam*, en cuya justificación de motivos se hace referencia a la confesiones de los dirigentes en Chinon. Ambas reacciones son las propias de quien se siente engañado y extorsionado, lo que nos lleva a pensar en la existencia de un pacto o acuerdo por el que, a cambio de la confesión, los procesados recibirían una compensación, que no se nos ocurre que pudiera ser otra que la reiteración del perdón y la libertad¹⁶⁷⁶.

Carrière piensa que los tres cardenales, en lugar de dictar una sentencia en base a la encuesta de Chinon y a la instrucción de la comisión papal, quisieron rehacer la instrucción y proceder a una nueva toma de declaraciones fundándose en que la Orden había sido disuelta. Es del todo probable que a los dirigentes templarios se les insinuara lo que más les convenía confesar para evitar seguir la suerte de los hermanos que fueron condenados por relapsos. Los desgraciados cayeron en la trampa y confesaron. Termina diciendo este autor que la acusación de idolatría no descansa sobre ningún fundamento verdadero y que, en defecto de las pruebas materiales, las confesiones arrancadas por medio de la tortura, no merecen la menor credibilidad¹⁶⁷⁷.

La reacción inmediata airada de Felipe el Hermoso al conocer las protestas de los condenados es conocida, ambos dirigentes, Jacques de Molay y Godofredo de Charney fueron quemados vivos esa misma noche en la isla de los judíos frente a la catedral de Nôtre-Dame. Según cuentan las crónicas, aún tuvo tiempo el maestro de hacer el silencio en el gentío y negar a voz en grito que los pecados que se les imputaban fueran verdaderos y que la Orden y su casa eran santos, justos y católicos, pero que él era digno de la muerte y que quería sufrir en paz, porque anteriormente había hecho falsas confesiones a causa del temor a la tortura y de los engaños del papa y del rey de Francia y solicitar de los verdugos que le colocaran de manera tal que muriera viendo la catedral de Nôtre-Dame.

En la ejecución del maestro y del preceptor de Normandía la Iglesia no tuvo nada que ver, fue responsabilidad única y exclusiva del rey francés que en clara

¹⁶⁷³ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 388.

¹⁶⁷⁴ «*producendo bis signum crucis coram facie sua et in aliis signis pretendere videbatur se esse valde stupefactum de hiis que continebantur super predicta confessione sua et aliis in litteris apostolicis supradictis*» (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 32-35).

¹⁶⁷⁵ Epígrafe 2.7.2.2.

¹⁶⁷⁶ Ésta es también la opinión de A. Petel que insinúa que en Chinon las declaraciones de los dignatarios fueron sugeridas por los cardenales como único medio de salvarlos (Auguste Pétel, *Le Temple de Bonlieu et ses dependances*, Nouel, Troyes, 1910, p.64)

¹⁶⁷⁷ Victor Carrière, «Hypothèses et Faits nouveaux en faveur des templiers», *Revue d'Histoire de l'Eglise de France*, Janvier-Fevrier, Letouzey Éditeur, París, 1912, pp. 18-19.

violación de la rígida separación de los poderes civil y eclesiástico que regía en la época, asumió *motu proprio* infringirles una condena superior a la que había pronunciado el tribunal eclesiástico, constituido en su totalidad por hombres de su confianza. No hay constancia documental de que los miembros del tribunal o el propio papa presentaran una protesta formal ante la corona. El único que protestó fue el abad de Saint-Germain des Prés bajo cuya jurisdicción se encontraba toda la isla de los Judíos donde había tenido lugar la ejecución. Inmediatamente, antes de finalizar el mes, el rey le envió una carta de disculpa¹⁶⁷⁸.

Lavocat, haciéndose eco de las crónicas de varios historiadores de la época, dice que «un grito de indignación se elevó en toda Europa por la condena de los templarios» y que «la muerte fue bella, y tan admirable e increíble, que hizo tanto más sospechosa la causa de Felipe el Hermoso que, lleno de avaricia, los hizo tratar cruelmente, más por la intención desordenada de tomar sus grandes bienes que por celo o temor de Dios»¹⁶⁷⁹.

3.6.2.2 Análisis de la situación de los caballeros.

Juan XXII¹⁶⁸⁰, aunque está considerado un papa autoritario¹⁶⁸¹, demostró, en la cuestión templaria, una gran sensibilidad y un sentido de la justicia y de la misericordia muy superiores a los de su antecesor y así una de sus primeras decisiones como papa fue la de urgir a los obispos y concilios provinciales la celebración de las vistas de las causas de los templarios que aún estaban en prisión preventiva en espera de juicio y la fijación de las pensiones vitalicias, «congruentes y proporcionadas», a los que resultaren inocentes, los cuales podrían continuar habitando, a su elección, en sus antiguas casas o en monasterios de otras órdenes religiosas, siempre que no fueran muy numerosos. El pago de las pensiones era con cargo a los bienes de la Orden adjudicados a los Hospitalarios, tal como estaba previsto en la bula *Considerantes dudum*¹⁶⁸².

El papa Juan XXII dio, a lo largo de todo su pontificado, múltiples muestras de su talante compasivo y justo, siendo una muestra el caso de un sacerdote templario, el padre Pons de Buris, de la diócesis de Langres, que tras doce años de duro internamiento, por la condena dictada en su contra por el concilio de Sens, fue autorizado a celebrar los oficios divinos a partir de mayo de 1321¹⁶⁸³.

¹⁶⁷⁸ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 388.

¹⁶⁷⁹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 389.

¹⁶⁸⁰ De nombre Jacobo Duèze, fue papa entre 1316 y 1334. Fue el segundo papa de Aviñón. Sucedió a Clemente V y fue elegido el 5 de septiembre de 1316, siendo obispo de Aviñón. Por sus dotes como jurista y como administrador y por su capacidad de trabajo, está considerado el papa más importante del siglo XIV (Luigi Mezzadri, *Storia della Chiesa tra medioevo ed epoca moderna*, Edizione del Centro Liturgico Vincenziano, Roma, 2001, pp. 65-67.)

¹⁶⁸¹ Antony Black, *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 68.

¹⁶⁸² Guillaume Mollat, *Dispersion définitive des Templiers après leur suppression*, p. 377.

¹⁶⁸³ Guillaume Mollat, *Dispersion définitive des Templiers après leur suppression*, p. 380.

Algunos templarios, sin embargo, no supieron estar a la altura de las circunstancias y así, en los primeros años tras la promulgación de la bula *Vox in excelso*, desprovistos del paraguas protector de la Orden, titulares de pensiones vitalicias sumamente generosas, hicieron caso omiso de los votos que habían emitido, que seguían siendo perfectamente válidos, y comenzaron a vivir y vestir como laicos, llegando algunos de ellos a tomar esposa y fundar familias. La reacción de Juan XXII, aunque fulminante y dura para nuestros estándares actuales, fue plenamente acorde con la legalidad de la época, limitándose a recordarles su condición de monjes y a requerirles para que, en un plazo de tres meses, abandonaran su vida civil e ingresaran en un instituto religioso de su elección, al que en adelante le serían entregados los importes de sus pensiones.

En la mayoría de lugares la encíclica *Ad hec libenter* fue cumplida de manera más o menos rigurosa, pero hubo lugares, como Cataluña, en los que fue ignorada y se permitió a los antiguos templarios vivir como seglares, sin menoscabo alguno en sus pensiones vitalicias. Algunos, incluso, ejercieron profesiones alejadas de su condición religiosa, como el caso, del que se hace eco Mollat, de uno que trabajó de albañil¹⁶⁸⁴.

Fuera de estos casos aislados que hemos citado, la mayoría de los templarios llevaron una vida tranquila y en paz hasta el fin de sus días, diciendo Juan G. Atienza al respecto:

«Muchos de ellos, de los que quedó al menos el recuerdo, se entregasen a lo que el pueblo no dudó en calificar de vida de santidad, convirtiéndose en anacoretas que terminaron sus vidas como penitentes en las proximidades de sus antiguas encomiendas, o como párrocos de algunas de sus antiguas iglesias o -lo que resultó lo más corriente- como huéspedes sin oficio ni beneficio en los mismos castillos en los que había discurrido su vida como freires o sargentos de aquel Temple que habría de quedar como un recuerdo mítico en la memoria del pueblo»¹⁶⁸⁵.

3.6.3 Análisis de la liquidación del patrimonio templario.

Mucho antes de que se dictara la bula papal de extinción en 1312, príncipes, señores y eclesiásticos ya habían comenzado sus disputas para ver quien obtenía el máximo provecho. En Francia, como en otros lugares, los bienes de los templarios fueron decomisados y puestos bajo control de oficiales reales, aunque en la mayoría de los casos la administración real continuó en las mismas manos en una especie de *ad interim*, si bien el control pasó de inmediato a los gobernantes de cada país. Ya hemos visto en el capítulo II que Clemente V dictó varias bulas recordando a todos que las posesiones templarias sólo deberían servir para la causa de Tie-

¹⁶⁸⁴ Guillaume Mollat, *Dispersion définitive des Templiers après leur suppression*, p. 379.

¹⁶⁸⁵ Juan G. Atienza, *El legado templario*, MC producción editorial, Gavá, 2007, p. 279.

rra Santa, que deberían esperar a los resultados del proceso y que de momento quedaban bajo su protección¹⁶⁸⁶.

La abolición de la Orden no llevaba pareja la confiscación de sus bienes y la posterior entrega de los mismos al señor natural del lugar donde estaban situados ya que la misma no fue condenada en juicio. Los efectos hubieran sido completamente diferentes en caso de una condena judicial, pues la normativa inquisitorial disponía que todo el patrimonio de los condenados por herejía había de ser confiscado en provecho de los inquisidores y del señor natural¹⁶⁸⁷.

La decisión papal de entregar las posesiones templarias a la orden del Hospital partía de un error de bulto y éste es considerar que todos los bienes de la disuelta orden del Temple les fueron entregados *donatio sub modo*¹⁶⁸⁸ para Tierra Santa, sin tener en cuenta que no todas las escrituras de donaciones contenían esta restricción y que muchos de los bienes habían sido adquiridos por compraventa, intercambio o por otros títulos. Este mero detalle fue objeto de controversias y litigios que se solventaron en los tribunales o mediante negociaciones con resultado oneroso para el Hospital. Así, cuando los hospitalarios recibieron los bienes de los templarios en Castilla, las órdenes de Calatrava y Alcántara les disputaron la propiedad de los castillos de Capilla y Almorchón, por lo que, para evitar que el caso llegara a los tribunales, el asunto se saldó mediante el pago por parte del Hospital de fuertes sumas a ambas órdenes¹⁶⁸⁹. En general, se puede decir que la incorporación de los bienes del Temple al Hospital, si bien supuso casi doblar el patrimonio de la orden, lo fue con un alto costo para las arcas hospitalarias¹⁶⁹⁰.

De las varias soluciones que tenía el papa para adjudicar los bienes del Temple, -devolverlos a sus donantes, enajenarlos, o adjudicarlos a una orden nacional o supranacional¹⁶⁹¹ de nueva creación, o atribuirlos a una orden nacional o supranacional existente- adoptó, probablemente, la menos querida por los gobernantes de la época y, por consiguiente, la que más reacción contraria concitó. Los príncipes gobernantes, en un tiempo en que ninguno contaba con ejército permanente, se mostraron temerosos de una orden demasiado fuerte, cuyo jefe supremo era otro señor como ellos, que pudiera plantarles cara o desequilibrar, la ya de por sí frágil, balanza de poderes que existía en la Europa de entonces.

Es por ello que, en sentido estricto, en el caso de la adjudicación a la orden sanjuanista, no cabe hablar de sucesión, sino más bien de transferencia de bienes pues eso es lo que en realidad ocurrió. Por decisión papal, los hospitalarios vinieron a hacerse cargo de la titularidad de las propiedades de los templarios. Es decir,

¹⁶⁸⁶ Bula *Pastoralis praeminentis*.

¹⁶⁸⁷ Epígrafe 2.2.14.4.12.

¹⁶⁸⁸ Donación condicional bajo el Derecho Romano.

¹⁶⁸⁹ Theresa M. Vann, «The Assimilation of Templar Properties by the Order of the Hospital», en J. Burgtorf, P. Crawford, y H. Nicholson, *The Debate on the Trial of the Templars 1307-1314*, pp. 340-341.

¹⁶⁹⁰ Carlos Barquero Goñi, «El proceso de los templarios en Europa», p. 38.

¹⁶⁹¹ Los términos nacional y supranacional se usan en su sentido actual.

les sustituyeron. Pero la suya fue una sustitución puramente material, por lo que no pueden ser considerados como sucesores de la orden u obra del Temple.

Además de las transferencias regulares de los bienes templarios, es decir acordes con la bula *Ad providam*, hubo una serie de adjudicaciones que no se adecuaron ni al espíritu ni a la letra de esta bula. Los principales de estos traspasos de titularidad tuvieron lugar en Castilla, Mallorca, Inglaterra y, sobre todo, en Francia.

El mayor favorecido, sin duda, de la supresión de la orden del Temple, aparte de los hospitalarios de san Juan, fue el rey de Francia y sus familiares. Según Lavocat, Felipe IV y sus sucesores conservaron durante varios años la Torre del Temple en París que no pasó a manos hospitalarias hasta el final de siglo XV¹⁶⁹². Aparte de ésta y de otros bienes inmobiliarios, Clemente V hizo donación a la corona francesa de cuantiosos objetos de gran valor procedentes del Temple, a los que hay que unir los que los miembros de la casa real, principalmente Felipe el Hermoso, se apropiaron en diversas capillas e iglesias de la orden, como una cierta cantidad de objetos sagrados de gran valor (*reliques, vases précieux et sacrés*¹⁶⁹³) requisados a los templarios, que el rey había depositado en el convento de las hermanas de Santa María de Poissy, a las cuales se los legó definitivamente el día antes de su muerte¹⁶⁹⁴. La lista de bienes que, de una manera u otra, fueron a parar a manos de miembros de la corona francesa y sus allegados es enorme, y probablemente no completamente documentada, por lo que sus transcripción excede con mucho los límites que nos hemos impuesto en este trabajo, así es que solamente haremos mención de los que consideramos más importantes, fundándonos en la obra, tantas veces citada, de Luis Léon Lucien Lavocat.

1. El numerario requisado de la casa del Temple en París y en todos los enclaves templarios, el trece de octubre de mil trescientos siete, seguramente de proporciones enormes, pasó a manos del rey y de él nunca más se supo.
2. El resultado de la venta de las cosechas y productos de las granjas templarias desde su confiscación hasta que fueron entregadas a la orden de san Juan.
3. El producto de la venta del mobiliario de las encomiendas y casas templarias, herramientas y útiles de labor agrícola incluidos.
4. Las rentas de los inmuebles situados en territorio francés.
5. Doscientas mil libras tornesas que, decía Felipe IV, la corona tenía depositadas en la tesorería del Temple en el momento del arresto, en tres pagos anuales, de la orden del Hospital, según acuerdo firmado con los representantes de esta orden.
6. Sesenta mil libras, abonadas por los hospitalarios, en concepto de reintegro.

¹⁶⁹² Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 394.

¹⁶⁹³ Reliquias y cálices preciosos y sagrados.

¹⁶⁹⁴ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, p. 394.

gro de los gastos del proceso.

7. Quinientos mil francos que la orden le había prestado al rey Felipe con ocasión del matrimonio de su hermana Blanca, que nunca devolvió.
8. Doscientos mil florines que Jean de la Tour, tesorero de la Orden, le había prestado a la corona sin autorización, razón por la cual fue expulsado de la Orden¹⁶⁹⁵.
9. Dos mil quinientas libras que la corona había recibido en 1297 a cuenta del fondo de cruzada que esperaba recaudar.
10. Tanto la reina como sus hijos (Luis, Felipe y Carlos) debían al Temple importantes sumas por préstamos recibidos que nunca devolvieron.
11. Los sucesores de Felipe, Luis el Obstinado y Felipe el Largo, obligaron a la orden del Hospital a pagarles cincuenta mil libras tornesas en concepto de liquidación, a lo que se unió las dos terceras partes de las deudas y valores, a favor de la Orden, que Felipe IV no había conseguido realizar antes de su muerte.
12. Carlos de Valois, hermano de Felipe IV, se hizo abonar por los hospitalarios importantes cantidades que, decía, le debía el Temple.
13. El rey Felipe V, el Largo, consiguió del Hospital una renta vitalicia para él y su mujer de mil doscientos libras tornesas anuales¹⁶⁹⁶.

Además de los miembros de la familia real, fueron numerosos los laicos (como Jean de Montmorecy y Gillon Brillat), los eclesiásticos y las instituciones religiosas que se vieron favorecidos con propiedades de la Orden o que recibieron del Hospital pingües retribuciones a cambio de traspasarles, sin necesidad de juicio, el dominio de las propiedades de las que se habían apropiado tras el arresto de los miembros de la Orden¹⁶⁹⁷. Respecto a la participación directa de la Iglesia en la rapiña de los bienes del Temple, dice el padre Lejeune, haciéndose eco de lo publicado por Dupuy, que estando Enguerran de Marigny en Carcasona hizo que los depositarios de los bienes [muebles] de los templarios [y de los judíos] le hicieran entrega de los mismos y que se los llevó a Aviñón¹⁶⁹⁸.

En Castilla-León los templarios poseían veinticuatro encomiendas y dieciocho pueblos, de todos los cuales se apoderó el rey Fernando IV cuando recibió la bula papal de detención de los templarios, disponiendo de ellos a voluntad, incluso antes de la celebración del concilio de Vienne, pues hay constancia de concesiones de parte de ellos a la orden de Santiago en mil trescientos ocho. Posteriormente siguió disponiendo de los bienes, gran parte de los cuales fueron cedidos a esta orden, a la de Calatrava y a la de Alcántara, las cuales, junto con concejos y particulares, también se apoderaron de pueblos y castillos que habían sido templarios, si-

¹⁶⁹⁵ La expulsión fue anulada por Clemente V que obligó a que fuera readmitido. Ver epígrafe 2.3.7.1.

¹⁶⁹⁶ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 395-399.

¹⁶⁹⁷ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 399-400.

¹⁶⁹⁸ Lejeune, *Histoire critique et apologetique*, p. 357.

tuados en la frontera, para evitar que fueran ocupados por los moros. Enterado Juan XXII, sucesor de Clemente V, dispuso que, si bien la bula *Ad providam* exceptuaba a varios reinos, entre ellos el de Castilla, del régimen general de entrega a la orden de san Juan, establecía un plazo para que los soberanos de tales reinos le hicieran llegar sus propuestas concretas de reparto de los bienes y que como el plazo se había cumplido en exceso sin ninguna actividad por parte de Fernando IV y de su heredero, él ordenaba que todos los bienes fueran entregados a sus legítimos titulares, los caballeros hospitalarios de san Juan, otorgando la correspondiente comisión al prior de la orden en Castilla, don Fernán Rodríguez. Al negarse los detentores de tales bienes a acatar la orden papal, a pesar de contar con la aprobación real¹⁶⁹⁹, en base a los derechos de la corona, el prior se quejó al papa que lanzó varias excomuniones, entre ellas la del maestre de la orden de Alcántara, y nombró nuevo comisionado en la persona del arzobispo de Santiago que no hizo gran cosa para resolver el problema. Vueltos los bienes a manos de la corona, y entre ellos los castillos de Capilla, Almorchón y Garlitos, Alfonso XI donó nuevamente el de Almorchón a la orden de Alcántara, parece que en compensación por la pérdida de las otras plazas. Los otros castillos permanecieron en el dominio real hasta que, tras pasar por diferentes avatares, fueron a caer en manos de los Stúñiga¹⁷⁰⁰. Los pocos bienes que pasaron a manos de la orden de san Juan de Jerusalén, lo fueron por «concesión graciosa y no por obligación»¹⁷⁰¹.

En el reino de Mallorca, lo mismo que en Castilla, aunque la bula *Ad providam* expresamente disponía que los bienes del Temple situados dentro de sus fronteras quedaba fuera del régimen general de traspaso, el rey Jaime II dejó pasar el tiempo sin presentar al papa su proyecto de adjudicación, por lo que Juan XXII dispuso que los tales bienes fuera entregados a la orden de san Juan. Don Sancho, hijo y sucesor de don Jaime, exigió de los hospitalarios que asumieran las mismas obligaciones de defensa que, respecto de los sarracenos, tenían los caballeros del Temple y que le pagasen «nueve mil sueldos reales de Mallorca y dos mil sueldos barceloneses, y de contado se le entregasen otros veinte y dos mil quinientos sueldos de dicha moneda de Mallorca»¹⁷⁰².

En Inglaterra, tras la orden de detención dictada por el papa Clemente, todas las posesiones templarias fueron puestas bajo la supervisión del Tribunal de Cuentas y bajo la vigilancia directa de los llamados «guardianes de las tierras de los templarios»¹⁷⁰³ que tenían la misión de hacer llegar al tesorero real los importes de las rentas y de los productos de tales tierras. Estos guardianes tenían también en-

¹⁶⁹⁹ La autorización fue otorgada por la reina doña María de Molina, tutora del rey Alfonso XI que era menor de edad.

¹⁷⁰⁰ Carlos Barquero Goñi, «El conflicto por los bienes templarios en Castilla y la orden de san Juan», *En la España Medieval*, vol. 16, Universidad Complutense, Madrid, 1993, pp. 37-53.

¹⁷⁰¹ Joaquín Bastús, *Historia de los templarios*, Imprenta de J. Verdaguer, Barcelona, 1834, pp. 118-120.

¹⁷⁰² Joaquín Bastús, *Historia de los templarios*, Imprenta de J. Verdaguer, Barcelona, 1834, pp. 117-118.

¹⁷⁰³ *Guardians of the lands of the Templars*.

comendado efectuar los pagos a los sirvientes y proveedores por los gastos ocasionados por la persecución de la Orden. Al igual que en Castilla, el rey empezó a disponer de las propiedades y a hacer donaciones de las mismas a sus amigos y favoritos. El dieciséis de mayo de 1312 el papa envió al rey y a los arzobispos, obispos, condes y barones del reino, las bulas resultantes del concilio de Vienne y entre ellas la titulada *Ad providam*, por la que atribuía las propiedades del Temple a los hermanos del Hospital de san Juan. Tanto el rey como los nobles se mostraron poco propicios a cumplir la orden papal y el veintiuno de agosto el rey envió una misiva al prior de la orden de san Juan en Inglaterra comunicándole que las pretensiones del papa de disponer de las propiedades templarias dentro el reino de Inglaterra, sin el consentimiento del parlamento, era atentatorio contra la dignidad de la corona y la autoridad real y le conminaba, con la advertencia de penas y castigos severos, a que desistiera de continuar en su intento de incorporar a su orden ninguna porción de las posesiones de los templarios. Al mismo tiempo él continuó distribuyendo las tierras y rentas templarias entre sus amigos y favoritos, siendo uno de éstos Aymer de Valence, conde de Pembroke, a quien entregó a principios de 1313, la propiedad conocida como Temple en Londres, con la iglesia y todos los edificios y tierras comprendidos en ella. Otras muchas propiedades templarias fueron entregadas por el rey a comerciantes, de los que era deudor, en pago de sus deudas. Por fin el veintiuno de noviembre de 1313 cedió a las presiones papales y de los responsables de la orden de san Juan y les cedió todos los derechos sobre las propiedades que aún quedaban en su poder y dirigió escritos a los barones del reino que estaban en posesión de fincas que habían sido del Temple y a los «guardianes de las tierras de los templarios» ordenándoles entregar a los diputados del gran maestro y del capítulo de la orden de san Juan, las dichas fincas. Para esta fecha muchos de los herederos de los donantes primigenios habían sido reconocidos por los tribunales como los legítimos propietarios de las fincas donadas por sus antepasados al Temple y dictaminaron que el rey no tenía poder para transferirlas a la orden hospitalaria. Finalmente las presiones y excomuniones papales tuvieron efecto y el parlamento promulgo en 1324 una ley por la que todas las propiedades que habían pertenecido al Temple en el momento de su disolución fueron transferidas a la orden del Hospital de san Juan. Dado que las disputas continuaron aún durante largo período, fue necesario dictar una nueva ley parlamentaria en 1334, reinando ya Eduardo III, confirmando la anterior y requiriendo de los *sheriffs* la exacta ejecución de la ley y la toma de posesión de las propiedades en nombre del rey. Al mismo tiempo el rey exigió a los hospitalarios el pago de los cuatro peniques diarios a favor de cada uno de los antiguos templarios¹⁷⁰⁴.

3.6.4 Análisis de la sucesión.

Caso diferente, es el de la Península Ibérica, en la que, primero en Valencia,

¹⁷⁰⁴ Charles G. Addison, *The History of the Knights Templar, the Temple Church and the Temple 1119-1312*, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1842, pp. 282-287.

los bienes del Temple y del Hospital (estos a cambio de una compensación) constituyeron el patrimonio fundacional de la orden de Montesa, y segundo en Portugal, en donde los bienes que habían sido del Temple pasaron en su totalidad a la nueva orden de Cristo. La diferencia esencial es que mientras en el primer caso, Montesa nació unida ideológicamente y por filiación a la orden de Calatrava, integrada exclusivamente por caballeros hospitalarios y calatravos, la orden de Cristo no solamente heredó los bienes que habían sido templarios, sino que ideológicamente fue una prolongación del Temple, a pesar de que en principio se le asignó la regla de Calatrava. Incluso su emblema era una cruz roja, de diseño parecido al templario, a la que posteriormente se le añadió una cruz llana blanca superpuesta. Además la nueva orden portuguesa integró a los antiguos templarios en bloque, permaneciendo algunos de sus dirigentes en puestos de relevancia¹⁷⁰⁵.

También el interregno entre la promulgación de la bula de extinción¹⁷⁰⁶ y las fechas de fundación de ambas órdenes transcurrió por derroteros diferentes pues mientras que en Aragón los miembros de la orden del Temple fueron detenidos hasta la celebración del juicio y sus bienes pasaron a ser administrados por la corona, en Portugal los templarios permanecieron completamente libres y la Orden continuó desarrollando sus actividades ordinarias, aunque de manera más precaria. Incluso se da el caso de que después de promulgada la bula de abolición, en el período de sede papal vacante (1314-1316) por la muerte de Clemente V, los templarios portugueses procedieron a la elección de Lourenço Annes como comendador, prueba evidente de la normalidad y del mantenimiento de una cierta estructura¹⁷⁰⁷. Es más, según consta en un documento de 1317, cuando el rey D. Dionisio decidió la creación de la nueva orden de Cristo, ésta fue una reformulación y una continuación de la orden del Temple, evitando en todo momento, con respecto a ésta, usar la expresión abolición.¹⁷⁰⁸

Por lo tanto, cuando se habla de la sucesión de las órdenes de Montesa y de Cristo hay que hacer una matización que consideramos importante, y ésta es que mientras en el caso de la aragonesa fue una mera sucesión material, en el caso de la portuguesa sí se puede hablar de continuidad material e ideológica. A este respecto y en este mismo sentido dice Juan G. Atienza:

«Montesa, pues, fue la orden heredera material del Temple, pero en modo alguno su continuadora espiritual e ideológica como algunos han supuesto. Si los templarios se volcaron como un solo hombre en la fundación y desarrollo de la orden de Cristo portuguesa –y no sólo los templarios portu-

¹⁷⁰⁵ Además del ya citado Dom Lourenço Martines, Raynouard cita a: Laurent Fernandes, gran comendador; Gilles Stevanez, comendador de Portalegre; Joao Giles, comendador; Rodriguez Amez, comendador; Laurent Fernandez, comendador de Dornes; y Gabriel Yanes.

¹⁷⁰⁶ Incluso cabría decir que desde la orden de detención de los templarios y de incautación de sus bienes dictada por Clemente V.

¹⁷⁰⁷ Ademir Luiz da Silva, *Da Cruzada à Demanda. A tradição épica da Ordem dos Templários na baixa idade Média portuguesa. Siglos XII-XIV*, Tese de doutorado em História, Universidade Federal de Goiás, Goiás, 2008, p. 53; Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, V. I, Imprensa Acadêmica, Coimbra, 1910, pp. 329-330.

¹⁷⁰⁸ Philippe Anoin Grouvelle, *Memoires historiques Sur les Templiers*, p. 217.

gueses, sino todos aquellos que sentían al Temple como propio y digno de seguir vigente—, la mayor parte de los de la Corona de Aragón, y entre ellos los principales dirigentes, parecen haberse inhibido de su templarismo (y hasta ocasionalmente de su misma condición de frailes, que no habían perdido por el hecho de que la Orden hubiera sido suprimida) en aras de una vida, si no más libre sí exenta de preocupaciones y de responsabilidades»¹⁷⁰⁹.

La continuidad templaria a través de la orden de Cristo es la postura oficial de la Iglesia lusitana, puesta de manifiesto en un interesante artículo de la web *Eclessia*, órgano oficial de la Conferencia Episcopal Portuguesa, titulado *Os templários e a sua metamorfosis portuguesa: Ordem de Cristo*, en uno de cuyos párrafos se puede leer:

«Sin embargo, D. Dionisio, quien entonces presidía el trono de Portugal, se resistió a aceptar la política papal que obligaba a la extinción del Temple, consciente del relevantísimo servicio que éste había proporcionado y seguía proporcionando a la defensa y la repoblamiento del territorio portugués. A través de un exitoso esfuerzo diplomático logró obtener del Papa una solución para acatar la disolución [de la Orden], no extinguiendo, de hecho esta orden de élite, cuya disolución no se adaptaba a la estrategia política del Reino de Portugal. La solución pasó por cambiar el nombre. Siguió siendo los mismos efectivos, los mismos bienes y la [misma] estructura organizativa, pero se cambió el nombre de la orden. La orden pasó a ser llamada orden de Cristo. Así que con este movimiento de diplomacia, D. Dionisio salvó a los templarios que pasaron a integrarse en la orden de Cristo, en realidad, el nuevo nombre de la orden del Temple»¹⁷¹⁰.

Esta continuidad, que se prolongó a lo largo de seis siglos, quedó rota al caer la monarquía portuguesa en 1910 y ser disuelta, junto con las «antiguas órdenes nobiliarias»¹⁷¹¹, por decreto de la República de 15 de octubre del mismo año.

En la actualidad la postura oficial en Portugal es que la orden civil de Cristo, creada por el gobierno de la República mediante el decreto 6205 de uno de diciembre de 1918¹⁷¹² «destinada a premiar los servicios relevantes de nacionales y extranjeros prestados al país o a la humanidad, tanto militares como civiles»¹⁷¹³ es

¹⁷⁰⁹ Juan G. Atienza, *El legado templario*, p. 278.

¹⁷¹⁰ No entanto, D. Dinis, que então presidia ao trono de Portugal, resistiu a aceitar a diretiva papal que mandava extinguir a Ordem do Templo, consciente do relevantíssimo serviço que tinha prestado e continuava a prestar na defesa e povoamento do território português. Através de uma ação diplomática bem sucedida conseguiu obter do Papa uma solução para acatar a extinção, não extinguindo de facto esta Ordem de elite, cuja dispensa não convinha à estratégia política do Reino de Portugal. A solução passou por comutar o nome. Mantiveram-se os mesmos efetivos, os mesmos bens e a estrutura organizativa, mas mudou-se o nome da Ordem. A Ordem passou a chamar-se Ordem de Cristo. Assim, com esta jogada de diplomacia, D. Dinis salvou os Templários que passaram a ser integrados na Ordem de Cristo, no fundo, o nome novo da Ordem do Templo ou dos Cavaleiros de Cristo. (José Eduardo Franco, *templários e a sua metamorfosis portuguesa: Ordem de Cristo*, <http://www.agencia.ecclesia.pt/cgi-bin/noticia.pl?id=89977>).

¹⁷¹¹ «antigas ordens nobiliárquicas»

¹⁷¹² Artículo 21 de Decreto de 1 de diciembre de 1918.

¹⁷¹³ «destinada a premiar os serviços relevantes de nacionais ou estrangeiros prestados ao país ou à humanidade, tanto militares como civis»

heredera de la primigenia orden de Cristo¹⁷¹⁴ aunque, sin duda para desvincularla de la santa sede, tanto el decreto de creación como las sucesivas normas que la han regulado¹⁷¹⁵, hasta la actual ley «*das Ordens Honorificas Portuguesas*» de dos de marzo de 2011, deja bien claro que la misma está «asociada al ejercicio de las funciones de soberanía» del Estado portugués¹⁷¹⁶.

Recientemente, navegando por internet, hemos encontrado una llamada *Ordem Militar de Jesus Cristo* que, según dicen, hunde sus raíces en una organización secreta de militares portugueses, todos caballeros de la orden de Cristo, que en tiempos de la reina María I constituyeron una rama secreta de esta orden con el fin de perpetuarla, la cual ha perdurado hasta nuestros días en que ha salido a la luz pública de mano de su gran maestro don José Carlos Veríssimo de Lombaviana. No hemos encontrado ningún documento ni ninguna obra que corrobore lo que se afirma en la web de esta orden¹⁷¹⁷ y tampoco hemos recibido respuesta a nuestra solicitud de información que le hemos dirigido¹⁷¹⁸, por lo que solamente lo dejamos señalado como un hecho que merece una mayor investigación pero con todas las reservas.

Respecto a la rama brasileña de la portuguesa orden de Cristo, aún si se considerase que la pérdida de su carácter religioso y conversión en mera condecoración civil no afectaba a su condición de sucesora del Temple, es evidente que tal condición la perdió en 1891 al promulgarse el decreto de abolición de todas las órdenes monárquicas.

Por lo tanto, asumiendo la sucesión por la orden de Cristo, desde un punto de vista legal, al día de hoy, tal sucesión tan sólo puede ser atribuida a la rama pontificia de esta misma orden de Cristo¹⁷¹⁹, elevada a la categoría de suprema de las órdenes ecuestres vaticanas por el papa Pío X¹⁷²⁰.

¹⁷¹⁴ Así se dice en la web oficial del gran maestro de la órdenes honoríficas portuguesas, presidencia de la República (www.ordens.presidencia.pt/?idc=182).

¹⁷¹⁵ Legislación de 1962 y 1986.

¹⁷¹⁶ «*associada ao exercício das funções de soberania*»

¹⁷¹⁷ <http://ordochristi.org>.

¹⁷¹⁸ Posteriormente hemos sabido que dos de sus cargos máximos, el gran maestro y el gran prior de Portugal, han fallecido, lo que, en cierta manera, justifica la falta de respuesta a nuestro requerimiento de información.

¹⁷¹⁹ De que es la misma no hay la más mínima duda, pues así se afirma en el breve de 1905 de Pío X: *Denique oculos mentis nostrae convertentes ad Militiae J. Christi nobilissimum Ordinem, quem anno MCCCXVIII post Ordinis Templi ruinam, Dyonisius I, Portugalliae et Algarbiorum Rex, instituit, auctore et auspice Joanne PP. XXII sec mem. Praedecessore Nostro [...]* (En fin, llamamos nuestra atención hacia la orden muy noble de la Milicia de Jesucristo, fundada el año 1318, después de la supresión de la orden del Temple, por Dionisio I, rey de Portugal y de los Argarves, con la aprobación y bajo el patrocinio del papa Juan XXII, Nuestro Predecesor, de venerada memoria). (*Actes de S. S. Pie X, encycliques, motu proprio, brefs, allocutions, etc*, Tome II, Éditions des «Questions Actuelles», París, 1922, pp. 13-15).

¹⁷²⁰ «*Hunc equestrium Pontificias Sedis Ordinum Supremum esse auctoritate Nostra per presentes edicimus ac mandamus, quo non altior sit dignitate potior, sed ceteris amplitudine ac splendore superevineat*». (En virtud de nuestra Autoridad, declaramos y decretamos por las presentes, que esta orden es la suprema de las órdenes ecuestres pontificias, que no cede en dignidad ante ninguna de

3.6.5 Análisis crítico de la continuidad

Dado que por mandato expreso de la bula *Vox in excelso*, la orden del Temple fue abolida por «sanción irrefragable y válida a perpetuidad», desde el punto de vista de la legalidad eclesiástica nunca se podría hablar de continuidad pues ello sería tanto como contradecir frontalmente la bula papal. Es más, la bula *Ad providam*, dictada el dos de mayo de 1312, aparte de incidir en la prohibición perpetua de la orden, añade que «nadie ose vestir los hábitos o presumir de ser un templario» y que quien incumpla esta orden «incurrirá automáticamente en excomunión». Es decir, la pena que imponía la Iglesia para quien incumpliera su norma era la expulsión de su seno, pena drástica y terrible para la época en que toda la vida personal, familiar y social giraba en torno a la religión y al Derecho Canónico¹⁷²¹.

3.6.5.1 Análisis de la continuidad en Escocia.

La continuidad en Escocia basada en el asentamiento de un grupo de nueve templarios huidos de Francia, encabezados por un tal Pierre d'Aumont, a quien le asignan la comandancia, preceptoría o maestría provincial de Auvernia, carece de toda evidencia histórica, si bien es cierto que un grupo de al menos doce templarios, encabezados por Himbert Blanke¹⁷²², se encontraban en Inglaterra poco después de las detenciones de Francia en 1307¹⁷²³, donde éste fue capturado y sometido a juicio en varias ocasiones, siendo encerrado en la Torre de Londres acusado de blasfemia, encierro por el que la corona pagó dos chelines diarios hasta 1313 en que fue transferido al arzobispado de Canterbury, perdiéndose todo rastro de él desde 1314¹⁷²⁴.

La continuidad escocesa a partir de la unión de hospitalarios y templarios tiene varios puntos débiles que vamos a someter a continuación a análisis crítico siguiendo el mismo orden expuesto en el epígrafe correspondiente.

3.6.5.1.1 Análisis de la continuidad en la primera época: amalgamada orden de templarios y sanjuanistas.

El primero de estos períodos es el correspondiente a la alegada unión entre hospitalarios y templarios en el que cada orden conservó una cierta autonomía bajo la jefatura común del preceptor de Torphichen.

La existencia de una administración separada de las posesiones templarias

ellas, sino que las sobrepasa por su grandeza y esplendor). (*Actes de S. S. Pie X, encycliques, motu proprio, breufs, allocutions, etc.*, Tome II, Éditions des «Questions Actuelles», París, 1922, pp. 13-15).

¹⁷²¹ El efecto más notable de la excomunión era la exclusión de la recepción o administración de los sacramentos.

¹⁷²² También escrito a veces, Humbert o Imbert Blank.

¹⁷²³ Heinrich Finke – *Papsttum und Untergang des Templerordens*, 2 Bde., Vorreformationsgeschichtliche Forschungen, IV, Münster 1907, p. 74

¹⁷²⁴ Alan Forey, *Ex-Templars in England*, Journal of Ecclesiastical History, Cambridge University, 2002, pp. 18-37.

lleva a Baigent y Leigh a preguntarse si existió un acuerdo secreto entre ambas órdenes en espera de una posible resurrección de los templarios o si simplemente los hospitalarios permitieron a los antiguos templarios la administración separada de lo que había sido patrimonio del Temple¹⁷²⁵. Esta segunda parte de la pregunta, que se hacen estos autores, debería ser descartada ya que si bien fue posible en los treinta o cuarenta años inmediatos a la anexión, carecería totalmente de sentido pasado este tiempo, salvo bajo el supuesto de que también persistiera una estructura templaria dentro de la amalgamada orden de san Juan y del Temple de Jerusalén, lo cual parece corroborarse, en opinión de estos autores, por la existencia dentro de dicha orden del cargo de «*bailie of the Temple lands*»¹⁷²⁶ tal como aparece en varios documentos de finales del siglo XV¹⁷²⁷. Podemos afirmar, pues, que el caso de Escocia fue único en Europa.

El documento de confirmación de las donaciones de sus antepasados, emitido por Jaime IV, al que hemos hecho referencia, parece demostrar por sí solo la existencia de ambas órdenes unidas bajo el prior de Torphichen. Pero éste no es el único documento del período que hace alusión a esta pervivencia del Temple. En todo este período siguió funcionando un llamado «Tribunal de Temple», del cual hay en los archivos escoceses numerosas sentencias. También en documentos privados se pone de manifiesto esta pervivencia, como en una escritura de donación del siglo XV, otorgada por un tal William Lisours, en la que al final de la misma se contiene una cláusula de prevención o garantía contra los templarios:

«*Et ego et heredes mei dictas terras cum ómnibus supradictis libertatibus et aisiamentis dicto Stephano et heredibus suis vel suis assignatis contra omnes homines et feminas templarios et alios warantizabimus adquietabimus et defendemos in perpetuum*»¹⁷²⁸.

Hay un documento, recuperado por James Maidment en el siglo XIX, en la *Advocates Library*, e incluido en la única y corta edición¹⁷²⁹ de su obra *Templaria*, en el que de manera explícita se alude a ambas órdenes. Este es un escrito de «Información para lord Torphichen»¹⁷³⁰, para ser presentado a los Lores Comisionados nombrados por Su Majestad para el juicio de los derechos y seguridades de las iglesias, abadías, prioratos y otros beneficios eclesiásticos erigidos por los predecesores de Su Majestad *in temporalibus*¹⁷³¹ tomando en consideración los motivos originales y fundamentales por los que así se procedió», en el que tras hacer a lo largo de tres páginas referencia a todas las concesiones efectuadas por los reyes a ambas órdenes, en el folio tercero dice que en el tiempo de la Reforma, habiendo

¹⁷²⁵ Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 97.

¹⁷²⁶ *Bailio de las Tierras del Temple*.

¹⁷²⁷ Karem Ralls, *The Templars & the Grail*, p. 114.

¹⁷²⁸ *Y yo y mis herederos garantizamos, aquietamos y defendemos a perpetuidad, dichas tierras con todas las libertades y servidumbres, como se ha dicho anteriormente, a dicho Stephen y sus herederos o cesionarios, contra todos los templarios, hombres y mujeres, y otros.*

¹⁷²⁹ Veinticinco ejemplares.

¹⁷³⁰ James Sandilands.

¹⁷³¹ En latín en el original.

encontrado el parlamento que la autoridad del papa era perjudicial para el reino, por ley se procedió a la clausura de la preceptoría de Torphichen, *Fratribus Hospitalis Hierosolimitani, Militibus Templi Solomonis* y termina diciendo que él [James Sandilands] es el actual titular y poseedor del señorío y la preceptoría de Torphichen, la cual nunca estuvo sujeta a ningún capítulo o convento de nadie, excepto el de los «Caballeros de Jerusalén y del Temple de Solomon» y que *genibus flexit et reverentia qua decuit*¹⁷³², dimite de ella y la deposita en las manos de la Soberana Señora, su indudable superior [...] ¹⁷³³.

Por lo tanto, creemos que existen suficientes evidencias documentales para aceptar la existencia en Escocia hasta 1560 de una amalgamada orden de san Juan y del Temple de Jerusalén que se dirigió desde la preceptoría de Torphichen y que las propiedades y posesiones de ambas órdenes se administraron de manera separada, formando las templarias un conjunto que, con la denominación de *Terra Templariae*, estuvo pajo el control de un baillío.

3.6.5.1.2 Análisis de la continuidad en la segunda época.

Hemos llamado a esta época período especulativo porque, aunque nos propusimos, y así lo hemos dicho más arriba, dejar de lado toda especulación, no es menos cierto que en el *iter* de la orden en Escocia desde final del siglo XVI hasta principios del siglo XIX hay, junto a personas, hechos y sucesos plenamente documentados, otros que tan sólo se conocen por referencias en obras cuya credibilidad dependerá en muchos casos de la que otorguemos a sus autores.

Empezando por la persona, y la existencia misma del hombre, para algunos maestre y para otros prior, que inició la singladura de una orden templaria separada de la de san Juan, es decir David Seton. De éste, en una nota al pie¹⁷³⁴, Baigent y Leigh afirman que varios autores que han documentado a todos los miembros escoceses de la orden de san Juan no lo mencionan. Sin embargo nosotros hemos encontrado una obra titulada *The Order of St. John of Jerusalem*, de la que son autores K. R. Bedford y Richard Holbeche, publicada en Londres en 1902, en cuya página 204, en una sección que los autores titulan como *priors of Scotland*¹⁷³⁵, se puede leer:

«David Seton. El último prior de Escocia; se retiró a Alemania con una gran parte de sus hermanos escoceses, alrededor de 1572-73.

Se dice que David Seton murió alrededor de 1591 y que fue enterrado en la iglesia del monasterio de los Benedictinos escoceses en Ratisbona. Era de la noble casa de Wintoun»¹⁷³⁶.

¹⁷³² En latín en el original.

¹⁷³³ James Maidment, *Templaria*, James Maidment, Edinburgh, 1829, pp. 3 - 5

¹⁷³⁴ Michael Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 394.

¹⁷³⁵ Priors de Escocia

¹⁷³⁶ «David Seton. The last prior of Scotland; retired to Germany with the greater portion of his Scottish brethren, about 1572-3. David Seton is said to have died about 1591, and to have been buried in the Church of the Scotch Benedictines at Ratisbonne. He was of the noble house of

La importancia del texto radica, aparte de en su contenido intrínseco, en su autoría, pues ambos autores eran miembros de la orden de Malta, de la que el primero, Bedford, era genealogista y el segundo, Holbeche, era bibliotecario, por lo tanto dos personas con información privilegiada, pues contaban con acceso a todos los archivos, cartularios y documentos de todas clases de la orden desde sus inicios.

Nosotros mismos hemos tratado de confirmar el dato referente al lugar en que se dice que Seton fue enterrado, el monasterio benedictino escocés de Ratisbona (Regensburg) y hemos sido informados por el Dr. Paul Mai, director de los archivos de la diócesis, a quien nos dirigió el rector del convento, Mgr. Martin Pri-ller, de que el fallecimiento más antiguo que tienen registrado data de 1680 y que el nombre no se encuentra tampoco en el directorio de tumbas ni en otro registro manuscrito de finales del siglo XVI, aunque a este respecto, también nos informa que la mayoría de las tumbas antiguas fueron destruidas en 1689¹⁷³⁷.

Aunque la referencia a David Seton en la historia de la orden de san Juan para nosotros es fiable, la misma no relaciona al último prior hospitalario de Escocia con el Temple, por lo que hemos de acudir a lo único que tenemos, el poema satírico antes transcrito en su versión española, sobre el cual los autores K. R. Bedford y Richard Holbeche, dicen en la página 67 de su obra:

El último preceptor, David Seton, retirado en Alemania, murió allí en 1591. En un poema escocés antiguo, de la última mitad del siglo XVI, se le menciona como cabeza de los hospitalarios escoceses. El poema dice así:

Padre, así pues sobre el traidor /
 Quién nos llevó a tal situación? /
 ¡Codicioso como Judas bribón! /
 Padre, como el miserable /
 que vendió Tierra Santa por pesado oro /
 Pero la Orden no tuvo ninguna pérdida /
 Cuando David Setoune cogió la cruz»¹⁷³⁸.

Esta versión no concuerda con la recogida en la «Historia de la Familia de los Seton»¹⁷³⁹, publicada en 1896, en la que el penúltimo verso es del siguiente tenor literal:

«Pero el temple no tuvo ninguna pérdida»¹⁷⁴⁰

Como dicen Baigent y Leigh «es un sugestivo fragmento que alude explí-

Wintoun» (W. K. R. Bedford & Richard Holbeche, *The Order of St. John of Jerusalem*, p. 204).

¹⁷³⁷ Copia del email recibido del rector del monasterio benedictino de Ratisbona (en alemán Regensburg) y del director del archivo del obispado de dicha ciudad [Apéndice N° 54].

¹⁷³⁸ «*The last preceptor, David Seton, retired to Germany, where he died in 1591. In an old Scottish poem of the latter half of the sixteenth century, entitled «The Holy Kirk and the Theeves», he is mentioned as the head of the Scottish hospitallers. The poem runs thus: Fye upon the traitor then, / Quha has broucht us to sic pass, / Greedie als the knave Judas / Fye upon the churle quwhat solde / Holie Erthe for heavie golde; / But the Order felt na losse, / Quhan David Setonne bare the Crosse»* (W. K. R. Bedford & Richard Holbeche, *The Order of St. John of Jerusalem*, p. 67).

¹⁷³⁹ George Seton, *A history of the family of Seton during eight centuries*, T. & A. Constable, Edimburgo, 1898, p. 751

¹⁷⁴⁰ «*But the temple felt na losse»*

citamente al Temple, que deviene aún más sugestivo en virtud de su fecha, ya que es de dos siglos y medio después de la desaparición oficial del Temple»¹⁷⁴¹. La importancia del texto radica en que, según la letra del poema diga *Tempel* u *Order*, las consecuencias que se pueden extraer son diferentes, pues mientras la referencia al «Temple» es inequívoca, la referencia a la «Orden» puede ser tanto a la del Temple como a la del Hospital. Siguiendo el mismo *iter* que Baigent y Leigh llegamos a una obra publicada en 1858, *A History of the Knights of Malta or the Order of the Hospital of St. John of Jerusalem*¹⁷⁴², de la que es autor el mayor Whitworth Porter, en cuya página 304 se publica una versión del poema coincidente con la de Bedford y Holbeche de 1902, lo cual en principio no debe resultar extraño y lo único que parece indicar es que o bien ambos bebieron en la misma fuente o bien que los más modernos copiaron del más antiguo. En la búsqueda de obras más antiguas que contengan una transcripción del poema nos encontramos la ya mencionada obra de 1843, titulada «*Statutes of the Religious and Military Order of The Temple as stablished in Scotland with an historical notice of the Order*», en cuya página XIV de la introducción histórica se dice que tras la traición de James Sandilands «desprovistos los Caballeros de sus intereses patrimoniales, se marcharon todos juntos, con David Seton, gran prior de Escocia, sobrino de Lord George Seton, ancestro de los condes de Wintoun, a su cabeza y que a este hecho hace alusión un poema satírico de aquel período, titulado “La Santa Iglesia y sus ladrones”, del que es autor obviamente un enfadado católico y templario, no de acuerdo con Sandilands por su traición a la confianza y a los votos» cuyo penúltimo verso dice:

«Pero el temple no tuvo ninguna pérdida» (*But the Tempel felt na losse*).

Esta, al ser la versión documentada más antigua de la que se tiene conocimiento, debería hacernos pensar que es la más verosímil, por lo que hay que achacar a miembros de la orden de Malta la alteración, pues, como dicen Baigent y Leigh, «al cambiar Temple por Orden se habría exonerado a los caballeros de san Juan de la sospecha de haber albergado templarios entre sus filas»¹⁷⁴³.

Tampoco se puede descartar la posibilidad de que tanto K. R. Bedford y Richard Holbeche como George Seton y todos los autores que mencionan a David Seton, se hayan basado en lo publicado en la *Historical notice* pues ninguno da más información sobre este personaje que la que se ofrece en esta obra sobre cuya veracidad, como veremos más adelante, albergamos serias dudas.

Tras David Seton entraron en liza los Caballeros templarios de san Antonio a los que, como hemos dicho más arriba, fue cedida la preceptoría, que en consonancia con la *Reform Act* de 1560, había sido expropiada y anexionada a la Corona por ley del parlamento de 1587. La cédula real no sólo contiene la expresa mención de que sus beneficiarios son los *Knights Templar of St. Anthony*, sino que

¹⁷⁴¹ Michael Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 99.

¹⁷⁴² Whitworth Porter, *A History of the Knights of Malta or the Order of the Hospital of St. John of Jerusalem*, Longman, Brown, Green, Longmans & Roberts, Londres, 1858.

¹⁷⁴³ Michael Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 102.

en el mismo título se dice que la donación comprende «*all the croft of arable land contiguous to St. Anthony's Garden, and also all that place and piece of ground whereon the Church and the preceptory of St. Anthony of the Knight Templars stood*»¹⁷⁴⁴.

El parecer de los historiadores escoceses sobre este documento no es pacífico, pues mientras que prestigiosos autores, como George Chalmers, opinan que la orden a la que se refiere el documento de donación fue efectivamente una orden religiosa de caballeros pero definitivamente no de templarios y que la atribución templaria de los monjes de san Antonio es un «error inútil de un funcionario ignorante»¹⁷⁴⁵, opinión que es compartida por otros, como James Grant¹⁷⁴⁶, otros historiadores no menos prestigiosos, como Hughes Arnot la asumen plenamente¹⁷⁴⁷.

Sin ningún otro elemento de peso que nos ayude a decantarnos en un sentido o en otro, no emitiremos ningún juicio, pero pensamos que hay que tener en consideración dos aspectos que nos parecen importantes. Uno es la baja probabilidad de utilización errónea en un documento oficial, en el siglo XVI, del apelativo «templario», que había sido de escaso uso en los últimos trescientos años y, en segundo lugar, está la figura del rey Jaime VI, autor de obras literarias, traducciones, de un tratado sobre poesía, meditaciones sobre las sagradas escrituras, obras de teoría política y autor de numerosos discursos, considerado, en suma, «inteligente y reflexivo»¹⁷⁴⁸, por lo tanto totalmente alejado de la figura de rey semianalfabeto, que sólo sabía firmar con un «Yo, el rey». Con ello queremos expresar, que es poco probable que este rey pusiera su rúbrica sobre ningún documento sin leerlo y, por lo tanto, en caso de haber apreciado un error en el uso de la expresión «templario» es seguro que lo hubiera hecho corregir.

Otras circunstancias hay que enmarcarlas en el contexto de la implantación de la Reforma en Escocia, por ley del parlamento de 1560, sancionada por el rey Jaime VI en 1567, que supuso no sólo la irrupción de una nueva fe religiosa de corte calvinista, sino la ruptura total con la Iglesia de Roma y la expropiación de todas las propiedades eclesiásticas¹⁷⁴⁹.

El único centro que los antonianos poseían en Escocia estaba situado en Leith, y se componía de encomienda o preceptoría, iglesia, hospital, cementerio y

¹⁷⁴⁴ «...todo el cercado de tierras cultivables junto a los jardines de san Antonio y también la plaza y la parcela en la que se encuentran ubicadas la Iglesia y la preceptoría de san Antonio de los Caballeros templarios» (D. H. Robertson, *The Sculptured Stones of Leith, with historical and antiquarian notices*, Reid and Son, Leith, 1851, p. 120).

¹⁷⁴⁵ «Idle mistake of an ignorant clerk» (George Chalmers, *Caledonia, or an Account, Historical and Topographical, of North Britain, from the most ancient to the present Times*, Vol. II, T. Cadell and W. Davies, Londres, 1810, p. 769, nota g al pie).

¹⁷⁴⁶ James Grant, *Cassell's Old and New Edinburgh, its History, its People, and its Places*, Vol. III, Cassel, Petter, Galpin, Londres, 1882, p. 215.

¹⁷⁴⁷ Hughes Arnot, *The History of Edinburgh*, W. Creech, Edinburgh, 1779, p. 255.

¹⁷⁴⁸ Pauline Croft, *King James*, Basingstoke & Palgrave Macmillan, New York, 2003, p. 6.

¹⁷⁴⁹ Luis Moreno, *Escocia, Nación y Razón*, Servicio de Publicaciones C.S.I.C., Madrid, 1995, pp. 45-48.

tierras aledañas. La congregación laica de los antonianos fue fundada por Gaston de Valloire y por su hijo Gironde, a finales del siglo XI, en Arlés, en agradecimiento por la cura milagrosa de éste de la enfermedad denominada «Fuego de san Antón» de la que fue sanado gracias a las reliquias de san Antón. Esta fue una enfermedad muy común en la Edad Media, entre los más pobres debido a la falta de higiene y al consumo de cereales contaminados con cornezuelo. El papa Honorio III los confirmó como orden monástica en 1218 y en 1248 adoptaron la regla de san Agustín con la obligación de vivir juntos en comunidad y tomar los votos de pobreza, castidad y obediencia¹⁷⁵⁰. Sus casas eran denominadas preceptorías, dada su condición de caballeros hospitalarios¹⁷⁵¹.

En 1572 Jaime VI cedió a la comunidad de Leith¹⁷⁵² «todos los terrenos, tenencias, concesiones y rentas anuales pertenecientes a todas las capellanías, capillas y comunidades dentro de la ciudad de Leith»¹⁷⁵³. En 1592 la preceptoría fue definitivamente disuelta y en 1596 fue entregada a la comunidad vecinal de Leith¹⁷⁵⁴. Cabe suponer, y ello no se puede tildar de vana especulación, que, al verse impedidos de practicar su religión y privados de sus posesiones, muchos monjes se marcharan a su casa central de Vienne, pero también es factible suponer que esta decisión no fuera unánime, pues se sabe por Spottiswoode que la convivencia en la comunidad era mala¹⁷⁵⁵, y algunos decidieran quedarse y continuar con su labor hospitalaria, aun apostatando de su fe católica.

Por su parte, los templarios, que tras su disolución por bula de 1312, se habían mantenido en Escocia unidos a los hospitalarios de san Juan, también se vieron afectados y en la misma medida por las mismas leyes sobre la Reforma dictadas por el parlamento en 1560, por lo que también es factible que decidieran marchar a Alemania, aunque es de suponer que algunos, quizás los más viejos y los que quisieron apoyar a la Reforma, se quedaran. De aquí que una explicación a esta extraña conjunción de los caballeros templarios con los monjes de san Antonio podría ser la de facilitar la continuidad en tierras del reino de Escocia de los antonianos y los templarios-hospitalarios en un momento histórico en el que el parlamento había decretado la ruptura con la santa sede y la incautación de los bienes de la Iglesia y sus organizaciones. De esta manera se permitía a ambos gru-

¹⁷⁵⁰ Ricardo Ollaquindia Aguirre, «Noticias sobre la Tau y los Antonianos», en *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, n° 79, Pamplona, 2004, pp. 157-173.

¹⁷⁵¹ James Grant, *Old and new Edinburgh*, p. 215.

¹⁷⁵² Leith fue un pueblo, cercano a Edimburgo, situado junto al río *Water of Leith*. Hoy en día está integrado en la ciudad de Edimburgo como un distrito municipal.

¹⁷⁵³ Charles Rogers, *Historical notices of St. Anthony's monastery, Leith and rehearseal of events which occurred in the north of Scotland from 1635 to 1645 in relation to the National covenant*, Grampian Club, Londres, 1877, p. 12.

¹⁷⁵⁴ Charles Rogers, *Historical notices of St. Anthony's monastery*, p. 12.

¹⁷⁵⁵ George Chalmers, *Caledonia: or An account, historical and topographic, of North Britain from the most ancient to the present times*, Vol. II, T. Candell and W. Davies, Londres, 1810, en la página 769, en una nota al pie, se puede leer: «Spottiswoode, [*Account of the Religious Houses*], p. 425, By a charter of Humbert, the chief of the order, in 1446, it appears, that the canons of St. Anthony, at Leith, did not live very peaceably together».

pos, antonianos y hospitalarios-templarios, seguir realizando la misma tarea humanitaria que habían venido realizando hasta entonces, tanto en el viejo hospital como en el nuevo hospital, cuya construcción aprobó la misma cédula real de 1614. Esta conjetura supondría que esta nueva organización, por exigencia de la ley de la Reforma, sería meramente civil o, en todo caso, no sometida a Roma.

Otra justificación igualmente verosímil, aunque algo más rebuscada, podría estar en el uso común por ambas organizaciones de la tau (letra τ griega) como símbolo, que para los primeros indicaba al Temple de Jerusalén y para los segundos recordaba la cruz en la que fue martirizado san Antonio, su fundador. Con posterioridad la masonería templaria utilizó la T sobre la H (lo que devino en triple T) con el significado de «*Templum Hierosilymitani*» o Temple de Jerusalén, y no hay que olvidar que el rey Jaime VI de Escocia (Jaime I de Inglaterra) fue protector de masonería escocesa y que en esta época ninguna de las iglesias cristianas prohibía la pertenencia a esta organización¹⁷⁵⁶.

Así pues, a falta de otros datos fidedignos, hemos de considerar que los sucesores naturales al frente de la orden fueron los preceptores, bailíos o maestros de la preceptoría de san Antonio, al menos hasta la irrupción en la escena en 1689 de John Grahame Claverhouse, (Lord Dundee), cuyo cuerpo, se dice, apareció en el campo de la batalla de Killiecrankie portando en su pecho la gran cruz de la orden del Temple. Baigent y Leigh han sometido a una concienzuda investigación la historia narrada en la *Historical Notice* y en especial la frase atribuida al Abad Calmet: «*Il etoit Grand Maître des Templiers d'Ecosse*»¹⁷⁵⁷. Estos autores, concluyen que la historia es absolutamente verosímil dados los lazos familiares existentes entre las familias de los Claverhouse y los Sandilands, uno de cuyos miembros, Robert Grahame, antepasado de John Grahame Claverhouse (Lord Dundee), fue cuñado de James Sandilands, el último maestre provincial de la unida orden del Temple y el Hospital, el cual muy bien hubiera podido conservar una cruz templaria como recuerdo o reliquia, que por este camino habría llegado a la familia Grahame. Además, hubo dos ocasiones en las que el encuentro de David Grahame, hermano de John Claverhouse, con el abate Calmet fue factible: entre 1693 y 1697 en Alsacia, donde estuvo acantonado con la brigada escocesa en las cercanías de la abadía de Münster, en la que a la sazón se encontraba Dom Calmet, o en París entre 1706 y 1715 donde vivió el abad y frecuentó los círculos jacobitas que, con toda seguridad, también eran frecuentados por James Claverhouse¹⁷⁵⁸.

Dado que la credibilidad del abad Dom Agustim Calmet, reputado erudito e historiador, está fuera de toda duda y es unánimemente aceptado como un «testigo impecablemente fiable», el único reparo podría ser atribuido al autor de la obra en la que se hace tal afirmación, pero la historia parece demasiado elaborada para haber sido urdida, dicen Baigent y Leigh, máxime con los escasos conocimientos y medios que se tenían en 1843, por lo que, concluyen, si Claverhouse llevaba efec-

¹⁷⁵⁶ Robert Lomas, *Turning the Templar Key*, Fair Winds Press, Beverly, 2007, p. 180.

¹⁷⁵⁷ *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple*.

¹⁷⁵⁸ Michael Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 167.

tivamente una cruz o algún otro símbolo de origen templario, este habría pasado con toda probabilidad a su hermano que habría tenido suficientes oportunidades de entregarlo al sacerdote francés¹⁷⁵⁹.

La mayor parte de la información que tenemos de la orden en Escocia en los siglos XVII y XVIII es indirecta puesto que no existen documentos auténticos de este período y, lo que es peor, todo está condensado en unas pocas líneas de las veinte páginas que se incluyen a modo de introducción en la obra «*Statutes of the Religious and Military Order of The Temple as stablished in Scotland with an historical notice of the Order*» de la que ya hemos hablado con anterioridad, y cuya autoría se atribuye a William E. Aytoun, que es la fuente en la que beben todos los que escriben sobre el Temple en este período. Se dice en esta obra:

«Por una carta que se encuentra en los archivos de una vieja y distinguida familia escocesa, que se ha publicado en repetidas ocasiones, sabemos que John, conde de Mar, sucedió a Lord Dundee en el maestrazgo; que tras su dimisión, asumió la administración de los asuntos de la orden, como regente de la misma, el duque de Athole; y que finalmente, en 1745, el príncipe Carlos Eduardo Estuardo fue elegido para el cargo de gran maestro en un solemne capítulo que tuvo lugar en el palacio de Hollyrood [...] El infortunado príncipe Carlos murió en Roma el 3 de marzo de 1788 y fue sucedido en el gran maestrazgo por John Oliphant, señor de Bachilton. Tras la dimisión de este maestro el 15 de octubre de 1795, no tuvo lugar ninguna elección. Se dice que la campaña del Gobierno contra la sociedades secretas, contuvo a los templarios de proceder en la forma usual para cubrir la vacante, aunque otros afirman que el retraso se debió a una comunicación del Cardenal de York, último superviviente de la casa de los Estuardos».

Como vemos el autor alude a una «carta que se encuentra en los archivos de una vieja y distinguida familia escocesa, que ha sido publicada en repetidas ocasiones» pero silencia quien es la familia poseedora de la carta y los medios en los que se ha publicado. La traducción de la aludida carta, cuyo texto original se transcribe en nota al pie, que el autor incluye en su obra, es del siguiente tenor literal:

«Es verdaderamente un orgullo ver a nuestro príncipe [Carlos Eduardo Estuardo] en el Palacio de sus Padres, con todas las mejores estirpes de Escocia alrededor de él; es muy querido de todas las formas y no podemos dejar de hacer a esa pestilente Inglaterra fumar por ello. Sobre el pasado lunes, hubo un gran baile en el Palacio, y el martes [24 de septiembre] con cita previa, hubo un capítulo solemne de la antigua caballería del Temple de Jerusalén, que se celebró en la sala de audiencia, no había presentes más de diez Caballeros ya que desde que mi Señor de Mar había dimitido del cargo de G. maestro, ninguna reunión general ha tenido lugar, salvo en su propio convento al norte: Nuestro noble príncipe lució magníficamente con la capa blanca de la orden, hizo su profesión como un digno caballero, y después de recibir felicitaciones de todos los presentes, hizo votos, de que iba a restaurar el temple mayor de lo que había sido en los días de Guillermo el León, tras lo cual mi Señor de Athol dimitió como regente y su Alteza Real fue elegido G. Maestro. Escribo

¹⁷⁵⁹ Michael Baigent & Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, p. 167.

esto sabiendo lo que usted ama la orden»¹⁷⁶⁰.

Inmediatamente pensamos que si lográbamos encontrar una publicación anterior que se hubiera hecho eco de la carta, obtenida de una fuente distinta, la credibilidad de las afirmaciones del profesor Aytoun aumentaría considerablemente. Nuestra búsqueda en la hemeroteca y en los archivos de la Biblioteca Nacional de Escocia, en Edimburgo, no dio ningún resultado, pero si dimos con otras publicaciones que se hacen eco de la misma carta y que, incluso, transcriben párrafos acotados de la misma, tal como una obra de James Dennistoun, publicada en 1852, con el título de «*Memoirs of Sir Robert Strange, Knt., engraver, and of his brother in law Andrew Lumisdem, private secretary to the Stuart Princes*» en cuya página 81 publica el siguiente extracto de la carta:

Es verdaderamente un orgullo ver a nuestro príncipe [Carlos Eduardo Estuardo] en el Palacio de sus Padres, con todas las mejores estirpes de Escocia alrededor de él; es muy querido de todas las formas y no podemos dejar de hacer esa pestilente Inglaterra fumar por ello. Sobre el pasado lunes, hubo un gran baile en el Palacio, y el martes [24 de septiembre] con cita previa, hubo un capítulo solemne de la antigua caballería del Temple de Jerusalén, que se celebró en la sala de audiencia. * * * Nuestro noble príncipe lució magníficamente con la capa blanca de la orden, hizo su profesión como un digno caballero, y después de recibir felicitaciones de todos los presentes, hizo votos, de que iba a restaurar el temple mayor de lo que había sido en los días de Guillermo el León¹⁷⁶¹.

De acuerdo con lo que el autor de estas Memorias dice en el prefacio de su obra, las mismas están basadas en las notas y correspondencia de Sir Strange y Mr. Andrew Lumisdem, quien durante dieciocho años fue secretario de los príncipes de

¹⁷⁶⁰ «It is a truly proud thing to see our Prince [Charles Edward Stuart] in the Palace of his Fathers, with all the best blood of Scotland around him; he is much beloved of all sorts, and we cannot fail to make that pestilent England smoke for it. Upon Monday last, there was a great ball at the Palace, and on Tuesday, [24th September] by appointment, there was a solemn chapter of the ancient chivalry of the Temple of Jerusalem, held in the audience room; not more than ten Knights were present, for since my Lord of Mar demitted of the office of G. Master, no general meeting has been called, save in your own north convent: Our noble Prince looked most gallantly in the white robe of the Order, took his profession like a worthy Knight, and after receiving congratulations of all present, did vow, that he would restore the Temple higher than it was in the days of Willian the Lyon: then my Lord of Athol did demit as Regent, and his Royal Highness was elected G. Master. I write you this knowing how you love the Order» (William Aytoun et alii, *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple*, p. xvi-xvii)

¹⁷⁶¹ «It is a truly proud thing to see our Prince [Charles Edward Stuart] in the Palace of his Fathers, with all the best blood of Scotland around him; he is much beloved of all sorts, and we cannot fail to make that pestilent England smoke for it. Upon Monday last, there was a great ball at the Palace, and on Tuesday, [24th September] by appointment, there was a solemn chapter of the ancient chivalry of the Temple of Jerusalem, held in the audience room. * * * Our noble Prince looked most gallantly in the white robe of the Order, took his profession like a worthy Knight, and after receiving congratulations of all present, did vow, that he would restore the Temple higher than it was in the days of Willian the Lyon» (James Dennistoun, *Memoirs of Sir Robert Strange, Knt., engraver, and of his brother in law Andrew Lumisdem, private secretary to the Stuart Princes*, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1855, pp. 81-82).

la casa Estuardo¹⁷⁶². Todo indica, pues, que la carta es la misma y que, en principio, el camino por el que copias distintas de ella llegan a ambos autores es diferente, lo que indudablemente redundará en beneficio de su credibilidad.

En una reciente obra titulada «*The Stuart Court in Rome: The Legacy of Exile*», se da una versión más extensa de la carta, aunque también se asegura que es un extracto de la misma. Dice así:

«A Lord Ogilvy

Mi buen Lord y Pariente: Ayer el príncipe me preguntó especialmente por Vd. Diciendo que desde hacía tiempo quería ver a su valiente Olgivy, también estuvimos esperando a Pistligo de Aberdeen con otros muchos nobles (...) Es verdaderamente un orgullo...»¹⁷⁶³.

Continúa igual que la primera hasta el final.

Esta carta ha sido transcrita en numerosas publicaciones que no se ponen de acuerdo sobre su autenticidad, la más moderna que hemos encontrado data de 2012 y es un libro publicado en inglés por Marsha Keith Schuchard, bajo el título de «*Emanuel Swedenborg, Secret Agent in Earth and in Heaven: Jacobites, Jews, and Freemasons in early modern Sweden*»¹⁷⁶⁴ en cuyas páginas 396 y 397 se ofrece un extracto de la carta en los mismos términos que el primero que hemos transcrito, pero cuya importancia radica, y por eso la traemos aquí, en la nota a pie de página en la que dice: «Extracto de una carta [que se encuentra] en la gran logia de Escocia; Estoy agradecido al bibliotecario Robert Cooper por la copia que me ha enviado»¹⁷⁶⁵. Nos hemos dirigido por carta al Sr. Robert Cooper solicitándole confirmación de la afirmación de Keith Schuchard, pero ha pasado más de un año y no hemos recibido contestación.

En el lado de los opositores a la autenticidad de la carta, el exponente más rotundo de la controversia es Wilhem Begemann que en 1906, en una obra sobre el Temple y la Franc-masonería, titulada «*Die Tempelherrn und die Freymaurer. Entgegnung auf die gleichmige Schrift des Geheimen*», en siete páginas expuso los más serios y contundentes argumentos que resumimos a continuación:

1. La primera causa de rechazo de la autenticidad es no encontrar el original de la carta para contrastarlo con las versiones existentes de la misma, la primera y segunda antes transcritas (página 56).
2. La segunda es la afirmación que se hace en la carta respecto a las «repetidas publicaciones antes de 1843» de las que ni él ni amigos de su con-

¹⁷⁶² James Dennistoun, *Memoirs of Sir Robert Strange*, pp. IV–VII.

¹⁷⁶³ «To the Lord Ogilvy / My very good Lord and Kinsman / [...] Yesterday ye Prince asked specially for you saying that he longed to see his bold Ogilvie, also we wait for my Pistligo from Aberdeen with many more that gentry [...] It is a truly proud thing [...]», (Edward T. Corp, *The Stuart Court in Rome: The Legacy of Exile*, Ashgate Publishing Ltd., Aldershot, 2003, p. 104).

¹⁷⁶⁴ Marsha Keith Schuchard, *Emanuel Swedenborg, Secret Agent in Earth and in Heaven: Jacobites, Jews, and Freemasons in early modern Sweden*, Noninklijke Brill NV, Leiden, 2012, pp. 396–397.

¹⁷⁶⁵ *Transcript of full letter in Grand Lodge of Scotland; I am grateful to the librariam Robert Cooper for sending me a copy.* (Marsha Keith Schuchard, *Emanuel Swedenborg*, pp. 396–397).

fianza han sido capaces de encontrar ningún ejemplar (página 57).

3. La tercera es una mera comparación de los dos extractos de la carta y la mención de que un oficial del Museo Británico, que no identifica, es de la opinión de que el segundo de ellos podría ser cierto, no así el primero, la versión más larga, que califica de «completa invención» (página 58).
4. La cuarta es que el legítimo duque de Atholl no pudo asistir al presunto capítulo general templario celebrado en Edimburgo el veinticuatro de septiembre de 1745, puesto que está probado que se encontraba en el castillo de Blair y que el duque jacobita de Atholl no puede ser tenido (como tampoco su predecesor el duque de Mar) por gran maestre dado que ambos vivieron en el extranjero desde 1715 (página 59).
5. En la quinta insiste en el mismo argumento y afirma que es «incomprensible» que tanto el duque de Mar, que en 1689 era menor de edad, como el jacobita duque de Atholl, pudieran haber sido grandes maestros y que por ello el propio Dennistoun sustituyó la referencia a ellos por asteriscos porque para él era altamente dudosa la pretensión de tal gran maestrazgo (página 61).
6. El penúltimo de los argumentos es la imposibilidad de que tuviera lugar un «gran baile» el día veintitrés de septiembre en el palacio de Hollyrood dado que ese mismo día el príncipe hizo una proclama prohibiendo todas las demostraciones de alegría por la victoria de las tropas jacobitas en la batalla de Preston el veintiuno de septiembre de donde concluye que el gran capítulo del día veinticuatro es también una falsedad (página 62).
7. El último de los argumentos hace referencia a la incapacidad del duque de Perth para escribir una carta en correcto inglés, ya que había permanecido en Francia hasta los diecinueve años, de donde colige que por lo tanto toda la carta es una falsedad (página 63).
8. La conclusión final es que el príncipe Carlos Eduardo nunca fue gran maestre y ni tan siquiera templario pues la Orden hacía tiempo que había dejado de existir (página 63)¹⁷⁶⁶.

William James Hugham en su libro «*The Jacobite Lodge at Rome*», 1735-7¹⁷⁶⁷, publicada en 1910, se hace eco de los argumentos del Dr. Begemann y de la afirmación de David Murray Lyon, gran Steward de la gran logia de Escocia, se que no existe evidencia de que el príncipe Carlos Eduardo fuera francmasón¹⁷⁶⁸.

En el número 33 de la revista *Ars Quatuor Coronatorum*, del primer semestre de 1920, se publicó un artículo de J. E. S. Tuckett, bajo el sugestivo título

¹⁷⁶⁶ Wilhem Begemann, *Die Tempelherren und die freymaurer. Entgegnung auf die gleichmige Schrift des Geheimen*, Ernst Siegfried Mittler und Sohn, Berlin, 1906, pp. 56–63.

¹⁷⁶⁷ William James Hugham, *The Jacobite Lodge at Rome, 1735-7*, Torquay Directory Co., Leicester, 1910, pp. 25-26.

¹⁷⁶⁸ William James Hugham, *The Jacobite Lodge at Rome*, p. 27.

de *Dr. Begemann and the alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745*¹⁷⁶⁹, en el cual tras exponer resumidamente los alegatos de Begemann, los rebate proporcionando los fundamentos de sus alegaciones. Estos son sus argumentos en el mismo orden en que Begemann expone los suyos:

1. Respecto al original de la carta, dice que ninguno de los dos extractos pretenden ser copia completa de la carta cuyo original, si es que existió, probablemente estuvo escrito en francés de la época y que, en todo caso, tanto un extracto como otro serían traducciones. Que en cualquier caso, aún si hubieren estado escritas en inglés o escocés de la mitad del siglo XVIII, las versiones publicadas fueron «modernizaciones» adaptadas al inglés del siglo XIX.
2. Respecto al segundo de los argumentos, la falta de publicaciones de la carta anteriores a 1843, dice que esto es un hecho y que al contrario de lo que concluye Begemann, ello podría ser suficiente para suspender todo juicio de la misma y aceptar tanto la carta como lo que en ella se dice como hechos incontrovertibles.
3. El tercero de los razonamientos queda sin respuesta, probablemente porque se trata de una mera opinión sin soporte alguno. Respecto a que la carta pueda ser una falsedad concluye que eso es algo que queda al juicio individual de cada uno.
4. El alegato de que el duque no se encontraba en Edimburgo, carece de rigurosidad pues el que estaba en el castillo de Blair era el hermano menor del duque, y el propio Dr. Begemann distingue entre dos duques de Atholl, el hermano mayor William Murray, al que llama «jacobita» marqués de Tullibardine y el hermano menor, James Murray, al que llama «legítimo» duque de Atholl reconocido como tal por el gobierno inglés. Evidentemente la carta escrita por un «jacobita» se refiere al «jacobita» duque de Atholl y no a su hermano menor. Tuckett cita una extensa bibliografía en la que se recogen los movimientos del príncipe Carlos Eduardo y de William Murray de acuerdo con la cual el día veinticuatro de septiembre el príncipe estuvo en Edimburgo, pero del duque de Atholl no se puede precisar donde se encontraba pues lo único que se sabe es que el trece de septiembre «estaba en Dunkeld» y que el veintiséis «llegó a Dunkeld», luego es perfectamente factible que hiciera un rápido viaje a Edimburgo, situado a cuarenta y cuatro millas, y volviera a Dunkeld.
5. Respecto a la afirmación de Begemann de que el duque de Atholl y el duque de Mar no pueden ser tenido «seriamente» por grandes maestros del Temple por su larga estancia en el extranjero, dice Tuckett que el hecho de vivir en el extranjero no es óbice para ser gran maestro de Escocia, máxime cuando se trata de compartir el exilio con el pretendiente al trono, además, añade, Begemann, el duque no fue nunca gran maestro

¹⁷⁶⁹ J. E. S. Tuckett, «Dr. Begemann and the alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745», en *Ars Quatuor Coronatorum*, Vol. XXXIII, Parret Ltd., Margate, 1920, pp. 40-60.

sino mero regente precisamente a la espera de que un miembro de la casa real de los Estuardos se hiciera cargo de la gran maestría.

6. El mismo razonamiento que emplea Begemann para decir que la versión segunda de la carta es la misma que la primera a la que simplemente se le han suprimido algunas frases que han sido sustituidas por asteriscos, podría emplearse para decir que la versión primera es la misma que la segunda a la que se han sustituido los asteriscos por algunas frases. Añade que el contenido de ambos extractos no prueban nada, pero que es un hecho que desde 1836 eminentes autores se interesaron en los asuntos el Temple (Burnes, Paterson, Pringle, Keightly y Deuchar entre otros) los cuales, según propias manifestaciones, manejaron «manuscritos y documentos que estaban en posesión de antiguas y nobles familias».
7. Respecto a la alegada imposibilidad, de que hubiera un baile la víspera del capítulo general, es decir el veintitrés de septiembre, Tuckett dice que los bailes nocturnos no pueden ubicarse en el epígrafe de «demostración de una gran alegría por el triunfo» por lo que no puede ser considerada como una contravención del edicto del príncipe a los ciudadanos. Tuckett completa su argumento con numerosas citas bibliográficas referidas a los numerosos bailes que tuvieron lugar en el palacio de Holyrood durante la estancia del Pretendiente en Edimburgo y termina diciendo que en todo caso la celebración o no del baile el día veintitrés no condiciona la celebración o no del capítulo general el día veinticuatro.
8. Sobre la imposibilidad de que el duque de Perth hubiera escrito la carta en correcto inglés, empieza diciendo Turckett que James Drummond, 6º conde y 3º duque de Perth era el hijo mayor del 2º duque del mismo título, que nació en el castillo de Drummond (Escocia) y que fue llevado a Francia por su madre, a la muerte de su padre, con siete años. Que fue educado en Douai y después en París donde destacó por su conocimiento de matemáticas y cultura general como era costumbre en un joven de su rango. Tras unirse al príncipe Carlos y participar en la batalla de Culloiden, el trece de mayo de 1746 huyó a Francia en el navío Bellone, pero murió en la travesía y fue enterrado en altamar. Termina diciendo que es una verdad incontestable que el duque de Perth, como cualquier otro, hubiera sido incapaz de escribir en 1745 en el inglés de un siglo más tarde [1843] en que aparece transcrita la carta, pero que ello no le invalidan como autor de la misma, que bien pudo escribir en francés, inglés o escocés y ser la transcripción que se ofrece en la *Historical Notice* una mera traducción o modernización de la misma.
9. La conclusión final de Turckett es:
 - La carta podría haber sido escrita por la persona que la firma (aunque él no afirma que lo fuera).
 - [La carta] podría haber sido recibida en una fecha específica (aunque no se especifica la fecha de recepción) por la persona a la que supuestamente iba dirigida (aunque él no afirma que lo fuera).

- Existe la posibilidad de que los hechos que narra sean reales (aunque él no afirma que lo sean).

Como bien dice Tuckett, a partir de los hechos fácticos y de los argumentos a favor y en contra, cada cual es libre de otorgar a la carta el grado de verosimilitud que estime conveniente¹⁷⁷⁰.

Cuando ya estaba ultimado este tercer capítulo, ha llegado a nuestras manos una publicación, titulada *Templum Miscellanea*, editada por James Green, en la que se incluye un trabajo de George S. Draffen, en el que, bajo el título «*The alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745*», reproduce, según expresa el propio autor, toda la correspondencia que existe en los archivos de la gran logia nº 1 de Edimburgo, previa a la publicación de los «*Statutes of the Religious and Military Order of The Temple as stablished in Scotland with an historical notice of the Order*» en cuya obra, como hemos dicho, se contiene la controvertida carta de lord Perth a lord Ogilvy. Lo que hace excepcional al artículo de Draffen, es su condición de bibliotecario de la gran logia de Escocia, que fue la organización que publicó tanto la primera como las siguientes ediciones de los *Statutes*, y por lo tanto su conocimiento y disponibilidad de los fondos documentales de esta organización. Dice Draffen que un examen de la correspondencia relacionada con la *Historical Notice* y el alegado capítulo templario en Edimburgo, revela una foto exacta de cómo fue incorporado este controvertido párrafo en la publicación en la nota histórica sobre la orden. También dice que ha tenido la oportunidad de examinar toda la correspondencia originada con ocasión de la preparación de la edición de 1843 de los *Statutes*, la cual incorpora en su trabajo en orden cronológico, con sus propios comentarios¹⁷⁷¹.

Empieza por decir que en 1842 se constituyó una comisión para llevar a cabo la publicación de los estatutos de la orden la cual estuvo compuesta por:

1. George Arnott Walker-Arnott, de Arlary.
2. Profesor William E. Aytoun¹⁷⁷².
3. Veith Sinclair, doctor en Medicina.
4. J. S. Hepburn, de Colquhalzie.
5. William Pringle, W. S.
6. J. Linning Woodman, gran Secretario.

La correspondencia, que transcribimos en inglés en nota al pie, con su correspondiente traducción al español en extracto, en el cuerpo de la tesis, se inicia con una carta de Arnott, fechada el treinta de marzo de 1843, en la que, en relación con el asunto que nos ocupa dice:

«La carta del duque de Perth demuestra decididamente que en 1745 no éramos masones, es decir, no utilizábamos delantales, sino la capa blanca de

¹⁷⁷⁰ J. E. S. Tuckett, «Dr. Begemann and the alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745», p. 55.

¹⁷⁷¹ George S. Draffen, «The alleged Templar Chapter at Edinburgh en 1745», en James Green, *Templum Miscellanea*, Temple Arch Publishers, Smashwords eBooks, 2012, p. 7.

¹⁷⁷² Este es el William Aytoun al que anteriormente nos hemos referido y al cual atribuíamos la autoría de los *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple*.

la orden. También que en ese entonces el lugar de la reunión no se llamaba «campamento», sino «priorato» o «convento», que es casi lo mismo que priorato. Creo que en el condado de Angus se pueden encontrar algunos registros curiosos sobre la orden, tal vez entre los documentos de Ogilvy o Airly. No me sorprendería que los franceses consiguieran su información de los que huyeron a Francia después de la Rebelión. Una cosa está clara y es que Perth, Ogilvy y compañía no pertenecían a la orden francesa, de lo contrario no podrían haber elegido al caballero como gran maestre, si en ese tiempo lo era Luis-Francisco de Borbón-Contí de la orden francesa.

La carta fue publicada en Gray's Register semanal (o en el suplemento del *North British Advertiser*¹⁷⁷³). Valdría la pena preguntarles de qué trabajo lo extrajeron. Se trata de la mayor importancia para nosotros»¹⁷⁷⁴.

Como se ve es una carta normal en la que se plantean las mismas interrogantes que se plantearía cualquiera que estuviera en su lugar. Ahora bien, lo que resulta sorprendente en esta carta es la mención que hace a los dos periódicos en los que afirma que fue publicada la carta del duque de Perth. Del primero de ellos, el *Gray's Register*, no hemos encontrado rastro alguno, ni en la bibliografía, ni en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Escocia (Edimburgo), ni en la red de internet, lo que nos lleva a suponer que es un error de Arnott que posiblemente quería referirse a otra publicación de los hermanos Gray que se editaba en la época en Edimburgo con el título de *The Record*. Del segundo, el *North British Advertiser*, también editado por los hermanos Gray con periodicidad semanal, si que hemos encontrado información e, incluso, hemos tenido en nuestras manos algún ejemplar depositado en la Biblioteca Nacional de Escocia. Lo que nos resulta insólito es que ambas gacetas eran publicaciones exclusivamente de anuncios pagados, que se repartían de forma gratuita, por lo que no se nos ocurre cual pudiera ser la explicación para pagar por la publicación de la carta del duque de Perth.

La segunda carta dirigida a Woodman, por el profesor Aytoun, sugiere la conveniencia de incluir las viejas rimas de un poema que se encuentra en la *Ad-*

¹⁷⁷³ El *North British Advertiser* fue un periódico semanal exclusivamente de anuncios, editado por los hermanos John y James Gray, que se publicaba desde 1826 los sábados en Edimburgo y Glasgow y los lunes en lugares escogidos del resto de Escocia. Tenía una tirada superior a 10.000 ejemplares y se repartía gratis. Estos mismos editores publicaban un periódico mensual, también exclusivamente de anuncios, titulado *The Record*, con una tirada de 6.000 ejemplares, que se repartía gratuitamente en Edimburgo y alrededores (William Tait, *Tait's Edinburgh Magazine*, vol. 3, William Tait, Edinburgh, 1836, p. 190).

¹⁷⁷⁴ «The letter from the Duke of Perth proves most decidedly that in 1745 we were not masons, i.e., did not use aprons, but the white mantle of the Order. Also that then the place of meeting was not "Encampmen", but "priory" or "Convent" which is nearly the same as priory. I think some curious records may be found in Angusshire about the Order—perhaps among the Ogilvy or Airly papers. I shall not be surprised that the French got their knowledge of our secrets from those who fled to France after the Rebellion. One thing is clear that Perth, Ogilvy and company did not belong to the French Order, otherwise they could not have elected the chevalier Grand Master, if Louis-Francis of Bourbon-Conte was then over the French Order.

The letter was published in Grays weekly register (or supplement to the *North British Advertiser*). It would be worth while to ask them from what work they extracted it. It is the highest importance to us».

vocates Library, que muestra que los templarios ortodoxos se separaron de los hospitalarios, bajo el mando de lord Seton, cuando lord Torphichen consiguió del parlamento las tierras del priorato. Y añade:

«A continuación, como ya he dicho a usted, el abad de Buisson, en sus cartas publicadas en París en 1714, afirma que él recibió de David Graham, Vizconde titular de Dundee, la gran Cruz de los templarios Escoceses que su hermano el G. maestro había llevado en la batalla de Killiecrankie. Un poco de investigación aclararía muchas de estas cuestiones. Como, sin embargo, soy de un natural tímido y retraído, no es necesario decir a usted con quienes está en deuda por toda esta información interesante»¹⁷⁷⁵.

Esta carta, dice Daffin, demuestra que Aytoun no era el mejor ni el más informado de todo el equipo, pues Dom Calmet no fue nunca abad de Buisson. Disentimos de Draffen, pues en absoluto creemos que Aytoun, en aquel momento de 29 años de edad, empezando su vida profesional como abogado, ya reputado poeta y escritor, recién vuelto de una larga estancia en Alemania, confundiera a ambos autores. Creemos que en aquel momento era el abad de Buisson el que figuraba en la *Historical Notice* que estaban pergeñando y que, por razones que desconocemos, fue cambiado en la versión definitiva por Dom Calmet, abad de Senones.

La tercera carta es de Arnott y, en nuestra opinión, carece de importancia para nuestros propósitos.

En la cuarta carta, Arnott se dirige a Hepburn dándole a entender que ya tiene en sus manos el borrador del libro y sobre la carta de Perth, dice:

«Ordenando los papeles del Dr. Sinclair para traerlos de vuelta conmigo, no puedo encontrar su valioso extracto del periódico que contiene la carta del D. de Perth a Lord Ogilvy. Me la llevé conmigo [cuando fui a ver] a Hepburn con la esperanza de que él, que está relacionado con la familia de Perth, Lord Strathallen, podría implicarles en la búsqueda de cartas similares entre los viejos papeles de las familias, y me temo que debo haberlo dejado en su mesa de la biblioteca. Yo le he escrito para que haga una búsqueda rigurosa pero mientras tanto me gustaría, si pudiera, antes de que nos encontremos mañana, que pregunte en la oficina de Gray (la oficina del *North British Advertiser*) y averiguar la fecha exacta en que la carta apareció en su periódico»¹⁷⁷⁶.

Parece que Arnott en esta carta ya se decanta decididamente por el *North*

¹⁷⁷⁵ «Then as I mentioned to you, the Abbe de Buisson, in his letters published in Paris in 1714, states that he received from David Graham titular Viscount Dundee the Grand Cross of the Scottish Templars which his brother the G. Master had worn at the battle of Killiecrankie. A little research would claw up many of these matters. As however I am naturally of a shy and retiring disposition you need not say to whom you are indebted for all this interesting information».

¹⁷⁷⁶ «On putting up Dr. Sinclair's papers to bring them back with me, I cannot lay my hands on his valuable extract from the newspaper containing the letter from D. of Perth to Lord Ogilvy. I took it with me to Hepburn's in hopes that as he is acquainted with the representatives of the Perth family, the Lord Strathallen, he might be stirred up to apply to them to search for similar letters among the old papers of the families—and I fear I must have left it on his Library table. I have written him to make a strict search but in the meantime I would like, if you could, to-morrow before we meet, inquire at Gray's office (the office of the North Brit. Advertiser) and find out the exact date when the letter appeared in their paper».

British Publisher y se olvida del *Gray's Register*. La duda que plantea en cuanto a la fecha de publicación de la carta en el periódico nos lleva a preguntarnos si Arnott estaba en el meollo de la confabulación o era un redomado embustero.

La siguiente, que por su fecha debería ser la primera pues aparece datada el quince de febrero de 1943, está firmada por Herbun y dirigida al Dr. W. Arnott

«Estoy muy disgustado de que, debido a la paralización de nuestro cruce de información y mala disposición, hace sólo un día que me enteré por su carta de la desgracia de la pérdida de la carta al señor Ogilvie. La busqué en mi mesa en vano, pero después de haberme dado a la desesperación, me llamaron la atención algunos papeles inútiles debajo de la mesa»¹⁷⁷⁷.

La siguiente carta es de Walter Arnott, está fechada el quince de abril de 1843 y en ella no se dice nada con respecto a la carta de lord Perth, pero da una interesante opinión sobre David Seton:

«Decididamente, mi opinión es que, a pesar de que una parte de la gente se fue con David Seton a la cabeza en el momento de la reforma, [ya que] no podían permanecer en Escocia si obedecían al Papa, y para ello un grupo de ellos podría entonces haber ido a Francia. Es a partir de este período que yo afirmo el protestantismo de la orden»¹⁷⁷⁸.

La siguiente carta, fechada el veinticuatro de abril de 1843, es de William Pringle y está dirigida a J. L. Woodman, y en opinión de Draffen tiene un cierto aire conspiratorio, como si el remitente pensara que «demasiados datos podrían alterar los cimientos» de la *Historical Notice*. Por su importancia, la transcribimos completa:

«Muy señor mío:

Al reflexionar sobre el asunto de la carta del duque de Perth a Lord Ogilvy, me inclino a pensar que la ortografía es demasiado buena para ese caballero iletrado y noble, sobre todo cuando recuerdo su habla y su escritura de villano, como se muestra en un documento oficial emitido por él cuando estaba al frente del comando de los montañeses en 1745, y que se puede ver en W. B. D. Turnbull "Analecta Scotica", vol. I, una copia de la cual solía estar en el escaparate de Laurie en la oficina de la *Gazette*, donde usted la puede ver si tiene la curiosidad. Me temo que al principio estaba muy empujado con la descripción del duque. Se consiguió admirablemente -sólo recuerdo al Sr. A.¹⁷⁷⁹ diciendo que la forma en que figura impreso induciría a un crítico competente a sospechar que no era realmente original.

Sin embargo, ¿no sería mejor y más seguro omitirlo? Tenemos demolidos los estatutos de Larmenius. ¿Debemos arriesgarnos a que nos ocurra al-

¹⁷⁷⁷ «I am extremely vexed that owing to the stoppage of our cross post and the malarrangement of what remains, I have only to-day learned by your letter the mis-fortunate of the loss of the letter to Lord Ogilvie—I searched my table in vain for it—but after having given it up in despair it caught my eye among some useless papers under the table».

¹⁷⁷⁸ «My opinion decidedly is that notwithstanding a party hired off under David Seton at the time of the reformation, they could not remain in Scotland if they obeyed the Pope; and therefor a squad of them might then have gone to France: it is from this period I trace the Protestantism of the order».

¹⁷⁷⁹ Seguramente se refiere a Aytoum.

go similar? No lo creo. El Dr. Burnes¹⁷⁸⁰, como un segundo Samuel Johnson, podría exigir el manuscrito original, y dependen de ello, él sabe demasiado de cosas de aquí y de otros lugares para aceptarlas fácilmente, además de ser un astuto erudito y lingüista.

¡Pero se puede aludir a los hechos!, si se quiere, se puede dudar del príncipe Charlie sin referencia particular a las autoridades. Por ejemplo, en el hilo de la historia se podría hacer hincapié que cuando el príncipe Carlos Eduardo estaba en Hollyrood, fue inducido a unirse a los Caballeros del Temple por medio de su amigo el duque de Perth, que era un gran masón y originalmente perteneció a la logia rural de Crieff en Perthshire, pero se cambió a la logia de Drummond Kilwinning de Greenock instituida en Edimburgo por el preboste Drummond y otros.

Estos hechos masónicos pueden ser demostrados. A. Marshall tiene las pruebas. Disculpe estos consejos de

Atentamente

W. P.»¹⁷⁸¹

Creemos que esta carta pone completamente al descubierto el complot urdido por los comisionados y que la *Historical Notice* es una patraña, muy bien urdida para que, entremezclando datos históricos comprobables con otros ficticios, el resultado sea un producto aceptable por los lectores a quienes va dirigida la obra con los *Statutes*.

¹⁷⁸⁰ Se refiere a James Burnes autor, entre otras obras, de *Sketch of the history of the Knights Templar*, citado en esta tesis.

¹⁷⁸¹ «To J. L. Woodman, Esq.,

Castle St.

Dear Sir,

In reflecting over the matter of the Duke of Perth's letter to Lord Ogilvy, I am rather inclined to think that the orthography is much too good for that unlettered knight and nobleman, especially when I recollect the villainous spelling and writing of the Duke, as shown in a short official document issued by him while in command of the Highlanders in 1745, and to be seen in W. B. D. D. Turnbull's «Analecta Scotica» vol. I a copy of which used to lie in Laurie's window at the Gazette office, where you might look into it for curiosity. I own I was at first quite taken with the Duke's description. It was admirably got up -only I remember Mr. A. saying, that the way it was printed would induce the competent critic to suspect that it was not really original.

Nevertheless, would it not be best and safest to omit it? We have demolished the charter of Larmenius -ought we to risk a similar fate? I think not. Dr. Burnes, like a second Samuel Johnson, might demand the original M.S., and depend upon it, he knows too much of affairs here and elsewhere to be of easy swallow- besides being a shrewd scholar and linguist.

But facts! might be alluded to, if you will dub Prince Charlie without particular reference to authorities. For instance, in the thread of the history it might be bounced right out that «when Prince Charles Edward was at Hollyrood, he was induced to join the Knights of the Templar through the medium of his friend the Duke of Perth who was a keen mason and originally belonged to the Crieff lodge in Perthshire, but became- was also a member of Drummond Kilwinning Lodge from Greenock instituted at Edinburgh by Provost Drummond and others».

These Masonic facts I can prove. A. Marshall has the evidence. Excuse these hints from.

Yours truly

W.P.».

La última misiva que se transcribe es de fecha veintiséis de junio de 1843, cuando ya estaba preparada la galerada de la *Historical Notice*, y aparece dirigida a Arnott. En ella no hay alusión alguna a la carta de lord Perth, aunque si hay una referencia al *Charter* de Larmenius, a cuya dudosa procedencia, dice, se debe hacer referencia en la introducción histórica del libro exponiendo claramente la falsedad de este pretendido título sucesorio:

«[...] El curioso lector encontrará la falsificación del título [de Larmenius] y de la pretensión de los templarios franceses expuestos, a partir de la información aportada por uno de los Caballeros del Temple, y un dirigente de alto rango en esa orden, de la que al parecer, incluso, aunque el título no haya sido una falsificación, que el presente grupo francés no llega a cuarenta años de vida. Uno u otro de estos memorandos confieso que me gustaría. La última [versión] es la que más me gusta: no nos compromete en la autenticidad de la historia de la falsificación del título de 1705 [...]»¹⁷⁸².

El autor se limita a transcribir las cartas y hacer algunas aclaraciones donde cree que son necesarias sin, en ningún momento, dar su opinión sobre la autenticidad, la cual deja al juicio de los lectores, pero poniendo de manifiesto que los comisionados manejaron diferentes versiones de la historia que cuentan.

Una interesante cuestión que, aunque de pasada, es abordada por Arnott en su carta de quince de abril de 1843, es la referente al protestantismo de los remanentes de la orden que quedaron en Escocia, ya que, como resulta evidente, tras la promulgación de la ley para la Reforma no era factible la existencia de ninguna organización católica, como también habíamos apuntado nosotros.

Al contrario de lo que ocurre con otras leyendas y propuestas sobre la sucesión de los maestros templarios, en el caso de la *Historical Notice* la existencia de los personajes implicados está absolutamente corroborada, así como su condición de jacobitas, por lo que, a lo sumo, podríamos decir que resulta extraño que no haya ninguna otra fuente anterior que haga referencia a la tal carta y, sobre todo, a su contenido, especialmente en lo que respecta al principal de los personajes citados, el príncipe Carlos-Eduardo, cuya condición de templario no sólo no se recoge en ninguna de sus biografías, sino que la carta fechada el veinticuatro de abril de 1842, dirigida por William Pringle a J. L. Woodman pone en evidencia que el «templarismo» del pretendiente al trono escocés es un puro y completo invento de los autores de la «*Historical notice*», de donde se puede colegir la falsedad de toda la carta e, incluso, la puesta en tela de juicio de la *Historical notice* en su conjunto.

El rechazo de la autenticidad de la carta conlleva irremisiblemente la negación de la sucesión ininterrumpida durante todo el siglo XVIII y por lo tanto un corte insalvable en la continuidad de la Orden que hacen inútil al análisis de la tercera época.

¹⁷⁸² «[...] the curious reader will find the forgery of the charter and the pretension of the French Teplars exposed, from information contributed by a Chevalier des Temple and an office bearer of high rank in that order: from which it would appear, even although the charter had not been a forgery, that the present French Body are not of forty years standing One or other of these memoranda I confess I would like. I like the last the best: neither commits us to the authenticity of the story of the forgery of the charter in 1705 [...]».

3.6.5.2 Análisis de la continuidad a través de la orden del Temple de Fabr -Palaprat.

Hablar de una posible legitimidad de origen en la orden fundada por Fabr -Palaprat en 1804 pasa necesariamente por la revisión de los documentos en los que basa su legitimidad histórica, es decir la llamada Carta de Larmenius (*Charta Transmissionis*), que es el documento en el que est  fundamentada su conexión con la orden disuelta en 1312, y el arquetipo de estatutos de 1705, aprobados, se dice, en el convento de la orden celebrado en Versalles el once de abril. Ambos documentos, según manifestación del propio Chevillon, fueron encontrados en un mueble que había pertenecido a Coss -Brisac, el último en aquel momento de los firmantes del título sucesorio.

Pero antes hay que situar la noticia pública de esta nueva orden de caballería en su contexto histórico, que no es otro que el principio del siglo XIX, con el nombramiento de Napoleón como emperador de Francia (1804) y la aparición, entre los franceses acomodados, de un desmesurado interés por las órdenes de m rito¹⁷⁸³. En este contexto, algunos avisados intentaron introducir en la sociedad parisina falsas órdenes de caballería, entroncadas con el Temple, sacando lucrativos beneficios de la venta de no menos falsos títulos de afiliación o, incluso, de ennoblecimiento. Tal es el caso de una orden de Cristo, patrocinada por un portugu s de apellido Nunez, que se decía autorizado, por el gran maestre de la verdadera orden de Cristo de Portugal, a operar en Francia, para lo cual dividió el territorio en prioratos, bailiazgos, encomiendas y preceptorías, por cuyos nombramientos sacó pingües ganancias. Descubierta la superchería, fue detenido por la policía y expulsado del territorio francés. Otro intento fue el de una apócrifa orden de la Misericordia, de la que también se decía relacionada con la antigua orden del Temple, y de la cual se afirmaba que su jefe secreto era, ni más ni menos, que Napoleón. Descubiertos sus promotores no tuvieron más remedio que huir para no dar con sus huesos en prisi n¹⁷⁸⁴.

La aparición pública de la nueva orden creada por Ladru, Palaprat y sus amigos y compañeros de logia, tuvo lugar en 1806 mediante octavillas repartidas en las calles de París, en las que se anunciaba la próxima apertura de una casa de postulancia y de un gran convento metropolitano. En el mismo panfleto se daba una sinopsis de la historia de la orden la cual remontaba a los tiempos en que Jacques de Molay, estando encerrado en la Bastilla, nombró heredero a Jean-Marc Larmenius¹⁷⁸⁵.

La Carta de Transmisión, cuyo original se conserva y puede verse hoy en día en el «*Mark Masons Hall*», en Londres, está escrita con caracteres cifrados,

¹⁷⁸³ Peter Partner, *The Murder Magicians: The Templars and their myths*, Crucible (Aquariam Press), Wellingborough, 1987, p. 135.

¹⁷⁸⁴ François Timoleon Begue Clavel, *Histoire pittoresque de la franc a onnerie et des sociétés secrètes anciennes et modernes*, Pagnere  diteur, París, 1843, p. 214.

¹⁷⁸⁵ François Timoleon Begue Clavel, *Histoire pittoresque de la franc a onnerie*, p. 215.

según un alfabeto propio de los templarios, y, una vez descifrado, el texto aparece no en latín eclesiástico de la Edad Media, sino en un latín refinado, propio de las universidades del siglo XVIII¹⁷⁸⁶.

La Carta de Transmisión ha sido objeto de controversia desde el mismo instante de su aparición pública, siendo muchos los autores que se han decantado por su falsedad y no pocos los que defienden su autenticidad. Entre los primeros, podemos citar a Clavel que ya en la primera edición de su conocida obra «*Histoire pittoresque de la francmaçonnerie et des sociétés secrètes anciennes et modernes*», decía que el establecimiento de la orden del Temple actual no se remonta más allá de 1804¹⁷⁸⁷, a Evelin Lord que afirma que es una pobre falsificación que desconoce la convenciones de escritura del medievo¹⁷⁸⁸, o a John Robinson que, con toda rotundidad, dice que es una falsificación flagrante¹⁷⁸⁹. En el lado opuesto están los que no ponen en duda su autenticidad, como James Burnes¹⁷⁹⁰ y Vicent Zubras¹⁷⁹¹. Incluso hay un numeroso grupo que no se pronuncian, como Baigent y Leigh¹⁷⁹², Michel Lamy¹⁷⁹³ o Lynn Picknett y Clive Prince¹⁷⁹⁴, que dicen que no pueden confirmar o refutar la veracidad del título.

Uno de los autores, que primero y más a fondo estudió el documento, fue el alemán J. G. Findel que concluyó que el documento es una falsedad por las siguientes razones:

1. El latín en el que está escrito no es el propio del siglo XIV.
2. Los antiguos estatutos templarios son ignorados dado que a ningún gran maestre le estaba permitido designar a su sucesor.
3. El documento es absolutamente innecesario para la preservación de la gran maestría.
4. La existencia de cuatro vicarios generales es aún más innecesaria hoy que cuando la orden estaba en todo su apogeo.
5. La mención que se hace de los *Scotii Templarii*¹⁷⁹⁵ demuestra que fue preparado en el siglo XVIII que es cuando se crearon los grados esco-

¹⁷⁸⁶ Christopher Hodapp & Alice von Koannon, *The Templar Code for Dummies*, Wiley Publishing Inc., Hoboken, 2007, p. 177.

¹⁷⁸⁷ François Timoleon Begue Clavel, *Histoire pittoresque de la francmaçonnerie*, p. 218.

¹⁷⁸⁸ Evelin Lord, *The Knights Templar in Britain*, p. 278.

¹⁷⁸⁹ John Robinson, *Born in Blood: The Lost Secrets of Freemasonry*, p. 287,

¹⁷⁹⁰ James Burnes, *Sketch of the history of the Knights Templars*, Blackwood & sons, Edinburgh, 1840, pp. 40 y ss.

¹⁷⁹¹ Vicent Zubras, *The Larmenius Charter and the Legitimacy of Modern. Day Knights Templar*, en Oddvar Olsen, *The Templar Papers: Ancient Mysteries, Secret Societies and the Holy Grail*, Career Press, Franklin Lakes, 2006, pp. 99 y ss.

¹⁷⁹² Richard Laigh y Michael Baigent, *The Temple and the Lodge*, p. 114.

¹⁷⁹³ Michel Lamy, *La otra historia de los templarios*, p. 365.

¹⁷⁹⁴ Lynn Picnett & Clive Prince, *La Revelación de los templarios*, Ediciones Martínez Roca S. A., Madrid, 2006, p. 102.

¹⁷⁹⁵ En latín en el original.

ceses en la francmasonería.

6. La firma de Chevillon [que figura en el documento] lleva a la misma conclusión, ya que Corsé Brissac (1776-1792) debería haber entregado el título a Chevillon en el punto álgido de la Revolución de 1792, cuando tanto la aristocracia como los personajes que en él se recogen, sufrieron persecución.
7. Por todo ello, si este documento y todas las firmas que lo acompañan fueran genuinos, en Francia, que desde 1314 ha sufrido muchas *tempora infausta*¹⁷⁹⁶, todos estos grandes maestros, habrían tenido la oportunidad de añadir cualquier observación con sus firmas, lo que no hicieron, excepto Chevillon y Brissac que son las únicas que se apartan de la redacción general y por ello podrían ser reputadas como genuinas.
8. Los nombres posteriores a Jacques de Molay son individuos oscuros. Respecto de Bertrand du Guesclin (1357-1381) condestable de Francia, es extraño que aparezca su firma cuando es un hecho conocido que no sabía leer ni escribir. La firma de Bernard Imbaut (1472-1478) está en mal lugar, lo que no hubiera ocurrido si hubiera firmado en su momento. Todos los grandes maestros posteriores a 1705 son personajes históricos que, a su vez, eran francmasones. La utilización de viejos pergaminos para el documento no sirve para probar su autenticidad¹⁷⁹⁷.

Estas objeciones fueron respondidas por Fred J. W. Crowe en los siguientes términos:

1. El latín es absolutamente consistente con el que se hablaba en el siglo XIV.
2. En el propio documento de Larmenius dice clara y expresamente «[...] así pues, con la ayuda de Dios y con el único consentimiento de la suprema asamblea de hermanos he conferido [...]».
3. La confusión y desorganización existente en la orden, o en lo que quedaba de ella, justifican los nuevos métodos del procedimiento.
4. Ídem anterior.
5. Es una pura suposición sin fundamento alguno que se pueda rebatir.
6. ¿Cuál es la prueba que lleva a Findel a afirmar que el título fue preparado sin duda alguna bajo el mandato de Corsé Brissac (1776-1792)? Lo cierto es que Clavel cuenta con detalle la fabricación del documento en 1705, luego está claro que ambos no pueden tener razón.
7. Respecto a la afirmación referente a Gueseclin o Guesclin, éste puede fácilmente haber copiado los caracteres cifrados aunque no supiese escribir o, incluso, otro caballero hubiera podido escribir el texto y él haber simplemente puesto la cruz al final del párrafo como si fuera su firma.

¹⁷⁹⁶ En latín en el original.

¹⁷⁹⁷ John G. Findel, *History of Freemasonry, from its rise down to the present day*, Asher & Co, Londres, 1866, pp. 717-718.

8. Es de notar que solamente son Guesclin y su predecesor los que firman con una cruz. Bernard Imbaut, 1442-1478, del que Fidel dice «cuya firma fue desafortunadamente olvidada» no fue gran maestro sino sólo regente, por lo que el argumento cae por su peso ya que solamente los grandes maestros firmaban en el título.

Otros que han apoyado la autenticidad del documento utilizan los mismos o parecidos argumentos. John Ward es más explícito y en el punto 4 añade que existía el peligro real de que el gran maestro fuera encontrado y matado por los perseguidores, lo que justifica la existencia de cuatro vicarios.

A nosotros nos parece extraño que ni los actuales ni los anteriores dueños del documento, teniendo en cuenta la controversia que suscita su autenticidad, no lo hayan puesto a disposición de investigadores para que lo estudien y fijen la fecha de su creación con el empleo de las técnicas modernas de datación. Es más, según cuenta Fernando Arroyo, en 1993 se negaron a ponerla a disposición de Laurent Dailliez y Alain Desgris¹⁷⁹⁸ para investigarlo a fondo, aduciendo que el documento es tan importante que no podía salir del lugar en que estaba conservado, además, en un intento de desautorizarles, añadieron que Dailliez estaba a sueldo del Vaticano¹⁷⁹⁹. Pero, además, hay un dato que consideramos trascendental, y éste es que Larmenius, que se supone que era senescal, no figura en ninguno de los registros de los procesos que tuvieron lugar en los diversos países de la Cristiandad ni en ningún otro documento conocido del Temple.

Los investigadores en temas templarios se han solido centrar en el pergamino de Larmenius y han olvidado el otro documento que apareció en el mismo lote, el arquetipo de estatutos de 1705, cuyo análisis puede llevar a resultados que quizás la Carta de Larmenius, por si sola, no permite.

Clavel reputa el documento como falso en base a una colección de documentos, que dice le han sido entregados por un tal hermano Morison de Greenfield, según los cuales, tanto la *Charta Transmissionis* como el arquetipo de Estatutos, fueron confeccionados por el jesuita padre Bonanni por encargo de Felipe de Orleans a principios del siglo XVIII. Según reivindican los restauradores de la orden, y cuenta Clavel con fundamento en los documentos entregados por Greenfield, Felipe de Orleans, reunió en 1705 a los miembros que quedaban de una asociación llamada la *Petite Résurrection des Templiers* y en una asamblea celebrada en Versalles el once de abril de 1705 aprobó la constitución y los estatutos de la orden del Temple y para demostrar la continuidad de la que había sido disuelta en 1312, encargó la confección de la *Charta Transmissionis* al jesuita Bonanni. Cabe pensar, continua diciendo Clavel, que la orden continuó existiendo y que justo antes de la revolución se ocultaron bajo el nombre trivial de *Société d'Aloyau*¹⁸⁰⁰.

¹⁷⁹⁸ Ambos son autores reconocidos de temas templarios, citados en esta tesis.

¹⁷⁹⁹ Fernando Arroyo, «Neotemplarios: Historia de una usurpación», Revista *Más Allá de la Ciencia*, nº 236, MC Ediciones, año XX, 2009, p. 34, <http://www.masalladelaciencia.es/hemeroteca/neotemplarios-historia-deunausurpacion_id29948/nuevotemplarios_id1084392.html>.

¹⁸⁰⁰ F. T. B. Clavel, *Histoire pittoresque de la francmaçonnerie*, Pagnerre, París, 1843, pp. 215-216.

La existencia de la *Petite Résurrection des Templiers* está plenamente documentada y fue una asociación de gente de la aristocracia creada en 1682, sobre la que Clavel cuenta que varios nobles franceses de la corte de Luis XIV, entre otros Manicamp, Tilladet, el duque de Grammont, el marqués de Biran y el conde de Tallard, fundaron en 1682 una sociedad secreta cuyo objeto era dedicarse a un placer importado de Italia y cuya primera regla era la exclusión total de mujeres, a cuyo efecto todos los asociados llevaban bajo la camisa un colgante en forma de cruz sobre la que aparecía un hombre en pie pisando a una mujer, a la manera de las figuras de san Miguel arcángel sobre el demonio. Añade este autor que apenas constituida esta sociedad se vio muy concurrida de jóvenes desocupados llegando, incluso, a admitir al delfín, lo que, cuando llegó a oídos del rey, hizo a éste montar en cólera y desterrar de la corte a la mayoría de los miembros de la sociedad, cuyos restos son los que se dice que fueron rescatados por el duque Felipe de Orleans para la refundación de la orden templaria¹⁸⁰¹. No hay ninguna noticia de esta asociación posterior a la orden de disolución de Luis XIV, por lo que se supone que desapareció. Hemos constatado la existencia de esta sociedad libertina, que es también citada en varias obras, entre las que cabe destacar las memorias del cardenal Dubois¹⁸⁰².

De la *Société Aloyau*¹⁸⁰³, cuyos orígenes se remontan a una fraternidad fundada en el entorno de la iglesia del Santo Sepulcro, hay una referencia en el *Magasin Universel*¹⁸⁰⁴ de 1853. Sus fundadores fueron personas relacionadas con esta iglesia, que pretendían hacer revivir los antiguos privilegios de la orden del Santo Sepulcro y a tal efecto crearon dignidades y condecoraciones de esta orden, hasta que «un edicto real terminó con las ilusiones teatrales de los nuevos caballeros». Hacia el año 1775 sólo contaba entre sus miembros con algunos burgueses que se reunían periódicamente en banquetes, que era cuanto quedaba de los fines iniciales de la asociación, de aquí el cambio de su nombre original por el menos noble de Cofradía o Sociedad del Solomillo¹⁸⁰⁵. Davy no da la fecha de creación pero dice que la misma se debe a unos intrigantes que la imaginaron, para procurarse fondos de manera fácil y barata, resucitando a la antigua cofradía del Santo Sepulcro, así como sus prerrogativas y las bulas que habían autorizado su existencia. Los miembros de esta cofradía, compuesta exclusivamente de burgueses y artesanos, intrigaron en la corte hasta conseguir el apoyo y reconocimiento de algunos personajes. De acuerdo con su plan, constituyeron la nueva fraternidad, con tres clases de miembros y ofrecieron el gran maestrazgo al conde de Artois. Los fundadores sacaron pingües beneficios de la venta de las admisiones y de las condecoraciones del Santo Sepulcro, hasta que en 1776 se promulgó una orden del rey prohibiendo

¹⁸⁰¹ F. T. B. Clavel, *Histoire pittoresque de la francmaçonnerie*, pp. 215-216.

¹⁸⁰² Guillaume Dubois, *Memoirs*, T. I, Mame et Delaunay-Vallé libraires, París, 1829, p. 298.

¹⁸⁰³ Sociedad del solomillo.

¹⁸⁰⁴ Societé de Savants et d'Artistes, *Magasin Universel, repertoire des Sciences, des Letres et des Arts*, Tomo 4º, Librairie Picard, París, 1853.

¹⁸⁰⁵ Societé de Savants et d'Artistes, *Magasin Universel*, p. 16.

los títulos y la exhibición de las medallas¹⁸⁰⁶. Baraud añade que en 1791 una compañía holandesa adquirió la iglesia y el resto de edificios del Santo Sepulcro que poseían en la calle Saint-Denis, con lo que se terminaron las veleidades caballerescas de la sociedad del Aloyau¹⁸⁰⁷.

Así pues, los dos elementos de la truculenta historia, que se nos asegura son los antecedentes de la orden del Temple, restaurada por Ledru, Palaprat y sus amigos en 1804, son:

- Por un lado, una asociación de homosexuales de la nobleza, cuyos fines quedan determinados perfectamente por Le Forestier al definirla como «asociación clandestina de costumbres socráticas», aclarando este término en una nota al pie en la que dice que «se sabe que los templarios habían sido acusados, con ocasión de su proceso, de sodomía y otras prácticas infames», y añadiendo que los «miembros de esta sociedad de invertidos fueron duramente castigados por Felipe XIV»¹⁸⁰⁸.
- Y por otro, una cofradía de pillos y vividores, que a su final terminaron como lo que hoy calificaríamos, en el mejor de los casos, de sociedad gastronómica o de la buena mesa.

Pretender que cualquiera de estas dos organizaciones tuviera algo que ver con el verdadero Temple, suena a sorna y burla. La única base que hemos encontrado, con algún fundamento, que podría relacionar a los templarios con una sociedad de tipo gastronómico, es un antiguo dicho francés que dice *boir comme un Templier*¹⁸⁰⁹, aunque creemos que esta aserción debe ser descartada ya que la referencia a la sociedad Aloyau se filtró desde las propias filas templarias¹⁸¹⁰.

El nombre de la *Petite Résurrection des Templiers* no fue elegido al azar. Fue la manifestación externa del sentimiento de antitemplarismo que nunca dejó de existir en la corte de los reyes herederos de Felipe IV el Hermoso. Era tan poco el aprecio que existía en la aristocracia francesa de la época hacia los templarios que a la hora de elegir un nombre para una asociación libertina no se les ocurrió nada mejor que llamarla «Pequeña Resurrección de los Templarios». Es absurdo pensar que nadie de la familia real francesa osara mancillar el honor de su augusto antepasado expresando admiración o entusiasmo por los templarios. Por ello se nos hace muy difícil creer que Felipe, duque de Orleans, sexto en la línea de sucesión al trono, regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV, educado en una corte disoluta en la que el antitemplarismo formaba parte de sus mismas

¹⁸⁰⁶ Humphry Davy, *Continuatio de l'Abrégé chronologique de l'histoire de France*, T.5, Amable Costes et Cie., París, 1823, pp. 297-298.

¹⁸⁰⁷ Antony Beraud et P. Dufey, *Dictionnaire historique de Paris*, Imprimerie de H. Fournier, París, 1828, p. 255.

¹⁸⁰⁸ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 943.

¹⁸⁰⁹ «Beber (y comer) como un templario». El paréntesis señala que se dice de las dos maneras, aunque antiguamente se utilizaría solo el beber ya que esta palabra en un sentido amplio y figurado indicaba todos los placeres de una vida sensual.

¹⁸¹⁰ Fue el hermano Morison, de Greenfield, quien hizo llegar a Clavel los documentos. (F. T. B. Clavel, *Histoire pittoresque de la francmaçonnerie*, p. 215)

esencias, pudiera encabezar ninguna orden, asociación o cofradía templaria.

Pero por si fuera poco, a todo lo anterior hemos de unir el hecho, plenamente constatable, de que tanto en las biografías de Felipe de Orleans publicadas hasta la fecha, como en las de los demás personajes posteriores a él que aparecen en la Carta de Transmisión, es decir Luis Augusto de Borbón de Maine, (1724), Borbón-Condé (1737), Luis Francisco Borbon-Conty (1741), Luis Hércules Timoleon Cossé-Brissac (1776), hay constancia de la vinculación al Temple de ninguno de ellos¹⁸¹¹.

Muchas preguntas relacionadas con este tema quedan en el tintero y, mucho nos tememos, condenadas a quedar sin respuestas. Preguntas tales como:

- ¿Cómo es que Felipe de Orleans, que llegó a ser el hombre más poderoso de Francia entre 1715 y 1723, no hizo nada para sacar a la luz o simplemente enaltecer a la orden de la que se decía era su gran maestro?
- ¿Cómo es que no hay noticias de más reuniones, en una asociación tan organizada y estructurada, como se desprende de los estatutos, después de la asamblea fundacional del once de abril de 1705?
- ¿Cómo es que no se sabe de ninguna otra persona, aparte de los que se mencionan en los estatutos y la *Charta Transmissionis*, que hubiera pertenecido a la orden en el siglo que va desde 1705 a 1804?
- Y sobre todo, ¿Por qué los actuales propietarios del Título de Larmenius, o *Charta Transmissionis*, no permiten que el mismo sea sometido a las modernas técnicas de datación?

La respuesta a todas estas preguntas, y otras más que podamos hacernos, apuntan irremediabilmente a una dirección: engaño, fraude, superchería, en suma, falsedad. Esta es la conclusión a la que llegan un buen número de investigadores que han estudiado el documento de Larmenius, los cuales indican que es una falsificación de Fabrè-Palaprat o de su entorno¹⁸¹², siendo muchos, entre los que nos contamos, los que hoy en día señalan directamente a Ledru como autor directo del engaño¹⁸¹³.

¹⁸¹¹ Michael Lamy recoge en la página 201 de su libro *La otra historia de los templarios* una referencia a una obra de Ivan Drouet de la Thibauderie, que dice escrita en 1762, que hace referencia a la vinculación del duque de Orleans con el Temple, pero hay un error en la fecha ya que éste es un autor contemporáneo y la obra a la que hace alusión Lamy fue publicada en 1962, es decir dos siglos más tarde.

¹⁸¹² Stéphane Ingrand, *Les Templiers*, Carnot, París, 2004, p. 152; Jean-Pierre Laurant, *L'esoterisèe Chretien en France au XIX siècle*, Editions l'âge de l'homme, Laussane, 1990, p. 93; Sonia Merli, *Milites Templi: il patrimonio monumentale e artistico dei Templari in Europa*, Volumnia Editrice, Perugia, 2008, p. 393

¹⁸¹³ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 943; Malcolm Barber, *The Military Orders: History and Heritage*, p. 49; Peter Partner, *The Murder Magicians: The Templars and their myths*, Crucible (Aquarium Press), Wellingborough, 1987, p. 135; Cristopher Hodapp, Alice von Kannon, *The Templar code for dummies*, Wiley publishing, Inc., Hoboken, 2007, p. 177.

3.6.5.3 Análisis de la continuidad alemana a través de la E. O. T.

Como hemos visto, la leyenda en que se fundamenta la Estricta Obediencia Templaria se basa en que un tal Pierre d'Aumont, «preceptor de Auvernia», se refugió en la isla de Mull acompañado de otros dos comandadores y de cinco hermanos, número que juega un papel importante en la historia.

De la documentación histórica que hemos manejado, resulta que el preceptor de Auvernia en 1307 y en los años inmediatamente anteriores, no era el tal d'Aumont, sino el hermano Imbert Blanke¹⁸¹⁴ y que de este Pierre d'Aumont no hay ningún rastro en las actas de los juicios que tuvieron lugar entre 1309 y 1312. De Imbert Blanke, que fue arrestado y sometido a juicio en Inglaterra, si hay abundante información¹⁸¹⁵.

Por otro lado, el número de hermanos que, se dice, acompañó a d'Aumont, encierra un simbolismo sospechosamente masónico, pues como dice Stephen Dafoe, siete hermanos más un maestro es el número que hace perfecta una logia, añadiendo más adelante que si el improductivo desierto, que durante más de tres cuartos de siglo se expandió sobre el Continente, sin producir ningún fruto excepto teorías fantásticas, sistemas absurdos y grados innecesarios, hubiera sido ocupado por una raza de académicos masones, cuyas investigaciones hubieran estado dirigidas hacia la creación de una historia genuina, se hubiera evitado gran parte de la tarea de nuestros modernos iconoclastas¹⁸¹⁶.

El culmen de la leyenda es la atribución al grupo de templarios liderados por d'Aumont de un aporte decisivo a la victoria de las tropas escocesas sobre los ingleses en la batalla de Bannockburn, el veinticuatro de junio de 1314. El escritor masón Robert L. D. Cooper¹⁸¹⁷ en un interesante trabajo titulado «*The Knight Templars in Scotland. The creation of a Myth*», tras estudiar fuentes contemporáneas de los hechos (más de veintiséis) y no encontrar rastro alguno que haga referencia a la participación en dicha batalla de los caballeros del Temple, llega a la conclusión de que es un mito, creado por la francmasonería, sin base fáctica alguna¹⁸¹⁸.

La nueva orden de la Estricta Observancia (también llamada «Masonería Rectificada» o «Reformada de Dresde»), se consideraba heredera de los antiguos templarios, razón por la cual, desde las filas masónicas, se la acusaba de haber hecho primar el aspecto caballeresco sobre el masónico. Incorporó no sólo el espíritu sino, sobre todo, la estética de lo que en el siglo XVIII se suponía que había sido la expresión más pura de la caballería de la Edad Media y, así, en el aspecto externo

¹⁸¹⁴ Epígrafe 2.16.

¹⁸¹⁵ Malcolm Barber, *El Juicio de los templarios*, pp. 66, 286 y 294.

¹⁸¹⁶ Stephen Dafoe, *The compasses and the Cross*, Lewis Masonic Publishers Ltd., Hershan, 2008, pp. 16-23.

¹⁸¹⁷ Robert L. D. Cooper es escritor y conservador (*curator*) de la biblioteca y del museo de la gran logia de Escocia.

¹⁸¹⁸ Robert L. D. Cooper, «The Knights Templars in Scotland. The creation of a Myth», *Ars Quatuor Coronatorum*, vol. 115, Londres, 2002, p. 141.

la nueva orden se caracterizó por un gusto desmedido hacia las antiguas ceremonias, utilización de ropas y armaduras antiguas, festines y refinados banquetes medievales, pintorescas y enrevesadas ceremonias en castillos antiguos, férrea práctica de sus estatutos y reglas, rígida jerarquía de títulos y honores, todo lo cual llegó a convertir a la organización en una estructura extremadamente rígida y piramidal y en un elemento político que algunos consideraron peligroso.

Esta expresión externa de la orden, que ejerció una indudable influencia en la sociedad de su época, sobre todo en las élites políticas y militares, no tuvo su correlato en el ámbito interno, que se limitó a un exacerbado gusto por la alquimia y lo oculto, dejando de lado las cuestiones filosóficas o meramente intelectuales¹⁸¹⁹.

La leyenda de Peter d'Aumont y su orden de los caballeros templarios de Escocia carece de la más mínima evidencia histórica para su soporte, sin embargo ha ejercido una poderosa influencia tanto sobre los templarios, como sobre muchas logias masónicas, que la han incorporado a sus ritos dando una forma templaria a muchos de los altos grados.

La conclusión de nuestro análisis es que el origen templario que para sí reclaman la Estricta Observancia Templaria y todas sus variantes (Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, Régimen Escocés Rectificado, etc.) carece de toda base histórica.

¹⁸¹⁹ Eduardo R. Callaey Aranzibia, *El otro imperio cristiano: de la Orden del Temple a la Francmasonería*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2006, p. 191.

CONCLUSIONES.

CONCLUSIONES AL PRIMER CAPÍTULO.

El surgimiento de las órdenes religioso-militares encontró un escollo importante, en la prohibición del uso de armas por religiosos, ya que la permisividad para el uso de las armas contra los enemigos de la fe, iniciada con el papa León IV (847-855) en el 853 y continuada con Nicolás I (858 a 867) al permitir a los peregrinos y penitentes la utilización de las armas contra los paganos¹⁸²⁰, no alcanzaba a clérigos y monjes, los cuales, desde el principio del Cristianismo, tenían expresamente prohibido no sólo el uso de armas y la participación en acciones bélicas, sino la mera tenencia de las mismas. La fundación en Jerusalén de la orden del Temple, primera orden religioso-militar de la historia, fue posible gracias al previo levantamiento de la prohibición en el concilio de Naplusa¹⁸²¹ (Samaria, Palestina), celebrado entre el dieciséis y el veintitrés de enero de 1120, fecha que se corresponde con el año 1119 de la era de la Encarnación, por lo que, aunque ningún documento de la época fija la fecha exacta de creación de la orden, existen suficientes indicios en las obras de cronistas e historiadores (Guillermo de Tiro, Jacques de Vitry, Ernoul, Bernardo el Tesorero y otros) para hacerla coincidir con la celebración de este concilio, única ocasión en la que coincidieron el rey Balduino con «el señor patriarca y los demás obispos» a los que se refiere Guillermo de Tiro en su crónica¹⁸²², lo que se ratifica en la crónica de Ernoul en la que se dice que el rey convocó un concilio para escuchar las opiniones del «patriarca, los arzobispos, obispos y príncipes»¹⁸²³.

Esta conclusión se corrobora en la propia Regla de la Orden, aprobada en el concilio de Troyes, en la que se recoge una mención a la fecha de fundación de la Orden especificando que el concilio inició sus deliberaciones «en la fiesta de San

¹⁸²⁰ Epígrafe 1.7.1.

¹⁸²¹ Epígrafe 1.2.

¹⁸²² Epígrafe 1.7.2.

¹⁸²³ Epígrafe 1.2.

Hilario¹⁸²⁴, en el año de la encarnación de Cristo Jesús de 1128 en el noveno año tras la fundación de la anteriormente mencionada orden caballeresca»¹⁸²⁵.

La Regla, por encima de cualquier otra consideración, es una norma de cumplimiento obligatorio, de la que dijo Henri Curzon, uno de los mayores especialistas en la regla templaria, que «si hay algo que prueba la Regla es una cosa, que la orden del Temple estuvo regida hasta el último de sus días por normas irrefragables, verdaderamente monásticas e, incluso, extremadamente severas»¹⁸²⁶.

Coincidimos con Grouvelle en la afirmación de que el motivo de la creación de la orden del Temple fue político y que su finalidad última fue la de constituir, como contrapunto de las bandas armadas sarracenas, un ejército permanente y bien disciplinado para la defensa del reino de Jerusalén y que la religión fue solamente un medio para lograr la cohesión y la disciplina absolutamente necesarias en toda organización militar. Para este autor el destino de la Orden fue eminentemente militar y la guerra fue su fin, mientras que la religión fue simplemente un medio¹⁸²⁷.

CONCLUSIONES AL SEGUNDO CAPÍTULO

La detención de los templarios fue una maniobra orquestada, al margen de la santa sede, por Felipe IV con la necesaria colaboración de su confesor y gran inquisidor de Francia, Guillermo de París.

La carta-orden de Felipe IV, en la que ordenaba la detención de todos los templarios del reino, estaba fundamentada en la mala fama de toda la Orden, mala fama o *diffamatio* que era un requisito imprescindible para poner en marcha todo proceso inquisitorial, cuyo origen, hoy lo sabemos, está en un individuo, Esquiú de Floyrac, que, con la idea de obtener un beneficio, contó a alguien del entorno real o al propio rey Felipe, la patraña de las recepciones heterodoxas que tenían lugar en la Orden y de las prácticas homosexuales habituales entre los hermanos, según le había contado un templario renegado con el que coincidió en una celda de la prisión de Toulouse. La carta-orden de detención concretaba las acusaciones contra la Orden en la negación de Cristo y en las injurias (escupitajos) a su imagen, en las prácticas homosexuales entre los hermanos, en la idolatría y en que los sacerdotes de la Orden omitían la consagración de la hostia en las misas, acusaciones que el gran inquisidor restringió en su circular a los «hermanos singulares que resulten sospechosos», «no contra la universalidad de hermanos o la Orden entera»,

¹⁸²⁴ 13 de enero.

¹⁸²⁵ Epígrafe 1.4.

¹⁸²⁶ Epígrafe 1.7.7.1.

¹⁸²⁷ Philippe Antoine Grouvelle, *Memoires historiques Sur les Templiers*, p. 240.

«cuya buena fama debía quedar a salvo», en todo caso¹⁸²⁸, lo que prueba es que para la Inquisición, en el momento de la detención, la Orden como institución gozaba de buena fama, lo que resulta absolutamente incompatible con la *diffamatio*, necesaria según la normativa inquisitorial, para iniciar la persecución.

La ilegalidad de la detención, hacía absolutamente necesario obtener de la manera más rápida posible pruebas irrefutables que justificaran en cierto modo la excepcional iniciativa real, por lo que los interrogatorios empezaron inmediatamente y en ellos, siguiendo las instrucciones del gran inquisidor se utilizó profusamente la tortura como medio de obtención de las confesiones, lo que dio lugar a que los detenidos, con objeto de minimizar los miedos y sufrimientos e, incluso, de salvar sus vidas, en un afán por satisfacer la curiosidad de los inquisidores, confesaran todo lo que les era demandado de confesar y, en muchos casos, como no tenían la más somera idea de qué era lo que se les preguntaba, adornaran sus respuestas con las más floridas fantasías que les proporcionaba su imaginación. Algunas respuestas son tan inverosímiles y tan poco creíbles que nos preguntamos cómo gente de formación, como los inquisidores y los notarios, las pudieron ni siquiera consignar en las actas.

Queremos hacer hincapié en que el requisito de la mala fama o *diffamatio* de la Orden era falso o inexistente en el momento de la detención y que el uso de la tortura en los interrogatorios a los templarios franceses, y en mucho menor grado en otros lugares, es un hecho innegable, no solamente porque fuera el medio usual de los tribunales de la Inquisición para la obtención de las confesiones, sino porque, como hemos mencionado, expresamente lo ordenó el gran inquisidor en la carta que envió a los inquisidores provinciales¹⁸²⁹. El mismo Clemente V, que algunos pretenden dejar al margen en la responsabilidad por los medios utilizados contra los templarios, participó de manera activa en los mismos, ordenando expresamente su empleo a los tribunales de Castilla, León, Aragón, Portugal, Inglaterra y Chipre. Afortunadamente los reyes, príncipes y prelados a los que iba dirigida la orden no la obedecieron, con lo que no sólo evitaron el sufrimiento a unos buenos y desdichados católicos, cuyas confesiones hubieran sido similares a las de sus hermanos de Francia, sino que hoy careceríamos de la principal prueba para desmontar el entramado urdido contra los templarios.

En pocos meses todos los templarios franceses fueron interrogados y la gran mayoría de ellos se confesaron culpables de algunos de los cargos, aunque el análisis de las ciento treinta y ocho declaraciones de París muestra que se trató de confesiones poco concretas. De éstas, en ciento cinco casos admitieron haber renegado de Cristo, pero muchos aclararon que lo habían hecho de palabra y no de corazón. De los ciento veintitrés tres casos que aceptaron haber escupido sobre la cruz, la mayoría admitieron que lo habían hecho al lado, al suelo o que habían simulado. Ciento tres reconocieron haber recibido besos que podían ser calificados como indecentes. En ciento dos casos se admitió la incitación a la homosexualidad, pero

¹⁸²⁸ Epígrafes 2.4.1 y 2.9.6.2.

¹⁸²⁹ Epígrafes 2.4.1 y 2.9.3.2.

sólo tres reconocieron haber practicado relaciones homosexuales. En lo referente a la adoración de ídolos sólo nueve de los interrogados declararon saber algo del asunto. Con ligeras modificaciones el modelo se repitió en provincias, cuya tónica, en las noventa y cuatro declaraciones que se han conservado, es la misma que en las de París¹⁸³⁰.

De todas las declaraciones la que más ha llamado la atención de los historiadores de todas las épocas es la del maestre Jacques de Molay por su confesión de que con ocasión de su ingreso en la Orden se le ordenó que debía renegar de Cristo y que él, muy a su pesar, lo había hecho y que el que oficiaba la ceremonia le ordenó escupir sobre la Cruz y que él, simulando obediencia, lo había hecho al lado, sobre la tierra. Esta declaración del maestre, y las similares del resto de los dirigentes, fue suficiente para que el papa apreciara el estado de necesidad en la orden de detención del rey Felipe y, tras una reacción inicial de asombro e indignación por la orden de detención real, se plegara a sus deseos, promulgando el veintidós de noviembre del mismo año la bula *Pastoralis praeinentiae* convalidando la detención de los templarios franceses y ordenando a todos los soberanos del orbe católico la detención de los templarios que se encontraran en sus territorios, si bien, en un intento de tener controlada las actuaciones contra la Orden, suspendió en sus funciones a todos los inquisidores de Francia, incluido el gran inquisidor Guillermo de París, con lo que de hecho todos los procesos en curso quedaron bloqueados.

Desde la masiva detención de los templarios, las acusaciones del rey y su entorno se fueron incrementando hasta alcanzar su punto álgido en la reunión bilateral de Poitiers en julio de 1308, en la que Clemente V fue presionado y acusado de pasividad hasta que, plegándose a las exigencias de la corona francesa, promulgó varias bulas, entre las que resaltamos la *Regnan in Coelis*, de doce de agosto, por la que se convocaba un concilio ecuménico, a celebrar en Vienne el uno de octubre de 1310 y la *Faciens misericordiam*, de la misma fecha, dirigida a todos los soberanos y obispos, en la que encomendaba el juicio de los templarios a los concilios provinciales y constituía una comisión, con sede en París, para llevar a cabo la instrucción de los delitos achacados a la Orden, adjuntando a tal efecto dos listas de acusaciones, que habían sido preparadas por los consejeros de Felipe IV, una compuesta de ochenta y ocho artículos de cargo contra las personas y otra con ciento veintisiete cargos contra la Orden.

Esta bula contiene un anacronismo que ha sido objeto de las más aviesas especulaciones, pues en la misma, promulgada, como se ha dicho el doce de agosto, se hace referencia a los interrogatorios de Jacques de Molay y otros cuatro dirigentes de la Orden llevados a cabo por una comisión de tres cardenales en Chinon ocho días más tarde.

Al respecto del acta de Chinon, hemos de hacer referencia al gran revuelo mediático que tuvo lugar en 2007 al hacer público la doctora Bárbara Frale el «descubrimiento» del viejo pergamino en una estantería de los archivos secretos

¹⁸³⁰ Epígrafe 2.3.9.

del Vaticano, calificándola ante la prensa como «inédita absolución» de los dirigentes templarios, respecto a la cual queremos expresar nuestro total desacuerdo con la mencionada investigadora en este asunto, que en nada debe empañar su magnífica y dilatada trayectoria de investigación llevada a cabo en los archivos vaticanos, ya que ni el documento era inédito, pues del mismo se hicieron al menos dos copias, una de las cuales se envió al rey de Francia y está depositada en los Archivos nacionales de Francia y otra es la que se depositó en los Archivos del Vaticano, que se traspapeló en el siglo XVIII y que ha sido «encontrada» por la investigadora¹⁸³¹ y mucho menos que supusiera una especie de sentencia absolutoria de la Orden o sus dirigentes, pues la absolución a que hace referencia el acta es el perdón canónico del pecado de herejía, otorgado «singular e individualmente» a cada uno de los hermanos (no a la Orden), necesario para ser readmitido en la comunión de los cristianos, según la normativa inquisitorial en vigor¹⁸³². Por consiguiente, la absolución otorgada en Chinon de ninguna manera puede ser considerada como una exculpación de la Orden, siendo buena prueba de ello que mediante la bula *Faciens misericordiam* de doce de agosto, en las que se hace referencia a los interrogatorios de Chinon, se ordenase la apertura de procesos contra las personas y contra la Orden.

La comisión papal de investigación de la Orden, compuesta en su totalidad por clérigos franceses pertenecientes a la alta jerarquía eclesiástica, devotos y deudos del rey Felipe, inició su labor el ocho de agosto de 1309 y la extendió hasta el cinco de junio de 1311. El número total de testigos examinados ascendió a doscientos treinta y uno, de los que doscientos veinticinco fueron templarios y seis no templarios. De todas las acusaciones, la única que alcanzó un número significativo de confesiones es la referente a las irregularidades en las ceremonias de recepción en la Orden, pues doscientos siete comparecientes reconocieron que, con ocasión de su ingreso y a instancias del oficiante, habían renegado de Cristo, aunque «sólo de palabra y no de corazón» y/o que habían escupido a la Cruz, aunque, matizaron, «al lado no sobre ella». Setenta y dos reconocieron que habían sido incitados a realizar actos carnales con otros hermanos, pero añadieron que nunca los habían practicado. Todas las demás acusaciones, (idolatría, omisión de la consagración en la misa y absolución de los pecados de los pecados por el maestre o los comendadores) fueron negadas por todos los que comparecieron¹⁸³³.

En la actuación de esta comisión cabe destacar:

- Se trató exclusivamente de un órgano instructor, ya que el juicio se reservó para el concilio ecuménico convocado para el uno de octubre de

¹⁸³¹ Además, un extracto fiel de su contenido consta en una carta enviada el veinte de agosto por la comisión de cardenales al rey Felipe, la cual es conocida desde siempre ya que fue incluida por Baluze en 1693 en el Tomo II de su obra *Vitae paparum Avenionesium* y por Dupuy en 1751 en su *Histoire de l'Ordre Militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem* (Epígrafe 2.9.5.5).

¹⁸³² Epígrafe 2.2.14.4.

¹⁸³³ Epígrafe 2.9.6.2.

1310 en Vienne¹⁸³⁴.

- Su competencia objetiva fue exclusivamente la Orden como organización de la Iglesia y a ella fueron convocados todos quienes tuvieran algo que decir, templarios o no, sobre la misma.
- Su competencia territorial, de acuerdo con la bula de creación, se extendió exclusivamente al reino de Francia, Lo que resulta extraño ya que la Orden estaba extendida por toda la Cristiandad.
- Los que comparecieron ante ella lo hicieron libremente y nunca fue empleada la tortura, (aunque hay que tener en cuenta que los templarios comparecientes eran detenidos que permanecían encerrados en las prisiones reales a disposición de los concilios provinciales, especialmente el de Sens, que sí emplearon profusamente el tormento).
- Se permitió la defensa de la Orden por los miembros de la misma que voluntariamente quisieron asumirla, siendo ésta llevada a cabo, en el lapso entre el veintiocho de marzo y el veintiséis de mayo de 1310, por cuatro hermanos, entre los que cabe destacar los magníficos y bien fundamentados alegatos jurídicos presentados por los sacerdotes templarios Reinaldo de Pruino y Pedro de Bolonia, únicos que tenían formación en Derecho.

De las alegaciones presentadas por los defensores son de destacar:

- La reiterada petición a la comisión papal de que por la misma les fuera aclarado cual era la vía procedimental (*accusatio*, *denuntiatio* o *ex officio*) que se estaba siguiendo contra la Orden, pues dependiendo de cuál fuera, los requisitos y consecuencias eran diferentes.
- La alegación de ausencia del presupuesto procesal de la mala fama o *diffamatio*, ya que con anterioridad a la detención la Orden gozaba de excelente reputación y no había habido ninguna acusación formal contra ella.
- La alegación de invalidez de las confesiones obtenidas mediante el uso o la amenaza de la tortura, o con promesas de dádivas y favores.
- La alegación de que las confesiones contrarias a la Orden, realizadas bajo tortura, serían revocadas si se les ofreciera seguridad a su autores.
- La apelación al papa contra la decisión del concilio de Sens de condenar a cincuenta y cuatro hermanos a la hoguera, si bien no consiguió su objetivo, ya que la comisión rechazó su tramitación con el argumento de que correspondía su tramitación al arzobispo de Sens.

Aparte de este último asunto, consideramos que la actuación de la comisión papal, dentro de los estrechos límites impuestos por la normativa inquisitorial y la bula *Faciens misericordiam*, fue ajustada a Derecho y con ciertas dosis de justicia y humanidad. Así, el examen que realizaron de cada compareciente fue completo, concienzudo y preciso, sin conformarse con las respuestas vagas. Sin embargo, el procedimiento estuvo jalonado de una serie de irregularidades, públicas, aberrantes y permanentes desde los prolegómenos hasta el final del proceso, de las que se ci-

¹⁸³⁴ Más tarde retrasado hasta el uno de noviembre de 1311.

tan las siguientes:

- La constante e inadmisble injerencia del rey en asuntos de la Iglesia.
- Falta de investigación de la realidad y origen de la denuncia formulada por Esquieu de Floyrac.
- Detención de la totalidad de los miembros de la Orden sin discriminar a los sospechosos, como era obligado de acuerdo con la normativa inquisitorial.
- Silencio sobre la vía elegida para la puesta en marcha del proceso.
- La utilización de la tortura en los tribunales provinciales para la obtención de confesiones e, incluso de la condena a la hoguera por los mismos tribunales, bajo la acusación de relapsos a quienes, tras haberse reconciliado con la Iglesia, declararon ante la comisión papal, todo lo cual tuvo una indudable repercusión en las declaraciones ante la comisión.
- Ausencia pertinaz, táctica e intencionada de defensa de la Orden, exceptuando el lapso de tiempo entre el veintiocho de marzo y el veintiséis de mayo de 1310.
- Inadmisión de los recursos y apelaciones.
- Presencia en la sala de audiencias, e intervención cuantas veces quisieron, de personas laicas, del entorno real, aspecto éste en el resulta significativa, por su condición de excomulgado, la intervención cuantas veces quiso de Guillermo Nogaret, ministro y consejero de Felipe IV.
- Uso en el proceso de falsificaciones y falsedades.

Hay algunos autores, incluso entre los pro-templarios¹⁸³⁵, que con la única base del viejo refrán que dice «cuando el río suena, agua lleva» (o el equivalente sajón de «no hay humo sin fuego»), sostienen que algo de verdad tuvo que haber en las acusaciones y en apoyo de su hipótesis argumentan que hubo lugares (Alemania, Inglaterra, Florencia,...) en los que algunos de los detenidos admitieron las acusaciones sin ser sometidos a tortura, argumento que consideramos que no es admisible dado que en todos estos sitios los interrogatorios tuvieron lugar mucho después de las torturas, muertes y tropelías sin fin desatadas contra los templarios detenidos en Francia y es evidente que la noticia había corrido como la pólvora, luego es más verosímil pensar que, escarmentando en cabeza ajena, estos templarios pensarán que era más seguro decirles a los inquisidores lo que querían oír, máxime cuando la confesión suponía el salvoconducto a la libertad, tal como había ocurrido en Francia. Ahora bien, el follaje no debe impedirnos ver el bosque, y es un hecho incontrovertible que en Francia de forma mayoritaria y en menor grado en otros lugares de influencia francesa, hubo un número importante de templarios que confesaron algunos de los principales crímenes de los que fueron acusados, tales como la negación de Cristo y las injurias a la cruz, lo que resulta particularmente significativo en el caso de las declaraciones del maestro y de los dirigentes, pues fueron confesiones realizadas sin presiones –al menos eso reflejan las actas– y sobre las que los detenidos dan tales detalles que es a todas luces improbable que

¹⁸³⁵ Por ejemplo Michel Lami, *La otra historia de los templarios*.

fueran inventadas, lo que nos lleva a concluir que en Francia y algunas zonas de su influencia había encomiendas en las que las ceremonias de ingreso en la Orden habían degenerado, eran ilícitas y justificaban la intervención de la Iglesia. A este respecto Gilmour-Bryson ha publicado un interesante ensayo en el que ha analizado los juicios llevados a cabo en Chipre y en los Estados Pontificios y los ha contrapuesto con los celebrados en Francia, Alemania y otras partes y llega a la conclusión de que «la Orden y la mayor parte de sus miembros fueron inocentes de actos ilícitos importantes de cualquier clase»¹⁸³⁶.

Los inquisidores y jueces de los tribunales contra las personas, constituidos en la diócesis de Sens (París) y en todas las diócesis francesas, que habían recibido la consigna de conseguir de los detenidos las confesiones más aberrantes, no dudaron en transformar los ritos y costumbres, similares a los de cualquier otra orden religiosa, en los más abominables crímenes y pecados, como por ejemplo el beso de la paz, presente en las ceremonias de recepción, el cinturón símbolo de la castidad, la veneración de reliquias de santos, o el secreto de los capítulos. Creemos que el único delito que se podía achacar a la orden del Temple, fue su expansión por todo el orbe cristiano y el haberse hecho rica e influyente y tan poderosa que los reyes y príncipes, especialmente Felipe IV, a raíz de la repatriación de los caballeros templarios, tras la pérdida de Jerusalén y los santos lugares, empezaron a tener miedo por lo que representaba tener dentro de las fronteras de sus territorios un formidable y disciplinado ejército sujeto solamente a la soberanía del papa que, en los asuntos terrenales, era un príncipe extranjero.

Hay un hecho, a nuestro entender decisivo, que evidencia de manera cierta que muchas de las deposiciones relativas a las pretendidas recepciones ilícitas no se deben más que a seducciones, promesas, miedo, terror, en suma, violencia ejercida sobre los declarantes. Está fuera de toda duda, pues así se lo dice el papa en una carta que escribe el veinticuatro de agosto de 1307 al rey Felipe, que el maestro y altos dignatarios de la Orden tenían conocimiento desde principios del año 1307 de los rumores difamatorios sobre la Orden que circulaban en las altas esferas y así se lo habían expuesto en la entrevista de Poitiers en la primavera de 1307, solicitándole que abriera una investigación¹⁸³⁷. Cabe, pues, preguntarse ¿Por qué si tenían estos conocimientos continuaron, hasta el trece de octubre, celebrando las ceremonias de ingreso en la misma manera que lo habían hecho desde siempre? Lo más lógico es que, si hubiera algo de verdad en las acusaciones, las ceremonias heterodoxas de iniciación hubieran cesado inmediatamente. Sin embargo, entre los detenidos del trece de octubre estaban los hermanos que habían ingresado a lo largo del último año y, es un hecho, que declararon exactamente los mismos errores y formas ilícitas de recepción que el resto de los hermanos, lo que, al ser de todo punto improbable por la razón mencionada, demuestra su falacia y que les habían sido extraídas mediante tortura o cualquier otra forma de presión¹⁸³⁸. Esto nos lleva

¹⁸³⁶ Anne Gilmour-Bryson, «The Templar Tryals: Did the System work?», *The Medieval History Journal*, 3, Sage Publications, Thousand Oaks, 2000, p. 65.

¹⁸³⁷ Epígrafe 2.3.8.

¹⁸³⁸ Así consta, por ejemplo, en las declaraciones de: fray Acherii de Sivre, de dieciséis o diecisiete

a reiterar, a modo de conclusión, la falsedad de las acusaciones y que tales medios fueron generalizados y se utilizaron con todos los detenidos en los tribunales provinciales, lo que tuvo una innegable repercusión en las declaraciones realizadas ante la comisión papal, pues no querían ser declarados relapsos y relajados al brazo secular, por desdecirse de las confesiones realizadas, como sucedió con cincuenta y cuatro de ellos en París¹⁸³⁹.

En el concilio de Vienne, reunido finalmente en octubre de 1311, con un año de retraso sobre la fecha inicial de convocatoria, el asunto principal para el que habían sido llamados los padres conciliares, el juicio de la Orden, no tuvo lugar. La hábil maniobra del rey, anunciada cuatro años antes en un panfleto que circuló por las calles de París¹⁸⁴⁰, consiguió del sumo pontífice que, reduciendo a la nada toda la instrucción llevada a cabo por la comisión papal, la Orden fuera suprimida mediante un reglamento pontificio (*modus provisionis*), sustrayendo del concilio el objeto principal para el que había sido convocado.

En la bula *Considerantes dudum*, promulgada el seis de mayo de 1312, el mismo día de clausura del concilio, reitera el papa aún de forma más clara algo que ya había dicho en la *Vox in excelso*, y es que el conjunto de las informaciones obtenidas contra la Orden en toda la Cristiandad no ofrecía pruebas suficientes para creerla culpable, que todo se reducía a una mera sospecha y, como colofón, declaraba, que a partir de la instrucción contra la Orden, no era posible el pronunciamiento de una sentencia definitiva.

La supresión de la Orden por vía de provisión fue una hábil maniobra del papa para asegurar el control de los bienes templarios a la Iglesia, lo que no hubiera sido posible si la Orden hubiera sido condenada en juicio, pues una sentencia condenatoria por herejía, idolatría, sacrilegio, apostasía o lesa majestad divina, entrañaba la confiscación de los bienes en provecho del poder temporal y secular. A este respecto dice Lavocat que «Clemente V aceptó sacrificar a los miembros de la Orden pero no estuvo dispuesto a sacrificar sus bienes»¹⁸⁴¹.

La resolución papal de suprimir la Orden mediante reglamento, alternativa utilizada por la Santa Sede por considerar que no era posible la sentencia condenatoria definitiva, es una decisión cobarde e hipócrita que, además, constituye una

años de edad, recibido en París el próximo miércoles de ceniza de hará un año (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 309); fray Johannes de Basemont, de veinticinco años de edad, recibido en París en la fiesta de la Purificación de la Virgen María hará un año (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 335); Petrus de Monte Seudi, de treinta años de edad, recibido el martes posterior a la fiesta de san Martino hará un año (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 344); fray Nicolau de Sarra, de veintiséis años de edad aproximadamente, recibido en la pasada fiesta de la Asunción (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 370); fray Henricus de Hercigni, de aproximadamente cuarenta años, recibido el jueves anterior a la fiesta de la Purificación de la Virgen María próxima pasada (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 375); fray Johannes de Bersees, de veintiun años de edad, recibido hacía unos nueve meses (Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. II, p. 388);

¹⁸³⁹ Epígrafe 2.7.3.6.

¹⁸⁴⁰ Epígrafe 2.5.5.

¹⁸⁴¹ Louis Léon Lucien Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, pp. 380-381.

violación de las reglas de la justicia, la equidad y la disciplina eclesiásticas, pues si, como la propia bula *Vox in excelso* reconoce, de la instrucción seguida contra la Orden no se desprendían méritos suficientes para dictar una sentencia canónica de condena, se tendría que haber dictado una sentencia absolutoria, no siendo aceptable el argumento de que, de haberlo hecho así, la Orden estaba ya tan desacreditada que no hubiera sido posible su existencia.

A modo de conclusión, no nos queda sino reiterar que, dado que el proceso se encuentra inconcluso, al declarar expresamente la bula *Vox in excelso* que la misma no debe ser considerada como sentencia y al no ser el sobreseimiento alternativa contemplada por la normativa inquisitorial¹⁸⁴², estimamos que no habría óbice legal alguno para reabrirlo y, si del examen de la instrucción resultara la inocencia de la Orden, declararlo así mediante la correspondiente sentencia definitiva cuyo principal valor sería la rehabilitación de su buen nombre, no afectando en nada tal resolución a su estatus de orden abolida. A este respecto es de señalar la existencia de un antecedente de la máxima importancia, cual es el caso de Santa Juana de Arco con el cual el proceso a la orden de los Caballeros del Temple de Jerusalén guarda un indudable paralelismo. En conclusión, esta reapertura del proceso que propugnamos, y que creemos de justicia, sería absolutamente independiente de cualquier otra iniciativa tendente a la restauración canónica de la Orden, para lo cual también existen numerosos antecedentes en la historia de la Iglesia. Sin ir más lejos, las beguinas, condenadas y suprimidas en el mismo concilio de Vienne de 1312, fueron rehabilitadas por Juan XXII en 1321 o la Compañía de Jesús (Jesuitas), suprimida en 1773 por Clemente XIV, mediante la bula *Dominus ac redemptor*, (en cuya exposición de motivos mencionaba como antecedente la supresión de la orden del Temple) fue restaurada en 1801 por Pío VII mediante el breve *Catholicæ fidei*.

CONCLUSIONES AL TERCER CAPÍTULO.

El análisis de las repercusiones y efectos de la bula papal de disolución, tal como se han estudiado en el tercer capítulo, discurre por tres caminos:

- Efectos sobre los templarios supervivientes y celebración de los procesos pendientes.
- Destino del cuantioso patrimonio templario.
- Sucesión material y continuidad ideológica de la Orden.

Dos años después de la abolición de la Orden, en marzo de 1314, los cuatro dirigentes templarios supervivientes, que el papa se había reservado para sí, comparecieron ante una nueva comisión de tres cardenales nombrada al efecto por

¹⁸⁴² Epígrafe 2.10.6.3.

Clemente V. Las acusaciones y las declaraciones fueron las mismas, y aunque la cosa juzgada no existía en los procesos inquisitoriales¹⁸⁴³ y la revisión de oficio siempre era posible, no deja de sorprender y asombrar que recibieran una sentencia condenatoria de cadena perpetua, condena prevista en las leyes inquisitoriales para los obstinados y los impenitentes, situación que no se daba en los dirigentes templarios que se limitaron a reiterar las mismas confesiones que, según recoge el acta, habían hecho en Chinon, de las cuales ya habían sido absueltos y reconciliados con la iglesia. La reacción de rabia y estupefacción del maestre Jacques de Molay y del comendador de Normandía al oír la sentencia, negando a voz en grito todo lo que anteriormente habían confesado, es propia del que se siente engañado y extorsionado, lo que nos induce a pensar en la existencia de un pacto o acuerdo por el que, a cambio de una reiteración en las confesiones anteriores, los procesados recibirían una compensación que no se nos ocurre que pudiera ser otra que la reiteración del perdón y la libertad¹⁸⁴⁴.

Sobre la muerte en la hoguera de Jacques de Molay y Godofredo de Charney sólo podemos decir que nos cuesta creer que la orden del rey para que fueran quemados, que suponía una gravísima intromisión en un asunto que era competencia exclusiva de la Iglesia, fuera unilateral y que no contara, al menos, con cierta connivencia de la jerarquía eclesiástica¹⁸⁴⁵, pues no hay constancia alguna de protesta formal por la ilícita injerencia en un tiempo en el que los ámbitos competenciales estaban perfectamente definidos¹⁸⁴⁶.

En los concilios que se celebraron después de abolida la Orden, (Tarragona y Rosellón) los templarios que en ellos fueron juzgados fueron declarados inocentes de todos los cargos, llegando, incluso, el concilio tarraconense a prohibir que fueran difamados ya que en el curso del proceso no se había puesto de manifiesto la más mínima muestra deshonrosa.

Reconducidas las vidas de algunos, los templarios que en un primer momento, desprovistos del manto protector de la Orden, se separaron de la vida religiosa y llegaron, incluso, a casarse y formar familias, la gran mayoría permaneció en los mismos lugares en los que les había sorprendido la persecución y llevó una vida placida, y acorde con su estado religioso, hasta el final de sus días.

Si bien la bula *Considerants dudum* disponía que Castilla, Aragón, Mallorca y Portugal quedaban fuera del régimen general de atribución de los bienes templarios a la orden hospitalaria, lo cierto es que sólo en el caso del reino lusitano y de Valencia fue así, pues en el resto de los reinos, al no presentar sus soberanos al papa una propuesta concreta de atribución, todos los bienes de la orden suprimida

¹⁸⁴³ Epígrafe 2.2.14.4.9.

¹⁸⁴⁴ Epígrafe 3.6.2.1.

¹⁸⁴⁵ Quizás el arzobispo de Sens, bajo cuya jurisdicción se encontraba toda la ciudad de París. La connivencia del papa ha de ser descartada pues para cubrir la distancia desde su residencia a París eran necesarios al menos dos días a caballo.

¹⁸⁴⁶ Fuera de la presentada por el abad de Saint-Germain des Prés bajo cuya jurisdicción se encontraba, la isla de los Judíos donde había tenido lugar la ejecución, por no haber contado con su autorización. Antes de finalizar el mes, el rey le envió una carta de disculpa.

pasaron a manos de los sanjuanistas. De las varias soluciones que tenía el papa para adjudicar los bienes del Temple, (devolverlos a sus donantes, enajenarlos, adjudicarlos a una orden nacional o supranacional¹⁸⁴⁷ de nueva creación, o existente) adoptó, probablemente, la que menos era querida por los gobernantes de la época y, por consiguiente, la que más reacción contraria concitó.

Desde el punto de vista de la Iglesia Católica no es posible hablar de continuidad en sentido estricto¹⁸⁴⁸ dado que, por imperativo de la bula *Vox in excelso*, la Orden fue abolida por «sanción irrefragable y válida a perpetuidad» y la bula *Ad providam* castigó con la pena de excomunión a todo aquél que osara «vestir los hábitos o presumir de ser un templario»¹⁸⁴⁹.

Es evidente que, prescindiendo de las disposiciones de la bula *Vox in excelso*, de existir una orden de caballería continuadora de la primigenia orden del Temple, habría sufrido la misma evolución que el resto de las órdenes religioso-militares históricas, dejando atrás algunos de sus rasgos característicos, pero manteniendo unos fines y una estructura adaptados a los tiempos actuales. También parece evidente que entre el modelo de orden nacional (Santiago, Calatrava, Alcántara o Montesa) y el modelo de orden internacional vaticana (Malta, Santo Sepulcro), tal hipotética orden estaría hoy encuadrada en este último tipo, tanto por su origen como por su diseminación geográfica. Por lo tanto, tendría algún tipo de vinculación con la Santa Sede y tendría la organización y estructura que le son características, con su división en lenguas (prioratos) y dentro de éstas en bailiazgos y encomiendas. Cabe también pensar que sus fines y actividades serían hoy en día primordialmente de carácter caritativo y humanitario.

En el curso de la investigación vinculada a esta tesis que, a lo largo de más de seis años, hemos llevado a cabo, no hemos encontrado ninguna institución, fuera del seno de la Iglesia católica, que, al día de hoy, de alguna forma pueda ser considerada continuadora de la originaria orden del Temple, por lo que hemos de concluir que, *strictu senso*, la continuidad templaria no puede ser aplicada en relación con ninguna organización de hoy en día.

La sucesión por la orden hospitalaria de san Juan en la titularidad de los bienes fue puramente material, por lo que en ningún caso la orden de Malta puede ser reputada como sucesora ideológica del Temple. Además, queremos dejar constancia de que, a pesar de las disposiciones apostólicas, no todos los bienes del Temple, adjudicados a la orden del Hospital fueron a parar a manos de esta orden, sino que parte de las cuantiosas propiedades, unas veces mediante subterfugios legales y otras de manera burda y descarada, pasaron a engrosar los patrimonios de reyes, príncipes, altos dignatarios eclesiásticos, órdenes religiosas, concejos e, incluso, simples guardianes, siendo los principales beneficiarios de la rapiña, con diferencia, el rey de Francia y su familia (hijos y hermanos).

El patrimonio fundacional de la orden de Montesa en Aragón se constituyó

¹⁸⁴⁷ Los términos nacional y supranacional se usan en su sentido actual.

¹⁸⁴⁸ En el sentido de duración o permanencia de una cosa sin interrupción.

¹⁸⁴⁹ Epígrafe 2.10.6.2.

con bienes situados en el reino de Valencia, no sólo del Temple, sino también con parte de los del Hospital. Al contrario de lo que muchos autores sostienen, la sucesión de Montesa fue solamente material, al igual que la del Hospital, pues Montesa nació unida ideológicamente y por filiación a la orden de Calatrava y con la prohibición expresa de admitir en sus filas a antiguos caballeros templarios, por lo que hemos de concluir que esta orden (la de Montesa) no puede ser considerada en modo alguno sucesora ideológica del Temple.

La continuidad templaria a través de la orden de Montesa que algunos defienden, en base a la existencia en ella del cargo de «prior del Temple» o «prior de la Iglesia y Palacio del Temple» (se conocen los nombres de algunos frailes de Montesa que ocuparon este puesto, tales como Fray Joseph Ortells y Machuca y Fray Pablo Inglés) carece absolutamente de fundamento. El error proviene de que el antiguo convento e iglesia de la orden y milicia de Montesa en Valencia, hoy sede de la Delegación del Gobierno, construido entre 1761 y 1770 sobre las ruinas de una torre y de una iglesia que habían sido templarias, desde su construcción fueron conocidos como «del Temple» y el superior de los montesianos que la habitaban, recibía el apelativo, incluso en documentos oficiales, de «prior del Temple», no en referencia a la orden sino al nombre del edificio o conjunto monumental.

Diferente es el caso de la orden de Cristo en Portugal¹⁸⁵⁰ que no solamente sucedió al Temple en la titularidad de todos los bienes y derechos que la Orden tenía en el reino lusitano, sino que ideológicamente fue una prolongación del Temple. Además, la nueva orden portuguesa integró a los antiguos templarios en bloque, permaneciendo algunos de sus dirigentes en puestos de relevancia. Se da el caso de que la continuidad de la orden no se vio interrumpida ni siquiera durante el tiempo de la persecución y el posterior a la abolición, pues está documentado que en el período de sede papal vacante (1314-1316) por la muerte de Clemente V, los templarios portugueses procedieron a la elección de Lourenço Annes como comendador¹⁸⁵¹ prueba evidente de la normalidad y del mantenimiento de una cierta estructura. Nuestra conclusión es que se puede afirmar la continuidad ideológica de la orden del Temple por la orden de Cristo, pero que, en Portugal esta continuidad quedó rota en 1910 con el cambio de régimen político de monarquía a república y la subsiguiente disolución de las órdenes ecuestres.

Hasta 1905 sólo había una orden de Cristo que era la portuguesa, de la que los papas nombraban caballeros a su antojo en base a que ellos eran los cabezas o soberanos de todas las órdenes religiosas y los superiores o maestros de las mismas eran meros vicarios suyos. Pío X, en 1905, vino a cambiar este *statu quo* y mediante el breve *Multus ad exitandos* desgajó la pontificia suprema orden de Cristo de la portuguesa y la puso a la cabeza de todas las órdenes ecuestres vaticanas. Desde su nacimiento en 1905 esta orden tuvo la consideración de orden de mérito aunque la bula de creación reconoce que su origen inmediato es la portuguesa or-

¹⁸⁵⁰ Y por ende la homónima orden pontificia.

¹⁸⁵¹ Ademir Luiz da Silva, *O novo Templo português: a formação da ordem de Cristo*, Revista Plurais - Virtual, V. 3, n. 1, Universidade Estadual de Goiás, Edição Especial, 2013, p. 11.

den de Cristo y que su origen remoto está en la orden del Temple. Desde 1966, por decisión del papa Pablo VI¹⁸⁵², se destina exclusivamente a condecorar a Jefes de Estado católicos que se hayan distinguido por acciones especialísimas a favor de la Iglesia o la religión católica. Por lo tanto, concluimos, la pontificia orden de Cristo, como sucesora de su homónima portuguesa, puede y debe ser considerada continuadora de la orden del Temple.

El tema de la continuidad del Temple escocés es singular y se pueden encontrar ciertos visos de verosimilitud en el origen de la sucesión ininterrumpida que para sí reclaman algunas organizaciones templarias escocesas, pero no por las razones que dan, basadas en la inmigración de templarios procedentes del continente que se refugiaron en la isla de Mull huyendo de las persecuciones. Esta leyenda, de la que no existe vestigio alguno anterior al siglo XVII, no es más que eso, una leyenda que, además, parte de un dato erróneo, como es el de atribuir al desconocido Pierre d'Aumont el cargo de preceptor de Auvernia que, está documentado, en la época de la persecución era Imbert Blanke, que huyó a Inglaterra donde fue detenido e interrogado y dejado libre tras sufrir tortura. La leyenda se convirtió en mito al atribuir a este grupo de caballeros templarios gran parte del mérito en la fuerte derrota infringida por Roberto *the Bruce* a los ingleses el veinticuatro de junio de 1314 en la batalla de Bannockburn que supuso su consolidación como rey de Escocia, sobre la que no existe base fáctica alguna¹⁸⁵³.

La leyenda de Pierre d'Aumont y su orden de los caballeros templarios de Escocia, pese a carecer de la más mínima evidencia histórica para su soporte, ha ejercido una poderosa influencia sobre muchas logias masónicas, que la han incorporado a sus ritos dando una forma templaria a muchos de los altos grados. La conclusión de nuestro análisis es que el origen templario que para sí reclaman la Estricta Observancia Templaria y todas sus variantes sucesoras (Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, Régimen Escocés Rectificado, etc.) carece, hoy por hoy, de toda base histórica¹⁸⁵⁴.

La existencia continuada de una orden Templaria en Escocia, tal como la hemos expuesto en el capítulo III, tiene muchos puntos débiles, algunos de los cuales son absolutamente inverosímiles. Esta continuidad, de la que se hacen eco algunos autores, se basa en que en 1338, año en el que, con una interpretación menos rígida que en otros lugares de la bula *Vox in excelso*, tras arduas negociaciones, los restos de la orden Templaria y sus bienes fueron anexionados a la orden Hospitalaria de san Juan de Jerusalén, pero en tal manera que desde la preceptoría de Torphichen, sede de ésta en Escocia, se administró hasta 1560 de manera separada los patrimonios de ambas órdenes, conociéndose las posesiones templarias como «*Terra Templariæ*», error que parte de una interpretación errónea de un título de diecinueve de octubre de 1488 en el que el rey Jaime IV confirma todas las donaciones de sus antepasados a *Deo et Sancto Hospitali de Jerusalem et fratribus*

¹⁸⁵² Bula *Equestris Ordinis*, de 15 de abril de 1966, promulgada por Pablo VI.

¹⁸⁵³ Epígrafe 3.6.5.3.

¹⁸⁵⁴ Epígrafes 3.5.3 y 3.6.5.3.

ejusdem militiæ Templi Salomonis, mención a ambas órdenes que se refiere al momento en el que las donaciones fueron «*hechas y concedidas por nuestros ilustrísimos predecesores los reyes de los escoceses*», antes de la disolución de la orden del Temple. En este mismo contexto, en las donaciones de Jaime III (1451-1488) y Jaime II (1430-1460), es decir, antecesores de Jaime IV y posteriores a la disolución del Temple, la única referencia del documento es al *Hospitali de Jerusalem* y a la preceptoría hospitalaria de *Torfiching* (Torphichen). Consideramos, pues, que este documento no prueba la existencia de una orden del Hospital y del Temple unidas y mucho menos la de dos órdenes separadas y coexistentes.

Otra afirmación que se hace sin fundamento fáctico alguno se refiere a una pretendida marcha de un grupo de templarios-hospitalarios, encabezados por un David Seton, hasta Alemania, encontrando refugio en el monasterio benedictino escocés de Ratisbona (Regensburg) en el que, se dice, Seton fue enterrado a su muerte. Dado que el actual superior de este monasterio no nos ha podido confirmar este extremo y a que los indicios sobre la existencia de David Seton son débiles y se limitan a su referencia en una obra histórica sobre la orden de Malta y a su mención en un libro sobre la familia Seton, ambos basados en un inciso histórico de los estatutos de 1843 de una orden templaria de filiación francmasona, que consideramos pleno de falsedades, hemos de poner en tela de juicio no sólo la historia sino la propia existencia de David Seton.

Entre los sucesos documentados está la existencia a principios del siglo XVII de una orden de «Caballeros templarios de san Antonio», pues así figura en un título emitido por Jaime VI, que se supone estaba integrada por monjes antonianos y hospitalarios-templarios que habían abrazado la nueva fe protestante impuesta por el parlamento de Edimburgo¹⁸⁵⁵. Junto a este hecho indubitado, atribuido por prestigiosos escritores escoceses, como George Chalmers y James Grant, a un «error inútil de un funcionario ignorante»¹⁸⁵⁶, nos encontramos con toda una serie de personajes reales, como John Grahame Claverhouse (Lord Dundee), John Erskine, conde de Mar, William Murray, duque de Athole y el pretendiente Carlos Eduardo Estuardo (príncipe Bonnie) cuya vinculación con el Temple se limita a su mención en una carta que figura transcrita en la *Historical notice* de 1843, en la que han bebido los autores de obras posteriores. Esta carta ha sido objeto de viva polémica casi desde el mismo momento de su publicación. En este trabajo hemos analizado y expuesto las conclusiones de los defensores y detractores de la misma y no habíamos encontrado suficientes argumentos para apoyar los posicionamientos de los unos o de los otros hasta que cayó en nuestras manos, cuando ya la tesis estaba ultimada, el intercambio epistolar entre los miembros de la comisión encargada de redactar los estatutos de la masónica «Religiosa y Militar orden del Temple»¹⁸⁵⁷, entre las que figura, la carta fechada el veinticuatro de abril de

¹⁸⁵⁵ Epígrafe 3.5.3.2.

¹⁸⁵⁶ «*Idle mistake of an ignorant clerk*» (George Chalmers, *Caledonia, or an Account, Historical and Topographical, of North Britain, from the most ancient to the present Times*, Vol. II, T. Cadell and W. Davies, Londres, 1810, p. 769, nota g al pie).

¹⁸⁵⁷ Epígrafe 3.6.5.1.2.

1842, dirigida por William Pringle a J. L. Woodman¹⁸⁵⁸, que a nuestro juicio pone en evidencia que el «templarismo» del pretendiente al trono escocés es un puro y completo invento de los autores de la «*Historical notice*», de donde se puede colegir la falta de autenticidad de toda la carta del duque de Perth e, incluso, la puesta en tela de juicio de la *Historical notice* en su conjunto.

Respecto a la francesa orden del Temple, patrocinada por Fabré-Palaprat y otros cinco compañeros de la masónica logia parisina *Les Chevaliers de la Croix*, todo análisis sobre su alegada continuidad sin solución, ha de pasar necesariamente por un examen de los documentos en los que basa su legitimidad de origen y muy especialmente en la que ellos llaman Carta de Transmisión de Larmenius (*Charta Transmissionis*) que es el documento que fundamenta su conexión con la orden disuelta en 1312, pergamino, según ellos, encontrado, junto con un arquetipo de los estatutos de 1705, en un mueble que había pertenecido al que aparecía en la Carta de Transmisión como último gran maestro, Timoleon Cossé-Brisac. Si bien hay destacados autores que no ponen en duda su autenticidad, como Vicent Zubras, James Burnes y Fred J. W. Crowe, hay otros muchos, como Evelyn Lord, John Robinson y J. G. Findel que ofrecen argumentos demoledores en contra de su legitimidad. Para nosotros toda la polémica quedaría en aguas de borrajas si los actuales propietarios del documento, la gran logia de Londres, lo pusieran a disposición de investigadores independientes para que lo estudien y fijen la fecha de su creación con el empleo de las técnicas modernas de datación. La contumaz negativa a que el pergamino sea examinado es para nosotros el elemento decisivo para no creer en su autenticidad.

El análisis del otro documento, que se decía encontrado junto con la Carta de Transmisión, el arquetipo de estatutos de 1705 de la orden, corrobora y confirma la conclusión de falsedad. Si bien Clavel señala a Felipe de Orleans como autor intelectual de los estatutos y al jesuita padre Bonani como autor material, y considera como antecedente de la nueva orden a una asociación de homosexuales y libertinos, denominada la *Petite Résurrection des Templiers*, creada en 1686 y señala a la *Société Aloyau* como un alias bajo el que se ocultó la orden en tiempos de la revolución, tal versión no deja de ser una mera elucubración carente de todo fundamento. Los argumentos en que basamos nuestra afirmación son:

El nombre adoptado por la licenciosa asociación, la *Petite Résurrection des Templiers*, fue la manifestación externa del sentimiento de antitemplarismo que nunca dejó de existir en la corte de los reyes herederos de Felipe IV el Hermoso. Es absolutamente inconcebible que nadie de la familia real francesa osara mancillar el honor de su augusto antepasado manifestando la más mínima debilidad hacia la causa del Temple, por lo que se nos hace muy difícil creer que Felipe de Francia, duque de Orleans, hermano de Luis XIV, regente de Francia, educado en una corte disoluta en la que el antitemplarismo formaba parte de sus mismas esencias, pudiera encabezar ninguna orden, asociación o cofradía templaria.

La *Société Aloyau* a finales de 1775 no contaba entre sus socios más que

¹⁸⁵⁸ Transcripción de la cual figura en el epígrafe 3.6.5.1.2.

con algunos burgueses que se reunían periódicamente en banquetes -que era cuanto quedaba de la original fraternidad fundada por personas relacionadas con la iglesia del Santo Sepulcro- que pretendían hacer revivir los antiguos privilegios de la orden jerosolimitana, pero que tuvieron que cambiar sus fines e, incluso su nombre, cuando un edicto real terminó con las ilusiones teatrales de los nuevos caballeros. Pretender que este club de *bon vivants* tuviera algo que ver con el Temple, suena a sorna y burla.

A todo lo anterior hemos de añadir el hecho, incontrovertible y constatable, de que en las biografías de ninguno de los personajes que aparecen en la Carta de Transmisión con posterioridad a 1705, es decir Felipe de Orleans (1705), Luis Augusto de Borbón de Maine (1724), Luis Enrique de Borbón-Condé (1737), Luis Francisco Borbon-Conty (1741), Luis Hércules Timoleon Cossé-Brissac (1776), hay la más mínima evidencia de la vinculación al Temple de ninguno de ellos.

Hay, además, una serie de circunstancias que, aunque ninguna de las cuales por si sola es determinante para demostrar la falsedad, todas ellas juntas pueden llevar al convencimiento en tal sentido. Circunstancias tales como:

- Es inconcebible que el que se dice fue gran maestro, Felipe de Orleans, que llegó a ser el hombre más poderoso de Francia de 1715 a 1723, no hiciera nada para enaltecer la orden o simplemente sacarla a la luz.
- Es inaudito que no haya noticias de más reuniones, después de la asamblea fundacional del once de abril de 1705, en una asociación tan organizada y estructurada como se desprende de los estatutos.
- Es incomprensible que no se sepa de ninguna otra persona, aparte de los que se mencionan en los estatutos y la *Charta Transmissionis*, que hubiera pertenecido a la orden en el siglo que va desde 1705 a 1804.

La conclusión no puede ir en sentido diferente al engaño, fraude, superchería, en suma, falsedad. Ésta es la conclusión a la que también llegan un buen número de investigadores que han estudiado el documento de Larmenius y el arquetipo de estatutos, los cuales indican que son una falsificación de Fabré-Palaprat o de su entorno¹⁸⁵⁹, siendo muchos los que hoy en día señalan directamente a Ledru como autor directo del engaño¹⁸⁶⁰.

Resumiendo, a modo de resumen conclusivo:

1. De las tres órdenes medievales, Hospital, Montesa y Cristo, solamente en el caso de la portuguesa, y por ende en el de la pontificia, se puede hablar de sucesión material e ideológica. Las otras dos fueron meras sucesoras en

¹⁸⁵⁹ Alain Demurger, *Los templarios deben morir*, p. 238; Stéphane Ingrand, *Les Templiers*, Carnot, París, 2004, p. 152; Jean-Pierre Laurant, *L'esoterisée Chretien en France au XIX siècle*, Editions l'âge de l'homme, Laussane, 1990, p. 93. Sonia Merli, *milites templi: il patrimonio monumentale e artistico dei Templari in Europa*, Volumnia Editrice, Perugia, 2008, p. 393

¹⁸⁶⁰ Le Forestier, *La maçonnerie templière*, p. 943; Malcolm Barber, *The Military Orders: History and Heritage*, p. 49; Peter Partner, *The Murder Magicians: The Templars and their myths*, Crucible (Aquarium Press), Wellingborough, 1987, p. 135; Cristopher Hodapp, Alice von Kannon, *The Templar code for dummies*, Wiley publishing, Inc., Hoboken, 2007, p. 177.

la titularidad de sus bienes. Incluso en el caso de la rama portuguesa de la orden de Cristo, se ha de considerar que el decreto de la República de Portugal de 1910 que la abolió rompió irremediabilmente la continuidad, por lo que se ha de concluir que hoy en día la sucesión tan sólo es predicable de la vaticana «Suprema orden de Cristo».

2. A falta de un análisis de datación por laboratorio acreditado, los documentos en que basa su legitimidad de origen la decimonónica orden del Temple de Fabr -Palaprat, han de ser reputados de falsos, por lo que en ningún caso se puede hablar de sucesión ni de continuidad de la primigenia orden del Temple.
3. Lo mismo cabe decir de la Estricta Observancia Templaria de Von Hund del siglo XVII, y todas sus sucesoras y variantes posteriores, que ni siquiera aducen documento alguno en soporte de su alegada continuidad.
4. Los indicios a favor de la continuidad de la Orden en Escocia tienen en sus primeros siglos suficiente base documental como para considerarla posible, pero esta posible continuidad se ve truncada a partir del siglo XVII en que no hemos encontrado documento auténtico alguno que la avale, por lo que ha de ser considerada una quimera.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- Addison, C., *The History of the Knights Templar, the Temple Church and the Temple 1119-1312*, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1842.
- Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, XIX, Imprenta de Juan de la Cuesta, Madrid, 1614.
- Aichner, Simon, *Compendium juris ecclesiastici ad usum cleri, ac præsertim per imperium austriacum in cura animarum laborantis*, 9ª ed., Typis et sumtibus Wegerianis, Brixinae, Bressanone, 1900.
- Alarcón Herrera, R., *La otra España del Temple*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1988.
- Alarcón Herrera, R., *La huella de los templarios, ritos y mitos de la Orden del Temple*, Robinbook, Barcelona, 2004.
- Alarcón Herrera, R., *La maldición de los santos templarios*, Ed. Robinbook, Barcelona, 2009.
- Almonacid, J. de, *Cartas del Glorioso padre y doctor de la Iglesia san Bernardo*, Julián de Paredes Impresor, Madrid, 1686.
- Alvar, C., *Traducción y adaptación cultural*, Donaire y Lafarga Editores, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 1991.
- Almazán de Gracia, A., «Los guardianes de Tierra Santa. El esoterismo templario», en *Codex Templi*, Aguilar-Santillana, Madrid, 2005, pp. 351-378.
- Amatuci, G., *Il “Corpus” normativo templare: edizione dei testi romanzi. Con traduzione e commento in italiano*, Galantina, 2009.
- Amnistía Internacional, *Educación en derechos humanos, propuestas didácticas*, Sección Española de Amnistía Internacional, Madrid, 1995.
- Andrieu-Guitancourt, P., *Introduction sommaire à l'étude du droit en général et du droit canonique contemporain en particulier*, Sirey, París, 1961.
- Angelis, P., *Praelectionis Iuris canonici ad methodum Decretalium Gregorii IX exactae*, Typographia della Pace, Roma, 1877-1891.

- Arellano Martínez, Y., *Adición a la figura de sobreseimiento en la figura de la extinción de dominio*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Hidalgo, 2010.
- Arquillière, H. X., «Boniface VIII», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie accléisastiques*, T. IX (Bishop-Bonilli), París, 1937, cols. 904-909.
- Arroyo, F. *et alii*, *Codex Templi*, S. A. de ediciones Grupo Santillana, Madrid, 2005.
- Atienza, J. G., *El Legado templario*, Swing, Barcelona, 2007.
- Ávila Granados, J., *La Mitología Templaria: los conceptos esotéricos de la Orden del Temple*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2003.
- Ayala Martínez, C., *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media. Siglos XII-XIV*, Marcial Pons, Madrid, 2007.
- Bacquart, J. V., *Mysterieux templiers – idées reçues sur l'ordre du temple*, Le chevalier bleu éditeur, París, 2013.
- Bagliani, A. P., *Boniface VIII. Un pape hérétique?*, Payot & Rivages, París, 2003.
- Balderas Vega, G., *Cristianismo, sociedad y cultura en la Edad Media*, Plaza y Valdés, México, 2008.
- Baluze, E., *Vitæ Paparum Avenionensium*, T. I y T. II, Franciscvm Mvgvet Teris, Cleri Gallicani & Illustrissimi Archiepiscopi Parisiensis Typographum, París, 1693.
- Barahona, P., *Los templarios. Una historia muy presente*, Ed. Libsa, Madrid, 2004.
- Barber, M., *Crusaders and Heretics, 12th-14th Centuries*, Variorum, Aldershot, 1995.
- Barber, M., *El juicio de los templarios*, Editorial Complutense, Madrid, 1999.
- Barber, M., «James of Molay, the last grand master of the Order of the Temple», *Studia Monastica*, nº 14 (1972), pp. 91-124.
- Barber, M., «Propaganda in the Middle Ages: the charges against the Templars», *Nottingham Medieval Studies*, nº 17 (1973), pp. 42-57.
- Barber, M., *Templarios. La nueva caballería*, Martínez Roca, Barcelona, 2001.
- Barber, M., *The Crusader States*, New Haven, Yale University Press, 2012.
- Barber, M., «The Trial of the Templars Revisited», en Helen Nicholson (ed.), *The Military Orders*, Vol. 2, *Welfare and Warfare*, Aldershot, 1998, pp. 329-342.

- Barber, M., *The New Knighthood, A history of the Order of the Temple*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
- Barber, M., «The origins of the Order of the Temple», *Studia Monastica*, nº 12 (1970), pp. 219-240.
- Barber, M., «The social context of the Templars», en *Transactions of the Royal Historical Society*, 34 (1984), pp. 43-46.
- Barber, M., *The Templars: selected sources*, Manchester University Press, New York, 2002.
- Barber, M., «The world picture of Philip the Fair», *Journal of Medieval History*, nº 8 (1982), pp. 13-27.
- Barber, M., «Supplying the Crusader States: the role of the Templars», B. Z. Kedar (ed.), *The Horns of Hattin*, Jerusalén, 1992, pp. 314-326.
- Barceló, E., *Los templarios*, Edimat Libros, Barcelona, 1998.
- Barquero, J. D. y Fernández, D., *Los Secretos del Protocolo y las Relaciones Públicas*, Ed. Lex Nova, Valladolid, 2007.
- Barquero Goñi, C., «El conflicto por los bienes templarios en Castilla y la Orden de san Juan», en *La España Medieval*, 16 (1993), pp. 40-49.
- Barquero Goñi, C., «El proceso contra los templarios en Europa y sus repercusiones en la Península Ibérica (1307-1314)», *Clio y Crimen. Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango*, nº 6 (2009), pp. 294-261.
- Barquero Goñi, C., «La Orden del Hospital y la recepción de los bienes templarios en la Península Ibérica», *Hispania Sacra*, nº 51 (1999), pp. 531-556.
- Barquero Goñi, C., *La Orden de san Juan de Jerusalén en Navarra. Siglos XIV y XV*, Fundación Fuentes Dutor, Pamplona, 2004.
- Barrow, G. W. S., *Robert Bruce and the community of the realm of Scotland*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1982.
- Barrow, G. W. S., *The charters of King David I, the written acts of David I King of Scots, 1124-53, and of his son Henry, Earl of Northumberland, 1139-52*, The Boydell Press, Woodbridge, 1999.
- Bastús, J., *Historia de los templarios*, Imprenta de J. Verdaguer, Barcelona, 1834.
- Baudin, A., Brunel, G. y Dohrmann, N., ed., *Templiers. De Jerusalem aux commanderies de Champagne*, Conseil Général de l'Aube, París, 2012.
- Bautz, F. W., «Clemens V», en *Biographische-Bibliographisches Kirchenlexikon*, Hamm, 1975, cols. 1052-1053.
- Baylis, T. H., *The Temple Church [London]*, Hiswick Press, Londres, 1895.

- Beck, A., *El fin de los templarios*, Ed. Península, Barcelona, 1996.
- Beerdichewski, B., *Antropología social, introducción*, Lom Ediciones, Santiago de Chile, 2002.
- Begemann, W., *Die Tempelherren und die Freimaurer. Entgegnung auf die gleichnamige Schrift des Geheimen*, Ernst Siegfried Mittler und Sohn, Berlin, 1906.
- Bellomo, E. *The Templar Order in North-west Italy 1142-1330*, Koninklijke Brill NV, Leiden, 2008.
- Beraud, A. & Dufey, P., *Dictionnaire historique de Paris*, Imprimerie de H. Fournier, París, 1828.
- Berchon, E., *Histoire du Pape Clement V*, Impr. de G. Gounouilhou, Burdeos, 1896.
- Benavides, A., *Memorias del rey Fernando IV de Castilla*, Imprenta de José Rodríguez, Madrid, 1860.
- Black, A., *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- Bloch, E., «Christian Thomasio, un intelectual alemán sin miseria», en *Derecho Natural y Dignidad Humana*, Ed. Aguilar, Madrid, 1980, pp. 285-318.
- Bordonove, G., *La vie quotidienne des Templiers au XIII^e siècle*, Librairie Hachette, París, 1975.
- Bordonove, G., *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII*, 3^a ed., C. Burlant, Madrid, 1989.
- Boutaric, E., *Clement V, Philippe IV et les Templiers*, Victor Palmer Ed., París, 1874.
- Boutaric, E. *La France sous Philippe le Bel*, Henri Plon, Libraire-Editeur, París, 1861.
- Bowker, J., *Diccionario abreviado Oxford de las religiones del mundo*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- Bradley, E. S., *Henry Charles Lea: A Biography*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1931.
- Bruguera, M., *Historia general de la religiosa y militar Orden de los caballeros del Temple desde su origen hasta su extinción*, 3 vols., Establecimiento Tipográfico de la Inmaculada Concepción, Granollers, 1888.
- Brundage, James: «The Lawyers of the Military Orders», en Malcolm Barber (ed.), *The Military Orders. Fighting for the faith and caring for the sick*,

- Aldershot, 1994, pp. 346-357.
- Bryson, D., «Three Traitors of the Temple, Was their Truth the Whole Truth?», en *The Debate of the Trial of the Templars (1307-1314)*, Burgtorf, Crawford & Nicholson, Ashgate, Burlington, 2010, pp. 97-104.
- Burman, E., *The Templars. Knights of God*, Crucible, Wellingborough, 1986.
- Burnes, J., *Sketch of the history of the Knights Templars*, Wm. Blackwood & Sons, Edinburgh, 1840.
- Caviglioli, G., Derecho Canónico, prólogo, notas de Derecho español y traducción directa del italiano por Ramón Lamas Lourido, Revista de Derecho Privado, Madrid, 1946.
- Campbell, A., *The History of Leith*, William, Reid and Son, Leith, 1827.
- Cañagueral, A. y Puigdevall, F., *Rutas por la España de los templarios: historia, viaje, leyenda*, Aguilar, S. A. de ediciones - Grupo Santillana, Madrid, 2005.
- Canal Sánchez-Pagín, J. M., «El conde don Rodrigo Álvarez de Sarria, fundador de la Orden militar de Monte Gaudio», *Compostellanum*, vol. 28, Santiago de Compostela, (1983), pp. 373-397.
- Canning, J., *A History of Medieval Political thought, 300-1450*, A. Rowe Ltd., Bournemouth, 2005.
- Castán Lanaspá, J., *Arquitectura Templaria Castellano-Leonesa*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1983.
- Carraz, D., *L'Ordre du Temple dans la basse vallée du Rhone (1124-1312). Ordres militaires, croisades et sociétés meridionales*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 2005.
- Centro de Estudios del Románico, *Los monjes soldados, los templarios y otras órdenes militares*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1997.
- Cerrine, S., *La revolución de los templarios*, Editorial el Ateneo, Buenos Aires, 2008.
- Cerrini, S., *L'Apocalisse dei Templari*, Edizioni Mondadori, Milán, 2012.
- Chalmers, G., *Caledonia: or An account, historical and topographic, of North Britain from the most ancient to the present times*, Vol. II, T. Candell and W. Davies, Londres, 1810.
- Chagny-Sève, A. M., «L'affaire des templiers en Auvergne: L'interrogatoire de 1309», *Las órdenes militares en el Mediterráneo Occidental. Siglos XIII-XVIII*, Madrid, 1989, pp. 51-67.
- Charpentier, L., *Los Misterios templarios*, Ediciones Apostrofe, S. L., Barcelona,

2004.

Charpentier, P., *Dernières révélations sur les Templiers*, Exclusif, París, 2006.

Chateaubriand, F. R. y Gaspar y Roig, *Los mártires o el triunfo de la religión cristiana*, Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1852.

Chatelet, F., *Historia de las Ideologías*, Ed. Akal, Madrid, 2008.

Cheney, C. R., «The downfall of the Templars and a Letter in their Defence», en *Medieval Texts and Studies*, Oxford, 1973, pp. 314-327.

Chevalier, H., *Histoire du Moyen Âge*, Imprimerie et Librairie Classiques, París, 1859.

Cierva, R., *Templarios, la Historia oculta. Las cuatro dimensiones del Temple*, Fénix, Madrideo, 2000.

Claraval, B. de, *Elogio de la Nueva Milicia Templaria*, Ediciones Siruela, Madrid, 1994.

Claster, J., *Sacred Violence: The European Crusades of the Middle East, 1095-1396*, University of Toronto Press, Toronto, 2009.

Colombo Cambell, J., *Los actos Procesales*, Editorial Jurídica, Santiago de Chile, 1997.

Compagnoni, F., «Pena de muerte y tortura en la tradición católica», en *Concilium*, n° 140 (1978), pp. 647-661.

Constable, G., *Three Studies in Medieval Religious and Social Thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995

Conte, E. y Marta Madero, *Procesos, inquisiciones, pruebas. Homenaje a Mario Sbriccoli*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2009.

Cooper, R. L. D., «The Knights Templars in Scotland. The creation of a Myth», *Ars Quatuor Coronatorum*, vol. 115, Parret Ltd., Margate, Londres, (2002), pp. 94-102.

Corral Lafuente, J. L., «Historia y ficción sobre la Edad Media», en *Clio: Revista de historia*, n° 48 (2005), pp. 28-39.

Corral Lafuente, J. L., *Breve historia de la Orden del Temple*, Edhasa, Barcelona, 2006.

Corral Lafuente, J. L., «En honor del papa Calixto II», en *La aventura de la historia*, n° 114 (2013), pp. 23-25.

Corral Lafuente, J. L., *Historia de la pena de muerte*, Aguilar, Madrid, 2005.

Corral Lafuente, J. L., «Cómo mirar una catedral gótica», en *La aventura de la*

- historia*, nº 171 (2013), pp. 78-79.
- Corral Lafuente, J. L., «Medieval History in Spain: a Reflection at the beginning of the 21st century», en *Imago temporis*, nº 3 (2009), pp. 83-95.
- Corral Lafuente, J. L., *Una Historia de España*, Edhasa, Barcelona, 2008.
- Croft, P., *King James*, Basingstoke & Palgrave Mcmillan, New York, 2003.
- Crawford, P., *The «Templar of Tyre»: Part III of the «Deeds of the Cypriots»*, Ashgate Publishing Ltd., Hampshire, 2003.
- Crespo Vicente, P., «La Militia Christi de Monreal y el origen de las órdenes militares en España», en *Xiloca: Revista del Centro de Estudios del Jiloca*, Nº 35, Calamocha, (2007), pp. 203-230.
- Cucchi, A., *Institutionum iuris canonici libri quatuor*, apud Gulielmum Rouillium, sub scuto veneto, Colonia, 1565.
- Currier, Ch., *History of Religious Orders*, Murphy & McCarthy, New York, 1894.
- Curzon, H., *La Règle du Temple*, Librairie Renou, Paris, 1886.
- D'Albon, A., *Cartulaire Général de l'Ordre du Temple*, Honore Champion Editeur, Paris, 1913.
- Dafoe, S., *The compasses and the Cross*, Lewis Masonic Publishers Ltd., Hershman, 2008.
- Dailliez, L., *Les Templiers*, Perrin Editions, Paris, 2003.
- Dailliez, L., *Les Templiers et les règles de l'Ordre du Temple*, P. Belfond, Paris, 1972.
- Dailliez, L., *Règle et statuts de l'ordre du temple*, Éditions Dervy, Paris, 1998.
- Davy, H., *Continuation de l'Abrégé chronologique de l'histoire de France*, T. 5, Amable Costes et Cie., Paris, 1823.
- Declos, M. y Caradeu, J. L., *Histoire de l'Ordre du Temple*, Trajectoire, Paris, 2011.
- Delaville Le Roulx, J., «La Supression des Templiers», *Revue des Questions Historiques*, nº 48 (1890), pp. 29-61.
- Delmas, J., «L'inventaire des biens de la commanderie de Sainte-Eulalie du Larzac en 1308», *La Commanderie, institution des ordres militaires dans l'Occident médiéval*, Paris, 2002, pp. 319-328.
- Demurger A., *Caballeros de Cristo, templarios, hospitalarios, teutónicos y demás órdenes militares en la Edad Media. Siglos XI a XVI*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2005.

- Demurger, A., *Auge y Caída de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1986.
- Demurger, A., *Cruzadas: una historia de la guerra medieval*, editorial Paidós Ibérica, Barcelona, 2009.
- Demurger, A., *El último templario*, Ediciones Robinbook, Barcelona, 2006.
- Demurger, A., «Encore le procès des templiers!», *Le Moyen Age*, nº 97 (1991), pp. 25-39.
- Demurger, A., «Le personnel des commanderies d'après les interrogatoires du procès des Templiers», Luttrell, A. y Pressouyre, L., *La Commanderie, institution des ordres militaires dans l'Occident médiéval*, París, 2002, pp. 135-141.
- Demurger, A., *Les Templiers. Une chevalerie chrétienne au Moyen Âge*, Seuil, París, 2005.
- Demurger, A., *Los templarios deben morir*, Ediciones Robinbook, Barcelona, 2009.
- Demurger, A., *Les templiers. Une chevalerie chrétienne au Moyen Âge*, Éditions du Seuil, París, 1986.
- Demurger, A., «Templiers et Hospitaliers dans les combats de Terre Sainte», Michel Balard (ed.), *Le Combattant au Moyen Âge*, París, 1995, pp. 77-92.
- Dennistoun, J., *Memoirs of Sir Robert Strange, Knt., engraver, and of his brother in law Andrew Lumisdem, private secretary to the Stuart Princes*, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1855.
- Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació de la Generalitat de Catalunya y Oktási és Kulturalis Miniszterium, *Princeses de terres llunyanes. Catalunya i Hongria a l'època mitjana*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2009.
- Desgris, A., *Guardianes de lo oculto: La Orden del Templo y la caballería masonica*, Belacqua/Carroggio, Barcelona, 2002.
- Díaz Húder, J., *El renacer del Temple*, Belacqua/Carroggio, Barcelona, 2012.
- Domingo Oslé, R., «El Binomio Auctoritas-Potestas en el Derecho Romano y Moderno», en revista *Persona y Derecho*, vol. 37 (1997), pp. 183-196.
- Domínguez, J., Ferrer, R., y Montesinos, J., *Palacio del Temple. Real y Sacro Convento de Nuestra Señora de Montesa y Santa María del Temple*, Ministerio de Administraciones Públicas, Universitat de València, Universidad Politécnica, CAM, Televisión Española, 2004.

- Donahue, M. O., *Nursing, the finest art*, Mosby, St. Louis, 1996.
- Draffen, G. S., «The alleged Templar Chapter at Edinburgh en 1745», en *Ars Quatuor Coronatorum*, n° 67 (1955), pp. 53-60.
- Dubois, G., *Mémoires*, T. I, Mame et Delaunay-Vallé libraires, París, 1829.
- Duby, G., *Guillermo el Mariscal*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Duggan, L. G., *Armsbearing and the Clergy in the History and Canon Law of Western Christianity*, The Boydell Press, Woodbridge, 2013.
- Dupuy, P., *Histoire de l'ordre militaire des Templiers ou Chevaliers du Temple de Jerusalem*, Libr. Pierre Foppens, Bruselas, 1761.
- Dupuy, P., *Histoire de la Condamnation des Templiers*, Libr. François Foppens, Bruselas, 1713.
- Dupuy, P., *Histoire du différend d'entre le pape Boniface VIII et Philippe le Bel, Roy de France*, Dupuy, París, 1655.
- Edbury, P., «The Templars in Cyprus», Malcolm Barber (ed.), *The Military Orders. Fighting for the faith and caring for the sick*, Aldershot, Variorum, 1994, pp. 189-195.
- Eichmann, E. y Mörsdorf, K., *Lehrbuch der Kirchensrechts auf Grund des Codex Iuris Canonici*, 3 vol., Verlag Ferdinand Schöningh, Múnich, Paderborn y Viena, 1957-1959 [vol. III, *Prozess- und Strafrecht*].
- Elm, K., «El proceso de los templarios», en A. Demandt (ed.), *Los grandes procesos. Derecho y poder en la historia*, Barcelona, 1993, pp. 77-96.
- Ekdahl Escobar, M. F., *La doctrina de los actos propios: el deber jurídico de no contrariar conductas propias pasadas*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago de Chile, 1989.
- Escudero, J. A., *Estudios sobre la Inquisición*, Marcial Pons Editores, Madrid, 2005.
- Estepa Díez, C., «La disolución de la Orden del Temple en Castilla y León», *Cuadernos de Historia, Anexos a la Revista Hispania*, 6, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, (1975), pp. 121-186.
- Eymerich, N., *Directorium Inquisitoris*, traducida del francés por J. Marchena, Imprenta de Felix Avignon, Montpellier, 1821. (<<http://www.e-torre-de-babel.com/historia/manual-de-inquisidores.htm>>).
- Faguet, É., *Histoire de la littérature française depuis le XVIIe siècle jusqu'à nos jours*, vol. 2, Plon-Nourrit et cie., París, 1901.
- Fahey, D., «Why some black lodges prospered and others failed: the Good Tem-

- plars and the True Reformers», en *Ethnic and Racial Studies*, vol. 36, nº 2 (2013), pp. 337-352.
- Falcao Pestana de Vasconcelos, A. M., «A Ordem Militar de Cristo na Baixa Idade Média. Espiritualidade, normativa e prática», *Militarium Ordinum Analec-ta*, nº 2 (1998), pp. 1-15.
- Fanthorpe, L. & Fanthorpe, P., *Mysteries and Secrets of the Masons: The Story Behind the Masonic Order*, Dundurn Press, Toronto, 2004.
- Farrel O'Reilly, E. M. J., *Les deux procès de condamnation, les enquetes et la sen-tence de rehabilitation de Jeanne d'Arc*, T. II, Henri Plon Imprimeur-Editeur, París, 1868.
- Fernández Giménez, M. C., *La Sentencia Inquisitorial*, Editorial Complutense, Madrid, 2000.
- Fernández Urresti, M., *Los templarios y la palabra perdida*, Editorial Edaf, Ma-drid, 2003.
- Ferreira, A., *Memorias, e noticias históricas da célebre ordem militar dos tem-plarios na Palestina, para a História da admirável Ordem de Nosso Sen-hor Jesu Christo em Portugal*, 2 vols., Lisboa Occidental, 1734.
- Findel, J. G., *History of Freemasonry, from its rise down to the present day*, Asher & Co, Londres, 1866.
- Finke, H., *Aus der Tagen Bonifaz VIII. Funde und Forschungen*, Munster, 1902.
- Finke, H., *Papstum und Untergang des Templerordens*, T. I. y T. II., Druck und Verlag der Aschendorffshen Buchhandlung, Munster, 1907.
- Fiori, A., «Probatio y purgatio en el proceso canónico medieval, entre el rito acu-satorio e inquisitorio», en Emanuele Conte y Marta Madero, *Procesos, in-quisiciones, pruebas: Homenaje a Mario Sbriccoli*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2009, pp. 77-96.
- Fita, F., *Actas inéditas de siete concilios españoles*, Imprenta de F. Maroto e Hijos, Madrid, 1882.
- Fleury, C., *Histoire ecclésiastique*, T. XIX (1300-1339), Jean Mariette, París, 1720.
- Forey, A. J., «Ex Templars in England», en *The Journal of Ecclesiastical History*, vol. 53, nº 1 (2002), pp. 18-37.
- Forey, A. J., «The beginning of proceedings against the Aragonese Templars», Derek W. Lomax y David Mackenzie (eds.), *God and man in Medieval Spain. Essays in Honour of J. R. L. Highfield*, Warminster, 1989, pp. 81-

96.

Forey, A. J., *The Templars in the Corona de Aragon*, Oxford University Press, Londres, 1973.

Forey, A. J., *The Military Orders. From the Twelfth to the Early Fourteenth Centuries*, Macmillan, Londres, 1992.

Forey, A. J., «Towards a profile of the Templars in the Early Fourteenth Century», Malcolm Barber (ed.), *The Military Orders. Fighting for the faith and caring for the sick*, Aldershot, 1994, pp. 196-204.

Forey, A. J., *The fall of the templars in the crown of Aragon*, Ashgate, Aldershot, 2001.

Forey, A. J., «Templar Knights and Sergeants in the Corona de Aragón at the turn of the Thirteenth and Fourteenth Centuries», en *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construção do Mundo Ocidental*, Lisboa, 2005, pp. 631-642.

Forey, A. J., «Templars after the Trial. Further evidence», en *Revue Mabillon*, vol. 23 (2012), pp. 89-110.

Forey, A. J., «The Templar James of Garrigans: Illuminator and Deserter», Victor Mallia-Milanes (ed.), *The Military Orders*, V. 3, *History and Heritage*, Aldershot, (2008), pp. 107-114.

Forey, A. J., «The Order of Mountjoy», en *Speculum*, vol. 46, nº 2 (1971), pp. 250-266.

Forey, A. J. y Keen, M., *The Military Orders, from the 12th to the early 14th Century*, Macmillan, Londres, 1992.

Frale, B., *Il papato e il processo ai Templari. L'inedita assoluzione di Chinon alla luce della diplomazia pontificia*, Edizioni Viella, Roma, 2003.

Frale, B., *L'ultima battaglia dei Templarii. Dal codice ombra d'obbedienza militare alla costruzione del processo per eresia*, Edizioni Viella, Roma, 2001.

Frale, B., *Los templarios*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

Fuerte de Gilbert, M., *La Nobleza corporativa en España: nueve siglos de entidades nobiliarias*, Ediciones Hidalguía, Madrid, 2007.

Fuguet Sans, J., *Els templers de les terres de L'Ebre (Tortosa). De Jaume I fins a l'abolició de l'Orde (1213-1312)*, 2 vols., Diputació de Tarragona, Tarragona, 1999.

Fuguet Sans, J., *L'arquitectura dels templers a Catalunya*, Rafael Dalmau Ed.,

- Barcelona, 1995.
- Fuguet Sans, J., y Plaza, C., *Los templarios en la Península Ibérica*, El Cobre Ediciones, Barcelona, 2005.
- Futthark, R., *Los Termplarios. Monjes y caballeros de la luz*, Editorial de Vecchi, Barcelona, 2001.
- Galera Gracia, A., *La verdadera historia de la Orden del Templo de Jerusalén*, Ed. Edaf, Madrid, 2008.
- Galimard Flavigny, B., *Histoire de l'Ordre de Malte*, Perrin, París, 2006.
- García Atienza, J., *Los Enclaves templarios*, Ediciones Martínez Roca, 2002.
- García Atienza, J., *La verdadera historia de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, 1998.
- García Atienza, J., *Los caballeros teutónicos*, Ediciones Martínez Roca, 1999.
- García de Cortázar, J. A., «Un tiempo de cruzada y guerra santa» en *Codex Aquilarensis*, nº 12, Centro de Estudios del Románico, Aguilar de Campoo, (1996), pp. 1 -20.
- García del Corral, I., *Cuerpo del Derecho Civil Romano*, Jaime Molina, Editor, Barcelona, 1889.
- García-Guijarro Ramos, L., *Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII*, Cátedra, Madrid, 1995.
- García-Guijarro Ramos, L., «Las raíces cruzadas de la Orden del Temple», Àngels Casanovas y Jordi Rovira (eds.), *La Orden del Temple, entre la guerra y la paz*, Zaragoza, 2006, 103-138.
- García Larragueta, S. A., «El Temple en Navarra», en *Anuario de Estudios Medievales*, nº 11 (1981), pp. 59-71.
- García Manzano, J. A., *Templarios*, Editorial Visión Net, Madrid, 2005.
- Garrido, L., *1001 preguntas y respuestas sobre los templarios*, Ediciones Libro Hobby Club, Madrid, 2003.
- Genêt, J. Ph., *L'historiographie médiévale en Europe*, Ed. du CNRS, París, 1991.
- Gijón Granados, J. A., *La casa de Borbón y las órdenes militares durante el siglo XVIII (1700-1809)*, Tesis doctoral presentada en Departamento de Historia Moderna, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2009.
- Gil Coma, R., *Lo templario. Estado actual de la cuestión*, Ed. AUSA, Sabadell, 1993.

- Gilmour-Bryson, A., «La eresia e i Templari: Oportet et haereses esse», en *Ricerche di storia sociale e religiosa*, vol. 24 (1983), pp. 101-114.
- Gilmour-Bryson, A., «Sodomy and the Knights Templar», *Journal of the History of Sexuality*, Vol. 7, nº 2, (1996), pp. 151-183.
- Gilmour-Bryson, A., «A Look through the Keyhole: Templars in Italy from the Trial Mallia-Milanes (ed.), *The Military Orders*, vol. 3, History and Heritage, Aldershot, 2008, pp. 123-130.
- Gilmour-Bryson, A., «Templar Trial Testimony: Voices from 1307 to 1311», Judi Upton-Ward (ed.), *The Military Orders*, vol. 4, *On land and by sea*, Aldershot, 2008, pp. 163-174.
- Girard-Augry, P., *Aux origines de l'Ordre du Temple*, Ed. Pardès, Nantes, 1992.
- Gobry, I., *Le procès des Templiers*, Editions Perrin, París, 1995.
- Gottlieb Fichte, J., *Filosofía de la masonería: cartas a Constant*, Ediciones Istmo, Madrid, 1997.
- Gómez Moreno, Á., «La Qüestión del marqués de Santillana a don Alfonso de Cartagena», en *El Crotalón, Anuario de Filología Española*, nº 2, Madrid, (1985), pp. 335-363.
- González Minguez, C., *Fernando IV de Castilla (1295-1312). La guerra civil y el predominio de la nobleza*, Colegio Universitario de Álava, Vitoria, 1976.
- González Minguez, C., *Fernando IV 1295-1312*, La Olmeda, Palencia, 1995.
- Goñi, C., *Firmado, Dios. Exégesis razonable de la Biblia*, Ed. Ariel, Madrid, 2009.
- González Cremona, J. M., *El gran Libro de los templarios. La verdadera Historia de la Orden del Temple*, Mitre, Barcelona, 1985.
- Gordley, J., *The Jurists. A Critical History*, Oxford University Press, Oxford, 2013.
- Gordon, F., *Le Code Templier*, Yvelin éditions, Cahors, 2012.
- Grant, J., *The Old and New Edinburgh, its History, its People, and its Places*, Vol. III, Cassel, Petter, Galpin, Londres, 1882.
- Green, J., *Templum Miscellanea*, Temple Arch Publishers, Smashwords eBooks, 2012.
- Grocio, H., *Del Derecho de la Guerra y de la Paz*, Editorial Reus, Madrid, 1925.
- Grousset, R., *L'Épopée des croisades*, Académie Perrin Éditions, París, 2002.
- Grouvelle, Ph. A., *Memoires historiques sur les Templiers*, F. Buisson, París,

- 1805.
- Gürtleri, N., *Historia Templariorum*, Franciscus van der Plaats, Amstelaedami, 1703.
- Haag, M., *The Templars: The History and the Myth. From Solomon's Temple to the Freemasons*, Profile Books Ltd., Londres, 2008.
- Hatcher Childress, D., *Los templarios y el secreto de Cristobal Colón*, Ediciones Nowlitis, Madrid, 2011.
- Heers, J., *Historia de la Edad Media*, Labor Universitaria, Barcelona, 1991.
- Hemingborough, W. de, *Chronicon Domini Walteri de Hemingburgh, De Gestis Regué Angliæ*, Ed. C. Hamilton, II, Londres, 1868.
- Hera Martínez, J. de la, *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, C. S. I. C., Madrid, 2002.
- Hiestand, R., *Kardinalbschof Mathäus von Albano, das Konzil von Troyes und die Entstehung des Templesorden*, Zippeeitschrift für Kirchengeschichte, Stuttgart, 1988.
- Hiestand, R., *Papsturkunden für Templer und Johanniter. Neue Folge: Vorarbeiten zum Oriens Pontificius II.*, T. II, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1984.
- Hinojosa Montalvo, J., *Jaime II y el esplendor de la corona de Aragón*, Editorial Nerea, San Sebastián, 2006.
- Hodapp, C. & von Koannon, A., *The Templar Code for Dummies*, Wiley Publishing Inc., Hoboken, 2007.
- Hopkins, A., *Knihgts*, Grange Books/Quarto Publishing, Londres, 1993.
- Hugham W. J., *The Jacobite Lodge al Rome, 1735-7*, Torquay Directory Co., Leicester, 1910.
- Iglesia Católica, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2ª Ed., Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1997.
- Iliéva, A., «The Supression of the Templars in Cyprus according to the Chronicle of Leontios Makhairas», en Malcolm Barber (ed.), *The Military Orders. Fighting for the faith and caring for the sick*, Aldershot, 1994, pp. 212-219.
- Ingrand, S., *Les Templiers*, Carnot, París, 2004.
- Izquierdo Benito, R. y Ruiz Gómez F., *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, vol. I, Edad Media, Universidad de Castilla la Mancha, Cuenca, 2000.

- Javierre Mur, Á., «Aportaciones al estudio del proceso contra el Temple de Castilla», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIX, Madrid, (1961), pp. 47-100.
- Jiménes Sánchez, P., *La Inquisición contra los Albigenses en Languedoc (1229-1239)*, *Clio y Crimen*, nº 2 (2005), pp. 53-80.
- Josserand, Ph., *Eglise et Pouvoir dans la Péninsule Iberique, les ordres militaires dans le royaume de Castille 1252-1369*, Casa de Velázquez, Madrid, 2004.
- Juan Pablo II, «Discurso al Comité Internacional de la Cruz Roja», Ginebra (15 de junio de 1982), en *L'Osservatore Romano*, edición española, (27 de junio de 1982), p. 15.
- Jubainville, H. A. de *et alii*, *Histoire de ducs et des comtes de Champagne*, tomo II, Librairie Aug. Durand, París, 1860.
- Kaeuper, R., *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1999.
- Kahler, L., *Andrew Michael Ramsay and his Masonic Oration*, Heredom, Vol. I, Scotisch Rite Research Society, Washington, 1992.
- Keen, M. H., *La Caballería*, Ed. Ariel, Barcelona, 2008.
- Keith Schuchard, M., *Emanuel Swedenborg, Secret Agent in Earth and in Heaven: Jacobites, Jews, and Freemasons in early modern Sweden*, Noninklijke Brill NV, Leiden, 2012.
- Kelly, H. A., «Inquisition and prosecution of Heresy, Missconceptions and abuses», en *Church History*, nº 58, December, (1989), pp. 439-451.
- Kelly, H. A., «Thomas More on Inquisitorial Due Process», en *English Historical Review*, nº 123 (2008), pp. 847-894.
- Krämer, T., «Terror, Torture and the Truth: The testimonies of the Templars Revisited», en *The Debate on the Trial of Templars (1307-1314)*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, 2010, pp. 71-85.
- Krynen, J., *Dictionnaire historique des juristes français, XII^e-XX^e siècle*, PUF, Quadrige, París, 2007.
- Kt-Pha, *The Orders: Templarism*, Ed. Kt. Pha, Bloomington, 2005.
- Labal, P., *Los cátaros. Herejía y crisis social*, Crítica, Barcelona, 1984.
- Labbey de la Roque, P. E., *Essai sur Jacques de Molay, dernier grand-maître de l'ordre du Temple*, Académie Nationale des Sciences, Arts et Belles-lettres, Caen, 1823.

- Laborde, H. F., *Chartes de Terre Sainte provenant de l'abbaye de N. D. de Josaphat*, Ed. Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 1880.
- Lacoste, *Nouvelles études sur Clement V*, Bordeaux, París, 1896.
- Laiou, A. E. y Mottahedeh, R. P., *The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Dumbarton Oaks, Washington, 2001.
- Lacarra, J. M., *Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, 3 vol., Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1972.
- Lamothe-Langon, É. L. de, *Histoire de l'Inquisition en France*, J. G. Dentu, Imprimeur-Libraire, París, 1879.
- Lamy, G., *Templiers, la chute d'un empire*, Gautier Lamy, Nantes, 2013.
- Lamy, M., *La otra historia de los templarios*, Ediciones MR, Madrid, 2002.
- Lamy, M., *Les Templiers, ces grands seigneurs aux blancs manteaux*, Éditions Aubersons, Burdeos, 1994.
- Langlois, C. V., *Le Procès des Templiers*, Découvertes Gallimard, París, 2009.
- Laroux, E., *Chronique de Michel Le Syrien. Patriarche Jacobite d'Antioche 1166-99*, Ed. J. B. Chabot, vol. 3, Ernest Laroux, París, 1899-1924.
- Laurant, J. P., *L'esoterisée Chretien en France au XIX siècle*, Éditions l'âge de l'homme, Lausana, 1990.
- Lavalée, M. T., *Historia de los Franceses, desde la época de los galos hasta nuestros días*, Imprenta de Luis Tarso, Barcelona, 1859.
- Lavocat, L. L. L., *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*, Librairie E. Plon et Cie., París, 1888.
- Le Gendre, L., *Nouvelle histoire de France, depuis le commencement de la monarchie jusques à la mort de Louis XIII*, Tome II, Claude Robustel, París, 1718.
- Le Mire, A., *Origine des Chevaliers et des Ordres Militaires*, David Martens, Bruselas, 1609.
- Lea, H. Ch., *A History of the Inquisition of the Middle Ages*, 3 vol., The McMillan Co., New York, 1907.
- Lea, H. Ch., *The absolution formula of the Templars*, American Society of Church History, Vol. V, The Knickerbocker Press, New York, 1893.
- Leclercq, J., *Recueil d'études sur saint Bernard et ses écrits*, vol. IV, *Un document sur le debut des Templiers*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1966.

- Lecrerc, J., *San Bernardo Monje y Profeta*, Biblioteca Autores Cristianos, Madrid, 1990.
- Ledesma Rubio, M^a. L., *Templarios y hospitalarios en el Reino de Aragón*, Guara Editorial, Zaragoza, 1982.
- Ledesma Rubio, M. L., «La Orden de san Juan de Jerusalén en Zaragoza en el siglo XIV», en *X Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1984, pp. 381-414.
- Ledesma Rubio, M. L., *Las órdenes militares en Aragón*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1994.
- Leroy, T., *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, Fondateur de l'Ordre des Templiers*, Ed. de la Maison du Boulanger, Troyes, 2001.
- Leroy, T., *Hugues de Paganis. Chevalier Champenois, La naissance des Templiers*, Thebookedition, 2011.
- Leroy, T., *Les Templiers: Leyendes et histoire*, Imago Editions, París, 2007.
- Lewis, F. E., *Historia de los Caballeros templarios*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2004.
- Lewis, K. J., «A Templar Belt: The Oral and Santorial Transmission of Memory and Mith on the Order of the Temple», en *Crusades* [Society for the Study of the Crusades and the Latin East], vol. XIII (2014), pp. 191-209.
- Lizerand, G., *Clement V et Philippe IV le Bel*, Libr. Hachette, París, 1910.
- Lizerand, G., *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*, Ed. Les Belles Lettres, París, 1964.
- Lomas, R., *Turning the Templar Key*, Fair Winds Press, Beverly, 2007.
- López, S., *Historia y Tragedia de los templarios*, Imprenta de la Viuda e Hijos de Aznar, Madrid, 1813.
- Lord, E., *The Knights Templar in Britain*, Pearson Education Ltd, Harlow, 2002.
- Loução, P. A., *Os Templários na formação de Portugal*, Ésquilo Multimedia, Lisboa, 1999.
- Lourie, E., «The Confraternity of Belchite, the Ribat and the Temple», en *Viator*, nº 13, Murcia, (1982), pp. 159-176.
- Lucas, H., *Manual of the Knights of the Order of the Temple*, David Marples, Liverpool, 1830.
- Luengo y Martínez, J. M., *El castillo de Ponferrada y los templarios*, 2^a ed., León, 1980.

- Lupum, C., *Ad Ephesinum Concilium Variorum Patrum Epistolæ: ex manuscripto Cassinensis Bibliothecæ Codice Desumptæ*, Baptistam Albritium Q. Hieron. et Sebastianum Coleti, Venecia, 1720.
- Luttrell, A., «The Election of the Templar Master Jacques de Molay», en *The Debate on the Trial of the Templars*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, pp. 21-32.
- Luttrell, A., «Templari e Ospitalieri in Italia», *Templari e Ospitalieri in Italia: La Chiesa di san Bevignate a Perugia*, Perugia, 1987, pp. 19-26.
- Luttrell, A., «Gli Ospitalieri e l'eredità dei Templari», *I Templari: Mito e Storia*, Siena, 1989, pp. 67-86.
- Luttrell, A., *The Hospitallers of Rhodes and their Mediterranean World*, Variorum, Aldershot, 1992.
- Luttrell, A., «The Earliest Templars», Michel Balard (ed.), *Autour de la première croisade*, París, 1996, pp. 193-202.
- Luttrell, A., *Studies on the Hospitallers after 1306. Rhodes and the West*, Ashgate, Aldershot, 2007.
- Luttrell A. y Pressouyre, L., *La Commanderie, institution des ordres militaires dans l'Occident médiéval*, Comité des travaux historiques et scientifiques, París, 2002.
- Lynn Piknett, C. P., *La Revelación de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2006.
- Llorente, J. A., *Historia Crítica de la Inquisición en España*, Editor Juan Pons, Barcelona, 1870.
- Mackeldey, F., *Manual de Derecho Romano que comprende la teoría de la Instituta*, J. M. Alonso Editor, Madrid, 1847.
- Magre, M., *The Mistery of the Templars*, Kessinger Publishing, Whitefish, 2010.
- Maidment, J., *Templaria*, James Maidment, Edinburgh, 1828.
- Maidment, J., *The Spottishwoode Miscellany*, The Spottishwoode Society, Edinburgh, 1845.
- Maillard de Chambure, C. H., *Règle et Statuts secrets des Templiers, précédés de l'Histoire de l'Établissement, de la destruction et de la continuation moderne de l'Ordre du Temple*, Brockus et Avernarius Librairies, París, 1840.
- Mansuet Lejeune, C., *Histoire critique et apologétique de l'ordre de chevaliers du temple de Jerusalem, dit Templiers*, T. I y T. II, Guillotz, París, 1789.

- Map, W., *De nugis curialium; Courtier's Trifles*, traducción de Frederick Tupper y Marbury Bladen Ogle, Londres Chatto & Windus, Londres, 1924.
- Maroto, F., *Instituciones de Derecho Canónico*, Editorial del Corazón de María, Barcelona, 1919.
- Martín Hernández, F., *Historia de la Iglesia: Edad Moderna*, Ediciones Palabra, Madrid, 2005.
- Martínez Díez, G., *Los templarios en la Corona de Castilla*, Editorial La Olmeda, Burgos, 1993.
- Martínez Díez, G., *Los templarios en los Reinos de España*, Ed. Planeta, Barcelona, 2001.
- Martínez, E., *Diccionario de la historia moderna de España: la Iglesia*, Editorial Istmo, Madrid, 1998.
- Mas Latrie, L. de, *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Tresorier*, Éd. SHF Jules Renouard, París, 1871.
- Mehmet Caner, E. & Emir Caner, F., *Yihad cristiana: Una mirada a las cruzadas hechas en nombre de Cristo*, Editorial Portavoz, Grand Rapids, 2005.
- Mellor, A., *La tortura*, Editorial Estela, Barcelona, 1964.
- Melville, M., *Nosotros los templarios*, Tikal, Girona, 1995.
- Menache, S., «Contemporary attitudes concerning the Templars' Affair: Propaganda's fiasco?», *Journal of Medieval History*, nº 8 (1982), pp. 135-147.
- Menache, S., *Clement V*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
- Mercati, A., «Interrogatorio di Templari a Barcellona (1311)», *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft: Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, nº 6, Münster, 1937, pp. 240-251.
- Mendo, A., *De las Órdenes Militares*, Imprenta de Juan García Infançon, Madrid, 1681.
- Merli, S., *Milites Templi: il patrimonio monumentale e artistico dei Templari in Europa*, Volumnia Editrice, Perusa, 2008.
- Merton, T., *San Bernardo el último de los Padres*, Ed. Patmos, Madrid, 1956.
- Mestre, J., *Los templarios*, Edicions 62, Barcelona, 1999.
- Meville, M., *La vida secreta de los templarios: ¿Quiénes eran y cómo vivían los hombres del Temple?*, Tikal, Barcelona, 1995.
- Michelet, J., *Le procès des Templiers*, T. I y T. II, Impr. Royale, París, 1861.
- Migne, J. P., *Patrologiæ Cursus completus (Patrologia Latina)*, Jean Paul Migne,

- París, 1844-1855.
- Miret y Sanz, J., *Les cases de templers y hospitalers en Catalunya*, Imprenta de la Casa Provincial de Caridad, Barcelona, 1910.
- Miraeo, A., *Chronicon Ordinis Cisterciensis*, sumptibus Bernardi Gualtheri, Coloniae Agripinae, 1614.
- Mislin, J., *Tierra Santa, peregrinación a Jerusalén*, Imprenta Pons, Barcelona, 1852.
- Mitre Fernández, E., *Iglesia, herejía y vida política en la Europa media*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 2007.
- Moldenhaver, D. G., *Prozess gegen den Orden der Tempelherren*, Carl Ernst Bohn, Hambourg, 1792.
- Mollat, G., «Dispersion définitive des Templiers après leur suppression», *Comptes rendues de séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Vol. 96, n° 3 (1952), pp. 376-380.
- Moiraghi, M., *Ugo de Paganis, Damnatio Memoriae* (<http://reader.ilmiolibro.katweb.it/v/1021698/Hugo_de_Paganis#!%22>)
- Moreno, L., *Escocia, Nación y Razón*, Servicio de Publicaciones C.S.I.C., Madrid, 1995.
- Morton, N., «The defence of the Holy Land and the Memory of the Maccabees», en *Journal of Medieval History*, vol. 36, n° 3 (septiembre 1910), pp. 275-293.
- Moxó y de Montoliu, F. de, «Los templarios en la Corona de Aragón», en *Aragón en la Edad Media*, n° X-XI (1993), pp. 661-674.
- Moya, A. de, *Rasgo heroico: declaración de las empresas, armas y blasones con que se ilustran, y conocen, los principales reynos, Provincias, Ciudades, y Villas de España, y Compendio Instrumental de su Historia, en la que se da noticia de la Patria de S. Fernando, rey de Castilla, y León*, Manuel de Moya, Madrid, 1756.
- Münter, F. C. C., *Statutenbuch des Orden der Tempel Herren*, Voss Verlag, Berlín, 1794.
- Musquera, X., *La Espada y la Cruz: tras las huellas de los templarios en España*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2002.
- Navarro-Valls, R. y Palomino, R., *Estado y Religión: textos para una reflexión crítica*, Editorial Ariel, Barcelona, 2000.
- Neocleous, S., «Byzantine-Muslim Conspirancies against the crusades: history and

- Mith», en *Journal of Medieval History*, vol. 36, nº 3 (septiembre 2010), pp. 253-274.
- Newman, Sh., *The real history behind the Templars*, Berkley Publishing Group, New York, 2007.
- Nicholson, H. J., *Los templarios*, Biblioteca de bolsillo, Barcelona, 2010.
- Nicholson, H. J., *Los templarios. Una nueva historia*, Crítica, Barcelona, 2006.
- Nicholson, H., «The Changing Face of the Templars: Current Trends in Historiography», en *History Compass*, vol. 8, nº 7 (2010), pp. 653-667.
- Nicholson, H. J., *The Knights Templar on Trial. The Trial of the Templars in the British Isles, 1308-1311*, The History Press, Stroud, 2009.
- Nicholson, H. J., *Templars, Hospitallers and Teutonic Knights. Images of the Military Orders, 1128-1291*. Leicester University Press, Leicester, 1995.
- Nicholson, H. J., *The Knights Hospitaller*, Boydell & Brewer, Rochester, 2001.
- Nicolai, F., *Essai sur les accusations intentées aux Templiers*, J. Changuion, Amsterdam, 1773.
- Nieto Soria, J. M., *El pontificado medieval*, Arco Libros, Madrid, 1996.
- Nogent, G. de, *Dei gesta per Francos*, edición de Robert B. C. Huygens, Corpus Christianorum Medievalis, nº 127/A, Turnhout, 1996.
- Oakley, D., «English Heresy Procedures» en *Thomas More's, Dialogue Concerning Heresies*, Thomas More Studies 3, 2008 (<www.thomasmore-studies.org/tmstudies/DCH_Oakley.pdf>).
- Odalric de Caixal i Mata, D., «Maestros templarios: de Payens a Molay», en *Arqueología, historia y viajes sobre el mundo medieval*, nº 37, Editorial Gram, Barcelona, (2010), pp. 20-31.
- Olsen, E. y Piknett, L., *Secreto del Temple*, Ed. Edaf, Madrid, 2007.
- Olsen, O., *The Templar Papers: Ancient Mysteries, Secret Societies and the Holy Grail*, Career Press, Franklin Lakes, 2006.
- Ollaquindia Aguirre, R., «Noticias sobre la Tau y los Antonianos», en *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, nº 79 (2004), pp. 157-174.
- Orlandis Rovira, J., *El pontificado romano en la historia*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003.
- Orlandis Rovira, J., *Historia de la Iglesia*, Ediciones Rialp, Madrid, 2001.
- Ortiz Sánchez, L., *¿Legitimidad de la Guerra? Una revisión de la Teoría de la Guerra Justa*, Servei de Publicacions, Universitat de València, Valencia,

2011.

- Paolo VI, *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. XVI, Libreria Editrice Vaticana, Vaticano, 1978.
- Paraschi, A. J., *História dos templários em Portugal. A expansão territorial*, Sol Invictus Atelier, Ericeira, 1991.
- Paraschi, A. J., *História dos templários em Portugal. A fundação e os Mestres da Órdem*, 2ª ed., Sol Invictus Atelier, Ericeira, 1992.
- Paris, Godefroy de, *Chonique métrique*, Livre IX de la “Collection des Choniques Nationales Françaises”, Imprimerie d’Hippolyte Tilliard, París, 1827.
- Parker, M. et alii, *Rerum Britannicarum medii aevi scriptores, the anglo saxon chronicle*, Longman, Green, Longman and Roberts, Londres, 1861.
- Partner, P. *El asesinato de los magos: los templarios y su mito*, Martínez Roca, Barcelona, 1987.
- Pascual Martínez, L., «Los templarios en el Reino de Murcia», en *Anuario de Estudios Medievales*, vol. XI (1981), pp. 687-699.
- Pedret y Torres, V., Oliver Rodríguez, E. y Torres Ballesté, J., *Enciclopedia jurídica española*, vol. 30, Ed. F. Seix, Barcelona, 1910.
- Peña, A. (O.A.R.), *Luces y sombras de la Iglesia*, <http://www.ecatolico.com/librospap/04_luces_y_sombras_de_la_iglesia_padre_angel_pena.htm>.
- Pereira Martínez, C., *Os templários. Artigos e ensayos*, Editorial Toxosoutos, Noia, 2002.
- Pérez Escohotado, J., *Antonio de Medrano, alumbrado epicúreo: proceso inquisitorial (Toledo, 1530)*, Editorial Verbum, Madrid, 2003.
- Pérez Peña, R., *La Soberana Orden de Malta a través de diez siglos de Historia y su relación con la acción Humanitaria*, Departamento de Ciencia Política, Derecho Internacional Público y Derecho Procesal, Universidad de Málaga, Málaga, 2009.
- Pernaud, R., *Elogio de la Nueva Milicia Templaria, los templarios*, Siruela, Madrid, 1994.
- Pernoud, R., *Les Templiers*, Presses Universitaires de France, París, 2011.
- Pernoud, R., *Les Templiers; Chevaliers du Christ*, Découvertes Gallimard, París, 2009.
- Pérsico, L., *La Historia de la Poderosa Orden del Temple*, Nuevo Milenio, Libsa, Alcobendas, 2007.
- Peters, E., *Inquisition*, University of California Press, Los Angeles, 1989.

- Pío X, *Actes de S. S. Pie X, Encycliques, Motu Proprio, Brefs, Allocutions, etc.*, Éditions des Questions actuelles, París, 1905.
- Pío XII, «Alocución del 2.7.1945», en Pascual Galindo, *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, I, Acción Católica Española, Madrid (1962), p. 216.
- Picnett, L. & Prince, C., *La Revelación de los templarios*, Ediciones Martínez Roca S. A., Madrid, 2006.
- Pina, Rui de, *Chronica do príncipe Dom Diniz sexto rey de Portugal*, Ferreyriana, Lisboa, 1729.
- Pippino, F., *Chronicon Fratris Francisci Pippini Bononiensis*, T. IX, Muratori, Ludovico ed. & Argelati, Filippo ed., Milán, 1726.
- Plane, J. M., *Apología de los templarios. Juicio y Expoliación*, Editorial Humanitas, Barcelona, 1993.
- Porete, M., *El Espejo de las almas puras simples*, Ediciones Siruela, Madrid, 2005.
- Porter, W., *A History of the Knights of Malta or the Order of the Hospital of St. John of Jerusalem*, Longman, Brown, Green, Longmans & Roberts, Londres, 1858.
- Postel, V., *Historia de la Iglesia*, Imprenta de Pablo Riera, Barcelona, 1863.
- Poujoulat, B., *Histoire de Constantinople, comprenant le bas Empire et l'Empire Ottoman*, Amyot, París, 1853.
- Probst-Biraben, J. H., *Los misterios de los templarios*, Ed. Dédalo, Buenos Aires, 1983.
- Ralls, K., *Knights Templar Encyclopedia*, New Page Books, Pompton Plains, 2007.
- Ralls, K., *Medieval Misteries: A Guide to History, Lore, Places and Symbolism*, Ibi Press, Lake Worth, 2013.
- Ralls, K., *The Templars and the Grail: Knights of the Quest*, The Theosophical Publishing House, Wheaton, 2003.
- Rassow, P., «La cofradía de Belchite», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, vol. 3 (1926), pp. 200-226.
- Raynouard, F. J. M., *Monuments Historiques relatives à la condamnation des chevaliers du Temple à la abolition de leur ordre*, Imprimerie D'Adrien Egron, París, 1813.
- Read, P. P., *Los templarios*, Xavier Vergara Editor, S. A., Buenos Aires, 2000.

- Read, P. P., *The Templars: Dramatic History of the Knights Templar, the most powerfull Military Order of the Crusades*, Weidenfeld & Nicholson, New York, 2009.
- Reed McCall, M. y Busnel, A., *Les chevaliers de l'ordre du Temple: le templier dechu*, J'ai lu Editeur, París, 2009.
- Rey Souto, J. A. «Los templarios y el Cabildo de Santiago: A Tenza do Temple», en Ricardo Izquierdo Benito y Francisco Ruiz Gómez (coords.), *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, Vol. I, Edad Media, Universidad de Castilla la Mancha, Cuenca, 2000, pp. 755-768.
- Reznikov, R., *Cathares et Templiers*, Éditions Loubatières, Porte-sur-Garonne, 1991.
- Riesco Terrero, Á., «Real provisión de Ordenanzas de Isabel I de Castilla (Alcalá, 7-VI-1503) con normas precisas para la elaboración del registro público notarial y la expedición de copias autenticadas», en *Documenta & instrumenta*, nº 1 (2004), pp. 47-79.
- Rigault, A., *Le procès de Guichard, évêque de Troyes*, A. Picard et fils, París, 1896.
- Riley-Smith, Jonatham, *The First Crusade and the idea of Crusading*, The Athlone Press, London, 1995.
- Riva, A. de la, *La cara oculta del Temple*, Lunwerg editores, S. A., Barcelona, 2002.
- Rivière, P., *Les Templiers et leur mystères: Histoire, organization, et héritage de l'Ordre du Temple*, Éditeur de Vecchi, París, 2002.
- Robinson, J. J., *Mazmorra, hoguera y espada*, Editorial Planeta, Barcelona, 1994.
- Rodríguez Campomanes, P., *Dissertaciones Historicas sobre el Orden de Caballería de los templarios*, Imprenta de Pérez de Soto, Madrid, 1747.
- Rogers, Ch., *Historical notices of St. Anthony's monastery, Leith and rehearseal of events which occurred in the north of Scotland from 1635 to 1645 in relation to the National covenant*, Grampian Club, Londres, 1877.
- Röhricht, G. R., *Regesta Regni Hierosolymitani (MXCVII-MCCXCI)*, Libraria Academica Wagneriana, Insbruck, 1893.
- Rolland, J., *Des templiers à la maçonnerie*, Trajectoire, París, 2011.
- Rolland, J., *Les grands maîtres de l'Ordre du Temple*, Éditions Dervy, París, 2004.
- Rolland, J., *Les Templiers: Les archives secrètes du Vatican*, Trajectoire, París,

2008.

Roman, G., *Le procès des Templiers. Essai critique et juridique*, Imprimerie Cause, Graille et Castelnau, Montpellier, 1943.

Romero Gómez, J. A., *Los templarios en el reino de Sevilla*, Create Space-Amazon, Madrid, 2008.

Runciman, S., *Historia de las cruzadas*, Alianza Editorial, colección Alianza Universidad, Madrid, 1985.

Saint-Prosper, A., *Historia de Francia, desde los tiempos más remotos hasta 1839*, Imprenta de Brusi, Barcelona, 1840.

San Bernardo de Claraval, *Elogio de la nueva milicia templaria*, Ediciones Siruela, Madrid, 1994.

San Martin, M., *Opus Dei: A Templars's credo for the advent of the city of God in the city of Man*, Manuel san Martin ed., Houston, 2007.

San Vicente, F., Garriga, C., y Lombardini, H., *Ideolex: Estudios de Lexicografía e ideología*, Polimetrica, Milano, 2011.

Sánchez Herrero, J., «Los orígenes de la Inquisición medieval», *Clio & Crimen*, nº 2 (2005), pp. 17-52.

Sancti Bernardi Abatis Primi Clarae-Vallensis, *Opera Omnia*, Vol. Primum, Bibliothecae clero universae, Gaume fratres, París, 1859.

Sans i Travé, J. M. «Armes, queviures i bestiar d'algunes comandes del Temple a Catalunya, Aragó i València segons uns inventaris de 1289 (primera part)», en *Sacra Militia, Rivista di Storia degli Ordini Militari*, III (2002), pp. 47-88.

Sans i Travé, J. M., *El procés dels Templers catalans. Entre el turment i la glòria*, 3ª ed., Pagès editors, Lèrida, 1991.

Sans i Travé, J. M., *El setge al castell dels templers de Miravet*, Pagès editors, Lèrida, 1998.

Sans i Travé, J. M., *Els templers catalans. De la rosa a la creu*, Pagès editors, Lèrida, 1996.

Sans i Travé, J. M., *La defensa dels templers catalans. Cartes de fra Ramon de Saguàrdia durant el setge de Miravet*, Pagès Editors, Lèrida, 2002.

Sans i Travé, J. M., *La fi dels templers catalans*, Pagès editors, Lèrida, 2008.

- Sans i Travé, J. M., «Introducció», en J. Miret i Sans, *Les cases de templers i hospitalers a Catalunya. Aplec de noves i documents històrics*, Pagès Editors, Lèrida, 2006, pp. LXXIV-LXXXVI.
- Sans i Travè, J. M., «L'inedito processo dei templari in Castiglia (Medina del Campo, 27 aprile 1310)», en *Aciri 1291. La fine della presenza degli ordini militari in Terra Santa e i nuovi orientamenti nel XIV secolo*, Perugia, 1996, pp. 227-264.
- Sans i Travè, J. M., «Recull de cartes de fra Ramon de Saguàrdia durant el setge de Miravet (novembre 1307 - desembre 1308)», en *Miscellània en honor del doctor Casimir Martí*, Barcelona, 1994, pp. 445-447.
- Sans i Travè, J. M. y Saguàrdia, R., *La defensa dels templers catalans: cartes de fra Ramon de Saguàrdia durant el setge de Miravet*, Pagès Editors, Lèrida, 2002.
- Santa Rosa de Viterbo, J. de, *Elucidário das palavras, termos e frases que em Portugal antigamente se usaram e que hoje regularmente se ignoram: Obra indispensável para entender sem erro os documentos mais raros e preciosos que entre nós se conservam*, 2 vols., ed. crítica de Mário Fiuza, Lisboa, 1966.
- Schenk, J., *Templar Families: landowning Families and the Order of the Temple in France, c. 1120-1307*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.
- Schoell, F. & Zach, F. X., *Cours d'histoire des états européens*, Duncker et Humblot, Berlín, 1832.
- Schoonebeek, A., *Histoire des tous les Ordres Militaires et de la Chevalerie*, Desbordes, Sceperus et Brunel, Amsterdam, 1699.
- Sculley Bradley, E., *Henry Charles Lea: A Biography*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1931.
- Sede, G. de, *Los templarios están entre nosotros*, Editorial Sirio, Málaga, 1985.
- Sede, G. M. de, *Les Templiers sont parmi nous ou l'enigme de Gisors*, Ed. R. Julliard, París, 1962.
- Ségur, L. Ph., *Histoire des règnes de Philippe III, dit le Hardi, et de Philippe IV, dit le Bel*, Alexis Eymery, Librairie-Éditeur, París, 1824.
- Seton, G., *History of the family of Seton during eight centuries*, T. & A. Constable, Edimburgo, 1898.
- Seward, D., *Los monjes de la guerra: historia de las órdenes militares*, Edhasa, Barcelona, 2004.

- Spencer, J., «The Emotional Rhetoric of Crusader Spirituality in the Narratives of the First Crusade» en *Nottingham Medieval Studies*, Vol. 58 (2014), pp. 57-86.
- Société de Savants et d'Artistes, *Magasin Universel, repertoire des Sciences, des Lettres et des Arts*, Tomo 4º, Librairie Picard, París, 1853.
- Sora, S., *The lost Treasure of the Knights Templar*, Inner Traditions/Bear and Co., Rochester, 1999.
- Stoeber, E., *Die Tempelherren*, A. Koenig., Strassbourg, 1805.
- Surin. A. y Jallois, A., *La verité sur l'ordre maudit du Temple*, Transform Editions, París, 2013.
- Théry, J., «A Heresy of State: Philip the Fair, the Trial of the “Perfidious Templars” and the Pontificalization of French Monarchy», en *Journal of Religious Culture*, vol. 39, nº 2 (2013), pp. 117-148.
- Thomasinus, L., *Ancienne et nouvelle discipline de l'Eglise*, Lyon, 1676-1679.
- Thomasius, Ch., *Dissertatio de templariorum Equitum Ordine sublato*, Halae Magdeburgicae, Litteris Hendelianis, 1752.
- Thory, C. A., *Acta Latomorum*, T. I y T. II, Pierre-Elie Dufart, París, 1815.
- Tiro, G. de, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Libro XII, capítulo VII, en: <<http://www.thelatinlibrary.com/williamtyre/7.html>>.
- Tomás y Valiente, F., «El proceso penal», en *Historia 16*, Extra I, *La Inquisición. Represión en España*, Madrid, 1976, pp. 19-36.
- Tomás y Valiente, F., *La tortura judicial en España*, Editorial Ariel, Barcelona, 2000.
- Torre Muñoz de Morales, I. de la, *Los templarios y el origen de la Banca*, Dilema Editorial, Sevilla, 2004.
- Torre, I. de la, «The Monetary Fluctuation in Philip's Kingdom of France and Their Relevance to the Arrest of the Templars», en *The Debate on the Trial of the Templars*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, pp. 57-70.
- Torres de Castilla, A., *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, T. IV, Librería de Salvador Manero, Barcelona, 1865.
- Tourniac, J., *De la Chevalerie au secret du Temple*, Éditions Dervy, París, 2008.
- Trevor-Roper, H., *La crisis del siglo XVII. Religión, reforma y cambio social*, Katz editores, Madrid, 2009.
- Tuckett, J. E. S., «Dr. Begemann and the alleged Templar Chapter at Edinburgh»

- in 1745», en *Ars Quatuor Coronatorum*, vol. 33 (1920), pp. 45-62.
- Upton-Ward, J. M.: *El Código templario*, Ediciones Martínez-Roca, Barcelona 2000.
- Upton-Ward, J. M., *The Catalan Rule of the Templars: A critical edition and English translation from Barcelona, Archivo de la Corona de Aragón, "Cartes reales", ms. 3344*, Eng. Boydell and Brewer, Woodbridge, 2003.
- Upton-Ward, J. M., *The rules of the Templars, the French text of the Rule of the Order*, Eng. Boydell and Brewer, Woodbridge, 1992.
- Uvalle, R., *Historia completa de la Orden del Temple*, Ediciones Lulu.com, Morrisville, 2008.
- Vaca Lorenzo, Á., «Orígenes del servicio de limpieza de la ciudad de Salamanca en tiempo de los reyes Católicos», en *Espacios de poder y formas sociales en la Edad Media*, Salamanca, 2007, pp. 327-354.
- Valdeón, J., «El proceso de los templarios» en Muñoz Machado, S., *Los grandes procesos de la Historia de España*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002, pp. 46-60.
- Valdrini, P., Durand, J.-P., Échappé, O., y Vernay, J., *Droit Canonique*, Dalloz, París, 1999, 2ª ed.
- Valois, N., «Deux Nouveaux témoignages sur le Procès de Templiers», en *Comptes Rendues des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 54^e année, n° 4 (1910), pp. 229-241.
- Vargas, L. de, *El libro negro de los templarios*, Ed. Lectorum, México, 2006.
- Vázquez Lobeira, M. J., *Lógica: un manual de lecciones*, Akal Ediciones, Madrid, 2000.
- Vignati Peralta, A., *El enigma de los templarios*, Libroexpres, Barcelona, 1988.
- Villanueva Astengo, J., *Viage literario a las iglesias de España*, Tomo IV, Imprenta Real, Madrid, 1806.
- Villarroya, J., *Real Maestrazgo de Montesa*, T. I, Benito Monfort, Valencia, 1787.
- Vogel, C., «Templar Runaways and Renegades before, during and after the Trial», en *The Debate on the Trial of the Templars*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, pp. 317-326.
- Voigt, J., *Historia del papa Gregorio VII y de su siglo*, T. I, Imprenta de Grau, Barcelona, 1841.
- VV. AA., *Colección Secretum Templi*, Coedición de los Archivos Departamentales de la Côte d'Or, Dijon y Ediciones Grial, Valencia, 2005.

- Walker, J., «The Templars are everywhere: An examination of the Myths behind Templars survival after 1307», en *The Debate on the Trial of the Templars*, Ed. Burgtorf, Crawford and Nicholson, Ashgate, Surrey, 2010, pp. 347-458.
- Walker, M., *El Misterio de los templarios*, Edicomunicación, Barcelona, 1993.
- Walker, M., *Historia de los templarios*, Edicomunicación, Barcelona, 1995.
- Walker, M., *Historia y Misterio de los templarios*, Edicomunicación, Barcelona, 2011.
- Wallace, M. & Hopkins, M., *Los custodios de la verdad*, Ed. Sirio, Málaga, 2009.
- Warren Currier, C., *History of Religious Orders*, Murphy & McCarthy, New York, 1894.
- Weber, B., «Les horizons nouveaux du pouvoir pontifical, XIII^e – fin XV^e», en *Rechtsgeschichte*, 20 (2012), pp. 400-403.
- Weiss, R., *The Yellow Cross, the history of the last Cathars (1290-1329)*, Viking-Penguin Group, Londres, 2000.
- Wenck, C., *Clemens V. und Heinrich VII.*, Niemeyer, Halle, 1882.
- Wernz, F.-X. y Vidal, P., *Ius Canonicum, ad Codicis normam exactum*, T. I, Pontificia Università Gregoriana, Roma, 1938.
- Wetzel, L., *Le concile de Vienne (1311-1312) et l'abolition de l'Ordre du Temple*, Éditions Dervy, París, 1998.
- Wilcke Wilhelm, F., *Die Templerei oder das innere messen das alten und neuen der tempelherre*, August Lehnholb, Leipzig, 1835.
- Zubras, V., «The Larmenius Charter and the Legitimacy of Modern Day Knights Templar», en Oddvar Olsen, *The Templar Papers: Ancient Mysteries, Secret Societies and the Holy Grail*, Career Press, Franklin Lakes, 2006, pp. 99-105.

APÉNDICES

APÉNDICE N° 1.- Orden de detención de Felipe IV.

Carta circular de Felipe IV a todos los oficiales del reino, en la que da cuenta de los crímenes de los templarios y de la Orden de detenerlos¹⁸⁶¹.

Philippus Dei gratia Francorum Rex, dilectis et fidelibus nostris domino de Onevale et Johani de Torvavilla militi ac baillivo Rothomangensi, salutem et dilectionem.

Res amara, res flebilis, res quidem cogitatu horribilis, auditu terribilis, detestabilis crimine, execrabilis scelere, abominabilis opere, detestanda flagicio, res penitus inhumana, immo ab omni humanitate seposita, dudum fide digna relatione multorum, non absque gravis stuporis fremitu aunbus nostris insonuit. Cujus gravitate pensata, eo crevit in nobis acerbius dolorisi mmensitas, quo talium et tantorum immanitatem scelerum in divine majestatis offensam, orthodoxe fidei et totius christianitatis dispendium, humanitatis opprobrium, exempli mali perniciem, et generale scandalum non est dubium redundare.

Rationalis quidem spiritus exulanti extra terminos naturæ compatitur et compaciendo turbatur, eo quod sui oblita principii, propriæ conditionis inscia, et suæ dignitatis ignara, sui prodiga et in reprobum sensum data, cum in honore esset non intellexit, comparata est jumentis insipientibus, immo ipsorum insipientiam jumentorum stupenda bestialitate transcendens, ad illa omnium scelerum summe nepharia se exponit, quæ abhorret et refugit ipsarum irrationabilium sensualitas bestiarum.

Dereliquit Deum factorem suum, recessit a Domino salutari suo, Deum qui eam genuit dereliquit, oblita est Domini Creatoris sui, immohvit dæmoniis et non Deo, gens absque consilio et sine prudentia; utinam saperet et intelligeret, ac novissima provideret.

Olim siquidem ad nos fide dignorum quamplurium inculcata relatione pervenit, quod Fratres Ordinis Militiæ Templi, gerentes sub specie agni lupum, et sub Religionis habitu, nostræ Religionis Fidei nequiter insultantes, Dominum nostrum Jhesum Christum novissimis temporibus pro humani redemptione generis Crucifixum, gravioribus, quam in Cruce pertulit, illatis injuriis iterum crucifigunt dum in ipso ingreslu suique professione Ordinis, ipsum conspectibus suis ejus effigie præsentata, misera immo miserabili cæcitate ter abnegant, ac horribili crudelitate ter in faciem spuunt ejus. Et postmodum exuti vestibus, quas in seculari habitu deserebant, nudi in Visitatoris, aut vicem ejus gerentis qui eos ad Professionem recipit, præsentia constituti, in posteriori parte spinæ dorsi primo, secundo in umbilico, ac demum in ore, inhumanæ dignitatis opprobrium, juxta prophanum Ordinis sui ritum, deosculantur ab ipso.

Et postquam divinam Legem tam nephandis ausibus, tam detestandis operibus offenderunt, humanam ossendere non verentes, Professionis suæ voto se obligant, quod alter alterius illius horribilis et tremendi concubitus vitio (propter quod venit in

¹⁸⁶¹ Georges Lizerand, *Le Dossier de l’Affaire des Templiers*. Ed. Les Belles Lettres, Paris, 1964, pp. 17-28.

dissidentiae filios ira Dei) requisite irrecusabiliter se exponet. Dereliquit fontem aquae vivae, mutavitque gloriam suam in similitudinem vituli, et idolis immolat gens immunda. Haec, et alia Gens perfida, gens insana et dedita cultibus ydolorum, committere non veretur, quorum non solum actus et opera detestanda, verum etiam repentina verba terram sua feditate commaculant, roris beneficia subtrahunt et aeris inficiunt puritatem, ac fidei nostrae confusionem inducunt.

Et licet delatoribus hujusmodi et tam infausti nunciationi rumoris, eam potius ex livore invidiae, vel odii fomite, aut cupiditatis radice, quam ex fervore fidei, zelo justitiae, aut caritatis affectu procedere suspicantes, vix ab initio animum inclinare possemus multiplicatis tamen delatoribus ac denuntiatoribus supradictis, ac invalescente infamia etc ex praesumptionibus non levibus, sed legitimis argumentis et probabilibus conjecturis, violenta praesumptione et suspicione concepta ad indagandum super praemissis plena; veritatis indaginem, praehabito super hoc cum santissimo Patre in Domino Clemente divina providentia sacrosanctae Romanae ac Universalis Ecclesiae summo Pontifice colloquio et diligenti tractatu, ac cum praelatis et Baronibus nostris deliberatione consilii plenioris, cepimus diligenter intendere, modos exquirendo peritiles, et per vias incedendo salubres, quibus posset lucidius in hac parte veritas reperiri et quanto amplius atque profundius hujusmodi negotium tractabatur, tanto effoso pariete, abhominaciones invenimus graviores.

Unde Nos, qui ad defensionem Fidei et Ecclesiasticae Libertatis sumus a Domino super regalis eminentiae specula constituti, et pre cunctis desiderabilibus mentis nostrae, augmentum Catholice fidei affectamus, per dilectum in Christo fratrem G. de Parisius, Inquisitorem haereticae Pravitatis Autoritate Apostolica deputatum, super praemissis infamia publica referentem, diligenti informatione praehabita, et tamen informatione ipsa quam ex aliis diversis praesumptionibus, argumentis legitimis, et probabilibus conjecturis, contra praefatos Dei, fidei et naturae hostes et humani federis inimicos vehementi suspicione concepta, inquisitoris praedicti, qui brachii nostri auxilium invocavit, justis in hac parte supplicationibus annuentes, licet esse posset, eorum aliquos fore culpabiles et alios innocentes, propter gravitatem tamen negotii, et quia veritas de praemissis alias plene reperiri non posset, turn quia contra omnes vehemens est orta suspicio, turn quia si qui sint innocentes ex eis, expedit, quod tanquam aurum in fornace probentur, et debita judicii examinatione probentur, deliberatione super hoc cum praelatis, baronibus Regni nostri, et aliis consiliariis nostris, ut praemittitur, habita pleniori; Decrevimus, ut singulares Personae praedicti Ordinis Regni nostri sine exceptione aliqua capiantur, capti teneantur, et Ecclesiae judicio preserventur, et omnia bona sua mobilia et immobilia saisiantur, et ad manum nostram saisita fideliter conserventur.

Quare vobis committimus, et districtis praecipiendo mandamus, quatenus ad bailliviam Rothomagi, vos, aut duo vestrum personaliter conferentes, singulos fratres ipsius Ordinis sine exceptione aliqua capiat, et captos teneatis, Ecclesiae judicio praeservandos. Et bona sua mobilia et immobilia saisiat et ad manum nostram saisita sine consumptione et devastatione quacumque, juxta Ordinationem et informationem maximam, vobis sub contra-sigillo nostro missam, districtissime teneatis, quousque a nobis aliud super hoc receperitis in mandatis.

Damus autem fidelibus, justiciariis et subditis nostris tenore praesentium in mandatis, ut quantum ad praemissa omnia et singula et ea tangencia, vobis pareant efficaciter et intendant.

Actum in regali Abbatia Beatae Mariae juxta Pontisaram, in festo exaltationis sancte Crucis, anno Domini M^oCCC^o septimo.

C'est la Forme, comment li Commissaires iroent avant en besoigne:

Premierement quant il seront venu et auront la chose revelée aus seneschaux et aus Baillis, il s'enfourmeront secreement de toutes leur meisons et pourra l'en a cautele, se mestiers est, enquerre aussi des autres mesons de religion, et feindre que ce foit par occasion du disime ou par autre coulour.

Après ce, cil qui sera envoiez avec le Seneschal ou Baillis, a jour assené bien matin, selon le nombre des meisons et des granches, esliront preudhommes puissans du pais fans soupechon, chevaliers, eschevins, consceliers, et seront enfourmé de la besoigne secretement et par serment; et comment li rois est de ceu enfourmes par le pape et par l'Eglise, et tantost il seront envoie par chascun lieu, pour prendre les personnes et saisir leur biens, et Ordener de la garde. Et se prendront garde, que les vignes et les terres soient cultivées et semées convenablement et commettront la garde des biens a bones personnes et riches du pais, avec les mesnies qui seront trouvées es meisons; et eus present il feront celui jour inventoire en cescun lieu, de tous les moebles, et les seeleront, et iroent si enfforcement, que li frere et leur mesnie ne puissent contrestre. Et auront serjans avec eus, pour eus faire obeir.

Après ce, il metront les persones sous boenne et suüre garde, singulierement a cescun par soi et etenqueront de eus premierement la verité; et puis apeleront les commissures de l'inquisiteur, et examineront diligemment la verité, et par jehine se mestier est. Et se il confessent la verité, il feront ecrire leur deposition tesmoins apelés.

C'est la maniere de l'enquerre:

L'en les enortera des articles de la foi et dira comment li pape et li roys sunt enfourmé par plusieurs tesmoins bien creables de l'ordre de l'erreur et de la bougrerie que il funt especiaument en leur entrée et en leur profession et leur prometeront pardon se il confesse[nt] verité en retournant a la foi de sainte Eglise ou autrement que il soient a mort condemné.

L'en leur demandera par serement diligement et sagement comment il furent receü et quel veu ou promesse il firent et leur demanderont par generaux paroles jusque tant que l'en tire de eus la verité et que il perseverent en cele verité.

Ce sunt li article de leur erreur que l'en a trouvé par plusieurs tesmoins:

Cil qui sunt premierement receü requierent le pain et l'eau de l'ordre et puis li commandeur ou li metres qui le rechoit le maine secretement derriere l'autel ou revestuaire ou aillours en segré et li monstre la crois et la figure nostre seigneur Jhesu Crist et li fet renoier le prophete, c'est assavoir notre seigneur Jhesu Crist de cui cele figure est, par trois foiz, et par trois foiz crachier sus la crois, puis le fet despoullier de sa robe; et cil qui le rechoit le beise en bout de l'eschine, souz le brael, puis en nombril et puis en la bouche et li dit que, se aucun freres de l'ordre veut charnelment gesir a lui, qu'il lesoeffre, quar il le doit et est tenuz soffrir selonc le statut de l'ordre et que plusieurs de eus pour ce par maniere de sodomie gisent l'un avec l'autre charnellement et cheint l'en chascun d'une cordele sus sa chemise et la doit touz jours li freres porter sus soi tant comme il vivra; et entent l'en que ces cordeles ont esté touchiés et mises entour une ydole qui est en la forme d'une teste d'omme a une grant barbe, laquelle teste il baisent et aurent en leur chapistres provinciaux; mes ce ne le seient pas tuit li frere, fors le grant mestre et li ancien. Derreschief li prestre de leur ordre ne sacrent

pas le cors Notre Seigneur; et de ceu enquerre.l'en especiaument des prestres de l'ordre.

Et doivent li commissaire envoyer au roy souz leur seaulx et les seaulx de commissaires de l'inquisiteur le plus tost qu'il pourront la copie de la deposicion de ceus qui confesseront les dites erreurs ou principalement le renoiement de Notre-Seigneur Jhesu Crist.

APÉNDICE N° 2.- Comisión del gran Inquisidor de Francia.

Comisión dada el veintidós de septiembre de 1307, por Fray Guillaume de París, doctor en Teología, de la Orden de los predicadores, capellán del rey e inquisidor general de Francia, a los inquisidores provinciales para interrogar a los templarios sobre los crímenes de los que fueron acusados¹⁸⁶².

*Religiosis et Venerabilibus Fratribus Inquisitoribus hæreticæ Pravitatis...
Auctoritate Apostolica deputaus, prioribus Conventualibus, Subprioribus et
Lectoribus Ordinis Fratrum Prædicatorum in Regno Franciæ constitutis, eorum
videlicet singulis Fratribus;*

*G. De Parisius ejusden Ordinis, Capellanus Domini Papa, Confessor Principis
Excellentis Domini Philippi Dei gratia Francorum Regis, ac Inquisitor generalis
hæreticas Pravitatis Regni Franciæ Auctoritate Apostolica Deputatus, salutem in
auctore et consummatore Fidei Jesu Christo.*

*Fratres Charissimi: Scelus sceleratissimum, coeleste slagitium, quale nec
oculus vidit, nec auris audivit, nec alias in hominis cor ascendit: Res amara, res
flebilis, abhominabilis et valde terribilis, ex qua consuevit in Dei in filios dissidentie
provocari, commovetur terra nimium, ac omnia elementa turbantur; nomen divini
Numinis exsufflatur, Religionis venustas confunditur, laceratur stabilitas Fidei
Christianæ.*

*Nuper ad Domini Regis auditum et nostrum pervenit, videlicet quod Fratres
quamplures Ordinis Militias Templi (si Fratres Ordinis valeant appellari) falso
Religionis nomen tenentes et habitum, detestabilem hæresim ac alias inauditam
profitentur occulte. Ita quod etiam in ingressu Fratris cujuslibet præfati Ordinis,
Cruce Domini cum ejus Esfige præposita, Jesus Christus Dominus noster per eum qui
recipitur ter negatur et vice qualibet conspuitur super Crucem et Imaginem Jesu
Christi.*

*Postquam vestibus exuto ingrediente, Præceptor, vel aliquis ejusdem Ordinis
ipsum auctoritate ejus recipiens, ter receptum osculatur, primo in sine spinæ dorsi
inferius, secundo in umbilico, tertio in ore. Recepto nihilominus injungendo, quod si
quis Fratrum hujus ei se commiscere velit, hoc patiatu Receptus; et quod ad hoc
tenetur ex Ordinis illius Statutis, coque prætextu foedus naturale rumpentes, quod
animalia bruta facere detestantur, se commiscent abominabiliter dicti Fratres.*

*Heu nobis, si præmissa veritate nitantur! Quis nobis Fratres tribuat, ut tanti
sceleris, tantæ divinæ blasphemie, videamus aliquam ultionem?*

*Præfatus igitur Dominus Rex, ut Chriltianissimus, præmislis auditis,
admirationis stupore perterritus, nec non Fidei ardore succensus, ea non sprexit: sed
nedum nobis suisque secretis Consiliariis, sed Patri nostro Sanctissimo Domino
summo Pontifici, apud Lugdunum primo et Pictavis secundo, audita diligenter aperuit.*

*Et Nobis postmodum adhibitis, diligentius perquisivit, pluresque testes side
digni, omni exceptione majores, maxime in causa Fidei recepti sunt per Nos
judicialiter. Per quos omnes singulariter turpis Receptio prædicta probatur in eorum*

¹⁸⁶² Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 199-201.

personis facta fuisse; ac vehemens inducitur præsumptio contra omnes. De pluribus personis ejusdem Ordinis hujus Regni, dicti testes deponunt, quod præsentes factores aut assentientes fuerunt Receptionibus Fratrum taliter attemptatis.

Ea-propter per ipsum Dominum Regem, Reverendis Patribus Archiepiscopis, Episcopis, Abbatibus, et aliis eminentibus viris Ecclesiasticis, ac his specialiter congregatis, eorum tarn per ipsum Dominum Regem quam nos requisito consilio, provide ipsorum et concordi deliberatione accedente, Dominum ipsum Regem duximus pro causa Fidei requirendum, uc contra singulares personas dicti Ordinis de præmissis vehementer suspectas hujus Regni, Nobis dare favorem opem et auxilium dignaretur, ut eas habere valeamus examinandas super hiis prout decet.

Non intendentes negotium hoc, contra dictum Ordinem assumere, seu contra Fratres ipsius. Ordinis universaliter, sed solum contra singulares personas Regni prædicti.

Qui Religiosus Princeps, animo prompto, Requisitionem nostram exaudiens, per diversas partes Regni sui dictas personas suspectas perquiri et Ecclesiæ judicio præservari præcepit; ad hoc certas eminentes personas specialiter destinando.

Nos igitur per diversas Regni partes præsentialiter accedere non valentes, pluribus negociis, ac infirmitate proprii corporis impediti, Vos exhortamur in Domino, vobis tenore præsentium committentes, et vos singulariter deputantes: quatenus nobis in adjutorium cause Fidei assurgentes, non pigri, sed vigiles, adhibitis duabus Religiosis personis et discretis, cum personis non suspectis, vobis per Gentes Domini Regis exhibehdis, inquiratis ex pane nostra immo potius Apostolica, super præmissis; diligentius veritatem Depositionibus eorumdem per publicam personam, si commode potest haberi, aut per duos viros idoneos conferibendis.

Et si præmissa scelera esse vera reperiretis, probis viris Ordinis Fratrum Minorum, et aliis Religiosis viris sic aperire curetis negotium ipsum, quod apud eos vel populutn non oriatur scandaium ex hujusmodi Processibus: sed odor potius bonæ fame.

Depositionesque talium Testium Domino Regi et Nobis in Franciam sub vestris et Gentium ejusdem Domini Regis, qui ad prædicta specialiter destinantur, Sigillis inclusas, fideliter mittere non tardetis.

Actum apud Pontisaram die XXII, Septembris, anno Domini M.CCC septimo.

APÉNDICE N° 3.- Carta de Eduardo II de Inglaterra.

Carta circular de cuatro de diciembre de 1307 de Eduardo II, rey de Inglaterra, a Dionis rey de Portugal, a Fernando rey de Castilla y León, a Carlos rey de Sicilia, y a Jaime rey de Aragón a favor de la Orden de los templarios y rogándoles no dar crédito a la carta enviada en su contra por el rey Felipe IV¹⁸⁶³.

Magnifico Principi, Domino Dionisio, Dei gratia Regi Portugalliae illustri, amico suo Carissimo, Eduardus, eadem gratia, Rex Angliæ, et Salutem et felices ad vota successus.

Illos, quos, pro defensione Fidei Catholicæ, ac impugnatione hostium Crucis Christi, actus strenui laborisque prolixitas recommendant, decet et convenit, prout ad honorem Dei et exaltationem Fidei congruerit, proseguere cum favore.

Sane nuper, ad nostram accedens præsentiam, quidam Clericus, qui ad subvertendum Ordinem Fratrum Militiæ Templi Hierosolimitani apposuit, ut videbatur, omni studio quo potuit, vires suas;

Nonnulla horrenda, et detestabilia, ac Fidei Catholicæ repugnantia coram nobis, in Consilio nostro, in diffamationem Fratrum prædictorum, proponere tunc præsumpsit; cupiens nos inducere, turn per ea quæ sic proposuit, tum etiam per Litteras quorundam, quas nobis dirigi procuraverat ex hac causa, ut Fratres Ordinis prædicti, infra nostrum Dominium commorantes occasione præmissorum, sine debita causæ cognitione, carcerali custodiæ traderemus.

Considerantes autem, quod Ordo prædictus, qui Religione et honestate præclarus, et ab olim a Catholicis Patribus extitit, ut didicimus, institutus, devotionem debitam exhibet, et a tempore suæ Foundationis, exhibuit Deo et Ecclesiæ suæ sanctæ: necnon magnum huc usque, pro salvatione Fidei Catholicæ, in Ultra-marinis partibus, subsidium præstitit et tutelam;

Hujusmodi suggestioni, de Fratribus Ordinis prædicti proposit et hactenus inauditæ, sidem credulam adhibendam fuisse nobis minime videbatur.

Vestram igitur Regiam Majestatem affectuose requirimus et rogamus, quatenus, præmissis cum diligentia debitis ponderatis, aures vestras a perversorum detractationibus, qui, (ut credimus,) non zelo rectitudinis, sed cupiditatis et invidie spiritibus excitantur, avertere velit;

Nullam indeliberate Fratribus Ordinis prædicti, in Regno vestro commorantibus, ad cujusquam suggestionem, si placet, in Personis, aut rebus eorum molestiam inferendo, seu ab aliis inferri permittendo; quo usque eos super sibi impetitis legaliter convinci, seu aliud contra eos ordinari contigerit in hac parte.

Datum apud Redyng, IV die Decembris.

Consimiles Litterge diriguntur subscriptis y videlicet, Domino Ferrando, Regi Castellæ et Legionis, consanguineo Regis Domino Carolo, Regi Siciliæ, consanguineo Regis Jacobo Regi Arragoniæ, amico Regis.

¹⁸⁶³ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 226-227.

APÉNDICE N° 4.- Lista de cargos según la crónica de Saint Denis.

Acusaciones contra los templarios que figuran recogidas en la Crónica de Saint Denis¹⁸⁶⁴.

ARTICLES, OU CHEFS D'ACCUSATION DES TEMPLIERS.

Voici les Articles qui se treouvent au long dans la Chronique de S. Denis.

Les forfaits pourquoi les Templiers furent ars et condamnez et pris, et contre eux approuvez, si comme l'on dit, et d'aucuns d'eux en prison reconnu, s'ensuivent.

Le premier Article de leurs forfaits est tel: Qu'ils ne croient point en Dieu fermement, et quand ils faisoient un nouveau Templier, si n'étoit de nullui sçeu, comment ils le facroient: mais bien étoit vû et sçû, comment ils lui donnoient les draps.

Le II. Article étoit: Quand icelui nouvel Templier avoit vêtu les draps de l'Ordre, tantôt étoit mené en une chambre obscure, et tantôt le nouvel Templier renioit Dieu par sa male aventure et pasiôit par-dessûs sa Croix, et en sa douce figure cra-choir.

Le III. Article étoit: Car tantôt après ils alloient adorer une idole, et pour certain icelle idole étoit une vieille peau ainsi comme toute embâmè et comme toile polie, et illecques certes le Templier mettoit sa très vile foi et créance, et en lui très-fermement croioit, et en icelle avoit és fosses des yeux escarboucles reluisans comme clairté du ciel; et pour certain toute leur esperance étoit en icelle, et étoit leur Dieu souverain, et mèmement se assioit en lui de bon cœur.

Le IV. Article est tel: Car ils reconnurent aussi la trahison que S. Louis eut Outre-mer; il fut pris en ces parties et mis en prison, et Acre une cité trahirent-ils par leur grand mesprison.

Le V. Article est tel: Que si le peuple Chrétien fût prochainement allé és parties d'Outre-mer, ils avoient fait telles ordonnances et convenances au Souldan de Babyloine, qu'ils avoient par leur mauvaistié apertement les Chrétiens vendus.

Le VI. Article est: Que eux reconnurent du Trésor du Roi à aucuns avoir donné, qui au Roi avoient fait contrarieté: laquelle chose étoit moult domageable au Roiaume.

Le VII. Article est tel: Car si comme l'on dit, ils connurent le péché d'heresie, et pour leur hypocrisie habitoient l'un à l'autre charnellement. Pourquoi c'étoit merveille, que Dieu souffroit tels crimes et felonies détestables être faites: mais Dieu par sa pitié souffre faire moult de félonie.

Le VIII. Article est tel: Que si nul Templier en leur idolâtrie bien assermer mourut en sa malice, aucunement ils le faisoient ardoir, et de la poudre de lui donnoient à manger aux nouveaux Templiers, et ainsi plus fermes leur créance et idolâtrie tenoient, et du tout deprisoient le Corps de Jésus-Christ.

Le IX. Article est tel: Que si aucun Templier eût eu entour lui ceinte ou liée une courroie, laquelle étoit leur malhommie, après ce jamais sa loi ne fût reconnue; tant avoit illec sa foi et sa loi assichée et fermée.

¹⁸⁶⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 22-23.

Le X. Article est tel: Que leur Ordre ne doit nul enfant baptiser ni lever des saints Fonds, tant comme ils s'en pourront abstenir, ne entrer en l'hôtel où femme gist d'enfant, s'ils ne s'en va du tout en tout à reculons, laquelle chose est detestable à raconter. Et ainsi pour iceux forfaits et crimes furent du souverain Evêque Pape Clement, et de plusieurs Archevêques, Evêques et Cardinaux condamnez.

Le XI. Article est tel: Car encores faisoient-ils pis: car un enfant nouveau engendré d'un Templier en une pucelle, étoit cuit et rôti au feu, et toute la graice ôtée, et de celle étoit sacrée et ointe leur idole.

APÉNDICE N° 5.- Primeros interrogatorios.

Extracto de algunos de los primeros interrogatorios¹⁸⁶⁵

[*TEMPLI MILITIAE FRATRUM INTERROGATIO*]

(*octobris-novembris MCCCVII*).

I.— [*Gaufridi de Charneio, Normanniae praeceptoris, interrogatio.*]

... *Item, anno, indicione, mense, die, pontificatu et loco predictis, in dicti inquisitoris, nostrum, notariorum, et infrascriptorum testium presencia personaliter constitutus, frater Gaufridus de Charneio, miles dicti ordinis et preceptor totius Normannie, etatis quinquaginta sex annorum vel circa, ut dicebat, testis eodem modo juratus che se et aliis in causa fidei puram, meram et integram dicere veritatem, et interrogatus de tempore et modo sue recepcionis, dixit per juramentum suum quod sunt bene triginta septem vel triginta octo anni elapsi vel circa quod fuit receptus in ordine templariorum apud Stampas per fratrem Amalricum de Rocha, presentibus fratre Johanne Francisco, preceptore Parisiensi, et quibusdam ahis qui mortui sunt.*

Dixit etiam per juramentum suum quod, ipso recepto et mantello ad collum posito, asportata fuit sibi quedam cruz in qua erat ymago Jhesu Christi et dixit sibi idem receptor quod non crederet in illum cujus ymago erat ibi depicta, quia falsus propheta erat nec erat Deus. Et tunc fecit dictus recipiens ipsum abnegare Jhesum Christum ter, ore et non corde, ut dixit.

Requisitus utrum spuerit supra ipsam ymaginem, dixit per juramentum suum quod non recordatur et credit quod hoc fuit ista de causa quia festinabant se.

Interrogatus de osculo, dixit per juramentum suum quod osculatus fuit magistrum recipientem ipsum in umbilico et audivit dici a fratre Gerardo de Sauzeto, preceptore Arvernie, qui dixit fratribus existentibus in capitulo quod tenebat, quod melius erat se commiscere cum fratribus ordinis quam libidinem exercere cum mulieribus, sed nunquam fecit nec fuit requisitus, ut dixit.

Requisitus per juramentum suum utrum receperit vel fecerit aliquos fratres in ordine predicto, dixit per juramentum suum quod sic. Dixit eciam per juramentum suum quod primum quem recepit in ordine recepit per illum modum per quem fuit receptus, et omnes alias quos recepit, sine aliqua abnegacione vel spuicione vel aliquo inhonesto secundum prima statuta ordinis recepit, quia jam percipiebat quod ille modus per quem fuit receptus erat nephandus et prophanus et contra fidem catholicam.

Interrogatus utrum vi, vel metu tormentorum, vel carceris, vel alia de causa, aliquam falsitatem immiscuerit aut veritatem tacuerit in deposicione sua, dixit per juramentum suum quod non, immo puram et integram pro salute anime sue dixerat veritatem.

II. — [*Jacobi de Molay, milicie Templi majoris magistri, interrogatio.*]

In Christi nomine, amen. Pateat universis per hoc presens publicum instrumentum quod anno Domini millesimo trecentesimo septimo, indicione sexta, mense oc-

¹⁸⁶⁵ Georges Lizerand, *Proces des Templiers*, pp. 30-44.

tobris, vicesima quarta die ejusdem mensis, pontificatus sanctissimi patris domini Clementis divina providencia pape quinti anno secundo, in religiosi viri et honesti fratris Guillelmi de Parisius ordinis Predicatorum, inquisitoris heretice pravitatis in regno Francie auctoritate apostolica deputati, in domo milicie Templi Parisius pro inquirendo contra quasdam personas ibidem existentes, eidem delatas super dicto crimine existentis, nostrum, publicorum notariorum, et infrascriptorum testium presencia personaliter constitutus frater Jacobus de Molay, major magister ordinis milicie Templi, juratus ad sancta Dei evangelia, eidem preposita et ab ipso corporaliter tacta, dicere de se et aliis in causa fidei plenam, meram et integram veritatem et interrogatus de tempore et modo receptionis sue, dixit per juramentum suum quod XLII anni, sunt elapsi quod fuit receptus apud Belnam, Eduensis diocesis, per fratrem Ymbertum de Parado militem, presentibus fratribus Amalrico de Ruppe et pluribus aliis fratribus de quorum nominibus non recolit.

Dixit eciam per juramentum suum quod, post multas promissiones ab eo factas super observanciis et statutis dicti ordinis, posuerunt mantellum ad collum suum. Et fecit dictus recipiens apportari in presencia sua quamdam crucem eneam, in qua erat figura Crucifixi, et dixit sibi et precepit quod abnegaret Christum cujus figura erat ibi. Qui, licet invitus, fecit; et tunc precepit sibi idem recipiens quod spueret supra eam, sed spuit ad terram. Interrogatus quociens, dixit per juramentum suum quod non spuit, nisi semel, et de hoc bene recordatur.

Interrogatus, quum vovit castitatem, si sibi fuit aliquid dictum quod commisceret se carnaliter cum fratribus, dixit per juramentum suum quod non nec umquam fecit.

Requisitus per juramentum suum utrum alii fratres dicti ordinis per illum modum recipiuntur, dixit quod credit quod non fuerit sibi aliquid factum quod non fiat aliis; tamen dixit quod paucos fecit. Dixit tamen per juramentum suum quod postquam receperat filios quos fecit, precipiebat quibusdam de astantibus ibi quod ducerent eos ad partem et facerent eis id quod debebant. Tamen dixit per juramentum suum quod intentionis sue erat quod facerent et preciperent illud eis quod sibi fuerat factum et per illum modum reciperentur.

Requisitus utrum vi vel metu tormentorum vel carceris aut alia de causa aliquam falsitatem dixerit vel immiscuerit in deposicione sua aut tacuerit veritatem, dixit per juramentum suum quod non, immo dixit puram veritatem propter salutem anime sue.

III. — [Hugonis de Paraudo, Francie visitatoris, interrogatio.]

In nomine Domini, amen. Anno ejusdem Domini Mo CCCo septimo, indictione sexta, mense novembris, ejusdem mensis nona die, pontificatus sanctissimi patris et domini domini Clementis divina providentia pape quanti anno secundo, in religiosa viri fratris Nicolai de Anisiaco et, commissarii fratris Guillelmi de Parisius, ordinis Predicatorum, inquisitoris heretice pravitatis auctoritate apostolica in regno Francie deputati, in domo milicie Templi, Parisius, pro inquirendo contra quasdam personas dicti ordinis existentes, eidem delatas super dicto crimine, existentis, nostrum, notariorum publicorum, et infrascriptorum testium presencia personaliter constitutus frater Hugo de Paraudo, miles dicti ordinis et visitator Francie, juratus ad sancta Dei evangelia, ab eo corporaliter tacta, in causa fidei de se et aliis dicere veritatem et requisitus de tempore et modo sue receptionis, dixit per juramentum suum quod fuit receptus in domo Templi Lugdunensis per fratrem Hymbertum de Paraudo, patrum

suum, in festo Magorum immediate preterito fuerunt quadraginta quatuor anni, presentibus fratre Henrico de Dola et quodam alio fratre vocato Johanne, qui postea fuit preceptor de la Muce, et quibusdam aliis de quorum nominibus non recolit.

Dixit etiam per juramentum suum quod, post multas promissiones ab eo factas de observandis statutis et secretis ordinis, positum fuit mantellum ordinis ad collum suum et predictus Johannes, qui postea fuit preceptor de la Muce, duxit eum retro quoddam altar et ostendit eidein quamdam crucero in qua erat ymag Jhesu Christi crucifixi et precepit sibi quod abnegare illum cujus ymago ibi representabatur et spueret supi, crucem; et ipse tunc, licet invitus, Jhesum Christu abnegavit, ore, et non corde, ut dixit.

Dixit etiam per juramentum suum quod, non obs tante precepto quod fuit sibi factum de spuendo, non spuit supra crucem, ut dixit, et non abnegavit, ni semel.

Requisitus utrum osculatus fuisset recipientem, vel ipse recipiens ipsum qui loquitur, dixit per juramentum suum quod sic in ore solummodo.

Interrogatus utrum aliquos fratres recepisset, dixit per juramentum suum quod sic pluries.

Requisitus per quem modum recipiebat, dixit per juramentum suum quod, postquam promiserant servare statuta et secreta ordinis, et mantellis ad colla positis, ducebat eos ad loca secreta et faciebat se osculari ab eis in inferiori parte spine dorsi, in umbilico et in ore, et postea faciebat apportari crucem in presentia cujuslibet et dicebat eis quod oportebat de statutis dicti ordinis quod abnegarent Crucifixum et crucem ter et spuerent supra crucem et ymaginem Jhesu Christi crucifixi, dicens quod, licet hoc eisdem preciperet, non faciebat corde.

Requisitus utrum invenisset aliquos qui hoc facere contradicerent, dixit quod sic, tamen finaliter faciebant abnegacionem et spuicionem.

Dixit etiam per juramentum suum quod illis quos recipiebat dicebat quod si aliquis calor naturalis urge ret ipsos ad incontinentiam, dabat eis licentiam refrigerandi cum aliis fratribus. Dixit tamen quod non precipiebat eis predicta corde, sed ore solum.

Requisitus ex quo predicta non precipiebat corde sed ore solum, quare hoc faciebat, respondit per juramentum suum quod hoc faciebat quia usus erat de statuti ordinis.

Requisitus utrum illi qui recepti fuerunt de mandato suo per alios eodem modo per quem dixit se alios rece pisse recepti fuerint, respondit quod nescit, quia illa que fiunt in capitulis aliquo modo non possunt revelari, illis qui non fuerint presentes nec sciri ab eis et ideo nescit si ita recipiebantur.

Requisitus utrum crederet quod omnes fratres ordinis per illum modum sint recepti, respondit non credebat. Postea tamen, dicta die, in dicti missarii, nostrum notariorum et testium infrascriptorum [presencia] comparens, dixit quod male inte rat et male responderat et dixit per juramentum quod melius credebat quod omnes recipientu illum modum quam per alium; et hoc dicebat dictum corrigendo et ne denegaret.

Requisitus de capite, de quo supra fit mentio per juramentum suum quod illud viderat, tenue palpaverat apud Montempessulanum in quodam capitulo et ipse et alii fratres presentes illud adoraverant. Dixit tamen quod ore et fingendo adoraverat, et non corde; nescit tamen si alii fratres adorabant corde. Requisitus ubi sit, dixit quod dimisit illud fratri Pedro Alemandin preceptori domus Montispessulani, sed nescit

utrum gentes regis illud invenerint. Dixit quo dictum tum caput habebat quatuor pedes, duos ante ex faciei et duos retro.

Requisitus per juramentum suum utrum vi, vel tormentorum vel carceris, seu alia de causa, alie falsitatem dixisset aut immiscuisset in sua depositione, aut veritatem tacuisset, dixit per juramentum suum quod non, immo puram sine aliquo mendatio di veritatem.

IV. — [Johannis de Castro Villari interrogatio]

Item, frater Johannes de Castro Villari, etatis triginta annorum, juratus eodem modo de se et aliis in causa fidei dicere veritatem et interrogatus de modo et tempore sue recepcionis, dixit per juramentum suum quod fuit receptus apud Momentum diocesis Trecensis per fratrem Laurencium de Belna, preceptorem dicte domus, quatuor anni fuerunt in festo Magdalene instanti proximo preterito, presentibus fratri Juliano, capellano dicte domus, et quibusdam aliis de quorum nominibus non recolit. Dixit etiam per juramentum suum quod, post multas promissiones factas ab eo de bonis statutis et observanciis dicti ordinis tenendis, mantellum fuit sibi positum ad collum, et postea dic tus recipiens recepit ipsum ad osculum oris et omnes alii fratres existentes ibidem; et nichil aliud fuit sibi injunctum vel preceptum, sicut dixit per juramentum suum.

Acta sunt hec anuo, indicione, mense, die, pontificatu et loco predictis, presentibus religiosis et honestis viris fratribus Johanne de Insula, priore Trecensi, et Felice de Fayó, ordinis Predicatorum, Johanne de Farreria, Guillelmo de Choques et Stephano de Matiscone, testibus ad hoc vocatis specialiter et rogatis.

APÉNDICE N° 6.- Carta del papa de 27/10/1307.

Carta del papa a Felipe IV protestando por la detención de los templarios. La bula original se encuentra en el *Trésor des Chartes*, J. 416, n 2¹⁸⁶⁶.

Clemens... Philippo Regi.

Ad preclaras sapientie et mansuetudinis progenitorum tuorum laudes, fili karissime, pertinere cognoscimus quod iidem puriore luce, amore fidei et caritatis zelo, quasi quedam sidera rutilantia, ecclesiasticis disciplinis edocti, hactenus Romana Sedi reverentiam conservantes, cuncta ad religionom fidei pertinentia, ejus agnoverunt examini subjacere, ad cujus pastorem, id est apostolorum primum domino loquente preceptum est: Pasce oves meas; quam sedem esse omnium yero ecelesiarum caput, dominara et magistram, ipso Dei Filias, ejusdem Ecclesie sponsus, voluit, statuit et ordinavit et hoc ipsum Patrum regule et principum statuta declarant. Principes namque Romani, pro eo tempore quo navis Patri inter diversarum heresum sectas et hereticorum procellas sub multis periculis fluctuabat, quantumeumque ardore fidei mentisque devotione lumine clariore fulgerent, de hiis tamen que fidei et maxime in quibus possent ledi ecclesiastice et religioso persone, post multas et varias constitutiones super hiis editas, nichil suis retinere judiciis, sed totum examini judicioque Ecclesie reliquerunt, nichil ad se pertinere in praemissis causis et personis preter reverentiam Sedis apostolice et obedientiam cura ab ea requisiti fuerint, agnoscentes.

Tu vero, fili karissime, quod dolentes referimus, non tam prepostero quam nullo ordine, nobis quasi in ortis existentibus, manum tuam in personas templariorum et bona, et non qualitercumque sed usque ad inclusionem carceris extendisti, quodque ad cumulum doloris accedit extentam, nedum non remisisti, sed eam, ut fertur, ad fortiora impingens, ipsis non mediocriter ex ipsa capcione afflictis afflictionem addidisti, sed qualem, ob pudorem Ecclesie nec minus tuum, si bene perspexoris ad preseas subticendum potius arbitramur. Dolori vero nostro admiratione et dolorose princeps inclite causam prestant quod nobis quos semper invenisti benevolos pre cunctis aliis Romanis pontificibus qui temporibus tuis Ecclesie Romana prefuerunt et honori tuo intentos in regno tuo pro tuis et ejusdem regni ac tocius christianitatis utilitatibus in loco tibi vicino morantibus, postquam tue Serenitati per nostras innotuerat litteras quod nos in eodem negocio et ad diligenter investigandam veritatem illius procedere volebamus, et te por easdem duxeramus litteras requirendum, quod ea que de predicha factis inveneras nobis significare curares, et quod nos tibi significare curaremus ea que circe negotium inveniremus prodictum, attemptasti predicta in personas et bona personarum predictarum, nobis et Ecclesie Romana absque medio subjecta. In quo quidem tuo sic repentino processu nostrum et Ecclesie Romana vituperosum contemptum communiter omnes et non absque rationabili causa notant, ut ad scripture prolixitatem vitandam alias causas doloris et admirationis notissimas obmittamus ad presens, quos por dilectos filios nostros Berengarium tituli sanctorum Nerei et Achillei et Stefanum tituli sancti Ciriaci in Terminis presbiteros cardinales tibi explicare mandamus tuam nolentes circumspectionem aliquatenus ignorare quod nos desiderabiliter affectamus totis viribus sic purgare radicitus hunc ortum Ecclesie prout res ipsa ex-

¹⁸⁶⁶ Edgard Boutaric, *Clement V, Philippe IV et les Templiers*, p. 34.

postulaverit, quod in presentibus et posteris non remanent hujusmodi, si est, quod Deus averterit, infeotionis scintilla que possit procurare materiam recidivii.

Et quia, filli karissime, nobis dubitare non licet quin citius hodie quam tras, si cum quibus ut expleres adessent qui possent nostro nomine recipere personas et bona de tua manu, in nostram deduceres ad hoc ipsum ut fiat citius, securius et honorabilius predictos cardinales, quos tibi novimus non levitar sed ex intimis in amoris vinculo et devocione conjunctos, de quibus ob hoc non miaus confdimus, sed eos carius amplexamur, ad tue Celsitudinis presenciara duximus destinandos, quibus super hiis que circa praemissa tibi ex parte nostra dixerint, indubitata lldem adhibeas, et sic eorum monita ot verba gratanter audias et efilcaciter exaudias, quod ad Dei et Ecclesie Romane cedat honoren, et tu ex inde laudem apud Deum et homines merearis.

Datum Pictavis, VI° kalendas novembris, pontificatus nostri anno secundo.

APÉNDICE N° 7.- Bula «*Pastoralis praeminentiae*».

Bula «*Pastoralis praeminentiae*» de veintidós de noviembre de 1307 dirigida a príncipes y prelados de toda la Cristiandad. (La copia que transcribimos es la enviada a Eduardo II, rey de Inglaterra)¹⁸⁶⁷.

Clemens Episcopus, Servus servorum Dei, carissimo in Christo filio, Eduardo Regi Angliae illustri, salutem et Apostolicam benedictionem.

Pastoralis praeminentiae solio, disponente illo qui cuncta disponit, licet immeriti presidentes, hoc precipue ferventer appetimus, hoc votis ardentibus assectamus, ut excusso a nobis negligentiae somno, circa Cregis Dominici custodiam, sub movendo noxia et agendo profutura, animas Deo lucrificare, sua nobis coperante gratia, valeamus. Sane dudum, circa Promotionis nostrae principium ad apicem Apostolicae dignitatis, ad nostrum quadam levi suggestione pervenit auditum, quod ab olim de flatu Sathanae in templariorum Ordine sparso pestiferi generis femine, subcrevit ex illo messis odibilis, fructus pestiferos ex sui natura producents: Videlicet quod Templarii sub Religionis palio militantes exterius, in Apostasiae persidia intus vixerunt hactenus, in detestabili haeretica pravitate.

Caeterum tunc attendentes, quod Ordo ipsorum longis retro temporibus multae refulsit Nobilitatis gratia et decoris, ac magna fidelium devotio diu vixit apud eos; quodque tunc nullam audiveramus super praemissiis suspicionem, vel infamiam contra ipsos; et nihilominus quod a suae Religionis exordio portaverunt publice Signum Crucis, corpora exponentes et bona contra inimicos Fidei pro acquisitione, retensione ac defensione Terrae Sanctae Domini et Salvatoris nostri Jesu-Christi pretioso Sanguine consecratae; suggestioni praedictae nolimus aures credulas exhibere. Verum postea auribus carissimi in Christo Filii nostri Philippi Regis Francorum illustris insonuit, quod singuli Fratres dicti Ordinis in sui Professione, cum Ordinem ipsum ingrediuntur, expressis verbis abnegant Dominum Jesum Christum.

Nec non Idolum adorant in suis Capitulis, et alia nefanda committunt, quae ob ruborem exprimendi subticemus ad praeiens.

Propter quod idem Rex, ad requisitionem Inquisitoris haereticae pravitatis in Regno suo generaliter a Sede Apostolica deputati, de Prelatorum, Baronum, ac aliorum sapientum deliberatione solenni, Magistrum Majorera, et alias singulares personas dicti Ordinis, quae tunc erant in Regno suo, una die cum magna excogitata diligentia capi fecit, Ecclesiae iudicio presentandas; et eorum bona mobilia et immobilia salvae custodiae assignari pro Terra Sancta, si dictus Ordo damnetur; alioquin pro ipso Ordine fideliter conservanda.

Deinde praefatus Magister dicti Ordinis spontanee confessus est palam, praesentibus majoribus Personis Ecclesiasticis Parisius, Magistris in Theologia et aliis, corruptionem erroris, Abnegationis Christi in Fratrum Professionibus contra primam Institutionem Ordinis praefati, initigante Sathana introductam.

Quamplurimi etiam Fratres dicti Ordinis, ex diversis partibus dicti Regni Francorum dicta scelera sunt confessi, veram et non simulatam agentes poenitentiam de

¹⁸⁶⁷ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, pp. 221-223.

commissis; prout haec dictus Rex nobis per suas Litteras intimavit, et ad Nos etiam postmodum pervenerunt, fama pulica deferente.

Nos quoque Fratrem unum Militem dicti Ordinis, magnae generositatis et auctoritatis Virum, super pravitate jam dicta personaliter examinavimus: qui dictum facinus Abnegationis Jesu-Christi, in ingressu dicti Ordinis a se commissum, sponte confessus fuit plenarie coram Nobis.

Et adjecit se vidisse, quod quidam Nobili sin praesentia ducentorum Fratrum, vel plurium dicti Ordinis, inter quos erant centum Milites, vel circa, ultra mare, videlicet in Regno Cypri, per praefatum Magistrum dicti Ordinis in Capitulo suo in Fratrem Templi receptus fuit: et ibi, in dictorum Magistri et Fratrum praesentia, idem Nobilis, ad mandatum ipsius Magistri, dictum facinus in sua receptione commisit.

Ex quibus, si in Agro plantationis dicti Ordinis, qui ager putabatur esse virtutum, et grandis sublimitatis speculo praelucebat, diabolica (quod absit) sint femina feminata, gravi nostra viscera commocione turbantur.

Unde ad investigandum veritatem hujusmodi sine mora proponimus intendere, et quantum Deus dederit, essicaciter vigilare.

Ea propter, quia sicut insinuatione multorum accepimus, super praetactis criminibus contra templarios ipsos, fama, seu verius insemia communis, continue suscipit incrementum; et ob hoc urget Nos conscientia, ut in his ossicii nostri debitum exequamur;

Magnitudinem Regiam requirimus rogamus et hortamur attente, quatenus quam citius post receptionem praesentium commode poteris, praedictis omnibus intenta meditatione pensatis, sic prudenter, sic caute, sic secrete, de sapientum Secretariorum tuorum consilio studeas ordinare, quod omnes et singulos templarios Regni tui, et alios qui reperientur in eo, et eorum bona mobilia et immobilia per bonas personas, omni, maxime quoad bona ipsa, suspicione carentes, meliori modo, quo fieri poterit, capi facias uno die: personas eorum faciens, donec tuae Magnificentiae scribamus aliud, nostro et Sedis Apostolicae Domine, in locis tuis sub sida custodia detineri.

Bona vero ipsorum mobilia et immobilia aliquibus bonis personis, de quibus non sit verisimile quod in his, vel in similibus velint fraudem aliquam adhibere, facias commendari, nostro nomine fideliter conservanda, quousque per Nos aliud fuerit ordinatum. Quae quidem Personae de dictis bonis omnibus et singulis teneantur in praesentia Fratrum quarumlibet Dornorum dicti Ordinis, et aliarum plurium bonarum personatum, et maxime dictis Domibus vicinarum, Inventaria facere, et cum tempus fuerit plenam de ipsis reddere rationem.

Quarum Personarum depositariarum, propter honorem tuum, ut melius negotium sine bonorum direptionis et dissipationis suspicione procedat, nullae sint de tuis Ossicialibus ferviemibus vel aliis servitonibus quibuscumque.

Provisurus quod Terrae, ac Vineae templariorum ipsorum, eorum expensis, more solito excolantur; ut bona ipsa dictis Templariis, si reperiantur innocentes, alioquin pro Terra Sancta integre conserventur. Taliter Te super his habiturus, quod exinde, praeter humane laudis praeconium, apud Deum, cujus in hac parte negotium agitur, gratiae tibi proveniat incrementum: et nihilominus ex hoc nostram, et Apostolicae Sedis gratiam plenius merearis. Quicquid autem super praemissis fieri jusseris, et quicquid fuerit executioni mandatum, Nobis, quam celerius fieri possit, tuis Literis intimare procures.

Datum Pictavis, X Kalendas Decembris Pontificatus nostri anno tertio.

APÉNDICE N° 8.- Bula «Regiae magnitudinis».

Bula «Regiae magnitudinis» de Clemente V a Felipe IV de uno de diciembre de 1307¹⁸⁶⁸.

Clemens Episcopus servus servorum Dei carissimo in Christo filio Philippo Regi Francis illustri salutem et apostolicam benedictionem.

Regiae magnitudinis litteras laeta mente recepimus, inter alia continentes quod cum admiratione acceperas quod per aliquos de tuis quibusdam de nostris curialibus scriptum fuerat quod nos totum negotium templariorum in personis et bonis per apostolicas litteras, quas dilectus filius magister Gaufredus de Plexeyo Notarius noster tibi attulerat, tuo totaliter commiseramus arbitrio, tuam omnino suiper hoc conscientiam onerantes; quarum etiam auctoritate litterarum idem Notarius sub commissa in eis sibi credentia tibi ex parte nostra retulerat quod ad generalem captionem personarum et bonorum templariorum ipsorum deberes procedere contra eos. Ex quibus multa admiratione commotus scire et pro certo tenere volebas quod praefatus Notarius super dicto templariorum negotio nullas unquam tibi patentes vel clausas credentiae vel alias apostolicas attulerat litteras, nec ex pane nostra praemissa vel consimilia verba dixerat, sed quaidam alias vias sub certa forma tibi retulerat tangentes utilitatum negotii memorati. Circa quod negotium templariorum, cujus promotionem pro exaltatione fidei et conservatione ecclesiae libertatis assumpseras, libertatem ipsam, progenitorum tuerum sequendo vestigia, illaesam omnino servare nec eam tuis temporibus volebas infringere vel minuire quoquo modo, quin potius ad conservationem ipsius intendere solito ferventius in hac parte ob personae nostrae praesentiam, reverentiam, et honorem, tanquam ille qui in praedicto negocio ea solummodo quatrīs quae sunt Dei, ad laudem divini nominis, exaltationem catholicae fidei, honorem nostrum, et sanctae matris Ecclesiae et promorionem selicem respiciunt saepedicti negotii terrae sanctae disposueras mente firma. Quibus omnibus cum diligentia recensitis, de multitudine affectionis huiusmodi, quam ostendis, et bono proposito quem habere dinosceris, gaudemus in Domino, et multipliciter exultamus, celsitudinem regiam rogantes et hortantes in Domino quatenus pro divini nominis gloria tuaeque salutis augmento de bono in melius circa propositum huiusmodi dirigens et perseverans in illo constantes, ad ea quae dilecti filii nostri Berengarius tituli snctorum Nerei et Achillei et Stephanus tituli sancti Cyriaci in Thermis Presbyteri Cardinales ad tui praesentiam a nobis pro negotio praedicto transmissi tibi retulerint sic te reddas benivolum, sic promptum et liberalem exhibeas, et alias in iis quae praemissa contingunt eos benignius exaudias quod ea quae tuae praedictae litterae continebant non solum nobis, qui praemissa tenemus certitudinaliter, sed universo mundo appareant per effectum, atque praeter divinae retributionis praemium, quod exinde regia celsitudo merebitur, devotio tua dignis in Domino laudibus attollatur.

Datum Pictavis Kal. Decembris, pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁶⁸ Etienne Baluze, E.: *Vitae Paparum Avionensium*, T. II, pp. 112-113.

APÉNDICE N° 9.- Consulta a los maestros de la universidad de París.

Consulta realizada por el rey a los maestros-teólogos de la Universidad de París relativa a la manera de proceder contra los templarios¹⁸⁶⁹.

DE MODO PROCEDENDI ADVERSUS TEMPLARIOS

[Ad magistros in theologia Parisienses regi interrogatio.]

In prosecucione negocii templariorum tam quo ad personas quam ad bona occurrunt dubia, que sequuntur:

[I] *Primo causa namque fidei dupliciter pertinet a ecclesiam: uno modo fidem predicare, populum instruere; et si quid dubium circa fidem occurrat aliquibus, seu inter aliquos errantes vel alios, ad ecclesiam pertinet cognicio et decisio. Item alio modo, ut, si quis contra fidem committat, contra talem sacrilegum ad finem spiritua-lem penitencie ac reconciliacionis procedat, si penitentem et obedientem reperiat; vel si contumacem in pertinacia vel relapsum post abjuracione erroris, de quo non est presumendum eum stare qui sic egit, licet lugens et dolens, ecclesia tales contumaces vel relapsos dimittit curie seculari. Non eos judicat temporaliter nec condempnat, immo pro relapsis errorem iterum gnoscantibus orat, contra quos curia secularis vires sue potestatis exercet. Circa hoc autem nemo dubitat.*

Sed occurrit dubium ex eo quod, juxta legis divine preceptum, princeps secularis vel populus jurisdictionem exercens audit per hereticos vel scismaticos vel alios infideles nomen Domini blasfemari fidemque catholicam exsufflari: si hoc fiat palam, vult contra eos ex jurisdictione sibi commissa vires exercere justicie, vel si factum non est palam, vult super facto contra Deum et fidem commissio, ut sibi nunciatur, inquirere; et si reperiat crimen de facto commissum, nullo juris dubio super fide catholica occurrente, vult contra violatorem talem exercere justiciam, ut ceteri timorem habeant; nisi justiciam exerceat, videt scandalum generari posse.

Utrum ergo sine aliqua requisicione ecclesie vel cujuscumque teneatur ad hoc vel sibi liceat queritur, an per novum testamentum sit ejus potestatis secularis restricta auctoritas, ut, nisi ad requisicionem ecclesie, non debeat interponere partes suas.

[II]. *Secundo in templariorum negocio, ubi quasi una secta dampnata tam horribilis, tam abhominabilis, pluriu invenitur, propter majus periculum princeps; temporalis magis modo pretacto justiciam debeat exercere ad tantam pestem heresis extirpandam ex suo officio, an eo, quod dicti Templarii ordinem religionis se tenere dicebant, manus principibus sit ligata, ut contra eos procedere non possint, nisi ad requisicionem ecclesie? An reatus sic probatus, sic clarus per tanti numeri templariorum confessiones, omnem dignitatem excludat et privilegium, maxime quia erat militum collegium, non clericorum principaliter?*

[III]. *Tercio, cum quingenti Templarii et ultra in diversis partibus constituti per regnum Francie circuitum fuerint errorem dicte secte confessi necnon magister illius et majores, an ergo contra totum ordinem probatio sufficiat ut tota falsa religio sit dampnata vel saltem dampnanda, maxime cum confitentes predicti ac in singulis partibus dicti regni confessionem aliorum et confessionis modum ignorarent? An expectare*

¹⁸⁶⁹ Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 56-62.

oporteat, quod similiter in regnis aliis sint confessi, ut talis religio sit dampnanda vel pro dampnata habenda?

[IV]. *Quarto, cum in ingressu fratris cujuslibet post professionem communem factam palam ingrediens a recipiente ad partem occulte traheretur, duobus vel tribus solum presentibus, ubi apostare contra fidem cogebatur et sic sunt plures contra quos probari non potest nisi sponte confiteantur vel ab eis extorqueatur veritas, quia qui presentes in eorum recepcione fuerint decesserint, an si nullo modo possit a talibus veritas extorqueri, pro catholicis sint habendi et recipiendi?*

[V]. *Quinto, al forte tales non confitentes et crimen negantes, contra quos probari non potest, sint X, XX vel XXX vel plures, an in eis jus vel status dicti ordinis remanere debeat? An per tot alios testes deponentes contra ordinem ordo hujusmodi reprobetur?*

[VI]. *Sexto queritur de bonis que dicti Templarii in communi tanquam sua propria possidebant, ex causa hujusmodi debeant principi confiscari in cujus jurisdictione constituta sunt, an ecclesie, an Terre Sancte negocio, cujus contemplacione bona illa illis collata vel alias quesita fuere, sint potius applicanda?*

[VII]. *Septimo, si forsitan ex jure vel devocione principum Terre Sancte negocio applicentur, ad quem dispositio, regimen bonorum talium vel administrado, debeat pertinere: an ad ecclesiam, an ad principes, maxime in regno Francie, ubi omnia bona templariorum ab antiquo in speciali domini regis et predecessorum suorum garda et custodia fuisse noscuntur?*

APÉNDICE N° 10.- Respuesta de los maestros-teólogos.

Respuesta de los Maestros en Teología a las cuestiones planteadas por el rey Felipe IV¹⁸⁷⁰.

2. — [*Magistrorum in theologia responsum*]

Serenissimo ac christianissimo principi Philippo, Dei gratia regi Francorum illustrissimo, sui capellani humiles et devoti, magistri in theologia Parisius, licet indigni, tam actu regentes quam non regentes, cum omni subjectione se promptos et voluntarios regie majestati semper gratum et devotum servicium exhibere.

Illustrissimi regni Francorum reges christianissimi non tam magnitudine potestatis quam morum venustate ac pietate christiane religionis ab ipso regni exordio clauissemus noscuntur. Hinc est, excellentissimi domine, quod vos, sanctorum predecessorum vestrorum mores laudabiles imitantes, zelo fidei succensum, tamen cum debita regula rationis volentes quidem fidem deffendere, sine tamen usurpatione juris alterius potestatis, cum possetis precipere nobis vestris clientelis, ex magna tamen dignatione vestra sententiam nostram per vestras litteras amicabiliter requirere maluisti, qualiter videlicet absque alieni juris injuria possetis procedere contra quosdam ipsius fidei subversores super hoc quosdam certos articulos proponentes, super quibus et magnitudo negotii, et quorundam majorum nostrorum ausencia compulit nos tardius debito respondere; propter quod de tante tarditatis offensa parcat nobis pietatis regie benivolencia consueta. De predictis autem articulis diligenti et matura deliberatione prehabita et frequenter, taliter duximus respondendum ut ad vitandam prolixitatem et nimiam occupationem regie majestatis ponamus precise conclusionem persuasi motivis rationabilibus, credimus esse veras.

Ad predictos igitur articulos in modum qui sequitur respondemus

[I]. *Ad primum quo queritur utrum princeps secularis possit hereticos capere, examinare vel punire, dicimus quod nobis videtur quod auctoritas judicis secularis non se extendit ad faciendum processum aliquem in facto heresis contra aliquem non derelictum ab ecclesia, nisi ecclesia requirente vel requista, nisi quando evidens et notorium periculum immineret; in quo casu, sub spe certa ratihabitionis, licet potestati seculari eos capere, cum proposito reddendi ecclesie quamcito obtulerit se facultas. Nec videtur nobis quod ex aliqua auctoritate novi vel veteris Testamenti expresse possit haberi quod princeps secularis aliter se debeast intrmittere de crimine supradicto. Quod autem juxta hoc queritur utrum si quod jus principes habere viderentur per vetus Testamentum in causa dicti criminis, per novum Testamentum in aliquo sit restrictum, dicimus quod, si vocetur restrictio revocatio cujuscumque statuti vel juris habentis virtutem solum ex institutione legis veteris, omne tale est in legis nove tempore sic restrictum, quod videlicet totum quod habet virtutem ex sola institutione legis veteris, est in novi Testamenti tempore revocatum.*

[II]. *Ad secundum principale quod queritur, utrum Templarii, quia milites sunt, sint pro non religiosis et non exemptis habendi, dicimus quod nobis videtur, quod militia ad dessensionem fidei ordinata statum religionis non impedit et quod tales milites votum religionis institute ab ecclesia profitentes pro religionis haberi debeant et*

¹⁸⁷⁰ Doerges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 62-70.

exemptis. Si qui autem non fecerunt talem professionem, sed solum obligaverunt se ad illam heresim observandam, non sunt religiosi nec pro religiosis habendi. Si tamen sit dubium utrum sic professi fuerint, ad ecclesiam que ipsorum religionem instituit istam causam pertinet terminare. Racione tamen criminis totum, quod crimen tangit, pertinet ad ecclesiam in quacunque persona, donec, ut predictum est, fuerit ab ecclesia derelicta.

[III]. Ad tertium, quando queritur utrum propter suspicionem que habetur ex confessionibus jam factis ordo debeat reprobari, dicimus quod, cum jam factis confessionibus habeatur vehemens suspicio contra omnes de ordine quod sint heretice vel fautores, puta non accusando vel non notificando ecclesie, cum vehemens presumptio habeatur quod predictam heresim vigere in ordine nullatenus ignorarent, presertim cum magistri tocius ordinis et alii quamplurimi crimen hujusmodi sint confessi, deber hoc sufficere ad reprobandum in odium personarum vel ad inquirendum contra totum ordinem sic publice de tanto crimine diffamatum.

[IV]. Ad quartum, quando queritur de non confessis vel non convictis quid de eis, si qui tales fuerint, sit agendum, dicimus quod cum vehemens sit presumptio contra omnes de ordine, ut dictum est, etsi tales non sint ut heretici condemnandi, cum nec confessi fuerint nec convicti, tamen quia multum timendum est de eis propter suspicionem predictam, videtur nobis sic eis esse salubriter providendum, quod de infectionis aliorum periculo caveatur.

[V]. Ad quintum, cum queritur de triginta vel quadraginta remanentibus, etc., patet ex hiis que in tercio et quarto articulis sunt expressa.

[VI-VII]. Ad sextum et septimum, cum queritur quid de templariorum possessionibus sit agendum, dicimus quod, cum bona Templi non fuerint data Templariis principaliter et ut dominis, sed potius ut ministris ad deffensionem fidei et subsidium Terre Sancte, et hoc fuerit finalis intentio dancium illa bona, et ea que sunt ad finem, rationem et necessitatem sorciantur ex fine, cum predictus finis adhuc remaneat, ipsis deficientibus, debent dicta bona ad dictum finem ordinari fideliter et servari. De guardia autem nobis videtur ordinandum secundum quod magis expedit dicto fini.

Hec igitur, serenissime domine, secundum quod melius potuimus concorditer conclusimus et conscripsimus, multum ex corde volentes obsequi mandatis regiis ac eciam veritati; que utinam, sicut desideramus, majestati regie sint accepta, quia multum libenter diligens studium parati sumus impendere ad ea que, tante celsitudinis forent grata. Et utinam tanta fidei injuria, cujus estis pugil precipuus et deffensor, que tam scandalosa et horribilis est toti populo christiano, juxta vestrum sanctum desiderium celeriter vindicetur.

Regiam majestatem vestram, quam firmiter credimus non solum regimini temporalis reipublice, verum eciam spirituali profectui ecclesie fructuosam, per longa tempora velit Altissimus conservare nosque, vestros devotos et humiles capellanos, dignetur vestra precellens benignitas commendatos habere.

In testimonium autem omnium predictorum, sigilla nostra duximus presentibus apponenda.

Datum in festo Annunciationis beate Virginis, anno Domini M^oCCC^o septimo.

APÉNDICE Nº 11.- Convocatoria de los Estados Generales.

Circular de veinticinco de marzo de 1308 del rey Felipe IV convocando los Estados Generales¹⁸⁷¹.

[POPULI CONSILIUM GENERALE]

I. — [Convocatio consilii]

Philippus, Dei gracia Francorum rex, dilectis et fidelibüs nostris omnibus maioribus, consulibus, scabinis, juratis et communitatibus locorum insignium regni nostri ad quos presentes littere pervenerint, salutem et dilectionem.

Semper progenitores nostri ad hereses et errores alios ab ecclesia Dei pellen-dos et specialiter e regno Francie pre ceteris principibus suorum temporum fuerunt solliciti, preciosissimam fidei catholice margaritam, utpote thesaurum incomparabilem, a furibus et latronibus defendentes. Attendentes igitur ad petram ex qua excisi sumus, progenitorum nostrorum inherentes vestigiis, guerrarum temporalium quibus nos et vos Dominus visitavit, pacem eum nobis dedisse supponimus ut guerris contra fidem catholicam suscitatis, nedum ab hostibus patentibus sed potius ab occultis, qui quanto nobis assistunt propinquius, quanto nocent latencius, tanto periculosiores existunt, totis viribus intendamus.

Scitis quod fides est catholica, ex qua id quod sumus in Christo subsistimus; ex ea vivimus, ex ea nos sic exules et mortales nobiles facti sumus in Domino Jhesu Christo, ut Dei vivi, patris eterni, filii veri simus cum Christo nec non regni celestis heredes. Hec nos spes fovet pulcherrima; hec est ergo nostra tota substantia. Si quis igitur hanc cathenam violare nititur, nos catholicos conatur occidere; Christus est nobis via, vita et veritas. Quis ergo potest ipsum negare, per quem et in quo subsistimus, quin nos destruere satagat? Cogitet unusquisque quod ipse nos tantum dilexit quod pro nobis carnem assumere in carneque mortem subire, crudelissimam non expavit. Diligamus ergo nos talem Dominum Salvatorem, qui sic nos prius dilexit, qui sumus unum corpus regnaturi cum eo pariter; ad ejus vindicandas injurias intendamus.

Proh dolor! templariorum error abhominabilis, tam amarus, tam flebilis, vos non latet: Jhesum Christum nedum in sui professione negabant, sed ingredientes suum prophanum ordinem negare cogeabant et ejus opera, que sunt vite nostre necessaria sacramenta, necnon omnia que sunt a Deo creata, supra crucem ejus, qua sumus redempti, spuebant, calcabant pedibus et, in creature Dei contemptum, loca vilia per osculum visitabant, ad vicem ydola adorabant. Contra naturam vero, quod animalia bruta recusant, sibi ritu suo tam reprobo licere dicebant.

Celum et terra moventur tanti flatu sceleris et elementa turbantur. Enormitates hujusmodi per partes regni nostri singulas commisisse probantur et ex depositione majorum ejus ordinis (si sic appellari valeat) clare patent; nec est verisimile per tot et tantos communiter praemissa in regno [tantum]. nostro commissa; quin imo etiam ultra mare fuisse commissa probata; quin generaliter, ubique terrarum sint, eodem modo commissa. Contra tam sceleratam pestem debent insurgere leges et arma, pecudes et omnia quatuor elemental.

¹⁸⁷¹ Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Tampliers*, pp. 102-108.

Nos igitur ad extirpationem tantorum scelerum, tam gravium errorum, stabilitatem fidei necnon honorem sancte matris Ecclesie promovendum, ad sedem apostolicam conferre nos personaliter proponimus in proximo. Cujus operis sancti vos volumus esse participes, qui participes estis et fidelissimi zelatores fidei christiane; vobisque precipimus quatinus de singulis villis predictis insignibus duos viros fidei fervore vigentes, Turones, ad tres septimanas instantis festis Paschatis, mittere non tardetis, qui nobiscum assistant in predictis, communitatum vestrarum nomine, ad ea que fuerint dictis negociis oportuna.

Actum Meleduni, XXV die martii, anno Domini M° CCC° septimo.

2. — [Deputatorum procurationis exemplar]

A touz ceux qui ces presentes lettres verront, Jehans Poullez, prevoz de Giem, et Phelippes Poullez, garde du seel de la dite prevosté, salut.

Sachent tuit que par devant nous vindrent en propres personnes Thomas du Vergier, Guillaume de Creeil...[suit une liste de quarante noms], touz bourgeois de Giem, le plus et les plus soufisenz et la plus saine partie de la ville de Giem, si comme il disoient, et firent, Ordennerent et establirent Estienne Cartier et Jehan Galebrun, bourgeois de Giem, porteeurs de ces lettres, leurs procureeurs generauls et messages especiaux, en tele maniere que la condicion de l'ung ne soit meilleur de l'autre et que ce qui par l'ung d'eux sera commencié puisse par l'autre estre mis a fin, pour aler a Tourz ou la ou il plaira a nostre seigneur le roy, pour ouir et recevoir la volenté, ordonnance et establissement du roy nostre seigneur et de son noble conseil sus l'ordenance, absolucion ou condampnacion des Tampliers et sus toutes autres choses qui au roy nostre seigneur et a son dit conseil plairont a Ordenner et establir et pour faire toutes autres choses que leauls procureeurs pueent faire et doivent et que il feroient se presenz estoient; et de ce faire leur donnent plein pover et mandement especial et promistrent par leur leauz creanz par devant nous a avoir agreable, ferme et estable tout ce qui par les diz procureeurs eu par l'ung d'eux sera fait, procuré ou Ordenné sus la caucion et obligation de touz leur biens. En tesmoing de ce, nous avons seellé ces presentes lettres du seel de la prevosté de Giem.

Donné en l'an de grace mil CCC et huit, le lundi devant la feste de saint Phelippe et saint Jasques.

APÉNDICE Nº 12.- Discurso de Guillermo de Plaisians en Poitiers.

Discurso de Guillermo de Plaisians pronunciado en la conferencia de Poitiers el veintinueve de mayo de 1308¹⁸⁷².

In Dei nomine, amen. Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.

Post illam universalem victoriam, quam ipse dominus Jhesus Christus fecit in ligno crucis contra [h]ostem antiquum pro defensione ecclesie sue et [h]umani generis redempcione, qui regnat et imperat et pre aliis antonomatice et per excellenciam meretur dici et nuncupari rex, -tum quia filius regis regum, videlicet Dei patris, qui est et fuit et erit in eternum et ultra rex celi et terre, rex regum et dominus dominancium, tum quia incarnatus et natus de Maria virgine, matre sua, que et ipsa ex regali fuit orta progenie, cui nunquam fuit regina reperta similis nec in posterum habebit sequentem,- et eciam imperator quia omnibus sub sole existentibus imperat, angelis etiam et bonis et malis spiritibus, omnibus eciam elementis et a nemine imperatur, non fecit aliquam particularem victoriam contra inimicos sue ecclesie et fidei orthodoxe, ita miram et magnam et strenuam, ita utilem et necessariam, sicut fecit novissime hiis diebus per ministros... delegatos, ad hoc in perfidorum templariorum negocio, miraculose detegendo eorum pravitatem hereticam in animorum ipsorum periculum et subversionem fidei et destruccionem ec[c]lesie diucius occultatam.

Ad manifestandum igitur predictam victoriam vobis, pater beatissime, qui estis urbis et orbis universalis episcopus, vicarius spiritualis in terris summi presulis Jhesu Christi, ac fratribus vestris, qui sunt columpne ecclesie sancte Dei, ac per vos et ipsos omnibus christicolis, dominus meus Francie rex, dicti regis Jhesu Christi in regno suo temporalis vicarius, totus et integer [venit], id est cum omnibus membris suis prelati, capitulis, toto clero et ecclesia, baronibus et militibus, communitatibus et fidelibus populis regni sui, ad vestre sanctitatis venerabilem presenciam, predecessorum suorum inherendo vestigiis, Romane ecclesie matri sue et sedi a vestre debitam et devotam reverenciam exhibendo, non intendentes ipse, ejus prelati, barones et populi partem accusatoris, denunciatoris, instructoris vel promotoris in figura iudicii contra quemquam assumere, sed ut fidei catholice zelatores, defensores ecclesie, murus Jerusalem et purgatores heretice pravitatis, vobis dicte victorie nunciare et elucidares materiam atque formam.

Fuit igitur dicta victoria in belli ingressu [h]orrenda et terribilis, in ejus progressu jocunda et mirabilis, in ejus egressu dilucida, not[oria] et indubitabilis. Nilque aliud restat agendum, nisi quod in ejus execucionis effectu per vos, pie pater, et alios ad quos pertinet debitis et oportunis adjuta remediis, ut, perquam christicolis necessaria et utilis publicetur et declaretur omnibus populis.

[H]orrenda fuit domino regi et aliis Christi ministris et terribilis ab inicio propter quatuor: primum propter condicionem personarum denunciantium, quia parvi status erant homines ad tam grande promovendum negocium;

secundum, propter magnitudinem et immensitatem, divicias et potencias, statum religionis delatorum et sibi adherencium;

¹⁸⁷² Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 110-124.

tercium, propter, in [h]umanitatem criminum, ex quibus, si vera erant, divina et humana subvertebatur natura;

quartum, propter dilectionis, fidelitatis et devocionis vincula, quibus erant domino regi, utpote suo principali patrono et domino temporali, adstricti, et quia dominus rex prosequeretur eosdem et sui predecessores fecerant speciali gracia et favore et pre aliis religiosum portantibus habitum pecculiarem confidenciam habebat de ipsis.

Super hoc publice narretur totus processus regis ab inicio informacionis secrete per eum facte et postea per inquisitorem et maturitas consilii sui facti apud Pontiseram usque ad tempus ordinate capcionis eorum.

Jocunda et mirabilis:

Primo, quia Deus tales hujus victorie elegit ministros, qui non querunt in his que sua sunt, sed que Christi, abicientes a se omnem cupiditatem et vanam gloriam. Et hic dicatur regis intencio et ordinacio super bonis. Alius enim vivens ausus non fuisset agendi relea tam grandem; et ipse propter multa tenetur ad hoc, potissime quia in coronacione sua juravit.

IIº, quia Christus videtur miraculose egisse, ut vos de regno Francie a domino electo et benedicto pre ceteris regnis mundi apostoli Petri successorem assumpserit vosque in regno predicto presencialiter cum curia vestra in regno predicto adessetisa cum rege et ipsum vobis et duos sibi corde et corporali presencia conjunxerit, ut utriusque virtus simul unita constanter debellaret pro ipso.

IIIº, quia omnes primates [s]celerati ordinis ex diversis mundi partibus sub alterius cause velamine in dictum regnum de praemissis subituros a[d]duxit justiciam.

IIIIº, quia magister cum omnibus aliis primatibus ante capcionem eorum excusando se regi et tegendo errores, quantum poterat, et exprimendo regula[m]et secreta eorum ex ore suo aliis presentibus et consencientibus confessus fuit heresim manifestam adversus sacramentum clavium et confessionis sacramentalis.

Vº, quia in capcione eorundem aliqui ex eis metu criminum sibi impositorum, desperati de Christi misericordia, laqueo se suspenderunt, alii se occiderunt, alii se precipitaverunt.

VIº, quia uno eodemque tempore omnes, paucis exceptis, in diversis regni partibus per omnes bailivias et senescallias predicta confessi fuerunt spontanei, pro tribus partibus, absque quod unus sciret de alio, et omnium in substancia articulorum est concors confessio nec interrogabantur de certo nec illi qui erant in una bailivia vel senescallia sciebant de aliis. -Item, magister in publico, sermone coram universitate Parisiensi. -Item, ille de Usecia et ille de Carcassona et multi alii per aperta miracula.

VIIº, quia fuit in eis tam diutina persev[e]rancia et sepius, nunc coram episcopis, interdum coram ossicialibus eorundem et aliis viris religiosis, et coram clero et populo eorum iterata confessio. Quidam autem, post confessionem spontaneam et sepius coram diversis per magna intervalla septimanarum et mensium itera[ta]m et perseveracionem diutinam, revocaverunt easdem, collusionem habita super hoc inter eos, ut noverunt domini cardinales missi Parisius; et confortacione recepta per nuncios et literas aliquorum, qui suo loco et tempore deteguntur, quorum quidam magni de hac terra dicuntur fuisse. Et corrupti sunt peccunia, alii aliis inordinatis motibus, qui penara fautorum hereticorum possunt merito formidare.

VIIIº, quia post confessiones generales concordantes omnium alii post multa tempora spontanei enormiora confessi sunt. Et hic dicas illud, quod illi V confessi fuerunt

coram archiepiscopo Senonensi et illi XXX coram episcopo Masticonensi et unus de illis V in illa confessione perseverans in mortis articulo migravit, utinam ad Dominum.

Stetit dilucida et indubitabilis:

Primo, quia per testes convicti quamplures et superatus est ordo;

secundo, quia confessi tot confessionibus quod rem faciunt notariam;

tercio, per famam publicam, quia est communis to ius regni, ymmo tocius mundi, contra ipsos a[c]clamata;

quarto, quia nedum est notorium juris, ymmo notorium facti apud omnes homines;

Vº, per instrumenta publica et scripturas autenticas sigillis autenticis sigillatas;

VIº, per relacionem indubitata[m] tanti et tam catholici principis, in hac parte Christi ministri, cui in [hi]s, que fidei sunt, debet credi;

VIIº, per relacionem tantorum catholicorum pontificum, qui pro se et tota Gallicana ecclesia hec profitentur notorie;

VIIIº, per a[c]clamacionem tantorum baronum et populorum hujus regni;

presumpcionibus ortum habentibus et diversis indiciis perspicuis et verisimilibus conjecturis, que per se simul juncte sine aliis precedentibus rem indubitata[m] facerent:

Primo, prenunciaverunt hoc populi a tempore quo de contrario non extat memoria, quod in secreta recepcione eorum aliquid illicitum commi[t]tebant et de hoc probabiliter ab omnibus habebantur suspecti publice et notorie.

Secundo, quia ep[iscopis]Romane ecclesie secreta ordinis sui non revelabant.

Item, quia de nocte faciebant capitula et conventiculas cuas, qui mos est hereticorum, et qui male agit odit lucem.

Item, a fructibus eorum cognoscere possumus eosdem, quia per defectum ipsorum Terra Sancta dicitur perdita et pactiones secretas cum Soldano sepius dicuntur fecisse, nec [h]ospitalitas, nec elemosina, nec alia opera caritatis fiebant in domibus eorum: totum intentum eorum erat in acquirendo et litigando et jurgiando et ita promittebant se facturos jure vel injuria, ut reperitur per deposiciones quorundam.

Item, quia alii, capti ut suspecti de heresi et accusati, fregerunt carceres et alii citati non venerunt; et alii, jussi capi etiam per Romanum pontificem, aufugerunt, quorum quidam sunt latrones in silvis, alii depredatores viarum, alii occisores, alii minantur mortem gladio vel veneno iudicibus et ministris hujus negotii.

Item, in multis mundi partibus muniverunt castra contra ecclesiam et executores ejusdem, subtraxerunt bona et dilapidaverunt, consumpserunt eadem, etiam vasa sacra.

Item, nulli vel pauci, eciam de bus qui extra regnum Francie habitabant, optulerunt se purgatuos, licet jussus universalis emanaverit ab hac sede, quod omnes, tanquam suspecti de heresi, capiantur, ymmo multi in regnis Ispaniarum com[m]orantes ad Sarracenos se transtulerunt omnino.

Ex prediccis igitur necessarie concluditur predicta fore notoria et dilucida et indubitabilia, luce meridiana clariora, nec de cetero posse vel debere ab aliquo, qui sit venus catholicus et velit favoris heresis evitare periculum, in dubium revocari, nedum rebus manifestatis a Deo miraculose, ut pr[ed]ictum est, per dictum christianissimum principem et predictam Gallicanam ecclesiam, barones et omnes populos dicti

regni. Ymmo et si brutum animal hoc ita clarum et probatum deferret non esset ulterius disputandum.

Ita est favendum cause fidei et specialiter per Romanum pontificem; cui cause omnia jura favent; et in ea omnes regule juris fallunt; nec est curandum quomodo aut qualiter aut coram quo, dummodo veritas sit reperta, ut est, et maxime per Romanum pontificem, qui solutus est nexibus.

APÉNDICE Nº 13.- Acuerdos de Poitiers entre Clemente V y Felipe IV.

Acuerdos secretos entre Clemente V y Felipe IV en la reunión de Poitiers en junio de 1308¹⁸⁷³.

1. *Que lesdits Templiers seront rendus au Pape, mais gardez par l'autorité du Roi, à la prière du Pape et des Prélats, et en leur nom.*

2. *Que les Prélats pourront juger les Templiers dans leurs Dioceses, fors quelques-uns reservez au Pape.*

3. *Que si l'on abolit cet Ordre, que le Bien soit employé pour la Terre Sainte ; ce que le Pape et le Roi ont dessein de faire.*

4. *Qu'il sera mis de fidèles gardiens de leurs biens par le Pape et les Prélats. Toutefois que le Roi en pourra nommer en secret, qui seront aggrégés, et qu'ils en rendront bon compte aux Commissaires députés par le Pape et lesdits Prélats, ou nommez par le Roi en secret, qui seront aggrégés.*

5. *Que l'argent qui en proviendra sera mis ensemble, et envoyé hors le Roiaume, fous la protection du Roi.*

6. *Que le Roi donnera ses Lettres, que l'argent ne sera diverti à autre usage qu'à la Terre Sainte: et le Pape en fera de même.*

7. *Que le Pape entend, que cela ne fasse prejudice au Roi, aux Prélats et Comtes ; et autres du Roiaume, pour les Hommages, Fiefs, Jurisdictions et autres Droits, qu'ils ont Sur les biens desdits Templiers.*

8. *Que le Pape delibere, avant que le Roi sorte de Poitiers, d'ordonner les choses touchant tout l'Ordre des Templiers.*

9. *Le Pape bien que ce soit contre son Autorité, permet au Roi, puisqu'il l'a si à cœur, que l'Inquisiteur procédera avec les Ordinaires et autres commis à ce, contre les Templiers.*

10. *Que le Pape donnera ses Lettres, que ses Successeurs ne pourront rien changer de ce que dessus. Autrement toute l'affaire et les choses demeureront en l'état qu'elles sont à present. Seellé. Duplicat.*

¹⁸⁷³ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 217.

APÉNDICE Nº 14.- Bula «*Subit Assidue*».

Bula «*Subit Assidue*» promulgada por Clemente V el cinco de julio de 1308¹⁸⁷⁴.

Clemens Episcopus Servus servorum Dei, Venerabilibus Fratribus universis Archiepiscopis et Episcopis per Regnum Franciae constitutis, et dilectis filiis Guillelmo et aliis Inquisitoribus haereticae pravitatis in eodem Regno, Auctoritate Apostolica generaliter deputatis, salutem et Apostolicam benedictionem.

Subit assidue nostrae mentis arcanum sollicitudine plena, et anxietate non vacua consideratio illa terribilis, qua Nos ad illius Domus custodiam deputatos advertimus; cujus magnitudinem cum stupore Propheta miratur: O inquiens, Israël, quam magna est Domus Dei! Cumque in ejusdem considerationis examine residences, opus nobis aestimamus injunctum, et nostrarum metimur virium quantitatem, attendimus cum stupore, quod supra vires nostras nobis est onus impositum, quod procul dubio sufficienter portare nequimus. Sed superest Nobis spes, in solo auxilio divino reposita, ad quod humiliter recurrentes devotius imploramus; ut ille qui nobis Domum ipsam custodiendam credidit, et pascendum commisit nostras vigilantia: gregem suum, Domum ipsam ab ascendentibus ex adverse sollicite custodire concedat, ipsumque gregem sic salutaribus pascere pascuis, sic rectis gressibus per viam justificationem Domini, et suorum dirigere semitas mandatorum, quod ipsum in dilecta Domini tabernacula potiturum sempiternis gaudiis introducere ad sui nominis laudem et gloriam valeamus.

Dudum siquidem templariorum subitam captionem, quara ad nostri Apostolatus et Fratrum nostrorum pertulit vulgatus rumor auditum, (quia rationes et causae, quae carissimum in Christo Filium nostrum Philippum Regem Francie illustrent induxerant ad hujusmodi captionem, Tibique Guillelmo fuggesserant Regem super hoc requirere memoratum, nostram et dictorum Fratrum latebant notitiam) non immerito Nos et Fratres ipsi dolentes suscepimus, cum per te Guilelmum pradicatum nobis, quibus quodammodo vicinus eras in januis, nihil intimatum fuislet, ac praecipiti destinatione Processus per vos contra ipsos habiti, et ut timebatur, habendi (super quo inaudita publica referebat assertio) grandis suspicionis materia in nostra et Fratrum ipsorum mentibus extitit suscitata. Propter quod omnem quam habebatis in hoc negotio potestatem, de praedictorum Fratrum consilio suspendentes, ad Nos negotium ipsum totaliter duximus revocandum.

Et licet postmodum Rex predictus, ac vos Fratres Archiepiscopi et Episcopi Tuque Guillelme praedictae, ad captionem hujusmodi excusandam plures eorum Nobis et Fratribus supradictis pretenderetis rationes; illam tamen specialiser proponere curavistis, quod si (quod absit) per captionem hujusmodi dictorum templariorum non fuisset praeventa nequitia, Causae Fidei orthodoxe, ad cujus conculcationem perversis et dolosis conatibus nitebantur, adeo detraxissent, quod Fidei ejusdem negotio per suorum, et aliorum fautorum suorum, qui multi numero fore noscuntur, per execranda facinora detrimentum irreparabile provenisset.

¹⁸⁷⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, pp. 267.

Demum vero Procesibus per vos Archiepiscopos et Episcopos, et Guillelmum praedictos, ante tempus suspensionis et revocationis praedictarum, vel faltem priusquam ad vestram notitiam hujusmodi Suspendio et Evocatio pervenisset, habitis contra, templarios memoratos, ex hibitis in nostra et Fratrum praesentia praedictorum, et diligenter inscriptis, multa per eosdem Processus contra ipsos apparent fuisse reperia; de quibus modicam habebamus verisimilem conjecturam, nec ad illa credenda nostre mentis opinio poterat inclinari.

Postmodum autem, nonnullis ex Templariis memoratis, qui ab olim non satis auctoritatis in eodem Ordine habebantur, nobis per dictum Regem liberaliter redditus, et ad nostram deductis praesentiam; ab eis de veritate dicenda tam de se; quam de aliis ipsius Ordinis Fratribus, super omnibus impositis ipsis et Ordini eidem criminibus corporale recepimus juramentum. Et deinde, per nos diligenter examinatis eisdem, nonnulli eorum se et multos alios dicti Ordinis Fratres, circa ingressum praefati Ordinis pollutis labiis abnegasse Christum Redemptorem nostrum, et alia execranda et nefandissima scelera commisisse, sponte et libere sunt confessi.

Et subsequenter ad majorem cautelam Depositiones et Confessiones eorum coram Venerabili Fratre Petro Episcopo Prenestino, et dilectis Filiis nostri Btregario Sanctorum Nerei et Achillei, Thoma Sanctae Sabinae, Stephano Sancti Cyriaci in Thermis Tituli Presbyteris, Landulpho Sancti Angeli, ac Petro de Columna Sancte Romane Ecclesiae Diaconis Cardinalibus, repeti mandavimus per eosdem. Et ipsis per Tabelliones publicos redactis in scriptis, et in eorum praesentia coram nobis et Fratribus eisdem praelectis, ipsas iidem Templarii approbarunt, in illis firmiter persistentes.

Et iterum interpositis diebus aliquibus, dicti Templarii coram nobis oc dictis Fratribus constituti, in Confessionibus ipsis eis lectis, et in materna lingua expositis diligenter et firmiter perstiterunt; et Sanctae Matri Ecclesiae satisfactione ad nostrum arbitrium oblata per eos, se reconciliari humiliter supplicarunt.

O quam abominabilis amantudinis haustum in auditutam horribilis sceleris eadem gustavit Ecclesia! O quam saevissimae tortionis sentium in sui sacrario pectoris punctiones! Heu! quam acerbi doloris aculei Nos et eosdem Fratres pupugrunt in intimis! Heu! quam tenebrosam obscuritatem nostris et ipsorum aspectibus dicti Templarii prassentarunt; quamvis per Supplicationem Reconciliationis ejusdem, per quam animarum suarum salutem recognoscere videbantur, ad quam nos serverter intendimus, alicujus mitigationis senserimus lenitatem. Cumque postmodum per Regem eundem, ac vos Archepiscopos oc Episcopos, et Guillelmum praedictos, ut in eodem negotio procedi posset liberius, ipsumque negotium ad debitum finem perducere, relaxari hujusmodi Suspensionem fuissec nobis cum instantia supplicatum;

Nos, ipsius Regis ac vestris Supplicationibus pro ejusdem securitate negotii, et libertate Inquisitionis ipsius, de Fratrum ipsorum consilio annuentes, et considerantes attentius, quod difficile, quin potius impossibile quasi fore dignoscitur, quod per nostrum et Fratrum eorundem ministerium curiosum, quoad plenam ejusdem negotii habendam indaginem, propter templariorum multitudinem eorundem, ac diversitatem locorum, per quae in praedicto Franciae oc aliis Christianitatis Regnis et terris dispersi fore noscuntur tractari valeat, vel ad debitum finem perducere; aliis Personis idoneis hujusmodi provideramus negotium commitendum, aut vobis ex nostra permissione relinquere: ut in eodem negotio ea quae Jura permittunt exequi et efficere studeatis.

Verum diligentius attendentes, quod vos, qui estis in partem sollicitudinis advocati, in dicto negotio, tamquam viri sermone potentes, et opere virtuosos, prudentiae

vestre acuetis ingenium; ac timoris et amoris Domini, cujus agitur in hac parte negotium, igne succendi, zelum quem ad Fidem eamdem vos habere confidimus, pro Divini nominis gloria, et exaltatione Fidei memoratae, in dicti exercebitis executione negotii per effectum laudabilium actionum; praedictam Suspensionem, hac adjecta moderatione, duximus relaxandam.

Videlicet, quod singuli Vestrum Archiepiscoporum et Episcoporum de singulis dictorum templariorum Personis in vestris singulis Civitatibus et Diœcesibus, ac vos Inquisitores, et vestrum quilibet, si cum eisdem Archiepiscopis et Episcopis interesse volueritis, sub forma quam vobis per alias nostras Litteras duximus concedendam, associatis vobis certis Personis idoneis per Nos vobis in hujusmodi negotio designandis (quas ad hoc, si necesse fuerit per censuram Ecclesiasticam, super quo plenam vobis potestatem concedimus, compelletis) efficere curabitis quod requirunt Canonicae Sanctiones; Prolatione tamen sententiae contra templarios proferendae praedictos, Conciliis Métropolitanorum nostrorum in singulis Provinciis reservata.

Praecaveatis tamen, quodde generali Statu totius Ordinis memorati vos intrinsecus nullatenus attentetis; cum super hoc per idoneas personas jaminquiri ordinarimus veri tatem. Nobis insuper et Apostolicae Sedi, ac nostro oc ipsius Sedis examini Causam quoad Inquisitionem, Ordinationem, oc quemcumque Processum contra Majorem Magistrum templariorum ipsorum, nec non et Franciae, Terrae Ultramarinae, Normanniae, Pictaviae ac Provinciae majores Praeceptores, faciendam et habendam totaliter; ut de ipsis, sine quibus instrui commode saepe dicti Ordinis Causa non posset, simul vel divisim, nec non et de Ordine ipso, justum faciamus judicium vel alias secundum Provisionem Apostolicam ordinemus, retinemus et etiam reservamus.

Volentes et Auctoritate Apostolica ordinantes, quod predictus Praenestinus Episcopus, (cui templariorum in Regno detentorum eodem, generaliter nobis per Regem redditorum eundem, curam et custodiam commisimus,) ipsos realiter recipiat. Et de tota eorum custodia nostro et Praelatorum nomine, nec non de exhibitione et praesentatione ipsorum nobis vel dicto Praenestino Episcopo, aut deputandis a nobis, vel ab ipso Prenestino Episcopo, loco nostri, et vobis faciat et ordinet prout fuerit faciendum.

Quare Fraternitatem vestram et discretionem monemus et hortamur attentius, vobis nihilominus per Apostolica Scripta mandantes, quatinus mentis oculis erectis ad Deum, sic in praemissis pro divina et Apostolica Sedi et nostra reverentia, et exaltatione Fidei memoratae, vos promptos et paratos offerre curetis, sic attentos et sollicitos exhibere, quod clementiam Regis aeterni, cui ex fidei prosecutione dicti negotii gratum et acceptum impenditis obsequium, vobis sentiatis magis propitiam et benignam, et dictae Sedi et nostram benedictionem et gratiam valeatis uberius promereri.

Datum Pictaviae, die V. Julii, Pontificatus nostri anno tertio.

In cujus rei testimonium Sigilla nostra duximus apponenda. Datum die Martis ante Cineres, anno Domini millesimo trecentesimo octavo.

APÉNDICE N° 15.- Carta de Clemente V de 9/07/1308.

Carta del papa al rey Felipe de nueve de julio de 1308¹⁸⁷⁵.

Littera Papa directa Régi Francia propter factum templariorum.

Clemens Episcopus servus servorum Dei carissîmo in Christo filio Philippo Regi Franciae illustri salutem et apostolicam benedictionem.

Propter fervens desiderium quod ad recuperationem terrae sanctae et ejus defensionem novimus te habere, ad gaudium tuum et exultationem tibi tenore praesentium intimamus quod si oporteat ordinem templariorum suis exigentibus demeritis dissolvi, cassari, vel tolli, omnia bona et jura, redditus et proventus, in quibuscumque juribus vel rebus consistent, quae habet in praesenti vel habere reperietur in futurum, terrae sanctae subsidio volumus deputari, nec ad aliquem alium usum converti, nec nos vel successores nostri ab illis qui praedicta bona custodient vel tenebunt in aliquo alio casu vel ad aliquem usum alium repetemus.

Datum Pictavis IX die Iulii, pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁷⁵ Étienne Baluze, *Vitae Paparum Avionensium*, T. II, p. 97.

APÉNDICE N° 16.- Carta de Clemente V de 11/07/1308.

Carta de once de julio de 1308 del papa al rey Felipe¹⁸⁷⁶.

Clemens Episcopus servus servorum Dei carissimo in Christo filio Philippo Regi Francorum illustri salutem et apostolicam benedictionem.

Vt omnia secundum aequitatem et justitiam procedant, non intendimus nec volumus quod propter aliquam ordinationem aut concessionem circa bona vel factum templariorum hac vice a nobis vel a te, fili carissime, factas aliquod praejudicium generetur tibi, Praelatis, Ducibus, Comitibus, vel aliis quibuscunque regni tui in homagiis, feodis, jurisdictionibus, censibus, laudemiis, vel aliis quibuscunque juribus quae in bonis templariorum tu et praefati habebatis tempore captionis ipsorum factae in regno Franciae anno Domini MCCCVII de ipsis et bonis ipsorum, nec fiat etiam tibi vel ipsis praejudicium in aliis negotiis sive factis.

Datum Pictavis XI. die Iulii, pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁷⁶ Étienne Baluze, *Vitae Paparum Avionensium*, T. II, p. 97.

APÉNDICE N° 17.- Carta de Clemente V de 12/07/1308.

Otra Carta del papa de doce de julio de 1308 sobre los bienes de la Orden¹⁸⁷⁷.

Ejusdem alla constitutio de bonis eorundem templariorum.

Clemens Episcopus servus servorum Dei carissimo in Christo filio Philippo Regi Francorum illustri salutem et apostolicam benedictionem.

Iustum et laudabile largitorum propositum circa opera pietatis eo avidius illibatum cupimus conservari quo magis largitorum concessionem ipsorum Deo gratam speramus et credimus extitisse. Sane circa gubernationem et dispositionem bonorum ordinis militiae Templi, cujus personae ex cettis causis tenentur generaliter carceribus mancipatae, intendentes salubriter providere, ipsa, in quibuscunque rebus, fructibus, redditibus, proventibus annuis, et juribus consistere dignoscantur, et quicquid ex illis vel ob ea perceptum vel redactum extiterit, in eo casu in quo bona ipsa distique fructus, redditus, et proventus, ac jura vacarent per dissolutionem ipsius ordinis, quam ex praedictis causis fieri contingeret, ex nunc in terrae sanctae subsidium per hanc ordinationem nostram perpetuo valituram convertimus et etiam deputamus, et ad utiliorem gubernationem ipsorum, a quibus tu regiam manum appositam in ipsis in regno tuo existentibus amovisti, certos statuemus universales, et nihilominus volumus quod quilibet Praelatus singulariter in sua civitate et diocesi constituat administratores seu etiam curatores, ad quorum requisitionem ipsa bona, quantum ad te pertinebit, tueberis et defendes. Volumus autem quod pecunia collecta et colligenda de bonis eisdem, prius de ipse computis redditus diligenter, in certis et tutis locis infra regnum Franciae sub tua protectione ponatur et conservetur fideliter expendenda duntaxat in subsidium terrae praedictae, quam tu in aliquem alium usum, quantum in te fuerit, non permittes expendi, nec in ipsum subsidium terrae sanctae; sine nostra vel successorum nostrorum licentia speciali, prout nobis ore tenus et etiam per tuas patentes litteras tuo sigillo munitas, neque nos vel successores nostri praeterquam in usum praedictum eandem pecuniam expendemus, nec illam etiam pro aliquo alio negotio nos vel ipsi repetemus, nisi deberet restitui ordini memorato. Volumus tamen, et ad hoc tu consensisti ex-presse, quod nobis et successoribus nostris et Ecclesiae Romanae ac nostrae et ipsorum libertatibus in praesenti vel in futurum propter praedicta vel aliquod eorundem nullum praepjudicium generetur, quodque praedicta omnia sic persistent et remaneant quousque de ordine et bonis praefatis aliter extiterit ordinatum. Si vero successores nostri ordinationem factam per nos super bonis praedictis et personarum custodia praedictarum immutarent notabiliter cum essectu volumus quod quicquid in hujusmodi bonorum negotio et personarum custodia per nos et te ordinatum existit, praedictis ordinationibus et concessionibus nequaquam obstantibus per omnia in eodem statu sint hinc inde in quo ante ordinationes hujusmodi existebant.

Datum Pictavis XII die Julii, pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁷⁷ Étienne Baluze, *Vitae Paparum Avionensium*, T. II, pp. 97-98.

APÉNDICE N° 18.- Otra carta de Clemente V de 12/07/1308.

Otra carta de doce de julio de 1308, sobre la administración de los bienes incautados a los templarios, dirigida a los arzobispos y obispos¹⁸⁷⁸.

Clemens Episcopus servus servorum Dei venerabilibus fratribus universis Archiepiscopis et Episcopis per regnum Francis constitutis salutem et apostolicam benedictionem.

Circa custodiam et gubernationem bonorum ordinis militiae Templi volentes sollicitudine vigili providere, generales ad gubernandum bona praedicta curatores seu administratores in brevi volente Deo proponimus deputare. Quare volumus et fraternitati vestrae per apostolica scripta mandamus quatenus singuli vestrum in singulis vestris civitatibus et diocesibus unum vel plures, sicut videritis expedire, curatores seu administratores idoneos qui bona praedicta gubernent fideliter et conservent quousque super hoc aliud fuerit ordinatum ponere et deputare curetis. Volumus autem quod curatores seu administratores; praedicti jurent quod fideliter se habeant in gubernatione et conservatione bonorum ipsorum et de ipsis coram deputandis a nobis et vobis vel deputandis a vobis reddant legitimam rationem; quae redditae, fient per ipsos depurandos ad hujusmodi rationes audiendas litterae et instrumenta vobis et hujusmodi curatoribus seu administratoribus, videlicet ipsorum euilibet, de quantitate pecuniae ex administratione bonorum praedictorum per eos receptae. Fient etiam per eosdem curatores seu administratores diversae litterae seu instrumenta quolibet anno de totali summa pecuniae de praedictis receptae et repositae et de resta computorum, quorum vobis duo, et alia duo similia carissimo in Christo filio nostro Philippo Regi Francorum illustri annis singulis assignentur.

Datum Pictavis XII die Julii pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁷⁸ Étienne Baluze, *Vitae Paparum Avionensium*, T. II, p. 100.

APÉNDICE N° 19.- Nombramiento de custodio de los bienes requisados.

Comisión de trece de julio de 1308 del papa Clemente V al cardenal Pierre de la Chapelle, obispo de Palestrina y Arzobispo de Toulouse, por la que le nombra representante suyo en la custodia de todos los templarios detenidos en el reino de Francia¹⁸⁷⁹.

Clemens Episcopus Servus servorum Dei venerabili Fratri Petro Episcopo Penestrinenu¹⁸⁸⁰ salutem et Apostolicam benedictionem.

Cum carissimus in Christo Filius noster Philippus Rex Francorum illustris Nobis simpliciter reddiderit, generaliter Personas templariorum Regni sui, per se et gentes suas, ad Requisitionem generalis Inquisitoris hæreticæ pravitatis in Regno suo ratione hæresium et errorum eisdem impositorum captas, Tibique commiserimus curam et custodiam eorundem;

Volentes negotium procedere in in securo, Tibi Autoritate Apostolica tenore præsentium, recipiendi a dicto Rege dictas Personas realiter, et ordinandi de custodiendis prædiatis infra Regnum prædictum; nomine nostro et Prælatorum dicti Regni, nec non de exhibitione et præsentatione eorundem facienda Nobis et deputandis a nobis, sive a te loco nostri et Prælatis prædictis, ad faciendum, quod decebit, plenam committimus potestatem.

Datum Pictavis XIII. Julii, Pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁷⁹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, p. 192.

¹⁸⁸⁰ Pierre de la Chapelle, cuyo nombre en el siglo era Pierre de Tayllefer o d'Arrablay, Señor de La Chapelle [Fuente: Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, p. 12].

APÉNDICE N° 20.- Bula «*Regnans in coeli*».

Bula «*Regnans in coeli*» de doce de agosto de 1308, por la que se convoca concilio ecuménico a celebrar en Vienne el uno de octubre de 1310, con el objeto especial de juzgar a la Orden del Temple¹⁸⁸¹.

Clemens Episcopus, Servus servorum Dei, Venerabilibus Fratribus, Archiepiscopos, et Episcopis, ac dilectis Filiis, electis Abbatibus, prioribus, Decanis, Præpositis, Archipresbyteris, Archidiaconis, et aliis Ecclesiarum Prælatiis, Exemptis et non Exemptis, ac eorum Capitulis et Conventibus, salutem et Apostolicam benedictionem.

Regnans in Coelis Triumphans Ecclesia, cujus Pastor est Pater æternus, cui Sanctorum ministrant agmina, et laudis gloriam Angelorum chori decantant: in terris ad sui similitudinem et representationem, constituit Ecclesiam Militantem, unigenito Filio Dei vivi, Domino Jesu Christo, ineffabili commercio copulatam: in qua idem unigenitus Dei Filius a Patre progrediens, per illustrationem Paracleti procedentis pariter ab utroque, statuit Fidei fundamentum.

Sane Romana Ecclesia, Mater alma fidelium, caput est, disponente Domino, Ecclesiarum aliarum omnium et Magistra: a qua, veluti a primitive fonte, ad singulas alias ejusdem Fidei rivuli derivantur. Ad cujus regimen, voluit Christi dementia Romanum Pontificem vice sui deputare Ministrum: ut instructionem ac doctrinam ipsius eloquio veritatis Evangelicas traditam, cuncti renati fonte Baptismatis teneant et conferrent: et qui sub hac doctrina cursum vitæ recte peregerint, salvi fiant; qui vero ab eadeviaverint, condemnentur.

Ipsa nempe Romana Mater Ecclesia, juxta exigentiam possibilitatis ipsius, ad cunctas Orbis Provincias, in quibus divini Nominis cultus viget Fideique Catholicæ observantia rutilat, intuitum sedulæ considerationis extendens, ac subjiciens ab olim suae considerationis examini diuturnæ calamitatis angustias illius specialis hereditatis Dominicæ, videlicet Terræ Sanctæ, ab infidelibus miserabiliter conculcatæ:

In qua idem Patris æterni Filius nostræ carnis indumento contextus salutem humani generis pietate inessabili exstitit operatus; quamque sua ipse voluit corporali insignire præsentia, et proprii aspersione Sanguinis consecrare: multa solitudine studuit eidem Terræ, retroactis temporibus, quibus potuit remediis, ut eriperetur ab ipsis impiis, subvenire.

Et quia inter caeteros, quos professio Christianæ Religionis includit, Milites et Fratres Domus Militiæ Templi Jerosolimitani, sicut est toti orbi notorium, tanquam speciales ejusdem Fidei pugiles, et jam dictæ Terræ præcipui defensores, ipsius Terræ negotium principaliter gerere videbantur: ipsos, et eorum Ordinem præfata Ecclesia specialis favoris plenitudine prosequens, eos adversus Christi hostes Crucis armavic signaculo, multis exaltavit honoribus, ditavit facultatibus, ac diversis Libertatibus et Privilegiis communivit.

Hi nimirum cum crederentur in Domini servitio, sub Regulari habitu fideliter militare: sibi quad cunctorum fidelium manus, cum multiplici erogatione bonorum, sentiebant multifarie, multisque modis propterea adjutrices.

¹⁸⁸¹ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, pp. 242-249.

Sed proh dolor! nova et calamitosa vox de malignitatis Fratrum ipsorum enormitate progrediens, nostrum implevit, immo verius perturbavit auditum.

Hæc enim vox nuncia lamentationis et gemitus, audientibus horrorem ingerit, commovet animos, mentes turbat, et cunctis Fidei Christiana: cultoribus, novae et ineffabilis amaritudinis calicem subministrat: et dum facti feriem, ejus necessitate poscente, depromimus, noster attenuatur præ angustia spiritus, et valetudinis fatigata confractibus, membra singula præ nimio dolore tabescunt.

Dudum siquidem, circa nostræ Promotionis ad apicem summi Pontisices initium, etiam antequam Lugdunum, ubi recepimus nostræ Coronationis insignia, veniremus et post, tarn ibi quam alibi, secreta quorundam nobis insinuatō intīmavit, quod Magister, Præceptores, et alii Fratres Ordinis dictæ Militie, Templi, et etiam ipse Ordo, qui ad desensionem Patrimonii ipsius Domini nostri Jesu-Christi fuerant in Transmarinis Partibus deputati, contra ipsum Dominum in scelus Apostasie nefandum, detestabile idolatriæ vitium, execrabile facinus Sodomorum, et hæreses varias erant lapsi.

Sed quia non erat verisimile, nec credibile videbatur, quod Viri tam Religiosi, qui præcipue pro Christi Nomine suum sæpe sanguinem effundere, ac personas suas mortis periculis frequenter exponere credebantur; quique multa et magna, tam in divinis Officiis, quam in jejuniis, et aliis observantiis, devotionis signa frequentius prætendebant, suæ sic essent salutis immemores, quod talia perpetrarent: hujusmodi insinuatōni ac delationi ipsorum, ejusdem Domini nostri exemplis, et Canonicae Scripturæ doctrinis edocti, aurem nolimus inclinare.

Deinde vero, Carissimus in Christo Filius noster Philippus Rex Francorum illustris, cui eadem fuerant facinora nunciata, non typo avaritiæ, cum de bonis templariorum nihil sibi vindicare, vel appropriare intendat; immo ea nobis administranda, gubernanda, conservanda, et custodienda, liberaliter ac devote in Regno suo dimisit, manum suam exinde totaliter amovendo: sed Fidei Orthodoxæ servore, suorum progenitorum vestigia clara sequens, accensus, de præmissis, quantum licite potuit, se informans, ad instruendum et informandum Nos super iis, multas et magnas nobis informationes, per suos Nuncios et Litteras destinavit.

Infamia vero contra templarios ipsos increbrescente validius super sceleribus antedictis; et quia etiam quidam Miles ejusdem Ordinis, magnæ Nobilitatis, et qui non levis opinionis in dicto Ordine habebatur, coram Nobis secreto juratus deposuit, quod in Receptione Fratrum dicti Ordinis, hæc consuetudo, vel verius corruptela servatur; quod ad recipients, vel ab eo deputati suggestionem, qui recipitur, Christum Jesum negat, et super Crucem sibi ostensam spuit, in vituperium Crucifixi; et quædam alia faciunt recipiens et receptus, quæ licita non sunt, nec humanæ conveniunt honestati, prout ipse tunc confessus extitit coram Nobis: urgente Nos ad id officii nostri debito, vitare nequivimus, quin tot et tantis clamoribus accomodaremus auditum.

Sed cum demum fama publica deferente, ac clamosa insinuatione dicti Regis, nec non et Ducum, Comitum, et Baronum, ac aliorum Nobilium, Cleri quoque et populi dicti Regni Francorum, ad nostram propter hoc, tam per se, quam per Procuratores et Syndicos, præsentiam venientium (quod dolenter referimus) ad nostram audientiam pervenisset: quod Magister, Præceptores, et alii Fratres dicti Ordinis, et ipse Ordo, præfatis et pluribus aliis erant criminibus irretiti, et præmissa per multas confessiones, attestations, et depositiones præfati Magistri, et plurium Præceptorum, et Fratrum Ordinis prælibati, coram multis Prælatis, et hæretice, pravitatis Inquisitore, in Regno Franciæ factas, habitas, et receptas, et in publicam scripturam redactas, Nobis

quoque ac Fratribus nostris ostensas, probari quodammodo viderentur: ac nihilominus fama et clamores prædicti in tantum invaluisse, et etiam ascendissent, tam contra ipsum Ordinem, quam contra singulares Personas ejusdem, quod sine gravi scandalo præteriri non poterat, nec absque imminente periculo tolerari.

Nos illius, cujus vices, licet immeriti, in terris gerimus, vestigiis inhærentes, ad inquirendum de prædictis ratione prævia duximus procedendum. Multosque de Præceptoribus, Presbyteris, Militibus, et aliis Fratribus dicti Ordinis, reputationis non modicæ, in nostra præsentia constitutos, præstito ab eis juramento, quod super præmissis meram et plenam nobis dicerent veritatem, super prædictis interrogavimus, et usque ad numerum septuaginta-duorum examinavimus: multis ex Fratribus nostris nobis assistentibus diligenter.

Eorumque confessiones per publicas manus in authenticam Scripturam redactas, illico in nostra, et dictorum Fratrum nostrorum præsentia, ac deinde interposito aliquorum dierum spatio, in Consistorio legi fecimus coram ipsis, et illas in suo vulgari cuilibet corum exponi. Qui perseverantes in illis, eas expresse et exponte, prout recitatæ fuerant, approbarunt.

Post quæ, cum Magistro et Præceptoribus præfati Ordinis intendentes super præmissis inquirere: per Nos ipsos, ipsum Magistrum, et Franciæ, Terræ ultramarinæ, Normanniæ, Aquitaniæ, ac Pictaviæ Præceptores Majores, Nobis tune Pictavis existentibus mandavimus præsentari.

Sed quoniam quidam ex eis sic infirmabantur tunc temporis, quod equitare non poterant, nec ad nostram præsentiam quoquomodo adduci: Nos cum eis scire volentes de præmissis omnibus veritatem, et an vera essent quæ continebantur in eorum Confessionibus et Depositionibus, quas coram Inquisitore pravitatis hæreticæ in Regno Franciæ, præsentibus quibusdam Notariis publicis, et multis aliis bonis Viris, dicebantur fecisse, Nobis, et Fratribus nostris, per ipsum Inquisitorem sub manibus publicis exhibitis et ostensis;

Dilectis filiis nostris Berengario, Titulo SS. Nerei et Achillei; et Stephano, Titulo S. Cyriaci in Thermis, Præbyteris; ac Landulpho S. Angeli Diacono, Cardinalibus: (de quorum prudentia, experientia, et fidelitate, indubitatam fiduciam obtinemus) commisimus et mandavimus, ut ipsi, cum præfatis Magistro et Præceptoribus inquirerent, tam contra ipsos, et alias singulares personas dicti Ordinis singulariter, quam contra ipsum Ordinem, super præmissis, cum diligentia veritatem;

Et quicquid super iis invenirent, nobis referre, ac eorum Confessiones et Depositiones, per manum publicam in scriptis redactas, nostro Apolatui deferre, ac præsentare curarent. Eisdem Magistro et Præceptoribus Absolutionis beneficium a Sententia Excommunicationis, quam pro præmissis, si vera essent, incurrerant, si Absolutionem humiliter et devote peterent ut debebant, juxta formam Ecclesie impensuri.

Qui Cardinales ad ipsos Magistrum, et Præceptores personaliter accedentes, eis sui adventus causam exposuerunt. Et quoniam tam Persone, quam res ipsorum, et aliorum templariorum in dicto Regno Franciæ consistentium, in manibus nostris erant: quod libere abique metu cujusquam plene ac pure super præmissis omnibus ipsis Cardinalibus dicerent veritatem, eis auctoritate Apostolica injunxerunt.

Qui Magister et Præceptores Franciæ, Terræ Ultra-marinae, Normanniæ, Aquitaniæ, ac Pictaviæ, coram ipsis tribus Cardinalibus, presentibus quatuor tabellionibus publicis, et multis aliis bonis viris, ad sancta Dei Evangelia, ab eis corporaliter tacta, præstito juramento, quod super præmissis omnibus meram et plenam dicerent veritatem; coram ipsis singulariter, libere ac sponte, absque coactione qualibet et

terrore, deposuerunt, et confessi fuerunt inter cetera Christi Abnegationem, et spuitionem super Crucein, cum in Ordine Templi recepti fuerunt.

Et quidam ex eis se sub eadem forma, scilicet cum Abnegatione Christi, et spuitione super Crucem, Fratres Milites receperunt.

Sunt etiam quidam ex eis quaedam alia horribilia et inhonesta confessi: quae, ut eorum ad praefens parcamus verecundiae, snoticemus.

Dixerunt praterea, et confessi fuerunt, esse vera quae in eorum confessionibus et depositionibus continentur, quas dudum fecerunt coram Inquisitore haeretica pravitatis.

Quae confessiones et depositiones dictorum Magistri et Praeceptorum in scripturam publicam, per quatuor tabelliones publicos redactae, in ipsorum Magistri et Praeceptorum, et quorundam bonorum aliorum virorum praesentia; ac deinde interposito aliquorum dierum spatio, coram ipsis, eisdem lectae fuerunt de mandato et in praesentia Cardinalium dictorum, in suo vulgari expositae cuilibet eorumdem. Qui perseverantes in illis, eas expresse et sponte, prout recitatae fuerant, approbarunt.

Et post Confessiones et Depositiones huiusmodi, ab ipsis Cardinalibus, ab Excommunicatione, quam pro praemissis incurrerant, Absolutionem flexis genibus, manibusque complicatis humiliter et, devote, ac cuan lacrymarum effusione non modica, petierunt.

Ipsi vero Cardinales, quia Ecclesia non claudit gremium redeunti, ab eisdem Magistro et Praeceptoribus haesi abjurata expresse, ipsis secundum formam Ecclesiae Auctoritate nostra. Absolutionis beneficium impenderunt. Ac deinde ad nostram praesentiam redeuntes, confessiones et depositiones praelibatorum Magistri et Praeceptorum, in scripturam publicam, per manus publicas, ut est dictum, redactas, Nobis praesentaverunt; et quae cum dictis Magistro et Praeceptoribus fecerant, retulerunt.

Ex quibus confessionibus et depositionibus, ac relatione, invenimus sepefatos Magistrum et Fratres, in praemissis, et circa praemissa, licet quosdam ex eis in pluribus, et alios in paucioribus, graviter deliquisse.

Attendentes autem, quod scelera tam horrenda transire incorrecta, absque Dei Omnipotentis, et omnium Catholicorum injuria, non poterant nec debebant: decrevimus de Fratrum nostrorum consilio, per Ordinarios locorum, ac per alios fideles et sapientes viros, ad hoc deputandos a nobis, contra singulares personas ipsius Oidinis, nec non et contra dictum Ordinem, per certas discretas personas, quas ad hoc duximus deputandas, super praemissis criminibus et excessibus inquirendum.

Iis nempe, quae magis flere cogimur quam narrare, cor nostrum passione nimia cruciatur: et cum tanta proinde nobis immineat gemendi materia, fletum non possumus declinare.

Quisnam Catholicus hec audiens, nimis non doleat, et prorumpat in luctum? Quis fidelis, huiusmodi sinistram eventum intelligens, amara non emittat suspiria, verbaque lamentationis, et moestitudinis non eructet? cum tota Christianitas huiusmodi doloris sit particeps, et hic Casus fideles percutiat universos.

Ex iis etiam, dum Ministerio debitae considerationis nostrae mentis praesentantur obtutibus, ignis in nostris meditationibus exardescit; et ad tanta discrimina relevanda susrat assectus, zelus accenditur, et spiritus anxiatur.

Ad quod cum nos sufficere commode non posse sciamus, levamus oculos nostros ad montem, montem quidem Dei, montem uberem, montem pinguem; unde opportunum provenire nobis auxilium, et humiliter petimus, et devote speramus.

Et quia salubre in iis adhiberi remedium interest generaliter omnium: Nos cum eisdem Fratribus nostris aliisque viris prudentibus, exacto et frequenti tractatu præhabito, prout tantæ necessitatiss instantia exigebat, de ipsorum Fratrum consilio, universale Concillium sicut Imitatione digna Sanctorum Patrum consuetudo laudabilis, longævæ observationis exemplo nos instruit, a proximis Kalendis Octobris, ad duos annos immediate sequentes, decrevimus congregandum:

Ut in eo, tam circa dictum Ordinem et Personas singulares, et bona ejusdem, et alia quae statum tangunt Fidei Catholicæ quam circa recuperationem et subsidium Terræ Sanctæ, ac reparationem, ordinationem et stabilitatem Ecclesiarum et Ecclesiasticarum personarum, ac libertatum earum, illa, Deo auspice, communi consilio inveniatur provisio, et ejusdem Approbatione Concilii roboretur:

Per cujus salutifeream Executionem, Virtus Altissimi, eliminatis erroribus, roborata Fide, ad tramitem veritatis reductis errantibus, redintegrata ejusdem Fidei unitate, extirpatis vitiis, virtutibusque plantatis, correctis excessibus, moribus reformatis, repressis oppressionibus, Libertate solida stabilitate munita, recuperatis deperditis; et ejusdem Terræ Statu prospero repatato, occupata restituat, vastata restauret, et restaurata conservet:

Nobis quoque viam aperiat idem ipse qui novit; et facultatem tribuat, ipse qui potest: ut sic in præmissis, juxta incensum animi nostri desiderium, sibi ministrare possimus salubriter; quod idem verus ejusdem universalis Sponsus Ecclesiæ; ipsam dilectam suam purgatam maculis, munitam virtute ac monilibus ornatam, unam semper habeas et formosam, ad sui Nominis laudem et gloriam, ad animarum profectum, robur Fidei, pacem et exaltationem populi Christiani.

Quia vero prosecutio tanti propositi tempore indiget, ut deductum maturius, facilius auctore Domino effectum debitum fortiat; prædictum tempus ad id duximus deputandum.

Quo circa universitati vestrae, per Apostolica Scripta precipiendo mandamus, quatenus vos Fratres..., Archiepiscopo, et ... Episcopi,..., reliquis vestrorum Episcoporum in vestra Provincia remanentibus, ad ea quæ Pontificale Officium exigunt, tam in vestris, quam illorum dictæ Provinciae, qui ad hujusmodi Concilium universale accesserint, civitatibus et Dioecesibus exercenda, omni negligentia relegata, cunctis, prout talis et tanti negotii qualitas exigit, dispositis et paratis, sic medio tempore accingatis ad iter; quod in hujusmodi decreto termino, quem vobis et aliis peremptorie assignamus, in Viennensi Civitate nostra, Vos Archiepiscopo, et Episcopi superius nominati, personaliter; Vos vero alii remanentes, Episcopi, Clerici, Abbates, priores, Decani, Praepositi, Archipresbyteri, Archidiaconi et Praelati, Capitula et Conventus, per eosdem Archiepiscopum et Episcopos, ad prædictum Concilium accessuros, quilibet ad omnia quæ in eodem concilio statuentur, fient, et ordinabuntur, et fuerint opportuna, concedatis plenarie potestatem, de qua sufficienter constet per publica documenta; nostro vos conspectui præsentetis.

Quod si forsán ipsis Archiepiscopis et Episcopis accessuris, hujusmodi nolueritis concedere potestatem eo tamen venire, vel alios procurare idoneos, cum potestate simili, ad idem Concilium teneamini destinare.

Non obstantibus quibuscumque Privilegiis seu Indulgentiis, quibuscumque Personis, Ordini, Dignitati seu Collegio, sub quacumque verborum forma vel expressione, a præfata Sede concessis; per quæ possit effectus hujusmodi Mandati nostri quomodolibet impediri, aut eidem in aliquo derogari.

Interim quoque per Vos et alios viros prudentes, Deum timentes, et habentes prae oculis omnia quae Correctionis et Reformationis limam exposcunt, inquirentes subtiliter et consulentes fideliter, eadem ad ipsius Concilii notitiam deferatis.

Et Nos nihilominus variis modis et viis solers studium et efficacem operam dare proponimus; ut omnia talia in examen hujusmodi deduct, Concilii correctionem et directionem recipiant opportunam.

Nullus inobedientiae notam et Canonicae ultionis acrimoniam vitare desiderans, fallacium excusationum velamento se muniat; vel ex impedimentis itinerum, quæ, Domino prava in directa et in vias planas aspera sua Omnipotentia convertente cessabunt, frivole allegationis munimenta consinga, ut a tam sancti operis prosecutione se subducat: sed occurrant singuli voluntarii, ad id quod divinæ congruit voluntarii et saluti animarum, ac utilitatem respicit singulorum.

Datum Pictavis, II. Idus Augusti, Pontificatus nostri anno tertio.

APÉNDICE N° 21.- Bula «*Faciens misericordiam*».

Bula «*Faciens misericordiam*» promulgada por Clemente V el doce de agosto de 1308¹⁸⁸².

In nomine Domine nostri Jhesu Christi. Amen. Anno a nativitate ejusdem millesimo trecentesimo nono, indictione septima, Pontificatus sanctissimi patris in Christo, domini Clementis, divina providencia Pape quinti, anno quarto, Noverint universi ac singuli hoc presens publicum instrumentum inspecturi, quod, cum venerabiles in Christo patres domini Dei gracia Narbonensis archiepiscopus, Bajocensis, Mimatensis et Lemovicensis episcopi, nec non venerabiles viri magistri Matheus de Neapoli sedis apostolice notarius, majoris Caleti Rothomagensis, Johannes de Mantua Tridentine, et Johannes de Monte Lauro Magalonensis ecclesiarum archidiaconi, fuissent per litteras apostolicas ad inquirendum contra templariorum ordinem in regno Francie, una cum venerabili viro magistro Guillelmo Agarni Aquensi preposito, legitime, ut dicebatur, excusato, sub certa forma deputati, vellent et intenderent, ut dicebant, mandatum apostolicum exequi reverenter: fecerunt, ad cautellam et memoriam futurorum, in presencia mei notarii Publici et aliorum notariorum ac testium infrascriptorum, dictas litteras apostolicas vera bulla plumbea dicti domini Pape bullatas et in nulla sui parte suspectas, nec non ac patentes litteras excusatorias dicti prepositi Aquensis sigillo suo ... sigillatas, in publicum recitari ac legi, et eas preceperunt per me et alios infrascriptos notarios redigi [in proc]essum. Tenor autem dictarum litterarum apostolicarum talis est:

Clemens episcopus servus servorum Dei, venerabilibus [fratribus] archiepiscopo Narbonensi, ac Bajocensi, Mimatensi et Lemovicensi episcopis et dilectis filiis, magistris Matheo de Neapoli majoris Caleti Rothomagensis notario nostro, Johanni de Mantua Tridentine, Johanni de Monte Lauro Magalonensis archidiaconi ac Gulllebo Agami preposito Aquensis ecclesiarum, salutem et apostolicam benedictionem.

Faciens misericordiam cum servo suo Dei filius, dominus Jhesus Christus, ad hec nos voluit in specula eminenti apostolatus assummi, ut gerentes, licet immeriti, vices ejus in terris, in cunctis nostris actibus et processibus, ipsius vestigia, quantum patitur humana fragilitas, imitemur. Sane dudum circa promocionis nostre ad apicem summi apostolatus inicium, eciam antequam Lugdunum, ubi recepimus nostre coronacionis insignia, veniremus, et post eciam tam ibi quam alibi, secreto quorundam nobis insinuacio intimavit, quod Magister, preceptores et alii fratres ordinis milicie Templi Jerosolimitani, et eciam ipse ordo, qui ad defensionem patrimonii ejusdem domini nostri Jhesu Christi fuerant in Transmarinis partibus deputati, contra ipsum Dominum in scelus apostasie nephandum, detestabile ydolatrie, vicium execrabile Sodomorum et hereses varios, erant lapsi. Quia vero non erat verisimile nec credibile videbatur, quod viri tam religiosi, qui precipue pro Christi nomine suum sepe sanguinem essundere ac personas suas mortis periculis frequencius exponere credebantur, quique multa et magna tam in divinis officiis quam in jejuniis et aliis observanciis devocionis signa frequencius pretendebant, sue sic essent salutis immemores, quod talia perpetrarent, hujusmodi insinuacioni ac delacioni ipsorum, ejusdem Domini nostri exemplis et canonice scripture doctrinis edocti, aurem nolimus inclinare. Deinde vero karissimus in Christo filius noster Philippus rex Francorum illustris, cui fuerant eadem facinora

¹⁸⁸² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I., pp. 1-7.

nunciata (non tipo avaricie, cum de bonis templariorum nichil sibi vindicare vel appropriare intendat, immo ea nobis et ecclesie per deputandos a nobis administranda, gubemanda, conservanda, et custodienda liberaliter ac devote in regno suo dimisit, manum suam exinde totaliter amovendo, sed fidei orthodoxe fervore, suorum progenitorum vestigia clara sequens), accensus de praemissis, quantum licite potuit, se informans ad instituendum et informandum nos super hiis, multa et magnas [sic] nobis informationem per suos nuncios et litteras destinavit. Infamia vero contra templarios ipsos increbrescente validius super sceleribus antedictis, et quia etiam quidam miles ejusdem ordinis magne nobilitatis, et qui non leve opinionis in dicto ordine habebatur, coram nobis secreto juratus, deposuit quod in receptione fratrum prefati ordinis hec consuetudo vel verius corruptela servatur, quod ad recipientis vel ab eo deputati suggestionem, qui recipitur Christum Jhesum negat, et super crucem sibi obpensam spuit, in vituperium crucifixi, et quedam alia faciunt recipiens et receptus, que licita non sunt nec humane conveniunt; honestati, prout ipse tunc confessus extitit coram nobis, vitare nequivimus, urgente nos ad id officii nostri debito, quin tot et tantis clamoribus accomodaremus auditum. Sed cum demum fama publica deferente, et clamorosa insinuacione dicti regis, nec non et ducum, comitum et baronum ac aliorum nobilium, clerici quoque et populi dicti regni Francie, ad nostram propter hec, tam per se quam per procuratores et syndicos, presenciam veniencium, quod dolentes referimus, ad nostram audienciam pervenisset, quod Magister, preceptores et alii fratres dicti ordinis et ipse ordo prefatis et pluribus aliis erant criminibus irretiti, et praemissa per multas confessiones, attestaciones et deposiciones prefati Magistri et plurium preceptorum et fratrum ordinis prelibati, coram multis prelatis et heretice pravitatis inquisitore in regno Francie factas, habitas et receptas et in publicam scripturam redactas, nobisque et fratribus nostris ostensas probata quodam modo viderentur, ac nichilominus fama et clamores predicti in tantum invaluisse et etiam ascendissent tam contra ipsum ordinem quam contra singulas personas ejusdem, quod sine gravi scandalo preteriri non poterant nec absque imminente periculo tolerari; nos, Illius cujus vices licet immeriti in terris gerimus vestigiis inherentes, ad inquirendum de predictis ratione previa duximus procedendum, multosque de pre[cedenti]bus presbiteris et militibus et aliis fratribus dicti ordinis, reputacionis non modice, in nostra presenciam constitutis, prestito ab eis juramento, quod super praemissis meram et plenam nobis dicerent veritatem, super praemissis interrogavimus et examinavimus usque ad numerum septuaginta duorum, multis ex fratribus nostris nobis assistantibus diligenter, eorumque confessiones per publicas manus in autenticam scripturam redactas illico in nostra et dictorum fratrum nostrorum presenciam, ac deinde interposito aliquorum dierum spacio, in consistorio publico legi fecimus coram ipsis, et eas in suo vulgari cuilibet eorum exponi. Qui perseverantes in illis eas expresse et sponte, prout recitate fuerunt, approbarunt, postque cum Magistro et precipuis preceptoribus prefati ordinis intendentes super praemissis inquirere per nos ipsos, ipsum Magistrum, et Francie, terre Ultramarine, Normanie, Aquitanie ac Pictavie preceptores majores nobis Pictavis existentibus mandavimus presentari. Sed quoniam quidam ex ipsis sic infirmabantur tunc temporis, quod equitare non poterant nec ad nostram presenciam quoquomodo adduci, nos cum eis scire volentes de praemissis omnibus veritatem et an vera essent que continebantur in eorum confessionibus et deposicionibus, quas coram inquisitore pravitatis heretice in regno Francie, presentibus quibusdam notariis publicis et multis aliis bonis viris, dicebantur fecisse, nobis et fratribus nostris per ipsum inquisitorem sub manibus publicis exhibitis et ostensis, dilectis filiis nostris Berengario tituli sanctorum Nerei et Archilei, et Stephano tituli sancti Ciriaci in Termis presbiteris, et Landulpho sancti Angeli diacono cardinalibus, de quorum prudencia et lidelitate indubitata[m] fidu-

cia[m] obtinemus, commisimus et mandavimus, ut ipsi cum prefato Magistro et preceptoribus inquirerent tam contra ipsos et alias singidares personas dicti ordinis generaliter, quam contra ipsum ordinem, super praemissis cum diligencia veritatem, et quicquid super praemissis hiis invenirent, nobis referre ac eorum confessiones ac deposiciones per manum publicam in scriptis redactas nostro apostolalui deferre et presentare curarent, eisdem Magistro et preceptoribus absolucionis beneficium a sententia excommunicacionis, quam pro praemissis, si vera erant, incurrerent, si absolucionem humiliter ac devote peterent, ut debebant, juxta formam ecclesie, impensuri. Qui cardinales ad ipsos Magistrum et preceptores personaliter accedentes eis sui adventus causam exposuerunt, et quoniam tam persone quae res ipsorum et aliorum templariorum in regno Francie consistencium in manibus nostris erant, quod libere, absque metu cujusquam, plene ac pure super praemissis omnibus ipsis cardinalibus dicerent veritatem, eis auctoritate apostolica injunxerunt. Qui Magister et preceptores Francie, terre Ultramarine, Normandie, Aquitanie et Pictavie, coram ipsis tribus cardinalibus, presentibus quatuor tabellionibus publicis, et multis aliis bonis viris, ad sancta Dei Evangelia ab eis corporaliter facta prestito juramento, quod super praemissis omnibus meram et plenam dicerent veritatem, coram ipsis singulariter libere ac sponte, absque coactione qualibet et terrore, deposuerunt et confessi fuerunt inter cetera, Christi abnegacionem et spuicionem super crucem, cum in ordine Templi recepti fuerunt, et quidam ex eis, se sub eadem forma, scilicet cum abnegacione Christi et spuicione super crucem, fratres multos recepissee. Sunt etiam quidam ex eis quedam alia horribilia et inhonesta confessi, que, ut eorum ad presens parcamus verecundie, subticemus. Dixerunt preterea et confessi fuerunt esse vera que in eorum confessionibus et deposicionibus continentur, quas dudum fecerunt coram inquisitore heretice pravitatis. Que confessiones et deposiciones dictorum Magistri et preceptorum, in scripturam publicamper quatuor tabelliones publicos redacte, in ipsorum Magistri et preceptorum, et quorundam aliorum bonorum virorum presencia, ac deinde interposito aliquorum dierum spacio, coram ipsis eisdem lecte fuerunt, de mandato et in presencia cardinalium predictorum, et in suo vulgari exposite cuilibet eorundem. Qui perseverantes in illis, eas expresse ac sponte, prout recitate fuerunt, approbarunt, et post confessiones et deposiciones hujusmodi ab ipsis cardinalibus ab excommunicacione, quam pro praemissis incurrerant, absolucionem, flexis genibus manibusque complosis, humiliter ac devote et cum lacrimarum efiusione non modica, pecierunt. Ipsi vero cardinales, quia ecclesia non daudit gremium redeunti, ab eisdem Magistro et preceptoribus heresi abjurata expresse, ipsis secundum formam ecclesie, auctoritate nostra, absolucionis beneiicium impenderunt. Ac deinde ad nostram presenciam redeuntes, confessiones et deposiciones prelibatorum Magistri et preceptorum, in scripturam publicam per manus publicas, ut est dictum, redactas, nobis presentaverunt, et que cum dictis Magistro et preceptoribus fecerant retulerunt. Ex quibus confessionibus et deposicionibus ac relacione invenimus sepefatos Magistrum et fratres in praemissis, et circa praemissa, licet quosdam ex eis in pluribus, et alios in paucioribus, graviter deliquisse.

Verum quia in universis mundi partibus, per quas idem ordo dissunditur ac fratres degunt ipsius, super hiis non possumus inquirere per nos ipsos, discrecioni vestre, de quorum circumspectione specialem fiduciam gerimus, de fratrum nostrorum consilio, per apostolica scripta mandamus, quatenus ad Senonenses civitatem, diocesim et provinciam personaiiter accedatis, et per publicum citacionis edictum per vos faciendum in locis de quibus vobis visum fuerit expedire, vocatis qui fuerunt evocandi, super articulis quos vobis sub bulla nostra inclusos transmittimus, et super aliis de quibus prudencie vestre videbitur cpedire, inquiratis, hac auctoritate nostra, con-

*tra dictum ordinem cum diligencia, veritatem [eorum]que super praemissis inveni-
ritis, fideliter in scriptis publica manu redacta [sic] sub vestris sigillis ad nostram
presenciam delaturi seu eciam transmissuri. Testes autem si qui, a vobis requisiti seu
amoniti vel citati ut super dictis articulis ferant veritatis testimonium coram vobis, se
prece vel precio, gracia, timore, odio vel amore a ferendo testimonio subtraxerint, nec
non fautores, receptores et defensores predictorum fratrum, qui a vobis citati vel voca-
ti, ut premittitur, coram vobis non comparuerint; eos insuper qui predictam vestram
inquisitionem directe vel indirecte, publice vel occulte, per se vel alium seu alios, vel
alio quoquo modo, presumpserint impedire, per censuram ecclesiasticam, appella-
cione postposita, compescatis, invocato ad hec, si opus fuerit, auxilio brachii secula-
ris. Quod si non omnes hiis exequendis potueritis interesse, septem, sex, quinque, qua-
tuor vel tres, duo videlicet de prelatiis predictis cum altero saltem de aliis ea nichilo-
minus exequantur.*

Datum Pictavis II Idus Augusti, pontificatus nostri anno tercio.

APÉNDICE N° 22.- Bula «*Ad omnium fere notitiam*».

Bula de Clemente V «*Ad omnium fere notitiam*» de doce de agosto de 1308, tercera de las promulgadas este día por la cual se Ordena mantener el secuestro de los bienes de los templarios hasta la sentencia y se prohíbe a todos los fieles que se apropien de los mismos¹⁸⁸³.

Clemens Episcopus Servus servorum Dei, ad perpetuam rei memoriam.

Ad omnium fere notitiam credimus pervenisse nefanda scelera, et crimina abhorrenda, haeresim notorie sapientia, quibus ordo et personae templariorum non levibus argumentis, sed manifestos indiciis et violentis praesumptionibus, dissamati noscuntur, super abnegatione videlicet Domini Salvatoris nostri Jesu Christi, et super nefanda, temeraria, et praesumptuosa et haeretica conspuitone super ejusdem imaginem crucifixi, nec non et super pluribus articulis quos quia fore credimus manifestos, exprimi non oportet: Sicque excrebesciente infamia, et imminentibus scandalis plurimis minime contemnendis, quae non leviter totam scandalizabant Ecclesiam, urgente conscientia, per totum orbem terrarum jamdudum ipsos capi mandavimus et tandem coepimus super iis contra eos inquirere per Nos ipsos, nonnullis ex Fratribus nostris adscitis ad Inquisitionem preiudictam nobiscum sollicite peragendum.

Et tandem praesentatis Nobis Personis eisdem, non parvo sed grandi numero, non levis sed magnae Auctoritatis Viris, olim in Ordine supradicto, Sacerdotibus, Praeceptoribus, Militibus, et Servientibus; per eorum confessiones et depositiones spontaneas libere factas coram Nobis et Fratribus ipsis, in secreto, prius, et postmodum coram Nobis, totoque Collegio Fratrum nostrorum Sancta Romanae Ecclesiae Cardinalium;

Patuit manifeste, quoad Personas ipsas confitentes, dicta crimina et scelera esse vera. Idemque confitentes omnes et singuli, suum humiliter recognoscentes errorem; nostram et Apostolica Sedis, non justitiam, sed misericordiam et veniam implorarunt.

Quibus cum omni humilitate et reverentia et proprii eorum recognitione erroris omnino persistentibus, pro Absolutione ab Excommunicationis sententia, quam ex hujusmodi haeresi et sceleribus incurrerant, ipsis misericorditer impendenda;

Nos, qui licet indigni Vicarii sumus illius, cujus miserationes super omnia opera ejus existunt; et quia Romana Mater Ecclesia non claudit, prout nec claudere debet, gremium redeunti; sed potius errantem ovem ad ovile Dominicum super humeros proprios reportare; facta a supradictis confitentibus cum magna humilitate et reverentia debita, Abjuratione hujusmodi haereseos, secundum Canonicas Sanctiones, eisdem fecimus juxta formam Ecclesiae munus absolutionis impendi; injungendi eis propterea salutarem poenitentiam, nobis et dictae Sedi, seu quibus id committendum duxerimus, potestare specialiter reservata.

Ex praedictis itaque Confessionibus, et nonnullis aliis causis legitimis, non immerito excitati, visis etiam diversis Processibus contra singulares personas dicti Ordinis super ipsis sceleribus et criminibus factis per locorum Ordinarios et Inquisitorem

¹⁸⁸³ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, pp. 272-275.

generalem haereticae pravitatis in Regno Franciae, in quibus multorum aliorum Confessiones contineri videbantur aporte;

Ex quibus violenta suspicio, contra Ordinem ipsum et personas ejusdem habebatur: super criminibus antedictis contra omnes et singulares personas dicti Ordinis, nec non et ipsum Ordinem, cum omni diligentia et sollicitudine per alias noltras Litteras mandavimus et mandamus inquiri; ut per hujusmodi Inquisitiones de supradictis criminibus et infamiis, contra Ordinem et personas praefatos, vel pro ipsis, veritas elucescat.

Verum quia occasione hujusmodi subsecutorum Processuum, et captionum personarum Ordinis praelibati, bona ipsius mobilia, quae vel pro ipso Ordine, si reperiatur innocens, vel alias pro subsidio Terrae Sanctae contra perfidos Saracenos mimicos Fidei Chriftianae; (ad quae bona praedicta per fideles ipsa largientes deputata fuerant, et Nos ipsi eadem bona una cum alias bonis immobilibus eorumdem ad ea decrevimus deputanda) nequiter a nonnullis subtracta, penes aliquos malitiose, indebite, et injuste absconsa et celata feruntur, in grave ipsorum animarum periculum, Ecclesiae praedictae contemptum, et dictae Terrae praedictae, dispendium et jacturam:

Nos, violentes debitum in hac parte remedium abhibere, universis et singulis sub virtute obedientiae ac excommunicationis poena, quam Excommunicationem contra facientes post unius mensis spatium a noticia praesentium immediate sequentis, cuiuscumque praeminentiae, dignitatis, status, vel conditionis exsistant, ecclesiastici vel mundani, etiamsi pontificali praefulgeant dignitate, incurrere volumus ipso facto Auctoritate Apostolica districte praecipiendo mandamus, quatenus habentes, tenentes et possidentes, ut praedicitur, per se vel alium seu alios, aliquas pecuniarum summas, vel alia mobilia bona quaecumque, vel se moventia, personarum vel Ordinis praedictorum, sive causa depositi, vel alia quacumque causa, occasione vel titulo;

Si qui etiam personis vel Ordini antedictis in quacumque summa vel quantitate pecunia obnoxii, vel alias quomodolibet fuerint obligati, ex quacumque causa vel titulo, vel abvis aliquid receperint, vel ipsorum nomine per quemcumque, aut pro ipsis: libere, integraliter, et fine diminutione restituan, reddant et solvant, sub Instrumentis publicis, locorum Ordinariis sive Superintendentibus Administrationi bonorum dicti Ordinis per Sedem ipsam deputatis, vel etiam deputandis;

Non obstantibus quibuscumque promissionibus super his ipsis praestitis poenis, juramentis, cautionibus, obligationibus, seu fidejussionibus forsitan roboratis.

Si qua autem, etiam nihil habentes de bonis predictis, nihilque debentes eisdem, ac in nullo ipsis quomodolibet obligati, sciverint aliquem aliquid habere, tenere vel possidere de ipsis bonis (ut superius est expressum) aut aliquem debitorem dictorum Ordinis et personarum, vel eis quomodolibet obligatum; sive aliquem aliquid ab eis, vel pro ipsis, vel eorum nomine, vel alicujus eorum recepisse; infra idem tempus Ordinariis vel Superintendentibus praelibatis, sub instrumentis similibus aperte revelent.

Alioquin supradictam Sententiam ipsos incurrere volumus ipso facto. Quam si ipsi et alii superius nominati per sex menses sustinuerint animo indurato, Ordinariis ipsis et suam in mortis articulo tantummodo, reservantes.

Et ut praemissorum ignorantiam, nemo praetendere valeat, hujusmodi Processum nostrum mandamus et volumus per filios, quibus in aliis nostris Litteris id committimus, in contentis in eis solemniter publicari.

Datum Pictavis secundo Idus Augusti, Pontificatus nostri anno tertio.

APÉNDICE N° 23.- Cargos contra la Orden.

Lista de acusaciones contra la Orden adjunta a la bula «*Faciens misericordiam*»¹⁸⁸⁴.

Isti sunt Articuli, super quibus inquiretur contra Ordinem Militiæ Templi, quorum mentio in superiore Bulla Clementis V. Papæ facta.

Primo quod, licet asserent sancte ordinem fuisse institutum et a sede apostolica approbatum, tamen in recepcione fratrum dicti ordinis, et quandoque post, servabantur et fiebant ab ipsis fratribus que sequuntur:

Videlicet quod quilibet in recepcione sua, et quandoque post, vel quam cito ad hec commoditatem recipiens habere poterat, abnegabat Christum, aliquando Crucifixum, et quandoque Jhesum, et quandoque Deum, et aliquando que Beatam Virginem, et quandoque omnes sanctos et sanctas Dei, inductus seu monitus per illos qui eum recipiebant.

Item, [quod] communiter fratres hoc faciebant.

Item, quod major pars.

Item, quod etiam post ipsam recepcionem aliquando.

Item, quod dicebant et dogmatizabant receptores illis quos recipiebant, Christum non esse verum Deum, vel quandoque Jesum, vel quandoque Crucifixum.

Item, quod dicebant ipsi illis quos recipiebant, ipsum fuisse falsum prophetam.

Item, ipsum non fuisse passum pro redemptione generis humani, nec crucifixum, sed pro scelleribus suis.

Item, quod nec receptores nec recepti habebant spem salvationis habende per Jesum, et hoc dicebant illis quos recipiebant, vel equipolens vel simile.

Item, quod faciebant illos quos recipiebant spuere super crucem, seu super signum vel sculpturam crucis et ymaginem Christi, licet interdum qui recipiebantur spuerent juxta.

Item, quod ipsam crucem pedibus conculcari quandoque mandabant.

Item, quod eandem crucem ipsi fratres recepti quandoque conculcabant.

Item, quod mingeabant et conculcabant interdum, et alios mingere faciebant super ipsam crucem, et hoc in die Veneris sancti aliquociens faciebant.

Item, quod nonnulli eorum, ipsa die vel alia septimane sancte, pro culcacione et mixione predictis convenire consueverunt.

Item, quod adorabant quemdam catum, sibi in ipsa congregacione apparentem quandoque.

Item, quod hoc faciebant in vituperium Christi et fidei orthodoxe.

Item, quod non credebant Sacramentum altaris.

Item, quod aliqui ex eis.

Item, quod major pars.

¹⁸⁸⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre de Templiers*, pp. 262-266; Jules Michelet, *Procès des Templiers*, T. I, pp. 89-96.

Item, quod nec alia Ecclesie sacramenta.

Item, quod sacerdotes ordinis verba, per que conficitur corpus Christi, non dicebant in canone Misse.

Item, quod aliqui ex eis.

Item, quod major pars.

Item, quod hec receptores eorum sibi injungebant.

Item, quod credebant, et sic dicebatur eis, quod magnus Magister a peccatis poterat eos absolvere.

Item quod visitator.

Item, quod preceptores, quorum multi erant layci.

Item, quod hec faciebant de facto.

Item, quod aliqui eorum.

Item, quod magnus Magister ordinis predicti hoc fuit de se confessus, in presencia magnarum personarum, antequam esset captus.

Item, quod in recepcione fratrum dicti ordinis vel circa, interdum recipiens et receptus aliquando se deosculabantur in ore, in umbilico seu in ventre nudo, et in ano seu spina dorsi.

Item, aliquando in umbilico.

Item, aliquando in fine spine dorsi.

Item, aliquando in virga virili.

Item, quod in recepcione illa faciebant jurare illos quos recipiebant, quod ordinem non exirent.

Item, quod habebant eos statim pro professis.

Item, quod recepciones ipsas clandestine faciebant.

Item, quod nullis presentibus, nisi fratribus dicti ordinis.

Item, quod propter hec contra dictum ordinem vehemens suspicio a longis temporibus laboravit.

Item, quod communiter habebatur.

Item, quod fratribus quos recipiebant dicebant quod ad invicem poterant unus cum alio commisceri carnaliter.

Item, quod hec licitum erat eis facere.

Item, quod debebant hec facere ad invicem et pati.

Item, quod hec facere non erat eis peccatum.

Item, quod hec faciebant ipsi, vel plures eorum.

Item, quod aliqui eorum.

Item, quod ipsi per singulas provincias habebant ydola, videlicet capita quorum aliqua habebant tres facies, et aliqua unam, et aliqua craneum humanum habebant.

Item, quod illa ydola vel illud ydolum adhorabant, et specialiter in eorum magnis capitulis et congregacionibus.

Item, quod venerabantur.

Item, quod ut Deum.

Item, quod ut Salvatorem suum.

Item, quod aliqui eorum.

Item, quod major pars illorum qui erant in capitulis.

Item, quod dicebant quod illud capud poterat eos salvare.

Item, quod divites facere.

Item, quod omnes divicias ordinis dabat eis.

Item, quod facit arbores florere.

Item, quod terram germinare.

Item, quod aliquod capud ydolorum predictorum cingebant seu tangebant cordulis, quibus se ipsos cingebant citra camisiam seu carnem.

Item, quod in sua recepcione singulis fratribus predictae cordule tradebantur, vel alie longitudes earum.

Item, quod in veneracione ydoli hoc faciebant.

Item, quod injungebatur eis quod dictis cordulis ut premititur se cingerent, et continue portarent, et hoc faciebant eciam de nocte.

Item, quod communiter fratres dicti ordinis recipiebantur modis predictis.

Item, quod ubique.

Item, quod pro majori parte.

Item, quod qui nolebant predicta in sui recepcione vel post facere, interficiebantur, vel carceri mancipiabantur.

Item, quod aliqui ex eis.

Item, quod major pars.

Item, quod injungebant eis, per sacramentum, ut predicta non revelarent.

Item, quod sub pena mortis, vel carceris.

Item, quod neque modum receptionis eorum revelarent.

Item, quod nec de predictis inter se loqui audebant.

Item, quod si qui capiebantur quod revelarent, morte vel carcere affligebantur.

Item, quod injungebant eis quod non confiterentur aliquibus nisi fratribus ejusdem ordinis.

Item, quod fratres dicti ordinis scientes dictos errores corrigere neglexerunt.

Item, quod sancte matri Ecclesie nunciare neglexerunt.

Item, quod non recesserunt ab observancia predictorum errorum et communionis fratrum, licet facultatem habuissent recedendi et predicta faciendi.

Item, quod predicta fiebant et servabantur ultra mare, in locis in quibus Magister generalis et conventus dicti ordinis pro tempore sunt morati.

Item, quod aliquando predicta abnegacio Christi fiebat in presencia Magistri et conventus predictorum.

Item, quod predicta fiebant et servabantur in Cipro.

Item, quod similiter citra mare in omnibus regnis et locis aliis in quibus fiebant receptiones fratrum predictorum.

Item, quod predicta observabantur in toto ordine generaliter et communiter.

Item, quod ex observancia generali et longa.

Item, quod de consuetudine antiqua.

Item, quod ex statuto ordinis predicti.

Item, quod predictae observantie, consuetudines, ordinationes et statuta in toto ordine, ultra mare et citra mare, fiebant et observabantur.

Item, quod predicta erant de punctis ordinis, introductis per errores eorum post approbacionem sedis apostolice.

Item, quod recepciones fratrum dicti ordinis fiebant communiter modis predictis in toto ordine supradicto.

Item, quod Magister generalis dicti ordinis predicta sic observari et fieri injungebat.

Item, quod visitatores.

Item, quod preceptores.

Item, quod alii majores dicti ordinis.

Item, quod ipsimet observabant hec, et dogmatizabant fieri et servari.

Item, quod aliqui eorum.

Item, quod alium modum recipiendi in dicto ordine fratres non servabant.

Item, quod non est memoria alicujus de ordine qui vivat, quod suis temporibus modus alius observatus fuerit.

Item, quod predictum receptionis modum et supradicta alia non servantes et servare nolentes Magister generalis, visitatores, preceptores et alii magistri dicti ordinis in hoc potestatem habentes, graviter puniebant quando querela deferebatur ad eos.

Item, quod elemosine in dicto ordine non fiebant ut debebant, nec hospitalitas servabatur.

Item, quod non reputabant peccatum in dicto ordine per fas aut nephas jura acquirere aliena.

Item, quod juramentum prestabatur ab eis augmentum et questum dicti ordinis quibuscumque modis passent per fas aut nephas procurare.

Item, quod non reputabatur peccatum propter hoc degerare.

Item, quod clam consueverunt tenere sua capitula.

Item, quod clam, vel in primo sompno, vel prima vigilia noctis.

Item, quod clam, quia expulsa tota alia familia de domo et clausuris domus, ut omnes de familia illis noctibus quibus tenent capitula jaceant extra.

Item, quod clam, quia sic se includunt ad tenendum capitulum, ut omnes januas domus et ecclesie in quibus tenent capitulum, firmant adeo firmiter quod nullus sit vel esse possit accessus ad eos nec juxta, nec possit quicumque videre nec audire de factis aut dictis ipsorum.

Item, quod clam adeo quod solent ponere excubiam supra tectum domus vel ecclesie in quibus tenent capitulum, ad providendum ne quis locum in quo tenent capitulum appropinquet.

Item, quod similem clandestinitatem observant et observare consueverunt, ut plurimum in recipiendo fratres.

Item, quod error hic viget et viguit in ordine longo tempore quod ipsi tenent opinionem, et tenuere retroactis temporibus, quod magnus Magister possit absolvere fratres a peccatis eorum.

Item, quod major error r viget et viguit, quod ipsi tenent et tenuerunt retroactis temporibus, quod magnus Magister possit absolvere fratres ordinis a peccatis, etiam non confessatis, que confiteri, propter aliquam errubescenciam aut timorem penitentie injungende vel infligende, obmiserunt.

Item, quod magnus Magister hos predictos errores confessus est ante capcionem, sponte, coram fide dignis clericis et laycis.

Item, quod presentibus majoribus preceptoribus sui ordinis.

Item, quod predictos errores tenent et tenuerunt, nec tantum hoc oppinantes et tenentes de magno Magistro, sed de ceteris preceptoribus, et primatibus ordinis visitatoribus maxime.

Item, quod quicquid magnus Magister, maxime cum conventu suo, faciebat, ordinabat aut statuebat, totus ordo tenere et observare habebat et etiam observabat.

Item, quod hec potestas sibi competeat et in eo resederat ab antiquo.

Item, quod tanto tempore duraverunt supradicti pravi modi et errores quod ordo in personis potuit renovari semel, bis vel pluries, a tempore introductorum seu observatorum predictorum errorum.

Item, quod renuati omnes vel quasi due partes ordinis scientes dictos errores corrigere neglexerunt.

Item, quod sancte matri Ecclesie nunciare neglexerunt.

Item, quod non recesserunt ab observancia predictorum errorum et communionis dictorum fratrum, licet facultatem habuissent recedendi et predicta faciendi.

Item, quod multi fratres de dicto ordine propter feditates et errores ejusdem ordinis exierunt, nonnulli ad religionem aliam transeuntes et nonnulli in seculo remanentes.

Item, quod propter predicta et singula granda scandala contra dictum ordinem sunt exorta in cordibus sublimium personarum etiam regum et principum et fere totius populi Christiani generata.

Item, quod predicta omnia et singula sunt nota et manifesta inter fratres dicti ordinis.

Item, quod de hiis est publica vox, opinio communis et fama tam inter fratres dicti ordinis quam extra.

Item, quod de majori parte predictorum.

Item, quod de aliquibus.

Item, quod magnus Magister ordinis, visitator et Inagnus preceptor Cipri et Normanie, Pictavie, et quam plures alii preceptores et nonnulli alii fratres dicti ordinis, praemissa confessi fuerunt, tam in iudicio quam extra, coram solempnibus personis et in pluribus locis etiam personis publicis.

Item, quod nonnulli fratres dicti ordinis tam Inilites quam sacerdotes, alii etiam in presencia domini nostri Pape et dominorum cardinalium, fuerunt predicta vel magnam partem dictorum errorum confessi.

Item, quod per juramenta prestita ab eisdem.

Item, quod etiam in pleno consistorio recognoverunt predicta.

APÉNDICE N° 24.- Acta de Chinon.

Acta del interrogatorio llevado a cabo en Chinon por los cardenales Berenger, Colonna y Landulpho, comisarios apostólicos, al gran maestre y otros dignatarios de la Orden del temple entre el diecisiete y el veinte de agosto de 1308¹⁸⁸⁵.

In Dei nomine amen. Nos miseratione divina Berengarius tituli Sanctorum Nerei et Achillei et Stephanus tituli Sancti Ciriaci in Thermis presbyteri ac Landulfus Sancti Angeli diaconus cardinales notum facimus universis presens instrumentum publicum inspecturis quod, cum nuper sanctissimus pater et dominus noster, dominus Clemens divina providencia Sacrosancte Romane et Universalis Ecclesie summus pontifex, fama publica deferente ac clamosa insinuatione regis Francorum illustris, prelatorum, ducum, comitum, baronum ac aliorum tam nobilium quam ignobilium Regni eiusdem, cum nonnull[is frat]ribus, presbyteris, militibus, preceptoribus et servientibus Ordinis [Militie]Templi inquisivisset super hiis que fratres ipsius [Ordinis quo ad fidem catholicam] et statum ipsius Ordinis tangunt et de quibus sunt publice dissamati, idem dominus papa, volens et intendens cum maioribus dicti Ordinis, videlicet fratre Iacobo de Molayd, maiore magistro tocius Ordinis Militie Templi, ac fratribus Raymbaudo de Caron, [preceptor]e Terre Ultramarine, Hugone de Paraudo in Francia, Gaufrido de Go[nne]villa in Pictavia et Aquitania et Gaufrido de Chameyo in Normannia domorum Milicie Templi preceptoribus militibus, super praemissis scire meram, plenam et integram veritatem, mandavit et commisit nobis, specialiter et expresse oraculo vive vocis, ut nos, cum magistro et preceptoribus [superius] nominatis, singulariter et sigillatim, adhibitis nobiscum notariis publicis et testibus fidedignis, inquireremus cum diligencia veritatem. Nos vero, iuxta mandatum et commissionem a predicto domino nostro summo pontifice nobis factos, cum predictis magistro et preceptoribus inquisivimus et eosdem super praemissis examinavimus diligenter ac eorum dicta et confessiones scribi fecimus prout inferius continetur per notarios infrascriptos, in presencia testium sub scriptorum ac eciam in hanc publicam formam redigi mandavimus et sigillorum nostrorum munimine roborari.

Anno nativitatis dominice millesimo trecentesimo octavo, indictione sexta, die XVII mensis augusti, pontificatus dicti domini Clementis pape VI anno tercio, constitutus coram nobis cardinalibus supradictis, in castro de Caynona, diocesis Turonensis, frater Raymbaudus de Caron, miles, preceptor Terre Ultramarine Ordinis Militie Templi, iuravit ad sancta Dei evangelia, corporaliter tacto libro, dicere meram [et] plenam veritatem tam de se quam de aliis personis singularibus et fratribus eiusdem Ordinis | et de ipso eciam Ordine super hiis que tangunt fidem catholicam et statum dicti Ordinis, aca alias personas singulares et fratres eiusdem Ordinis; et diligenter interrogatus a nobis de tempore et modo sue receptionis in eodem Ordine, dixit quod bene sunt quadraginta tres anni vel circa quod ipse fuit factus miles et receptus in Ordine Templi per fratrem Rossoliinum de Fos, tunc preceptorem

¹⁸⁸⁵ La versión del acta de Chinon que se ofrece está tal cual la hemos obtenido de D. Gonzalo de Porras, el cual me ha manifestado que la recibió así desde el Archivo Secreto Vaticano.

provincie Provincie, in loco de Rocharenchis, diocesis Carpentoratensis vel Tricastrensis, in capella domus Templi eiusdem loci. Et tunc ipse recipiens nichil dixit eidem recepto nisi bonum; sed incontinenti, post dictam receptionem, venit quidam frater serviens de cuius nomine non recordatur, quia diu est quod mortuus est. Et duxit eum ad partem et portavit quandam modicam crucem sub clamide et, post recessum aliorum fratrum, cum essent soli idem frater serviens et idem qui loquitur, idem frater serviens ostendit eidem qui loquitur illam crucem, non recordatur tamen si ibi erat ymago crucifixi vel non, credit tam en quod esset ibi ymago crucifixi vel picta vel sculpta. Et dixit idem frater serviens eidem qui loquitur: «Oportet te negare». Et idem qui loquitur, non credens peccare, dixit: «Et ego abnego ipsum». Item dixit idem frater serviens eidem qui loquitur quod servaret continenciam sell castitatem; si tamen non posset servare, melius erat facere secretius quam publice. Item dixit quod illam abnegationem quam fecit non fecit corde sed ore. Item dixit quod, sequenti die, hoc revelavit episcopo Carpentoratensi, consanguineo suo, qui erat presens in dicto loco, et episcopus dixit sibi tunc quod male fecerat et quod peccaverat: unde confessus fuit eidem episcopo de hoc idem qui loquitur, qui iniunxit sibi penitenciam quam perfecit, ut dixit. Item requisitus super yicio sodomitico, dixit quod numquam [...] paciendo nec umquam audivit dici quod Templarii illo vicio uterentur, nisi de solis tribus qui, pro illo vicio, fuerunt ad perpetuum carcerem condempnati in Castro Peregrini. Requisitus si fratres dicti Ordinis recipiuntur per eundem modum per quem ipse fuit receptus, dixit se nescire, quia numquam aliquem recepit nec vidit, nisi duos vel tres fratres in dicta Ordine recipi, de quibus nescit an negaverant Christum vel non. Requisitus de nominibus dictorum fratrum receptorum, dixit quod nomen unius vacatur frater Petrus, cuius cognomen dixit se ignorare. Requisitus cuius etatis erat quando factus fuit frater in dicta Ordine, dixit quod decem et septem annorum vel circa. Requisitus de spuitione supra crucem, de capite idolatico, dixit se nichil scire, adiciens quod numquam audiverat fieri mentionem de dicta capite donec audivit did a domino nostro papa Clemente in isto anno proximo preterito. Requisitus de oscula, dixit quod dictus frater Rossolinus ipsum qui loquitur osculatus fuit in ore quando recepit eum in fratrem; de aliis osculis dixit se nichil scire. Requisitus si in dicta sua confessione volebat persistere et si eam pro veritate dixerat et si aliquid immiscuerat falsitatis vel dimiserat veritatis, dixit quod in predicta sua confessione volebat persistere et quod earn pro veritate dixerat, quodque nihil in ea immiscuit falsitatis nec veritatis omisit. Interrogatus si prece, precio, gratia, favore, timore vel odio aut inductione alicuius vel vi aut formidine tormentorum praemissa confessus est, dixit idem non. Interrogatus Si postquam fuit captus fuit positus questionibus vel tormentis, dixit quod non. Postque dem frater Raymbaudus peciit, flexis genibus et iunctis manibus coram nobis, veniam et misericordiam de praemissis; et cum hec peteret, ipse frater Raymbaudus | in manibus nostris praemissam et omnem aliam heresim abiuravit, et ad sancta Dei evangelia iterato iuravit, corporaliter tacto libra, quod ipse parebit mandatis Ecclesie, ac tenebit, credet et observabit fidem catholicam quam Sancta Romana Ecclesia tenet, observat, predicat atque docet et mandat ab aliis observari, et quod ipse vivet et | morietur sicut fidelis christianus. Post quod iuramentum nos, auctoritate domini pape nobis special iter in hac parte commissa, eidem fratri Raymbaudo, humiliter petenti absolutionis beneficium a sententia excommunicationis quam propter praemissa incurrerat, impendimus in forma Ecclesie consueta, reincorporantes ipsum ad Ecclesie unitatem, ac ipsum restituentes comunioni fidelium et ecclesia-|sticis sacramentis.

Item eadem die, modo et forma predictis, frater Gaufridus de Chameyo, miles, preceptor domorum Ordinis Militie Templi in tota Normannia, in nostra et ipsorum

notariorum ac testium presencia personal iter constitutus, modo simili iuravit ad sancta Dei evangelia, corporaliter tacto libro; et diligenter interrogatus | de modo sue receptionis in dicta ardine, dixit quod bene sunt quadraginta anni vel circa quod ipse fuit receptus in Ordine Militie Templi per fratrem Almaricum de Rupe, preceptorem Francie, apud Stampas, Senonensis diocesis, in capella domus Militie Templi eiusdem loci, presentibus fratre Iohanne Francisci, preceptore de Pictavia, | et novem vel decem fratribus vel circa dicti Ordinis, qui omnes mortui sunt, ut credit. Et tunc, ipso recepto, et mantello dicti Ordinis ad collum suum posito, ipse recipiens traxit ipsum receptum ad partem in eadem capella et ostendit sibi crucem in qua erat ymago Christi et dixit sibi quod non crederet in crucifixum, immo | negaret eum. Et tunc idem receptus, ad mandatum dicti recipientis, negavit eum ore et non corde. Dixit etiam quod tempore sue receptionis idem receptus osculatus fuit recipientem in ore et in pectore supra vestes, pro reverencia. Requisitus si fratres Militie Templi, cum recipiuntur in dicta ordine, recipiuntur per ilium | modum per quem ipse fuit receptus, dixit se nescire. Dixit etiam quod ipse recepit unum fratrem in dicta Ordine secundum illam formam secundum quam ipse fuit receptus et postea recepit plures alios sine abnegatione predicta et cum bono modo; dixit etiam quod, de abnegatione crucifixi quam ipse fecerat in Teceptione sua et | de illa quam fecit facere ilium quem recepit, confessus fuit. Patriarche Ierosolimitano qui tunc erat, et fuit absolutus ab eo. De sputione supra crucem, de osculis et de vitia sodomie et de capite idolatico diligenter interrogatus, dixit se nihil scire. Item dixit, interrogatus, se credere quod per ilium modum per quem ipse receptus fuit, recipiuntur alii fratres in eadem Ordine; dixit tamen se hoc nescire pro certo, quia quando talia fiunt, trahuntur ad partem recepti ita quod alii fratres qui sunt in eadem domo non vi dent nec audiunt quid tunc agatur cum ipsis. Interrogatus cuius etatis erat quando ipse fuit receptus in dicta ardine, dixit quod sexdecim vel decem et septem | annorum vel circa. Interrogatus si prece, precio, gratia, favore, timore vel odio, instructione aut vi sell formidine tormentorum dixit predicta, dixit quod non. Requisitus si in dicta sua confessione volebat persistere et si eam pro veritate dixerat et si aliquid in ea immiscuerat falsitatis aut omiserat veritatis, dixit quod in sua confessione preifata, in qua per omnia verum dixerat, volebat persistere et quod eam pro veritate dixit quodque nichil in ea immiscuit falsitatis nec veritatis omisit. Post hec nos eidem fratri Gaufrido, iuxta modum et formam suprascriptos, predictam at omnem aliam heresim in nostris manibus abiuranti et corporale prestanti ad sancta Dei evangelia iuramentum ac etiam absolutionis beneficium super hec humiliter postulanti, huius absolutionis beneficium iuxta formam Ecclesie duximus impendendum, reincorporantes ipsum ad Ecclesie unitatem ipsumque restituentes communion fidelium et ecclesiasticis sacramentis. Item eadem die in nostra et notariorum ac testium infrascriptorum pre-isencia personal iter constitutus frater Gaufridus de Gonnevilla, diligenter interrogatus de tempore et modo sue receptionis et aliis suprascriptis, dixit quod bene sunt viginti octo anni vel circa quod ipse fuit receptus in fratrem Ordinis Milicie Templi per fratrem Robertum de Torvilla, militem, preceptorem domorum Milicie Templi in | Anglia, apud Londresis, in capella domus Templi de Londresis. Et tunc dem recipiens, tradito clamide Ordinis Milicie Templi eidem recepto, ostendit sibi quamdam crucem depictam in quodam libro et dixit sibi quod oportebat eum negare illum cuius imago erat in illa cruce depicta; et cum idem receptus hoc nollet facere, idem | recipiens pluries institit quod faceret. Et quia nullo modo voluit facere, dixit sibi recipiens, vi dens suam resistantiam, «Vis mihi iurare quod tu dices, si fueris requisitus a fratribus, te fecisse negationem istam, si ego parco tibi ne facias?». Ac idem receptus dixit quod sic, et promisit sibi se dicturum, si nterrogaretur a quocumque de dictis fratribus dicti

Ordinis, se fecisse negationem predictam; non tamen aliter abnegavit, ut dixit. Dixit eciam dictus recipiens eidem recepto quod oportebat eum spueri supra crucem predictam; et cum idem receptus hoc nollet facere, posuit dictus recipiens manum suam supra crucem, et dixit recepto: «Modo spuas supra manum meam!». Et cum idem receptus timeret ne dictus recipiens amoveret manum et aliquid de spu sputo caderet supra crucem, noluit spueri supra manum sed iuxta crucem. Super vicio sodomitico, super capite idolatrico, super osculis et aliis de quibus fratres dicti Ordinis sunt dissamati diligenter interrogatus, dixit se nihil aliud scire. Requisitus si alii fratres dicti Ordinis, quando recipiuntur, recipiuntur per illum modum per quem ipse fuit receptus, | dixit se credere quod sic fiat aliis sicut ipsi fuit factum tempore sue receptionis predictae. Interrogatus si prece, pretio, gratia, favore, timore vel odio aut inductione alicuius vel vi aut formidine tormentorum praemissa confessus est, dixit quod non. Post haec nos eidem fratri Gaufrido de Gonnevilla, iuxta modum et formam suprascriptos, predictam et omnem aliam | heresim in nostris manibus abiuranti et corporale prestanti ad -anota Dei evangelia iuramentum ac eciam absolutionis beneficium super hec humiliter ostulanti, huius absolutionis beneficium iuxta formam Ecclesie duximus impendendum. Incoirporantes ipsum ad Ecclesie unitatem ipsumque restituentes comunioni fidelium et aecclesiasticis sacramentis.

Item Dona | decima die dicti mensis, in nostra et notariorum ac testium eorundem presencia personal iter constitutus frater Hugo de Paraudo, miles, preceptor domorum -- Milicie Templi in Francia, iuravit ad sancta dei evangelia corporal iter tacto libro, modo et forma predictis. Qui frater Hugo predictus, iuratus ut predictur et diligenter interrogatus, dixit | de modo receptionis sue quod ipse fuit receptus Lugduni, in domo templi dicti loci, in capella ejusdem domus, iam elapsis quadraginta sex annis vel circa, in festo Magdalene proximo preterito; et recepit eum in fratrem dicti Ordinis frater Umbertus de Paraudo, miles dicti Ordinis, patruus suus, visitator domorum dicti | Ordinis in Francia et Pictavia. Et posuit sibi mantellum dicti Ordinis supra collum; quo facto, luidam frater dicti Ordinis, nomine Iohannes, qui fuit postea preceptor de La Muce, duxit -um ad partem quandam capelle predictae et, ostensa sibi quadam cruce in qua erat ymago crucifixi depicta, precepit sibi quod ipse negaret illum cuius ymago representa|batur eidem; qui contradixit quantum potuit, ut dixit. Finaliter tamen, devictus minis et erroribus illius fratris Iohannis, abnegavit illum cuius ymago erat ibi depicta, semel tantum. Et licet dictus frater Iohannes mandaret sibi pluries quod spueret supra dictam:rucem, noluit spueri. Interrogatus utrum osculatus fuerit recipientem, dixit quod sic, olimmodo in ore. Requisitus | de vicio sodomie, dixit quod numquam fuit sibi iniunctum nec unquam commisit illud. Requisitus utrum receperit aliquos in dicto Ordine, dixit quod ic, plures et pluries, quam aliqui qui vivat in Ordine ipso; interrogatus per quem modum recepit ipsos, dixit quod, ipsis receptis et mantellis dicti Ordinis traditis, cuilibet eorum | recipiebat quod abnegarent crucifixum et | quod oscularentur eum in fine spine dorsi et | umbilico et postmodum in ore. Dixit eciam quod iniungebat eis quod abstinerent a consortio mulierum et, si non possent a libidine continere, quod ipsi iungerent se cum fratribus suis dicti Ordinis. dixit eciam per iuramentum suum quod abnegationem predictam quam fecit quando fuit receptus et alia precepta predicta quae | fecit receptis per eum, faciebat ore tantummodo et non corde. Requisitus ex quo dolebat et non aciebat corde, quare faciebat, respondit quod talia erant statuta sive puncti Ordinis: et sperabat semper quod ille error amoveretur de dicto Ordine. Requisitus utrum aliqui de receptis per ipsum contradixerint facere predictam puitionem et alia inhonesta per eum superius nominata, | dixit quod pauci: sed finaliter omnes faciebant. Dixit etiam quod, licet ipse preciperet fratribus dicti Ordinis quos recepit

quod unus commisceret se cum aliis confratribus suis, numquam tamen accidit sibi quod ipse hoc faceret nec audivit quod aliquis illud peccatum commiserit, nisi de duobus vel tribus ultra mare qui fuerunt, propter hoc, incarcerati apud Castrum Peregrini. Requi-itus utrum sciat quod omnes fratres dicti Ordinis recipiantur per illum modum per quem ipse recepit alias, dixit quod nescit pro certo de aliis, nisi de se ipso et illis quos recepit, quia ita secrete recipiuntur quod non potest aliquid sciri, nisi per illos qui intersunt. Requisitus utrum credat quod recipiantur ita, dixit se credere quod idem modus servetur in receptione aliorum sicut fuit | servatus in eo et quem ipse servabat illis quos ipse recepit. Requisitus de capite idolatico quad dicitur adorari per templarios, dixit quod vidit illud ostensum sibi in Montepessulano per fratrem Petrum Alemandini, preceptorem dicti loci et remansit ipsi fratri Petro ipsum caput. Interrogatus cuius etatis erat quando fuit receptus in dicto Ordine, dixit quad ipse audivit | dici a matre sua quad decem et octo annorum erat. Dixit eciam quad alias fuerat confessus Parisius predicta, in presentia fratris Guillelmi de Parisius, inquisitoris heretice pravitatis vel commissarii sui; et fuit illa confessio scripta per manum infrascripti magistri Amisii de Aureliano et quorundam aliorum notariorum publicorum. Et illi confessioni, tamquam vere, stat et in ea perseverare vult et in ista in eo quad concordat cum ilia et si plus contineatur in eadem confessione sua coram eodem inquisitore seu eius commissario, ut predicitur facta, illud ratificat, approbat et confirmat. Interrogatus si prece, precio, gratia, favore, timore vel odio aut inductione alicuius vel vi aut formidine tormentorum praemissa confessus est, dixit quod non. Interrogatus | si, postquam fuit captus, fuit suppositus questionibus vel tormentis, dixit quad non. Post hec nos eidem fratri Hugoni, iuxta modum et formam suprascriptos, predictam et omnem aliam heresim in nostris manibus abiuranti et corporale prestanti ad sancta Dei evangelia iuramentum ac eciam absolutionis beneficium super hoc humiliter postulanti, huius absolutionis | beneficium iuxta formam Ecclesie duximus impendendum, reincorporantes ipsum ad Ecclesie unitatem ipsumque restituentes comunioni fidelium et ecclesiasticis sacramentis.

Item die vicesima dicti mensis in nostra et notariorum ac testium eorundem presencia personal iter constitutus frater Iacobus de Molam, miles, magister major Ordinis Militie Templi, iuratus et | diligenter interrogatus secundum formam et modum suprascriptos, dixit quod transacti sunt quadraginta duo anni vel circa quod ipse, apud Belnam, diocesis Eduensis, fuit receptus in fratrem dicti Ordinis per fratrem Umbertum de Paraudo, tunc visitatorem Francie et Pictavie, militem, in capella domus Templi dicti loci de Belna. Et dixit de modo sue recep-|tionis quad dictus recipiens ostendit sibi quandam crucem postquam tradidisset sibi clamidem, et dixit eidem recepto quad negaret Deum cuius ymago erat depicta in ipsa truce et quod spueret supra crucem: quad et ipse fecit; ac tam en non spuit supra crucem sed iuxta, ut dixit. Item dixit quod predictam abnegationem fecit ore, non corde. De vicio sodomie, de capite | idolatico et de osculis illicitis diligenter interrogatus dixit se nichil scire. Interrogatus si prece, precio, gratia, favore, timore vel odio aut inductione alicuius vel vi aut formidine tormentorum praemissa confessus est, dixit quod non. Interrogatus si postquam fuit captus fuit suppositus questionibus vel tormentis, dixit quod non. Post hec nos eidem fratri Iacobo, magistro maiori | dicti Ordinis, iuxta modum et formam suprascriptos, predictam et omnem aliam heresim in nostris manibus abiuranti et corporale prestanti ad sancta Dei evangelia iuramentum ac eciam absolutionis beneficium super hec humiliter postulanti, huius absolutionis beneficium iuxta formam Ecclesie duximus impendendum, reincorporantes ipsum ad Ecclesie unitatem ipsumque | restituentes comunioni fidelium et ecclesiasticis sacramentis.

Eodem XX° die supradictus frater Gaufridus de Gonnevilla constitutus in nostra et notariorum ac testium eorundem presencia, confessionem suam suprascriptam, lectam sibi aperte in idiomate seu vulgari suo, sponte ac libere ratificavit, approbavit et confirmavit, asserens quod tam | in eadem confessione quam etiam in ea quam alias fecit super predictis coram inquisitore seu inquisitoribus heretice pravitatis, in quantum concordat cum dicta confessione facta coram nobis ac notariis et testibus prelibatis perseverare ac utrique confessioni stare intendit; et si plus contineatur in eadem confessione coram inquisitore seu inquisitoribus, | ut predicatur facta, ratificat illud, approbat et confirmat.

Predicto die XX° supradictus frater Hugo de Paraudo, preceptor, constitutus in nostra et notariorum ac testium eorundem presentia, simili modo et forma confessionem suam suprascriptam lectam sibi aperte in idiomate seu vulgari suo, sponte et libere ratificavit, approbavit et confirmavit.

In quorum omnium testimonium confessiones ac omnia et singula suprascripta coram nobis ac notariis et testibus eisdem et per nos acta prout superius continentur, per Robertum de condeto, Suessionensis diocesis, clericum apostolica auctoritate notarium, qui una nobiscum ac notariis et testibus infrascriptis | interfuit, scribi et publicari mandavimus et sigillorum nostrorum appensione muniri.

Acta sunt hec auno, indictione, mense, diebus, pontificatu et loco predictis, in nostrorum presencia, presentibus Umberto Verzelania, Nicolao [...] Benevento et prefato Roberto de condeto ac magistro Amisio de Aurelianis, dicto le Ratif, publicis apostolica auctoritate notariis, et religioso ac discretis viris fratre Raymundo, abbate monasterii de sancto Theofredo Ordinis Sancti Benedicti, Aniciensis diocesis, magistris Berardo de Boiano, archidiacono Troianensi, Radulpho de Boseto, penitenciario et canonico Parisiense, ac Petro de Soira, custode Sancti Gaugerici Cameracensis, ecclesiarum testibus ad hec specialiter advocatis.

(ST) Et ego idem Robertus de condeto, Suessionensis diocesis clericus, publicus | apostolica auctoritate notarius, omnibus et singulis suprascriptis actis in presencia reverendorum patrum predictorum dominorum cardinalium ac mee et aliorum notariorum: testium eorundem, et per ipsos dominos cardinales, una cum prefatis notariis et testibus, presens interfui et de mandata ipsorum dominorum cardinalium hoc presens nstrumentum publicum scripsi et in hanc publicam formam redegei meoque signo signavi ogatus. (ST) Et ego supradictus Umbertus Verzelani, clericus Biterrensis, publicus apostolica auctoritate notarius, confessionibus ac aliis omnibus et singulis suprascriptis actis in resencia dominorum cardinalium predictorum et per eos, prout supra seriusius ontinetur, una cum aliis | notariis et testibus supradictis presens interlui ac de mandatorum dominorum cardinalium ad ulteriorem cautelam in hoc instrumento publico me subscripsi et illud meo signa signavi. Et ego Nicolaus Nicolai de Benevento, publicus apostolica auctoritate notarius | penus nominatus, confessionibus et aliis omnibus et singulis suprascriptis actis in esencia dominorum cardinalium predictorum et per eos, prout supra seriusius continetur, una cum aliis notariis et testibus supradictis presens interfui ac de mandato ipsorum dominorum cardinalium ad ulteriorem cautelam in hoc instrumento publico me subscripsi et illud meo signo signavi (ST).

(ST) Et ego Amisius de Aurelianis, dictus | le Ratif, clericus, sacrosancte Romane Ecclesie auctoritate notarius publicus, confessionibus sell depositionibus et omnibus aliis et singulis suprascriptis actis in presencia reverendorum patrum dominorum cardinalium predictorum et per eos, prout supra seriusius continetur, una cum | aliis notariis et testibus supradictis presens interfui ac de mandato ipsorum

dominorum cardinalium in testimonium veritatis in hoc instrumento publico me subscripsi illudque meo signo solito signavi rogatus.

APÉNDICE N° 25.- Bula «*Quidam vestrum*».

Bula «*Quidam vestrum*» de Clemente V de uno de agosto de 1308, dirigida a los Arzobispos y Obispos de Francia en contestación a las reiteradas solicitudes que le habían hecho éstos para que les interpretara la frase «*vocatis qui fuerit evocandi*»¹⁸⁸⁶.

Clemens Episcopus Servus fervorum Dei, Venerabilibus Fratribus universis Archiepiscopis et Episcopis, ac omnibus aliis per Nos ad infrascripta per Regnum Franciæ deputatis, salutem et Apostolicam benedictionem.

Quidam vestrum, sicut acceptimus, circa negotium Inquisitionis quam contra singulares personas ordinis militiæ Templi per nostras fieri Litteras sub certa forma mandavimus, dubitant, an propter illam Clausulam, vocatis qui fuerit evocandi, quam dictæ continent Litteræ, alii quam Fratres ipsi ad Inquisitionem hujusmodi, et processus super hoc faciendos debeant evocari, et sic an si non vocati accesserint, et se ad fratrum ipsorum defensionem hujusmodi obtulerint, sint ad defensionem hujusmodi admittendi.

Dubitant etiam, qualiter sit contra pertinaces et confiteri nolentes, et contra illos qui suas confessiones sponte factas revocant, procedendum. Super quibus nostræ declarations oraculum postularunt.

Cum autem per jura scripta, quorum nonnullos vestrum plenam scimus habere notitiam, haec dubia declarentur, et propterea nos ad præsens non intendamus nova jura facere super illis volumus, quod in præmissis juxta juris exigentiam procedatis.

Datum Avinioni, Kal. Augusti, Pontificatus nostri anno quarto.

¹⁸⁸⁶ Étienne Baluze, *Vitæ Paparum Avionensium*, T. II, p. 123.

APÉNDICE N° 26.- Instrucciones del Obispo de París.

Instrucciones del Obispo de París, Guillaume de Baufet, a todos los inquisidores de su diócesis, sobre la forma de llevar a cabo el proceso a los templarios¹⁸⁸⁷.

i. — [*Interrogationis consignandae exemplar.*]

In Christi nomine, amen. Per presens publicum instrumentum pateat universis quod nos G[uillelmus, miseratione divina Parisiensis episcopus, etc., et talis, inquisitor, etc., licteras sanctissimi patris ac domini, domini C[lementis], divina providencia sacrosancte, etc., veras, non cancellatas, non abolitas recepimus, formam, que sequitur, continentes: Clemens, etc. etc.

Quibus reverenter receptis, contra singulares personas ordinis templariorum, in nostris civitate et dyocesi, in locis insignibus degentes, super articulis a predicto sanctissimo patre summo pontifice nobis missis, quorum tenor inferius annotatur, volentes inquirere, publico citacionis edi[c]to in nostris predictis civitate et dyocesi, in locis insignibus, juxta tenorem licterarum apostolicarum predictarum, publice facto, cujus tenor inferius continetur, ad talem diem, coram nobis, ad talem locum singulariter personas dicta die per deputatos ad eorum custodiam vobis mandavimus exhiben. Qua die, [in]nostra presencia, in loco predicto, talis, personaliter constitutus, alias non examinatus, ut asseruit, coram nobis juravit ad sancta Dei Euvangelia, corporaliter tacto libro, meram et plenam dicere veritatem, tam de se quam de aliis singularibus personis ordinis predicti, super hiis que tangunt fidem catholicam et quedam crimina et horrores, juxta tenorem articulorum predictorum a predicto domino nostro summo pontifice directorum, quorum tenor sequitur in hec verba: Isti sunt articuli, etc. Predictus yero talis, diligenter interrogatus de tempore et modo sue receptionis, etc., respondit, etc.

ii— [*De modo interrogandi.*]

De Templarais qui semper negaverunt et negant, videtur bonum quod pluries interrogentur et magna cautela adhibeatur utrum varient in secunda deposicione a prima.

Item, de loco, de tempore, de persona recipiente, de astantibus in recepcione et de modo.

Item, utrum ad aliquem locum secretum post publicam recepcionem fuerint ducti, et si sic, quid et qualiter ibi fuerit factum et quibus presentibus.

Item, si vivi sint aliqui, quos dicant interfuisse recepcioni, si commode ibi possint haberi, audiantur per juramentum, et, si commode non possint haberi, scribatur prelado, in cujus civitate et dyocesi detinebuntur, qui eos super hiis et aliis audiat et rescribat, et non solum inquiratur de veritate sed de credulitate et fama.

Item, expedit tales templarios secrete et tuta custodia servari.

Item, queratur utrum aliquos viderint recipi, ubi et quando et per quos recepti fuerint illi quorum recepcionibus interfuerint et quibus presentibus; et tunc audiantur astantes et receptores, ut supra; similiter de fama.

Item, quod pastu stricto, videlicet pane et aqua et aliquibus paucis refectionibus, nisi infirmitas, debilitas vel alia causa subsit, quare eisdem largius ministretur. Si

¹⁸⁸⁷ Georges Lizerand, *Le dossier de l'affaire des Templiers*, pp. 138-144.

vero nec sic ad veritatem revertantur nec aliter convincantur, primo ostendantur sibi confessiones contente in licteris bullatis apostolicis, facte a magistro ordinis et aliis maioribus, et dicatur eis quod magna n ultitudo eorum sponte et libere confessi sunt, et si quis sit bene perseverans, loquatur cum eis ad eos convincendum.

Item, si hec non proficiant, corra ninetur eis de tormentis etiam gravibus et ostendantur eis, sed non cito ad tormenta ponantur; et si non proficiat comminacio, procedi poterit indiciis precedentibus ad questiones et aliqua tormenta, sed primo levia, ad alia, ut rationis fuerit, processuri. Per tortorem clericum ydoneum et modo debito et non excessivo procedatur'.

Itero, talibus, contra quos et etiam contra omnes de ordine laborat fama publica et notoria, sacramenta ecclesiastica non expedit ministrara, excepta confessione; in quo casu discretus et fidelis confessor deputetur, qui eos bene terreat et diligenter ex[h]ortetur, ut ad dicendam veritatem revertantur, propter salutem et utilitatem anime et corporis eorundem, quorum Ecclesia cum revertentibus misericorditer se habebit. Qui tamen confessor sacramentalem absolucionem non impendat nec ecclesiasticam sepulturam, si eos mori contigerit in dicto statu.

Item, de illis qui confessi sunt, et in confessionibus suis persistunt, absolvantur, nisi fuerint absoluti, abjurata omni heresi et cum solempnitate in talibus requisita et benigne, tam in sacramentis quam in custodia et victualibus, agatur cum ipsis. Tute tamen et caute custodiantur.

De hiis vero qui primo negaverunt sed postea confitentur, de cautelis in primo articulo contentis inquiratur ab eisdem, et bene custodiantur propter suspicionem prime negacionis; et in sacramentis ministrandis, divinis audiendi[s], postquam absoluti fuerint, et victualibus, ut in proximo dictum est, cum eis bene agatur; et de perjurio, quod incurrerunt quando primo negavefunt, poterunt absolvi et penitencia salutaris injungi.

De illis qui primo confessi fuerunt et postea negaverunt et negant, neque ecclesiastica sacramenta ministrentur excepta confessione modo suprascripto.

Item, de cibis et aliis agatur cum eis sicut cum illis de primo articulo, exceptis auditis per papam et inquisitorem et ordinarios, qui tute tenebuntur, donec aliud ordinetur.

APÉNDICE N° 27.- Carta de Clemente V de 20/08/1308.

Carta del veinte de agosto de 1308 del papa Clemente al rey Felipe remitiéndole la carta de Amaurico de Chipre en la que éste le comunica la detención de los templarios de la isla¹⁸⁸⁸.

Clemens, Episcopus Servus servorum Dei, carissimo in Christo Filio, Philippo Regi Francorum Illustri, salutem et Apostolicam benedictionem.

Considerantes, quod nova et præsertim de partibus ultramarinis, et facto templariorum Te audire delectat, tibi quosdam litteras, quas a dilectis filiis, Nobili Viro Amaurico Domino Tyri, Gubernatore Regni Cypri, et Fratre Aitone Consanguineo Regis Ermenie, Domino de Curco, recepimus noviter, mittimus præsentibus interclusas, in quibus nova Nobis intimata per eos, poteris intueri. Retulit enim ore tenus quidam frater, qui Litteras nobis præsentavit easdem, exponens apparatus maris Soldani, quod idem Soldanus facit inter alia octuaginta galeas numero, præparari.

Datum Lusigniaci XIII. Kal. Septembris, Pontificatus nostri anno tertio.

¹⁸⁸⁸ Étienne Baluze, *Vitæ Paparum Avionensium*, T. II, p. 103.

APÉNDICE N° 28.- Sesión de 22/11/1309 de la comisión papal.

Extracto del acta de la reunión de veintidós de noviembre de 1309 de la comisión papal en la que se recoge la comparecencia del ex templario Johanes de Melot¹⁸⁸⁹.

Eadem die Sabati, supradictis dominis commissariis existentibus in camera episcopali et pro tribunali sedentibus, venit quidam in habitu seculari ad presenciam eorumdem, qui dicebatur venire profacto dictorum templariorum. Interrogatus ab eis de nomine, condicione et causa adventus ejusdem, respondit quod vocabatur Johannes de Melot, et quod erat diocesis Bisuntinensis, et exhibuit quoddam sigillum in quo predictum nomen videbatur esse scultum, quod sigillum asserebat esse suum. Dixit eciam se fuisse de ordine Templi, et habitum ejusdem ordinis decem annis portasse, et se exivisse de eodem ordine, et quod nunquam, in anima et fide sua jurans, viderat nec audiverat, nec sciverat aliquod malum de ordine supradicto. Dixit eciam, quod venerat ad dictos dominos commissarios, paratus facere et sigillare quicquid vellent. Interrogatus a dictis dominis commissariis si venerat ad defendendum dictum ordinem Templi, et si volebat eum defendere quod diceret eis, quia parati erant benigne audire eumdem, respondit quod non venerat nisi ad illa que supradixit, et quod volebat scire quod fieret de ordine supradicto, et quod nolebat defendere ordinem supradictum, instans penes ipsos dominos commissarios, quod ordinarent de eo illud quod vellent, et quod facerent sibi ministrari vitam, cum pauper esset. Et quia fuit visum eisdem dominis commissariis, ex aspectu et consideratione persone sue, actuum, gestuum et loquele, quod erat valde simplex, vel fatuus et non bene compos mentis sue, non processerunt ulterius cum eodem, sed suaserunt quod iret ad predictum dominum episcopum Parisiensem, ad quem pertinebat recipere tales fratres fugitivos in sua diocesi Parisiensi, et quod sibi exponeret factum suum, et ipse benigne audiret eumdem, et de eo disponderet et ordinaret, ut ex[is]timabant, quoad victum et alia, quod servatur in aliis fratribus dicti ordinis fugitivis, et sic recessit ad presenciam eorumdem.

¹⁸⁸⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 26-27.

APÉNDICE Nº 29.- Interrogatorio al maestro por la comisión papal.

Extracto del acta de la sesión de la comisión papal del veintiséis de noviembre de 1309 en la que se recoge la declaración del gran maestro Jacques de Molay¹⁸⁹⁰.

Post hec, dicta die Lune, que fuit XXIII^o dies mensis Novembris, convenerunt predicti domini commissarii ad prefatam aulam episcopalem, et cum ibi expectassent quasi usque ad horam meridici, et major missa in ecclesia beate Marie celebrata esset, et nullus coram eis compareret, licet per dictum aparitorem fuisset, prout in diebus precedentibus, proclamatum quod comparerent si qui essent, qui vellent pro dicto ordine fratribus et aliis evocandis aliquid dicere, quia parati erant eos audire et facere quod esset faciendum, continuaverunt et prorogaverunt istum terminum ad id ad quod supra assignatus fuerat usque ad diem Mercurii proximo subsequentem, hora prime, et usque ad dictam diem et horam decreverunt esse expectandum; de quibus omnibus, etc. ut supra.

Post hec, die Mercurii supradicta, que fuit XXVI^o mensis Novembris, congregatis dictis dominis commissariis in camera existente post dictam aulam episcopalem, fuit per supradictos prepositum Pictavensem et Johannem de Jamvilla adductus ad presenciam eorum dominorum commissariorum frater Jacobus de Molayo, Magister major predicti ordinis templariorum. Qui, ut supradictum est in processu, lecto sibi citacionis edicto per dictum Parisiensem episcopum, responderat se velle venire ad presenciam dictorum dominorum commissariorum. Requisitus per eosdem dominos commissarios si volebat ordinem defendere supradictum vel pro eo aliquid dicere, respondit quod ordo erat per sedem apostolicam confirmatus et privilegiatus, et quod valde mirum videbatur eidem si ecclesia Romana subito volebat procedere ad destructionem ordinis supra dicti, cum sententia deposicionis contra Fredericum imperatorem dilata fuerit XXXII annis. Dixit eciam, quod ipse non erat ita sapiens sicut expediret sibi, nec tanti consilii quod posset defendere dictum ordinem per se ipsum; tamen paratus erat juxta sui possibilitatem dictum ordinem defendere; nam aliter se villem et miserum reputare[t], et posset ab aliis reputari, nisi ipsum ordinem defenderet, a quo receperat tot comoda et honores, licet difficile sibi videretur, quod congrue deffensio posset fieri per eum, cum esset in captivitate dominorum Pape et Regis, nec haberet aliquid, eciam un IIII denarios, quos expendere posset pro predicta defensione vel aliis, nisi secundum quod ministrabatur eidem. Propter quod petebat ad predicta perficienda auxilium et consilium dari eidem, dicens quod intencio sua erat, quod veritas eorum que erant imposita dicto ordini, sciretur non solum per illos de dicto ordine, verum eciam in universis partibus mundi per reges, principes, prelatos, duces, comites et barones, licet cum pluribus ex eisdem prelatis illi de ordine suo fuissent nimis rigidi in defensione jurium eorumdem. Et paratus erat dictus Magister stare deposicionibus et testimonio regum, principum, prelatorum, comitum, ducum, baronum et aliorum proborum virorum. Quia vero negocium arduum est, et predictus Magister non habebat secum, nisi unum fratrem servientem, cum quo consilium habere posset, predicti domini commissarii dixerunt predicto Magistro, quod bene et plene deliberaret super

¹⁸⁹⁰ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 32-35.

dicta defensione ad quam se osserebat, et quod adverteret ad illa que jam confessus fuerat contra se et contra: ordinem supradictum. Ipsi tamen osserebant eidem, quod parati erant eum ad dictam defensionem recipere si et prout ratio suaderet, si persistebat in dicta defensione facienda, et dilacionem eciam concedere, si amplius deliberare volebat. Volebant tamen ipsum scire quod in causa heresis et fidei, procedendum erat simpliciter, de plano, et absque advocatorum et iudiciorum strepitu et figura.

Cui quidem Magistro supradicti domini commissarii, ut plene deliberare posset, fecerunt cum diligencia legi et vulgariter exponi litteras apostolicas de commissione inquisitionis contra predictum ordinem Templi faciente a sede apostolica facte eisdem, et IIII alias litteras apostolicas ad negocium facientes, et eciam litteram in qua magister Guillelmus Agarni Aquensis prepositus se legitime excusavit, et eciam publicum citacionis edictum per quod iidem idomini commissarii citaverant ordinem Templi, fratres ejusdem ordinis et alios evocandos. Quarum quidem litterarum apostolicarum et predicti edicti tenores supra inserti sunt in processu. In quarum eciam litterarum apostolicarum lectura, potissime cum recitarentur illa que dictus Magister dicebatur fuisse confessus coram reverendis patribus dominis Dei gracia Berengario nunc episcopo Tusculano, tunc vero sanctorum Nerei et Archilei, Stephano sancti Ciriaci in Terminis titulorum presbiteris, et Landulpho sancti Angeli diacono, cardinalibus ad hoc per dictum dominum nostrum summum Pontificem deputatis et destinatis, producendo bis signum crucis coram facie sua et in aliis signis pretendere videbatur se esse valde stupefactum de hiis que continebantur super predicta confessione sua et aliis in litteris apostolicis supradictis, dicens inter alia, quod si dicti domini commissarii fuissent alii quibus liceret hoc audire, ipse diceret aliud. Et cum fuisset responsum eidem per dictos dominos commissarios, quod ipsi non erant ad recipiendum vadum duelli, subjunxit dictus Magister quod non intendebat dicere de hoc, sed placeret Deo quod illud quod observatur a Saracenis et Tartaris observaretur contra tales perversos in hoc casu, nam dicti Saraceni et Tartari abscindunt caput perversis inventis vel scindunt eos per medium. Et tunc fuit subjunctum per dictos dominos commissarios, quod ecclesia illos inveniebantur heretici, judicabat hereticos, et obstinatos relinquebat curie seculari.

Et cum idem Magister rogasset nobilem virum dominum Guillelmum de Plasianno militem regium, qui ibidem venerat, sed non de mandato dictorum dominorum commissariorum, secundum quod dixerunt, ut loqueretur cum eodem Magistro, et dictus dominus Guillelmus fuisset ad partem locutus cum eodem Magistro quem, sicut assererebat, diligebat et dilexerat, quia uterque miles erat, et quia, ut dixit idem dominus Guillelmus, habebat providere ne se vituperaret vel perderet sine causa. Et tunc idem Magister dixit, quod bene videbat quod, nisi bene deliberaret, cito posset cadere in capistrum suum, et ideo volebat deliberare, supplicans eisdem dominis commissariis, quod concederent sibi dilacionem usque ad diem Veneris proximam ad deliberandum super predictis, quam dillacionem concesserunt eidem, majorem eciam se daturus osserentes, si sibi placeret et volebat.

Quibus peractis, facta per supradictum apparitorem proclamacione, sicut in diebus precedentibus, mandato eorum, ut comparerent coram eis si erant, qui dictum ordinem defendere vellent, cum nullus compareret, de benignitate continuaverunt et prorogaverunt presentem terminum ad id ad quod supra, et dixerunt se expectaturos usque ad diem Jovis proximo subsequentem, hora prime, non intendentes per hoc revocare dilacionem datam dicto Magistro, sed procedere in aliis pertinentibus ad negocium supradictum, prout existeret rationis. De quibus omnibus, etc. ut supra.

APÉNDICE N° 30.- Sesión de la comisión papal de 27/11/1309.

Extracto del acta de la reunión de la comisión papal del día vfeintisieste de noviembre de 1309 en la que fueron examinados los hermanos Radulpho de Gisiaco y otros¹⁸⁹¹.

Post bec, predicta die Jovis, que fuit vicessima septima dies dicti mensis Novembris, congregatis predictis dominis commissariis in capella adherente aule episcopali predictae, fuerunt adducti ad presenciam dictorum dominorum commissariorum per supradictos prepositum Pictavensem et Johannem de Jamvilla, deputatos ad custodiam ipsorum templariorum, infrascripti... qui publicato eis ex parte domini Parisiensis episcopi citatorio edicto dixerant, ut fuerat relatum eisdem dominis commissariis, se velle venire ad presenciam eorumdem; cum quibus fuit processum ut sequitur. Et primo, cum fratre Radulpho de Gisiaco preceptore de Belvicinis et de Latigniaci Sico, et receptore peccunie regie in Campagna; qui interrogatus primo per dictos dominos commissarios de causa adventus sui, et si volebat ordinem defendere supradictum, respondit quod nichil volebat dicere pro dicto ordine, nec eum defendere, nec aliud dicere nisi ea que alias dixerat in confessione sua; sed venerat pro eo quod dominus episcopus Parisiensis dixit eis quod illi, qui vellent venire ad dominos commissarios, poterant venire, et pro eo quod volebat dictos dominos commissarios videre.

Post hec, eisdem loco et die, frater Ponzardus de Gysiaco preceptor de Paians, adductus ad presenciam eorumdem dominorum commissariormn, et requisitus per eosdem si volebat defendere ordinem memoratum, respondit quod articuli qui sunt impositi dicto ordini, videlicet ipsum ordinem abnegare Jhesum Christum et spuere super crucem, et quod licencia data sit quod unus fratrum se commisceret carnaliter cum alio, et quedam alia enormia similia dependencia ex eisdem, sunt falsa, et quicunque ipse vel alii fratres dicti ordinis fuerunt confessi de praemissis coram episcopo Parisiensi vel alibi, erant falsa, et quod predicta dixerunt per vim et propter periculum et timorem, quia torquebantur a Floyrano de Biteris priore Montis Falconi, Guillelmo Roberti monacho, inimicis eorum, et propter quamdam convencionem et informacionem quam fecerant ante illi qui in carceribus tenebant, et propter metum mortis, et pro eo quia triginta sex de dictis fratribus fuerant mortui Parisius per jainnam et tormenta et multi alii in aliis locis; dicens eciam, quod paratus erat defendere prefatum ordinem pro se et sibi adherentibus, si ministrarentur eis expense de bonis Templi, petens sibi fratres Reginaldum de Aurelianis et Petrum de Bolonia presbiteros, fratres dicti ordinis, dari in auxilium et consilium sibi. Reddidit eciam quamdam cedulam manu sua, ut dicebat, scriptam, in qua erant scripta nomina quorumdam, quos dicebat esse inimicos ordinis antedicti. Cujus cedula tenor talis est: Ces sont le treytour, li quel ont proposé fauseté et delauté contra este [?] de la religion deu Temple: Guillalmes Roberts moynes, qui les mitoyet à geine, Esquius de Floyrac de Biteris cumprior de Montfaucon, Bernardus Peleti prius de Maso de Genoio, et Geragues de Boyzol cehalier, veneus à Gisors.

Intenogatus si umquam fuit positus in tormentis, respondit quod fuit positus, tres menses erant elapsi ante confessionem factam per eum coram domino Parisiensi

¹⁸⁹¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 35-40.

episcopo, manibus ligatis retro, ita stricte quod sanguis sibi cucurrit usque ad ungues, in quadam sovea, in qua stetit per spacium unius leuge, protestans et dicens quod, si poneretur adhuc in tormentis, quod ipse negaret omnia que dicit modo, et diceret quicumque homo vellet. Tantum pro modico tempore, paratus erat vel capitis obruncationem, vel ignem, vel bullicionem pati pro honore dicti ordinis, tantum ita longa tormenta substinere non poterat, in quibus jam fuerat, duobus annis elapsis et plus carcerem substinendo. Item requisitus et interrogatus si volehat aliquid aliud dicere quare non deberent dicti domini commissarii ad inquirendum procedere bene et fideliter, respondit quod non, et quod volehat quod inquirerent per honas gentes.

Item cum dictus prepositus Pictavensis tradidisset dictis dominis commissariis quamdam cedulam in presencia dicti fratris Ponzardi, et fuisset lecta coram eo, dictus frater Ponzardus dixit, quia veritas non querit angulos, quod ipse scripserat quamdam cedulam ejusdem tenoris, quam tradidit eidem preposito, ad hoc ut adduceretur ad presenciam domini Pape et dominorum commissariorum, ut audiretur. Dixit eciam, quod ipse scripserat eam tanquam turbatus contra ordinem, pro eo quod thesaurarius Templi dixerat sibi verba contumeliosa. Cujus cedula tenor sequitur in hec verba:

Ce sont les articles que vous ferés demander aus freres deu Temple, desquelles articles li dit frere n'ont point esté examiné:

Primers articles, defendus des maistres que li frere n'allassent à main de preste à osserende.

Item, que li dit frere ne tenissent enfans à fons, pour batesme avoir.

Item, frere ne couchast sus toit où fame jeust; et des articles dessus dites, li maistres vousisent metre un poure frere en prison et i l'en ometoient.

Item, li maistres qui fesoient freres et suers du Temple, aus dites suers fesoient promestre obediencie, chastee, vivre sans propre, et li dit maistre leur prometoient foi et loiauté, come à leurs suers.

Item, quant les dites suers estoient entrees, li dit maistre les despouceloient; et autres suers qui estoient de bon age, qui pensoient estre venues en la religion pour leur ames sauver, il convenoit par force que li maistre en feissent leurs volentez, et en avoient enfans les dites suers; et li dit maistre de leur enfans fesoient freres de la religion.

Item, li estas de la religion estoit tex, que nus freres ne devoit recevoir autre frere en la religion, se il n'estoit sains de toutes ses membres, et non bastars, et se il n'estoit hons de bonne vie et de bone conversacion.

Item, comunement estoient larron gent qui autre gent avoient mis à mort, se il avoient un pou d'argent, sil estoient freres.

Item, que li dit maistres des baillies qui demandoient congié aus commandaurs provinciaus du faire freres, tout ainsi comme hons vent un cheval en ma[r]chié, ainsi estoit marchié fais cle celui qui i voloit venir en la religion; et vous savés que tuit cil et celes qui entrent en religion par symonie, cis qui le reçoit et cis qui i entre, est escomeniez, et cist qui est escomeniez en tel cas ne puest estre absols que de par nostre pere le Pape.

Item, que lu dit maistre fesoient jurer sus sains le frere que il n'i venoit par don ne par promesse, et li dis maistres savoit vrai que il le fesoit parjurer, et estoit li dit frere parjurs et escomeniez, en ni pavoit freres sauver sa vie.

Item, li dit commandaurs de baillies, se nus petit freres li dist aucunes choses qui li annullent, pourchasast par dons au commandaur provincial que li pouvres freres

alast outre mer, pour morir, ou en estrange terre o il ne se conoissoit, et par duel et por paureté le convenoit morir; et si 'il lessoit la religion et il povoit estre pris, il estoit mis en prison.

Item, au derrerain chapistre qui fo tenus par lu visitaur, et fu à lau chadelor feste Nostre Dame, peurposa frere Ranaus de la Folie contre frere Gerot de Villers et par un autre frere estoit perdue l'ille de Tourtose, et par lui forent mort li freres et prins, et enco r sont, et le voloit prover par bone gant, et fo por ce que li dit frere Geraut se parti un jur devant, et amena avec lui ses amis, et pour le delfaut des bons chevaliers qu'il enmena furent perdu.

Et quia idem frater Ponzardus dicebat se dubitare, quod agravaretur sibi carcer pro eo quod obtulerat se ad defensionem dicti ordinis, supplicabat quod provide-rent ne gravaretur propter praemissa, et dicti domini commissarii dixerunt dictis preposito Pictavensi et Johanni de Jamvilla, quod nullo modo gravarent eum, pro eo quod obtulerat se ad defensionem ordinis supradicti. Qui responderunt quod plus propter hoc non gravarent eundem.

Post hec frater Johannes de Sarancuria, alias de Cella, serviens, adductus ad presenciam eorumdem dominorum commissariorum, ac requisitus per eosdem si volebat dictum ordinem defendere, respondit quod nolebat eum defendere, quia nec sciret nec posset, nec aliquid volebat dicere, quin ipsi domini commissarii procederent ad inquisitionem predictam.

Post hec frater Jacobus Verjus, adductus ad presenciam eorumdem dominorum commissariorum, et requisitus per eosdem dominos commissarios si volebat dictum ordinem defendere, rcspondit quod erat agricola ét quod nesciret litigare, et quod, si sciret et posset, libenter defenderet dictum ordinem, sed postea dixit quod nolebat eum defendere, quia nesciret nec posset. Requisitus autem si persistebat in confessione quam fecit coram episcopo Parisiensi, respondit quod sic.

Post hec frater Johannes de Villa Serva, adductus ad presenciam eorumdem dominorum commissariorum. et requisitus per eosdem si volebat dictum ordinem defendere, respondit quod erat pauper homo et non posset, et quod libenter defenderet eum in bono suo et honore suo, si posset; sed quia nesciret nec posset, non vult eum defendere; et requisitus ex habundanti si vult perseverare in confessione per eum factam coram domino episcopo Parisiensi., respondit quod sic.

Post hec frater Gaubertus de Malle, adductus ad presenciam dictorum domino-rum commissariorum, et requisitus per eosdem si volebat dictum ordinem defendere, respondit quod nolebat eum defendere, et persistebat in confessione quam fecit coram episcopo Laudunensi.

Post hec frater Aymo de Barbona, adductus ad presenciam eorumdem domino-rum commissariorum, et requisitus per eosdem si volebat dictum ordinem defendere, respondit quod fuit ter in tormentis positus, et apponehatur sibi aqua cum cucufa in ore, et fuit ad panem et aquam per novem septimanas, et quod pauper homo erat, et quod non poterat defendere ipsum ordinem, et quod libenter eum defenderet si posset, sed non poterat quia oaptus erat, et quod tribus annis tenuerat seu custodierat came-ram Magistri ultra mare, et quod nil mali sciebat in Magistro nec in ordine, et nesciebat quid esset factururus, quia sibi corpus dolehat et anima flebat, et quod multa Inala passus est pro ordine. Item interrogatus ' si vellet dicere aliquid quare dicti domini commissarii non deberent procedere ad inquisitionem per eosdem faciendam, respon-dit quod nolebat aliquid dicere nec pro ordine nec contra ordinem, quamdiu esset cap-

tus. Item interrogatus si volebat persistere in confessione sua, respondit quod non diceret aliud quam dixit, quamdiu esset captus.

APÉNDICE Nº 31.- Segundo interrogatorio al maestre por la comisión papal.

Interrogatorio al maestre Jacques de Molay ante la comisión papal el veintiocho de noviembre de 1309¹⁸⁹².

Post hec, die Veneris ante festum beati Andree, congregatis predictis dominis commissariis in camera post aulam predictam in qua congregari consueverant, frater Jacobus de Molayo Magister major dicti ordinis Templi, qui in die Mercurii proxime precedenti pecierat a dictis dominis commissariis, quod posset deliberare usque ad banc diem Veneris super responsione per ipsum dicta die Mercurii facta coram eis quod ordinem defendere volebat, fuit adductus ad presenciam eorumdem dominorum commissariorum per supradictos prepositum Pictavensem et Johannem de Jamvilla, et fuit regraciatu eisdem dominis commissariis de dicta dilacione ad deliberandum concessa eidem, et quia majorem se daturus eidem obtulerant, si dicto Magistro eam accipere placuisset, et in hoc, sicut dixit, posuerant frenum super collum ejus. Interrogatus autem a dictis dominis commissariis si volebat defendere ordinem supradictum, respondit quod ipse erat miles illitteratus et pauper, et quod audiverat in quadam littera apostolica que sibi lecta fuerat, contineri quod dominus Papa ipsum et quosdam alios magnos ordinis templariorum reservaverat sibi, et ideo ad presens in statu in quo erat, nolebat aliud facere super predictis. Requisitus expresse an vellet ad presens aliter defendere ordinem supradictum, dixit quod non, sed ad domini Pape presenciam iret, quando dicto domino Pape placeret, supplicans eisdem dominis commissariis et requirens eosdem, quod cum ipse, sicut et alii homines, esset mortalis, nec haberet de tempore nisi nunc, placeret eisdem dominis commissariis significare predicto domino Pape, quod ipsum Magistrum quam cicius posset ad ejus presenciam evocaret, quia tunc tantum diceret ipsi domino Pape, quod esset honor Christi et ecclesie pro posse suo.

Item, requisitus sivellet aliud dicere quare dicti domini commissarii, qui non inromitebant se de facto singularium personarum, sed de facto ordinis supradicti, non deberent bene et fideliter procedere in negocio inquisicionis contra ordinem predictum per dominum Papam commisse, eisdem respondit quod non, requirens eos ut bene et fideliter procederent in negocio supradicto. Quibus peractis, predictus Magister ordinis templariorum dixit, quod ad exonerationem consciencie sue volebat predictis dominis commissariis exponere tria de ordine prelibato, et ea exponebat eisdem. Quorum primum erat, quod ipse Magister nesciebat aliquam aliam religionem in qua capelle et ecclesie religionis haberent meliora et pulciora ornamenta et reliquias ad cultum divinum pertinencia, et in quibus per presbiteros et clericos melius deservirent in divinis, exceptis ecclesiis cathedralibus. Secundum erat, quod nesciebat aliquam religionem in qua fierent plures elemosine quam in religione eorum; nam, in omnibus domibus ordinis, ex generali ordinacione ipsius ordinis, dabant ter in septimana elemosinam omnibus accipere volentibus eam. Tercium erat, quia nesciebat aliquam religionem nec aliquas gentes que pro defensione fidei Christiane contra inimicos ipsius fidei promptius personas suas exposuerint morti, nec tantum desanguine effudissen, et que magis dubitarentur a catholice fidei inimicis; et quod ex hoc comes Atrabatensis,

¹⁸⁹² Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 40-45.

quando fuit mortuus in partibus ultramarinis, in prelio, voluit quod dicti Templarii essent in acie sua in ante-garda, et si credidisset dictus comes Magistro dicti ordinis qui tunc erat, predicti comes, Magister et alii non periissent, et quod dictus Magister qui tunc erat, dixit quod non crederet quod ipse hoc diceret nisi propter bonum, quia sequendo consilium dicti comes [comitis ?] ipse moreretur in prelio et predictus comes una cum aliis.

Cum autem replicatum fuisset, quod predicta ad salvacionem animarum non proderant, ubi catholice fidei deerat fundamentum, respondit ipse Magister hoc verum esse, et quod ipse bene credebat in unum Deum, et in trinitate personarum, et in aliis pertinentiis ad catholicam fidem, et quod unus Deus erat, et una fides, et unum baptismus, et una ecclesia, et quando anima Separaretur a corpore, tunc appareret quis bonus et quis malus esset, et quilibet nostrum sciret veritatem eorum de quibus agitur in presenti.

Verum, cum per nobilem virum dominum Guillelmum de Nogareto cancellarium regium, qui supervenerat post responsionem factam per dictum Magistrum quod nolebat aliter defendere quam suprascriptum fuerit ordinem supradictum, fuisset dictum eidem Magistro, quod in cronicis, que erant apud sanctum Dionisium, continebatur quod tempore Saladini, soldani Babilonie, Magister ordinis Templi qui tunc erat, et alii majores ipsius ordinis, fecerant homagium ipsi Saladino, et quod idem Saladinus, audita adversitate magna quam dicti Templarii tunc passi fuerant, dixerat in publico predictos templarios fuisse dictam adversitatem perpessos, quia vicio Sodomitico laborabant, et quia fidem suam et legem prevaricati fuerant; dictus Magister fuit ex predictis verbis plurimum stupefactus, dicens quod nunquam usque tunc dici audiverat supradicta, sed tamen bene sciebat, quod, eo existente ultra mare, tempore quo erat Magister dicti ordinis frater Guillelmus de Bello Joco, ipse Jacobus et multi fratres alii de conventu predictorum templariorum, juvenes, gueram appetentes, sicut moris est militum juvenum qui volunt videre de factis armorum, et eciam alii qui non erant de conventu eorum, murmurabant contra dictum Magistrum, quia, clurante treuga quam rex Anglie premortuus posuerat inter Christianos et Saracenos, dictus Magister serviebat soldano et eum sibi retinebat placatum; sed finaliter ipse frater Jacobus et alii de conventu predicto templariorum fuerunt de hoc contenti, videntes quod dictus Magister non poterat aliud facere, quia ordo eorum habebat illis temporibus et tenebat ad manum suam et sub ejus custodia multas civitates et multa fortalicia in confinibus terre dicti soldani, nominando dicta loca que non potuisset aliter custodiisse, et eciam tunc perdita extitissent, nisi dictus rex Anglie virtualia transmisisset.

Postremo predictus frater Jacobus Magister ordinis Templi predicti rogavit humiliter predictos dominos commissarios et dictum cancellarium regium, quod placeret eis ordinare et procurare quod ipse Magister posset audire missam et alia officia divina, et habere capellam suam et capellanos. Et dicti domini commissarii et cancellarius, laudantes devocionem quam pretendebat, dixerunt se procuraturos predicta.

APÉNDICE N° 32.- Sesión de la comisión papal de 14/02/1310.

Extracto del acta de catorce de febrero de 1310 en la que se recoge el texto de una carta atribuida al guardián Philipe de Voet¹⁸⁹³.

G. de Belna Eduensis, Stephanus de Volenis Lingonensis, Johannes Rumprey Lingonensis, Jacobus de Lavine Lingonensis diocesum, singulariter et separatim requisiti, dixerunt se velle defendere ordinem supradictum. [...] et exhibuit quamdam litteram, que videbatur clausa fuisse sub duobus sigillis, quorum tamen caracteres non apparebant, quam litteram tradidit Johannes Supini clericus predictis fratribus et pluribus aliis qui erant simul tunc temporis Senonis, quando dominus episcopus Aurelianensis venit ibidem pro examinandis eisdem, prout dixit frater Laurencius de Belna suprascriptus, cujus littere tenor talis est:

Philipe de Voet prevost de l'eglise de Poytes, et Johan de Jemville huisser d'armes nostre segnor le Roy, deputez sus l'ordenance de la garde des Templiers es provinces de Sens, de Roem et de Rems, à nostre amez frere Lorent de Biame, jadis commandaur de Apuli, et aus autres freres qui sont en prison de Sans, salut et amor. Savoir vous faisons que nous avons procuré que li Roys nostre siere vous envoie à Yevesche d'Orleans pour vous reconcilier. Si vous requirens et prions que vous en la bone confession que nos vous lassames, vous tenez si devotamant et si gransemant envers le dit evescheve d'Orliens que il n'aie cause de dire que par vous nous l'aiens fait travaïer ne fait entendre mençonge; nous vous Semons Joan Chapini nostre amé clerc, au quel vous voilhet creire de part nous de ce que il vous dira, le quel en leu de nous vos anvoïens. Et sachez que nostre pere le Pape a mandé que tuit cil qui auront fayt confessions devant los quizitor, ses anvouez, qui ou cele confession ne veudoent perseveres, que ilz seront mis à damnazion et destruit ou feu. Nos avons commandé au dit Johan que il vous mit à vous les covenables cameres, tant que nous serons à vous, où nos serons brevement, si Diu plet, et fessons alé, se ne fust pour avere grant besogne où li Rois envoie sue [?] oit garde de nous.

Dictus vero prepositus, vocatus ibidem per dictos dominos commissarios, ostensa sibi dicta littera, et per eum visa et diligenter inspecta, dixit quod ipse non credebatur misisse dictam litteram, nec sciebat si sigillo suo sigillata fuerat, nam clericus suus aliquociens tenebat sigillum suum, nunquam tamen de mandato vel consensu suo sigillata fuerat, sicut dixit, asserens quod ipse nec per se nec per nuncium nec per litteram nec alias unquam induxit aliquem fratrem dicti ordinis nec dixit alicui quod diceret nisi veritatem puram, volens quod istud a dictis fratribus peteretur. Prefati vero Johannes de Cochiaco et Laurencius de Belna dixerunt ibidem quod dictus prepositus nunquam eis dixerat quod dicerent nisi bonum et veritatem.

¹⁸⁹³ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 71-72.

APÉNDICE N° 33.- Último interrogatorio al maestre por la comisión papal.

Tercera y última comparecencia del maestre Jacques de Molay ante la comisión papal el día dos de marzo de 1310 en el que reitera que sólo declarará ante el papa¹⁸⁹⁴.

Post hec, die Lune sequenti, que fuit II diesmensis Marcii, convenerunt omnes septem domini commissarii predicti in quadam parva camera dicte aule adherente; et fuerunt adducti coram eis, de domo predicta Templi Parisiensis, fratres subscripti, qui singulariter requisiti, si volebant dictum ordinem defendere, responderunt ut sequitur:

[...]

Frater Jacobus de Molayo miles, Magister magnus ordinis Templi, requisitus per dictos dominos commissarios si vult defendere dictum ordinem, respondit quod dominus Papa reservaverat eum sibi, et ideo supplicavit quod dicti commissarii dimitterent eum super istis, quousque in presencia domini Pape, et tunc diceret quod videret expedire. Qui domini commissarii expresse declaraverunt quod contra personam suam sicut contra singularem nichil facere nec inquirere volebant nec poterant, sed tantum procedere in inquisicione sibi commissa contra ordinem, secundum traditam eis formam quod eos facere oportebat, et requisivit idem Magister quod dicti domini commissarii scriberent domino Pape, quod se et alios per dominum Papam reservados ad suam presenciam evocaret. Et dicti domini commissarii responderunt ei quod lioc facerent quam cicius possent.

Acta fuerunt hec predictis die et loco, presentibus me Floriamonte Dondedei et aliis notariis supra proximo nominatis.

¹⁸⁹⁴ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 87-88.

APÉNDICE N° 34.- Sesión de la comisión papal de 28/03/1310.

Extracto del acta de la sesión de la comisión papal de veintiocho de marzo de 1310, en la que se recoge el nombramiento de los defensores y las primeras alegaciones presentadas por éstos¹⁸⁹⁵.

Post hec, die Sabati sequenti, que fuit XXVIII dies mensis Marcii, convenerunt in viridario retro aulam et domum dicti domini episcopi Parisiensis omnes domini commissarii supradicti, et omnes infrascripti fratres dicti ordinis Templi fuerunt ibidem adducti ad presenciam dictorum dominorum commissariorum; in quorum omnium presenciam iidem domini commissarii fecerunt ibidem legi Latinis verbis commissionem ad inquirendum contra templariorum ordinem factam eisdem, et articulos sub bulla eis transmissos de quibus inquirere habent contra ordinem supradictum. Quibus lectis integraliter et perfecte, voluerunt et preceperunt iidem domini commissarii quod vulgariter omnia lecta exponerentur eisdem; sed responsum fuit per dictos fratres quod contenti erant de lectura facta in Latino, et quod non curabant quod tante turpitudines quas asserebant omnino esse falsas et non nominandas vulgariter exponerentur eisdem. Quibus peractis, iidem domini commissarii exposuerunt eisdem qualiter cum diligencia intendebant fideliter procedere ad execucionem mandati apostolici facti eisdem. Unde cum omnes fratres predicti obtulissent se ad defensionem ordinis memorati, et difficile esset omnes ad presenciam venire eorumdem dominorum commissariorum pro defensione predicta, nec insimul omnes absque confusione et turbacione negocii convenire nec audiri et exaudiri possent (ut re ipsa ibi apparebat) per tumultum, parati erant iidem domini commissarii, si et in quantum tenerentur de iure, recipere procuratores ad dictam defensionem ordinis prout ad ipsos fratres poterat pertinere, sex vel octo vel deceni vel plures ex ipsis, si eos nominarent eisdem, et eos constituerent pro se et pro dicto ordine, in quantum ad eos pertinere posset defensio, procuratores ad defensionem predictam faciendam, et dare supradictis nominandis, deputandis et constituendis a dictis fratribus, liberam facultatem loquendi et deliberandi cum aliis super hiis que vellent dicere et proponere ad defensionem ordinis supradicti, et facere in praemissis et aliis quod existeret rationis.

Post que, predicti fratres habuerunt deliberacionem inter se super praemissis, dictis dominis commissariis ad partem se ponentibus et trahentibus, relictis fratribus memoratis. Post quam quidem deliberacionem, frater Raynauld de Pruino presbyter, preceptor domus Aurelianensis dicti ordinis, et fiater P. de Bolonia presbyter, procurator in curia Romana dicti ordinis, ut dicebatur, qui ambo sunt litterati, proposuerunt pro se et pro supradictis omnibus et singulis fratribus, et scribi fecerunt ad dictamen eorum ista que secuntur. Asseruerunt enim quod sibi et dictis fratribus dura videbantur, primo quod privati sunt ecclesiasticis sacramentis, et fuerunt a tempore captivissimum spoliati quidam habitu religionis, et omnes bonis temporalibus, et eciam omnes incarcerati vilissime et incathenati, et sunt adhuc.

Item, quod male providetur eis in omnibus.

Item, quod fere omnes fratres mortui extra Parisius in carcere, sepulti sunt extra loca sacra et cimiteria.

¹⁸⁹⁵ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 99-102.

Item, quod, in fine dierum suarum, fuerunt eis denegata ecclesiastica sacramenta.

Item, quod non videtur eis quod possit facere procurator sine consensu Magistri sui, sub cuius obediencia ipsi et omnes alii fratres dicti ordinis sunt et esse debent.

Item, quod fere omnes sunt illiterati et simplices, unde petunt habere consilium virorum prudentum et sapientum. Dixerunt eciam quod multi sunt quivolunt venire ad defensionem ordinis, sed non permittitur eis, de quibus nominaverunt fratrem Raynaldum de Vossinhaco militem Lemovicensis diocesis, et fratrem Matheum de Clichiano Parisiensis diocesis.

Item pecierunt quod Magister, et fratres et alii preceptores provinciarum insimul congregentur, ut super constituendis procuratoribus et aliis peragendis possint plene deliberare.

Item, dixerunt et protestati fuerunt quod si predicti Magister et preceptores nolent vel non possent concordare vel interesse cum eis, quod nichilominus ipsi facerent quod deberent.

Quibus scriptis per nos notarios, et propositis et dictatis per eos, coram dictis dominis commissariis, et lectis in Latino, et expositis in vulgari, coram fratribus memoratis, dicti domini commissarii obtulerunt eis iterato quod parati erant, si et quantum de jure tenerentur, recipere procuratores, si eos volebant nominare et constituere, prout predixerant eis, et insuper eos et eorum quemlibet tunc et quandocumque coram eis venire vellent, benigne audire, si aliquid volebant dicere et proponere ad defensionem ordinis supradicti; declarantes eis quod Magister dicti ordinis, et visitator Francie, et aliqui alii magni preceptores dicti ordinis responderunt requisiti, quod nolebant dictum ordinem Templi defendere supradictum coram eis in statu in quo erant, et quod frater Guillelmus de Castro Novo Iniles responderat quod nolebat tunc defendere dictum ordinem coram eis in statu in quo erat. Declaraverunt insuper eis quod facultatem dederant omnibus qui dixerant se velle defendere dictum ordinem, veniendi ad eos, et adhuc dabant; I et preceperunt quod prefati fratres, Raynaudus de Vassinhaco et Matheus de Clichiano, adducerentur ad presenciam eorumdem, quandocumque voluerint.

Quibus actis, predictus dominus archiepiscopus Narbonensis, presentibus predictis collegis suis, dictis fratribus in dicto viridario congregatis, dixit: Fratres, vos audivistis que dicta et oblata sunt vobis per nos et collegas nostros; ordinetis aliquos hodie, dum estis hic, quia negocium requirit accelleracionem, et terminus concilii generalis appropinquat, et vobis expedit accelleracio negocii, qui, ut predictum est, pro defensione ordinis coram nobis compareant et faciant, et nos faciemus quod fuerit rationis, scientes quod non intendimus vos alias congregare, sed procedere innegocio juxta traditam nobis formam.

APÉNDICE Nº 35.- Intervención de Pedro de Bolonia de 31/03/1310.

Extracto del acta en la que consta la declaración realizada por Pedro de Bolonia el treinta y uno de marzo de 1310, en nombre de los templarios detenidos en la abadía de Sainte Genevieve¹⁸⁹⁶.

Post hec, nos notarii predicti, et Hugo Nicolai, et Guillelmus Radulphi predicti accessimus apud Templum Parisiense, et adducti ibidem coram nobis Templari i ibidem detenti, videlicet fratres P. de Bolonia presbyter, ... qui alias se ad defensionem ordinis obtulerant, et fuerunt, die Sabati preterita, coram dictis dominis commissariis in prato domini episcopi Parisiensis, et fuerunt per nos supradictos notarios interrogati utrum deliberassent super procuratoribus per eos constituendis et faciendis, secundum et prout dictum fuit eisdem, dicta die Sabati per dominos commissarios antedictos. Qui responderunt, et nobis scribentibus, per hos [sic] fratris P. de Bolonia predicti, dictaverunt seu dictari fecerunt infrascripta: Quod quia caput habebant, hoc sine ipsius licencia facere non poterant nec debebant, dicentes quod procuratores ad hoc constituere non intendebant nec volebant, osserentes se paratos coram dictis dominis commissariis comparere et defendere dictum ordinem, prout fuerit rationis. Dixerunt preterea, et dicunt et asserunt ad defensionem ordinis supradicti, quod omnes articuli missi per dominum Papam sub bulla ipsius, eis lecti et expositi, scilicet inhonesti, turpissimi, et irrationabiles, et detestabiles, et orrendi, sunt mendaces, falsi, imo falsissimi, et iniqui, et per testes, seu sursurones et sugestores inimicos et falsos, fabricati, adinventi et de novo facti, et quod religio Templi munda et immaculata est, et fuit semper, ab omnibus illis articulis, viciis et peccatis predictis; et quicumque contrarium dixerunt vel dicunt, tamquam infideles et heretici locuntur, cupientes in fide Christi heresim et turpissimam zinzanniam seminare, et hec parati sunt corde, ore et opere, modis omnibus quibus melius fieri potest et debet, defendere et sustinere. Petunt tamen quod, ad hoc faciendum, habeant potestatem liberam personarum; item, quod personaliter possint esse in concilio generali, et qui non poterunt interesse, possint aliis fratribus euntibus ad concilium æmmittere vices suas, quod quidem facient, dum se viderint in propria potestate et a carceribus totaliter liberatos. Item dicunt quod omnes fratres Templi, qui dixerunt ista mendacia esse vera, vel partem eorum, mentiti sunt et falsum dixerunt; tamen dicunt non esse imponendum, quia timore mortis ea dixerunt, nec debent prejudicare religioni vel eciam personis eorum, quia metu mortis et per gravissima tormenta que passi sunt hec dixisse noscuntur, et si qui ex eis non fuerunt pdsiti in tormentis, tamen timoribus tormentorum exteriti, videntes alios sic torqueri, dixerunt voluntatem torquencium, quod eis imputari non debet, quia pena unius multorum est metus, et quia videbant quod alio modo transire non poterant penas vel timores mortis nisi opi[tu]lante mendacio; vel quidam forte corrupti fuerunt prece, precio, blandimentis, vel magnis promissionibus, vel minis.

Item, quod hec omnia sunt ita publica et notoria, quod nulla possum tergiversacione celari, et supplicant pro Dei misericordia quod fiat eis justicia, qui tam longo tempore indebite et injuste fuerunt oppressi et sunt; et tamquam boni et fideles Christiani, ut dicebant, pecierunt eis ministrari ecclesiastica sacramenta. Et hec omnia su-

¹⁸⁹⁶ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 114-117.

pradicta fuerunt verba prolata ex ore predicti fratris P. de Bolonia. Qui nichilominus dicens se esse procuratorem generalem dicti ordinis Templi eciam in curia Romana, in qua curia dicebat suum procuratorem existere, respondit quod suo et nomine procuratorio tocius ordinis supradicti et sibi adherencium in hac parte et adherere volencium nunc et in futurum, tamquam conjuncta persona et frater dicti ordinis, dictum ordinem volebat defendere prout melius poterit et debebit.

Post hec accessimus apud sanctum Martinum de Campis de Parisius, ubi tenebantur capti XIII fratres subscripti, videlicet fratres Raynauld de Cuneriis miles, Egidius Botengni presbyter, Robertus le Cavalier presbyter, Robertus de Corenflos, Guillelmus de Platea, Henricus de Compendio, Johannes de Bolencuria, Philippus de Mini, Bertrandus de Somorens, Martinus de Marteles, P. le Gris, Johannes de sancto Justo et Michael Musti de Ambianis. Et requisiti, ut alii supra, per nos notarios, dixerunt quod procuratores ad hoc constituere nolebant nec intendebant, ita capti et incathenati, cum haberent caput sub cuius obediencia existebant, dicentes quod siessent cum eorum superioribus, cum eis deliberarent super istis, et quod quilibet eorum per se dictum ordinem tamquam bonum et sanctum defendere volebant, prout melius posent et deberent, et pecierunt eis ministrari ecclesiastica sacramenta, tamquam bonis et fidelibus Christianis quos se esse asserebant. Dixerunt insuper quod ipsi credebant Magistrum eorum majorem esse bonum, justum, legalem, et mundum ab erroribus ipsi ordini impositis, et quod nunquam ipsi eis imposita, tamquam falsa et mendacia, fecerunt, nec eis usi fuerunt, et quod nunquam de dictis erroneis eis impositis loqui audiverunt ante capcionem eorum, dicentes quod sunt probi, legales, et iusti, et immunes ab erroribus eis impositis.

Post hec, eadem die Martis accessimus ad domum quondam domini episcopi Ambianensis, juxta portam sancti Marcelli, ubi detinebantur capti XIV Templarii, de illis qui fuerant die Sabati proximo preterita in viridario domini episcopi Parisiensis, inter quos erat predictus frater Reginaldus de Pruino preceptor Aurelianensis, presbyter. Qui requisiti quod deliberaverant super procuratoribus constituendis per eos ad defensionem ordinis, responderunt quod frater Reginaldus pro se et pro aliis sibi adherentibus die crastina veniet coram dominis commissariis, et tunc respondebit coram eisdem ad defensionem ordinis pro se et aliis sibi adherentibus, prout sibi videbitur faciendum. Protestatur tamen idem frater Reginaldus de suis rationibus proponendis et dicendis coram eisdem dominis commissariis die crastina, et post cras, et alias, loco et tempore opportunis, pro se et ordine ac aliis sibi adherentibus in hac parte. Nomina vero dictorum fratrum qui in dicta domo erant sunt hec, videlicet fratres Reginaldus de Pruino, Jacobus de Rupella, Johannes Ducis, Gerardus Ducamur, Johannes de Mortuo Fonte, Robertus de Somoy, Matheus Daratz, Guillelmus Esparlart. Bernardus Coquardi, Radulphus de Grandi Vilarii, Symon le Reppe, Gossoynus de Candano, et Johannes de Rociaco ac Petrus de Serre.

Item, eadem die Martis accessimus ad domum domini comitis Sabaudie, juxta predictam portam sancti Marcelli, ubi detinebantur quidam Templarii qui fuerant die Sabati predicta in dicto viridario domini episcopi Parisiensis, inter quos erat frater Raymondus Guillelmi de Bonca miles. Qui requisiti quod deliberaverant super procuratoribus constituendis per eos ad defensionein ordinis et aliis sibi in dicto viridario éxpositis, respondit idem frater Raymondus quod extunc non potuerunt deliberacionem aliquam habere super predictis, cum fuerint et steterint ab aliis Templariis qui volunt defendere ordinem separatim, adjiciens quod si ipsi cum aliis, presertim de lingua Occitana, congregarentur in eodem loco, deliberarent super predictis taliter, quod responderent plene, super hiis et aliis, dominis commissariis antedictis. Re-

quirens insuper quod congregentur ipsi cum aliis, presertim cum illis de lingua Occitana.

Item, die predicta erant quidam alii Templarii detenti in domo comitis memorati, qui requisiti, ut suprascripti, dixerunt, ut supradicti Templarii proximo, et quod super predictis responderent ad plenum dictis dominis commissariis si congregentur cum aliis Templariis qui volunt defendere ordinem, hoc cum instancia requirentes. Nomina vero dictorum fratrum qui in dicta domo erant, sunt hec: Constancius curatus de Colaours, Addam le Marechal, Michael de sancto Mamilio, Girardus de Genet, Reginardus de Fontanes, Johannes la Forest, et dictus Raymondus Guillelmi de Benel miles, Adhemarus de Peresio miles, Bernardus de Gallo, Bernardus de Revello, Guillelmus Radulphi, Guillelmus de Sarthago miles, Johannes de Valle Gellosa presbyter, Raymondus de Clans presbyter, Raymondus Guillelmi de Salis, P. de Maiaco, P. Pages et Hugo de Sessa....

APÉNDICE N° 36.- Intervención de fray Reinaldo de Pruino de 1/04/1310.

Extracto del acta que recoge la intervención de Fray Pruino ante la comisión papal el uno de abril de 1310¹⁸⁹⁷.

Post hec, eadem die Mercurii revenimus ad dictam capellam adherentem aule episcopali predictae, ubi convenerunt omnes domini commissarii supradicti. Quibus nos notarii prefati in scriptis reportavimus responsiones quas iidem fratres fecerant nobis notariis antedictis, et ibidem fuerunt adducti ad eorum presenciam predictus frater Matheus de Clichiano, qui dixit quod volebat dictum ordinem defendere pro posse suo, ac predicti fratres reynaldus de Pruino et P. de Bolonia presbyteri, Guillelmus de Chambonnet, et Bertrandus de Sartigiis milites, et frater Robertus Vigerii. Quos dicti domini commissarii requisiverunt, si volebant aliquid dicere vel proponere ad defensionem dicti ordinis coram eis, et si fecerant vel facere aut constituere intendebant aliquo s procuratores ad predictam defensionem. Ad que dictus frater Reginaldus de Pruino pro se et aliis ibidem assistentibus, ac quibuscumque sibi adherentibus et adherere volentibus, quamdam cedula[m] tradidit et legit ibidem; cujusquidem cedula tenor sequitur in hec verba:

In presenciam vestra, reverendi patres et domini mei, ego frater Reginaldus de Pruino Aurelianensis preceptor, nomine meo et michi adherencium, protestor de ordine nostro defendendo, et de rationibus et excepcionibus juris et facti proponendis loco et tempore competentibus, et omnia faciendi que juris et facti erunt facienda ad defensionem predictam.

Item, protestor quod si aliqua dixero que litis contestacionem sapiant, quod mihi non prejudicet nec aliis michi adherentibus, quia intencionis mee non est litem contestari, sine consilio et spoliatus.

Item, protestor quod non est intencionis mee aliqua dicere vel proponere contra sanctissimum patrem, sacrosancte Romane ecclesie summum Pontificem, nec contra sedem apostolicam, nec contra personam excellentissimi principis Regis Francorum nec ejus filios. Unde, reverendi patres et domini, quantum ad constituendos procuratores, vobis respondeo quod nos habemus superiorem et conventum qui non sunt hic presentes nec major pars ipsius conventus, sine quorum consensu non possumus facere vel ordinare procuratores predictos. Quare paternitati vestre supplicor, nomine quo supra, quatenus predictus Magister noster, Francie, Aquitanie, Cipri, Normanie preceptores, et omnes alii fratres quotquot sunt in custodia gentis Regis, ponantur in manu ecclesie penitus ita quod gentes Regis nec ejus ministri aliquatenus de ipsorum custodia se intromittant, quia scimus predictos fratres non audere consentire defensionem ordinis propter eorum metum et seductionem et falsas promissiones, quia quamdiu durabit causa durabit et confessio falsa, et cesante causa, adherebunt michi et defensionem predictae, et hos fratres moneatis [?] eos ut intersint mecum vel prebeant consensum de procuratoribus faciendis, et si noluerint consentire, petto assensum eorum superioris in eorum defectum et negligenciam.

¹⁸⁹⁷ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 126-128.

Item, peto ut assignetur michi et michi adherentibus de bonis ordinis tantum quod possimus solvere salaria procuratorum et advocatorum, et nobis facere expensas necessarias in persecucione negocii.

Item, peto securitatem procuratorum et advocatorum, et mei et michi adherentium.

Item, quod omnes fratres qui relicto habitu ordinis cotidie conversantur inhoneste, ponantur in manu ecclesie et in custodia secure, donec cognitum sit utrum falsum vel bonum perhibuerint testimonium, quia scio eos et quosdam alios prece vel precio fore corruptos.

Item, peto quod inquiratur ab illis qui fuerunt in ultima voluntate fratrum nostrorum in persecucione ista decedencium, et maxime a sacerdotibus qui eorum confessionem audiverunt, si in confessione contra ordinem vel pro ordine decesserunt.

Item, dico, reverendi patres, quod non potestis procedere contra ordinem de jure, nisi tribus viis, aut altera eorumdem, videlicet via accusationis, denunciacionis, seu officio judicis; unde peto quod si via accusationis vultis procedere, quod appareat accusator, et se obliget ad penam talionis, et caveat de lite proseguenda, et restituendis expensis, si injuste, etc.

Item, dico quod si via denunciacionis intenditis procedere, quod non est audiendus denunciator, quia ante denunciacionem debuit nos fraterna correptione monere, quod non fecit.

Item, dico quod si officio procedere intenditis, reservo michi et michi adherentibus rationes et defensiones proponendas ordinato processu, non astringens in aliquo super hiis que michi et ordini sunt concessa.

APÉNDICE N° 37.- Intervención de fray Joan de Montreal de 3/04/1310.

Extracto del acta de la sesión del tres de abril de 1310 de la comisión papal en la que figura la comparencia de los portavoces y la intervención del hermano Jean de Montreal¹⁸⁹⁸.

Post hec, die Veneris sequenti post octabas Annunciacionis Dominice, que fuit tertia dies mensis Aprilis, venerunt et comparuerunt coram dictis dominis commissariis, in capella predicta, fratres Templarii infrascripti, videlicet fratres Guillelmus de Sornayo miles, pro se et aliis predictis XII fratribus dicti ordinis qui cum eo tenebantur in dicta domo Blavoti prope portam sancti Anthonii, et fratres Radulphus de Compendio et Johannes de Fontanvilla pro se et aliis XI fratribus predictis dicti ordinis qui cum eis tenebantur in dicta domo de Ocrea prope crucem de Tirant, et frater Radulphus de Taverniaco pro se et aliis VI fratribus predictis dicti ordinis qui cum eo tenebantur in dicta domo Roberti Anuerdi in vico veteris platee Porcorum; item fratres Nicolaus de Romanis et Dominicus de Verduno, pro se et aliis VII fratribus predictis qui cum eis tenebantur in dicta domo Guillelmi de Marcihiaco prope portam sancti Antonii; item frater Addam de Inferno, pro se et aliis VIII fratribus predictis qui cum eo tenebantur in domo Nicolae Ordee in vico Predicatom Parisius; item frater Johannes de Valbelant, pro se et aliis VI fratribus predictis qui cum eo tenebantur in domo Johannis de Chamis in vico de porta Balderii; item fratres Guillelmus de Fuxo miles, et Johannes de Monte regali, et Ber. Charverii, ac Johannes de Bellafaya, pro se et aliis XXXVIII fratribus predictis qui cum eis tenebantur in domo Ricardi de Spoliis in vico Templi Parisius; item fratres Egidius de Parbona et Nicolaus Versequin, pro se et aliis X fratribus qui cum eis tenebantur in abbacia sancti Maglorii Parisius. Et dictus frater Johannes de Monte regali, pro se et aliis predictis comparentibus et pro aliis de eorum societatibus predictis, exhibuit et legit in presencia dominorum commissariorum predictorum ad defensionem ordinis sui quamdam cedula, tenorem qui sequitur continentem:

En nom de Nostre Sire, amen. Propaissant li Templers, primarament que lor ordre fu senz et aprobez antiquamant ben et honestamant pour la sancta Egleize de Roma.

- Item, propousant que touit li frere qui furent fez de cel ora jusque ici, furent fez bien et honestament, e senz tout pechié, segun la foy catholica de Roma, ensi quo se puet trover por les livres de la masson oisquieus se contient; li quieu livre sunt de una maniere por les diversas partidas dou siecle. Appar ensi pour li frere qui ont esté deu dit ordre trespertrés en autre, c'est à savoir en l'Ospital et en l'ordre de sans Lorens, et en ceau deus Escoliers qui furent en l'ordre deu Temple, et pour les confessions des freres qui sont mors en la prison, e par les apostates.

Proposant li frere deu dit ordre queil vivorent bien et honestament segon la foy catholica de Roma, en oïr leur orres, en fare le jejuni que sant Eglieze commanda, et plus que il jejunavant II carantenass chescun an, confessavant e comenegavant tres fois, c'est à savoir à Noël, a Paschas, à Pentecosta, en presensa deu pueple, pour la personne deu frere chapellan do leur ordre, se il i fust, et si no i fust, par una autre re-

¹⁸⁹⁸ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 139-147.

ligions à capella deu sieclo. Ensi quant il estoient malades, cenfesier, commengier, enolier, e sevolir, quant estoient mors, en terra benedeta, ensi comme loiau Crestian de Nostre Segnor, en presensa deu pueple; e pour chascun frere qui morent, il tenoient un poure repari, pour l'arme de li, XL jors de cel viande como li autre frere manquent. Encoras eront tuit li frere de cela meson teneus de dire C Pater noster pour l'arme de li, dedens VIII jors après sa mort; e ceit e manifest pour toute maniera de gens de siegle.

Item, propousant li frere deu dit ordre que pour toutes leurs eglises estoit le greignor autier de Nostre Dame, à la sieue enor edifès; encoras que toutas les oras auz oreut premeramant li frere em piés, salva la complée que se cantet dererena, por ce que Nostre Dame fu chiés de la religion, e sera si, si li plait.

Item, propousent li frere deu dit ordre que, au jourz des Veners sans, adoravant la crus humiliament et devota en presence deu pueple, e que il portant la crus vermeile eus mantieus en la onour et en la reverencia de la crus en que Nostre Sire sustinez mort et passion pour nos.

Item, les freres deu dit ordre proposent que lors capitols estoient celebrés bien et honestament, sens nulle tachees de peché, segun la foy de Rome. Encoras en chascun chapitilles general, preschavent à la foyz avesque, à la fois predichaour au frere Menours; e ze se trovera per eus, e per li frere qui sunt issu de l'ordre, e par li apostata.

Item, propousent li dit frere que en lor ordre se tenoit corr e ajun e justice segun Dieu; et ceu se trovera par li frere qui ent esté Templer e sont tresportés aus autres religions, et par li apostata.

Item, propausant que nostre paire lo Papa lor dona freres chapellan deu dit ordre, por aver la comunia de lors, comma en zose trovera per lo previlegi de la maison.

Item, proposent que lors chapellans estoient servidors bien et honestament segun la foy catholica de Roma.

Item, proposent que en lors masons se tenoyt espitalité de aumosine aus vian dans cotidianamant, et espicialment tres foyz la semana, à chascun que venir i voloit.

Item, proposent que au Juoudi absolu avoient li poure en lors mesons, pour ferre le maudit ensi cant est establi pour la gleza de Rome.

Item, proposent que chascun dimenche, en lors masons ou en altre parte où sunt por oïr missa, prendrent pan beneit de le man de ceau qui cantoit la missa.

Item, proposent que chascune feste grant fesoient processions en lors eglises, pour la onour de cella festa, davant le pople.

Item, proposent que chant aucun frere issoit de l'ordre e se metoie en autre, que nos avions privileges de eaus reconcilier en pena d'escominion, e le recourcans autres sa voluté, por que si el sanse for [?], que ben entre nous il ne tornera point.

Item, proposant li frere deu dit ordre que à la vegeuda ainans [?] s'en aloent, et après un temps retomoient à la merci de la massons, et fesoient lor peneanche; por quoi dient li frere du Temple que s'il seussent nulle mauvesté en l'ordre, que il ne retoumassent point estre eus frere.

Item, propossent quan canoines, moines, preicaurs, freres meneurs, carmelis, de la Trinité, sont issus de lor religion e venus en l'ordre deu Temple, li quieus n'i fussent mie venus se il seussent en nos nule mauvesté de pechié.

Item, proposent se aucun frere deu dit ordre sont eu fez archevesques et avesques d'aucuns lieus par la santa glise de Roma.

Item, proposent que antiquamant li frere deu dit ordre sont eus cubicullaves de nostre sire le Papa, et vivoient en conversamant religion sancta et honesta, en tiel guisse que se il fussent cil on lor mist de sus, ils ne leseurent pas receu en cel oflici.

Item, proposent li frere deu dit ordre que nostre sire le Roy de France et aucuns autres Rois ont tenus tresauriens et aumoniers et autres oflicials deu dit ordre, sens touta mavesa sopita de error.

Item, proposent que arcevesques, avesques, comtes et barons si ont tenus freres deu dit ordre en lor ossicis, sens touta sospita de mauvesa error.

Item, proposant que aucuns prelates de sancta Glisa, e nobles et non nobles, les cals avient devocion eus biens esperituels de la masson, requiront esser receus eus biens de la meson, et il donnoient leur enmesgnes en pouira devocion que il avoient en la meson, le quel chose il ne fussent mie se il trovassent le contraire.

Item, proposent que aucuns nobles et aucuns autres requeroient estre freres deu Temple à la mort, pour la devocion del ordre que il li avoit.

Item, proposent que l'ordre deu Temple, en temps passé, si se es parties de la mer, et de sçà mior, ens lieus que estoient en frontiera de Sarazin, bien et loiaument contre li anemi de la foy de Jeshu Crist, en temps du rois Lois, deu roy de Inglaterra, en jiu [?]teps se perdi des foys tout le convent; et après, en temps de frere G. de Berninet nostre Maistre, que mori en Acre à mers III^o freres, qui morirent aveque li en Acre.

Item, proposent que en Spanha et en la frontera d'Arago, si se ise portes liaument contre li, en aunor de la crouz, à lor forsa et à lor poir; e ce se puet trovier por lo roy de Castella et d'Aragon, le ausors poir il ont esté.

Item, proposent que li frere del dit ordre qui furent pris, XXV ans a passés, en fayt d'armes, qui simt poir deu Sonda, ne por pour de mort, ne pour dons, nos ouit ez volgut reneier de lor Creator; per que dient li Templers, que se il fussent tiens cant om dit, cil sont fet, ils fussent delivrés maintenant de l'avant dita prison.

Item, propousent li dit frere que la sancta cros du Temple, la quela grecia vesiblement e manifesta levo miet [?]del cros de la persona en qui est, la quel sancta cros est et sol esser en poder deus Templiers, se il fussent tieus gens que om dit, no demorera ni se leysera garder à ties gens.

Item, proposent que la spina de la corona que fu de Nostre Senior in cele meisme guisse ne florirra au jor del Venres sanz entre les mans des freres capellans deu Temple, si il fussent tiels que om lor met dessus.

Item, proponent deu cors de sancta Eufemia que venit à Castel Pelegri por grace de De, en quel luc il a faicz plusors miracles, deu por li, que ile ne i so fure mie herbergée entre li Templiers, se il fussent cil que om dist, ne aucunas auteras reliquies qui sont et solunt ester en poder deu Temple.

Item, proponent li frere deu dit ordre que las almoinas qui se fasoient desà mior en las mesos, ni celasque se fasoient entra mer, por li Maistre et por l'armeianer, ne se porroient émendier per nulle re del mont, ne le ben que en set estre fès, si sesta fausenda n'euse estré Inise Sur l'ordre, tant en passages quant autres choses.

Item, proposent que il sont mort plus des XX frer por la foi de Die ontra Iner.

En perro, si nul home voloit dire que en l'ordre del Temple fusse fete nulla mavesté, dizem que il sont aparelié de combatre am tot homme, exceptat l'ostal de nostre seignor le Roy e de nostre seignor le Papa.

A tergo vero dicte cedulle erant hec: Et si pars adversa aliquid proponere voluerit, petimus transcriptum et diem ad deliberandum.

Item, proposent che la glesa lor e defenduta à grau tort, dont hei cherunt per Dieu che la sia redua.

Item, et hoc primerament li frere deu Temple negant esse vers tug cetez mauveses articles que om lor (met) surs l'ordre.

Item peciit pro se et nomine quo supra ecclesiastica sacramenta, et cerpora decedencium fratrum tradi ecclesiastice sepulture, et ante exhibicionem dicte cedule dixit coram dictis dominis commissariis quod ipse et alii fratres prenominati erant layci et simplices, et ideo petebant advocatum sibi dari. Dixit eciam quod multi voluissent venire ad defensionem ordinis, sed non permittitur eis, hec dicens expresse de fratribus apud Montem Ferandi in Advernia detentis, et peciit eos adduci coram dictis doininis commissariis ad defensionem predictam. Ad quod responsum fuit per dictos dominos commissarios, quod illi qui in denunciacione predicti eorum edicti dixerunt se velle defendere ordinem antedictum, adducti fuerunt Parisius, et adhuc sunt et fuerunt coram eis in dicto viridario domini episcopi Parisiensis. Alii vero quí dixerunt se nolle defen dere ordinem Inemoratum, de que extant publica instrumenta, et ideo non fuerunt adducti.

Item, eadem die Veneris, fuit exhibita et tradita ibidem coram dictis dominis commissariis cedulla, cujus tenor inferius est insertus, per Colardum de Ebroicis custodem XI templariorum fratrum in dicta domo de Leurage detentorum, ex parte dictorum undecim fratrum, ut dicebat, transmissa ad defensionem predictam; tenor vero dicte cedule sequitur et est talis:

Vehi les reisons et les defenses que li frere qui sunt en garde Colart de Evreis proposent a defendre la religion du Temple et leur cors de cas qui sunt proposé contre eaus, vos ques cas ne sont mie veritable. E dit Jehan Penet, freres chapellans, frere Mayeus de Cresson Essart et freres Andrces li Morloiers, et lour compaignus dusques à XI tout d'une compaignie: Primeremant que le religion deu Temple fu fete et fondée e nom de Deu, damada sancta Maria, et fu divisea et establie per monseigneur saut Bernart et des pluseus prudomes, et fu confremée de nostre per le Pape qui à che tans estoit et des autres papes ensuians, e che le religion nos a esté baillie e l'avon tenue et maintenue à nostre poir, et en chelle religion volus vivre et mourir pour le sauvement de nos ames.

Item, nos disons que en la religion deu Temple, par toutes les massons à chapelle, avoit prestre et clorec, et plus des seculers que de le religion deu Temple, qui fesoient le servise Nostre Segnor les freres presens, et buvoient et mengoient aviec aus, et gisoient en lor dordoirs entre aus, des quieus prestres et clers nos requerens les enquestes.

Item, cele devant dite religion li pere i atreoit li fil, et li freres se frere et li oncles le neveu; par coi nous disons se le religion fuit mauvèse, il ne les atraissent mie avec aus.

Item, se aucuns freres par courous ou par maulvès coucel laissent leur abiet et alassent au siecle, il venoient requerre leur abiet et crier leur merchi, sans forche nulle ferre, et fesoient leur penanche an et jour, tele com nostre religion devise, le-

quele nous creons que nous avons par dievers nous, et en i a grant plenté de cieus qui i sont revenu, liquel n'i fussent mie revenu se le religion fust mauvese.

Item, nous avons soussert moire de tormens de fers, prisons et de geines, et longs tans au pan et à l'iue, par coi aucons de nos freres sunt mort; et ne eussions mie tant soussert se nostre religion ne fust bone et se nos ne maintenissons verité, et si n'i fust pour le monde oster hors de mal erreur qui iest sans raison.

Item, nous requirons à monssegnur l'archevesque de Nerbonne, à monsegnor l'evesque de Limoge, à monsegnor l'evesque de Mende et à monsegnor l'evesque de Lisieues et à lou compangnour, nos denitures de sante eglise, com à no pere et à nostre mere; quar nos savons et creons que vous estes envoiés de par nostre pere le Pape en cheste besongne, et si savon que vos estres membre de sainta eglise, et nous tenons le Pape à pere et sainte eglise à mer, et volons obeir à no per et à nostre mere, com bon filet bon Crestien et bien creant en Pere et en Fil et en Sant-Eusprit, e recheruns aver dret, se nos che vos matenant [?], et requerrons à aver le conseil de nos freres, ches à savoir frere Guillaume Chambolent frere chevalier, frere Renaut de Provins frere chapellans, frere Petre de Bonogna frere chapellans, frere Gossein commendeur de Flandres, frere Jehan de Corbie, frere Guillaume de Lepleche, frere Pietre le Prevoist, frere Nicolas Versequin; et requérons toit em.semble à aleir par davant vous, et s'il ne vous plest que nous soions tout mené, si mandés frere Mathieu de Cresson Essart et frere Andrée le Mortoier, et nous accordens à che qui feroit pour la religion defendre.

Post hec dicti domini nostri commissarii voluerunt et ordinaverunt quod nos notarii, una cum venerabili viro magistro Amisio supradicto, iremus ad domos fratrum predictorum pro quibus et pro se prenominati fratres dicta die Veneris comparuerant coram eis, ad sciendum et audiendum si pro eis et de mandato eorum coram dictis dominis commissariis venerant et comparuerant, et si rata habebant ea que per predictos comparentes fuerant proposita et tradita coram eis, et quod eis significaremus eis et eciam aliis quod dicti domini commissarii non intendebant ulterius expectare quin in dicto negocio procederent ut jus esset, et quod affererent vel mitterent dicti fratres per aliquem de suis societatibus vel per quemcumque alium fratrem, omnes rationes et defensiones quas dicere vellent et proponere ad defensionem ordinis memorati, nam ipsi parati erant recipere, si et quantum ésset de jure.

APÉNDICE N° 38.- Intervención de 7/04/1310 de los defensores.

Extracto del acta de la sesión del día siete de abril de 1310 en la que consta el documento leído por Pedro de Bolonia en nombre propio y de los otros tres defensores Pruino, Chambonnet y Sartiges ante la comisión papal así como otra cédula presentada por fray Monreal¹⁸⁹⁹.

Post hec, ipsa die Martis, VII die videlicet mensis Aprilis, rediimus ad capellam predictam, aule episcopali adherentem, et ibidem comparuerunt coram omnibus predictis dominis commissariis prefati fratres Raynauld de Pruino et P. de Bolonia presbiteri, ac fratres Guillelmus de Chambonnet, Bertrandus de Sartiges et Guillelmus de Fuxo milites, fratres Johannes de Monte regali, Matheus de Cresson Essart, Johannes de sancto Leonardo et Guillelmus de Givrisaco, pro se et aliis omnibus fratribus supradictis qui ad defensionem dicti ordinis se obtulerant, et pro se et aliis fratribus predictis exhibuerunt in presenciam dominorum commissariorum predictorum quamdam cedulam, et eam legit frater P. de Bolonia prefatus, de mandato aliorum fratrum predictorum ibidem presencium, cujus tenor sequitur in hunc modum:

Coram Vobis reverentibus patribus et commissariis datis per dominum summum Pontificem ad inquirendum de statu religionis Templi super quibusdam articulis orendis, datis contra ordinem Templi, proponunt et dicunt infrascripti fratres ejusdem ordinis, non animo litem contestandi, sed simpliciter respondendo, quod procuratores constituere non possunt, nec debent, nec eciam volunt, absque presenciam, consilio et assensu sui Magistri et conventus in tanta causa, cum hoc de jure non possint, nec debeant.

Item, quod osserunt se omnes, personaliter, generaliter et singulariter, ad defensionem religionis, et petunt et supplicant esse in concilio generali per se ipsos, et ubicumque tractabitur de statu religionis.

Item, dicunt quod cum erunt in plena libertate, intendunt omnino, si poterunt, ire; qui vero non poterunt, committere vices suas, vel constituere procuratores de fratribus ipsius ordinis, qui nomine eorum et suo negocium hujusmodi prosequantur.

Item, concesserunt et commiserunt fratribus Reginaldo de Pruino, P. de Bolonia presbiteris, Guillelmo de Chambonnet et Bernardo de Sartiges fratribus militibus, quod possint producere, porigere, dicere et dare in scriptis vobis suprascriptis, reverentibus patribus, omnia jura, omnes allegaciones et argumenta bona que faciunt et possunt facere ad defensionem, statum et honorem religionis predictae, et si quid porigerent vel dicerent quod posset in prefate religionis prejudicium vel dispendium redundare, nullo modo consenciant, sed petunt et volunt quod omnino sit irritum et inane.

Item, protestantur quod si aliqua dixerunt fratres Templi, dicunt vel dixerint in futurum, quamdiu erunt carcerati, contra se ipsos et ordinem Templi, non prejudicent ordini predicto, cum notorium sit quod coacti et compulsi, aut corrupti prece, precio vel timore, dixerunt vel dicent, et protestantur quod de predictis docebunt suo loco et tempore, cum plena securitate gaudebunt et ad plenum fuerint in integrum restituti.

¹⁸⁹⁹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 164-169.

Item, petunt quod omnes fratres dicti ordinis, qui, relicto habitu seculari, conversantur inhoneste in opprobrium dicte religionis et Ecclesie sancte, ponantur in manu Ecclesie, sub fida custodia, donec cognitum fuerit utrum falsum vel verum perhibuerint testimonium.

Item, petunt, supplicant et requirunt quod, quandocumque fratres aliqui examinantur, nullus laycus intersit qui eos possit audire, vel alia persona de qua possint merito dubitare, nec pretextu alicujus terroris vel timoris, falsitas possit exprimi vel veritas occultari, quia omnes fratres generaliter sunt tanto timore et terrore percussi, quod non est mirandum quodam modo de hiis qui menciuntur, sed plus de hiis qui sustinent veritatem, videndo tribulationes et angustias quas continue veridici patiuntur, et minas et contumelias et alia mala que cotidie sustinent, et bona, comoda et delicias ac libertates quas habent falsidici, et magna promissa que sibi cotidie fiunt. Unde mira res et forcius stupenda omnibus quod major fides adhibeatur mendacibus illis qui sic corrupti talia testificantur ad utilitatem corporum, quam illis [qui]tanquam Christi martires, intormentis pro veritate sustinenda cum palma martirii decesserunt, et eciam quod majori et saniori parti vivencium [qui]pro ipsa veritate sustinenda, sola urgente consciencia, tot tormenta, penas, tribulationes et angustias, impropria, calamitates et miserias passi fuerunt et in carceribus cotidie paciuntur.

Item, dicunt quod extra regnum Francie nullus in toto terrarum orbe reperietur frater Templi, qui dicat vel qui dixerit ista mendacia, propter quod satis patet quare dicta sunt in regno Francie, quia qui dixerunt, corrupti timore, prece vel precio testificati fuerunt.

Ad defensionem religionis respondent et dicunt simpliciter quod religio Templi in caritate et amore vere fraternitatis tradita et fundata fuit, et est (ad honorem Virginis gloriosse, matris Domini nostri Jhesu Christi, ad honorem et defensionem Ecclesie sancte et tocius fidei Christiane, et ad expugnationem inimicorum crucis, hoc est infidelium, paganorum seu Saracenorum ubique, et presertim in terra sancta Jerosolimitana, quam ipse Dei filius moriendo pro nostra redemptione sanguine proprio consecravit) religio sancta, munda et immaculata apud Deum et patrem, hoc est ab omni labe et ab omni sorde quorumlibet viciorum, in qua semper vixit et viget regularis institutio et observancia salutaris, et talis per sedem apostolicam approbata, confirmata et multis privilegiis decorata.

Quicumque religionem ipsam ingreditur, promittit IIII substancialia, videlicet obedienciam, castitatem, paupertatem et se totis viribus exponere servicio Sancte Terre, hoc est ad ipsam terram sanctam Jerosolimitanam acquirendam et adquisitam, si Deus dederit gratiam acquirendi, conservandam, custodiendam et defendendam pro posse; recipitur ad honestum osculum pacis, et habitu recepto cum cruce quam perpetuo defferunt circa pectus, ob reverenciam crucifixi pro nobis, in sue memoriam passionis, regulam et mores antiquos, eis traditos ab ecclesia Romana et sanctis Patribus, servare docetur.

Et hoc est omnium fratrum Templi communiter una professio, que per universam orbem servatur, et servata fuit per omnes fratres ejusdem ordinis, a fundamento religionis usque ad diem presentem. Et quicumque aliud dicit, vel aliter credit, errat totaliter, peccat mortaliter, et omnino discedit a tramite veritatis.

Unde super articulis datis contra religionem inhonestis, oribilibus et orendis et detestandis, tamquam inpossibilibus et turpissimis, dicunt quod articuli illi sunt mendaces et falsi, et quod illi qui suggererunt illa mendacia tam iniqua et falsa domino nostro summo Pontifici et serenissimo domino nostro Regi Francorum, sunt falsi

Christiani, vel omnino heretici, detractores et seductores Ecclesie sancte et tocius fidei Christiane, quia zello cupiditatis et ardore invidie moti, tamquam impiissimi scandali seminatores, quesierunt apostatas sen fratres fugitivos ab ordine Templi, qui propter eorum seclera, tanquam morbidie pecudes, abjecti fuerunt ab ovili, hoc est a fratrum congregacione, adinvenientes et fabricantes una cum eis illa scellera et orenda mendacia que ipsis fratribus et ordini falso fuerunt imposita, seducentes eosdem, ita quod ad eorum suggestionem omnes quotquot poterant inveniri, querebant et adducebant, monebant et informabant super ipsis mendaciis referendis domino Regi et ejus consilio, ita quod, quantumcumque de diversis mundi partibus ad ducerentur, ita subornabantur et ducebantur super istis criminibus quod omnes conveniebant in idem. Propter quod predicti domini Regis et sui consilii animos inducebant ad credendum predicta. Nam credebant quod ex vicio religionis et fratrum procederent ea que dicebant, que ex malicia suggerentium et subornantium procedebant.

Ex quibus omnibus tanta postmodum periculla processerunt, ut de capcione, spoliacione, tormentis, occisionibus et coactionibus predictorum fratrum, qui per penas mortis coacti, prout a satellitibus edocti confitebantur contra conscienciam, et cogebantur ista facinora confiteri, quia predictus dominus Rex, ita deceptus a seductori-bus illis, dominum Papam super predictis omnibus informavit, et sic dominus Papa et dominus Rex per falsas sugestiones decepti fuerunt.

Item, dicunt quod via vobis tradita, videlicet ex officio, de jure procedere non potestis, cum super articulis illis ante capcionem ipsorum diffaminon essent, nec contra ordinem fama publica laberaret, et hoc certum sit nos et ipsos in loco tuto non esse, cum sint continue et fuerint in potestate suggerencium falsitatem domino Regi, quia cotidie, per se vel per alios, monent et suadent, per verba, nuncios et litteras, ne a falsis deposicionibus, extortis metus causa, recedant, quia si recesserint, pro ut dicunt, comburentur omnino.

Item, dicunt quod fratres ejusdem ordinis qui ea dixerint vel confessi fuerunt, propter tormenta vel timore tormentorum dixerunt, et quod libenter redirent, si aude-rent; sed tot et tantis terroribus sunt percussi et perteriti, quod non audent, propter minas eis illatas cotidie. Unde supplicant quod in examinacione ipsorum talis et tanta securitas eis detur, quod absque terrore possint ad veritatem redire.

Hec omnia protestantur et dicunt, salvis semper omnibus defensionibus datis et dandis per quoscumque fratres Templi singulariter, specialiter vel generaliter, nunc et in futurum, ad defensionem et favorem religionis predictae, et si qua data fuerunt pro-lata, vel lata vel dicta, que possent in dampnum vel prejudicium dicti ordinis redundare, sunt omnino cassa et irrita et nullius valoris.

Item, prefatus frater Johannes de Monte regali, qui alias quamdam aliam cedulam suprascriptam tradiderat et legerat eisdem dominis commissariis, tradidit et legit ibidem, addendo cedulle suprascripte, in presenciam eorumdem dominorum commis-sariorum, pro se et aliis fratribus dicti ordinis cum eo in dicta domo Ricardi de Spoliis detentis, quamdam aliam cedulam, ad defensionem dicti ordinis, cujus tenor talis est:

Item, proposit li frere de dot ordre del Temple que alcunas falsas consses-sions, senblables a vertet, sont estues fates pour alcus freres del dit ordre, per forsa de tormens que lor fasia la cort temporal, et apres a cautela les mitan em poder dels en-quiriors e deus ordinaris, las cals so feitas contra la vertu de lors privileges en preju-dici del dit ordre; sunt exemps e gausisso de privilegit special que non devo pont pa-rer devant nul juge ecclesiastre ni secular, si non davant nostre sire le Pape, o davant cel que el comandara en cel oflici; per que requerent li frere desus dit que las dites

falsas confessions, faytas forsadamens, sian anulatas per nostre segnor le Pape, come celas que so faitas en prejudici del dit ordre.

Item, propousam que nul frere del dit ordre del Temple non pot confessar causa falsa que sia prejudicials a l'ordre davan cil que personeque sia per razo de lors privileges, als cals nul frere ne puet renunciar per si vers le mastre de l'ordre.

Item, propossan que si dit maistre o autre personas singulares an confessadas menssognas non prejudice a l'ordre, devant cal que persone l'aian confesada, per raus de privilege del dit ordre, le cals so autreyaez en favor de tot l'ordre, per que nul frere n'i pot renunciar per si ni far le dan de la religio en prejudici del dit ordre, per que li frere requiere que que otas las falsas confessions sian anulatas de las singulares personas per nostre segnor le Pape.

Item, propossan que lis freres capellans del dit ordre del Temple sanctificant ben et dignament le cor de Jhesu Christ e segon la fe catholica de Roma ansi que se pot trobar per religiosas personas et per capellans et per diaques que lor aministravon a l'autar.

Item, propossant que en temps de pape Bonefaci I frere cavalier de la lenga de Fransa que auria nom frere P. de Sencio, per sa defauta ac congie de la religion e letra que ponges s'arma salvar en outra, le cal frere s'en ane al Pape et als cardenals et supplique al Pape que sa religion que avia perduda per sa defauta li fos redunda, si que nostre segnor le Pape mande per sas litteras al commandor de Pola que l'ordre li rendes, salva la justicia de la dit ordre, la cal justicia era de 1 an etjor mangar en terra, et aisi le dit chervalier cobre son abit; per que dizo li frere deu Temple que sil chavalier saubes nulla malvastat en l'ordre, il ne eusse torné en sa deta religion.

Item, propossan li frere del dit ordre que il prendran cenres le premier jors de careme, vecent totas gens, ansi que fizes Crestians de Nostre Senhor, per las mans del capelan.

Item, propousan li frere del dit ordre que cant le Sasset fou prisel Sonda se fe venir devant IIII freres del Temple et lor dis ansi coinaa presoniers que il reneguesse Dieu Jhesu Christ lor creator en pena de las testas, les cals freres no volgio Dieu renegar, ans en aisi touz perdero las testas per la fe de Dieu; per que dison li Templer que s'ils dis freres fosse tels que om lor met desus, foran delivres per celas guissa.

Item, propossan li dit freres que la glesa lors es entredita a grant tort, per que requero humelment e devota a vos autres senhors et a nostre segnor le Pape, que la devant dita gleisa am sas drecturas lor sias reduda, comme a fizels Crestians Nostre Senchor.

Item, requere li dit frere a vos autres senhors licencia et oportunitat de venir a vostre concili le cals debes tenir, por allegar lor dreiten aysi quon devran ni razo requerra.

Quibus cedulis lectis et per dictos dominos commissarios auditis, ad aliqua que ipsi (tam extra cedulas quam in cedulis seu rotulis) dixerant dicti fratres coram eis, responderunt ipsi domini commissarii quod ipsi eos capi non fecerant nec bona eorum, et quod ipsi in prisione domini Pape et bona ordinis in manu ipsius et Ecclesie existebant; unde non potterant liberare eorum personas, nec bona predicta eis restituere, nec debebant.

Item, quia dicebant se non esse dissamatos, responderunt eis prefati domini commissarii quod inmo magna infamia contra eos fuerat et erat, ut apparet per bullam

domini nostri Pape, et quod de infamia priusquam de aliis articulis inquirere debebant, secundum tenorem littere apostolice, eis misse.

Item, ad hoc quod dicebant quod ordinarii vel inquisitores gencrales heretice pravitatis non potuerunt inquirere contra eos, propter privilegia ordini suo concessa, et ideo confessiones facte coram eis non valcbant nec debebant in aliquo prejudicare, responderunt dicti domini commissarii quod in jure contrarium est cautum, quantum ad crimina que heresim sapiebant, et potissime prelati inquisitores, auctoritate apostolica et Ordinaria auctoritate juris hoc approbantis, processerant et procedere potuerunt, licet de éorum processibus non agatur ad presens.

Item, ad id quod dicebant de majori Magistro ordinis predicti, responderunt quod idem Magister vocatus per eos pluries et requisitus an vellet defendere dictum ordinem, si vellent ipsum admittere, responderat eis quod non coram eis, quia reservatus per dominum Papam, et quando esset cum eo, diceret quod sibi videretur, prout responsio dicti Magistri supra plenius continetur.

Item, ad multa alia que ipsi fratres a dictis dominis commissariis petebant, tam in scriptis quam sine scriptis, responderunt quod non extendebat se potestas eorum ad illa, sed rogarent libenter illos ad quos pertinebant quod bonum quod possent facere dictis fratribus facerent, et curialiter et humaniter tractarent eosdem, secundum ordinationem et injunctionem reverendi patris domini P. divina Providencia episcopi Penestrini, qui ex commissione domini Pape habet custodiam eorundem. Et hiis dictis, dicti domini commissarii dixerunt eisdem fratribus pro se et aliis quod procedere volebant, et agrediebantur negotium inquisitionis faciende super articulis a domino Papa sibi missis, secundum traditam eis formam, elferentes et dicentes eisdem quod quocienscumque, eciam usque ad inqueste conclusionem, aliquid vellent dicere vel proponere ad defensionem ordinis, ipsi parati erant recipere, et reciperent, et ponerent in inquesta, et facerent quod deberent. Acta fuerunt hec predictis die et locis, presentibus ad ea que fuerunt facta in dicta capella magistro Amisio supradicto, me Floriamonte Dondedei et aliis notariis predictis, prout est superius declaratum.

APÉNDICE N° 39.- Bula «*Alma mater*».

Bula «*Alma mater*» de Clemente V, promulgada el cuatro de abril de 1310, por la que se prorroga un año el comienzo del concilio general de Vienne¹⁹⁰⁰.

Clemens Episcopus, Servus servorum Dei, Venerabilibus Fratribus, Archiepiscopo N. et ejus Suffraganeis, salutem et Apostolicam benedictionem.

Alma Mater Ecclesia nonnulla plerumque rationabiliter ordinat: quæ postmodum (prout secundum varietatem temporum, et qualitatem etiam emergentium agendorum, considerata suadet utilitas) in melius, consulta deliberatione commutat.

Sane licet Ecclesiarum Praelatos ad universale Concilium, quod dudum a proximis tunc Kalendis Octobris, ad duos annos immediate sequentes, apud civitatem Viennensem, de Fratrum nostrorum consilio decrevimus congregandum, per nostras sub certa forma Litteras duxerimus evocandos. Quia tamen negotium Inquisitionum, quas per diversis mundi partes contra Ordinem Militiae Templi, ejusque singulares personas, fieri mandavimus, completum non est; et quod in brevi compleri valeat non speramus:

Nec videmus ipsum negotium, et nonnulla alia quæ in eodem sum tractanda concilio, posse usque ad prefatum statutum terminum taliter præparari, quod ad ipsius examen Concilii decenter valeant introduci: eundem terminum usque ad Kalendas Octobris, prædictum primum terminum jamdudum per easdem nostras Litteras assignatum immediate sequentes, ex præmissis et aliis certis justis et legitimis causis, quas presentibus inseri non oportet, de Fratrum eorundem consilio duximus prorogandum.

Haec itaque vobis tenore praesentium intimantes; universitati vestrae per Apostolica Scripta prexiendo mandamus, quatenus juxta modum et formam in praedictis nostris directis vobis Litteris declaratos, in hujusmodi prorogate termino et loco prædicto, quern vobis peremptorium assignamus, omni, quam inevitabilis necessitas non inducat, excusatione postposita, nostro vos conspectui praesentetis.

Datum Avenione, secundo Nonas Aprilis, Pontificatus nostri anno quinto.

¹⁹⁰⁰ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 358.

APÉNDICE N° 40.- Propuesta de 23/04/1310 de los abogados defensores.

Proposición presentada el veintitrés de abril de 1310 ante la comisión papal por Pedro de Bolonia, en nombre de los cuatro defensores y de todos los templarios detenidos¹⁹⁰¹.

Completa vero et perfecta deposicione dicti Johannis Anglici, eadem die Jovis, ut premititur, venerunt in predicta capella predicti fratres P. de Bolonia, R. de Pruino presbiteri, Guillelmus de Chambonent et Bertrandus de Sartigiis milites, coram dominis commissariis supradictis, et exhibuerunt eisdem, ad defensionem dicti ordinis, quamdam cedulam quam idem frater P. de Bolonia legit ibidem, cujus tenor talis est:

Coram vobis reverendis patribus, etc., proponunt et dicunt frater Petrus et frater Raynauld presbiteri, frater Bertrandus et frater Guillelmus milites de ordine Templi, nomine suo et omnium fratrum ejusdem ordinis, sibi adherentium, quod processus habitus contra ipsos rapidus, violentus, repens, inicus et injustus fuit, nullam omnino justiciam, sed totam injuriam, violenciam gravissimam et errorem intollerabilem continens; quia nullo servato juris ordine, vel rigore, immo cum exterminato furore subito capti fuerunt omnes fratres ejusdem ordinis in regno Francie, et tamquam oves ad occisionem ducti, subito bonis et rebus suis omnibus spoliati, diris carceribus mancipati, et per diversa et varia genera tormentorum, ex quibus multi et multi fuerunt mortui, multi perpetuo debilitati, et multi ad tempus, cohacti fuerunt mentiri contra se ipsos et ordinem suum, et per predictas capciones, spoliaciones, violencias et tormenta, sublatum fuit eis totaliter liberum arbitrium, quod est quicquid boni potest homo habere: unde qui caret libero arbitrio, caret omni bono, sciencia, memoria et intellectu. Ergo quicquid dicat in tali statu, nec sibi, nec ordini suo prejudicare debet vel potest. Quare protestantur, et dicunt quod si quid testificentur vel dicant aliqui fratres Templi contra religionem suam, vel contra se ipsos, non prejudicet religioni predicta vel sibi.

Item, quod, ut facilius et melius possent induci fratres predicti ad menciendum et testificandum contra se ipsos et ordinem, dabantur eis littere cum bulla domini Regis pendenti, de conservacione membrorum et vite, ac libertatis, ac omni pena, et diligenter cavebatur eisdem de bona provisione et magnis redditibus sibi dandis annuatim in vita ipsorum, predicendo semper eis quod ordo Templi erat condempnatus omnino. Unde quecumque contra dictum ordinem fratres Templi dixerint, corrupti sunt ex causis predictis. Nam omnia predicta sunt ita publica et notoria, quod nulla possunt tergiversacione celari. Quare protestantur quod non prejudicet religioni predictae, cum hec omnia sint parati, et se offerant incontinenti probare.

Item, quod omnes bone presumpciones faciunt pro ordine Templi, contra quas probaciones in contrarium recipi non deberent; primo, quia nullus debet credi tam fatuus vel insanus, qui in perdicionem anime sue religionem intraret vel perseveraret.

Item, quia multi nobiles et potentes diversarum patriarum et terrarum, quorum aliqui valde antiqui, et in seculo viri multi famosi, honeste persone, ac de magnis generibus oriundi, qui, zelo accensi fidei orthodoxe, professi fuerunt in ordine Templi, perseverantes in eo usque ad finem vite sue. Unde si tales et tanti viri quicquam inho-

¹⁹⁰¹ Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 262-263.

nestum scivissent, vidissent vel audivissent in ordine Templi, et maxime tam detestandas injurias et blasfemias nominis Jhesu Christi, reclamassent omnino, et ea omnia ad noticiam tocius seculi devolvissent.

Item, petunt predicti fratres R. P. G. B., nomine quo supra, ut eis exhiberi faciat copiam commissionis vestre, et copiam omnium articulorum super quibus habetis inquirere contra religionem predictam.

Item, petunt, nomine suo et predictorum fratrum omnium sibi adherencium, et adherere volencium, nunc et in futurum, et supplicant habere in scriptis nomina omnium testium juratorum et jurandorum, et protestantur se velle dicere contra personas eorum et dicta sua, loco et tempore.

Item, petunt et supplicant quod testes deponentes, post deposicionem suam, separentur ab illis qui non deposuerint, ita quod eis loqui non valeant.

Item, supplicant et petunt quod, immediate ante deposiciones, vel post, jurent quod neminem informabunt, vel subornabunt, vel eorum testimonia secreta, vel dicta revellabunt verbo, signo, litteris aut nunciis; et quidquid dictum fuerit in ipsa examinacione, per vos vel per alios circumstantes, secretum tenebunt, quoniam ex predictis, si contrarium fieret, posset pericullum et scandalum eminere.

Item, supplicant et petunt ut dicatis cuilibet testium, ante deposicionem suam, quod dicat secure veritatem, quia quicquid dixerit secretum erit, et nemini revelabitur, donec pervenerit ad noticiam summi Pontificis.

Item, petunt et supplicant quod queratur, ab illis omnibus qui custodierunt et custodiunt fratres Templi, et eorum sociis ac servitoribus, in quorum custodia multi fratres mortui fuerunt, qualiter decesserunt fratres predicti, et quale testimonium de ordine Templi dixerunt, circa obitum eorum, et maxime illi qui dicebantur reconciliati.

Item, quod queratur, ab omnibus fratribus qui dixerunt se nolle defendere religionem, nec venire voluerunt, dicentes se nichil velle dicere pro vel contra, quare hoc faciant, et jurati respondere cogantur, cum ita sciant veritatem religionis sicut et alii fratres.

Hec omnia dicunt et petunt, protestantes de suis responsionibus et rationibus ut supra.

Item, notificant reverende paternitati vestre fratres predicti quod frater Addam de Valincuria, nobilis miles, qui longo tempore fuerat frater ordinis Templi, volens arcio rem religionem intrare, licenciam petiit et intravit ordinem Caturisiensem, in quo modico tempore perseverans, supplicavit, eum instancia longa precum, reddere ad ordinem Templi; qui receptus fuit, salva ordinis disciplina, quia nudus cum femoralibus tantum, a porta exteriori usque ad capitulum, presentibus pluribus nobilibus, consanguineis et amicis suis, coram fratribus omnibus venit; et flexis genibus coram preceptore, qui celebrabat capitulum, misericordiam petiit, et quesivit iterum, cum lacrimis, se admitti in consortium fratrum; fecit penitenciam solempnem per annum et diem, comedendo in terra omnes sextas ferias illius anni, jejunando in pane et aqua singulis diebus dominicis, accedens nudus ad altare in missarum solempniis, recipiendo de manu presbiteri disciplinam; et postea recuperavit habitum et consortium fratrum, secundum statuta religionis; unde cum dictus frater Addam sit Parisius, nec venerit ad defensionem ordinis religionis, petunt et supplicant quod ipsum coram vobis venire personaliter faciat, et jurare ac deponere veritatem de statu religionis et de omnibus supradictis; quia non est verissimille talem virum, in opprobrium anime et corporis vituperium, tantam penitenciam peregrisse, si religio malla esset; nam omnes

apostatantes ab ordine Templi oportebat similem agere penitenciam, ante quam possent in fratrum admitti consorcium,

Qua cedula lecta et tradita, ut praemissum est, dicti domini commissarii preceperunt nobis notariis infra scriptis, quod faceremus eisdem quatuor fratribus copiam de commissione et articulis supradictis.

Acta fuerunt hec predicta die Jovis, in prefata capella, per dictos dominos commissarios, presentibus me Floriamonte Dondedei, Guillelmo Radulphi et omnibus aliis notaris scripts.

APÉNDICE N° 41.- Moción urgente presentada por los abogados defensores.

Moción urgente presentada por los defensores ante comisión papal el día diez de mayo de 1310, tratando de evitar la muerte de cincuenta y cuatro hermanos condenados a la hoguera por el concilio de Sens¹⁹⁰².

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, amen. Coram vobis, venerabili patre domino archiepiscopo Senonensi, proponimus et dicimus, nos fratres P. de Bologna, Reginaldus de Pruino, Bertrand de Sartiges et Guillelmus de Chambonent milites de ordine milicie Templi, nomine nostro et omnium fratrum Templi de provincia Senonensi nobis adherencium, quod ex verisimilibus conjecturis et causis timemus et dubitamus gravissime ne procedatur ex abrupto per vos et suffraganeos vestros de facto, licet de jure fieri non valeat, debeat neque debet, pendente causa seu inquisicione ipsius ordinis, contra nos et fratres ordinis nostri qui se obtulerunt et osserunt seu osserrent ad defensionem ipsius ordinis. Unde cum appellacionis remedium adinventum fuerit ad relevanduni oppressos injuste, ideo ne injuria nobis et dictis fratribus, aut aliqua executio contra nos vel ipsos fiat, que si fieret, contra Deum et justiciam esset, et ex hoc predicta inquisicio totaliter turbaretur, ex nunc ad dominum Papam et Sedem apostolicam appellamus et provocamus, tam viva voce quam in scriptis, ponentes nos ipsos, et jus nostrum et tocius ordinis nostri, et omnes fratres qui se obtulerunt et offerunt seu offerrent defensioni predictie, sub protectione Sedis apostolica. Petimus apostolos, iterum Petimus, et eum maxima instancia Petimus. Item, Petimus habere consilium sapientum ad corrigendum appellacionem presentem, si necesse fuerit. Item, Petimus necessariis et sufficientes expensas de bonis dicti ordinis nobis ministrari, et cum plena securitate mitti vel duci ad dominum Papam infra tempus legitimum ad appellacionem hujus prosequendam, et eciam alia nobis necessaria ad causam predictam. Item, protestamur et dicimus nomine nostro et omnium nobis adherencium omnia supradicta nos velle prosequi, secundum quod de jure melius poterunt et debebunt. Item, rogamus omnes notarios presentes, ut nobis inde faciant publicum instrumentum.

Postmodum, eadem die in vespere, dicti domini commissarii omnes se conveniunt in capella predicta, et fuerunt adducti ad eorum presenciam dicti IV fratres, quibus et aliis fratribus dicti domini multum compaciebantur, ut dixerunt; responderunt quod negocium de quo dicti dominus archiepiscopus Senonensis et ejus suffraganei agebant, retractabant in suo consilio, [et] erant totaliter diversa et abinvicem separata, et quod ipsi nesciebant quid in dicto consilio aliquid agebatur ibidem, et quod, sicut ipsi domini commissarii erant in negocio sibi commissio per Sedem apostolicam deputati, ita et dominus Senonensis et ejus suffraganei ad ea que in suo concilio agere dicebantur, erant auctoritate apostolica deputati, et quod ipsi domini nullam habebant potestatem in eos nec super eos; propter quod non videbatur dictis dominis commissarii is prima facie, ut dixerunt, quod haberent aliqua inhibere dicto domino archiepiscopo Senonensi vel aliis prelati super retardacione processuum faciendorum per eos contra singulares personas ordinis predicti; adhuc tamen deliberarent melius super

¹⁹⁰²Jules Michelet, *Procès des Templiers*, pp. 262-263.

predictis, et facerent quod esset faciendum per eos, precipientes nobis notariis, ut requestam et appellationes ipsorum fratrum insereremus in processu, loco apostolorum testimonialium exhibendorum eisdem. Acta fuerunt hec predictis die et loco, presentibus me Floriamonte Dondedei, Bertrando Filholi, Guillelmo Radulphi, Hugone Nicolai. Bernardo Humbaldi et Johanne de Fellinis notariis supradictis.

APÉNDICE N° 42.- Bula «*Vox in excelso*».

Bula «*Vox in excelso*» de veintidós de marzo de 1312 por la que el papa Clemente V decidió disolver la Orden del Temple no por sentencia judicial sino por medio de reglamento apostólico¹⁹⁰³.

Clemens episcopus, servus servorum Dei, ad perpetuam rei memoriam.

Vox in excelso audita est lamentationis, fletus et luctus, quia venit tempus, tempus venit, quo per prophetam conquaeritur Dominus: In furorem et indignationem mihi facta est domus haec; auferetur de conspectu meo propter malitiam filiorum suorum, quia me ad iracundiam provocabant, vertentes ad me terga et non facies, ponentes idola sua in domo, in qua invocatum est nomen meum, ut polluerent ipsum. Aedificaverunt excelsa Baal, ut initiarent et consecrarent filios suos idolis atque daemonis. Profunde peccaverunt, sicut in diebus Gabaa. Ad tam horrendum auditum tantumque horrorem vulgatae infamiae (quod quis umquam audivit tale? quis vidit huic simile?) corruí, cum audirem, contristatus sum, cum viderem, amaruit cor meum, tenebrae exstupefecerunt me. Vox enim populi de civitate, vox de Templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis. Exclamare propheta compellitur: Da eis, Domine, da eis vulvam sine liberis et ubera arentia. Nequitiae eorum revelatae sunt propter malitiam eorum. De domo tua eiice illos et siccetur radix eorum, fructum nequaquam faciant, non sit ultro domus haec offendiculum amaritudinis et spina dolorem inferens; non enim parva est fornicatio eius immolantis filios suos, dantis illos et consecrantis daemoniis et non Deo, diis, quos ignorabant; propterea in solitudinem et opprobrium, in maledictionem et desertum erit domus haec confusa nimis et adaequata pulveri: novissima deserta et invia et arens ab ira domini, quem contempsit. Non habitetur, sed redigatur in solitudinem et omnes super eam stupeant et sibilent super universis plagis eius. Non enim propter locum gentem, sed propter gentem locum elegit Dominus: ideo et ipse locus templi particeps factus est populi malorum, ipso Domino ad Salomonem aedificantem sibi templum, qui impletus est quasi flumine, sapientia apertissime praedicante. Si aversione aversi fueritis, filii vestri non sequentes et colentes me, sed abeuntes et colentes deos alienos et adorantes ipsos, proiciam eos a facie mea et expellam de terra, quam dedi eis, et templum, quod sanctificavi nomini meo, a facie mea proiciam et erit in proverbium et in fabulam et populis in exemplum. Omnes transeuntes videntes stupebunt et sibilabunt et dicent: Quare sic fecit Dominus templo et domui huic? Et respondebunt: Quia recesserunt a Domino Deo suo, qui emit et redemit eos, et secuti sunt Baal et deos alienos et adoraverunt eos et coluerunt; idcirco induxit Dominus super ipsos hoc malum grande.

Sane dudum circa nostrae promotionis ad apicem summi pontificatus initium, etiam antequam Lugdunum, ubi recepimus nostrae coronationis insignia, veniremus, et post, tam ibi quam alibi secreta quorundam nobis insinuatio intimavit, quod magister, praeceptores et alii fratres Ordinis militiae templi Hierosolymitani et etiam ipse ordo, qui ad defensionem patrimonii domini nostri Jesu Christi fuerant in transmarinis partibus constituti et speciales fidei catholicae pugiles et Terrae Sanctae

¹⁹⁰³Fernando II de Aragón, *Memorias del rey Fernando IV de Castilla*, V. II, p. 835.

praecipui defensores ipsius terrae negotium gerere principaliter videbantur, propter quod sacrosancta Romana ecclesia eosdem fratres et ordinem specialis favoris plenitudine prosequens eos adversus Christi hostes crucis armavit signaculo, multis exaltavit honoribus et diversis libertatibus et privilegiis communivit et tam ipsius quam cunctorum fidelium Christi manus cum multiplici erogatione bonorum sentiebant multifarie multisque modis propter hoc adjutrices, contra ipsum dominum Jesum Christum in scelus apostasiae nefandae, detestabilis idolatriae vitium, execrabile facinus Sodomorum et haereses varias erant lapsi. Sed quia non erat verisimile nec credibile videbatur, quod viri tam religiosi qui praecipue pro Christi nomine suum saepe sanguinem effuderunt ac personas suas mortis periculis frequenter exponere videbantur quique magna tam in divinis officiis quam in jejuniis et aliis observantiis devotionis signa frequentius praetendere videbantur, suae sic essent salutis immemores, quod talia perpetrarent, praesertim cum idem ordo bonum et sanctum initium habuerit et a sede apostolica gratiam approbationis perceperit et per sedem eandem ipsius ordinis regula, utpote sancta, rationabilis atque iusta, meruerit approbari: eiusmodi insinuationi et delationi ipsorum eiusdem Domini nostri exemplis et canonicae scripturae doctrinis edocti, aurem nolimus inclinare. Deinde vero charissimus in Christo filius noster Philippus, rex Francorum illustris, cui eadem fuerant facinora nunciata, non tipo avaritiae (cum de bonis templariorum nihil sibi vindicare aut appropriare intenderit, immo ea in regno suo dimisit manum suam exinde totaliter amovendo), sed fidei orthodoxae fervore, suorum progenitorum vestigia clara sequens, accensus, de praemissis, quantum licite potuit, se informans ad instruendum et informandum nos super his multas et magnas nobis informationes per suos nuntios et litteras destinavit. Infamia vero contra templarios ipsos et ordinem eorundem increvescente validius super sceleribus antedictis et quia etiam quidam miles eiusdem ordinis magnae nobilitatis et qui non levis opinionis in dicto ordine habebatur, coram nobis secrete iuratus deposuit, quod ipse in receptione sua ad recipientis suggestionem praesentibus quibusdam aliis militibus militiae templi negavit Christum et expuit super crucem sibi a dicto recipiente ostensam. Dixit etiam se vidisse, quod magister militiae templi, qui vivit adhuc, recepit in conventu dicti ordinis ultramarino quemdam militem eodem modo, scilicet cum abnegatione Christi et expuitione super crucem praesentibus bene ducentis fratribus eiusdem ordinis, et audivit dici, quod sic in receptione fratrum dicti ordinis servabatur, quod ad recipientis vel ad hoc deputati suggestionem, qui recipiebatur, Jesum Christum negabat et super crucem sibi ostensam expuebat in vituperium Christi crucifixi, et quaedam alia faciebant recipiens et receptus, quae non sunt licita nec christianae conveniunt honestati, prout ipse cuncta confessus extitit coram nobis: urgente nos ad id officii nostri debito vitare nequivimus, quia tot et tantis clamoribus accomodaremus auditum. Sed cum demum fama publica deferente ac clamosa insinuatione dicti regis necnon et ducum, comitum et baronum et aliorum nobilium, clericorum quoque et populi dicti regni Francorum ad nostram propter hoc, tam per se quam per procuratores et syndicos, praesentiam venientium ad nostram (quod dolenter referimus) audientiam pervenisset, quod magister, praeceptores et alii fratres dicti ordinis et ipse ordo praefatis et pluribus aliis erant criminibus irretiti, et praemissa per multas confessiones, attestaciones et depositiones praefati magistri, visitatoris Franciae ac plurium praeceptorum et fratrum ordinis praelibati coram multis praelatis et haereticae pravitatis inquisitore, auctoritate apostolica praecedente in regno Franciae factas, habitas et receptas et in publicam scripturam redactas nobisque et fratribus nostris ostensas probari quodammodo viderentur: ac nihilominus fama et clamores praedicti in tantum invaluisse et etiam ostendissent tarn contra ipsum

ordinem quam contra personas singulares eiusdem, quod sine gravi scandalo praeteriri non poterant nec absque imminente fidei periculo tolerari: nos illius, cuius vices, licet immeriti, in terris gerimus, vestigiis inhaerentes, ad inquirendum de praedictis ratione praevia duximus procedendum multosque de praeceptoribus, presbyteris, militibus et aliis fratribus dicti ordinis reputationis non modicae in nostra praesentia constitutos (praestito ab eis nihilominus iuramento et eis cum affectione non modica per Patrem et Filium et Spiritum Sanctum sub obtestatione divini iudicii ac interminatione maledictionis aeternae in virtute sanctae obedientiae adiuratis, quod tunc in loco tuto et idoneo constituti, ubi nihil eos timere oportebat, non obstantibus confessionibus per eos coram aliis factis, per quas eisdem confitentibus nullum fieri praeiudicium volebamus, super praemissis meram et plenam nobis dicerent veritatem) super bis interrogavimus et usque ad numerum septuaginta duorum examinavimus, multis ex fratribus nostris nobis assistantibus diligenter eorumque confessiones per publicas manus in authenticam scripturam redactas illico in nostra et dictorum fratrum nostrorum praesentia ac deinde interposito aliquorum dierum spatio in consistorio legi fecimus coram ipsis et illas in suo vulgari cuilibet eorum exponi, qui perseverantes in illis eas expresse et sponte, prout recitatae fuerunt, approbarunt. Post quae cum generali magistro, visitatore Franciae et praecipuis praeceptoribus praefati ordinis intendentes super praemissis inquirere per nos ipsos, ipsum generalem magistrum et visitatorem Franciae ac terrae ultramarinae, Normanniae, Aquitaniae ac Pictaviae, praeceptores maiores, nobis Pictavis existentibus mandavimus praesentari. Sed cum quidam ex eis sic infirmabantur tunc temporis, quod aequare non poterant nec ad nostram praesentiam commode adduci, nos cum eis scire volentes de praemissis omnibus veritatem et an vera essent, quae continebantur in eorum confessionibus et depositionibus, quas coram inquisitore pravitatis haereticae in regno Franciae supradicto praesentibus quibusdam notariis publicis et multis aliis bonis viris dicebantur fecisse, nobis et fratribus nostris per ipsum inquisitorem sub manibus publicis exhibitas et ostensas, dilectis filiis nostris Berengario tunc tituli Nerei et Aquilei, nunc episcopo Tusculano, et Stephane tituli sancti Ciriaci in Thermis presbytero et Landulpho tituli Sancti Angeli diacono cardinalibus, de quorum prudentia, experientia et fidelitate indubitata fiduciam obtinemus, coramimus et mandavimus, ut ipsi cum praefatis magistro generali, visitatore et praeceptoribus inquirerent, tam contra ipsos et singulares personas ipsius ordinis generaliter, quam contra ipsum ordinem super praemissis, cum diligentia veritatem et quidquid super his invenirent nobis referre ac eorum confessiones et depositiones per manum publicam in scriptis redactas nostro apostolatu deferre ac praesentare curarent: eidem magistro ac visitatori et praeceptoribus beneficium absolutionis a sententia excommunicationis, quam pro praemissis, si vera essent, incurrerant, si absolutionem humiliter ac devote peterent, ut debebant, iuxta formam ecclesiae impensuri. Qui cardinales ad ipsos generalem magistrum, visitatorem et praeceptores personaliter accedentes eis sui adventus causam exposuerunt, et quoniam personae ipsorum et aliorum templariorum in regno Franciae consistentium nobis traditae fuerant, quod libere, absque metu cuiusquam plene ac pure super praemissis omnibus ipsis cardinalibus dicerent veritatem, eis auctoritate apostolica iniunxerunt. Qui magister, visitator et praeceptores terrae Normanniae, Ultramarinae, Aquitaniae et Pictaviae coram ipsis tribus cardinalibus, praesentibus quatuor tabellionibus publicis et multis aliis bonis viris ad sancta Dei evangelia ab eis corporaliter tacta praestito iuramento, quod super praemissis omnibus meram et plenam dicerent veritatem coram ipsis singulariter, libere ac sponte, absque coactione qualibet et terrore deposuerunt et confessi fuerunt inter coetera Christi abnegationem

ac expuitionem super crucem, cum in ordine templi recepti fuerunt, at quidam ex eis se sub eadem forma, scilicet cum abnegatione Christi et expuitione super crucem, fratres multos etiam recepisse. Sunt etiam quidam ex eis quaedam alia horribilia et inhonesta confessi, quae subticemus ad praesens. Dixerunt praeterea et confessi fuerunt ea vera esse, quae in eorum confessionibus et depositionibus continentur, quas dudum fecerant coram inquisitore praefato. Quae confessiones et depositiones dictorum generalis magistri, visitoris et praeceptorum in scripturam publicam per quatuor tabelliones publicos redactae in ipsorum magistri, visitoris et praeceptorum et quorundam aliorum bonorum virorum praesentia ac deinde interposito aliquorum dierum spatio coram ipsis eisdem lectae fuerunt de mandato et praesentia cardinalium praedictorum et in suo vulgari expositae cuilibet eorundem. Qui perseverantes in illis eas expresse et sponte, prout recitatae fuerunt, approbarunt. Et post confessiones et depositiones huiusmodi ab ipsis cardinalibus ab excommunicatione, quam pro praemissis incurrerant, absolutionem flexis genibus manibusque complexis humiliter et devote ac cum lacrymarum effusione non modica petierunt. Ipsi vero cardinales (quia ecclesia non claudit gremium redeunti) ab iisdem magistro, visitatore et praeceptoribus haeresi abiurata, expresse ipsis secundum formam ecclesiae auctoritate nostra absolutionis beneficium impenderunt ac deinde ad nostram praesentiam redeuntes confessiones et depositiones praelibatorum magistri, visitoris et praeceptorum in scripturam publicam redactas per manus publicas, ut est dictum, nobis praesentarunt, et quae cum dictis magistro, visitatore et praeceptoribus fecerant, retulerunt. Ex quibus confessionibus et depositionibus et relatione invenimus saepe fatum magistrum, visitatorem terrae Ultramarinae, Normanniae, Aquitaniae et Pictaviae praeceptores in praemissis et circa praemissa, licet quosdam ex eis in pluribus, alios in paucioribus, graviter deliquisse. Attendentes autem, quod scelera tam horrenda transire incorrecta absque omnipotentis Dei et omnium catholicorum iniuria non poterant nec debebant, decrevimus de fratrum nostrorum consilio per ordinarios locorum ac per alios fideles ac sapientes viros ad hoc deputandos a nobis contra singulares personas ipsius ordinis nee non et contra dictum ordinem per certas discretas personas, (quas) ad hoc duximus deputandas, super praemissis criminibus et excessibus inquirendum. Post haec tam per ordinarios quam per deputatos a nobis contra singulares personas dicti ordinis et per inquisitores, quos ad hoc duximus deputandos, contra ipsum ordinem per universas mundi partes, in quibus consueverint fratres dicti ordinis habitare, inquisitiones factae fuerunt, et illae, quae factae contra ordinem praelibatum fuerant, ad nostrum examen remissae, quaedam per nos et fratres nostros sanctae romanae ecclesiae cardinales, aliae vero per multos viros valde litteratos, prudentes, fideles, Deum timentes et fidei catholicae zelatores et exercitatos, tam praelatos quam alios apud Malausonam Vacionensis dioces fuerunt valde diligenter lectae et examinatae solerter.

Post quae dum venissemus Viam et essent iam quam plures patriarchae, archiepiscopi, episcopi electi, abbates exempti et non exempti et alii ecclesiarum praelati necnon et procuratores absentium praelatorum et capitulorum ibidem pro convocato a nobis concilio congregati, nos post primam sessionem, quam inibi cum dictis cardinalibus et cum praefatis praelatis et procuratoribus tenuimus, in qua causas convocationis concilii eisdem duximus exponendas, quia erat difficile, immo fere impossibile praefatos cardinales et universos praelatos et procuratores in praesenti concilio congregatos ad tractandum de modo procedendi super et in facto seu negotio fratrum ordinis praedictorum in nostra praesentia convenire, de mandato nostro ab universis praelatis et procuratoribus in hoc concilio existentibus certi patriarehae, archiepiscopi, episcopi, abbates exempti et non exempti et alii

ecclesiarum praelati et procuratores de universis christianitatis partibus quarumcumque linguarum, nationum et regionum, qui de peritioribus, discretioribus et idoneioribus ad consulendum in tali et tanto negotio et ad tractandum una nobiscum et cum cardinalibus antedictis tam solemne factum sive negotium credebantur, electi concorditer et assumpti fuerunt.

Post quae praefatas attestaciones super inquisitionem ordinis praelibati receptas coram ipsis praelatis et procuratoribus per plures dies et quantum ipsi voluerunt audire publice legi fecimus in loco ad tenendum concilium deputato, videlicet in ecclesia cathedrali et subsequenter per multos venerabiles fratres nostros, patriarcham Aquileiensem, archiepiscopos et episcopos in praesenti sacro concilio existentes, electos et deputatos ad hoc, per electos a toto concilio cum magna diligentia et sollicitudine, non perfunctorie, sed moratoria tractatione dictae attestaciones ac rubricae super his factae visae, perlectae et examinatae fuerunt. Praefatis itaque cardinalibus, patriarchis, archiepiscopis et episcopis, abbatibus exemptis et non exemptis et aliis praelatis et procuratoribus ab aliis, ut praemittitur, electis propter praemissum negotium in nostra praesentia constitutis, facta per nos pro positione et consultatione secreta, qualiter esset in eodem negotio procedendum, praesertim cum quidam Templarii ad defensionem eiusdem ordinis se offerrent, maiori parti cardinalium et toti fere concilio, illis videlicet, qui a toto concilio, ut praemittitur, sunt electi et quoad hoc vices totius concilii repraesentant, vel parti multo maiori, quinimo quatuor vel quinque partibus eorundem cuiuscumque nationis in concilio existentium indubitatum videbatur, et dicti praelati et procuratores sua consilia dederunt, quod ipsi ordini defensio dari deberet et quod ipse ordo de haeresibus, de quibus inquisitum est contra ipsum per ea, quae hactenus sunt probata, absque offensa Dei et iuris iniuria condemnari nequeat, aliis quibusdam e contra dicentibus dictos fratres non esse ad defensionem dicti ordinis admittendos nec nos dare debere defensionem eisdem: si enim, ut dicebant praemissi, eiusdem ordinis defensio admittatur vel detur, ex hoc ipsius negotii periculum et non modicum Terrae Sanctae subsidii detrimentum sequeretur et altercatio et retardatio et decissionis ipsius negotii dilatio, ad haec multas rationes et varias allegantes. Verum licet ex processibus habitis contra ordinem memoratum ipse ut haereticus per definitivam sententiam canonice condemnari non possit, quia tamen idem ordo de illis haeresibus, quae imponuntur eidem, est plurimum diffamatus; et quia quasi infinitae personae illius ordinis, inter quas sunt generalis magister, visitator Franciae et maiores praeceptores ipsius, per eorum confessiones spontaneas de praedictis haeresibus, erroribus et sceleribus sunt convictae; quia etiam ipsae confessiones dictum ordinem reddunt valde suspectum; et quia infamia et suspicio praelibatae dictum ordinem reddunt ecclesiae sanctae Dei et praelatis eiusdem ac regibus aliisque principibus et coeteris catholicis nimis abominabilem et exosum; quia etiam verisimile creditur, quodammodo bona non reperiretur persona, quae dictum ordinem vellet intrare, propter quae ipse ordo ecclesiae Dei et prosecutioni negotii Terrae Sanctae, ad cuius servitium fuerant deputati, inutilis redderetur; quoniam insuper ex dilatione decissionis seu ordinationis dicti negotii, ad quam faciendam vel sententiam promulgandam terminus peremptorius fuerat in praesenti concilio praefatis ordini et fratribus assignatus a nobis, bonorum Templi, quae dudum ad subsidium Terrae Sanctae et impugnationem inimicorum fidei christianae a Christi fidelibus data, legata et concessa fuerunt, totalis amissio, destructio et dilapidatio, ut probabiliter creditur, sequeretur: inter eos, qui dicunt, ex nunc contra dictum ordinem pro dictis criminibus condemnationis sententiam promulgandam, et alios, qui dicunt ex processibus prae habitis contra dictum ordinem condemnationis sententiam iure ferri non posse, longa et matura

deliberatione praehabita, solum Deum habentes prae oculis et ad utilitatem negotii Terrae Sanctae respectum habentes, non declinantes ad dexteram vel ad sinistram, viam provisionis et ordinationis duximus eligendam, per quam tollentur scandala, vitabuntur pericula et bona conservabuntur subsidio Terrae Sanctae.

Considerantes itaque infamiam, suspicionem, clamorosa insinuationem et alia supradicta, quae contra ordinem faciunt supradictum, necnon et occultam et clandestinam receptionem fratrum ipsius ordinis differentiamque multorum fratrum eiusdem a communi conversatione, vita et moribus aliorum Christi fidelium, in eo maxime, quod recipientes aliquos in fratres sui ordinis receptos in ipsa receptione professionem emittere faciebant et iurare modum receptionis nemini revelare nec religionem illam exire: ex quibus contra cos praesumitur evidenter; attendentes insuper grave scandalum ex praedictis contra ordinem praelibatum subortum fuisse, quod non videretur posse sedari eodem ordine remanente, nec non et fidei et animarum pericula et quam plurimorum fratrum dicti ordinis horribilia multa facta et multas alias rationes iustas et causas, quae nostrum ad infra scripta movere animum rationabiliter et debite potuerunt; quia et maiori parti dictorum cardinalium et praedictorum a toto concilio electorum, plus quam quatuor vel quinque partibus eorundem, visum est decentius et expeditius et utilius pro Dei honore et pro conservatione fidei christianae ac subsidio Terrae Sanctae multisque aliis rationibus validis sequendam fore potius viam ordinationis et provisionis sedis apostolicae, ordinem saepe fatum tollendo et bona ad usum, ad quem deputata fuerant, applicando, de personis etiam ipsius ordinis, quae vivunt, salubriter providendo, quam deffensionis iuris observationes et negotii provocationis; animadvertentes etiam quod alias sine culpa fratrum ecclesia romana fecit interdum alios ordines solemnes ex causis incomparabiliter minoribus, quam sint praemissae, cessare: non sine cordis amaritudine et dolore non per modum definitivae sententiae, sed per modum provisionis seu ordinationis apostolicae praefatum templi ordinem et eius statum, habitum atque nomem irrefragabili et perpetuo valitura tollimus sanctione ac perpetuae prohibitioni subiicimus, sacro concilio approbante, districtius inhibentes, ne quis dictum ordinem de coetero intrare vel eius habitum suscipere vel portare aut pro templario gerere se praesumat. Quod si quis contra fecerit, excommunicationis incurrat sententiam ipso facto. Porro nos personas et bona eadem nostrae ac apostolicae sedis ordinationi et dispositioni, quam gratia divina favente ad Dei honorem et exaltationem fidei christianae ac statum prosperum Terrae Sanctae facere intendimus, antequam praesens sacrum terminetur concilium, reservamus; inhibentes districtius, ne quis, cuiuscumque conditionis vel status existat, se de personis vel bonis huiusmodi aliquatenus intromittat vel circa ea in ordinationis sive dispositionis nostrae per nos, ut praemittitur, faciendae praeiudicium aliquod faciat, innovet vel attentet, decernentes ex nunc irritum et inane, si secus a quodam scienter vel ignoranter contigerit attentari. Per hoc tamen processibus factis vel faciendis circa singulares personas ipsorum templariorum per dioecesanos episcopos et provincialia concilia, prout per nos alias extitit ordinatum, nolumus derogari. Nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nostrae ordinationis, provisionis, constitutionis et inhibitionis infringere vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem hoc attentare praesumpserit, indignationem omnipotentis Dei et beatorum Petri et Pauli apostolorum eius se noverit incursurum.

Datum Vienna XI kalendas Aprilis, pontificatus nostri anno septimo.

APÉNDICE N° 43.- Bula «Ad providam Christi vicarii».

Bula de Clemente V «Ad providam Christi vicarii» de dos de mayo de 1313 por la que se dispone la transferencia de los bienes a la Orden del Hospital de san Juan¹⁹⁰⁴.

Clemens Episcopus, servus fervorum Dei, ad pcrpetuam rei memoriam.

Ad providam Christi Vicarii Præsidentis in specula Apostolicæ dignitatis circumspectionem pertinet, vices pensare temporum emergentium, negotiorum causas discutere, ac Personarum attendere cualitates: ut ad singula debitum irigens neceslaricæ considerationis intuitum, et opportune manum operationis apponens, de agro Domini sic vitiorum tribulos eruat, ut virtutes amplisiceti sic praevaricantium spinas tollat, ut evellendo plus plantet quam destruat, et in loca vacua per eradicationem nocentium tribuorum, devota Deo plantamina transferendo, potioem praebeat de provisa et utili eorum locorum unione et translatione lætitiā, quam vera justitia, quæ compassionem habet, doloris intulerit detrimentum, Per sonarum et locorum hujusmodi per ruinam.

Sic enim sufferendo quod officit, et subrogando quod proficit, virtutum profectus amplificat, et sublata de medio, meliori subrogatione restaurat.

Dudum fiquidem Ordinem Domus Militia Templi Hierosolymitani, propter Magistrum et Fratres, ceterasque personas dicti Ordinis in quibuslibet mundi partibus consistences, variis et diversis non tarn nefandis, quam infandis, proh dolor! errorum et scelerum obscenitatibus, pravitatibus, maculis, et labe repersos; que propter tristem et spurcidam eorum memoriam præsentibus subticemus ejusque Ordinis Statum, habitum, atque nomen, non sine cordis amaritudine et dolore, Sacro approbante concilio, non per modum dissinitivæ Sententiæ, cum earn super hoc secundum Inquisitiones, et Processus super his habitos, non possemus ferre de Jure; sed per viam Provisionis, seu Ordinationis Apostolicæ, irrefragibili et perpetuo valitura sustulimus Sanctione, ipsum Prohibitioni perpetuæ supponentes:

Districtius inhibendo, ne quis dictum Ordinem de cetero intrare, vel ejus habitum suscipere vel portare, aut protemplario se gerere præsumeret. Quod si quis contra faceret, Excommunicationis incurreret Sententiam ipso facto. Univerfa etiam bona Ordinis prælibati Apostolicæ Sedis Ordinationi et dispositioni Auctoritate Apostolica duximus rescervanda.

Inhibentes districtius, ne quis, cuiuscumque conditionis vel status exsisteret, se de personis vel bonis hujusmodi aliquatenus intromitteret; vel circa ea, in præjudicium Ordinis, seu dispositionis Apostolicæ per Sedem eamdem, ut præmittitur, facienda, aliquid faceret, innovaret, vel etiam attentaret: decernentes ex tunc irritum et inane, si fecus a quoquam scienter vel ignoranter contigerit attentari.

Ac postmodum, ne dicta bona, quæ dudum ad subsidium Terre Sanctæ, et impugnationem inimicorum Fidei Christianæ, a Christi cultoribus, data, legata, concessa et acquisita fuerunt, debita gubernatione carentia, tanquam vacantia deperirent, vel converterentur in usus alios, quam in illos ad quos fuerant pia devotione fidelium

¹⁹⁰⁴ Pierre Dupuy, *Histoire de l'ordre militaire des Templiers*, p. 422

deputata, vel propter tarditatem Oidinationis et Dispositionis hujusmodi, eorum destructio vel dilapidatio sequeretur:

Cum Fratribus nostris sancte Romanæ Ecclesiæ Cardinalibus, necnon Patriarchis, Archiepiscopis, Episcopis et Prælatiis, ac etiam cum nonnullis Excellentibus et Illustribus Personis, cum reliquorum quoque absentium Prælatorum, et etiam Capitulorum, et Conventuum, Ecclesiarum et Monasteriorum Procuratoribus in dicto concilio constitutis, habuimus ardua, morosa, et diverse consilia, et tractatus: ut per hujusmodi consiliorum et tractatum deliberationem præhabitara diligentem, dictorum bonorum Ordinatio et dispositio, ad honorem Dei, augmentum Fidei, exaltationem Ecclesiæ, dictæ Terra: subsidium, salutem quoque fidelium et quietem, salubris et utilis perveniret.

Post quæ utique longa, præmedi tata, provisa et matura consilia, suadentibus plurimis justis causis, nostra et dictorum Fratrum, necnon Patriarcharum, Archiepiscoporum, Episcoporum, et aliorum Prælatorum ac Excellentium et Illustrium Personarum prædictorum in dicto concilio tune præsentium deliberationes et consilia in hoc finaliter resederunt, ut prædicta bona Ordini Hospitalis sancti Joannis Hierosolymitani, et ipsi Hospitali, ac dilectis filiis Magistro, et Fratribus Hospitalis ejusdem, nomine Hospitalis et Ordinis eorundem, qui tamquam Athletæ Domini pro defensione Fidei se periculis mortis jugiter exponentes, onerose nimis et periculoso dispendia continue perserunt in Partibus Trans-marinis, in perpetuum unirentur.

Nos igitur inter cetera mundi loca, in quibus vigere dignoscitur observantia Regularis, dictum Ordinem Hospitalis, et ipsum Hospitale, sinceræ caritatis plenitudine prosequentes; ac attendentes, quod sicut evidentia facti in eo divinis obsequiis ferventer insistitur, pietatis et misericordiæ opera vigilantibus studiis exercentur, Fratres Hospitalis ipsius, mundanis spretis illecebris, devotum impendentes Altissimo famulatum, ac pro recuperatione Terræ prædictæ, tamquam intrepidi Christi pugiles, ferventibus studiis et desideriis intendentes, quaelibet ducunt humana pericula in contemptum:

Considerantes quoque, quod ex hoc tanto (magis) eorundem Magistri et Fratrum, dictorum Ordinis et Hostalis, creseat strenuitas, animoruro fervor augebitur, et ipsorum roborabitur fortitudo, ad propulsandas nostri Redemptoris injurias, et holies ejusdem Fidei conterendos; quanto ipsorum potentia in opulentioribus facultatibus augmentata, onera quæ prosecutionis tanti negotii necessitas exigit, levius et facilius poterunt supportare; Et propterea non indigne vigiles redditu, studiisque sollicitis excitati, ut ad sui Status augmentum opem et operam impendamus, eodem Sacro approbante concilio, ipsam Domum Militiæ Templi, cæterasque domos, Ecclesias, Capellas, Oratoria, Civitates, Castra, villas, terras, grangias, et loca, possessiones, jurisdictiones, redditus, atque jura, omniaque alia bona immobilia et mobilia, vel se moventia, cum omnibus membris, et juribus et pertinentiis suis, ultra et citra mare, ac in universis et quibuslibet mundi partibus consistentia, quæ ipse Ordo, et dicti Magister et Fratres ipsius Ordinis Militiæ Templi, tempore quo ipse Magister, et nonnulli ex eisdem Fratribus Militiæ Templi, in Regno Franciæ communiter capti fuerunt, videlicet anno Domini M. CCC. VIII. mense Octobri, per se, vel quoscumque alios habebant, tenebant, et possidebant;

Vel ad eosdem Domum et Ordinem Militiæ Templi, et dictos Magistrum, et Fratres ipsius Ordinis Militiæ Templi, quomodolibet pertinebant;

Necnon nomina, actiones et jura, quæ prædicto tempore captionis ipsorum, eisdem domui, Ordini, vel Personis ipsius Ordinis Militie Templi, quocumque modo com-

petebant vel competere poterant, contra quoscumque, cujuscumque dignitatis, status vel conditionis existerent, cum omnibus Privilegiis, Indulgentiis, Immunitatibus et Liberratibus, quibus præfati Magister et Fratres dictorum Domus et Ordinis Militiæ Templi, et ipsa Domus et Ordo, per Sedem Apostolicam, vel per Catholicos Imperatores, Reges et Principes, et Fideles alios, vel quocumque alio modo, erant legitime communiti; eidem Ordini Hospitalis sancti Joannis Hierosolymitani, et ipsi Hospitali donamus, concedimus, unimus, incorporamus, applicamus, et annectimus in perpetuum, de Apostolicæ plenitudine potestatis;

Exceptis bonis quondam dicti Ordinis ipsius Militiæ Templi, consistentibus in Regnis et Terris Carissimorum in Christo filiorum nostrorum Castellæ, Aragoniæ, Portugalliæ, et Majoricarum Regum illustrium, extra Regnum Francis: quæ a Donatione, concessione, unione applicatione, incorporatione, et annexione prædictis, specialiter excipienda duximus, et etiam excludenda: ea nihilominus dispositioni et Ordinationi Sedis Apostolicæ reservantes:

Inhibitionem dudum per alios processus nostros factam, ne quis videlicet, cujuscumque conditionis vel status existeret, se de personis et bonis hujusmodi aliquatenus intromitteret, vel circa ea, in præjudicium Ordinationis seu Dispositionis Sedis ejusdem faciendæ deillis;

Necnon Decreti nostri interpositionem, quoad Personas et bona in dictis Regnis et Terris eorundem Regum proxime expressorum consistentia, omnino manere volentes in plenae robore firmitatis; quo-usque de personis et rebus prædictis in eisdem Regnis et Terris consistentibus per dispositionem Sedis ejusdem fuerit aliter ordinatum.

Occupatores quoque dictorum bonorum, aut illicitos detentores cujuscumque status, conditionis, excellentiæ vel dignitatis extiterint, etiamsi Pontificali, Imperiali, vel Regali præfulgeant dignitate, nisi unius mens spatium, postquam super hoc per dictos Magistrum Fratres ipsius Hospitalis, vel ipsorum quemlibet, aut Procuratores eorum, fuerint requisiti, dicta bona dimiserint, illaque plene ac libere restituerint Ordini ipsius Hospitalis, et eidem Hospitali, aut Magistro seu prioribus, vel Præceptoribus, aut Fratribus Hospitalis ejusdem in quibuscumque partibus et Provinciis constitutis, eorumque singulis, vel Procuratori seu Procuratoribus eorundem ejusdem Ordinis, ipsius Hospitalis nomine;

Etiamsi dicti priores, Præceptores et Fratres ipsius Hospitalis, et Procuratores ipsorum, et eorum quilibet, a dicto Magistro ipsius Hospitalis mandatum super hoc specialiter non de haberent; dummodo Procuratores prædicti a dictis prioribus et Præceptoribus extiterint deputati, et Mandatum super hoc habuerint vel ostenderint speciale.

Qui omnes et singuli, videlicet priores et Præceptores, et Fratres, dicto Magistro; Procuratores vero prædicti eisdem prioribus et Præceptoribus, eorumque singulis, a quibus super his fuerint deputati, plenum super omnibus gestis, actis, receptis et procuratis per eos modo libet in hac parte, computum et rationem ponere sic reddere teneantur:

Necnon omnes qui scienter in occupatione vel detentione hujusmodi dederint consilium, auxilium vel favorem, publice vel occulte, Ex Monasteriorum, necnon universitatibus Civitatum, Castrorum, villarum, et aliorum locorum.

Et ipsas Civitates, Castra, Villas et loca, quæ in his culpabilia extiterint ac etiam Civitates, castra et loca, in quibus detentores et occupatores hujusmodi dominium obtinuerint temporale; si hujusmodi Domini temporales in dimittendo bona

prædicta, et restituendo ilia Magistro et Fratribus Ordinis et Holpitalis ejusdem nomine Hospitalis ipsius obstaculum adhibebunt, et infra dictum mensem ab hujusmodi præmissis non destiterint, postquam sper hoc, ut præmittitur, fuerint requisiti; ipsos Interdicti Sententiis decernimus subjacere: a quibus absolvi non possint, donec super his plenam et debitam satisfactionem curaverint exhibere.

Et nihilominus occupatores et detentores hujusmodi, vel præstantes eisdem, ut præmittitur, auxilium, consilium vel favores; sive singulares Persone, sive Capitula, Collegia, seu Conventus Ecclesiarum et Monasteriorum, ac universitates Civitatum, Castrorum, terrarum, vel aliorum locorum extiterint: præter peenas præscriptas, omnibus, quas a Romana, vel aliis Ecclesiis quibuscumque tenent in Feudum, ipso facto decernimus fore privatos sive privata.

Ita quod ad Ecclesias, ad quas spectant ilia libere sine contradictione aliqua revertantur; earumque Ecclesiarum Prælati, sive Rectores de ipsis pro sua voluntate disponant, sicut utilitati Ecclesiarum ipsarum viderint expedire.

Nulli ergo, et nostrorum Donationis, Concessionis, Unionis, Reservationis, inhibitionis, voluntatis et Constitutionis infringere. Si quis, ...

Datum Vienna, sexto Nona Maii, Pontificatus nostri anno VII.

APÉNDICE N° 44.- Bula «*Considerantes dudum*».

Bula «*Considerantes dudum*» del Papa Clemente V, promulgada en Vienne, el 6 de mayo de 1312¹⁹⁰⁵.

Clemens episcopus servus servorum Dei: ad certitudinem praesentium, et memoriam futurorum. Considerantes dudum inquisitiones, et processus varios de mandato sedis apostolicae per universas partes christianitatis contra ordinem quondam militiae templi, et contra singulares personas habitos, sive facto super haeresibus de quibus ipsi erant graviter infamiati, et specialiter super eo quod fratres ejusdem quondam ordinis, dum in ipso recipiebantur ordine, ac interdum post receptionem eorum, Christum negare, et in ejus opprobrium super crucem sibi ostensam expuere, et eam interdum conculcare pedibus dicebantur; quod generalis magister ipsius ordinis, visitator Fianciae, ac majores ipsius ordinis praeceptores, nec non et quamplures fratres ejusdem in judicio confessi fuerunt de haeresibus supradictis; quodque ipsae confessiones dictum ordinem valde suspectum reddebant; attendentes insuper infamiam divulgatam, suspicionem vehementem, nec non praelatorum, ducum, comitum, baronum, ac couunitatum regni Franciae insinuationem clamorosa, grave quoque scandalum ex praedictis contra ordinem praelibatum subortum, quod non videbatur posse sedan eodem ordine remanente: animadvertentes multas alias justas rationes et causas, quae ad id nostrum moverunt animum, de quibus in processu super hoc habito continentur: cum gravi cordis amaritudine, ac dolore, non per modum difinitivae sententiae, cum eam super hoc secundum inquisitiones, et processus praedictos non possemus ferre de jure, sed per viam provisionis, et ordinationis apostolicae praefatum quondam templi ordinem, et ejus statum, habitum atque nomen sustulimus, removimus, et cassavimus, ac perpetuae prohibitioni subjecimus (sacro concilio approbante) personas, et bona ejusdem ordinis ordinationi, et dispositioni sedis apostolicae reservantes; per hoc tamen processibus factis, vel faciendis circa singulares personas aut fratres ejusdem quondam ordinis per dioecesanos episcopos, et provinciana concilia, pro ut per nos alias extitit ordinatum, nolumus derogare.

Nunc igitur volentes circa singulares easdem personas, ac fratres plenius, sicut expedit, providere, fratres ipsos omnes (praeter magistrum quondam dicti ordinis, visitatorem Franciae, et Terrae Sanctae, Normanniae, et Aquitaniae, ac Pictaviae, et provinciae Provinciae magnos praeceptores, quos dudum dispositioni nostrae specialiter reservavimus, et fratrem Oliverium de Penna dicti quondam ordinis militem: quem ex nunc dispositioni sedis apostolicae reservamus) judicio, et dispositioni conciliorum provincialium sicut et hactenus fecimus, duximus relinquendos; volentes juxta diversitatem conditionum ipsorum, per eadem concilia cum eis procedi; videlicet, quod illi, qui sunt jam super dictis erroribus sententialiter absoluti, vel in posterum exigente justitia absolventur, de bonis praefati quondam ordinis, unde juxta status sui decentiam sustentant valeant, administrentur. Circa eos autem, qui de praefatis erroribus sunt confessi, consideraos eorum conditionibus, modoque confessionis eorum pensato, volumus a praefatis conciliis, prout eorum circumspectioni videbitur, rigorem justitiae cum affluentia misericordia mitigari. Circa impenitentes, et relapsos, si qui (quod Deus avertat) inventi fuerint, inter eos justitia, aut censura canonica observan-

¹⁹⁰⁵ José Luis Villanueva, *Viage literario a las iglesias de España*, Tomo IV, Imprenta Real, Madrid, 1806, pp. 221-224.

da. Quo ad illos vero, qui etiam suppositi quaestionibus se praedictis esse involutos erroribus negaverint, per eadem concilla servari, et fieri volumus quod justum fuerit, et aequitas canonum suadebit. Eos autem cum quibus adhuc non est super dictis erroribus inquisitum, et qui sub manu, vel potestate ecclesiae non habentur, sed sunt forsitan fugitivi, sacri approbatione concilii, praesentium tenore citamus, ut a die praesenti infra annum, quem ad hoc eis pro termino praecisso, et peremptorio assignamus, coram dioecesanis suis curent personaliter comparere, subituri eorum examen prout iustitia suadebit, ac secundum praedictorum conciliorum iudicium pro meritis recepturi; magna tamen tam circa eos, quam circa alios supra expressos (praeterquam contra relapsos, et impenitentes) misericordia adhibita, et servata, et eo semper proviso, quod de bonis dicti quondam ordinis provideatur in necessariis tam istis, quam illis et etiam alius omnibus ejusdem quondam ordinis fratribus, quandocumque ad ecclesiae obedientiam venerint, et quamdiu in obedientia eadem perstiterint, juxta status sui conditiones, et decentiam eorundem ipsis ómnibus in domibus praefati quondam ordinis, aut in religiosorum aliorum monasteriis, ad expensas tamen ipsius quondam ordinis, juxta dictorum conciliorum arbitrium collocandis; ita tamen quod in una domo, unove monasterio nullatenus multi simul ponantur.

Mandamus etiam, et districte praecipimus ómnibus, apud quos, et per quos fratres praedicti quondam ordinis detinentur, ut eos restituant libere, et dimittant quotiescumque per metropolitanos, et ordinarios fratrum ipsorum fuerint super hoc requisiti. Quod si infra praefatum annum coram dioecesanis praedictis praemisso modo ciati non curaverint, ut praemittitur, comparere, eo ipso sententiam excommunicationis incurrant. Et quia in causa praesertim fidei contumacia suspitioni praesumptionem addit vehementem; si sic contumaces excommunicationem praedictam per annum animo sustinuerint pertinaci, ex tunc velut haeretici condemnentur. Verum hujusmodi nostrae citationis edictum, quod sic ideo ex certa scientia facimus, et eo fratres praedictos citari sic volumus, ac si essent per speciales citatores personaliter apprehensi, quia et vagabundi nullatenus possent, aut saltem faciliter inveniri; ut contra citationis ejusdem processum omnis calumniae tollatur occasio, in praesenti sacro concilio publicamus; et ut ipsa talis citatio certius ad fratrum ipsorum, et communem omnium notitiam deducatur, cartas, sive membranas processum citationis hujusmodi continentes, bullaque nostra bullatas in majoris ecclesiae Viennensis appendi, vel affligi ostiis faciemus, quae citationem hujusmodi suo quasi sonoro praeconio, et patulo iudicio publicabunt; ita quod fratres praedicti quos citatio ipsa contingit, nullam possint excusationem praetendere, quod ad eos ipsa citatio non pervenerit, vel quod ignorarint eandem, cum non sit verosimile remanere apud eos incognitum, vel occultum quod tam patenter omnibus publicatur. Ceterum ut circa hoc cautela plenior observetur, dioecesanis locorum praecioimus, ut in suis cathedralibus, ac locorum insignium dioecesium suarum ecclesiis, hujusmodi nostrae citationis edictum cum primum commode poterint faciant publicari.

Datum Viennae pridie nonas Maii, pontificatus nostri anno septimo.

APÉNDICE N° 45.- Regla del Temple¹⁹⁰⁶.

La Regla Primitiva

Aquí comienza el prólogo a la Regla del Temple.

1. Nos dirigimos, en primer lugar a todos aquellos quienes con discernimiento rechazan su propia voluntad y desean de todo corazón, servir a su rey soberano como caballero; llevar con supremo afán, y permanentemente, la muy noble armadura de la obediencia. Y por tanto, nosotros os invitamos, a seguir a los escogidos por Dios de entre la masa de perdición y a quienes ha dispuesto, en virtud de su sutil misericordia, defender la Santa Iglesia, y que vosotros anheláis abrazar por siempre.

2. Por sobre todas las cosas, quienquiera que ser un caballero de Cristo, escogiendo estas sagradas Ordenes en su profesión de fe, debe unir sencilla diligencia y firme perseverancia, que es tan valiosa y sagrada, y se revela tan noble, que si se mantiene impoluta para siempre, merecerá acompañar a los mártires que dieron sus almas por Cristo Jesús. En esta Orden religiosa ha florecido y se revitaliza la Orden caballerescas. La caballería, a pesar del amor por la justicia que constituye sus deberes, no cumplió con sus con ellos, defendiendo a los pobres, viudas, huérfanos e iglesias, sino que se aprestaron a destruir, despojar y matar. Dios que actúa conforme a nosotros y nuestro salvador Cristo Jesús; ha enviado a sus partidarios desde la ciudad Santa de Jerusalén a los acuartelamientos de Francia y Borgoña, para nuestra salvación y muestra de la verdadera fe, pues no cesan de ofrecer sus vidas por Dios, en piadoso sacrificio.

3. Ante ello nosotros, en completo gozo y hermandad, por requerimiento del Maestro Hugues de Payens, por quien la mencionada Orden caballerescas ha sido fundada con la gracia del Espíritu Santo, nos reunimos en Troyes, de entre varias provincias más allá de las montañas, en la fiesta de San Hilario, en el año de la encarnación de Cristo Jesús de 1128, en el noveno año tras la fundación de la anteriormente mencionada Orden caballerescas. De la conducta e inicios de la Orden de Caballería hemos escuchado en capítulo común de labios del anteriormente citado Maestro, Hermano Hgues de Payens; y de acuerdo con las limitaciones de nuestro entendimiento, lo que nos pareció correcto y beneficioso alabamos, y lo que nos pareció erróneo rechazamos.

4. Y todo lo que aconteció en aquel concilio no puede ser contado ni recontado; y para que no sea tomado a la ligera por nosotros, sino considerado con sabia prudencia, lo dejamos a discreción de ambos nuestro honorable padre el Señor Honorio y del noble Patriarca de Jerusalén, Esteban, quien conoce los problemas del Este y de los Pobres Caballeros de Cristo; por consejo del concilio común lo aprobamos unánimemente. Aunque un gran número de padres religiosos reunidos en capítulo aprobó la veracidad de nuestras palabras, sin embargo no debemos silenciar los verdaderos pronunciamientos y juicios que emitieron.

5. Por tanto yo, Jean Michel, a quien se ha encomendado y confiado tan divino oficio, por la gracia de Dios, he servido de humilde escriba del presente documento por Orden del consejo y del venerable padre Bernardo, abad de Clairvaux.

Los nombres de los Padres que asistieron al concilio.

¹⁹⁰⁶ Henri Curzon, *La Regle du Temple*, Librairie Renouard, París, 1886, pp. 10-74. (La traducción es de Judith Upton-Ward *The rules of the Templars, the French text of the Rule of the Order*, p. 2).

6. Primero fue Mateo, obispo de Albano, por la gracia de Dios, legado de la santa Iglesia de Roma; R[enaud], arzobispo de Reims; H[enri], arzobispo de Sens; y sus clérigos: G[ocelin], obispo de Soissons; el obispo de París; el obispo de Troyes; el obispo de Orléans; el obispo de Auxerre; el obispo de Meaux; el obispo de Chalons; el obispo de Laon; el obispo de Beauvais; el abad de Vézelay, quien posteriormente fue arzobispo de Lyon y legado de la Iglesia de Roma; el abad de Cîteaux; el abad de Pontigny; el abad de Trois-Fontaines; el abad de St Denis de Reims; el abad de St-Etienne de Dijon; el abad de Molesmes; al anteriormente mencionado B[ernardo], abad de Clairvaux; cuyas palabras el anteriormente citado alabó francamente. También estuvieron presentes el maestro Aubri de Reims; maestro Fulcher y varios otros que sería tedioso mencionar. Y de los otros que no se han mencionado, es importante asentar, en este asunto, de que son amantes de la verdad: ellos son, el conde Theobald; el conde de Nevers; Andrè de Baudemant. Estuvieron en el concilio y actuaron de tal proceder, con perfecto y cuidadoso estudio seleccionando lo correcto y desechando lo que no les parecía justo.

7. Y también presente estaba el Hermano Hugues de Payens, maestre de Caballería, con algunos de los hermanos que le acompañaron. Estos eran Hermano Roland, Hermano Godefroy, y Hermano Geoffroi Bisot, Hermano Payens de Montdidier, Hermano Archambaut de Saint-Amand. El propio maestre Hugues con sus seguidores antedichos, expusieron las costumbres y observancias de sus humildes comienzos y uno de ellos dijo: Ego principium qui et loquor vobis, que significa: "Yo quien habla a vosotros soy el principio" según mi personal recuerdo.

8. Agradó al concilio común que las deliberaciones se hicieran allí, y el estudio de las Sagradas Escrituras, que se examinaron profundamente, con la sabiduría de mi señor H[onorius], papa de la Santa Iglesia de Roma y del patriarca de Jerusalén y en conformidad con el capítulo. Juntos, y de acuerdo con los Pobres Caballeros de Cristo del Templo que está en Jerusalén, se debe poner por escrito y no olvidado, celosamente guardado de tal forma, que para una vida de observancia se puedan referir a su creador; comparación más dulce que la miel en paridad con Dios; cuya piedad parece óleo, y nos permite ir hacia Él a quien deseamos servir. Per infinita seculorum secula. Amen.

Aquí comienza la Regla de los Pobres caballeros del Temple.

9. Vosotros los que renunciáis a vuestra voluntad, y vosotros otros los que servís a un rey soberano con caballos y armas, para salvación de vuestras almas y por tiempo establecido, acudiréis con deseo virtuoso a oír matines y el servicio completo, según la ley canónica y las costumbres de los maestros de la Ciudad Santa de Jerusalén. Oh vosotros venerables hermanos, que Dios sea con vosotros, si prometéis despreciar el mundo por perpetuo amor a Dios, desterrar las tentaciones de vuestro cuerpo; sostenido por el alimento de Dios, beber y ser instruido en los mandamientos de Nuestro Señor; al final del oficio divino, ninguno debe temer entrar en batalla si por ende lleva tonsura.

10. Pero si cualquier hermano es enviado por el trabajo de la casa y por la Cristiandad al Este – algo que creemos ocurrirá frecuentemente- y no puede oír el divino oficio, deberá decir en lugar de matines trece padrenuestros; siete por cada hora y nueve por vísperas. Y todos juntos le Ordenamos que así lo haga. Pero aquellos que han sido enviados y no puedan volver para asistir al divino oficio, si les es posible a las horas establecidas, que no deberán ser omitidas, rendir a Dios su homenaje.

La Forma en que deben ser recibidos los Hermanos.

11. Si cualquier caballero seglar o cualquier otro hombre, desea dejar la masa de perdición y abandonar la vida secular escogiendo la vuestra en comunidad, no consentáis en recibirlo inmediatamente, porque según ha dicho mi Señor San Pablo: Probat spiritus si ex Deo sunt. Que quiere decir: "Prueba el alma a ver si viene de Dios" Sin embargo, si la compañía de sus hermanos le debe ser concedida, dejad que le sea leída la Regla, y si desea explícitamente obedecer los mandamientos de la Regla, y complace tanto al maestro como a los hermanos el recibirle, dejadle revelar su deseo ante todos los hermanos reunidos en capítulo y hacer su solicitud con corazón digno.

Sobre Caballeros excomulgados.

12. Donde sepáis que se concentran caballeros excomulgados, allí os obligamos a ir; y si alguien desea unirse a la Orden de caballería proveniente de regiones lejanas, no deberéis considerar tanto el valor terrenal como el de la eterna salvación de su alma. Nosotros Ordenamos que sea recibido condicionalmente, que se presente ante el obispo de la provincia y le comunique su intención. Y, cuando el obispo lo haya escuchado y absuelto, lo enviará al maestro y hermanos del Temple, y si su vida es honesta y merecedora de su compañía, si parece justo al maestro y hermanos, dejad que sea piadosamente recibido; y si muriera durante ese tiempo, por la angustia y tormento que ha sufrido, dejad que se le otorguen todos los favores de la hermandad, dados a cada uno de los Pobres Caballeros del Temple.

13. Bajo ninguna otra circunstancia, deberá los hermanos del Temple compartir la compañía de los indiscutiblemente excomulgados, ni que se queden con sus pertenencias; y esto debe ser prohibido encarecidamente porque sería terrible que fueran asimismo repudiados. Pero si solo le ha sido prohibido escuchar el Divino Oficio, es ciertamente posible permanecer en su compañía, así como quedarse con sus pertenencias, entregándolas a la caridad con el permiso de su comandante.

Sobre no aceptar niños.

14. Aunque la regla de los santos padres permite recibir a niños en la vida religiosa, nosotros lo desaconsejamos. Porque aquel que desee entregar a su hijo eternamente en la Orden caballeresca deberá educarlo hasta que sea capaz de llevar las armas con vigor, y liberar la tierra de los enemigos de Cristo Jesús. Entonces que su madre y padre lo lleven a la casa y que su petición sea conocida por los hermanos; y es mucho mejor que no tome los votos cuando niño sino al ser mayor, pues es conveniente que no se arrepienta de ello, a que lo haga. Y seguidamente que sea puesto a prueba de acuerdo con la sabiduría del maestro y hermanos conforme a la honestidad de su vida al solicitar ser admitido en la hermandad.

Sobre los que están de pie demasiado tiempo en la Capilla.

15. Se nos ha hecho saber, y lo hemos escuchado de testigos presenciales, que de forma inmoderada y sin restricción alguna, vosotros escucháis el divino oficio de pie. Nosotros no Ordenamos que os comportéis de esta forma, al contrario lo desaprobamos. Disponemos, que tanto los fuertes como los débiles, para evitar desordenes, canten el salmo llamado Venite, con la invitatoria y el himno sentados, y digan sus oraciones en silencio, en voz baja no voceando, para no perturbar las oraciones de los otros hermanos.

16. Pero al final de los salmos, cuando se canta el Gloria patri, en reverencia a la Santísima Trinidad, os pondréis de pie y os inclinareis ante el altar, mientras los débiles o enfermos solo inclinarán la cabeza. Por tanto mandamos; que cuando la explicación de los Evangelios sea leída, y se cante el Te deum laudamus, y mientras se cantan los laudes, y los maitines terminan, vosotros estéis de pie. De esta misma forma

dictaminamos que permanezcáis de pie durante maitines y en todas las horas de Nuestra Señora.

Sobre la vestimenta de los Hermanos.

17. Disponemos que todos los hábitos de los hermanos sean de un solo color, bien sea blanco, negro o marrón. Y sugerimos que tanto en invierno como en verano si es posible, lleven capas blancas; y a nadie que no pertenezca la mencionada caballería de Cristo le será permitido tener una capa blanca, para que quienes hayan abandonado la vida en oscuridad se reconozcan los unos a los otros como seres reconciliados con su creador por el signo de sus hábitos blancos: que significa pureza y completa castidad. La Castidad es certeza en el corazón y salud en el cuerpo. Por lo que si un hermano no toma votos de castidad no puede acceder al eterno descanso ni ver a Dios, por la promesa del apóstol que dijo: *Pacem sectamini cum omnibus et castimoniam sine qua nemo Deum videbit*. Que significa: "Lucha para llevar la paz a todos, mantente casto, sin lo cual nadie puede ver a Dios".

18. Pero estas vestiduras deberán mantenerse sin riquezas y sin ningún símbolo de orgullo. Y así, nosotros exigimos que ningún hermano lleve piel en sus vestidos, ni cualquier otra cosa que no pertenezca al uso del cuerpo, ni tan siquiera una manta que no sea de lana o cordero. Concertamos en que todos tengan lo mismo, de tal forma que puedan vestirse y desvestirse, y poner y quitarse las botas con facilidad. Y el sastre, o quien haga sus funciones, deberá mostrarse minucioso y cuidar que se mantenga la aprobación de Dios en todas las cosas mencionadas, para que los ojos de los envidiosos y mal intencionados no puedan observar que las vestiduras sean demasiado largas o cortas; deberá distribuirlas de tal manera que sean de la medida de quien las ha de llevar, según la corpulencia de cada uno.

19. Y si alguno por orgullo o arrogancia desea tener para él un mejor y más fino hábito, dadle el peor. Y aquellos que reciban vestiduras nuevas deberán inmediatamente devolver las viejas, para que sean entregadas a escuderos y sargentos, y a menudo a los pobres, según lo que considere conveniente el encargado de ese menester.

Sobre las Camisas.

20. Entre otros asuntos sobre los que regulamos, debido al intenso calor existente en el Este, desde Pascua hasta todos los Santos, gracias a la compasión y de ninguna forma como derecho, una camisa de lino será entregada al hermano que así lo solicite.

Sobre la Ropa de Cama.

21. Ordenamos por unánimemente que cada hombre tenga la ropa y sábanas de acuerdo con el juicio de su maestro. Es nuestro propósito que un colchón, un almohadón y una manta son suficientes para cada uno; y aquél a quien le falte uno de éstos puede usar una alfombra, y una manta de lino siempre que sea de pelo fino. Y dormirán siempre vestidos con camisa y pantalón, y zapatos y cinturones, y donde reposen deberá haber siempre una luz encendida hasta la mañana. Y el Sastre se asegurará que los hermanos estén tan bien tonsurados que puedan ser examinados tanto de frente como de espaldas; y nosotros Ordenamos que vosotros os adheráis a esta misma conducta en lo tocante a barbas y bigotes, para que ningún exceso se muestre en sus cuerpos.

Sobre Zapatos puntiagudos y Cordones de lazo.

22. Prohibimos los zapatos puntiagudos y los cordones de lazo y condenamos que un hermano los use; ni los permitimos a quienes sirvan en la casa por tiempo determinado; más bien, prohibimos que los utilicen en cualquier circunstancia. Porque es

manifiesto y bien sabido que estas cosas abominables pertenecen a los paganos. Tampoco deberán llevar ni el pelo ni el hábito demasiado largos. Porque aquellos que sirven al soberano creador deben surgir de la necesidad dentro y fuera mediante la promesa de Dios mismo quien dijo: Estote mundi quia ego mundus sum. Que quiere decir: "Nace como yo nazco"

Cómo deben comer.

23. En el palacio, o lo que debería llamarse refectorio, deberéis comer juntos. Pero si estáis necesitados de algo, pues no estáis acostumbrados a los utilizados por los religiosos, quedamente y en privado deberéis pedir lo que necesitéis en la mesa, con toda humildad y sumisión. Porque el Apóstol dijo: Manduca panem tuum cum silentio. Que significa: "Come tu pan en silencio". Y el salmista: Posui ori meo custodiam. Que quiere decir: "Yo reprimí mi lengua" Que significa que "Yo creo que mi lengua me traicionaría" lo que es, "Callé para no hablar mal".

Sobre la Lectura de la Lección.

24. Siempre, durante la comida y cena en el convento, que se lean las Sagradas Escrituras, si ello es posible. Si amamos a Dios, sus Santas palabras y sus Santos Mandamientos, desharemos escuchar atentamente; y el lector da texto os reclamará silencio antes de comenzar a leer.

Sobre Pucheros y Vasos.

25. Debido a la escasez de pucheros, los hermanos comerán por parejas, de tal forma que uno pueda observar más de cerca al otro, y para que ni la austeridad ni la abstinencia en secreto sean introducidas, en la comida de comunidad. Y nos parece justo que cada hermano tenga la misma ración de vino en su copa.

Sobre comer Carne.

26. Deberá ser suficiente, comer carne tres veces por semana, excepto por Navidad, Todos los Santos, la Asunción y la festividad de los doce apóstoles. Porque se entiende que la costumbre de comer carne corrompe el cuerpo. Pero si un ayuno en el que se debe suprimir la carne cae en Martes, al día siguiente será dada en cantidad a los hermanos. Y los Domingos todos los hermanos del Temple, los capellanes y clérigos recibirán dos ágapes de carne en honor a la santa resurrección de Cristo Jesús. Y el resto de la casa, que incluye los escuderos y sargentos, deberán contentarse con una comida y estar agradecidos al Señor por ella.

Sobre las comidas entre Semana.

27. Sobre los otros días de la semana, que son Lunes, Miércoles e incluso Sábados, los hermanos tengan dos o tres comidas de vegetales u otros platos comidos con pan; y nosotros creemos que es suficiente y Ordenamos que así sea. De tal manera que aquel que no coma en una comida, lo haga en la otra.

Sobre la comida del Viernes.

28. Los Viernes, que se ofrezca a toda la congregación, comida cuaresmal, surgida de la reverencia hacia la pasión de Cristo Jesús; y haréis abstinencia desde la festividad de Todos los Santos hasta la Pascua, excepto el día de Navidad, la Asunción y la festividad de los doce apóstoles. Pero los hermanos débiles o enfermos no deberán ser obligados a esto.

Desde Pascua hasta la fiesta de Todos los Santos pueden comer dos veces, mientras no sea abstinencia general.

Sobre Dar las Gracias.

29. Siempre, después de cada comida o cena todos los hermanos deberán dar gracias a Dios en la iglesia y en silencio si ésta se encuentra del lugar dónde comen, y si no lo está en el mismo lugar en donde hayan comido. Con humildad deberán dar gracias a Cristo Jesús quien es el Señor que Provee. Dejad que los trozos de pan roto, sean dados a los pobres y los que estén en rodajas enteras, sean guardados. Aunque la recompensa de los pobres sea el reino de los cielos, se ofrecerá a los pobres sin dudarlo, y la fe Cristiana os reconocerá entre los suyos; por tanto concertamos, que una décima parte del pan sea entregado a vuestro Limosnero.

Sobre la Merienda.

30. Cuando cae el sol y comienza la noche escuchad la señal de la campana o la llamada a oración, según las costumbres del país, y acudid todos a capítulo. Pero disponemos que primero merendéis; si bien dejamos la toma de este refrigerio al arbitrio y discreción del maestro. Cuando queráis agua u Ordenéis, por caridad, vino aguado, que se os dé con comedimiento. Ciertamente, no deberá ser en exceso, sino con moderación. Porque Salomón dijo: Quia vinum facit apostatate sapientes. Que quiere decir que el vino corrompe a los sabios.

Sobre mantenerse en Silencio.

31. Cuando los hermanos salgan del capítulo no deben hablar abiertamente excepto en una emergencia. Dejad que cada uno vaya a su cama tranquilo y en silencio, y si necesita hablar a su escudero, se lo deberá decir en voz baja. Pero si por casualidad, a la salida del capítulo, la caballerescas o la casa tiene un serio problema, que debe ser solventado antes de la mañana, entendemos que el maestro o el grupo de hermanos mayores que gobiernan la Orden por el maestro, puedan hablar apropiadamente. Y por esta razón obligamos que sea hecho de esta manera.

32. Porque está escrito: In multiloquio non effugies peccatum. Que quiere decir que el hablar en demasía no está libre de pecado. Y en algún otro lugar: Mors et vita in manibus lingue. Que significa: 'La vida y la muerte están bajo el poder de la lengua.' Y durante esa conversación nosotros conjuntamente prohibimos palabras vanas y estruendosos ataques de risa. Y si algo se dice, durante esa conversación, que no debería haberse dicho, Ordenamos que al acostaros recéis un paternoster con notable humildad y sincera devoción.

Sobre los Hermanos Convalecientes.

33. Los hermanos que por el trabajo de la casa padezcan enfermedad pueden levantarse a la matinas con el consentimiento y permiso del maestro o de aquellos que se encarguen de ese menester. Deberán decir en lugar de las matinas trece paternosters, así queda establecido, de tal forma y manera que sus palabras reflejen su corazón. Así lo dijo David: Psallite sapienter. Que significa: 'Canta con sabiduría.' E igualmente dijo David: In conspectu Angelorum psallam tibi. Que significa: 'Yo cantaré para ti ante los ángeles.' Y dejad que esto sea siempre así y a la discreción del maestro o de aquellos encargados de tal menester.

Sobre la Vida en Comunidad.

34. Leemos en las Sagradas Escrituras: Dividebatur singulis prout cuique opus erat. Que significa que a cada uno le será dado según su necesidad. Por esta razón nosotros decimos que ninguno estará por encima de vosotros, sino que todos cuidareis de los enfermos; y aquél que esté menos enfermo dará gracias a Dios y no se preocupará; y permitiréis que aquel que esté peor se humille mediante su debilidad y no se enorgullezca por la piedad. De este modo todos los miembros vivirán en paz. Y prohibimos a

todos que abracen la excesiva abstinencia; si no que firmemente mantengan la vida en comunidad.

Sobre el maestro.

35. El maestro puede a quien le plazca entregar el caballo y la armadura y lo que desee de otro hermano, Y el hermano cuya cosa pertenecía no se sentirá vejado ni enfadado: porque es cierto que si se enfada irá contra Dios.

Sobre dar Consejos.

36. Permitir solo a aquellos hermanos que el maestro reconoce que dar án sabios y buenos consejos sean llamados a reunión; y así lo Ordenamos, y que de ninguna otra forma alguien pueda ser escogido. Porque cuando ocurra que se desee tratar de materias serias; como la entrega de tierra comunal, o hablar de los asuntos de la casa, o recibir a un hermano, entonces si el maestro lo desea, es apropiado reunir la congregación entera para escuchar el consejo de todo el capítulo; y lo que considere el maestro mejor y más beneficioso, dejar que así se haga.

Sobre los Hermanos enviados a Ultramar.

37. Los Hermanos que sean enviados a diversos países del mundo deberán cuidar los mandatos de la Regla según su habilidad y vivir sin desaprobación respecto a la carne y el vino, etc. para que reciban elogio de extraños y no mancillar por hecho o palabra los preceptos de la Orden, y para ser un ejemplo de buenas obras y sabiduría; por encima de todo, para que aquellos con quienes se asocien y en cuyas posadas reposen, sean recibidos con honor. Y a ser posible, la casa donde duerman y se hospeden que no quede sin luz por la noche, para que los tenebrosos enemigos no los conduzcan a la maldad, dado que Dios así lo prohíbe.

Sobre Mantener la Paz.

38. Cada hermano debe asegurarse de no incitar u otro a la ira o enojo, porque la soberana piedad de Dios ve al hermano fuerte igual que al débil, en nombre de la Caridad.

Cómo deben actuar los Hermanos.

39. A efecto de llevar a cabo sus santos deberes, merecer la Gloria del Señor y escapar del temible fuego del infierno, es acorde que todos los hermanos profesos obedezcan estrictamente a su maestro. Porque nada es más agradable a Cristo Jesús que la obediencia. Por esta razón, tan pronto algo sea Ordenado por el maestro o en quien haya delegado su autoridad, deberá ser obedecido sin dilación como si Cristo lo hubiese impuesto. Por ello Cristo Jesús por boca de David dijo y es cierto: *Ob auditu auris obedivit mihi*. Que quiere decir: 'Me obedeció tan pronto me escuchó'.

40. Por esta razón rezamos y firmemente dictaminamos a los hermanos caballeros que han abandonado su ambición personal y a todos aquellos que sirven por un período determinado a no salir por pueblos o ciudades sin el permiso del maestro o de quien él haya delegado; excepto por la noche al Sepulcro y otros lugares de oración dentro de los muros de la ciudad de Jerusalén.

41. Allí, irán los hermanos por parejas, de otra forma no podrán salir ni de día ni de noche; y cuando se detienen en una posada, ningún hermano, escudero o sargento puede acudir a los aposentos de otro para verlo o hablar con él sin permiso, tal y como se ha dicho. Ordenamos por unánime consentimiento que en esta Orden regida por Dios, ningún hermano deberá luchar o descansar según su voluntad, sino siguiendo las Ordenes del maestro, a quien todos deben someterse, para que sigan las indicaciones de Cristo Jesús que dijo: *Non veni facere voluntatem meam, sed ejus que misit*

me, patris. Que significa: 'Yo no vine a hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de mi padre quien me envió.'

Cómo deben Poseer e Intercambiar.

42. Sin el permiso del maestre o quien en su lugar ostente el cargo, que ningún hermano intercambie cosa alguna con otro, ni así lo pida, a menos que sea de escaso o nulo valor.

Sobre Cerrojos.

43. Sin permiso del maestre o quien le represente, ningún hermano tendrá una bolsa o monedero que se pueda cerrar; pero los directores de casas o provincias y el maestre no se atenderán a esto. Sin el consentimiento del maestre o su comandante, que ningún hermano tenga cartas de sus parientes u otras personas; pero si tiene permiso, y así lo quiere el maestre o comandante, estas cartas le pueden ser leídas.

Sobre Regalos de Seglares.

44. Si algo que no se puede conservar, como la carne, es regalado en agradecimiento, a un hermano por un seglar, lo presentará al maestre o al Comandante de Avituallamiento. Pero si ocurre que uno de sus amigos o parientes desea regalárselo solo a él, que no lo acepte sin el permiso del maestre o su delegado. Es más, si el hermano recibe cualquier otra cosa de sus parientes, que no lo acepte sin permiso del maestre o de quien ostente el cargo.

Especificamos, que los comandantes o mayordomos, que están a cargo de estos menesteres, que no se atengan a la citada regla.

Sobre Faltas.

45. Si algún hermano, hablando o en soldadesca, o de algún otro modo, comete una pecado venial, deberá voluntariamente decírselo al maestre, para redimirse con el corazón limpio. Si no acostumbra a redimirse de este modo, que reciba una penitencia leve, pero si la falta es muy seria que se aleje de la compañía de sus hermanos de tal forma que no coma ni beba en la mesa con ellos, si no solo; y se someterá a la piedad y juicio del maestre y hermanos, para que sea salvado el día del Juicio Final.

Sobre faltas Graves.

46. Por encima de todo, debemos asegurarnos que ningún hermano, poderoso o no, fuerte o débil, que desee promocionarse gradualmente devenga orgulloso, defienda su crimen y permanezca sin castigo. Pero si no quiere someterse por ello que reciba un castigo mayor. Y si misericordiosas oraciones del consejo se rezan por él a Dios, y él no quiere enmendarse, si no que se enorgullece más y más de ello, que sea erradicado del rebaño piadoso; según lo que el apóstol dice: Auferte malum ex vobis. Que quiere decir: 'Aparta los malvados de entre los tuyos.' Es necesario para vosotros separar las ovejas perversas de la compañía de los piadosos hermanos.

47. Es más, el maestre, que debe llevar en su mano el báculo - y bastón de mando que sostiene las debilidades y fortalezas de los demás; deberá ocuparse de ello. Pero también, como mi señor St Maxime dijo: 'Que la misericordia no sea mayor que la falta; ni que el excesivo castigo encamine al pecador a regresar a sus malas acciones.

Sobre las Murmuraciones

48. Disponemos por divino consejo, el evitar las plagas: de envidia, murmuración, despecho y calumnia. Por tanto cada uno debe guardar celosamente los que el apóstol dijo: Ne sis criminator et susurro in populo. Que significa: 'No acuses o perju-
diques al pueblo de Dios.' Pero cuando un hermano sepa con certeza que su compañe-

ro ha pecado, en privado y con fraternal misericordia que sea él mismo quien lo amoneste secretamente, y si no quiere escuchar, otro hermano deberá ser llamado, y si los rehusa a ambos, deberán decirlo públicamente ante el capítulo. Aquellos que deprecian a sus semejantes sufren de terrible ceguera y muchos están llenos de gran tristeza ya que no desarraigan la envidia que sienten hacia otros; y por ello serán arrojados hacia la inmemorial perversidad del demonio.

Que Nadie se Enorgullezca de sus Faltas.

49. Las palabras vanas se sabe son pecaminosas, y las dicen aquellos que se enorgullecen de su propio pecado ante el justo juez Cristo Jesús; lo que queda demostrado por las palabras de David: Obmutui et silui a bonis. Que significa que uno debería incluso refrenarse de hablar bien, y observar el silencio. Asimismo prevenid hablar mal, para evitar la desgracia del pecado. Ordenamos y firmemente prohibimos a un hermano que cuente a otro hermano o a cualquiera, las valientes acciones que llevó a cabo en su vida seglar y los placeres de la carne que mantuvo con mujeres inmorales. Deberán ser consideradas faltas cometidas durante su vida anterior y si sabe que ha sido expresado por algún otro hermano, deberá inmediatamente silenciarlo; y si no puede lograrlo, abandonará el lugar sin permitir que su corazón se mancille por estas palabras.

Que Nadie Pida.

50. A esta costumbre de entre otras, Ordenamos que os adheráis firmemente: que ningún hermano explícitamente pida el caballo o la armadura de otro. Se hará de la siguiente manera: si la enfermedad de un hermano o la fragilidad de sus animales o armadura es conocida y por lo tanto no puede hacer el trabajo de la casa sin peligro, que acuda al maestro, y exponga la situación en solícita fe y verdadera fraternidad, y se atenga a la disposición del maestro o de quien ostente su cargo.

Sobre animales y escuderos.

51. Cada hermano caballero puede tener tres caballos y ninguno más sin el permiso del maestro, debido a la gran pobreza que existe en la actualidad en la casa de Dios y en el Templo de Salomón. A cada hermano le permitimos tres caballos y un escudero; y si éste último sirve voluntariamente por caridad; el hermano no deber ía pegarle por los pecados que cometa.

Que ningún Hermano pueda tener una brida ornamentada.

52. Nosotros prohibimos seriamente a cualquier hermano que luzca oro o plata en sus bridas, estribos, ni espuelas. Esto se aplica si las compra; pero si le son regalados en caridad, los arneses la plata y el oro que sean tan viejos que no reluzcan, que su belleza no pueda ser vista por otros ni ser signo de orgullo: entonces podrá quedárselos. Pero si le son regalados equipos nuevos que sea el maestro quien disponga de ellos como crea oportuno.

Sobre fundas de Lanza.

53. Que ningún hermano tenga una funda ni para su lanza ni para su escudo, pues no es ninguna ventaja, al contrario podría ser muy perjudicial.

Sobre las bolsas de comida.

54. Este mandato que establecemos es conveniente para todos y por esta razón exigimos sea mantenido de ahora en adelante, y que ningún hermano pueda hacerse una bolsa para comida de lino o lana, o de cualquier otro material que no sea profínel.

Sobre la Caza.

55. Prohibimos colectivamente que ningún hermano cace un ave con otra. No es adecuado para un religioso sucumbir a los placeres, sino escuchar voluntariamente los mandamientos de Dios, estar frecuentemente orando y confesar diariamente implorando a Dios en sus oraciones el perdón de los pecados que haya cometido. Ningún hermano puede presumir de la compañía de un hombre que caza a un ave con otra. Al contrario es apropiado para un religioso actuar simple y humildemente sin reír ni hablar en demasía, con razonamiento y sin levantar la voz. Y por esta razón, disponemos especialmente a todos los hermanos que no se adentren en el bosque con lanzas ni arcos para cazar animales, ni que lo hagan en compañía de cazadores, excepto promovidos por el amor a salvaguardarlos de los paganos infieles. Ni deberéis ir con perros, ni gritar ni conversar, ni espolear vuestro caballo solo por el deseo de capturar una bestia salvaje.

Sobre el León.

56. Es verdad que os habéis responsabilizado a entregar vuestras almas por vuestros hermanos, tal y como lo hizo Cristo Jesús, y defender la tierra de los incrédulos paganos, enemigos del hijo de la Virgen María. Esta mentada prohibición de caza no incluye en forma alguna al león, dado que viene sigiloso y envolvente a capturar su presa, con sus zarpas contra el hombre e id con vuestras manos contra él.

Cómo pueden tener propiedades y hombres.

57. Esta bondadosa nueva Orden la creemos emana de las Sagradas Escrituras y de la divina providencia en la Sagrada Tierra del Este. Lo que significa que esta compañía armada de caballeros puede matar a los enemigos de la cruz sin pecar. Por esta razón juzgamos que debéis ser llamados Caballeros del Temple, con el doble mérito y la gallardía de la honestidad; que podáis poseer tierras y mantenerlas, villanos y campos y los gobernéis con justicia, e impongáis vuestro derecho tal y como está específicamente establecido.

Sobre los Diezmos.

58. Vosotros habéis abandonado las seductoras riquezas de este mundo y os habéis sometido voluntariamente a la pobreza; y por ello hemos resuelto que los que viváis en comunidad podáis recibir diezmos. Si el obispo de la localidad, a quien el diezmo se debería entregar por derecho, desea darlo en caridad; con el consentimiento del capítulo, puede donar esos diezmos que posee su Iglesia. Es más, si un plebeyo guarda los diezmos de su patrimonio para sí, y en contra de la Iglesia, y desea cederlos a vosotros lo puede hacer con el permiso del prelado y su capítulo.

Sobre hacer Juicios.

59. Sabemos, ya que lo hemos visto, que los perseguidores y amantes de peleas y dedicados cruelmente a atormentar a los fieles de la Sagrada Iglesia y a sus amigos, son incontables. Por el claro juicio del consejo, Ordenamos que si alguien en los lugares del Este o en cualquier otro sitio os solicita parecer, por creyentes y amantes de la verdad debéis juzgar el hecho, si la otra parte accede. Este mismo mandato se aplicará siempre que algo os sea robado.

Sobre los Hermanos Ancianos.

60. Disponemos por consejo compasivo que los hermanos ancianos y débiles sean honrados con diligencia y reciban la atención de acuerdo con su fragilidad; y cuidados por la autoridad de la Regla en aquellos menesteres necesarios para su bienestar físico, y que en forma alguna se sientan afligidos.

Sobre los Hermanos Enfermos.

61. Que los hermanos enfermos reciban la consideración y los cuidados y sean servidos según las enseñanzas del evangelista y de Cristo Jesús: *Infirmus fui et visitastis me*. Que significa: 'Estuve enfermo y me visitaste'; y que esto no sea olvidado. Porque aquellos hermanos que están dolientes deberán ser tratados con dulzura y cuidado, porque por tal servicio, llevado a cabo sin titubear, ganareis el reino de los cielos. Por lo tanto pedimos al Enfermero que sabia y fervientemente provea lo necesario a los diversos hermanos enfermos, como carne, viandas, aves y otros manjares que los retornen a la salud, según los medios y posibilidades de la casa.

Sobre los Hermanos Fallecidos.

62. Cuando un hermano pase de la vida a la muerte, algo de lo que nadie está excluido, digáis misa por su alma con misericordioso corazón, y que el divino oficio sea ejecutado por los curas que sirven al rey. Vosotros que servís a la caridad por un tiempo determinado y todos los hermanos que estén presentes frente al cadáver rezareis cien paternosters durante los siete siguientes días. Y todos los hermanos que están bajo la Orden de la casa del hermano fallecido rezaran los cien paternosters, como se ha dicho anteriormente; después de conocerse la muerte y por la misericordia de Dios. También rogamos y Ordenamos por autoridad pastoral que un mendigo sea alimentado con carne y vino durante cuarenta días en memoria del hermano finado, tal y como lo hiciera si estuviera vivo. Nosotros explícitamente prohibimos todos los anteriores ofrecimientos que solían hacer por voluntad y sin discreción los Pobres Caballeros del Templo ante la muerte de hermanos, en la celebración de Pascua u otras fiestas.

63. Es más, debéis profesar vuestra fe con pureza de corazón de día y de noche para que puedan compararos, en este aspecto, con el más sabio de los profetas, que dijo: *Calicem salutaris accipiam*. Que quiere decir: 'Yo beberé de la copa de salvación.' Lo cual significa: 'Vengaré la muerte de Cristo con mi muerte. Porque de la misma manera en que Cristo Jesús dio su cuerpo por mí, de la misma forma estoy preparado para dar mi alma por mis hermanos.' Esta es una ofrenda apropiada; un sacrificio viviente y del agrado de Dios. Sobre los Sacerdotes y clérigos que sirven a la Caridad.

64. La totalidad del concilio en consejo os Ordena rendir ofrendas y toda clase de limosnas sin importar el modo en que puedan ser dadas, a los capellanes y clérigos y a los que restan en la caridad por un tiempo determinado. Siguiendo los mandatos de Dios nuestro Señor, los sirvientes de la iglesia pueden solo recibir ropa y comida, y no pueden presumir de poseer nada a menos que el maestro desee dárselo por caridad.

Sobre los Caballeros seglares.

65. Aquellos que por piedad sirven y permanecen con vosotros por un tiempo determinado son caballeros de la casa de Dios y del Templo de Salmón. Por lo tanto con piedad rezamos y así disponemos finalmente que si durante su estancia, el poder de Dios se lleva a alguno de ellos, por amor a Dios y propio de la fraternal misericordia, un mendigo sea alimentado durante siete días para la salvación de su alma, y cada hermano en esa casa deberá rezar treinta paternosters.

Sobre los Caballeros Seglares que Sirven por tiempo determinado.

66. Ordenamos que todos los caballeros seglares que deseen con pureza de corazón servir a Cristo Jesús y la casa del Templo de Salomón por un periodo determinado que adquieran, cumpliendo con la norma, un caballo y armas adecuados y todo lo necesario para la tarea. Es más, que ambas partes den un precio al caballo y que este precio quede por escrito para no ser olvidado; y dejad que todo lo que el caballero, su escudero y su caballo necesiten, provenga de la caridad fraternal según los medios de la casa. Si durante ese tiempo determinado, ocurre que el caballo muere en el servicio

de la casa, si la casa lo puede costear, el maestro lo repondrá. Si al final de su estadía, el caballero desea regresar a su país, deberá dejar en la casa por caridad, la mitad del precio del caballo, y la otra mitad puede, si lo desea, recibirla de las limosnas de la casa.

Sobre la Promesa de los Sargentos.

67. Dado que los escuderos y sargentos que deseen caritativamente servir en la casa del Temple, por la salvación de su alma y por un periodo determinado, vienen de regiones muy diversas, es prudente que sus promesas sean recibidas, para que el enemigo envidioso no los haga arrepentirse y renunciar a sus buenas intenciones.

Sobre las Capas Blancas.

68. Por unánime consenso de la totalidad del capítulo, prohibimos y Ordenamos la expulsión, por vicioso, a cualquiera que sin discreción haya estado en la casa de Dios y de los Caballeros del Temple. También, que los sargentos y escuderos no tengan hábitos blancos, dado que esta costumbre ha traído gran deshonra a la casa; pues en las regiones más allá de las montañas falsos hermanos, hombres casados y otros que fingían ser hermanos del Temple las usaron para jurar sobre ellas; sobre asuntos mundanos. Trajeron tanta vergüenza y perjuicio a la Orden de Caballería que hasta sus escuderos se rieron; y por esta razón surgieron muchos escándalos. Por tanto, que se les entreguen hábitos negros; pero si éstos no se pueden encontrar, se les deberá dar lo que se encuentre en esa provincia; o lo que sea más económico, que es burell.

Sobre hermanos Casados.

69. Si hombres casados piden ser admitidos en la fraternidad, favorecerse y ser devotos de la casa, permitimos que los recibáis bajo las siguientes condiciones: al morir deberán dejar una parte de sus propiedades y todo lo que hayan obtenido desde el día de su ingreso. Durante su estancia, deberán llevar una vida honesta y comprometerse a actuar en favor de sus hermanos, pero no deberán llevar hábitos blancos ni mandiles. Es más, si el señor fallece antes que su esposa, los hermanos se quedarán solo con una parte de su hacienda, dejando para la dama el resto, a efecto de que pueda vivir sola de ella durante el resto de su existencia; puesto que no es correcto ante nosotros, que ella viva como cofrade en una casa junto a hermanos que han prometido castidad a Dios.

Sobre Hermanas.

70. La compañía de las mujeres es asunto peligroso, porque por su culpa el proyectado diablo ha desencaminado a muchos del recto camino hacia el Paraíso. Por tanto, que las mujeres no sean admitidas como hermanas en la casa del Temple. Es por eso, queridos hermanos, que no consideramos apropiado seguir esta costumbre, para que la flor de la castidad permanezca siempre impoluta entre vosotros.

Que no tengan intimidad con mujeres.

71. Creemos imprudente para un religioso mirar mucho la cara de una mujer. Por esta razón ninguno debe atreverse a besar a una mujer, sea viuda, ni ña, madre, hermana, tía u otro parentesco; y recomendamos que la caballería de Cristo Jesús evite a toda costa los abrazos de mujeres, por los cuales muchos hombres han perecido, para que se mantengan eternamente ante Dios con la conciencia pura y la vida inviolable.

No ser Padrinos.

72. Prohibimos que los hermanos, de ahora en adelante, lleven ni ños a la pila bautismal. Ninguno deberá avergonzarse de rehusar ser padrino o madrina; ya que esta vergüenza trae consigo más gloria que pecado.

Sobre los Mandatos.

73. Todos los mandatos que se han mencionado y escrito aquí, en esta Regla actual están sujetos a la discreción y juicio del maestro.

Estos son los Días Festivos y de Ayuno que todos los Hermanos deben Celebrar y Observar.

74. Que sepan todos los presentes y futuros hermanos del temple que deben ayunar en las vigiliass de los doce apóstoles. Que son: San Pedro, San Pablo, San Andrés, San Jaime, y San Felipe; Santo Tomás, San Bartolomé, San Simón y San Judas Tadeo, San Mateo. La vigilia de San Juan Bautista; la vigilia de la Ascensión y los dos días anteriores; los días de rogativas; la vigilia de Pentecostés; las cuatro Témporas; la vigilia de San Lorenzo, la vigilia de Nuestra Señora de la Ascensión; la vigilia de Todos los Santos; la vigilia de la Epifanía. Y deberán ayunar en todos los días citados según la disposición del Papa Inocencio en el concilio de la ciudad de Pisa. Y si alguno de los días de ayuno cae en Lunes, deberán ayunar el Sábado anterior. Si la Natividad de Nuestro Señor cae en Viernes, los hermanos comerán carne en honor de la fiesta. Pero deberán ayunar en el día de San Marcos debido a las Letanías: porque así ha sido establecido por Roma para los hombres mortales. Sin embargo, si cae durante la octava de Pascua, no deberán ayunar.

Estos son los Días de Ayuno que deberán ser observados en la Casa del Temple.

75. La natiuidad de Nuestro Señor; la fiesta de San Esteban; San Juan Evangelista; los Santos Inocentes; el octavo día después de Navidad que es el día de Año Nuevo; la Epifanía; Santa María Candelaria; San Matías Apóstol; la Anunciación de Nuestra Señora en Marzo; Pascua y los tres días siguientes al día de San Jorge; los Santos Felipe y Jaime, dos apóstoles; el encuentro de la Vera Cruz; la Ascensión del Señor; Pentecostés y los dos días siguientes; San Juan Bautista; San Pedro y San Pablo, dos apóstoles; Santa María Magdalena; San Jaime Apóstol; San Lorenzo; la Ascensión de Nuestra Señora; la natiuidad de Nuestra Señora; la Exaltación de la Cruz; San Mateo Apóstol, San Miguel; Los Santos Simón y Judas; la fiesta de Todos los Santos; San Martín en invierno; Santa Caterina en invierno; San Andrés, San Nicolás en invierno; Santo Tomás Apóstol.

76. Ninguna de las fiestas menores se debe observar en la casa del Temple. Y deseamos y aconsejamos que se cumpla estrictamente: todos los hermanos del Temple deberán ayunar desde el Domingo anterior a San Martín hasta la Natividad de Nuestro Señor, a menos que la enfermedad lo impida. Si ocurre que la fiesta de San Martín cae en Domingo, los hermanos no tomarán carne el Domingo anterior.

APÉNDICE N° 46.- Bula «*Omne Datum Optimum*».

Bula «*Omne Datum Optimum*», promulgada por Inocencio III el veintinueve de marzo de 1139, por la cual se confirmó la aprobación de la Orden y se le reconocieron importantes privilegios¹⁹⁰⁷.

Innocentius episcopus, servus servorum Dei. Dilectis filiis Roberto magistro religiose militie Templi quod Iherosolimis situm est, ejusque successoribus et fratribus tam presentibus quam futuris in perpetuum. Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a patre luminum, apud quem non est transmutatio nec vicissitudinis obumbratio. Provide, dilecti in Domino filii, de vobis et pro vobis, omnipotentem Dominum collaudamus, quoniam in universo mundo vestra religio et veneranda institutio nuntiatur. Cum enim natura essetis filii ire et seculi voluptatibus dediti, nunc, per aspirantem gratiam, evangelii non surdi auditors effecti, relictis pompis secularibus et rebus propriis, dimissa etiam spatiosa via que ducit ad mortem, arduum iter quod ducit ad vitam, humiliter elegistis, atque ad comprobandum quod in Dei militia computemini signum vivifice cruces in vestro pectore assidue circumfertis. Accedit ad hoc quod tanquam veri Israelite atque instructissimi divini prelii bellatores, vere karitatis flamma succensi, dictum evangelium operibus adimpletis quod dicitur: majorem hac dilectionem nemo habet quam ut animam suam ponat quis pro animis [sic] suis; unde etiam, juxta summi Pastoris vocem, animas vestras pro fratribus ponere eosque ab incursoribus paganorum defensare, minime formidatis; et, cum nomine censeamini milites Templi, constituti estis a Domino catholice ecclesie defensores et inimicorum Xpisti impugnatores. Licet autem vestrum studium et laudanda devotio in tam sacro opere, toto corde et tota mente desudet. Nichilominus tamen universitatem vestram exortamur in Domino, atque, in peccatorum remissionem, auctoritate Dei et beati Petri, apostolorum principis, iam vobis quam servitoribus vestres injungimus, ut pro tuenda catholica ecclesia, et ea que est sub paganorum tyrannide, de ipsorum spurcitiis eruenda, expugnandos inimicos crucis, invocato Xpisti nomine, intrepide laboretis. Ea etiam que de eorum spoliis ceperetis, fidenter in usus vestros convertatis, et, ne de his, contra velle vestrum, portionem alicui dare cogamini, prohibemus. Statuentes ut domus seu Templum, in quo estis, ad Dei laudem et gloriam, atque defensionem suorum fidelium, et liberandam Dei ecclesiam, congregati, cum omnibus possessionibus et bonis suis que in presentiarum legitime habere cognoscitur, aut, in futurum, concessione pontificum, libertate regum vel principum, oblatione fidelium, seu aliis justis modis, prestante Domino, poterit adipisci, perpetuis futuris temporibus, sub Apostolice Sedis tutela et protectione consistat. Presenti quoque decreto sancimus, ut vita religiosa que in vestra domo est, divina inspirante gratia, instituta, ibidem inviolabiter observetur, et fraters inibi omnipotenti Domino servientes, caste et sine proprio vivant, et, professionem suam dictis et moribus comprobantes, magistro suo aut quibus ipse preceperit, in omnibus et per omnia, subjecti et obedientes existant. Preterea quemadmodum domus ipsa hujus sacre vestre institutionis et ordinis fons et origo esse promeruit, ita nichilominus omnium locorum ad eam pertinentium caput et magistra in perpetuum habeatur. Ad hec adjicientes, precipimus ut, obeunto te, dilecte in Domino fili Roberte, vel tuorum quolibet successorum, nullus ejusdem

¹⁹⁰⁷ Rudolf Hiestand, *Papsturkunden für Templer und Johanniter. Neue Folge.: Vorarbeiten zum Oriens Pontificius II.*, T. II, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1984, pp. 96-97.

domus fratribus proponatur, nisi militaris et religiosa persona, que vestre conversationis habitum sit professus, nec ab aliis, nisi ab omnibus fratribus insimul vel a saniori ac puriori eorum parte qui proponendus fuerit, eligatur. Porro consuetudines, ad vestro religionis et officii observantiam, a magistro et fratribus communiter institutes, nulli ecclesiastice seculariue persone infringere vel minuire sit licitum. Easdem quoque consuetudines a vobis aliquanto tempore observantas, et scripto firmatas, non nisi ab eo qui magister est, consentiente tamen saniori parte capituli, liceat immutari. Prohibemus autem et omnimodis interdiciamus ut fidelitates, hominia sive iuramenta, vel reliquas securitates, que a secularibus frequentantur, nulla ecclesiastica secularisve persona, a magistro et fratribus ejusdem domus exigere audeat. Illud autem scitoto quoniam, sicut vestra sacra institutio et religiosa militia, divina est providentia stabilita, ita nichilominus nullius vite religiosioris obtentu ad locum alium vos convenit transvolare: Deus enim qui est incomutabilis et eternus, mutabilia corda non approbat, sed potius sacrum propositum semel inceptum perducere vult usque in finem debite actionis. Quot et quanti sub militari cingulo et clamyde terreni imperii Domino placuerunt, sibi que memoriale perpetuum reliquerunt? Quot et quanti, in armis bellicis constituti, pro testamento Dei et paternarum legum defensione, suis temporibus, fortiter dimicarunt, atque manus suas in sanguine infidelium Domino consecrantes, post bellicos sudores, eterne vite bravium sunt adepti? Videte itaque vocationem vestram, fratres, iam milites quam servientes, atque juxta apostolum, unusquisque vestrum, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat; ideoque fratres vestros, semel devotos atque in sacro collegio receptos, post factam in vestra militia professionem, et habitum religionis assumptum, revertendi ad seculum nullam habere precipimus facultatem. Nec alicui eorum fas sit, post factam professionem, semel assumptam crucem Dominicam et habitum vestre professionis abicere, vel ad alium locum seu etiam monasterium, majoris sive minoris religionis obtentu, invitis seu inconsultis fratribus aut eo qui magister extiterit, liceat transmigrare nullique ecclesiastice seculariue persone ipsos suscipiendi aut retinendi licentia pateat. Et quoniam qui sunt defensores ecclesie, de bonis ecclesie debent vivere ac sustentari, de rebus mobilibus vel se moventibus seu de quibuslibet que ad vestram venerabilem domum pertinent, a vobis decimas exigere, contra voluntatem vestram, omnimodis prohibemus. Ceterum decimas quas, consilio et consensu episcoporum de manu clericorum vel laicorum, studio vestro extrahere poteritis, illas etiam quas, consentientibus episcopis et eorum clericis, acquirere, vobis auctoritate apostolica confirmamus. Ut autem ad plenitudinem salutis et curam animarum vestrarum nichil vobis desit, et ecclesiastica sacramenta et divina officia vestro sacro collegio commodius exhibeantur, simili modo sancimus, ut liceat vobis honestos clericos et sacerdotes, secundum Deum, quantum ad vestram scientiam, ordinatos, undecumque ad vos venientes, suscipere, et tam in principali domo vestra quam etiam in obedientis et locis sibi subditis, vobis habere. Dummodo si e vicino sunt, eos a propriis episcopis expetatis, idemque nulli alii professioni vel ordini teneantur obnoxii. Quod si episcopi eosdem vobis concedere forte noluerint, nichilominus tamen eos suscipiendi et retinendi auctoritate sancta Romane ecclesie habeatis. Si vero aliqui horum, post factam professionem, turbatores religionis vestre aut domus, vel etiam inutiles apparuerint, liceat vobis eos, cum saniori parte capituli amovere, ejisque tanseundi ad alium ordinem, ubi, secundum Deum vivere voluerint, licentiam dare et loco ipsorum alios idoneos substituere; qui etiam unius anni in vestra societate spatium probentur, quo peracto, si mores eorum hoc exegerint, et ad vestrum servitium utiles inventi fuerint, tunc demum professionem faciant regulariter vivendi et magistro suo obediendi, ita ut eundem victum et vestium vobiscum habeant necnon lectisternia, excepto eo quod clausa vestimenta portabunt. Sed nec ipsis liceat de capitulo vel cura

domus vestre se temere intromittere, nisi quantum a vobis eis fuerit injunctum; curam quoque animarum tantum habeant quantum a vobis fuerint requisiti; preterea nulli persone extra vestrum capitulum sint subjecti tibi que, dilecte in Domino fili Roberte, tuisque successoribus tanquam magistro et prelato suo, in omnibus et per omnia obedientiam deferant. Precipimus insuper ut ordinationes eorundem clericorum qui ad sacros ordines fuerint promovendi a quocumque volueritis, catholico suscipiatis episcopo, siquidem catholicus et gratiam apostolice sedis habuerit, qui nimirum nostra fultus auctoritate quod postulatur indulgeat. Eisdem autem pro pecunia predicare aut lucro, vosque pro hujusmodi causa ad predicandum mittere prohibemus, nisi forte magister Templi, qui pro tempore fuerit, certis ex causis id faciendum esse providerit. Quicumque sane ex his in vestro collegio suscipiuntur stabilitatem loci, conversionem morum, seque militaturos Domino, diebus vite sue, sub obedientia magistri Templi, posito scripto super altare, in quo contineantur ista, promittent. Salvo quoque episcopis jure episcopali, tam in decimis quam in oblationibus et sepulturis, nichilominus concedimus facultatem, in locis sacro Templo collatis, ubi familia vestra habitat, oratoria construere, in quibus utique ipsa divina officia audiat ibique, si quis ex vobis vel ex eadem familia mortuus fuerit, tumuletur. Indecens enim est et animarum periculo proximum, religiosos fraters, occasione adeunde ecclesie, se virorum turbis et mulierum frequentie immiscere. Decernimus insuper auctoritate apostolica, ut, apud quemcumque locum vos venire contigerit, ab honestis atque catholicis sacerdotibus penitentiam, unctiones seu alia quelibet sacramenta ecclesiastica suscipere liceat, ne forte ad preceptionem spiritualium bonorum vobis quippiam deesse valeat. Quia vero omnes in Xpisto unum sumus, et non est personarum differentia apud Deum, tam remissionis peccatorum quam alterius beneficeintie, atque apostolice benedictionis que vobis indulta est, etiam familias et servientes vestros volumus esse participes. Nulli ergo hominum liceat, predictum locum temere perturbare aut ejus possessionis auferre vel ablatas retinere, minuere aut alilquibus vexationibus fatigare, sed omnia integra conserventur vestris atque aliorum Dei fidelium usibus omnimodis profutura. Si quis igitur hanc nostre constitutionis paginam sciens, contra eam temere venire temptaverit, secundo tertiove commonitus nisi reatum suum congrua satisfactione correxerit, potestatis honorisque sui dignitate careat, reumque se divino judicio existere de perpetrata iniquitate cognoscat et a sacratissimo corpore ac sanguine Dei et domini redemptoris nostri Ihesu Xpisti alienus fiat atque in extremo examine districte ultioni subjaceat. Conservantes autem hec omnipotentis Dei et beatorum Petri et Pauli apostolorum ejus benedictionem et gratiam consequantur. Amen.

Rota. - Ego Innocentius catholice ecclesie episcopus ss.

Datum Laterani per manum Imerici sancte Romane ecclesie diaconi cardinalis et cancellarii, IIII kalendas aprilis, indictione II, incarnationis Dominice anno MCXXXVIII, pontificatus vero domni Innocencii pape II anno X.

APÉNDICE Nº 47.- Bula «*Ad Extirpanda*».

Bula «*Ad Extirpanda*» promulgada el quince de mayo de 1252 por Inocencio IV (1243-1254)¹⁹⁰⁸.

Promulgatio Legum, et Constitutionum contra Haereticos, eorumque complices, et fautores, a Magistratibus, et Ossicialibus saecularibus observandarum.

Innocentius Episcopus Servus Servorum Dei. Dilectis filiis Potestatibus, sive Rectoribus, Consiliis, et Communitatibus Civitatum, aliorumque Locorum per Lombardiam, Romaniolam, et Marchiam Tervisinam constitutis, salutem, et Apostolicam Benedictionem.

Ad extirpanda de medio Populi Christiani haereticae pravitatis zizania, quae abundantius solito succreverunt, superseminante illa licentius his diebus hominis inimico tanto studiosius, juxta commissam nobis sollitudinem insudare proponimus, quanto perniciosius negligeremus eadem in necem catholici seminis pervagari. Volentes autem, ut adversus hujusmodi nequitiae operarios consurgant, stentque nobiscum Ecclesiae filii, ac Orthodoxae fidei zelatores, Constitutiones quasdam extirpationem haereticae pestis edidimus, a vobis ut fidelibus ejusdem Fidei defensoribus exacta diligentia observandas, quae seriatim inferius continentur.

Quo circa Universitati vestrae per Apostolica scripta mandamus, quatenus singuli Constitutiones easdem conscribi vestris Capitularibus facientes, nullis inde temporibus abolendas, secundum eas contra omnem haeresim, se adversus hanc sanctam Ecclesiam extollentem, sine omissione aliqua procedatis. Alioquin dilectis filiis priori, Provinciali, et Fratribus Inquisitoribus haereticae pravitatis Ordinis Praedicatorum in Lombardia, Marchia Tervisina, et Romaniola, damus nostris litteris in mandatis, ut singulos vestrum ad id per excommunicationem in personas, et interdictum in terram appellatione remota compellant.

Leges, et Constitutiones autem sunt hae.

Lex I.

Statuimus, ut Potestas, seu Rector, qui Civitati praeest, vel loco alii ad praesens, aut pro tempore praefuerit in futurum, in Lombardia, Romaniola, vel Marchia Tervisina, juret praecise, et sine timore aliquo, attendere inviolabiliter, et servare, et facere ab omnibus observari toto tempore sui regiminis, tam in Civitate, vel loco sui regiminis, quam in Terris suae ditioni subjectis, omnes, et singulas tam infrascriptas, quam alias Constitutiones, et Leges, tam canonicas, quam civiles, editas contra haeticam pravitatem. Et super his praecise observandis recipiant a quibuslibet sibi in Potestaria, vel regimine succedentibus, iuramenta. Quae qui praestare noluerint, pro Potestatibus, vel Rectoribus nullatenus habeantur. Et quae ut Potestates, vel Rectores fecerint, nullam penitus habeant firmitatem. Nec ullus teneatur, aut debeat sequi eos, etiamsi de sequela praestanda eis exhibuerint iuramentum. Quod si Potestas, vel Rector aliquis haec omnia, etsingula servare noluerit, vel neglexerit, praeter notam periurii, et perpetuae iacturam infamiae, ducentarum marcharum poenam incurrat, quae irremissibiliter exigantur ab eo, et in utilitatem Communis in-

¹⁹⁰⁸ Clemente XII, *Magnum Bullarium Romanum a Beato Leone Magno usque ad S. D. N. Benedictum XIII opus absolutissimum*, T. I, Andreae Chevalier Bibliopolae & Typographi, Luxembourgi, 1727, pp. 148-151.

tegra convertantur, et nihilominus ut perjurus, et infamis, et tamquam haereticorum fautor, de fide suspectus, ossicio, et honor a Beato e sui regiminis spoliatur; nec ulterius Potestas, seu Rector in aliquo habeatur, et de caetero ad aliquam dignitatem, vel ossicium publicum nullatenus assumatur.

Lex II.

Idem quoque Potestas, seu Rector cujuslibet Civitatis, vel loci, in principio sui regiminis, in publica concione more solito congregata, banno Civitatis, vel loci supponat tamquam pro maleficio, omnes haereticos utriusque sexus, quocumque nomine censeantur. Et teneatur bannum hujusmodi a suis praedecessoribus positum confirmare. Praecipue autem, quod nullus haereticus, vel haeretica de caetero habitet, vel moretur, aut subsistat in Civitate, seu aliquo modo jurisdictionis, aut districtus ejusdem, et quicumque ipsum, vel ipsam invenerit, libere capiat, et capere possit impune, et omnes res ipsius, vel ipsorum eis licenter auferre, quae sint auferentium pleno jure, nisi auferentes hujusmodi sint in ossicio constituti.

Lex III.

Idem quoque Potestas, seu Rector infra tertium diem post introitum regiminis sui, duodecim Viros probos, et catholicos, et duos Notarios, et duos Servitores, vel quotquot fuerint necessarii, instituere teneatur, quos Dioecesanus, si praesens extiterit, et interesse voluerit, et duo Fratres Praedicatores, et duo Minores ad hoc a suis prioribus, si Conventus ibi fuerint eorumdem Ordinem, deputati, duxerint eligendos.

Lex IV.

Instituti autem hujusmodi, et electi possint, et debeant haereticos, et haeticas capere, et eorum bona illis auferre, et facere auferre per alios, et procurare haec tam in Civitate, quam in tota ejus jurisdictione, atque districtu, plenarie adimpleri, et eos ducere, et duci facere in in potestatem Dioecesani, vel Vicariorum eiusdem.

Lex V.

Teneatur autem Potestas, seu Rector quilibet in expensis Communis, cui praeest, facere duci eosdem haereticos ita captos, quocumque Dioecesanos, vel ejus Vicarii in jurisdictione, vel districtu Dioecesani Episcopi, seu Civitatis, vel loci voluerit illos duci.

Lex VI.

(7) Ossicialibus vero praedictis plena fides de his omnibus habeatur, quae ad eorum ossicium pertinere noscuntur, aliquo specialiter praestito juramento, probatione aliqua in contrarium non admissa, ubi duo, vel tres, vel plures praesentes fuerint ex eisdem.

Lex VII.

Porro cum Ossiciales hujusmodi eliguntur, jurent haec omnia exequi fideliter, et pro posse, ac super his semper meram dicere veritatem, quibus ab omnibus, in his, quae ad ossicium eorum pertinent, plenius pareatur.

Lex VIII.

Et tam dicti duodecim, quam Servitores, et Notarii praetaxati, simul, vel divisim, plenarium praecipendi sub poena, et banno, quae ad ossicium suum pertinent, habeant potestatem.

Lex IX.

Potestas autem, vel Rector teneatur habere firma, et rata omnia praecepta, quae occasione ossicii fecerint, et poenas exigere non servantium.

Lex X.

Quod dictis Ossicialibus aliquo tempore aliquod damnum contigerit, in personis, vel rebus, pro suis ossiciis exequendis, a communi Civitatis, vel loci, per restitutionem plenariam servantur indemnes.

Lex XI.

Nec ipsi Ossiciales, vel eorum haeredes possint aliquo tempore conveniri, de his qui fecerint, vel pertinent ad eorum ossicium, nisi secundum quod eidem Dioecetano, et Fratribus videbitur expedire.

Lex XII.

Ipsorum autem ossicium duret tantummodo per sex menses, quibus completis Potestas teneatur totidem subrogare Ossiciales secundum formam praescriptam, qui praedictum ossicium secundum formam eandem, in aliis sex mensibus sequentibus exequantur.

Lex XIII.

Sane ipsis Ossicialibus dentur de Camera communis Civitatis, vel loci, quando exeunt Civitatem, aut locum pro hoc ossicio exequendo, unicuique pro qualibet decem et octo Imperiales in pecunia numerata, quos Potestas, vel Rector teneatur eis dare, vel dari facere infra diem tertium, postquam ad eandem redierint Civitatem, vel locum.

Lex XIV.

Et insuper habeant tertiam partem bonorum haereticorum quae occupaverunt, et mulctarum, ad quas fuerunt condemnati, secundum quod inferius continetur, et hoc salario sint contenti.

Lex XV.

Sed ad nullum aliud, quod istud ossicium impediat, vel impedire possit, ullo modo ossicium, vel etiam exercitium, compellantur.

Lex XVI.

Nullum etiam Statutum, conditum, vel condendum, eorum ossicium ullo modo valeat impedire.

Lex XVII.

Et si quis horum Ossicialium propter ineptitudinem, vel inertiam, vel occupationem aliquam, vel excessum, Dioecetano, et Fratribus supradictis visus fuerit amovendus, ipsum ad mandatum, vel dictum eorum teneatur amovere Potestas, aut Rector, et alium secundum formam praescriptam substituere loco ejus.

Lex XVIII.

Quod si quis eorum contra fidem, et sinceritatem ossicii sui in favorem haeresis fuerit excessisse, praeter notam infamiae perpetuae quam, tamquam fautor haereticorum incurrat, per Potestatem, vel Rectorem ad Dioecetani loci, et dictorum Fratrum arbitrium puniatur.

Lex XIX.

Potestas praeterea Militem suum, vel alium Assessorem, si Dioecetanus, vel ejus Vicarius, aut Inquisitores a Sede Apostolica deputati, seu dicti Ossiciales petiverint, cum ipsis Ossicialibus mittere teneatur, et cum ipsis eorum ossicium fideliter exercere. Quilibet etiam si praesens in terra, vel requisitis fuerit, teneatur tam in Civitate, quam in jurisdictione, vel districtu quolibet, dare ipsis Ossicialibus, vel eorum

sociis consilium, et juvamen, quando voluerint haereticum, vel haereticam capere, vel spoliare aut inquirere: seu domum, vel locum, aut aditum aliquem introire pro haereticis capiendis, sub viginti quinque librarum Imperialium poena, vel banno. Universitas autem burgi, sub poena et banno librarum centum, Villa vero librarum quinquaginta Imperialium pro qualibet vice solvenda in pecunia numerata.

Lex XX.

Qui cumque autem haereticum, vel haereticam, captum, vel captam auferre de manibus capientium, vel capientis ausus fuerit, vel defendere ne capiatur: seu prohibere aliquem intrare domum aliquam, vel turrim, seu locum aliquem ne capiatur, et inquiratur ibidem, juxta Legem Paduae promulgatam per Fridericum tunc Imperatorem, publicatis bonis omnibus in perpetuum relegetur, et domus illa, a qua prohibiti fuerint sine spe reaedificandi funditus destruat, et bona, quae ibi reperta fuerint, fiant capientium, ac si haeretici fuissent ibidem inventi, et tunc propter hanc prohibitionem, vel impeditionem specialem, Burgus componat Communi librarum ducentarum, et Villa librarum centum, et vicinia tam Burgi, quam Civitatis librarum quinquaginta Imperialium, nisi infra tertium diem ipsos defensores, vel defensorem haereticorum Potestati captos duxerint personaliter praesentandos.

Lex XXI.

Teneatur insuper Potestas, seu Rector quilibet omnes haereticos, vel haereticas, qui capti amodo fuerint, per Viros Catholicos ad hoc electos a Dioecesano, si fuerit praesens, et Fratribus supradictis, in aliquo speciali carcere tuto et securo, in quo ipsi detineantur, seorsum a latronibus, et bannitis, donec de ipsis fuerit definitum, sub expensis communis Civitatis, vel Loci sui facere custodiri.

Lex XXII.

Si quandoque aliqui, vel aliquae non haeretici pro captis haereticis, ipsis non contradicentibus, fuerint assignati, vel si forsitan assignaverint, praedicti suppositi perpetuo carceri mancipientur, et haeretici nihilominus reddi, et assignari cogantur, et qui hunc dolum fecerint, juxta legem praedictam bonis omnibus publicatis in perpetuum relegentur.

Lex XXIII.

Teneatur insuper Potestas, et Rector quilibet omnes haereticos, et haereticas, quocumque nomine censeatur, infra quindecim dies postquam fuerint capti, Dioecesano, vel ejus speciali Vicario, seu haereticorum Inquisitoribus praesentare, pro examinatione de ipsis, et eorum haeresi facienda.

Lex XXIV.

Damnatos vero de haeresi per Dioecesanum, vel ejus Vicarium, seu per Inquisitores praedictos, Potestas, vel Rector, vel ejus Nuncius specialis eos sibi relictos recipiat, statim, vel infra quinque dies ad minus, circa eos Constitutiones contra tales editas servaturus.

Lex XXV.

Teneatur praeterea Potestas, seu Rector omnes haereticos, quos captos habuerit, cogere citra membri diminutionem, et mortis periculum, tamquam vere latrones, et homicidas animarum, et fures sacramentorum Dei, et Fidei Christianae, errores suos expresse fateri, et accusare alios haereticos, quos sciunt, et bona eorum, et credentes, et receptatores, et defensores eorum, sicut coguntur fures, et latrones rerum temporarium, accusare suos complices, et fateri maleficia, quae fecerunt.

Lex XXVI.

Domus autem, in qua repertus fuerit aliquis haereticus, vel haeretica, sine ulla spe reaedificandi funditus destruat: nisi Dominus domus eos ibidem procuraverit reperiri. Et si Dominus illius domus, alias domus habuerit contiguas illi domui, omnes illae domus similiter destruantur, et bona, quae fuerint inventa in domo illa, et in domibus illis adhaerentibus, publicentur, et fiant auferentium, nisi auferentes fuerint in ossicio constituti. Et insuper Dominus Domus illius, praeter notam infamiae perpetuae, quam incurrat, componat Communi Civitatis, vel loci quinquaginta libras Imperiales in pecunia numerata, quam si non solverit, in perpetuo carcere detrudatur. Burgus autem ille, in quo haeretici capti fuerint, vel inventi, componat Communi Civitatis libras centum: et Villa libras quinquaginta, et vicinia tam Burgi, quam Civitatis libras quinquaginta, et vicinia tam Burgi, quam Civitatis libras quinquaginta Imperialium in pecunia numerata.

Lex XXVII.

Quicumque vero fuerit deprehensus dare alicui haeretico, vel haereticae, consilium, vel auxilium, seu favorem, praeter aliam poenam superius, et inferius praetaxatam, ex tunc ipso iure in perpetuum sit factus infamis, nec in publica ossicia, seu consilia, vel ad eligendos aliquos ad huiusmodi, nec ad testimonium admittatur, sit etiam intestabilis, ut nec testamenti liberam habeat factionem, nec ad haereditatis successionem accedat. Nullus praeterea ei super quocumque negotio, sed ipse alii respondere cogatur. Quod si forte Iudex extiterit, ejus sententia nullam obtineat firmitatem, nec causae aliquae ad ejus audientiam perferantur. Si fuerit Advocatus, ejus patrocinium nullatenus admittatur. Si Tabellio instrumenta confecta per ipsum, nullius penitus sint momenti. Credentes quoque erroribus haereticorum tamquam haeretici puniantur.

Lex XXVIII.

Teneatur insuper Potestas, seu Rector, nomina Virorum omnium, qui de haeresi fuerint infamati, vel banniti, in quatuor libellis unius tenoris facere annotari: quorum unum commune Civitatis, vel Loci habeat, et alium Dioecesanus, et tertium Fratres Praedicatores, et quartum Fratres Minores, et ipsorum nomina ter in anno, et in concione publica solemniter faciat recitari.

Lex XXIX.

Teneatur quoque Potestas, seu Rector, filios, et nepotes haereticorum, et nepotes haereticorum, et receptatorum, defensorum, et fautorum diligenter investigare, eosque ad aliquod ossicium publicum, seu consilium nullatenus admittere futurum.

Lex XXX.

Teneantur praeterea Potestas, seu Rector, unum de Assessoribus suis, quem elegerit Dioecesanus si fuerit praesens, et Inquisitores praedicti ab Apostolica sede dati, mittere cum eis quandocumque voluerint, et in jurisdictione Civitatis, atque districtu. Qui Assessor, secundum quod praedictis Inquisitoribus visum fuerit, ibi tres, aut plures, boni testimonii viros, vel totam viciniam, si eis videbitur, jurare compellat; quod si quos ibidem haereticos sciverint, vel bona eorum, quod si quos occulta conventicula celebrantes, seu a communi conversatione fidelium vita, et moribus dissidentes, vel credentes, aut defensores, seu receptatores, vel fautores haereticorum, eos dictis Inquisitoribus studeant indicare. Ipse autem Potestas contra accusatos procedat secundum Leges quondam Friderici tunc Imperatoris Paduae promulgatas.

Lex XXXI.

Teneatur Potestas, seu Rector in destructionem domorum, et condemnationibus faciendis, et in rebus inventis, vel occupatis consignandis, et dividendis, de quibus superius dicitur, infra decem dies, postquam accusatio facta fuerit, haec omnia exequi cum essectu; et condemnationes omnes in pecunia numerata infra tres menses exigere, et dividere illas, sicut inferius continentur, et eos qui solvere non poterint, banno maleficii supponere, et donec solvant, in carcere detinere; alioquin pro his omnibus, et singulis syndicaretur, sicut inferius continentur, et insuper teneatur unum de Assessoribus, quemcumque Dioecesanus, vel ejus Vicarius, et dicti Inquisitores haereticorum voluerint, ad haec peragenda fideliter assignare, et mutare pro tempore, si eis visum fuerit opportunum.

Lex XXXII.

Omnes autem condemnationes, vel poenae, quae occasione haeresis factae fuerint, neque per concionem, neque per consilium, neque ad vocem populi ullo modo, aut ingenio, aliquo tempore valeant relaxari.

Lex XXXIII.

Teneatur insuper Potestas, seu Rector omnia bona haereticorum, quae per dictos Ossiciales fuerint occupata, seu inventa, et condemnationes pro his exactas dividere tali modo. Una pars deveniat in Commune Civitatis, vel Loci: secunda in favorem, et expeditionem Ossicii detur Ossicialibus, qui tunc negotia ipsa peregerint: tertia ponatur in aliquo tuto loco, secundum quod dictis Dioecesano, et Inquisitoribus videbitur reservanda, et expendenda per consilium in favorem fidei, et ad haereticos extirpandos, non obstante hujusmodi divisioni Statuto aliquo, condito, aut condendo.

Lex XXXIV.

Si quis autem de caetero aliquod istorum Statutorum aut Constitutionum attenterit delere, diminuere, vel mutare, sine auctoritate Sedis Apostolicae speciali, Potestas, seu Rector, qui pro tempore fuerit in illa Civitate, vel Loco, teneatur eum tamquam defensorem haereticorum publicum, et fautorem, secundum formam praescriptam perpetuo publice infamare, atque punire in libris quinquaginta Imperialium in pecunia numerata, quam si exigere non potuerit, eum maleficii banno supponat, de quo eximi non valeat, nisi solverit duplam dictae pecuniae quantitatem.

Lex XXXV.

Teneatur sane Potestas, seu Rector infra decem dies sui regiminis syndicare praecedentem proxime Potestatem, vel Rectorem, et ejus etiam Assessores, per tres Viros Catholicos, et fideles, electos ad hoc per Dioecesanum, si fuerit praesens, et per Fratres Praedicatores, et Minores de omnibus his, quae in Statutis istis, seu Constitutionibus, et Legibus contra haereticos, et eorum complices editis continentur, et punire ipsos si excesserint, in omnibus, et singulis, quae omiserint, et cogere restituere de propria facultate; non obstante si per aliquam licentiam consilii, vel alterius cujuslibet a syndicatione fuerint absoluti.

Lex XXXVI.

Jurabunt autem praedicti tres Viri bona fide syndicare praefatos de omnibus supradictis.

Lex XXXVII.

Caeterum teneatur Potestas, seu Rector cujuslibet Civitatis, vel Loci, delere, seu abradere penitus de Statutis, vel Capitularibus communis, quodcumque Statutum, conditum vel condendum, inveniatur contradicere istis Constitutionibus, seu Statutis, et Legibus quomodolibet obviare: et in principio, et in medio sui regiminis, haec Statuta,

seu Constitutiones, et Leges in publica concione solemniter facere recitari; et etiam in aliis locis extra Civitatem suam, vel Locum, sicut Dioecesano, seu Inquisitoribus, et Fratribus supradictis visum fuerit expedire.

Lex XXXVIII.

Porro haec omnia Statuta, seu Constitutiones, et Leges, et si quae aliae contra haereticos, et eorum complices, tempore aliquo auctoritate Sedis Apostolicae conderentur, in quatuor voluminibus unius tenoris debeant contineri: quorum unum sit in Statuario communis cujuslibet Civitatis, secundum apud Dioecesanum, tertium Fratres Praedicatores, quartum apud Fratres Minores, cum omni sinceritate serventur, ne possint per falsarios in aliquo violari.

Datum Perusii Idibus Maii, Pontificatus nostri anno nono.

APÉNDICE N° 48.- Breve «*Multum ad excitandos*»

Breve «*Multum ad excitandos*», de Pio X, de siete de febrero de 1905, por el que concedió el título de suprema y aprobó el diseño de las insignias y uniformes de la pontificia orden de Cristo¹⁹⁰⁹.

EX SECRETARIA BREVIUM

PIUS PP. X,

Ad perpetuam rei memoriam.

Multum ad excitandos ad egregia facinora hominum animos, praemia virtuti reddita valent, quae dum ornant egregios bene de re sacra vel publica meritos viros, ceteros exemplo rapiunt ad idem laudis honorisque spatium decurrendum. Hoc quidem sapienti consilio Romani Pontifices Decessores Nostri Equestres Ordines, quasi gloriae stimulos, singulari studio prosequuti sunt, horumque alios instituere, alios iam institutos, vel pristino decori restituerunt, vel novis ac potioribus privilegiis ditarunt.

Nunc autem cum peropportuno visum sit gravibus de causis quaedam immutare de nonnullis Equestribus Pontificiis Ordinibus, nempe de Ordine Militiae Iesu Christi, Nos collatis consiliis cum dilecto filio Nostro Aloisio S. R. Ecclesiae Diacono Cardinali Macchi, a Brevibus Apostolicis Litteris Secretario, et Pontificiae Sedis Equestrium Ordinum Magno Cancellario, omnibus rei momentis attente ac sedulo perpensis, ex certa scientia ac matura deliberatione Nostris haec quae infrascripta sunt decernenda existimavimus.

Neminem latet Ordinem Militiae auratae, sive ab aureo calcari, inter vetustissimos iure esse enumerandum: Constantino enim Magno Imperatore, Silvester PP. I sanctae memoriae Decessor Noster, auctor illius fuisse dicitur. Hic priscis potissimum temporibus a Decessoribus Nostris magno semper in honore habitus est; sed postea rerum humanarum ac temporum vicissitudine de vete ri splendore ac dignitate excidit. Illum per Apostolicas Literas die XXXI mensis Octobris anno MDCCCXXXI eadem hac forma datas Gregorius PP. XVI rec. mem. Decessor Noster ad pristinum decus curavit revocandum: ipsi vero titulum Sancto Silvestro Papa tribui iussit atque exinde novum quasi constituit Equestrem Ordinem Sancti Silvestri Papae, sive auratae Militiae appellatum. Eundem Ordinem duabus tantum constare classibus praescripsit Commendatorum, et Equitum, sed in praesens iustae et rationabiles causae suadent ut etiam Equester Ordo Sancti Silvestri, non minus atque Ordines Gregorianus et Pianus tribus in posterum classibus constet, Equitum scilicet, Commendatorum, et Equitum a Magna Cruce. Nos itaque superiorerm illam classem Ordini Sancti Silvestri tribuentes, eundem a Militia aurata penitus seiungendum esse arbitramur: ne vero nobilissimi Ordinis Militiae auratae memoriam aetas obliteret, et ipsam Militiam in distinctum Equestrem coetum de integro constituendam edicimus.

Quae cum ita sint, hisce Literis, auctoritate Nostra, perpetuum in modum decernimus ac mandamus ut Equester Ordo Sancti Silvestri Papae, ab illo Militiae auratae omnino separetur, atque alterum ab altero, per praesentes, ita seiungimus, ut duo diversi ac distincti in posterum Ordines exinde efformentur, alter a Sancto Silvestro

¹⁹⁰⁹ Pio X, Actes de S. S. Pie X, encycliques, motu proprio, brefs, allocutions, pp. 7-16

Papa appellandus, et alter a Militia aurata sive aureo ex calcari. Ordo Sancti Silvestri, non aliter ac Pontificii Ordines supradicti Gregorianus et Pianus tribus constet classibus, nempe Equitum sive tertia, Commendatorum sive secunda, et Equitum a Magna Cruce sive prima classi. Crux Ordinis propria eadem esto atque hodierna dempto aureo dependente calcari, sit videlicet aurea, octangula, alba superficie, Imaginem Sancti Silvestri Papae in medio adversa parte referens, aversa vero emblemata Pontificium caeruleo inclusum circulo, quo tum Gregoriana instauratio, cum hodiernae renovationis anni, aureis literis imprimantur MDCCCXXXI et MDCCCLV. Ipsa Crux argenteae stellae radiis imposita Ordinis numisma sit. Similiter ruber ac niger sint fasciae Ordinis propriae colores. Sit vestis nigri coloris tunica, unico globulorum ordine ad extremas manicas et circa collum villosa serico nigro ornata, ac phrygiis ex auro operibus distincta. Femoralia nigra sunt, praelonga cum fascia ex auro. Niger ex serico villosa galerus oblongus, duplici cuspidem, emblemata Pontificio ac parvo aurato flocco insignis. Ensi, aurato cingulo innexo, capulus sit e concha albida, ornata auro. Tum Crucis moduli ac numismatis, tum vestis opera phrygia tum galeri ornamenta pro vario Equitum gradu different, minora scilicet pro Equitibus simplicibus; pro superioribus classibus maiora. Gerant Equites Crucem sinistro pectoris latere dependentem etaenia serica rubro et nigro distincta colore extremis oris rubris. Gerant Commendatores Crucem eandem maioris moduli, simili taenia collo circumducta pendentem, galerum nigra ornent penna. Equites denique a Magna Cruce gerant Crucem maximi moduli quae fascia serica praelonga, binis Ordinis coloribus picta, dextero humero sustineatur; sinistro vestis lateri ad pectus innexum proprium primae classis numisma maius deferant; albam galero pennam imponant. Cum vero contingat ut viri ad gradum Commendatorum evehendi egregiis meritis eniteant, quae quasi potiora Pontificiae voluntatis testimonia exposcant, volumus, ut sicuti fieri interdum solet in Ordinibus Gregoriano et Piano, etiam Commendatores Ordinis Sancti Silvestri Papae ex singulari prorsus gratia numismate uti queant minori, secundae classis proprio sive Commendatorum, illudque ad pectus sinistro lateri innexum gestent.

Quod vero attinet ad Ordinem Militiae auratae, sive ab aureo calcari, sic auctoritate Nostra ab Ordine Sancti Silvestri Papae seiunctum, animo repetentes vetustissimas et gloriosas Ordinis illius memorias, Nos eum non solum ad pristinum gradum restituere, sed novo etiam splendore cohonestare, ac funditus sub coelesti Immaculae Virginis patrocinio per praesentes instaurare statui mus. Et sane cum Pontificia Sedes Ordine Equestri eareat, qui sit sub Virginis praesidio constitutus, hoc potissimum anno, a solemnibus definitionibus Dogmatis Immaculae Conceptionis quinquagesimo, atque hac tempestate qua tot tantaque mala videt lugetque christianus orbis, placet Nobis huic Equestri Ordini in quem dumtaxat fortissimi Ecclesiae Dei vindices atque adsertores erunt cooptandi, coelestem Patronam Immaculatam illam Deiparam Virginem adsignare, quae «terribilis sicut castrorum acies ordinata» draconis inferni caput victrix coneret.

Quocirca praecipimus ut in Ordinem Militiae auratae, sive ab aureo calcari, ii tantum inserantur praestantissimi viri, qui vel armis, vel scriptis, vel praeclaris operibus rem catholicam auxerint, et Ecclesiam Dei virtute tutarint, aut doctrina illustraverint, ideoque tribui poterit tum iis qui qualibet alia Equestri dignitate sint expertes, cum illis qui iam splendidioribus titulis et ipso supremo Militiae Iesu Christi Ordine potantur. Ordo Militiae auratae constet unica Equitum classi. Nostro et Romani Pontificis pro tempore existentis Motu proprio conferatur: liber esto a iuribus Cancellariae; Equites pro universo catholico orbe centum numerum non excedant, ne dignitas

ex frequentia minuatur. Quoad huius Ordinis propriam Crucem, iuxta tenorem similium Benedicti PP. XIV rec. mem. Nostri Decessoris in forma Brevis Literarum, sub die VII Septembris mensis anno MDCCXXXVII quibus cautum est ne Equites Militiae auratae Crucem Hierosolymitani Ordinis usurparent, volumus ut Crux Ordinis eiusdem auratae Militiae, sit octogona, aurea, enchausto flavo obducta, cum aureo inferius dependente calcari; referatque in medio parvum numisma albo, aureo adversa parte, inclusum circulo et augustissimo Virginis Mariae nomine inscriptum, aversa vero numerum referat praesentis anni MDCCCCV et in circulo «Pius X restituit». Cruci trophaeum ex auro superemineat. Eadem Crux argenteae stellae radiis super imposita Ordinis numisma sit. Careant Equites torque, sitque eorum vestis rubri coloris tunica, duplici ordine globulorum ex auro, circa collum atque ad extremas manicas serico villosa nigro distincta cum fimbriis aureis. Humeralia sint, tum aureis laciniis, tum Ordinis emblemate superne ornata. Femoralia praelonga, sint e panno nigro, cum aurea fascia. Calcaria aurea. Oblongus, duplici cuspidē, fimbriatus auro galerus, Pontificios referat aureo nodo inclusos colores. Aurata Crux, sit gladii capulis, vagina nigra, cingulus aureus cum fimbriis rubris. Sicuti priscis temporibus Ordinis taenia sit rubri coloris, sed circumdata albo. Gestent Equites Crucem taenia serica rubra extremis oris alba, collocata circumducta dependentem. Inserant ad pectus sinistro lateri numisma. Quibus animi ingeniique dotibus lectissimos viros hoc Ordine decorandos, praeditos esse oporteat clare, superius significavimus, ideoque ut hi semper meritis dumtaxat propriis commendentur, omnes concessionēs etiam a Decessoribus Nostri Militiae auratae Equitibus factas, circa privilegium nobilitatis, et Palatini Comitatus titulum quae fortasse nondum sublatae fuerint, vi similium Apostolicarum Literarum Gregorii PP. XVI, sub die XXXI Octobris anni MDCCCXXXI quas ante recensuimus, per praesentes auctoritate Nostra interposita omnino abrogamus, easque in posterum nullius roboris esse decernimus ac statuimus.

Denique oculos mentis nostrae convertentes ad Militiae Iesu Christi nobilissimum Ordinem, quem, anno MCCCXVIII post Ordinis Templi ruinam, Dionysius I Portugalliae et Algarbiorum Rex instituit, auctore et auspice Ioanne PP. XXII rec. mem. Praedecessore Nostro, hunc Equestrium Pontificiae Sedis Ordinem, Supremum esse auctoritate Nostra, per praesentes edicimus ac mandamus, quo non alter sit dignitate potior, sed ceteris amplitudine ac splendore superemineat. Una sit Equitum classis sed quo magis per Nos consultum sit huius Supremi Ordinis decori, volumus ut posthac Crux Ordinis propria collo dependeat, ex aureo torque, qui constet alternis clypeolis Crucem Ordinis ac Pontificium emblemata referentibus nodis aureis interse iunctis. Traditum enim memoriae est, et ipsos veteres dictae Militiae Equites simili torque iamdiu usos fuisse alternis ensibus ac tiaris caelato. Similiter volumus ut in magno numismate corona querna ex auro, parva taenia, ex enchausto rubro, inferius vincta Crucem concludat: tandem ut femoralia alba e serico rasili genua non praetergrediantur; caligae sint sericae, et item albae: aureae denique fibulae calceolos ornent. Quoad tunicam, ense et alia ornamenta nihil immutetur.

Verum tamen expresse mandamus ne inter Equites eiusdem Militiae discrimen contingat, sed unusquisque Ordo stemmata insignia, arma, atque ornamenta, a Sancta Sede praescripta servet integerrime, ut praefata insignia Cruces, numismata, vestes, enses, opera phrygia, atque ornamenta, tum propria Ordinum supradictorum Sancti .Silvestri Papae, Militiae auratae, ac Militiae Iesu Christi, cum ceterorum quos Apostolica Sedes conferre solet, sint adamussim confecta ad normam exemplarium quae in Cancellaria Equestrium Ordinum, penes Nostram a Brevis Apostolicis Literis Secretariam, iussimus asservari; simulque prae oculis habeantur apposite schemata,

quae singulis vicibus, cuilibet Equestri dignitate aucto, de more traduntur. Haec statuimus, mandamus, praecipimus, decernentes praesentes Literas firmas validas atque efficaces semper fore, suosque plenarios atque integros effectus sortiri atque obtinere, illisque ad quos spectat plenissime suffragari; irritumque et inane si secus quidquam super his a quocumque quavis auctoritate, scienter vel ignoranter contigerit attentari. Non obstantibus Nostra et Cancellariae Apostolicae regula de iure quaesito non tollendo, aliisque Constitutionibus et ordinationibus Apostolicis nec non supradictorum Equestrium Ordinum etiam statutis, ceterisque contrariis licet speciali mentione dignis quibuscumque. Datum Romae apud Sanctum Petrum sub anulo Piscatoris die 7 Februarii anno MDCCCCV, Pontificati Nostri anno secundo. ALOISIUS Card. MACCHI

APÉNDICE N° 49.- Copia de una cédula real emitida por Jaime IV de Escocia

Copia de la cédula real emitida por Jaime IV de Escocia, el diecinueve de octubre de 1488 en la que confirma todas las donaciones de sus antepasados a *Deo et Sancto Hospitali de Jerusalem et fratribus ejusdem militiae Templi Salomonis*¹⁹¹⁰.

JACOBUS Dei Gracia Rex Scotorum. Omnibus probis hominibus tocius terre sue clericis et laicis salutem. Sciatis nos quasdam cartas et euidantias per quondam nostros illustrissimos predecesores Scotorum reges factas et concessas Deo et Sancto Hospitali de Jerusalem et Fratribus Eiusdem Militie Templi Salomonis, videlicet, CARTAM confirmacionis quondam serenissimi patris nostri cuius anime propicietur. Deus factam super carta confirmacionis quondam aui nostri Jacobi Secundi regis Scotorum in qua in seruntur quatuor carte quondam predecessorum nostrorum Malcolmi et Alexandri Scotorum regum facte dicto Hospitali de Jerusalem, nunc Torfiching nuncupat. ac ffratribus eiusdem de nonnullis elemosinis terris toftis libertatibus tholoneis consuetudinibus in empcionibus et vendicionibus qualiter cunque contingen amerciamentis et priuilegiis ac super feodo et forisfactura suorum libere tenencium ut in dictis quatuor cartis predecessorum nostrorum in eisdem cartis confirmacionis in forma maiori insertis plenius constat et continetur de mandato, nostro uisam lectam inspectam diligenter examinatum, sanam integram non rasem non cancellatam nee in aliqua sua parte suspectam ad plenum intellexisse sub hac forma : — (1.) Jacobus Dei gracia rex Scotorum, omnibus probis hominibus tocius terre sue clericis et laicis salutem, — Sciatis nos quasdam cartas et euidantias per nostras illustrissimos, predecesores factas et concessas, Deo et sancto Hospitali de Jerusalem ffratribus eiusdem militie Templi Salomonis, videlicet, Cartam confirmacionis quondam nostri serenissimi progenitoris Jacobi Secundi Scotorum regis factam super cartis quondam Malcolmi et Alexandri Scotorum regum dicto Hospitali de Jerusalem, nunc Torfiching nuncupato ac ffratribus eiusdem de nonnullis elemosinis terris toftis libertatibus tholoneis consuetudinibus in empcionibus et vendicionibus et qualitercunque contingen. amerciamentis et priuilegiis vt in quatuor cartis predecessorum nostrorum in dicta carta confirmacionis in maiori forma insertis continetur de mandato, nostro uisam lectam inspectam et diligenter examinatum sanam integram non rasam non cancellatam nee in aliqua sui parte suspectam, ad plenum intellexisse, sub hac forma. (2.) Jacobus Dei gracia rex Scotorum, Omnibus probis hominibus tocius terre nostre clericis et laicis salutem, Sciatis nos uidisse inspexisse et diligenter examinasse cartas et euidantias illustrissimorum progenitorum et antecessorum nostrorum, viz. Malcolmi Alexandri et Alexandri regum Scocie, quarum tenores de uerbo in verbum sequuntur.

[Here follow the respective grants of confirmation by the above Sovereigns, three of which are addressed to the Hospitallers, and one (by Alexander II.) to the Knights Templars.

¹⁹¹⁰ James Burnes, *Sketch of the History of the Knights Templar*, W. H. Blackwood & Sons, Edinburgh, 1840, pp. XLVII-L.

These we could have wished to have quoted at large, but find it would exceed our limits. The Charter then proceeds] —

Quasquidam cartas et evidencias tarn dictas cartas confirmacionum quondam patris et aui nostrorum qua measdam quatuor cartas predictorum predecessorum ac donaciones concessiones libertates priuilegia ceteraque omnia et singula in eisdem contentis in omnibus suis punctis et articulis condicionibus et modis ac circumstanciis suis quibuscunque forma pariter et effectum in omnibus et per omnia ut premissum est approbamus ratificamus et pro nobis et successoribus nostris pro perpetuo confirmamus. Ac insuper, ubi in dictis cartis non clare constat in illo termino IV “de tholoneis” nos tamen ob singulares specialesque fauorem, amorem, et delectionem, quos gerimus ergo dilectum familiarem militem, nostrumque consiliarium delectum Wilelmum Knollis, modernum preceptorem eiusdem Lcci de Torfichin, nostrum thesaurarium, Volumus, Concessimus, et hac presenti carta nostra Concedimus eidem preceptori et suis successoribus preceptoribus de Torfiching ut sint liberi a solucione alicuius custume de quibuscunque bonis et mercanciis suis destinandis per eosdem ad partes extramarinas pro solucione ipsius preceptoris responsionis, que vero responsio extendit ad ducentos ducatos, et quod annuatim in nostro saccario videatur ad quantam summam custume dicta bona se extendunt et tantum eidem preceptori allocatur. In cuius rei testimonium, huic presenti carte nostre confirmacionis magnum sigillum apponi precipimus. Testibus, &c. Apud Edinburge decimo nono die mensis Octobris anno domini millesimo quadringentesimo octuagesimo octauo et regni nostri primo.

APÉNDICE N° 50.- Copia de una cédula real de la reina María de Escocia.

Cédula real de la reina María de Escocia creando la baronía de Torphichen favor de James Sandilands¹⁹¹¹.

Maria Dei gratia regina Scotorum Omnibus probis hominibus Totius terre sue clericis et laicis salutem Sciatis nos considerantes fidele nobile et gratuitum servitium nobis nostrisque charissimis quondam patri et matri bone memorie in reipublice et regni nostri commodum impensum per dilectum nostrum domesticum servitorem Jacobum Sandelandis Dominum do Sanct-Johnnis ac recordantes mipplicationum per nobilitatem et tres regni nostri status

in eius gratiam paulo ante nostram e francia profectionem nobis directarum quarum in ultimo nostro parlamento apud Edinburgh quarto die mensis Junij ultimo elapsi tento, baud immemores easdem ad nostre nobilitatis et trium statuum prescriptorum memoriam reduximus in piano parlamento proprio ore declarando nobis esse gratum dictum nostrum servitorem tanti ab illis estimari quanti nos eum etiam estimamus cuius servitii respectu ac supplicationum prescriptarum animum gratum ac nostrum erga ipsum favorem declarare promisimus Cui rei dicti nostri Status gratanter assentierunt. Nos propterea ac pro augmentatione patrimonij corone nostre annuatim in summa quingentarum marcarum pro terris subscriptis de quibus nos nee nostri predecesores nullum ante hac commodum retulimus. Necnon pro summa deoem millia scutorum aureorum solarium, vulgari appellatione crownis of the Sone nuncupata nobis per dictum nostram servitorem gratanter persoluta, Dedissee concessisse et hac presenti carta nostra confirmasse hereditarie dicto Jacobo Domino de Sancti-Johnnis heredibus suis et assignatis Totas et integras terras et baronias de Torphechin listomi ballintredo tankertoun denny maryctdter stanehoip galtua cum tenentibus tenandriis liberetenentium sendtiis advocar tionibus et donationibus ecclesiarum beneficiorum et capellaniorum omnium et singularum dictarum terrarum et baroniarum cum molendinis multuris siluis pisoariis castris turribus fortificiis et maneriebus earundem Jacentes infra vicecomitatus nostros de Edinburgh peblis Linlithquhow striuiling lanark kincardin et senescallatum de kirkcudbrycht Nee non omnes annuos redditus terras templarias Yulgo tempillandis nuncupatas decimas loca possessiones ac alias terras quascunque tam non nominatas quam nominatas infra regnum nostrum eiustentes Gum omnibus priuilegiis immunitatibus preeminentijs dignitatibus officiis regalitatibus cum libera capella et cancellaria infra bondas quarumcunque terrarum per dictum Jacobum et suos predecesores tanquam preceptores de torphechin aliquo tempore ante datam presentium possessorum Quequidem omnes et singule terre et baronie de torphechin listoun ballintredo tankertoun denny maryculter stanehoip galtua cum tenentibus tenandris liberetenentium servitiis aduocationibus et donationibus ecclesiarum beneficiorum et capellaniarum onmium et singularum dictarum terrarum et baroniarum Molendinis multuris siluis piscarijs castris turribus forti-

¹⁹¹¹ James Maidment, *The Spottiswoode miscellany: a collection of original papers and tracts illustrative chiefly of the civil and ecclesiastical history of Scotland*, Volume 2, The Spottiswoode society, Edinburgh, 1845, pp. 22-32.

liciis et maneriebus earundem Yna cum omnibus annuis redditibus terris templariis decimis locis possessionibus et aliis terris quibuscunque tam non nominatis quam nominatis infra regnum nostrum existentibus Ac cum omnibus priuilegiis immunitatibus preeminentiis dignitatibus officiis regalitatibus cum libera capella et cancellaria infra bondas quaruncunque terrarum per dictum Jacobum et suos predecesores tanquam preceptores de torphechin aliquibus temporibus retroactis possessorum fuerunt prefati Jacobi tanquam preceptoris prescripti perprieus Et quas idem tanquam omnimodum et indubitatum titulum ad easdem habens in manibus nostris tanquam nunc ad omnibus temporibus futuris superioris earundem dimisit Insuper pro causis suprascriptis ac aliis causis et considerationibus nos mouentibus vnimus annectimus erigimus creamus et incorporamus tenore presentis carte nostre omnes et singulas prenominate terras et baronias de torphechin listoun ballintrodo tankertoun denny maryculter stanehope galtua cum tenentibus tenandriis liberetenentim seraitiis aduocationibus et donationibus ecclesiarum beneficiis et capellaniam omnium et Bingularum dictarum terrarum et baroniarum cum molendinis multuris siluis piscariis castris turribus fortiiciis et maneriebus earundem unacam omnibus annuis redditibus terns templariis decimis locis possessionibus ac aliis terris quibuscunque tam non nominatis quam nominatis infra regnum nostrum existentibus ac cum omnibus priuilegiis immunitatibus preeminentiis dignitatibus officiis regalitatibus Cum libera capella et cancellaria infra omnes bondas quaruncunque terrarum per dictum Jacobum et eius predecesores tanquam preceptores prescripti perprieus possessorum ac nunc ut dictum est dimissarum In unam integram et liberam baroniam, baroniam de torphechin omnibus temporibus astitui nuncupandam ac etiam volumus et concedimus ac pro nobis et successoribus nostris Ordinamus quod maneries et fortalicium de torphechin erit principale messuagium dicte baronie Et quod unica sasina nunc et omnibus temporibus afluatur per dictum Jacobum heredes suos et assignatos apud dictam maneriam et fortalicium de torphechin capienda stabit extendet et sufficiens erit sasina pro omnibus et singulis suprascriptis terris et baroniis cum tenentibus tenandriis libere tenentium serviciis aduocationibus et donationibus ecclesiarum beneficiorum et capellaniarum turribus fortiiciis molendinis multuris siluis piscariis annuis redditibus terris templariis decimis locis possessionibus priuilegiis immunitatibus preeminentiis dignitatibus officiis regalitatibus ac cum libera capella et cancellaria infra omnes bondas dictarum terrarum et omnibus suis

pertinentiis absque uia alia particulari sasina apud quemcunque alium locum de eisdem capienda non obstante quod eadem non jacent insimul contigue Propterea nos ex potestate nostra regali damns concedimus ac pro perpetuo confirmamus tenore presentes carte nostre dicto Jacobo heredibus suis et assignatis totum ins clameum iuris titulum interesse petitorium possessorium que nos nostre predecesores aut successores habuimus habemus seu quouis modo habere seu acclamare poterimus in et ad predictas terras et baroniam cum tenentibus tenandriis liberetenentim serviciis aduocationibus et donationibus ecclesiarum beneficiorum et capellaniarum turribus fortiiciis molendinis multuris siluis piscariis annuis redditibus terns templariis decimis locis possessionibus priuilegiis immunitatibus preeminentiis dignitatibus officiis regalitatibus cum libera capella et cancellaria infra omnes bondas dictarum terrarum aut quarumlibet partium earundem firmis proficuis et deuoriis earundem propter quamcunque actionem et preteritam tam non nominatam quam nominatam quas pro expressis in hac presenti carta haberi et interpretari volumus Exonerando quieteclamando et renunciando eisdem pro nobis et successoribus nostris dicto Jacobo heredibus suis et assignatis imperpetuum Exonerando nostre concilij et sessionis dominos ac omnes alios nostros iudices officarios ac nostros ministros thesaurarium compotorum

nostrorum rotulatorum et advocatum presentes et futuros omni de citatione et prosecutione quarumcunque summonitionum aut actionis contra prefatum Jacobum heredes sues et assignatos pro recuperatione ab ipsis dictarum terrarum baroniarum decimarum regalitatum et priuilegiorum prescriptorum aut quarumcunque earundem partium et de eorum officiis in hac parte renunciando eisdem imperpetuum Gum supplemento omnium defectuum Ac etiam in consideratione priuilegiorum per dictum Jacobum et eius predecessores preceptores de torphechin gauisorum ac per nostros nobilissimos progenitores prius ratificationum Eximimus dictum Jacobum heredes sues et assignatos ab omnibus taxationibus lie scattis stentis contributionibus ac alijs oneribus et impositionibus quibuscunque ac ab omni Jurisdictione ordinaria et extraordinaria ac omni comparentia coram iudice aut iudicibus quibuscunque infra regnum nostrum submittendo ipsos nobis nostrique secreti concilij dominis tantum Ac eximimus ipsius tenentes et dictarum terrarum suarum occupatores ab omni comparentia coram quocunque iudice aut Iudicibus criminalibus aut ciuilibus spiritualibus sen temporalibus nisi coram prefati Jacobi propriis balliuis predictarum terrarum per ipsum heredes sues et assignatos deputatis seu deputandis aut coram dominis nostre sessionis tantum submittendo illos ipsorum iurisdictioni solum in hac parte Et exonerando similiter omnes alios iudices ac iuris ministros ab omni processione contra ipsos aut ipsorum aliquem et ab illorum officiis in hac parte imperpetuum Et ordinamus tenore presentis carte nostre ipsos emendi et vendendi liberum priuilegium habere infra omnes regni nostri partes absque vilanim solutione munitanim castumarum Secundum priuilegia preeptoribus Torphechin antea concessa tenendas et habendas omnes et singulas prenomintas terras et baronias. de Torphechin listoun ballintrodo thankertoun denny maryculter stanehoip galtua Cum tenentibus tenandrijs liberetenentium seruitiis aduocationibus donationibus ecclesiarum beneficiorum et capellaniam omnium et singularum terrarum et baroniarum prescriptarum Gum molendinis multuris siluis piscariis castris turribus fortiliis maneriebus earundem unacum omnibus annulis redditibus terris templariis decimis locis possessionibus et aliis terris quibuscunque tam non nominatis quam nominatis infra regnum nostrum existentibus Gum omnibus priuilegiis immunitatibus preeminentiis dignitatibus officiis regalitatibus In libera capella et cancellaria infra omnes bondas predictarum terrarum per dictum Jacobum et eius predecessores preceptores de Torphechin possessarum Ac cum omnibus alijs priuilegiis et exemptionibus particulariter snperius specificatis memorato Jacobo heredibus suis et assignatis de nobis et successoribus nostris in feodo et hereditate ac libera baronia imperpetuura Per omnes rectas metas suas antiquas et diuisas prout dicte terre jacent in longitudine et latitudine bossis planis moris marresiis viis semitis aquis stagnis riuiis pratis pascuis et pasturis aucupationibus venationibus piscationibus petariis turbariis carbonariis lignis lapicidiis lapide et calce fabrilibus brasinis brueriis et genestis cum curiis et earum exitibus herezeldis bludewis escheatis et amerchiamentis predictarum curiarum cum furca fossa sok sak thole theme infangtheif outfangtheif pitt et gallows Cum communi pastura libero introitu et exitu ac cum omnibus aliis et singulis libertatibus commoditatibus asiamentis ac justis suis pertinentibus quibuscunque tam non nominatis quam nominatis tam subtusterra quam supra terram procul et prope ad dictas terras et baronias ac alia superscripta cum pertinentibus spectantes sen iufte spectare valentes quomodolibet in futurum libere quiete plenarie integre honorifice bene et in pace sine aliqua reuocatione aut contradictione quacunque. SOLUENDO inde annuatim dictus Jacobus heredes sui et assignati nobis et successoribus nostris pro predictis terris baroniis priuilegiis et regalitatibus suprascriptis summam quingentaruin marcarum monete nostri regni ad dao anni terminos Penthecostes et Sancti Martini in hieme per equates pertiones nomine feudifirme

tantum absque ulla duplicatione feudifirme in introitu heeredum Successorum seu assignaiorum dicti Jacobi et pro prefatis deoimis tenendo et sustentando infra ecclesias dicte preoeptorie perprius spectantes habiles et idoneos ministros prout ordo pro presenti seu postea communiter infra regnum nostrum erit magis usitatus Necnon pro causis antediotis et pro pecuniarum summis nobis per dictum Jacobum pro confectione presentis infeofamenti expositis et persolutis in yerbo principis et fideli promissione obligamus nos et suecessores nostros dicto Jacobo heredibus suis et assignatis quod quandocunque etatem viginti quinque annorum completorum attigerimus ratificare et approbare presens infeofamentum in omnibus suis punctis in piano nostro parlamento pro perpetua corroboratione earundem.

In cuius rei testimonium sigillum nostrum huic presenti carte nostre magnum apponi precepimus, Testibus Reuerendissimo patre in Christo, Johanne Archiepiscopo Sancti Andree &c., dilectis nostris consanguineis Jaeobo comite de mortoun domino dalkeith cancellario nostro, Willelmo comite mariscalli domino de keith, dilectis nostris familiaribus ao conciliariis richardo maitland de lethingtoun equite aurato John Hamilton, natural son of James first Earl of Arran, [In dorso]

Curia Justiciarie Serenissimi Domini Nostri Regis Tenia et inchoata in pretorio ciuitatis glasguensis, penultimodiemensis merchii anno Domini millesimo quingentesimo sexagesimo octavo, Per nobilem et potentem dominum Archibaldum Gomitem ergadie, dominum campbell et lome, Justiciarium generalem dicti Serenissimi Domini Nostri Regis Totius regni sui ubilibet constitutum Sectis vocatis. Curia affirmata. Visa et admissa per dictum Justiciarium generalem.

Joannes bellenden clericus iusticiariie.

APÉNDICE N° 51.- Discurso de Andrew Ramsay.

Discurso pronunciado el veintisiete de diciembre de 1736 por el Chevallier Ramsay. (<http://reunir.free.fr/fm/txthisto/ramsay2.htm>).

Le Discours de Ramsay (1736)

D'après le manuscrit 124 de la Bibliothèque municipale d'Epernay.

Discours de M. le chevalier de Ramsay prononcé à la loge de Sain-Jean.

Messieurs,

La noble ardeur que vous montrez pour entrer dans l'ancien et très illustre Ordre de francs-maçons est une preuve certaine que vous possédez déjà qualités nécessaires pour en devenir les membres. Ces qualités sont le secret inviolable et le goût des beaux-arts.

Lycurgue, Solon, Numa et tous les autres législateurs politiques n'ont pu rendre leurs républiques durables: quelque sages qu'aient été leurs lois, elles n'ont pu s'étendre dans tous et dans tous les siècles. Comme elles étaient fondées victoires et les conquêtes, sur la violence militaire et l'élévation d'un peuple au-dessus d'un autre, elles n'ont pu devenir universelles ni convenir au goût, au génie et aux intérêts de toutes les nations. La philanthropie n'était pas leur base ; le faux amour d'une parcelle d'hommes qui habitent un petit canton de l'univers et qu'on nomme la patrie, détruisait dans toutes ces républiques guerrières l'amour de l'humanité en général. Les hommes ne sont pas distingués essentiellement par la différence des langues qu'ils parlent, des habits qu'ils portent, ni des coins de cette fourmilière qu'ils occupent. Le n'est qu'une grande république, dont chaque nation est une famille, et chaque particulier un enfant. C'est, messieurs, pour faire revivre et répandre ces anciennes maximes prises dans la nature de l'homme que notre société fut établie. Nous voulons réunir tous les hommes d'un goût sublime et d'une humeur agréable par l'amour des beaux-arts, où l'ambition devient une vertu, où l'intérêt de la confrérie est celui du genre humain entier, où toutes les nations peuvent puiser des connaissances solides, et où les sujets de tous les différents royaumes peuvent conspirer sans jalousie, vivre sans discorde, et se chérir mutuellement. Sans renoncer à leurs principes, nous bannissons de nos lois toutes disputes qui peuvent altérer la tranquillité de l'esprit, la douceur des mœurs, les sentiments tendres, la joie raisonnable, et cette harmonie parfaite qui ne se trouve que dans le retranchement de tous les excès indécents et de toutes les passions discordantes.

Aussi nos mystères: ce sont des signes figuratifs de notre science, des hiéroglyphes très anciens et des paroles tirées de notre art, qui composent un langage tantôt muet et tantôt très éloquent pour se communiquer à la plus grande distance, et pour reconnaître nos confrères de quelque langue ou de quelque pays qu'ils soient. On ne découvre que le sens littéral à ceux qu'on reçoit d'abord. Ce n'est qu'aux adeptes qu'on dévoile le sens sublime et symbolique de nos mystères. C'est ainsi que les orientaux, les égyptiens, les grecs et les sages de toutes les nations cachaient leurs dogmes sous des figures, des symboles et des hiéroglyphes. La lettre de nos lois, de nos rites et de nos secrets ne présente souvent à l'esprit qu'un amas confus de paroles inintelligibles: mais les initiés y trouvent un mets exquis qui nourrit, qui élève, et qui rappelle à l'esprit les vérités les plus sublimes. n est arrivé parmi nous ce qui n'est guère arrivé

dans aucune autre société. Nos loges ont été établies autrefois et se répandent aujourd'hui dans toutes les nations policées, et cependant dans une si nombreuse multitude d'hommes, jamais aucun confrère n'a trahi notre secret. Les esprits les plus légers, les plus indiscrets et les moins instruits à se taire apprennent cette grande science aussitôt qu'ils entrent parmi nous: ils semblent alors se transformer et devenir des hommes nouveaux, également impénétrables et pénétrants. Si quelqu'un manquait aux serments qui nous lient, nous n'avons d'autres lois pénales que les remords de sa conscience et l'exclusion de notre société, selon ces paroles d'Horace:

Est et fideli tuta silentio

Merces: vetabo, qui Cereris sacrum

Vulgarit arcanæ, sub isdem

Sit trabibus, fragilemve mecum

*Solvat phaselum**

Horace fut autrefois orateur d'une grande loge établie à Rome par Auguste, pendant que Mécène et Agrippa y étaient surveillants. Les meilleures odes de ce poète sont des hymnes qu'il composa pour être chantées à nos orgies. Oui messieurs, les fameuses fêtes de Cérès à Eleusine, dont parle Horace, aussi bien que celles de Minerve à Athènes et d'Isis en Egypte n'étaient autres que des loges de nos initiés, où l'on célébrait nos mystères par les repas et les libations mais sans les excès, les débauches et l'intempérance où tombèrent les païens, après avoir abandonné la sagesse de nos principes et la propriété de nos maximes.

Le goût des arts libéraux est la troisième qualité requise entrer dans notre Ordre, la perfection de ce goût fait l'essence, la fin et l'objet de notre union. De toutes les sciences mathématiques, celle de l'architecture, soit civile, soit navale, soit militaire est, sans doute, la plus utile et la plus ancienne. C'est par elle qu'on se défend contre les injures de l'air, contre l'instabilité des flots, et surtout contre la fureur des autres hommes. C'est par notre art que les mortels ont trouvé le secret de bâtir des maisons et des villes pour rassembler les grandes sociétés, de parcourir les mers pour communiquer de l'un à l'autre hémisphère les richesses de la terre et des ondes, et enfin de former des remparts et des machines contre un ennemi plus formidable que les éléments et les animaux, je veux dire contre l'homme même qui n'est qu'une bête féroce, à moins que son naturel ne soit adouci par les maximes douces, pacifiques et philanthropes qui règnent dans notre société.

Telles sont, messieurs, les qualités requises dans notre Ordre dont il faut à présent vous découvrir l'origine et l'histoire en peu de mots.

Notre science est aussi ancienne que le genre humain, mais il ne faut pas confondre l'histoire générale de l'art avec l'histoire particulière de notre société. Il y a eu dans tous les pays et dans tous les siècles des architectes, mais tous ces architectes n'étaient pas des francs-maçons initiés dans nos mystères. Chaque famille, chaque république et chaque empire dont l'origine est perdue dans une antiquité obscure a sa fable et sa vérité, sa légende et son histoire, sa fiction et sa réalité. La différence qu'il y a entre nos traditions et celles de toutes les autres sociétés humaines est que les nôtres sont fondées sur les annales du plus ancien peuple de l'univers, du seul qui existe aujourd'hui sous le même nom qu'autrefois, sans se confondre avec les autres nations quoique dispersé partout, et du seul enfin qui ait conservé ses livres antiques, tandis que ceux de presque tous les autres peuples sont perdus. Voici donc ce que j'ai pu recueillir de notre origine dans les très anciennes archives de notre Ordre, dans les

actes du parlement d'Angleterre qui parlent souvent de nos privilèges, et dans la juridiction vivante d'une nation qui a été le centre de notre science arcane depuis le dixième siècle. Daignez, messieurs, redoubler votre attention; frères surveillants couvrez la loge, éloignez d'ici le vulgaire profane. Procul oh procul este profani, odi profanum vulgus et arceo, favete linguis.

Le goût suprême de l'ordre et de la symétrie et de la projection ne peut être inspiré que par le Grand Géomètre architecte de l'univers dont les idées éternelles sont les modèles du vrai beau. Aussi voyons-nous dans les annales sacrées du législateur des juifs que ce fut Dieu même qui apprit au restaurateur du genre humain les proportions du bâtiment flottant qui devait conserver pendant le déluge les animaux de toutes les espèces pour repeupler notre globe quand il sortirait du sein des eaux. Noé par conséquent doit être regardé comme l'auteur et l'inventeur de l'architecture navale aussi bien que le premier grand-maître de notre Ordre.

La science arcane fut transmise par une tradition orale depuis lui jusqu'à Abraham et aux patriarches dont le dernier porta en Egypte notre art sublime. Ce fut Joseph qui donna aux égyptiens la première idée des labyrinthes, des pyramides et des obélisques qui ont fait l'admiration de tous les siècles. C'est par cette tradition patriarcale que nos lois et nos maximes furent répandues dans l'Asie, dans l'Egypte, dans la Grèce et dans toute la Gentilité, mais nos mystères furent bientôt altérés, dégradés, corrompus et mêlés de superstitions, la science secrète ne fut conservée pure que parmi le peuple de Dieu.

Moïse inspiré du Très-Haut fit élever dans le désert un temple mobile conforme au modèle qu'il avait vu dans une vision céleste sur le sommet de la montagne sainte, preuve évidente que les lois de notre art s'observent dans le monde invisible où tout est harmonie, ordre et proportion. Ce tabernacle ambulant, copie du palais invisible du Très-Haut qui est le monde supérieur, devint ensuite le modèle du fameux temple de Salomon, le plus sage des rois et des mortels. Cet édifice superbe soutenu de quinze cents colonnes de marbre de Paros, percé de plus de deux mille fenêtres, capable de contenir quatre cent mille personnes, fut bâti en sept ans par plus de trois mille princes ou maîtres maçons qui avaient pour chef Hiram-Abif grand-maître de la loge de Tyr, à qui Salomon confia tous nos mystères. Ce fut le premier martyr de notre Ordre ... (lacune) ... sa fidélité à garder ... (lacune) ... son illustre sacrifice. Après sa mort, le roi Salomon écrivit en figures hiéroglyphiques nos statuts, nos maximes et nos mystères, et ce livre antique est le code originel de notre Ordre.

Après la destruction du premier temple et la captivité de la nation favorite, l'oïnt du Seigneur, le grand Cyrus qui était initié dans tous nos mystères constitua Zorobabel grand-maître de la loge de Jérusalem, et lui ordonna de jeter les fondements du second temple où le mystérieux Livre de Salomon fut déposé. Ce Livre fut conservé pendant 12 siècles dans le temple des israélites, mais après la destruction de ce second temple sous l'empereur Tite et la dispersion de ce peuple, ce livre antique fut perdu jusqu'au temps des croisades, qu'il fut retrouvé en partie après la prise de Jérusalem. On déchiffra ce code sacré et sans pénétrer l'esprit sublime de toutes les figures hiéroglyphiques qui s'y trouvèrent, on renouvela notre ancien Ordre dont Noé, Abraham, les patriarches, Mose, Salomon et Cyrus avaient été les premiers grands-maîtres. Voilà, messieurs, nos anciennes traditions. Voici maintenant notre véritable histoire.

Du temps des guerres saintes dans la Palestine, plusieurs princes, seigneurs et artistes entrèrent en société, firent vœu de rétablir les temples des chrétiens dans la terre sainte, s'engagèrent par serment à employer leur science et leurs biens pour ra-

mener l'architecture à la primitive institution, rappelèrent tous les signes anciens et les paroles mystérieuses de Salomon, pour se distinguer des infidèles et se reconnaître mutuellement ... [et décidèrent de] s'unir intimement avec ... [les Chevaliers de Saint Jean de Jérusalem]. Dès lors et depuis, nos loges portèrent le nom de loges de saint Jean dans tous les pays. Cette union se fit en imitation des israélites lorsqu'ils rebâtirent le second temple. Pendant que les uns maniaient la truelle et le compas, les autres les défendaient avec l'épée et le bouclier.

Après les déplorables traverses des guerres sacrées, le dépérissement des armées chrétiennes, et le triomphe de Bendocdor soudan d'Egypte pendant la huitième et dernière croisade, le fils de Henry III d'Angleterre, le grand prince Edouard, voyant qu'il n'y aurait plus de sûreté pour ses confrères maçons dans la terre sainte quand les troupes chrétiennes se retireraient, les ramena tous et cette colonie d'adeptes s'établit ainsi en Angleterre. Comme ce prince était doué de toutes les qualités d'esprit et de cœur qui forment les héros, il aima les beaux-arts et surtout notre grande science. Etant monté sur le trône, il se déclara grand-maître de l'Ordre, lui accorda plusieurs privilèges et franchises, et dès lors les membres de notre confrérie prirent le nom de francs-maçons.

Depuis ce temps la Grande-Bretagne devint le siège de la science arcane, la conservatrice de nos dogmes et le dépositaire de tous nos secrets. Des îles britanniques l'antique science commence à passer dans la France. La nation la plus spirituelle de l'Europe va devenir le centre de l'Ordre et répandra sur nos statuts les grâces, la délicatesse et le bon goût, qualités essentielles dans un Ordre dont la base est la sagesse, la force et la beauté du génie. C'est dans nos loges à l'avenir que les français verront sans voyager, comme dans un tableau raccourci, les caractères de toutes les nations, et c'est ici que les étrangers apprendront par expérience que la France est la vraie patrie de tous les peuples.

Alfabeto GrecoLatino	Alfabeto Orden del Temple	Alfabeto GrecoLatino	Alfabeto Orden del Temple
A	∇	O	∇
B	<	P	△
C	>	Q	△
D	∇	R	∇
E	△	S	△
F	△	T	△
G	△	U	△
H	∇	V	∇
I	◇	X	◇
K	◇	Y	◇
L	◇	W	◇
M	◇	Z	◇
N	X		

APÉNDICE N° 53.- Título de transmisión de Larmenius.

Charta Transmissionis o Carta de Transmisión de Larmenius¹⁹¹³.

Ego frater Johannes Marcus Larmenius, hyerosolimitanus, Dei gratia et secretissimo venerandi sanctissimique martyris, supremi templi militiæ magistri (cui honor et gloria) decreto, communi fratrum consilio confirmato, super universum templi ordinem, summo et supremo magisterio insignitus, singulis has decretales litteras visuris, salutem, salutem, salutem.

Notum sit omnibus tam præsentibus quam futuris, quod, deficientibus, propter extremam ætatem, viribus, rerum angustia et gubernaculi gravitate perpensis, ad majorem Dei gloriam, ordinis, fratrum et statutorum tutelam et salutem, ego supra dictus, humilis magister militiæ Templi, inter validiores manus supremum statuerim deponere magisterium:

Idcirco, Deo juvante, unoque supremi conventus equitum consensu, apud eminentem commendatorem et carissimum, Franciscum Thomam Theobaldum Alexandrinum, supremum ordinis templi magisterium, auctoritatem et privilegia contuli, et hoc præsentis decreto, pro vita, confero cum potestate, secundum temporis et rerum leges, fratri alteri, institutionis et ingenii nobilitate morumque honestate præstantissimo, summum et supremum ordinis templi magisterium, sine commilitonum templi conventus; et, rebus ita sese habentibus, sucesor ad nutum eligatur.

Ne autem languescant supremi officii munera, sint nunc et perenniter quatuor supremi magistri vicarii; supremam potestatem, eminentiam et auctoritatem; super universum ordinem, salvo jure supremi magistri habentes; qui vicarii magistri apud seniores secundum professionis seriem eligantur. Quod statutum è commendato mihi et fratribus voto sacrosancti suprà dicto venerandi beatissimique magistri nostri, martyris (cui honos et gloria) amen.

Ego denique, fratrum supremi conventus decreto, è suprema mihi comissa auctoritate, Scotos templarios ordinis desertores, anathemate percussas, illosque et fratres sancti Johannis hyerosolimae, dominiorum militiæ spoliatores (quibus apud Deum misericordia) extrà girum templi, nunc et in futurum, volo, dico et jubeo.

Signa, ideo, pseudo-fratribus, ignota et ignoscenda constitui, ore commilitonibus tradenda, et quo, in supremo conventu, jam tradere modo placuit.

Quæ vero signa tantummodo pateant post debitam professionem et æquestrem consecrationem, secundum templi commilitonum statuta, ritus et usus, suprà dicto eminenti commendatoris à me transmissa, sicut à venerando et sanctissimo martyre magistro Jacobo de Molaya (cui honos et gloria) in meas manus habui tradita. Fiat sicut dixi fiat. Amen.

Ego Johannes Marcus Larmenius dedi, Parisii die decima tertia february 1324.

Ego Franciscus Thomas Theobaldus Alexandrinus, Deo jurante, supremum magisterium acceptum habeo, 1324.

¹⁹¹³ <http://knightstemplarvault.com/charter-of-larmenius/>.

Ego Arnulphus De Braque, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1340.

Ego Joannes Claromontanus, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1349.

Ego Bertrandus Gueselin, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1357.

Ego Johannes Arminiacus, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1381.

Ego Bernardus Arminiacus, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1392.

Ego Johannes Arminiacus II, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1419.

Ego Johannes Croyus, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1451.

Ego Robertus Lenoncurtius, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1478.

Ego Galeas de Salazar, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1497.

Ego Philippus Chabotius, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1516.

Ego Gaspardus de Salciaco Tavanneusis, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1544.

Ego Henricus De Monte Morenciaco, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1574.

Ego Carolus Valesius, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1616.

Ego Jacobus Ruxellius de Granceio, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1651.

Ego Jacobus Henricus de Duroforti, dux de Duras, Deo jnvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1681.

Ego Philippus, dux Aurelianensis, Deo juvanle, supremum magisterium acceptum habeo, 1705.

Ego Ludovicus Augustus Borbonius, dux du Maine, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1724.

Ego Ludovicus Henricus Borbonius Condæus, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1737.

Ego Ludovicus Franciscus Borbonius Conty, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1741.

Ego Ludovicus Henricus Timoleo de Cossé-Brissac, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, 1776.

Ego Claudius Mathæus Radix de Chevillon templi senior vicarius magister, adstantibus fratribus prospere Maria Petro Michael Charpentier de Sainiot, Bernardo Raymundo Fabrè, templi vicariis magistris et Johanne Baptista de Courchant, supreme proeceptore, hasce litteras decretales à Ludovico Timoleone de Cossé-Brissac, supremo magistro, in temperibus infaustis mihi depositas, fratri Jacobo Philippo Le

Dru, templi seniori vicario magistro tradidi, ut istæ litteræ, in tempore opportuno, ad perpetuam ordinis nostri memoriam, juxtà ritum orientalem vigeant. Die decimâ junii 1804.

Ego Bernardus Raymundus Fabre, Deo juvante, supremum magisterium acceptum habeo, die quarta novembrii 1804.

APÉNDICE N° 54.- Copias de emails.

Copias de los emails recibido del Rector del Monasterio benedictino de Ratisbona (Regensburg) y del director de los archivos del obispado dicha ciudad acerca del enterramiento de David Seton.

Dear José Eugenio Domínguez,

I'm sorry but we don't have the requested informations. Please contact the responsible institution "Bischöfliches Zentralarchiv" as following:

Kid Regards!

Martin Priller,

Msgr. Martin Priller, Regens.

Priesterseminar zum heiligen Wolfgang

Bismarckplatz 2

93047 Regensburg

Tel. +49 941 2983-2002

Fax +49 941 2983-2040

regens@priesterseminar-regensburg.de

www.priesterseminar-regensburg.de

www.schottenkirche.de

Mit freundlichen Grüßen

Asen Roswitha

Priesterseminar St. Wolfgang

Bismarckplatz 2

93047 Regensburg

fon: 0941 / 2983 – 2001

fax: 0941 / 2983 – 2040

mailto: info@priesterseminar-regensburg.de

Ihre Nachricht: 04.03.2013

Unser Zeichen: gr/hai-343/2013

Re: David Seton

Sehr geehrter Herr Dominguez,

Wenn wir Ihre Anfrage richtig verstanden haben, handelt es sich bei David Seton nicht um einen Mönch des Regensburger Schottenklosters, sondern um einen schottischen Laien, der in diesem Kloster bestattet wurde. In den bei uns vorhandenen Kirchenbüchern der Stadt Regensburg sind zwar alle Sterbefälle registriert, doch reichen die Aufzeichnungen der Regensburger Pfarreien nicht bis zu dem von Ihnen angegebenen Zeitraum (1589-1591), in dem David Seton verstorben ist, zurück. Die ältesten speziell für die Pfarrei des Schottenklosters St. Jakob angelegten Sterberegister setzen erst 1680 ein.

Ebenso kommt der Name nicht in den Verzeichnissen der erhaltenen Grabdenkmäler im Schottenkloster vor, auch nicht in einem handschriftlich überlieferten Verzeichnis aus dem ausgehenden 16. Jahrhundert (nach 1592).

Leider ist bei Baumaßnahmen 1689 der Großteil der alten Grabmäler vernichtet worden (Georg Heinrich PARITIUS: Kurtz gefaste Nachricht von allen in denen Ring-Mauren der Stadt Regensburg gelegenen Reichs-Stifftern, Haupt-Kirchen und Clöstern katholischer Religion, Regensburg 1723, S. 73; Mona STOCKER: Die Schottenkirche St. Jakob in Regensburg, Regensburg 2001, S. 45).

Vielleicht haben Sie mit einer Anfrage beim Stadtarchiv Regensburg (Kepplerstraße 1 93047 Regensburg) Erfolg.

Mit freundlichen Grüßen

(Dr. Paul Mai)

Archivdirektor Bischöfliches Zentralarchiv

St. Petersweg 11 – 13

93047 Regensburg

fon: +49 941 / 597-2526

fax: +49 941 / 597-2521

mailto: shain.arch@bistum-regensburg.de

APÉNDICE Nº 55.- Memoria presentada por el maestre sobre la unión de las órdenes militares jerosolimitanas.

Super unione ordinum, videlicet templariorum et Hospitalariorum

Pater sancte, questioni quam facitis super facto unionis religio num Templi et Hospitalis, ego, magister Templi, respondeo sic. Certe recolo quod papa Gregorius, dum esset in concilio Lugdunensi, et sanctus Ludovicus cum eo, et alii multi ecclesiastici et seculares, fuit etiam ibi frater Guillelmus de Bellojoco, tunc magister Templi, et multi alii antiqui fratres nostri ordinis cum eo. Fuit etiam de ordine Hospitalis Sancti Johannis frater Guillelmus de Corcellis, cum pluribus aliis fratribus et discretis ejusdem ordinis. Et dictus papa Gregorius et sanctus Ludovicus voluerunt habere consilium super facto unionis predictae, et eorum intentio erat de omnibus religionibus armorum facere unam. Sed fuit responsum quod reges Yspanie nullatenus consentirent propter tres religiones armorum que sunt in sua patria stabilite. Quare deliberatum fuit pro meliori quod unaqueque religio resideret in statu suo. Item tempore Nicholai pape IV, propter perditionem Terre Sancte que tunc fuit, quia Romani clamabant fortiter et alii populi eo quod succursus sufficiens ad defensionem ipsius terre non fuerat missus per eum, ad excusationem quodam modo sui, et ut appareret se velle remedium apponere circa negotia Terre Sancte, refricavit seu rea[s]sumpsit verba unionis predictae, et tandem nichil fecit. Deinde Bonifacius papa super hoc fecit plurima verba, et tamen omnibus consideratis, omnino pro meliori cessavit, prout scire poteritis per aliquos cardinalium qui fuerunt tempore suo. Item, pater sancte, in facto unionis animadvertenda sunt commoda et dampna, honores et scandala que possunt ex hujusmodi negotio provenire. Primo quidem videtur michi quod non esset honor tam antiquas religiones, et que tanta bona fecerunt tam in Terra Sancta quam alibi, nunc unire: quia timendum est ne contrarium accidat eorum que huc usque fecerunt, quia numquam vel raro fit novitas que non pariat pericula magna. Item, super omnia timenda sunt ani[182] marum pericula. Et hoc dico quia diversissimum est et gravissimum hominem qui sponte Deo se vovit in habitu et professione unius religionis compellere vitam et mores mutare vel aliam religionem assumere nisi velit.

Item, et aliud grave periculum esset, si unio fieret, propter divisiones hominum, ne instigante dyabolo concertarent ad invicem dicentes: Nos melius valebamus, et plura faciebamus bona. Et per talem concertationem possent multa pericula provenire, quia Templarii et Hospitalarii habent arma. Et sic facile, si rumor insurgeret inter ipsos, posset grave scandalum suscitari. Item, si unio fieret, multum oporteret quod Templarii largarentur, vel Hospitalarii restringerentur in pluribus, et ex hoc possent animarum pericula provenire: qui[a] pauci sunt, prout credo, qui vellent vitam et mores assuetos mutare. Item, si unio fieret, maxima diminutio esset elemosinarum et bonorum que fiunt in qualibet religionum. Nam religio Hospitalariorum super hospitalitate fundata est, et ultra hoc exercent militias, et multas faciunt elemosinas. Templarii vero super militia proprie sunt fundati et in omnibus eorum baliviis, ter in septimana, faciunt omnibus recipere volentibus elemosinam generalem, et donant continue pauperibus decimam totius panis. Item, donant in conventu inter duos fratres tantum de carnibus quod de residuo possent duo pauperes satiari. Unde si religiones essent unite, non facerent simul nisi quantum una facit ad presens. Et hoc idem dicere possum de servitio Dei et divinis officiis. Item, in civitatibus et aliis locis ubi dicte re-

ligiones habent plures domos, si unio fieret, una vastaretur, et alia remaneret in statu, et quilibet vellet quod sua statum haberet. Unde sepe discordia posset oriri. Et ubi due religiones habent plures preceptores, oporteret quod unus esset preceptor et alii subessent. Unde quia [183] male contentarentur, facile posset incurri discordia. Item, conventus Hospitalis habet mariscalcum, commendatorem, draparium, et alios plures officiales. Et hoc idem est in conventu Templi. Unde ex hoc posset briga maxima et discordia inter ipsos oriri, quia quilibet vellet tenere suos officiales in statu. Item, si aliquis vellet ob[j]icere quod pro extinguenda invidia, que inter templarios et Hospitalarios esse dicitur, esset unio facienda, respondeo quod maximum dampnum esset Terre Sancte tollere talem invidiam, et ex hoc proveniret magnum commodum Saracen- nis. Nam talis invidia semper attulit et honorem et commodum christianis, et contra- rium Saracenis: quia si Hospitalarii faciebant aliquod bonum exercitium armorum contra Saracenos, Templarii numquam cessabant nisi fecissent tantumdem vel plus, et e converso.

Item, si Templarii faciebant magnum passagium fratrum, equorum et aliarum bestiarum, Hospitalarii non cessabant donec similem fecissent vel plus. Et ista talis invidia, que semper viguit et viget inter eos, omni tempore fuit et est honorabilis et proficua christianis, Saracenis vero dampnosa. Item, si una religio habuit bonos milites et famosos in armis marinis et aliis bonis operibus, alia semper studuit toto posse meliores habere. Et per talem invidiam utraque religio tales fecit expensas continue quod semper gravate fuerunt maximis oneribus debitorum. Unde si due religiones fuissent in unum, non credo quod super predictis tantum conati fuissent. Item, quod per invidiam vel controversiam que inter ipsos aliquo tempore fuisset, nunquam cessavit fieri calvalcata contra Saracenos vel aliquod armorum officium. Quinymo propter predictam invidiam majora et meliora fiebant. Preterea nunquam auditum fuit quod ex aliqua causa ullus ipsorum apponeret manum violentam in alium. [184] Item, apparet exemplum inter fratres Predicadores et Minores, qui multos habent meliores clericos et magis famosos quam si ambe religiones essent in unum: quia quilibet religio studet excellentiores viros habere, et magis exercitat suos tam ad divinum officium quam etiam ad sermocinationem et predicationem verbi Dei; quod totum redundabit in honorem et commodum populi christiani. Item, quando reges, duces, comites, ac etiam alii barones populares peregrini, quicumque vadunt ad Terram Sanctam, et equitant manu armata contra Saracenos, semper consuevit hoc fieri inter ipsos quod una religio precedit et facit custodiam que dicitur avangarda, reliqua vero facit custodiam que dicitur reregarda, et sic extraneos inter ipsos cooperiunt et involvunt, sicut mater, infantem. Et bene oportet hoc fieri, quia agnoscunt modum Saracenorum, et Saraceni cognoscunt eos; et quandocumque aliqui fecerunt cavalcata sine ipsis, male successit eis, secundum quod sanctitati vestre referam cum audire placuerit. Et si due religiones essent in unum, oporteret quod alii quam ipsi facerent sive avangardiam sive reregardiam.

Item, quicumque peregrini majores domini vel minores venerunt ad Terram Sanctam, semper invenerunt refrigerium, recreationem, auxilium et succursum sive ab una sive ab altera religionum. Et si non fuisset nisi sola religio, forsitan non invenissent ita largum remedium et succursum tam liberum. Et hoc idem dico de minimis servientibus, qui semper vel in una vel in altera religionum habuerunt bonum refugium. Comoda vero vel profectus que de unione cognosco sunt hec. Notorium est quod omnes gentes consueverunt habere multam devotionem ad religiosos. Quod totum videtur esse conversum; quia plurimi reperiuntur velle auferre religiosi quam dare, et quasi omnes libentius accipiunt quam donent eisdem, et multa gravamina continue eis

inferuntur per [185] mundum tam a prelatiis quam ab aliis viris potentibus et minoribus, sive clericis, sive laicis. Sed si talis unio fiat, religio erit tam fortis et potens quod bene defendet et poterit defendere jura sua a quibuscumque personis. Item, alium profectum cognosco, quia facerent minores expensas. Nam, ubi modo tenentur duo hospitalia, nonnisi unum teneretur; et ubi sunt duo preceptores, vel duo ballivi, non esset nisi unus, sive in conventu ultramarino, sive in provinciis et domibus cismarinis; et hec esset maxima alleviatio expensarum. Unde, pater sancte, in predictis omnibus continentur profectus et dampna, honores et inhonores, vel pericula, que in facto unionis sentio et cognosco. De consilio vero nostri conventus ac veterum proborum virorum ordinis nostri existentium citra mare et provincias et ballivias, quandocumque vestre sanctitati placuerit audire, faciam ipsos ad invicem congregari etiam, si volueritis, coram vobis. Et tunc audire poteritis consilium et voluntatem dicti nostri conventus et fratrum predictorum, et postmodum facere circa predicta, prout sanctitati vestre melius et utilius apparebit. Insuper, sancte pater, audivi vobis esse narratum quod religiosi, qui subsunt obedientie, essent magis apti et proficui ad recuperationem et custodiam Terre Sancte quam alie gentes. Quod quidem verum est, quia faciunt minores expensas, et in domibus, campis et factis armorum sunt magis obedientes. Sed, si intenditis redditus assignare taxatos, annuos et continuos, ad sustinendum tot equites et armigeros quot viderentur posse teneri, melius reputarem quod tales redditus assignarentur utrique religioni divisim, scilicet Vol.3, p. 154 de l'éd. Mollat

Templi et Hospitalis, quam ipsos unire, quia quilibet conantur etiam ultra posse suum debitum exercere.

APÉNDICE N° 56.- Regla de Edimburgo.

PRÓLOGO

CAPÍTULOS

I

Incipit prologus regis militum xpi.
 Omnibus in primis sermo nūc diri-
 gitur. Quicūq; pprias uoluntate
 sequi continentur. & sumo ac ue-
 ro regi militare animi puritate cupiunt ut
 obediencie armaturā atq; p̄claram assume-
 re intentissima cura implendo p̄optent
 & p̄seuerando impleant. hortamur itaq;
 uos qui usq; nūc militiā seclārem in qua xpe
 n̄ fuit causa: sed solo humano fauore am-
 plexi estis: q̄tin̄ horū unitati q̄s d̄s ex
 massa p̄ditionis elegit & ad defensionē sc̄e
 ecclie gratuita pietate cōposuit: uos soci-
 andū p̄hemiter festinetis. Ante om̄ia aut̄
 quicūq; ex xpi miles tam sc̄am cōsuetu-
 nem eligens: te circa p̄fessionē tuā opor-
 tet puram adhibere diligentia. ac firmam
 p̄seuerantiā. que a dō tam digna tā sc̄a
 & sublimis. eē. dinoscit. ut si pure & p̄seue-
 ranter obseruet: inter martyres qui p̄
 xpo animas suas dederunt: sortem opti-
 nere merebit. In ipsa nāq; reslorunt & re-

CAPÍTULOS

PRÓLOGO

iuxta eade[m] militans qui despecto iusticie zelo
 non pauperes aut ecclesias defensare: q[uo]d sum-
 erat. sed rape. spoliare. interficere contendebat.
 Bene igitur nobiscu[m] agit quib[us] d[omi]n[u]s & sal-
 uator ih[esu]s xp[istu]s amicos suos a ciuitate sca[m] in
 confinuu[m] francie ac burgundie direxit. q[uo]d
 p[ro] n[ost]ra salute uereq[ue] fidei p[ro]pagatione. n[on] ces-
 sare animas suas hostiam deo placentem
 offerre. Hos g[en]t[em] cu[m] om[n]i g[ra]tulatione. ac s[an]c[t]a
 pietate. p[re]cib[us]q[ue] magistri hugonis in quo
 p[re]dicta milicia s[up]er[est] exordiu[m]. co[m] plurib[us]
 sp[iritu] s[an]c[t]o incitante. ex diuisis ultra monta-
 ne p[ro]uincie mansionib[us] in solle[m]nitate s[an]c[t]i
 hylarii. Anno millesimo centesimo. uice-
 simo octauo ab incarnato d[omi]ni filio. ab in-
 choatione p[re]dict[ae] milicie nono ad t[er]reas
 deo ducente puenim[us]. & modu[m] & obser-
 uanti[am] equestri[um] ordinis p[er] singula capitula
 ex ore ipsius p[re]dicti magistri hugonis au-
 dire meruim[us]. ac iuxta noticia[m] exigui
 n[ost]re scientie q[uo]d nob[is] uidebat[ur] bonu[m] & uti-
 le collaudauim[us]. Veru[m] eni[m] uero q[uo]d nobis

PRÓLOGO

CAPÍTULOS

uidebat̃ absurdū: om̃eq: qđ in p̃senti concilio nequirit̃. eē nob̃ memorialiter relatū ac cōputatū: n̄ leuitate s; consulte puidencie eē discretioni uenerabil̃ p̃r̃s n̄ri honorū. ac incl̃yti patriarche ierosolimitani stephani. fertilitate ac necessitate n̄ ignari orientāl̃ regionis. nec n̄ paup̃um cōm̃itoni x̃pi. consilio cōmunis capituli unanimiter cōmendauim̃. Sane aū p̃r̃ sufficienter n̄ri dictaminis auctoritate p̃maxim̃ numer̃ religiosoz patrū qui illo concilio diuina āmonitione conuener̃t cōmendat̃: n̄ debem̃ silenter t̃nsire q̃s uidē & ueras sententias p̃ferre ego ioh̃s michaelensis. qui p̃sentis pagine iussu concilii ac uenerandi abbis clarenallis. B. cui creditū ac debitum hoc erat humilis scriba. eē diuina gr̃a p̃merui. Nomina p̃r̃m q̃erāt in cōcilio. **P**rim̃ q̃dem residet. O. albanensis ep̃c dei gr̃a s̃c̃e eccl̃ie Rōmane legatus. Deinde. R. archiep̃c remensis. Ferencus henricus archiep̃c senonensis. Dehinc

II

CAPÍTULOS

PRÓLOGO

coepi eoy. G. carnotensis epc. G. sueffoni epc.
 epc parisiacensis. epc trecentis. p̄sul Aurelia
 nensis. epc autisiodorensis. epc medensis. epc
 chaalonensis. epc laodunensis. epc beluacen
 censis. R. Abbas uerelacensis. qui n̄ multo p̄t
 factus ē. luodunensis archiepc. ac scē romane
 ecclie legatus. Abbas cistellensis. abbas pon
 tinacensis. Abbas triūfontiū. Abbas scī dio
 nisi de rems. abbas scī stephani de digoh
 mo. Abbas molesmū. Sup̄ nominat̄ abbas
 B. clareuallis n̄ defuit. cui⁹ sententiā p̄scrip
 ti liba uoce collaudabant. Fuerūt aū ma
 gistri auberio reimensis. & magister ful
 cherius. ac cōplures alii q̄s longū est enu
 merare. Eterū de n̄ lictat̄ idonēū nobis
 uidet̄. ut testes amatores ueritat̄. Adducan
 t̄ in mediū. Comes theobaldus. comesq; na
 uerrensis. ac andreas de blaudun̄to in
 tentissima cura qd̄ erat optimū. scrutan
 tes. qd̄ eis uidebat̄ absurdū utcupantes.
 in concilio sic assistebant. Ipse ū magister
 milicie hugo nomine reuera n̄ defuit.

PRÓLOGO

CAPÍTULOS

& quosdā de frīb: suis secū habuit. Verbi
 grā: frēm Godefridū. frēm rollandū. frēm
 Gaufridū byso. frēm paganū de monte
 desidū. frēm archenbaldū de scō amano.
 Iste ū magister cūstis modū & obseruan
 tiam exigue inchoationis sui militaris
 ordinis qui ab illo dicit ego pncipiū quic
 loqr uob sup̄ sit exordiū: iuxta memorie sue
 noticiā sup̄ nominatis patrib: intimauit. Pla
 cuit itaq; concilio. ut consiliū ibi limatū &
 consideratione diuinarū scripturarū diligenter
 examinatū: tantū cū pudentia pape roma
 nor ac patriarche iherosolimitanor necn̄
 etiā capituli assensu paupū cōmilitum
 templi qd̄ ē in ierlm̄ scripto cōmendarēt.
 ut inenodabilit̄ seruaret̄: & ne obliuioni
 traderet̄. ut recto cursu ad suū conditorē
 cui dulcedo tam mel sup̄at. ut ei comparatū
 uelut absinthiū sit amarissimū. puenire
 digne mereant̄: pstante eo cui militante.
 & militare queant: p infinita scōr sc̄la. añ.
 Explicit plogus. Incipiunt capitula.

TÍTULOS

ÍNDICE

- 1 **Q**ualiter diuinum officium audiant.
- 2 **Q**uod orationes dulces si audire nequiverint dicant.
- 3 **Q**uid p^{re}ter remanente post mortem agere debent.
- 4 **Q**uid p^{ro}p^{ri}o p^{re}stolo: seu ad certum d^{omi}ni seruiente.
- 5 **Q**ui seipsum hostiam inuenit oportet. Alia oblationem n^{on} faciat.
- 6 **Q**uod capellani & clerici in amplis habant de oblationibus p^{er} in^{ter}dictum n^{on} habent.
- 7 **Q**ualiter audiendo d^{omi}ni sermonem oportet stare & sedere.
- 8 **Q**uoniam relictos in refectorio leu^{is} & p^{ro}p^{ri}um necessaria quant^{um}.
- 9 **V**t in p^{ro}p^{ri}o & cena semp^{er} s^{an}cti lectio sit recitata.
- 10 **V**t in ebdomada o^mnib^{us} s^{an}ctis refectio carnis ter sufficiat.
- 11 **Q**uo ordine o^mn^{es} manducare debent.
- 12 **Q**uod alius diebus duo b^{ea}ta ferula legumini^{um} s^{an}cti cibi sufficiat.
- 13 **V**t sexta feria o^mnib^{us} s^{an}ctis n^{on} apponatur n^{isi} q^uadragesimalibus.
- 14 **V**t post refectioⁿem semp^{er} sumo p^{ro}p^{ri}o gratias impendantur.
- 15 **V**t decima toti parus semp^{er} elemosinario detur.
- 16 **Q**uod collatio ante c^{on}pletam in dispositioⁿe magistr^{um} habeatur.
- 17 **V**t hinc c^{on}pletam n^{on} agente necessitate silentium teneatur.
- 18 **Q**uod frigidari die ad matutinas non fiant.
- 19 **V**t aspiras ciborum & ferulitas in^{ter} milites & alios s^{an}cti sit c^{on}munis.
- 20 **Q**ualiter debent esse uestri milites & client^{es}.
- 21 **Q**uod famuli non habeant alba pallia.
- 22 **Q**uod o^mnib^{us} milib^{us} rom^{an}is s^{an}cti famuli alba pallia.

ÍNDICE

TÍTULOS

Qualiter uestimenta seruientibz Armigeris diuidantur.	23
Qui meliora uoluerit habere deteriora habeat. sic in omni re.	24
De quietate ⁊ qualitate uestimentoz ⁊ calceamentozum.	25
Ut ditor pannoz equalitatem i paupis seruis.	26
De superfluitate capilloz barbe ⁊ grennonum.	27
De rostris ⁊ lingua ⁊ de uestium longitudine n remanentium.	28
De numero equozum ⁊ Armigerozum.	29
Qualiter milites ad tempus remanentes recipiantur.	30
Ut nullus suū Armigerū karitative seruientē feriat.	31
Quod nullus sedm ppriam uoluntate eat sed iussu.	32
Nullus nominatum p se equum ul' arma querat.	33
De frenis ⁊ frenis ⁊ calceis.	34
Tegmen in hastis ⁊ ferris ⁊ elypeis caueatur.	35
De licentia magistri rem alterius dare alteri.	36
Qualia equoz manducaria esse debent.	37
Quod ulli sit rem suā si n iussu magistri n licet mutare.	38
Quod aliquis alium n gratiā nare parua ⁊ sit sit.	39
De mala ⁊ saculo cū firmata si n iussu magistri.	40
Si debet sit remanens licet sit mittere ul' accipere si n iussu.	41
Quod n licet fabulari de suis culpis cū alio ul' de alius culpa.	42
Si debet ire puillam si non iussu magistri.	43
Si licet eum ambulare solusq' alius iussu.	44
	45

TÍTULOS

ÍNDICE

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60, 61
62
63
64, 65
66
67
68
69, 70

Quod nullus cum alicuius acceperit aliam alicui.
Quod omne uenationis occasionem fugiant.
De leone nullum datur mandatum.
De omni re super nos quæstra iudicium audire.
Similiter de omnibus rebus nobis subiacet.
Quod liceat omnibus multisque possit terram habere.
De infirmis militibus & aliis fratribus.
Quales oportet esse conpenniores.
Nullus alium ad iram provocet.
Quali forma coniugari habeantur.
Quod liceat amplius habere sorores.
Quod non sit bonum participare cum excommunicatis.
Qualiter fratres ad consuetudinem noue uenientes se recipiendi.
Si omnes fratres uocandi sunt ad consilium.
Qualiter oportet orare & simul & fide seruientiam accipere.
Qualiter pueri recipiantur. Qualiter debent senes honorari.
De fratribus qui per diuitias puercas phiscentur.
Si cunctis equis dare uiam questum est utile.
De decimis recipiendis. De lenibus & grauioribus culpis.
Quia culpa si amplius non recipitur. Si multa lancea tunc.
Vt a pascha usque ad festum omnium sanctorum si si nullo habeat unam.
Quod & quales panis in lectis sit necessarii. Si mulieribus.
De curanda murmuratio. Vt si accendantur inimici nullo.
Incipit regula pauperum comilitonum christi.

REGLA

CAPÍTULOS

I (1)

Quos quidem propriis uoluntatibus
 abrenuntiantes atque alii per am-
 marum suarum salutem uobiscum adde-
 minum cum ecclesie armis summo regi
 militantes: matutinas et omne
 seruicium integrum secundum canon-
 icam institutionem ac regularium doctorum sancte crimi-
 nis consuetudinem pio ac puro affectu audire uni-
 uersaliter studeatis. Secundo uobis uenerabiles
 fratres maxime debet quia presentis uite luce despec-
 ta: contemptoque uirorum corporum cruciatu semen-
 tem mundum dei per amorem uilesere peruenire
 promissis. diuino cibo relecti et satiati ac domi-
 nis preceptis eruditi: ac firmati post miste-
 ri diuini consumationem nullus pauescat
 ad pugnam: sed paratus sit ad coronam. Ce-
 terum si aliquis frater negotio orientalium christiani-
 tatis forte remotus quod sepius euenisse non
 dubitamus et per tali absentia dei seruicium non
 audierit: per matutinis et uen. orationes domi-
 cas ac per singulis horis .viij. sed per uespis .ix.
 dicere collaudamus. ac liba uoce unanimiter
 affirmamus. Isti etenim in salutarem laborem

I (2)

CAPÍTULOS

REGLA

II (1)

ita directi non possunt occurrere hora com-
petenti ad diuinū officiū. si fieri potest ho-
re constitute n̄ p̄tereant ante institutum de-
bitum. Quid agitur pro fratribus defunctis.

Quando uero quilibet fr̄m remanentū morti
morti que nulli pareat impendit: qđ ē
impossibile auferre capellani ac clerici uobis
ad terminū caritative sūmo sacerdoti seruien-
tib; creditū officiū & missā solleter p̄ ei anima
xp̄o animi puritate iubem' offerre. Fr̄s autē
ibi astantes & in orationib; p̄ fr̄is defuncti sa-
lute fideliter p̄noctantes centū orationes dñicā
usq; ad diē septimū p̄ fr̄e defuncto p̄soluant.
Ita dico ab illo die quo ei obit' fr̄s demudatus
fuerit usq; ad p̄dictū diē centenari' numerus
p̄fectionis integritatē cū fr̄na obseruatione
habeat. Adhuc nempe diuina ac misericordi-
ma caritate de p̄cam' atq; pastoralī auctori-
tate iubem'. ut cotidie sicut uiuo cib; dāo uel
debet' ita qđ ē necessariū sustentationi hui'
uite in cibo & potu tantū. cuida' paup' do-
nec ad qđragessimū diē impendat. Omne enī

alias oblationes q̄s in morte fr̄m & in paschali
solemnitate c̄tisq; solemnitatib; dño paupum
cōmilitonū ep̄i spontanea paup̄as in discrete
redde consueuerat: om̄ino phibem⁹. Alias ū obla
tiones & om̄ia elemosinarū genera q̄quomodo
frant: capellanis ul' aliis nobcū ad temp⁹ rema
nentib; unitati cōmunis capituli redde p̄ingi
li cura p̄cipim⁹. Seruitores itaq; eccl̄ie uictū &
uestitū sc̄dm diuinā auctoritatē tantū habe
ant: & nil ampli⁹ habe p̄sumant: nisi magi
ster sponte karitatiue dedit. De militib; desine
Sunt nāq; milites in domocis q̄ s̄ ad t̄ram
di tēploq; salomonis ad dñm m̄sed̄it
nobcū degentes. unde ineffabili miseratione
uos rogam⁹. deprecam⁹: & ad ultimū obnoxie iu
bem⁹. ut si interim tuenda potestas ad ulti
mū diē aliquē p̄dixerit: diuino
ac fr̄nā pietate. vii. dies sustentationis pro
anima ei qdā paup̄ habeat & ex̄ce oratio
nes dñicas unq̄sq; dicat. Ut nullus remanens
Decernim⁹ ut sup̄ius dictū oblationē faciat.
est: qd null⁹ fr̄m remanentū aliam

II (2)

III

IV

CAPÍTULOS

REGLA

V

oblatione agere presumat; die noctuq; mun-
do corde in sua pessione pmaneat: ut sapien-
tissimo ppharū in hoc se equipollere ualeat
dicent. Calice salutaris accipia: idē morte mea
mortē dñi imitabor qz hē xpc p me animā
suā posuit: ita & ego p frīb; animā meā po-
nere sū parat. Ecce cōpetentē oblationē. Ecce
hostiā uiuentē. dōq; placeant. De inmodica
Quod aut̃ aurib; nris puerissi stacione:
nos testos insonant: unde licet inmodate
& sine iustitia stādo diuinū officiū uos
audire: ita fieri n̄ p̄cipim: imo utupam: s;
sinto psalmo pmo idē uenite gentem dño:
cū uocatio o: & ymno om̄s sedē tā fortel qm̄
debiles p̄p̄ scandalū uitandū. nos iubem.
Hoc ū residentib; uno q̄q; psalmo sinto i
presentatione glā patri de sedib; unis ad
altā: re supplicando obreuerentia sct̄ tri-
nitatis ibi nominatē: surge: & debilib; in-
clinare demonstram. Sic etiā in recitaciōe
euanglii & ad te dñi laudam: & p̄ totas lau-
des donec sinto benedicam dño stare ascri-

REGLA

CAPÍTULOS

bum. & eandē reglam in matutinis scē marie
 teneri iubemus. De refectioe conuentus.
 H uno palacio: s; meli' dictē refectorio cōmu-
 niter cibū uos accipe credim'. s; qñq; p signoz
 ignorantia qđ uobis fuerit necessariū leuit'
 ac puatim querere oportet. Si omī tpr que
 uob necessaria sūt. qrenda sūt cū omī humili-
 tate & subiectione reuerentie: poti' ad m'sa.
 cū apl's dicat. Panē tuū cū silencio mandu-
 ca. Et psalmista uos animare debet dicens.
 Posui os meo custodiā. id: apđ me deliba-
 ui ut n̄ delinqrē in lingua. id: custodiui os
 meū ne male loquerer. Ad m'sa semp sit lectio diuina.
 H prandio & cena semp sit scā lectio recita-
 ta. Si enī dñm diligim': salutaris erit u'ba
 atq; pcepta intentissima aure desidare de-
 bem'. Lector aū lectionū uob indicat gene-
 re silentium. De carniū esu qñens tribuat.
 H ebdomada nāq; nisi natal' dies dñi ut
 pascha. ut festū scē marie aut omīū scō-
 euerit: uob ter refectio carnis sufficiat.
 qz assueti copiosius carniū ut illi qđ ho

VI

VII

VIII

CAPÍTULOS

REGLA

IX

nerosa corruptio corporū. Si ū in die martýris
 tale ieiunū cūcuerit ut esus carniū reſtatur:
 in crastino uob̄ habundant̄ impendat̄. Die aut̄
 dñico om̄ib; militib; ac fr̄ib; remanentib; necn̄
 & capellanis duo fercula dari in honore sc̄e re
 surrectionis bonū & idoneū nob̄ indubitanter
 uidet̄. Alii aut̄ uidelicet armigeri & clientel:
 uno contenti cū gr̄arū actione p̄maneat. Qua

Quos & duos liter manducare milites debent.
 P̄parabidif penuria manducare ḡnalit̄
 oportet. ut sollerter un̄ de alio p̄uideat. ne aspi
 rat̄ utq; ul' fortuna abstinentia in cōmuni p̄u
 dio int̄misceat̄. Hoc aut̄ iuste iudicam̄ ut unus
 q̄sq; miles ac fr̄ eq̄lem & eq̄pollentē uini m̄su
 rari p̄ se solus habeat. Ut aliis dieb; duo ul' tria

X

Aliis nāq; leguminis fercula sufficiant.
 dieb; uidelicet sc̄da & q̄rta feria necnon
 sabbo duo aut̄ tria leguminū ul' alior̄ cibor̄
 fercula: aut̄ ut ita dicā cocta pulmentaria: om̄i
 b; suffice credim̄ & ita teneri iubem̄. ut forte
 q̄ ex uno n̄ potuerit edere: ex alio reficiatur.
 Quo cibo sexta feria reficere oportet.

REGLA

CAPÍTULOS

Nexta autem feria cibis quadragesimalibus ob reuerentiam domini passionis omni congregationi remota infirmorum imbecillitate semel suffice. a festo omnium sanctorum usque in pascha nisi natalis dies domini vel festum sancte marie aut apostolorum euenerit colaudamus. Alio uero tempore: nisi generale ieiunium euenerit bis reficiantur. Post refectioem semper gratias.

Post prandium uero et cenam semper in ecclesia referantur. si prope est uel si ita non: in eodem loco summo procuratori uero qui est christus: gratias ut deceat cum humiliato corde referre inenodabiliter precipimus. Familiis autem pauperibus fragmenta panibus tam integris reservatis: distribuere fraterna caritate debet et iubet.

Hec decima panis semper elemosinario datur.

Debet paupertatis primum quod est regnum celorum pauperibus spiritu proculdubio debeat: uobis tamquam quod christi ana fides de illis indubitanter facit: decimam totum panis cotidie elemosinario uero dare iubemus. Hec collatio sit in arbitrio magistri.

Cum uero sol orientalem regionem deserit et ad gybna descendit: audito signo ut est eisdem regionis consuetudo omnes ad completas uos oportet

XI

XII

XIII

XIV

CAPÍTULOS

REGLA

XV

tet incede. ac p[ro]p[ri]a g[ra]m[m]atice[m] collatione[m] sumere p[re]
 optam[us]. Hanc au[tem] collatione[m] in dispositione & ar
 bitrio magistri ponim[us]. ut qu[an]do uoluerit de
 aqua. & qu[an]do iubeat miscere ex uno tem
 p[or]e co[m]petent[er] recipiat. Veru[m] hoc n[on] ad unum
 am facietate[m] oportet fieri. s[ed] parci. q[uia] unu[m]
 apostatare facit etia[m] sapientes. Ut finit[us] co[m]ple
 tit[us] itaq[ue] co[m]pletis t[em]p[or]e silentium t[em]p[or]e asur
 ad stratu[m] ire oportet. Fratrib[us] g[er]m[an]i co[m]pletor[um] ex
 unib[us] nulla sit denuo licentia cuiq[ue] loqui
 in publico. n[isi] necessitate cogente. Ar mige ro
 au[tem] suo que dicitur. e[st] lenit[er] dicat. Est u[er]o forsi
 tan ut in tali intervallo uob[is] de co[m]pletor[um] ex
 unib[us] maxima necessitate cogente de milita
 ri negocio ul[ter] de statu dom[us] n[ost]re. q[uia] dies ad
 hoc uob[is] suffice[n]t n[on] credit[ur]. cu[m] q[ui]da[m] fr[ater] in parte ip
 su[m] magistru[m] ul[ter] illu[m] cui dom[us] d[omi]ni post ma
 gistru[m] debitu[m] oporteat loqui. hoc au[tem] ita fi
 eri iubem[us]. & ideo q[uia] scriptu[m] e[st] in multiloq[ui]o
 n[on] effugies peccatu[m]. Et alibi. Mors & uita in
 manib[us] lingue. in illo colloq[ui]o scurilitates
 & u[er]ba ociosa ac risu[m] mouentia omnino

phibem. Et nob ad lectulos cunctis dñica ora
 tionē si aliq̄s qd stultū locut⁹ ē cū humilitate &
 puritatis deuotione dicē iubemus. *De fatigato*
Fatigatos nēpe milites macucinos n̄ surgant
 n̄ ita ut nob. ē manifestū surgē ad macu
 tinos collaudam. s; assensu magistri ul' illi cui
 creditū fuerit a magistro: eos q̄scere & cen.
 orationes constitutas sic cantare: ut mens eoy
 uoci concordet. iuxta illud pph̄e. Psallite dño
 sapienter. Et illud. In conspectu angloy psal
 lā tibi. uos unanimē facē collaudam. Hoc tñ
 in arbitrio magistri semp consistere debet.
 Ut communitas uictus inter fr̄s seruetur.
Segit in diuina pagina. qz diuidebat
 singlis p̄ut cuiq; op' erat. Idō dicim⁹ ut n̄ sit
 p̄sonarū acceptio. s; infirmitatū debet esse
 considacio. Ubi aū q' min⁹ indiget agat deo
 grāt. & n̄ contristet. Qui ū plus indiget hu
 miliet p̄ infirmitate: n̄ extollat p̄ misericō.
 & ita om̄ia membra erunt in pace. Hoc autē
 phibem⁹ ut nulli imōdatā abstinentiā am
 plecti liceat. s; cōmunē uitā in statu teneat.

XVI

XVII

CAPÍTULOS

REGLA

XVIII

Vestimenta quidem De q̄itate / modo uestim̄ti.
 uni coloris semp. eē. iubem̄. ubi gr̄a: alba
 chrysantha. ut ut ita dicā burella. Om̄ib; aū mi
 nistris p̄fessis in hyeme & in estate si fieri potest:
 alba uestim̄ta concedim̄. ut q̄ tenebro sā uitā p̄
 posuer̄t. p̄liq̄dā & albā suo conditori se recon
 ciliari agnoscant. Q̄d albedo nisi integra casti
 tas: Castitas securitas m̄tis. sanitas corporis est.
 Hī enī unīq̄sq; miles castus p̄seuerauit. ad
 p̄petuā req̄em uenire & d̄m uidē n̄ poterit.
 testante ap̄lo paulo. Pacē inq̄ sectamini cū
 om̄ib; & sc̄imoniam. sine qua nemo uidebit
 d̄m. S; q̄ huiusmodi inclin̄tiū arrogantie ac
 sup̄fluitatis estim̄atione carere debet. talia ha
 be om̄ib; iubem̄ ut solus leuiter p̄ se uestire
 & exuere. ac calzare & discalzare ualeat.
 P̄curator huius ministerii p̄uigili cura hoc in
 tare p̄sumat. nec nimis longa actū m̄n cur
 ta s; m̄surata ipsi intentib;: sc̄dm unīcuiq;
 q̄uitatē suis fr̄ib; tribuat. Accipientes itaq;
 noua uetera semp reddant in p̄senti reponen
 da in camera ul' ubi fr̄ cuius ministeriū decre

XIX

uert. p^{ro}p^{ri}o armigeros & clientes & q^{ui}doq; pro
 paupib; q^{ui}d famuli alba uestim^{en}ta. j. pallia n^{on} ha
 b^{er}e. n^{on}ne q^{ui}d erat in domo dⁱ ac suor^{um} beati
 militū templi sine discretionē ac consi
 lio cōg^{re}g^{ati} capituli ob^{er}uer^{unt} cōt^{ra}dicim^{us}. & fū
 dit^{ur} q^{ui}dā q^{ui}dā uicū peculiare amputari p^{re}cipi
 m^{us}. habebant enī famuli armigeri alba uesti
 m^{en}ta. unde eueniebant damna importabilia.
 Surrexerunt nāq; in ult^{er} montanis partib; q^{ui}dā
 pseudo fr^{at}res & coniugati & alii dicentes se eē de
 templo. cū sint de mundo. hi n^{on}ne tantas cō
 tumelias totq; dāna militari ordini adq^{ui}erūt
 etiāq; clientel^{es} remanentes plurima scandala
 oriri inde supbiendo fecerunt. habeant igit^{ur}
 assidue ingra. S; si talia n^{on} possūt inuenire ha
 beant q^{ui}lia inueniri possūt in puincia q^{ui} degūt.
 aut q^{ui}d iuli cōpari potest uni coloris uidelicet
 burella. q^{ui}d milites remanentes tantū alba pallia habe
 re. g^{ener}al^{iter} concessū ē candidas clamides defer
 re. aut alba pallia habere nisi sup^{er} nōat^{is}
 militib; xpi. h^{ab}e pellib; agnor^{um} semp^{er} utentur.
 Decreum^{us} cōmuni consilio. ut nullus fr^{at}r

XX

XXI

CAPÍTULOS

REGLA

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

remanens p'hemiter: pelles aut pellicia ul' ali
 qd tale qd ad usũ corpus p'ineat etiãq; cooptorũ
 nisi agnoy ul' arietũ habeat. *Uetula armigerũ duntaxat*
Procurator idẽ datur pannoy omĩ obseruan
 tia ueteros semp aringeris & clientib; &
 qñdoq; paupib; fidelit' equalit'q; erogare intendat
Si aliq; fr' supiens optima deciora habeat.
 remanens ex debito. aut ex motu supbie pul
 chria ul' optima habe uoluerit: ex tali p'sup
 tione p'culdio uilissima p'meruit. *Ue qñtal' &*
Quantitate scdm qñtal' uestim̃toy seruetur.
 corporũ magnitudinẽ largitoz uestim̃
 toy obseruare oportet. Datur pannoy sic in hoc
 longitudine ut supi dictũ est curiosus
 cũ equali m'sura ne ut susurrionũ ul' criminatoz
 aliqd oclis notare p'sumat: pcurator fr' no intui
 tu consideret: & in omĩ supdictis di retributio
 ne humiliter cogitet. De supfluitate capilloz
Om̃s fr' p'ncipalit' barbe ac grennorum
 remanentes ita tonsos uidelicet capillos ab
 scisos ut ante & retro reglarit' & ordinate con
 siderari possint. & in barba ac grennonib; eadẽ

regla indeclinabiliter obseruet. ne supfluitas aut
 facie uicium umbr denotet. *De rostris & laqueis.*
De rostris & laqueis manifestum est etiam genti-
 li. & cum abhominabile hoc omnibus agnoscat.
 prohibemus & contulicimus ut aliquis ea non habeat. imo
 prius careat. Aliis autem ad tempus famulantibus ro-
 stra & laquea & capillorum supfluitate. nec uesti-
 ti immoderata longitudine habere permittimus. sed
 omnino contulicimus. Seruientibus enim summo condi-
 tori mundicia interius & exteriusque est ualde necessa-
 ria. eo ipso attestante quod ait. Estote mundi. quia ego
 mundus sum. De numero equorum & armigerorum.
Vnicuique nostrorum militum. tres equos licet habe-
 re. quia dei templique salomonis eximia pauper
 ample non permittit in presentiarum augere. nisi cum
 magistris licentia. Solum autem armigerum singulis
 militibus eadem causa concedimus. sed si gratis & ka-
 ritatiue ille armiger cuiquam militi seruire. non li-
 cet ei cum uegare. nec etiam qualibet culpa percutere.
 Qualiter ad tempus remanentes recipiantur.
Omnibus militibus seruire ihu christo amonui-
 mus. ut itate in eadem domo ad terminum cupien-

XXVII

XXVIII
(1)XXVIII
(2)

XXIX

CAPÍTULOS

REGLA

XXX

Nihil equos in tali cotidiano negocio idoneos: et
 armas et quicquid ei necessarium fuerit: emere fideliter
 iubemur. Deinde ut ex utraque parte equitate ser-
 uata bonum et utile appetitum equos iudicamus habere
 itaque prout in scripto ne tunc obliuioni.
 et quicquid militum vel equos ei aut armigeris erit adue-
 nit necessarium: etiam ferra equorum secundum faculta-
 tem domini ex eadem domo firma caritate impen-
 dat. Si uero interim equos suos miles aliquis euen-
 tu in hoc seruitio amiserit: magister si
 facultas domini hoc exigit: alios administraret.
 Adueniente autem tempore repatriandi medie-
 tate prout ipse miles diuino amore concedat.
 Alteram ex communium fructum si ei placet recipiat.
 Quod nullus iuxta propriam uoluntatem medietatem
 Non uenit his nempe militibus qui nichil
 christo carius amplectuntur: propter seruicium
 secundum quod professi sunt: seu propter gloriam suam be-
 atitudinis: uel metu gehennae: ut obedientiam
 indefinenter magistro teneant. Tenenda est
 itaque ut mox aliquid a magistro impetratum fue-
 rit: ut ab illo magister noster datus dedit sine

REGLA

CAPÍTULOS

mora ac si diuinit impet: mora p[er] se
 in agendo. De talib[us] eni[m] ipsa ueritas dicit
 Ob auditu auris. obediunt m[hi]. Ergo hi tales
 milites p[ro]p[ri]am uoluntate[m] relinq[ui]t[ur] et alii
 ad t[er]minu[m] seruientes. dep[re]c[am]ur & firmat[ur] eis
 iubem[us] ut sine magistri licentia ul[ter] cui cre
 ditu[m] hoc fuerit in uillā ire n[on] p[re]sumant p[er]
 noctu[m] ad sepulchru[m]. & adorationes que int[er]
 muros sc[ilicet] ciuitatis continent[ur]. hi u[er]o ita am
 bulantes n[on] sine custode. id est sine milite aut
 fr[atre] remanente. nec in die nec in nocte iter inchoa
 re audeant. In exercitu na[m]q[ue] postq[uam] hospitati
 fuerint: null[us] miles ul[ter] ar[ma] uiger aut famul[us] p[er]
 atria alio[rum] militu[m] causa uidendi ul[ter] cu[m] aliq[ui] lo
 quendi sine iussu ut dictu[m] e[st] sup[er]ius m[an]dat[ur].
 Itaq[ue] co[m]muni consilio affirmam[us] ut in tali domo
 ordinata adu[er]s[us] q[uo]d null[us] sc[ilicet] p[ro]p[ri]a uoluntate
 militet aut q[ue]scat: s[ed] sc[ilicet] p[ro]p[ri]a magistri imp[er]ii co
 tus se incubat ut illa sententia d[omi]ni imitari
 ualeat qua dicit. Non ueni facere uoluntatem
 mea[m]: s[ed] ei qui misit me. Et in illis in scriptis
 Ut nullus nominatim q[uo]d ei erit necessariu[m] querat.

XXX (2)

XXX (3)

CAPÍTULOS

REGLA

XXXI

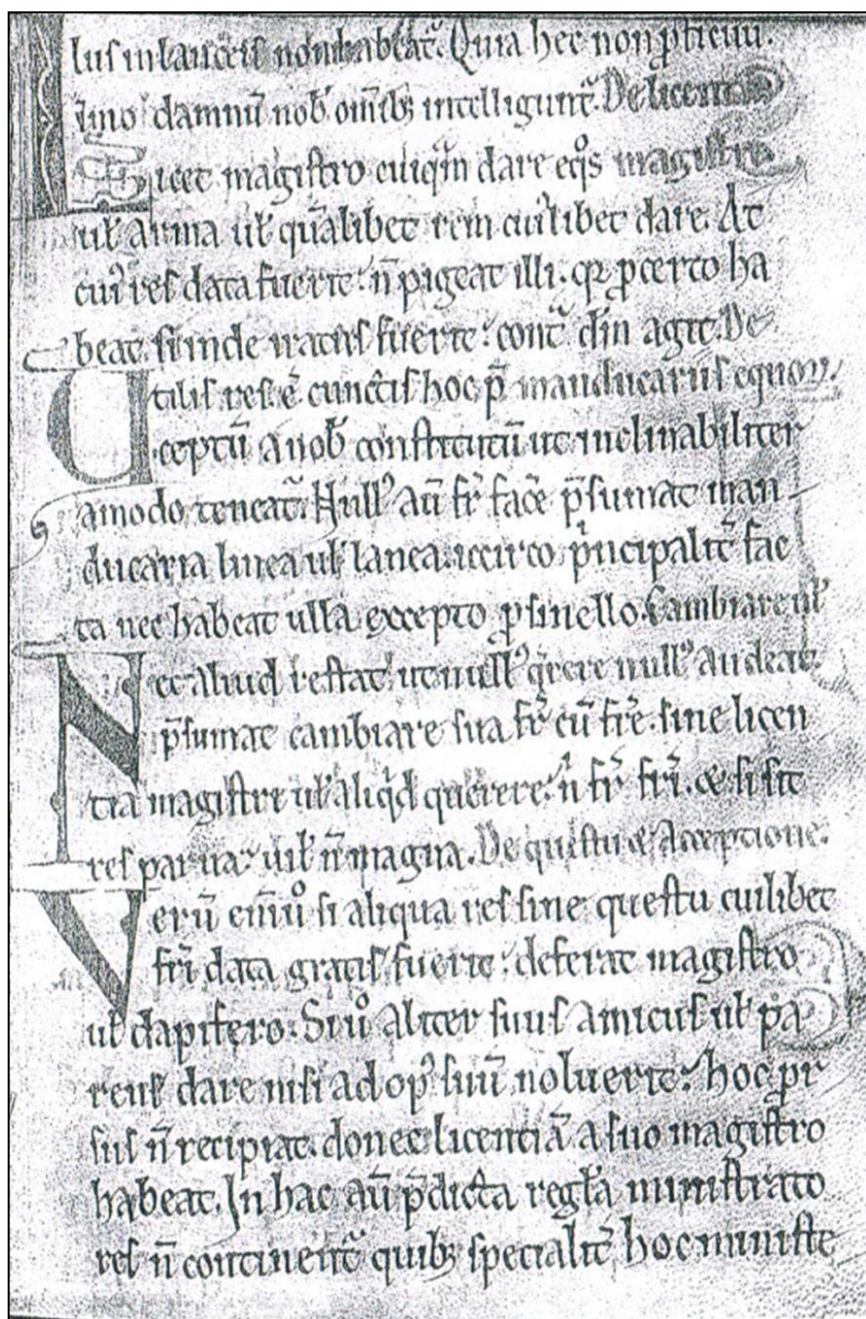
Hanc pprie consuetudinē inter cetera ascribere
 iubem⁹. & cū omī considatione ob uicū que
 rendi: teneri p̄cipim⁹. Null⁹ g̃ fr̄ remanens al
 signans & noatim⁹: equū aut eq̄aturā ul' arma
 querere debet. Qm̄ g̃: Si ū ei infirmitas: aut
 equorū suorū debilitas: ul' armorū grauitas: ta
 lis ei agnoscat⁹ ut sic incede sit damnuū cōmu
 ne: ueniat magistro. ul' cui ē debitū mini
 steriū post magistrū. & causā uera fide & pu
 ra firmitate demonstrat ei. Inde nāq; in dispo
 sitione magistrī ul' post eū pcuratoris: res se
 habeat. De frenis & calcaribus.

XXXII

Nolum⁹ omīno ut Aurū ul' Argentū que sūt
 diuicie specularet⁹ infrenis: aut petal
 lis aut calcarib⁹ ul' instrumētis unqm̄ appareat.
 nec alicui fr̄ remanenti emere liceat. Si uero
 karitatiue talia uetā instrumēta data fuerit:
 Aurū & Argentū coloree nec splendidus de
 corū cetis erogantia uideat⁹. Si noua data fu
 erint: magister p̄uideat de talib⁹ qd faciat
 Regimen in hastis & clipeis non habentur.

XXXIII

Regimen autē in clipeis & hastis & furis



XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

CAPÍTULOS

REGLA

XXXVIII

ma debet conceditur. De mala & facco.

Sacculus & mala cū firmata n̄ concedunt.
 Si exponerent nē habeant absq; magistri
 licentia. ut cui credunt dom' post eū negocia.

XXXIX

In hoc p̄senti capitulo pcuratores & p̄ diūsal
 puñcias degentes n̄ continent. nec ipse ma
 gister intelligat. De legatione litterarum.

Nullaten' cuiq; fr̄m lictas liceat a paren
 tibus suis. neq; a quoq; hominū. nec sibi
 invicē accipe ut dare. sine iussu magistri ut
 pcuratoris. Post qm̄ licentiā fr̄ habuerit. in
 p̄sencia magistri si ei placet legant. Si uero
 etiā a parentib; suis ei q̄cqm̄ directū fuerit.
 n̄ p̄sumat suscipe illud. n̄ p̄us indicatū fue
 rit magistro. In hoc aū capitulo magister
 & dom' pcuratores n̄ continent. De fabulatio.

XL

Eū om̄e ūbū ociosū ne p̄p̄iarū culparum.
 generale agnoscat peccatū. qd̄ ipsi tac
 tantes de p̄p̄iis culpis aū districtū iudicē
 dicturi sunt. Ostendite certe p̄p̄ha. si abo
 nis eloquiis p̄p̄t tacturnitate debet inter
 dū taceri. q̄nto magis a mal' ūbis p̄p̄t pe

XLII

accipe audeat: nos cōmunitē iudicam?
 Non conuenit, religioni sic inuandans intendē
 delectationibz. s; dñi pceptū libentē audire ora
 tionū frequēter incubē mala sua pterita cū la
 crimis ul' gemitu cotidie in oratione dō confi
 teri. Cū homine qdē talia opante: cū accipi
 tre ul' alia aue null' fr' remanens. hac pncipa
 li de causa ire psumat. Ut null' frāt cū ardu

Eū omī religioso nō debeat in bosco car-
simplicit̃ & sine visu humilit̃? & non
multa ūba s; racionabilia loq̃. ac n̄ sit elamos?

CAPÍTULOS

REGLA

XLIII

in uoce. specialit̃ in uim obediencie p̃cipim⁹ om̃i
fr̃i p̃fesso. ne in bosco cū arcu ul' abalusta iacula
ri audeat. nec cū illo qui hoc fecerit ideo p̃gat.
nisi gr̃a eū custodiendi a p̃fido gentile. nec cū
cane sit ausus garrulare ul' elamare. nec equum
suū cupiditate accipiendi ferā pungat. De leone
Quoniam certū est qd̃ uob nullū dat̃ mandatum.
specialit̃ creditū ē. & debetū p̃ fr̃ib; ur̃is animā
ponere. etiāq; incredulos qui semp uirginis filio
inimicant̃ de t̃ra delere. de leone non hoc dedi
m⁹ p̃ceptū. qz ipse circute q̃rent quē deuoret.
& man⁹ ei cont̃ om̃s. om̃iūq; man⁹ contra eum.
De om̃i re sup uos quesita iudiciū audire.
Nouim⁹ quidē p̃secutores s̃c̃e eccl̃ie innumera
biles. ēē. & hos q̃ contentionē n̄ amant. inces
santē crudeliq; inq̃etare festinant. In hoc g̃ con
cilio sententia serena consid̃atione pendeat. ut
si aliq̃s in p̃tib; oriental' regionis. ul' in quocūq;
alio loco sup uos reuē aliq̃m q̃sirent. uob p̃fide
les & ueri amatores iudices audire iudiciū
p̃cipim⁹. & qd̃ iustū fuerit. indeclinabilē uob
face' similē p̃cipim⁹. Similiter de omnibus

XLIV

Rebus uobis subtrahitis.
 Et eadem regula in om̃ib; reb; uob̃ imme-
 rito ablatis: p̃hemiter ñdemus ut teneatur. Q̃d
Divina ut credim' liceat uob̃ trāz hoīes habere
 prudentia a uob̃ in sc̃it̃ locis sūpsit exordium:
 hoc gen' nouū religionis: ut uidelicet religioni mi-
 licia admisceretur: & sic religio p̃militia arma-
 ta p̃cedat. hostē sine culpa feriat. Iure g̃ iudica-
 m' cū milites templi dicamini: uos ipsos ob in-
 signe meritū & speciale p̃bitatis donū: terrā
 & homines habe: & agricolas posside: & iuste
 eos regere: & institutū debitū uob̃ specialiter
 debet impende. De infirmis militib; & fr̃ib;.
Vale habentib; fr̃ib; sup̃ om̃ia adhibenda ē.
 cura p̃uigilis: & q̃si xp̃o eis seruiat: ut il-
 lud euanglicū memorit̃ teneat. infirm' fui &
 uisitastis me. hi cū diligent̃ ac patient̃ porcan-
 di s̃t: q̃ de talib; sup̃na retributio indubitan-
 ter acquirit̃. Quales oporteat ēē eoz p̃curatores.
Procuratorib; ū infirmantiū om̃i obser-
 uantia atq; p̃uigili cura p̃cipim'. ut que
 cumq; sustentationi diūsarū infirmitatū s̃t

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

CAPÍTULOS

REGLA

XLIX

L

LI

necessaria. fideliter ac diligenter iuxta domi facultate eis amministrant. Verbi gratia carne & uolantia. & cetera donec sanitati reddant. Ut nullus alium decauendū nempe nō modicū ad iram puocet. ne aliquis aliquē commouere ad irā psumat. quia propinquitate & uinculo diuine fraternitatis tā pauperes quā potentes summa clementia eorum astruunt.

Sicut. Quali forma coniugati habeantur. Si autē coniugatos hoc modo habere permittimus: ut si fraternitatis uirginitatis beneficiū & participationē unanimiter petunt. uterque substantie sue portionē & quicquid amplius adquisierint unitati communis capituli post mortē concedant. & interim honestā uitā exerceant. & bonū agere fratribus studeant. sicut ueste candida & clamide alba nō incedant. Si uero maritus ante obitū partē suā fratribus reliquerit. & coniuge de alia uitā sustinentiā habeat. hoc enim iniustū consideramus. ut cum fratribus deo castitatem permittentibus. fratres huiusmodi in una eademque domo maneat. Quod si licet amor.

Sorores quidem plures habere sorores. Amplius periculosū ē coadunare. quia antiquius

LII

hostis femineo consorcio copularet expulsi a re-
 to tramite paradysi. Idemq; fr̃s km̃ ite integri-
 tatis flos inter uos semp̃ appareat. hac consue-
 tudine a modo uti n̄ liceat. Non participare cū
Hoc ualde fr̃s cauendum excommunicatis.
 Et atq; timendū ē. ne aliq̃s ex militib; xp̃i ho-
 mini excommunicato nominatim ac publice ali-
 quo modo se iungere aut res suas accipe p̃sumat.
 ne anathema maratricha similiter fiat. Si ū inter-
 dictū tantū fuerit: cū eo participationē habere req̃-
 suā karitatie accipe n̄ imerito licebit. Qualiter
S fr̃s ad conuersionē uenientes sunt recipiendi.
 Siq̃ miles ex massa p̃ditionis ut alter secularis
 sc̃lm uolens renuntiare ur̃am cōmunē uitā ele-
 gerit. n̄ ei statim assentiat. sed iuxta illud apli-
 pbate sp̃s si ex dō sunt: & sic ei ingressū concedat.
 Legat itaq; reglā in ei p̃sentia. & siciple p̃ceptis
 expositę reglę diligenter adcompaūto: tē si ma-
 gistro & fr̃ib; cū recipere placuerit: conuocatis
 fr̃ib; desidū & petitionē suā cunctis animi pu-
 ritate patefaciat. Deinde ū t̃mū pbationis in
 considatione & puidencia magistri sc̃dm bo

LIII

CAPÍTULOS

REGLA

LIV

nitatem uite petentis omnino pendeat. Si om
nes fratres uocandi sunt ad consilium.

Non semp om̃s fr̃s ad consiliū conuocare in
beim. s. q̃s idoneos & in consilio puidos
magister cognouerit. Cū aū de maiorib; trac
tare uoluerit: ut ē. dare cōmunē t̃iam: uel
de ipso ordine disceptare: aut fr̃em recipe. tūc
omne congregationē si magistro placet conuo
care ē cōpetens. Audito q; cōmunis capituli con
silio: qđ meli⁹ & utili⁹ magister confidat: illud
agatur: Qualiter oporteat orare.

LV

Orare fr̃s p ut animi ul' corporis affect⁹ po
stulauerit: stando aut sedendo: tam sū
ma reuerentia sūma reuerentia simpliciter:
& n̄ clamose: ut un⁹ aliū n̄ concurberet. cōmuni
consilio iubemus. Si malū: fidē seruientiū accepe

LVI

Agnouim⁹ nepe cōplures ex diūsis p̃uinci
is tā clientel quā armigeros paup̃mar⁹
salute animo feruenti ad cūmū cupientes in
domo ur̃a mancipari. Utile ē aū ut fidē eorū
accipiat. ne forte ueter n̄ hostis in dī serui
cio aliqđ furtiue ul' in detentē eis intimet aut

abono pposito repente exterminet. **Qualiter**
Quāuis reglā sanz patrum pueri recipiant:
 pueros in congregatione pmitat habe:
 nos de talibz mīqm collaudam' uos honerare.
 Qui ū filiū suū ul' ppinquū in militari religio
 ne ppheniter dare uoluerit: usq; ad annos
 qb' uirilitē possit armata manu inimicos xpi
 de terra scā delere eū nutrit. Dehinc scdm
 reglām in medio frīm pacē ul' parentes statuāt
 eum. & suā petitionē cunctis patefaciant. Me
 lius ē enī in puericia nō uouē: quā postea fac
 tus uir inenormiter rectere. **Qualiter debent**
Senes aū pia consideratione senes honorari.
 solum uirū imbecillitatē supponere: ac di
 ligenter honorare oportet: & nullaten' distric
 te in his que corpori sō necessaria teneantur:
 salua tam auctoritate regule. De frīb' q' p di
 ctis ū qui p diuisas iūas puerias pificiunt
 puerias pificiunt^{dicuntur}: reglām inquit ui
 res expectunt seruare in cibo & potu & cetera
 studeant: & irrephensibilit' uiuant ut ab
 his q' p'f' d'ca testimoniū habeant religionis

LVII

LVIII

LIX

CAPÍTULOS

REGLA

ppositū ūbo nec actu polluant. s; maxime om̃i
 b; quib; se commixerint: sale sapientie & bonorū
 opum exemplis condimētū pbeant. Apud quē
 hospitari decreuerint: fama optima sit deco-
 rat. & si fieri potest dom' hospitū nulla noc-
 te nūq̃m debeat lum̃. ne tenebrosus hostis
 occasione aliquā qđ absit inferat. Ubi autē militē
 n̄ ex cōmunicatōs congregare audierint: illuc
 p̄gere n̄ confidant: tā tēporalem utilitatem
 quā etnā animarū salutē illoꝝ dicim'. Illis autē fr̃i-
 b; in ulc' marinis partib; spe subuersionis ita
 directis: hac conuentione eos qđ militari ordi-
 ni se iungē phennit' uoluerint recipe collaudam'.
 ut in p̄sentia ep̃i illi' p̄uincie uterq; conueniat
 & uoluntatē petentis p̄sul audiat. Audita ita-
 q; mittat eū fr̃ ad magistrū & ad fr̃s qđ sūt in
 templū qđ ē in ierlm̃: & si uita ei ē honesta
 taliq; consortio digna: miscēt' recipiat' si ma-
 gistro & fr̃ib; bonū uidet'. Si ū interim obie-
 rit: p̄ labore & fatigatione qđ exum fr̃ib;
 totū beneficiū & fructus paupum cōmuni-
 tonū xp̃i ei impendat'. Si cunctis eq̃litate dā-

re victum & uestitum est utile.

Illud quoque congrue & rationabiliter manu tenen-
dum censemus. ut omnibus fratribus remanentibus in eis secundum
loci facultatem equaliter tribuantur. Non enim est utilis pro
narrum acceptio. sed infirmitatum necessaria est con-
sidatio. De decimis recipiendis.

Redimus namque relictis affluentibus diuiciis uos
spontaneos pauperum. et subiectos. unde de-
cimas uobis communi uita uiuentibus iuste habere
hoc demonstramus. Si episcopus ecclesie cui decima iu-
re debetur uobis karitative eam dare uoluerit. as-
sensu communis capituli. de illis decimis quas tunc
ecclesia posside in debet uobis tribuere debet. Si
autem quilibet laicus adhuc illam ex patrimonio
suo damnabiliter amplectitur & se ipsum in hoc
ualde recharguens uobis eandem reliquerit.
ad nutum eius quod preest tantum sine conuentu capi-
tuli id agere potest. De leuibus et grauioribus.

Si aliquis frater loquendo uel militando culpis.
aut aliquid leue aliter deliquerit. ipse ultro
satisfaciendo magistro ostendat. & de leui-
bus si in consuetudine non habentur. leuem peniten-

LX

LXI

LXII

CAPÍTULOS

REGLA

LXIII

tiam habeat. Si uero ostentum fuerit quod alius cul-
 pa cogitata fuerit: maior & euidentiori subia-
 ceat discipline & emendationi. Si autem quod de-
 lectum erit: recte a familiaritate fratrum nec cum
 illis simul in eadem mensa edat: sed solus refec-
 tionem sumat dispensationi & iudicio ma-
 gistri totum se incumbat ut saluus in die iudicii
 permaneat. Quia culpa si amplius non recipiatur.
Nunc omnia prouidendum est ne quis si potens aut
 impotens, fortis uel debilis uolens se exal-
 tare & paulatim superbiat ac suam culpam defen-
 dere in disciplina remaneat: sed si emendare no-
 luerit: et districtior correctio accedat. Quod si
 prius ammonitionibus & suis pro eo orationibus
 emendare noluerit: sed in superbia magis ac ma-
 gis se perexerit: tunc secundum apostolum de pro eia
 dicet grege. Auferre malum ex uobis. Necesse est
 ut a societate fratrum fidelium omnis moribunda re-
 moueat. Ceterum magister quod baculum & uirgam
 manu tenere debet: baculum uidelicet quo
 aliorum uirum imbecillitates sustentet: uirgam
 uero qua uicia delinquentium zelo rectitudinis

feriat. consilio patriarche & spiritali confida-
 tione id agere studeat. ne ut ait beatus maxi-
 mus aut solutior lenitas cohibentia prebeat peccan-
 ti. aut imodata seuitas alapsu non reuocet de-
 linquentem. Ut a pascha usque ad festum omnium sanctorum
 si miles habeat unam camisam lanceam tantum.
 Inter octa quidem primo ardore orientalis regionis
 misericorditer consideramus. ut a paschali festiuitate usque
 ad omnium sanctorum sollemnitate unicuique una camisia
 lancea tantum. non ex debito sed sola gratia detur. illi di-
 co. qui ea uti uoluerit. Alio autem tempore generaliter
 omnes camisas lineas habeant. Quod etiales prius
 in lectis sunt necessarii.
Singulos quidem non aliter per singula lecta dor-
 mire nisi per maximam necessitatem euenerit. com-
 muni consilio collaudamus. Lectualia uero uel lec-
 tatoria modata dispensatione magistrum in
 dispensatione habeat. Cuiusmodi enim post saccum & cuterem
 & uopetorum unicuique sufficit. Qui non exhibere
 carebit. carpita habeat. & in omni tempore regi-
 mine lineo. idem ueluso frui bene licebit. Vestiri
 autem camisus & femoralibus semper dormiant.

LXIV

LXV

CAPÍTULOS

REGLA

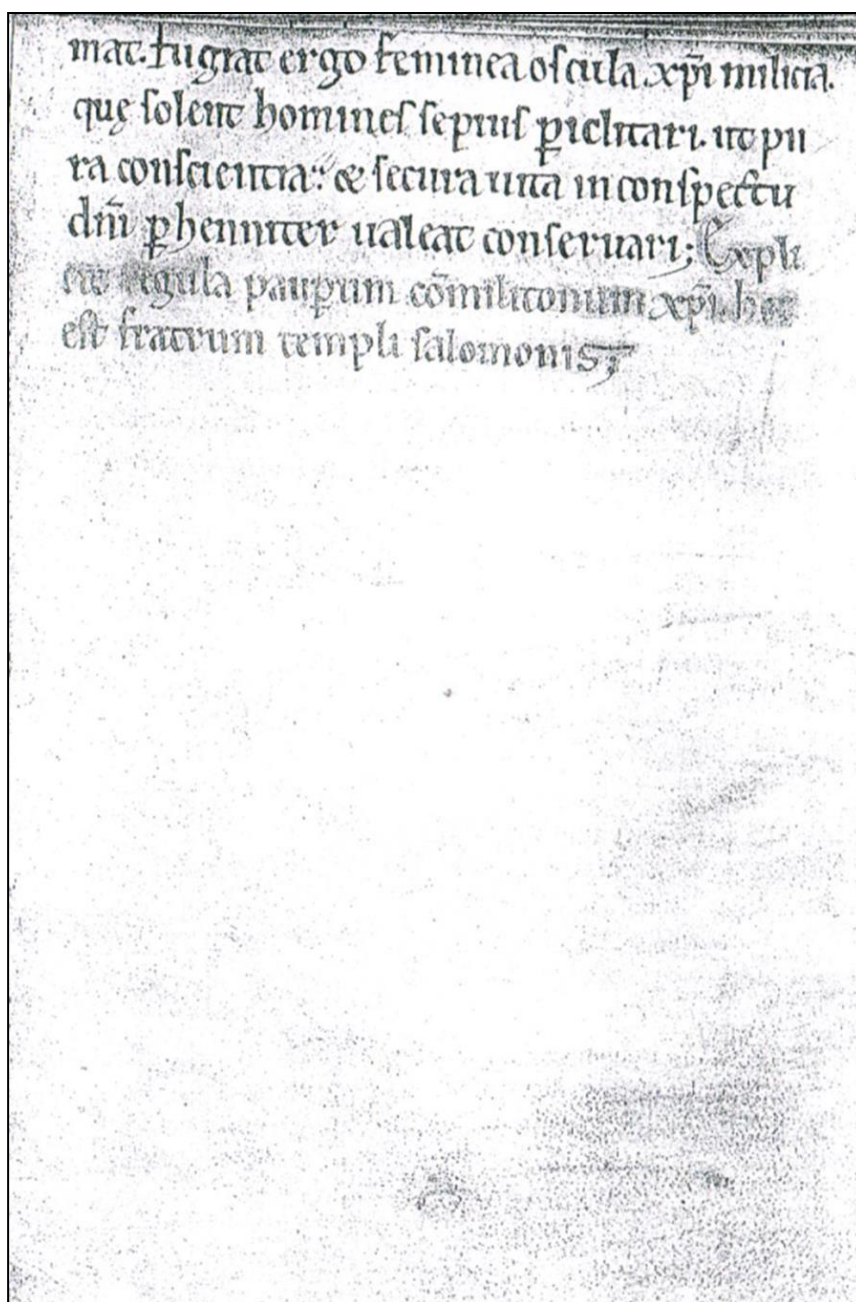
LXVI

Dormientib; itaq; frīb; iugit̃ usq; mane nūquam
 desit lucerna. **De euitanda murmuratione.**
Murmurationes inuidias. lauoꝛē. mur̃m. susur-
 rationes. detractiones. diuina amonitione in-
 tare & q̃m̃ q̃ndā pestē fuge uob̃ p̃dicem. Stude
 atq; unq;sq; uigilanti animo ne frēm suū clā
 culpet aut rephendat. s; illud curiose secū am-
 maditet. ne suscinctor aut susurro in poplō.
 Cū autē fr̃ frēm liq̃de aliq̃d peccasse agnouit.
 pacifice & fr̃ma pietate iuxta dñi p̃ceptū int̃
 se & illū solū corripiat. & si illū n̄ audierit
 aliū frēm adhibeat. s; si utriūq; contēpserit.
 inconueniēti publice obuiget coram om̃ib;.
 Magne enī cecitatis fē q̃ alios detrahunt. &
 nimie fē infelicitatis. qui se alioꝛe mini-
 me custodiunt. unde in antiquū uersuti ho-
 m̃is neq̃tiam demergunt. Ut n̄ attendat̃ in-
Periculosū credim̃ om̃i m̃is uult̃ mulierū.
 religioni uultū mulierū nimis atten-
 de & ideo nec uiduā. nec uirginē. nec ma-
 trem. nec sororem. nec amitam. nec ullam
 aliam feminam aliq; & frīb; osculari p̃fu-

LXVII

REGLA

CAPÍTULOS





deo ducente puenim? & modū & obser
uantiā equestris ordinis p singlā capitula
ex ore ipsius p̄dicti magistri hugonis au
diu meruim? ac iuxta noticiā exigu
nre scientie qđ nob uidebat bonū & uti
le collaudauim? Verū enī uero qđ nobis

2015

ANÁLISIS CRÍTICO-JURÍDICO DEL PROCESO A LA ORDEN DEL TEMPLE, 1309-1312
(PROLEGÓMENOS, DISOLUCIÓN Y REPERCUSIONES POSTERIORES)

Autor: José Eugenio Domínguez Alarcón

TESIS
DOCTORAL